

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA

Departamento de Psicología Social



**EL “GRUPO OPERATIVO” DE ENRIQUE PICHON – RIVIÈRE:
ANÁLISIS Y CRÍTICA**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Adrián Buzzaqui Echevarrieta

Bajo la dirección del doctor

José Ramón Torregrosa Peris

Madrid, 1999

ISBN: 84-669-2863-4

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS POLITICAS Y SOCIOLOGIA
Departamento de Psicología Social

**EL “GRUPO OPERATIVO” DE ENRIQUE
PICHON-RIVIÉRE. ANÁLISIS Y CRÍTICA.**

TESIS DOCTORAL

ADRIAN BUZZAQUI ECHEVARRIETA

Director: JOSE RAMON TORREGROSA PERIS

Septiembre, 1998

Agradecimientos.

La realización de esta tesis ha sido posible no sólo por el trabajo concreto en que ha consistido su elaboración, sino también –y fundamentalmente– por diversas experiencias relacionadas con lo grupal. Desde los primeros grupos operativos en que participé, a las experiencias grupales vividas en el ámbito del Centre International de Recherches en Psychologie Groupale et Sociale (CIR), todo ello ha constituido el soporte que ha permitido esta andadura. Quiero agradecer a los amigos de esos primeros grupos operativos, a los compañeros del CIR y especialmente a Armando Bauleo, impulsor infatigable del CIR y quien fue mi maestro en grupo operativo y en definitiva, compañero y testigo de mi recorrido desde la sociología hacia el psicoanálisis. Discípulo de Pichon-Rivière, me (nos) puso en contacto con la propuesta pichoniana de una forma lúcida y consistente.

La dirección que ha realizado José Ramón Torregrosa ha posibilitado que la escritura se apoyara en mis propios emergentes. Su participación desinteresada (interesado en la tesis, pero no en dirigir la temática en alguna dirección determinada) se tradujo en un apoyo al trabajo a través de útiles sugerencias y reflexiones. Quiero agradecer su confianza y paciencia, que han sido imprescindibles para poder arribar a la conclusión de este trabajo.

Alicante, septiembre 1998.

INDICE

<i>INTRODUCCION</i>	15
<i>Primera parte: EL CAMPO GRUPAL</i>	29
El acercamiento genealógico.	30
Relación con la dimensión histórica.	31
<i>Capítulo 1. ORIGENES Y CONSTITUCION DEL CAMPO GRUPAL</i>	33
El surgimiento de los conocimientos sobre grupos (o la ilusión del origen).....	33
Un relato de sus actores y una mirada crítica.	34
<i>1.1. Momentos epistémicos. Puntos de localización.</i>	36
Primer momento epistémico.....	39
Segundo momento epistémico.	41
La perspectiva psicoanalítica acerca de los grupos.	45
<i>1.2. La constitución del campo y la dinámica de grupos.</i>	47
Condiciones sociales e institucionales que favorecieron la constitución de la primera perspectiva grupal.	49
Las investigaciones experimentales, precursoras de la Dinámica de grupo.	55
<i>1.3. Localizaciones iniciales (o básicas)del campo</i>	62
El contexto teórico–ideológico (de donde surgirá el discurso específico sobre grupos).....	64
Los estudios de Elton Mayo (la Encuesta Hawthorne).	82
La perspectiva sociológica acerca de los grupos.....	93
Los inicios de la psicoterapia de grupo.	111
<i>Capítulo 2. LA DEMANDA SOCIAL QUE PROPICIO LA DINAMICA DE GRUPOS.</i>	119
<i>2.1. Demanda y encargo (o requerimiento).</i>	120
La demanda social.	121
La demanda por los grupos.	124
<i>2.2. Una crítica desde la epistemología</i>	129
El papel de las ciencias sociales en el conjunto de la práctica social.....	138
La demanda social y las “ciencias sociales”.	141
La falta de estatuto científico de las ‘ciencias sociales’	143
Las posibilidades de desarrollo de las ciencias sociales.	148

2.3. Otros puntos de vista sociológicos.	150
Contexto y sistema de referencia.	152
Algunas notas sobre las prácticas grupales como “aplicación”.	155
2.4. La crítica psicoanalítica.	164
Las consideraciones de Lacan.	166
Los aportes de Pontalis (la dimensión imaginaria de los grupos).	174
Capítulo 3. LOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE KURT LEWIN.	191
3.1. Criterios teóricos.	193
Los modos de pensamiento aristotélico y galileano.	194
La dinámica. Los cambios en los conceptos fundamentales de la física. Conceptos dinámicos fundamentales en psicología.	204
El soporte epistemológico.	209
3.2. La teoría del campo.	214
Qué es la teoría del campo? Un esbozo de definición.....	217
El campo psicológico.	225
Los diversos constructos que dan cuenta de la conducta en un campo dado.	230
Una descripción global de la teoría del campo.	234
Algunas consideraciones sobre la teoría topológica.	238
Una psicología social experimental.	240
Capítulo 4. LA TEORIA GRUPAL LEWINIANA.	247
4.1. Primera aproximación al concepto grupo. La noción de interdependencia.	249
4.2. Equilibrio y cambio, fenómenos grupales.	264
4.3. Las fronteras de la dinámica de grupos.	270
Permanencia (estabilidad) y cambio social.	278
La producción de cambios permanentes.	288
La investigación científica sobre procesos sociales.	296
Algunas consideraciones acerca de la propuesta lewiniana sobre el cambio social planificado.	299
4.4. La aplicación de los conocimientos sobre grupos.	303
El Centro de Investigación de Dinámica de Grupos.	303
La Investigación-Acción (action research).....	307
Diversas ‘lecturas’ de la propuesta lewiniana sobre la investigación-acción.....	314

**Segunda parte. EL PSICOANALISIS EN ARGENTINA Y SU
INCIDENCIA EN EL ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS GRUPOS**

OPERATIVOS..... 325

Introducción.....	325
El desarrollo del psicoanálisis en Argentina.....	327
La perspectiva grupal.....	329

**Capítulo 5. EL ORIGEN DEL PSICOANALISIS. DESDE LOS COMIENZOS
HASTA LOS MOMENTOS PREVIOS A SU INSTITUCIONALIZACION..... 333**

5.1. El psicoanálisis en Argentina hasta los años 30..... 333

Un antecedente: histeria y sugestión (José Ingenieros).....	334
La entrada del psicoanálisis.....	336
Primera mención (Germán Greve).....	336
El psicoanálisis clínico (Luis Merzbacher).....	338
Los años veinte.....	340
Las lecturas de los “hombres de letras” (aceptaciones críticas).....	342
La sátira como clave de lectura. Rechazo y aceptación (Aníbal Ponce).....	342
El “despiste” del psicólogo frente al pensamiento psicoanalítico. Una lectura académica (E. Mouchet).....	344
El comienzo del interés de los psiquiatras.....	347
El inicio de la difusión del psicoanálisis (Juan Ramón Beltrán).....	348
Primer psicoanálisis clínico en Argentina (Fernando Gorriti).....	351
(Lectura) (captura) por la literatura.....	357
Divulgación del psicoanálisis en los años 30.....	358
La crítica literaria.....	362

5.2. La psicoterapia..... 365

Médicos contra ilusionistas.....	366
La psiquiatría de izquierda, impulsora de la psicoterapia.....	369
Jorge Thenon.....	370
La revista Psicoterapia.....	381
Una rigurosa lectura de Freud: Emilio Pizarro Crespo.....	384
Cuando los ochenta años de Freud (1936).....	390

5.3. El apoyo institucional al proyecto psicoterapéutico..... 397

Un promotor de nuevos enfoques psicoterapéuticos: Gonzalo Bosch.....	397
La ambigüedad existente en las ideologías médicas en los años 30.....	400
Una mención sobre el racismo y la xenofobia en Argentina.....	402
Los “heterodoxos” del psicoanálisis.....	404

5.4. Muerte de Freud. Final de la década..... 407

Una lectura desde la psiquiatría de izquierda.....	408
Diversas lecturas de la obra freudiana entre 1910 Y 1940.....	417
Hubo más de un Freud en Argentina hasta el inicio de los años 40.	420
Capítulo 6. LA INSTITUCIONALIZACION DEL PSICOANALISIS.....	423
La medicina y el desarrollo del psicoanálisis.....	423
El agrupamiento inicial que dio lugar a la institucionalización.	425
6.1. Los integrantes del grupo fundador.....	431
Arnaldo Rascovsky.....	431
Enrique Pichon-Rivière.....	434
Angel Garma.....	436
Celes Ernesto Cárcamo.....	442
Guillermo Ferrari Hardoy.....	447
Marie Langer.....	448
6.2. Fundación y desarrollo de la Asociación.....	455
Las primeras generaciones de analizandos.....	460
Los dos modelos presentes: el profesionalista y el crítico. Rascovsky y Pichon-Rivière.....	462
La organización de la Asociación.....	465
La “Revista de Psicoanálisis”.....	465
La cohesión grupal.....	467
La formalización de la formación analítica.....	468
6.3. La APA y el entramado social e institucional.....	469
6.4. Desarrollo del psicoanálisis.....	474
La perspectiva psicósomática.....	474
El psicoanálisis de niños.....	478
La psicoterapia de grupo.....	480
6.5. Enrique Pichon-Rivière y su trabajo desde la APA.....	480
Psiquiatría y psicoanálisis.....	480
El psicoanálisis en el hospicio y el inicio de las prácticas grupales: los primeros experimentos de Pichon-Rivière.....	482
Del estudio de la psiquiatría a la formación psicoanalítica: las clases de Pichon-Rivière.....	483
Capítulo 7. EL PROCESO DE EXPANSION DEL PSICOANALISIS. LA DECADA DEL SESENTA.....	487
7.1. Nuevas demandas sociales.....	488
Crece la demanda de formación en psicología.....	490
La incorporación de las mujeres. Las psicólogas.....	494
La extensión del psicoanálisis hacia la universidad.....	496

El psicoanálisis y sus “aplicaciones” en salud mental.	500
7.2. Las prácticas grupales.	502
Enrique Pichon-Rivière y la “experiencia Rosario”	505
La difusión de las propuestas grupales.....	506
Otra perspectiva en la línea grupalista: el psicodrama.	507
La enseñanza alternativa del psicoanálisis.	509
La Escuela de Pichon-Rivière.	512
Múltiples iniciativas de formación: una masiva “escuela” de psicoanálisis.....	512
7.3. Una relación conflictiva entre psicólogos y psicoanalistas.	514
7.4. Un psicoanálisis diferenciado de la APA: la perspectiva lacaniana.	520
La ‘presencia’ de Pichon-Rivière en el inicio de la perspectiva lacaniana en Argentina.	524
7.5. La década del 60.....	527
El boom del psicoanálisis.....	527
El contexto ideológico.	530
Capítulo 8. AVATARES Y CONFLICTOS INSTITUCIONALES.	539
8.1. Conflictos grupales.	539
Los grupos de analistas y su compleja articulación: la formación y el análisis didáctico.....	539
La especificidad de la APA: un grupo de iguales.	542
El peso de la institucionalización: el kleinianismo como principio organizador institucional.....	543
La expansión del psicoanálisis y el comienzo del debate organizativo.....	546
Algunos ejercicios críticos.	548
Cambios en la hegemonía de la organización.	557
El desarrollo de las perspectivas grupales, un factor importante en el desarrollo expansivo y en la crisis interna de la organización.....	560
8.2. El debate ideológico y las fracturas institucionales.....	563
Los conflictos políticos y sociales en Argentina hacia el final de la década del 60.	563
Los movimientos críticos que conducirán a la ruptura institucional.	
8.3. La aproximación entre psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos.....	571
Los conflictos políticos e ideológicos y sus repercusión en el movimiento psicoanalítico.....	573
Nuevos espacios, nuevas tareas.	576
Tercera parte. SOBRE ENRIQUE PICHON-RIVIÈRE.....	581
Capítulo 9: EL PERSONAJE.	583
Enrique Pichon-Rivière, un personaje singular.	584

9.1. La historia familiar y la andadura intelectual y profesional.....	588
Contrastes culturales.	591
9.2. Pichon-Rivière y el proceso creador.....	599
Pichon-Rivière, emergente y portavoz (de una época).	599
El proceso de creación.	605
La vocación por lo siniestro.	615
Freud y su análisis de lo siniestro.....	617
Lo siniestro en Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont.	621
El surrealismo.	625
El discurso estético.	628
La investigación de Pichon: el saber sobre la tristeza.....	635
9.3. Algunos datos biográficos.....	640
Capítulo 10: PRACTICAS Y PRODUCCION TEXTUAL.	645
10.1. Psiquiatría.....	645
La profesión de psiquiatra.....	645
El Asilo de Torres.	646
El Hospicio de las Mercedes.	647
La clínica indagadora e innovadora de Pichon.....	651
Una temprana preocupación: la formación de los psiquiatras.....	656
La apertura al psicoanálisis.....	658
10.2. Psicoanálisis.....	663
La comprensión psicoanalítica de la psicosis.....	663
Crítica a la psiquiatría.	666
Descubrimiento de Freud.....	668
La experiencia psicoanalítica.....	669
Psicosis y transferencia.....	673
Un esfuerzo “fallido” de síntesis: la teoría de la enfermedad única.....	676
Teoría del vínculo.....	679
La crítica al psicoanálisis.....	684
Dos etapas en la obra de Pichon.....	685
10.3. Psicoanálisis y psicología social.....	686
Los criterios de salud y enfermedad.....	687
Los fundamentos de la psicología social pichoniana.....	691
Psicología social: una aproximación.....	697
El ECRO (esquema conceptual, referencial y operativo) como instrumento de operación de esta psicología social.....	700
El soporte conceptual.....	702
Grupo y grupo interno.....	703

La(s) Escuela(s) de Psicología Social.....	704
Algunas consideraciones sobre la psicología social pichoniana.....	704
10.4. Bibliografía de Pichon-Rivière.....	707
<i>Cuarta parte. EL MODELO GRUPAL PICHONIANO.....</i>	717
<i>Capítulo 11: ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL MODELO.....</i>	719
11.1. Grupo y grupo operativo.....	719
El grupo y la operatividad.....	724
Grupo centrado en la tarea y tarea como objetivo.....	726
La tarea como “encargo”.....	727
11.2. La noción central: tarea.....	730
Las diversas especificaciones de la tarea.....	730
Elaboración de ansiedades básicas.....	730
Procesos de comunicación y aprendizaje.....	732
Tarea y elaboración de un esquema referencial (de un Ecro).....	734
El interjuego de roles.....	735
Tarea explícita y tarea implícita.....	736
Tarea, pretarea y proyecto.....	738
La tarea en psiquiatría.....	739
Tarea como revisión de las fuentes ‘vulgares’ del esquema referencial: grupo de aprendizaje.....	745
11.3. La tarea como dimensión constitutiva del grupo y su uso como noción metodológica.....	747
La tarea como noción fundante del grupo.....	749
La latencia grupal.....	751
La constancia de la resistencia (resistencia al cambio).....	755
Solo hay una tarea... (la ‘unicidad’ de la tarea).....	759
El uso metodológico del concepto de tarea (tarea y pretarea).....	761
<i>Capítulo 12. ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL MODELO (II).....</i>	767
12.1. ECRO (Esquema conceptual, referencial y operativo).....	767
Esquema referencial y esquema corporal.....	768
El primer texto sobre grupos: “Aplicaciones de la psicoterapia de grupo” (1957).....	771
El Ecro pichoniano, primeros desarrollos.....	777
La construcción (o elaboración) de un esquema referencial, objetivo y tarea del grupo.....	781
El Ecro y el aprendizaje.....	786
La última aproximación al concepto: una definición sistematizada.....	789
Los componentes del concepto.....	791

12.2. El concepto mediador entre ‘dentro’ y ‘fuera’: portavoz.	799
El portavoz, emergente de la enfermedad familiar.....	800
La noción de portavoz se hace extensiva a cualquier proceso o situación grupal.....	804
Portavoz y depositación. La relación con el grupo interno.	807
Verticalidad y horizontalidad.	811
El emergente.	815
Capítulo 13. SOBRE LA TECNICA DE GRUPO OPERATIVO.	823
13.1. La unidad de trabajo.	823
13.2. La interpretación.	825
La interpretación: hipótesis o fantasía sobre el acontecer implícito.....	826
La interpretación de la ansiedad básica latente.	830
13.3. La observación.	833
El observador es siempre participante.....	834
Contratransferencia y observación.	836
13.4. El encuadre.	841
13.5. Función de los coordinadores.	847
Coordinador, copensor.	851
El trabajo sobre el obstáculo (o resistencia).	853
A MODO DE CONCLUSION	863
BIBLIOGRAFIA	895

INTRODUCCION

La práctica grupal cuyo modo de realización es conocido como el “grupo operativo” constituye el tema de reflexión del presente trabajo –trabajo de tesis doctoral–. Práctica grupal que conlleva un modelo, una modalidad técnica, unos procedimientos, etc., se trata de una propuesta surgida en Argentina en los años 50 y que conoció un formidable desarrollo en las dos décadas siguientes, extendiéndose a otros lugares.

Diversos profesionales del ámbito de las ciencias humanas (psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, sociólogos, etc.) consideraron esta propuesta grupal como un instrumento idóneo para acometer diversas cuestiones en el ámbito de la formación y de la psicoterapia. También fue considerado un modelo útil para ser utilizado como modelo de intervención institucional. Los grupos operativos constituyeron, en la Argentina que va de fines de los 50 hasta mediados de la década del 70, una referencia fundamental en el campo de la salud mental y en sus zonas aledañas. Estos hechos pueden justificar el interés temático del trabajo.

Otra cuestión relevante se refiere al campo disciplinar –la psicología social, o la psicología de grupos– en que puede situarse esta propuesta grupal. El grupo operativo, modelo “inventado” por Enrique Pichon-Rivière –y continuado después por sus discípulos–, ha sido considerado como el soporte de una psicología social específica y particular. En España, si bien su extensión ha sido considerable entre diversos profesionales, no ha ocurrido lo mismo en algunos ámbitos académicos. También esta circunstancia añade un interés a la temática propuesta. El enfoque psicosocial propugnado por Pichon-Rivière mantiene diversas ligazones (de continuidad y de diferencia) con otros recortes disciplinares y con otros enfoques grupales.

Por último (aunque quizá podría ir en primer término), hay que incluir el interés del investigador, de quien realiza este trabajo.

La posición del investigador.

Nuestro interés por el tema viene dado por diversas circunstancias: la principal de ellas reside en que este modelo ha constituido, durante varios años, una forma de trabajo asumida, tanto en una práctica institucional como en una práctica clínica, de clínica grupal. Además, el grupo operativo ha constituido una de las maneras en que hemos podido realizar el pasaje desde un lugar –Argentina– a otro –España–, pasaje que fue siendo comprendido, elaborado, aceptado, en diversas situaciones, experiencias y tiempos. El carácter grupal de esa elaboración ha sido fundamental: desde amigos y colegas –argentinos, españoles– que iban acompañando ese largo tiempo de inserción en un nuevo país, hasta referentes teóricos e ideológicos que se iban organizando en diversas experiencias intelectuales y profesionales.

Otra circunstancia también puede justificar ese interés: la posibilidad que otorga una práctica grupal (en el sentido de una acción y también de una reflexión) de ir integrando diversos planos (ideas, emociones, recuerdos, teorías, etc.), que en nuestro caso implicaba dos referencias principales: la sociología y el psicoanálisis.

Una licenciatura en sociología –en Argentina–, en un contexto de aprendizaje donde la dicotomía ciencia / ideología era casi irresoluble, y la polémica entre científicismo o ciencia social e históricamente orientada era cotidiana; el oficio del sociólogo quedaba enmarcado en esos parámetros. Una vez en España, donde la experiencia como profesional de la sociología se mantenía en parámetros similares a los descritos, comenzaría la experiencia psicoanalítica. Análisis personal, después el interés práctico e intelectual. Y años después, la configuración de una práctica como psicoanalista.

A todo esto, en el intermedio los grupos, la formación grupal, el descubrimiento de los grupos operativos. Desde 1977, Alicante, posteriormente también Madrid, comencé a participar en algún grupo. Diversas experiencias de formación durante varios años, a lo que siguió una práctica grupal diversa: en instituciones, de forma privada, de aprendizaje, terapéutica.

Un elemento a destacar es que el tema abordado en la tesis (la propuesta grupal de Pichon-Rivière) corresponde a una época, a una temporalidad que coincide con el tiempo del propio investigador. Los primeros grupos operativos se realizaron a

principios de los años 50. Y esta “variable” obviamente, ha incidido de varias maneras en la propia elaboración del trabajo.

Hemos afirmado que había dos referencias importantes: la sociología y el psicoanálisis. Quizá nuestro propio itinerario en parte puede ser descrito así, como un pasaje desde la sociología hacia el psicoanálisis. Pasando –y permaneciendo– por la cuestión grupal, por los grupos operativos.

La búsqueda de una articulación entre lo singular y lo colectivo (dimensiones presentes y no subsumibles una en otra) ha constituido un supuesto fundamental –que opera como un a priori– en el autor del trabajo. Una parte de esa reflexión ha sido posibilitada por una determinada lectura de tipo sociológico y una perspectiva psicoanalítica. En fin, si puede decirse que los recortes pueden definirse como sociología y psicoanálisis, quizá pueda entenderse también como una forma particular de acercamiento a una psicología social.

Nuestro interés por los grupos se puede mantener y desarrollar desde esos supuestos: ora más ideológicos (y cercanos a la intervención institucional), ora más clínicos (psicoterapia de grupo) pero en todos los casos, se define como una práctica. Aquí reside un supuesto fundamental en este trabajo: los grupos como prácticas.

Precisiones sobre el tema.

Veamos ahora algunas cuestiones relevantes en cuanto al tema propiamente dicho y también algunas precisiones sobre la intencionalidad que guía la realización del trabajo.

El comienzo de “los grupos operativos” se ubica a finales de los 40, principios de los 50. En América Latina había cambios sociales y políticos importantes: movimientos de masa, ideologías populistas, recomposición del poder (experiencias de participación popular), nuevas alianzas de clase, transformaciones económicas. En el polo desarrollado del capitalismo había concluido la segunda guerra mundial.

En la década del 60 y 70 se desarrollaron los cambios anteriores, algunos se profundizaron, otros se desviaron, algunos se detuvieron. Sin embargo, las ideologías de intervención y cambio social se mantienen. En la década del 70 se produce un retroceso

socio-político y económico en el área: dictaduras militares, profundas crisis económicas, depauperización de amplios sectores sociales, etc.

La década del 80 continúa la situación anterior, si bien “estabiliza” las crisis; comienza un lento proceso de “estabilización social” (en al menos algunos de los países): mecanismos formales de democracia política, remisión de las crisis económicas, etc.

Esta sumaria mención de algunos hechos destacables desde los años 50 en adelante en América Latina se realiza con el objeto de “fijar” algunas cuestiones importantes a nivel social en relación con el origen y desarrollo de los grupos operativos.

Nos hacemos cargo del riesgo de simplificación y/o tautologización que implica (en un trabajo que no pretende ser “historicista”) el ligar sucesos y situaciones colectivas al desarrollo de una práctica particular como la de “los grupos operativos”. Nuestro intento es doble: por un lado, descriptivo, situar y contextualizar esa práctica particular junto con sus nociones como una situación social “global”. Y por otro lado, es parte de una intención explícita: comprender ciertas particularidades de “los grupos operativos”, como por ejemplo ciertas nociones y conceptos que se desarrollaron, cierto tipo de intervenciones grupales que se realizaron, no tanto desde una ‘lógica interna’ a la misma técnica grupal, o a su propio discurso, sino en relación con el contexto donde se iban generando y produciendo los “grupos operativos”.

Es decir, se trata de observar la relación entre “los grupos operativos” (y sus desarrollos a lo largo de su historia (unas pocas décadas) y la demanda social.

Los conceptos, textos, fechas, autores, hechos, situaciones grupales e institucionales que se mencionan en este trabajo no pretenden “dar cuenta” de una práctica colectiva, sino destacar líneas de sentido que permitan comprender la relación entre una situación histórico-social determinada, y una serie de técnicas de intervención (“hacer” grupos...). Dicho de otra manera, la relación entre un conjunto nocional (la teoría y técnica de grupo operativo) y un aspecto de la demanda social.

Así, no se trata de una mención exhaustiva de fechas, autores o sucesos, sino por el contrario, de una mención selectiva. Subyace un interés, que es el de responder a la

pregunta: ¿para qué sirven los grupos? Y no se trata de llegar a una formulación utilitarista, sino de indagar en el sentido y alcance de las prácticas grupales.

Al afirmar que haremos una selección de textos y sucesos, queremos indicar que el interés principal reside en indagar, por una parte, en las dinámicas sociales y colectivas, que posibilitaron una propuesta grupal determinada, el grupo operativo. Éste sería un “efecto” de una determinada situación; por otra parte, la propia técnica grupal (como otras) se define desde un objetivo explícito: busca producir ciertos “efectos” en aquellos individuos que la practiquen, ya sea el aprendizaje, la curación, la solución de conflictos, etc. (los objetivos más corrientes).

Es decir, consideraremos al grupo operativo tanto como un “productor” de “novedades” en los integrantes (y por lo tanto, un “productor” de efectos sociales), como un “producido” a partir de ciertas demandas sociales. Y este doble sentido es lo que se intentará captar o comprender: el grupo operativo como productor y como producido; como efecto de una situación social particular (histórica), y a la vez produciendo nuevos “efectos” en la situación social.

El “grupo operativo” puede ser considerado de diversas maneras: en sus formas más elaboradas, como un procedimiento, una teoría, un conjunto instrumental de herramientas técnicas; también como una actitud de trabajo. De igual forma, habrá que entenderlo como una forma de trabajar en salud mental y zonas aledañas hegemónica en Argentina a fines de los 60 y principios de los 70. También puede entenderse al “grupo operativo” como una denominación (poco feliz, por otra parte) de un conjunto de prácticas diversas, todas ellas con una intención explícita: priorizar la situación colectiva –entre varios– frente a la situación dual clásica –esquemático básicamente en la dupla médico-paciente, analista-analizado (o analizando)–.

Todo esto implica un análisis de la noción “grupo operativo”, en cuanto a su denotación y a su connotación. Es decir, qué es, dónde es, para quiénes y también, para qué. También se intenta determinar algunos “factores” que hicieron que de tantas “invenciones” realizadas en Argentina en esa época, la invención del grupo operativo haya “prendido”. Es decir, cómo esta propuesta (en el sentido de dispositivo, de intervención, de respuesta) se insertó en el campo de las demandas sociales.

Un elemento a destacar, tanto por lo inhabitual como por sus consecuencias, se refiere a la persistencia en el tiempo de las propuestas conocidas como “grupos

operativos”. No conocemos muchas “invenciones” teórico-prácticas en el campo de la salud ni en el campo del aprendizaje que se hayan originado fuera de los países centrales y que se hayan mantenido, o que hayan sobrevivido. El grupo operativo no sólo se extendió en los países cercanos a su origen como Uruguay, Brasil, México, etc., sino también en algunos países europeos (España, Italia, y también en Suiza, Francia, Bélgica, Israel...); fue difundido por los exiliados de los años 70.

De ahí que se haya hablado de una corriente grupalista o escuela argentina de grupos. Será relevante establecer –en esta tesis– hasta dónde es legítimo postular una corriente o tendencia en el campo de las prácticas grupales que se pueda denominar así, o por lo contrario, si es una forma coloquial y a lo sumo descriptiva para denominar ciertos fenómenos colectivos, una forma de auto-designación de sus representantes.

Es frecuente que diversas prácticas colectivas, especialmente si han logrado ser formuladas de alguna manera regular, se adjudiquen a uno o varios autores. En el caso de Argentina, esto se verifica aún más, si cabe. Enrique Pichon-Rivière (1907-1977) es la referencia, para aludir a los grupos operativos. Psiquiatra y psicoanalista, de origen suizo, criado en el norte argentino (en el Chaco) –en una cultura de pueblo pequeño, donde coexistían los valores urbanos y rurales, modernos y tradicionales–, sus diversas experiencias profesionales coinciden con una época muy agitada social y políticamente (la Década Infame, el inicio y luego proscripción del peronismo y posteriormente, la ilusión transformadora de los 70).

Pichon-Rivière puede ser considerado como una figura señera y emblemática para una parte considerable de la intelectualidad argentina, especialmente aquellos en relación con la salud mental. Se lo considera ora como un brillante teórico que innovó en varios campos (a partir de su trabajo en psicoanálisis y con grupos), ora como un difusor y aglutinador de un sector de profesionales que, ellos sí, posteriormente crearían e innovarían en esos campos. Inventor de teoría, entusiasta de nuevas técnicas, difusor y propagandista del psicoanálisis (intentaba hacerlo menos elitista), maestro de maestros (según muchos profesionales). En fin, son innumerables las aproximaciones a una “definición” del papel que jugó Pichon-Rivière en la Argentina de esos años. Aquí no se trata tanto de decir “quién fue” Enrique Pichon-Rivière en Argentina, son otros los que podrían hacerlo. Nuestro intento es acercarnos a comprender algo de lo que sucedió, a establecer algunas líneas y relacionar algo singular (el sujeto Pichon-Rivière) con otro

elemento, también singular, pero de otro orden: la gestación de una práctica y de un pensamiento grupales.

Una cuestión previa, y que tiene su importancia, en cuanto a la difusión del grupo operativo: ¿cuál fue su alcance? El grupo operativo se llegó a transformar en un quehacer masivo. Sin embargo, su apoyatura escrita (en un país donde la letra escrita gozó siempre de excelente salud) es mínima, casi inexistente: Pichon-Rivière escribió unos pocos artículos sobre grupo; todos juntos apenas conforman un par de textos corrientes. Lo demás fue transmitido de forma oral: en las clases en diversos cursos y seminarios que dictaba en distintas instituciones, grupos, ciudades. Es verdad que Pichon inaugura –en Argentina– un nuevo estilo en la comunicación de sus ideas: escribía poco, siempre en artículos cortos, redundantes. Parece una manera efectiva de transmitir y difundir... Actualmente, los diversos autores que escriben sobre grupos, en Argentina, y también en otros lugares, lo hacen de forma similar (puede verse en la bibliografía); además escriben de forma colectiva.

Las técnicas grupales –en general, cualquiera que sea su adscripción– se originan en proyectos e intenciones de intervención, de reformas, como intentos de respuestas a situaciones de conflicto: ya se trate de la dinámica de grupos lewiniana, las terapias grupales de posguerra, la formación de “cuadros” en la psicología de la organización, etc. Y este inicio, que define también la posible extensión de su campo de aplicación, también ha llevado aparejado, en la mayoría de los casos, que sus instrumentos teóricos y técnicos, o bien provienen de otros campos de conocimiento, o bien son intentos de fundamentación técnica y empírica, más que teórica. El grupo operativo, también responde a esas determinaciones.

Parece pertinente tener en cuenta que la formulación del modelo grupal pichoniano encontraría en el psicoanálisis sus fuentes fundamentales. También se daba el hecho contrario: el psicoanálisis –la práctica psicoanalítica– se veía influido, impulsado, por diversas tendencias que lo llevaban a ampliar su campo de intervención: diversas propuestas grupales: prácticas comunitarias, análisis institucional, psicoterapia de grupo, y también, los grupos operativos. Actualmente no sucede así, en ninguno de los dos sentidos. Por el lado del psicoanálisis, se ha señalado que es un signo de una cierta “reclusión” en sí mismo –la institución se cierra sobre sí misma–; por el lado de las propuestas grupales, y específicamente, de la técnica del grupo operativo,

posiblemente se trate de un signo más incierto: su conversión paulatina en una técnica – en su sentido ‘reduccionista’–.

El análisis de una técnica.

El trabajo se refiere a una técnica, que fue denominada “técnica del grupo operativo”. Creemos que una técnica (como artefacto, como dispositivo de intervención, como construcciones delimitadoras de comportamientos, etc.) permite un acercamiento al fenómeno en estudio y un análisis del mismo suficientemente consistente y fructífero.

Por una parte, las técnicas organizan, ponen en acto la diversidad argumental de diversos discursos (teóricos o ideológicos). Con su aparente transparencia –en general– la técnica permitirá observar, en su accionar, en sus proposiciones, los corpus teóricos a los que se debe –y no sólo los mencionados por sus autores–, las ideologías que refrenda –hayan sido explicitadas, o no– .

El análisis de una técnica –suponemos– debe posibilitar la comprensión de sus elementos fundamentales: la articulación de sus fundamentos y el cuerpo nocional en que se apoya. Y también permite observar aspectos de sus fundamentos que no han sido explicitados (por lo menos en su origen). En este sentido, creemos que no siempre es pertinente hablar de desviaciones de las técnicas, sino que al contrario, éstas se extienden hasta donde les lleva su propia configuración.

El refrán popular que afirma ‘dime con quién andas y te diré quién eres’, puede aplicarse aquí: si observamos la aplicación de una técnica, el uso de un modelo, los fundamentos en que dice sostenerse (dados por quienes la crearon, o quienes la usaron), las derivaciones a que ha conducido durante su utilización (que podrán ser llamadas profundizaciones, mejoras o desviaciones, según el caso –según quién lo diga–), los efectos que ha producido (esperados e inesperados, principales y secundarios); si observamos cuáles son sus usos mayoritarios y sus usos minoritarios, cuáles son las demandas que se le dirigen, o cuáles son los encargos a que responde; si podemos observar estos elementos estamos en condiciones de conocer cómo se inscribe este tipo de prácticas en el conjunto poder-saber, en los ejercicios de poder y en los ejercicios de saber.

Una técnica grupal visibiliza una serie de operaciones, de efectos, y de procesos en los que están inmersos los que se integran en ella (los participantes del grupo).

También invisibiliza, pone entre paréntesis otra serie de operaciones, de efectos y de procesos (es su condición de existencia: aislar elementos para incidir sobre ellos). En ciertos casos, lo evidente, lo visible, lo logrado efectivamente por el uso y aplicación de la técnica constituye lo más significativo y relevante de lo hecho, en otros, es lo contrario: la eficacia residía no en sus resultados manifiestos y esperados, sino en otro lado, en otro orden. En el caso de una (u otra) técnica grupal, dilucidar cuál de estos movimientos, o mejor dicho, cuánto de cada uno de ellos se produce, es estratégicamente relevante. Para quién? Por una parte, para el autor de este texto. Por otra parte, para avanzar en una línea de saber, de conocimiento, en este caso, conocimiento de artefactos tecnológicos –el grupo operativo– puestos en marcha con una intensidad y una extensión considerables.

Un análisis (crítico) de una técnica grupal, es decir una reducción a sus signos fundamentales que permita observar sus determinaciones y comprender su sentido puede posibilitar un acercamiento de tipo genealógico (Foucault) a ese espacio preciso de saber constituido por lo grupal. Se trata de una indagación del por qué y del para qué de la misma.

Se trata, entonces de un análisis de una técnica específica (“los grupos operativos”) en varias direcciones: 1) en cuanto a su encadenamiento al contexto de aplicación en que se ha dado; 2) también a su relación con un ámbito del saber específico: las intervenciones grupales, y 3) en su ligazón con el corpus teórico y técnico psicoanalítico (ya sea de forma ortodoxa o espuria, ya sea de forma instituyente o desviante).

Los grupos operativos. Su inventor: uno de los iniciadores del movimiento psicoanalítico en Argentina, Enrique Pichon-Rivière. Considerado como un representante de la intelectualidad crítica argentina de los años 60, sin embargo no escribió más que unos pocos artículos sobre lo que él mismo denominó “los grupos operativos” (“pobre” denominación, en comparación con la petulancia con que encontramos otras “técnicas” en el mundo psi). Sus referentes teóricos explícitos no parecen ser lo más avanzado ni progresista de la época –recordemos que hablamos de los años 50 a 70, años pródigos en producir pensamientos teóricos fecundos–, antes bien, parece partir de su propio “sentido común”, y de las lecturas –amplias, aunque no sistematizadas– que parece realizaba. En esos turbulentos años, donde los desgarros institucionales y políticos eran continuos, su participación en la APA (Asociación

Psicoanalítica Argentina) se mantuvo incólume –sus discípulos, entre tanto, se afanaban en crear diversos niveles de contestación y movilización–. Sin embargo, era (y es) considerado maestro por un indefinido número de profesionales (psicoanalistas, psiquiatras, psicólogos, pedagogos, etc.) y de intelectuales de diversos ámbitos. No sabemos qué señalarían los pacientes, pero es fácil imaginar que se agregarían a este movimiento de “reconocimiento” que Pichon generaba. No se trataba de un líder, sino – como hemos dicho– de un maestro (guía, pero no dirige).

La extensión de los “grupos operativos” ha sido inmensa, difícilmente catalogable ya, y no sólo en su lugar de origen, en Argentina, sino también en otros países. Es significativo el desarrollo y amplitud que alcanzó esta propuesta grupal, en una sociedad cuya cultura grupal es altísima, y en un contexto teórico-ideológico sumamente exigente. En esos años, las prácticas grupales –“grupo operativo” y también otras propuestas– significaban algo valioso, fundamental, posibilitador de procesos nuevos...

Cabe aquí las consideraciones que hicimos al comienzo: el análisis de una técnica específica nos permitirá acercarnos a una serie de temáticas y de problemáticas, que en absoluto la exceden, sino que están en la base de la misma. Como se afirmó antes, una técnica, aunque es muda en diversos aspectos –para poder operar– responde a una multiplicidad de elementos (ya sean sus fundamentos, ya sea su intencionalidad).

Hay otra línea que habrá que tener en cuenta. Frente a la consideración de Pichon-Rivière como maestro, frente a la idea de su gigantesca contribución al desarrollo del psicoanálisis, de las prácticas grupales, de la salud mental, etc., existen algunos análisis divergentes. Una línea inspirada en una lectura lacaniana muestra a Pichon de una manera diferente: al lado de la gran capacidad que mostró en la expansión del psicoanálisis en diversos ámbitos, también se evidenciaría su gran limitación: extendió el psicoanálisis, pero preservándolo de “contaminaciones”, extendió la salud mental, pero se negaría a su politización y a la confrontación ideológica –algo que en cambio sí harán algunos de sus discípulos–; en suma, se le achaca practicar un eclecticismo considerable y concomitantemente, mantener una posición acrítica en el contexto teórico del psicoanálisis.

Por qué habría que tener en cuenta este discurso crítico? Por varias razones: 1) hay que suponer que pondrá visibilidad en aspectos poco tenidos en cuenta, 2) la crítica proviene de quienes constituyen la posición hegemónica en psicoanálisis, 3) una

hipótesis de quien escribe esta tesis: esa crítica no se limita solamente al sector que la formula, sino que es de muchos más, pero permanece silenciosa.

Por último, una cuestión que aparece en forma de interrogante: en estos últimos años, la propuesta de los grupos operativos no figura entre las preocupaciones u ocupaciones teóricas vigentes, tampoco en cuanto a la intervención. Más allá de que algunas de las propuestas –quizá intuiciones– de Pichon puedan formar parte de la escuela argentina de grupos –y de psicoanálisis–, las razones no son tan evidentes. Los grupos operativos parecen haber constituido un dispositivo de intervención útil (practicado, utilizado) propio de otro momento social, político e institucional. Desde algunas corrientes grupalistas se ha insistido en el actual desinterés por las prácticas grupales, y también en el cambio de signo de los procesos sociales. También hay que tener en cuenta el posible agotamiento del modelo, es decir, la posibilidad que no incluya las cuestiones relevantes para este momento (algo que sí sucedería en la década del 60 y principios del 70). En todo caso, todas estas son cuestiones que se aborda en el desarrollo del trabajo.

La organización del trabajo.

Se ha dividido el trabajo en cuatro partes. Como desarrollo inicial, se ha dedicado una parte de la tesis a plantear el “campo grupal” puntualizando cuestiones que parecían relevantes: el origen de las prácticas grupales, sus determinaciones prácticas, su evolución. Y la perspectiva psicoanalítica en ese campo grupal. Y también algunos análisis críticos de esas prácticas grupales, que intentan alertar sobre la ambigüedad y posibles mistificaciones de las experiencias grupales. Parte de esos abordajes críticos sustentan la forma en que el autor de esta tesis comprende el desarrollo del modelo grupal pichoniano.¹ (primera parte, capítulos 1 a 4).

Se ha intentado abordar las propuestas de Pichon-Rivière en su contexto histórico-social, y en relación con algunas líneas emergentes en ese contexto. Una

¹ Parece claro que las prácticas grupales (referidas al mundo ‘psi’) pueden –y efectivamente, lo hacen– constituirse como espacios de cura, de prevención, de resolución de conflictos, de aprendizaje, también como lugares que propicien un pensamiento crítico, emancipatorio, etc.. Sin embargo, parece igualmente claro que las prácticas grupales pueden –e igualmente, lo hacen– constituirse como dispositivos alienantes, normalizadores (de las ideas, y también de los deseos). Este doble carácter de los grupos ha constituido una dimensión fundamental en la valoración que se ha realizado de los mismos. Si bien es algo que se deriva de su propio origen, también es algo que tiene que ver con su potencialidad en cuanto a

exposición y análisis del contexto social e institucional del psicoanálisis en Argentina ha permitido precisar todas esas cuestiones (segunda parte, capítulos 5 a 8).

También se intentó buscar los posibles nexos y articulaciones entre algunas circunstancias concretas y singulares de Pichon con su producción intelectual. O si se prefiere, los puntos de articulación entre biografía e ideología; o más precisamente, entre biografía y desarrollos teóricos (tercera parte, capítulos 9 y 10).

A partir de ahí, se ha realizado una exposición y reflexión más o menos detallada del método grupal pichoniano: las nociones fundamentales (tarea, ecro, portavoz) y por último, la técnica del grupo operativo, el procedimiento (cuarta parte, capítulos 11 a 13).

Por último, se ha realizado una suerte de síntesis conclusiva del tema, objeto de reflexión del trabajo realizado. Con una salvedad importante: diversas elaboraciones que apuntan a ciertas conclusiones se han ido planteando a lo largo del trabajo. Además, debido a su propia índole misma, no puede decirse que haya una conclusión en sentido estricto.

Cómo se ha realizado la tesis.

El cómo de la tesis se refiere al soporte material, la forma o metodología de trabajo, los procedimientos de la elaboración.

Un aspecto fundamental lo ha constituido mi propia experiencia como coordinador de grupos, como terapeuta de grupos. Antes que eso (en sentido cronológico y también en cuanto a su valoración), el apoyo de base lo ha dado mi propia experiencia como participante de grupo, la participación en grupo operativo.²

El soporte documental, constituido por los múltiples textos utilizados –textos de diverso orden y alcance– evidencia la dimensión “caleidoscópica” de la materia tratada: desde los ‘clásicos’ en el recorte disciplinar, a otros, quizá menos difundidos, aunque de un rigor y consistencia ineludibles; también se ha utilizado textos referidos a experiencias concretas de intervención. Por último, algunos trabajos elaborados por el propio autor de la tesis, no todos de ellos publicados.

las transformaciones que puede impulsar. Un objetivo en este trabajo consiste en intentar dilucidar la forma en que cada una de esas dimensiones opera en el modelo grupal pichoniano.

² Puede señalarse aquí que el referente psicoanalítico del grupo operativo es constitutivo del modelo. Al igual que en la psicoterapia psicoanalítica, la propia experiencia (en tanto participante del grupo) constituye el elemento imprescindible para su realización (en tanto coordinador del grupo).

La forma de trabajo no es evidente por sí misma. Se ha tratado de una reflexión. Una reflexión sobre el tema, a partir de la propia práctica y del estudio y consulta de los diversos materiales mencionados. Trabajo realizado de forma solitaria –aquí no hubo grupo..., quizá sólo grupo interno?–; algo que ha tenido sus ventajas y sus inconvenientes. Aquí se trata de señalar sus ventajas: ha permitido la elaboración a partir de los propios “emergentes” del investigador. Entendido bajo la forma de una investigación cualitativa, o como un relato que busca una coherencia conceptual, el trabajo ha permitido diversos planos de elaboración (al autor de la tesis). Desde ‘arreglos de cuentas’ con aspectos de su propia historia, hasta aperturas y cierres diversos –referidos tanto a aspectos técnicos como teóricos de los grupos operativos–. Si este trabajo puede ser entendido como una suerte de “análisis de discurso”, el efecto del mismo sobre el propio investigador no es algo insignificante. La materia tratada –en cuanto a su alcance e interés– ha variado en cuanto a la comprensión y valoración del investigador, y éste mismo ha sido “modificado” por el trabajo intelectual de la realización de la tesis.

Por último, y en cuanto al cómo de la tesis, el proceso de escritura, los procedimientos de escritura. No es fácil dar cuenta del mismo, en momentos uno sabe lo que está escribiendo, en otros se escribe sin saber muy bien hacia dónde se dirige (en relación con las hipótesis manifiestas). El relato se construye mediante referencias a hechos, momentos y textos, cuestiones que se llegan a agolpar sin posibilidad evidente de síntesis. Las citas –primordiales en una tesis doctoral– se llevan gran parte de esa reflexión (¿dan coherencia al discurso, impidiendo la dispersión –o su reverso, la insistencia intrascendente–? o por el contrario, ¿‘obstaculizan’, ‘detienen’ la producción de ideas nuevas, de hipótesis quizá osadas, pero también fecundas?). Por otra parte, el trabajo sobre el propio texto, sobre lo que se va escribiendo (uno escribe durante mucho tiempo, varios años...), la reflexión al volver a leer lo escrito tiene múltiples efectos: por ejemplo, permite caer en la cuenta sobre cuestiones hasta ese momento inadvertidas, incluso se ‘descubre’ aspectos fundamentales de las hipótesis de partida que guardan relación con temáticas ya elaboradas. Quizá se puede hablar de escritura y reescritura. Como afirmábamos, no es fácil dar cuenta del proceso de escritura, al menos para el autor de esta tesis.

En la medida que una escritura constituye parte del llamado “proceso creador” (creación de un obra, sea artística, literaria, científica, etc.), una tesis doctoral constituye

una obra para su realizador. Puede calificársela de distintas maneras: como una gran obra, como una pequeña obra, o como una obra rechazable, pero eso no modifica algo fundamental del asunto: es “su” obra. Al menos hasta el instante en que comienza a ser leída por alguien. Ahí ya se transforma, y la tesis se transforma en un texto abierto. Abierto a ser interpretado, comprendido, negado, criticado. Es decir, supone una lectura y un posible terreno de reflexión, tanto en los acuerdos como en los desacuerdos que pueda suscitar.

Primera parte: EL CAMPO GRUPAL.

Mucho se ha producido sobre grupos (teorías, técnicas y lugares de aplicación), desde sus inicios a la actualidad, en setenta años escasos, y también, mucho se ha escrito sobre grupos.

La multiplicidad de campos de intervención, la diversidad de dispositivos técnicos implementados, la enunciación de líneas teóricas que reconocen distinto origen se impone a cualquier intento de simplificación.

A pesar que se puede perfilar un recorte disciplinario, sin embargo, no se puede considerar que exista ya constituido un corpus teórico unificado de lo grupal. Es posible que el mismo objeto, el grupo, sea “resistente” a tal operación unificadora, que la materia misma objeto de análisis, lo grupal, sólo pueda ser un punto de apoyo, un anclaje para esos diversos dispositivos, esos enunciados teóricos, esos campos de intervención.

Vistas así las cosas, parece conveniente una indagación histórica sobre los saberes grupales. Indagación de tipo genealógico, cuyo interés es indagar cómo se han constituido los discursos teóricos, los dispositivos de intervención, sus límites. Es decir, tomando en consideración las enunciaciones teóricas, sus realizaciones prácticas, pero también su contexto de realización: las demandas sociales e institucionales a que dan respuestas esas prácticas. Indudablemente una indagación tal conlleva una cierta sobrecarga historiográfica –en cuanto a hechos y textos– inevitable.

Otro motivo que sugiere la conveniencia del acercamiento genealógico al campo grupal lo constituye un aspecto de la misma literatura sobre grupos. Muchos –la mayoría– de los autores que se refieren a los momentos de inauguración del campo grupal destacan los mismos hechos, personajes y sucesos (Elton Mayo y sus estudios, la obra de Moreno, Lewin, etc.). Es una coincidencia curiosa, ya que salvo en eso, en lo demás difieren tanto como las diversas adscripciones que una u otra perspectiva les requiere. Quizá eso sea solamente una muestra del origen ilusorio de cualquier origen,

incluso del de un saber relativamente organizado. Por nuestra parte, también coincidimos..., por lo que se expondrá la temática, con el intento de destacar algunos elementos pertinentes, especialmente si conllevan alguna referencia o antecedente al tema central: el lugar del dispositivo grupal conocido como “grupo operativo”.

El acercamiento genealógico.

La intención genealógica, tomada en el sentido de “remontarse a las fuentes”³ parece justificarse en el objeto mismo de este trabajo: un análisis de un dispositivo grupal determinado, el “grupo operativo”, cuyas condiciones de aparición y desarrollo se engarzan de manera compleja –según creemos– con otros enunciados teóricos, con otras demarcaciones disciplinarias. Otra justificación radica en la intención de sortear cierto reduccionismo que se produce al pensar en un dispositivo grupal como “aplicación” de un esquema teórico.

Se postula una intención genealógica en el sentido de rastrear diversas situaciones del origen –de lo que es tenido como tal, y también de otras– que colocarán ‘marcas’, determinaciones, sobredeterminaciones sobre el edificio construido, sobre la arquitectura posterior: ya sea ésta en forma de teoría general o particular sobre los grupos, ya sea en ‘formas’ concretas de intervención.⁴

Por último, se hace necesario señalar dos razones suplementarias que refuerzan este criterio genealógico frente al objeto constituido por el campo grupal:

- a) por una parte, la cuestión de la a-historicidad de los enunciados teóricos sobre grupos.
- b) por otra parte, la casi inexistente mención de autores clásicos en el ‘soporte’ de dichos enunciados.

³ La genealogía ha sido planteada como “un modo de pensar que consiste en ‘remontarse (o descender) a las fuentes’” (Ferrater Mora, 1979, pág. 1334). También entendida como “regreso al fundamento”, se trata de “una exploración en busca de la génesis del propio pensar”.

“La genealogía es menos conocimiento que reconocimiento; es menos explicativa que aclaradora, pero es por ello tanto más transformadora” –señala Ferrater Mora, citando a Beaufret–. Por eso puede decirse que el modo de pensar genealógico no es meramente una reconstrucción, sino una re-fundamentación de lo fundamentado”.

Estas consideraciones de orden filosófico sobre la genealogía (que Ferrater Mora refiere principalmente a tres filósofos: Nietzsche, Husserl y Heidegger) han tenido diversas derivaciones en las ciencias sociales y constituyen si no un modelo, sí un talante de investigación para muchos investigadores.

⁴ La intención genealógica es el propósito declarado de un texto de A.M. Fernández, cuyo título evidencia el tipo de análisis que sugiere: “El campo grupal, notas para una genealogía” (1989). Desde otra

Relación con la dimensión histórica.

a) La cuestión de la a-historicidad en las teorías sobre grupos es una característica evidente en las primeras corrientes grupales. Parece constituir incluso un supuesto epistemológico en algunas de ellas, al igual que en producciones posteriores, incluso actuales.

Si bien esta dimensión remite a una cuestión filosófico-epistemológica, como es la relación entre empirismo e historicismo, se puede considerar también como una problemática propia del campo grupal, con sus ajustes pertinentes.

Así, diversos autores han hecho hincapié en la ausencia de la dimensión histórica en las propuestas y conocimientos sobre grupos. A título ilustrativo puede mencionarse:

– Sartre, en “La crítica de la razón dialéctica”, realiza una severa crítica a Lewin fundada en su falta de perspectiva histórica (Sartre, 1960, pág. 971).

– Alain Touraine, en “Sociología de la acción”, igualmente, critica a la perspectiva estructural-funcionalista en sociología, y consecuentemente, a la perspectiva grupal existente en ese ámbito, por su perspectiva ahistórica, y la denuncia como encubridora de la propia realidad social (Touraine, 1965).

– Por su parte, Didier Anzieu, en “La dinámica de los grupos pequeños” señala: “...nunca se ha escrito una historia del grupo...” (Anzieu y Martin, 1969, pág. 28).

– Por último, cabe también mencionar a René Kaës, quien en “El grupo y el sujeto del grupo” señala, de manera insistente, sobre la necesidad de estudios históricos sobre los grupos (al modo de: “historia de las prácticas grupales”, etc.) (Kaës, 1993).

Por otra parte es conocido que lo que se llamó “crisis” de la psicología social académica instaló una larga discusión en el interior de esa corriente sobre el papel de la historia (el artículo de K. Gergen, “La psicología social como historia”, escrito en 1973, ha sido señalado como el punto nodal de esa polémica). Discusión que luego –según diversos autores– no se habría traducido en una perspectiva que coloque la historicidad como categoría fundamental. Puede verse aspectos de este tema, planteado desde varios puntos de vista, en el texto coordinado por Torregrosa y Sarabia (1983), que contiene,

perspectiva, en otro texto de la misma época, de T. Ibáñez Gracia, “Aproximaciones a la psicología social” (1990), se plantea lo que el autor llama la “inexcusable exigencia genealógica”.

entre otros artículos de Tajfel, Stryker, Harré, etc. También en Ibáñez Gracia (1984, 1990).

b) La ausencia de los clásicos. Los enunciados teóricos hegemónicos en el campo grupal, no parecen adscribirse a los clásicos, es decir, a los autores que han fundado las grandes corrientes de pensamiento.

En la mayoría de los textos pertenecientes a las corrientes grupales es evidente la ausencia de autores clásicos, y no hace falta referirse a los grandes pensamientos de la cultura, sino incluso a los clásicos de las ciencias humanas o sociales. No se trata de un ‘olvido’ de los autores, sino que evidencia algo fundamental: la propia concepción del conocimiento que está inscrita en gran parte de los enunciados teóricos sobre los grupos (búsqueda de un modelo de ciencia exacta, homología con las ciencias biológicas, etc.).⁵

⁵ Puede verse el artículo de Jeffrey C. Alexander, “La centralidad de los clásicos” (1987b), en que se abordan aspectos fundamentales de esta cuestión en ciencias sociales. Su texto sobre las teorías sociológicas más recientes (comienza desde Parsons) constituye un riguroso análisis de esa perspectiva (Alexander, 1987a).

Capítulo 1. ORIGENES Y CONSTITUCION DEL CAMPO GRUPAL.

En este capítulo se expondrán diversos antecedentes, fuentes y contextos donde se generó el conocimiento sobre los grupos; también se intenta realizar un cierto ejercicio metodológico: buscar una manera de producir inteligibilidad entre tantos “datos”, hechos o discursos particulares. Asignar un punto (un texto, un autor, una fecha, un suceso determinado) de origen a una problemática o a un conjunto de prácticas –el caso de los grupos, o de lo grupal– es siempre ficticio. Si se hace desde una exposición coyuntural como ésta, responde a la necesidad de comenzar a hablar –a escribir– sobre la cuestión, y por algún lugar hay que empezar; si se hace desde una posición histórica, el punto de comienzo que se elija constituye el final –el resultado– de una investigación –convenientemente realizada–; si se hace desde una posición teórica definida desde dentro del contexto al que va a referirse la exposición, es un relato mítico (semejante al relato acerca de lo sucedía en la familia de un individuo cuando éste nació, relatado por él mismo: es su propio discurso, un discurso sobre sí mismo).

Sin embargo, el origen está ahí. Incluso ilusorio, no por eso es menos efectivo (mito eficaz para su espacio de influencia). Antes bien, indagar sobre el origen de las prácticas grupales permitirá acceder a una serie de elementos que harán inteligibles ciertos fenómenos y dimensiones de la categoría a analizar –los grupos– y también –y no es menos importante– debería aportar algunas luces sobre lo que sucedió después, hasta llegar a la situación actual.

El surgimiento de los conocimientos sobre grupos (o la ilusión del origen).

El inicio de ese nuevo dominio del conocimiento cuyo objeto es el grupo, tal como se lo representan sus actores principales (algunas disciplinas –como la sociología y la psicología social–, algunos profesionales o practicantes, que “hacen” grupos, algunas instituciones –que “encargan” intervenciones grupales, para sí o para sus

“usuarios”) puede datarse –en el contexto de operación ‘ilusoria’, definida anteriormente– alrededor del primer cuarto del siglo XX.

Este inicio del discurso sobre los grupos (discurso en sentido único, o diversos discursos particulares existentes en un momento dado) es ilusorio en el sentido de que como tales discursos –‘lo que se dice’– ya estaban ahí, en los años veinte. Más aún, no se produjo ninguna enunciación radicalmente nueva: lo que comenzó a circular como discurso sobre los grupos, ya había sido dicho antes –pocos o muchos años antes– Nada nuevo, a nivel de enunciados. De ahí el carácter ilusorio de ese comienzo. Pero sin embargo, sí surge el discurso grupal como componente de ese nuevo dominio de conocimiento: están dadas las condiciones de posibilidad para que ese discurso se diferencie, emerja de un conjunto enunciativo más vasto. Es la transición de un saber hacia un poder, o mejor dicho, el poder habilita un nuevo saber, le da carta de ciudadanía, le otorga un rango diferente (el de disciplina científica), lo desgaja del saber y lo torna conocimiento científico. O de otra forma, el ejercicio de un saber, el ejercicio, expansión, presencia de un nuevo saber, tiene como condición de posibilidad que se torne un instrumento eficaz de poder. En otro caso, el discurso sobre los grupos no existiría, sus enunciados seguirían estando donde estaban...

Diversas circunstancias sociopolíticas e institucionales lo posibilitaron, y también lo exigieron. También cierto estado de los saberes organizados, de las disciplinas “sociales” parece haber jugado un papel importante. Por último, los “factores” estrictamente singulares, esto es, la intervención de algunos pensadores –a falta de una denominación más adecuada– jugó un papel central –y para nada coyuntural, como parece deducirse en algunos textos que tratan sobre este tema–.⁶

Un relato de sus actores y una mirada crítica.

Para acercarnos a la multiplicidad de situaciones que hubo en juego en ese momento utilizaremos diversos textos, atinentes a la cuestiones planteadas. Destacamos de ellos, que pueden tomarse como significativos tanto de ese primer momento de desarrollo de las prácticas grupales como de los procesos de reflexión crítica que

⁶ Es interesante la perspectiva de C. Castoriadis, en “La institución imaginaria de la sociedad” (1975) donde trata el problema de los productos colectivos, complejos, y de la intervención de los sujetos en ello, de forma muy alejada a la idea de líderes, inventores, “iluminados” (estilo “Eureka!”), sin caer en la lógica inefable de la “creación místico-individual”.

siguieron. Uno de ellos, el texto de Cartwright y Zander titulado: “Dinámica de grupos. Investigación y teoría”, cuya primera edición se realizó en 1953, y el otro, el texto de René Lourau, “El análisis institucional”, editado en 1970.

El texto de Cartwright y Zander ha sido referencia obligada para cualquier lector sobre grupos. Desde su primera edición en 1953, a partir de una misma organización de temas, ha sido sucesivamente actualizado con materiales procedentes de múltiples investigaciones. Su tercera edición en inglés, en 1967 –ed. cast. en 1971–, da una idea de la prolífica intención empírica de esa perspectiva grupal: casi cuarenta artículos referentes a investigaciones experimentales realizados entre 1930 y 1950. Este texto puede ser considerado como uno de los textos clave de la Dinámica de grupos, nombre con el que se conoce el conjunto de conocimientos y aplicaciones de grupo, durante muchos años; junto a los textos de Lewin, podrían considerarse como los textos clave de esta época.

Por su parte, el texto de René Lourau, uno de los fundadores de la corriente del Análisis Institucional francés –inscripto en lo que hemos denominado segundo momento epistémico– realiza un análisis sobre el inicio de los discursos sobre grupo que consideramos muy pertinente. Este autor, desde una posición crítica a la corriente de la dinámica de grupo aporta un punto de vista acerca lo que se ha denominado la “demanda social”; su análisis es realizado a fines de los 60, lo que le ha permitido incidir sobre aspectos que no habían podido ser observados anteriormente. Así pues, un texto clave del inicio y desarrollo inicial de la dinámica de grupos (un texto colectivo) y otro texto, también significativo, aunque no con el carácter definitorio del primero, realizado desde una perspectiva crítica.

Los diversos temas abordados en el capítulo, si bien poseen una coherencia expositiva, en realidad deben ser tenidos en cuenta en cuanto a su imbricación. Proceso complejo, el de la articulación o presencia de diversas dimensiones, actores, espacios y tradiciones. Se trata del campo grupal entendido en el sentido de “prácticas grupales”; y referir un fenómeno complejo al nivel de sus prácticas implica que la imbricación de elementos no sea, en ningún caso, algo dado.

1.1. Momentos epistémicos. Puntos de localización.

Hemos mencionado ya lo mucho que se ha escrito sobre grupos. Se adivina un conjunto disperso de enunciados teóricos, campos de intervención, diversidad de técnicas –sin mencionar lo grupal como “experiencia”...–.

Se impone cierto ejercicio metodológico: buscar una manera de producir inteligibilidad entre tantos ‘datos’, hechos, o discursos singulares. Sin embargo, la búsqueda de criterios de ordenación no tiene tanto el sentido de buscar coherencia entre los elementos como de poder destacar algunas líneas que parezcan relevantes a efectos de nuestro análisis.

Suponemos un campo grupal. Esta noción de ‘campo’ posee una connotación cercana a la idea de “episteme” o “campo epistemológico” de Foucault, y se refiere a la estructura subyacente en un campo de conocimiento.⁷ Un ‘campo epistémico’, una episteme, no se caracteriza tanto por la coherencia de sus componentes como por albergar a un conjunto de elementos que le son propios, cuyas relaciones pueden ser de coherencia, pero también de contradicción, de exclusión, de solapamiento, etc. De esta manera, la noción de episteme, acuñada por Foucault en sus investigaciones sobre los dispositivos de saber y de poder parece adecuada a un propósito: acercarnos a la comprensión de lo que se ha dado en llamar prácticas grupales, en referencia a los pequeños grupos y sus derivaciones.

⁷ Según Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía (1979), “Michel Foucault ha llamado *episteme* y también ‘campo epistemológico’ a la estructura subyacente y con ello, inconsciente, que delimita el campo del conocimiento, los modos como los objetos son percibidos, agrupados, definidos. La *episteme* no es una creación humana; es más bien el ‘lugar’ en el cual el hombre queda instalado y desde el cual conoce y actúa de acuerdo con las resultantes reglas estructurales de la *episteme*. El estudio de una *episteme* no es por ello una historia. No es ni historia global ni historia de las ideas, sino arqueología. No puede hablarse de continuidad entre diversas *epistemes* y por ello no puede hablarse tampoco de una historia de *epistemes*. De hecho, no hay tampoco continuidad, o en todo caso, progreso histórico dentro de una *episteme*”. Ferrater Mora alude a ciertas analogías entre la noción de episteme y la de paradigma (Kuhn). Al igual que en la noción de paradigma, en el caso de la episteme se plantea el problema de las anomalías: si en el caso del ‘paradigma’, se ha hablado de ‘anomalías’, en el caso de episteme, no existe tal recurso. “Estos problemas, han de ser para Foucault, otros tantos pseudoproblemas. No en vano no se trata de historia, sino de ‘arqueología’, y no en vano se destaca la completa descentralización de la episteme, las rupturas y las discontinuidades”.

En relación con la noción de estructura: “La noción de *episteme* puede ser considerada como una noción estructural –como uno de los aspectos que puede asumir la idea de estructura tal como ha sido elaborada por los estructuralistas–. En todo caso, parece constituirse como una estructura profunda, ‘inconsciente’, ‘no humana’, no producida ni por las acciones individuales ni siquiera por supuestas acciones colectivas de hombres” (Ferrater Mora, 1979, pág. 958-959). Para ampliar la noción se indican otras en relación: “arqueología”, “discurso” y “enunciado”.

Con esta explícita intención metodológica que hemos expuesto –de ahí el uso de la idea de campo epistémico– parece conveniente introducir un criterio de ordenación, para lo cual señalaremos diversos momentos epistémicos, o diversos puntos de localización de elementos paradigmáticos.

Diversos autores han utilizado criterios de ordenación para comprender la forma en que se ha desarrollado la historia de las prácticas grupales. Podemos destacar dos de ellos:

1) La noción de momentos epistémicos es utilizada por A.M. Fernández en “El campo grupal” (1989), si bien es utilizada de una manera diferente a la que realizamos aquí. La autora propone tres momentos, donde el primero estaría representado en la concepción que afirma que “el todo es más que la suma de las partes” y Lewin será el principal exponente, el segundo por la búsqueda de “organizadores grupales” (fantasmática grupal, supuestos de base, manifiesto y latente, etc., es decir la búsqueda de conceptos que den cuenta de los procesos grupales en cuanto tales) y el tercero por lo que considera “el agotamiento del objeto discreto”, aludiendo a la dimensión institucional de los grupos, a la necesidad de un abordaje interdisciplinar, etc.

Esta clasificación intenta encontrar conexiones entre los desarrollos de la escuela lewiniana, pasando por Bion y la escuela inglesa, hasta arribar a las corrientes de la escuela francesa. A partir de ahí la propuesta del tercer momento es más dispersa, las referencias no son tan evidentes como en los dos momentos anteriores.

2) Kaës en “El grupo y el sujeto del grupo” (1993) ha planteado la cuestión de la “invención” en referencia a la teoría psicoanalítica de grupo.⁸

Este autor propone la idea de tres invenciones en la historia de la teoría psicoanalítica de grupo. Viena, 1920; Londres, 1940 y París, 1960; tal es la forma en que gráficamente su autor la expone. La primera alude al descubrimiento freudiano (“Psicología de las masas y análisis del yo” fue publicado en 1921), la segunda alude a la perspectiva abierta a partir de Bion y Foulkes, y la tercera, más difusa en cuanto a una figura emblemática, se refiere a la escuela francesa, donde se incluye Anzieu, Missenard, Bejarano y el mismo

⁸ Otra figura para denominar esos momentos de corte y que aluden a cierta frontera con su alrededor, es la de “ruptura epistemológica” (Bachelard). La noción de “invención” utilizada por Kaës parece una elaboración conceptualmente cercana.

Kaës. Se trata de un análisis riguroso, que intenta encontrar los diversos puntos de continuidad y de ruptura operados a partir de cada una de las invenciones.

Dos momentos epistémicos.

Por nuestra parte, haremos una delimitación en dos momentos. Dos momentos – y no etapas si con ello se quiere denotar algo evolutivo– que hemos denominado epistémicos en cuanto no se trata de una historia de la evolución (o involución) de las ideas o teorías, ni de un listado sucesivo de técnicas, sino que se trata de la comprensión de un fenómeno complejo: los grupos, lo grupal. Esta delimitación o clasificación se realiza con el objetivo de encontrar un ordenamiento que permita indagar –con una cierta direccionalidad– en la multiplicidad de prácticas grupales (cabe aclarar que nos referimos a lo considerado como tal por sus actores, por el conjunto social, por el sentido común. En un sentido lato, conocimientos y prácticas grupales ha habido desde la antigüedad, pero no organizados como una práctica específica).

En principio parece una forma idónea para situar, para colocar los diversos elementos que conforman el objeto. Esos elementos son múltiples: desde los métodos a las intervenciones grupales, las teorías y los contextos institucionales. Las teorías sobre grupos, los diversos discursos teóricos producidos, constituyen un soporte considerable. También las técnicas, en la medida que los diversos artefactos técnicos o tecnológicos muestran el alcance, los límites y los efectos de esos modelos grupales. Por otro lado, los lugares (sociales) donde se ponen en marcha esos dispositivos también tienen mucho que ver con la propia existencia de los mismos.

Hay otra razón también en el hecho de postular dos momentos epistémicos. Se trata de priorizar un punto de vista, un determinado enfoque sobre el campo, que permitirá observar ciertas conexiones entre los elementos que interesa destacar. Esas conexiones o formas de articulación pueden ser ya de coherencia o contradicción, aunque también de exclusión, indiferencia, etc.⁹

Llegados a este punto es conveniente señalar que destacaremos un doble movimiento en el conjunto de las prácticas grupales: uno que, en principio, parece ser el principal, se presenta como hegemónico, y otro –paralelo– que aparece relacionado con

los avatares y desarrollos del movimiento psicoanalítico. Parece pertinente una aclaración de por qué priorizamos y realizamos este segundo aspecto: en primer lugar, por un interés personal –intelectual y profesional–; en segundo lugar, por la relación específica que la concepción psicoanalítica tiene con el objeto central de este trabajo: los grupos operativos ‘nacieron’ bajo la égida de los avatares del psicoanálisis en Argentina...

Ese doble movimiento, en algunos momentos coincidente, en muchos, divergente, siempre renovado, configura una constante en la historia de las prácticas grupales: por una parte está el movimiento general, global, y por otro, el movimiento ligado a la concepción psicoanalítica.

Primer momento epistémico.

La primera invención, el primer momento epistémico, es el inaugural del campo, el primer instituyente. Aquí se organiza, por primera vez, el conocimiento sobre grupos, se instituyen los primeros dispositivos grupales. Se “descubre” que “los grupos son algo más que la suma de sus miembros”; se ha impuesto una evidencia: “la realidad de los grupos”.

Su modo es la experimentación, lo que conducirá a otro “descubrimiento”: que ese “más que”, de los grupos puede ser utilizado, movilizado, dirigido hacia una vasta diversidad de objetivos: aparecerán los primeros dispositivos grupales.

Si es posible una fecha, debe situarse alrededor de 1920; un lugar: EE.UU., aunque se extenderá rápidamente a Europa y a algunos países periféricos, como Argentina. Esta invención aparece ligada –tanto en cuanto a sus condiciones de aparición como de desarrollo– a las empresas, a la industria, a las organizaciones (al espíritu empresarial); mantendrá –siempre– una cierta vocación por lo privado, y por lo empresarial.

La “realidad de los grupos”, el plus grupal (la Gestalttheorie había afirmado que “el todo es más que la suma de las partes”) posibilitará diversos enunciados teóricos, entre los que tomará una posición hegemónica uno de ellos: la Dinámica de Grupos. El

⁹ La idea de invención que se ha mencionada es clara para ilustrar esto. Al lado de esa ‘invención’ puede encontrarse prácticas grupales que operan indiferentes a las mismas, en otros casos un método grupal es excluyente respecto de otros, etc.

nombre de Kurt Lewin se asociará a este proceso, como pionero infatigable de la primera perspectiva grupal.

Por otra parte, estos “descubrimientos” (teóricos y empíricos), en una conjunción potentísima con los requerimientos industriales, condujeron a que en poco tiempo se multiplicaran los esfuerzos por instituir dispositivos grupales de toda clase, en diversas situaciones institucionales.

Es decir, en muy pocos años se estableció un campo de intervención, se inició un campo disciplinario –o que se ha pretendido tal–, se articularon diversos dispositivos técnicos (“artificios” grupales). También aparece un nuevo técnico: el coordinador de grupos. Por último, hay que reseñar que este momento –en este caso es más claro decir esta invención–, se consolidó como la perspectiva dominante durante muchos años.

Este primer momento –y primera invención– posee una complejidad particular (a diferencia de los otros). Por una parte, como dijimos, el inicio: mítico, ambiguo, circunstancial, impreciso (lo que se podrá observar en el desarrollo de sus diversos aspectos y elementos). Es en los EE.UU. donde aparecerá la propuesta grupal con toda su fuerza y definición: Kurt Lewin y su “invención”, la dinámica de grupos, constituirá el emblema –aceptado por todas las corrientes grupales sin excepción– de lo grupal.

Si el inicio de la invención se localiza hacia los años 20, en los EE.UU., la segunda guerra mundial y sus consecuencias en ese país, supondrán su consolidación como perspectiva hegemónica. La invención continúa vigente, y forma parte –en diverso grado– de múltiples perspectivas grupales, tanto en sus dispositivos técnicos, como en sus enunciados teóricos.

Segunda invención: Londres, década del 40. Más difusa que el anterior, esta segunda invención se organiza a partir de una intención explícita: la necesidad de hacer inteligibles los procesos grupales.

El plus (lo que se agrega cuando hay grupo), sigue siendo movilizado, pero esta vez en otro sentido: será la clínica la que organice los esfuerzos, los dispositivos, requerida por la sociedad y el Estado: los estragos de la guerra exigían ser “tratados” (antes era la experimentación, requerida por las empresas). El origen en relación con la institución militar y hospitalaria se tornará posteriormente en una vocación por los dispositivos de intervención en redes institucionales públicas.

Es decir, si en la primera invención se trataba de la experimentación, esta vez se tratará de la clínica (matizadamente, se mantendrá un cierto interés en las empresas y en las organizaciones). Si antes el lugar eran los EE.UU., esta vez será Londres. Y el nombre emblemático será el de un psicoanalista inglés, W.R.Bion (si bien no fue la única perspectiva grupal que forma parte de esta ‘invención’). El psicoanálisis será la referencia de esta invención –el grupo terapéutico será su modelo–.

El descubrimiento, esta vez con otros parámetros de formalización, se derivará de la búsqueda de las instancias “eficaces” que movilizan a los sujetos en grupo: se descubre que ciertos niveles del psiquismo inconsciente son determinantes en ciertas constelaciones grupales (e institucionales).

El aporte del psicoanálisis, crucial en esta segunda invención, impone una complejidad diferente a la anterior: la institución psicoanalítica –como organización y también como modelo de los psicoanalistas– incidirá fuertemente en este proceso, produciendo diversos obstáculos y a la vez, aperturas. El nuevo dispositivo será el grupo terapéutico, el nuevo técnico será el terapeuta de grupo –o monitor–.

Segundo momento epistémico.

El segundo momento puede fecharse en torno a los años 60. Se trata de una época de crítica al pensamiento y prácticas anteriores, una ruptura podríamos decir, pero dentro de una constelación ya claramente definida: el campo grupal está “instalado”. Esta circunstancia es básica, ya que se plantea una cuestión importante: qué elementos, qué restos de los momentos anteriores, –de las invenciones anteriores– de los modelos anteriores, han pasado y se mantienen vigentes (las invenciones se van acumulando).

El lugar emblemático de este segundo momento lo constituye Francia. Diversas circunstancias sociopolíticas y culturales –sumado a un momento de gran productividad teórica– propiciaron en ese país una reformulación de la propuesta grupal dominante. El inicio de la invención parece radicar justamente en esa crítica a la primera invención (a la versión relaciones humanas – dinámica de grupos).

En este caso, no existe un investigador emblemático como fueron Lewin, o Bion; incluso el mismo Lewin pudo ser reivindicado por investigadores inscriptos en este segundo momento epistémico, se trataría de una línea tal como “desde Lewin a París”.... Esta circunstancia expresa, por una parte, la “fuerza”, la consistencia de esta

nueva propuesta grupal, y por otra, paradójicamente, expresa su debilidad (sus aspectos dispersivos).

El proceso de crisis social y política también había incidido en el movimiento psicoanalítico. Se generaron diversos movimientos de ruptura y transformación, que dieron lugar a lo que sería la perspectiva lacaniana, y que a la vez operaron como catalizadores en esta transformación (en el pasaje del primer al segundo momento epistémico).

El campo de intervención esta vez girará hacia el terreno de la cultura – educación e instituciones afines–, aunque mantendrá su campo de intervención en las empresas (formación de “cuadros”). El dispositivo técnico será el análisis institucional, y el lugar técnico será el analista institucional.

Los enunciados teóricos se diversifican, y las perspectivas psicoanalíticas se comienzan a formular a partir de consistentes recursos y propuestas teóricas.

Hasta aquí la ordenación realizada, apta para el desarrollo del tema propuesto, los “grupos operativos”. Pero nos hemos detenido en unos cuantos esbozos del segundo momento epistémico. En términos de la exposición y pertinencia para este trabajo, nuestro interés es el análisis del grupo operativo, especialmente en cuanto a su origen y desarrollo, y ligado a la suerte de su promotor, Pichon-Rivière. Los elementos posteriores que se irán señalando sólo apuntan a consolidar la argumentación; no se trata de una “historia de las prácticas grupales en Argentina”, tema que posee un innegable interés, sino del análisis de una técnica grupal. En todo caso, sí vale una mínima especificación acerca de la ordenación realizada. Se ha propuesto un primer momento que va desde el inicio de los mismos, años 20, primer cuarto de siglo, hasta los años 50. Otro momento, que va de los 60. Y actualmente?, a poco del 2000? No podemos (aún) contestar a eso. Quizá juega una cuestión de saber: el autor de estas notas debe confesar su ignorancia...; quizá también se debe a que el autor (investigador) es parte del propio campo del análisis, y no es válida la ilusión de estar analizando algo que ya ha sucedido, pues uno está dentro del propio movimiento.

Por último, se hace necesario poner en relación los momentos epistémicos y sus diversas ‘invenciones’, con el objetivo fundamental de esta tesis: el lugar ocupado por los “grupos operativos”. Más precisamente, y en relación al origen de los mismos, el lugar donde “colocar” a Enrique Pichon-Rivière.

La propuesta pichoniana se inscribe en lo que hemos definido como el primer momento epistémico, en el espacio abierto por las primeras invenciones: tanto Pichon-Rivière como sus colaboradores iniciales, especialmente José Bleger. Sin embargo, hay una salvedad importante: Pichon-Rivière se inscribe en el primer momento, pero en sus fronteras.¹⁰

Los grupos operativos, o si se quiere, la psicología social pichoniana, tuvieron lugar en Argentina, lo cual otorga cierta especificidad a su propuesta a las que este carácter de frontera no es ajeno: Pichon-Rivière se inscribe en una perspectiva grupalista claramente perteneciente a lo que hemos denominado primer momento epistémico, pero también se anticipa y participa –no fue el único– de elementos fundamentales del segundo momento epistémico. Esto se hará evidente, años después, en algunos de sus discípulos, como por ejemplo Armando Bauleo, Fernando Ulloa, Hernán Kesselman, y también en ‘generaciones’ posteriores.

Si bien la configuración del espacio intelectual y profesional en Argentina posee características específicas, diferentes de las que pueden darse tanto en EE.UU. como en Europa –quizá tantas como la diferencia de entramado político–, y aunque con menos precisión que en el caso de los autores europeos o norteamericanos, los autores mencionados –posteriores a Pichon– pueden inscribirse con claridad en lo que hemos denominado segundo momento epistémico.

Quizá una forma de ilustrar los dos momentos que hemos delimitado sería la siguiente: el primer momento podría denominarse como “la dinámica de grupos americana” o “los grupos desde la perspectiva anglosajona”, mientras que el del segundo momento podría ser descripto como: “la crítica francesa a la dinámica de grupos”. Esta reducción casi caricaturesca, no significa que sólo los EE.UU. sean los que conforman el primer momento, ni que desaparezcan en el segundo momento; momento que a su vez estaría ‘poblado’ solamente por investigadores franceses; por el contrario, si el primer momento podemos situarlo en los EE.UU., hay que tener en cuenta que la expansión de la ‘dinámica de grupos’ –en expresión de la época– fue

¹⁰ En la “Revue de psychotérapie psychanalytique de groupe”, en un número de homenaje a Enrique Pichon-Rivière titulado “Psicoanálisis y psicología social” (nº 23, 1994), Kaës propone a Pichon como “un hombre de fronteras”, aludiendo a los múltiples desarrollos pichonianos en diversas ámbitos. El texto testimonia el interés de la corriente francesa de grupos por el creador de los grupos operativos. Se encuentran artículos de: Puget, Resnik, Ulloa, Pascale Chevance-Bertin, Winkler, Pampliega de Quiroga, Eiguier, B. Ruiz Correda, Caparrós, Bauleo, Jaitin y Kaës.

gigantesca, tanto en Europa, como en América Latina (se ha agregado otros países la India, Israel y algunos más). Por otra parte, si situamos el segundo momento en Francia, esto no significa que fuera un fenómeno francés, también el segundo momento es tal en los EE.UU., y en el resto del mundo.

Sin embargo, y a pesar de que se haga necesaria esta aclaración, mantenemos la figura (retórica): dinámica de grupos como primer momento de lo grupal (psicosociología, o psicología social o psicología de los grupos u otra de las denominaciones al uso) y crítica francesa a la dinámica de grupos como segundo momento. Otorga un matiz distintivo importante y difícil de expresar en pocas palabras, aludiendo a diversos niveles de significación: empirismo anglosajón frente a criticismo francogermano, y en esa medida, coloca a un lado las perspectivas positivistas, empiristas, experimentalistas, frente a las perspectivas historicistas, estructuralistas, dialécticas. Nos hacemos cargo de la apariencia de simplificación y reduccionismo que pueden tener las figuras sugeridas, y que aluden a complejos sistemas de pensamiento, a polémicas que incluso aún hoy son vigentes, pero –y también, por eso mismo– creemos útil esta connotación de los dos momentos epistémicos.

Como se ha afirmado antes, la perspectiva de Pichon-Rivière se inscribe, de pleno derecho, en el primer momento epistémico, en el primer discurso sobre grupos, pero también se halla en el segundo momento, por lo menos en la frontera¹¹ entre ambos, en el momento de pasaje, como intentaremos demostrar más adelante. Podemos adelantar que una condición favorable a esto radica justamente en que Pichon-Rivière desarrolló su propuesta en un país periférico, en un país dependiente¹² que, como tal, dispone sus desarrollos culturales e intelectuales no sólo en base a su propia situación, sino con la mirada puesta en el centro: el modo anglosajón, primero, el modo francés (o más exactamente, francogermano) luego –si bien esto se refiere al campo grupal, quizá puede hacerse extensible a otras áreas del conocimiento–.

¹¹ Kaës 1994b.

¹² El lenguaje no es un dato estático; como lengua subordinada, el castellano ha funcionado, casi siempre, como segunda lengua: la traducción –ya sea del inglés, luego también del francés, en mucha menor medida del alemán– es algo usual.

La perspectiva psicoanalítica acerca de los grupos.

Decíamos anteriormente que por una parte encontramos el movimiento general y global que hemos mencionado como hegemónico en cada uno de los momentos especificados, y por otro, el movimiento ligado a la concepción psicoanalítica.

Si puede considerarse a los EE.UU. y Francia como los lugares “representativos” de cada uno de los dos momentos epistémicos, en el caso del psicoanálisis es necesaria una precisión: el movimiento psicoanalítico en cuanto a su posición institucional hegemónica nunca ha otorgado ningún lugar preeminente a las propuestas grupales, lo cual no ha obstado –en absoluto– para que la concepción esté presente, siempre –diríamos que incluso desde el inicio– en las propuestas grupales.

Si bien esto no es especialmente visible en los primera época, ya que los discursos sobre los grupos se referían a puntos de vista basados en la psicología prefreudiana, el pensamiento de Freud comenzaba a extender su influencia. Además, y en lo que denominamos como la consolidación del primer momento, será la psicoterapia psicoanalítica la que otorgue un fuerte criterio de legitimidad a lo grupal.

Puede decirse que en el primer momento especificado, la concepción psicoanalítica está presente de manera difusa pero efectiva a través de la influencia de Freud (en ocasiones “reprimida” por algunos investigadores: la formidable influencia de Freud en la producción intelectual del siglo no siempre fue reconocida con claridad). En todo caso, debe subrayarse que hacia el inicio del que hemos llamado primer momento epistémico, Freud ya ha escrito gran parte de su obra, y varios de los textos fundamentales para la comprensión de fenómenos colectivos –y el grupo es uno de ellos–. En todo caso, la expansión de la doctrina psicoanalítica era ya un hecho.¹³

Por otra parte, el discurso psicoanalítico fundamental en esta época debe situarse en torno a dos ejes: la perspectiva kleiniana, que fue la corriente hegemónica en el psicoanálisis durante muchos años (hasta los 60), y por otra parte, hay que considerar, si bien con una influencia mucho más limitada, a la psicología del yo, una corriente

¹³ “Tótem y tabú”, en 1913 y “Psicología de las masas y análisis del yo”, en 1921. “El malestar en la cultura” recién en 1930 y “Moisés y la religión monotéista” en 1939. La mención a estos cuatro textos no implica en absoluto que los conceptos psicoanalíticos referidos a lo grupal se encuentren en ellos, sino a cierta parte de su contenido, en el sentido que se abordan, explícitamente cuestiones de orden colectivo. En cuanto a la pertinencia de los conceptos psicoanalíticos (provenientes, todos ellos de la clínica, y

“interna” del psicoanálisis, importante especialmente en EE.UU. No incluimos aquí algunas posiciones críticas, sustentadas por los que se conocen como neo-freudianos ya que no pertenecen propiamente al campo psicoanalítico, sino más bien a la antropología o incluso a la sociología.

En cuanto al segundo momento, la presencia e influencia de la concepción psicoanalítica en las perspectivas grupales es ya notoria: ya sea a través de la multiplicidad de métodos grupales, ya sea en la práctica de los propios psicoanalistas. Pero serán otras perspectivas las que incidan en las propuestas grupales, el kleinianismo ya no es hegemónico, y al lado de diversas formulaciones, más o menos ‘ortodoxas’, aparece la crítica de Lacan y su escuela.

De la misma forma que se afirmó para el movimiento general de las corrientes grupalistas, si las primeras invenciones tenían nombres propios (Lewin, Bion) pero ya en el segundo momento epistémico no sucedía lo mismo, en las corrientes grupalistas ligadas al psicoanálisis sucede otro tanto. Si la referencia al primer momento epistémico tiene a Melanie Klein como la base clínico-teórica de los psicoanalistas de grupo, en el segundo momento no puede adjudicarse a uno u otro personaje concreto, sino más bien a diversos autores.

Para finalizar estas notas introductorias al campo grupal, y después de justificar la forma en que ‘leemos’ los diversos elementos a considerar, cabe una cuestión que si bien tiene un origen epistemológico, también bien puede ser considerado pertinente en este trabajo. Hemos mencionado anteriormente las posibles analogías entre la noción de episteme y la de paradigma (Kuhn), a la que aluden diversos autores.¹⁴ A partir de esas aseveraciones, ¿podría pensarse en dos paradigmas, o mejor dicho, en un paradigma original –correspondiente a lo que hemos denominado aquí como primer momento epistémico– y en la transformación de ese paradigma –el segundo momento epistémico– ? O antes bien, ¿se trata de anomalías –al decir de Kuhn–, en el sentido de que son diversos desarrollos –no previstos por sus iniciadores–, desarrollos que si bien son diversos, múltiples, no escapan del paradigma –que sería único– de la psicología de los

secundariamente, de elementos de otros ámbitos) para el abordaje de fenómenos colectivos, se trata de otra cuestión, que será expuesta posteriormente.

¹⁴ Miguel Morey, en su texto “Lectura de Foucault” (1983) sostiene esta posición, y se apoya en algunas elaboraciones de Piaget.

grupos?¹⁵ No se trata de responder a la pregunta afirmativa o negativamente, sino de recuperar lo que habíamos denominado la intención genealógica: lo importante consiste en lo que este tipo de análisis ayude a pensar sobre las prácticas grupales, sobre sus apoyos, sus presupuestos, y su intencionalidad o finalidad.

1.2. La constitución del campo y la dinámica de grupos.

Localización de la dinámica de grupo según algunos de sus intérpretes: Cartwright y Zander.

Comenzaremos con el texto de Cartwright y Zander ya nombrado (“Dinámica de grupos. Investigación y teoría”, 1953), demostrativo de lo realizado por la perspectiva que ellos representan. Es importante destacar que del texto se desprende una propuesta básica, si bien algo implícita: aunque los autores se refieren a la “dinámica de grupos”, en realidad proponen algo del orden de una teoría general de los grupos, y aunque esto puede parecer algo excesivo, no es lejano de sus objetivos: puede considerarse como una propuesta global sobre los grupos. Hay un intento de delimitar el campo de los grupos, incluso de establecer el propio campo de lo grupal. Y si bien en la actualidad tal pretensión podría parecer desmedida, en ese momento parecía posible. Por otra parte, la lectura del texto permite apreciar un cierto tinte propagandístico autocomplaciente, lo que facilita el análisis que se puede realizar en la actualidad.

En un primer intento de definición acerca de qué es la dinámica de grupos, los autores consideran que hay varias acepciones sobre esos términos, y enuncian tres: a) un empleo frecuente que identifica a la dinámica de grupo con una ideología política interesada en las formas que debieran organizarse los grupos, y que hace hincapié en lo importante de una guía democrática (líder democrático?), en la participación de los miembros en las decisiones y en las ventajas que la sociedad y el individuo logran al

¹⁵ Posiblemente puede encontrarse este supuesto en algunos autores críticos con las prácticas grupales: una única concepción en la psicología de los grupos, que ha ido variando sus formas pero mantiene su ‘esencia’ (la inicial). Puede entenderse en este sentido bastante de lo propuesto por Castel (1973, 1979, 1981), Guattari (1972), Lourau (1970), Herbert (1966), etc.

cooperar en grupos. b) un segundo uso popular entiende dinámica de grupos como un conjunto de técnicas que se han usado mucho en los últimos veinte años [entre 1930 y 1950] en programas de entrenamiento, para mejorar las relaciones humanas (en términos actuales: personales?) y en el manejo de conferencias y comités. c) el tercer uso entiende dinámica de grupos como “un campo de investigaciones dedicado a obtener conocimientos sobre la naturaleza de los grupos, las leyes de su desarrollo y sus interrelaciones con los individuos, otros grupos e instituciones más amplias” (pág. 15).

Los autores afirman que la dinámica de grupos a que ellos se refieren lo constituye la tercera acepción, pero si bien consideran a las otras dos como el uso “popular” del término, como la doxa, no parece –según se desprende de un análisis detallado de su texto– que ellos no compartan esa opinión. Por el contrario, tomado el texto en su conjunto –en toda su extensión–, parece evidente que esos tres modos de entender el término ‘dinámica de grupo’ en realidad constituye su programa de trabajo, su propuesta sobre los grupos.

En una importante precisión conceptual, se afirma: “...dinámica de grupo es una rama del conocimiento o una especialización intelectual... puede situársela entre las ciencias sociales” (pág.15). El discurso programático es claro: desde la voluntad de los autores, y recordemos que ellos son los continuadores directos de Lewin (Cartwright dirigió el centro creado por Lewin poco antes de su muerte), la Dinámica de grupo tiene una vocación de campo fundacional de una especialización del conocimiento. Falta saber si esa afirmación de estos autores corresponde efectivamente a los hechos o no. Es decir, si este discurso inscripto en una determinada constelación de saberes, consiguió el poder suficiente para hacerse hegemónico y fundar el campo grupal.

Por último, los autores explicitan su concepción de la relación entre su concepción de los grupos y los determinantes ideológicos: ellos consideran que la dinámica de grupo está fuera de los avatares ideológicos, fuera del campo de la confrontación ideológica. Su texto es explícito: “Si se la concibe así, no es necesario asociar la dinámica de grupo con ninguna ideología particular preocupada por las formas en que deben organizarse y manejarse los grupos, ni con el uso de ninguna técnica particular de manejo de grupo. De hecho, un objetivo fundamental de la dinámica de grupo es proporcionar mejores bases científicas a la ideología y a la práctica” (pág. 17).

Desde la posición hegemónica que proporciona el Estado más poderoso, los EE.UU., los autores derivan –si bien lo hacen implícitamente– que una propuesta realizada desde ese lugar puede mantenerse fuera de las disputas ideológicas, presentando así el aspecto más encubridor de una ideología: el ofrecerse –ya sea en cuanto a la teoría, la metodología o las técnicas– como a-ideológica, es decir, como la máxima ideología, no analizable, no interpretable.

Condiciones sociales e institucionales que favorecieron la constitución de la primera perspectiva grupal.

Al referirse a las condiciones que propiciaron el surgimiento de la dinámica de grupo Cartwright y Zander afirman que si bien se asocia su origen al nombre de Kurt Lewin, no fue solo su participación lo que explica la creación de la misma. “Desde una perspectiva histórica, puede afirmarse la dinámica de grupo como convergencia de varias proyecciones de las ciencias sociales y, con mayor amplitud como producto de la sociedad particular en que surgió” (pág.18).

Por una parte el desarrollo de las ciencias sociales, y por otro un cierto y determinado tipo de demanda social. Si bien se verá en el parágrafo correspondiente, puede adelantarse que ése es el análisis que realizará precisamente Lourau, si bien desde otra posición teórica e ideológica: 1) la psicociología, nacida en el cruce de diversas disciplinas (psicología social, psicoanálisis, psicopedagogía, terapia, sociología de las organizaciones) constituirá la demarcación disciplinaria que se ocupará de organizar las teorías y aplicaciones sobre grupos y 2) “el conocimiento cuyo objeto es el grupo surgió a consecuencia de un imperioso llamado proveniente de la práctica social” (Lourau, 1970, pág.191), refiriéndose a la demanda empresarial de los años 20.

Los autores mencionan diversas condiciones que según su análisis –e insistimos en su carácter de “representantes” de la corriente lewiniana, o de la dinámica de grupos– que posibilitaron el desarrollo de la misma. Así, mencionan tres condiciones: 1) apoyo social, 2) profesiones que hacían uso de los conocimientos grupales, y 3) el desarrollo científico.

La primera condición lo constituyó “una sociedad que le apoyara”. En los años 30 las condiciones económicas y culturales de los EE.UU. eran favorables al surgimiento de la Dinámica de grupo.

Como segunda condición los autores apuntan que los primeros escritos sobre la naturaleza de los grupos provinieron de “personas que desempeñaban profesiones”, cuya motivación es “práctica”. Así, señalan que “varias profesiones ayudaron a crear una atmósfera favorable al financiamiento de las investigaciones sobre dinámica de grupo, proporcionaron de acuerdo con su experiencia acumulada una amplia concepción sistemática del funcionamiento de grupo, para que de allí se elaboraran hipótesis de investigación...” (pág. 19). Se señalan varios grupos profesionales implicados en este origen de la dinámica de grupos, como condicionantes favorables a su aparición:

a) lo que los autores llaman “trabajo con grupos sociales”: “responsables de funcionamiento de clubes, grupos recreativos, trabajadores de grupo”, es decir lo que actualmente se denomina –de forma difusa– área sociocultural, ocio, etc.

b) los diversos profesionales dedicados a la psicoterapia de grupo, además de otros sectores como los colectivos de “alcohólicos anónimos” y similares.

c) los profesionales de la educación, a partir de lo que denominan “la revolución en la educación pública norteamericana”, en el primer cuarto de siglo, influida por Dewey, también se cuentan entre los que favorecieron la creación e implantación de la dinámica de grupo, a través de la idea básica de “preparar a los niños a vivir en sociedad” –socialización y grupos será una temática importante para esta corriente, desde su origen y hasta la actualidad–. Así, los maestros, los profesores, se habrían ido interesando en procesos de liderazgo, motivación, aprendizaje, también la educación de adultos –que comienza a ser tenida en cuenta en esta época–, las relaciones humanas en la escuela, etc.

d) por último, el sector de profesionales que los autores engloban en lo que llaman la “administración”, refiriéndose a diversas categorías de dirigentes, managers, jefes, etc., de grandes organizaciones: administración de empresas, administración pública, administración de hospitales y administración educativa. Aunque diferentes, “todas comparten la necesidad de planear procedimientos efectivos para coordinar la conducta de la gente” (pág. 20). Nuevamente, la imperiosa necesidad de organización y reconstrucción colectiva existente en ese país, trasladada al conjunto institucional, pero pensada como una situación no histórica –es decir, coyuntural, singular, temporal–, sino genérica, –es decir, universal–.

Llegados a este punto, Cartwright y Zander precisan que estos sectores no reconocieron fácilmente la importancia de los grupos en las grandes organizaciones; hasta los 30, en las grandes empresas era ignoraba tal importancia. Los autores reconocen que un antecedente importante, un elemento que jugó a favor de la creación e implantación de la dinámica de grupo fue el cambio de orientación operado en los dirigentes de la gran industria sobre algunos factores que podían incidir en la productividad: los trabajadores. Una vez demostrado que las políticas basadas en el eje premio/castigo (aumento o reducción de salarios, ascensos o despidos, etc.) –de acuerdo al modelo imperante, estímulo-respuesta, como lo formuló la psicología de la época– no bastaban para incrementar la productividad se comenzó a intentar nuevas vías, esta vez de orden motivacional (influencias ambientales, como la luz, el ruido, etc.) y se “descubrió” –así ha sido relatado por sus propios autores y por los testigos en esa época– que las propias relaciones entre los trabajadores jugaban un papel muy importante en el rendimiento, y más aún, que en ocasiones constituían un factor más importante que el salario.¹⁶

El descubrimiento de este “factor grupal” tuvo como consecuencia principal un cambio de orientación global, que ya no se refería sólo al pequeño grupo. Un ejemplo de ello lo constituye la creación de la llamada escuela de Relaciones Humanas, considerado como un elemento central en la productividad de las empresas: numerosas generaciones de dirigentes institucionales han sido “formadas” a base de esa propuesta (a pesar del paso de los años, es detectable aún su presencia).

El movimiento de las Relaciones Humanas (Human Relations) jugó un papel de importante antecedente en la posibilidad misma de la creación de la dinámica de grupo: en gran medida, favoreció el apoyo institucional (financiero) a su desarrollo.¹⁷

¹⁶ Se trata del descubrimiento que condujo a la categorización de grupos formales e informales.

¹⁷ Se ha sostenido que la influencia de las Human Relations es si no mayor, al menos tan considerable como la Dinámica de grupo; pero que habría pasado más desapercibida, ha hecho menos ruido, es más estratégico para el poder, quizá por eso ha habido más silencio... Desde esta perspectiva se sugiere una línea de continuidad entre el Taylorismo, las Relaciones Humanas y la Dinámica de grupos. La serie no es uniforme, pero se puede encontrar puntos de conexión. Hay discontinuidad, pero también una línea de conexión. A quién no le interesa la administración científica en las empresas?, ¿la aplicación de la ciencia a los asuntos de la producción?, y que se humanice?, que se tenga en cuenta los asuntos ‘personales’, ‘humanos’, de los trabajadores?, y que los grupos hagan posible una mejor convivencia entre las gentes?, que se pueda aprovechar el aporte de cada uno para mejorar y aumentar la riqueza, y el bienestar? En todo caso, la dinámica de grupos produjo muchos y variados efectos en perspectivas diferentes a este enfoque.

Retomando el texto de Cartwright y Zander, vemos que los autores relacionan claramente la dinámica de grupo con los análisis hechos en el sector de las organizaciones (fundamentalmente en la industria): “Entonces, el surgimiento de la dinámica de grupo, a finales de los años treinta, ocurrió en el momento mismo en que los teóricos de la administración y la organización empezaban a hacer hincapié en la importancia de los grupos y en tener ‘relaciones humanas’ en la administración” (pág. 21).

La tercera de las condiciones que favorecieron la creación y el desarrollo de la dinámica de grupo lo constituyó el desarrollo que había logrado la ciencia. Es decir, esta perspectiva grupal –inaugural del campo– habría requerido no sólo un contexto social favorable, y unas profesiones que la requirieran, sino también una cierta situación de las ciencias sociales, una “ciencia social desarrollada”, al decir de los autores.

En la consideración del desarrollo científico los aspectos considerados son los siguientes:

1) Como premisa fundamental, la creencia de que se pueden emplear métodos científicos para estudiar grupos. En este punto, los autores expresan inequívocamente su adhesión al positivismo comtiano, e inscriben su propuesta grupal en esa perspectiva. También subrayan su vocación experimentalista. Es claro al respecto el párrafo siguiente: “es difícil imaginar cómo la dinámica de grupo pudo haber existido antes de echar raíces la creencia de poder conducir la investigación empírica con grupos de gente...”(pág. 22).

2) Se subraya la “realidad de los grupos”, aludiendo a los diversos puntos de vista sobre la realidad de los fenómenos sociales. En una referencia de tipo epistemológico, Cartwright y Zander se refieren a que si las primeras aplicaciones de la metodología científica a los comportamientos humanos se hicieron en relación a la biología, esa misma circunstancia complejizó el pasaje a las ciencias sociales: existen los “organismos” individuales, pero pasar de ahí a los grupos y las instituciones, ya no es algo tan claro...

En una apostilla certera –a nuestro juicio– los autores mencionan una cierta limitación de la psicología: “En general, las disciplinas relacionadas con instituciones (antropología, economía, ciencias políticas y sociología) han atribuido, con entera libertad, realidad concreta a entidades supra-individuo, mientras que la psicología, dado

su interés por las bases fisiológicas de la conducta, se ha mostrado reacia a admitir la existencia de todo lo que no sea conducta de organismos” (pág. 23). Sin embargo, y como atenuación de la crítica aseveración anterior, a continuación agregan: “en todas estas disciplinas han surgido conflictos entre ‘institucionalistas’ y ‘científicos conductistas’”.

La transparencia del texto es meridiana: la psicología, en su vertiente ‘biologista’, no puede, por comprender fenómenos colectivos; y agregaríamos que, en rigor, esa perspectiva psicológica no puede ni siquiera puede considerar fenómenos individuales, tales como el hombre en cuanto tal, no ya como ‘organismo’. También la relación establecida entre la psicología y el resto de las ciencias sociales, muestra cierta anticipación a futuras polémicas en el interior de las mismas: psicopsicología, psicología social, sociología, etc.

Por último, la mención a la confrontación entre ‘conductistas’ e ‘institucionalistas’ –en terminología de los autores– remite a una problemática histórica, la relación individuo-sociedad, a través de la polémica en el interior mismo de las ciencias sociales.

Cartwright y Zander mencionan en el texto el debate sobre lo que se llamó la “mente de grupo”, con una referencia a la controversia entre Floyd Allport y William Mc Dougall. Por una parte, la concepción de que las instituciones, la cultura –y los grupos– poseen una realidad diferente a los individuos, y su opuesta, de que toda la realidad social constituyen propiedades de los individuos, operaban un efecto de divisoria de aguas, y los científicos se veían inclinados a inclinarse en favor de una u otra posición.

Los autores derivan de aquí una consecuencia importante, que la posición ideológica o “filosófica” de los científicos tiene consecuencias sobre su trabajo científico: por lo pronto, determina qué se puede investigar y qué no.

Y mediante una referencia a Lewin, zanján la cuestión epistemológica –el estatuto de lo colectivo, y el lugar de cada ciencia social–, y transforman el problema en metodológico: “Tildar a algo de ‘inexistente’ equivale a que el científico lo declare ‘fuera de límites’. Atribuir ‘existencia’ a un ítem automáticamente convierte en deber del científico considerarlo como objeto de investigación; incluye la necesidad de considerar como ‘hechos’ sus propiedades y no dejarlas de lado en el sistema total de teorías; finalmente, implica que los términos aplicados al ítem son aceptables como

‘conceptos’ científicos (más bien que como “simples palabras”) (Lewin, citado en Cartwright y Zander, pág. 23).

En realidad Lewin trasciende esa idea –no parece suceder lo mismo en Cartwright y Zander– cuando menciona: “El tabú de no creer en la existencia de una entidad social puede probablemente romperse de un modo efectivo al manejar de modo experimental esa entidad” (Lewin, en Cartwright y Zander, pág. 24). En todo caso, esto remite a otro orden de cuestiones que serán abordadas al considerar el pensamiento de Lewin, sobre la relación entre teoría y experimento.¹⁸

Toda esta operación reduccionista, es decir, eliminar la problemática epistemológica transformando el asunto en una cuestión de método, para luego considerar el problema en el nivel de las diversas técnicas de investigación, es una operación clásica del empirismo, para el que, en última instancia –y en una referencia a sus posiciones menos matizadas– no hay más ‘realidad’ que la que otorguen los ‘hechos’.

3) Por último –aunque se trata quizá del aspecto más relevante¹⁹– los autores mencionan el “desarrollo de las técnicas de investigación”.

La psicología experimental (desde mediados del siglo XIX) constituye el apoyo fundamental en cuanto al desarrollo de las técnicas de investigación fundamentales para la dinámica de grupo. A partir de ahí los autores mencionan varios aspectos que han incidido en el proceso considerado:

a) los experimentos con la conducta individual en grupos. Se mencionan varios autores: Triplett –precursor de la psicología social para G.W. Allport–, Moede, el mismo F. Allport, Moore, Gordon, Watson, etc.

b) observación controlada de la interacción social.

c) la sociometría. Si bien es un enfoque diferente a los anteriores, según reconocen los autores, las pruebas sociométricas inventadas por J.L. Moreno también deben ser consideradas. El cuestionario sociométrico, con las indicaciones de atracciones, rechazos y la posibilidad de transformarlos en un “sociograma”, es decir en una matriz grupal que indica la relación entre sus miembros, ha sido un instrumento considerable

¹⁸ Puede verse en capítulo 4.

¹⁹ Basta observar el dilatado y extenso desarrollo y utilización de las ‘técnicas de investigación social’ con enfoques grupales desde los años 50 en adelante.

en la dinámica de grupo, en la medida que proporcionaba “datos cuantificables” sobre las relaciones interpersonales.

Esta consideración del desarrollo hecho por Moreno dista bastante de lo que preveía su propio autor, de quien es conocida su vocación “misionera”, en cuanto esperaba transformar profundamente las situaciones conflictivas con sus instrumentos sociométricos, y con el instrumento que creó posteriormente, el psicodrama.

Lo expuesto hasta aquí constituye la reseña de las condiciones que habrían propiciado la aparición de la corriente denominada Dinámica de grupo, según la versión de dos de sus principales exponentes, Cartwright y Zander. Puede afirmarse, en apretada síntesis, que desde una óptica inscripta en la psicología experimental, y desde una posición epistemológica positivista, los propios impulsores de la dinámica de grupo creen que los elementos que han posibilitado la existencia de esa corriente corresponden a lo siguiente:

- un contexto social e institucional extremadamente favorable (la situación de los EE.UU. en el período entre las dos guerras mundiales).
- un conjunto de requerimientos sociales derivado de diversos sectores profesionales, ligados fundamentalmente a las grandes organizaciones.
- la situación del propio desarrollo de las ciencias sociales y los debates epistemológicos en que éstas se encontraban. En ese contexto, hubo “lugar” para una propuesta experimental como la Dinámica de grupo.
- si bien no aparece explícitamente como una condición, se observa que otra condición favorable fue la coincidencia entre el grupo de investigadores y la ideología “oficial” del momento (una creencia a ultranza en la democracia –americana–, una declarada desideologización de las ciencias sociales, y un acriticismo con los propios presupuestos colectivos en que se encontraban insertos).

Las investigaciones experimentales, precursoras de la Dinámica de grupo.

Los autores del texto que estamos analizando mencionan lo que consideran el “origen” de la dinámica de grupos mediante una precisa referencia: un conjunto de investigaciones. Los antecedentes inmediatos, o mejor, los puntos de apoyo que darán lugar a esta corriente grupal se derivan de una serie de investigaciones.

Se hace necesario destacar, nuevamente, el carácter empirista de esta perspectiva grupal. Como origen concreto, como referencia inmediata, los autores mencionan una serie de estudios experimentales delimitados, para nada se refieren a un cuerpo teórico o nocional preciso y determinado –como era a esta altura obligado en sociología por ejemplo, donde las referencias a Durkheim, o a Weber, o a Tocqueville, etc., son estrictas–.

Estos postulados, vinculados al “origen” –en el sentido dado por algunos de sus propios autores– de la dinámica de grupo pone en evidencia dos supuestos:

a) por una parte, algo ya mencionado: la vocación fundacional de la Dinámica de grupo, en cuanto a establecer una concepción global de los grupos, a la manera de una teoría general de los grupos –si bien queda en suspenso cuál es el soporte teórico, cuál es la tradición conceptual donde se arraiga–, a partir de su propio desarrollo –de sus “experimentos”, a partir de sí misma. Aquí radicaría parte de esa afirmación de ausencia de ideología con que esta corriente se ha representado a sí misma.

b) por otra parte, el lugar o posición adjudicado a las teorías existentes. Es verdad que esta corriente reconoce “tomar” aspectos de las diversas disciplinas sociales, de la sociología, de la psicología, de la antropología –incluso de la Física...–, pero opera una reducción que luego es escamoteada: los diversos conceptos o teorías en que se apoya luego desaparecen en el accionar de su propio desarrollo, y no generan una nueva teoría –o un desarrollo de la anterior–, sino... una metodología de investigación, una precisa metodología de investigación experimental.

Consideremos ahora los estudios que constituyen los antecedentes directos de la Dinámica de grupo. Según los autores, las referencias son: a) creación experimental de normas sociales, b) anclaje social de las actitudes, c) grupos sociales callejeros y d) manipulación experimental de la atmósfera de grupo.

a) Los estudios de Sherif (1936), que versaban sobre una indagación sobre la formación de normas sociales. Sherif partió de los presupuestos de la psicología de la Gestalt sobre la percepción e intentó comprender los “marcos de referencia” con que los sujetos

resuelven diversas situaciones. A partir de ahí estableció una relación estrecha entre los marcos de referencia y la génesis de las normas sociales.²⁰

Resulta interesante –si no sintomal...– que el primer estudio mencionado se refiera justamente a la creación de normas, o en otras palabras, a un aspecto de la producción y reproducción de ideologías (o de mecanismos ideológicos), o si se quiere, a algunos derivados de la formación y transformación del superyó. Es verdad que se trata de los años 30 en EE.UU., pero parece evidente que “retorna” (retorno de lo reprimido) lo expresado tan claramente por los autores: la dinámica de grupo no se sujeta a ninguna ideología...

b) Una investigación “de campo”, realizada por T. Newcomb entre 1935 y 1939 completa el cuadro anterior. A diferencia de Sherif, Newcomb no realizó la investigación experimental en laboratorio, sino en un contexto “natural”: un colegio universitario. En base a técnicas de medición de actitudes, sociométricas y entrevistas, Newcomb intentó comprender algunos procesos en relación con los grupos y las actitudes derivadas de la pertenencia a los mismos. Según Cartwright y Zander, este estudio fue significativo no tanto por las hipótesis en que se fundó sino por utilizar instrumentos precisos y pruebas cuantitativamente rigurosas.

c) Si el primer estudio estableció los grupos de forma “artificial”, en laboratorio, y el segundo, los “encontró” en un ambiente organizado institucionalmente –dicho en una terminología actual–, el tercer estudio considerado como antecedente directo lo constituyó el realizado por W.F. Whyte, en 1937. Con una connotación sociológica y antropológica importante –propio de la escuela de Chicago– se trató de una “inmersión” del investigador en un contexto preciso, un barrio de Boston, para acercarse al fenómeno de las pandillas. Es un estudio clásico, considerado también por la sociología “crítica” americana como un modelo de investigación sobre problemas sociales.

d) Por último, el estudio paradigmático, el estudio que más habría influido en la propia existencia de la dinámica de grupo. En realidad, no se trata de una investigación, sino de un conjunto de ellas, realizadas entre 1937 y 1940, por Kurt Lewin, Ronald Lippitt y Ralph White, en el Iowa Child Welfare Research Station. Se trató de una indagación

²⁰ El concepto de ECRO (esquema conceptual, referencial y operativo) en Pichon-Rivière guarda cierta analogía con estas categorizaciones, si bien se refiere a la construcción de esos ‘marcos’ o ‘esquemas de referencia’ del pequeño grupo. Puede verse un análisis detallado del concepto en el capítulo 11.

sobre la influencia de ciertos climas o atmósferas grupales (tipos de liderazgo) experimentalmente inducidos en algunos grupos de niños. Aún cuando resulte un tanto extenso, es importante relatar con cierto detalle este trabajo, por las consecuencias que se extrajeron de él; por otra parte, ilustra perfectamente cuestiones centrales de lo que se denominó Dinámica de grupo.

El estudio fundamental: los tipos de liderazgo y su influencia.

El estudio principal, referido a los tipos de liderazgo, o atmósfera grupal –tal es la denominación que hacen los autores–²¹, al que los autores han dado un rango “inaugural”, es el realizado en 1939, por los tres autores mencionados: Lewin, Lippitt y White.²²

Se trató de una indagación sobre la influencia de ciertos climas o atmósferas grupales (tipos de liderazgo) experimentalmente inducidos sobre un conjunto de grupos de niños. Para eso, se formaron grupos de niños de 10 años que se reunían regularmente durante un cierto período de tiempo; se realizaron pruebas sociométricas, observaciones en los patios de recreo y entrevistas con los maestros. Como se ha mencionado antes, aunque resulte algo extenso, creemos conveniente relatar con cierto detalle aspectos de la investigación (White y Lippitt, cit. en Cartwright y Zander, 1953, pág. 349-367).

Se crearon cuatro grupos de niños de diez años, con cinco miembros cada grupo (“club”, en el estudio), a los que se propuso la fabricación de maquetas de decorados teatrales. Los niños eran voluntarios, y se contó con el acuerdo de los padres y de los maestros. Las reuniones eran semanales; el lugar de reunión era el mismo, igual que el material utilizado.

Cada club cuenta con un monitor entrenado al efecto. Cada seis semanas se cambian los monitores (“líderes”), y cada monitor varía su estilo de liderazgo en el momento de variar de grupo. El cambio de monitores, y de estilo por parte de éstos

²¹ Esta identificación entre los términos liderazgo y atmósfera grupal constituye una sagaz y temprana percepción de la relación entre grupo y líder. Esta relación será elaborada teóricamente años más tarde por diversos autores: Bion, Pichon-Rivière, Bleger, Anzieu, Kaës, etc.

²² Se ha utilizado el texto titulado “Conducta del líder y reacción del miembro en tres climas sociales” firmado por Ralph White y Ronald Lippitt (en Cartwright y Zander, 1953), que se basa en dos estudios, uno de ellos el clásico de los tres autores (Lewin, Lippitt, White, en 1939) y otro posterior (1940). En todo caso, varios investigadores de esta corriente grupal realizaron múltiples y variados estudios en torno a esta temática.

posibilitó que cada grupo experimentara cada estilo de liderazgo con distintos monitores.

Se indagó sobre tres tipos de liderazgo o “atmósferas de grupo”: autoritario, democrático y laissez faire, en base a una serie de variables predeterminadas. Durante todas las reuniones se observaba el “clima grupal”, es decir, tanto la conducta de los monitores como la de los niños. También se indagó sobre los sentimientos hacia el club por parte de los niños y sus padres, y mediante visitas al hogar, sobre las relaciones entre los niños y sus padres.

Las actividades de control de la situación experimental fueron extensas: los niños fueron sometidos a tests antes y después de la experiencia, semanalmente se solicitaba a los padres y a los maestros un informe sobre el comportamiento de los niños y al finalizar la experiencia, se solicitaba la opinión de los niños. Todas las reuniones eran filmadas y grabadas. El material resultante fue elaborado en base al eje frustración – agresión, a través de una confección de índices de respuestas en los diversos sentidos posibles, “índices de agresión” (frecuencia de palabras y gestos hostiles).

Como puede observarse, la minuciosidad del esfuerzo experimental es indiscutible.

En el conjunto de resultados –más minuciosos aún que el propio diseño del estudio– destacan algunos elementos:

a) en los grupos autoritarios hubo fuertes configuraciones de “chivos expiatorios”. Se había previsto que serían momentos de intensa agresividad pero se obtuvo dos tipos de reacciones: ninguna agresividad –apatía– y estallidos de cólera, es decir, obediencia pasiva o rebelión violenta.

b) en los grupos laissez faire la agresividad era la máxima. Aquí, la máxima frustración –el monitor no ayuda– se ligaba a la máxima hostilidad.

c) en los grupos democráticos la agresividad es más baja, pero no nula... Se descarga gradualmente, lo cual permitiría que el grupo democrático sea más productivo en las tareas.

d) cada grupo adquirió un nivel característico de agresividad, y al cambiar niños de un grupo a otro, su agresividad cambiaba, para adaptarse a la del nuevo grupo.

e) la agresividad máxima, expresada de forma violenta, se producía especialmente en los momentos de cambio del líder autoritario al líder democrático o *laissez faire*.

Hay que reseñar que la combinación de variables que realizaron los investigadores es muy extensa –además de los numerosos estudios posteriores, a partir del material acumulado–. Los elementos apuntados aquí son los más explícitos y evidentes –los que han hecho “tradición” en la propia dinámica de grupo–.

Las conclusiones precisas de la investigación han sido defendidas tanto como criticadas. Sin embargo, sus “resultados” desbordaron ampliamente el marco estricto del estudio: un análisis de los tipos de liderazgo especialmente relevante en el ámbito escolar.

Lo que se dio en llamar “sistemas políticos en miniatura” se constituyó en una potente metáfora de la investigación que se comenzaba a realizar:

- por una parte, se podían crear en un laboratorio.
- por otra, el problema investigado –el liderazgo en educación, en la escuela– era a la vez un problema en el ámbito de las organizaciones, de las profesiones, de la política.
- por último, la situación social general (segunda guerra mundial) incidió en que esta experiencia de investigación se hiciera célebre: constituía un canto a la democracia.

Recordemos las conclusiones: la frustración provoca reacciones agresivas, que dependerán del tipo de atmósfera grupal, o lo que es lo mismo, del tipo de liderazgo. El liderazgo democrático –y aunque Lewin se cuidó en diferenciar sus experimentos de una propuesta política, es claro que se identifica con el valor de la democracia, con las naciones opuestas a las dictaduras–, si bien no elimina las reacciones agresivas como respuesta a la frustración, sí constituye una forma gradual de descargarlas. Por contra, el liderazgo autoritario produce mayor tensión, produce una acumulación de la agresividad que se traduce ya sea en apatía obediente o en estallidos violentos. Similar situación produce el grupo con liderazgo *laissez faire*, es decir, “sin control”. El grupo conducido con un liderazgo democrático alcanza más un nivel de equilibrio que le permite alcanzar sus objetivos más fácilmente que los otros dos modelos.

Los límites de la investigación hoy son evidentes: la generalización de sus resultados a otros ámbitos no es fácilmente realizable (las empresas son conducidas autoritariamente –de otra manera no podrían existir–, tampoco son “democráticas” en el

sentido político: no hay división de poderes; lo mismo sucede en las escuelas, etc.). En todo caso, lo que hoy llamaríamos la dimensión institucional cambia los términos del problema del liderazgo en la concepción inicial de la Dinámica de grupo.²³

Además, si bien la formulación aparente del estudio, y sus derivaciones parecen referirse a una indagación sobre algunos aspectos del poder, una lectura detenida tanto de los resultados explícitos, como del destino posterior de sus postulados llevan a otra conclusión: el poder queda escamoteado, oculto, tras un conjunto de axiomas universales: “lo mejor para la sociedad es...”, “lo que no es bueno para las personas es...”, etc. Por último, su misma disposición experimental, formalmente estricta como hemos visto, no parece tampoco satisfacer a los mismos experimentalistas.

Sin embargo, el estudio considerado constituye un signo distintivo de la corriente lewiniana, de la Dinámica de grupo. Su “gran conclusión” –diríamos hoy– podría ser la siguiente: 1) los grupos pueden ser observados, clasificados, ordenados, investigados con métodos estrictamente científicos, y 2) mediante la acción sobre los grupos –intervención, interpretación, configuración, etc.– se puede operar sobre dimensiones importantes, tanto de la vida colectiva –organizaciones, , instituciones– como de la vida individual.

En base al estudio mencionado, y a posteriores puntualizaciones de Lewin, Cartwright y Zander plantean lo que, a su juicio, constituye la intención fundamental de Lewin respecto a la investigación sobre grupos, a su Dinámica de grupo: afirman que Lewin “creía en la posibilidad de construir un cuerpo coherente de conocimiento empírico sobre la naturaleza de la vida en grupo que tendría significado al aplicarlo a cualquier tipo particular de grupo”. Y también “...previó una teoría general de grupos que pudiera servir para problemas aparentemente diversos como la vida familiar, los grupos de trabajo, los salones de clase, comités, unidades militares y la comunidad”.²⁴

²³ Lo que puede denominarse como la “dimensión institucional” de los grupos ha ocupado gran parte de las teorizaciones posteriores, especialmente a partir de los años 60. Tanto la corriente francesa, anglosajona como argentina han insistido en esa dimensión fundamental, que evita considerar a los grupos fuera de toda coordenada socio-histórica y de cualquier determinación más allá de sí mismo. Puede verse, entre otros: Lourau, Guattari, Castel, Jaques, Pichon-Rivière, Bleger, Bauleo, Barembly, etc.

²⁴ Cabe agregar que Pichon-Rivière sustentaba algo muy similar a estas ideas adjudicadas a Lewin: la posibilidad de construir un cuerpo de conocimientos sobre grupos que se pudiera aplicar a cualquier clase de situación grupal.

Estas consideraciones son ilustrativas del análisis de los autores acerca de quien es considerado como el padre fundador, como el creador de la Dinámica de grupo. En nuestro trabajo, Lewin aparece como la referencia, o la auto-referencia si se prefiere, que indica el núcleo mismo del primer momento epistémico: el colocar al grupo como objeto de investigación, como dispositivo de intervención y como aspiración social.

1.3. Localizaciones iniciales (o básicas) del campo.

Muchos de los autores que se refieren a los orígenes del campo grupal coinciden en establecer el origen del conocimiento organizado sobre los grupos alrededor de los años veinte, y señalan al efecto algunos hechos, temáticas y personajes principales: las encuestas de Elton Mayo, la obra de Moreno y la obra de Kurt Lewin. Curiosa coincidencia, teniendo en cuenta que salvo en eso, en lo demás difieren tanto como las diversas adscripciones teóricas e ideológicas requieren. Probablemente esto no es más que una muestra del origen ilusorio de cualquier origen, incluso el de un conjunto de saberes. En nuestro caso –también coincidimos en la puntualización hecha por esos autores...–, expondremos la temática adecuada, con el intento de destacar los elementos pertinentes, especialmente si conllevan alguna referencia o antecedente al objetivo central de este trabajo: los grupos operativos.

Una tesis que será abordada en los párrafos siguientes señala que la demanda proveniente de sectores industriales y empresariales norteamericanos se encuentra a la base de este nuevo conocimiento, de este nuevo recorte disciplinar. Esas condiciones de origen continuarían operantes en diversas propuestas grupales.²⁵

Como elemento puntual y significativo de origen –como ‘marca de fábrica’– hay que mencionar las primeras intervenciones de Elton Mayo, con sus difundidos trabajos de investigación, en los talleres Hawthorne de la Western Electric Company, cerca de Chicago. La “encuesta Hawthorne”, investigación realizada para la Western Electric

²⁵ Este nuevo conjunto de conocimiento tomará diversas denominaciones: microsociología, psicología de los grupos, psicología social, etc. Otra forma de denominación: experiencias grupales, prácticas grupales, métodos grupales. Utilizamos indistintamente una u otra denominación cuando parezca pertinente.

entre 1927 y 1932 brindó información respecto de la organización de las empresas y los métodos de trabajo y dio origen a las denominadas escuelas de “Relaciones Humanas”, aportando conocimientos sobre algunos procesos grupales.

Otro elemento de origen, otra fuente que se constituirá como basamento del conocimiento sobre los fenómenos grupales, y como legitimador de ese tipo de práctica, lo constituye el trabajo iniciado por Jacob Levy Moreno (emigró a EE.UU. en 1925), a través de diversos aportes, organizados a través de lo que se ha denominado la sociometría –medición de algunos procesos afectivos en los grupos– y el psicodrama –una técnica psicoterapéutica específica–. Si bien el trabajo de Moreno nunca fue considerado como un aporte significativo por las corrientes “académicas” que se han referido a las teorías sobre grupos –ya se ha visto en páginas anteriores que su contribución para la dinámica de grupo se ciñe prácticamente a sus dispositivos técnicos psicométricos–, ello no obsta para que su presencia haya sido efectiva no sólo desde el inicio sino que a lo largo del tiempo ha servido como soporte teórico de una corriente muy extendida: el psicodrama –en diferentes perspectivas, psicoanalíticas o no–.

También aquí cabe consignar los inicios de la psicoterapia de grupo (se considera que Pratt, en 1905, comenzó a utilizar los primeros dispositivos grupales) como otro punto de localización inicial del campo grupal.

Sin embargo, la localización principal en tanto determinante de cierta configuración del campo grupal lo constituye la obra de Kurt Lewin (también emigrado a EE.UU. en 1932, desde Alemania); más que un referente del origen los aportes lewinianos constituyen uno de los ejes principales –quizá el principal– de las corrientes grupales (en este primer momento epistémico). Iniciador de la llamada Dinámica de Grupos, expresión que tenía una delimitación precisa en sus concepciones e intervenciones, se ha convertido –según la mayoría de los estudiosos de los fenómenos grupales– en uno de sus padres fundadores. (tanto es así, que durante mucho tiempo el término “dinámica de grupo” ha sido sinónimo –y aún lo es hoy...– de práctica o intervención grupal)

En este conjunto de elementos que parecen constituir los puntos de localización del campo grupal, conjunto constituido por elementos de diversa magnitud y eficacia: la demanda empresarial, la obra de algunos pensadores, algunas investigaciones, ha jugado un papel central otro elemento, pero esta vez de diverso orden.

La localización de este nuevo dominio de conocimientos no sólo se hace inteligible a través de los elementos mencionados, que –justo es reconocerlo– conforman un conjunto abigarrado y disímil: un nivel de la demanda social, la acción eficaz de unos pocos pensadores, algunas investigaciones, unos iniciales dispositivos terapéuticos grupales... También han jugado un papel determinante en la constitución del campo grupal las diversas controversias teóricas y filosóficas que, originadas en el siglo XIX, en los inicios del siglo XX tenían plena vigencia.

En tanto problemáticas de fondo –se han ocupado de ello los más grandes pensadores del siglo pasado y también del actual– han tenido una marcada influencia en esta primera producción de conocimientos a que nos estamos refiriendo. Más aún, puede decirse que, al igual que ocurre con ciertas ideas o conceptos que responden a polémicas centrales en las ciencias humanas, se han mantenido hasta la actualidad, incluso a veces reaparecen sin siquiera variaciones formales.

Habida cuenta que cada uno de los elementos planteados constituye un tema complejo y de diverso alcance, realizaremos una aproximación a los mismos. Nos referiremos a los debates doctrinarios y teóricos, los primeros estudios sobre grupos y a los inicios de la psicoterapia de grupo. No incluimos aquí las aportaciones de Kurt Lewin ya que serán expuestas en los próximos capítulos.

El contexto teórico–ideológico (de donde surgirá el discurso específico sobre grupos).

Diversas perspectivas epistemológicas e historiográficas coinciden en puntualizar el siglo XIX como el momento del surgimiento de lo que se conocerá como ciencias sociales. La sociología y la psicología constituyen nuevos campos de conocimientos. La preocupación existente en el ámbito intelectual por comprender diversos procesos humanos se tradujo en un recorte de problemas, y por lo tanto de conocimientos.

El creciente dominio sobre la naturaleza (derivado del proceso de industrialización y del desarrollo de disciplinas como la física y la química) hizo pensar a diversos investigadores en una comprensión similar sobre los seres humanos. El valor y creencia en la racionalidad de lo humano, inicialmente gestada desde la filosofía, aunque realizada luego por las ciencias naturales bajo la forma de la racionalidad

científica buscó consolidarse y extenderse al campo de lo humano (se trataba de constituir las ‘ciencias humanas’).²⁶

A partir de esa idea de racionalidad, de esa razón que se mostraba con tanta fecundidad, y que era avalada por el propio desarrollo del capitalismo, surgió lo que se ha conocido como la idea de “progreso”. Se considera que la sociedad, el conjunto de seres humanos (en algunas sociedades: las desarrolladas) se mueve con una direccionalidad, con una tendencia, que se da un proceso evolutivo claramente definido. Hegel, Marx, Darwin son los nombres más significativos. Darwin es considerado por algunos historiadores como el máximo valedor de la idea de progreso: su teoría de la evolución habría sido interpretada en ese sentido. En el caso de Hegel y de Marx, si bien no es tan evidente, su búsqueda de “leyes de la historia” les coloca en esa posición: la creencia en que la sociedad se dirige hacia algún lugar (incluso utópico), y lo que no es menos importante, que la voluntad humana mucho puede incidir en ello. La creencia en el pensamiento, en el conocimiento científico es formidable. En el caso de Marx, su influencia se ha extendido bajo formas mucho más complejas, debido a la complejidad de sus teorías y por las controversias ideológicas y políticas que ha suscitado. Tanto en la política como en la cultura, en las ciencias como en la ética, los aportes de Marx son innumerables. Materialismo dialéctico, materialismo histórico son dos denominaciones que aluden a esos aportes. En el caso de las ciencias sociales, y más allá de su influencia en los propios desarrollos conceptuales, puede destacarse quizá un elemento que ha tenido mucho peso en muchas perspectivas de las ciencias sociales: lo que puede

²⁶ Se ha señalado a Hobbes, con el “Leviatán” (1651) como el momento de inicio de esta nueva racionalidad científica, aplicada a lo social. Hobbes hablará de una “física social”: buscaba realizar en el campo de lo social lo logrado por la física en el mundo de la naturaleza: la sociedad como un objeto de investigación, de intervención, de observación. Si bien el pensamiento de Hobbes se refiere a un nivel que hoy llamaríamos político, su referencia a la sociedad no excluye lo que –también hoy– llamaríamos individual, o singular. No en vano, los historiadores han insistido en que la primera disciplina social ha sido la ciencia política, seguida después por la economía política (de ahí a ciencia económica) y luego la sociología. De las propuestas de Hobbes se desprendía la idea de encontrar un orden racional en el gobierno de la sociedad. Esa búsqueda conducirá posteriormente a Adam Smith, con su “Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones” (1776), a postular “leyes sociales”. Puede situarse aquí el surgimiento de la economía política. Pero Adam Smith no es sólo un economista, también es un filósofo, uno de los filósofos del “sentimiento moral” o “sentido moral”, uno de los que desarrolló lo que se llamó “la moral de la simpatía”.

La diferenciación entre económico, político, filosófico, psicológico, social, etc., que hoy se presenta como evidente, no tiene la misma validez para cualquier período de la historia del pensamiento. Hasta fines del siglo diecinueve, muchos de los aportes realizados participaba de esas “características” diferenciales: sus escritos eran, a la vez, políticos, sociales, psicológicos, filosóficos ... Como un ejemplo ‘desmesurado’ de esto, piénsese en Marx.

denominarse, genéricamente, dialéctica entre sujeto y objeto, relación de transformación mutua en su interjuego.²⁷

En un nivel de fecundidad muy diferente al de los aportes mencionados, puede mencionarse también a Comte (considerado el ‘padre’ de la sociología) con su “Discurso sobre el espíritu positivo”. La “filosofía positiva” de Comte, y sus propuestas sobre el conjunto de conocimientos científicos marcaron profundamente al conjunto de pensadores “sociales” del siglo diecinueve. El positivismo, perspectiva hegemónica durante largo tiempo en las ciencias sociales deriva justamente de sus aportes.

En todo caso, queda perfilada una cuestión que sería fundamental en las ciencias sociales: los dos polos en que oscilarían muchas de las aportaciones. Por un lado la filosofía (hasta el siglo pasado lo que puede llamarse ‘cuestiones’ sociológicas o psicológicas constituían una rama de la filosofía), y por otro, el modelo de las ciencias naturales. Así, surgirían propuestas que intentaban asimilar los procedimientos de las ciencias naturales para comprender los procesos humanos, y también reacciones a éstas, que no podían evitar ‘caer’ en discursos precientíficos. De aquí resultaría un dilema, que si bien no puede decirse que ha finalizado, sí conoció una profunda modificación a partir de los aportes de Freud.

Si bien el conjunto de problemáticas mencionadas es imposible de abordar en unos pocos renglones, ha sido conveniente señalar algunos ejes del trasfondo teórico y filosófico en que surgieron los aportes y perspectivas que constituirían posteriormente la psicología social, y consecuentemente, los discursos sobre grupos.

Un análisis crítico en cuanto a la filiación de las ciencias sociales respecto de Hobbes puede verse en Torregrosa, 1996.

²⁷ Algunos autores han señalado los aportes de Marx que pueden denominarse filosóficos, y su influencia sobre los métodos en ciencias sociales. Para Marx la consideración del objeto considerado como un ente aislado e independiente de la actividad de quien lo percibe, no es más que mera materia prima que sólo se transforma en valor concreto gracias al proceso de ser conocido por el sujeto y en función de éste. De esta forma, toda percepción es una interacción entre objeto y objeto, dicen los autores, parafraseando a Bertrand Russell; y remiten a un frase del mismo Marx, en sus “tesis sobre Feuerbach: “El problema de si la verdad objetiva pertenece al pensamiento humano, no es una cuestión de teoría, es algo que pertenece a la práctica” (Grinberg, Langer y Rodríguez, 1957, pág. 17). Así, será el juego dialéctico entre sujeto y objeto el eje a tener en cuenta; el interjuego de ambos. Y en el texto citado se agrega: “Corresponde a su enfoque dialéctico el interpretar cada acontecer como resultado de un proceso anterior y causante, a la vez, de otro posterior, estableciendo así la continuidad evolutiva” (pág. 17). El interés de estas puntualizaciones no reside tanto en destacar este aporte de Marx como que proviene de un texto de psicoanalistas de grupo, que intentan rastrear en el contexto histórico elementos que permitan inteligibilidad a los fenómenos grupales: transferencia, contratransferencia, fantasmas, ideales, etc.

Cartwright y Zander consideran la existencia de dos períodos en el estudio sistemático de los grupos: el primero, caracterizado por la ausencia de un trabajo directo con grupos, pero donde se produjeron aportes teóricos fundamentales, período que va desde finales del siglo XIX a primeros años del XX. El segundo período, hacia 1930 corresponde ya a la producción de conocimientos específicos sobre grupos (1953, cap. 1 y 2). De este modo, estos representantes de la perspectiva grupal más extendida sitúan diversas propuestas de fines del siglo pasado y principios del actual como referencia contextual fundamental. Esta idea es igualmente postulada por muchos de los autores que se han referido a la cuestión grupal.

A poco que se observe los diversos textos y temas publicados en la época aludida, se observa que la preocupación por fenómenos que hoy denominaríamos grupales (aunque no exclusivamente) es creciente: ya se llamen física social, psicología de los pueblos, psicología intermental, imitación, muchedumbres, etc., etc.

Por otra parte, algunos autores cifran en esta época el surgimiento de la psicología social como disciplina autónoma. En varios momentos de su desarrollo, este dominio de conocimientos colocaría a los grupos como tema central de sus preocupaciones teóricas. De esta forma, los conocimientos sobre grupos, alternativamente denominados como psicología de grupos, psicociología, sociología de grupos, microsociología, estarían ligados en su origen a un determinado desarrollo de la psicología social.

Ya desde su inicio, y hasta la actualidad, una problemática específica será la que incidirá en el desarrollo de las teorías sobre grupos: lo que se ha dado en llamar relación o dialéctica individuo-sociedad. Indudablemente el debate viene de lejos, de antes de fines del siglo pasado incluso; la reflexión sobre la relación entre lo singular y lo colectivo, entre el organismo individual y el agregado, entre lo uno y lo múltiple, etc., constituye una importante cuestión en occidente. Dicha relación, o mejor dicho, las formas de ir resolviendo dicha relación tuvo también un lugar primordial en las ciencias sociales, consecuentemente, en la psicología social. Parece necesario exponer aquí la forma en que se ha ido desarrollando esta antinomia, presente a lo largo y a lo ancho de los diversos debates doctrinarios y teóricos.

Comencemos por la propia localización de los comienzos de la psicología social. Según Gino Germani²⁸ los orígenes de la psicología social hay que ubicarlos a partir de la segunda mitad del siglo diecinueve: “es en el siglo pasado, sin embargo, donde hay que ubicar sus comienzos como ciencia autónoma. Ellos arrancan desde los opuestos enfoques del idealismo hegeliano y del positivismo de Comte o Spencer; o desde la decisiva influencia del historicismo y del movimiento romántico por un lado y del evolucionismo y los estudios antropológicos que en él se inspiraban, por el otro” (Germani, 1966, pág. 40). Y menciona diversos países y autores: Lazarus y Steinthal, Wundt, Spencer, Darwin, Bagehot, Cattaneo, Sighele, Rossi, Le Bon, etc. Como puede observarse, los comienzos de la disciplina son nombrados a través de una relación de oposición entre diversas perspectivas. Y tal parece ser la forma que han presentado, en muchas ocasiones los diversos desarrollos de la psicología social.

Es conveniente realizar algunas puntualizaciones previas. El problema de la relación de los individuos entre sí ha tenido diversas formulaciones. Se las puede esquematizar bajo dos formas opuestas: aquellas que consideran al individuo en tanto singular, como una realidad en sí mismo, mientras que lo colectivo, la sociedad, el grupo son abstracciones. La posición opuesta otorga realidad solamente a lo colectivo, al grupo, sólo a través de ello aparece el individuo; el individuo es producto del ambiente, un resultado de las relaciones sociales. Ambas posiciones resuelven la cuestión de las relaciones entre los individuos, es decir, la relación individuo-sociedad, la relación entre lo singular y lo colectivo de manera excluyente, desde un paradigma disyuntivo (Fernández, 1989, pág. 39). Así, singularidad y colectividad conforman un par de contrarios; presentan intereses ‘esencialmente’ opuestos y se constituyen desde lógicas ‘esencialmente’ opuestas. Se ha señalado que dos formas típicas correspondientes a este par serían las categorías de “psicologismo” y “sociologismo”. En el texto citado anteriormente, A.M. Fernández plantea el problema que surge, específicamente en el campo de los grupos, con lo que denomina “sesgos psicologistas” u “operaciones de psicoanalismo”: la autora considera al psicologismo o al psicoanalismo “como los impensables más frecuentes de la cultura ‘psi’. Así, por ejemplo, dentro de las posiciones psicologistas en la psicología académica, puede

²⁸ El texto de Germani utilizado, “Estudios sobre sociología y psicología social”, si bien fue editado en 1966, contiene artículos escritos entre 1944 y 1956. El que citamos a continuación, por ejemplo, titulado

observarse la presencia de la antinomia Individuo-Sociedad en el campo grupal, en la tajante divisoria de aguas entre ‘individualistas’ y ‘mentalistas’ que recorrió los primeros tramos de este campo disciplinario. A su vez, esta polémica desarrolla nuevas formas argumentales en el campo del psicoanálisis, cuando esta disciplina incorpora formas grupales de trabajo clínico; aquí una de las divisorias se ha establecido entre aquellos que han nominado a su quehacer grupal como psicoanálisis *en grupo* y aquellos que lo han llamado psicoanálisis *de grupo*” (pág. 38). De acuerdo a lo dicho, parece evidente que las antinomias no corresponden sólo a cuestiones de historia de las disciplinas sociales, sino que determinados aspectos de las mismas aún se mantienen operantes. Desde este punto de vista, actualmente parece importante intentar abordajes de la temática grupal de forma que se eviten las formas dicotómicas expuestas.

Otro autor que ya hemos nombrado, Gino Germani, desde una perspectiva ideológica diferente, se refiere también a estas antinomias, señalándolas como ‘falsas polémicas’ (tomando una expresión de Gurvitch): “Uno de los rasgos más típicos que presentó la controversia relativa a las nociones de ‘individuo’ y ‘sociedad’ acaso fue el carácter de exterioridad, impenetrabilidad y exclusión recíproca que implícita o explícitamente asumían esos dos conceptos en el pensamiento de todas las corrientes, inclusive en el de las más opuestas entre sí. Tanto los nominalistas (que sostenían la inexistencia de la sociedad como entidad real y el predominio y la prioridad lógica y psicológica del individuo sobre el grupo) como sus oponentes, los realistas (que afirmaban la realidad sustancial y trascendente de la sociedad respecto de sus miembros individuales) fundábanse sobre la radical antinomia entre ambos términos –individuo y sociedad–; antinomia insuperable al tratar esos conceptos de forma abstracta, como entidades absolutamente separadas, cerradas e impenetrables” (Germani, 1966, pág. 95).

Veamos ahora la forma que tomó esta antinomia en el campo de la psicología social: “Es verdad que, inclusive en los dos autores que a comienzos del siglo representaban los dos polos opuestos de la controversia –Tarde y Durkheim–, es dable encontrar indicios y hasta aseveraciones que coinciden con el ulterior desarrollo de la cuestión según lo demuestra Blondel en su pequeño libro [en nota al pie: “Psicología colectiva”, 1945]. Sin embargo, el sentido general de sus respectivas posiciones parece estar más adecuadamente representado por esa concepción de la inexpugnable oposición

“Evolución de la psicología social”, es de 1952. Un estudio referido a Mead (prólogo a su obra “Espíritu,

entre individuo y sociedad, oposición que originaba, a su vez, los opuestos errores del psicologismo y el sociologismo: la elevación, por parte del primero, de los individuos y sus motivaciones psíquicas a la categoría causal única en el proceso histórico; y el absoluto rechazo, por parte del segundo, de toda explicación de tal naturaleza y la consiguiente afirmación de la prioridad o unicidad de ‘fuerzas’ o ‘factores’ impersonales, sean de orden sociológico, económico, geográfico, etc. Esta controversia afectaba además, muy profundamente, las posiciones correspondientes de la sociología y la psicología dentro del conjunto de las ciencias del hombre. Durkheim y su escuela, por ejemplo, negaron durante mucho tiempo la posibilidad y legitimidad de la psicología social; los nominalistas reducían la sociología a una psicología de lo intermental” (Germani, 1966, pág. 96). El autor finaliza su reflexión planteando que de la oposición, se habría pasado, no a una solución ecléctica o conciliadora, sino a una superación verdadera de la antinomia, a una nueva formulación “que permite explicar satisfactoriamente los diferentes aspectos de la realidad, que en los contrarios esquemas anteriores sólo lograban un encuadre parcial”. Puede anotarse la implícita referencia al marxismo, incluido en el polo denominado como sociologismo, o ‘realismo’.

Como se dijo, la superación de la antinomia acerca de la realidad social, dentro del pensamiento sociológico francés y la teoría de los instintos en la psicología social anglosajona, llevó consigo diversas líneas de desarrollo, originadas a partir de las diversas tradiciones intelectuales. En todo caso –señala Germani– puede decirse que una noción como “interioridad de la sociedad en las conciencias individuales, y de su parcial trascendencia (en tanto objetivación cultural) es, puede decirse, patrimonio común de la sociología del presente” (pág. 97), y agrega que diversos autores como Lévy Bruhl, Mauss, Halbwachs, y el mismo Gurvitch, han continuado desarrollando ese aspecto de la doctrina durkheimiana.

La oposición antinómica de ambas corrientes queda resuelta, a juicio de Germani de la siguiente forma: “...la superación de los conceptos de ‘individuo’ y ‘sociedad’ como entidades cerradas y mutuamente excluyentes resulta análoga, en última instancia, a las conclusiones alcanzadas, de un lado, por la corriente positivista de la escuela francesa, y, de otro, por la tradición empirista naturalista, pragmatista y conductista que desembocó en G. H. Mead” (1966, pág. 99). De este modo, Mead

persona y sociedad” de la edición castellana) es de 1954; un ensayo sobre psicoanálisis, de 1956.

habría ‘cerrado’ la polémica nominalismo-realismo por el lado del mundo anglosajón, si bien los propios desarrollos de la escuela francesa también habrían contribuido con lo suyo. Germani cita las aportaciones de Gurvitch en su obra “La vocación actual de la sociología”, de 1950, aclarando que si bien Gurvitch es posterior a Mead, se trata de un desarrollo independiente, dado el desconocimiento mutuo existente entre el pensamiento sociológico francés y el norteamericano hasta fines de la segunda guerra mundial.

Las consideraciones que realiza Germani sobre el tema que estamos comentando cobran su valor del hecho de desprenderse justamente de un texto que servía de presentación a la traducción de la obra de Mead al castellano, escrito en 1953, y donde Germani no oculta su pleno reconocimiento a la obra de Mead.

Así, señala que el punto de partida de Mead es opuesto al de Durkheim, ya que una característica de la tradición intelectual en la que se encontraba Mead era justamente el individualismo, el nominalismo y el ángulo principalmente psicológico desde el que se enfocaban las ciencias sociales. Sin embargo, los cambios en el pensamiento de ese país, las influencias filosóficas y científicas que tuvo el mismo Mead, “lograron introducir cada vez más hondamente aquellas dimensiones históricas y sociológicas; es decir, aquellas exigencias de concretez que las inclinaciones abstractas del psicologismo inicial habían descuidado” (pág. 99). Llegado a este punto, Germani menciona el importante papel desempeñado por la escuela de Chicago, impulsora de la ingente labor inductiva, característica de la sociología norteamericana: “El eje de la contribución de esa escuela lo constituye el punto de vista genético en la formación de la personalidad. Desde aquí, a través de los aportes de W. James, J. Baldwin, y Ch. H. Cooley, se arriba a G. H. Mead, cuya enseñanza llegó así a constituir la teoría básica de la psicología social, punto de iniciación y fundamento a la vez de los actuales estudios teóricos y empíricos en este campo” (pág. 100). Es decir, Mead puede ser considerado, con toda propiedad, como uno de los fundadores de la psicología social.

Germani sintetizó lo que considera esencial de la obra de Mead en relación con la psicología social: “a) historicidad del ‘individuo’ como autoconciencia, es decir anterioridad histórica de la sociedad sobre la persona individual; b) formulación de una hipótesis naturalista acerca del desarrollo del individuo autoconsciente a partir de la matriz de las relaciones sociales; c) función esencial que en la formación del yo se asigna a la ‘adopción de papeles’ y a la internalización de lo sociocultural. A través de estos tres puntos, la superación de la antinomia entre individuo y sociedad se articula en

una serie de formulaciones teóricas susceptibles de dar lugar a una vasta gama de desarrollos para la investigación de la realidad social; y es justamente en esta posibilidad de ulterior expansión donde reside la validez y el valor científico de una teoría” (pág. 100).

Veamos estos aspectos de los aportes de Mead: 1) En primer lugar, la afirmación de la historicidad, del carácter evolutivo de la conciencia, implica un cambio en los términos utilizados hasta ese momento: Mead subraya el carácter histórico del sentimiento de sí. Además, propone una hipótesis importante en el desarrollo de esa conciencia, de ese sentimiento de sí, y muestra cómo no puede concebirse al individuo sino a partir de una vida social preexistente: “el primer punto fundamental de la obra de Mead: el individuo, como persona autoconsciente, sólo es posible sobre la base de su pertenencia a la sociedad. Ésta, aunque en un grado rudimentario, es el supuesto *histórico* del surgimiento de la autoconciencia”.

2) Igualmente, las propuestas en cuanto a los roles: “No menos importante es la doctrina de Mead sobre el mecanismo de la individualidad autoconsciente (sí-mismo) a través de la sucesiva adopción de los papeles de las diferentes personas que rodean al niño, hasta la total internalización del sistema o subsistema de relaciones sociales que, por la ubicación que le ha tocado dentro de la sociedad total, le corresponden” (pág. 102).

3) Por último, puede verse la relación entre esa asunción y desempeño de roles y la idea del ‘otro generalizado’ (o internalización de lo sociocultural): “...la adopción de papeles por parte del individuo en crecimiento significa la introyección de las pautas culturales que son propias, peculiares del sector de la sociedad en el que acontece su formación, su desarrollo como ‘persona’”.

“Desde su nacimiento, el niño está sumergido en un medio socio-cultural diferenciado [...] Los papeles que introyecta, que asume en el proceso de formación de su individualidad son aquellos que el ambiente le ofrece. [...] No internaliza una sociedad en abstracto; antes bien, reproduce en sí mismo una estructura social concreta, históricamente determinada. Y, lo que más interesa en la hipótesis de Mead, esta introyección de papeles es consustancial con el surgimiento de la autoconciencia; es decir, no se llega a ser simplemente una persona, un ser consciente de la propia individualidad, no se percibe uno como un ‘sí-mismo’ en general, sino que el despertar gradual de la autoconciencia corresponde precisamente al despertar gradual de todas

aquellas especificaciones concretas que lo caracterizan como miembro del grupo. Se siente uno ‘yo’, pero ‘yo’ es un niño o una niña, que ocupa ese particular lugar en la familia y en el afecto de los padres, que aprende palabras de un idioma particular, que va adquiriendo ciertas actitudes, y ciertos hábitos. El yo personal está recortado en la sustancia de las relaciones sociales; representa, como dijo E. Faris, ‘la contrapartida individual de la cultura’, y la representa inclusive manteniendo, a través de su concreto funcionamiento, la creatividad y la adaptabilidad indispensables para explicar el hecho del cambio social y la contribución de los individuos a la dinámica histórica” (Germani, 1966, pág. 103-104).

Tal es la descripción que hace Germani de los aportes que cree encontrar en la obra de Mead. Finaliza su exposición detallando la influencia que ha tenido el modelo teórico creado por Mead: “Limitémonos a recordar que el concepto de personalidad social básica, desarrollado por Kardiner, Linton, Margaret Mead, Fromm y otros, y en general que todo el problema de las relaciones entre cultura y personalidad hallan su base teórica en los escritos de Mead o de autores influidos por él; y también, que buena parte de la labor experimental en psicología social puede asimismo organizarse en torno de sus teorías básicas. Tal es por ejemplo, lo que han hecho M. Sherif y H. Cantril al ofrecer en su estudio sobre la psicología del yo una imponente masa de datos experimentales” (pág. 104). Al referirse a los problemas de las relaciones entre cultura y personalidad, Germani hace una interesante referencia relativa al psicoanálisis: afirma que “la teoría de Mead ha contribuido también a la integración del psicoanálisis en los esquemas teóricos de las ciencias del hombre. Por otra parte, Mead mismo aceptó algunos de los conceptos psicoanalíticos compatibles con su posición” .²⁹

Una vez expuestos los puntos fundamentales de la resolución inicial de la antinomia nominalismo-realismo, podemos abordar algunas cuestiones posteriores. Si la polémica nominalismo-realismo estuvo a la base de la definición doctrinaria de la psicología social, y su resolución marcó un avance en cuanto a las posibilidades de desarrollo del conocimiento, también es verdad que esa oposición posibilitó desarrollos que fueron fructíferos. De hecho, Durkheim, oponiéndose a las posturas nominalistas, realizó diversos aportes en temas específicos de la psicología social, tales como su

²⁹ Romero señala cierto “paralelismo entre ciertas postulaciones de Mead en relación con el psicoanálisis, no sólo en lo que se refiere a la importancia de las identificaciones como fundantes del yo, sino también con los actuales desarrollos lacanianos” (Romero, 1987, pág. 37).

estudio sobre el suicidio, sobre la vida religiosa, y sus conceptos de anomia, las representaciones individuales y colectivas, la solidaridad mecánica y orgánica; también se interesó por grupos específicos: la familia, los sindicatos, etc.; todo ello contribuyó a la comprensión de diversos procesos colectivos.

Otra antinomia ‘sufrida’ por la psicología social consiste en una disyuntiva conocida como la oposición individualismo-mentalidad grupal (o mente de grupo), si bien no tuvo la consistencia de la primera oposición ya expuesta. Expondremos pues, sucintamente, los componentes de esa oposición, es decir, las tesis “individualistas” y las tesis que postulan una mente de grupo.

– Las tesis “individualistas”, si bien herederas de las ideas de Tarde sobre la imitación, fueron configurando nuevas hipótesis como la “sugestionabilidad”, con la que se intentaba dar cuenta de fenómenos o situaciones colectivas: así, determinados comportamientos en la multitud se explicaban mediante la sugestión ejercida sobre cada individuo, etc. De hecho, la hipótesis fundamental era la de que el individuo constituye la única realidad, con lo cual se negaba la existencia de los grupos. De esta forma, los individuos son los únicos actores, el término “grupo” se refiere a una ficción, si pretende referirse a “algo más” que la suma de las reacciones recíprocas de los individuos. Puede decirse que para estas tesis, en rigor, los grupos no existen, “grupo” es un término que se refiere a una multiplicidad de procesos individuales, y la noción de grupo se convierte en superflua apenas se describen las acciones de los individuos y sus secuencias (Romero, 1987, pág. 30-31).

– En oposición a las tesis individualistas se desarrollaría la idea de “mentalidad grupal” (o mente de grupo). Aquí se encuentran diversas propuestas que consideran que los fenómenos que se producen entre los individuos no son reductibles a las propiedades de los individuos que forman esos conjuntos. También las propuestas sustentadas por el realismo durkheimiano, que consideraría a la sociedad como fundamental, y a los individuos como resultado de los procesos sociales. De este modo se configura una posición que postula la realidad de una “mente social”, articulada de representaciones colectivas y que difiere específicamente de la mente individual. Durkheim llega a referirse al grupo como una entidad psíquica: “Las mentalidades individuales, al formar los grupos, originan un ser que constituye una individualidad psíquica de una nueva índole”. También hablará de las “representaciones colectivas”, que se encuentran ‘fuera’ del individuo (son exteriores a él) y llegan a su “mente” bajo la forma de normas; esas

normas están dotadas de un poder tal que se imponen sobre el individuo sin tener en cuenta sus deseos. Tal es el importante concepto durkheimiano de “coerción”. De acuerdo a este autor, el individuo aislado constituiría una abstracción, fuera del grupo carece de carácter definido: “cuenta sólo con potencialidades amorfas, potencialidades que si bien son necesarias para su participación en un grupo no son la causa de los fenómenos de éste ya que, por sí mismas, no podrían originarlos, porque el ‘factor psicológico es demasiado general para predeterminar la causa de los fenómenos sociales’” (Romero, 1987, pág. 34).

F. Allport y W. Mc Dougall serían los continuadores, hacia el primer cuarto del siglo veinte, de la polémica Tarde-Durkheim de finales del siglo pasado. Para el primero una institución no es “en absoluto una cosa sustantiva, no es una cosa tangible sino una relación conceptual de cosas. La noción de institución es, de alguna manera, como la noción de triángulo” (Allport, cit. en Romero, 1987, pág. 34). Un hombre es algo real, el grupo es una abstracción; en el mejor de los casos las afirmaciones acerca de los grupos resumen de manera abstracta las acciones de numerosos individuos, hablar de ello en otro sentido implica cometer la “falacia de grupo”, al dar una realidad a algo imaginado. Como puede observarse, el autor se sitúa plenamente en las características que hemos definido anteriormente como el conjunto de tesis individualistas. La novedad en este caso es que se trata de uno de los representantes más importantes de la psicología social norteamericana, y quien imprimió una orientación muy definida a la misma.³⁰

La tesis acerca de que la hipótesis sobre el grupo no agrega nada a lo que se pueda conocer con la hipótesis contraria (el grupo no existe, sólo hay individuos; a lo sumo, ellos “creen” que hay grupo...), derivada de las propuestas de Allport está lejos de ser descartada sin más. Si bien matizada bajo la forma de “no hay grupo, sólo hay relaciones interpersonales”, puede observarse, vigente, entre variados practicantes de grupo. También derivaciones más difusas, como la de psicoterapias ‘en’ grupo, etc.

³⁰ Su artículo “La falacia de grupo en relación con la ciencia social” (1923), donde aborda algunas cuestiones de esa polémica con Mc Dougall y, como el título indica, se postula la “falacia del grupo”, muestra con claridad, la continuidad con las polémicas anteriores, si bien de forma “actualizada” al momento en que surgía un interés creciente por los grupos. En el primer número de la Revista de Psicología Social, se incluye el artículo de Allport, además de una serie de comentarios de diversos autores (Revista de Psicología Social, 0, 1985).

En el extremo opuesto al de las tesis ‘individualistas’ de Allport se sitúa a W. Mc Dougall, con sus elaboraciones sobre la “mente de grupo” (su texto se titula “The Group Mind”). Retomando la idea de “acción imitativa”, Mc Dougall consideró que el factor fundamental de la vida social derivaba de la “inducción simpática de las emociones”. E “impresionado por la evidencia del afecto y el ‘espíritu de grupo’ entre los animales, restringió el significado de lo gregario a la satisfacción instintiva de hallarse en proximidad física con otros miembros de la misma especie [...]; se trataría de ‘una muda necesidad de estar junto a otros’” (Romero, 1987, pág. 36). Su tesis del instinto gregario sería minuciosamente analizada por Freud (1921), donde éste propondría que más que considerar al hombre como un animal gregario, debe ser considerado como un animal de horda.

Cabe aclarar que estas ‘posiciones’ (individualismo y mente de grupo) no acaban en las tesis sostenidas por Mc Dougall y Allport, ellos son representantes de dos puntos de vista que han tenido –y continúan teniendo– diversas formas y derivaciones.

Una crítica a la noción de mentalidad de grupo residía en el sesgo antropomórfico dado a los procesos colectivos, en el sentido de otorgarles una direccionalidad similar a la individual (del tipo de: “el grupo quiere”, “el grupo teme”). Así, y según sostiene Fernández (1987), “... Asch puntualizó aquello que denominó la *“falacia antropomórfica de la tesis de la mentalidad de grupo”* ya que, si bien esta corriente parte de una premisa correcta, por la cual se constata que la acción de un grupo produce efectos que superan los efectos de los individuos aislados, a partir de ello deduce la existencia de una mente de grupo que otorgaría dirección e intencionalidad a los momentos grupales. Esta ‘mente de grupo’, en consecuencia, sería cualitativamente análoga a la mente individual aunque cuantitativamente supraindividual” (pág. 42).

En otros términos se trataría del ‘sustancialismo’ otorgado a los procesos colectivos – propio de algunos pensadores de esta corriente– que queda atrapado en sus límites ideológicos: “[las tesis de la “mente de grupo”] si bien operaron una importante reacción a las tesis individualistas –tal vez la única respuesta posible en tal momento histórico– focalizando la especificidad de lo grupal, quedaron limitados por cierto sustancialismo de la época, no pudieron sostener que los grupos ‘existían’ de un modo cualitativamente diferente a los individuos. Pareciera ser que este antropomorfismo fue la única alternativa con que contaron los primeros pensadores que pudieron demarcar cierta particularidad de lo grupal, no reductible a sus integrantes. De esta forma quedó

abierto –ya desde ellos– el camino para largas y reiteradas traspolaciones, en tanto el grupo es pensado como un supraindividuo, con los mismos mecanismos de funcionamiento interno, a lo sumo con algunas diferencias de superficie en cuanto a su falta de sostén biológico, pero que en todo caso afectan a la semejanza y no a la analogía, entre ambos tipos de ‘individuos’” (Fernández, 1989, pág. 42).

Llegados a este punto acerca de las polémicas doctrinarias y teóricas que han operado como contextos efectivos tanto en la conformación de la psicología social como de las prácticas grupales, cabe intentar una síntesis de algunos de sus elementos. Exponemos a continuación algunas tesis contenidas en el texto de A. M. Fernández, una autora cuyas elaboraciones críticas sobre las prácticas grupales hacen especialmente pertinentes sus comentarios (su texto se titula “El campo grupal. Notas para una genealogía”).

“Esta polémica de tipo académico-doctrinario [puede ampliarse a ambas polémicas expuestas] si bien puede encontrarse en la arqueología de la disciplina, ha atravesado insistentemente el campo grupal. Se hace necesario, por lo tanto someter a elucidación crítica –desconstruir– dos ficciones. Por un lado, *la ficción del individuo* que impide pensar cualquier plus grupal; por el otro *la ficción del grupo como intencionalidad* que permite imaginar que el plus radicaría en que ese colectivo –como unidad– posee intenciones, deseos o sentimientos” (Fernández, 1989, pág. 43).

Y la autora agrega: “Es importante subrayar que estas referencias a la psicología académica no tienen un interés meramente histórico; puede encontrarse esta polémica en diversos abordajes psicoanalíticos actuales en el campo grupal, donde no es raro encontrar tendencias a personificar al grupo, adscribirle vivencias o tomar las partes por el todo en el análisis de los acontecimientos grupales. También pueden encontrarse, por el otro lado, fuertes negativas a pensar alguna especificidad de lo grupal. Ambas posiciones producen cada cual a su modo, sus obstáculos para poder indagar qué herramientas conceptuales *específicas* habrá que desarrollar desde el psicoanálisis para dar cuenta de aquellos acontecimientos específicos de los grupos; re-producen, sin saberlo, una polémica que ha atravesado disciplinas de las cuales el psicoanálisis no se considera tributario” (pág. 43).³¹

³¹ Estas consideraciones propuestas por A.M. Fernández se encuentran en J. Colapinto, “La Psicología Grupal: algunas consideraciones críticas”, Revista Argentina de Psicología, 8, 1971.

“En consecuencia, es importante subrayar que esta antinomia clásica de las ciencias sociales –la relación individuo-sociedad en el sesgo que adquiera– se encuentra implícita en toda concepción sobre lo grupal, y generalmente determina en alto grado el ‘dibujo’ que un pensador realiza sobre los grupos. Opera como verdadero *a priori* conceptual, como premisa implícita desde donde no sólo se piensa la articulación de lo singular y lo colectivo, sino también se ‘lee’ el conjunto de los acontecimientos grupales” (pág. 43).

Hasta aquí la temática expuesta sobre el contexto teórico e ideológico en relación con los conocimientos sobre los grupos. En relación al último comentario, queda por ver la forma en que se inscribe dentro de todo este conjunto desigual de hipótesis doctrinarias, teóricas, epistemológicas, Pichon-Rivière y su propuesta grupal, los grupos operativos, aspectos que iremos exponiendo a partir de la segunda parte de este trabajo.

Queda por ver el último elemento contextual de la serie que estamos exponiendo: se trata de la aportación del psicoanálisis. Como ya se ha dicho, puede observarse en diversos psicoanalistas de grupo, prácticas y teorías que parecen derivadas de uno u otro polo de las disyuntivas mencionadas, confirmando así su vigencia. Pero eso no basta para especificar el lugar específico que ocupa la doctrina psicoanalítica en el ámbito referido.

Se ha considerado que si la polémica nominalismo-realismo quedaba resuelta a partir de las aportaciones de Mead (en coincidencia con las opiniones de Germani) será a partir de Freud que se darán los elementos para resolver esta nueva forma de la antinomia (Romero, 1987, pág. 37). Freud se había referido a las hipótesis de Mc Dougall en su texto sobre las masas. Pero más allá de ese elemento puntual, y de acuerdo a la tesis de este autor, “la propuesta freudiana constituye la piedra fundamental para responder a la problemática planteada”.

Parece aceptado por la comunidad científica, que Freud, con un análisis y conceptualización del fenómeno radicalmente diferente, propondrá otro enfoque, ya no basado en la diferencia entre lo individual y lo social –como el existente en los planteos anteriormente expuestos– sino en base a otro nivel del análisis: la conciencia como aspecto parcial y subalterno de los sujetos, el estudio del inconsciente como elemento

fundante del hombre. Desde este punto de vista, indudablemente, los aportes de Freud cambian muchos de los términos de las cuestiones planteadas.³²

Diversos autores han planteado que las tesis freudianas producen un nivel de transformación tal en el conjunto de conceptos hasta ese momento vigentes que se puede hablar de una psicología prefreudiana o prepsicoanalítica y de otra psicología a partir de Freud. Esta propuesta no sólo se refiere a una cuestión cronológica, sino al propio corpus de la disciplina. Así, hay autores que, contemporánea o posteriormente a Freud se sitúan en una psicología que se puede denominar prepsicoanalítica.

Otra perspectiva, cercana a la anterior establece la diferencia en cuanto a las psicologías de la conciencia por una parte, y el psicoanálisis por la otra.

La idea que subyace a estas formulaciones pone el acento en cuanto al aporte freudiano por excelencia: el descubrimiento del inconsciente (en los términos precisos en que Freud lo realizara) y la construcción de un aparato teórico y metodológico para operar en relación con ese descubrimiento. Se trata de un descubrimiento cuya envergadura era tal que ya las cosas no podían volver atrás... No es exagerado decir que en este sentido el aporte freudiano, en muchos aspectos, está ya incorporado en la cultura.

Hemos mencionado la noción de ‘descubrimiento’. En relación con el tema que nos ocupa, el contexto en el que comenzaron los conocimientos sobre grupos, hemos mencionado ya que René Kaës (1993, 1994a) encuentra lo que denomina los tres descubrimientos psicoanalíticos en relación con los grupos: Viena, 1920; Londres, 1940 y París, 1960.

³² Se ha sostenido, y es un juicio que no proviene inicialmente de adeptos de Freud, que “pocos hombres deben menos que Freud a sus contemporáneos y predecesores en el desarrollo de sus ideas”. Puede entenderse como una alusión a la ‘ruptura epistemológica’, a la profunda transformación que ocurre en el mundo científico y cultural de occidente a partir de los descubrimientos freudianos. Otra comparación que refiere un sentido parecido es aquella que sitúa en Copérnico, Darwin y Freud las grandes conmociones en el pensamiento y la cultura: el primero ‘destrona’ al hombre al plantear que no es la tierra el eje del universo, el segundo realiza lo mismo cuando descubre la continuidad entre el hombre y el reino animal, y Freud destrona al hombre en cuanto al poder de su conciencia, al postular el inconsciente. Se trata de concepciones que “revolucionan” su mundo. Una cuestión que se deriva de todo esto es que las posiciones frente a la obra freudiana son difíciles: desde la apología (más o menos fundamentada) a la subestimación de la misma (en general –a nuestro juicio– poco o mal informada). La categoría de resistencia es fundamental aquí (y referida a uno u otro colectivo, a los efectos de idealización como a los efectos de represión).

Cabe agregar, a Marx como el otro polo de la “ruptura epistemológica”: cuando dice que “no es la conciencia lo que determina el ser social, sino el ser social de los hombres lo que determina su conciencia” (1859).

Apuntados ya estos elementos parece conveniente situar los aportes freudianos a lo que hemos denominado el contexto teórico e ideológico en que surgen los conocimientos sobre grupos. Nos limitaremos a exponer de forma sucinta los aportes de Freud en cuanto a dos aspectos que nos parecen relevantes: por un lado, la contribución psicoanalítica en cuanto a la investigación en las ciencias sociales, y por otro, las hipótesis que se derivan de la obra de Freud en relación con los grupos.

Se ha sostenido que el aporte del psicoanálisis a las ciencias sociales (sociología, psicología) es complejo, difuso, e incluso dudoso (en cuanto al poco valor de algunas generalizaciones sociológicas); esto dicho por psicoanalistas.³³ Desde esas consideraciones, se afirma que es en cuanto a los métodos de investigación de las ciencias sociales donde puede encontrarse un importante aporte psicoanalítico.³⁴ El método de observación propio de la situación analítica, las hipótesis que incluye y en fin, la integración de aspectos centrales en cuanto a la experimentación, con aquellos que dan lugar a la singularidad de la diada psicoanalítica, son cuestiones básicas. En otras palabras, núcleos fundamentales en el psicoanálisis como la transferencia, el trabajo a partir de la misma, la regresión, etc., elementos básicos en la terapia psicoanalítica han constituido fructíferos aportes en áreas diversas de las ciencias sociales.³⁵

En cuanto a las cuestiones planteadas por Freud y que sustentan el discurso psicoanalítico referido a los grupos, cabe una aclaración: la complejidad del tema es tal que no podemos abordarla aquí, pues excede el ámbito de este trabajo. Sólo realizaremos algunas puntualizaciones generales.

Es comúnmente aceptado que las hipótesis freudianas referidas a la psicología social, o más concretamente, a los fenómenos grupales se articulan en su texto de 1921, “Psicología de las masas y análisis del yo”. Puede leerse allí la ‘antológica’ descripción de Freud, no por ello menos primordial: “En la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, ‘el otro’, como modelo, auxiliar o adversario, y de

³³ Se trata de una tesis extendida en diversos ámbitos psicoanalíticos. Puede verse una aproximación al tema en Grinberg, Langer y Rodrigué (1957). Desde una perspectiva que postula la importancia de no realizar extensiones del psicoanálisis a problemáticas sociales o culturales más allá de lo que permite la propia práctica del psicoanálisis, puede verse: Espiro (1971, 1973, 1985, 1997), Liberman (1971).

³⁴ Tal es la tesis sostenida en el texto de Grinberg y otros (1957).

este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social, en un sentido amplio pero plenamente justificado” (pág. 2563).

Aunque pueda ser algo obvio, hay que puntualizar que esta aseveración freudiana acerca de la psicología social e individual constituye un elemento fundamental en sus formulaciones; efectivamente, las polémicas referidas anteriormente pasan, a partir de Freud, a otro plano y deben ser tenidas en cuenta de manera diferente a aquella en que fueron expuestos.

En un orden de cuestiones cercanas, la inclusión de ‘el otro’ en la vida de cada sujeto constituye un elemento fundamental. A lo largo del texto Freud irá desbrozando las hipótesis fundamentales que justifican tal aseveración, además de apuntar elementos básicos también para la propia práctica psicoanalítica. Así, explicará aspectos fundamentales de las formaciones colectivas a partir del concepto de narcisismo. La identificación y sus diversos avatares constituye otro aspecto desarrollado en el texto. Para ello Freud analizará las diversas formas identificatorias: histérica, melancólica, empática, a rasgo, y elaborará su tesis principal: el elemento fundamental en la situación colectiva está dada por la relación de los integrantes con el jefe. Conceptos como relación de objeto e identificación, yo e ideal del yo, procesos como la hipnosis, el enamoramiento, la neurosis y la masa (en su serialidad y cercanía), también se destacan en el texto del 21. Este conjunto de hipótesis no eran privativas de las situaciones sociales; pueden plantearse, en cierto sentido, como un efecto ‘residual’ en las intenciones explícitas del mismo Freud. No hay que olvidar que el objetivo fundamental de Freud era fundamentar la teoría psicoanalítica a través de la práctica –es decir, la propia terapia psicoanalítica–; en ese sentido los conceptos que articulaba y mostraban relación con fenómenos sociales o culturales le interesaban en la medida que podían permitirle ajustar cuestiones que derivaban de la práctica. Como hemos dicho, sólo cabe aquí una rápida mención a algunos de los elementos conceptuales en la obra de Freud. También puede señalarse que los diversos elementos conceptuales o metodológicos pertinentes para la exposición de los diversos temas se realizan en los capítulos correspondientes.

³⁵ Al respecto, puede verse un consistente análisis en que se comparan los diversos métodos utilizados en la psicología clínica no psicoanalítica con los propios de la terapia psicoanalítica, en Pichon-Rivière, 1956.

Para finalizar este apartado, y en referencia al aporte del psicoanálisis, que constituye la base sobre la que se apoyó Pichon–Rivière en sus diversas contribuciones, incluyendo sus aportes a los conocimientos sobre grupos, cabe algunas cuestiones. Hemos afirmado ya que no son tan fácilmente precisables los aportes efectivos del psicoanálisis a la sociología y a la psicología social, y se han postulado diversas razones en cuanto a ello.

También puede proponerse que quizá los aportes del psicoanálisis no consisten en una aplicación o adecuación de los postulados de Freud a lo social, sino que parece necesario un profundo trabajo de acomodación y reelaboración conceptual. Aunque es verdad que las diversas corrientes psicoanalíticas de grupo se interesan fundamentalmente en el avance de su propia disciplina aunque no del intercambio con la psicología social académica; se trataría de cuestiones institucionales, grupales... Quizá podría esperarse un intercambio fecundo, pero, en los hechos no ha sido así. Las cuestiones a pensar, atinentes a esta cuestión son diversas. Apuntamos una: quizá el punto importante a plantear es la cuestión de la psicología prefreudiana, es decir, la hipótesis mayor: el inconsciente (si se niega la mayor... poco puede continuar).

Una derivación de todo esto, referida a Pichon-Rivière y su psicología social. Su falta de difusión fuera de Argentina se debe a muchos factores, como iremos viendo a lo largo del trabajo, pero quizá puede señalarse uno específico: su explícita ligazón con las teorías psicoanalíticas. La cuestión que queda planteada es acerca de la relación posible entre una psicología social y el psicoanálisis.

Los estudios de Elton Mayo (la Encuesta Hawthorne).

Resulta sumamente complejo evaluar el impacto real y las consecuencias que se han derivado de los conocidos Estudios Hawthorne. Uno de sus autores, Elton Mayo, es considerado como uno de los fundadores de la sociología del trabajo, destacándose como inicio de la misma la crítica al taylorismo (la llamada “organización científica del trabajo”). Mayo contribuyó a construir uno de los soportes empíricos fundamentales para la escuela funcionalista en la sociología.

La aproximación que vamos a realizar a los estudios Hawthorne la haremos basándonos en varios textos que, desde perspectivas diferentes, se muestran adecuadas a nuestro propósito. Utilizaremos diversos artículos provenientes de la sociología de

grupos, editados por Bernard Schäfers (1980)³⁶ y el texto de Didier Anzieu y Jacques-Yves Martin (1969) dedicado a la dinámica de los grupos pequeños.

Varios investigadores norteamericanos de la Universidad de Harvard, bajo la dirección de Elton Mayo, realizaron entre 1924 y 1932 una serie de diversos estudios en las fábricas Hawthorne de la Western Electric Company de Chicago (fabricación de material telefónico). Este grupo investigador dio a conocer los resultados en múltiples publicaciones. El informe oficial lo constituyó un extenso y detallado trabajo publicado por Roethlisberger y Dickson titulado “Management and the Worker”, publicado en 1939.³⁷

El punto de partida de dichas investigaciones fueron las ideas en torno a la economía y la planificación de la empresa que entonces se basaban en la entonces teoría “clásica” de la organización y entre otras, en la obra de F.W. Taylor, “The Principles of Scientific Management”, publicada en 1911. “Dicha teoría intentaba coordinar (“organizar”) por medio de una planificación “racional” las condiciones técnicas y físicas del trabajo (technical organization) y la fuerza de trabajo (human organization) a fin de optimizar la productividad de la empresa” (Gukenbiehl, 1980, pág. 60).

Según B. Kern, autor de uno de los artículos que hemos consultado para reseñar estos estudios, lo más destacado de los estudios Hawthorne es que a diferencia de los métodos de dirección de grandes empresas industriales basados en el modelo del “scientific management” de Taylor, tuvieron en cuenta algunas dimensiones sociales del

³⁶ El texto de Schäfers (1980), titulado “Introducción a la sociología de grupos”, contiene diversos artículos apropiados para el abordaje del tema. Así, puede verse: B. Kern, “El grupo de trabajo en la empresa industrial”; H.L. Gukenbiehl, “Los grupos formales e informales como formas básicas de la estructura social” y “Los grupos de referencia”, B. Schäfers, “Evolución de la sociología de grupos e independencia del grupo como formación social” y “Los grupos primarios”. Los autores se inscriben en una perspectiva “sistémica”, lo cual otorga un especial interés a su lectura sobre los grupos, en la medida que ha sido desde esa corriente donde se han hecho tentativas de buscar en los orígenes del campo grupal elementos para las ‘modernas’ teorías organizacionales (y secundariamente, grupales).

³⁷ El trabajo de F.J. Roethlisberger y W.J. Dickson, cuyo título completo es “Management and the Worker. An Account of a Research Program Conducted by the Western Electric Company, Hawthorne Works, Chicago”, publicado en 1939 en Cambridge (Massachusetts) constituye el informe oficial de las investigaciones. También los dos textos de Elton Mayo, “The Human Problems of an Industrial Civilization” (1933) y “The Social Problems of an Industrial Civilization” (1949) se basan en conclusiones derivadas de los mismos estudios, y constituyen dos obras clásicas para la sociología del trabajo. Por último, el texto de T.N. Whithead, “The Industrial Worker. A Statistical Study of Human Relations in a Group of Manual Workers”, de 1938, también es otro informe de los mismos estudios. Los autores que hemos reseñado (Kern, Gukenbiehl y Anzieu) se basan en estos informes para comentar los estudios Hawthorne.

proceso de trabajo, prescindiendo del modelo del “homo oeconomicus” propio del taylorismo.

Afirma Kern que los clásicos instrumentos de la “política de personal” taylorista –salario como incentivo, reducción de primas y despido como medios disciplinarios, o sea, el control del rendimiento laboral mediante la aplicación alternativa de recompensas y castigos de carácter económico– fueron puestos cada vez más en duda por los expertos en los años 20, en un período de prosperidad económica y de creciente actividad sindical en los EE.UU. en el que ya no era posible recurrir a tales procesos de “dirección científica” de la empresa... Algunas concepciones teóricas (como la psicología de la Gestalt) ayudaron a modificar el esquema de reacción al estímulo, base teórica del taylorismo, planteando que existían numerosos factores situacionales – distintos del “estímulo” que suponían la recompensa y el castigo– capaces de influir en las relaciones laborales, en las relaciones humanas. “El cambio tecnológico y social ocurrido en los EE.UU. en los años veinte dio lugar a numerosos tests aplicados a la empresa que tenían por objeto el estudio de las variaciones en el entorno laboral (luz, color, ruidos, etc.) y su efecto sobre el rendimiento en el trabajo. Lo realmente nuevo de los Estudios-H. fue que pusieron de relieve el carácter limitado de esos planteamientos y afirmaron que había otros factores, especialmente sociales, que motivaban a los trabajadores a un mayor o menor rendimiento” (Kern, 1980, pág. 208).

Y llegado a este punto, el autor sugiere que el posterior desarrollo de la psicología de grupos (las investigaciones experimentales de la psicología social) en realidad se deriva de estos primeros estudios industriales. Más allá del intento de “llevar agua al propio molino” que puede suponerse al autor, la acotación parece interesante. Ilustra sobre una cuestión fundamental: el desarrollo de un conocimiento psicosocial que aparece ligado a una dimensión propiamente económica, a la demanda industrial. Como veremos, aquí reside una de las críticas fundamentales a la psicología de los grupos: su subordinación a los intereses económicos y el encubrimiento de ese proceso; tales cuestiones serán abordadas más adelante. Kern relata así esa vocación de anticipación de los estudios H: “Muchas de las observaciones y conclusiones que aparecen en los informes de los Estudios-H. como manifestaciones y hechos concretos han sido explicadas en parte por las hipótesis y teorías sobre las regularidades del comportamiento en pequeños grupos experimentales formuladas posteriormente por la psicología social. Los investigadores que tomaron parte en los Estudios-H. Hallaron por

tanto en el terreno concreto de la empresa industrial los fenómenos que un poco más tarde, y en parte independientemente de dichos estudios (por ejemplo, Lewin), habrían de constituir el objeto de una investigación sistemática acerca de los pequeños grupos” (pág. 208).

Una de las consecuencias señaladas se refiere al pasaje que se habría dado, desde el taylorismo a las relaciones humanas; los conocimientos derivados de los estudios H habrían posibilitado un importante cambio en la forma de acción de los “managers” (término que se ha impuesto para denominar diversos lugares sociales: jefe, dirigente, cuadro directivo, líder): “La escuela de las ‘Human Relations’, que desarrolló y aplicó los conocimientos adquiridos en los Estudios-H. al adiestramiento de jefes ha influido en generaciones enteras de managers y aún hoy impregna una buena parte de la formación de los directivos” (pág. 208).

En cuanto al contexto institucional en que se realizaron los estudios Hawthorne, puede verse, con detalle, en el siguiente comentario del artículo que estamos reseñando: “Los Estudios-H. no fueron un proyecto estrictamente científico, sino una organización en la que los científicos y la dirección de la empresa colaboraron estrechamente. La dirección de las factorías Hawthorne intervino activamente en todas las fases de la investigación, incluso en la disposición de cada uno de los experimentos [...] La Western Electric Company, cuya principal fábrica era la factoría Hawthorne de Chicago, con 25.000 empleados financió, junto con la fundación Rockefeller, las investigaciones, y no sólo como mecenas, sino por claros intereses empresariales. Al igual que el resto de la industria electrotécnica, en la que ya se aplicaban procesos de producción en masa, esta gran empresa había alcanzado un alto grado de racionalización y la dirección buscaba continuamente nuevos métodos para aumentar la eficiencia. Con anterioridad habían aplicado el sistema de incentivos salariales [...] La empresa perseguía una política social de orientación antisindical [...] La dirección esperaba poder ampliar su repertorio de acciones de política empresarial a raíz de los Estudios-H., para lo que ejerció la correspondiente influencia. ‘Consideraba los experimentos como un intento de construir un cuerpo razonable de conocimientos (a sound body of know-ledge) en el que basar la política empresarial y el proceder de su dirección’ (Roethlisberger/Dickson 1938). Por esta razón no es posible encuadrar a las ‘famosas investigaciones... dentro del modelo clásico de estudios empíricos de sociología industrial’ (Lepsius 1972). Se trata más bien de una relación específica entre

investigación científica y práctica social que puede ser calificada de prototipo de la investigación industrial aplicada” (Kern, 1980, pág. 209-210).

La descripción se basta por sí sola. Destaquemos, en todo caso, dos cuestiones:

– el autor menciona, al pasar, la intención de realizar una “política social de orientación antisindical”, y no realiza más comentarios ante una cuestión tan fundamental. Habida cuenta que el autor del artículo está lejos de una apreciación crítica respecto de los estudios, las perspectivas que se han mostrado críticas con este ‘origen de fábrica’ de las investigaciones grupales (organizacionales, etc.) tienen un buen asidero.

– por otra parte, la cuestión de la investigación aplicada: categorizada aquí como una “relación específica entre investigación científica y práctica social”, es decir, una relación entre investigación e industria (burguesía industrial), ilustra con claridad una cuestión fundamental para cualquier práctica grupal: sus fines.

Veamos ahora algunos aspectos de los estudios realizados en las fábricas Hawthorne.

Descripción de los estudios Hawthorne.

La descripción realizada por Anzieu y Martin (1969, pág. 53-57) es bastante explícita y basta para comprender los diversos elementos y procedimientos utilizados en los estudios.

Después de una experiencia del mejoramiento de la iluminación que había dado resultados, la dirección de la empresa encarga a Elton Mayo y sus colaboradores una primera encuesta acerca del rendimiento (abril de 1927–junio de 1929). El experimento no se llevó a cabo en los talleres –fabrican material telefónico– sino en una habitación especial, dotada de diversos aparatos de registro para establecer la incidencia de factores físicos (humedad, temperatura) sobre el rendimiento. Es la sala de pruebas, el “test-room” –los diversos experimentos realizados serán conocidos por el nombre del lugar de observación–, un observador estaría presente permanentemente. La investigación, prevista para un año, debía responder a algunas preguntas respecto a la fatiga y el aburrimiento de los obreros y sus actitudes hacia el trabajo; el progresivo surgimiento de hipótesis psicosociológicas prolongaría la duración del estudio.

El experimento se constituye con 6 obreras solteras, jóvenes y expertas en el montaje de relés de teléfonos. Se registraba el rendimiento semanal, y en especial el

rendimiento horario, medidos por la producción de relés. Además, el observador registraba otros procesos en relación con el comportamiento de las obreras. Las variables controladas fueron: pausas de diversa duración a diferentes horas del día, reducciones de la jornada laboral y algunas condiciones físicas (humedad del aire, temperatura, estado de salud). El experimento se dividió en tres partes.

a) la primera experiencia (15 semanas) consiste en comparar el rendimiento de las obreras del taller, que tenían una remuneración colectiva, con el de la sala de pruebas (test-room), en donde reciben un salario a destajo. También se practicó un tipo de jefatura desacostumbradamente amable. Las obreras podían mantener conversaciones entre ellas (en el taller eso no estaba permitido) y debían guiarse por el lema: “trabaja como quieras” (“work like you feel”). La producción aumentó en pequeña proporción.

b) en la segunda experiencia (24 semanas) se ensayaron algunas pausas y se mantiene la que daba mayor rendimiento: una pausa de un cuarto de hora por la mañana, con merienda dada por la empresa, y otra pausa a la tarde. Además, hubo un estilo de jefatura cambiante. Fueron reemplazadas dos obreras, cuya cooperación se juzgó insuficiente (tomaron la consigna al pie de la letra). La producción aumentó en cuanto al promedio horario, pero no al semanal.

c) en la tercera experiencia (32 semanas) se añadieron dos obreras en sustitución de las expulsadas. Una de ellas, era una italiana interesada en obtener un salario elevado, pues era el único sostén de la familia. Se volvió a un estilo de dirección del grupo más permisivo. Se ensayó una reducción de la jornada laboral; a fin de mantener el salario, las obreras aumentaron el ritmo de trabajo. El rendimiento aumentó notablemente.

A partir de la iniciativa de un dirigente de la empresa –los investigadores estaban satisfechos del resultado del estudio– se propone (en base a investigaciones anteriores) suprimir las mejoras materiales que supuestamente han provocado el incremento del rendimiento: se suprimen las pausas y la merienda, se restablece la misma jornada horaria que había antes, pero se mantiene el salario a destajo. El rendimiento se incrementa.

Todos estaban sorprendidos: las obreras, los encuestadores, los dirigentes de la empresa. Se llegó a la conclusión de que las condiciones materiales del trabajo (agregado a eso los métodos de trabajo, las pausas, la retribución) desempeñaban un papel secundario. El “factor” responsable resultaba ser ciertos cambios no

premeditados, que demostraron que: las obreras de la sala de pruebas se había constituido como un grupo, como un grupo de trabajo. Las obreras habían pasado de estar aisladas, a considerarse miembros de un grupo, reciben un salario de equipo, se las ha consultado sobre los propios cambios experimentados, hay cierta libertad para dialogar, ha surgido un líder (la obrera italiana), ha surgido una convicción “moral” de equipo, y el grupo adhiere al objetivo de la empresa: resolver algunos problemas organizativos –éste quizá sea el aspecto más relevante, desde una perspectiva ‘actual’–.

Para comprobar todas estas hipótesis –conclusiones– los investigadores realizaron dos experiencias más, de control (el Second Relay Assembly Group y el Mica Splitting Test Room). Estos dos experimentos confirmaron todas las tesis anteriores. La siguiente afirmación de Elton Mayo es clara: “Los individuos que componen un taller de trabajo no son simplemente individuos; forman un grupo dentro del cual han desarrollado hábitos de relaciones entre sí, con los superiores, con el trabajo y con los reglamentos de la empresa” (Mayo, en “The Human Problem of an Industrial Civilization”, citado en Anzieu y Martin, 1969, pág. 56).

Así, el estudio permite “descubrir” que los obreros constituyen espontáneamente entre sí redes informales, con organización propia, y cuyo código implícito determina la actitud de los mismos hacia el trabajo.

Otra investigación realizada poco tiempo después (noviembre de 1931–mayo de 1932), denominada Bank Wiring Observation Room, con catorce obreros especializados en el montaje de conmutadores para teléfonos continúa la línea de investigación descubierta. Se comprueba que no sólo los obreros constituyen lo que se denomina “grupos informales”, sino que incluso regulan su propio rendimiento, es decir, definen un rendimiento determinado, y adecuan los diversos rendimientos individuales a esa regulación. Todo este conjunto de conclusiones, de derivaciones imprevistas, el descubrimiento de la existencia de un nivel grupal –colectivo– en el comportamiento individual, resultó sumamente importante para la dirección de la empresa: “Lo que más impresión a la dirección fue la reserva de energía latente y de cooperación productiva existente en el personal y que, en condiciones adecuadas, podría ser explotada” (Roethlisberger y Dickson, cit. en Kern, 1980, pág. 217). Cabe agregar que los “impresionados” fueron tanto los dirigentes de la empresa como los investigadores. A partir de aquí quedó ligado un interés “común”: la consideración de los grupos como

eventuales mecanismos eficaces para incrementar la productividad –rendimiento– en el trabajo.

Por último, cabe mencionar que todo este conjunto de estudios, del que se recogió una extensa y precisa información, ha sido analizada posteriormente por diversos autores (la interpretación que realizara Homans –en “El grupo humano”– tendría una considerable difusión posterior).

Resultados de los estudios.

En el transcurso de los experimentos realizados, se produjeron una serie de descubrimientos –y es significativo este término: es el que los investigadores utilizarán muchas veces– que condujeron a una crítica de la teoría clásica y fueron incorporados a las ciencias sociales con el nombre de “Human Relations”. El autor de uno de los artículos –Gukenbiehl– cita, extensamente, párrafos del estudio mencionado, donde destacan observaciones como las que siguen:

- La fuerza de trabajo está compuesta por “personas” que introducen en la situación laboral sus necesidades físicas, y también sociales, así como su experiencia.
- Las “actitudes de las personas” no existen en el vacío social. Son producto de la acción e interacción social, el hombre vive su vida como miembro de diversos grupos.
- En las empresas industriales con numerosos puestos de trabajo existen varios grupos y cada uno de ellos posee su propio sistema de valores .
- El rendimiento de la producción está determinado por normas sociales (de grupo) y no por límites fisiológicos.
- Los incentivos económicos no desempeñan un papel exclusivo en las actitudes y en la satisfacción de los trabajadores; además de la remuneración, también el reconocimiento constituye un importante objetivo para ellos.
- Habitualmente los trabajadores no actúan ni reaccionan como individuos, sino como miembros de un grupo.
- Es importante que la dirección de la empresa distinga entre liderazgo formal e informal a la hora de fijar y hacer cumplir las normas del grupo.

El conjunto de aseveraciones anteriores, derivadas directamente de Roethlisberger y Dickson parecen fundamentar el “descubrimiento” de la existencia de

grupos (de trabajadores) en la industria, en los lugares de trabajo. Posteriormente se formalizarán bajo el modelo de grupo denominado “grupo informal”. Sin embargo, el extensísimo material acumulado, la minuciosidad de registros de observación, y justo es decirlo, el celo investigador también abrieron otra vía de interpretación, más en la línea de una sociología que de una psicología. Tal parecen las afirmaciones que derivan del artículo de Gukenbiehl.

Así, quedarían –dice el autor del artículo– diferenciadas la ‘organización planificada racionalmente’ en el sentido del “Scientific Management” y la ‘organización personal’ descubierta por las investigaciones hechas en la línea de las “Relaciones Humanas”, lo cual –siempre a juicio del autor– constituiría el principio de una separación conceptual entre organización “formal” e “informal”. Continúa detallando lo anterior, a partir de un análisis pormenorizado del estudio de Roethlisberger y Dickson:

– “... la organización formal sirve a una doble finalidad: alcanzar los objetivos económicos de la empresa y asegurar la cooperación”.

– “el organigrama (blueprint plan) como expresión de la organización formal, deja de lado, total o parcialmente, a una serie de relaciones interpersonales que existen realmente en la organización social. Sobre todo, no reconoce a los grupos primarios, aquellos que mantienen a diario un contacto directo (face to face relations). La organización formal prescinde precisamente de aquellos valores y actitudes existentes en la organización social, mediante los cuales los individuos y los grupos se diferencian, ordenan e integran ‘informalmente’. Dentro de la organización social existente en la empresa, los individuos establecen una serie de relaciones sociales mediante la creación de grupos informales en los que cada persona ocupa una determinada posición. Estos grupos surgen de un modo espontáneo...” (Roethlisberger, cit. en Gukenbiehl). Y continúa: “Las organizaciones sociales de carácter informal existen en todos los niveles de la empresa, tanto en el campo de la producción de bienes como en el de la administración. En cualquier caso su existencia es una condición necesaria para la cooperación interna, sin la cual la organización formal no puede existir a largo plazo. Las organizaciones formales e informales están por lo tanto mutuamente ‘relacionadas’ y es importante averiguar de que tipo es esa relación” (Roethlisberger, cit. en Gukenbiehl, pág.62).

A título de resumen, el autor cree que “puede decirse que –aparte de las consecuencias, sobre todo económicas, que ha tenido para la industria, especialmente en

el terreno de la dirección y del adiestramiento de personal, orientados a la adecuación “funcional” de las motivaciones de los miembros de la organización a los fines de ésta— existen dos tendencias principales:

– la investigación sobre pequeños grupos de orientación sociopsicológica a la que, en EE.UU., también se suma la investigación industrial. En ella el grupo informal es separado cada vez más, tanto teórica como experimentalmente del marco de la organización, siendo equiparado a los pequeños grupos de formación espontánea o a los grupos primarios.

– la investigación de las organizaciones, de orientación sociológica, que incorpora la tradición europea de investigación sobre la industria y la burocracia. En ella desaparece el concepto de grupo formal, siendo sustituido por el de organización, que incluye el factor formal como dimensión esencial” (pág. 64).

Se trataría, en caso de que sea acertada la propuesta del autor, de la ya clásica diferencia entre la sociología (y algunas perspectivas grupales) de orientación europea y la de orientación norteamericana: interesada en la dimensión institucional una, y en los fenómenos grupales, la otra; el autor señala también, si bien de un modo indirecto, la tendencia hacia la perspectiva conocida como “sistémica”.

Algunas cuestiones que se derivan de lo expuesto sobre los estudios Hawthorne.

1) La claridad de los textos mencionados evita demasiados comentarios. En todo caso, puede recordarse que el estudio de Roethlisberger y Dickson, es de 1939, e ilustra con claridad la forma en que veían las cosas algunos de los investigadores de esos años y poco antes. Destaca un elemento fundamental que es la relación entre el taylorismo y la escuela de relaciones humanas. Si bien son enfoques diferentes (corresponden a distintos momentos de la demanda industrial) puede señalarse en la perspectiva de las relaciones humanas un primer esbozo de lo que se entendería —años después— como el control de los trabajadores, o de los ciudadanos: a través del consenso, de su propia participación en los mecanismos que les sujetan, etc.; anticipan la perspectiva del consumo, del control social, etc., a través de estos “descubrimientos”.³⁸ No parece

³⁸ Un sociólogo que realizó diversas investigaciones en sociología del trabajo, Touraine, propone en su texto “Sociología de la acción”, de 1965 la idea de una “dialéctica entre creación y control” como forma de comprensión de estos procesos. Touraine acuñaría también la noción de “implicación”, que con

difícil encontrar en estas perspectivas de las ciencias sociales diversas conexiones con corrientes críticas. Por ejemplo, lo expuesto por Castel, en sus críticas al modelo grupal (al “grupismo”), igualmente la corriente del análisis institucional, pareciera arrancar de aquí. También, como se verá, hay elementos que fundamentarán parte de la crítica de Lacan. En términos más generales puede plantearse que cierta ideología difusa de desconfianza hacia los grupos no responde solamente a ideologías de tipo liberal, sino que son sensibles a estos aspectos ideológicos que conllevarían las prácticas grupales.

2) Los investigadores realizaron un “aislamiento conceptual del grupo respecto a su entorno” –en palabras de Kern–, es decir, consideraron al grupo de forma aislada, como existiendo en el vacío, no en una empresa, en un marco institucional. Por una parte, eso les permitió darse cuenta, ‘ver’ que ahí había grupo, etc.; pero por otra parte, eso invisibilizó otros fenómenos y procesos: los obreros no sólo se mueven así por estar en un grupo, sino por ser obreros, y organizar su vida en base a esa realidad: vivir de un salario, etc.; es decir, se invisibilizó un elemento tan fundamental como la relación del obrero con su propio trabajo. En otras palabras, la consideración del grupo como un pequeño “sistema social” (un sistema social miniaturizado) en la empresa, permite indagar ciertos procesos grupales, pero esconde otros, más fundamentales, más a la base del conjunto de procesos grupales –incluso que aquellos detectados a partir de la hipótesis grupo = sistema social en miniatura–.

Esta problemática, que atraviesa de pleno la concepción funcionalista –tanto en la sociología como en la psicología–, es evidente en el análisis desarrollado por los analistas “oficiales” de los estudios Hawthorne. Puede observarse también en un análisis posterior: el que realiza Homans (en “El grupo humano”). Este autor divide el “sistema social” que constituye el grupo en “sistema externo” y “sistema interno”, refiriéndose con la noción de “sistema externo” al conjunto de interacciones, sentimientos y actividades de los miembros del grupo que son necesarias para que el grupo sobreviva en su entorno. Según Homans (1950, pág. 117–120), el entorno sólo influye una vez: en el comienzo, al constituirse el “sistema externo”, y a partir de ese momento, el “sistema interno” se construye según unas reglas invariables. Así, y al igual que en el caso de los otros análisis realizados, Homans se mantiene en esa concepción: el contexto es una variable, el grupo es un sistema social, etc.

modificaciones y desde una perspectiva más crítica sería fundamental para la corriente del análisis

3) Los elementos señalados no se refieren solamente a la capacidad conceptual de la hipótesis del grupo como pequeño sistema social, sino a sus determinantes ideológicos: dicha concepción escamotea el lugar efectivo donde ocurren esos procesos: un espacio social constituido por los diversos conflictos de intereses de los diversos sujetos en juego (además de sus deseos y motivaciones). Pensar el grupo como un sistema social miniaturizado, significa no pensarlo como parte de, como insertado en, como atravesado por la dimensión institucional. De este modo, sólo hay grupo, o grupos ligados entre sí de diversas maneras, no hay instituciones (sólo hay organizaciones, definidas como el aspecto formal del asunto, y grupos). Posiblemente se trata, nuevamente, de una derivación de las viejas polémicas: si lo social era diluido a categoría abstracta pues sólo existían los individuos, en este caso se trata de algo similar: lo social no existe, sólo hay grupos... Nos hacemos cargo del carácter un tanto rígido de estas consideraciones, sólo constituyen un intento de puntualizar aspectos que parecen, a nuestro juicio, importantes en las prácticas grupales.

La perspectiva sociológica acerca de los grupos.

Veremos ahora algunos aspectos derivados del punto de vista sociológico sobre los grupos. En este párrafo haremos referencia al análisis del texto de Bernard Schäfers, “Introducción a la sociología de grupos” (1980); se trata de un texto colectivo realizado por investigadores alemanes que reúne diversos puntos de vista sobre los grupos; en varios de ellos puede suponerse una perspectiva sistémica, lo cual hace más pertinente su exposición aquí, habida cuenta de la preeminencia lograda en algunas áreas de las intervenciones grupales. Se exponen otras perspectivas sociológicas más adelante, en la parte dedicada al análisis de la demanda por los grupos.

Desde una perspectiva sociológica, dice Schäfers que el grupo es la más corriente de las formaciones sociales. Y que toda persona, por término medio, forma parte de entre cinco y ocho grupos sociales: familia, grupo de juego, grupo de trabajo, grupo de amigos, grupo deportivo, etc.³⁹

institucional francés.

³⁹ Parece una sugerencia interesante: ¿cómo establecer ese número? Quizá tenga relación con el número de integrantes que pueden haber en un pequeño grupo, que es algo similar –entre 5 y 10, según muchos autores–.

Desde los comienzos de la moderna ciencia social hasta los años 20 de este siglo, el concepto de grupo se aplicaba, indistintamente, a diversas formaciones y relaciones sociales (desde el pequeño grupo hasta la sociedad). El autor señala que la teoría de los grupos primarios, desarrollada a principios de siglo y la intensa investigación sobre pequeños grupos introdujeron por vez primera en las ciencias sociales y humanas un concepto inequívoco de grupo: una formación social de determinadas dimensiones, que se diferencia de otras formaciones como organizaciones, instituciones, masas, etc.

En la introducción al texto (reúne diez autores), Schäfers precisa la amplitud de los fenómenos grupales: “El grupo, como la más corriente de las formaciones sociales, presenta toda una ‘gradación’, que abarca desde contextos relativamente informales hasta sistemas sociales altamente formalizados semejantes a una organización” (Schäfers, 1980, pág. 17). Se hace indispensable por lo tanto una selección.⁴⁰

Dentro de la selección realizada, podemos destacar algunos de los aspectos que interesan para el abordaje al tema que interesa aquí:

a) la consideración del grupo como ‘paradigma de la socialización’; es el tema abordado por uno de los articulistas (Schwonke). El grupo es el paradigma, donde “se resuelven las viejas controversias en torno al individuo y la sociedad, entre el “sujeto inteligible” (Kant) y el “incómodo hecho de la sociedad” (Dahrendorf). Si partimos –apunta Schäfers– con Kant de la ambivalencia de la naturaleza (social) del hombre, veremos que dicha ambivalencia no puede ser eliminada en los grupos ni a través de ellos, como tampoco en la sociedad ni por medio de “sistemas”. Kant, en su obra “Idea de una historia universal en sentido cosmopolita” (1784) habla de la “insociable sociabilidad de los hombres”, “es decir, de su tendencia a integrarse en la sociedad, pero con una constante resistencia que amenaza con disgregarla”. Esta insociable sociabilidad y aquella ambivalencia de la naturaleza (social) del hombre han de ser soportadas, no eliminadas. Esto es aplicable tanto al individuo como a los grupos sociales y a la sociedad” (pág. 19). Puede comprenderse esta interesante acotación en la línea de muchas de las reflexiones sobre grupos: la cuestión de la dialéctica, siempre renovada, entre individuo-sociedad y la imposibilidad de ‘cerrar’ ese núcleo conflictivo. Schäfers

propone aquí a Simmel como uno de los iniciadores de esta perspectiva dual en la vida social (con sus conceptos de asociación y comunidad).

b) Otro tema también considerado: el ‘sistema interno’ de los grupos sociales y su relación interna. Se exponen los resultados obtenidos, en su mayoría de modo experimental, por la investigación sobre pequeños grupos (artículo de Götz-Marchand), y los trabajos de Claessens y Neidhardt, quienes parten de distintos puntos de vista, procedentes de la teoría de los sistemas, y se refieren a la sutil estructura de las relaciones internas y externas del grupo. Schäfers dice que estos dos autores muestran una exigencia básica del trabajo científico: que el objeto y su análisis se correspondan mutuamente en cuanto a su grado de complejidad. Puede agregarse a todo ello que también se trata de una cuestión fundamental en las investigaciones sobre grupos, especialmente en cuanto a sus vertientes experimentalistas.

c) La aparición de diferentes conceptos de grupo constituye otro eje en el abordaje del tema. En los comienzos del conocimiento sociológico, se distinguía entre pequeño y gran grupo, pero eso habría sido insuficiente: “... William Graham Sumner y Charles Horton Cooley, con sus conceptos de grupo propio y ajeno (in-group, out-group), y de grupo primario respectivamente, marcan el comienzo de un esfuerzo, mantenido hasta hoy, encaminado a lograr una clasificación de los grupos sociales. Sesenta años después, el concepto de grupo primario de Cooley aparece como el más fecundo y el que ha tenido mayores consecuencias. Los rasgos constitutivos del grupo primario son aquellos que harían ‘afirmar al hombre de la calle’: esto es lo que entiendo por ‘grupo’” (pág. 20). La tesis sociológica fundamental: esas dos nociones de Sumner y Cooley marcan el origen del trabajo específico de investigación sobre grupos.

d) La cuestión de los grupos formales e informales constituye otro elemento básico en cualquier historia de los conocimientos grupales. Se ha visto anteriormente algo del tema, al comentar el artículo de Gukenbiehl.

e) Por último, otro criterio empleado en la selección temática: Dice el autor que “se ha dado prioridad a las características positivas y supuestamente inalienables del grupo como elemento fundamental”. Y que se hablará más, del grupo como prerrequisito de lo

⁴⁰ Schäfers considera que una introducción a la sociología de los grupos, es a la vez una introducción a la sociología general. Más aún, afirma que “exagerando un poco, podría decirse que una sociología de grupos bien desarrollada es la sociología misma”, cabe agregar que se trata de una gran exageración...

social, comunitario o societario, que de las presiones a la conformidad y a la adaptación, o a las deformaciones psíquicas y sociales atribuibles a los grupos. Dice que hay numerosos ejemplos actuales: sectas, grupos de presión –en la universidad o en otras organizaciones–, el propio endurecimiento de la estructura social, politización de los grupos en las instituciones, etc., y que eso muestra que “también [!?] en la República Federal de Alemania las presiones internas a la adaptación y a la conformidad podrían llegar a sustituir algunas de las cualidades esenciales de los grupos primarios e informales, como es el hacer prevalecer, frente a las grandes organizaciones (las estructuras y procesos de socialización), el alivio que suponen unas relaciones difusas, la proximidad social y la (libre) solidaridad” (pág. 21).

Hay que señalar la pertinencia del enfoque utilizado, que señala que se trata de un abordaje estrictamente sociológico, y no de una psicologización del tema, una ‘naturalización’ (psicologista) del hecho de “estar en grupo”.

Schäfers aclara que no se han incluido en sus estudios los problemas y cuestiones relativos al “grupo de formación terapéutica”, ya sea en procesos organizados de dinámica de grupos o en grupos de resocialización y terapia; posiblemente se deba a que el enfoque general de los autores se refiere más a elementos macrosociales que a microsociales, lo cual no obstaculiza un interesante abordaje a los fenómenos grupales.

Expondremos a continuación algunos puntos relevantes del artículo de Schäfers que trata sobre la “Evolución de la sociología de grupos e independencia del grupo como formación social” (1980, pág. 25-40).

La historia del concepto de grupo.

El autor dice que la palabra grupo corresponde a un concepto muy utilizado en el habla cotidiana y en el lenguaje científico. Desde un punto de vista etimológico destaca que la palabra grupo tiene una raíz germánica y significaba “terron” (lamentablemente no agrega nada más a esta observación); más tarde pasó a las lenguas románicas. El italiano “gruppo” y el francés “groupe” significaban cosas como varias figuras, un puñado de dinero, una reunión, una multitud, etc.

Hasta el siglo dieciocho no tiene lugar la aplicación del concepto a las relaciones sociales (sí en las matemáticas y en las artes plásticas). Como ejemplo, da un pasaje en

Adam F. Ferguson, en “Essay on the History of Civil Society”, aparecida en 1767, donde se refiere a que “Mankind are to be taken in groups, as they have always subsisted” (“al estar los hombres en grupo, así pueden subsistir” –traducción nuestra–). En Alemania se comenzó a usar el término para designar fenómenos sociales a partir de 1800. Con posterioridad a 1840, ya el término grupo se usa –en Alemania– para designar fenómenos sociales, pero no se refiere a formaciones sociales de una determinada estructura y un determinado tamaño: se mencionaba indistintamente como grupo la familia, la tribu, las organizaciones económicas, etc. Igual sucede en el texto de Tönnies (1885-1936), “Comunidad y Asociación como conceptos fundamentales de la sociología pura” (1887).

El autor concluye afirmando que “la aplicación del concepto de grupo para referirse a formaciones de un tamaño y estructura determinados, surge por primera vez a comienzos de este siglo, con el descubrimiento y desarrollo del concepto de grupo primario y a los conocimientos derivados de la investigaciones sobre pequeños grupos” (pág. 26).

En base a esa apreciación, y con rigor, el autor intenta una definición del “concepto” de grupo: “Un grupo social consta de un determinado número de miembros quienes, para alcanza un objetivo común (objetivo de grupo), se inscriben durante un período de tiempo prolongado en un proceso relativamente continuo de comunicación e interacción y desarrollan un sentimiento de solidaridad (sentimiento de nosotros). Para alcanzar el objetivo de grupo y la estabilización de la identidad grupal son necesarios un sistema de normas comunes y una distribución de tareas según una diferenciación de roles específica de cada grupo” (pág. 26-27). Y agrega una interesante acotación, al señalar que esta definición de grupo social u otra parecida es la que se ha impuesto también en el habla cotidiana y en la concepción práctica del grupo.⁴¹

Como elementos definatorios de un grupo social pueden destacarse:

- un determinado número de miembros, que va de 3 a 25 (aunque Schäfers no argumenta sobre esos números).
- un objetivo y una motivación comunes a todos los miembros del grupo.

⁴¹ Esta cuestión está lejos de ser algo simple. Se habla de “concepto” de grupo, pero ese concepto “coincide” con el habla cotidiana. Solapamiento entre el concepto y la representación que se puede tener

- un “sentimiento de nosotros”, es decir, de pertenecer al grupo y de ser solidarios con él (lo cual lleva a distinguir entre “grupo propio” y “grupo ajeno”) W.S. Sumner (1840-1910), en 1906, propuso esta diferencia entre in-group y out-group.
- un sistema de normas y valores comunes como fundamento de los procesos de comunicación e interacción.
- un entramado de roles sociales interdependientes (diferenciación de roles) referidos al objetivo de grupo, que entre otras cosas garantizan el logro de dicho objetivo y la resolución de los conflictos” (pág. 27).

Una tipología.

El autor propone al grupo social como parte de una tipología de las formaciones sociales. Con ser un trabajo teórico fundamental –una clasificación de los objetos posiblemente es la primera cuestión a acometer–, es interesante anotar que al ser “parte” de un conjunto más vasto los principios que puedan dar cuenta del grupo no residen en sí, el grupo no poseería una entidad propia suficientemente diferenciada como para poder explicar las cosas a partir de su análisis y nada más. Este análisis apunta a otorgar cierta “materialidad” a los fenómenos grupales, y como hemos afirmado antes, va en la línea de evitar toda ‘psicologización’ del asunto.

Schäfers apoya su propuesta de tipología de los conjuntos sociales en base a F. Tönnies, quien observó que a medida que se desarrollaba la sociedad industrial–burocrática, a las relaciones “comunitarias” –dominantes hasta ese momento– se le superponían progresivamente otras relaciones “societarias” o eran suplantadas por éstas. Y según señala Schäfers, de aquí habrían partido, tanto Max Weber (1864-1920) como Talcott Parsons (1902-1979) para elaborar sus tipologías de la acción social y de las variables patrones (pattern variables) o pautas orientativas de la acción.

Para una mejor localización del grupo dentro de las numerosas formaciones sociales Schäfers propone una tipología: muchedumbre (aglomeración, agregado); masa; grupos (grupo de dos, pequeño grupo, gran grupo –al hablar de gran grupo, señala la total carencia de conceptos sociológicos aplicables a las formaciones sociales de

de aquello a que alude. Esta diferencia, entre experiencia, representación de grupo, y concepto de grupo es fundamental. Se abordarán aspectos relativos a esta cuestión más adelante.

dicho tamaño–); institución; organización, asociación y sociedad. El autor realiza una descripción pormenorizada de cada uno de esos ‘tipos’ (pág. 27-31).⁴²

Evolución del concepto de grupo.

Schäfers realiza un interesante análisis de la evolución del concepto de grupo en la sociología alemana. Si bien su análisis es bastante específico de ese país, parece muy pertinente incluirlo aquí por las derivaciones que permite inferir; por otra parte, parte de los factores mencionados no son ajenos a otras regiones.

Menciona un cierto retraso en la sociología alemana en incorporar el concepto de grupo como tal. Una razón, sería que “en la etapa inicial de la sociología el concepto de grupo estaba muy recargado teórica e ideológicamente”, y que “el concepto fundamental iba dirigido contra las teorías sociales individualistas y organicistas predominantes entonces y contra la teoría de clases (marxista)” (pág. 33) Insiste en esta idea, y en una nota, afirma lo siguiente: “Gabor Kiss en op. cit., pág. 51, hace una interesante observación a este respecto: ‘el descubrimiento del grupo como parte fundamental de la sociedad dotada de funciones autónomas, puede atribuirse a la concepción anarquista de la sociedad (hacia 1870)’”.⁴³

Continúa Schäfers diciendo que cree que el principal obstáculo para el desarrollo de una sociología de los grupos en Alemania, consistió inicialmente –entre 1890 y

⁴² Igualmente hacen Anzieu y Martin (1969), si bien su tipología varía un tanto esta clasificación. Ambas, en todo caso, parecen construidas en base a criterios más rigurosos que los de las clasificaciones al uso.

⁴³ Puede recalcar la pertinencia de la última observación: propone un punto de vista algo diferente al usual. Después de mediados del siglo pasado, en épocas de importantes luchas sociales, surgen las grandes construcciones del marxismo y del anarquismo. En ese contexto de controversias políticas e ideológicas, el anarquismo supone una concepción del pequeño grupo, o mejor dicho, de ‘los’ pequeños grupos. También una desconfianza en los grandes grupos –en el sentido de organizaciones–, y a favor de los grupos autónomos –informales?, reglas propias?, objetivos exclusivamente dados por el grupo?–, etc. Esto sería después captado, aprovechado, ‘leído’, desde otra situación: la primera guerra mundial, la recesión económica del 30, etc. Aparecerán los investigadores experimentales, que sin saber muy bien explicar por qué, ‘se les ocurre’ que puede ser interesante pensar en pequeños grupos, etc., y ahí habría comenzado la “historia oficial” de lo grupal. Queda en pie, sin embargo, la crítica de Marx al anarquismo, y más en general, la crítica del marxismo. También ahí habría una concepción de grupos, si bien ‘entrelazada’ con el resto del sistema institucional, en una relación compleja y difícil. Surge aquí una temática fundamental en cualquier historia de los conocimientos y propuestas grupales: las propuestas provenientes del marxismo y su articulación en un conjunto de hipótesis diferenciadas.

1930– en los propios aportes de Tönnies: la dicotomía comunidad–asociación colmaba las necesidades teóricas y nadie buscó nada más.⁴⁴

En sus referencias al desarrollo posterior del concepto de grupo (en el ámbito de habla germana) Schäfers destaca diversas aportaciones, entre las que podemos mencionar: a) los ensayos de Georg Simmel (1858-1918) sobre “La determinación cuantitativa del grupo” y “La autoconservación del grupo social”, ambos incluidos en su obra “Sociología”, aparecida en 1908. Acota que sin embargo, el concepto de grupo de Simmel es demasiado amplio y aplicable tanto a los pequeños como a los grandes grupos; b) el ensayo de Theodor Geiger, “El grupo y las categorías de comunidad y asociación”, aparecido en 1927; c) la “Teoría general de las relaciones” de Leopold von Wiese, que apareció en 1924. Hay ahí –afirma Schäfers– una clara definición del concepto de grupo en cuanto a contenido y forma, y aparece diferenciado claramente de masa y de corporación. Von Wiese distingue tres tipos de grupo: la pareja, el pequeño grupo y el gran grupo. También establece las “características del tipo ideal de grupo”; y d) por último, Schäfers señala la estrecha ligazón de la sociología alemana en los años veinte con la filosofía, lo que la condujo a un cierto desinterés por las teorías sobre la sociología de los grupos.

4. Alfred Vierkandt redacta el artículo titulado “Grupo”, para el “Diccionario de sociología” (1931), donde revela la ligazón, en los años veinte, entre la sociología y la filosofía, lo que conducía a un desinterés en cuanto a teorías relativas a la sociología de grupos. También en este artículo se evidencia, cómo desde principios de siglo los EE.UU. alcanzaron una posición predominante en lo que se refiere a discusión teórica e investigación empírica en materia de grupos; lo mismo puede decirse respecto de la investigación en psicología social (pág. 34-35).

Llegado a este punto, B. Schäfers acepta, con resignación, la primacía de la sociología norteamericana.⁴⁵

⁴⁴ “El propio Max Weber, en lugares destacados de su obra, recurre al marco conceptual propuesto por Tönnies: la integración en la comunidad (Vergemeinschaftung) y en la sociedad (Vergesellschaftung) son tipos –en sí muy diferenciados– de relación y acción social.” (pág.33).

⁴⁵ “Tras el éxodo de los científicos sociales alemanes bajo el nacionalsocialismo, la sociología de grupos norteamericana alcanzó una situación paradigmática en lo que a investigación social sistemática y continuada se refiere. Frente al nivel alcanzado allí durante los años 30 y 40, la sociología alemana sólo pudo adoptar, tras la segunda guerra mundial, una actitud receptiva”. Concluye Schäfers diciendo que “es importante señalar que la evolución de la sociología de grupos se halla en estrecha relación con la evolución social.” (p. 36).

La relación entre la evolución social y lo grupos le sugiere a Schäfers diversas cuestiones. Y propone algunas interesantes reflexiones:

1. Así como los individuos tienen una conciencia de lo colectivo –la estructura social, etc.– también la tienen del carácter grupal de las relaciones sociales primarias. Y esa conciencia de que la vida se desarrolla en pequeños grupos se ve acrecentada a medida que se avanza en el desarrollo de la sociedad industrial, burocratizada, gigantesca, mundial, etc.

2. Las tendencias macrosociales de la evolución social han hecho tomar conciencia de la importancia de los procesos microsociales. Tras un renacimiento, a mediados de los 60 de las teorías generales, desde principios de los 70 han pasado a primer término los enfoques interaccionistas, las teorías de la acción, y finalmente los análisis de lo cotidiano y los estudios fenomenológicos. Las tendencias a la burocratización, la organización, etc., siguen existiendo, pero no han dado lugar a la desaparición de las comunidades y los pequeños grupos.

3. Han surgido nuevas formas de relación social de tipo comunitario, como los grupos informales. En ese contexto es donde hay que contemplar ciertas transformaciones y ‘subversiones’ ocurridas en el sistema político, “las cuales podrían designarse vagamente mediante términos como iniciativa ciudadana, regionalismo, y acaso mediante el revalorizado concepto de patria”.

4. El autor señala que “los grupos son el ‘caso normal’ de la socialización humana”. Pero, “la concepción del grupo como ‘caso normal de la integración de los individuos en la comunidad y en la sociedad’ se ha visto desplazada progresivamente por un concepto de grupo procedente del campo de la resocialización o de la terapia” (pág. 37). Celebra, mediante un irónico comentario que se pueda estudiar los pequeños grupos, o las relaciones de carácter comunitario sin por eso recibir críticas ideológicas. Y agrega que tal vez así desaparezca la aversión de los sociólogos profesionales a estudiar estos temas, y no dejen este fenómeno social en manos de los técnicos en dinámicas de grupos y demás profesionales de la terapia.

5. Desde la perspectiva que llamó de resocialización, el grupo se convertiría para el individuo en un refugio para escapar o para resistir a las presiones de la sociedad y sus mecanismos de aislamiento o alienación. Cita un estudio de Helmut Schelsky, que dice “La insistencia en el pequeño grupo como envoltura social del hombre en la que éste

halla su identidad y conciencia de sí mismo, o en caso de perderlas, las recupera, se ha convertido en el mundo occidental en esperanza y doctrina de los educadores, desde el jardín de la infancia hasta la universidad... investigación, dinámica de grupos, trabajo en grupo, terapia de grupo, moral de grupo y entrenador de grupo son algunas de las muchas expresiones de un movimiento que cada vez más se extiende de manera más acrítica ente los intelectuales influidos por las ciencias sociales” (pág. 38).

Esta apreciación de Schäfers, si bien originada en otro investigador, parece clave en más un sentido. El estudio de Schelsky –hay varias menciones a ese autor en el libro– parece entroncar, de alguna manera, con las perspectivas críticas a las corrientes grupales. Desde los institucionalistas, a autores diversos, como Donzelot, Guattari, Lacan, Jesús Ibáñez y un largo etcétera, referido a Europa. Si pensamos en los investigadores en América Latina, con mayor razón. La cuestión en discusión: se trata de una crítica al ‘grupismo’, que querría cambiar el mundo, o hacerlo más soportable – lo que es casi lo mismo– desde una posición apolítica, sin organización, sin ideología, etc. Se trata de un cambio colectivo, promovido por los pequeños grupos.

Las posibles tendencias de la sociología de grupo.

Schäfers intenta dar cuenta de las diversas tendencias que existen en la sociología de grupo (a fines de los años setenta) de la manera siguiente:

- “Abandono de la perspectiva tendente al aislamiento teórico y empírico a que había llegado la teoría de grupos conducida por una parte de la investigación sobre pequeños grupos.
- “Abandono de la perspectiva exclusivamente terapéutica en que había incurrido el fenómeno de los grupos sociales durante las dos últimas décadas.
- “Aplicación al grupo social de los más recientes avances de la teoría sociológica, sobre todo de la teoría de sistemas (pág. 39).

Con cierto sesgo en la lectura (dos ‘noes’, un ‘sí’...) el autor indica sin embargo con claridad cuestiones con las que se puede acordar. Señalan incluso algo de lo propuesto en el sentido de dos momentos en la historia de las prácticas grupales. Es verdad que su lectura en cuanto al ‘pronóstico’, a lo que sucederá, parece un tanto reduccionista, si bien no se puede plantear que no sea una posibilidad real.

Una noción fundamental: los grupos primarios.

En su artículo dedicado específicamente al tema, Schäfers aborda dos cuestiones: la definición y la evolución de la categoría de grupo primario, un concepto fundamental para toda sociología de grupos. Su primera referencia será Cooley: “Charles Horton Cooley (1884-1929), sociólogo y psicólogo americano, introdujo el término grupo primario, que se constituyó como la “determinación conceptual y analítica de grupo más conocida hasta hoy” (pág.75)

Como en otras teorías y conceptos, no se trata de un “invento” –puntualiza Schäfers– sino de la conceptualización de conocimientos ya existentes acerca de determinadas realidades. Como precursores de Cooley, se mencionan: 1) Ferdinand Tönnies (relaciones de carácter “comunitario” contrapuestas con las de carácter “societario); 2) Georg Simmel (actuación e importancia de los pequeños grupos); 3) Frédéric Le Play (análisis de la familia, importante en la naciente sociedad industrial y urbana); y 4) el omnipresente Emile Durkheim (1858-1917) (análisis de las causas de suicidio, de los efectos de la división del trabajo, donde se refería a la importancia de los ‘groupes secondaires’ para la estabilidad del individuo y como ‘mediación’ entre individuo y sociedad. Schäfers cita a Durkheim, en su texto “De la división del trabajo social”: “Una nación sólo puede existir si entre el estado y los individuos se introduce toda una serie de grupos secundarios lo suficientemente familiares a los individuos como para unirlos fuertemente a su esfera de acción y (al mismo tiempo) adiestrarlos para la vida social. Nosotros mostraremos que los grupos profesionales son capaces de desempeñar ese papel” (pág. 75). Se observa que la noción de grupo secundario no coincide con la que su utilizó posteriormente; Durkheim enfatiza más en un tipo de grupo más cercano al primario. El autor agrega, en la lista de antecedentes a la formulación de Cooley, a Fourier (1772-1837) y a Comte (1798-1857), así como a los primeros teóricos del anarquismo.

La primera definición de grupo primario aparece en la obra “Social Organization. A Study of the larger Mind” (1909). En su obra póstuma, publicada conjuntamente con Angell y Carr “Introductory Sociology” (1933) hay una elaboración posterior del concepto. Un capítulo de la obra de 1909, está dedica a los grupos primarios.

Y Schäfers recurre al texto de Cooley, mediante un larga cita que transcribimos: “Por grupos primarios entiendo aquellos que se caracterizan por una cooperación y unas

relaciones corporales estrechas y directas (*face to face association*). Son primarios en varios sentidos, pero principalmente porque intervienen de un modo fundamental en la formación de la naturaleza social y de los ideales sociales del individuo. El resultado de tan estrecha relación es –desde un punto de vista psicológico– una cierta fusión de individualidades en un todo colectivo de tal manera que el propio yo se identifica con la vida y los objetivos comunes del grupo, al menos con muchos de ellos. Tal vez la forma más sencilla de describir a esta comunidad sea decir que (el grupo) se convierte en un “nosotros”. Constituye una forma de simpatía y de identificación mutua de las que el “nosotros” es la expresión natural. Uno vive con la sensación de comunidad, y hace de ella el principal objetivo de sus esfuerzos.

“Los principales ámbitos –pero en modo alguno los únicos– donde se dan esta relación y cooperación tan estrecha son la familia, el grupo de juegos de los niños y el vecindario o la comunidad rural (*community group*). Todos ellos son prácticamente universales, han existido en todas las épocas y estadios de desarrollo. Son por lo tanto, el fundamento de todo lo que se considera universal en la naturaleza y en los ideales humanos

“Los grupos primarios lo son porque proporcionan al individuo la primera y más amplia experiencia del todo social y también porque no cambian en la misma medida en que lo hacen otras relaciones más complejas. Constituyen, por el contrario, una fuente (*source*) comparativamente permanente de la que brotan dichas relaciones. Los grupos primarios no son independientes de la sociedad y reflejan hasta cierto punto su espíritu, así, la familia y la escuela alemanas –aunque de modo distinto– llevan un poco el sello del militarismo alemán (1909; B.S.)... Estos grupos son, no sólo para el individuo, sino también para las instituciones sociales, el manantial de donde surge la vida. Está configurados por determinadas tradiciones, pero en su mayor parte son la expresión de una naturaleza universal...” (Cooley, 1909, cit. en Schäfers, 1980, pág. 76-77).

Una definición en toda la regla. La riqueza del texto casi exime prácticamente de cualquier aclaración... Hay ahí muchos elementos que se plantean, aún hoy, sobre los grupos. Casi puede afirmarse que poco más se ha dicho, desde las perspectivas sociológicas o psicosociológicas al uso. Diferente parece ser el caso de la perspectiva psicoanalítica, aunque habría que contrastarlo con rigor, pues tampoco es tan evidente. En todo caso, en la idea de grupo primario de Cooley hay ya sugerencias acerca de temas estrictamente psicoanalíticos: problemática de la identificación, de los ideales

(ideal del yo), fantasías de fusión, configuraciones imaginarias, etc. Parece que vale la pena apoyarse en este texto, y ‘hacerlo trabajar’...

Siempre en base al propio Cooley (esta vez mediante la obra de 1933), Schäfers presenta una lista de las características definitorias del grupo primario. Y puntualiza que Cooley parte de que las ideas de los hombres acerca de la libertad, el amor o la justicia no proceden de sistemas filosóficos o de instituciones sociales, sino del horizonte de experiencias de los grupos primarios. De esta forma, Cooley habría aportado algunos elementos a la teoría de la socialización, de la identidad y de la personalidad (si bien esto es dicho con reservas), así como a la teoría del interaccionismo simbólico. Dicha teoría, si bien se remonta a G.H. Mead, encontraría en Cooley a uno de sus principales predecesores. En el texto de Mead “Mind, Self and Society” –argumenta Schäfers– se alude una y otra vez a la importancia del grupo pero no se adopta ni emplea sistemática la categoría de grupo primario; aunque puede leerse allí: “el individuo sólo obtiene su identidad en relación con las identidades de los demás miembros de su grupo social”.

Complejidad del concepto de grupo primario.

Schäfers pasa revista a las dificultades de la utilización práctica del concepto, pues sus características no son fácilmente evaluables en todos los casos. Y menciona que se han realizado diversas ‘redefiniciones’ del mismo. En 1933, sus principales valedores reducían sus características a cinco puntos: asociación face-to-face; asociación no especializada; relativa duración; reducido número de miembros; relativa intimidad entre los miembros; y en esa misma obra (Cooley, Angell y Carr), se afirmaba que el grupo primario puede tener “entre dos y cincuenta o sesenta personas”.⁴⁶

Otras investigaciones en la línea de los grupos primarios.

Schäfers enuncia a partir de aquí un largo recorrido donde encuentra diversos modos en que el concepto de grupo primario estuvo presente –y en algunos casos parece haber sido la noción principal, sea de forma explícita o no–. Esta es la mención realizada por el autor:

⁴⁶ Nuevamente, la cuestión de la cantidad de participantes en el pequeño grupo es una cuestión difícil. Puede verse en el texto de Jesús Ibáñez (1979) sobre el grupo de discusión un minucioso análisis de las diversas posibilidades numéricas de un pequeño grupo, en base a argumentos derivados de la teoría de la comunicación.

1) A partir de Cooley y también de George Herbert Mead y la escuela de sociología de Chicago se realizaron importantes estudios acerca de la influencia de los grupos primarios y de la situación social concreta en que se desenvuelve su acción sobre el individuo. La escuela de sociología de Chicago impulsó la investigación sociológica de una forma sostenida y a la vez rigurosa, allí se creó la primera cátedra de sociología, en 1892; la perspectiva de la “ecología social” surgió también en ese contexto, al igual que la revista “The American Journal of Sociology”.

– Los trabajos realizados por William Isaac Thomas (1863-1947) y Florian Znaniecki (1882-1958), con su estudio “El campesino polaco en América”, publicado entre 1918 y 1921 mostraron la gran influencia que ejercía la disolución de las relaciones primarias entre los emigrantes; analizan las dificultades del paso de una sociedad preindustrial (la polaca) a una industrial (la americana).

– Robert E. Park (1864-1944), uno de los principales especialistas en sociología urbana y ecología social, investigó la influencia del proceso de urbanización sobre los grupos primarios, en especial sobre la familia.

– F.M. Trasher, discípulo de Park, descubrió (alrededor de 1927) un grupo primario nuevo: el “gang”, la pandilla de adolescentes. La pandilla basa su estabilidad en el comportamiento desviado, las normas subculturales y las especiales cualidades del líder; se trataba de un análisis sobre las conductas delictivas. Hacia esa época también se descubrieron otra clase de grupos, los “peers”, grupos de compañeros de la misma edad; se llegó a afirmar que la familia, la escuela y los peers son los que ejercen mayor influencia en la formación de la personalidad.

2) Jacob L. Moreno (1892-1974) también se cuenta entre quienes han contribuido al desarrollo del concepto de grupo primario, según Schäfers. Moreno era médico y psicólogo; desde los años 20 se dedicó con auténtico celo misionero a estudiar la importancia de la composición y cohesión interna de los grupos primarios para los procesos terapéuticos y de socialización. Dichos procesos son más favorables cuanto mayor es el “campo de acción” de que dispone el grupo para organizarse a sí mismo. Entre otros métodos, Moreno descubrió el “test sociométrico”, utilizado para modificar las estructuras y procesos de grupo.

En este caso, Schäfers parece no estar muy de acuerdo con las propuestas de Moreno. Remite al lector, para ver en detalle el teatro improvisado, el sociodrama y el psicodrama, al texto de Pontalis “Después de Freud”, un texto muy crítico con Moreno.

3) Schäfers alude a una serie de derivaciones que podríamos “intervenciones institucionales”, con una categoría actual. En realidad, puede verse que dicha categoría deriva, justamente, de las investigaciones que se reseñan: las aplicaciones de los conocimientos sobre pequeños grupos en diversas situaciones sociales.

Puede señalarse que si las primeras investigaciones sobre grupos se realizaban desde el punto de vista de indagar sobre las dimensiones comunitarias, las que continuaron se referían ya a las organizaciones. Como se ha visto anteriormente, serían los estudios en la fábrica Hawthorne de la General Electric de Chicago donde se realizarían investigaciones que originariamente tenían por objeto la racionalización de los procesos de trabajo en el sentido del taylorismo, y que finalmente permitieron el descubrimiento del “grupo informal”.

4) A partir de aquí se puede suponer un ‘cambio de etapa’, es decir, un cambio fundamental en cuanto a la orientación y al alcance de las investigaciones sobre grupos. Se trataría ya de la extensión generalizada del nuevo instrumento de investigación e intervención: “La siguiente etapa en el desarrollo y aplicación del concepto originario podría designarse como: la importancia del grupo primario en el ejército, en la guerra y en tiempos de necesidad y de quiebra de los grupos secundarios” (p. 84).

Schäfers hace referencia a una investigación empírica relacionada en la Alemania de la posguerra, por Helmut Schelsky, en 1953. “En esa investigación de la familia de la postguerra., Schelsky llega, entre otras, a la conclusión ‘de que la estabilidad y la cohesión de la familia ha aumentado en todos los estratos de la población independientemente de su situación específica’. Schelsky ve en ello un ‘proceso normal’, que se repite siempre que los grupos secundarios, los ‘sistemas sociales’, se desintegran o no son capaces de cumplir plenamente su función” (pág. 84-85). Interesante acotación, sobre todo si se tiene en cuenta la previsible destrucción del tejido social en la Alemania posterior a la derrota del nazismo.

5) Por último, el artículo se refiere a un aspecto que Schäfers considera “problemático y extremadamente complejo” relativo a la formación de nuevos grupos primarios: los “grupos de resocialización”. Schäfers cree que “resulta prácticamente

imposible afirmar si la “proliferación” de estos grupos se debe a que los “grupos primarios originarios” son incapaces de cumplir sus funciones de socialización e integración o se ven amenazados en su estabilidad o bien a que el tratamiento científico de los problemas sociales y psíquicos ha hecho a éstos susceptibles de ser resueltos mediante la terapia de grupo. Como tantas veces en el terreno de lo social, también aquí hay que partir de interdependencias e influencias recíprocas. El espectro de los grupos de resocialización es extremadamente amplio, abarcando desde la resocialización de jóvenes delincuentes hasta los grupos de deshabitación, de autoanálisis y de adiestramiento de la sensibilidad” (pág. 86). A diferencia de los grupos primarios, relativamente independientes de los cambios sociales, este tipo de grupos surgen a consecuencia de cierto cambio social acelerado y pondrían de manifiesto sus “costes”. Cita a otro autor (Dunphy, 1972) que dice que “los grupos de resocialización representan un ‘mecanismo social’ cada vez más institucionalizado, perfeccionado y eficaz, llegando a constituir una ‘característica’ (permanent feature) de nuestra sociedad” (pág. 86).

Las prácticas grupales no referidas a intervenciones institucionales, lo que puede denominarse ‘grupos de resocialización’ han ido cubriendo, efectivamente, un campo de la práctica social cada vez más extensa. Y esa ubicación en el entramado vincular constituye un aspecto fundamental, debido a sus implicaciones. Será abordado extensamente, más adelante, en este mismo capítulo.

En una suerte de pronóstico, Schäfers afirma que “la posición de estos grupos [grupos de resocialización] dentro de las grandes organizaciones irá ganando en importancia, ya que, de una parte, asumen la socialización de acuerdo con los intereses de la institución –piénsese en los grupos de trabajo y en los grupos políticos en el ámbito universitario– y de otra, consiguen que estas formaciones sociales se muestren más abiertas a las necesidades sociales y psíquicas de sus miembros” (pág. 86). En el artículo anterior –recuerda el mismo autor– ya hizo mención a la crítica a la exageración e ideologización de los grupos sociales como “refugio del yo”.

¿Una nueva concepción de la categoría de grupo primario?

Tal es la propuesta del autor cuyas consideraciones estamos considerando extensamente. Cabe una puntualización, para situar la propuesta del autor: todas, o casi todas las categorías sobre grupos han ido cambiando, tanto en su formulación

conceptual, como en los fenómenos empíricos a que se refieren. Si bien esto corresponde a un proceso general de cualquier disciplina o saber, quizá en el caso de las perspectivas grupales sea especialmente veloz y extendido.

En primer lugar, y para fundamentar su postura, Schäfers describe la ampliación del aspecto empírico a que se refiere el concepto de grupo primario, extendido bastante más que en época de Cooley. Así, Schäfers menciona que otro investigador, Dunphy (1972) “amplía los ejemplos citados por Cooley: la familia, el grupo de juegos y la comunidad de vecinos con los siguientes:

- ‘peer groups’ de niños, adolescentes y adultos. Aquí se incluye también a las bandas delincuentes y a algunos pequeños grupos de la élite política.
- grupos informales dentro de las organizaciones, como las clases en la escuela, los grupos de trabajo en la fábrica y los pequeños grupos en el ámbito militar y eclesiástico.
- grupos de resocialización, dedicados a la terapia, a la rehabilitación y al autoanálisis” (pág. 86).

Puede señalarse que esta rápida mención a los ‘nuevos’ o ‘recién llegados’ grupos primarios mantiene una relación con lo que se ha llamado fenómenos “psi”, en otro contexto teórico e ideológico; también “terapias para normales”, etc. Esta última perspectiva, si bien no utiliza las categorías de los textos comentados, ha realizado un análisis crítico muy riguroso acerca del ‘destino’ de toda esta ‘grupalidad’ flotante. También la cuestión del “trabajo en equipo” puede ser un ejemplo de esta proliferación de métodos grupales.⁴⁷

Hacia el final de su artículo, Schäfers se refiere a la ‘tesis del contrapeso’ – contrapeso que representan los grupos primarios frente a ciertos fenómenos sociales, como el anonimato, el aislamiento, la especialización–. Señala el supuesto que subyace en cuanto a la sociedad o a la “estructura de los grupos secundarios”, en tanto juicio negativo. Y si bien esa perspectiva parece heredera de algunas tesis anarquistas,

⁴⁷ Existe una amplia bibliografía referida a esos nuevos ámbitos de aplicación de los métodos grupales, como puede verse en la bibliografía utilizada en este trabajo.

En cuanto a lo elaborado por nosotros, puede verse: Buzzaqui, 1982, 1984a, 1984b, 1991a, 1991b, 1993d; Buzzaqui, Irazábal y Lorenzo, 1984; Buzzaqui, Lorenzo e Irazábal, 1984; Buzzaqui y Duro, 1992.

Schäfers intenta recuperar parte de esas ideas señalando el carácter para nada ingenuo de las mismas y la propuesta de organización social que conllevaban.

En un intento de unificar a toda costa, Schäfers termina mostrando su acuerdo... con uno de los representantes del análisis institucional, Lapassade, cuando éste se refiere a la “dependencia mutua entre el *grupo* como ‘nivel de ‘base’ y de la vida cotidiana’, las *organizaciones*, ‘un grupo de grupos regulado a su vez por nuevas normas’ y las *instituciones* como nivel de determinación social global” (Schäfers, pág. 88). La referencia al texto de Lapassade, “Grupos, organizaciones e instituciones” (1967) intenta apoyarse en la simpatía demostrada por éste hacia algunas tesis anarquistas, punto que parece poner en contacto ambas líneas argumentales, entre Lapassade y Schäfers, al menos a juicio de este último. Así, dice que el autor francés “señala cómo Charles Fourier (1772-1837), posiblemente el primer teórico que partiendo de la organización del trabajo y del pequeño colectivo (falange) esbozó el plan de una sociedad socialista, mantenía una actitud ‘profundamente directiva’ y ‘no quería dejar nada a la improvisación’ (Lapassade, 1967, cit. en Schäfers, pág. 89).

Como cierre de su artículo Schäfers agrega una significativa nota referida a Fourier y el ‘utopismo: “hay que llamar la atención sobre el hecho de que numerosos utopistas y planificadores sociales concebían las unidades sociales de un tamaño que les permitiese realizar todas las funciones, pero sin perder la intimidad ni abandonar el modelo fundamental de comunidad (ni los controles sociales). Por citar sólo dos ejemplos, Fourier situaba el tamaño de su falansterio entre las dos mil y las tres mil personas, igual que el posterior planificador norteamericano, Clarence A. Perry (neighborhood-unit-plan 1929). En estos casos habría que aplicar, entre otras, las teorías relativas a los grandes grupos” (Schäfers, pág. 89).

Nos hemos extendido algo en las coincidencias de planteamientos que el autor alemán encuentra con el francés. Aunque ambos son sociólogos, parece evidente que sus sistemas de referencia son muy diversos. Sus posibles coincidencias en la evaluación de las prácticas grupales y su desarrollo futuro, pueden ser comprensibles si tenemos en cuenta la hipótesis de que el campo grupal ha sufrido una transformación sustancial. De ahí que se puedan encontrar analogías entre autores que a la vez postulan modelos y teorías tan diferentes.

Los inicios de la psicoterapia de grupo.

Diversos autores coinciden en afirmar que la psicoterapia de grupo, es decir la utilización del grupo con fines terapéuticos comenzó a principios de siglo.⁴⁸

Fue iniciada por Pratt, hacia 1905, quien trabajó con pacientes tuberculosos. Realizaba conferencias (a las que asistían 50 o más pacientes) sobre cuestiones relativas a la tuberculosis e invitaba a los pacientes a participar en la discusión sobre las mismas; aquellos que mostraran mayor interés en las actividades colectivas del hospital, o quienes participaban en las clases mediante preguntas, o mejoraban de sus síntomas, eran colocados (sentados) cerca del expositor, frente a aquellos que no progresaban. Así Pratt reconocía y gratificaba a aquellos que cumplían con las exigencias impuestas. Poco tiempo después su técnica comenzaría a extenderse rápidamente.

Lo novedoso que introdujo Pratt fue el uso sistemático de las emociones producidas colectivamente con objetivos terapéuticos. Su técnica tenía dos apoyos: por un lado, activa en forma controlada la aparición de sentimientos de rivalidad, emulación y solidaridad en el grupo y por otro coloca al terapeuta en un papel de figura paternal idealizada. Es decir, dependencia afectiva con el líder, emulación y competencia entre los enfermos. Se estimula la identificación del paciente con el médico. Este buscará ser un “buen paciente” para acceder al ‘premio’ de la cercanía al terapeuta. Este método ha sido denominado como parte de las “terapias exhortativas paternas que actúan ‘por’ el grupo”, indicando con la preposición “por” que provocan y utilizan las emociones en el grupo aunque sin tratar de comprenderlas (Grinberg, Langer y Rodrigué, 1957, pág. 28).

A partir de estas primeras experiencias, o primera ‘corriente’ se derivarían otras, que si bien actúan ‘por’ el grupo se apoyan en los sentimientos entre iguales: las “terapias que actúan “por” el grupo con estructura fraternal”. Si bien la perspectiva es similar a la anterior: producir y canalizar emociones en grupos solidarios, hay una diferencia importante en cuanto al papel del terapeuta o líder. Aquí se tratará de

⁴⁸ Son innumerables las referencias a los diversos modelos y técnicas de psicoterapia de grupo. Sus semejanzas y diferencias son, en ocasiones sutiles, en otros evidentes. Sólo expondremos aquí una mínima referencia que permita situar algunos de los múltiples problemas a que apuntan. El objetivo del tema, por otra parte, no es sino puntualizar elementos que permitan delimitar aquello que se ha denominado el “campo grupal”. Por otra parte, algunas de las perspectivas mencionadas aquí, serán abordadas, en diferente extensión, en los siguientes capítulos de este trabajo.

Para la exposición del tema, hemos utilizado los textos de: Grinberg, Langer y Rodrigué, 1957, 1959; Slavson, 1976; Romero, 1987.

estimular una fraternidad sólida, y a la vez, una disminución en cuanto a la idealización del terapeuta. El ejemplo más claro de esta línea es el “Alcohólicos Anónimos”, organización iniciada hacia 1935, en los EE.UU. El supuesto terapéutico reside en la idea de que un ex alcohólico puede influir más eficazmente que cualquiera en otro alcohólico. Este último puede identificarse con el primero (que ha logrado superar la adicción); a su vez, el ex alcohólico se gratifica al poder “rescatar” al paciente, lo que posee efectos sublimatorios considerables. La eficacia de esta perspectiva ha sido comprobada fehacientemente. El grupo tiene reuniones periódicas, donde se discute y hablan cuestiones relacionadas con la adicción; no hay ningún líder que no sea “uno de nosotros”. La técnica descansa en mitigar los sentimientos de rivalidad y envidia, y en promover diversas identificaciones que conducen a la curación. Diversos terapeutas comenzaron a utilizar este enfoque (Marsh, Wender, Low), donde el énfasis no se pone tanto en la actuación del terapeuta, sino en la creación del “nosotros” grupal. Surgieron derivaciones y extensiones amplias de esta forma de utilización terapéutica del grupo, que enfatizan en el “grupo de iguales” (un ejemplo puede ser la creación de asociaciones de ex enfermos mentales que desarrollan actividades en relación con el propio hospital o las familias de los nuevos pacientes).

También hay que considerar las propuestas psicodramáticas de Moreno entre estas corrientes iniciales de la psicoterapia de grupo. De ubicación compleja, algunos autores creen encontrar elementos similares entre el psicodrama y las “terapias ‘por el grupo’ con carácter fraternal”, habida cuenta de que se trata de un instrumento mucho más sofisticado. Aducen, para ello, en que en el psicodrama se dramatizan los conflictos psicológicos del paciente con la ayuda de un “yo auxiliar” y se realiza un libre intercambio de papeles. Pero se deja de lado el papel del líder (terapeuta), que es fundamental en el psicodrama. No se trata de tener en cuenta la propia visión de Moreno sobre sí propia obra (de carácter mesiánico), sino por razones del propio procedimiento grupal: es el terapeuta quien ‘conduce’ el tratamiento, quien propone las escenas (aunque no exclusivamente), etc. En este sentido, se acerca a la primera perspectiva, denominada como “terapia exhortativa ‘por’ el grupo”.

En esta suerte de clasificación cronológica de las técnicas de grupo, y en el conjunto de terapias no psicoanalíticas parece fundamental el eje en que se aborda el proceso de curación. Antes de abordar las corrientes de terapia de grupo psicoanalíticas, una breve síntesis: las dos grandes corrientes de psicoterapia grupal que se han descrito

poseen una raíz común, que consiste en “lo que menos denominado actuación ‘por’ las emociones del grupo, sin tratar de comprender su naturaleza ni modificar la estructura que subyace a las mismas. En líneas generales, tienden a estimular lo que popularmente se designa como “buenos sentimientos” del grupo. Secundariamente, ambas corrientes se bifurcan en lo que respecta al papel del líder. La primera busca la identificación de los pacientes por la idealización con un líder de tipo paternal –deístico; la segunda, por el contrario tiende a formar gremios o fraternidades, aboliendo en lo posible todo liderazgo” (Grinberg y otros, 1957, pág. 29).

Las psicoterapias de grupo que han tenido mayor difusión son aquellas que se han inspirado, de diversa forma, en el psicoanálisis. Entre las experiencias iniciales de esta perspectiva hay que mencionar los trabajos de Schilder y Slavson. Sus aportaciones continúan, aún hoy, siendo influyentes, pues plantearon cuestiones fundamentales tanto referidas al psicoanálisis como a la terapia de grupo.

En primer lugar, destaca el hecho de que estos pioneros, a diferencia de los anteriores, colocan a la “interpretación” como eje de su intervención; la interpretación es utilizada como instrumento capaz de producir la comprensión y la posterior modificación de diversos procesos psíquicos (que en las técnicas anteriormente nombradas quedaban sin explicación suficiente).

Ahora bien, la interpretación psicoanalítica siempre va dirigida a un sujeto, al paciente. En el caso del grupo la cuestión se plantearía así: a quién interpretar? Esta cuestión se resolvió de diversa manera. Destaquemos un elemento: un intento de resolver esto consistió en la propia conformación del grupo: así, se buscó la homogeneización del grupo (pacientes similares en cuanto a edad, sexo, patología, etc.), la rigurosidad en la selección de los pacientes (esto con diversos criterios, según los terapeutas: pacientes “incompatibles” con otros, gravedad o no de los síntomas), etc. Un recurso adicional que se utilizó es estimular a los participantes a que se refieran a un tema o cuestión, y dirigir hacia esa dirección las ‘interpretaciones’ a uno de los pacientes, en la creencia que en la medida que se alude a problemas y conflictos similares, los efectos de esas interpretaciones redundarían en beneficio de los demás. Tal es –de forma resumida, y que no logra evitar su simplificación– lo que se ha denominado como “terapia interpretativa individual ‘en’ el grupo”.

Hemos hecho referencia a los aporte de Schilder y Slavson. Realizaremos unas breves consideraciones sobre sus aportes, antes de continuar con otras corrientes de psicoterapia de grupo.

Paul Schilder es considerado uno de los pioneros de la psicoterapia psicoanalítica de grupos. De formación enciclopédica, sus preocupaciones por los conflictos sociales le llevaron a extender la terapia psicoanalítica al campo de los grupos. Realiza un considerable esfuerzo por unir perspectivas diferentes, pero no logra una integración clara. Y ya en el campo de la psicoterapia de grupo no pudo llegar a concebir al grupo como un todo.

Considera las terapia individual y colectiva como complementarias; prescribe ambas, conjuntamente: el mismo terapeuta ve a los pacientes individualmente y en el grupo. Su enfoque es psicoanalítico. Centra el proceso en la obtención del “insight”, al que define como la habilidad de ver las estructuras del mundo real y actuar de acuerdo con dicho mundo. Y el insight se obtiene por diversos medios: el análisis de sueños, la asociación libre, y la discusión de la ideología de los pacientes. También introduce temas en forma dirigida en las sesiones de grupo; elabora cuestionarios sobre diversos problemas que se incluyen en el tratamiento. Las discusiones de los problemas planteados por los cuestionarios permiten aclarar la ideología de los pacientes y hacerles conocer su “plan de vida”. Al comprender los errores en su concepción del mundo, los pacientes transforman sus conductas.

Define las ideologías como “ideas y connotaciones que los seres humanos exigen a fin de tener una mejor orientación para sus acciones. Cada nación, clase y familia tiene su ideología especial. En cada país domina la ideología de la clase dirigente que intenta amoldar los niños rápidamente a ésta”. Las ideologías tienen una parte consciente y otra inconsciente; muchas personas albergan, sin que sean conscientes, ideologías en conflicto. De este modo, –según Schilder–, hay ideologías neuróticas, fantasías en conflicto con la realidad, etc. Esas ideologías provienen de las experiencias infantiles y se arraigan en el inconsciente. Su discusión permite modificar los prejuicios, se aclaran las ideas erróneas, etc.⁴⁹ El terapeuta no puede permanecer ajeno, también debe revelar su ideología en el seno del grupo, y justificarla.

⁴⁹ Estas consideraciones de Schilder parecen haber tenido cierta influencia en Pichon-Rivière, quien comenzaría sus primeras experiencias grupales en base a las técnicas del mismo Schilder. Uno de los

Se dice que sus resultados clínicos eran buenos. Puede suponerse que se debían a su personalidad, a la catarsis obtenida y a la solidaridad entre los miembros del grupo, más que a la fecundidad de sus apreciaciones psicoanalíticas aplicadas a los grupos. Si bien Schilder rechaza cualquier terapia sugestiva porque aumenta la dependencia del paciente en lugar de disolverla, su técnica no evita idealización. La dirección de las discusiones, la exposición de sus propias opiniones, son elementos que no pueden sino fomentar la dependencia. Por otra parte, tampoco tuvo en cuenta diversas dificultades derivadas del hecho de que fuera él mismo quien analizara pacientes simultáneamente en grupo y en terapia individual. Eso le llevaría a disociar sus roles como terapeuta individual y grupal; además, su conocimiento particular de cada paciente distorsiona su escucha en el grupo, que por otra parte no puede ser integrado con su proceso diferente. La categorización de las técnicas implementadas por Schilder como psicoterapia psicoanalítica ‘en’ grupo parece justificada.

Otro de los pioneros en la psicoterapia de grupo es Slavson. Este considera que una terapia de grupo es analítica cuando tanto su contenido como su método son similares a los derivados del psicoanálisis. Y justifica su criterio al hacer uso de la transferencia, la catarsis, la interpretación de los contenidos latentes y el análisis de los sueños para provocar el “insight”. A pesar de esa aceptación de principios básicos de la terapia psicoanalítica, se ha señalado el carácter estático de su propuesta. Su análisis de la transferencia, por ejemplo, es reduccionista: afirma que a diferencia de la psicoterapia individual, en que la transferencia es sólo parental, y excluye otras proyecciones, en el caso del grupo eso se amplía: así el grupo representará a la madre, mientras el terapeuta representa al padre y el grupo a los hermanos. Es clara la esquematización y fragmentación del proceso terapéutico. También puede verse que se trata de una psicoterapia “en” grupo.

En esta rápida mención a los inicios y primeros desarrollos de la psicoterapia de grupo ocupará un lugar importante el realizado en Inglaterra, en la Tavistock Clinic. Influidos por los alcances que se preveía a partir de algunos de los aportes de Lewin, intentaron la aplicación de las ideas de Freud a diversos campos, entre ellos los grupos. La Tavistock desarrolló diversas investigaciones y entre sus primeros trabajos figuraban psicoanalistas que serían considerados fundamentales en el desarrollo de la psicoterapia

conceptos fundamentales en la elaboración de Pichon lo constituye el “esquema conceptual referencial y

psicoanalítica de grupo: Bion, Foulkes y Ezriel. Fue especialmente importante la influencia de Bion en el contexto de la psicoterapia de grupo desarrollada en Argentina.

En el texto ya comentado de Grinberg, Langer y Rodríguez (1957), un clásico de la literatura psicoanalítica dedicada a los grupos, se menciona la “técnica interpretativa ‘de’ grupo” como aquella que resuelve diversas dificultades que aparecían en las técnicas anteriores. Y se enfatiza en el hecho de que se considera al grupo como fenómeno central y punto de partida de cualquier interpretación. Se concibe al grupo como una totalidad y a la conducta de cualquier participante en estrecha relación con lo que sucede en el seno del grupo: “Sólo con un planteo que toma al grupo como una gestalt entramos en el terreno de la microsociología. Aquí se considera el campo multipersonal como un fenómeno digno de ser estudiado por sí mismo. Es una psicoterapia ‘del’ grupo y no del individuo ‘en’ el grupo, o de los pacientes ‘por’ el grupo” (pág. 32). En este caso, se considera que la situación transferencial en el grupo está dada por la interacción de la totalidad de sus participantes; la transferencia será considerada de forma múltiple.

Esta perspectiva constituye con claridad, una parte considerable de lo que se ha denominado “escuela argentina” de psicoterapia de grupo. En el primer texto dedicado específicamente al tema, de 1957, se dice: “¿Cuál es nuestra diferencia fundamental con los psicoterapeutas de grupo no psicoanalíticos? Mientras éstos consideran al grupo como una suma de individuos que se tratan simultánea pero aisladamente, nosotros lo concebimos como un integración de distintos elementos que constituyen una totalidad gestáltica. Por eso denominamos a nuestra técnica psicoterapia “del” grupo, diferenciándola de aquellos que interpretan al individuo “en” el grupo como una entidad aislada y de los que actúan “por” el grupo manejando las emociones colectivas sin interpretarlas” (pág. 213) . También los autores se ocupan de establecer sus puntos de acuerdo y de diferencia con otras perspectivas psicoanalíticas como Bion, Foulkes y Ezriel.⁵⁰

operativo” (ECRO), que parece tener ciertas similitudes con la noción de ideología en Schilder.

⁵⁰ Un texto ilustrativo de los comienzos de la “escuela argentina” de psicoterapia de grupos lo constituye el conjunto de artículos compilado por los mismos autores mencionados, Grinberg, Langer y Rodríguez, en 1959, “El grupo psicológico en la terapéutica, enseñanza e investigación”. Una veintena de autores abordan, desde aspectos técnicos de la psicoterapia del grupo hasta aplicaciones clínicas, de aprendizaje y en algunos contextos de investigación.

Para concluir, y hay que tener en cuenta que se trata de un texto pleno de consideraciones técnicas, los autores afirman, luego de afirmar su creencia en la complementariedad entre sus enfoques y los autores ingleses mencionados:

“Si con todo, nos animamos a hablar de una “escuela de Buenos Aires” de psicoterapia del grupo, la definiremos por los siguientes puntos: a) Interpretamos al grupo como un todo al señalar el clima emocional con sus oscilaciones y las fantasías subyacentes. b) Interpretamos en función de roles, por considerar que éstos están en función de una situación o de un sentimiento común al grupo. c) Interpretamos la actitud y las fantasías del grupo hacia una persona –ya sea ésta un participante del grupo o no– y hacia el terapeuta. d) Interpretamos en términos de subgrupos como partes complementarias de un todo, como índice de desintegración de ese todo y como dramatización de las fantasías inconscientes. e) Interpretamos en función del ‘aquí y ahora’, cuyo campo está configurado por la interacción y sobreposición de las creencias y actitudes de cada uno de los integrantes hacia el grupo como una totalidad, hacia los otros miembros y hacia el terapeuta... Finalmente, a través de nuestra actitud interpretativa, asumimos plena y conscientemente nuestro rol de analista ‘del’ grupo” (Grinberg y otros, 1957, pág. 215).

En Argentina los inicios de la psicoterapia de grupo se inician algo antes de los años 50. Hacia 1947 Enrique Pichon-Rivière iniciaría sus trabajos con grupos con diversos pacientes, utilizando inicialmente las técnicas de Schilder. Poco después, comenzaría con sus propias elaboraciones sobre esas experiencias grupales, lo que le conduciría a la creación del modelo grupal de los “grupos operativos” y a la propuesta de una psicología social de orientación psicoanalítica. También en esos años, otro psiquiatra, Krapft comenzaba a trabajar con psicoterapias grupales, donde participaban, entre otros, Morgan, Resnik y Usandivaras.

También el psicodrama tuvo una rápida difusión, si bien con importantes diferencias respecto de sus inicios morenianos: se consolidaría una corriente de psicodrama psicoanalítico, a través de Rojas Bermúdez, Eduardo Pavlovsky, Carlos Martínez Bouquet y Fidel Moccio.

Hemos mencionado a Pichon-Rivière como uno de los pioneros en la psicoterapia de grupo en Argentina. Considerado como un maestro de diversas generaciones de psiquiatras y de psicoanalistas, su participación en la configuración de la “escuela argentina” de grupos fue fundamental. Junto a Pichon-Rivière trabajaría José Bleger que extendería a otros ámbitos las propuestas de su maestro. A partir de aquí, las

prácticas grupales en Argentina se extendieron de forma amplísima; sería vano intentar resumir en unos pocos nombres o renglones todo ese conjunto de experiencias.⁵¹

Para finalizar este apartado, cabe una aclaración: diversas cuestiones que son importantes en un proceso grupal, y que aparecen aquí más o menos explícitas, serán abordadas a lo largo del trabajo. Basta, entonces, estas menciones a las terapias psicoanalíticas de grupo como referencias contextuales en relación con la propuesta de los “grupos operativos” de Pichon-Rivière.

⁵¹ Un temprano artículo con los datos iniciales: Grinberg y otros, 1961.

Capítulo 2. LA DEMANDA SOCIAL QUE PROPICIA LA DINAMICA DE GRUPOS.

Para avanzar en esta aproximación a lo que hemos denominado el ‘campo grupal’, realizaremos algunas observaciones críticas a lo expuesto hasta aquí, y como hemos dicho, utilizaremos diversos textos, que son, a su vez, exponentes de lo que hemos denominado como segundo momento epistémico. Para el abordaje general del tema nos basaremos en la exposición que se hace en el texto “El análisis institucional” (Lourau, 1970), un consistente y riguroso estudio realizado desde una perspectiva de sociología del conocimiento.

Este autor considera que “la psicología nació del cruce de numerosas disciplinas ya formadas o en curso de formación, tales como la psicología social, el psicoanálisis, la psicopedagogía, la terapia, la sociología de las organizaciones, etc.” (pág. 191).

Puede afirmarse –señala Lourau– que los conocimientos que tienen como objeto al grupo tienen como uno de sus puntos de origen la imperiosa llamada proveniente de un sector de la práctica social norteamericana en los años 20: la demanda y requerimiento empresarial, expandida hasta límites impensables pocos años antes (expansión de la industria, grandes organizaciones, producción en masa, etc.)

Con anterioridad a que tal demanda se hiciera efectiva, ya había comenzado a generarse ese nuevo dominio del conocimiento (Tarde, Mc Dougall, Le Bon, incluso los primeros trabajos de Moreno). Sin embargo, “hasta la actualidad, la demanda social cumple, en la evaluación de las posibilidades y los resultados de la psicología –en la legitimación científica– una función por lo menos tan importante como el del corpus teórico, cuya existencia llegan a poner en duda ciertos epistemólogos”(Lourau, 1970, pág. 191).

Hay que destacar la acción eficaz de estas “condiciones de origen” que se ha llegado a constituir en una suerte de “marca de fábrica”, y que se mantiene operante –en

sus horizontes ideológicos– en algunas propuestas teóricas y en algunos dispositivos técnicos.

Por otra parte, también estas condiciones de origen –a lo que se suma su vigencia en algunas perspectivas grupales– constituyen el soporte de una de las principales objeciones, tanto ideológica como teórica, a las prácticas grupales. Objeción que se sostiene en la idea de que “nunca se cortaron amarras con ese origen” –según las perspectivas que se muestran críticas con ese origen–.⁵²

2.1. Demanda y encargo (o requerimiento).

De acuerdo al autor, es necesario precisar tanto la demanda social que originó ese recorte disciplinar (que tiene como objeto al pequeño grupo) así como el contexto (referencias ideológicas, teóricas, etc.) en el que se ha constituido. El supuesto fundamental que se utiliza es entonces el siguiente:

- un conocimiento surge como respuesta a la demanda proveniente de la práctica social.
- desde el inicio hasta la actualidad (el texto es del 70) es tan importante la demanda por los grupos como su propio corpus teórico (que incluso es puesto en duda).

Es decir: el conocimiento sobre grupos (con el nombre que se le quiera dar: psicología social del pequeño grupo, psicosociología, microsociología, etc.) se traduce fundamentalmente en una práctica, donde la demanda por los grupos es tanto o más importante que su corpus teórico. Esa demanda por los grupos se especifica en diversos encargos (o requerimientos): investigaciones “aplicadas”, terapia, formación, intervenciones institucionales, etc.

⁵² Serán múltiples las perspectivas que sostienen esta tesis: Guattari, Pontalis, Castel, Ibáñez, y también: Bauleo, De Brasi, Saidón, Barembliitt, Scherzer, Romero, Fernández, etc. Puede verse una diversidad de aproximaciones que relatan diversas intervenciones grupales en la misma tesitura, en el Boletín del Centre International de Recherches en Psychologie Groupale et Sociale (CIR).

La demanda social.

El concepto de demanda (o demanda social) ha sido utilizado por diversos psicoanalistas, sociólogos (de la educación, especialmente) y epistemólogos⁵³, “para designar un elemento esencial en el funcionamiento de los grupos: el conjunto de los factores que actúan sobre el deseo, con vistas a velarlo y develarlo en un lenguaje. La dimensión colectiva es, junto con la dimensión del lenguaje, propia de la demanda” (Lourau, 1970, pág. 192).

Esa demanda, definida en los términos anteriores, puede referirse tanto a un pequeño grupo como a una situación colectiva más amplia.⁵⁴ La demanda por los grupos se refiere al nivel global de la misma: “Es precisamente –señala Lourau– el nivel global de la demanda lo que entra en juego cuando se trata de definir los vínculos entre la aparición de una disciplina nueva y las ‘necesidades’ de la sociedad”. Y advierte en discriminar entre un uso preciso del término y su uso ‘estimativo’. Por ejemplo, decir que “este país necesita cincuenta mil investigadores” o “hay demasiadas listas de espera en los hospitales” es una estimación técnica o ideológica, pero es necesario un análisis de la demanda social en sus términos concretos y precisos.

El autor precisa: “se debe distinguir entre su uso como concepto operativo en el análisis de grupo, y su uso como concepto propio de una sociología del conocimiento. El estudio de la demanda social constituye el nivel más descriptivo, casi etnográfico, previo a todo análisis institucional aplicado a un gran conjunto (por ejemplo, una institución de investigación) o a una teoría de conjunto (por ejemplo, la informática, o...la psicología)” (pág. 192).

Se han establecido diversas especificaciones acerca de la demanda, en un intento de diferenciarla de las “estrategias de las necesidades y de las previsiones”. Y Lourau se

⁵³ Los autores referidos por Lourau son Tosquelles, Passeron y Herbert. Puede señalarse que se trata de un concepto que fue utilizado progresivamente en diversas perspectivas psicoanalíticas (lacanianas, grupalistas, etc.). Progresivamente ha sido un término que se ha extendido, y es corriente entre los practicantes de grupo e intervenciones institucionales de diverso cuño.

⁵⁴ La noción de demanda ha sido frecuentemente utilizado para designar aquellas dimensiones que están ‘ocultas’ o no manifiestas en diversos procesos. A través de frases como: “además de lo que alguien pide o solicita, qué más quiere”, “qué hay debajo de ese pedido manifiesto?”, “lo que se quiere, lo que se busca, no se alcanza (la demanda estará en relación con la carencia o falta esencial al sujeto)”, etc. Quizá el uso más difundido del término consiste en referirse a pedido (manifiesto) y demanda (latente), si bien es una reducción y empobrecimiento del alcance del concepto. También un uso ‘vulgarizado’ del concepto es asimilarlo a lo que se ha dado en llamar ‘necesidades sociales’ en ciertos contextos de investigadores de la sociología y la psicología social.

refiere a la diferenciación establecida por Passeron, entre demanda social y demanda técnica.⁵⁵ Considera que esta distinción tiene valor en la medida que intenta una definición rigurosa de la demanda, “definición liberada de la escoria ideológica y empírica que la rodea, aun en el espíritu de quienes poseen en el más alto grado la información y el derecho de decisión respecto del futuro” (son los años 70, y las críticas eran claras y directas..., en este caso al establishment administrativo). Pero su inconveniente es que “separa la práctica técnica de las demás prácticas sociales, y recuerda la distinción entre ciencia y ciencia aplicada, cuyas debilidades son bien conocidas. Como todas las definiciones basadas en un supuesto racional [de racionalidad?], la referente a la demanda técnica confunde la intención de racionalidad con el proceso real de evaluación y de realización de los objetivos técnicos, tan ligados a las práctica política y a todas las variables incontrolables de la práctica social que ni siquiera los países mejor equipados, los más avanzados en ‘elaboración concertada’, logran todavía analizar correctamente su propia demanda técnica” (pág. 193). El espíritu polémico de estas consideraciones evidencia uno de los interlocutores imaginarios de ese momento, para este exponente de una sociología (o una psicociología) crítica: las burocracias, la tecnoestructura, el gobierno de la administración, etc.

Otros teóricos (como Herbert y Lourau mismo) diferencian entre demanda social y requerimiento (o pedido), subrayando de esta manera una variable que ya no es tecnológica, sino política –como explicita el mismo autor–.

a. La *demanda social* se define fuera de la técnica, como la *carencia* o desproporción existente entre el estado de las relaciones sociales en un momento dado y el estado de la producción; constituye el signo de que las relaciones sociales –materia prima siempre ya-ahí– deben ser transformadas perpetuamente.

b. El *requerimiento social* es la segunda faz de la demanda; significa que ‘la demanda que emana de las relaciones sociales determina *de una sola vez* no sólo la producción del objeto, sino también la manera en que será consumido, de modo tal que puede decirse: las condiciones de existencia del producto técnico son también su destino’”.

⁵⁵ “Passeron separa de esta manera: a. La *demanda social* propiamente dicha (en educación), ‘función del elemento del nivel de vida y del cambio de actitudes ante la escuela, en las diversas capas sociales’. b. Y la *demanda técnica*, del mercado de trabajo ‘función de la política de crecimiento elegida, y de innovaciones técnicas imprevisibles más allá de un plazo muy corto’” (pág. 193).

Y agrega que considera más útil la distinción propuesta por Herbert “ya que no aísla un aspecto falsamente racional de la demanda (su ‘tecnicidad’: en realidad su ideología tecnicista) sino su aspecto constitutivo de la práctica social; dicho de otro modo, el aspecto político (y no técnico) del ordenamiento de las relaciones sociales. Por lo tanto, utilizaremos la terminología de Herbert en cuanto se refiere al análisis de la demanda social como factor constitutivo de la teoría de los grupos (en tanto práctica social técnica, y en tanto sistema de referencia o esbozo de elaboración teórica)” (pág. 194).

Por último, otra aproximación al concepto, según el mismo Lourau: “En términos marxistas, se podría definir también la demanda social como la distancia que existe en todo momento entre el estado de las fuerzas productivas y las instituciones del modo de producción. O, de manera más descriptiva, como el proceso de socialización ligado al proceso de producción” (pág. 194). Esta especificación aparece como nota a pie de página, quizá porque el autor la considere una aclaración al concepto. Sin embargo, parece fundamental.

En resumen, se plantea la demanda en relación con el deseo, y en ese sentido la demanda siempre aludirá a una carencia; sus referencias están constituidas por las hipótesis psicoanalíticas. Por el lado de la lectura marxista indicará la carencia o desproporción entre las relaciones sociales y la producción. Parece tratarse de un concepto que intenta dar cuenta de dimensiones colectivas e individuales; alude, a la vez, a procesos que pueden ser analizados en su dimensión colectiva o singular. Por otra parte, se realiza una distinción fundamental entre demanda y encargo.

Esta descripción extensa de la noción de demanda social obedece al hecho de que muchos de los investigadores que se han referido a las prácticas grupales desde una posición crítica parecen utilizar la noción en una forma similar a la expuesta. Es verdad que el concepto mantiene una relación estrecha con conceptualizaciones psicoanalíticas, lo cual implica que su uso debe ser realizado de forma precisa. Así, además de los investigadores europeos –en general en relación con el estructuralismo–, este conjunto de nociones es utilizado por diversos integrantes de lo que se ha denominado “escuela argentina de grupos” (que se extiende a diversos autores latinoamericanos), y en general investigadores inscriptos en las perspectivas menos ‘tecnicistas’ y más atentas a los procesos sociales colectivos.

La demanda por los grupos.

En primer lugar Lourau realiza una distinción entre una psicología social general y una psicología de grupos o psicociología. La primera surge en las fronteras entre la sociología y la psicología prefreudiana, cuando la demanda social era aún poco formulable (pág. 194), en el período que va desde fines del siglo XIX a principios del XX.⁵⁶ Se trataría de la fase B de la evolución de las sociedades industriales en la clasificación que utiliza el autor.⁵⁷ Se trata de la fase de la racionalización. Se comienza a regular la producción (en todos sus aspectos: maquinaria, mano de obra, distribución, etc.). Será la época de la organización científica del trabajo, de la “dirección científica” (Taylor). Época del ingeniero-organizador y del trabajo en cadena, forma que fuera tan criticada desde la sociología como desde las corrientes estéticas (por ejemplo, Chaplin en “Tiempos Modernos”). Si en épocas anteriores el proceso de trabajo ponía a prueba la habilidad y capacidad del trabajador, los progresos de la industria (tanto como de la ciencia y la tecnología) tenderán a suprimir el *trabajo viviente*, proceso que fuera descrito magistralmente por Marx en sus “Fundamentos de la crítica de la economía política”. En este momento –según Lourau– ya comienza a perfilarse futuras confluencias entre industria y psicociología, ya fuesen socialistas reformistas, o antecesores de los tecnócratas como Taylor.

En la fase C (como se ha dicho, después y a partir de la crisis de los 30 e inmediatamente antes de la segunda guerra mundial) se producirá esta confluencia entre la psicociología de los pequeños grupos y una demanda imprecisa al inicio, pero que luego, y rápidamente, se constituye como “requerimiento social”. La evolución del sistema capitalista en los niveles económicos y tecnológicos fue precipitada por

⁵⁶ La psicociología surgiría entonces cuando esa demanda social se constituyera como encargo o requerimiento social. Más aún, puede considerarse parte de la respuesta a ese encargo social.

⁵⁷ Lourau utiliza una clasificación de la evolución de las sociedades industriales consistente en tres etapas, A, B y C. La fase A designa la etapa inicial de las transformaciones sociales producidas por la gran industria, la fase B la sociedad industrial, es decir, fines del siglo XIX y principio del XX, y la fase C, que comienza antes de la segunda guerra mundial, y sobre todo después de la crisis económica de la década del 30. Esta cronología sería válida para los EE.UU., mientras que países menos industrializados como Francia presentarían un retraso variable para cada fase, que puede llegar a los 20 años.

Hay que señalar que Lourau se mantiene en una línea de análisis muy cercana a Alain Touraine, crítico del estructural-funcionalismo sociológico y cuyos análisis de los conflictos sociales en las sociedades desarrolladas son ahora un clásico en la sociología. (Touraine, 1965).

A título anecdótico, puede señalarse que Touraine fue el primero en utilizar el término “implicación”, concepto que sería fundamental en las elaboraciones del “análisis institucional” emprendido posteriormente por Lourau, Lapassade, Guattari, Ardoino, etc.

diversos factores, aunque quizá el más decisivo haya sido la primera guerra mundial; la industria norteamericana se encargaría de realizar las mutaciones del sistema allí donde éste se encontraba más desarrollado: los Estados Unidos.

Llegado a este punto, el autor se ocupa de una sumaria descripción del contexto aludido: “Los inconvenientes o insuficiencias que el taylorismo creía poder solucionar mediante una racionalización cada vez más avanzada aparecerán como ‘disfunciones’ ligadas al ‘factor humano’. Donde se creía que el organigrama solucionaba todos los problemas, nacerá el interés por el sociograma. De lo dos aspectos indisolubles del proceso de trabajo (Marx había distinguido entre la relación material del individuo con la materia y la relación *social* de los individuos reunidos en el ‘trabajador colectivo’ de la empresa), se había descuidado el segundo. Donde Taylor, con su tranquila seguridad, veía una simple anomalía, fácil de corregir (por ejemplo, la ‘holgazanería’ de los obreros), se empieza a ver una respuesta que el obrero dirige a un sistema de relaciones sociales impersonales, frustrantes y contrarias a su buen rendimiento” (pág. 195). Y además: “Las primeras grandes intervenciones psicosociológicas, como la de Elton Mayo en la Western Electric Company, ponen de relieve esa carencia, ese vacío que caracteriza la presencia de una demanda social: los nuevos problemas ya no pueden ser resueltos mediante la práctica y las técnicas de racionalización; exigen la intervención de nuevos especialistas, profesionales en ciencias humanas”.

Aquí es donde surgirá la psicología de grupos: “Una nueva ‘ciencia’ recortará su objeto entre los materiales que ofrece el saber acumulado y ya delimitado. El nuevo deslindamiento nada tiene de epistemológico; por el contrario es muy ideológico, ya que se basa en la ideología pragmática de las ‘ciencias aplicadas’” (pág. 196).

La crisis económica del 30 repercutirá en la formación de la demanda tanto en materia de psicología como de sociología; las investigaciones sobre grupos irán interesando progresivamente a los sociólogos norteamericanos (donde se puede incluir desde Park hasta Merton): “En el marco de esta sociología del *New Deal* –señala Lourau–, la investigación teórica y las primeras experiencias sobre grupos se constituyen como respuesta técnica y teórica a una demanda política” (pág. 196).

Como puede verse, la claridad del análisis que realiza Lourau e meridiana; como resumen de lo expuesto, puede señalarse que:

- Desde una idea de la demanda social que se constituye posteriormente en requerimiento social, la psicociología se constituirá como respuesta a esa demanda originada en la gran industria, en las empresas, en el desarrollo del sistema capitalista.
- En tanto respuesta a esa demanda, o si se quiere, en la medida que las prácticas grupales (intervenciones, aunque también elaboraciones conceptuales) son respuesta a los requerimientos (encargos, pedidos) sociales, ese destino marcará su orientación y finalidades. Y esa circunstancia no sólo marcaría su ‘origen’ sino su propio valor de existencia, sus desarrollos, sus avances y retrocesos. Al menos en lo que hemos denominado el primer momento epistémico.

También algunas acotaciones interesantes (derivadas de su utilización de la noción de demanda) que no podemos abordar ahora, pero sí señalarlas: 1) la distinción entre ciencia básica y ciencia aplicada puesta en relación con los requerimientos sociales, y en consecuencia, el origen ideológico de esa distinción; 2) la relación estrecha entre profesionales e investigadores, que sobredetermina tanto la conceptualización como la intervención referida a los grupos; y 3) la fecundidad del concepto, que alude a dimensiones singulares y colectivas.

A partir de aquí, Lourau concentra su análisis de la demanda social en cuatro aspectos principales:

1) Al explicitar su acuerdo con las tesis de Herbert, el autor se refiere a la manera en que la teoría sociológica y psicológica han elaborado su respuesta a la “dominación social” (en la traducción dice ‘imposición’). Y afirma que: “Aislar el aspecto ‘humano’ o ‘social’ en el proceso laboral, es negarse a ver que las relaciones sociales, en la empresa como en todas partes, no son analizables de acuerdo con una matriz universal sino que, en tanto relaciones de producción, suponen una estructura económica ya-ahí. Es posible, sin duda, suscitar confianza, participación, motivaciones, etc., en el contexto de los grupos reales, pero esto se reduce a una operación ideológica mientras no se modifique la estructura de las relaciones de producción. Se comprende entonces que la ideología portadora de la teoría de los grupos haya debido aislar lo más posible una región de los imperativos técnicos, un cielo de las decisiones, un dominio reservado a la categoría social que, en la estructura de las relaciones de producción, ocupa el sitio reservado al poder (esta categoría ya no es la de los capitalistas, sino la de los directivos, de los ‘managers’ según Burnham, de la ‘tecnoestructura’, según Galbraith)” (pág. 196)

2) Por otra parte, la anomia (descrita por Marx y Durkheim) debía ser escotomizada por los especialistas en relaciones humanas: el modo de funcionamiento de la empresa se asemeja más al modelo autocrático que al democrático, no hay separación de poderes, no hay toma de decisiones por la base, etc. Y aunque fuera parte, parcialmente, de su “encargo”, ni la sociología ni la psicología podían (ni pueden...) resolver esa contradicción. En sus sectores más avanzados –afirma Lourau–, “ambas ven obligadas a comprobar la contradicción, recordando al mismo tiempo que, por el momento, la función del psicosociólogo no consiste en opinar sobre la estructura misma de la empresa” (pág. 197).⁵⁸

Si bien se trata de referencias a la psicología y sociología industriales (tal como fue en el inicio de los conocimientos sobre grupos, y hasta los años 40) puede extenderse a otros ámbitos ‘institucionales’.

3) El autor analiza el caso de Francia, y afirma que debido a su retraso económico, recién después de la segunda guerra mundial fue cuando surgió la psicología industrial para responder a la demanda social que, en el contexto europeo, se presentó a menudo como un requerimiento social. Y afirma que la demanda social se habría diversificado tanto como el requerimiento efectivo (se refiere a los años 70). Puede consignarse que posiblemente esa estimación sea también válida para Argentina, y quizá, pocos años después, para España.

En cuanto a la extensión y diversificación de la demanda, el autor señala que si bien la demanda es tan perceptible como antes, se ha diversificado tanto como el requerimiento efectivo. Y la demanda de formación surge de diversas instituciones, con modalidades propias de acuerdo a cuál de ellas se trate: “Es así como la demanda de formación, de ‘sensibilización a los fenómenos de grupo’ ya no emana solamente del personal jerárquico y de los responsables en el sector económico, sino que alcanza al

⁵⁸ Lourau realiza aquí una pertinente aproximación al “análisis institucional”, que transcribimos. Su interés reside en que muchos de sus supuestos serían considerados como imprescindibles en las intervenciones grupales posteriores a los años 70: “...la función del psicosociólogo no consiste en opinar sobre la estructura misma de la empresa. Esto significa que el análisis institucional le está vedado, si por ello no se entiende un análisis de los problemas interindividuales y grupales en la empresa, ni un análisis organizacional, sino un análisis de la estructura de las relaciones sociales, tal como esta es instituida por las finalidades económicas de la empresa y por el sistema institucional de la sociedad global” (1970, pág. 197). Un extenso abordaje desde puntos de vista cercanos puede verse en los textos colectivos siguientes: “La propuesta grupal” (Bauleo y otros, 1983); “El inconciente institucional” (Baremlitt, comp., 1983); “Grupos: Teoría e técnica” (Baremlitt y otros, 1982); “Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos

personal superior de la Administración Pública y a esos ‘prácticos’ de las relaciones humanas que son los funcionarios del Ejército, de la Iglesia y de la Universidad. Estas grandes instituciones tradicionales suelen esperar (es el caso de la última institución), para transformar la demanda en requerimiento, a que aquella haya adquirido cierta fuerza. En cambio, las instituciones económicas deseosas de rejuvenecer sus técnicas de dirección y de gestión, formulan a veces un requerimiento que se adelanta a la demanda, tanto individual como global: en los seminarios de formación suelen aparecer ingenieros que se preguntan para qué los han enviado allí...” (pág. 200).

La demanda tomará las dos formas ya conocidas en análisis como el que estamos exponiendo: formación e intervención. Lourau constata que “la demanda que ha cobrado mayor nitidez es una demanda de formación, en el sentido amplio e impreciso del término”. Algo diferente resulta de la propia detección y análisis de la demanda de intervención, debido a su ligazón más evidente con la dimensión política y de las decisiones: “En cambio, resulta difícil analizar la demanda de intervención en las instituciones o los círculos reales [círculos de poder?], en la medida en que esta se constituye en requerimiento antes aún de haber sido comprobada y analizada como demanda, y en que los organismos de intervención no hacen publicidad alguna sobre sus ‘requerimientos’” (pág. 200). En todo caso, Lourau cree detectar que “los clientes de la psicología son grandes empresas estatales o mixtas, industrias de avanzada muy recientes, o aun cadenas de grandes tiendas. Y no siempre se puede distinguir, en la respuesta que les ofrece la psicología, qué parte corresponde a los estudios de mercado, a las encuestas de opinión y a la intervención psicología propiamente dicha” (pág. 200).

4) “Una demanda sobre todo de ‘formación’, un requerimiento sobre todo de ‘intervención’”, tal es la tesis del autor en cuanto a la evolución y cambios de la demanda por los grupos en la Francia de los setenta; en el caso de España, quizá pueda hablarse de un proceso parecido una década después, a lo sumo.

e instituciones” (Fernández y De Brasi, comps., 1993); Revista “Lo Grupal”, 1983-1993; Boletines del CIR, 1982-1991.

2.2. Una crítica desde la epistemología.

La dinámica de grupos –y las diversas experiencias grupales que de ahí derivaron– fue vista con una actitud crítica por diversos investigadores e intelectuales marxistas; sin embargo, recién a mediados de los 60 se elaborarían esas críticas. Tal es el caso de Thomas Herbert, que realiza una crítica epistemológica utilizando un sistema de referencia althusseriano; su artículo se titula: “Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales y especialmente de la psicología social”, de 1966.

Herbert comienza por distinguir dos tipos de críticas para evaluar “el estatuto de una práctica que aspira a la jerarquía de ciencia, a fin de decidir acerca de su carácter lícito o ilícito”: la *crítica interna* y la *crítica externa*.

La primera, realizada por los expertos de la ciencia misma, y “que se ejerce con severa lucidez respecto de los mecanismos de una práctica científica, deja por fuerza intacto el horizonte teleológico con que esta práctica cuenta: la vigilancia del territorio sólo puede ejercerse con la condición de no suscitar problemas de fronteras...”; por lo tanto es descartada.

La segunda posibilidad de reflexión crítica sobre la ciencia, la crítica externa. “Su finalidad consiste en examinar la ciencia como horizonte teleológico, es decir, en su relación con el ‘resto’, con el ‘fondo del ser’ como irreflexivo precientífico. Necesitábase, por lo tanto, un estado neutral, capaz de juzgar los problemas fronterizos y vigilar a los vecinos demasiado expansivos o a aquellos a los que una crisis interior hace sospechosos de querer desencadenar un conflicto general, una ‘quiebra de la Razón’ [...] La filosofía, como saber supremo era indicadísima, y en rigor cumple con su misión de crítica externa de las ciencias con una conciencia y una puntualidad admirables”. Sin embargo –declara el autor–, esa posición es vana, pues aunque la filosofía reclame exterioridad y considere a las (o la) ciencias como una región a vigilar, se trata de una vana vigilancia, ya que en definitiva, “la filosofía no desempeña hoy por hoy –si es que alguna vez lo desempeñó– el papel de potencia soberana y neutral, sino que, por el contrario sus *intereses* están profundamente comprometidos en la batalla...” (Herbert, 1966a, pág. 43-44). De esta manera, ambas, la crítica interna y la externa son descartadas como aptas para evaluar las “ciencias sociales”.

Frente a esto, Herbert considera que “sólo la *nueva forma del trabajo* designada por Louis Althusser como trabajo de la Teoría, permite distinguir en dónde estábamos y en cierto modos seguimos estando”. Y apostilla, aduciendo que si el concepto de teoría tiene fundamento, la filosofía como estado neutral deja de ser: la crítica realizada a la filosofía quita valor a la distinción entre crítica interna y crítica externa.⁵⁹

Establecidos ya los presupuestos fundamentales, el autor enuncia los principales conceptos mediante los cuales analizará la situación de las ciencias sociales, y en particular, la que ocupa la psicología social. Se trata de las especificaciones del concepto de “práctica”: práctica, técnica, práctica política, práctica ideológica, práctica teórica, práctica social y práctica empírica. La práctica social designa al “conjunto complejo de prácticas en estado de indeterminación dentro de un todo social dado”.⁶⁰

Y esa red de determinaciones puede ser ubicada mediante la formulación de Marx referida al modo de producción, factor determinante de cualquier práctica social: “Sabemos que la práctica social de una sociedad determinada admite como factor determinante su *modo de producción*, vale decir, la compleja organización de las *fuerzas de producción* (instrumentos de producción y fuerzas productivas) y de las *relaciones de producción* (forma de las relaciones sociales entre los productores)”.

⁵⁹ “Nuestro trabajo consiste, de ahí, en analizar las especificaciones del “todo complejo” conflictual en el que las prácticas científicas –y por cierto que también la filosofía como práctica específica– se encuentran implicadas entre otras determinaciones teóricas y no teóricas cuyas junturas únicamente la Teoría puede permitir aprehender” (pág. 45).

⁶⁰ La definiciones del concepto de práctica y sus especificaciones:

– Práctica, en sentido general: “todo proceso de transformación de una materia prima dada en un producto determinado, transformación efectuada por un determinado trabajo humano utilizando medios determinados de producción”. Herbert toma la definición de Althusser (en “La revolución teórica de Marx”, 1963, 1ª ed. en castellano, 1967):

– práctica técnica: transformación de materias primas extraídas de la naturaleza –o producidas por una técnica previa– en productos técnicos por medio de determinados instrumentos de producción.

– práctica política: transformación de relaciones sociales dadas en nuevas relaciones sociales producidas por medio de instrumentos políticos.

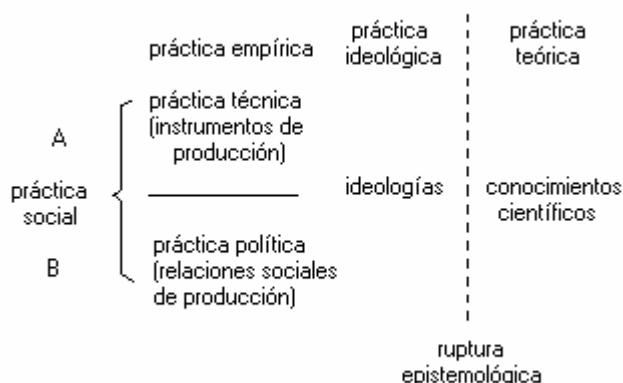
– práctica ideológica: transformación de una “conciencia” dada en una nueva “conciencia” producida por medio de una reflexión de la conciencia sobre sí misma.

– práctica teórica: transformación de un producto ideológico en conocimiento teórico por medio de un trabajo conceptual determinado. La desconexión que de la ideología lleva a cabo la teoría constituye la “ruptura epistemológica”.

– práctica social: el complejo conjunto de las prácticas en indeterminación dentro de un todo social dado.

– práctica empírica: la relación concreta entre la práctica técnica y la práctica política en una sociedad dada. “Vida concreta de los hombres” (Althusser), o “formas de existencia histórica de la individualidad”, conceptos aún no elaborados completamente (Herbert, 1966a, pág. 46-47).

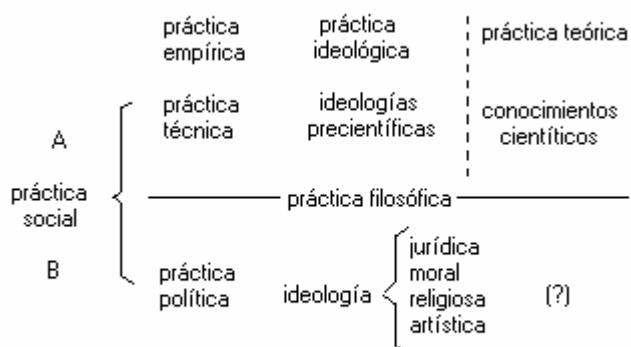
A partir de aquí Herbert intentará una representación espacial de las diversas prácticas, al objeto de ubicar las ciencias sociales. Para eso, el Cuadro 1:



En primer lugar, y en base a las definiciones anteriores ubica en dos líneas diferentes la práctica técnica y la práctica política dentro del todo complejo. Y establece diversas precisiones: a) si bien distingue espacialmente práctica empírica y práctica ideológica considera que ambas se hallan en continuidad y que no existe entre ellas ruptura determinante; b) separa la práctica ideológica de la práctica teórica mediante una línea de ruptura (la “ruptura epistemológica”), que se justifica en la medida en que efectivamente se producen conocimientos científicos; c) si bien hay conocimientos científicos en la línea A (el bloque horizontal superior), se pregunta qué sucede, o qué hay que registrar en B? Propone una distinción a nivel de la práctica ideológica, conforme a la existencia o no existencia de una línea de ruptura, productora de conocimientos.

Puede verse un desarrollo pormenorizado de estos conceptos también en Herbert, 1966b.

Esto le lleva a reformular el primer gráfico, con el fin de explicitar sobre la distinción en la ideología. Entonces, el Cuadro 2:



El autor señala que la línea de ruptura epistemológica se detiene al nivel de A. Y por otra parte, que ignora qué se sitúa en el lugar del (?) en el nivel B. Es evidente que las ciencias sociales (“con la forma organizada de la psicología, la sociología y la psicología social”) ocupan ese lugar, al menos de hecho. Puede suponerse que los conocimientos por ellas producidos efectúan una retrodeterminación sobre las relaciones sociales, con el mismo derecho con que la teoría física ha retrodeterminado la práctica técnica. Así, la línea de ruptura se ubicaría en el momento en que las ciencias sociales dejaron de ser “filosóficas” (“dejaron de proceder mediante una reflexión sintética aplicada a la subjetividad jurídica, moral, religiosa y artística”), mediante la aparición de la experimentación, cuantificación y los modelos, que signan esa ruptura y abren la época científica del objeto social. Ante todo esto Herbert es rotundo: afirma que esta es una cuestión, o mejor, un argumento de hecho y no de derecho.

La línea de ruptura epistemológica sólo concierne al nivel A. A nivel de esa ruptura, en el nivel B no se encuentran “conocimientos científicos”, sino un “vacío” que causa horror a la práctica social. Ese lugar es ocupado (de hecho, no de derecho) por las ciencias sociales (psicología, sociología, psicología social) que efectúan una “retrodeterminación sobre las relaciones sociales”, es decir, sobre la práctica política, al separarse de la filosofía y adoptar la experimentación, la cuantificación y los modelos.

Herbert se pregunta: “dado que las ‘ciencias sociales’ existen y tienen, hoy por hoy, ‘casa propia’, ¿por qué necesidad de la estructura histórica global existen?” (pág. 49). Y mediante una evocativa figura, señala que se trata de descifrar la diferencia entre

la impotencia de la alquimia y el poder de las ciencias sociales en materia de publicidad. En ambos casos se trata de prácticas ideológicas, lo que conlleva la necesidad de producir un concepto diferencial dentro de la esfera ideológica para dar cuenta de esas diferencias.

Para responder a esa pregunta (sobre la existencia de las ciencias sociales) Herbert propone la continuidad entre los contenidos ideológicos con la práctica técnica y con la práctica política. Entonces, el “secreto que rodea a la ideología” tendrá relación con las prácticas en su desarrollo y en las relaciones que mantienen entre sí. Se tratará pues, de interrogar a la práctica técnica y a la práctica política para tratar el estatuto de las ciencias sociales.

Desde este postulado acerca de la continuidad entre ideología y técnica, el autor afirma que “la ideología aparece primeramente como un subproducto de la *práctica técnica*”. La práctica técnica es definida por un conjunto de elementos: 1) la materia prima a que se aplica, 2) los instrumentos que utiliza, así como la forma de trabajo humano que éstos implican, y 3) el producto técnico obtenido.⁶¹

Y argumenta de la siguiente manera: “...la práctica técnica se efectúa con miras al producto, esto es, que la técnica posee una estructura teleológica externa: viene a satisfacer una necesidad, a salvar una falta, una demanda que se define al margen de la técnica misma. El sitio en que se define la falta que habrá de asignar su función a tal técnica en especial *no es* esta técnica, sino el todo organizado de la propia práctica social, vale decir, en primer término, el modo de producción tal como lo hemos definido”. Y continúa: “En otras palabras –y este punto está suficientemente claro, por lo que resultaría inútil insistir en él– las prácticas técnicas de la herrería artesanal *responden* a la demanda de una práctica social definida –la sociedad agrícola feudal–,

⁶¹ En este punto Lourau advierte de cierto reduccionismo que opera Herbert (y consecuentemente, Althusser mismo) al relegar el trabajo viviente del individuo –algo que en Marx ocupaba un lugar principal cuando define el “proceso de trabajo”– y considerarlo complemento de los instrumentos de producción. Así se oscurecerían las relaciones entre el proceso de trabajo en general y la práctica técnica en particular, algo que Marx delimitó cuidadosamente. Puede coincidir con esta opinión de Lourau, a condición de tener en cuenta que la exposición de Herbert no ha tomado como punto de partida el proceso de trabajo, sino los conceptos de práctica. En todo caso, el proceso de trabajo, referido a la práctica técnica, y más específicamente, el trabajo de los “practicantes”, investigadores, etc., que se ocupan de las ciencias sociales remite a otro tipo de cuestiones, a las que la perspectiva althusseriana ha dado pocas respuestas. Su énfasis en la delimitación entre ciencia e ideología, entre cabal y verdadera o falsa ciencia no evitó, entre los investigadores de esa corriente, ciertos deslizamientos a posiciones idealistas, tal como las que ellos mismos denunciaban. La separación que opera Althusser entre ciencia e ideología habría

de la misma manera que las de la metalurgia, en el sentido actual del término, responden a la demanda de la sociedad industrial” (pág. 50).

A partir de explicar que la demanda se define fuera de la técnica misma Herbert se aboca en demostrar que “la ley de la *respuesta* técnica a una *demanda* social es constitutiva de la práctica técnica” (pág. 50).⁶²

Luego define una “segunda ley” de la práctica técnica que se refiere a la forma en que actúa la práctica técnica: respuestas simuladas que luego son verificadas. Lo formula así: “La práctica técnica procede por preguntas, es decir, por respuestas simuladas que luego verifica. Así se desarrolla ‘espontáneamente’ mediante adecuación progresiva de sus instrumentos a lo ‘real’, esto es, a su campo práctico: toda respuesta es realista, en la medida en que provoca una respuesta de lo ‘real’ a sus preguntas. Designaremos con la expresión ‘realización de lo real’ la operación que la práctica técnica efectúa de tal manera dentro de su propio campo práctico” (pág. 52).

A partir del ejemplo de la alquimia, y como conclusión a la tesis de que la práctica técnica y la práctica ideológica se encuentran en continuidad (pertenecen al mismo proceso), Herbert afirma lo siguiente: “Hemos comprobado, en efecto, que la necesidad de responder a una demanda social induce a cada práctica técnica a plantearle sus propias preguntas a lo real, de tal manera que realiza su propio ‘real’ como un sistema coherente relativamente autónomo; basta, pues, que *en ciertas circunstancias* la demanda de la práctica social sea ‘rechazada’ [reprimida?], para que la práctica ideológica sobre fondo técnico pueda liberarse. La ‘realización de lo real’ puede entonces funcionar libremente en forma de una transformación ideológica de lo ‘real’ hallado por la práctica técnica, suministrando una medida de lo real primitivo gracias a un discurso que lo reduce a su imagen ideológica” (pág. 53).

oscurecido el análisis de las relaciones entre ciencia e ideología, entre práctica científica y práctica ideológica, lo cual no obsta, obviamente, para reducir el alcance de sus elaboraciones.

⁶² Herbert toma el ejemplo de la observación del cielo en su forma precientífica (egipcia y mesopotámica) para mostrar esta afirmación. Y explica que más que tener en cuenta la materia prima utilizada (el cielo visible) o los instrumentos utilizados (regletas de miras, clepsidras, el “polo”) hay que “comenzar por el fin”, es decir, por el producto. Ese producto no era un producto científico. Los astrónomos, hasta la ruptura epistemológica inherente al sistema de Galileo, producían productos técnicos (tablas astronómicas, calendarios, efemérides), que “eran la respuesta adecuada a una demanda surgida de la práctica social, a través de la compleja mediación de la religión y de la liturgia” (pág. 50-51). Un aspecto fundamental que se deriva de todo esto es que, en este inmenso período de la astronomía técnica la naturaleza del producto exigido era decisivo respecto a lo que se hacía, y también a los medios para hacerlo.

El autor ilustra todo este proceso mediante el ejemplo de la alquimia.⁶³ Y demuestra su carácter “inesencial” respecto de la práctica social: “esta observación final de la inesencialidad de la ideología técnica en estado libre frente a la práctica social es fundamental...” (pág. 55). Por el contrario, y como se verá más adelante, las “ciencias sociales” no son inesenciales, sino todo lo contrario.

Después de haber estudiado la continuidad (ausencia de ruptura epistemológica) entre la ideología y la técnica, Herbert expone la continuidad entre técnica y política. Y aquí distinguirá entre demanda y encargo (requerimiento, pedido).

Veamos el desarrollo del autor: “Acabamos de analizar la práctica técnica y los productos ideológicos que están en continuidad con ella. Queda por efectuar un trabajo análogo relativo a la práctica política, en la medida que ésta se relaciona con la práctica técnica mediante un complejo giro que el aspecto del modo de producción nos ha permitido distinguir: la práctica política tiene por objeto las relaciones sociales entre los hombres” (pág. 55).

Y aclara que es solamente por motivos expositivos que se ha hablado primero de práctica técnica y luego de práctica política, no porque ésta venga “después”. La cuestión de la determinación es fundamental, Herbert recurre a Marx: “La célebre frase de Marx sobre los molinos de agua es susceptible de dos lecturas ‘en espejo’ una con respecto a la otra: el molino de agua produce la sociedad feudal, la sociedad feudal exige el molino de agua”.

⁶³ El ejemplo de la “ideología alquímica”, le permite a Herbert afinar sus argumentos: “La práctica técnica de transformación de los elementos naturales tiene por función responder a demandas tales como la destilación (de perfumes y alcoholes), las mezclas y decantaciones (de emulsiones colorantes) y la fusión de metales. La realización técnica de lo ‘real’ químico fue efectivamente llevada a cabo por los expertos”. Así, se transmitían, de una generación a otra, los procedimientos operatorios; se organizó el contenido ideológico de la alquimia. Pero se desarrollaron dos tipos de discursos superpuestos (debido al uso del secreto en la transmisión): uno que mantenía la transmisión de los procedimientos ordinarios y otro que se transformaba en un conocimiento secreto (“ciencia secreta de lo Real químico expresada por símbolos criptográficos”). “Esta ‘ciencia’ –señala Herbert– sólo era, en rigor, una ideología técnica en estado libre: pasaba a ser ‘inesencial’ con respecto a la práctica social y planeaba como una nube por sobre lo real y las transformaciones que afectan a éste”. Y agrega una importante aclaración en cuanto a la ilusión ideológica y empirista: “Los verdaderos alquimistas sabían que únicamente la Tierra tiene el poder de realizar la Gran Obra y que el Hombre debe aguardar pacientemente, moderando su intrepidez. Hasta cuando esa ‘ciencia’ pretendía actuar, el Alquimista se ubicaba en realidad en el *punto de vista interpretativo*, el punto que ‘dice lo real’, que ‘ya y siempre’ habla para decir lo que es, como si lo real mismo hablase” (pág. 54-55). Como corolario a toda esta argumentación, y en referencia a las ideologías políticas, el autor apostilla: “... Un monarca *debía* tener en su corte juristas y sacerdotes, y *podía* tener un alquimista...”.

La indeterminación relativa tanto a la práctica técnica como a la práctica política parece clara: “Hemos dicho que las prácticas técnicas reciben demandas a las que suministran respuestas: en este punto la indeterminación es flagrante. En efecto, las prácticas técnicas están determinadas en la medida en que reciben una demanda, y son determinantes en la medida en que el abanico de las posibles respuestas que proponen posibilita la existencia de la demanda. Sería inútil buscar una prioridad en esto. La práctica política encuentra la *materia prima a transformar* con la forma de relaciones sociales ‘siempre ya ahí’; no tiene origen histórico determinable” (pág. 55).

Sin embargo, y a partir de la indeterminación de ambas prácticas (técnica y política), Herbert realiza diversas preguntas en cuanto a la misma especificación de práctica política en cuanto a su capacidad de transformación de las relaciones sociales: “Luego, si la práctica política produce relaciones sociales, ¿de qué índole es la transformación que permite describirla como una *práctica*? ¿Qué *instrumentos* se utilizan? ¿Qué diferencia hay entre la *materia prima* y el *producto político*? Presentimos que la respuesta a estas preguntas exigen analizar la demanda emanada de las relaciones sociales. Ahora, ¿qué hay del campo político como lugar donde se formula la demanda?” (pág. 55).

Es decir, se tratará de analizar la demanda emanada de las relaciones sociales. El primer elemento que apunta Herbert es que la demanda social existe y funciona “ya y siempre”, está “ya-ahí”.

El segundo aspecto de la demanda social, y que será fundamental –a juicio del autor– es el siguiente: “Aquí entrevemos un segundo aspecto de la demanda social, aspecto de notable importancia: producir (un producto técnico) es siempre producir para alguien; en otros términos, la demanda que emana de las relaciones sociales determina *de una sola vez* no sólo la producción del objeto, sino además la manera en que habrá de consumírsele, de modo que podemos decir que las condiciones de existencia del producto técnico son también su destino” (pág. 56).

La consideración del “discurso” como el instrumento de la política sirve a Herbert para formular su siguiente hipótesis, relativa a la reformulación de la demanda que realiza la política: “Si añadimos por otra parte que el instrumento de transformación de la práctica política es el *discurso*, el discurso como sistema articulado que remite a la práctica social compleja [...], se comprende que la práctica política tenga finalmente por función transformar las relaciones sociales al reformular la demanda social

(demanda y también encargo, en el doble sentido en que la entendemos de aquí en adelante) por medio de un discurso” (pág. 56).

La reformulación del “encargo social” constituye, por lo tanto, el objeto de la práctica política; Herbert tomará como ejemplo para ahondar en esa cuestión el caso del derecho (como región interna del campo político). A partir del mismo, concluirá con un señalamiento que ilustra cómo las ideologías correspondientes a esa demanda actualizada (el campo político y sus diversas ‘regiones’) se diferencia de las ideologías técnicas, recurriendo a una pertinente imagen: de nube a cemento. Afirma Herbert: “...es comprensible que tales ideologías no tengan en modo alguno el carácter fluctuante e inesencial de una *nube*, como las nubes que encontramos en la práctica técnica, sino la necesidad esencialmente ligamentosa de un *cemento* que mantiene al todo en su sitio. He aquí por qué los juristas y los canónigos son necesarios y por qué asimismo, los alquimistas sólo existen de una manera contingente en el mismo todo complejo dado” (pág. 57). Lourau agrega, además de los juristas y los canónigos, a... los psicólogos.

Los párrafos anteriores muestran la importancia (estratégica, dirá Herbert) en la práctica social de las realizaciones de las ciencias sociales, importancia que reside en que ellas también reformulan el encargo social. Pero quizá esta afirmación sea un tanto adelantada, continuemos con el desarrollo que hace Herbert.

A partir de una definición de la práctica política que podemos considerar muy estricta e incluso reduccionista⁶⁴, Herbert intenta delimitar la cuestión de la transformación del encargo, del encubrimiento del mismo para que la transformación no se produzca. Y mediante alusiones a conceptos provenientes del psicoanálisis (represión, rechazo, repudio, y toda esa serie conceptual) arribará a la crítica por una parte a la filosofía y por otra a las prácticas técnicas: “De un modo general, y salvo cuando logra conquistar un punto de vista en la práctica social –cuestionando a ésta tal como la teoría marxista les ha permitido hacerlo a algunos partidos revolucionarios–, la práctica política tiene la función de transformar las relaciones sociales dentro de la

⁶⁴ Hay que tener en cuenta que la idea sobre la política que esboza Herbert viene dada por una parte por el espíritu crítico de los años 60, y por otra parte, de una definición un tanto heurística de la misma práctica política. En todo caso, esta matización no disminuye el valor de la argumentación del autor.

práctica social de manera tal que la estructura global de ésta no se modifique. ¿Cómo dentro de la ideología misma puede ocurrir semejante ‘olvido’ [censura, represión, repudio, forclusión...] del encargo, necesario para el no cambio velado por el cambio aparente? Diremos que el lugar donde se olvida el encargo es la subjetividad filosófica” (pág. 58).

Así, la filosofía, en su carácter de práctica ideológica habría sido quien escamoteara las dimensiones fundamentales del encargo social. Luego de una minuciosa descripción de este proceso, Herbert afirma que: “Todas las filosofías de la conciencia y del sujeto (lo que *casi* es decir toda la filosofía, exceptuando a ciertos disidentes como Spinoza, Marx, Nietzsche y Freud) hallan en este punto su función ideológica, consistente en reprimir en el sujeto la realización irrealizable del encargo” (pág. 58).

Llegado a este punto Herbert puntualiza que las ‘ciencias sociales’ al contrario que la filosofía, hacen reaparecer el encargo social, si bien de una manera conflictiva: “Más adelante veremos que, desde este punto de vista, las ‘ciencias sociales’ han ‘metido la pata’ al hacer, torpemente, reaparecer el encargo y que tal es una de las razones del conflicto específico que las opone a la filosofía en su común terreno, el del encargo social y su propio olvido” (pág. 58).

El papel de las ciencias sociales en el conjunto de la práctica social.

A partir de las especificaciones realizadas sobre la práctica social (práctica técnica, ideológica y política), y de la reformulación del encargo social que de ella hace la práctica política Herbert considera haber “puesto en situación a los diferentes personajes de la Pieza que se representa en la gran escena de la práctica social”.

Para considerar el papel de las ciencias sociales el autor se ocupará del papel ocupado por la psicología social, habida cuenta que no se trata de una historia de la misma, sino un deslinde del nudo conflictual, a ella y a todas las “aliadas de la familia”.⁶⁵

⁶⁵ “Si la descripción que hemos dado de la práctica técnica, de la práctica política y de sus vicisitudes tiene fundamento, en adelante nos hallamos en condiciones de interpretar de manera conveniente el papel que las ‘las ciencias sociales’ entienden representar dentro del conjunto de la práctica social. Para ello hemos elegido a la psicología social como testigo principal, porque, entre otras consideraciones, esta

Para eso, realiza previamente algunas puntualizaciones en cuanto a la filosofía y su relación con el encargo social: Herbert considera que la filosofía ha inducido el olvido del encargo social, al proponer la “finitud del sujeto” en los términos en que lo ha hecho.⁶⁶ El resultado es que “el sujeto concreto pasa a ser expresión subjetiva del encargo”, y desde la imposibilidad que éste recubre, desde el vacío que configura a la demanda, tiene conciencia de su fin, pero no tiene medios para realizarlo.⁶⁷ Diferente será la situación de las ciencias sociales, las que lejos de “olvidar” (reprimir o rechazar) el encargo, lo hacen más visible.

Herbert indica que el enfoque realizado constituye un bosquejo de las “condiciones ideológicas” necesarias para el surgimiento de las “ciencias sociales”. Consciente de la existencia de condiciones diversas, además de las propiamente ideológicas, cree sin embargo que el análisis del modo de producción capitalista debería dar cuenta de las mismas. Y afirma que frente a la claudicación de la filosofía frente a la inercia del encargo social, surgieron los expertos que fueron perfilando diversas técnicas, a las que denomina “técnicas de exploración-transformación del encargo social” (consultas de opinión, estudios de actitudes, evaluación de necesidades, resistencia al cambio, etc.).⁶⁸

disciplina parece especialmente demostrativa respecto del problema. Destaquemos que no creemos, por supuesto, proporcionar una historia de la psicología social, sino tan sólo deslindar el nudo conflictual que la hace posible y que hace posible, juntamente con ella, a todas las ‘aliadas’ de la familia” (pág. 59).

⁶⁶ “La filosofía, en su carácter de práctica ideológica que reunifica de modo sistemático las capas superpuestas de la práctica política, ha podido inducir el olvido de lo que hemos llamado encargo social dentro de la *finitud del sujeto*” (pág. 59).

⁶⁷ “Se trata de la “subjetividad individual concreta” (con la forma de la existencia sartreana o del drama politzeriano, por ejemplo (la nómina no es limitativa; sólo se trata de proporcionar hitos). La importante transformación que ese filosofema introduce es la de que el sujeto, lejos de rechazar el encargo social en la Finitud a fin de hacer que se lo ignore, lo ‘da’ en cambio ‘a ver’ en esa finitud misma: el sujeto concreto pasa a ser expresión subjetiva del encargo. Los sujetos se convierten, así, en centros de perspectiva recíprocamente situados en la práctica social y colectivamente responsables de ésta en la medida en que contribuyen, en su totalidad, a darle forma. La actividad y la pasividad infinitas del sujeto existencial, o la dramática lucidez y la ceguera neurótica del sujeto politzeriano, se convierten, pues, en los dos rostros indisolubles de la subjetividad concreta. El sujeto, como origen y fin absoluto de él mismo, es siempre libre de reorganizar el encargo; pero la coexistencia de otras libertades absolutas fija el encargo en una inercia casi infinita. En otros términos, el sujeto tiene conciencia de su fin, pero no tiene medio alguno de realizarlo” (pág. 59-60).

⁶⁸ “El enfoque que acabamos de efectuar constituye un bosquejo de las condiciones ideológicas necesarias para el surgimiento de las ‘ciencias sociales’. Queda bien claro que tales condiciones no habrían sido suficientes sin la existencia de condiciones de otra índole y situadas en otra parte de la práctica social. La sobredeterminación histórica de las condiciones, que se parece a una trampa, no es en realidad otra cosa que el efecto del desarrollo histórico de la práctica social misma: justo en el momento en que la subjetividad concreta chocaba de frente con la inercia del encargo social, diversos ‘expertos’ surgían poco menos que por doquier en la superficie de la ideología política (en el sentido que hemos dado a este término) debido a razones que el análisis de las vicisitudes del modo de producción capitalista, incluido el

El desarrollo de estas “técnicas de exploración-transformación del encargo social ha sido gigantesco⁶⁹, en poco más de medio siglo. Por su parte, la ideología filosófica de la subjetividad concreta (representada, por ejemplo, por el existencialismo sartreano o el preexistencialismo marxista de Politzer) quedó apartada de este movimiento, más allá de lo que Herbert considera sus vanas protestas.⁷⁰

Herbert se muestra irónico al comprobar cómo la filosofía idealista por una parte y la práctica técnica empírica trabajan, pese a tener fines aparentemente distintos, con el mismo objeto, esto es, la subjetividad concreta como expresión del encargo social. Y agrega: “Por ambos lados el sujeto humano es lo que piensa, dice y hace. Pero superada la extrañeza, uno deja de asombrarse de que las ‘ciencias sociales’ en su forma actual, ya ‘clásica’ en la medida en que son objeto de una enseñanza, se presenten como una compleja maraña de técnicas ‘sin conciencia’ y de discursos escolásticos sobre la aprehensión de la existencia humana. Ya es, al parecer, tiempo de comprobar que la tecnocracia y la ideología filosófica no son más que los dos rostros de un mismo proceso que se presenta tan pronto por el ‘modo sufriente’ y tan pronto por el ‘modo triunfante’” (pág. 61).

Todos estos elementos le permiten una aproximación a las ciencias sociales, a las que adjudica las características de la indeterminación de una técnica y de una ideología atinente a las relaciones sociales. Si bien es una terminología que no incluye en este momento (lo hará posteriormente), se trataría de una práctica que en

‘despliegue nazi’, permitiría determinar. Aquellos expertos comenzaron a distinguir, entre un increíble farrago técnico-ideológico, diversas técnicas de medición y maniobra de esa misma inercia social, y con bastante rapidez hubo de advertirse que ésta se hallaba lejos de ser infinita. Tales técnicas, que podríamos llamar ‘técnicas de exploración-transformación del encargo social’ (citemos rápidamente las consultas de opiniones y actitudes, las escalas de evaluación de las necesidades subjetivas, del nivel de aspiración, de la tendencia al cambio, etc.) se entregaron a la tarea de importar herramientas prefabricadas de diversas prácticas científicas o técnicas, muy a menudo con el auxilio de la investigación universitaria. En este plano, los EE.UU. todavía aventajan a Europa” (pág. 60).

⁶⁹ “De allí pasaron rápidamente a solventar sus gastos y a producir en un día más oro que el que la Alquimia produjo durante siglos” (pág. 60).

⁷⁰ Hay que señalar que si bien Herbert se refiere tanto a la “existencia” sartreana como al “drama” politzeriano como ejemplos claros de esa subjetividad concreta, y los toma como base para su crítica filosófica son referencias filosóficas válidas en Francia y en su órbita cultural. Es distinto para los sistemas de referencia anglosajones. Esto indica la necesidad de matizar la rotundidad de algunos de los argumentos de Herbert. Y, como dice Lourau (pág. 207), la filosofía subjetivista y de la psicología concreta equivaldrían a los sistemas de referencia psicológicos anglosajones, aunque a costa de olvidar el importante lugar que ocupa, en la “subjetividad concreta” el pesimismo de la alienación y del drama, muy alejado del pragmatismo optimista anglosajón... Aunque, más allá de esas distinciones, creemos que la difusión y generalización de lo que Herbert ha denominado como “técnicas de exploración-transformación del encargo social” y su relación con los diversos sistemas de referencia “filosóficos” puede entenderse en el sentido que da su autor, más allá de las diferencias “locales”.

consecuencia no es científica, en el sentido que no han producido aún su “ruptura epistemológica”: “Si en adelante intentásemos –afirma Herbert– una definición del giro ‘ciencias sociales’, habría que decir que se trata, no de un simple técnica ni de una simple ideología, sino de la indeterminación de una técnica (importada de las técnicas de transformación de la materia, por lo menos en un primer momento) y de una ideología atinente a las relaciones sociales (objeto de la práctica política)” (pág. 61).

La demanda social y las “ciencias sociales”.

Consciente de las dificultades para una comprensión fácil del tema y las diversas consideraciones que realiza, Herbert realiza una especie de resumen, de resultados parciales de la argumentación:

a) “Las ‘ciencias sociales’ presentan todos los caracteres fundamentales que hemos destacado en la práctica social. Está muy claro que responden a una *demanda social*”.

Y el autor destaca aquí dos elementos fundamentales: por una parte, que esta demanda incumbe a la “exploración-transformación del encargo social”, como antes se ha expuesto, y por otra que la finalidad del encargo, es decir, el lugar de una exploración-transformación como la mencionada en el todo de la práctica social, no puede cuestionarse (pág. 62).

En cuanto a la ley de realización de lo real (y la ‘simulación’ de sus preguntas, la adecuación de las mismas, etc.) que la práctica técnica realiza, también Herbert considera claro que es el caso de las ciencias sociales: “... se hace presente el hecho de que la ley de ‘realización de lo real’ que hemos deslindado a propósito de la práctica técnica, se aplica a las ‘ciencias sociales’. Los instrumentos y los modelos, sean importados o nacidos en su lugar, tienen la función de plantear el problema repetitivo de la adecuación lograda. En sí mismos, los instrumentos son respuestas simuladas que ponen a prueba lo real psicosociológico de una manera a veces anárquica (trabajo por ensayo y error, comparable a la manera en que Edison inventó la lamparilla eléctrica, por ensayo de *todo lo que tenía a mano*) El uso de los ‘modelos’, en el sentido habitual en ciencias sociales es apenas diferente, ya que consiste, sobre todo, en una adecuada verificación mediante lo ‘real’ psicosociológico de una realización matemática de éste” (pág. 61-62).

b) Por otra parte, Herbert señala que si bien los instrumentos para evaluar los comportamientos concretos en interacción están relativamente fijados, los modelos ideológicos en uso son diversos: “Las ‘ciencias sociales’ se encuentran en la directa prolongación de las ideologías constituidas en contacto con la *práctica política*. El ejemplo de la “Psicología de grupos”, que tiende cada vez más a servir de núcleo ejemplar de la psicología social, bastará para convencernos de ello. El examen de la nada escasa literatura atinente a este problema lleva a observar que, si los instrumentos de evaluación de los ‘comportamientos concretos en interacción’ se hallan relativamente fijados, los modelos ideológicos de realización de lo real grupal son múltiples” (pág. 63).

Y el autor declara haber podido destacar cuatro de ellos:

– el modelo *biológico*: “consiste en aplicar al grupo la forma (ideologizada) del individuo organizado. Al nivel de su origen (matricial) el grupo no tiene conflicto con su medio. El hallazgo de lo real determina una reacción orgánica de inadaptación; el individuo grupal primeramente la experimentará y detectará, y luego, si sobrevive a ese encuentro, la ‘superará’, en el sentido hegeliano del término”.

– “los otros tres modelos de grupos no son más que una ‘aplicación’ del psicoanálisis, de las matemáticas y de la dialéctica sartreana a la misma *trayectoria grupal* ya descrita” (pág. 64).

Y apostilla: “El hecho de que un mismo objeto sea susceptible de *cuatro ‘interpretaciones’ de estructura idéntica* deja entrever su índole ideológica, y no hay que ir por cierto muy lejos para saber de qué se trata. Diremos que el *T-group* es la adecuada versión técnica de la ideología filosófica recién descrita”.

Esta ideología filosófica (‘representada’ por Sartre y Politzer en los ejemplos) es traducida así: 1) las relaciones sociales están constituidas por la interrelación de los puntos subjetivos (las “subjetividades”) y en su origen están adaptadas a sí mismas; 2) una alienación o caída viene a oscurecer esas relaciones; 3) es necesario que los “sujetos concretos” efectúen actos que permitan reinstaurar la transparencia y el regreso al origen.⁷¹

⁷¹ “1) Las relaciones sociales, constituidas por la interrelación de los puntos subjetivos, se hallan en su origen adaptadas a sí mismas; es la mítica Edad de Oro del encargo social en su transparente éter relacional: la Razón hecha Naturaleza”.

Cuando se aplica ese discurso a la organización de empresas y de administraciones, a la pedagogía o a la inadaptación social (psicoterapias, etc.) –afirma Herbert–, “en todos los casos se trata de transformar en apariencia el encargo social con el solo fin de cumplirlo mejor” (pág. 64).

Y Herbert puntualiza esta “transformación en apariencia del encargo social”, con su tesis central: se trata de aplicar una técnica a una ideología de las relaciones sociales. “En definitiva, diremos que ‘las ciencias sociales’ consisten, en su forma actual, en la aplicación de una técnica a una ideología de las relaciones sociales; el complejo conjunto en aplicación tiene por finalidad responder a la demanda social al realizar lo real psicosociológico con miras a una adaptación o readaptación de las relaciones sociales a la práctica social global, considerada como el invariante del sistema” (pág. 64-65).

La falta de estatuto científico de las ‘ciencias sociales’.

Una vez determinado el lugar que ocupa actualmente la práctica de las ‘ciencias sociales’ en el todo complejo, Herbert se aplicará a un intento de demostración de la falta de estatuto de práctica científica de las ‘ciencias sociales’ y a un esbozo de sus posibilidades⁷² (futuras).

El autor señala las dificultades a allanar:

- a) Las ‘ciencias sociales’ han aparecido en una coyuntura tal, que desde su nacimiento se les ha concedido estatuto científico; las ciencias naturales habrían servido de modelo y garantía. “El proyecto de trabajar con las ‘ciencias sociales’ para transformarlas en práctica científica es pues sospechoso desde un primer momento, y es dable esperar de las ‘ciencias sociales’ lo que ellas mismas llamarían una ‘resistencia al cambio’”.
- b) La manera en que la ideología de las ciencias sociales permite que se la encare es muy diferente de otras ideologías (como el pasaje de la alquimia a la química, por

2) Algo como una alienación o una caída viene entonces a oscurecer las relaciones sociales; el encargo se hace compulsión, la Naturaleza social se vuelve irracional y la Razón se evade de la Naturaleza.

3) Entonces es necesario que los ‘sujetos concretos’ lleven a cabo los actos que reinstaurando la transparencia relacional, efectúen el regreso al origen” (pág. 64).

⁷² “Acabamos de determinar el lugar que actualmente ocupa, según nosotros, la práctica de las ‘ciencias sociales’ en el todo complejo; lo que hemos dicho *da a entender* que no le otorgamos estatuto de práctica

ejemplo). Y Herbert se referirá a las ideologías surgidas (por “despegue”) de la técnica, que se presentan en estado libre, y que son ideologías inesenciales respecto del todo complejo. Por el contrario, las “ciencias sociales”, constituidas por la aplicación de prácticas técnicas a una ideología, reaseguran el conjunto de la práctica social al “cementar” el hiato. Así, cumplen una función primordial en el todo complejo, y su destrucción –o transformación– lo cuestiona (al todo complejo). Puede suponerse, entonces una resistencia a su transformación, lo que se pone en juego son las relaciones sociales. Y el autor concluye afirmando que las “ciencias sociales” tienen la forma de un discurso fragmentado, que tiene la coherencia de una neurosis y cumple una función determinante en todo el complejo (en la práctica social).⁷³

Tal es la forma en que Herbert se anticipa a la “resistencia al cambio” que vendría generado desde el propio ámbito de las ciencias sociales en cuanto se cuestiona su estatuto de científicidad, y es precisada su colocación dentro de las prácticas ideológicas (técnicas, políticas, etc.).

Una delimitación primordial que efectúa el autor se refiere a la “realidad” a la que se refiere la ciencia, a la “realidad” de su objeto: “Ya subrayadas las dificultades propias del terreno, ahora podemos retomar el análisis de la ‘práctica científica’ en general, sin dejar de tener a la vista el hecho de que la ‘realidad’ que una ciencia se aplica a transformar –la ‘materia prima’ de su práctica– no es lo real tal cual lo determina, tal cual lo realiza la ideología, sino la ideología misma, la paradójica unidad del discurso hecho jirones [el discurso fragmentado]” (pág. 66). Herbert intenta precisar esa relación de la ciencia con ‘lo real’: “Toda práctica científica se desarrolla, por

científica. *Falta demostrarlo*, no negándole posibilidades, como Kant condenó la psicología racional, sino procurando esbozar posibilidades nuevas a la luz de lo que hemos aprendido en el camino” (pág. 65).

⁷³ “Mientras las ideologías surgidas por ‘despegue’ de una práctica técnica (por ejemplo, la alquimia) se presentan en estado libre, y en ese sentido son ideologías inesenciales respecto del todo complejo, las ‘ciencias sociales’ se hallan constituidas, como se ha visto, por la aplicación de prácticas técnicas a una ideología, cuyo complejo reasegura el conjunto de la práctica social al ‘cementar’ el hiato. En una palabra, las ideologías de tipo A [según la clasificación del autor, las ideologías del tipo A corresponden a ideologías derivadas de la práctica técnica, las del tipo B corresponden a ideologías derivadas de la práctica política] son inesenciales respecto del todo complejo; su destrucción no cuestiona a éste de una manera inmediata: simplemente encontramos, pues, una resistencia local de la ideología en cuestión, que intenta *hacerse pasar* por ciencia. En cambio, una ideología de tipo B tiene, como hemos visto, una función primordial en el todo complejo y su destrucción cuestiona inmediatamente a éste. Es dable, luego, atenerse a una resistencias polimorfa que irá difundándose en la superficie social; lo que está en juego son las relaciones sociales y su interpretación espontáneamente ideológica, necesaria para su supervivencia. Vemos que la ‘materia por transformar’ tiene en este caso la forma específica de un discurso hecho jirones, de un discurso que tiene una coherencia autónoma invisible (análoga en este

consiguiente, en una línea teórica propia, *a distancia* de lo real con el que la ideología ‘trabajada’ cree tener que vérselas. La práctica científica goza, pues, de propiedades especiales, las cuales rubrican su diferencia”.

Esta forma de entender la práctica científica intenta ver un campo científico donde antes se podía pensar un obstáculo (el campo de la ideología). En todo caso, Herbert precisa que el encargo social no exige, de por sí, la práctica científica, sino que se le opone, por lo que es necesario efectuar una separación del mismo: “El mecanismo del encargo social nunca exige la práctica científica (aun cuando es evidente que la exige como poder auxiliar, ya nos hemos explicado a este respecto). Al contrario, actúa *contra la práctica científica*, que debe nacer *a pesar de él*” (pág. 67).

Herbert se aboca a la delimitación del objeto de la ciencia, constituido por el “objeto de crítica” (ya sea la ideología, el producto técnico, lo “real” empírico) y el “objeto producto”(el sistema científico de los conceptos articulados). Y coloca un concepto de pasaje, que es denominado “aparato de transformación”. Dicho aparato de transformación es también denominado como “instrumento” de la práctica científica.

Y el autor afirma, entonces, que “el trabajo teórico de transformación consiste en desarticular la constelación de los conceptos ideológicos iniciales y producir, gracias a la ‘ruptura epistemológica’ una configuración científica que articule nuevos conceptos”.

Sin embargo, cabe una puntualización: el trabajo de transformación no abarca la totalidad de la “práctica científica”. No será el mismo caso si se trata de una ciencia desarrollada o de una ciencia que recién ‘comienza’. Por lo tanto, hay que tener en cuenta varias cuestiones:

a) “Una ciencia en *estado desarrollado*, una ciencia clásica, se presenta como un sistema en el que el objeto de la ciencia y el método científico son homogéneos y se engendran de una manera recíproca. Por método se entiende el *conjunto organizado de la práctica teórica que produce su objeto y que se ve reglado por éste*. En otras palabras, en cierto modo se necesita disponer del objeto para trazar el camino recto, estable y necesario que conduzca hasta él”.

aspecto a la neurosis) y que se halla dotado de una función determinante dentro del todo complejo” (pág. 66).

b) “Una ciencia nace ante todo al designar, como pueda, su objeto, y que luego se desarrolla alrededor de él. Una ciencia en estado naciente es, pues –en palabras de Althusser–, una “aventura teórica”: el acceso al objeto se obtiene por caminos aún no allanados y de los que no se excluyen los pasos en falso.

c) Es conveniente tener siempre presente la distinción entre el *trabajo de transformación* y el *método*, porque no convienen a las mismas “edades” de una práctica científica o, con mayor exactitud, a las mismas funciones dentro del proceso de producción científica.

A partir de esas puntualizaciones, Herbert define lo que constituye el “trabajo teórico”: “...el trabajo teórico abarca dos momentos: la transformación productora del objeto, llevada a cabo en la inquietud y al acaso (‘con los medios de a bordo’, dice Althusser), y la reproducción metódica del objeto, efectuada en la calma de la ciencia establecida” (pág. 69).

Ahora bien, sólo puede reproducción metódica del objeto si previamente se ha efectuado la transformación productora del objeto. Esto significa que el desarrollo actual de las ciencias sociales no puede pasar (aún?) por una fase de acumulación metódica. Será la función de los “instrumentos” lo que explique esa distinción.

Herbert plantea que el análisis de los “instrumentos” es fundamental para la evaluación sobre cualquier práctica científica, y advierte contra un uso ficticio o reificante de los mismos: “...los dos yerros que no hay que cometer: declarar científico todo uso de los instrumentos y olvidar el papel de los instrumentos en la práctica científica”.

De este modo, será la enunciación o designación de su objeto lo que posibilite la reproducción metódica del mismo; Herbert usa una metáfora propia de la época en que escribe su estudio: es necesario que la ciencia “hable” y que a la vez se “oiga hablar”. Es decir, la “reproducción metódica del objeto” consiste en una “reflexión” del discurso teórico sobre sí mismo.⁷⁴ Y la reflexión sobre sí mismo del discurso teórico implica un

⁷⁴ “En tales condiciones [en base a todos los recaudos anteriores] vamos a proponer la siguiente precisión teórica: mientras una ciencia no enuncie su objeto, no puede tratarse de una reproducción metódica de éste. Pero no bien una ciencia *habla*, es decir enuncia su objeto, se ve llevada a confrontar su discurso con éste mismo a fin de experimentar la necesidad de él. Diremos que no basta con que una ciencia hable; además es necesario que *se oiga hablar*. Y entonces somos llevados a la idea de que *la reproducción metódica del objeto* consiste en una *reflexión* del discurso teórico acerca de sí mismo, lo que le otorga su cohesión” (pág. 70).

“reflector” con el que evalúa (y a la vez realiza) sus experiencias científicas. Se trata de las preguntas que formula la ciencia; tal papel será realizado por los “instrumentos”, el proceso consiste entonces en una apropiación (en el sentido que le diera Marx) de los instrumentos por la teoría.

Proponer que el discurso teórico –puntualiza Herbert– se refleja sobre sí mismo quiere decir que emplea un *reflector* que le permite ponerse a prueba: las experiencias científicas corrientes responden a esta función. “Tienen por objeto [las experiencias científicas corrientes] la organización del discurso o, si se prefiere, el arte de hablarle adecuadamente a la teoría que domina el campo de una práctica científica en un momento dado; lejos de practicar la interrogación monocorde de la adecuación exitosa que la técnica dirige a la naturaleza, las experiencias varían las preguntas, y esta variación representa el *juego* de que dispone un discurso científico para adaptarse a sí mismo. Y si agregamos, para romper la metáfora, que las ciencias formulan sus preguntas con la ayuda de *instrumentos*, advertimos que el acuerdo del discurso científico consigo mismo, como reproducción metódica del objeto, consiste en definitiva, en una *apropiación de los instrumentos* por la teoría” (pág. 70-71).

Dicha apropiación de los instrumentos consiste en su transformación, desde su inicial forma técnica hasta su posterior forma científica: “Diremos, pues, que las ciencias encuentran los instrumentos con su forma técnica y que los reinventan con su forma científica, a veces al precio de un gran esfuerzo teórico, como lo ha mostrado Georges Canguilhem a propósito del microscopio” (pág. 71).

Herbert realiza algunas observaciones antes de concluir su estudio:

En primer lugar afirma ignorar si la descripción realizada es válida para las matemáticas, en el sentido de si éstas proceden con instrumentos en el sentido propuesto. Esta salvedad permite precisar la noción de “instrumento”: “...la palabra ‘instrumentos’ no significa tan sólo ‘instalaciones’ o ‘máquinas’, sino también lo que se ha convenido en llamar ‘herramientas matemáticas’ de una disciplina, que son instrumentos técnicos o científicos, según los casos”.

Y por último, realiza una sugerente acotación a la relación entre ciencia básica y ciencia aplicada: “la distinción que hemos formulado entre el instrumento técnico y el instrumento científico nos parece capaz de abrir de una manera conveniente la urgente y

difícil problemática de la *ciencia aplicada*, que de un modo casi general se la confunde con la técnica *matematizada*” (pág. 72)

Las posibilidades de desarrollo de las ciencias sociales.

Luego de realizado su minucioso análisis conceptual (una suerte de “trabajo” de los conceptos, en terminología althusseriana), Herbert se aboca a la tarea de proponer una estrategia con respecto al problema de las “ciencias sociales”, para lo cual intenta reagrupar los resultados parciales obtenidos.

En primer lugar, una especificación de las ciencias sociales entendidas como una ideología de las relaciones sociales que responden al encargo social. Como tales, no han producido ningún conocimiento científico, y su forma es un discurso fragmentario que tiene la coherencia de una neurosis (una coherencia autónoma e invisible) y soporta una función determinante dentro del todo complejo:

“Recordemos que hemos definido a éstas [a las ciencias sociales] como la aplicación de prácticas particulares a una ideología de las relaciones sociales con el fin de responder al encargo social atinente a la adaptación-readaptación de las relaciones sociales a la práctica social global mediante una ‘realización’ de lo real psicosociológico.

“Diremos por tanto, que *en su estado actual*, el complejo grupo de la psicología, la sociología y la psicología social no ha producido conocimiento científico alguno (ya que de ninguna manera la ‘realización de lo real’ constituye un equivalente científico de la fase de acumulación metódica de conocimientos) y que, por el contrario, actualmente produce una expresiva ideología de la práctica social global, con lo cual deja en evidencia, sin quererlo, el núcleo ideológico en el todo complejo con la forma de *discurso en jirones que tiene la coherencia de una neurosis y que soporta una determinada función respecto del todo complejo estructurado*” (pág. 72) (discurso en jirones = discurso fragmentario o discurso fragmentado).

De esta manera se presenta actualmente –considera Herbert– “lo que, debido a su abundante presencia tecnopolítica, designa el vacío teórico donde podrá establecerse una *ciencia* de las ideologías. En la actual fase de carencia teórica hay quienes sienten esta falta y quienes no quieren verla por razones diversas, éstas incumben a la *resistencia* de la tecnocracia y de la ideología filosófica, en el sentido que hemos asignado a este término”.

Las perspectivas estratégicas que se abren, a juicio de Herbert, y que el autor propone con todas las reservas de prudencia necesarias, toman como eje la cuestión de la “transformación productora” del objeto ideológico. Y propone el siguiente cuadro:

Objeto ideológico	Práctica teórico-ideológica
discurso...	Lingüística
...en jirones que tiene la coherencia de una neurosis	Psicoanálisis, como ciencia del inconsciente
y que soporta una función determinante en el todo complejo	Historia, como “ciencia de las formaciones sociales”

“El problema del uso-abuso de los instrumentos remite al problema de la reproducción metódica del objeto, único que permitirá proporcionar a la teoría el elemento reflector necesario para su estabilización. Por consiguiente, es desde luego necesario de tentar, con los medios de a bordo, un inventario de los instrumentos susceptibles de una reapropiación científica y aptos para experimentar el naciente discurso teórico. Propondremos el concepto de ‘escucha social’ para designar la probable función de los futuros instrumentos reapropiados, en un sentido análogo al de ‘escucha analítica’ de la práctica freudiana” (pág. 73).

Y el autor termina proponiendo una metáfora: considera que “la relación entre el trabajo de transformación productora del objeto científico y el de su reproducción metódica puede expresarse mediante la relación que existió entre Marx y Engels, en la medida en que el discurso teórico de Marx, que resultaba *no tanto de una observación de lo ‘real’ cuanto de un trabajo sobre la ideología económica*, era puesto a prueba, a medida que iba surgiendo, por Engels, quien sabía *plantear las preguntas pertinentes, respecto del discurso teórico al objeto a que se refería, esto es, el modo inglés de producción*” (pág. 74).

Hasta aquí, un riguroso análisis realizado desde el punto de vista de la epistemología. Es verdad que realizado desde la óptica althusseriana y en plena época

de discusión teórica e ideológica en relación al estatuto de las ciencias sociales (marxismo incluido), en el conjunto del panorama intelectual occidental. Esa circunstancia justifica la formulación un tanto rígida de diversas cuestiones y a radicalizar ciertos argumentos. En todo caso, no se trata aquí de exponer el conjunto sumario de los abordajes epistemológicos sobre las ciencias sociales, sino solamente de puntualizar un elemento más que da cuenta de lo que hemos denominado segundo momento epistémico en cuanto a las prácticas grupales. Prácticas grupales que están inscriptas en el conjunto de aportes de las ciencias sociales, y con cierta especificidad, en la psicología social. Esas prácticas, iniciadas hacia los años 20, serían objeto de una fuerte crítica y transformación tanto de sus formas concretas de realización como de sus objetivos mismos (su teleología), en los años 60.

Después de revisar el punto de vista de la epistemología, veremos algunos discursos críticos con los conocimientos y métodos grupales, provenientes de la sociología y del psicoanálisis (actores fundamentales en la configuración actual de las prácticas grupales).

2.3. Otros puntos de vista sociológicos.

Si el análisis realizado desde el análisis institucional (Lourau) y desde la epistemología (Herbert) conducen a ciertas cuestiones fundamentales, y aunque sus marcos de referencia son diferentes, sus conclusiones se acercan en más de un aspecto. Al menos en cuanto a considerar la psicología social de los pequeños grupos— como un recorte disciplinar (práctico, técnico, teórico, etc.) en estrecha relación con la demanda social en la que está inscripto.

Este punto de vista también está presente en los trabajos realizados por Robert Castel, quien ha investigado sobre la difusión de los grupos (o el grupismo) en el conjunto de las prácticas ‘psi’. En uno de sus textos, “La sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo norteamericano” (F. Castel, R. Castel y A. Lovell, en 1979) se describe un incisivo análisis de cómo la psiquiatría (en un sentido amplio) ha ido impregnando el tejido social norteamericano; se describe los innumerables “esquemas

de prevención”, las “terapias para normales”, la normalidad como síntoma, etc., y donde las técnicas y modelos grupales juegan un papel fundamental. También en otros dos textos “El psicoanálisis. El orden psicoanalítico y el poder” (1973) y “La gestión de los riesgos” (1981) se traza un panorama que completa el abordaje anterior. Estos análisis, realizados desde la sociología, guardan un paralelismo y una semejanza considerable con el abordaje de Herbert, habida cuenta que su marco teórico no es, de ninguna manera, asimilable al marxismo althusseriano, y también, si bien más indirectamente, con las tesis del análisis institucional (ilustrado por las tesis de Lourau). Esta circunstancia es la que otorga mayor verosimilitud a todos estos análisis: investigadores que desde diversos puntos de vista apuntan, con sus elaboraciones a precisar y develar el lugar y funciones que ocupan (y han ocupado) las “prácticas grupales”. Con objeto de no extender excesivamente estos párrafos sobre los análisis críticos en cuanto a las prácticas grupales y la demanda social que previsiblemente está en juego, sólo se mencionan los análisis de Castel, aunque sin exponer en detalle sus tesis: este autor realiza un documentado estudio sobre los desarrollos de la “cultura” psiquiátrica –psiquiatrizante– en el capitalismo desarrollado, en una perspectiva cercana a Foucault, en cuanto a las formas ‘micro’ del poder.

También hay que destacar el estudio realizado por el investigador español Jesús Ibáñez, que ya en 1979, con su texto sobre el “grupo de discusión” abordaba la problemática de las prácticas grupales desde un punto de vista similar, donde tanto la perspectiva dialéctica como el psicoanálisis figuraban entre sus marcos de referencia fundamentales. Si en el texto de 1979 se realiza un análisis global del conocimiento social mediante el grupo de discusión, en su artículo “Usos tópicos y abusos utópicos de las técnicas de grupo” (1981) aborda la cuestión grupal en línea con el resto de autores mencionados.

Hasta aquí, los autores mencionados pueden ser comprendidos, más allá de sus diversas referencias teóricas e ideológicas, como exponentes de lo que, a partir de los 60, constituye el segundo momento epistémico en relación con el campo grupal. Los investigadores mencionados, Lourau, Herbert, Castel, Ibáñez, además de otros que expondremos a continuación, Pontalis, Anzieu, Bourricaud, y en fin, una ‘lista’ que puede ser más o menos extensa según se enfatice en uno u otro aspecto de la cuestión conforman un punto de vista que, a nuestro juicio, permite postular ese “movimiento” de transformación en el campo grupal, es decir, tanto en cuanto al recorte disciplinar

(sus formas teóricas y/o metodológicas), en sus alcances, como en sus ‘horizontes teleológicos’ (es decir, en sus fines extradisciplinarios).

Antes de finalizar con los abordajes al tema desde el punto de vista de algunos sociólogos, retomaremos el análisis realizado por Lourau en relación con los sistemas de referencia presentes en la psicología de grupo o psicociología.

El sistema de referencia.

Para introducir la cuestión del sistema de referencia –entendido como referente y como referencia– Lourau propone diversas preguntas, que intentan no ser ‘retóricas’: “¿De qué se habla? ¿De qué habla el discurso científico? ¿De qué habla la clínica sobre los grupos? “En el nivel más empírico, la ideología del grupo habla de éste como un ser social que trasciende la opacidad en las relaciones sociales. En el nivel de conocimiento correspondiente a la clínica (y a la experimentación), ¿de qué y de quién se habla?” (Lourau, 1970, pág. 206).

El eje fundamental será, entonces el establecer de qué y de quién se habla en cuanto a la clínica y la experimentación, las dos formas más ‘modelizadas’ de las prácticas grupales. Y Lourau retoma la posición de Herbert –aunque matizando que significativamente, éste evitó examinar el estatuto de la clínica en la psicología de los grupos–, quien proponía una respuesta precisa: la psicología social habla de un sujeto filosófico, de un individuo ‘concreto’ que tiene conciencia de su finitud, pero no tiene medios para hacerse cargo de ella, considerando que el tanto el existencialismo sartreano como el preexistencialismo politzeriano sirven como referencia implícita para esta teoría filosófica (“creen que el sujeto humano es lo que él piensa, dice y hace”: Herbert).

Ahora bien, es posible que ese análisis de Herbert en cuanto a las referencias sea válido para Francia, pero no parece serlo –como atinadamente señala Lourau– para los EE.UU.: el telón de fondo filosófico donde surgió la psicología de los grupos no era el mismo que en Francia.

Contexto y sistema de referencia.

A partir de una especificación del sistema de referencia o contexto como el “conjunto de las condiciones mínimas de comunicación”, el autor afirma que el

contexto no es puramente empírico, sino que aparece ordenado o estructurado de acuerdo al grado de aculturación del destinatario. El sistema de referencia es el que permitirá decodificar los mensajes, en caso contrario, si ese sistema de referencia es inexistente, el destinatario deberá descifrar, es decir, construir un código.⁷⁵

Y tal es lo que sucede siempre en una disciplina nueva que nace, por definición, a partir de un sistema de referencia nueva, de la consideración de un objeto nuevo. Lourau señala que en ocasiones los investigadores utilizan (conscientemente o no) el sistema de referencia de disciplinas ya existentes o un conjunto sincrético de estas disciplinas: tal sería el caso de la psicología de los grupos.

A continuación, el autor se aboca a una descripción de los sistemas de referencia manifiestos o implícitos en ese nuevo objeto por decodificar: el grupo.

1) El contexto filosófico –señala Lourau– en el que surgió la teoría de los grupos en los EE.UU. estaría constituido por la antropología cultural, una inspiración general a la que habría que agregar la psicología de la forma (gestalt) y la teoría del comportamiento (behavior). “Esto explica el uso permanente de conceptos tales como *actitud, conducta, interacción*, sin hablar de los conceptos de *motivación, relación, ayuda, facilitación, resistencia al cambio, vivencia intersubjetiva*, etc., en los que convergen diversos sistemas de referencia filosóficos: personalismo, fenomenología...” (pág. 207).

2) Los sistemas de referencia de las ciencias exactas sirven de inspiración a otros psicólogos. “Aunque el modelo biológico sigue teniendo partidarios –especialmente en Francia, donde el organicismo sigue teniendo partidarios– el experimentalismo de Lewin se inspira en la física (de ahí ‘dinámica’ de los grupos), y un número cada vez

⁷⁵ “Las nociones de *contexto* y de *sistema de referencia* pueden interpretarse, en el marco de la lingüística saussureana (para Saussure, la lengua es una institución), como el conjunto de las condiciones mínimas de comunicación. Aun cuando se ignora casi todo respecto de un mensaje –¿quién habla, a quién, cómo, por qué, etc.?–, la función referencial indica a qué nivel de experiencia se puede ser remitido para transformar un ‘ruido’ en representaciones. El término de ‘contexto’ indica mejor la idea de un saber previo, exterior e indispensable a dicha transformación. El trabajo de traducción, el análisis literario, utilizan ampliamente esta noción: el contexto es lo que permite, no una regulación de la entrada mediante la salida (esto corresponde al código, a la función metalingüística), sino una regulación, primordial en cierto modo, de la salida mediante la entrada. El *feed-in* completa al *feed-back*, y lo precede siempre. La noción de sistema de referencia especifica que el contexto nunca es bruto y puramente empírico, sino que está ordenado, estructurado, según el grado de aculturación del destinatario. En efecto, si bien el emisor posee el código, el destinatario no posee, al principio, más que el sistema de referencia, a partir del cual puede estar en condiciones de decodificar. Si no hay sistema de referencia, el destinatario se ve obligado a descifrar, es decir a construir un código” (pág. 207).

mayor de investigadores recurren al vocabulario de los ingenieros (teoría de la información), como también lo hacen determinados lingüistas”.

3) También las referencias psicoanalíticas: “No olvidemos que, además, el psicólogo se vincula casi siempre con referencias psicoanalíticas, a veces freudianas, con mayor frecuencias ‘revisionistas’ (ya se vieron los ejemplos de Bion y Jaques), o incluso ‘desviantes’. Algunos procuran conciliar simultáneamente varias tesis psicoanalíticas (Freud, Adler, M. Klein, K. Horney, etc.) con las de Moreno; o bien las de Moreno con las de Lewin, el psicodrama con la dinámica de grupo. Quizá este eclecticismo sea todavía más notable en los dominios de la terapia y de la formación” (pág. 208).

4) Y el autor agrega, a esa extensa lista de referencias que servirían de base a las distintas técnicas y modelos grupales, una más, esta vez relacionada con la ética religiosa: “La ética religiosa (sobre todo protestante en Estados Unidos) influye mucho en el sistema de referencia filosófico de lo ‘vivido’. Aunque no se trata de ver en esto el sistema de referencia único –o aun privilegiado– de toda la psicología, hay que reconocer, en los ecos que despierta una doctrina como la de Rogers (aun más que en la doctrina misma), un hecho muy ilustrativo en cuanto a las bases de las ‘ciencias del comportamiento’” (pág. 208).

Lourau menciona diversas características que Rogers mismo ha inventariado acerca de su práctica de grupo ‘centrada en el cliente’: la facilitación, la ayuda, las actitudes, el comportamiento, la libre expresión de los sentimientos personales, el cambio personal, las interacciones, la confianza. Se agrega también la autenticidad, la aceptación incondicional del prójimo, que son los criterios del buen analista y lo son igualmente del ‘buen’ analizado. El autor concluye con un ácido retrato de la doctrina de Rogers en cuanto a su papel de encubrimiento y alienación de una supuesta “realización” individual⁷⁶: “La función ideológica de la dinámica de grupo, tal como la define Herbert, queda revelada, por así decir, a plena luz. Y no nos asombra que, para terminar,

⁷⁶ “Los signos exteriores, aparentemente irrefutables, de los sentimientos positivos y de la desculpabilización del ego son... las lágrimas. La compasión es el primer mensaje auténtico que se dirigen lo sujetos prisioneros de su soledad. Hay que dar a otro para recibir en *feed-back*, es decir, nutrirse mutuamente. Por supuesto, en la experiencia del encuentro intensivo de base no faltan riesgos ni insuficiencias en cuanto a la eficacia de la emoción sobre el comportamiento del yo (a decir verdad, superyó); pero Rogers no oculta que ‘la experiencia intensiva de grupo aparece como un tentativa cultural de paliar el aislamiento de la vida contemporánea’. En una civilización del consumo a ultranza, el grupo intensivo ofrece la compensación de una culminación, de una ‘realización’” (pág. 209).

Rogers se refiera a la filosofía existencial y personalista, así como a las filosofías religiosas orientales” (pág. 209).

Aun cuando la descripción de la doctrina rogeriana sea caricaturesca, Lourau advierte en cuanto a la pertinencia ideológica de esa propuesta. Y enuncia las formas en que las propuestas de Rogers influyeron en diversos pedagogos. Entre otros, M. Lobrot y Max Pagés difundirían las propuestas del ‘no-directivismo’ en Francia. En todo caso, Lourau finaliza advirtiendo que “de la importancia alcanzada por el rogersismo no se debe deducir que resume toda la psicología de grupo; es únicamente un caso extremo de clínica afectivista, clínica ‘ciega’ si se puede arriesgar semejante fórmula, en la medida en que su sistema de referencia se confunde, más aún que en los otros enfoques psicosociológicos, con lo vivido del grupo, en la medida en que el objeto real sustituye al objeto de conocimiento hasta hacer olvidar a este último” (pág. 210).

Estos últimos comentarios puntualizan claramente un aspecto fundamental que deriva de las formas que han tomado los encargos (requerimientos), o mejor dicho, la forma en que las prácticas grupales se han acoplado a la demanda social. ‘Respuesta’ a una demanda que muestra claramente diversos conflictos actuales (entre los que la falta de proyectos más o menos utópicos no parece ser el menos importante) y a la vez, factor que sobredetermina –o retrodetermina, en palabras de Herbert– a la propia demanda, a través de los diversos procesos generados en el desarrollo de los encargos (pedidos de intervención grupal). Previamente a considerar la crítica psicoanalítica sobre las prácticas grupales, perspectiva que está en la base de varios de los autores mencionados hasta aquí, consideraremos un aspecto hasta ahora no mencionado: la relación entre conocimiento básico y aplicado. Se trata de una cuestión fundamental a la hora de ‘situar’ las prácticas grupales en el conjunto de saberes inaugurados por las ciencias sociales: las prácticas y, en general, los conocimientos sobre grupos son considerados usualmente como inscriptas en el campo de las aplicaciones.

Algunas notas sobre las prácticas grupales como “aplicación”.

Para esbozar el tema utilizaremos un interesante artículo de J.R. Torregrosa “Concepciones del aplicar”, de 1996. La forma en que es planteada la cuestión presenta un especial interés para este trabajo.

El autor parte de una hipótesis básica: la unidad del saber y el hacer. De donde: “inteligir, comprender o explicar una realidad, cuando se hace de modo sistemático, es ya una investigación aplicada” (pág. 40). Este postulado implica que se trata de realizar un análisis riguroso de las aplicaciones como el que se realiza de las conceptualizaciones, de los corpus teóricos. La cuestión de la aplicación queda, entonces, enlazada a un dato fundamental: la finalidad, el para qué del conocimiento, la pragmática.

A partir de una posición crítica con la concepción hipotético-deductiva (“concepción nomológico-deductiva”), propia del positivismo, se enfatiza en que “aplicación” ha sido entendido como el uso de “esquemas, modelos, o soluciones” frente a las cuestiones a tratar.

El autor puntualiza lo que considera una dificultad básica en la concepción hipotético-deductiva para abordar la cuestión de las aplicaciones: la ‘escisión’ entre la investigación básica o “pura” (que busca las leyes generales) y la investigación aplicada (la ley debe inscribirse en la realidad). Dicha separación opera como obstáculo al conocimiento, desde el momento en que ‘oscurece’ el análisis de esa misma realidad. La realidad no puede ser reducida a instancia verificadora instrumental, y exige al investigador un abordaje específico; se trata de la relación entre lo particular y lo universal. Es decir, se trataría de la especificidad de la aplicación, de la especificidad de la ciencia social aplicada.⁷⁷

Una vez postulados los lineamientos generales, se aborda la cuestión de las aplicaciones. Un elemento básico: la dimensión utilitaria de las aplicaciones de la ciencia, acorde con el actual desarrollo económico y social. Y ligado al mismo, el binomio ciencia-tecnología (distintivo de la sociedad moderna), que pone –afirma Torregrosa– de manifiesto la relación entre investigación básica y aplicada. La expectativa tecno-utilitaria, en tanto expectativa dominante en la sociedad actual, se

⁷⁷ “La realidad concreta ya no es sólo una instancia más o menos verificatoria y, en cierto modo, instrumental a ella. Ahora es la ley general la que tiene que mostrar su utilidad en la realidad concreta. Esta le exhibe ahora al investigador aplicado una textura más compleja y autónoma que, sin necesariamente invalidar la ley general, la desborda en su alcance exigiendo el concurso de otras leyes e hipótesis auxiliares que la complementen. La teorización tiene que hacer así más ‘situada’, tanto en el sentido de que *se refiere* a una situación concreta como en el de que puede *emerger desde ella*. Pero en la medida en que se va haciendo más situada, y probablemente más útil y/o pertinente para su aplicación, su subsunción reductiva en una teoría más general –pretensión de la perspectiva nomológico deductivista– se hace más problemática. El problema de las aplicaciones no es sólo un problema lógico sino también ontológico” (pág. 41).

hace sentir en las ciencias, especialmente en el ámbito de las ciencias sociales, éstas no constituyen una excepción:

“Los usuarios del saber [...] están interesados en la eficacia, en que se contribuya a conseguir sus objetivos o resolver sus problemas”; y también: “cuando de lo que se trata es de los usos del saber es la técnica la que adquiere la primacía” (pág. 42-43).

Así, adquiere primacía la técnica, y por lo tanto los recaudos sobre la misma: “A la larga una instrumentalización excesiva de la investigación aplicada tendería a convertir la ‘metodología’ en ‘tecnología’, lo que limitaría las posibilidades de desarrollo científico tanto como el autismo academicista” (pág. 43).

La pregunta que se plantea el autor es la siguiente: ¿cómo pueden justificarse las ciencias sociales en tanto que conocimientos aplicados, en tanto que “instrumentos” que pueden reportar determinadas utilidades? Se tratará de ‘los usos sociales del saber social’ (un subtítulo del artículo).

Se plantea entonces el problema de la distancia entre la producción del conocimiento (debido a intereses científico-académicos) y los fines específicos en que puede ser aplicado. Se daría una cierta pluralidad y autonomía axiológica entre esos diversos ámbitos, lo que dificulta las operaciones de ‘pasaje’ de unos a otros. La reflexión sobre las aplicaciones –dirá Torregrosa– no se puede limitar, entonces, a sus valores epistémicos, sino que es necesario valorar las consecuencias de esas aplicaciones. En suma, se trata de una exigencia que ya no es sólo científica, sino también ética.

Llegados a este punto, puede señalarse un matiz: el autor parece estimar que la investigación aplicada es resultado de una cierta presión social (una suerte de demanda); sin embargo, no es afirmada la existencia de esa misma demanda respecto de la la investigación básica (que en ese caso sería producto solamente de la presión de los propios científicos). Es verdad que el interés del artículo es analizar algunos elementos en relación con las aplicaciones y no el estatuto del conocimiento ‘básico’, sin embargo, esta aclaración parece pertinente⁷⁸: la demanda social –y su transformación en

⁷⁸ “...la comunidad científica no puede ni debe inhibirse de las preocupaciones, problemas e intereses de la sociedad; pero ésta no puede eperar, ni menos imponer, un utilitarismo estricto e inmediato de la actividad científica” (pág. 43). Se justifica este razonamiento por el nivel del análisis. En todo caso, no puede obviarse, que más allá de la relativa autonomía de la ciencia (y de la comunidad científica), está ya, y desde siempre, en el mundo social, en la dialéctica social, y forma parte, es constitutiva de lo que hemos

encargos– en cuanto a la ciencia, sea en la producción de conocimientos científicos ‘básicos’ o ‘aplicados’ se ha constituido como un elemento fundamental en el desarrollo social de fines del siglo XX. En todo caso, el autor realiza una contundente crítica al ‘uso’ tecnologizante de las ciencias sociales, y se acerca a la línea crítica que hemos mencionado en este trabajo, a partir de los trabajos de Foucault, Castel, J. Ibáñez, etc. La propuesta de Torregrosa consistirá en una negativa a la supeditación de la investigación a los valores de los contextos donde pueda ser usada, y a cambio un intercambio en las dos direcciones, entre la comunidad científica y el conjunto social donde ésta existe.

“La intencionalidad práctico-aplicada no puede satisfacerse adecuadamente desde un epistemología inercialmente positivista, demasiado atendida a un modelo reconstruido de las ciencias sociales” (pág. 44). Y es la intención del autor el plantear que hay ciertas continuidades en ese sentido, desde Hobbes hasta Lewin. Se trata –como apunta Torregrosa– de la relación entre el conocimiento científico y los valores.

En el artículo se analizan diversos postulados de Hobbes que han tenido una marcada influencia en el pensamiento moderno. Su sesgada apuesta por la razón – establecida en una lectura parcializada de Descartes– le condujo a un fisicalismo reduccionista y a un objetivismo homogeneizador que, pese a ello –gracias a ello?– ha tenido una gran influencia en las ciencias sociales y en la psicología (pág. 48). Torregrosa remite a un estudio de C. Moya sobre el filósofo inglés, y finaliza afirmando que el pensamiento de Hobbes “representa de un modo paradigmático esa racionalidad moderna presidida por la tecnociencia”.

Ahora bien, en la psicología social esa actualidad epistemológica encuentra como mediador a Kurt Lewin. Torregrosa toma dos cuestiones relevantes: 1) la afirmación lewiniana de que “nada hay más práctico que una buena teoría”, en relación con la relación entre psicología social aplicada y teórica y 2) la búsqueda de una homologación entre la psicología y la física. Y a continuación se comenta el trabajo de Lewin en que éste contrasta los modos de pensar propios de la física en Galileo y en Aristóteles. Por nuestra parte, veremos ese artículo de Lewin en capítulos posteriores.

denominado demanda social. Más aún, la ciencia ha sido un factor extremadamente ‘util’ en el desarrollo económico y social. Ciencia (básica, aplicada, etc.) y capitalismo son cuestiones estrechamente ligadas.

El autor del artículo declara, con ironía, que es sorprendente que ese cambio de paradigma (de Aristóteles a Galileo) sirva, trescientos años después, para la física y la psicología⁷⁹, y que no se entiende por qué desde la psicología se pone en cuestión el pensamiento físico de Aristóteles, pero no se considera su pensamiento psicológico, o antropológico –o filosófico–.

En cuanto a lo que denomina ‘etapa americana’ de Lewin, en que se interesa por problemas teóricos y aplicados de la psicología social –la época en que ‘construye’ sus hipótesis sobre grupos–, la crítica es más contundente aún. Algunas consideraciones que se observan en el artículo: “la investigación-acción es una investigación para la acción pero curiosamente no tiene en cuenta la teoría de la acción”. También se critica que invoca la colaboración de las otras ciencias, pero eso tampoco influye en su idea de racionalidad científica. “Su énfasis en la experimentación –después acentuado por sus discípulos–, en la medición precisa, en la explicación sistemática en detrimento de la histórica, [...] en la neutralidad axiológica pero a la vez en el carácter utilitario del conocimiento, guardan una estrecha relación con su programático artículo” (pág. 51).

Es decir, el autor postula una continuidad primordial entre los primeros planteamientos de tipo epistemológico de Lewin con sus elaboraciones posteriores, en el campo de la psicología social. Y concluye afirmando que para Lewin la psicología social aplicada se constituye como un recurso para la razón instrumental, como una investigación aplicada que facilita más el dirigismo tecnocrático que el diálogo emancipatorio.⁸⁰

La idea de “ingeniería social”, construida por Lewin para dar razón de las intervenciones psicosociales desde su idea de “cambio social planificado” es también considerada como un fundamento en la perspectiva a la que apunta Lewin. Torregrosa destaca que Lewin recurre en diversas ocasiones a la figura del médico como otra metáfora de su idea de intervención. Pero –como acertadamente se señala en el artículo– esa práctica aparece desgajada de su dimensión ética, tanto en el caso de la psiquiatría como en el caso de cualquier otra práctica médica. En todo caso, las metáforas

⁷⁹ Para la física las cosas no son así, como bien se encarga de señalarlo Torregrosa en su artículo. Y no son así desde hace años –los ejemplos de la microfísica que se han usado para demostrar esto datan de los años 30...- Autonomía de las ciencias entre sí? Ignorancias pertinaces? O mejor, se observa aquí el carácter ideológico de las ciencias sociales?

⁸⁰ Torregrosa se apoya en algunos postulados de Habermas, en su teoría de la acción comunicativa (1987).

utilizadas responden a los supuestos lewinianos: “la metáfora [la figura del médico] cambia entonces de la máquina al organismo, de la física a la biología; aunque en ambas ‘desaparece’ el sujeto-objeto de la aplicación” (pág. 52). Física y biología, ingeniero y médico, vienen a resumir así el horizonte en que Lewin quiere inscribir su propuesta científica.

La no inclusión del sujeto, la desaparición del mismo es algo nada fácil de resolver, en términos epistemológicos. Se ha sostenido que la ‘ciencia no tiene sujeto’, indicando que no es en ese campo donde se puede reivindicar la subjetividad. Pero por otra parte, el estatuto de las ciencias sociales no parece ser el mismo de las ciencias naturales. En todo caso –¿y con mayor razón si se habla de ‘aplicaciones’?– la importancia del destino de la ‘investigación aplicada’, es decir, el actor o los actores en que incidirá ese conocimiento, esa intervención parece fuera de duda. El planteamiento de Lewin deja de lado esta cuestión: la subjetividad propia del ‘objeto investigado’ no es tenida en cuenta. Consecuencia de la posición instrumental, utilitarista, y ahistórica que sostiene. De este modo –afirma Torregrasa– la equiparación entre una ‘ingeniería social’ y la ‘medicina’ como modelos de una ciencia social demuestra el aspecto común tecno-científico de ambas prácticas. De ahí que “el investigador aplicado adquiere así una posición de legitimidad científico-técnica que, en cierto modo, le habilita para independizarse o inhibirse de la legitimidad democrática (que es dialógica), a través del postulado de la neutralidad axiológica de la ciencia” (pág. 53).

Y advierte de las consecuencias que de ahí derivan: “El riesgo (y la falacia) de tal escisión es que el énfasis en la racionalidad científico-técnica confiere a la aplicación un carácter de necesidad, de clausura de opciones, que en realidad puede no tener, y que, en todo caso, hay que demostrar”.

“En qué consista la ‘eficacia’ o la ‘salud’ de una organización es algo que, a pesar de las constricciones del mercado y/o de los saberes técnicos, es susceptible de ser interpretado de distintos modos; y aún más, los caminos para llevar a la práctica esos saberes. La cuestión, por tanto, de adoptar uno de ellos, no es sólo técnica, sino un acto valorativo, un acto moral. Como lo son las intervenciones de los investigadores aplicados cuando introducen procesos de cambio en personas, grupos u organizaciones, independientemente de que coincidan o no con sus valores privados”(pág. 53).

Torregrasa enlaza así, a partir del análisis realizado hasta aquí (por una parte, unidad del saber y del hacer; expectativas utilitaristas frente a la ciencia; etc. y por otra,

persistencia de algunos paradigmas reduccionistas y asubjetivizantes –Bacon, Hobbes, Lewin–) con una preocupación creciente, y que se observa en muchos y diversos investigadores (tanto de las ciencias sociales como naturales): la ética. Estas nuevas elaboraciones intentan colocar en primer plano la cuestión ética y más aún, incluirla como un elemento propiamente de la investigación, y no como una categoría residual. Y en el caso de la psicología social, se puede puntualizar que la investigación aplicada (que puede tomar la forma de intervención institucional, de aprendizaje grupal, o de psicoterapia individual) no puede limitarse a una depuración de sus procedimientos, de sus adecuaciones técnicas, sino que exige colocar la cuestión de la ética al lado de la técnica.

En el artículo se realiza una incisiva y pertinente referencia al concepto aristotélico de prudencia, como una de las virtudes intelectuales.⁸¹ La prudencia se constituye en un modo de conocimiento que se atiene a la realidad propia de las (cosas investigadas); puede señalarse que al comentar las ideas de Hobbes se había señalado su poca fe en la prudencia, y apostaba por la razón en tanto cálculo, objetividad, etc.

El énfasis en la ‘prudencia’ implica salir al paso de la idea de neutralidad axiológica de la ciencia, a su consideración como acto valorativo, que pone en juego los valores del investigador. Y esto –señala Torregrosa– remite al momento inicial en que las ciencias sociales, para ser científicas se desvincularon de la ética. Y si el sentido de un campo del saber reside en su ‘influencia’ en el hombre, la relación entre la práctica teórica y aplicada debe ser analizada. El enfoque utilizado por Torregrosa –si bien se deriva también de algunas de las referencias a que alude– se coloca así, en la misma constelación de preocupaciones que hemos abordado anteriormente, al comentar los trabajos de Herbert, Lourau y otros autores.

El análisis realizado por Torregrosa parece conducir así, a un completo programa de trabajo (de investigación): pasar desde una posición (científica) que prioriza los enfoques de las ciencias naturales a otra posición (también científica) que pone en primer plano las cuestiones éticas implicadas en la investigación. Es decir, el autor sugiere que se lea, también, la *Ética de Aristóteles*. De Galileo-Aristóteles a la

⁸¹ “La prudencia (frónesis)... sólo se aplica a las cosas esencialmente humanas, y en aquellas en las que es posible la deliberación para la razón del hombre, porque, al parecer, el objeto principal de la prudencia es deliberar bien. Mas nunca se delibera sobre cosas que pueden ser de otra manera que como son, ni

Etica a Nicómaco; como hemos dicho, constituye un complejo programa de investigación.

Para concluir con estas consideraciones acerca del lugar fundamental de los valores (ideologías) de los científicos en sus investigaciones –e intervenciones– el autor reclama una especificidad de las ciencias sociales donde éstas no se limitan al modelo de las ciencias naturales y al contrario, lo amplían en tanto saber humanístico, para lo cual es necesaria una apertura a una epistemología hermenéutica (¿lingüística, psicoanálisis, una teoría de la historia?).⁸² Y encuentra desarrollos que van en esa dirección, en las disciplinas sociales: Martín-Baró, Crespo, Ibáñez, Montero, Serrano. En suma, el autor postula una psicología social comprometida con sus valores, a los que siempre debe hacer jugar de forma explícita: “una ciencia verdaderamente ilustrada, una ciencia con conciencia, que se sabe ineludiblemente eticizada, tiene mucho que hacer en esa tarea [pensar la utopía, como sugería Dewey]” (pág. 55).

Hasta aquí el comentario al artículo de Torregrosa. En el mismo texto (se trata de un texto colectivo dedicado a algunos desarrollos actuales de la psicología social aplicada y académica, en España) se pueden ver diversas aproximaciones, algunas en la línea mantenida por el autor comentado. Especial interés tiene el artículo de Ibáñez e Iñiguez (1996), referido a aspectos metodológicos de la psicología social aplicada. Se propone una interesante lectura cuyas referencias remiten a la perspectiva crítica y cualitativa.

Una cuestión a considerar, viene dada por lo comentado anteriormente sobre la ausencia de explicitación en cuanto a las exigencias sociales a la ciencia básica. En el artículo de Torregrosa –también en el de Ibáñez e Iñiguez, aunque con menos énfasis– se propone que la vigilancia se realice en cuanto a las aplicaciones, en la ciencia social

sobre cosas en las que no hay un fin a que aspirar, es decir, un bien que pueda ser objeto de nuestra actividad” (Aristóteles, “Moral, a Nicómaco”, cit. en Torregrosa, 1996, pág. 53).

⁸² “Es en el plano de las aplicaciones, de la práctica, donde se muestra más claramente la exigencia de ampliar la racionalidad científico-social como ciencia cultural, como saber humanístico y no meramente como una mimesis de la idea de ciencia reconstruida o ‘heredada’ de las ciencias naturales. Las Ciencias Sociales, incluida la Psicología Social, ocupan una posición intermedia entre las humanidades y las ciencias naturales, dada esa específica realidad que llamamos ser humano. Por tanto, sus prácticas profesionales no pueden sino mantenerse dentro de esos dos grandes marcos de inteligibilidad.

“Por ello, la Psicología Social, en la que ha prevaecido una orientación cientifista, con claras implicaciones tecnocráticas para la práctica, debe abrirse a una epistemología crítico-hermenéutica como fundamento tanto de sus investigaciones teóricas como aplicadas. Lo que le permitiría, además, dar cuenta de sus conexiones conceptuales y reales más amplias, desarrollando una autoconsciencia reflexiva de sus propias prácticas” (pág. 54).

‘aplicada’, pero no se afirma lo mismo en cuanto a la ciencia ‘básica’. Habida cuenta que el artículo se limita a plantear problemas de ‘aplicación’ de las ciencias sociales, quizá no sea vana esta puntualización. La investigación básica ha sido considerada, en diversas ocasiones, como algo fuera de lo social, como un ámbito autónomo. Entonces, se trata de vigilancia en la investigación aplicada, pero no es igualmente claro en el caso de la investigación ‘básica’. Ahora bien, esto parece tener una directa relación con los planteamientos de Herbert, que hemos comentado antes (habida cuenta de las diferencias de enfoque de ambos autores). Si en el caso de Herbert, era las ciencias sociales en su conjunto las que quedaban en un interrogante, esta vez, será la ciencia básica. Veamos el gráfico siguiente, que puede ilustrar la cuestión:

Ciencia básica	Ciencia aplicada
¿sujeta a quién?	Sujeta a presiones y expectativas sociales, se parte de la demanda social, encargos, etc.

Puede plantearse, o mejor aún, defenderse que el conocimiento no sea siempre aplicable. Tal sería algo que se deriva del texto del artículo comentado; podemos acordar con esa opinión. Sin embargo, la cuestión no se detiene ahí. La cuestión de la axiología, de la teleología no se puede limitar al conocimiento ‘aplicado’, debe extenderse también a los conocimientos ‘básicos’. Puede pensarse en un análisis que no logra evitar cierto idealismo (algo que por otra parte tampoco pudo evitar la escuela althusseriana, pese a sus recaudos). Puede señalarse que se echa en falta una indicación de los problemas ético-ideológicos del propio saber ‘no aplicado’, de la ciencia básica, del conocimiento científico. Quizá esto forma parte de los a priori, ciertos impensables en que se encuentran los investigadores de las ciencias sociales.

Para finalizar, cabe algunas puntualizaciones sobre la ‘aplicación’ en las ciencias sociales. El par ciencia básica / ciencia aplicada, que tiene su sentido en las ciencias naturales, no parece operar de la misma forma en las ciencias sociales. Desde la idea de que las ciencias sociales aún no se han constituido como ciencias (no han hecho la ruptura epistemológica) a la de que sus procedimientos están lejos de los criterios de científicidad usuales en las ciencias naturales, son muchas y variadas las diferencias. Se ha sostenido que ocupan un lugar intermedio entre la filosofía y las ciencias naturales,

en una suerte de compromiso inestable. Y en fin, también se sostiene que son construcciones ideológicas específicas de las formaciones sociales desarrolladas.

En el caso de las prácticas grupales –y en cierto sentido, algunos desarrollos de la psicología social– parece claro que su ‘aplicación’ fue una de sus condiciones de origen, si bien su ‘lejanía’ de los grandes núcleos fundamentales de las ciencias sociales justifica que hayan sido categorizadas como un conjunto de artefactos técnicos más o menos rigurosos, pero que no participaban propiamente del status del conocimiento científico. Esta polémica es importante, pero sin embargo, no parece ser la fundamental al evaluar las prácticas grupales (o la psicopsicología, o la psicología de grupos, que aluden a campos similares). Será otro tipo de criterios, de orden ético e ideológico aquellos con los que se puede evaluar dichas prácticas.

2.4. La crítica psicoanalítica.

La posición tomada por el psicoanálisis frente a las prácticas grupales no ha dejado de ser compleja, ni en el origen de las mismas, ni posteriormente.

Un primer elemento crítico lo plantearía Freud cuando negaba la posibilidad de que el método psicoanalítico pudiera lograrse mediante situaciones grupales (como era el caso de diversos aspectos en la medicina: el médico –maestro, docente– hace, muestra, practica frente a los futuros profesionales, que asisten a sus enseñanzas). Por el contrario, el ‘entrenamiento’ psicoanalítico exigía el propio análisis del aprendiz. Esta oposición de hecho a las prácticas grupales tuvo diversas derivaciones, entre las cuales no es desdeñable que el creador del psicoanálisis no se ocupara nunca de nada parecido a una práctica grupal. Se ha señalado que ninguno de los tres ‘grandes’ del psicoanálisis, Freud, Klein ni Lacan se mostró de acuerdo con las psicoterapias grupales como modo psicoanalítico de intervención (el caso de Lacan es el más diáfano, como veremos). Sin

embargo, sería desde las hipótesis freudianas como se revelarían los desarrollos más fructíferos sobre grupos.⁸³

En todo caso, el primer antecedente de la posición psicoanalítica frente a lo que puede denominarse como una psicología de los grupos estaría fechado en 1921, cuando Freud publica su “Psicología de las masas y análisis del yo”, donde realiza una especie de precrítica psicoanalítica de la psicología social –al decir de Lourau–, allí Freud comenta a Le Bon y Mc Dougall. Si bien Freud apuntaba a la psicología social en general y no a los pequeños grupos, posteriormente sus tesis fueron muy utilizadas en cuanto a estos últimos. En todo caso, puede retenerse dos de sus diversas tesis en el texto mencionado: a partir del análisis y relación entre ‘estados’ como la hipnosis, el enamoramiento, la neurosis y la masas, Freud propone, por una parte, que para nada el hombre puede ser considerado como un ‘animal gregario’ (antes bien, dirá, es un ‘animal de horda’), y por otra, que en los vínculos sociales (en la masa, en los grupos) es la relación con el líder el elemento fundamental y no las relaciones entre los iguales. Estos dos argumentos pueden ser suficientes para enmarcar la cuestión.

Ahora se trata de ver las posiciones que fueron tomando los psicoanalistas frente a la psicología de los grupos, o a las prácticas grupales. Lourau realiza una distinción que parece muy interesante entre los psicoanalistas que no participaron en la experimentación con grupos y aquellos que sí lo hicieron. Entre los primeros se trató del rechazo claro y simple. Si bien se argumenta desde una cierta ortodoxia freudiana, también había factores institucionales referidos a los conflictos de los diversos grupos de las asociaciones psicoanalíticas. Es el caso de Jacques Lacan, que realizaría una crítica muy dura a las prácticas grupales. En cuanto a los psicoanalistas que sí participaron en experiencias grupales su análisis es más matizado, si bien comparten un enfoque que denuncia los efectos mistificadores o encubridores de muchos métodos grupales. Entre ellos, como veremos, se encuentran investigadores como J.-B. Pontalis, Didier Anzieu, y algunos otros.

⁸³ Un análisis pormenorizado de la compleja –y contradictoria– relación entre el pensamiento psicoanalítico y las prácticas grupales puede verse en el texto de Kaës, donde el autor aborda los postulados freudianos como elementos básicos para una teoría psicoanalítica del grupo (Kaës, 1993).

Las consideraciones de Lacan.

La crítica que realizara Lacan a los métodos grupales es radical y sin lugar a dudas. Baste como ejemplo lo que afirma en su artículo “L’Etourdit” (“El atolondradicho”), de 1973, donde se refiere al efecto de grupo en tanto proceso anclado en lo imaginario, y nunca en lo simbólico. Si bien su crítica intenta mostrarse “ortodoxa”, en realidad expresa principalmente gran parte de la polémica establecida por él mismo contra el revisionismo freudiano vigente en los EE.UU.: la llamada “psicología del yo”. En ese sentido puede entenderse que parte de esa crítica (y de otras que se han hecho tanto desde posiciones lacanianas como otras “ortodoxas”) apunta menos a la prácticas grupales que al contexto teórico e ideológico en el que surgieron esas prácticas.⁸⁴ En todo caso, cabe una precisión: si bien Lacan dirigía sus críticas tanto a la clínica de los grupos como a la antropología y a la psicología eso no sería obstáculo para que reconociera con toda claridad los aportes de Bion.

Pero antes de abordar esas opiniones de Lacan, que constituyen su toma de posición más conocida, veamos un texto anterior, de 1947, donde se aproxima a la cuestión de una manera muy diferente: “La psiquiatría inglesa y la guerra” (1947), donde analizará el “uso a escala colectiva de las ciencias psicológicas”.

Lacan relata la experiencia psiquiátrica inglesa y reconoce, sin ambigüedad, su papel tanto en las tareas de la guerra propiamente dicha, como en la posguerra. Se extiende en el análisis de los diversos mecanismos de selección perfeccionados en esos años, tanto de los combatientes como posteriormente, en la recomposición del tejido social. Así, desde las neurosis de guerra, traumas diversos, psicosis, a los ‘dullards’ (lerdos, débiles), tanto en la asistencia como en labores consultivas y preventivas. Destacará el papel de las técnicas de grupo implementadas por Bion y Rickman, reconociendo el carácter creativo de su trabajo. El análisis de los fenómenos grupales es

⁸⁴ “Cuando Lacan ironiza sobre ‘el poema sociológico del yo autónomo’ ataca a la antropología cultural en general tanto como a la clínica de los grupos, ya sea de Moreno, de Lewin o de Rogers. ‘Managers del alma’ son tanto los sociólogos y etnólogos discípulos de Kardiner, Linton o Karen Horney, como los psicopsicólogos que se ocupan de formación o intervienen en la industria, en muchos países de América y Europa. [...] Es sabido que algunos antropólogos culturalistas, como Kardiner, justifican en gran medida la violencia de ciertas críticas freudianas ‘ortodoxas’”. [...] Es cierto que, en nombre del freudismo, no se puede menos que rechazar la noción de un ego confundido con el superyó como instrumento ‘de adaptación’ al medio social; no se puede menos que desconfiar de las críticas dirigidas a Freud en nombre del conductismo y que llevan a proclamar que la psicología del yo debe suplantar la psicología del ello. El pragmatismo tiene, sin duda, sus exigencias; pero la ciencia también tiene las suyas” (Lourau, 1970, pág. 210-211).

extenso y prolijo, y enfatiza en la relación que establece en relación a la ‘moral de grupo’, el ‘espíritu de cuerpo’, en relación con la curación de los síntomas.

Se trata de una crónica de lo que hubo de afrontar Inglaterra –y Francia– en la segunda guerra mundial, y también de una reflexión teórica desde la perspectiva psicoanalítica. Atento a los movimientos ideológicos y científicos, Lacan señala la cooperación de diversas disciplinas a partir de la gigantesca experiencia colectiva que significó la guerra.

Y analiza diversas derivaciones “del uso a escala colectiva de las ciencias psicológicas”. Este hecho no se habría debido solamente a la presencia de numerosos psicoanalistas entre los psiquiatras ingleses, sino al hecho de que los psiquiatras habían sido influidos por “la difusión de los conceptos y de las modalidades operatorias del psicoanálisis”.

Señala, por otro lado, que “disciplinas apenas aparecidas en nuestro horizonte, como la *psicología* llamada *de grupo*, han llegado en el mundo anglosajón a una elaboración suficiente para expresarse en la obra de *Kurt Lewin*, nada menos que en el nivel matemático del análisis vectorial” (pág. 14).⁸⁵

A partir de estas premisas Lacan relata extensamente las experiencias realizadas por Bion y Rickman en hospitales militares, para lo que se apoya en entrevistas realizadas con ambas y en un artículo de ambos (“Tensiones intragrupo en la terapia. Su estudio como tarea del grupo”). Su reconocimiento es explícito: “Encuentro ahí la impresión del milagro de los primeros freudianos: encontrar la fuerza viva de la intervención en el mismo callejón sin salida de un situación” (pág. 15).

Describe con rigor las concepciones de Bion sobre los grupos, y puntualiza dos cuestiones básicas: la presencia del enemigo común (la neurosis), y un jefe, que limite las debilidades de sus hombres y sea capaz de sostener las situaciones que se presenten. En cuanto al enemigo común, esta vez, es ‘interior’ (intrasubjetivo), y se opone a su curación, será necesario tomar conciencia de ello. Aquí reside la intervención del psicoanalista, que tratará los obstáculos que se oponen a la toma de consciencia como

⁸⁵ Lacan realiza aquí un explícito reconocimiento de las elaboraciones de Lewin, si bien no referidas al contenido propiamente de los conceptos lewinianos, sino en cuanto a su pretensión de cientificidad.

resistencia (o desconocimiento sistemático), algo visto en la cura individual. Esta vez se realizará en el grupo.⁸⁶

La comparación con la situación analítica no deja de ser incisiva: “En la situación descrita, *Bion* tiene más dominio sobre el grupo que el psicoanalista sobre el individuo, ya que, por lo menos de derecho y como jefe, él forma parte del grupo. Pero, justamente, esos es de lo que el grupo no se da cuenta. Así el médico deberá pasar por la aparente inercia del psicoanalista, y apoyarse en el único apoyo que de hecho le es dado, el de tener al grupo al alcance de su palabra” (pág. 15).

El trabajo del médico-psicoanalista consistirá entonces en “hacer que el grupo tome consciencia de sus dificultades en cuanto tal”, hasta que cada miembro pueda evaluar los progresos, y concluya la experiencia terapéutica grupal.⁸⁷

Después de una cuidadosa descripción por los avatares del grupo realizado por Bion –relatado en el artículo mencionado–, Lacan considera que el principio de una cura de grupo se funda “sobre la prueba y la toma de consciencia de los factores necesarios para un buen *espíritu de grupo*”. Y destaca la originalidad de esta cura, realizada en los países anglosajones por diversas vías e intentos. En la descripción de otras experiencias de la psiquiatría en hospitales militares también menciona el psicodrama de Moreno, al que incluye entre las psicoterapias de grupo, de filiación psicoanalítica, indicando que se trata de un método catártico.

⁸⁶ “Ahora bien, en un teatro de guerra ¿qué hay que hacer para que de este agregado irreductible llamado ‘compañía de disciplina’ [un servicio de reeducación militar...], surja una tropa en marcha? Dos elementos: la presencia del enemigo que suelde al grupo frente a una amenaza común, –y un jefe, al que el conocimiento de los hombres permita fijar, con la mayor proximidad, el margen a dar a sus debilidades, y que pueda mantener el límite con su autoridad, es decir, que cada uno sepa que una vez asumida una responsabilidad no se ‘desinfla’. El autor es un jefe tal en el que el respeto por el hombre es consciencia de sí mismo, y es capaz de sostener a cualquiera donde sea que él esté. En cuanto al peligro común ¿no está en esas mismas extravagancias que hacen desvanecer a toda razón de la estancia allí de estos hombres, oponiéndose a las condiciones primeras de su curación? Pero es menester hacer que tomen consciencia de ello. Y aquí es donde interviene el espíritu del psicoanalista que va a tratar la suma de los obstáculos que se oponen a esta toma de consciencia como esta *resistencia*, o este desconocimiento sistemático, cuya maniobra aprendió de la cura de los individuos neuróticos. Sin embargo, aquí él va a tratarla a nivel del grupo” (pág. 15).

⁸⁷ “Sobre este dato [el poder de la palabra del psicoanalista], él se propondrá organizar la situación para forzar al grupo a tomar consciencia de sus dificultades de existencia como grupo, –luego a hacerlo cada vez más transparente a sí mismo, hasta el punto que cada uno de sus miembros pueda juzgar de manera adecuada los progresos del conjunto, –visto que para el médico el ideal de tal organización está en su perfecta legibilidad, tal que pueda apreciar en todo instante hacia qué puerta de salida se encamina cada ‘caso’ confiado a su cuidado: retorno a su unidad, reenvío a la vida civil o perseveración en la neurosis” (pág. 16).

Las experiencias grupales realizadas por Bion y Rickman a fin de luchar contra los efectos de la guerra en los militares a su cargo, le sugieren un comentario esperanzado: se trataría de una “mirada nueva que se abre sobre el mundo”. Sin embargo, se expresa aquí la complejidad de los análisis de Lacan: el reconocimiento no implica, para nada, aceptación sin más. Ese reconocimiento a las posibilidades nuevas que abrían esas experiencias grupales, esas actividades de recuperación tanto de las tropas como de la sociedad civil, esa reconstitución del tejido social que se podía vislumbrar, no era ajena a otro tipo de argumentaciones: el uso, el destino de esas nuevas ‘fuerzas’ descubiertas en los métodos grupales.

Será a través de un análisis sobre los diversos métodos psicológicos de selección, utilizados por los militares en tiempos de guerra, pero también por la sociedad civil posteriormente (y en EE.UU. por la industria, ya antes de la guerra – Lacan menciona el caso de organizaciones como la Hawthorne–) que la psiquiatría implementaría sus nuevos conocimientos. Previamente, Lacan ha esbozado el futuro que supone para la psiquiatría en lo que se llamaría ‘área psiquiátrica’, es decir, el conjunto de acciones tanto de asistencia como de prevención y planificación en relación con el conjunto de la población.

Al final, Lacan realiza una dura advertencia sobre el desarrollo de medios de actuación ‘sobre el psiquismo’ que auguraban ‘nuevos abusos de poder’: “Pienso que esta guerra ha demostrado suficientemente que no es de una indocilidad demasiado grande de los individuos de donde provendrán los peligros del porvenir humano. Está claro desde entonces, que los oscuros poderes del *superyó* se coaligan con los más cobardes abandonos de la conciencia para llevar a los hombres a una muerte aceptada por las causas menos humanas, y que todo lo que se presenta como sacrificio no por ello mismo es heroico. Al contrario, el creciente desarrollo, en este siglo, de los medios para actuar sobre el psiquismo una manipulación concertada de las imágenes y de las pasiones, de las que ya se ha hecho uso con éxito contra nuestro juicio, nuestra firmeza y nuestra unidad moral, darán lugar a nuevos abusos de poder” (pág. 26).

Habida cuenta de este comentario final, y que prefigura las posiciones que el autor mantendría años después, su relato y apreciaciones acerca de la psiquiatría inglesa y de la psicoterapia de grupo son las relatadas. Es significativo que estas consideraciones claramente favorables acerca de las prácticas grupales daten de 1947. Ese año se fundaba el Centro de Investigación de Dinámica de grupos –Lewin había

muerto el año anterior–, y concomitantemente, Enrique Pichon-Rivière comenzaba sus experiencias grupales –los primeros “grupos operativos”– en Buenos Aires. Hay que señalar esta posición favorable de Lacan en esos años, que testimonian que “los grupos” tenían un considerable poder para convocar opiniones y voluntades a su favor. En todo caso, hay que señalar también que su análisis no estaba solamente motivado por las esperanzas puestas al final de la guerra, también sus sospechas de hacia dónde podían ir los derroteros de la psicología (psicología general, psicología social, de grupos, etc.) y de la psiquiatría no iban para nada desencaminados, como pudo verse veinte años después.

Otra sería la posición de Lacan hacia fines de los 60 y principios de los 70. Por una parte su experiencia en el movimiento psicoanalítico (en la asociación psicoanalítica internacional primero, luego en las diversas organizaciones que se reunían a su alrededor), y por otra el propio desarrollo y vicisitudes de las técnicas grupales (y más en general, de la psicología social) le llevarían a una posición radicalmente crítica.

Así lo expresa en el texto de 1973, “L’Etourdit” (traducido como “el atolondrado” o “el atolondradicho”), donde se refiere a los “efectos de grupo”: “sopeso el efecto de grupo según lo que añade de obscenidad imaginaria al efecto de discurso”. Según Kaës esta proposición habría tenido “como efecto (de grupo) cerrar la investigación sobre grupo para toda una corriente del psicoanálisis, al denunciar los efectos de grupo en lugar de proponerlos para el análisis (1993, pág. 86). Probablemente sea así, en todo caso, puede verse el alcance que daba Lacan a esa crítica a los efectos de grupo:

“Lo mío parece una empresa desesperada (lo es por el hecho mismo, en ello reside lo desesperado) porque es imposible que los psicoanalistas formen grupo. No obstante, el discurso psicoanalítico (es mi desbroce) puede precisamente fundar un vínculo social limpio de toda necesidad de grupo.

“Como saben que no me ando con miramientos cuando se trata de resaltar un apreciación que, pese a merecer un acceso más estricto, debe prescindir de él, diré que sopeso el efecto de grupo según lo que añade de obscenidad imaginaria al efecto de discurso. Este decir poco asombro causará, espero, puesto que es históricamente cierto que la entrada en juego del discurso analítico abrió las vías a las prácticas llamadas de grupo y que estas prácticas sólo promueven un efecto, valga la palabra, purificado del

propio discurso que las permitió. En esto ninguna objeción a la práctica llamada de grupo, con tal de que esté bien indicada (no es mucho decir).

“La presente observación respecto del grupo psicoanalítico es a la vez lo que en él funda, como siempre, lo real. Lo real es esa obscenidad misma: así entonces de ella ‘vive’ (entre comillas) *como grupo*. Esta vida de grupo es la que preserva la institución llamada internacional, y lo que intento proscribir en mi Escuela, contra las reconvenções que recibo de algunas personas con dones para proferirlas.

“Lo importante no es eso, ni tampoco el que sea difícil para quien se instala dentro de un mismo discurso vivir de otra manera que no sea en grupo; lo importante es lo que ahí se convoca, a saber: el baluarte del grupo, la posición del analista tal como queda definida por su discurso mismo. El objeto a, en cuanto a la aversión que lo enfrenta al semblante donde lo sitúa el análisis, ¿podría sustentarse con otro consuelo que no sea el grupo? Ya he perdido bastante gente; sin amargarme, y siempre dispuesto a que otros me enmienden la plana...”(Lacan, 1973, pág. 46).

Como siempre, los textos de Lacan contienen múltiples señalamientos y sugerencias y además, eso es dicho en pocas palabras. La imposibilidad de los psicoanalistas en formar grupo, a menos que claudiquen de aspectos fundamentales de su hacer, la posibilidad de fundar vínculos sociales que escapen a los efectos alienantes del grupo, el reconocimiento de que fue el propio psicoanálisis quien abrió las puertas a las prácticas grupales, si bien éstas no mantienen los postulados psicoanalíticos en su realización, son varios de los temas aludidos. El baluarte del grupo como forma habitual de resolver la conflictiva a que se enfrenta el analista, el grupo como consuelo, también constituye otro aspecto del asunto. Es verdad que la cita realizada está descontextuada, lo que obstaculiza su comprensión cabal; cabe señalar que la intención es puntualizar las apreciaciones de Lacan sobre los grupos y los efectos de grupo. Si bien esta posición es mayoritariamente asumida por la mayoría de los psicoanalistas de esa perspectiva, también es cierto que hay –al menos en Argentina–, algunos desarrollos de analistas lacanianos que promueven prácticas de grupo, manteniendo las tesis de Lacan. Por otra parte, hay que tener en cuenta que la perspectiva psicoanalítica elaborada por Lacan ha tenido una gran influencia no sólo en el contexto psicoanalítico sino también entre diversas corrientes grupalistas (psicoterapia psicoanalítica de grupo, psicodrama psicoanalítico, etc.).

El “efecto de grupo” es relacionado por Lacan con su concepción del yo como lugar de las identificaciones imaginarias del sujeto⁸⁸; el yo nunca podrá ser otra cosa que la cristalización de la historia de las posiciones que determinaron en el sujeto su sujeción al deseo de otros. En este sentido, el yo se constituye en forma alienada, como un efecto de desconocimiento de sí a través del reconocimiento del otro.⁸⁹

En su constitución, el yo genera una ilusión que reduce al sujeto a esta conciencia del yo y que contribuye a mantener inconscientes las determinaciones por las que el sujeto ha sido constituido a partir del discurso de otros. En la “Introducción al comentario de Jean Hyppolite”, Lacan dice: “El yo del que hablamos es absolutamente imposible de distinguir de las captaciones imaginarias que lo constituyen de cabo a rabo, en su génesis como en su estatuto, en su función como en su actualidad, por otro y para otro” (1966, pág. 359). En otras palabras, el yo no es el sujeto, sino el lugar de las identificaciones imaginarias; se trata de una discordancia fundamental entre el sujeto y el yo.

En consecuencia, el yo no es el eje del discurso, la conciencia no es transparencia sino una función relacionada con la captura imaginaria del yo; su función es de desconocimiento; y es forjado por identificaciones imaginarias. Así, “para el lacanismo todo trabajo con el yo es apostar a la coartada de lo imaginario, conduciendo al análisis a un desvío del campo simbólico” (Hornstein, 1988, pág.50).

Desde estas proposiciones, se comprende la polémica que estableció Lacan con todas las concepciones que abogan por una colocación del yo en el centro de la situación, tal como sucedía con muchas de las prácticas grupales.

Ahora bien, las proposiciones de Lacan, complejas y propiamente referidas a cuestiones de la teoría psicoanalítica han sido contestadas desde diversos puntos de vista psicoanalíticos (y que no se inscriben en la psicología del yo). Uno de los ejes principales de esta contestación puede ser resumida así: “Reducir al yo a una función adaptativa supone retroceder a una psicología prefreudiana, pero tildar al yo de imagen

⁸⁸ Así describe Kaës al yo del que habla Lacan: “...el yo es la distancia que separa al sujeto de su verdad, condensa todos sus ideales, todas sus imágenes de lo que quiere o piensa ser [yo ideal e ideal del yo]; el yo se objetiva en sus imágenes, y éstas son el efecto de lo que resulta insoportable en la prueba que hace de su falta de ser; en su relación con el lenguaje, en su deseo y su verdad [el yo está capturado en su propia imagen especular]” (1993, pág. 87).

engañoso condenada al desconocimiento implica subestimar su función dinámica y condena a una teología del deseo” (Hornstein, 1988, pág. 51). El postulado de que no es posible ninguna relación entre el yo y el sujeto (es decir, entre el yo-sujeto del enunciado y el sujeto de la enunciación) implicaría una simplificación del problema.⁹⁰ En todo caso, esto no obsta para reconocer la justeza de las críticas de Lacan a la “ego-psychology” en tanto esta pretendía convertir al yo en sucesor de la antigua razón.

Retomemos nuestro eje principal, que se refiere a las prácticas grupales, y la crítica de Lacan referidas a los “efectos de grupo” en tanto efectos imaginarios. Es importante reseñar aquí la opinión de Kaës, quien dice:

“El efecto imaginario del discurso es la forma imaginaria de su yo que el sujeto impone al otro, con el que se identifica. No es más que el representante de un significado reprimido cuya referencia está oculta y perdida en la obscenidad de la imagen o de una palabra que lo representaría por entero.

El efecto de grupo fija, reforzándola, la función esencial de desconocimiento adherida a las formaciones de lo imaginario, y el grupo se constituye, para él y con su concurso, en virtud de sus efectos miméticos y alienantes, en el mismo registro. Pero Lacan nunca ha dicho nada que diera a entender que esto imaginario se pudiera simbolizar, que fuera el lugar de algo distinto de un aumento de alienación. Se pasa de una verdadera cuestión de principio rebelde a cualquier puesta a prueba. *Eppur, si muove...*” (Kaës, 1993, pág. 87).

Es decir, se tratará de una verdadera cuestión: las posibilidades (o imposibilidades) de que la participación en un grupo determinado produzca efectos de simbolización o sólo se permanezca en el registro imaginario. La cura entendida como efecto de simbolización, elaboración, etc., o por el contrario, como una ‘acomodación’ del yo, una alienación siempre renovada. Tal sería la disyuntiva en cuanto a la psicoterapia de grupo.

⁸⁹ Puede verse un excelente análisis del lugar otorgado al yo en las construcciones lacanianas y su discusión con la “ego-psychology” en el texto de Hornstein, “Cura psicoanalítica y sublimación”, 1988. El autor realiza una evaluación crítica de estas teorizaciones de Lacan.

⁹⁰ “Entre el yo especular, forma imaginaria de Lacan, y el yo autónomo de Hartmann hay oposición teórica. La dificultad consiste –más allá de la lucha de escuelas– en que en el funcionamiento psíquico esta bipolaridad existe en el seno de la misma instancia” (Hornstein, 1988, pág. 53). Y también: “El análisis del yo no es la psicología del yo” (pág. 71), en una referencia al texto de Freud, “Psicología de las masas y análisis del yo”, donde se sitúa claramente al yo como instancia psíquica subordinada a los movimientos pulsionales.

Parece importante remarcar el contexto en que se daban estas hipótesis de Lacan, pues constituye el eje de esas polémicas referencias a los grupos: derivan de su crítica a las concepciones de un yo autónomo, y todas sus derivaciones. Crítica a la ‘psicología del yo’ (perspectiva psicoanalítica hegemónica en EEUU) en tanto ésta postula la preeminencia del yo sobre las instancias del ello (y del superyó), y un rechazo de la concepción –estrictamente freudiana– acerca de la división (Spaltung) del sujeto –entre su deseo inconsciente y sus elaboraciones yoicas–; en definitiva se trata de una crítica a esa propuesta adaptativa u ortopédica de la terapia analítica. Es en ese contexto donde hay que situar la posición de Lacan.⁹¹

Por otra parte, no se puede dejar de reconocer en esa posición crítica argumentos de orden similar al mantenido por los autores anteriormente nombrados, vistos los desarrollos y ‘aplicaciones’ de los métodos grupales. Es decir, cabe encontrar cierto parentesco entre las críticas que hemos visto de autores como Lourau, Herbert, etc. y estas concepciones de Lacan acerca del yo y consecuentemente acerca del grupo.

Los aportes de Pontalis (la dimensión imaginaria de los grupos).

Posiblemente los trabajos críticos de Pontalis han podido ser compartidos por investigadores no psicoanalistas. En tres textos, el autor resume su posición frente a los grupos: “Un nuevo curandero: J.L. Moreno” (1954), “Las técnicas de grupo: de la ideología a los fenómenos” (1958) y “El pequeño grupo como objeto” (1963).

En el primer texto, “Un nuevo curandero: J.L. Moreno”⁹², Pontalis realiza una crítica sin concesiones a las doctrinas de Moreno. El primer tema que aborda es el de la “espontaneidad” (Moreno había comenzado sus experiencias en Viena creando un “teatro de la espontaneidad”). De ahí surgiría el modelo: el teatro de la espontaneidad se transformaría en teatro terapéutico: “Mediante el recurso del juego dramático, Moreno descubría el poder catártico de la expresión. Le quedaba por crear sistemáticamente

⁹¹ Además de los tres artículos citados pueden verse otras alusiones a los grupos en el “Acta de Fundación de la Escuela francesa de psicoanálisis” (1964) y “Carta de disolución de la Escuela freudiana de París” (1980). Para un abordaje general sobre la cuestión del yo en la conceptualización de Lacan: “La agresividad en psicoanálisis” (1948), “El estadio del espejo como formador de la función del yo (je) tal como se nos revela en la experiencia psicoanalítica” (1949); “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis” (1953), todos ellos en “Escritos”. También “Seminario II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica” (1954-1955).

⁹² Este artículo fue publicado inicialmente en “Les Temps modernes”, en 1954, nro. 108. Pontalis era director de la revista.

situaciones que permitieran a los sujetos más que una verbalización de sus conflictos: su expresión total. El psicodrama había nacido” (1954, pág. 198).

El reconocimiento de la lucidez de Moreno en encontrar ese medio de expresión de los conflictos, de su idea de síntoma y en fin, su propia ‘técnica terapéutica’ no obsta –o quizá justamente sea por eso– para mitigar la crítica.⁹³ Pontalis criticará que el psicodrama consiste en “hacer pasar conflictos reales al plano del juego, o sea, de lo imaginario”. Lo mismo sucede con el intento de “liberar al adulto de las conservas culturales”, a través de un “optimismo, teñido de Rousseau y Bergson, que inspira a esta apología de la espontaneidad-creatividad”.

Pontalis es rotundo al denunciar esta ideología de la cooperación y de las buenas intenciones de Moreno: considera que para él “todo el mal proviene del formalismo de las instituciones, de la fecundidad de los estereotipos”. Y caricaturiza, diciendo que se trataría de algo así: “¡Libertemos, recuperemos nuestras felices espontaneidades y todo lo que nos divide se desvanecerá en apariencias!”.

La siguiente crítica a Moreno es de orden técnico: “Las psicoterapias no analíticas se preocupan principalmente por un ajuste de un yo y de un medio: juntos deben entenderse bien”. Pero la catarsis –señala Pontalis– se detiene en el camino; el psicodrama no procura ningún recurso para “volver decisiva” la toma de conciencia y ‘aflojamiento’ (distensión) producidos.⁹⁴

El análisis de la función que tienen los roles (‘papeles’) ocupará también la atención de Pontalis: “El papel es el empleo que un sistema social o intersubjetivo, imperativo en sus formas pero inconsciente o desconocido en su estructura, impone a

⁹³ “Reconocer una significación a los síntomas, tratar al cuerpo como órgano de expresión, portador de intenciones, no son puntos de vista nuevos. El psicoanálisis detecta y descifra ese lenguaje primero; desde hace mucho tiempo ha generalizado la idea de enfermedades que hablan [la histeria]. Pero Moreno indica otra cosa: más que localizar el síntoma al término de un circuito, lo vincula a la estructura de un papel. Ese papel tienta al sujeto y lo hace caer en la trampa; pone cada vez más de sí mismo, lo convierte en el emblema de sus insuficiencias; al alienarse en él, hereda todo un modelo de comportamiento. Tanto y tan bien se hunde en él, que se le hace casi imposible salir. [...] Para invertir ese movimiento, no basta con unir el síntoma al pasado ni reconocer su función dentro de la neurosis como lo hace el psicoanálisis; basta abrir una brecha, crear una conmoción que resonaría después en el conjunto del comportamiento; esa es la tarea del psicodrama” (pág. 199-200).

⁹⁴ “...el psicodrama obliga a *representar* más que a *decir*; pero se detiene en el camino. Si el sujeto ve los hilos de la marioneta, si reconoce el papel que desempeña en una situación pretendidamente ‘objetiva’, si hace en fin y sobre todo la experiencia de la complementaridad y del intercambio de los papeles, le es posible también precipitarse, no bien abandona un papel, en otro papel que igualmente lo aliena no bien modificada su situación actual, crear otra equivalente: los elementos cambian; la estructura continúa

cada uno de sus participantes” (pág. 207). La preeminencia otorgada a los roles, y esto no solo en cuanto a la técnica, sino en la misma concepción de la vida social habría llevado a Moreno a su técnica de grupos: “Esta idea de que toda dificultad interior no es sino la resonancia de un conflicto intersubjetivo debía naturalmente conducirlo a ensayar su técnica con los grupos, y eso es el sociodrama; el procedimiento es semejante, pero el objeto se vuelve esta vez una experiencia colectiva, particularmente la interacción conflictual entre grupos sociales” (pág. 208).

Esta concepción de los roles o papeles, elemento primordial en las investigaciones de Moreno, constituye la base tanto del psicodrama como del sociodrama. Y de ahí derivaría el interés de Moreno por los pequeños grupos: la propuesta de una analogía entre el pequeño grupo y la sociedad global.⁹⁵

La tercera crítica se refiere a la “naturalización” de la técnica psicodramática y al “lugar” o “papel” que representa el investigador: “Los pequeños grupos son tributarios del conjunto de la sociedad. Cuando hace su encuesta acerca del establecimiento de Hudson, Moreno –¿candor, hipocresía, tranquilidad de conciencia?– lo considera como una sociedad estanca, no lo pone en relación ni con la ideología ni con el sistema penitenciario norteamericano; ninguna alusión al medio, a la clase, a la educación. La segregación racial se reconoce como un hecho natural; de igual modo, el apoyo que la administración otorga a los encuestadores. La actitud aparentemente benévola de Moreno se hace sospechosa: si se presenta como un aliado de la dirección, ¿cómo lo ven las detenidas? Tiene una ganas de infligirle sus propios conceptos y preguntarle: ¿qué papel representa usted?” (pág. 211).

Aquí se trata de la importancia fundamental que tiene el incluir en el análisis el contexto del grupo y también el análisis de la demanda (lo que se pide o espera de quien realiza la intervención). Moreno parece “olvidar” que –él también– “desempeña un papel” en relación con esa demanda.⁹⁶

siendo la misma. Hasta si permite una toma de conciencia y crea un aflojamiento, el psicodrama moreniano no posee ningún medio para hacerlos decisivos” (pág. 206).

⁹⁵ Pontalis se referirá a la doctrina de Moreno y señalará “los límites de la ‘sociología psicológica’ que pretende encontrar de nuevo al nivel de la conciencia de cada uno la dinámica de una vida social que se está haciendo” (pág. 210).

⁹⁶ Para Lourau se tratará del “tercer elemento del análisis institucional [el primero es el análisis del contexto, el segundo el de la demanda en tanto existe o en tanto se la supone confundida con el requerimiento del personal superior responsable]: la elaboración de la contratransferencia institucional, o análisis de la *demanda de los analistas*” (Lourau, 1970, pág. 213).

Para concluir, Pontalis matiza bastante de sus ácidas críticas a la doctrina moreniana y afirma que “el psicodrama es una técnica interesante que seguramente Moreno no ha agotado”. Antes bien, “en su obra se reflejan, candorosamente abultadas, casi todas las dificultades mayores de la sociología contemporánea, incapaz, de ceñir su objeto”. Y agrega: “Encontraremos en Moreno un ejemplo sorprendente de un método que disuelve lo social en mecanismos psicológicos abstractos, en los que pretende descubrir los resortes secretos de toda vida múltiple (Moreno declara ‘penetrar en profundidad los procesos sociales’), y que intenta en seguida recuperarlos objetivamente por medio de una formación matemática elemental” (pág. 212-213).

Frente a todas estas consideraciones queda en pie sin embargo, la gigantesca difusión que conoció –y que de alguna manera, se mantiene, si bien desde ópticas diversas– la doctrina moreniana, el psicodrama. Parece claro que en este caso, el psicodrama moreniano, en tanto respuesta a la demanda social ha cumplido un cometido fundamental: sus propuestas enraízan con diversos proyectos y anhelos básicos de la sociedad actual. Esto no obsta para denunciar el encubrimiento y mistificación que sostiene sus propuestas.

En el segundo texto, de 1958, Pontalis se referirá a “las técnicas de grupo: de la ideología a los fenómenos”.⁹⁷ Comienza subrayando la confusión entre los hechos observados o interpretados y la ideología (conjunto socialmente determinado de valores y de representaciones) que surge en cualquier tipo de grupo –sea de discusión, de diagnóstico, de psicoterapia–. Esa confusión e impregnación entre hechos e ideología es tal que lleva al autor a considerar que poco queda de los hechos.

Pontalis se opone al “empirismo caótico” que se encuentra en muchas experiencias de grupo, lo cual exige evitar tanto los “supuestos normativos” (bajo formas de hipótesis de trabajo) como los deslizamientos ideológicos: “de otro modo –y ocurre muy a menudo– se llegaría a considerar hechos ‘científicos’ establecidos lo que, en las condiciones de dependencia teórica y técnica en que se opera, no pasa de ser artefacto: vemos una prueba allí donde sólo hay una ideología compartida” (1958, pág. 215). A estas prevenciones, el autor añade una advertencia contra el uso excesivo de los

⁹⁷ Se publicó en un número especial del “Bulletin de Psychologie” dedicado a los grupos, en 1958-1959, nro. 6-9

“modelos”, que si bien se han mostrado fecundos en la investigación, sólo poseen un valor instrumental. Y aquí reside la crítica fundamental de Pontalis: ese valor de instrumento, se pierde en la medida que se transforma en principio de explicación del fenómeno (del grupo).

Detengámonos en este punto del análisis que realiza Pontalis, y que se refiere a la cuestión del “modelo”. Apoyándose en Levi-Strauss, autor poco sospechoso de empirismo y que ha mostrado la fecundidad de los modelos, Pontalis retoma algunas reglas metodológicas del antropólogo, quien después de afirmar que en la investigación la regla principal es que “los hechos deben ser exactamente observados y descritos, sin permitir que los prejuicios teóricos alteren su naturaleza y su importancia”, se refiere a los modelos: “Los modelos conscientes –que llamamos comúnmente normas– figuran entre los más pobres que pueda haber, en razón de que su función que consiste en perpetuar las creencias y los usos más que en exponer sus resortes”⁹⁸. Frente a esto Pontalis apuntará que lo que se denomina “observación” en los pequeños grupos, en general está subordinado al uso de esos modelos o normas, que escapan al análisis.

Toda esta crítica a la confusión entre hechos e ideología, a este empirismo caótico –tal le denomina Pontalis– le lleva a sumarse a las críticas a la psicología social, que en lugar de constituirse como una teoría rigurosa, se propone en cambio como “uno de los elementos del mito social, del esfuerzo desdichado de una sociedad para representarse a sí misma en su totalidad”.⁹⁹

Pontalis cree que la psicología social, al operar con pequeños grupos puede revelar el “aspecto vivido de lo social”, y mediante la experimentación¹⁰⁰ analizar

⁹⁸ Levi-Strauss, “Antropología estructural”, citado en Pontalis, 1958, pág. 215.

⁹⁹ “¿Pero si esta función de las normas se ejerciera al nivel mismo de lo que se cree solamente *observar* en los pequeños grupos? ¿Si cuando afirma no apoyarse sino en un sistema de definiciones destinado a facilitar la exploración de los fenómenos, el análisis de la ‘vida’ de los grupos dependiera de hecho de representaciones, de valores, que, estos sí, escapan al análisis, como si fueran de suyo, al punto de que no siempre se formulan? Entonces daríamos hartos motivos a la crítica que a menudo se dirige contra la psicología social contemporánea: interesa y retiene en segundo grado, como expresión disfrazada de la sociedad en que nace, como una elaboración secundaria que, lejos de dar un análisis válido de cierto nivel de las relaciones sociales, debería interpretarse a su vez como uno de los elementos del mito social, del esfuerzo desdichado de una sociedad para representarse a sí misma en su totalidad. Crítica tanto más irritante cuanto que las investigaciones de psicología social están destinadas en su principio a esclarecer las relaciones interhumanas vividas más allá de las representaciones oficiales que las desfiguran...” (pág. 215-216).

¹⁰⁰ El aspecto “experimental” al que alude Pontalis no se sitúa en la línea lewiniana, sino en la perspectiva clínica, en la clínica psicoanalítica. Quizá pueda utilizarse la idea de algo “experiencial” antes que “experimental”.

diversos determinantes, si bien dejando para la sociología la elucidación sobre la “naturaleza” de lo social¹⁰¹. De todos modos, advierte contra el “mal uso” de la psicología social, consistente en “reducir” la vida social a la psicología; si bien “esa mistificación no se debe al principio mismo de una psicología social”.

Por su parte considera que “conviene primero interrogarse acerca de los presupuestos ideológicos, teóricos y técnicos de las experiencias de grupo – interrogación necesaria y permanente para toda investigación– en que el observador, con su horizonte personal, político y social, se halla tan manifiestamente ligado a la observación” (pág. 216).

El autor recuerda una exigencia, “no perder de vista lo que se está por instituir”.¹⁰² Y se plantea la siguiente pregunta: “¿qué se hace cuando se instituyen grupos de esta clase? Después de lo cual podemos ‘hablar técnicamente’”. Es decir, primero habrá que enunciar los supuestos ideológicos.

Se tratará de esclarecer lo que ha orientado el “saber” concerniente a los pequeños grupos. Así, enuncia cinco determinantes (1958, pág. 218-220):

- a) Una referencia al modelo de la biología (y menciona la perspectiva de Canguilhem, que la entiende como una “teoría general de las relaciones entre el organismo y los medios”).
- b) La idea de que el pequeño grupo “ofrece el ejemplo, por contraste con una organización social impersonal y opresiva, de una unidad plástica con un índice de participación muy elevado; en el horizonte, cabría la esperanza de ver diluirse los conflictos sociales en los ajustes de las personas en los pequeños grupos a los cuales pertenecen”.

¹⁰¹ Pontalis no insiste en las exigencias sociológicas en cuanto al análisis de los pequeños grupos y remite a los análisis de F. Bourricaud para aclarar cuestiones de ese orden, en “El análisis microscópico en la sociología norteamericana contemporánea”.

¹⁰² El autor realiza aquí una puntualización fundamental, que precisa su análisis: “El recurso lenguaje del experimentalismo no debe servir aquí de coartada para tranquilizar al investigador acerca de lo que hace. Asegurándole que se controlan sus variables, lo persuadimos fácilmente de la validez científica de su trabajo pero descuidamos todo ese conjunto no ‘controlado’ que hemos llamado ideología y que desvía toda investigación sobre los pequeños grupos” (pág. 218). En todo caso, y el autor es explícito no se trata de una crítica al “artificialismo” de las experiencias grupales, sino de algo de un orden muy distinto.

c) Un aspecto derivado de la evolución de la psicología: la consideración del individuo, “no ya como un monarca absoluto, sino como el término de una relación, el lugar y el momento de un proceso”.

d) Una derivación del desarrollo económico, que lleva a considerar “factores humanos”, cambios en la dirección de las empresas, experimentar sobre la “moral” en las mismas, etc. “Para alcanzar estos objetivos, los pequeños grupos sirven a la vez de material experimental y de referencia normativa.

e) Por último, lo que el autor considera “motivos propiamente ideológicos” (aunque los otros también lo son): la idea de democracia reducida a la discusión libre. “Prevalencia de la democracia, o al menos de esa concepción de la democracia que la limita a la libre discusión; suponiendo el acuerdo adquirido sobre las instituciones, no se tiende entonces sino a modificar las actitudes para facilitar la cooperación”. Puede señalarse que aquí quedaría denunciado un punto ciego de la psicología, de los métodos grupales.

A partir de las consideraciones anteriores, que pueden suponerse los supuestos ideológicos de las experiencias de grupos, el autor aborda lo que considera los supuestos teóricos y técnicos.

En primer lugar, Pontalis se refiere a la misma noción de grupo. Critica la concepción que postula al grupo como una individualidad (“al grupo le pasa tal cosa”, “el grupo siente”, y también, las “intenciones de grupo”, el “clima de grupo”, “el grupo rechaza tal liderazgo”, etc.). Se trataría de una individualidad, o un gran fantasma. Sin embargo, aun cuando la participación en un grupo pueda provocar ese tipo de ideas en sus integrantes, no implica que el grupo funciona como “función imaginaria”. Ahora bien, lo que asegura de hecho el ser del grupo humano es su función institucional, su lugar en un universo simbólico (y no la ilusión de individualidad que eventualmente pueda darse). El autor ejemplifica con claridad: “Un consejo de administración, antes de ser un grupo de hombres que discuten, es un consejo de administración, o sea una forma de institución que supone por sí sola toda una concepción de las relaciones sociales, de la repartición del poder, del funcionamiento de las empresas. La psicología (pero sin duda habrá que incriminar aquí, más que un proyecto, hábitos mentales) se inclinaría a olvidar esas evidencias y a representarse el conjunto de los pequeños grupos humanos, por ejemplo, sobre el modelo de esas unidades provisionales que forman individuos ligados durante un tiempo limitado por una tarea o un peligro

comunes: patrulla perdida, doce hombres en cólera, exploradores en misión...” (pág. 221).

La crítica de Pontalis es clara, se dirige al postulado que rige muchas prácticas grupales: “la ley de estructuración de un grupo sería inmanente a ese grupo”. Así, “podrá siempre encontrar en sí mismo (en su tipo de liderato, en las relaciones entre sus miembros, etc.) las razones de ser de su desfuncionamiento y en la solución de sus tendencias la condición necesaria y suficiente de su progreso. El grupo, así encarado en su existencia absoluta y no en su dependencia del universo social, asegura vínculos reguladores que garantizan la colaboración. Se repetirá entonces apaciblemente que los grupos de diagnóstico [el T-group, aunque también otras técnicas grupales] no hacen más que ‘aumentar, depurar’ los mecanismos subyacentes a la vida de todos los grupos” (pág. 222).

Se propone al grupo como una “sociedad homogénea”, y se reduce lo social al pequeño grupo.¹⁰³ Y la conclusión es definitiva: “el grupo, como cuadro única de referencias, escapa por principio a toda problemática, a toda discusión” (pág. 222).

Llegado a este punto, el autor afirma que muchas experiencias de grupo oscilan entre un modelo “sociotecnista”, consagrado al ajuste, y otro, “biologista” que no busca en la historia sino una finalidad inmanente, la realización, mediante etapas sucesivas, de un desarrollo del grupo.

La cuestión a la que se ve conducido Pontalis, entonces, es la siguiente: dónde se detiene la ideología y puede decirse que comienza la experiencia? Y encuentra dificultades para encontrar los argumentos en las propias técnicas grupales, ya que están subordinadas a la ideología.¹⁰⁴ El autor recurre a un ejemplo (realizado desde el

¹⁰³ “Deslizamiento significativo: en cada caso hacemos como si los participantes constituyeran una sociedad homogénea, y sólo hubiera que disipar malentendidos, que reparar desgarrones en un tejido social normalmente continuo, que modificar papeles estereotipados o inadecuados. Las condiciones de una plena comunicación estarían llenas de ahora en adelante, y para obtener que quedaran efectivamente satisfechas bastaría con reducir las pantallas imaginarias que bloquean, retardan o confunden un proceso natural” (pág. 222).

¹⁰⁴ “¿Cómo refugiarse en la plaza fuerte de la ‘técnica’ si la técnica, en su proceso y en sus procedimientos, sus fórmulas y las formulaciones de sus adeptos, está dominada por la ideología? En ocasiones suele subyacerse con complacencia la variedad de tendencias (lewiniana, sociométrica, de inspiración psicoanalítica, etc.) en psicología de los grupos. Pero la diversidad de los acercamientos y de los conceptos no es realmente positiva si no traduce la dificultad que tienen los observadores para explicar fenómenos complejos y desconcertantes; de otro modo, no hace más que reflejar las preferencias que cada uno puede sentir por determinada herramienta mental, por determinado vocabulario. Ahora bien, hay una convergencia notable entre las diferentes técnicas de grupo, en cuanto a la función del grupo, el

esquema de la terapia no-directiva de Rogers) y aborda diversas cuestiones: los fenómenos de identificación, la propuesta del “yo fuerte” del líder-terapeuta, y el postulado fundamental: el grupo como único agente de la cura.

A partir de todo lo argumentado, Pontalis aludirá a algunos conceptos freudianos, a fin de completar su crítica a los métodos grupales. Se refiere a las elaboraciones hechas por Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo”, de 1921. Parte de que la sugestión no es un principio explicativo sino un producto. Resulta de los vínculos libidinales entre miembros de la multitud –o sea de las fuerzas que aseguran su cohesión–, que son efecto, ellos mismos, de la relación de cada uno con el líder”. La identificación, el “contagio afectivo”, son pues secundarios a esa relación. Y recuerda la tesis de Freud acerca de la no existencia de nada comparable a un “instinto gregario” primitivo que haría al individuo sentirse incompleto mientras no perteneciera a un grupo.

Este señalamiento de Pontalis no es vano, al contrario, parece evidente que para muchas perspectivas grupales –para muchos psicólogos– cierta sociabilidad operaría como elemento fundamental en el trabajo de un grupo.

Freud nunca aceptó un postulado que afirmara la existencia de un instinto o pulsión social para explicar los vínculos sociales. Pontalis señala que, al contrario, de acuerdo a Freud, el nervio del grupo es la relación con el líder y el sentimiento colectivo que deriva de esa relación.¹⁰⁵

Pontalis aclara que aún cuando se pueda encontrar insuficiente o sorprendente ese argumento de Freud –y señala que fue el mismo Freud quien intentó una de las primeras explicaciones psicológicas sobre el nazismo–, alude a que la existencia en grupo induce identificaciones de variado tipo: “Freud apoya todo su análisis en la descripción manifiestamente sumaria de Le Bon porque allí ve designados en forma acusada, chillona, los efectos del grupo cuando la función de ideal del yo pueden

papel del monitor, la manera en que se representan el proceso en juego, el beneficio que de él esperan. Más allá de las diferencias verbales, que tienden por lo demás a atenuarse notablemente con la difusión (una de las desgracias de nuestro tiempo) del vocabulario psicoanalítico, la teleología continúa siendo la misma” (pág. 223-224).

¹⁰⁵ Pontalis aclara esta lectura un tanto reducida de la posición de Freud. Después de afirmar la preeminencia que otorga Freud a la relación con el líder y la consideración de la relación entre los iguales en un segundo plano matiza: “Esto es esencial y basta para definir todo grupo. Esto dicho, es desde luego necesario reconocer las estructuras de grupo específicas según la naturaleza de las identificaciones” (pág. 227).

desempeñarse plenamente en él (que haya entonces o no líder autoritario, que el grupo, en vez del Jefe, esté cargado de valores positivos, hace que el juego de la identificación todavía sea más flexible y manejable). Ahora bien justamente en el seno de tales grupos [...] se ejercen eminentemente las técnicas de grupos” (pág. 228).

La conclusión es clara: los métodos grupales al uso no pueden captar ni los procesos sociales, que están fuera de su alcance, ni las relaciones interpsicológicas, que sólo perciben refractadas (en analogía con la “censura”) por la ley del grupo. Y Pontalis recalca: “ya lo hemos señalado, el grupo no funciona aquí como institución sino como formación ‘imaginaria’, lo que hace aún más difícil apreciar la significación de los procesos que en él se desarrollan” (pág. 228).

Resumamos la cuestión: en base a las hipótesis freudianas es la relación con el líder lo que determina los procesos esenciales del grupo, y desde ahí se derivarán diversos fenómenos que son efectos de esa estructuración libidinal fundamental, entre ellas las diversas identificaciones, los movimientos de cohesión o dispersión, etc. En consecuencia, centrar el análisis en los procesos derivados implica no llegar a comprender la real significación de los procesos que suceden en el grupo. Si además todo esto se realiza descontextuando al grupo, eliminando su anclaje institucional (consciente o no, manifiesto o no), la dimensión imaginaria del grupo (presente en todo grupo, por otra parte) ocupa todo el panorama, dificultando aún más el proceso de intelección del mismo.

Para finalizar su crítico artículo, Pontalis plantea dos cuestiones: una de ellas, como una suerte de síntesis de lo dicho. Refiriéndose a las experiencias de grupo y a dónde conducen, a qué efectos producen, afirma: “En los casos menos favorables se tiene la sensación, que satisface o exaspera, de iniciarse en el arte de la maniobra [manipulación] psicológica; en los casos medios se aprende a objetivar ciertos mecanismos sin la garantía de que se podrá dominarlos y localizar ciertos rasgos, corriendo el riesgo de dejar escapar todos aquellos que no entran en las categorías (liderato, cohesión, desviación, etc.). Por último –lo diremos en forma deliberadamente aproximativa y no científica–, hay los grupos, a nuestros ojos los mejores, donde se pasa y donde pasa algo” (pág. 228).

La otra cuestión se refiere a las posibilidades que según Pontalis, se ofrecen a las experiencias de grupo: “El equívoco actual de los objetivos que se asignan a los grupos de diagnóstico (aprendizaje del trabajo en equipo, *insight* psicosociológico,

modificación del comportamiento social) es significativo, y tal vez alentador. Porque, si queremos disiparlo y no limitarnos a yuxtaponer fines contradictorios o sin vínculo de necesidad, nos veremos conducidos a liberar las técnicas de grupo de la ideología que las ha suscitado (y a no reducir el deseo de ser reconocido a la satisfacción de ser aceptado por un grupo), a podar los conceptos al nivel de los fenómenos, a ver en el ‘monitor’ el que da interpretaciones y no el que ejerce sugestión –como es necesariamente el caso cuando se presenta, en forma más o menos confesada, como modelo. Entendiéndose, en fin, que a una experiencia válida de psicología de grupo no se le fijará ninguna apertura por adelantado. Tal vez sea, por ejemplo, el descubrimiento por sus participantes de la inconsistencia (en cuanto a sus pretensiones) de la psicología, de la función de coartada y de engaño del pequeño grupo, del carácter irreductible de los conflictos” (pág. 228) Y: “Una técnica no puede favorecer una formación cualquiera, lo que supone en cada campo discusión y descubrimiento, sino cuando, en aquello que le concierne, practica esta discusión que la funda y le abre, al mismo tiempo, los caminos del descubrimiento” (pág. 229).

Hasta aquí las apreciaciones de Pontalis sobre las experiencias de grupo, y su propuesta fundamental: desligar las técnicas de grupo de las ideologías que las suscitaron, y distinguir los fenómenos de grupo de la ideología de grupo.

En su tercer texto “El pequeño grupo como objeto”¹⁰⁶, de 1963, Pontalis complementa y amplía su crítica anterior, pero aportando elementos esta vez en cuanto a una perspectiva psicoanalítica acerca de los grupos.

A partir de la constatación de la extensa difusión de las técnicas de grupo (“Aquí y allá, en la universidad, en el ejército, en hospitales psiquiátricos, entre industriales, estudiantes, pedagogos, con médicos, directores espirituales, padres, se *hace grupo*”), Pontalis se centrará en una cuestión: ¿qué significa hacer grupo?

En primer lugar, señala la dificultad que surge para diferenciar entre la diversidad de enfoques y de técnicas; los especialistas de grupos utilizan deliberadamente fórmulas cada vez más vagas. Si se atiende a la historia del movimiento por los pequeños grupos, también sorprende la diversidad: de las

¹⁰⁶ Se publicó en “Les Temps modernes”, 1963, nro. 211.

influencias –Lewin, Moreno, etc.–, de las técnicas –experimentalista, observación clínica–, de los modelos –matemático, organicista, psicoanalítico–.

Por otra parte, estarían las polémicas doctrinales; pero si bien se comprende que frente a un nuevo objeto de estudios se reactiven diversos debates, inherente a la psicología, acerca de los contactos e influencias entre doctrinas y tendencias diferentes, esos debates aclaran poco; sagazmente, Pontalis sugiere que esa vía puede ser inútil.¹⁰⁷ Ante esta compleja evolución de los métodos grupales, sugiere dejar entre paréntesis la cuestión del sentido ideológico de las técnicas de grupo y centrarse en ¿qué quiere decir “hacer” grupo?

A partir de aquí, el autor desarrollará un extenso análisis de los fenómenos de grupo apoyándose en las tesis de Freud. Señalemos al pasar, que utiliza –aunque sin desarrollarla– la noción de grupalidad (y esto es a principios de los 60...). También realiza una ajustada descripción de las experiencias de Bion sobre los pequeños grupos. En base a la exposición de sus conceptos (grupo de base, supuestos básicos: dependencia, emparejamiento, ataque y fuga, etc.) demuestra cómo analiza Bion la fantasía de la creencia en la existencia del grupo. Ahí residiría la originalidad de Bion, en subrayar cómo el grupo opera, efectivamente, como una fantasía en cada participante. Veamos el propio desarrollo del autor: “...Bion, especialista de dinámica de grupos, habla del grupo –desafiando a Durkheim o a Lewin– como ‘agregado de individuos’ y califica ingenuamente de *fantasía* la *creencia* en la existencia de un grupo como realidad que trasciende los individuos, con los comportamientos y las actitudes que engendra en cada uno, fantasía capaz de traer consigo, al nivel del individuo, algo así como una despersonalización. Bion no se explica acerca de lo que aquí entiende por fantasía, pero es demasiado analista (y kleiniano por añadidura) para asimilarlo a una ilusión que una progresiva experiencia de la realidad lograría felizmente disipar: no cabe duda de que la fantasía es cierta realidad estructurada, actuante, capaz de informar

¹⁰⁷ ¿Para qué tomar ese camino? La discusión, siempre vuelta a comenzar, es en el fondo indiferente a su objeto, simple pretexto para argumentos y contraargumentos. Por eso, desde hace algún tiempo, ha perdido su virulencia. Los mismos que denunciaban ayer las técnicas de grupo como el arma ofensiva de la *human engineering* hacen hoy de ellas el lugar de elección de un aprendizaje para la autosugestión, para poner en tela de juicio las instituciones y las burocracias. [...] Esto nos alienta a poner en adelante entre paréntesis la cuestión del sentido ideológico de las técnicas de grupo: podemos hacer de ellas tantos usos... [...] Se hace grupo; pues bien, admitámoslo. Pero, ¿qué quiere ello decir? Mejor partir de ahí” (pág. 231).

no sólo imágenes o ensoñaciones sino el campo entero del comportamiento humano” (1963, pág. 239).

Y después de recalcar que, obviamente, nadie puede considerar ‘científica’ la definición del grupo como el de un agregado de individuos, ya que es muy cierto que un grupo puede ser objeto de observación o de análisis, Pontalis se refiere a lo que considera la fundamental puntualización bioniana: “La originalidad de Bion sería entonces la de aferrarse a los dos extremos de la cadena: inclusive si, en el campo sociológico, el grupo es una realidad específica, cuando funciona como tal en el campo de la psiquis individual –modalidad y creencia que toda la psicología tiende precisamente a fortificar– opera efectivamente como fantasía” (pág. 239). Y si esta dimensión no es siempre perceptible en los grupos naturales, sí lo es en las experiencias de grupo.

Pontalis reconoce, al igual que Bion, la presencia, en los participantes, de ansiedades primitivas que conducen a experimentar al grupo desde una dualidad (como objeto bueno y objeto malo); el trabajo será a partir de esa dualidad, si bien la síntesis no puede pretender ser lograda totalmente en ningún caso: ¿“maleficio de la vida plural” o “alegrías de la actividad colectiva”?, en todo caso, una feliz síntesis es imposible de lograr, ahí está la carencia fundamental, la división del sujeto. Sólo queda la idealización, sea del grupo, sea del líder.¹⁰⁸

Consecuentemente, Pontalis apunta que el grupo es portador de efectos imaginarios, y esto debido a que se organiza sobre estructuras arcaicas; es por eso que la experiencia grupal, como justamente ha señalado Bion, moviliza ansiedades primitivas o psicóticas.¹⁰⁹

¹⁰⁸ “Los puntos de vista de Bion permiten comprender que tales comprobaciones encuentran su raíz en la naturaleza misma de nuestro vínculo con el grupo. Cuando un grupo está en efecto presente [...], ¿qué esperanzas, qué temores suscita? Cuando se habla de grupo, uno se atiene por lo general a evidencias contrarias –para cada uno de sus componentes es asunto de temperamento, de hora, de filosofía– que denuncia el maleficio de la vida plural o exaltan las alegrías de la actividad colectiva. ¿Contradicción dialéctica fecunda, o escisión irreductible, que suscitaría la ‘fantasía’ de grupo, entre objeto bueno y malo (para utilizar de nuevo los términos kleinianos)? Alternativamente, y sin que una feliz síntesis pueda realizarse jamás, el grupo, o el líder que lo encarna, sería objeto bueno que hay que preservar a toda costa...” (pág. 242).

¹⁰⁹ “El grupo es portador de efectos imaginarios, tanto más lejanos cuanto que se modela sobre estructuras anteriores adquiridas: la de una psiquis como totalidad, la de un cuerpo como envoltura, puro límite entre lo de afuera y lo de adentro, estando constituida la segunda como metáfora de la primera. Por eso la experiencia de grupo, como lo ha señalado Bion, reactiva ansiedades muy ‘primitivas’, induce sentimientos de persecución, de intrusión, de fragmentación” (Pontalis, 1963, pág. 243).

Ahora bien, todos estos elementos mencionados, la dimensión inconsciente a que aluden, dimensión fundamental en el proceso grupal, son los que Pontalis señalará como fundamentales a la hora de analizar una teoría o una técnica de grupo. Su desconocimiento, el hecho de no tomarlos en consideración limita una experiencia de grupo hasta el punto de poder anularla. Además, no sólo se trata de tener en cuenta que hay procesos inconscientes que operan en el seno del grupo, sino de no colocar fuera del campo del análisis su dimensión imaginaria. Esta última puntualización parece dirigida no sólo a las experiencias de grupo en general, sino también para aquellas que incluyen algunos de los puntos de vista freudianos.¹¹⁰

Esta tesis de Pontalis acerca de la dimensión imaginaria del grupo¹¹¹ sería el eje fundamental sobre el que Anzieu desarrollaría, pocos años después, sus diversas conceptualizaciones acerca de los grupos (1969, 1972, 1975). Destaca el hecho de que se trate de un psicoanalista y a la vez psicólogo, que inicialmente adhirió a los postulados de la dinámica de grupos lewiniana. Su crítica a esa perspectiva, y fundamentalmente, sus elaboraciones psicoanalíticas acerca de los grupos le convertirían en el punto de arranque de la “escuela francesa” de psicoanálisis grupal, corriente posteriormente liderada por Kaës (1976, 1982, 1989, 1993, 1994a). La escuela francesa de grupos releva a la escuela inglesa, durante varios años hegemónica en las perspectivas psicoanalíticas sobre los grupos.

No realizaremos aquí ninguna aproximación a las tesis de Anzieu¹¹² ya que, habida cuenta de su importancia, se inscriben en lo que hemos denominado segundo momento epistémico, y nuestro análisis concluye en ese punto. Se trata –lo recordamos– de

¹¹⁰ Al poner el acento en el juego y en la jerarquía de las defensas y al denunciar, como algunos se ocupan de hacerlo, en tal o cual supuesta expresión de angustia una defensa contra una angustia más ‘profunda’, se describen, se reconstruyen *efectos* de grupo sin interrogarse nunca sobre aquello que los determina, sobre la forma imaginaria que suscita su despliegue. No basta descubrir los procesos inconscientes que operan en el seno del grupo, sea cual fuere la ingeniosidad de que entonces pueda darse muestras: no bien se coloca fuera del campo del análisis la imagen misma del grupo, con las fantasías y valores que lleva en sí, se elude de hecho toda cuestión sobre el funcionamiento inconsciente del grupo” (pág. 243).

¹¹¹ Los aportes de Pontalis han constituido también una importante base en la construcción de la crítica epistemológica que realizara Herbert a la psicología de los grupos. Igualmente, ha sido considerado por Lourau como un primer esbozo de análisis institucional realizado desde una perspectiva psicoanalítica. Por último, es uno de los pocos autores mencionados por Pichon-Rivière, además de los clásicos de grupo (Lewin, Moreno).

¹¹² Puede verse las tesis sobre la dimensión imaginaria del grupo en Anzieu, 1975 y en Anzieu, Bejarano, Kaës y otros, 1972. En el último texto, de elaboración colectiva, se encuentran referencias básicas tanto en cuanto a los modelos teóricos como a las formas de intervención.

señalar los elementos contextuales que permitan ubicar las realizaciones de Pichon-Rivière con el modelo grupal por él creado, los grupos operativos.

Hasta aquí se han realizado diversas referencias en relación a la crítica a las prácticas grupales. Se trataba de tener en cuenta el análisis de la demanda que condujo a esas prácticas al preeminente lugar que en ciertos momentos lograron. Para finalizar, vale la pena hacer un breve comentario sobre un estudio que parece haber tenido un considerable eco en todos los autores mencionados. En 1952, F. Bourricaud publicaba un artículo que titulaba: “El análisis microscópico en la sociología norteamericana contemporánea”, donde se analizaba el uso cada vez más amplio de los métodos grupales en la sociología norteamericana. En el artículo se afirmaba que: “El estudio del pequeño grupo sin pasado, sin localización territorial precisa, corre el riesgo de sólo apelar a mecanismos psicológicos abstractos y superficiales, de actualizar los estereotipos y de dejar escapar la profundidad espacial, el espesor temporal de la realidad social”¹¹³ Esa crítica es exponente de las exigencias sociológicas en cuanto al análisis de los pequeños grupos (o grupos restringidos), y donde un eje fundamental – como bien señala Pontalis– pasa por rechazar los intentos de reducir la vida social a la psicología, de ‘psicologizar’ la vida (social, y por ende, singular).¹¹⁴

Es significativo que Pichon-Rivière mencione, tanto a Pontalis y a su artículo de 1958 como al texto mencionado de Bourricaud, en un prólogo a un libro sobre psicoterapia grupal (1963a, pág. 256). Si bien Pichon no realiza más que unas breves referencias, puede tomarse como ilustrativo de su talante crítico frente al uso y promoción de las prácticas grupales ‘al estilo’ norteamericano, su mención a la perspectiva francesa es realizada en 1963.

Una breve mención a la que se ha llamado “escuela argentina de grupos”. Diversos investigadores se han referido a las prácticas grupales desde posiciones cercanas a las expuestas, y pueden ser considerados como formando parte de lo que se ha denominado segundo momento epistémico. Muchos de ellos estuvieron ligados, de una u otra manera, a Pichon-Rivière. Así autores como Langer, Ulloa, Bauleo,

¹¹³ Citado en Pontalis, 1958, pág. 216, y en Lourau, 1970, pág. 220 y sig. El artículo de Bourricaud fue publicado en *Cahiers internationaux de sociologie*, 1952, 13.

¹¹⁴ Un desarrollo similar, si bien desde una perspectiva lacaniana puede verse en: Larriera, 1982.

Kesselman, Baremlitt, Scherzer, De Brasi, Pavlovsky, Espiro, Saidón, Repetto, Fernández, Percia, etc. (una lista rigurosa sería excesivamente extensa, hemos nombrado algunos de las tres generaciones de investigadores).

Capítulo 3. LOS CONCEPTOS FUNDAMENTALES DE KURT LEWIN.

Se asocia el nombre de Kurt Lewin al establecimiento de la psicología social como tal. Es a partir de sus aportes teóricos y metodológicos por una parte, y por otra, del vasto conjunto de investigaciones realizadas por él o sus discípulos, que se habría constituido este quehacer específico, diferenciado desde ese momento tanto de la psicología general como de la sociología.

Kurt Lewin (1890-1947), alemán, judío, emigrado a los Estados Unidos en 1930, procedente de la denominada Escuela de Berlín, se dedicó inicialmente al estudio de la personalidad, y posteriormente al estudio de los grupos y otros fenómenos colectivos. Formado en la perspectiva fenomenológica, en Berlín coincidió con el grupo principal de la Gestalttheorie o psicología de la forma (Stumpf, Wertheimer, Köhler, Koffka), además de Ernest Cassirer. Participó en las dos guerras mundiales, en la primera como soldado alemán, en la segunda como asesor del ejército norteamericano.

Su producción escrita es vasta y heterogénea, desde sus preocupaciones epistemológicas y filosóficas (intentó fundar una “teoría comparada” de las ciencias), a la investigación de los procesos de la asociación y de la voluntad (en su cercanía a los teóricos de la Gestalttheorie), actividades que desarrolló en Alemania. Posteriormente a su exilio, ya en Estados Unidos, desarrolló lo que quizá sea su aporte más conocido, la teoría topológica o teoría del campo, y posteriormente, sus aportes a la teoría de los grupos: la dinámica de grupos. Una de sus preocupaciones fundamentales y que mantuvo durante toda su producción escrita fue la estrecha relación entre teoría y práctica, o entre teoría y aplicación.

Comenzaremos con una aproximación a sus criterios epistemológicos, los que han gravitado enormemente en toda su producción. Estos criterios no sólo han determinado la forma en que concibe la estructura de la psicología, sino también sus hipótesis sobre los grupos. Posteriormente se expondrá los aspectos fundamentales de la

teoría topológica o teoría del campo. Por último, se realiza un análisis de sus construcciones teóricas referidas a los grupos.¹¹⁵

Cabe agregar una mención a un elemento fundamental en cualquier obra científica. Es significativo que un autor cuyos aportes han sido fundamentales, y no sólo en cuanto a las teorías grupales sino a la propia constitución de la psicología social no haya sido traducido de forma amplia. Su obra, si bien dispersa –Lewin nunca escribió un tratado o algo parecido– apareció en diversas publicaciones periódicas, y fue editada como obra completa en 1981, en alemán. En castellano fue traducido uno de sus textos principales, “Dinámica de la personalidad”, en 1969; su otro gran texto, “La teoría del campo en la ciencia social”, en 1972. En 1991 es realizada una compilación de textos iniciales de Lewin dedicados a la teoría del conocimiento (“Epistemología comparada”, una selección de artículos cuyo estudio y traducción ha realizado el investigador español Amalio Blanco). Aún no han sido traducidos dos conjuntos de textos importantes: “Principles of Topological Psychology” (1936) y “Resolving Social Conflicts” (1948). Este último con abundante material proveniente de investigaciones grupales. Como se ha afirmado antes, es significativa esta ausencia de traducciones de la obra lewiniana. ¿Una tradición de lectura que prioriza lo anglosajón, y que no otorga importancia a la lectura en la propia lengua? Seguramente hay razones precisas para la falta de traducciones, sin embargo, no puede dejar de señalarse esta ausencia, más aún cuando los esfuerzos de traducción –realizados desde diversos ámbitos– han sido ingentes, y se ha incluido a diversos autores ‘menores’.¹¹⁶

¹¹⁵ Una aclaración en cuanto a las citas de los textos de Lewin que realizaremos en este como en los siguientes capítulos: los corchetes y subrayados son nuestros. El texto en cursiva corresponde al original.

¹¹⁶ Los textos fundamentales de Lewin:

– 1935. “A Dynamic Theory of Personality” (trad. cast.: “Dinámica de la personalidad”, Madrid, Morata, 1969)

– 1936. “Principles of Topological Psychology”.

– 1948. “Resolving Social Conflicts. Selected papers on group dynamics”.

– 1951. “Field Theory in Social Science. Selected Theoretical Papers” (trad. cast.: “La teoría del campo en la ciencia social”, Buenos Aires, Paidós, 1978).

Recientemente (en 1991) fueron traducidos al castellano algunos artículos iniciales del autor:

– 1911-14. “Conservación, identidad y cambio en la Física y en la Psicología”, publicado en su obra completa en alemán, en 1981.

– 1911-14. “El principio de conservación en la Psicología”, publicada en 1981.

– 1917. “El paisaje de la guerra”.

– 1927. “Ley y experimento en la Psicología”.

– 1928. “Los tipos y las leyes de la Psicología”.

3.1. Criterios teóricos.

En un texto de corte epistemológico titulado “El conflicto entre las perspectivas aristotélicas y galileanas en la psicología contemporánea”, escrito en 1931, Lewin contrasta los modos científicos de pensamiento aristotélico y galileano, y en una elaborada contraposición entre esos modelos, va proponiendo su propia forma de comprender los procesos de que se ocupa la psicología.¹¹⁷ Lewin tomó diversas nociones de la física, y consideraba que si la física moderna se había desarrollado abandonando el modo de pensar aristotélico por el galileano, igual debía hacer la psicología.

Lewin opone al concepto de ley aristotélico el concepto de ley galileano. Para Aristóteles son inteligibles y legales las cosas que ocurren sin excepción –o con una determinada frecuencia–; los hechos singulares, individuales, que ocurren una o pocas veces, no son comprensibles para el pensamiento científico, quedan fuera de su legalidad. O sea, para establecer una ley científica hay que establecer resultados semejantes en un gran número de casos iguales.

En cambio, para Galileo, que el hecho descrito ocurra raramente o con frecuencia no compromete a la ley, el caso puede suceder una o varias veces. Más aún, puede bastar con un solo caso, siempre que represente su verdadera dinámica. Lewin da el ejemplo de Galileo cuando éste estableció la ley de caída de los cuerpos: con un sólo objeto que cayera fue suficiente, no era necesario hacer caer un conjunto amplio y variado de objetos para establecer la ley.¹¹⁸

– 1933. “Carta a Wolfgang Köhler”, publicada en 1981 (este conjunto de artículos han sido publicados en “Epistemología comparada”, Madrid, Tecnos, 1991, en una traducción y estudio de los mismos realizado por Amalio Blanco).

¹¹⁷ El artículo mencionado es el primero de una selección de textos de Lewin, agrupados bajo el título “A Dynamic Theory of Personality - Selected Papers”, 1935 (1ª ed. castellana: “Dinámica de la Personalidad”, Madrid, Morata, 1969).

¹¹⁸ Lo singular, los casos individuales, no pueden ser descartados para el conocimiento científico, lo regular no es el único criterio para establecer una legalidad:

Para el modo de pensamiento aristotélico es fundamental establecer las características de los objetos, lo que permitirá agruparlos en conjuntos similares y luego observar la frecuencia, la repetición y la regularidad de los fenómenos. En cambio, para el modo de pensamiento galileano, no son fundamentales las características de los objetos, sino su relación, el modo en que estén relacionados con otros objetos, o con su ambiente o con su contexto.

Para Lewin, se trata de realizar el trabajo científico en base a estos supuestos galileanos: un acontecimiento depende de la totalidad de la situación en que se dé: “[...] la situación recibe tanta importancia como el objeto. *Sólo a través del total concreto que comprende el objeto y la situación quedan definidos los vectores que determinan la dinámica del acontecimiento*” (Lewin, 1935, pág.39). Ese “total concreto” que componen el objeto y la situación configura la “situación total”, constructo fundamental para comprender el comportamiento de los individuos (en la psicología).

En resumen, para Lewin en psicología no tiene sentido construir leyes en el sentido aristotélico –en tanto éste considera las regularidades y las frecuencias– sino que hay que operar de acuerdo con la óptica galileana, que tenía en cuenta la totalidad de la situación. “Lo que es ahora importante para la investigación de la dinámica, no es abstraer un hecho de su situación, sino descubrir aquellas situaciones en las que los factores determinativos de la estructura dinámica total se manifiestan con más claridad y pureza. En vez de una referencia al promedio abstracto de tantos casos históricamente dados como sea posible, se da la que corresponde al contenido concreto de una situación específica” (pág. 40).

A continuación se exponen las diversas argumentaciones que propone Lewin para comprender los procesos psicológicos.

Los modos de pensamiento aristotélico y galileano.

Lewin plantea que hay una diferencia radical entre los físicos posteriores a Galileo y los físicos aristotélicos, una diferencia en “la concepción de las relaciones que existen entre el mundo y el quehacer del investigador”. Más aún, contrapone los modos

“La rareza histórica no es una antiprueba, y asimismo la regularidad histórica tampoco prueba la legalidad de un hecho. El concepto de legalidad, pues, ha sido completamente desvinculado del de regularidad” (Lewin, 1935, pág. 35).

de pensamiento aristotélico y galileano, y atribuye al abandono de las posiciones aristotélicas y a la asunción de la perspectiva galileana la transformación de la física en una ciencia en sentido estricto. En base a estas premisas, concluye que la psicología deberá recorrer el mismo camino, asumir el estilo de pensamiento científico de la física moderna –es decir, galileano de acuerdo a su interpretación–, para lo cual debe superar el modo aristotélico de pensamiento.

Su análisis de las concepciones aristotélicas se focaliza en lo que considera central: el concepto de ley. Lewin considera que la física aristotélica no se logró desprender completamente de la filosofía y se halla saturada de conceptos axiológicos, o normativos. A partir de diversos esquemas de valor se establecieron diversos tipos de clasificaciones entre los elementos. Lewin reconoce que este modo de pensamiento permitió muchos avances en el conocimiento, pero que se mostró limitado: la importancia de las clasificaciones y el uso de categorías dicotómicas lo demuestran claramente.

Dice que “Para la física aristotélica, la inclusión de un objeto en una determinada clase era de importancia crítica, ya que para Aristóteles la clase define la esencia o la naturaleza esencial del objeto, determinando así su conducta...” (pág. 14). De esta manera, “las clases aristotélicas se hallan definidas abstractamente como la suma total de aquellas características que un grupo de objetos presentan en común. Esta circunstancia es no sólo una característica de la lógica aristotélica, sino que, a la larga, determina sus conceptos de *legitimidad* y *azar*, que me parecen tan importantes para los problemas de la psicología contemporánea como para requerir un examen más detallado” (Lewin, 1935, pág.15).

A partir de aquí, Lewin arriba al concepto de ley. Dice: “para Aristóteles son legales y conceptualmente inteligibles las cosas que ocurren *sin excepción*. Además, y esto lo subraya, son también ordenadas las que ocurren *con frecuencia*. Se excluye de la clase de lo conceptualmente inteligible y se le considera como mero azar aquello que ocurre *una sola vez*, incluyendo hechos individuales” (pág.15). De este modo, considera Lewin, el comportamiento de los objetos estaría determinado por su naturaleza esencial, y esa naturaleza esencial es la clase aristotélica (la suma total de características comunes de un grupo completo de objetos); de aquí se deriva que los hechos particulares, son indeterminados, azarosos. Los hechos individuales, los hechos que ocurren una sola vez, quedan fuera de la legalidad.

El autor insiste: "... el énfasis aristotélico sobre la frecuencia (como una base posterior para la legitimidad, aparte de una regularidad absoluta) representa una tendencia hacia la expresión y aplicación concreta del principio de normatividad. El 'empirista' Aristóteles insiste en que no sólo lo regular sino también lo frecuente son legítimos" (pág.16).

Así, para el pensamiento aristotélico se da una antítesis entre individualidad y ley: "... esto no hace más que aclarar su antítesis de la individualidad y de la ley, para los hechos individuales que radican fuera del hito de lo legal, y por tanto, en un cierto sentido, fuera de la ciencia. La legalidad queda limitada a los casos en los cuales los hechos se repiten y en los que las clases (en el sentido abstracto aristotélico) revelan la naturaleza esencial de los hechos" (pág.16). De esta manera, el concepto de legalidad se relaciona con un alto grado de generalidad, es decir, con sucesos que ocurran con mucha frecuencia; en contraposición con hechos particulares o infrecuentes: Lewin deriva de aquí un rasgo estadístico en esta idea de legalidad.

Además, la regularidad o particularidad es comprendida –al decir de Lewin– en términos históricos (concretos): la frecuencia se refiere a un número determinado de casos semejantes que se han dado en el curso real histórico de los hechos. "Un ejemplo directo aclarará esto: los objetos ligeros, en condiciones normales, suelen ascender, mientras que los objetos pesados suelen descender. La llama, por ejemplo, en las condiciones que Aristóteles conocía, casi siempre se dirige hacia arriba. Son estas reglas de frecuencia, dentro de los límites del clima y de las condiciones que le eran familiares, las que nos determinan la naturaleza y dirección que deben adscribirse a cada clase de objetos, con lo que se llega a concluir que las llamas y los objetos ligeros poseen una tendencia ascendente" (pág.17).

Lewin destaca que la concepción aristotélica de legalidad "presenta un carácter histórico fundamental, una particular significación temporal" (pág.19).

Y finaliza este análisis del concepto de ley, con una reflexión importante, que sugiere algunas problemáticas centrales en las ciencias humanas: "El nivel más alto de legalidad, más allá de la mera frecuencia, se caracterizaba por la idea de lo duradero, lo eterno ($\alpha\epsilon\iota$ contra $\epsilon\pi\iota$ το πολυ´). Esto es, la parcela histórica en la que se había registrado una constancia, por supuesto, quedaba extendida a la eternidad." (pág. 19).

Hasta aquí el análisis que Lewin realiza de la concepción aristotélica de la física.

Veamos ahora sus consideraciones sobre el modo galileano. Si bien el uso de las matemáticas, la exigencia rigurosa de exactitud son características de la física a partir de Galileo, Lewin considera que esos no son los aspectos centrales –en cuanto a la diferencia entre una y otra concepción–. La perspectiva de Galileo –y otros pensadores de su época: Bruno, Kepler– estaba determinada por la suposición de una cierta unidad comprensiva del mundo físico (veremos más adelante que Lewin extiende esta idea a un nivel máximo: su “teoría comparada de la ciencia”, y su aspiración a la unificación de las ciencias lo demuestran).

La homogeneización del mundo físico impide una división de los objetos físicos en clases definidas de manera abstracta (para la física aristotélica la pertenencia de un objeto a una clase determinaba su naturaleza): “la misma ley preside el curso de las estrellas, la caída de las piedras y el vuelo de los pájaros” (pág.20). También la homogeneización del mundo de los objetos físicos trae consigo una pérdida de importancia de las antítesis conceptuales, y un reconocimiento de las gradaciones, la fluidez, etc.: se trata del pasaje conceptual de clase a serie.

El uso de conceptos condicionales y genéticos (o condicionales-genéticos) marca también una diferencia radical entre ambos modos de pensamiento. La diferenciación entre las categorías referidas a los fenómenos tal como aparecen (fenotipos) y las referidas a sus condiciones de aparición (genotipos) y el énfasis en estas últimas, en los conceptos condicionales-genéticos, más que en los descriptivos, hizo que muchas clasificaciones (instrumento básico en la física aristotélica) perdieran valor.

Por otra parte, el uso de conceptos genéticos –conceptos que buscan las lógicas subyacentes en los fenómenos– frente a conceptos descriptivos –que se quedarían en lo aparente– permitió demostrar que fenómenos muy diversos en términos de sus fenotipos no eran sino manifestaciones diversas de una misma ley: “Con la diferenciación entre *fenotipo* y *genotipo*, o más generalmente, de los conceptos descriptivos y los conceptos condicionales-genéticos y el paso del énfasis hacia estos últimos, muchas clasificaciones antiguas perdieron su significación. Los hechos constituidos por las órbitas de los planetas, la caída libre de una piedra, el movimiento de un cuerpo en un plano inclinado, la oscilación de un péndulo, que clasificados de acuerdo a sus fenotipos supondría situarlos de muy distinta manera, e incluso en clases antitéticas, se demostró que no eran sino manifestaciones muy variadas de una misma ley” (pág. 21). Es decir, la ley de la gravedad.

Otro aspecto destacado por Lewin se refiere a lo que denomina “tendencia a una descripción completa de la realidad concreta”. Aquí la contraposición con el modelo aristotélico es clara: “Mientras consideramos como importantes y conceptualmente inteligibles sólo ciertas propiedades de un objeto en cuanto que son comunes a todo un grupo de objetos, las diferencias individuales de grado permanecen irrelevantes, puesto que en las clases definidas de una manera abstracta estas diferencias desaparecen más o menos” (pág.21). Lewin deriva de estas consideraciones la exigencia de un empirismo riguroso.

Por último, y a manera de síntesis, Lewin afirma que “el que el hecho descrito por la ley ocurra raramente o con frecuencia no tiene nada que ver con la ley. En efecto, en un cierto sentido, la ley se refiere sólo a los casos que no han sido realizados nunca o que sólo han sido realizados de una manera aproximada, en el actual curso de los acontecimientos”. Y en un adelanto de lo que constituirá su posición fundamental, afirma: “Sólo en un experimento, esto es, en condiciones artificialmente construidas, ocurren casos que se aproximan a un hecho con el que tiene relación una ley” (pág. 22). Esta última cita muestra con absoluta claridad lo que constituirá uno de los ejes principales de toda su conceptualización: el modo experimental.

Si bien la exposición que hemos realizado hasta aquí es algo extensa, parece importante tener en cuenta lo que Lewin entiende sobre la Física, pues permitirá comprender muchas de sus afirmaciones teóricas y metodológicas posteriores.

Indudablemente, la polémica que propone Lewin con el pensamiento aristotélico es limitada en su alcance; por otra parte, algunas cuestiones como la dimensión histórica, la naturaleza de los objetos, etc., quizá no han sido comprendidos por Lewin en su real alcance. Pero lo central es que nos permite comprender la manera en que Lewin organiza sus instrumentos conceptuales y metodológicos, con los que en definitiva operará en su campo de investigación.

A partir de estas consideraciones sobre los modos aristotélico y galileano referidos a la física, Lewin los hará extensivos a la psicología: es desde estas premisas que analiza la situación de la psicología de su época.

Lewin considera que “los conceptos de psicología (y por lo menos en algunos aspectos decisivos) son completamente aristotélicos en su contenido actual, aunque en muchos aspectos por su forma de presentación tengan algo de ‘civilizados’, por así

decir” (pág. 23). Y agrega: “Las luchas actuales y las dificultades teóricas implícitas en ellas se nos aparecen como algo muy similar, incluso sus detalles, a las que condujeron a la superación del pensamiento aristotélico en física” (pág. 23).

La presencia del modo aristotélico en la psicología será observada por Lewin en los siguientes aspectos:

a) Los conceptos en psicología se elaboran de acuerdo al modelo aristotélico, de ahí, la importancia de la regularidad y de la frecuencia. Los casos individuales aparecerán como fortuitos, y por lo tanto, fuera de interés para la investigación psicológica:

“El hecho individual se manifiesta ante el psicólogo como fortuito, como carente de importancia, como indiferente desde una perspectiva científica” (pág. 23). De este modo, “lo que no ocurre repetidamente permanece fuera de la esfera de lo comprensible”. Esta posición de Lewin, si bien refiere a una actitud metodológica – como se verá más adelante– tiene un alcance mayor: con ella el autor intenta legitimar los procedimientos experimentales.

Lewin retoma una preocupación anterior, que no se había resuelto aún –según su análisis–: la propia legalidad del mundo psíquico, es decir, su legitimidad como posible campo científico. De ahí la preocupación por la frecuencia, por la acumulación de “datos”, por la búsqueda de regularidades.

El problema aparece cuando se trata de fenómenos que no vuelven a repetirse: Lewin ejemplifica esto mencionando la extensión de la psicología de las sensaciones a otros campos, como la voluntad o los afectos –en su terminología–, en estos campos el hecho no vuelve a repetirse –en general–. Y afirma que la extensión del campo de investigación de la psicología depende de la superación y abandono de esa idea sobre la relación entre la frecuencia y la legitimidad del hecho investigado.

Llegados a este punto, el argumento del autor es sutil: “En realidad, cualquier psicología que no reconozca la legalidad como parte inherente de la naturaleza de lo psíquico, y también de los procesos psíquicos [esto es, el pensamiento aristotélico], incluso de aquellos que se producen sólo una vez, tiene que sustentar criterios para decidir, como en la física aristotélica, si está tratando o no con un fenómeno legal” (pág.24).

Así, se abren varias cuestiones: por una parte, la legalidad de lo psíquico, es decir, las condiciones de posibilidad de la psicología, en cualquier fenómeno de ese orden; por otra parte, una cuestión filosófica precisa: puede haber conocimiento científico sobre un caso individual?; y por último, la cuestión de la experimentación.

Lewin apunta que el criterio para decidir si se trata de un fenómeno legal o no está considerado –al igual que en la física aristotélica– por la recurrencia del fenómeno (frecuencia). Es la repetición el criterio fundamental que se utiliza, incluso en la experimentación. Y esto, a los ojos de Lewin, es una “exigencia que retiene un amplio campo de los fenómenos psíquicos de la investigación experimental”, es decir, es una condición que obstaculiza el propio desarrollo de la investigación experimental. Como veremos, Lewin es partidario de la experimentación incluso en una sola ocasión –o en las mínimas necesarias–, la cuestión residirá en otras condiciones del experimento.

b) Clase y esencia. Con algunas referencias concretas a áreas de la psicología (psicología del niño y de las emociones son sus ejemplos) Lewin muestra la vigencia del modo aristotélico cuando se trata de comprender y explicar la conducta. La operación que resulta de derivar la naturaleza de un objeto particular –una determinada conducta de un niño– de la clase abstracta –el conjunto de niños de esa edad, por ejemplo– no permite en absoluto ninguna comprensión seria del fenómeno: cualquier explicación que se diera se refiere a supuestas “esencias” –de tipo aristotélico–.

El uso de la estadística. Una muestra de la vigencia del modo aristotélico –tal como lo ha definido Lewin– lo constituye el uso generalizado de los procedimientos estadísticos en psicología. El autor es claro al respecto: “Con el fin de exhibir los rasgos comunes de un determinado grupo de hechos, se calcula el promedio. Esta media adquiere un valor representativo y se utiliza para caracterizar (como edad mental) las propiedades ‘del’ niño de dos años de edad” (pág.26).

Lewin no se opone aquí al uso de las matemáticas –en realidad será una aspiración suya– sino a lo que supone una forma de su utilización: “esconde” el pensamiento aristotélico que en realidad subyace íntegramente: “Esta es una dificultad con la que la física galileana no tuvo que luchar en cuanto que el pensamiento aristotélico no se hallaba entonces tan atrincherado ni oscurecido en la esfera de las matemáticas” (pág.26).

c) Límites del conocimiento. En la psicología la legalidad es supuesta en una relación estrecha con la regularidad y como antítesis del caso individual. Se acepta una diferencia entre una cierta regularidad y una legalidad estricta, y se acepta como criterio de validez en cualquier proposición una determinada regularidad (aquí la legalidad constituiría el grado máximo de regularidad).

Por otra parte, legalidad e individualidad –hoy diríamos singularidad– están en una relación de oposición. Lewin destaca, insistentemente, en que esa vinculación antitética entre legalidad e individualidad produce una limitación en el propio avance de la investigación científica, ya que desalienta intentos que podrían ser válidos, y desestima una serie de fenómenos por su infrecuencia.

d) Conceptos histórico-geográficos. En la misma línea argumental realizada hasta ahora, Lewin considera que el hecho de que la psicología tenga en cuenta referencias histórico-geográficas en sus investigaciones indica la pervivencia del modo aristotélico: “en la psicología contemporánea las referencias a los datos histórico-geográficos y a la dependencia de las conclusiones respecto a la frecuencia con que se presentan, es verdaderamente sorprendente” (pág.29).

La referencia a la realidad histórica y geográfica incide también en la valoración misma de la experimentación psicológica. Lewin apunta aquí, sagazmente, una de las críticas realizadas al experimentalismo, su falta de “naturalidad”. Es muy gráfico al respecto: “Esta es una exigencia que, transferida a la física, significaría que sería incorrecto el estudiar la hidrodinámica en el laboratorio; tendríamos más bien que ir a buscarla en los ríos más grandes del mundo. Se señalan pues, en el campo de la teoría de la legalidad la alta valoración de lo que es históricamente importante y el desdén hacia todo lo que es corriente; en el campo del experimento, por otra parte, la elección de procesos que ocurren con frecuencia (son comunes a muchos hechos). Ambos puntos indican, de igual modo, esta mezcla aristotélica de problemas sistemáticos e históricos, que implica para una sistemática el nexos con las clases abstractas y el desdén hacia la realidad plena de un caso concreto” (pág. 31).

Estilo polémico, sin embargo no resuelve el asunto en cuestión: el problema de la “no naturalidad”, o si se quiere, de la a-historicidad implícita en una disciplina que se basa en la experimentación no es el mismo en todas las ciencias.¹¹⁹

De la posición aristotélica a la galileana.

Lewin considera que el desarrollo de la psicología muestra (y esto lo dice en los años 30) una transición de la posición aristotélica a la galileana. Más aún, considera que es necesario ese pasaje, imprescindible para lograr un avance considerable en el conocimiento.

a) Considera que los conceptos valorativos, teleológicos estarían perdiendo terreno, al igual que el uso de dicotomías.

b) Validez general e incondicional de las leyes psicológicas.

La homogeneización, o mejor dicho, la concepción que considera homogéneo el mundo de los fenómenos (físicos y en el caso de la psicología, psíquicos) se traduce en una consecuencia muy importante: la validez de las leyes psicológicas no se halla limitada a casos específicos (hay aquí una acotación importante a la división por áreas de la psicología: de la percepción, de la emoción, de la voluntad, etc.), sino que se considera que toda ley psicológica se mantiene sin excepción: “Las tendencias hacia una homogeneidad basada en la validez sin excepción de sus leyes, se han hecho patentes en la psicología desde fechas muy recientes...” (pág. 33). Hay que señalar que aquí Lewin esboza aquí una de sus aspiraciones permanentes: la unidad (aquí le llama homogeneización) de las disciplinas científicas.

Lewin reconoce en las propuestas de la psicología de la forma, la Gestaltpsychologie, uno de los aportes centrales: la investigación de las leyes de las formas (de las estructuras, en una terminología actual) permite observar que las mismas leyes se mantienen en distintos campos específicos de la psicología. Menciona varios

¹¹⁹ Si bien se verá en los apartados correspondientes, hay que destacar algunas cuestiones: a) el problema de la especificidad de “lo psíquico”, del “mundo psíquico”, en definitiva del objeto de la psicología – general, social, grupal, u otra– no fue planteado por Lewin; sin embargo, está en la base de toda la argumentación expuesta. b) la relación entre las ciencias “humanas” y las disciplinas a las que se refiere Lewin (física, biología) no aparece explicitada. c) problemas referentes a la influencia del observador (contratransferencia, implicación, etc.) centrales en los procedimientos experimentales no son considerados por Lewin. No se trata de criticar ‘ahora’ a Lewin, a partir de desarrollos conceptuales posteriores a su obra, sino de puntualizar aspectos relevantes a nuestro objetivo, es decir, aquellos que se refieren al campo de lo grupal.

ejemplos, referidos a la psicología óptica, la audición y la psicología sensorial, así como a los “campos” de la voluntad, la memoria, la expresión, en todas ellas encuentra analogías básicas.

Como conclusión de toda esta argumentación, Lewin afirma: “En resumen la tesis de la validez general de las leyes psicológicas se ha hecho muy recientemente mucho más concreta, y las leyes específicas han exhibido tal capacidad para una aplicación fructífera a campos que a primera vista se hallan completamente separados desde un punto de vista cualitativo que la tesis de la homogeneidad de la vida psíquica respecto a sus leyes está ganando extraordinariamente en vigor y destruyendo las fronteras que separaban antes a los campos epistemológicos” (pág. 34). Lewin hace aquí una referencia a los principales teóricos que han desarrollado la psicología de la forma: M. Wertheimer, W. Köhler, K. Koffka.

Es necesario destacar aquí que esta dimensión del modelo lewiniano, el referido a la posibilidad de encontrar leyes válidas sin excepción, lo que supone la existencia de estructuras subyacentes –o formas, configuraciones, gestalten– coloca a Lewin en un núcleo epistemológico central para todas las ciencias sociales a lo largo de todo el siglo XX: la noción de estructura –y consecuentemente las tendencias estructuralistas–.

No se trata de considerar a Lewin como un pensador “estructuralista”, en realidad es necesario diferenciar las teorías psicológicas de la estructura de las concepciones filosóficas estructuralistas, es decir del llamado “estructuralismo” (en especial referencia a la perspectiva francesa). Sin embargo, hay que destacar que las propuestas de Lewin se inscriben, estrictamente, en una concepción estructural. Según la opinión de Ferrater Mora, “El ‘gestaltismo’, como se lo llama asimismo, es una de las grandes manifestaciones del estructuralismo del siglo XX y ha contribuido al florecimiento de éste tanto por lo menos como las concepciones estructurales lingüísticas”(Ferrater Mora, 1979, pág.1043).

c) Del promedio al caso puro. Lewin señala que cuando la legalidad no se limita a aquellos casos que ocurren regular o frecuentemente, sino que se considera como una característica de todo hecho físico –es decir, el supuesto de que todo hecho que acaezca es legal, está inscrito en una determinada legalidad–, ya no es necesario demostrar la legalidad mediante algún criterio especial, por ejemplo su frecuencia de aparición.

De este modo, “la rareza histórica no es una antiprueba, y asimismo la regularidad histórica tampoco prueba la legalidad de un hecho” (pág. 35). De aquí se deriva una consecuencia muy importante: “el concepto de legalidad, pues, ha sido completamente desvinculado del de regularidad” (Lewin, 1935, pág. 35).

En correspondencia con las afirmaciones anteriores, el contenido de una ley no será determinado por un cálculo de los promedios de los casos considerados. Ése es el modo aristotélico, mientras que para el modo galileano serían azarosas las propiedades que se descubran mediante promedios de casos históricos. La ‘solución’ al problema vendrá dada por la consideración de “los problemas de la dinámica”.¹²⁰

La dinámica. Los cambios en los conceptos fundamentales de la física. Conceptos dinámicos fundamentales en psicología.

Una vez establecidas las diferencias fundamentales entre los dos modos de pensamiento, y su incidencia en la psicología, en relación especialmente al concepto de ley, Lewin introduce otra temática: la cuestión de la dinámica. Y destaca una importante discontinuidad entre el pensamiento aristotélico y el galileano: los problemas dinámicos de la física eran extraños al pensamiento aristotélico. Sin embargo, para la física de Galileo, ocupan un lugar central, la dinámica es considerada como una consecuencia de su modo de pensar los problemas.

En primer lugar Lewin se refiere a un hecho que considera fundamental: en el pensamiento aristotélico lo estático y lo dinámico no se hallan aún bien diferenciados, lo que se debe a algunos supuestos fundamentales. La dinámica aristotélica explica los acontecimientos mediante conceptos que hoy [en la época que Lewin escribe] son considerados como biológicos o psicológicos: todo objeto, en tanto no se halle impedido por otros objetos, tiende hacia la perfección, hacia la realización de su verdadera

¹²⁰ Lewin concluye todas estas consideraciones con un complejo argumento: “Además, el contenido de una ley no puede ser determinado por un cálculo de los promedios de los casos dados históricamente. Para Aristóteles, la naturaleza de una cosa está expresada por las características comunes a unos casos históricamente dados. Los conceptos galileanos, por el contrario, que consideran la frecuencia histórica como un accidente, tienen que considerar también como algo azaroso aquellas propiedades que descubren al establecer promedios de casos históricos. Si el hecho concreto ha de ser comprendido y si la tesis de la legalidad sin excepción puede ser sólo un máximum filosófico alcanzable dentro del área de la investigación, es necesario que haya otra posibilidad de penetrar la naturaleza de un hecho, de una manera diferente a la de ignorar todas las peculiaridades de los casos concretos. La solución a este problema

naturaleza. Y esta naturaleza es lo común a la clase a la que pertenece dicho objeto. Así, “la clase aristotélica es al mismo tiempo concepto del objeto y finalidad (τελοξ) [télos] del mismo” (Lewin, 1935, pág. 37). De aquí se derivaba que para las concepciones aristotélicas, la causa de un hecho físico estaba referida a las ‘tendencias’ psicológicas: el objeto se dirige hacia un cierto fin. En lo que se refiere al movimiento, éste tiende hacia el lugar adecuado a su naturaleza”. El autor ejemplifica este tipo de pensamiento: los objetos pesados caen hacia abajo, con tanta intensidad cuanto más pesados sean, mientras que los ligeros se dirigen hacia arriba.

La diferencia fundamental entre una y otra concepciones acerca de la dinámica reside en “el hecho de que la calidad y dirección de los vectores físicos en la dinámica aristotélica se hallan completamente determinados de antemano por la naturaleza del objeto en cuestión. En la física moderna, por el contrario, la existencia de un vector físico depende, como siempre, de las relaciones mutuas entre varios hechos físicos, y de modo especial, de la relación del objeto con su medio ambiente” (pág. 38).

Aquí reside una de las diferencias fundamentales, a juicio de Lewin, entre los dos modos de pensamiento considerados: el lugar otorgado al ambiente, al contexto, a la situación que rodea al objeto.

Para la filosofía aristotélica los vectores que determinan los movimientos de los objetos se hallan determinados por el mismo objeto, no dependen de la relación de ese objeto con su ambiente (Lewin utiliza la expresión medio ambiente), sino que pertenecen a ese objeto (la tendencia de los cuerpos ligeros a subir radica en los cuerpos; la tendencia de los cuerpos pesados a caer radica en los cuerpos). Por el contrario, para la física moderna, el movimiento de un cuerpo (hacia arriba, o hacia abajo) deriva de su relación con el ambiente.

Este cambio radical de perspectiva se manifiesta claramente en las investigaciones galileanas respecto de la caída libre de los cuerpos. Hay que destacar que el ejemplo fundamental de ley que Lewin parece tener en mente, y más aún, el modelo de investigación –experimental– que adopta, se derivan de su lectura sobre este aspecto de la física galileana. La metáfora principal que incide sobre Lewin es ésta: la ley de caída libre de los cuerpos. Lewin resalta que el hecho de que Galileo “no

puede ser obtenida sólo elucidando los procedimientos paradójicos del método galileano a través de una consideración de los problemas de la dinámica” (pág. 36).

investigó qué era el cuerpo pesado en sí mismo, sino el proceso de ‘libre caída’ o libre ‘movimiento sobre un plano inclinado’ significa una transición a conceptos que pueden ser definidos sólo por referencia a un cierto tipo de situación” (pág. 39).

Así, Lewin concluye que desde un punto de vista conceptual y metodológico, el centro del asunto reside en la investigación profunda y pormenorizada de los factores de la situación. La situación pasa a ser, así, un rasgo esencial en la determinación de los acontecimientos: “Esta consideración de la dinámica no significa que la naturaleza del objeto se convierta en insignificante. Las propiedades y estructura del objeto implicado siguen siendo importantes incluso para la teoría galileana sobre la dinámica. Pero la situación recibe tanta importancia como el objeto. *Sólo a través del total concreto que comprende el objeto y la situación quedan definidos los vectores que determinan la dinámica del acontecimiento*” (Lewin, 1935, pág.39).

Queda así establecida la importancia del “total concreto”, es decir, el conjunto del objeto y su situación; se intenta de esta manera “capturar” la singularidad de una situación, con toda la concreción posible.

De forma lateral, esta línea argumental refuerza algo dicho anteriormente: la crítica a la posición aristotélica en cuanto a la frecuencia como indicadora de legalidad. Lewin insiste en el absurdo que significa desechar todas las situaciones que ocurran raras veces, pues eso implica desechar múltiples situaciones. Por el contrario, se hace imprescindible comprender la situación total implicada con todas sus características y con tanta precisión como se pueda (pág. 40).

Aquí reside la importancia de propugnar un análisis basado en el modelo galileano, contra el basado en el modelo aristotélico: “Ya que la dinámica del proceso depende no sólo del objeto, sino también, principalmente, de la situación, no tendría sentido el inducir leyes generales excluyendo el influjo de las situaciones todo lo más posible” (pág. 40). Y: “Lo que es ahora importante para la investigación de la dinámica, no es el abstraer un hecho de su situación, sino descubrir aquellas situaciones en las que los factores determinativos de la estructura dinámica total se manifiestan con más claridad y pureza. En vez de una referencia al promedio abstracto de tantos casos históricamente dados como sea posible, se da la que corresponde al contenido concreto de una situación específica” (pág. 40).

Quedarían así demostradas, en la argumentación de Lewin, las importantes consecuencias que se derivan de un análisis contrapuesto de ambos modos de pensamiento, que si bien están referidos a la ciencia física, se harán extensibles al resto de disciplinas, y en el caso que interesa al autor, a la psicología:

“La relación aristotélica inmediata a lo que es regular desde un punto histórico y hacia su promedio significa realmente un renunciar al intento de comprender lo concreto, es decir, el hecho condicionado por una situación. Cuando se abandona completamente esta relación inmediata, cuando una constancia histórico-geográfica es entendida sólo a través de la posición de algo concreto en una situación total, y cuando (como en un método experimental) es lo mismo que ésta sea frecuente y permanente, o rara y transitoria, sólo entonces es posible iniciar la tarea de comprender el acontecimiento real, y , en último término, siempre único” (pág. 41).

Este párrafo puede tomarse como el modelo programático que Lewin utilizará para analizar la vigencia de las diversas categorías, aristotélicas y galileanas, en relación a la dinámica, en la psicología.

Conceptos dinámicos fundamentales en psicología.

Como es de esperar, Lewin supone que la psicología, o mejor dicho, que los conceptos dinámicos de la psicología pertenecen al modo aristotélico.¹²¹

Por una parte, la dinámica psicológica es aún teleología en el sentido de Aristóteles, los procesos estudiados se refieren a vectores (indicadores del movimiento) conectados con el objeto, y relativamente independientes de la situación. Un ejemplo de esto lo constituye el concepto de instinto. Por otra parte, se ha intentado resolver algunos problemas recurriendo a los promedios estadísticos; Lewin replica a esto, en referencia a los tests utilizados con niños, que se olvida que no existen “situaciones promedio”, del mismo modo que no existe ningún niño promedio.

Sin embargo, Lewin cree detectar un movimiento en el interior de la psicología, que va aproximándose gradualmente al modo de pensar galileano. Cree encontrar esos indicios en algunas ramas de la psicología: en la psicofisiología, en los estudios sobre dinámica de la percepción, en psicología genética, etc. Pero más allá de localizaciones

¹²¹ Es interesante señalar que Lewin aclara en una nota que la biología se hallaría en una situación similar, y que él considera a la psicología como un campo de la biología.

puntuales, Lewin concluye en que la transición hacia una óptica galileana ha de imponerse: “En los aspectos psicológicos más importantes para la conducta total de los seres vivos, parece que la transición hacia una dinámica galileana es inevitable, ya que esta dinámica deriva todos sus vectores no a partir de objetos aislados y singulares, sino de las relaciones mutuas de los factores en la situación total concreta, esto es, esencialmente, a partir de la situación momentánea de un individuo y de la estructura de la situación psicológica. La dinámica del proceso debe ser siempre derivada a partir de la relación de un individuo concreto con una situación concreta. Y en cuanto intervienen fuerzas internas, hay que indicar las relaciones mutuas de las diversas funciones que integran lo individual” (pág. 50).

Es decir: vectores derivados no sólo del individuo, sino de su situación; situación total concreta como situación momentánea del individuo más estructura de la situación psicológica. Lewin menciona aquí el problema de la situación en un momento dado, lo que abre una temática central en todo su pensamiento; este tema será abordado en el párrafo dedicado a su teoría del campo.

Lewin también menciona hacia el final del artículo que estamos comentando otra forma de referirse a la transición que encuentra en la psicología: si por una parte es la transición de un modo aristotélico a un modo galileano, también lo describe como la transición de un procedimiento clasificatorio abstracto a un método constructivo esencialmente concreto. Si bien esta segunda figura en realidad corresponde a rasgos adjudicables a los modos aristotélico y galileano respectivamente, en realidad apuntan a otro de sus grandes temas: la teoría de la ciencia, “teoría comparada de la ciencia”.

Como punto final de este artículo epistemológico, Lewin expresa su confianza en la evolución que encuentra en la psicología, y no sólo en aspectos parciales de la misma, sino en su conjunto. Esta expresión de deseos, estas expectativas de Lewin muestran su esperanza en el avance científico de la psicología... al modo de la física.

Para finalizar este comentario del artículo lewiniano, parece interesante recurrir, una vez más, al propio texto. Al igual que en muchas ocasiones, Lewin adelanta temas y problemas que serán tomados años después por otros investigadores. En un intento de ejemplificar de forma gráfica sus ideas sobre lo fundamental de la situación, recurre a un ejemplo histórico: ciertos cambios en la historia de la pintura!

El grupo pictórico ha sido considerado como una de las primeras acepciones de la noción grupo: “En la pintura medieval no aparecía al principio un medio ambiente, sino sólo un fondo vacío. Incluso, cuando fue apareciendo ese medio ambiente, sólo consistía en otras personas y objetos que se hallaban al lado del protagonista. Por eso, el cuadro era, en el mejor de los casos, una reunión de personas aisladas, que exhibían su propia existencia separada. Sólo más tarde apreció el espacio en la pintura: se convirtió en una situación total. Al mismo tiempo, esta situación se fue haciendo dominante y cada parte por separado (tanto como puedan existir unas partes separadas) fue lo que era en sí mismo, como ocurre en Rembrandt, sólo a través de la situación total” (pág. 49).

El soporte epistemológico.

Se ha afirmado antes que Lewin no expuso de forma sistemática sus construcciones teóricas, sino que, al contrario, las fue desarrollando en múltiples ocasiones, lo que dificulta tanto una comprensión fácil de los mismos como su propia exposición. Para paliar, en parte, esa dificultad, expondremos a continuación algunos de los fundamentos epistemológicos en que Lewin se apoyaba para realizar sus construcciones conceptuales. Para ello utilizaremos los aportes realizados por Amalio Blanco, investigador español que realiza una consistente aproximación a las ideas lewinianas (Blanco, 1988; Lewin 1991).¹²²

En su primer texto, el autor transcribe los cuadros sinópticos con que Lewin intentó sistematizar los elementos de lo que denominaría como “filosofía constructiva”. Y considera que a la base de esa propuesta se halla una profunda reflexión epistemológica realizada por Lewin, en proximidad a Cassirer y Stumpf (Lewin, 1936, cit. por Blanco, 1988, pág. 242-243).

Según señala Blanco (1988, pág. 244) los escritos de Lewin sobre teoría de la ciencia son muy considerables –los dos primeros volúmenes de su obra completa, recientemente publicada se dedican a esa temática–, y lo más relevante serían dos textos, “El concepto de génesis en Física, Biología e historia del desarrollo” (Der

¹²² Este investigador ha realizado un interesante trabajo de traducción y estudio de algunos artículos de Lewin, que fue publicado bajo el nombre de “Epistemología comparada”, en 1991. Si bien el conjunto de artículos traducidos se refieren justamente a las tesis de orden epistemológico que Lewin propone, no realizaremos un análisis de los mismos aquí. Sería excesivamente extenso, y redundante para el tipo de análisis que nos interesa. En todo caso, es el artículo titulado “Ley y experimento en la Psicología” el que contiene consideraciones relativas al abordaje que se realiza en este trabajo.

Begriff der Genese in Physik, Biologie und Entwicklungsgeschichte), su primer libro, y “Teoría de la ciencia” (Wissenschaftslehre), un trabajo inédito hasta la reciente publicación mencionada.

El concepto de génesis tiene su origen en su memoria de habilitación que presentó en la Facultad de Filosofía para obtener una plaza de profesor. No fue aceptada, por lo que agregó, pocos meses después otro texto, “Investigaciones experimentales sobre las leyes básicas de la asociación”, una continuación de la primera, y ya sí fue aceptado, en 1920. El texto se publicó en 1922, y es una “reflexión lógico-matemática sobre la teoría comparada de la ciencia en la que se encuentran claves importantes de la teoría topológica, unas claves que tienen su epicentro en el concepto de *Genese* y de acuerdo con las cuales la tarea del científico debe dirigirse preferencialmente a las relaciones que se establecen entre elementos, estructuras u objetos distintos en tiempos diferentes y a los productos mutuamente dependientes que se desprenden de dichas relaciones, haciendo caso omiso de las semejanzas o diferencias que existan entre las cualidades que posean estos objetos” (Blanco, 1988, pág. 245).

En su texto sobre teoría de la ciencia, Lewin propondrá una hipótesis sobre la evolución de las ciencias que comprende diversos momentos o épocas: “la época protocientífica en la que se confunden las creencias mítico-religiosas con los métodos objetivos de contrastación, a la que sigue una fase especialmente afanada en clasificar, ordenar y agrupar”. Sigue luego una fase “interesada en la formación comparativa de conceptos, previa a la época de la formación genética de conceptos y ésta viene a resultar indispensable para alcanzar la quinta y última fase, para llegar a la época en que las leyes de una ciencia puedan ser derivadas de otra ciencia (época de la deducción, en la que hoy sólo se encuentran la Física, la Química y la Matemática)” (Blanco, 1988, pág. 245).

Lewin habría considerado posible que la psicología traspasara la fase clasificatoria, se distanciara de la filosofía aristotélica, y en base al modelo lewiniano comenzara a abordar el momento siguiente: la elaboración genética de conceptos y teorías, una vez superadas las tres primeras fases. Los conceptos que Lewin construirá para sustentar estas hipótesis serán los de “relación existencial” e “identidad genética”, para dar cuenta de esa intención.

La “relación existencial” y la “identidad genética”.

El autor propondrá el concepto de “relación existencial” (Existenzialbeziehung), para referirse a la relación que se establece entre elementos diferentes (sean estos elementos orgánicos, individuos, estructuras sociales, grupos) y postulará la especificidad de esa relación.

Una relación existencial es aquella que no se limita a las semejanzas o diferencias, sino que recae sobre los propios objetos relacionados, no sobre sus propiedades. Así Lewin hablará de la dependencia mutua que se establece entre los elementos¹²³. Esas relaciones generan elementos nuevos, fenómenos nuevos, inexistentes hasta ese momento (Blanco, 1988, pág. 246 y 247).

“Para evitar confusiones, queremos denominar identidad genética a la relación en la que se encuentran los productos que existencialmente se han derivado unos de otros. Este término no significa otra cosa que la relación existencial genética como tal” (Lewin, en “El concepto de génesis...”, cit. en Lewin, 1991, pág. 80).

En uno de los estudios aludidos (Lewin, 1991, pág. 80 y sigs.), el comentador realiza algunas precisiones en cuanto a la identidad genética o relación existencial genética:

- 1) Por una parte, se trata de una relación que parte del supuesto de objetos diferenciados unos de otros (la identidad genética no se refiere a una identidad lógica).
- 2) Por otra parte, la identidad genética no tiene que ver con la igualdad o desigualdad (la semejanza o desemejanza remite a características fenoménicas, y además, los objetos genéticamente idénticos pueden poseer semejanzas o diferencias muy variadas).
- 3) La razón de todo ello reside en que si la semejanza (o desemejanza) implica una relación entre características (o propiedades) de los objetos, la identidad genética se referiría a la relación “entre las cosas mismas”, a una relación entre sus características internas o esenciales. Es en ese sentido que se afirma una “relación existencial”.

En otras palabras, los elementos no se constituyen en tanto sus propiedades les distinguen de otros, sino por la relación que constituyen con otros elementos.

¹²³ Esos elementos son diversos: orgánicos o humanos, individuos, grupos, sustancias orgánicas, etc.). Lewin intenta tender puentes entre la física, la biología y la psicología.

4) La identidad genética implica una relación existencial, y en ese sentido no equivale a las relaciones de causa y efecto.¹²⁴ La relación existencial indica relaciones entre las cosas y no aluden a acontecimientos que ocurran en momentos cronológicos distintos. Lewin expresará diversas reservas frente a todo aquello que indique historicidad.

5) La identidad genética es un concepto que corresponde a una fase del conocimiento en que se intenta pasar de la descripción a la explicación.¹²⁵

De acuerdo al resumen realizado por Blanco, “la identidad genética procede de la relación entre dos o varios objetos, no para decidir sobre sus diferencias o semejanzas, sean estas cualitativas o cuantitativas, ni para intentar establecer dependencias funcionales entre uno y otro, sino para observar cómo el uno procede del otro, cómo se han generado mutuamente” (en Lewin, 1991, pág. 83).

Del concepto de afinidad (parentesco) a una idea de grupo.

Un concepto importante en la epistemología comparada lewiniana lo constituye el de parentesco o afinidad (Verwandtschaft). Si en la física se hablará de la analogía (que se asemeja a la afinidad), en biología se hablará del genotipo y del fenotipo. Esos conceptos, capitales tanto en física como en biología, de acuerdo a la lectura realizada por Lewin, ocupa también un lugar central en la construcción de los conceptos propios de la psicología (Lewin, 1991, pág. 73 y sig.).

En el estudio realizado por Blanco se afirma que la afinidad y el parentesco biológico fueron considerados por Lewin como elementos fundamentales en toda esta construcción. Así, el linaje, definido “como un conjunto de elementos biológicos en el que cada uno se encuentra estrechamente emparentado a los otros, como preludeo a la

¹²⁴ “[...] cuando hablamos de causa y efecto, hablamos de una serie de acontecimientos que proceden unos de otros. Se acostumbra, por ejemplo, a hablar de un movimiento A1 como causa de una energía calórica A”, pero no acostumbramos hablar de una piedra B1 como causa de ‘la misma’ piedra B2 en un momento posterior, aunque en este caso esté implicado un ejemplo simple de relaciones de identidad. Cuando hablamos de las cosas como precedentes unas de otras, no lo hacemos en términos de causa y efecto. El concepto de identidad genética expresa la relación de algo que ha resultado existencialmente de otro con independencia de que se trate de cosas o acontecimientos” (Lewin, en “El concepto de génesis...”, cit. en Lewin, 1991, pág. 81).

¹²⁵ “La diferencia que queremos establecer con la confrontación entre describir y explicar residen fundamentalmente en que en las relaciones de descripción las características de los objetos de investigación se ponen en relación con independencia de las relaciones de causa-efecto de dichos objetos, mientras que los conceptos de explicación justamente hacen referencia a las particularidades que afloran en las series genéticas y en las dependencias funcionales de esos productos” (Lewin, en “El concepto de Génesis...”, cit. en Lewin, 1991, pág. 82).

definición del organismo como un linaje cuyos componentes son un infinito conjunto de células estrechamente unidas, relacionadas, emparentadas” (Lewin, 1991, pág. 74).

Es otra manera de aproximación a la idea de ‘relación existencial genética’ (entre elementos) expuesta anteriormente. Un organismo no estaría entonces determinado por sus propias características, sino por la relación existencial que mantienen sus elementos. Ahora bien, esto no se refiere solamente a un organismo, a un individuo, sino también a otros ‘compuestos’ como el parentesco, o el linaje. Cualquiera de ellos, el individuo, el conjunto (de parentesco, el linaje¹²⁶) se sustentaría en base a esa relación existencial entre los elementos. De esta forma, puede considerarse que Lewin anticipa aquí su noción de grupo, donde sus elementos (los miembros) aparecen emparentados (en el sentido dado aquí al término) unos con otros, y donde la propia naturaleza de los mismos está dada por la relación existencial existente entre ellos (pertenencia grupal, etc.).

Puede derivarse de todo esto una cierta idea del grupo como organismo, como parentesco o linaje, compuesto por partes interdependientes, en las cuales cada una de ellas es ‘explicada’ por la relación que mantiene con las demás antes que por características propias.

En los textos que estamos tomando como base para esta exposición (Blanco, 1988; Lewin, 1991) se plantea que en realidad todas estas conceptualizaciones llevarían, ‘naturalmente’ a Lewin a la idea de grupo, que estas propuestas (realizadas en los años 20) anticipaban ya lo que sería el eje conceptual de Lewin respecto del grupo. Quizá esa opinión pueda considerarse exagerada, y más bien fruto de un intento de encontrar una coherencia en los diversos desarrollos de Lewin. En todo caso, lo que parece indudable es su esfuerzo por ligar los desarrollos de la psicología junto con los de la biología y de la física. Desde ahí, la connotación que hemos sugerido, el grupo visto desde una cierta posición biologista (el grupo como un organismo, tiene miembros, corazón, cabeza, etc.) no parece exagerada. Y si bien como metáfora parece interesante, queda un resto que oscurece la capacidad del propio concepto de grupo: su relación con cierta ‘naturalidad’, con cierta forma universal, independiente de las diversas situaciones sociohistóricas donde los grupos existen.

Una puntualización acerca de estos temas de orden epistemológico (identidad genética, relación existencial, afinidad, etc.). Si bien por una parte constituyen un elemento que puede aportar luz a los diversos temas que se expondrán a continuación, hay otra razón por la que parecía importante tenerlos en cuenta. Se trata de la relación que pueda existir en las construcciones lewinianas y el modelo grupal de Pichon-Rivière. Si bien ambos autores mantienen posiciones cercanas en cuanto a su idea de situación (situación grupal), la relación entre individuo y grupo, incluso Pichon toma la idea de campo de Lewin, sus apoyos epistemológicos son diferentes. En el caso de Pichon-Rivière la teoría psicoanalítica le aportará elementos más fecundos (según nuestro entender) que aquellos que hubo de utilizar Lewin. Pichon-Rivière encontrará en el psicoanálisis una teoría de la sobredeterminación, de la causalidad psíquica, del encadenamiento de sucesos vividos por los sujetos, etc. Todo esto constituye una diferencia importante, si bien habría que matizar esto pues nos estamos refiriendo a una temática particular como son los grupos. En ese nivel de trabajo (tanto teórico como práctico) la relación con los conceptos de base (los supuestos epistemológicos de cada uno) no es tan evidente. En ese sentido, no debe ser una sorpresa encontrar múltiples “afinidades” entre ambos, a la vez que supuestos en muchos casos divergentes.

3.2. La teoría del campo.

Es usual que un conjunto coherente de hipótesis pueda ser formulado en unas pocas afirmaciones. Sin embargo, no ocurre eso con la teoría del campo o teoría topológica. Puede decirse que esa denominación, teoría del campo, dada por el propio Lewin incluye no sólo un determinado conjunto de hipótesis y conceptos, sino que constituye el armazón más elaborado de su concepción teórica. En ese sentido, la articulación entre los diversos conceptos que incluye, la jerarquía entre los mismos, y en fin, el diverso contenido y función que han tenido a lo largo de su desarrollo, no es algo evidente. El mismo Lewin no ha escrito en una obra única el conjunto nocional de su

¹²⁶ “Una cantidad de elementos biológicos $g'm, g''m, g'''m, g'n, g''n, g'p...$ configura un linaje, cuando cada uno de esos elementos (gxy) se encuentra completamente emparentado con cada uno de los otros

teoría topológica, sino que la ha ido esbozando paulatinamente en muchos de sus artículos, desarrollándola incluso en relación con diversas investigaciones.¹²⁷

Parece conveniente realizar una descripción sumaria de la teoría del campo, que formalmente sea aceptable. Posteriormente consideraremos los diversos elementos que la constituyen.

Así pues, hay que exponer una primera descripción de la teoría del campo. En el prólogo al texto dedicado a exponer la teoría topológica, realizado por Dorwin Cartwright se postulan algunas “definiciones”, al decir del autor.

A partir de afirmar que el constructo principal de Lewin lo constituye la noción de “campo”, se propone que todo comportamiento (acción, pensamiento, deseo, valoración, etc.) se concibe como un cambio de cierto estado de un campo en una unidad determinada de tiempo. Para la psicología, el campo corresponde al “espacio vital” del individuo, espacio vital que viene constituido por la persona y su ambiente psicológico, tal como es vivido por la misma.

También la noción –o constructo– “campo” puede extenderse: no sólo es posible referirse al individuo, sino también a un grupo o a una institución (parece referirse más precisamente a organización). Así, se considera posible hablar de campo para referirse a un grupo, donde el espacio vital del grupo estaría constituido por el grupo y su ambiente (la forma en que éste es vivido por... el grupo).

A base de estos presupuestos, la tarea científica consistirá en construir procedimientos de observación para caracterizar las propiedades de un espacio vital determinado (individual, grupal) en un momento dado, que eventualmente pueda dar lugar al establecimiento de leyes que den cuenta de los cambios en la conformación del campo. Esto implica determinar específicamente qué elementos, qué dimensiones se incluirán como constitutivos de un campo, de un espacio vital. Se plantean tres dimensiones: a) existencia del campo, b) interdependencia de sus elementos constitutivos y c) temporalidad, es decir, localización en el tiempo.

(gW, gx’)” (Lewin, en “El concepto de génesis...”, cit. en Blanco, 1988, pág. 250).

¹²⁷ El texto principal donde puede rastrearse los conceptos fundamentales de su teoría topológica –la teoría lewiniana por excelencia, además de la dinámica de grupos– si bien se titula “La teoría del campo en la ciencia social” (1ª ed. en inglés: 1951, 1ª ed. en castellano: 1978) en realidad es una recopilación de diversos artículos escritos a lo largo de varios años. A efectos de un análisis que tenga en cuenta la historia de la elaboración de los conceptos, y sus sucesivas reformulaciones hay una dificultad importante: los diversos artículos no están fechados. Nuevamente, un rasgo del antihistoricismo...

a) En cuanto a la primera categoría, referida a la existencia misma del campo, se parte de la idea que lo que hay es lo que el individuo (o los individuos) considera como existente; no se incluyen los hechos que no tienen existencia para el individuo o grupo estudiados. Esta categoría aparece, en esta primera aproximación con una cierta ambigüedad, pues si la acotación hecha (se considera existente lo que es considerado como tal por el individuo), también se agrega a continuación, existente¹²⁸ es todo lo que sea demostrable, todo lo que tenga efectos demostrables.

Incluso se ejemplifica y se habla de “estados inconscientes”, se hace una referencia a Freud, etc. En todo caso, es más propio considerar la categoría de lo existente en el campo como coincidente con la propia conciencia de los actores, y limitarla a esa acepción.¹²⁹ En este sentido, puede considerarse a la concepción lewiniana de campo como perteneciente a una psicología de la conciencia.

b) La interdependencia de los elementos constituye otro punto básico en la teoría del campo; incluso ha pasado por ser el más definitorio de la misma –la noción de interdependencia, tan básica e imprescindible hoy, debe mucho a Lewin– y de hecho es el elemento más conocido. Esta noción muestra su estrecha relación con la Gestaltpsychologie; su forma metafórica principal es: las diversas partes de un campo (o espacio vital) dado son interdependientes. Los conceptos “dinámicos” a utilizar para captar esa interdependencia serán los de tensión, fuerza, vector. Hay que señalar que la noción de interdependencia tiene un peso importante en las teorías estructurales y estructuralistas (como ya vimos en apartados anteriores). También es importante destacar que Lewin insistió en la necesidad de formalización de esta noción, apelando a la topología (rama no cuantitativa de la matemática, emparentada con la geometría). A modo de figura sugerente, si en el punto anterior se dijo que Lewin se ubica en una psicología de la conciencia, en este aspecto de la interdependencia de las partes, se ubica en una psicología de corte estructural.

¹²⁸ La categoría de “existente” ocupará un lugar fundamental en la propuesta de Pichon-Rivière sobre los grupos: existente-interpretación-nuevo emergente será la serie a considerar. Puede verse en la cuarta parte.

¹²⁹ La relación que mantiene Lewin con el psicoanálisis, y con la figura de Freud es ambigua y compleja, como en la mayoría de los pensadores de esa corriente: parece ser su interlocutor (mudo) principal, pero prácticamente todos los comentarios serán críticos. Es verdad que Lewin, a diferencia de la mayoría de sus discípulos, no oculta esa relación compleja. De todos modos, es evidente un esfuerzo por parte de Lewin de colocarse “frente a” Freud y el psicoanálisis, aunque no logra dar respuesta al cuestionamiento freudiano.

c) Por último, la especificación temporal. El supuesto de que lo único determinante de un comportamiento dado son las condiciones del campo en ese momento, es decir, el principio de contemporaneidad, la sincronía (sin-cronía) es otro aspecto fundamental en la teoría lewiniana. Posiblemente el punto más criticado de la teoría lewiniana, sin embargo, ha sido –también– uno de los más extendidos o aceptados en las múltiples derivaciones posteriores a Lewin (el aquí y ahora de muchas concepciones psicológicas, sea referidas a los individuos o a los grupos). También es un aspecto que permitirá observar los alcances y límites ideológicos de la propuesta lewiniana. En este aspecto, la concepción de Lewin puede considerarse como una teoría de los estados momentáneos.¹³⁰

Como se ha afirmado anteriormente, esta es la descripción sumaria de la teoría topológica, descrita por uno de los que fue sucesor “oficial” de Lewin (Cartwright se hizo cargo de la dirección del centro de investigación creado por Lewin cuando éste murió), y que más que una aproximación a los entresijos de una teoría es una instantánea estática de la misma. Es necesario, a partir de aquí, intentar “cercar” la conceptualización que hizo Lewin de los conceptos y las dimensiones mencionadas. Lewin no escribió un “tratado” sistemático de su teoría, sino que la fue exponiendo –y elaborando?– en diversas ocasiones, en diversos artículos. Para aproximarnos a sus nociones, tomaremos diversos aspectos de los mismos.

Qué es la teoría del campo? Un esbozo de definición.

Como se ha apuntado, la teoría topológica, central en la obra lewiniana constituye el título de uno de sus libros: “La teoría del campo en las ciencias sociales”.¹³¹ Es importante destacar la segunda parte del título, “en las ciencias sociales”. Lewin aspira a que su teoría del campo no se refiera solamente a la psicología, sino a las ciencias sociales, al conjunto de ellas (explícitamente mencionará la sociología, las diversas ramas de la psicología, sin descartar el resto de ciencias sociales). Si bien por una parte esto remite a su concepción de las disciplinas científicas,

¹³⁰ Cartwright afirma que el “principio de contemporaneidad” ha sido entendido como una crítica –un ataque– a la teoría psicoanalítica, pero matiza que “Lewin no tenía in mente esas derivaciones”.

¹³¹ El título original del texto es “Field Theory in Social Science - Selected Theoretical Papers (Edited by Dorwin Cartwright)”, Nueva York, Harper and Brothers, 1951 (versión castellana: “La teoría del campo en la ciencia social”, Buenos Aires, Paidós, 1978, realizada a partir de una edición inglesa realizada por Tavistock Publications).

donde su “teoría comparada de la ciencia” cumple un papel importante, por otra parte revela claramente la ambición teórica del autor: proponer una teoría válida para diversos campos disciplinarios.

Volveremos sobre este aspecto “subyacente” en la propuesta lewiniana –que ha jugado un papel nada desdeñable en el desarrollo posterior de sus puntos de vista–, sólo es necesario puntualizar aquí esta intención declarada de su autor.

En el capítulo III del libro, titulado “Definición de ‘el campo en un momento dado’”, Lewin esboza una localización de la teoría del campo en el desarrollo de la psicología, en las últimas décadas (el texto parece corresponder a principios de los 40). Es un texto duro, algo que no es frecuente en sus otros artículos o libros, en esta ocasión el autor parece discutir contra determinados interlocutores; se trata de un texto crítico.

Comienza planteando que en el proceso de constitución de una teoría nueva, inicialmente ésta es desvalorizada cuando no rechazada, luego es objetada incluso con argumentaciones contradictorias hasta que llega un momento en que todos –los científicos?– pretenden haberla seguido siempre. Luego es aceptada. Más que un ejercicio de soberbia intelectual, a lo largo del texto parece esbozarse una cierta queja del autor sobre la forma en que se ha comprendido su teoría del campo.

Y argumenta que incluso lo que llama las “variaciones recientes del psicoanálisis (Kardiner, Horney)”¹³² manifiestan su adhesión a la teoría topológica, al igual que autores de la tendencia del reflejo condicionado. Con un dejo de ironía, subraya que quizá eso haga que se comprenda mejor su teoría del campo, pues gente como él, que han estado a favor de esta teoría durante años, no han sido afortunados a la hora de transmitirla.

Lewin se muestra contrario contra una interpretación que él considera demasiado restrictiva, empobrecedora de la noción de campo, en tanto soporte de su teoría. La idea de que la teoría del campo se refiere a la interdependencia de una serie de variables es

¹³² Lewin aparenta desconocer las producciones psicoanalíticas existentes hasta ese momento. La obra de Freud ya está concluida y en circulación (vale la pena acotar que Lewin lee a Freud en inglés, en ediciones populares, y no se refiere más que a uno o dos textos del mismo). La asociación psicoanalítica internacional (IPA) gestiona una producción amplísima de diversos psicoanalistas. Es evidente que Lewin no pudo incluir en sus elaboraciones una confrontación clara con el psicoanálisis, a pesar de que sus

verdadera, pero insuficiente. Lewin considera que el alcance de la teoría del campo va mucho más allá. Para responder a la pregunta sobre qué es la teoría del campo, qué clase de teoría es, Lewin se refiere al modelo de la física: “Si se avanza en física desde una ley o teoría especiales (tales como la ley de la libre caída de los cuerpos) a teorías más generales (como las leyes de Newton) o teorías todavía más generales (como las ecuaciones de Maxwell) no se llega finalmente a la teoría del campo. En otras palabras, la teoría del campo difícilmente pueda denominarse teoría en el sentido corriente” (Lewin, 1951, pág. 54).

Entonces, teoría del campo no es una teoría en sentido usual. Por otra parte, no es ocioso reparar en el tipo de comparación que establece su autor: para dar a comprender la teoría topológica usa como referencia las grandes teorías o leyes que revolucionaron a la ciencia física (como la ley de caída libre de los cuerpos). Una evidente ambición intelectual, pero también algo más: la teoría del campo parece ser pensada por su autor en un nivel epistemológico, como base de las disciplinas, más que una teoría “dentro” de un corpus teórico determinado.

Lewin expresa esto con claridad, al referirse a su convicción de que no considera posible la existencia de una teoría psicológica correcta en el nivel básico –el de la conceptualización o construcción de los constructos– si no es una teoría del campo, incluso la consideración de correcta o incorrecta para la teoría del campo sería diferente que en el caso de una teoría particular.

Así, cree que “probablemente la mejor manera de caracterizar la teoría del campo sea manifestando que se trata de un método, es decir, un método de análisis de las relaciones causales y de elaboración de constructos científicos” (Lewin, 1951, pág. 54).

El párrafo citado puede considerarse prácticamente una “definición” de Lewin: la teoría del campo sería un enfoque, un método orientado hacia la construcción de teorías, no una teoría particular o local. Por otra parte, Lewin deja abierta –explícitamente– la cuestión de si esta concepción de la teoría topológica la coloca como una concepción de tipo analítico (lógico) o empírico. En este punto el autor parece

antecedentes intelectuales y su lucidez teórica podían indicar lo contrario. Sin embargo, al decir de Freud, la resistencia al psicoanálisis ya estaba en juego (resistencia social, resistencia epistemológica).

vacilar en su fuerte pretensión epistemológica, y conceder al empirismo (experimentalista) un peso específico importante.

A partir de aquí, Lewin desarrolla una de las que será característica principal de su teoría del campo: lo que llama el principio de contemporaneidad.

Para el autor, cualquier cambio o movimiento en un comportamiento de un individuo depende solamente del campo psicológico en ese momento: “Uno de los enunciados básicos de la teoría del campo psicológico puede formularse como sigue: cualquier conducta o cualquier otro cambio en un campo psicológico depende solamente del campo psicológico *en ese momento*”(pág. 55).

La argumentación demostrativa que Lewin utiliza es a través de la física, y si bien insiste en que es a modo de ejemplo, de facilitación de la comprensión, parece ser lo que cuenta. El análisis de la dinámica, del conjunto de fuerzas presentes, etc., se refiere a los objetos... de la física. Si bien puede pensarse que Lewin otorga un alto nivel de formalización a la noción en juego, el “principio de contemporaneidad”, en realidad opera como un reduccionismo: en física se trata –en principio– de objetos inanimados, en psicología, de qué objetos se trataría? Se trata de sujetos, o de individuos? Lewin mantiene una cierta ambigüedad al respecto, anteriormente se ha referido a una noción harto confusa: la persona.

El problema cambia si la perspectiva con la que se concibe a la teoría del campo fuera diferente. Si se trata de un enfoque general, el llamado principio de contemporaneidad, el enfoque de “la situación en un momento dado” constituye un punto ciego de la propuesta. Sin embargo, si la teoría del campo se postula como una teoría, si se incluye dentro de lo que se ha denominado una psicología de los estados momentáneos, el tener en cuenta “la situación en un momento dado” se transforma en un principio metodológico, referido a la observación, lo cual lo hace no sólo más viable, sino que confiere un alto valor a la propuesta teórica.¹³³

¹³³ La categoría de ‘lo momentáneo’ aparece relacionada con cuestiones de diverso orden y alcance: 1) la psicología lewiniana puede ser considerada como una psicología de los estados momentáneos. Entre sus múltiples derivaciones destaca una de ellas: muchas técnicas grupales han enfatizado en el “aquí y ahora” como eje de su análisis e intervención. 2) por otra parte, las posiciones que reivindican ‘el momento dado’ en tanto el momento presente, y desde ahí desvalorizan lo histórico no pueden desprenderse de un cierto pensamiento “central”. A diferencia de otros planteamientos (provenientes de países periféricos, como América Latina y otros) que otorgan a la historicidad un lugar fundamental en cualquier elaboración conceptual, algunos de los planteamientos producidos en los países centrales (EEUU...) desechan ese tipo de conceptos: los países dominantes se autolegitiman más allá de la historia social y política (y se

No se trata de intentar zanjar la cuestión mediante una aceptación o un rechazo (que no implica nada), sino puntualizar aspectos que inciden en diversos desarrollos, ora ampliando, ora empobreciendo un desarrollo teórico.

Como es su costumbre, Lewin utiliza numerosos ejemplos para mostrar y demostrar diversos argumentos (lo que pedagógicamente es algo muy facilitador aunque conceptualmente en momentos parece un procedimiento algo dudoso, en todo caso, se trataría de un “fleco” de su posición experimentalista).

Lewin se refiere al modelo médico de observación, y contrasta los procedimientos basados en los aspectos históricos y aquellos que se apoyan en elementos del presente (anamnesis y tests, como ejemplos). También utiliza ejemplos de actividades cotidianas. Por último, afirma que si bien la ingeniería, la física, la biología, la medicina, utilizan ambos procedimientos, se prefieren los procedimientos basados en la situación presente.

Más allá de la clasificación arbitraria que realiza Lewin, parece necesario señalar que esta posición antihistórica no es fácil de fundamentar para el propio autor. Más bien opera como un a priori, que hay que postular, independientemente de su pertinencia. En definitiva, los objetos a que se refieren las prácticas mencionadas se refieren a objetos inanimados, o a ejemplos traídos de la psicología animal; en todos esos casos, no parece posible hablar de historia. Pero queda en el aire cuál es el objeto de la psicología. Si se trata de un sujeto-objeto histórico, o por el contrario es un constructo formal, o un objeto inanimado o animado, pero no humano.

Lewin afirma también que en el psicoanálisis (que llama “clásico”) y en otros enfoques clínicos se ha utilizado con exceso el método de la anamnesis (la historia individual), a lo que achaca dificultades que conllevan a la incertidumbre de sus conclusiones. No es difícil observar aquí nuevamente el “diálogo” que mantiene con el

presentan como ‘naturalmente’ colocados donde están). No es éste el caso de Lewin (era un judío exiliado), sin embargo gran parte de sus propuestas fueron comprendidas en ese sentido (los valores formales y ahistóricos de la democracia que parece proponer, el ‘democratismo’ que sugiere, etc.). 3) La crítica que realiza Sartre a la concepción lewiniana incide justamente en esta intención ahistórica de Lewin, y la caracteriza como encubridora y alienante (Sartre, 1960). Y 4) En el caso de Pichon-Rivière, cuya sintonía con la obra de Lewin fue siempre explícita (si bien no es evidente el alcance de esas coincidencias) es diferente: Pichon coloca la historia del sujeto como elemento central en cualquier intento de comprensión del mismo. Ahora bien, su esquema de referencia es el psicoanálisis.

psicoanálisis, que va repartiendo a lo largo de los textos.¹³⁴ Pero aquí se hace necesario destacar un aspecto importante en el pensamiento de Lewin, y ya no sólo referido a la polémica sobre el eje diacronía/sincronía (que por otra parte ha tenido adeptos en la propia concepción psicoanalítica), sino a la cuestión de la clínica.

Parece evidente que los problemas clínicos (ya sean derivados de la práctica psiquiátrica, de la práctica médica en general, o de la práctica psicoanalítica), incluso lo que ahora se englobaría dentro de una psicología clínica, no fueron muy tenidos en cuenta por Lewin. Más que a problemas clínicos, a los que en realidad dedicó parte de sus elaboraciones (hay diversos artículos e investigaciones de Lewin y de algunos de sus discípulos en ese sentido), hay que destacar que Lewin no contempló la dimensión clínica en sentido estricto. Los problemas de la cronicidad, de las afecciones si no permanentes sí muy prolongadas, de la particular temporalidad que viven los individuos en tanto sufrimiento o dolor psíquicos, hacen difícil postular lo que hemos mencionado una psicología de los estados momentáneos, para subrayar un aspecto –y remarcamos: un aspecto– de la propuesta lewiniana.

Es necesario insistir en el estilo de fundamentación que en ocasiones utiliza Lewin: los ejemplos. Como se ha afirmado antes, si por una parte facilita cierto acercamiento al tema, su uso excesivo en realidad convierte en difuso el propio concepto que se describe, si no deja la sospecha que el propio concepto es difuso y ambiguo.

En el conjunto de ejemplos a los que recurre Lewin para fundamentar un punto que será fundamental en la teoría topológica, el de contemporaneidad, Lewin recurre incansablemente a ejemplos. El que coloca en lugar central, es el siguiente: “deseo saber

¹³⁴ Es evidente que Lewin despliega su argumentación, a lo largo de su obra, en dos ejes: por una parte, la derivada de su propia experiencia, y por otra, en una “discusión” (en parte implícita) con el psicoanálisis. Esto no es nuevo, igual ha ocurrido en el caso de diversas corrientes psicológicas (y de otras disciplinas), con un resultado decepcionante: la diferencia de dimensiones entre el objeto del psicoanálisis, su influencia decisiva en el conjunto de las ciencias del siglo XX no puede ser “capturada” en el interior de un corpus teórico delimitado como puede ser la psicología (u otros recortes disciplinarios similares). El alcance potencial que se esboza, por ejemplo, en Lewin, queda minimizado cuando intenta “contrastar” con la concepción psicoanalítica. La idea de “resistencia social” al psicoanálisis es inevitable (llevar “la peste” decía Freud a propósito de la difusión de sus teorías en los EEUU), de otro modo es poco comprensible que autores de la talla de Lewin (y otros) no hayan comprendido en términos epistemológicos el alcance y las dimensiones del psicoanálisis y realizaranseudodiscusiones y comparaciones entre teorías menores (por ejemplo, en Lewin, la concepción de frustración de Bandura) y el edificio teórico psicoanalítico. El error de apreciación es excesivo y de bulto –hay que agregar que lo mismo ha sucedido (y sucede) con el pensamiento de Marx–. Sólo cabe atribuirlo a un gigantesco obstáculo epistemológico por parte de estos científicos.

si el piso del desván es lo suficientemente fuerte como para soportar cierto peso”. Un ejemplo que habla por sí solo... De ahí, deriva nuestro autor en sus críticas a otras formas de afrontar la cuestión de la historicidad: el psicoanálisis especialmente, y otras perspectivas. Evidentemente esto debilita la argumentación teórica, pero sin embargo evidencia otra cosa: el antihistoricismo lewiniano no tiene tanto un soporte teórico sino que en realidad constituye un a priori ideológico del autor.

El uso tan excesivo de ejemplos no sólo confunden una lectura desprevenida, sino que parecen confundir al propio autor. Puede afirmarse que los ejemplos más claros utilizados son, en muchas ocasiones, intrascendentes e irrelevantes (más aún, pertenecen a la tradición elementalista de la psicología de fines del siglo XIX), mientras que los ejemplos más relevantes e importantes no son tan claros teóricamente, ni verifican ni refutan sus “constructos” (quién va a negar que hay “fuerzas”, “tensiones”, etc., etc.). Además, los ejemplos en general, recaen en las propias investigaciones... lo que otorga un cierto sesgo tautológico al asunto. Por último, cabe agregar, una vez más, la evidencia del sesgo empirista y positivista en que se mueven las concepciones de Lewin, en el sentido de su esperanza de que sus conceptos sean “vistos”, “observados” a través de ejemplos, como si se tratara de observables (a pesar de que él manifiesta, ocasionalmente, que un campo no es observable en cuanto tal).

Llegados a este punto, parece necesario desarrollar el principio de contemporaneidad en algunos de sus aspectos importantes. La posición antihistoricista de Lewin, si bien fundada como a priori ideológico –y ahí posee una cierta fuerza explicativa: en ciertos momentos hegemónicos de EE.UU., fue una ideología ampliamente extendida, no hay historia– no es en absoluto desdeñable, su articulación en la investigación tiene un alto grado de elaboración.

Lewin insiste en que una “situación en un momento dado” por una parte no implica un elemento puntual, sino un período determinado de tiempo. Por otra parte, y es lo más central de este aspecto teórico, insiste en que el campo psicológico que existe en un momento dado contiene los conceptos del individuo sobre su pasado y sobre su futuro. En una sugerencia de ejemplos, menciona la culpa (?) en referencia al pasado, la posible culpa (actual) de un individuo, y lo que llama “futuro psicológico”, relacionándolo con la esperanza y la planificación.

Es decir, la perspectiva temporal incluye el pasado y el futuro psicológicos: “Es importante comprender que el pasado y el futuro psicológicos son partes simultáneas

del campo psicológico existente en un momento dado t . La perspectiva temporal cambia continuamente. De acuerdo con la teoría del campo, cualquier tipo de conducta depende del campo total, incluyendo la perspectiva temporal en ese momento, pero no, por añadidura, de cualquier campo pasado o futuro y de sus perspectivas temporales” (pág. 62).

Nuevamente, Lewin se acerca a demostraciones casi tautológicas: para demostrar el concepto menciona un determinado experimento, y para explicar el experimento echa mano del concepto: “Farber ha demostrado, por ejemplo, que la cantidad de sufrimiento de un prisionero depende más de su esperanza respecto de su liberación, que puede ocurrir en los cinco años siguientes, que de lo agradable o desagradable de su situación actual” (pág.62).

Frente al mismo ejemplo dado por el autor, se impone un señalamiento casi obvio: sufrimiento, prisionero, liberación (judío?), etc., en relación con el momento dado, el presente, y la esperanza... La raíz ideológica de cierta forma de resistencia – resistencia del pueblo judío– frente a la opresión (genocidio) parece imponerse, y eso pasa por la propia historia del pueblo judío. Es indudable que la posición antihistoricista de Lewin –en el terreno epistemológico– está en estrecha relación con el luchador judío –en el terreno de la ideología, de los valores–, que intenta “cambiar la historia”; su antihistoricismo no parece ser el mismo que el de algunas concepciones del funcionalismo americano, claramente ligadas a ideologías e intereses conservadores (ya sean antimarxistas, colonialistas, etc.).

Por último, hay que reseñar un aspecto más en cuanto al principio de contemporaneidad, uno de los soportes de la teoría del campo. En el desarrollo del tema, a lo largo de diversas partes de sus textos, Lewin utiliza el modelo de la física, da como referencia esa disciplina. No parece tanto que intente adaptar modelos de un lugar a otro, ni que se apoye para construir analogías, más bien hace un calco, siempre que pueda. No se trata de que “sólo” toma apoyaturas metodológicas (posición frecuentemente adoptada por diversos autores) sino que intenta tomar, en toda la extensión que se pueda, aportes de la Física. Su supuesto es explícito: la ciencia sigue un determinado desarrollo (hay que tener en cuenta su “teoría de la ciencia”, y las fases científicas que él estipula), la Física va más adelantada –marcando el camino–, la Psicología va más atrás, pero el proceso, básicamente es el mismo. En la física no hay “historicidad”, sólo hay unidades determinadas de tiempo. Y en la psicología sucede lo

mismo. Una lectura detallada del conjunto de sus textos muestra esto que afirmamos: en innumerables ocasiones Lewin realiza las comparaciones, aclara que no se trata de lo mismo, establece la semejanza; y vuelve a empezar, etc.

En términos epistemológicos, se puede suponer que Lewin no considera a la psicología, o a los fenómenos psíquicos pertenecientes, de pleno derecho, al campo de las ciencias humanas, sino a disciplinas adyacentes: biología, química, física, etc., es decir, al campo de las ciencias naturales. Es verdad que muchos pensadores de fin del siglo pasado, y primeras décadas del XX coinciden en el rango preponderante de la Física (y en segundo lugar, la biología); el mismo Freud en momentos se muestra esperanzado en ese sentido, si bien con muchos recaudos epistemológicos y teóricos.

La perspectiva lewiniana queda inmersa en esta apreciación (que toma la siguiente forma: en el futuro, la psicología formaría parte de la biología, y ésta, a su vez, iría, pasado el tiempo y más desarrollada, a ser una parte integrante de la Física: un gigantesco edificio teórico). Se trata de la fe de los científicos en la ciencia (en tanto modelo positivista de aprehensión de la realidad).¹³⁵

El campo psicológico.

Parece conveniente retomar algo esbozado en el párrafo anterior, la noción de situación, de situación total. Se había visto que Lewin postula la “situación total”, compuesta por el individuo y su situación psicológica, como constitutivas del “espacio vital psicológico”. Este espacio es lo que denomina “campo”.

Para aproximarnos a los “contenidos” que componen un “campo”, nos referiremos a la exposición que hace el autor en el capítulo X de su libro, que titula: “Conducta y desarrollo como funciones de la situación total”.

¹³⁵ Se esboza así una cuestión importante, derivada de las concepciones marxistas, y especialmente del psicoanálisis. ¿Cómo resulta el estatuto de la ciencia, y de sus practicantes –los científicos– ya no después de planteado su lugar en el mundo de los conflictos colectivos –aporte indiscutible del marxismo–, sino después de planteado el inconsciente? El sujeto en tanto sujeto dividido, la conciencia como una relación derivada del inconsciente, en fin, el inconsciente como constitutivo del sujeto, replantea no ya diversos enfoques teóricos, sino el propio lugar de la ciencia y del científico. Si bien esta problemática no será tratada en su real dimensión en este trabajo –su amplitud lo desbordaría–, sí serán necesarias algunas referencias a algunos “flecós” de la misma. La cuestión del inconsciente, lo que problematiza, es importante en cualquier teoría grupal (aunque no se inscriba en una perspectiva psicoanalítica) no sólo por las razones aludidas, sino también por el carácter de intervención de dichas teorías. El científico de grupos, frecuentemente es un líder de grupos, o un terapeuta de grupos, o un psicoanalista grupal, etc.

Realiza una descripción del “campo psicológico” con diversas referencias a conceptos esbozados ya, si bien los ordena de manera más evidente, y –como en muchas otras ocasiones– utiliza ejemplos de extrema simpleza, en este caso: el efecto en un niño, de distintas cantidades de luz.¹³⁶

Lewin concuerda con las afirmaciones de que el efecto de un estímulo dado depende de la constelación de estímulos y del estado de la persona en ese momento:

“En términos generales, la conducta (C) es una función de la persona (P) y de su ambiente (A), $C = F(P,A)$ ” Y agrega aún más: “Este enunciado es correcto para las crisis emocionales como también para las actividades intencionales, para los sueños, los deseos, el pensamiento, la conversación y la acción” (pág. 221) (si bien este tipo de “situaciones” en ningún caso son desarrolladas en sus textos...).

Puede entenderse que en este caso, Lewin establece una homología entre conducta y campo, la conducta constituye un campo, o mejor, es entendida como el movimiento, la variación de un campo. Por otra parte, la conducta, el estado de la persona y el de su ambiente, serían interdependientes.

A partir de aquí, Lewin derivará hacia un concepto central, la noción de espacio vital psicológico: “En resumen, puede decirse que la conducta y el desarrollo dependen del estado de la persona y de su ambiente. $C = F(P,A)$. En esta ecuación la persona (P) y su ambiente (A) deben considerarse como variables mutuamente dependientes. En otras palabras, para comprender o predecir la conducta la persona y su ambiente han de considerarse como *una* constelación de factores interdependientes. Llamamos a la totalidad de estos factores el espacio vital (EV) de ese individuo, y escribimos $C = F(P\acute{I}A) = F(EV)$. El espacio vital, en consecuencia, incluye tanto a la persona como a su ambiente psicológico” (pág.222).

El trabajo científico consistirá en abordar el movimiento, la dinámica, los componentes de ese campo (espacio vital):

¹³⁶ No se puede atribuir el uso de ejemplos de comportamientos o situaciones tan elementales a ignorancia. Ahora bien, ¿qué razones le llevan a no incluir ejemplos con seguridad más cercanos a sus experiencias cotidianas –gran parte de sus trabajos los realizó en centros de atención a niños–, como la relación entre un niño y su madre, o entre hermanos, etc., etc.? Subyace en estas “elecciones” temáticas – los ejemplos en que apoya sus conceptos– una posición en Lewin que hoy llamaríamos “conductista”? En todo caso, parecen también resabios de una psicología elementalista que Lewin combate: toda su teorización se aleja de esas perspectivas.

“La tarea de explicar la conducta resulta entonces idéntica a: 1) encontrar una representación científica del espacio vital (EV), y 2) determinar la función (F) que vincula la conducta con el espacio vital. Esta función (F) es lo que habitualmente se denomina una *ley*” (pág.222).

Mediante una referencia a la física, esta vez a Einstein, Lewin establece cuál es la línea de investigación: “la totalidad de hechos coexistentes que se conciben como mutuamente interdependientes se denomina un *campo* [Einstein]. La psicología debe enfocar el espacio vital, incluyendo a la persona y su ambiente, como un campo”. (pág.222).

Previamente a determinar los medios y elementos que permitirán representar el campo psicológico, Lewin establece algunos aspectos que le parecen importantes:

1) Es básica la diferenciación de puntos de vista, entre el observador (maestro, padres, experimentador, son los ejemplos) y la situación tal como existe para el individuo como espacio vital (el niño, en el ejemplo). La exigencia de objetividad para la investigación reside en representar el campo tal como existe para el individuo en cuestión. Es decir, importa no sólo el conjunto de hechos, sino su existencia como tal para el individuo de que se trate, la experiencia psicológica que éste tenga.

2) Si bien las condiciones físicas y sociales deben ser tenidas en cuenta, esto es así, porque ellas limitan la diversidad de espacios vitales posibles; operan como condiciones limítrofes del campo psicológico.

3) El principio del campo como un todo es central: las “atmósferas” psicológicas son el ejemplo más cabal.

4) “El concepto de campo psicológico como un factor determinante de la conducta implica que todo lo que la afecte en un momento dado debe representarse en el campo existente en ese mismo momento, y que sólo esos hechos que puedan afectarla son parte integrante del campo presente” (pág. 223). Es el principio de contemporaneidad.

5) Puede representarse el campo psicológico en términos matemáticos (espacio hodológico); tal tipo de representación (con sus ecuaciones correspondientes) permitiría la predicción de la conducta.

Teorías y constructos: la ley y el caso individual. Tal es el siguiente tema abordado en el artículo. Se propone que sin teorías es imposible ir más allá de la

recolección de hechos, que no permiten ningún tipo de predicción. Si se pretende entender problemas en relación con condiciones o efectos, es básico comprender las propiedades dinámicas que están bajo la superficie de las propiedades fenotípicas directamente observables.

El autor dice que diversas teorías psicológicas han construido diversos constructos teóricos para caracterizar hechos dinámicos o genotípicos subyacentes, y cita términos como: necesidad, asociación reflejo condicionado, Gestalt, libido, superyó.

Es imprescindible distinguir los hechos esenciales (genotípicos) para la posible predicción y explicación de determinadas conductas. Ahora bien, Lewin considera necesario utilizar teorías, pero eliminar aquellas de carácter especulativo, e intentar el empleo de teorías empíricas reconocidas. Así, los principales desiderata de una teoría empírica eficiente residen en:

- 1) que sus constructos se vinculen con hechos observables, tengan propiedades conceptuales claramente definidas, propiedades que estarán ligadas a conceptos matemáticos;
- 2) las leyes deben verificarse experimentalmente. Aquí ley es entendida como “la relación entre conducta, por una parte, y el campo caracterizado por ciertos constructos, por la otra, o entre los diversos factores que determinan el campo). Una ley siempre debe ser general.

La cuestión de las diferencias individuales, de los casos individuales, no puede aparecer como contradictorio con la misma. Si la ley se expresa en una ecuación que relaciona diversas variables, las diferencias individuales se conciben como diversos valores específicos que esas variables poseen en un caso particular. Para Lewin las leyes generales y las diferencias individuales “son simplemente dos aspectos del mismo problema, y dependientes entre sí: el estudio de uno no puede avanzar sin el estudio de la otra”.

La conclusión a que estas consideraciones conducen a Lewin, fundamentan la importancia del campo, de la situación total:

“Este hecho implica que los datos acerca de los diversos niveles de edad proporcionados por la psicología infantil tienen valor práctico para la comprensión y orientación del

niño sólo si se vinculan con la situación concreta que domina la conducta de un niño dado en un determinado momento” (pág. 225).

Vale la pena realizar algunos comentarios a este conjunto de proposiciones en relación a los constructos y las leyes:

a) Lewin parece no considerar los corpus teóricos como tales, sino sólo los constructos, los constructos aislados (en todo caso, parece considerar que si hay un corpus teórico como tal, ése sería el suyo...). Esa idea parece fundamentar esa lista heterogénea de “constructos” que realiza.

b) Si tomamos las nociones psicoanalíticas mencionadas, es evidente. Términos como libido o superyó no significan nada (más allá de su significación popular) si no es en su contexto teórico: el corpus psicoanalítico. Es su articulación, engarce, conexión, etc., con otros conceptos lo que daría cuenta de qué son. De su pertinencia y capacidad para explicar o no, etc. (probablemente suceda lo mismo respecto de los otros “constructos” mencionados).

c) Si bien la fundamentación que hace Lewin de su concepto de ley posee una gran especificidad, cuando ejemplifica con una ley tomada de la psicología el asunto se empobrece (el ejemplo que da en esta ocasión es el siguiente: “la velocidad con que se sacia una actividad aumenta con su grado de centralidad psicológica”).

d) Las leyes –en cualquier disciplina– tienen distinto rango. Lewin parece ignorar esto. Cuando se refiere a la física, el ejemplo de ley que utiliza es el de la caída libre de los cuerpos (pequeña ley...), cuando habla de ley en psicología..., menciona aspectos minúsculos –en comparación con el de la física–. Una cosa es plantear como un objetivo deseable, el establecimiento de leyes y otra hacer como que ya existen (y Lewin o sus discípulos las establecen). No se trata de soberbia intelectual (Lewin es un intelectual de alto rango), sino de una actitud militante: no de otra forma puede entenderse la comparación que realiza entre las “leyes” que menciona como ejemplos de la psicología experimental científica (véase el ejemplo citado) frente a la crítica a simples “constructos” como libido, superyó, o reflejo condicionado, Gestalt (cuando cualquiera de ellos, funda una perspectiva psicológica como tal).

Los diversos constructos que dan cuenta de la conducta en un campo dado.

En el capítulo que estamos comentando (el X) Lewin especificará diversas dimensiones y factores que componen el campo psicológico, artículo que utiliza como tema central el campo infantil, y en referencia al aprendizaje. Así, abordará diversas cuestiones que hemos agrupado en cuatro apartados.

1) En principio Lewin aborda la diferenciación de las diversas dimensiones del espacio vital. Y se refiere al cambio del espacio vital durante el desarrollo; realiza una clara especificación: el espacio vital del bebé se puede describir como un campo con pocas áreas y distinguibles con vaguedad. El área “mi propio cuerpo” no existe inicialmente; las expectativas de futuro no existen, etc. Las primeras áreas que obtienen un carácter definido están conectadas con la ingestión y la eliminación (oral, uretral, anal). También puntualiza que el aumento del espacio vital respecto de las dimensiones psicológicas temporales continúa en la adultez.

Una especificación importante en cuanto a la diferenciación del espacio vital: también se incrementa en la dimensión de la realidad-irrealidad. Por último, alude a la regresión: “El cambio del espacio vital como un todo en la dirección opuesta a la característica del desarrollo puede denominarse regresión” (pág. 229).

A partir de esta amplitud del constructo “campo psicológico” se plantean diversos movimientos en ese campo.

2) Es fundamental en la concepción topológica de Lewin la determinación de la posición del individuo dentro del espacio vital, es el primer requisito para comprender su conducta. Debe conocerse su posición en los diversos grupos en los que participa. Ahora bien, se estipula la existencia de diversas regiones dentro del espacio vital. Esas regiones constituyen partes diferenciadas, tales como diversas actividades, ámbitos, etc. También las regiones están delimitadas por fronteras con diverso grado de fluidez, que dificultan o facilitan el tránsito de una región a otra. Hay líneas más allá de las cuales no se puede ir sin abandonar la región. En ocasiones, esas líneas se convierten en barreras que impiden la locomoción entre las regiones.

Es verdad que la terminología un tanto abstracta para denominar estos distintos movimientos comportamentales de los individuos no facilita su rápida comprensión más

que por analogías. En todo caso, Lewin se ocupa de ejemplificar profusamente todas sus afirmaciones.

Parece interesante destacar que el constructo “locomoción”, cambio de posición, es equivalente a la conducta: “”Muchas conductas pueden concebirse como un cambio de posición –en otras palabras, como una locomoción de la persona–” (pág. 229). La locomoción implica el pasaje de una región a otra dentro del espacio vital, o cuando se cambia de posición dentro de la misma región.

Estos temas en relación con la posición (dentro o fuera de una región) le permiten abordar cuestiones grupales fundamentales tales como: la adaptación a una situación dada (lo que sería conocido posteriormente como “presión a la conformidad”) y lo que denomina como “pertenencia al grupo”. La pertenencia al grupo constituye una elaboración importante en la perspectiva de Lewin. Llega a afirmar que la mayoría de las metas sociales pueden caracterizarse como un deseo de pertenecer (o no) a un grupo; y equivale a tener una posición, dentro o fuera del grupo. Destaca el compartido sentimiento de pertenecer a ciertos grupos que da “sensación de seguridad”, etc., también al sentimiento del ‘nosotros’ en vez de ‘yo’. Lewin alude a los múltiples estudios experimentales realizados por Lippitt, sobre la atmósfera grupal (o tipo de liderazgo).

Como síntesis de estas construcciones referidas a la posición del individuo, el movimiento y las regiones, su autor afirma: “La estructura del espacio vital está constituida por las relaciones posicionales de sus partes, y puede expresarse mediante la topología del espacio vital. La locomoción de la persona, es decir, el cambio de su posición de una región a otra, puede considerarse como un tipo de cambio en la estructura” (pág. 232).

3) Se aborda ahora un constructo fundamental en el edificio lewiniano (y posiblemente el que más se ha difundido): la fuerza, y el campo de fuerza.

“El constructo *fuerza* caracteriza, para un punto dado del espacio vital, la dirección y la potencia de la tendencia al cambio. Este constructo no implica ningún supuesto adicional tal como la ‘causa’ de esta tendencia. La combinación de un número de fuerzas actuantes sobre el mismo punto en un momento dado se denomina fuerza *resultante*. La relación entre fuerza y conducta puede resumirse entonces de la siguiente manera: siempre que exista una fuerza resultante (distinta de cero), habrá locomoción en

dirección de esa fuerza o un cambio en la estructura cognitiva equivalente a esa locomoción. El reverso también es válido: toda vez que exista una locomoción o cambio de estructura, existirán fuerzas resultantes en esa misma dirección” (pág. 235).

Las fuerzas psicológicas corresponden a una relación por lo menos entre dos regiones del espacio vital. Si una región (que puede representar una actividad, una posición social, un objeto o cualquier otra meta posible) es atrayente, se dice que tiene una valencia positiva. Si la persona es rechazada, se habla de valencia negativa.

Se especifican distintos tipos de fuerzas: impulsoras (que llevan a la locomoción), restrictivas (locomociones dificultadas por obstáculos físicos o sociales); ambos tipos de fuerzas se deben a la relación entre dos regiones del espacio vital.

Fuerzas correspondientes a las necesidades propias. También existen fuerzas inducidas (por ejemplo, fuerzas que corresponden no a deseos del niño, sino de su madre) y fuerzas impersonales.

Este abordaje de las fuerzas, del campo tensional en que se desenvuelve la vida del individuo le permite a Lewin arribar a una definición de conflicto muy precisa: “Una situación conflictiva puede definirse como aquella en la que las fuerzas actuantes sobre la persona tienen dirección opuesta y son casi iguales en potencia. Respecto de las fuerzas impulsoras, tres casos son posibles: la persona puede estar ubicada entre dos valencias positivas, entre dos valencias negativas o puede tener la misma dirección hacia una valencia positiva y otra negativa. Puede haber, también, conflictos entre fuerzas impulsoras y restrictivas, y por último entre las fuerzas propias y diversas combinaciones de fuerzas inducidas e impersonales. El efecto y desarrollo de los conflictos varían con estas diferentes constelaciones, aunque todos poseen algunas propiedades comunes” (pág. 239).

El conflicto entre fuerzas impulsoras: entre valencias positivas (elección entre dos deseos), entre valencias negativas (un castigo), entre una valencia positiva y una negativa (una promesa de recompensa por realizar una tarea desagradable), etc. También el conflicto entre fuerzas impulsoras y restrictivas (por ejemplo, una barrera impide a alguien alcanzar una meta); conflicto entre fuerzas propias e inducidas, etc. Lewin abunda en diversos ejemplos para ilustrar la cuestión. Y finaliza con una referencia a lo que denomina la “potencia del conflicto”: “Si dos fuerzas oponentes son

iguales en potencia la fuerza resultante será igual a cero, independientemente de la potencia absoluta de las fuerzas” (pág. 246).

4) Lewin se refiere a lo que denomina “situaciones superpuestas”, en cuando al hecho de que, en general, el individuo se halla al mismo tiempo en más de una situación. Y considera que el efecto que tiene una situación sobre la conducta depende de la potencia (fuerza) de esa situación. Y menciona diversos casos que pueden considerarse como “situaciones superpuestas”: actividades superpuestas, situaciones de elección (decisión), influencia de algo sucedido en el presente, etc.

Destaca en todas estas consideraciones un elemento en relación con su idea de grupo: el “efecto del grupo sobre el individuo”: “El efecto de la pertenencia al grupo sobre la conducta de un individuo puede considerarse como el resultado de dos situaciones superpuestas: una corresponde a las propias necesidades y metas de la persona; la otra a las metas, normas y valores que existen para ella como miembro del grupo. La adaptación de un individuo al grupo depende de la evitación de un conflicto demasiado grande entre estos conjuntos de fuerzas” (pág. 249). Como puede observarse, constituye una interesante manera de describir los fenómenos que se observan en cualquier situación grupal.

Y abunda en la misma línea: “El efecto de los diversos grupos [...] [en un individuo] depende de la potencia relativa de estos grupos al mismo tiempo”; “muchos conflictos infantiles se deben a fuerzas correspondientes a los diversos grupos a los que el niño pertenece” (pág. 249).

5) Por último, y una vez definidas las diversas fuerzas que operan sobre la conducta, Lewin se referirá a los factores que determinan el campo psicológico, la constelación de fuerzas. Se trata de dar cuenta de cómo una parte o aspecto del espacio vital depende de las demás partes o aspectos. A tal efecto realiza un extenso análisis de cuestiones relacionadas con las “necesidades”: la variación de las necesidades a lo largo del desarrollo, la satisfacción de las necesidades, etc. Considera que una necesidad puede ser satisfecha alcanzando la meta deseada o bien una meta sustitutiva (en este caso, hará referencias a Freud y a Mahler). También analiza las diversas fuerzas restrictivas que afectan a las necesidades, relación entre metas y necesidades, el nivel de aspiración, las necesidades inducidas, etc. Como se ha dicho es un extenso análisis del tema, con un abundante uso de estudios experimentales realizados en su contexto.

Hasta aquí el conjunto de constructos elaborados por Lewin para dar cuenta del espacio vital, y del campo psicológico. Posición, locomoción, fuerzas y campo de fuerzas; valencia, conflicto, situaciones superpuestas, tales son los términos utilizados para dar cuenta del extenso conjunto de investigaciones empíricas realizadas, y fundamentalmente, para introducir científicidad en el objeto de investigación.

Una descripción global de la teoría del campo.

En el capítulo IV, titulado “La teoría del campo y el aprendizaje”, Lewin caracteriza lo que considera los rasgos esenciales de la teoría del campo. Como hemos visto, la teoría del campo no constituye una unidad en sentido estricto, no ha sido expuesta de forma sistemática por su autor, sino que en realidad es una obra que ha sido desarrollada a lo largo de varios años. Esto es evidente si tenemos en cuenta que su texto “Principles of Topological Psychology” es de 1936, y el otro, “La teoría del campo en las ciencias sociales”, contiene escritos de Lewin hasta su muerte.

En el artículo mencionado Lewin se propone responder sobre los rasgos que distinguen a la teoría del campo de otras orientaciones. “Cuáles son los principales atributos de la teoría del campo? Las siguientes características me parecen particularmente importantes: el empleo de un método constructivo más que clasificatorio; el interés en los aspectos dinámicos de los hechos; un enfoque psicológico antes que físico; un análisis que parte de la situación global; la distinción entre problemas sistemáticos e históricos; la representación matemática del campo” (pág. 68).

Estos seis aspectos caracterizarían a la teoría del campo:

1. Método constructivo.

Es necesario resolver el problema que resulta entre la construcción de leyes y las diferencias individuales; los conceptos generales no tienen valor si no permiten predicciones para el caso individual. Y esto, según Lewin, solamente se resuelve con el recurso a la posición galileana, que significó el paso de un método clasificatorio (que agrupa los elementos según las similitudes) por un método constructivo o genético (que agrupa los elementos según el modo en que puedan producirse o derivarse uno de otro). Es decir, este método constructivo se basa más en la relación entre elementos que en su pertenencia a una categoría.

Lewin da una imagen clara de todo esto: “la esencia del método constructivo es la representación de un caso individual con el auxilio de unos pocos ‘elementos’ de construcción. En psicología se pueden emplear como elementos la ‘posición’ psicológica, las ‘fuerzas’ psicológicas y otros conceptos similares” (pág.69).

Y las leyes generales son enunciados acerca de las relaciones empíricas entre estos elementos constructivos (los “constructos”) o algunas de sus propiedades. Así, se pueden construir un número ilimitado de constelaciones de acuerdo con esas leyes: esas constelaciones corresponde a un caso individual en un momento dado (a un campo psicológico o vital).

2. Enfoque dinámico.

Llegado a este punto, Lewin descarta el psicoanálisis, afirmando que éste no ha cumplido con los requerimientos científicos en sus afirmaciones: “El psicoanálisis ha sido probablemente el ejemplo sobresaliente de un enfoque psicológico que intenta alcanzar las profundidades antes que las capas superficiales de la conducta. En este aspecto, ha seguido a los novelistas de todos los períodos.... no ha concordado con los requerimientos del método científico al hacer sus interpretaciones de la conducta” (pág.69). Y afirma que son necesarios constructos y métodos científicos para ocuparse de las fuerzas subyacentes del comportamiento.

Lewin considera que al utilizar el término dinámica lo hace en el sentido de “fuerza” (dynamis = fuerza), una idea de los cambios como resultado de fuerzas psicológicas. Hay que recordar que el constructo “fuerza” indicaba la dirección y la potencia de la tendencia al cambio, en un punto dado del espacio vital, y que no supone nada parecido a una “causa”, sino a una correlación determinada entre diversas regiones de ese espacio.

3. Enfoque psicológico.

El autor considera que los dos puntos anteriores son reconocidos por algunas teorías, aunque los dos siguientes, el enfoque psicológico y el análisis de la situación global, serían más específicos de la teoría del campo.

Afirma que su enfoque psicológico se diferencia de algunas orientaciones –cita expresamente la del reflejo condicionado– que si bien coinciden con la suya en la importancia de utilizar conceptos operacionales –verificables–, eliminan las descripciones psicológicas. Así, afirma: “Una de las características básicas de la teoría

del campo en psicología, a mi ver, es el requisito de que el campo que influye sobre un individuo se describa no en términos ‘fiscalistas objetivos’ sino de la manera en que éste existe para la persona en ese momento” (pág. 69).

Es decir, una descripción objetiva para Lewin implica describir la situación como una totalidad de aquellos hechos –y sólo de aquéllos– que configuran el campo de un individuo, y abunda en esta perspectiva: “sustituir el mundo del sujeto, por el mundo del maestro, del físico o de cualquier otro no significa ser objetivo, sino estar equivocado”. (pág. 70).

Por último, efectúa una referencia a la noción de “ambiente conductual” de Koffka.

4. Análisis inicial de la situación global.

Lewin hace una referencia a su teoría del campo y a la Gestalt, y afirma que no es verdad que esas teorías se oponen al análisis (en el sentido de reducción a los componentes); más aún, se habrían investigado muchas situaciones en términos analíticos a partir de la teoría del campo.

El procedimiento analítico de la teoría del campo procede previamente a una determinación de la situación total:

“En lugar de elegir uno u otro elemento aislado dentro de una situación, cuya importancia no puede juzgarse sin la consideración de la situación global, la teoría del campo encuentra útil, como norma, caracterizar la situación en su totalidad. Después de esta aproximación preliminar, los diversos aspectos y partes de la situación soportan un análisis cada vez más específico y detallado. Es obvio que este método es la mejor salvaguardia contra la conducción equivocada por uno u otro elemento de la situación”. (pág. 70).

Nuevamente, Lewin se refiere a la teoría de la Gestalt: dice que el método de ir primero a la situación global y luego a las partes, parte de un supuesto, el hecho de que exista algo como las propiedades del campo global, remitiendo a un texto de Köhler (Dynamics in Psychology, de 1940).

5. La conducta como función del campo en el momento en que ocurre.

Lewin incluye en este conjunto de rasgos esenciales de su teoría del campo al principio de contemporaneidad, es decir, la consideración del efecto del pasado sobre la conducta sólo en su efecto presente, en la situación en el momento presente. Más aún, el campo

psicológico (o campo vital) pasado es uno de los “orígenes” del campo presente, y éste será el que influye en la conducta.

Relacionar una conducta en el presente con un campo pasado presupondría conocer cómo influyó en el pasado –en el campo pasado– un determinado hecho, y si ha habido otros que en ese transcurso de tiempo, han influido o no.

6. Representaciones matemáticas de las situaciones psicológicas.

Un requisito exigido a la psicología, en aras de la científicidad de sus postulados lo constituye, según Lewin, la utilización de las matemáticas para representar las situaciones estudiadas. Lewin propone en este punto, la utilización de algunas ramas de la geometría, específicamente la topología, para representar la estructura de diversas situaciones psicológicas. Considera que “los conceptos topológicos y vectoriales combinan el poder del análisis, la precisión conceptual, la utilidad para la derivación y el ajuste para la gama total de los problemas psicológicos...” (pág. 71).

Como punto final a este ‘resumen’ de su teoría del campo –en una exposición que ha tenido como interlocutores a otras orientaciones psicológicas importantes en ese momento–, Lewin esboza una opinión sobre el futuro de la teoría del campo:

“En este momento, probablemente sólo una minoría de psicólogos acepta la teoría del campo. Sin embargo, existen signos crecientes de que casi todas las ramas de la psicología, tales como la psicología de la percepción, la psicología de la motivación, la psicología social, la psicología infantil, la psicología animal y la psicología patológica, están avanzando en dirección hacia la teoría del campo con mucha mayor rapidez de lo que se hubiera esperado unos pocos años atrás” (pág.72).

Estas consideraciones parecen configurar las auténticas esperanzas puestas por Lewin en sus aportes agrupados bajo el denominador común de “teoría del campo”. Más que la ilusión de un psicólogo investigador, parecen partir de un epistemólogo, preocupado por el movimiento general de los conocimientos científicos, no sólo de la psicología.

Algunas consideraciones sobre la teoría topológica.

Antes de terminar este párrafo dedicado a precisar los aspectos fundamentales de la teoría lewiniana del campo –ya hemos insistido en el carácter poco unificado de su exposición–, vale la pena realizar algunos comentarios.

Más que un texto de psicología, este último capítulo parece más un texto sobre teoría del conocimiento, que plantea diversas cuestiones de ese orden, además de algunos problemas de procedimiento. Como hemos mencionado anteriormente, algunas consideraciones que hace Lewin parecen ser destinadas no sólo a la psicología –si bien son sus ejemplos–, sino también a la sociología, como por ejemplo el ambicioso título de su texto central sobre indica esa pretensión: la teoría del campo ‘en las ciencias sociales’.

Puede pensarse en cierta temeridad intelectual de Lewin en esta pretensión de elevar sus teorizaciones al rango de una gran teoría. Vale la pena recordar que cuando escribía sobre epistemología y teoría comparada de las ciencias –establece una historia del conocimiento científico–, contaba con... menos de treinta años.

Por otra parte, parece impropio pensar que los diversos seguidores de Lewin fueron incapaces de mantener y ampliar su contribución teórica, sino que ha sido al revés: han hecho todo lo que han podido, han generado todo el arsenal teórico que el basamento les ha permitido. Para eso, no se han apoyado tanto en la teoría (que en el sentido que la estamos considerando, no es tal), sino en su actitud epistemológica, en su posición metodológica: empirismo, experimentalismo y “uso” de las teorías no tanto como intentos de explicación de la realidad, sino como “ordenadores” de los datos.

Una limitación a que conlleva su planteamiento consiste en una cierta definición tautológica de la psicología: Lewin afirma que en psicología se usan conceptos tales como “posición”... psicológica, “fuerzas”... psicológicas, etc. Parece que este tipo de planteamientos si por una parte impulsa la investigación por caminos nuevos, poco puede avanzar en la constitución de un objeto propio, de un dominio de conocimiento.

En cuanto a su análisis de lo que Lewin llama el “enfoque psicológico”, cabe señalar que si bien la discriminación que realiza entre objeto investigado y sujeto investigador es fundamental y parece anunciar una problemática que será central pocos años más tarde, también es verdad que Lewin lo mantiene en un cierto nivel de ambigüedad. Parece que Lewin describe cómo debe ser la posición de un líder (bajo la

forma de maestro, o investigador): cómo éste debe “comprender” a sus dirigidos (niños, alumnos, etc.) para poder... continuar dirigiéndolos. Es decir, no se trata de un análisis de la relación entre ambos, sino de una forma de mejorar la comprensión del dirigido. Es verdad que esto sugiere la idea de democracia de Lewin: la democracia como el tener en cuenta al otro, al semejante.

Para finalizar la exposición de este apartado, cabe una acotación: más que un hombre culto, Lewin parece más bien un investigador sagaz y listo. Si bien esto puede ser de gran ayuda para moverse en el contexto en que se situaba, lo alejó de los problemas teóricos de fondo: su profunda incompreensión del psicoanálisis y de las propuestas derivadas de esa perspectiva así lo atestiguan; más aún, parece haberlo alejado de una producción más incisiva en el terreno de la teoría psicológica.

Las razones entre la discordancia que se observa en la vasta producción lewiniana, en la prolífica producción de orden teórico, y el suceder posterior, es decir, la casi desaparición de sus conceptos en cuanto tales, son complejas. Obedecen a lógicas del propio desarrollo científico, y también a dinámicas específicas de la comunidad de científicos, de docentes, de institutos universitarios. Sin embargo, es necesario enfatizar que este “destino” que parecen haber tenido las propuestas lewinianas está lejos de resultar algo de fácil comprensión.

Para ilustrar esto, puede reseñarse dos opiniones, una de ellas de un discípulo de Lewin, y otra, de un investigador actual (cuyos textos hemos utilizado anteriormente) y, de alguna manera, enmarcado en la corriente lewiniana:

1) Morton Deutsch, uno de los diversos discípulos de Lewin, en un texto donde analiza los aportes lewinianos, afirma que la notable influencia de la obra de Lewin es evidente en el conjunto de sus discípulos, y menciona algunos: Bavelas, Cartwright, Deutsch, Festinger, Heider, Kelley, Lippitt, Pepitone, Thibaut, Wright, Zander, etc. Pero considera que “no se puede afirmar que las construcciones teóricas específicas de Lewin –sus conceptos estructurales y dinámicos– ocupen un lugar central en las investigaciones que actualmente se realizan” (Deutsch y Krauss, 1965, pág. 65). El autor no alude a ninguna razón para que esto ocurra.

2) En un texto en que analiza con rigor y profundidad los aportes lewinianos, A. Blanco enfatiza en los inapreciables aportes de Lewin a la psicología social, y no sólo con teorías particulares o aportes metodológicos, sino en la misma delimitación del campo

de la disciplina. Sin embargo, constata la casi inexistencia de los postulados lewinianos, sin aportar tampoco ninguna razón consistente: “Pese a todo hay un problema insalvable: la teoría topológica y el método constructivo resultan casi una reliquia histórica para la Psicología social; su originalidad y profundidad han dificultado una posterior continuación ni siquiera a los más directos colaboradores del maestro; se trata de una reliquia que de vez en cuando no está de más venerar” (Blanco, 1988, pág. 264).

Queda planteada una cuestión: si es verdad lo que afirman esos autores, ¿a qué se debería este destino desventurado de la gran teoría del campo, de la primera –y quizá única– gran construcción de una psicología social? Entre las diversas razones que puedan dar cuenta de ello no hay que olvidar que la difusión de una línea de pensamiento en no pocas ocasiones ha conducido a su desaparición en los discursos manifiestos, si bien su vigencia se mantiene en otros niveles de las construcciones teóricas (permanece como metateoría). Sin embargo, no es eso lo que ha sucedido con las propuestas grupales; al contrario, las construcciones teóricas relativas a los grupos han mantenido su vigencia durante largo tiempo.

Una psicología social experimental.

El capítulo VI, titulado “La teoría del campo y la experimentación en psicología social” contiene una de las exposiciones más apropiadas para cerrar este apartado. En él Lewin se refiere a las relaciones que encuentra entre la psicología y la sociología, y fundamenta ciertos niveles de la psicología social. Puede decirse que aquí reside el aporte fundamental de Lewin: su idea de situación, de situación total (constructo básico para fundar su teoría del campo) implica abandonar la posición (teórica e ideológica) que coloca al individuo en primer plano, por otra, que postula una complejidad específica: la llamará psicología social.

Si bien hasta ahora nos hemos referido a diversos capítulos (artículos) en que Lewin ejemplificaba en relación con las polémicas que sostenía con diversas perspectivas psicológicas, esta vez su intento es más fecundo: se trata de articular la idea de situación, y de campo referida no sólo a un individuo, sino a un contexto pluripersonal.

Lewin parte de la constatación de que los postulados fundamentales de la sociología, esto es, la influencia de los hechos sociales sobre los individuos, sobre su

conducta, no han sido fácilmente aceptados por la comunidad científica. Durante mucho tiempo se ha considerado que la única realidad era la física y/o orgánica, y no se aceptaba fácilmente el estatuto de realidad para los hechos sociales.

La psicología, que habría ido abandonando la idea de fundamentar la conducta exclusivamente en razones fisiológicas, ha comenzado a considerar que los hechos sociales, el ambiente, las relaciones sociales, influyen en los individuos, en su mundo psicológico subjetivo –según los términos de Lewin–.

Estas afirmaciones, que hoy pueden parecer obvias, no parecen haberlo sido en los años 30..., por lo menos para el contexto científico e ideológico al que se refiere Lewin.

Como muestra de ese nuevo interés, Lewin menciona diversas investigaciones que muestran la influencia del contexto (denominado como los ‘hechos sociales’) en la conducta individual.¹³⁷

Y desde ahí, tiende un puente entre la psicología y la sociología: considera que la psicología experimental constituye una función de apoyo a la sociología, en la medida que aporta pruebas y verificaciones a un supuesto básico en la sociología, como es la demostración del efecto fundamental de los hechos sociales sobre la conducta.

Lewin considera que la psicología –y también la sociología– han soportado el lastre de ciertas concepciones filosóficas y metafísicas que, coexistentes con sus aportes verdaderamente científicos, han dificultado un óptimo desarrollo de sus teorías. Una de las dificultades más importantes ha sido la actitud reacia a admitir las investigaciones de laboratorio como pruebas científicas. Y si bien esa actitud estaría cediendo, Lewin considera que es necesario un gran desarrollo conceptual y metodológico en ese sentido.

En un intento de precisar este conjunto de razones, Lewin precisa lo que constituirá, posteriormente, el ámbito mismo de la psicología social:

¹³⁷ Es interesante el hecho de que Lewin se apoye en investigaciones referidas a niños, para fundamentar cierta dimensión no biológica, sino contextual y relacional como fundamento del comportamiento individual. Es evidente que apunta a ciertas ideas básicas en esa época (¿quizá aún hoy?), como es la mayor cercanía a lo biológico por parte de los niños, sujetos menos socializados, etc. Por ejemplo, afirma: “desde su primer día de vida el niño es objetivamente parte de un escenario social”, lo cual, en el contexto en que esto es planteado, es toda una toma de posición.

“La psicología social señala, probablemente mejor que ningún otro sector de la psicología y la sociología, lo que se necesita. Su progreso depende de la superación de ciertas dificultades mayores, entre las que se cuentan por lo menos las siguientes:

- a. La integración de vastas áreas de hechos y aspectos muy divergentes: el desarrollo de un lenguaje científico (conceptos) que sea adecuado para tratar hechos culturales, históricos, sociológicos, psicológicos y físicos sobre un fundamento común.
- b. El tratamiento de esos hechos sobre la base de su interdependencia.
- c. El manejo de problemas tanto históricos como sistemáticos.
- d. El manejo de problemas relacionados tanto con los grupos como con los individuos.
- e. El manejo de objetos o pautas de cualquier ‘dimensión’ (la psicología social tiene que incluir los problemas de una nación y su situación, así como los de un grupo lúdico formado por tres niños y su lucha momentánea)
- f. Problemas de ‘atmósfera’ (como la amistad, las presiones, etc.)
- g. La psicología social experimental tendrá que encontrar el modo de ubicar las pautas de grandes dimensiones dentro de un marco lo suficientemente pequeño como para posibilitar las técnicas de experimentación” (Lewin, 1951, pág.130-131).

Se trata de una argumentación global en base a los conceptos teóricos –la noción de campo– y también, a los intereses y presupuestos ideológicos del autor –su preocupación por fundamentar científicamente aportes a diversos niveles de la realidad social, especialmente las áreas problemáticas y conflictivas–.

Una psicología social experimental –según la explícita connotación dada por el mismo Lewin–, basada en la hipótesis mayor lewiniana: la interdependencia, referida tanto a individuos como a grupos, y con capacidad para incluir diversas dimensiones (de análisis).

Aún con cierto matiz repetitivo en la exposición de las ideas de Lewin, es importante precisar todo lo posible no sólo el enfoque que le da a esta psicología social, sino también el ámbito de hechos, el conjunto de fenómenos que serían objeto de estudio de este dominio científico:

“La diversidad de hechos que la psicología debe tratar podría parecer realmente alarmante aun a la mente científica más audaz. Incluye ‘valores’ (tales como los

religiosos y morales), ‘ideologías’ (tales como el conservadorismo o el comunismo), ‘el estilo de vivir y pensar’ y otros hechos llamados culturales. Abarca problemas sociológicos, esto es, problemas de grupo y de estructura de grupo, su grado de jerarquía y tipo de organización; o problemas tales como la diferencia entre una comunidad rural y otra urbana, su rigidez o fluidez, grado de diferenciación, etcétera. También comprende los llamados problemas ‘psicológicos’ tales como la inteligencia de una persona, sus metas y temores, y su personalidad. Incluye hechos ‘fisiológicos’ tales como la salud o enfermedad de una persona, su fortaleza o debilidad, el color de su cabello y de su piel, y finalmente, hechos ‘físicos’ tales como la dimensión del área física en la que la persona o el grupo están colocados” (pág.131).

Es evidente la amplitud y diversidad de cuestiones que se incluyen como pertinentes para ser abordados por esa psicología social experimental.

Ahora bien, Lewin está lejos de ser sólo un visionario, o un promotor de curiosidades intelectuales. Por el contrario, se plantea el modo, la forma de hacer efectivos todas estas propuestas y sugerencias.

Por una parte, y en términos epistemológicos, considera que los conocimientos científicos no deben ser utilizados exclusivamente por la ciencia en que se originan, por el contrario, propugna los “préstamos”, los usos de procedimientos científicos surgidos en disciplinas diferentes a aquella que los utilice, siempre que sea posible. Sus iniciales concepciones sobre la teoría comparada de la ciencia (o epistemología comparada), si bien ya no son formuladas con la radicalidad inicial, siguen vigentes. Así, Lewin estipula algunas cuestiones que son centrales –y no sólo en el momento en que escribe sobre estas cuestiones, los años 40, sino actualmente–:

- 1) una ciencia, es decir, un recorte disciplinario se refiere a una jurisdicción de problemas, no a un conjunto de materiales;
- 2) una jurisdicción de problemas puede permitir –más aún, en ocasiones se trata de una exigencia– diversos constructos y leyes para ser abordados, constructos y leyes provenientes de diversos dominios científicos (y Lewin cita aquí a la psicología, la sociología, la estética y la física).

En este contexto es donde tendrá su lugar específico, su lugar propio la teoría del campo, que es entendida aquí como “herramienta de investigación”, como organizadora de la perspectiva científica.

Como ha podido observarse, Lewin aborda la teoría del campo en diversos artículos, y con diversos énfasis y puntualizaciones. Así, dicha teoría es postulada por su autor de diversas maneras, y con distinto alcance. Aquí queremos destacar tres de esas formas de entender y postular la teoría del campo:

- 1) como una herramienta de investigación.
- 2) como la base conceptual de la psicología.
- 3) como el soporte y la primera aproximación a una teoría general de las ciencias sociales (y ya no solamente de la psicología).

En cuanto a la primera perspectiva, es evidente que Lewin no erró. Realizó un análisis muy serio de ciertas problemáticas a las que se enfrentaban tanto la psicología como algunas áreas de la sociología. La historia confirma sus expectativas: hoy puede observarse que su perspectiva se ha transformado en una forma consolidada de pensar (de investigar, de “hacer”) una psicología social. Por otra parte, esta perspectiva constituía una forma de “invitación” que realizaba Lewin a realizar proyectos de investigación empírica (y experimental).

En cuanto a la segunda perspectiva, la de constituir la teoría del campo como el soporte conceptual de la psicología, es diferente. Si bien Lewin constata cierta ausencia de conceptos y teorías suficientemente consistentes en la psicología, y su intento cobra validez en ese contexto, es verdad que su esfuerzo resultó, en parte, infructuoso. Decimos: en parte, pues sus aportes son mucho más extensos que lo que al parecer ha perdurado.

En tercer lugar, la intención “mayor”: establecer el soporte conceptual de las ciencias sociales –además de tender un puente de unión con disciplinas no sociales, como la biología y la física–. Aquí es donde aparecen las mayores limitaciones de las concepciones lewinianas. Es verdad que por una parte corresponde a una serie de aspiraciones no estrictamente científicas, sino sociales e ideológicas, y aparece el Lewin “reformador social”, y por otra el pensador desmedido. Sin embargo, eso no cambia los términos del problema. Y quizá vale la pena recordar algo ya puntualizado anteriormente: no se trata de estar a favor o en contra de Lewin, sino de considerar su obra tanto en los aspectos en que abrió problemas y vías reflexivas, como en aquellos en que contribuyó a oscurecerlos.

La intención de Lewin de postular la teoría del campo como base para el conjunto de la ciencias sociales lleva a evocar la figura del gigante con pies de barro. Y la cuestión reside en los supuestos en que se apoyó Lewin para construir su edificio teórico. Su propia “base” teórica no parece haber sido suficientemente sólida para la gran empresa a que quería destinarla. Se trataría de lo siguiente: en el edificio teórico lewiniano, dónde está Marx?, y Hegel, y Nietzsche? Y por otro lado, Kant? Cabe preguntar también, dónde está la teoría sociológica “dura” –el núcleo duro, si se quiere (Lakatos)–: por ejemplo, Weber, Parsons? y el funcionalismo? Sin una referencia sólida, contrastada, articulada –ya sea de negación o de adhesión– a esas construcciones teóricas parece casi imposible construir una gran teoría, máxime en el momento en que Lewin elabora sus conceptos.¹³⁸ Desde otro ángulo, no parece posible que basándose en Koffka, Köhler y Cassirer, y casi solamente en ellos, pretendiera fundar tanto campo científico. ‘Gigante con pies de barro’ parece ser una figura apropiada.

¹³⁸ En cuanto a la exclusión del psicoanálisis, se trata de una cuestión que ya ha sido mencionada antes. En todo caso, sí puede pensarse en articulaciones teóricas al margen del psicoanálisis, pero sólo en la medida que articulen las grandes problemáticas en juego (y es difícil –imposible?– realizarlo con la actitud de que el aporte marxista no existe –la otra gran teoría, además del psicoanálisis–).

Capítulo 4. LA TEORIA GRUPAL LEWINIANA.

Se encuentran algunas referencias biográficas de Lewin en el texto de Schellenberg, que resultan sugerentes en cuanto a la relación con su pensamiento sobre los grupos. Se describe al Lewin docente como poco ortodoxo, no daba sus clases de forma corriente, antes bien, “divagaba libremente, desarrollando nuevas ideas a medida que hablaba e incorporando las contribuciones de los miembros de la clase”. También usaba frecuentemente la pizarra, intentando lograr representaciones visuales para sus conceptos; si bien no era organizado en sus exposiciones, su entusiasmo resultaba contagioso (1978, pág. 72 y sig.).

Esta manera de participación grupal condujo a la creación de un seminario donde Lewin y sus alumnos se reunían de manera informal, semanalmente: se buscaban nuevas ideas para aportar a la psicología. Un grupo regular se reunía en el Instituto de Psicología donde Lewin daba sus clases, y en un café cercano. El grupo “recibió el nombre de Quasselstrippe, y la cháchara (traducción del calificativo alemán que daban a sus actividades) continuaba durante horas. [...] Lewin no acaparaba la discusión, aunque era el participante indispensable, llevando la discusión por nuevos caminos” (Schellenberg, 1978, pág. 73).¹³⁹

Parece evidente la relación entre estas anécdotas y aquello que constituiría uno de los más importantes logros de Lewin: la dinámica de grupos, es decir, la teoría del campo aplicada a los grupos.

Un destacado discípulo de Lewin, M. Deutsch, afirma que “aparte de artículos sobre decisión grupal y cambio social, Lewin escribió en realidad muy poco sobre la

¹³⁹ Uno de los trabajos emblemáticos de la corriente de la dinámica de grupos, conocido posteriormente como “efecto Zeigarnik” (tendencia al olvido de actividades realizadas, recuerdo de las actividades pendientes) habría tenido como origen esas situaciones informales: un camarero olvida la consumición de cada uno de los asistentes, Lewin cae en la cuenta, y a partir de ahí el diálogo entre todos, concluye con la elección de tesis de Bluma Zeigarnik. Más allá de la veracidad exacta de la anécdota, responde a un cierto matiz muy difundido por esta corriente: la idea de “descubrimiento”, de azar, de intuición, a la base de toda actividad de investigación.

teoría de la dinámica de grupos” (Deutsch y Krauss, 1965, pág. 59), y considera que será de las investigaciones de sus colegas y discípulos de donde surgieron un conjunto considerable de conceptos. Si bien se puede coincidir con esa opinión en el sentido de los diversos y numerosos aportes hechos por los diversos investigadores ligados a Lewin, en realidad la estructura central de la teoría grupal fue definida por el propio Lewin. Más aún, no se trata solamente de algunos conceptos importantes (atmósfera grupal y liderazgo, fuerzas, regiones, etc.), sino de la creación de una nueva conceptualización. Es a partir de Lewin que los grupos se consideraron como un área de investigación.

Uno de nuestros postulados iniciales es el de que Lewin constituye uno de los fundadores, no ya de una determinada teoría grupal –lo cual es cierto–, sino de la constitución del propio campo de lo grupal: a partir de sus elaboraciones, investigaciones, en fin, a partir de su trabajo sobre los grupos, éstos pasaron a constituir un nuevo dominio de conocimiento. Es interesante el comentario de Deutsch en este sentido (y más aún proviniendo de alguien que trabajó con el mismo Lewin y sus colaboradores iniciales): constatar que Lewin no escribió una obra sistemática sobre grupos y tomar eso con cierta resignación, como una dificultad..., parece no haber caído en la cuenta de que el asunto, para Lewin, no era establecer una hipótesis más o menos, una verificación empírica más o menos, sino establecer un nuevo campo de teoría y de investigación.

Diversos autores coinciden en destacar cierta “necesidad” en el desarrollo de las ideas de Lewin, que lo habrían conducido “naturalmente”, casi necesariamente a sus postulados sobre grupos. Esto se plantea a posteriori, y no parece un criterio muy razonable (se deslizaría una idea de causa casi “ciega”), sí es verdad que la ordenación cronológica de los temas y preocupaciones que Lewin fue elaborando, desde sus primeros escritos en Alemania, hasta sus trabajos en EEUU, llevan una cierta dirección.

Los trabajos de Lewin que conducen a sus elaboraciones sobre grupos se inician alrededor de 1938, cuando realiza el conocido estudio sobre atmósferas sociales o liderazgos (con Lippitt y White). El pasaje será de la topología, de la teoría del campo, a los grupos. A partir de una elaboración compleja de conceptos (constructos) hecha en relación con la teoría del campo, Lewin extenderá estas conceptualizaciones al campo social dinámico que constituyen los grupos (y sus integrantes, subgrupos, etc.)

A partir de aquí Lewin comienza a trabajar sobre algunas problemáticas referidas a lo que llamó cambio social y resistencia al cambio. Años 1942-1943, se apoyará en diversas investigaciones. El contexto de la guerra, y sus consecuencias en la sociedad norteamericana constituyen uno de sus determinantes. Sin embargo, hay una cuestión que considerar: ¿se trata de una nueva problemática, desarrollada “naturalmente” por la evolución de su pensamiento, y reforzado éste por la coyuntura sociopolítica?, o al contrario, vuelve, retorna a viejas preocupaciones, que nunca olvidó? –no puede olvidarse que Lewin debió abandonar Alemania cuando comenzó la amenaza nazi–, que por el contrario, siempre le mantuvieron ocupado?

En 1946, cuando la elaboración de sus conceptos están ya muy avanzados, crea una organización destinada a fomentar y desarrollar la investigación y el conocimiento sobre grupos (el Centro de Investigación de Dinámica de grupos). Lewin muere en 1946. Pero el nuevo campo de conocimientos ya está constituido: la expresión “dinámica de grupos”, con la que se conocerá posteriormente el aporte lewiniano pasa a ser patrimonio cultural de diversas generaciones de investigadores, practicantes, líderes, técnicos y científicos sociales.

Son innumerables las investigaciones realizadas a partir de Lewin y su dinámica de grupos; se refieren a una gran multiplicidad de temas, ora más empíricas (como las mencionadas en el texto de Cartwright y Zander, ya mencionado) ora más teóricas (como las mencionadas por Deutsch, por ejemplo). La proliferación de “manuales” de dinámica de grupos también es una muestra de la expansión y extensión del asunto. Posteriormente, la Dinámica de grupo, serviría de base para una extendida técnica de intervención grupal: el “training group” o T-group. Ese modelo grupal alcanzaría un desarrollo muy considerable.

4.1. Primera aproximación al concepto grupo. La noción de interdependencia.

A partir del texto que hemos utilizado para exponer la teoría topológica, “La teoría del campo en la Ciencia Social” (1951), realizaremos ahora la exposición sobre

las principales elaboraciones de Lewin sobre los grupos. A diferencia del tema anterior –la teoría del campo–, en cuanto a la problemática grupal el texto se presenta bastante más ordenado.¹⁴⁰

En una primera mención a la cuestión de los grupos, ya desde el capítulo I del libro, titulado “Formalización y progreso en Psicología”, Lewin se muestra optimista frente al desarrollo conceptual y metodológico: “Con respecto a las tareas próximas, existe la esperanza de que pronto se logre la medición cuantitativa de las fuerzas psicológicas... Uno de los campos que con más urgencia requiere mejoras, es el de la psicología social. A mi juicio, es posible hoy definir operacionalmente los *grupos* y las metas grupales y el tipo de constructos que a ellos se refieren. Con esa ayuda se han elaborado las predicciones, confirmadas experimentalmente, acerca del efecto de ciertas *atmósferas sociales* sobre la vida del grupo. Necesitan pulimento, empero, un número de constructos básicos en psicología social, incluyendo el de los campos inductores (*campos de fuerza*). El progreso así logrado en el desarrollo conceptual de la psicología garantiza nuestro optimismo” (1951, pág. 40).

Desarrollaremos ahora la diversas formas en que Lewin concibe los grupos, y el modo en que articula los conceptos de la teoría del campo para comprender los fenómenos grupales. En el capítulo VI, titulado “La teoría del campo y la experimentación social” Lewin propondrá un primer acercamiento a la noción de grupo.

Parte de dos supuestos que recorren toda su obra:

- a) en términos científicos es importante caracterizar un acontecimiento o un objeto por su interdependencia antes que por la semejanza (o desemejanza).
- b) en el desarrollo de las ciencias (sociales) se daba una transición de los conceptos fenotípicos a los constructos dinámicos o genéticos (basados en la interdependencia).

A partir de estos supuestos, Lewin tomará dos situaciones que utiliza como ejemplos: el caso de los grupos sociales, y el caso de la adolescencia. Si bien es claro el carácter ilustrativo de la exposición, también es evidente que Lewin considera que es el

¹⁴⁰ Se hace necesario justificar el uso de las múltiples y a veces extensas citas y paráfrasis del texto de Lewin. Parece importante seguir el hilo argumental de su autor. Como hemos dicho, Lewin exponía sus ideas en un estilo muy particular, recurriendo con frecuencia a ejemplos, lo que si bien da un matiz didáctico y facilita la comprensión del tema, no ayuda a comprender la calidad propia de los argumentos.

propio desarrollo de la teoría del campo el que permite el conocimiento de un campo tan complejo como el del grupo.

Es interesante destacar que en esa referencia a la transición teórica de los conceptos fenotípicos a los dinámicos o genéticos, se encuentran las diversas formas en que se han entendido los grupos. Es decir, en el propio concepto de grupo estas dos ideas –aristotélica y galileana, en términos de Lewin– estarían presentes.

Y esto, por qué sucede así? Por un lado, la respuesta que Lewin da es la de la transición del modo de pensar aristotélico al galileano. Podemos agregar algo más: se trata de distintas maneras de “representarse” a los grupos. Una forma lo constituiría la “percepción” de los miembros, otra, la forma científica de considerarlo. Es decir, 1) el grupo, tal como se presenta para sus actores, para sus integrantes, y 2) el grupo, tal como lo “ve” el observador.

Esta discriminación que ha sido propuesta como la diferencia entre la noción empírica, o vivencial del grupo, y el concepto de grupo ha sido tratada por diversos autores. Actualmente podríamos decir que es una expresión de lo que se ha llamado la “resistencia epistemológica” (Bachelard) al concepto de grupo.¹⁴¹

En unas pocas líneas, Lewin puntualiza muchos de los problemas que existían acerca de los grupos y su conocimiento:

“La definición del concepto ‘grupo’ tiene una historia un tanto caótica. El término está mezclado con problemas filosóficos y metafísicos. Uno de los principales puntos en discusión era si el grupo posee una mente de grupo y si, por consiguiente, constituye una entidad supraindividual. Además, en la discusión se dio con frecuencia mucha importancia a la diferencia entre *Gemeinschaft* y *Gesellschaft*, y si se trataba simplemente de cuestiones de organización formal o si existían algo así como una ‘unidad natural del grupo’ basada en factores tales como la empatía” (pág. 142).

Como vemos, la capacidad de análisis de Lewin no deja dudas: en cuatro líneas ha esbozado algunas cuestiones que serán centrales para toda teoría de grupos. Grupo (entidad supraindividual) o individuos, *Gemeinschaft* y la *Gesellschaft* (sociedad y

¹⁴¹ La mayoría de los autores que abordan la problemática grupal desde una perspectiva psicoanalítica han insistido en este aspecto. Tanto en el caso de la diferencia entre una y otra representación del grupo (integrante y observador), como en una estricta resistencia epistemológica al grupo, por parte incluso del contexto. Puede verse: Pichon-Rivière, Bleger, Bion, Anzieu, Kaës, etc.

comunidad) como las dos grandes formas de articulación social, y por último, las ideas que consideraban a los grupos como una cuestión de organización formal o por el contrario, informal, algo producido de forma espontánea.

1) Remite a una discusión que ya ha sido mencionada: Durkheim / Tarde, y diversos continuadores de la polémica, como F. Allport. Y remite también a la cuestión de considerar a la sociedad como una entidad efectivamente existente, o como un agregado de individuos. Así, la pregunta ¿existen los grupos? es idéntica al hecho de preguntarse: ¿existe la sociedad? Se trata de una cuestión epistemológica que va más allá de la psicología.

Por otra parte, es importante también quién se hace esa pregunta: si desde una psicología, o desde una sociología, o desde la política (que necesitaría tener claras las respuestas), etc. Y Lewin no desconoce esta consideración, al contrario, su punto de partida reside en una voluntad de intervención definida.

2) La cuestión de sociedad-comunidad no es un juego abstracto de términos, sino un intento de dar respuesta a ciertas problemáticas, entre ellas, la degradación y transformación de ciertas formas de vida, etc. El hecho de que la respuesta haya sido dada desde una posición dualista agregaría una complejidad adicional al asunto, pero éste queda en pie: ¿cómo comprender los complejos vínculos que existen entre los hombres? El par sociedad / comunidad constituyó un intento de respuesta. El campo grupal, y sus diversas producciones estarían en el mismo registro.

3) La mención final que realiza Lewin para mostrar las dificultades que existen en la determinación del término grupo remite a algo que hemos desarrollado anteriormente: grupo formal e informal, primario / secundario, etc.

Lewin plantea que el aporte que permitirá poner orden en ese caos lo constituye la teoría de la Gestalt; y afirma que a quien esté familiarizado con esa teoría, las ideas sobre la mente de grupo le resultarán “familiares”. El aporte proveniente de la teoría de la Gestalt reside en haber descubierto que “un todo dinámico posee propiedades diferentes de las propiedades de sus partes o de la suma de sus partes” (pág.142).

Ahora bien, Lewin se refiere a lo que llama el “desarrollo histórico del concepto de totalidad o Gestalt”¹⁴², y considera que si bien al principio de esa concepción psicológica se decía que el todo es más que la suma de las partes, esa idea ha variado en un sentido importante. No se trataría de “más que”, sino de que el todo es diferente de la suma de las partes. No es un “más que”, sino una “diferencia”. El autor es explícito: “En otras palabras, no existe una superioridad de valor del todo. Ambos, el todo y las partes son igualmente reales” (pág.142).

Esta precisión conceptual implica un avance en la definición de Gestalt en tanto estructura; así, la estructura (el “todo”) tendría propiedades diferentes. Y lo que sucedió posteriormente en el desarrollo de las teorías grupales –y en el conjunto de las ciencias sociales– parece haber ido por ese camino.

Puede considerarse que ahí reside el aporte fundamental lewiniano: indicó una dirección, una forma de comprender el grupo, específica, propia, irreductible a otras. Es evidente la potencia, la fecundidad de su noción de campo: delimita un objeto (un fenómeno) como tal. Delimita el objeto grupo.

Lewin avanza en la dirección mencionada:

Por una parte, afirma que no hay superioridad de valor del todo (sobre las partes).

Por otra parte, postula que existen “todos” con distintos grados de unidad dinámica. Y establece aquí un continuum interesante:

- desde un extremo, donde se encuentran agregados de objetos independientes;
- otros, cuyo grado de unidad es muy pequeño;
- otros, con un grado elevado de unidad, y
- finalmente, en el otro extremo, hay todos con tal grado de unidad que resulta inadecuado hablar de partes.

Estas consideraciones acercan a Lewin a las elaboraciones realizadas por Bleger y Pichon-Rivière, a partir de las elaboraciones de M. Mahler sobre individuación y simbiosis. Pichon postula la existencia de un continuum, que va desde la máxima

¹⁴² El término Gestalt tiene diversas acepciones. Ha sido entendido como forma, estructura, totalidad, todo. Cada una de estas acepciones constituye una connotación precisa. Así por ejemplo: en teoría de la Gestalt o Gestalttheorie no ha sido traducida por todo, sino por forma, o por estructura; cuando se dice:

indiscriminación (o simbiosis, fusión entre sujeto y objeto) a la máxima discriminación. En términos psicoanalíticos, habría una referencia desde una fusión inicial (madre-hijo, en el esquema de Mahler), la simbiosis, a la discriminación (pérdida de objeto, posición depresiva, asunción de la castración, etc., de acuerdo a los diversos énfasis psicoanalíticos). El concepto de identificación también estaría en juego aquí: la máxima discriminación implicaría no estar sujeto a identificaciones alienantes, etc. Si bien esto se verá en el apartado correspondiente al tratar las propuestas de Pichon-Rivière, parece importante puntualizar esta sintonía frente a la problemática de la unidad y la diversidad.

Para finalizar esta breve (pero sustanciosa) acotación al término grupo, Lewin hace una acotación muy significativa –que además muestra cómo considera el avance del conocimiento: por aproximaciones sucesivas–: “El valor científico que haya podido contener el concepto de la mente de grupo, se resuelve en los problemas concretos y familiares de los todos dinámicos en sociología y psicología social” (pág. 142)

Entonces la cuestión radica en: cómo definir un grupo, desde todos estos supuestos? Lewin es claro: “la concepción del grupo como todo dinámico debe incluir una definición que se base en la interdependencia de los miembros¹⁴³ (o mejor, de las subpartes del grupo)” (pág. 142). Con esta aproximación Lewin quiere contrarrestar la concepción de grupo basada en la similitud de sus integrantes, o de alguno de sus estados o situaciones: “Me parece muy importante este punto, porque muchas definiciones del grupo toman como factor constituyente la similitud de los miembros del grupo más que su interdependencia dinámica. A menudo, por ejemplo, se define el grupo como compuesto por un número de personas con ciertas semejanzas, especialmente de actitudes” (pág.143).

Esta valoración que hace Lewin es central: la idea de grupo como articulación de similitudes no sólo era importante en época de Lewin, sino que aún hoy se mantiene –¿persistencia de la resistencia epistemológica al grupo?–. Veamos cómo es el desarrollo que hace el autor:

una Gestalt, se alude, indistintamente a una forma, un todo –una unidad–, y secundariamente, a una estructura –en sentido lato–.

¹⁴³ Nótese el uso de la metáfora orgánica: el grupo como organismo, posee “miembros”, etc.

- Se ha hablado de grupo como compuesto de miembros semejantes, especialmente en cuanto a las actitudes.
- Sin embargo, la cuestión no reside ahí, sino en la interdependencia.
- Más aún, puede haber semejanza de actitudes, o de otras características (sexo, raza, situación económica, etc.) pero ahí puede haber o no grupo, es decir, darse o no la interdependencia (en ese caso se trataría de “tipos”, o “clases” –como “clase en sí”–, etc.).
- Además, un grupo puede estar constituido por miembros que no presentan gran similitud (la similitud no es algo necesario a los miembros de un grupo)
- Es obvio que un todo con un alto grado de unidad puede contener partes muy disímiles. Los ejemplos: una familia, donde están padre, madre, hijo.
- Y por último, “es típico de los grupos de alto grado de unidad incluir una variedad de miembros distintos y con variedad de funciones”.

Lewin insiste en esta crítica a la idea de grupo en tanto similitud de sus miembros, y en lo engañoso de la misma si se quiere entender el fenómeno grupal. Utiliza algunas referencias muy comunes para los teóricos y practicantes de grupos: la cuestión de la igualdad en los objetivos o el enemigo común. Definir el grupo a partir de estos elementos, es definirlo por la similitud. La cuestión residirá en establecer si esa igualdad de metas o ese enemigo común es o no expresión de la interdependencia de sus miembros.

De esta forma, Lewin invierte la cadena, y postula que hay grupo si hay interdependencia, no si hay similitud. Sería así: 1) Igualdad de objetivos, enemigo común, etc., por lo tanto, habría grupo (integrantes similares, en el objetivo o en el peligro a que están expuestos). Entonces, sería el caso del grupo como similitud.

2) Hay interdependencia, que se expresa (en un caso determinado, no siempre, no necesariamente) como igualdad de objetivos, o como creencia en la existencia del enemigo común. Hay grupo pues hay interdependencia.

Aquí está expresada con toda claridad la idea que sostiene todas estas consideraciones de Lewin: la idea de Gestalt, de estructura, en el sentido de que la estructura ‘manda’, organiza la situación (en términos actuales: es un organizador), incluso algo común a todos: el sentimiento de pertenencia, o de peligro, etc. Hay que

destacar la importancia de estas proposiciones, que van colocando al grupo en un lugar diferente del individuo, y apuntando a una noción de estructura.

Estas elaboraciones se han extendido, desde Lewin en adelante, a las concepciones de grupo más relevantes: se hace necesario puntualizar que la idea de una estructura grupal no sólo estaría sugerida en Lewin, sino que es explícita.

La similitud de los miembros aparece, entonces, como un producto, un efecto de determinados mecanismos (o procesos, o como se quiera precisar) grupales, pero no como otra cosa.

Lewin destaca la siguiente idea: "...si se desea utilizar el sentimiento de pertenencia al grupo como criterio del grupo, tal proceder será válido si se apunta hacia la interdependencia que ese sentimiento establece"(pág. 143).¹⁴⁴ Se apunta aquí a la idea de cierta estructura subyacente (la interdependencia) que debe ser supuesta, para entender algunos fenómenos manifiestos (gestalt manifiesta) como el sentimiento de pertenencia (el "nosotros").

El autor no peca de ingenuidad, y puntualiza que el sentimiento de pertenencia (el "nosotros", la lealtad, etc.) constituye sólo una variedad dentro de los posibles tipos de interdependencia, por ejemplo la dependencia económica, el amor, etc.

Sin embargo, la lectura que hace Lewin no es unívoca, al contrario, va y viene, abre y cierra sus propias opciones. En este último comentario que hemos realizado, vuelve a cerrar el campo, que antes abría. Aquí Lewin parece pensar en una correspondencia, elemento a elemento, entre estructura subyacente (tipo, forma, contenido de la interdependencia) y fenómenos manifiestos (por ejemplo, el sentimiento de pertenencia).

El problema planteado sería el siguiente: ¿son homólogos los dos niveles? Es decir, fenómenos manifiestos y estructura subyacente? Los fenómenos manifiestos son, si no innumerables, sí numerosos (cualquiera que haya estado en un grupo en cierta posición de observador lo puede atestiguar). Pero a nivel de la estructura subyacente – del orden genotípico, genético, para Lewin–, ¿son también numerosos?, o por el contrario, son limitados, y no sólo eso, sino que son limitadas las posibilidades

¹⁴⁴ Nótese que en ningún momento Lewin deriva los sentimientos de la interdependencia, sino que establece una relación estrecha entre ellos: ya sea que la interdependencia produce ese sentimiento de pertenencia, o que la existencia del mismo, establece –produce– la interdependencia.

“combinatorias” de esa interdependencia? Esta cuestión no puede ser respondida con claridad desde la perspectiva lewiniana. Más aún, quizá no se puede realizar esa pregunta aquí –no sería pertinente; no se puede preguntar a una teoría cualquier cosa...–, ya que la propuesta teórica de Lewin no lo permite (no es una pregunta pertinente).

Para cercar la noción de interdependencia (o sea, el “todo”), Lewin señala tres aspectos: la clase de interdependencia, el grado de la misma, y la estructura de la interdependencia. Sin embargo, no explicita estas diferencias, que posibilitarían calificar a la interdependencia como concepto principal.

Nuevamente, aparece la cuestión: teoría o método? Es decir, la interdependencia constituye una noción metodológica (del tipo de: ‘no olvidar incluir “todos” los aspectos presentes en el campo, pues todos influyen...’) o una noción teórica: articulación, jerarquización, relación no simétrica, etc., entre los elementos?

En otras palabras, no es fácil determinar si toda la argumentación lewiniana está destinada a: 1) “inventar” una herramienta metodológica, que sirva para organizar la observación de un fenómeno que se presenta como caótico?, o 2) crear un nuevo campo teórico, a través de “descubrir” ciertas estructuraciones subyacentes en el comportamiento humano? Hemos indicado una disyunción (“o”), quizá sea más correcto y en consonancia con la intención de Lewin –y con lo que ocurrió posteriormente–, indicar una relación de conjunción (“y”) entre ambos niveles. Lewin pretendía acercarse a observar fenómenos complejos, e inventó estos constructos a tal efecto, y al mismo tiempo, pretendía extender el conocimiento, avanzar en la línea de establecer nuevos dominios de conocimiento científico. Por lo menos eso es lo que ha sucedido posteriormente: hay una línea que puede localizarse con facilidad, que ha tomado la primera dirección –la que hemos denominado metodológica–, consistente en ajustar y desarrollar todo lo posible los instrumentos de observación (mediante constructos apropiados), y hay otra línea, que independientemente de las premisas metodológicas, ha tomado la propuesta lewiniana (el campo, el “todo”, como gestalt y como “todo dinámico”, etc.) como una proposición de tipo epistémico: propone la creación y la existencia de un nuevo dominio de conocimiento, que posiblemente puede denominarse como lo grupal.

Retomemos la línea argumental del texto: “No es la similitud, sino una cierta interdependencia de los miembros lo que constituye un grupo” (pág.143). La forma de aproximación a los fenómenos grupales que ha utilizado Lewin se inscribe en su

concepción del pensamiento científico galileano antes que aristotélico, es decir, atender más a las relaciones que hay entre los elementos que a sus características “propias”.

Lewin considera que las “clasificaciones” descriptivas corresponden a una fase inicial del desarrollo del conocimiento. Un proceso similar parece haber sucedido con el concepto de grupo: se inicia desde la idea de similitud, de características comunes, y posteriormente se pasa a la idea de interdependencia. Y agrega que esta idea de subrayar más la similitud (o disimilitud) que la interdependencia es un criterio que prevalece en el pensamiento cotidiano de los grupos.

Puede considerarse todo este planteamiento como una genial conclusión, o mejor aún, punto de partida de Lewin. Así, estableció pautas para lo que posteriormente se propondría como diferenciación entre noción empírica (o vulgar) y concepto de grupo, o grupo desde el integrante, y grupo desde el observador.

Por último, y en relación con la pertenencia al grupo (que ha sido una categoría central en casi todas las aproximaciones a los grupos), cuestión muy importante para Lewin (piénsese en los avatares de su vida, judío, emigrado, etc.), plantea la importancia de no confundir entre los conceptos basados en la interdependencia o basados en la similitud. Apunta aquí a cuestiones como la “cohesión grupal” –tema machaconamente desarrollado por quienes siguieron a Lewin–, pero también a otros más globales, como las ideologías, los valores colectivos, etc.

Previamente a plantear los diversos constructos y categorías que califican al grupo definido como todo dinámico, y con propiedades diferentes a las de sus partes, haremos algunas referencias a un tema tratado por Lewin en el mismo capítulo donde introduce la cuestión del grupo. Lewin toma los problemas de la adolescencia como eje para ejemplificar sus proposiciones, y nos interesa en la medida que avanza algunas consideraciones importantes en su teorización sobre grupos.¹⁴⁵

¹⁴⁵ Posiblemente la adolescencia sea el momento vital de un individuo donde se hacen más evidentes los procesos grupales: cambios en las pertenencias, cambios súbitos de orientación, reestructuraciones de los vínculos y de los grupos familiares, etc. En ocasiones, se sostiene que los dispositivos terapéuticos más adecuados para los adolescentes son dispositivos grupales, etc. Parece indudable que los procesos identificatorios en juego son extremadamente densos y complejos en ese momento vital. Freud mismo ilustró con situaciones de adolescentes ciertos procesos en “Psicología de las masas y análisis del yo”, para referirse tanto a la identificación a rasgo como a la identificación histérica, y a fenómenos “cercanos” (en el contexto del texto citado) como enamoramiento, hipnosis, ideal del yo, etc.

En el caso de Lewin, son otras las razones por las que recurre al tema de la adolescencia: se trata de salir al paso de una opinión generalizada que recurre a un enfoque biológico para dar cuenta de la misma

Lewin va echando manos de los diversos constructos que estipuló en su teoría del campo, esta vez aplicados a la adolescencia, y consecuentemente, a los grupos:

1) Consideración de la adolescencia como cambio en las pertenencias grupales, en la pertenencia a un grupo. Así, el adolescente pasará del grupo de niños al de adultos, etc. El cambio en la pertenencia es equivalente a una “locomoción social”, a un “cambio de posición”.

2) El cambio desde el grupo infantil al adulto implica un desplazamiento hacia una “posición (más o menos) desconocida”. O en otros términos, puede decirse que el desarrollo (de niño a adolescente) conduce a descubrir nuevas “regiones” (regiones que hasta ese momento eran inaccesibles). Además, acceder a un nuevo grupo social (el de adultos) equivaldría a caer en un “campo cognitivamente inestructurado” (las expresiones no son agradables, pero son ésas), es decir, en un campo no conocido, desconocido, inesperado, para el cual no hay aún marco de referencia, etc.

3) Hay cambios en una región particular, como el propio cuerpo. Son interesantes las figuras que evocan estas consideraciones de Lewin: habla de “un” individuo y “su” cuerpo, de la relación “entre” un individuo y su cuerpo. Pero no precisa cómo piensa esa relación, lo que lo llevaría a la cuestión central: qué es “un individuo”? Es evidente que las transformaciones corporales están en juego, pero aquí aparece un límite conceptual: Lewin sigue colocado en la división de factores, entre la biología y la psicología, lo que le impide resolver la cuestión. En todo caso, su idea, que le acerca a la más actual de “imagen de sí mismo”, parece consistir en que habría diversos niveles de representación que hace un individuo sobre sí mismo.

4) Los cambios mencionados, la plasticidad frente a los mismos, los cambios de posición, acercan al individuo adolescente a nuevas regiones, le aleja de otras, etc. Esboza aquí la idea de “espacio”, central en la teoría del campo.

5) La ampliación del espacio vital hacia regiones desconocidas se refiere no sólo a ambientes geográficos y sociales, sino también a cierta “dimensión temporal” del mismo. Este cambio sería central en la adolescencia (hay más peso del tiempo futuro). Así, Lewin especifica que se trata de una mayor separación entre el “nivel de realidad

(cambios hormonales y crecimiento corporal). Cree que se trata de algo más complejo, hay factores biológicos, y psicológicos, pero la cuestión es otra: la adolescencia como un fenómeno de transición, es decir, un cambio de campos.

(lo que se espera)” y el “nivel de irrealidad (lo que se sueña o se anhela). Hoy diríamos que alude a los cambios en el orden de la realidad, en los ideales, en las identificaciones, en el deseo, etc.

6) La noción de “hombre marginal”¹⁴⁶, el adolescente como hombre marginal, dado por todas las especificaciones anteriores, especialmente, el desplazamiento de un grupo a otro, y el no quedar insertado claramente en ninguno de ellos. Sin embargo, hay más “marginalidades”. Puede observarse aquí un cierto sesgo, una cierta idea “funcional” de marginalidad, es decir, admitir un conflicto, pero en términos funcionales. Y no a nivel de contradicción social, a la “necesariedad” de ese hombre marginal, para que pueda haber hombres centrados –con poder, privilegios, etc.– Si bien adelantamos algo que veremos en la concepción lewiniana sobre los estados de conflicto y de equilibrio, vale la pena acotar ya su presencia: cierta idea de funcionalidad de los conflictos, que se resolverían con la propia pertenencia a un grupo –o el cambio de un grupo a otro–; la idea subyacente es que el conflicto se debe al desajuste en las relaciones sociales, no a un orden básico y fundamental: el propio orden social, o el propio orden humano. En el primer caso, el orden contradictorio, conflictivo, injusto, etc., de la realidad social; en el segundo, el orden de la carencia, de la insuficiencia radical del sujeto.

Si retomamos todas estas consideraciones de Lewin, son claras las referencias al campo grupal. Nociones como posición, locomoción de un individuo de una región a otra, ampliación y extensión del espacio vital, carácter cognitivamente inestructurado de toda nueva situación, cambios de pertenencia (de un grupo a otro), etc., constituyen no sólo una manera posible de analizar la adolescencia, sino también una forma de acceder a fenómenos grupales.

Por último, cabe señalar un aspecto en cuanto a la adolescencia caracterizada como nueva experiencia en relación con el propio cuerpo. La ausencia de la dimensión estrictamente sexual de la situación no parece constituir un “olvido” de Lewin, antes bien, remite a una cuestión que aparecerá “obturada” en todo su pensamiento: la

¹⁴⁶ Esta idea de “hombre marginal”, y su idea de “espacio” ha tenido diversas derivaciones. 1) la marginalidad social, concepto desarrollado ampliamente por la sociología latinoamericana, y otras corrientes; 2) la idea de “márgenes”, bordes, y el individuo fuera de ellos, ha sido muy desarrollada por F. Guattari en sus últimos textos; 3) también desde perspectivas cercanas a Foucault se ha trabajado sobre esta idea de ausencia de espacios y marginalidad, tanto Foucault como otros (por ejemplo, F. Alvarez Uría); 4) las propuestas de Deleuze y Guattari van en esa dirección; etc. Nuevamente, es necesario reconocer que Lewin captó, con cierta anticipación, una problemática tan compleja e importante como la marginalidad (y que posteriormente se transformó en una fructífera línea de análisis).

sexualidad, en términos de dimensión radical de todo sujeto. Sin embargo, la propia elección de ejemplos que realiza Lewin lo evidencia: la adolescencia, y los grupos, constituyen campos donde la sexualidad cobra una capacidad movilizadora más evidente que en otras áreas de la vida de cualquier sujeto.

Al finalizar estas primeras propuestas sobre grupos Lewin apunta algunas cuestiones interesantes como para ser recogidas aquí, si bien su intención más que fundamentar una teoría de grupos se dirige a reforzar su teoría del campo.

1) Por una parte, la constatación de que es posible vincular hechos pertenecientes al campo de la psicología individual y social, mediante constructos que se fundamenten en la noción de interdependencia.

2) El principio –propio de la teoría del campo– sigue siendo el tener en cuenta la situación total: “En lugar de escoger hechos aislados y luego tratar de ‘sintetizarlos’, se toma en consideración la situación total y se representa desde el principio. La teoría del campo., en consecuencia, es un ‘método de aproximación gradual’ por medio de una ordenada y creciente especificidad. Tomar hechos aislados dentro de una situación puede conducirnos fácilmente a elaborar una imagen enteramente distorsionada. Una representación de la teoría del campo, por el contrario, puede y debe resultar esencialmente correcta en cualquier grado de perfección” (pág.145). Aunque adelantemos un tema que será desarrollado ampliamente en su momento, hay que destacar que este propósito de Lewin, consistente en no tomar los hechos aislados y unificarlos (“sintetizarlos”) sino por el contrario, tomarlos en su configuración global remite a algunas ideas centrales en los grupos operativos, como es la noción de emergente (acto discursivo particular que señala un movimiento o situación de más individuos que aquél que lo expresa).

3) En una consideración metodológica sobre la observación de un grupo y como orientación en las investigaciones empíricas, Lewin señala que la búsqueda de hechos y la observación deben proporcionar ante todo datos acerca de las propiedades del campo como totalidad. E insiste en la importancia de realizar observaciones directas sobre las propiedades del grupo como totalidad, independientemente que esto sea más complejo

(o no) que la observación de individuos aislados, al contrario, llega a afirmar que puede ser tan fácil y exacta una observación como la otra.¹⁴⁷

4) La noción de “espacio”, si bien derivada de las nociones cercanas de campo, situación, y espacio vital, posee un peso específico considerable.

Lewin dice que en la medida que la psicología y la sociología tratan con una multitud de hechos coexistentes e interrelacionados, se puede decir que tratan con un “espacio”¹⁴⁸ (concepto fundado por las matemáticas). Y supone que la psicología puede utilizar en sus desarrollos una rama de la geometría no cuantitativa recientemente desarrollada: la topología. La topología resultaría apropiada para tratar problemas de estructura y posición en un campo determinado (psicológico). Hay que destacar que cuando Lewin propone este uso de la topología, no lo hace tanto con fines pedagógicos, para ilustrar los conceptos, sino como la forma propia, el lenguaje propiamente científico de representación de constructos e hipótesis. A tal efecto, sugiere un “espacio hodológico”, consistente en una precisión mayor que la de un espacio topológico normal, para dar cuenta del dinamismo del campo, del movimiento, y de su futura (y posible) medición.

5) Hay otra noción de espacio que considera Lewin, y que es más relevante que la anterior: la idea de espacio empírico, en relación con la idea de “realidad”.

Dice Lewin que la sociología también se ocupa de multitud de hechos coexistentes e interdependientes, es decir de un espacio empírico, y que ha utilizado muchos conceptos espaciales. Sin embargo, y debido a que la idea popular supone que el único espacio empírico es el espacio físico, la sociología ha terminado utilizando sus conceptos espaciales como simples analogías.

¹⁴⁷ La idea contraria, vigente en muchos profesionales e investigadores, es decir, el suponer que es más dificultoso realizar una observación de una situación grupal que individual, responde no tanto a las dificultades ‘intrínsecas’ del objeto de investigación como a los prejuicios del observador: pervivencia de la ideología individualista (hay individuo, no “mente de grupo), y del presupuesto que Lewin adjudica a Aristóteles: búsqueda de similitudes, etc.

¹⁴⁸ La noción de “espacio” es utilizada actualmente prácticamente por todas las disciplinas sociales y humanas. Por una parte, la idea remite a cierta tendencia básica: es a través de la mirada, que el sujeto se “figura” la realidad, los experimentos vitales iniciales son también configuraciones espaciales. Por otra parte, la noción “representación”, de imagen (de sí mismo, de las cosas, de la realidad, etc.), está íntimamente relacionada con una concepción espacial (y es desde ahí que las matemáticas fundaron el concepto de espacio). Al respecto, son interesantes las consideraciones de J. Lacan al respecto, en el sentido de que no hace falta “ver” un espacio para “saber” que existe y moverse en él (“Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, 1964 - Seminario 11” - 1973). Por otro lado, la idea de grupo también está relacionada con una noción de espacio, de lugar (topos) y de no-lugar o sin lugar (utopías).

Ante esto Lewin postula la importancia de resaltar que un espacio empírico (un campo, ya sea en sociología, como en psicología, como en otras disciplinas) es tan “real” como el espacio “físico” (paradójicamente, hoy cualquier físico estaría de acuerdo con esto, el “espacio físico” quizá sea el menos empírico de todos...). Ahora bien, el espacio euclidiano no sería apto para representar adecuadamente el campo social, pero los espacios topológicos (u hodológicos) sí serían aplicables tanto a la sociología como a la psicología social. En estas disciplinas hay que contar con relaciones de partes y todos, y cambios de distancia y dirección (como vimos al reseñar el ejemplo que Lewin da sobre la adolescencia), aunque no se pueden determinar las relaciones cuantitativas: distancia, ángulos, etc.¹⁴⁹

6) Por último, una consideración de Lewin sobre los problemas de orden histórico y los de orden ahistórico (o “sistemáticos”). Si bien reconoce que ambas categorías de problemas están en una compleja interrelación, cree encontrar en el movimiento de la sociología una confirmación de su tesis: hay que cuidarse de un excesivo énfasis en el aspecto histórico de los problemas.¹⁵⁰ Y al igual que en la sociología, hay que luchar contra esa tendencia también en la psicología.

En todo caso, y habida cuenta que esas posiciones antihistoricistas fueron mayoritarias en el contexto norteamericano de esa época –y posteriormente– y responden a una posición ideológica profundamente conservadora, la cuestión epistemológica está planteada: la relación entre historia y sistema, o si se quiere, entre historia y estructura.

Lewin apunta una cuestión interesante: “debe reconocerse que los problemas sistemáticos de interdependencia son distintos del os problemas históricos de origen. El problema de la ‘naturaleza’ y condiciones de un proceso social –en otras palabras, de ‘causa y efecto’– es una cuestión sistemática tanto en psicología como en sociología” (pág. 147). Y agrega una corta nota en que sugiere una dificultad para resolver el asunto, sugiriendo que la cuestión histórica deberá ser investigada cuando los conocimientos científicos estén más desarrollados: refiriéndose a problemas

¹⁴⁹ Lewin llega a sugerir que en el futuro tanto la sociología como la psicología social probablemente propusieran, cada una, una topología propia. Es evidente aquí su idea de que la topología no se limita a ser una forma didáctica de acercarse a los problemas científicos, sino que constituye el propio lenguaje científico.

¹⁵⁰ Aquí parece estar atento al desarrollo de la sociología norteamericana exclusivamente: Parsons y el funcionalismo americano, y descuida toda orientación divergente. Pero no cae en la cuenta del esfuerzo de esas corrientes por eliminar cualquier conexión con los aportes del marxismo, lo que les conduciría no sólo a pensar en la historia, sino a tener que colocarse en algún lugar, históricamente determinado.

relacionados con la democracia y con las dictaduras, junto a cuestiones como las estructuras de grupo, las ideologías, etc., dice que “este tipo de problemas sistemáticos de causación habrán de resolverse experimentalmente antes de que el aspecto dinámico de los problemas ‘históricos’ de origen pueda tratarse de manera satisfactoria” (pág. 148).

Si se tiene en cuenta que estas propuestas son hechas alrededor de los años 40, en medio de la guerra mundial, parece obvio que la preocupación de comprender por qué razones, qué condujo a esa gigantesca confrontación, conducía a pensar la historia de esos países, de esas gentes, de esos Estados; pero frente a eso, la urgencia por resolver situaciones, por paliar algunas de las consecuencias, etc., conducía a una cierta posición pragmática que se presentaba ante sus propios actores como algo “sistemático”, y no “histórico”. También hay en juego otro fenómeno: la dificultad de “absorber” la propia realidad de la guerra, generada no por enemigos lejanos, sino por gentes de la misma cultura, con la misma historia: el efecto de disociación, de forclusión que se opera en estas circunstancias es evidente, y la comunidad científica, los científicos no constituyen –no pueden constituir– una excepción. Sin embargo, esta acotación no es suficiente, en absoluto: sólo indican los elementos, tanto sistemáticos (presentes y tópicos) como históricos, que están a la base de las posiciones ideológicas y teóricas de sesgo antihistoricista.

4.2. Equilibrio y cambio, fenómenos grupales.

Si en la primera aproximación al fenómeno grupal Lewin se preocupó por deslindar entre lo propiamente biológico y lo psicológico (o social), con el ejemplo de la adolescencia, esta vez utilizará otra perspectiva.

Se trata de analizar ciertas situaciones que exceden el marco estrecho de un pequeño grupo (cara a cara), si bien lo tomará como marco de referencia. El capítulo VIII de su texto, titulado “Ecología psicológica” es suficientemente ilustrativo: Lewin indaga sobre la posibilidad de utilizar su teoría del campo y los constructos que de ella han resultado a ciertas problemáticas colectivas, a los hábitos alimenticios. Puede

parecer anecdótico que nos refiramos a esto, pero sin embargo incide de manera directa con el objeto de este trabajo: la perspectiva grupal inaugurada por Lewin, y su contexto. La cuestión de los hábitos (sean alimenticios o de otra clase) no es nada anodina, y no sólo por la importancia que tenía en el contexto que investigó Lewin y otra gente sino por otras razones. Desde unas pocas investigaciones sobre hábitos alimenticios se pudo derivar en ciertas configuraciones básicas en la formación de ideologías, en su consolidación, y en su cambio, y éstas se pueden referir tanto a hábitos alimenticios como a posiciones sociales globales, políticas, etc.

En todo caso, en esta ocasión el interés principal reside en las elaboraciones grupales que realiza Lewin. Una vez que estableció las diferentes dimensiones a que se refieren los fenómenos grupales, se planteará el problema del cambio y del equilibrio en un campo determinado.

Así, enfocará aspectos culturales y grupales como “procesos cuasiestacionarios”, refiriéndose a la noción de equilibrio y cambio en un campo. Lewin considera importante considerar tanto los procesos de los grupos como los individuales de acuerdo al concepto que en física se denomina como “cuasiestacionario”, concepto que ha sido “adaptado” a la psicología por uno de los fundadores de la Gestalt, por W. Köhler (amigo personal de Lewin): “Debe considerarse la situación presente –el statu quo– como sostenido por ciertas condiciones o fuerzas. Una cultura –por ejemplo los hábitos alimentarios de un grupo dado en un momento dado– no es un hecho estático, sino un proceso vivo como un río que se desplaza pero que mantiene una forma reconocible, tenemos que tratar, en la vida de grupo como en la vida individual, con lo que en física se conoce como procesos ‘cuasiestacionarios’” (1951, pág. 165). Es decir, el campo, constituido por una constelación de fuerzas, si bien está en un determinado equilibrio no es algo inerte, o estático, sino una resultante de fuerzas; la variación en algún sentido, de esas fuerzas transformaría esa situación (situación total) en algún sentido. El uso del prefijo cuasi intenta señalar estas connotaciones específicas de la idea de totalidad que presupone la teoría del campo.

El análisis de un proceso como el descrito, referido a un campo determinado, consistirá en tratar ese campo como una totalidad de fuerzas en una cierta combinación: “... los hábitos habrán de concebirse como el resultado de fuerzas en el organismo y su espacio vital, en el grupo y su ambiente. Debe representarse la estructura del organismo, del grupo, del medio o como quiera se llame el campo en un caso dado, y analizar las

fuerzas en las diversas partes del campo si se desean comprender los procesos (que pueden ser ‘hábitos’ constantes o cambios) desde el punto de vista científico” (pág. 166).

No hay que olvidar que el interés que orienta la investigación es estrictamente una cuestión de ciencia “aplicada”, se trata de lograr detectar las “condiciones” que habrían de cambiarse para provocar un resultado dado y las formas necesarias para modificar dichas condiciones. A esto Lewin lo denomina “cambio planificado”, o “cambio social planificado” (eventualmente le llamará también “ingeniería social”).

El estudio que mencionará Lewin para ilustrar este conjunto de conceptos y propuestas se ocupaba de indagar sobre hábitos alimenticios. Se entrevistó a amas de casa, y se estudiaron cinco grupos: tres de ellos representaban a familias blancas, con niveles de ingreso altos, medio y bajos, y los otros dos grupos a checos y negros, en tanto colectivos subculturales. Fue realizado entre mayo y junio de 1942, por un equipo de campo de un Centro de Investigación de Bienestar Infantil (la Child Welfare Research Station, donde Lewin realizaría muchos de sus estudios experimentales), de la Universidad de Iowa. La exposición que realiza Lewin es verdaderamente exhaustiva, e ilustra a la perfección el grado de profundización y rigurosidad de su metodología concreta de recogida de información.¹⁵¹

A partir de los diagramas topológicos, la noción de espacio, fuerzas, etc., es decir, la multiplicidad de constructos que utiliza como verdaderos instrumentos o herramientas, Lewin despliega algunos nuevos constructos. Estos serán: la “teoría del canal” (como lugares por donde fluyen diversos elementos –alimentos–); las vallas (entendidas como barreras en algunos autores), como obstáculos a libre movimiento de los elementos; los guardavallas (situaciones o individuos que operan como apertura o cierre de diversos procesos); y su teoría del conflicto (entendido como una desorganización en el conjunto de fuerzas actuantes).

El guardavalla¹⁵² no sólo se refiere a figuras individuales, sino a procesos de otro orden. Para referirse a “la psicología del guardavalla” (en el estudio, la madre o el padre, que tienen cierta capacidad de decisión o influencia en el consumo de alimentos), Lewin

¹⁵¹ No plantearé aquí las cuestiones concretas referidas al contenido de la investigación más que en el caso de que sea necesario para aclarar los conceptos utilizados.

planteará en términos genéricos tres órdenes de cuestiones: a) la “estructura cognitiva”, b) la “motivación” y c) el conflicto, refiriéndose tanto a los valores e ideologías operantes en la situación investigada como a cierto nivel de demandas y necesidades presentes. Al aludir al conflicto, se referirá a la cuestión de las decisiones, de la toma de decisiones, y lo hará en referencia a su teoría del campo: conflicto significa fuerzas en conflicto, la superación de cierto umbral de equilibrio entre fuerzas opuestas.

A partir de la detección de las fuerzas en juego, sus emplazamientos, dirección e intensidad, se puede realizar el análisis de la posibilidad del cambio buscado. Para evaluar las posibilidades de cambio será necesario investigar la intensidad de las fuerzas que resisten a los cambios de hábitos alimentarios. Lewin precisa en este punto que la única posibilidad cierta de realizar tal tarea reside en la ‘realidad’ del asunto, es decir, en intentar el cambio real de hábitos alimentarios. Tal sería el enfoque experimental que se puede considerar válido. Ilustra estas consideraciones de forma muy gráfica: “ninguna cantidad de cuestionarios puede sustituir los experimentos” (pág. 175). De todos modos, Lewin no desecha el uso de otros métodos que le permitirían detectar las condiciones en las que es posible (o no) un determinado cambio.

Es evidente que la noción de cambio que utiliza Lewin aparentemente está lejos de lo que considerarían muchos científicos. Sin embargo, su aparente simplicidad no fue obstáculo para que fuera tomado como modelo por muchas perspectivas sociológicas y también de la psicología social; en todo caso, esa simplicidad, inicialmente aparente, exige ser tomada en cuenta en su correcto alcance.¹⁵³

¹⁵² “Guardavalla” es la traducción utilizada en el texto. También ha sido denominado como ‘portero’, ‘portería’.

¹⁵³ Es indudable que aquí Lewin no se coloca en una perspectiva propia de la sociología ni de la teoría política; en tal caso se vería llevado a pensar en el cambio social, en la transformación social como proceso de transformación colectiva –incluso radical–, tema importante tanto para la sociología marxista como para otras perspectivas conocidas como “reformistas” o “reformadoras”. En todo caso, parece acercarse a la perspectiva de Parsons –el máximo exponente teórico de la sociología americana durante muchos años– consistente en “evacuar” el problema de la radicalidad y consecuencias que conlleva la noción de cambio social. Parsons estableció la noción de cambio “en” el sistema social y cambio “del” sistema social, limitando el alcance de sus elaboraciones exclusivamente a la perspectiva de cambio “en” el sistema social. La dimensión radical del problema –el cambio en tanto cambio en la estructura de poder, etc.– quedaría como categoría “residual” (la no permanencia del orden institucional, del orden instituido, del conjunto de roles, los cambios en el sistema, etc.). En esta línea, Lewin aparecería inscrito como alguien interesado en la determinación de cambios “en” el sistema social. En términos políticos, tal posición conlleva una propuesta de permanencia o de adhesión al estado de cosas hegemónico: para Lewin existía una coincidencia entre la situación política del Estado americano y la ideología democrática dominante, y su propia concepción de la realidad, inscrita en una larga e interminable sucesión de injusticias.

En la exposición del estudio, Lewin enumera diversas posibilidades para lograr el cambio: desde la posibilidad o no de sustituir algunos alimentos esenciales a la propia disponibilidad de los mismos. Aquí nos interesa destacar dos de ellas:

1) la posibilidad de cambiar los “marcos de referencia”. Y dice que esto puede hacerse de dos maneras: cambiando la “potencia relativa” de los marcos de referencia, o bien cambiando el “contenido” de esos marcos de referencia. Los marcos de referencia estarían constituidos por los valores, las ideologías concretas y cotidianas de los individuos, por su forma de orientarse frente a los objetos.¹⁵⁴ Así, en el primer caso explicita: “por ejemplo durante la guerra se planificó el énfasis sobre alimentación nutritiva para aumentar la potencia relativa del marco de referencia ‘salud’ (‘Alimentarse bien para constituir una nación fuerte’)”; en el segundo caso ejemplifica: “cambiando los marcos de referencia, es decir los alimentos relacionados con ellos. Durante los primeros dos años de la guerra la posición del pollo cambió indudablemente desde ser un alimento ‘innecesario’ en la dirección de ser un sustituto diario de otros productos que eran menos disponibles” (pág. 176).

2) la posibilidad de modificar la pertenencia a uno u otro grupo. El ejemplo dado es el incremento de comedores en fábricas y escuelas.

Es decir, una situación total, un campo, un conjunto articulado de fuerzas, y una intención (externa) de variar la situación: “En resumen, la conducta alimentaria está determinada por la dinámica de la situación alimentaria que incluye los canales a través de los cuales el alimento llega a la mesa, el guardavalla que rige los canales en diversos puntos y la ideología alimentaria del guardavalla. Un sistema de valores es la base de algunas de las fuerzas que determinan las decisiones acerca del alimento y provocan conflictos de intensidad variable” (pág. 176).

Puede observarse diversas analogías entre la argumentación y desarrollo realizados por Lewin sobre el tema expuesto y lo que hoy se denomina intervención comunitaria. La propuesta lewiniana puede entenderse como un estricto programa de intervención comunitaria, al menos en la fase de su análisis.

¹⁵⁴ Hay que mencionar la relación cercana que existe entre el “marco de referencia” lewiniano (a su vez, una derivación de las concepciones de la sociología –Parsons, Merton–) y el concepto de ECRO (esquema conceptual, referencial y operativo) en Pichon-Rivière. Un análisis sistematizado de ese concepto se realiza en el capítulo 11.

Hay que señalar que Lewin no limita la investigación aplicada al campo estricto de su realización, sino que se interesa por extender el análisis. Así, planteará que existen canales sociales y económicos en cualquier tipo de institución formalizada (una fábrica, un sistema escolar, etc.). Dentro de esos canales se localizan lo que se denomina “secciones valla”. Y los cambios sociales “en gran medida se producen por el cambio de la constelación de fuerzas dentro de estos segmentos particulares del canal”. Por otra parte, las secciones vallas se rigen por normas o reglas o por “guardavallas”. Aquí reside la cuestión del poder (sea de un grupo o de un individuo), en términos de “dentro” o “fuera” del canal.

Será imprescindible, entonces, comprender el funcionamiento de la valla, y por lo tanto del guardavalla, así como los factores influyentes en ambos. Aquí Lewin define inequívocamente su idea de cambio: “el cambio del proceso social significa influir en el guardavalla o reemplazarlo” (pág. 176). Una tarea importante de la investigación es el establecer los guardavallas reales. Esto constituye una labor previa a la de investigar sobre quiénes deberán acometer el cambio. Por último, Lewin apostilla: “consideraciones similares son válidas para cualquier constelación social que tenga el carácter de canal, valla y guardavalla” (pág. 176).

En estas consideraciones Lewin ha trascendido el problema del cambio de hábitos alimentarios, cuestión que reside básicamente en lo que hoy se conoce como ‘ideologías cotidianas’ y se ha trasladado a un terreno más político e institucional. Piensa en los problemas de la discriminación de minorías, o en la discriminación dentro de una fábrica o de una escuela. Así, afirma que: “la discriminación contra las minorías no cambiará en tanto que las fuerzas que determinan la decisión de los guardavallas no se cambien”, y también: “si pensamos en intentar reducir la discriminación dentro de una fábrica, un sistema escolar o cualquiera otra ‘institución organizada’ debemos considerar la vida social de esas áreas como algo que fluye a través de ciertos canales” (pág. 177).

La relación entre “factores” psicológicos, sociales y físicos aparece claramente establecida. Y el modelo de Lewin, es decir, su teoría del campo, aplicada a los fenómenos grupales –y en el estudio que hemos comentado, extendido a los fenómenos estrictamente colectivos– le permite aproximarse a cuestiones fundamentales.

4.3. Las fronteras de la dinámica de grupos.

Posiblemente se trata del texto más conocido de Lewin, donde dedica numerosas argumentaciones e investigaciones empíricas para organizar sus diversas hipótesis sobre diversos procesos grupales, “Las fronteras en la Dinámica de Grupo” constituye uno de los últimos capítulos de “La teoría del campo en la ciencia social”. Abordaremos a continuación los diversos aspectos que destaca su autor. Queda como un interrogante las razones del título, referido a ‘las fronteras’: si bien parece ser una puesta al día de las investigaciones y conocimientos grupales adquiridos por Lewin y sus discípulos (el texto es de los últimos escritos por su autor, se editó en 1951) parece constituir justamente las fronteras, el alcance a que se pudo arribar desde esta perspectiva grupal, fundante del campo grupal.

Los dos grandes temas que se abordan en este capítulo se refieren a los equilibrios cuasiestacionarios, y la producción de cambios sociales, es decir el mantenimiento, la permanencia de los procesos y las situaciones grupales, y el cambio.

Lewin se refiere al extraordinario desarrollo de las ciencias sociales, como producto secundario de la guerra¹⁵⁵, y constata el formidable esfuerzo de “aplicación” de esos nuevos conocimientos. Y propone tres cuestiones que cree caracterizan la situación de ese momento: 1) los problemas relativos a la integración de las ciencias sociales, 2) la necesidad de pasar de la descripción de los fenómenos sociales a los problemas del cambio de vida de grupo, o cambio social y 3) el desarrollo de instrumentos y técnicas de investigación. Y enfatiza en la importancia de que se desarrollen teorías, considera que en ese momento se reconoce la necesidad de que se desarrollen teorías y conceptos: “el desarrollo teórico tendrá que avanzar con bastante rapidez si la ciencia social ha de alcanzar ese nivel de utilidad práctica que la sociedad necesita para ganar la carrera a las capacidades destructivas liberadas por el uso que el

¹⁵⁵ Producto secundario de la guerra, o proceso independiente? Si bien de una manera descriptiva y aproximada se puede plantear de esa manera, está lejos de ser algo evidente, en todo caso, refleja el empirismo espontáneo del autor. En términos más estrictos, ¿fue ésa la razón, o por el contrario, ambos, tanto el desarrollo de las ciencias sociales, como la propia guerra, se debieron al propio desarrollo del capitalismo? Esta cuestión está lejos de haber encontrado un consenso entre los diversos científicos que se han ocupado de ello.

hombre ha hecho de las ciencias naturales” (pág. 178). Interesante reflexión, que sin embargo, el autor no desarrolla. En todo caso, queda explicitada la posición ‘estratégica’ de la intención lewiniana –y que fue común a muchas de las propuestas de esos años–: el conocimiento para paliar los efectos de la guerra.

En primer lugar postula, frente a lo que considera el estado actual de los conocimientos científicos, la importancia de basarse en el punto de vista de la “teoría comparada de las ciencias”, aludiendo a los análisis realizados por Cassirer y por él mismo, en cuanto a la evolución de la ciencia, sus estadios evolutivos, etc. Llama la atención sobre los obstáculos que desde el propio campo científico se oponen al avance del mismo. Y afirma acordar con Cassirer en la idea de que “el progreso científico tiene a menudo la forma de un cambio en lo que se considera ‘real’ o existente” (1951, pág. 179).

Así, aborda lo que considera el “problema de la existencia en una ciencia empírica”. Sus consideraciones son amplias, aunque complejas en su alcance: “Los argumentos acerca de la ‘existencia’ pueden parecer de naturaleza metafísica y, por consiguiente, esperarse que no se traigan a colación en las ciencias empíricas. En realidad, las opiniones acerca de la existencia o inexistencia son bastante comunes en las ciencias empíricas y han tenido gran influencia en el desarrollo científico de una manera positiva y negativa. Rotular algo como ‘inexistente’ equivale a declararlo ‘fuera de los límites’ para el hombre de ciencia. Atribuir automáticamente ‘existencia’ a un ítem hace que sea un deber para el científico considerarlo como un objeto de investigación; incluye la necesidad de ver sus propiedades como ‘hechos’ que no pueden descuidarse en el sistema total de las teorías; finalmente, implica que los términos con los que se refiere al ítem se acepten como ‘conceptos’ científicos (más que como ‘meras palabras’)” (pág. 179).

Lewin ironiza sobre la época en que desde la psicología se consideraba dimensiones como las emociones, los afectos, la voluntad, como cuestiones ‘poéticas’ y no científicas. Y concluye con una sentencia clara: “Como los tabúes sociales, un tabú científico se mantiene no tanto por un argumento racional como por una actitud común entre los científicos; cualquier miembro de la corporación científica que no adhiere

estrictamente al tabú, y por ende a las normas científicas del pensamiento crítico, es tenido por sospechoso” (pág. 180).¹⁵⁶

También postula lo que denomina “la realidad” de los fenómenos sociales. Antes de la invención de la bomba atómica, no se creía que los fenómenos sociales tuvieran tanta realidad como los hechos físicos. A partir de la terrible experiencia de la guerra, eso cambió. Lewin consigna que, como dice Cassirer, en la historia de la física siempre hubo diversas controversias acerca de la realidad del átomo, el electrón, etc., de lo que constituía el ente más pequeño que la ciencia podía considerar. Y afirma, que en las ciencias sociales ha sido diferente: “En las ciencias sociales, por lo común, no ha sido la existencia de la parte, sino la del todo el objeto de las controversias”. Y continúa su argumentación en esa línea que va de la parte al todo, y de la realidad de cada aspecto:

“No hay más magia tras del hecho de que los grupos tienen propiedades que les son propias, que son distintas de las propiedades de sus subgrupos o de sus miembros individuales, que tras el hecho de que las moléculas tienen propiedades que son diferentes de las propiedades de los átomos o iones que las componen” (pág. 181).

Y también: “... las propiedades estructurales de un todo dinámico son distintas de las propiedades estructurales de las subpartes. Ambas categorías de propiedades han de investigarse. Cuándo una y cuándo la otra, son importantes depende de la pregunta a contestar. Pero no hay diferencia de realidad entre ellas.

Si esta afirmación básica se acepta, el problema de la existencia de un grupo mismo pierde su sabor metafísico” (pág. 181).

Las propiedades estructurales de los todos dinámicos.

“Las propiedades estructurales están caracterizadas por las *relaciones* entre partes más que por las partes o elementos mismos. Cassirer subraya que a lo largo de la historia de la matemática y la física los problemas de la constancia de relaciones más

¹⁵⁶ Puede aceptarse ese postulado de forma general. Ahora bien, es un proceso que va más allá de un mecanismo como el de la “presión hacia la conformidad” como sugiere Lewin. Son otras cuestiones, y quizá más fundamentales, las que se ponen en juego: las propias ideologías científicas, la relación con el contexto y las relaciones sociales. Por otra parte, el concepto de ‘resistencia’ utilizado en psicoanálisis parece dar cuenta también de estos procesos. Por último hay que señalar que el propio Lewin no parece haberse aplicado a sí mismo ni a su corriente el mismo argumento: ¿por qué su docta ignorancia, su rechazo a corrientes de pensamiento que eran, a su vez, rechazadas por el mundo científico norteamericano de esos años (nos referimos a las corrientes críticas, relacionadas con el marxismo, y al psicoanálisis)?

que de la constancia de elementos han cobrado importancia y han cambiado gradualmente la imagen de lo que es esencial. Las ciencias sociales parecen manifestar una evolución muy similar” (pág. 181).

Los “todos dinámicos” o estructuras son caracterizados entonces por Lewin como poseedores de propiedades propias, diferentes a las de las partes. De esta forma, mediante un apoyo argumental derivado de una determinada lectura de la ciencia física el autor resuelve el problema de la “realidad” de los procesos colectivos, específicamente de los grupos.

A partir de aquí Lewin describe la situación de esos años: “Las ciencias sociales han mejorado considerablemente las técnicas para el registro confiable de la estructura de grupos menores y mayores y para el registro de los diversos aspectos de la vida grupal. Las técnicas sociométricas, la observación del grupo, las técnicas de entrevistas y otras nos capacitan, cada vez más para reunir datos confiables sobre las propiedades estructurales de los grupos, sobre las relaciones entre grupos o subgrupos, y sobre la relación entre un grupo y la vida de sus miembros” (pág. 182).

El autor expresa su confianza en el enfoque experimental como especialmente apto para superar las reticencias que existan frente a la realidad de los fenómenos sociales: “el tabú contra la creencia en la existencia de una entidad social probablemente sea quebrado con más eficacia por manipulación experimental”. Y como de costumbre, hecha mano de un ejemplo: el liderazgo, cuya descripción puede ser considerada mera opinión del investigador, pero si se ensayan sus variaciones, se lo define operacionalmente (“una ‘definición operacional’ que una el concepto de una forma de liderazgo con los procedimientos concretos de su creación o con los procedimientos para comprobar su existencia”, pág. 182), etc., se avanza en la ‘demostración’ de su existencia.

La perspectiva “metodologista” de Lewin es evidente: la “realidad” del fenómeno social descansa sobre la demostración de la experimentación sobre el mismo. Más aún, sostiene que: “La ‘realidad’ de lo que el concepto se refiere está establecida más por ‘hacer algo con’ más que ‘mirando a’, y es independiente de ciertos elementos ‘subjetivos’ de clasificación” (pág. 182). Cree encontrar múltiples ejemplos en la física en que diversos procedimientos experimentales han modificado (a veces revolucionado) los conceptos científicos acerca del mundo –físico– al modificar las creencias de los científicos acerca de qué es y qué no es real.

La apuesta epistemológica es clara: frente a la posición especulativa, o ‘subjetiva’, la experimentación, como forma de demostración de la ‘realidad’ de lo investigado. Es verdad que de ahí se derivan diversas cuestiones que no son tomadas en cuenta por el autor, como la validez misma de las investigaciones (que el experimento se refiera a lo que el mismo experimento define), el sesgo tautológico que se desliza al homologar experimento y realidad, la concepción que supone que los conceptos se ligan con las cosas, y que esos significados agotan la propia existencia de los objetos, etc.

El Lewin experimentador es riguroso: “Para diversificar desde el punto de vista experimental un fenómeno social, el experimentador ha de poner especial cuidado en todos los factores esenciales, aun si no es capaz de analizarlos satisfactoriamente. Una omisión o un juicio erróneo de consideración sobre este punto hacen fracasar el experimento” (pág. 182)

Y enuncia los elementos que considera fundamentales: “En la investigación social el experimentador debe tomar en consideración factores tales como la personalidad de cada miembro, la estructura, la ideología y los valores culturales del grupo, así como los factores económicos. La experimentación en grupo es una forma de manejo social. Para ser exitosa, debe tener en cuenta todos los diversos factores que suelen ser importantes para el caso en estudio. La experimentación con grupos llevará, por consiguiente, a una integración natural de las ciencias sociales, y forzará a los científicos sociales a reconocer como realidad la totalidad de factores que determinan la vida del grupo” (pág. 182).¹⁵⁷

En cuanto a lo que Lewin denomina la “integración de las ciencias sociales”, expresa una intención sostenida durante toda su producción intelectual, y corresponde a un ideal de muchos científicos de la primera mitad del siglo (y también del siglo XIX).

¹⁵⁷ No puede obviarse algunos efectos ‘indeseados’ de esta posición: el rigor metodológico de Lewin, fundado en su esfuerzo por sustentar la cientificidad de las investigaciones sobre fenómenos sociales (y no sólo los grupos) fue sufriendo diversas transformaciones con el paso del tiempo. Años después, puede observarse cómo la cuestión de la cientificidad pasó a ser un supuesto compartido y sólo habría quedado la rigurosidad experimental. En muchos casos, llevada a situaciones casi absurdas: excelentes cuidados experimentales en estudios muchas veces irrelevantes, o que no agregaban nada a lo ya realizado y conocido. Hemos dicho que se trataría de un efecto ‘indeseado’, aunque posiblemente esa derivación posterior no es ajena a los propios supuestos lewinianos: la ‘realidad’ del fenómeno viene dada por la experimentación con el mismo, y más aún, por la aceptación condescendiente del colectivo de ‘científicos sociales’ (a los que les adjudica la capacidad para determinar lo que es o no es científico, desde una posición fuertemente reduccionista y empobrecedora del asunto). Es verdad que en descargo de Lewin hay que tener en cuenta su intento de integración en el mundo académico y profesional americano de los años 30 y 40, lo que posiblemente le llevara a reforzar algunos matices en su argumentación.

Hemos hecho anteriormente una alusión a la relación entre la ‘realidad’ (de los fenómenos sociales, de los grupos, etc.) y los conceptos referidos a esa realidad. Lewin realiza algunas especificaciones a esa relación. Cree encontrar una cierta confianza en la ciencia, o mejor, en el hacer de los “científicos sociales” (pág. 182). Y en su influencia en la ‘realidad’ (de los grupos). Por otra parte, también constata que se sabe ‘poco’ acerca de los fenómenos grupales, se conoce por ‘intuición’. Y en cuanto a conocer cómo se puede alcanzar un objetivo social determinado, concluye en que se considera muy difícil o imposible. De aquí derivará en la importancia de los avances en las teorías.

Por qué la necesidad de teoría? Por qué la experiencia práctica no conduce al “insight claro” (como dice Lewin), a la comprensión cabal del fenómeno? Lewin opone aquí su concepto del fenotipo (dato observable) con lo que considera la estructura subyacente que da cuenta de esos fenotipos, de esos datos observables. Aduce que no puede relacionarse un dato observable (un fenotipo) con otro de forma directa. Hacen falta lo que denomina ‘variables intervinientes’. Y esas ‘variables intervinientes’ no son datos observables. Utilizando otra terminología, también lo describe así: los datos observables son tomados como indicaciones ‘superficiales’ (no insignificantes, sino en la superficie del fenómeno), como ‘síntomas’ de otros hechos que ‘yacen a mayor profundidad’. Y la diferencia entre el científico y el practicante (educadores, padres, políticos, jefes, etc.) es que a uno le interesa comprender esa estructura subyacente (en el mejor de los casos podrá conducirlo a poder establecer leyes) y al otro no le interesa.

A partir de un supuesto caso de un ‘practicante social’¹⁵⁸ (un hombre de negocios, en el ejemplo) que considera pobres aproximaciones al fenómeno grupal las que se le puedan sugerir, Lewin deriva que se trata de un reconocimiento de un proceso fundamental: la existencia de estructuras subyacentes (“hechos subyacentes”) por debajo de las ‘apariencias’. Y muchas veces, las afirmaciones sobre los fenómenos grupales se habían quedado en las ‘apariencias’.

“Me inclino a pensar su afirmación [sobre la complejidad de los fenómenos grupales] como que significa realmente que en la vida de grupo, también la ‘apariencia’ debe distinguirse de los ‘hechos subyacentes’, que la similitud de apariencia puede ir

¹⁵⁸ “Practicante social” es la expresión utilizada en el texto. Puede decirse también un ‘práctico’ en grupos.

paralela a la disimilitud de las propiedades esenciales, y *viceversa*, y que las leyes pueden formularse únicamente respecto de aquellas entidades dinámicas subyacentes, $k = F(n, m)$, donde k , n , m se refieren no a síntomas conductuales sino a variables intervinientes” (pág. 184).

Entonces, al igual que los ‘practicantes sociales’ utilizan términos derivados del uso popular (tensiones de grupo, fuerzas sociales, etc.), los científicos sociales deben utilizarlos, y no relegarlos sólo como metáforas o analogías. “Para el científico social esto significa que debe abandonar el pensamiento acerca de ítems (por ejemplo la estructura y la tensión de grupo o las fuerzas sociales) como nada más que una metáfora o analogía populares que deben eliminarse de la ciencia. Mientras no haya necesidad para la ciencia social de copiar los conceptos específicos de las ciencias físicas, el científico social debe estar seguro que él, también, necesita las variables intervinientes y que estos hechos dinámicos, más que los síntomas y apariencias, son puntos de referencia importantes tanto para él como para el practicante social” (pág. 184). La agudeza conceptual y el rigor lewiniano son evidentes.

Previamente a abordar el problema de los procesos cuasiestacionarios y el cambio, Lewin trata un último tema en relación con la conceptualización y la metodología. Lo que denomina como el “procedimiento de tres pasos”.

A través de un detallado ejemplo en que se intenta pronosticar el curso de un matrimonio, Lewin enuncia dicho ‘procedimiento de tres pasos (pág. 184-187) mediante el análisis de los espacios vitales, donde intenta comprender las expectativas de cada uno, y las previsiones sobre las expectativas del otro, las acciones consiguientes, y las nuevas expectativas, etc. Postula la realización del análisis de los dos campos psicológicos (lo que denomina como “subjetivos”) que fundamenta el pronóstico del próximo paso real (al que llama “objetivo”) de la conducta.

Después de la descripción (textual y mediante sus recursos gráficos), concluye: “Este análisis de la historia de un matrimonio ha procedido en una serie de tres pasos: primero, un análisis separado de la situación psicológica del marido y de la mujer, en el momento 2, con el propósito de deducir la conducta siguiente de cada uno. Segundo, representar la situación resultante sociológica (“objetiva”) en el momento 2. Tercero, deducir con la ayuda de las leyes de la percepción la situación psicológica resultante

para el marido y la mujer en el momento 2. Esto daría la base para la secuencia próxima de tres pasos, comenzando con el análisis de la situación psicológica de las personas implicadas para pronosticar su próximo paso real” (pág. 186).

El autor considera que este tipo de análisis es extensible al “análisis de la vida de grupo”, y también puede realizar en unidades mayores (que el pequeño grupo).

“Parece imposible pronosticar la conducta del grupo sin tener en cuenta sus metas, sus normas, sus valores y el modo en que ‘ve’ su propia situación y la de otros grupos. [...] Para pronosticar o comprender los pasos que conducen a la guerra entre dos naciones A y B parecer ser esencial referirse a los diferentes espacios vitales de los grupos A y B. Esto significa que el análisis de la interacción de grupo debe seguir una vez más el procedimiento de tres pasos, partiendo desde el análisis separado del espacio vital de cada grupo hacia la conducta grupal en el campo social total, y desde allí regresar al efecto sobre el espacio vital del grupo” (pág. 186).

Y además: “este procedimiento analítico que oscila del análisis de la ‘percepción’ al de la ‘acción’, de lo ‘subjetivo’ a lo ‘objetivo’ y comienza nuevamente no es una exigencia arbitraria de la metodología científica, ni está limitado a la interacción entre grupos o entre individuos. Este procedimiento contempla una de las propiedades básicas de la vida grupal” (pág. 187).

Lewin intenta fundamentar el por qué la necesidad de incluir lo que denomina la “percepción” refiriéndose a diversas dimensiones: expectativas, emociones, sentimientos, etc., además de los procesos cognitivos. El análisis de la “interacción de grupo” debe incluir todos esos elementos.¹⁵⁹

A continuación, Lewin desarrolla en extensión y en profundidad sus elaboraciones (y se apoya en diversos estudios realizados por él mismo o por sus discípulos) en relación con los procesos de estabilidad y de cambio social.

¹⁵⁹ En todo caso, cabe una reserva ante la argumentación de Lewin. Esta intención excesiva de derivar a la comprensión de fenómenos colectivos tan complejos como los conflictos internacionales, guerras, etc., no quita mérito al procedimiento grupal, siempre que sea referido al pequeño grupo. Una extensión a otro campo de aplicación parece impropia.

Permanencia (estabilidad) y cambio social.

El tema abordado es titulado por Lewin de la siguiente manera: Los equilibrios cuasiestacionarios en la vida de grupo y el problema del cambio social.

El enfoque que se realiza de estos procesos de estabilidad y de cambio es salir al paso de la diferencia entre ellos, temática que había ocupado a buena parte del funcionalismo sociológico (Parsons: cambio en el sistema, cambio del sistema, etc.). Y la aproximación que realiza Lewin es novedosa: incluye ambos elementos, la estabilidad y el cambio dentro de la misma intelección: “Los períodos de cambio social pueden diferir con bastante amplitud de los períodos de relativa estabilidad social. Sin embargo, las condiciones de estos dos estados deberán analizarse juntas por dos razones: a) Cambio y constancia son dos conceptos relativos; la vida de grupo no permanece siempre inalterable, sólo existen diferencias en la cantidad y en el tipo de cambio. b) Cualquier fórmula que enuncie las condiciones para el cambio implica las condiciones del no cambio como límite, y las condiciones de constancia pueden analizarse sólo contra un fondo de cambio ‘potencial’” (1951, pág. 187).

1) El primer constructo a considerar será el constituido por la constancia (estabilidad) de la vida grupal y la resistencia al cambio.

“Es importante distinguir dos cuestiones que no están por lo general separadas de modo suficiente; una concierne al cambio real o a la carencia de cambio, la otra a la resistencia al cambio. [...] la constancia de la vida grupal –por ejemplo el nivel inalterado de producción– no requiere ninguna otra ‘explicación’ que la referencia al principio: las mismas condiciones llevan al mismo efecto. Este principio es idéntico a la idea general de la legitimidad de la vida grupal” (pág. 187).

E ilustra con un ejemplo la estabilidad o resistencia al cambio: “El caso sería diferente si el nivel del equipo de trabajo se mantuviera a pesar del hecho de que un miembro cayera enfermo o que fuera abastecido de material inferior o superior. Si a pesar de estos cambios en la situación de la vida del grupo, la producción se sostiene en el mismo nivel, entonces puede hablarse de ‘resistencia’ al cambio del ritmo de producción. La sola constancia del comportamiento del grupo no prueba la estabilidad en el sentido de resistencia al cambio, ni el grado de éste prueba la poca resistencia. Solamente relacionando el grado real de constancia con la potencia de las fuerzas que

acercan o alejan del estado presente puede hablarse de grado de resistencia o ‘estabilidad’ de la vida del grupo en un sentido dado.

“La labor práctica de manejo social, tanto como la labor científica de comprensión de la dinámica de la vida de grupo, requiere el insight del deseo [de cambio] y de la resistencia al cambio específico. Para resolver o, aun, para formular adecuadamente estos interrogantes necesitamos un sistema de análisis que permita la representación de las fuerzas sociales en una situación de grupo. Las consideraciones siguientes están dirigidas más hacia el mejoramiento de estas herramientas analíticas que hacia el análisis de un caso particular” (pág. 188).

Es de sumo interés la forma de plantear la noción de resistencia que ensaya aquí Lewin: no le otorga una connotación negativa (al menos inicialmente), al contrario de lo que ocurre en muchas otras teorías psicológicas (o psicoanalíticas).

2) El segundo elemento expuesto se refiere a la representación de la ‘vida de grupo’ como un campo social. Y se remite a los conceptos que se han ya descrito: las posiciones de las partes (individuos) en el campo, la locomoción, las fuerzas: “Una herramienta básica para el análisis de la vida de grupo es la representación de éste y su situación como un ‘campo social’. [...] Una de las características fundamentales de este campo es la posición relativa de las entidades, que son partes del campo. Esta posición relativa representa la estructura del grupo y su situación ecológica. Expresa asimismo las posibilidades básicas de locomoción dentro del campo.

Lo que ocurre dentro de ese campo depende de la distribución de fuerzas en todo el campo. Un pronóstico presupone la capacidad de determinar para los diversos puntos del campo la potencia y dirección de las fuerzas resultantes” (pág. 188). Lewin postula un recurso gráfico para representar el suceder grupal como un campo: será lo que denomina “espacio de fase”.¹⁶⁰

¹⁶⁰ “Algunos aspectos de los problemas sociales empero pueden contestarse a través de un recurso analítico distinto denominado ‘espacio de fase’. El espacio de fase es un sistema de coordenadas, cada una correspondiente a diferentes cantidades de intensidades de una ‘propiedad’. El espacio de fase no intenta representar la disposición de un campo compuesto de grupos, individuos y sus situaciones ecológicas, sino que se concentra sobre uno o pocos factores. Representa, por medio de gráficos o ecuaciones, la relación cuantitativa entre estas pocas propiedades, variables o aspectos del campo, o un acontecimiento dentro de él” (pág. 188). Constituye una sugerente aportación que facilita el análisis de la dinámica grupal.

3) A continuación se propone una tesis fundamental: los estados sociales como procesos cuasiestacionarios, haciendo referencia a características que los definen como estados o situaciones estables, constantes, permanentes, institucionalizados, previsibles, esperados, etc. Así, los diversos fenómenos sociales serán comprendidos como “campos” sociales, compuestos de fuerzas (los diversos tipos de fuerzas) regiones, locomociones, etc. Lewin utiliza ejemplos: un caso de discriminación racial y otro del nivel de producción de un equipo de trabajo. Y así, hablará de las ‘fluctuaciones’ en los rechazos o aceptaciones, en las posibilidades (o su ausencia) para los individuos, en un caso, y del ‘flujo’ de productos en la otra.

La conclusión: “En ambos casos estamos tratando con un proceso que, como un río, cambia continuamente sus elementos aunque su velocidad y dirección permanezcan idénticas. En otras palabras, nos referimos a la característica de los procesos cuasiestacionarios. Köhler acentuó la importancia de los equilibrios cuasiestacionarios para los problemas psicológicos de la vida individual.

“Respecto de los procesos cuasiestacionarios se deben distinguir dos cuestiones: 1) ¿Por qué el proceso en las presentes circunstancias avanza en este nivel particular (por ejemplo, por qué el agua de este río se mueve con esta velocidad particular)?, y 2) ¿Cuáles son las condiciones para cambiar las circunstancias presentes?” (pág. 190).

Estas consideraciones constituyen una interesante acotación al concepto de proceso cuasiestacionario. Hace alusión a la idea de estructura (que se caracterizará no tanto por sus elementos como por las relaciones que existan entre ellos).

4) Por último, se aborda una cuestión esencial referida al análisis de los estados estables (y vale la redundancia). Lewin intenta postular un tratamiento analítico general para abordar el análisis de los ‘equilibrios sociales cuasiestacionarios’. Aquí aparece con claridad un Lewin interesado en el rigor conceptual y metodológico, si bien sin poder evitar cierta oscuridad en sus formulaciones.

“Con frecuencia, las herramientas conceptuales analíticas (variables intervinientes) deben desarrollarse hasta una fase relativamente elaborada antes de que estén dispuestas para unirse con los hechos observables. En el principio parece más fácil hacer un uso empírico de las derivaciones secundarias; sólo gradualmente se logra diseñar experimentos para probar los fundamentos de manera más directa. El concepto de ‘fuerza’, por ejemplo, es más fundamental que el concepto ‘resultante de fuerzas’. Es,

sin embargo, más sencillo en psicología y sociología coordinar un hecho observable con una resultante de fuerzas que con sus componentes: algunos aspectos de la conducta pueden relacionarse directamente con la fuerza resultante, mientras que sólo podemos determinar las fuerzas psicológicas componentes en condiciones especiales. Creemos que es aconsejable, por consiguiente, desarrollar con algún detalle el análisis conceptual antes de estudiar los ejemplos y las teorías específicas verificables” (pág. 190). La preocupación por otorgar rigor al análisis es evidente. Lewin establecerá diversas hipótesis en relación con los problemas relacionados con la estabilidad y el cambio.

a. El nivel de un proceso cuasiestacionario como un equilibrio cuasiestacionario.

Es decir, un proceso estable o relativamente estable (el ejemplo utilizado: una situación de discriminación) es entendido como un equilibrio entre fuerzas de distinto tipo e intensidad. Lewin indica que en el caso considerado de discriminación contra la población negra se encuentran ciertas fuerzas que impulsan a aumentar la discriminación (el interés de algún sector de la población blanca de conservar para sí ciertas tareas, determinados ideales de cada población sobre lo que es ‘correcto’ o ‘incorrecto’, etc.), mientras otras fuerzas actúan contra ese aumento de la discriminación (la población negra puede mostrar signos de rebelión; algunos blancos pueden considerar ‘injusta’ demasiada discriminación, etc.).

De ese modo, la tesis del equilibrio cuasiestacionario se establece con claridad: las fuerzas en pro de mayor discriminación y las fuerzas en pro de menor discriminación son iguales en potencia y opuestas en dirección. Esto constituye un equilibrio cuasiestacionario.¹⁶¹

¹⁶¹ Lewin recurre a la notación matemática para formular las diversas hipótesis ‘analíticas’:

$$f_{A,g} + f_{A,z} = 0$$

$f_{P,g}$ significa una fuerza actuante sobre la persona P en la dirección hacia g.

$f_{P,-g}$ indica una fuerza sobre P en la dirección contraria a g (también $rf_{P,g}$ es una fuerza restrictiva hacia el movimiento de P hacia g)

$f^*_{P, g}$ significa una fuerza resultante que tiene dirección hacia g.

La potencia de la fuerza $f_{P,g}$ está indicada por $|f_{P,g}|$.

Persona: P, Grupo: Gr, etc.

El equilibrio cuasiestacionario no presupone la potencia absoluta de las fuerzas presentes, que pueden ser más fuertes o más débiles: valer 1, 10 ó 100.¹⁶² Por otra parte, la potencia de las fuerzas oponentes puede aumentar sin un cambio de nivel (de discriminación).¹⁶³ Y esto implicaría el aumento de la tensión del grupo.¹⁶⁴

La referencia a la “tensión del grupo” evoca claramente fenómenos conocidos en los grupos. Sin embargo, Lewin intenta mantener un nivel de definición de las nociones que se mantiene alejado de los observables.

Una aguda consideración en relación con los cambios sociales y los esfuerzos (fuerzas) implicados y necesarios para organizarlos o gestionarlos: “Los cambios sociales pueden estar precedidos (o no) por un aumento de las fuerzas oponentes. En algunas condiciones, sin embargo, los cambios sociales pueden lograrse con mucha mayor facilidad si la tensión se disminuye previamente. Esto es importante para el manejo social y para la teoría del postefecto de los cambios”.¹⁶⁵ Pero también es posible la situación contraria: “En algunos casos, sin embargo, la tensión puede aumentar: la disminución de la discriminación puede llevar a una presión todavía más fuerte de lo suprimido hacia mayores avances y a una contrapresión aumentada”(pág. 191).

En definitiva, Lewin establece la relación entre el equilibrio cuasiestacionario y el conjunto de fuerzas así: “En general, podemos decir que un estado social cuasiestacionario corresponde a fuerzas oponentes de la misma potencia, pero que no es posible ningún enunciado general referente a su potencia absoluta” (pág. 192). En otros términos, no es posible derivar del análisis de ese equilibrio el tipo de ‘esfuerzos’ que habrá que llevar a cabo para producir el cambio, la resistencia al cambio que será necesario eliminar.

b. Campos de fuerza.

¹⁶² “La potencia de las fuerzas oponentes en el momento 1 y en la ciudad A puede ser menor o mayor que en la ciudad B” (pág. 191).

$$f_{A,g} > f_{B,g}$$

[ídem, si se trata de dos momentos distintos, en la misma ciudad]

¹⁶³ “Por ejemplo, antes de que el nivel de discriminación haya disminuido en A las fuerzas oponentes pueden haber aumentado:

$$|f_{A,z}|^2 = |f_{A,g}|^2 > |f_{A,z}|^1 = |f_{A,g}|^1 \quad [^1 \text{ y } ^2 \text{ significan momento 1 y momento 2}]”.$$

¹⁶⁴ La notación utilizada: $|f_{B,z}|^3 = |f_{B,g}|^3 > |f_{B,z}|^1 = |f_{B,g}|^1$

¹⁶⁵ $|f_{A,z}|^5 < |f_{A,z}|^3$

Se constata que los procesos cuasiestacionarios no son perfectamente constantes, sino que sufren fluctuaciones; éstas son limitadas, y se supone derivan de variaciones en las fuerzas presentes en el campo. Las fluctuaciones (producto de la acción de fuerzas adicionales) no pueden sobrepasar determinado nivel (que debe ser establecido con precisión). Más allá de eso, el proceso social considerado pierde su carácter cuasiestacionario (se ha producido el cambio).¹⁶⁶

c. Campo de fuerza dentro y más allá de la esfera de actividad vecina.

“... un proceso cuasiestacionario presupone una estructura central del campo de fuerza únicamente dentro de cierta vecindad del área de N. La fórmula 4 [$f^*_{(N\pm n)N} = f_{(n)}$] no necesita ser válida para n por arriba o por debajo de un cierto valor. [...] más allá de la ‘esfera de actividad vecina’ de N las fuerzas resultantes están dirigidas hacia fuera más que hacia N” (pág. 193). Parece clara la hipótesis de Lewin en este punto: más allá de ciertos límites las fuerzas que resultan cambian de signo. Sugiere un ejemplo contundente, al que considera típico: las revoluciones después de haber superado la resistencia inicial.

Y más cercano a los procesos y estados sociales investigados, se refiere al ámbito de la administración: “Es obvio que para la mayoría de los problemas de administración el grado de amplitud en que el proceso tiene el carácter de un equilibrio

¹⁶⁶ “Los procesos cuasiestacionarios no son perfectamente constantes, sino que muestran fluctuaciones alrededor de un nivel promedio N. Si suponemos que la fluctuación se debe a la variación en la potencia de una fuerza adicional, y la cantidad n del cambio del nivel N es una función de la potencia de esta fuerza, podemos afirmar que existe un campo de fuerza en el área de fluctuación alrededor de N, que tiene las siguientes características: las fuerzas oponentes en todos los niveles entre N y (N+n) y entre N y (N-n) no son iguales, con la fuerza más potente apuntando hacia el nivel N.

$$|f_{(N+n),N}| > |f_{(N+n),-N}| ; |f_{(N-n),N}| > |f_{(N-n),-N}|$$

El significado de esta formulación se aclara si consideramos la fuerza resultante $f^*_{N,x}$ donde $f^*_{N,x} = f_{N,z} + f_{N,g}$. En el caso de un proceso cuasi-estacionario la fuerza resultante en el nivel N es igual a cero” (pág. 192).

$$f^*_{N,x} = 0$$

“La dirección de las fuerzas resultantes en los ‘niveles vecinos’ (N±n) es *hacia* el nivel N, aumentando su potencia con la distancia de N. En otras palabras, las fuerzas resultantes en la vecindad de N tienen el carácter de un ‘campo de fuerza central positivo’”. [Y se precisa:] “un campo de fuerza central positivo se definió como una constelación de fuerzas dirigidas hacia una región. En un espacio de fase en donde una dimensión es el tiempo, puede usarse este término para una constelación donde todas las fuerzas están dirigidas hacia un nivel”).

$$f^*_{(N\pm n)N} = f_{(n)}$$

El carácter de la función F determina hasta qué grado, *ceteris paribus*, el proceso social fluctúa en un caso específico. Los cambios del nivel de los procesos cuasiestacionarios ocurrirán únicamente si el valor numérico de N cambia por el que iguala las fuerzas oponentes. Si el campo de fuerza resultante pierde la estructura de un campo central, el proceso social pierde su carácter cuasiestacionario” (pág. 193).

estacionario es de suma importancia. Esto es igualmente fundamental para prevenir catástrofes mayores y para provocar el cambio permanente deseado” (pág. 193).¹⁶⁷

La claridad de la exposición exime de cualquier comentario. En todo caso, puede reseñarse, aproximadamente, así: se trata del grado de conflicto que puede ser tolerado en una situación (grupal, institucional, etc.) antes que surja una crisis que pueda conducir a un cambio. Parece evidente que la analogía entre ambas descripciones es pobre, si bien nuestra formulación apela más a códigos actuales. He aquí una ilustración de las dificultades (al menos formales) que surgen cuando se quiere ‘trasladar’ las hipótesis lewinianas de uno a otro contexto.

d. El efecto de los diversos gradientes.

El último elemento de tipo analítico propuesto se refiere a los gradientes, más precisamente al efecto de los diversos gradientes.

“Dada la misma cantidad de cambio de la potencia de la fuerza resultante ($f^*_{N,x}$), la cantidad de cambio del nivel del proceso social será menor cuanto mayor sea el gradiente” (pág. 194). Si ésta es la descripción en cuanto al grupo como un todo. Si se consideran las diferencias individuales el proceso es definido así: “...las diferencias individuales de comportamiento en un grupo serán menores cuanto más grande sea el gradiente del campo de fuerza resultante en la vecindad del nivel del grupo”.

Nos hacemos cargo de la dificultad de una aprehensión inmediata de estas categorías ‘analíticas’ que propone Lewin, pero son éstas.

Llegados a este punto, Lewin pone como ejemplo los diferentes grados de permisividad en un grupo. Y alude al experimento de Lippitt y White, en que la mayor amplitud de actividades permitida por el líder democrático fue paralela a las mayores diferencias de comportamiento de los asistentes al grupo, etc.

Una vez establecidas las diversas hipótesis a partir de los constructos de la teoría del campo (fuerzas, campo de fuerzas, regiones, posición, locomoción, etc.) Lewin se

¹⁶⁷ Puede señalarse que muchas de las argumentaciones realizadas hasta aquí parecen ser importantes para perspectivas de tipo sistémico, como de hecho sucede. Y quizá no sea excesivo resaltar la cercanía entre la propia idea de ‘ingeniería social’ con el hecho de que bastante de los teóricos –y practicantes– de esa perspectiva posean formación en ingeniería. También puede encontrarse ciertas similitudes con algunas elaboraciones económicas y administrativas (Pert, camino crítico, etc.).

aboca a la tarea de ejemplificar, a partir de las numerosas investigaciones de las que disponía (realizadas por gente de su escuela o por investigadores próximos).

Ejemplos de equilibrio cuasiestacionario en distintas áreas de la vida de grupo.

El autor aclara que los ejemplos no intentan comprobar la corrección de la teoría esbozada sino “ilustrar principios y preparar el camino para la medición cuantitativa de las fuerzas sociales” (pág. 194).

Los procesos tomados como base para ejemplificar la teorización precedente se refieren al “nivel de agresividad en atmósferas democráticas y autocráticas”. (pág. 194). Se apoya en investigaciones de Lippitt y White, quienes “compararon la cantidad de agresividad entre miembros de los mismos grupos de muchachos en las atmósferas democrática y autocrática”. Se halló que la agresividad entre miembros en una atmósfera autocrática (líder autocrático) era muy alto o muy bajo, a diferencia de la atmósfera democrática, en que la agresividad era intermedia. Lewin propone el uso del concepto de equilibrio cuasiestacionario como eje del análisis.¹⁶⁸

En base a los conceptos descriptos anteriormente, se puede decir que “el nivel superior de agresividad en la [atmósfera] autocrática agresiva [...] podría explicarse por un aumento en la potencia de las fuerzas hacia una mayor agresión o por una disminución de las fuerzas hacia una menor agresión” (pág. 194). Por otra parte, se plantea que “el sentimiento de nosotros que tiende a disminuir la agresión entre los miembros está disminuido en la autocracia”.

Ahora bien, ¿a qué se debería que la agresión en la autocracia apática sea menor? Si bien se supone que el liderazgo autocrático implica una fuerza adicional que corresponde a un grado mayor de control autoritario, y que se opone a la agresión abierta, esa razón no sería suficiente. Después de diversas consideraciones, se arriba a una conclusión: si bien la fuerza resultante en un nivel dado de autocracia apática es cero (por definición), los elementos oponentes que provocan a las fuerzas resultantes son mayores que en el caso de la democracia. “La potencia de este componente

¹⁶⁸ “Supongamos que cada uno de estos niveles de agresividad es un equilibrio cuasiestacionario, y preguntemos qué fuerzas tienden a elevar y cuáles a disminuir el nivel. Un factor es el tipo de actividad: un juego brusco da más ocasión para los choques que el trabajo tranquilo; una cierta cantidad de lucha puede ser una diversión para los muchachos. Las fuerzas contra la agresión endogrupal pueden ser: amistad entre los miembros; la presencia de un líder adulto; el carácter dignificado de la situación” (pág. 194).

adicional es –comparada con la de la situación democrática– *ceteris paribus* igual a la presión del control autocrático más la fuerza debida a la diferencia en el sentimiento del nosotros [...] En otras palabras, esperaríamos un *alto grado de presión interna existente en una autocracia apática a pesar de su apariencia de calma y orden*” (pág. 196).

De esta forma, se van ‘utilizando’ los constructos analíticos para describir diversos procesos en las diferentes atmósferas grupales: la intensidad de la agresión endogrupal, las fuerzas restrictivas y los gradientes que impiden que superen ciertos límites, los medios que utiliza el líder autócrata para controlar la situación, el incremento del conflicto, etc. También los movimientos y las fuerzas que conducen a una determinada ‘espiral’ que conduce a un incremento cada vez mayor de la tensión. Se describen dos maneras mediante las cuales los líderes autocráticas intentan evitar ese incremento de tensión. El control restrictivo crea menos frustración o al menos una menor agresión abierta si se logra promover la “ciega obediencia al líder” como un valor (ejemplos, Alemania y Japón). El segundo método de reducir esa espiral de tensión se apoya en el hecho de que la satisfacción de una necesidad, en este caso la agresión abierta, disminuye la tensión durante algún tiempo. Permitir la agresión abierta, pero canalizarla de forma que no constituya un peligro para el líder autocrática, vieja técnica de dirección de los líderes autocráticos, apostilla Lewin.

Otros fenómenos grupales que se utiliza como ejemplos (siempre en relación con la ‘agresividad’) se refieren a las “víctimas propiciatorias” (chivo emisario). “Dominancia dada y dominancia recibida” son las fuerzas en que se traducen estos fenómenos. Siempre a partir de la hipótesis principal de “procesos cuasiestacionarios”, se mencionan los niveles de ‘hostilidad recibida’ como equilibrios (“es conveniente considerar una propiedad ‘pasiva’, por ejemplo ‘ser atacado’ como un equilibrio cuasiestacionario”). También se plantea la cantidad de dominancia y el resto de fuerzas que tienden hacia el equilibrio, y que pueden conducir al abandono del grupo por un individuo. Chivos expiatorios, pasividad, deserciones grupales, tales son los fenómenos grupales descriptos.

De esta forma, se ensaya el uso de las categorías precedentes, con el intento de superar cada experimento en sus aspectos fenoménicos, con la intención de derivar conclusiones que puedan ser generales y, como afirma su autor, permitan conducir a la medición cuantitativa de las fuerzas sociales.

Otro ejemplo relatado y que sirve para ilustrar las categorías analíticas es el de la producción de una fábrica:

“La producción de una fábrica como un todo o de un equipo de trabajo a menudo se mantiene en un nivel relativamente constante a lo largo de un extenso período. Puede enfocarse como un equilibrio cuasiestacionario. El análisis de las fuerzas pertinentes es de suma importancia para la comprensión y la planificación de cambios” (pág. 200). Se trata de un interesante análisis, que no describiremos aquí, pues redundaría en la misma línea del anterior y para los fines de este trabajo ya es suficiente la ejemplificación.

En todo caso vale la pena destacar la importancia práctica evidente que se deriva del ejemplo, habida cuenta que las derivaciones que surgieron de este tipo de análisis constituyeron una importante fuente de intervenciones e innovaciones en múltiples ocasiones.

En la misma línea del ejemplo anterior, el autor proporciona un ejemplo referido a la posibilidad de modificar el nivel de producción de los trabajadores, mediante un adecuado análisis del campo de fuerzas: “Es de gran importancia práctica para cualquier tipo de administración que los niveles de producción sean equilibrios cuasiestacionarios que puedan cambiarse mediante el agregado de fuerzas en la dirección deseada o la disminución de las fuerzas oponentes” (pág. 203).

Por último Lewin menciona otros ejemplos referidos a la temática del aprendizaje, a la “capacidad” (entendida como cambio en la ‘dificultad de una tarea’)¹⁶⁹ término que se refiere a una multitud de hechos diferentes, y a la diversidad de procedimientos que pueden utilizarse para determinar las fuerzas presentes en un determinado proceso social.¹⁷⁰

¹⁶⁹ “Un cambio en la capacidad equivale a un cambio en la ‘dificultad de una tarea’. Por cierto, para la representación como fuerzas en el espacio de fase, ambas son idénticas. Siempre tratamos con una relación entre un individuo o un grupo y una tarea. Los términos capacidad o dificultad se utilizan según si se enfoca al sujeto o a la actividad como la variable en esta relación” (pág. 205).

Puede ser interesante señalar que Lewin no considera la característica ‘en sí’, como la ‘capacidad’ sino en relación con otra cosa, con una tarea. De forma similar, Pichon-Rivière se referirá también a la “posibilidad de realizar (o no) la tarea”. Las nociones de situación, de situación grupal, de contexto eficaz en los procesos singulares, parece regir las consideraciones de ambos pensadores, a diferencia de las concepciones ‘individualistas’.

¹⁷⁰ “Para determinar la naturaleza de las fuerzas que son las principales variables en un caso dado puede utilizarse una gran variedad de procedimientos. Un análisis de los aspectos cognitivo (‘subjetivo’) y conductual (‘objetivo’) de la vida de grupo requiere una combinación de métodos que dejen en descubierto los aspectos subjetivos y permitan extraer conclusiones referentes a la conducta que puede chequearse. Un ejemplo puede ilustrar el principio implicado.

La producción de cambios permanentes.

1) El cambio se referirá siempre al cambio de campos de fuerzas, y consiste en la producción de un nuevo equilibrio: “Al examinar los medios de provocar un estado de cosas anhelado no debe pensarse en función de la ‘meta a alcanzar’, sino más bien de un cambio ‘desde un nivel presente al nivel deseado’. [...] un cambio planificado consiste en suplantar el campo de fuerza correspondiente a un equilibrio en el nivel de comienzo N^1 por un campo de fuerza que tenga su equilibrio en el deseado nivel N^2 . Debe acentuarse que el campo total de fuerza ha de cambiarse en el área entre N^1 y N^2 ” (pág. 209).

Y también incluye siempre la consideración del campo social total: “Para cambiar un equilibrio social, también, se ha de considerar el campo social total: los grupos y subgrupos implicados, sus relaciones, sus sistemas de valores, etcétera. La constelación del campo social como un todo se debe estudiar y reorganizar de modo que los acontecimientos sociales fluyan distintamente. El análisis por medio del espacio de fase indica más el tipo de efecto que ha de conseguirse que cómo se consiga” (pág. 209).

Hay que señalar que Lewin se acerca al terreno tanto de la formación de ideologías, como en el de la acción política. No puede obviarse que el interés por los grupos tiene una estrecha relación con el interés por inducir cambios, sea en los individuos, sea en la sociedad.

2) Otro elemento destacado por el autor al considerar los cambios permanentes es el referido a los ‘hábitos sociales’, considerado como un proceso cuasiestacionario. Y apoyándose en diversas investigaciones sobre hábitos alimentarios, elabora diversas conclusiones: “Influir en la población para producir un cambio, tal como la sustitución del consumo de pan negro por pan blanco, significa tratar de quebrar una ‘costumbre’

“La División de Estudios de Planes del Departamento de Estado de Agricultura de los Estados Unidos llevó a cabo durante la guerra, para el Departamento del Tesoro, estudios periódicos de motivación para la adquisición y rescate de bonos de guerra. Las entrevistas indicaron la naturaleza de algunas de las fuerzas en pro y en contra del rescate por parte de los individuos de diversos sectores de la población” (pág. 207).

Hay que destacar la importancia que concede Lewin a lo ‘objetivo’ (los hechos, los comportamientos) y también a lo ‘subjetivo’ (las diversas consideraciones –expectativas, representaciones, anhelos, etc.– que se adjudican a esos hechos, el sentido otorgado a la situación, etc.). Ambos aspectos constituyen parte del campo, del “espacio vital”.

bien establecida o 'hábito social'. Los hábitos sociales comúnmente se conciben como obstáculos al cambio" (pág. 209).

Lewin extiende el alcance de los fenómenos referidos a los 'hábitos'¹⁷¹ e incluye diversos órdenes de cuestiones, aludiendo a pautas de comportamiento, estabilidad de los mismos, esquemas de referencia, etc. La persistencia de los hábitos, la dificultad para transformarlos permite a Lewin avanzar conclusiones en otras áreas de la vida social, como las organizaciones. Y por último, considera más interesante el análisis de las fuerzas que juegan en los procesos que implican hábitos que indagar en sus fuentes históricas¹⁷²:

"La idea de 'hábito social' parece implicar que a pesar de la aplicación de una fuerza $f_{N,n}$ el nivel del proceso social cambiará menos que Δ a causa de algún tipo de 'resistencia interna' al cambio. Para superar esta resistencia interna parece necesaria una fuerza adicional, suficiente para 'quebrar el hábito', para 'descongelar' la costumbre.

"Se puede intentar negar la existencia de tal 'resistencia interna al cambio' aparte del hábito social. Quizá los hábitos sociales se refieran simplemente a casos de gradiente tan elevado que la adición de la fuerza $f_{N,n}$ no lleva a un cambio perceptible. [Pero] esta interpretación difícilmente basta. Todo lo más, transforma la pregunta, ¿por qué el campo de fuerza resultante manifiesta un gradiente tan elevado en la proximidad inmediata de N?

"La teoría del hábito social responde que la constancia histórica crea un 'campo de fuerza adicional' que tiende a mantener el presente nivel sumado a cualquiera de las fuerzas que mantienen el proceso social en ese nivel. Dos formulaciones están implicadas en esa teoría; una afirma la existencia del 'campo de fuerza adicional', la otra respecto de su origen histórico. Tenemos interés aquí principalmente en la naturaleza del campo de fuerza adicional.

"La vida social que se desarrolla en cierto nivel conduce con frecuencia al establecimiento de instituciones organizacionales. Resultan equivalentes de los

¹⁷¹ En su intento de superar la descripción rasa de los fenómenos y avanzar en cuanto a la construcción de conceptos, afirma que "el concepto de 'hábito' ha hecho estragos en el progreso de la psicología durante décadas. [...] debe canjearse por conceptos más adecuados" (pág. 209).

¹⁷² Parece tratarse de una referencia indirecta al psicoanálisis, que abordaría ese tipo de cuestiones a partir de un corpus conceptual preciso: fijaciones, represión, compulsión a la repetición, etc. (todo esto en la medida que implican no tanto las pulsiones de conservación como las sexuales).

‘intereses creados’ en un cierto nivel social. Una segunda fuente posible de hábitos sociales está relacionada con el sistema de valores, el *ethos* del grupo. Analizaremos esto con más detalle” (1951, pág. 210).

Este intento emprendido por Lewin y su escuela dirigido a comprender ‘hábitos’ y modificarlos, en los años 40 en los EEUU, mantiene una clara analogía con los análisis de Barthes, hacia finales de los 50, mediante la lingüística, para la moda y el consumo de objetos. Parece evidente que ambos planteamientos han tenido, desde entonces hasta ahora, diversas aplicaciones y extensiones: consumo, estudios de mercado, formación de opinión, detección de motivaciones, etc. Incluso los análisis realizados por Jesús Ibáñez (1979) puede entenderse en esta constelación de “investigación” aplicada.

3) Lewin aborda una cuestión que ha sido fundamental en muchas teorías grupales: los estándares de grupo, la tendencia (o presión) hacia la conformidad, los comportamientos más o menos homogeneizados de los miembros de un grupo (se han utilizado diversas denominaciones para es complejo conjunto de fenómenos). Diversas corrientes grupales han tomado como eje de su intervención esta dimensión grupal: alcohólicos anónimos, grupos de encuentro, algunas corrientes de psicoterapia humanista, etc.¹⁷³

Este aspecto específico de la relación entre la conducta individual y los estándares de grupo es descripta así por Lewin:

“Un individuo P puede diferir en su nivel personal de conducta (N^P) del nivel que representa los estándares de grupo (N^{Gr}) en una cierta cantidad n ($|N^{Gr} - N^P| = n$) Tal diferencia es permitida o alentada en culturas diferentes en grados distintos. Si el individuo tratara de diverger ‘demasiado’ de los estándares de grupo se hallará con crecientes dificultades. Será ridiculizado, tratado con severidad y, finalmente, expulsado

¹⁷³ Puede verse en Schützenberger y Sauret (1977) una “lista” de diversas técnicas de grupo, donde muchas de ellas se organizan alrededor de este aspecto del proceso grupal.

Un aspecto diferente, pero que mantiene algunas ligazones con este tema lo constituyen los aspectos “educacionales” (o reeducativos) que pueden promoverse con técnicas grupales (un ejemplo lo constituye el uso de grupos en el ámbito de la salud –en atención primaria y salud mental, por ejemplo–). Por último, también hay que considerar el elemento inverso: las posibilidades que otorgan los grupos (es decir, los individuos en tanto pertenecen a un grupo) a ser conducidos, manipulados, a someterse a un líder despótico, etc. Es indudable que el aporte realizado por Freud, en “Psicología de las masas y análisis del yo”, en relación con todo este tipo de procesos constituye el aporte de mayor envergadura.

del grupo. La mayoría de los individuos, en consecuencia, se mantienen cerca del estándar de grupo a que pertenecen o desean pertenecer.

“En otras palabras: el nivel del grupo no es sólo un nivel de equilibrio resultante de cualesquiera fuerzas $f_{N,g}$ y $f_{N,z}$ que las circunstancias provean. A menudo este nivel en sí mismo adquiere valor. Se convierte en una valencia positiva correspondiente a un campo de fuerza central con la fuerza $f_{P,N}$ que mantiene al individuo de acuerdo con los estándares del grupo” (pág. 210).

Niveles de grupo con valor social y sin él, y resistencia al cambio. También se constata que la resistencia al cambio será mayor en relación directa con el valor social otorgado al grupo, a sus ‘estándares’:

“[fórmula nº 10] Cuando mayor sea el valor social de un estándar de grupo, mayor será la resistencia del miembro del grupo a alejarse de ese nivel.

“Muchos casos de ‘hábito social’ parecen referirse a los estándares de grupo con valor social, y la resistencia al cambio puede explicarse con frecuencia por medio del teorema 10. Si esta teoría es correcta podrían realizarse ciertas deducciones en el sentido del quebrantamiento de los hábitos sociales” (pág. 212).

Procedimientos individuales y grupales para cambiar la conducta social. A partir de todo el análisis precedente y en base a la relación que existe entre los comportamientos (en sentido genérico) de los individuos y sus pertenencias grupales, se concluye que la resistencia al cambio disminuiría si se disminuye el valor de los estándares de grupo, o se varían esos estándares. De aquí derivarán los diversos modos de promoción de cambios que se propugnen:

“Si la resistencia al cambio depende en parte del valor del estándar de grupo para el individuo, disminuiría si se usara un procedimiento que disminuyera la potencia del valor del estándar de grupo o que cambiara el nivel que el individuo percibe como poseedor de valor social.

“Este segundo punto es una de las razones de la eficacia de los cambios ‘realizados en grupo’ que aproximan a los individuos en grupos cara a cara. Quizá se pueda esperar que los individuos solos sean más flexibles que los grupos de individuos de mentalidad semejante. Sin embargo, la experiencia en el entrenamiento del liderazgo, en el cambio de hábitos alimenticios, producción de trabajo, criminalidad, alcoholismo, prejuicios – todos parecen indicar que habitualmente es más fácil cambiar a los individuos

constituidos en grupo que a cualquiera de ellos por separado. En tanto los valores del grupo no se cambien el individuo resistirá más poderosamente a los cambios cuanto más pueda alejarse de los estándares de grupo. Si el estándar del grupo en sí se cambia, la resistencia debida a la relación entre el individuo y el estándar de grupo se elimina” (pág. 212-213).

Toda esta temática del cambio y la resistencia al mismo al cambio, constituye una cuestión fundamental en cualquier proceso terapéutico o de aprendizaje – igualmente, en el grupo operativo–: la cuestión de la identificación ocupa un lugar clave. Problema complejo en el psicoanálisis, marca diferencias teóricas y clínicas importantes, y cuando se refiere al campo grupal, su centralidad es evidente.¹⁷⁴

4) Lewin construyó una suerte de tipología del cambio que tuvo una considerable difusión, y que en parte debió su éxito a la formulación sugerente que realizó: se trata del “cambio en tres pasos: descongelamiento, reemplazo y congelamiento de los estándares grupales”. Una consideración que guía al autor en esta formulación es la producción de un cambio que permanezca, y no que opere como una ‘fluctuación’ en los comportamientos, o como un cambio momentáneo.

De acuerdo al autor: “Un cambio hacia un nivel más elevado de ejecución del grupo tiene a menudo corta existencia; después de un ‘golpe en el brazo’, la vida del grupo retorna pronto a su nivel previo. Esto indica que no es suficiente definir el objetivo de un cambio planificado en la ejecución del grupo como el alcance de un nivel diferente. La permanencia del nuevo nivel, o durante un período deseado, debe incluirse en el objetivo. Un cambio exitoso incluye en consecuencia tres aspectos: descongelamiento (si es necesario) del nivel presente N^1 , desplazamiento hacia el nuevo nivel N^2 y congelamiento de la vida grupal en el nuevo nivel. Puesto que cualquier nivel está determinado por un campo de fuerza, la permanencia implica que el nuevo campo de fuerza se realice relativamente seguro contra el cambio.

“El ‘descongelamiento’ del nivel presente puede incluir problemas bastante diferentes en casos distintos. Allport describió la ‘catarsis’ que parece necesaria antes de que los prejuicios puedan extirparse. Para abrir la cápsula de la complacencia y la virtud es algunas veces necesario provocar deliberadamente una conmoción emocional.

¹⁷⁴ Se exponen estos temas en los capítulos correspondientes al análisis del modelo de grupo operativo (cuarta parte de este trabajo). También se hacen algunas referencias aisladas en la segunda parte.

“Lo mismo vale para el problema del congelamiento de un nuevo nivel. Algunas veces es posible establecer un esquema organizacional que equivalga a un proceso causal circular estable” (pág. 213-214).

Hay que señalar que un campo importante de experiencia y observación de Lewin lo constituía el comportamiento infantil (una gran parte de las indagaciones fueron realizadas en instituciones dedicadas a cuidados infantiles). Esta formalización del cambio en ‘tres pasos’ (descongelamiento, reemplazo y congelamiento) parece responder a ese contexto; al igual que algunos temas conexos, como el aprendizaje. En todo caso, el cambio en tres pasos, y la descripción que realiza el autor constituye un acabado ejemplo del uso de sus constructos topológicos.¹⁷⁵

5) En línea con la elaboración anterior, el autor postula la diferencia entre un cambio promovido desde la sola acción individual frente a la decisión inducida desde el grupo. Y postula la eficacia de la ‘decisión grupal’, es decir, la decisión tomada ‘en’ y ‘desde’ el grupo. Y postula la decisión grupal como procedimiento de cambio, ‘decisión grupal’ entendida como un decisión tomada ‘en’ y ‘desde’ el grupo.

“El siguiente ejemplo de un proceso de decisión grupal se refiere a las amas de casa norteamericanas de una ciudad del medioeste; algunas asistieron a una buena conferencia acerca del mayor consumo de leche fresca, y otras fueron comprometidas en una discusión que llevaba paso a paso la decisión de aumentar el consumo de leche” (pág. 214). Y mediante una notación matemática, considera probada la “superioridad de la decisión grupal”: “El efecto del tratamiento individual se comparó con el efecto de la decisión grupal entre granjeras internadas en la sala de maternidad del Hospital Estatal de Iowa. Antes del alta recibieron instrucción individual referente a la fórmula adecuada para alimentar a los bebés y la conveniencia de darles jugo de naranja y aceite de hígado de bacalao. El procedimiento se comparó con un método de discusión y decisión llevado a cabo con un grupo integrado por seis madres. En el primer caso el dietista dedicó alrededor de 25 minutos a una sola madre; en el segundo la misma cantidad de tiempo a un grupo de seis madres. La figura 35 demuestra la superioridad del procedimiento de decisión de grupo” (pág. 214).

¹⁷⁵ Puede verse un excelente análisis puntual sobre el tema en Anzieu (1971, 1975). El autor, desde una posición inicialmente acorde con los postulados lewinianos, fue derivando hacia una ‘lectura’ psicoanalítica de los fenómenos grupales, y realizó aportes que han pasado a ser tenidos en cuenta por casi todas las perspectivas grupales psicoanalíticas.

Estas verificaciones de algunas hipótesis mediante los experimentos con ‘decisión de grupos’ (cambios de hábitos alimentarios) son consideradas idóneas por Lewin como para conducir a formulaciones generales sobre el cambio social.¹⁷⁶ Y en una apretada pero lograda síntesis, afirma:

“Hemos visto que se puede pensar que un cambio social planificado está compuesto de descongelamiento, cambio de nivel y congelamiento en el nuevo nivel. En estos tres aspectos la decisión de grupo posee la ventaja general del procedimiento grupal.

“Si se emplean procedimientos individuales, el campo de fuerza que corresponde a la dependencia del individuo de un estándar valorizado actúa como resistencia al cambio. Si, empero, se tiene éxito en el cambio de los estándares de grupo, este mismo campo de fuerza tenderá a facilitar el cambio del individuo y a estabilizar la conducta individual en el nuevo nivel grupal” (pág. 215).

Estos problemas de “decisión de grupo”, sin embargo no son referidos solamente a la dinámica grupal sino que también se tiene en cuenta elementos contextuales, cuestiones que hoy se plantean como relativas a la ‘transferencia institucional’, etc. Para ello, Lewin se apoya en las investigaciones sobre atmósfera grupal o liderazgos: “Algunas veces el sistema de valores de este grupo cara a cara entra en conflicto con los valores del esquema cultural más amplio y es necesario separar al grupo de aquél. Por ejemplo, durante el reentrenamiento de líderes recreacionales a partir de pautas autocráticas a otras democráticas, Bavelas tuvo cuidado de salvaguardarlos de la interferencia por la administración del centro recreacional. La eficacia de los campamentos o talleres en el cambio de ideología o conducta depende, en parte, de la posibilidad de crear esas ‘islas culturales’ durante el cambio. Cuanto más poderosa es la subcultura del taller aceptada y más aislada esté, tanto más minimizará ese tipo de resistencia al cambio basado en la relación entre el individuo y los estándares del grupo más amplio” (pág. 216).

¹⁷⁶ “Los experimentos mencionados aquí no cubren sino unas pocas de las variaciones necesarias. Aunque en algunos casos el procedimiento se aplica con relativa facilidad, en otros requiere habilidad y presupone ciertas condiciones generales. Los gerentes de fábrica que se lancen a elevar la producción por decisiones de grupo es probable que encuentren el fracaso. En la dirección social como en la medicina no hay remedios de patente y cada caso exige un diagnóstico cuidadoso. Los experimentos con decisión de grupo están, no obstante, suficientemente avanzados como para aclarar algunos de los problemas generales del cambio social” (pág. 214).

Las diversas conclusiones de Lewin en estos aspectos son algo conocido por quien trabaja con grupos, forman parte de su ‘hacer’. Sin embargo, es interesante la forma en que el autor arriba a esas conclusiones. Sus consideraciones pueden ser consideradas como un esbozo de intervención institucional. La “decisión de grupo” y el contexto en que ésta se da, en el sentido de que habría ‘fuerzas’ que desde ‘fuera’ influyen sobre el grupo constituye una dimensión fundamental; desde ahí, se anticipan líneas de lo que, años después, se conocería como “análisis institucional”. También son interesantes sus ‘intuiciones’ en relación con la importancia del encuadre, etc.

Un fenómeno que también es destacado lo constituye la pertenencia grupal y su incidencia en las posibilidades de cambio: “Una razón por la que la decisión de grupo facilita el cambio [...] En el caso de decisión de grupo la ansiedad [de ser aceptado por el grupo] parece ser relativamente independiente de la preferencia personal; el individuo parece actuar en primer lugar como ‘miembro del grupo’” (pág. 217).

Otro factor que “favorece la decisión de grupo está vinculado con la relación entre motivación y acción. Una conferencia y, en particular, una discusión pueden ser bastante eficaces en el establecimiento de *motivaciones* en el sentido deseado. La motivación sola, sin embargo, no basta para llevar al cambio. Este presupone una unión entre la motivación y la acción. Tal eslabón lo proporciona la decisión pero no, habitualmente, las conferencias o aun las discusiones. [...] La decisión une la motivación con la acción, y, al mismo tiempo, parece tener un efecto ‘congelante’ debido, en parte, a la tendencia del individuo a ‘aferrarse a su decisión’ y, en parte, al ‘compromiso con un grupo’” (pág. 217).

El grupo no es considerado solamente como el único campo a tener en cuenta, al contrario el constructo ‘campo de fuerzas’ puede adquirir un alcance bastante mayor, e incluir otros procesos diferentes. Si bien las cuestiones relativas al ‘estándar de grupo’, la ‘pertenencia grupal’, el valor social otorgado al grupo, etc., son importantes en cuanto a la promoción de cambios, no constituyen los únicos factores ‘eficaces’. Otras variables, otras fuerzas, etc., habrán de ser consideradas en la búsqueda de este cambio social planificado: “Sería incorrecto afirmar que la permanencia del nuevo nivel se debe sólo al efecto congelante de la decisión. En muchos casos otros factores son probablemente más importantes. Una ama de casa que ha decidido usar más leche puede dar al lechero una orden permanente, la cual podría a su vez, en forma automática, mantener elevado el consumo del producto. Estas cuestiones llevan a problemas de

reconstrucción del campo social, particularmente a problemas de encauzamiento de procesos sociales” (pág. 217).

Hay que subrayar la importancia de esta idea de “reconstrucción del campo social”, y “encauzamiento de procesos sociales” en la perspectiva de Lewin. No se trata solamente de cuestiones relacionadas con la socialización (en un sentido amplio), con la influencia en los comportamientos, etc., sino que ilustran sobre el objetivo fundamental del autor: encontrar procedimientos de intervención que se muestren eficaces en la posguerra; constituyen diversas aproximaciones a lo que Lewin también denominaría como una “ingeniería social”.

La investigación científica sobre procesos sociales.

“Muchos aspectos de la vida social pueden considerarse como procesos cuasiestacionarios. Pueden enfocarse como estados de equilibrio cuasiestacionario en el preciso significado de una constelación de fuerzas cuya estructura puede ser bien definida. Estas fuerzas deben identificarse y tendrán que ser medidas cuantitativamente. Un análisis conceptual suficiente es un prerequisite para este paso.

“El tratamiento científico de las fuerzas sociales presupone recursos analíticos que se adecuen a la naturaleza de los procesos sociales y que técnicamente sirvan como puente a un tratamiento matemático. El medio básico para este fin es la representación de las situaciones sociales como ‘campos sociales’. Algunos aspectos de los procesos sociales pueden tratarse por medio de sistemas de coordenadas llamados ‘espacios de fase’” (pág. 217).¹⁷⁷

El análisis que se deriva de esta extensa aplicación de la teoría del campo puede ser aplicado tanto a situaciones sociales o institucionales, como al análisis de los procesos grupales (la “vida de grupo”):

“Este análisis técnico hace posible formular de una manera más exacta los problemas de cambios sociales planificados y de resistencia al cambio. Permite enunciados generales referentes a algunos aspectos del problema de selección de objetivos específicos en la

¹⁷⁷ “El empleo de un espacio de fase para tratar un equilibrio social hace necesario aclarar algunas cuestiones técnicas de análisis, tales como la relación entre la potencia de las fuerzas oponentes en un nivel dado del proceso, la estructura del campo de fuerza dentro y fuera de la esfera de actividad vecina,

causación del cambio [...] De ahí emerge la teoría de que una de las causas de la resistencia al cambio reside en la relación entre el individuo y el valor de los estándares de grupo. Esta teoría permite llegar a conclusiones referentes a la resistencia de ciertos tipos de equilibrios sociales al cambio, el descongelamiento, movimiento y congelamiento en un determinado nivel, y la eficacia de los procedimientos de grupo para modificar las actitudes o la conducta”.

“Las herramientas analíticas utilizadas son igualmente aplicables a los aspectos culturales, económicos, ideológicos y psicológicos de la vida de grupo. Ellas se adecuan a una gran variedad de procesos tales como los niveles de producción de una fábrica, un equipo de trabajo o un trabajador individual; los cambios de habilidades de un individuo y las capacidades de un país [sic]; los estándares de grupo con y sin valor cultural; las actividades de un grupo y la interacción entre grupos, entre individuos y entre individuos y grupos. El análisis otorga igual realidad a todos los aspectos de la vida de grupo y a las unidades sociales de todas las dimensiones. La aplicación depende de las propiedades estructurales del proceso y de la situación total en que tiene lugar” (pág. 218).

Es importante señalar el esfuerzo que hace Lewin en la formalización de sus apreciaciones, en cuanto a los grupos intentará sintetizar en diez fórmulas todas sus propuestas sobre los grupos, tal como puede verse en el texto que estamos comentando.¹⁷⁸

las condiciones formales de fluctuación y diferencias individuales, la relación entre fuerzas y capacidades, y la relación entre fuerzas y tensión” (pág. 218).

¹⁷⁸ Las diez fórmulas lewinianas sobre los grupos:

1- Proceso cuasiestacionario como proceso de equilibrio (pág. 191).

$$f_{A,g} + f_{A,z} = 0$$

2- Los procesos cuasiestacionarios no son perfectamente constantes, muestran fluctuaciones alrededor de un nivel promedio (pág. 192).

$$|f_{(N+n),N}| > |f_{(N+n),-N}| ; |f_{(N-n),N}| > |f_{(N-n),-N}|$$

3- En un proceso cuasiestacionario, la fuerza resultante en el nivel N es igual a cero.

$$f^*_{N,x} = 0$$

4-El carácter de la función F determina hasta qué grado, *ceteris paribus*, el proceso social fluctúa en un caso específico: $f^*_{(N\pm n)N} = f_{(n)}$

5- Dada la misma cantidad de cambio de la potencia de la fuerza resultante ($f^*_{N,x}$), la cantidad de cambio de nivel de proceso social será menor, cuanto mayor sea el gradiente.

6- *Ceteris paribus*, las diferencias individuales de comportamiento en un grupo serán menores cuanto más grande sea el gradiente del campo de fuerza resultante en la vecindad del nivel del grupo.

7- Si un cambio desde el nivel N¹ al N² es provocado por el aumento de las fuerzas hacia N² (figuras 28 a y b) los efectos secundarios serían diferentes del caso en que el mismo cambio de nivel fuera provocado por la disminución de las fuerzas oponentes (fig. 28c). En el primer caso, el proceso en el nuevo nivel N²

La propuesta lewiniana acerca del cambio social planificado (con antecedentes en reflexiones derivadas de Mannheim, y luego continuada por Lippitt) parece haber sido pertinente no sólo para el capitalismo de producción, sino para lo que actualmente se denomina capitalismo de consumo. Nuevamente, aparece el Lewin anticipativo –si bien es cierto que en esta época no era el único en sostener esta perspectiva–: pocos años después comenzaron las técnicas de investigación de marketing, la llamada sociología del consumo, los estudios de mercado, etc. Es verdad que el aporte de Lewin al análisis y comprensión en cuanto a la formación de ideologías en un sentido más amplio, y de mayor calado teórico no parece haber sido sustancial.

Por último, una mención a lo que considera el futuro de sus propuestas teóricas, es decir, la difusión de la teoría del campo; difusión que esperaba se realizase tanto en los distintos problemas abordados por la psicología como por la sociología y la antropología cultural: “Nuestra consideración del equilibrio cuasiestacionario se ha basado en conceptos analíticos que, dentro del dominio de las ciencias sociales, han surgido primeramente en psicología. Los conceptos de fuerza psicológica, de tensión, de conflictos como equilibrios de fuerzas, de campos de fuerza y de campos inductores, han ensanchado paso a paso su esfera de aplicación desde el campo de la psicología individual al de los procesos y acontecimientos que han sido el dominio de la sociología y la antropología cultural” (pág. 218).

Lewin considera también a la economía en ese camino de integración de las ciencias sociales: “La fusión de las ciencias sociales hará accesible para la economía las vastas ventajas que ofrece el procedimiento experimental de comprobación de teorías y el desarrollo de un nuevo insight. La combinación de procedimientos experimentales y matemáticos ha sido el principal vehículo para la integración del estudio de la luz, de la electricidad y de las otras ramas de la ciencia física. La misma combinación parece estar destinada a hacer realidad la integración de las ciencias sociales” (pág. 219).

estaría acompañado por un estado de tensión relativamente alta; en el segundo caso, por un estado de tensión relativamente baja (pág. 203).

8- Las fuerzas sociales debieran analizarse sobre la base de la relación entre procesos sociales y la habilidad capacidad del grupo (o individuo) en cuestión (pág. 207).

9- La ‘cantidad de cambio’ está determinada por la ecuación: (pág. 209): $|f^*_{(N+\Delta), N}| = |f_{N,n}|$

10- Cuanto mayor sea el valor social de un estándar de grupo, mayor será la resistencia del miembro del grupo a alejarse de ese nivel.

Puede pensarse que esta ilusoria creencia en esa ‘fusión’ de las ciencias sociales deriva del impacto y admiración frente a la tecnología bélica, que llevó a creer a muchos intelectuales que el dominio en la física y en la química se extendería a las ciencias sociales. Un olvido del sujeto?, posiblemente. En todo caso, no parece desatinado pensar que el horror (ante la devastación de la guerra) no se desligaba de la fascinación (que derivaría en omnipotencia –de las ideas, del conocimiento, etc.). Si bien la referencia a Freud es obligada, no es sólo desde la óptica psicoanalítica que se puede suscribir este punto de vista.

La gran cuestión de la integración de las ciencias sociales, tal parece el objetivo estratégico de Kurt Lewin. Sin embargo, esto no ha sucedido, antes bien, puede entenderse que el proceso ha sido al contrario. Son muchas las razones para ello, pero puede señalarse en relación con la teoría del campo que Lewin no pudo tener en cuenta una dimensión fundamental en las ciencias sociales: su diferencia en cuanto a los objetos, los diversos objetos que han construido, y desde donde comprenden, analizan, y “construyen” el mundo. De ahí deriva que sus propuestas hayan sido entendidas más como una metodología de investigación que como una construcción conceptual.

Algunas consideraciones acerca de la propuesta lewiniana sobre el cambio social planificado.

El soporte empírico de donde se derivan las hipótesis se refiere a cambios en el consumo de leche, el pasar de pan blanco a pan negro, comer más o menos vísceras, consumir más o menos jugo de naranja, jugar en un campamento con “jefes” más o menos autoritarios, etc. Dicho así, parece una chanza, o una inocentada. ¿Y esto es el cambio social? La justificación de que son experimentos, válidos en tanto tales, y que se pueden extrapolar, es decir que sus resultados muestran procesos generales de cambio, no se sostiene. Ni Lewin, ni sus discípulos hicieron ningún análisis ‘serio’ sobre cuestiones sociales de fondo, ni ‘aplicaron’ sus ‘conceptos’ a analizar, de fondo, ninguna problemática social colectiva.

Puede verse en el hecho mismo de los experimentos. En el caso de los niños que juegan con “jefes” autoritarios o democráticos, no puede obviarse el hecho mismo de que es un juego, un campamento de fin de semana. Todo está enmarcado en ese aspecto de juego, de simulación, propio de ese encuadre institucional. No parece válido extender

esos resultados a otras situaciones estructuralmente diferentes. No se puede comparar un campamento juvenil en cuanto a los procesos de los sujetos que están ahí, con una fábrica –donde hay trabajadores, donde hay extracción de plusvalía, etc.–, con el ámbito político –donde se juega el poder, pero no el de las discusiones, sino el poder en un sentido radical: ese poder que declaró (tantas veces) tanto la guerra como la paz..., con el ámbito social de las minorías marginadas –individuos que viven la totalidad de sus experiencias vitales en la marginación, no que ‘soportan’ a un líder autoritario un par de horas a la semana...

Por otra parte, la cuestión de la violencia, o del genocidio, no ya del autoritarismo verbal, sino del despotismo, de la violencia como realidad, ya se trate del racismo existente en la sociedad norteamericana, como en la propia producción del nazismo, etc., no aparece en los textos de Lewin. Es cierto que con los instrumentos (teóricos) que se manejaba –tanto él como sus discípulos– era muy difícil entender algo de esa violencia, parece evidente su desconocimiento sobre la causación o los determinantes de esa violencia que se dio en los años 30 y 40. Desde ahí, Lewin propondrá algunas medidas ‘administrativas’ –por poner un calificativo aproximado– contra el racismo interior en los EEUU.

En síntesis, puede decirse que si bien la propuesta lewiniana implica un avance en cuanto a las psicologías vigentes hasta ese momento, ya que Lewin quita al individuo del primer y único plano, y lo coloca en relación con otros, también es verdad que no lo hace desde una idea de sujeto o de subjetividad, sino de relaciones sociales en abstracto. Su supuesto parece ser el siguiente: la sociedad consiste en un conjunto de relaciones sociales, con determinada complejidad, donde los actores serán, indistintamente, entidades que llama “persona”, “grupos”, “organizaciones”, etc. Está lejos de considerar la subjetividad, la intersubjetividad como constitutiva del campo. Y ahí reside cierto encubrimiento ideológico: se escamotea tanto algo del orden de lo social como de lo individual. Se escamotea algo de lo colectivo y algo de lo personal, de su contenido de subjetividad, tanto sea en cuanto a la intrasubjetividad como a la intersubjetividad. Incluso esa ilusión en la “fusión” o integración de las ciencias sociales no escapa a esta operación ideológica: la idea de un pensamiento, de un corpus que dé cuenta de la realidad, de la subjetividad.

Un elemento derivado de las consideraciones anteriores se refiere al ámbito del conocimiento. Lewin intenta pensar en un cambio social y además, que sea planificado.

Toda la historia de la sociología (y de una parte considerable de la teoría política) está comprometida en esa empresa. Desde Marx (y varios de los que le antecedieron), Weber, Durkheim, etc., hasta Lenin, Rosa de Luwemburgo o Bakunin. Desde Parsons, Merton, etc., hasta ... Frente a toda esta 'tradición' intelectual, frente a ese formidable conjunto de reflexiones sobre la cuestión, Lewin quiere resolverlo con una docena de experimentos 'menores'... Por otra parte, ¿desconocía todo esto? ¿O más bien lo desechaba? Parece más probable la segunda opción, su propia historia intelectual así lo indica.

Una última cuestión: esta producción de Lewin, tan concienzuda por una parte, y por otra parte tan ignorante de lo que ya había en el campo de las ciencias sociales... es una posición consensuada, propia de la psicología en tanto disciplina? En ese caso, puede considerarse que si bien Lewin amplía el campo de operación de la psicología (haciéndola social) queda preso en una de sus limitaciones: la consideración de que las ciencias sociales (sociología, antropología, etc.) no hablan del hombre, sino de la sociedad o la cultura, entendidas éstas como entes abstractos (y no del individuo).

Parece indudable que la perspectiva lewiniana queda inmersa en el contexto de aquellos para los que no existen los 'clásicos'. Crean que todo comienza a partir de ellos (o de sus maestros y algunos amigos), de su propio contexto intelectual. Esta posición parece haber sido transmitida también por Lewin, actualmente, las teorías lewinianas no ocupan un lugar preponderante en los desarrollos disciplinarios.

Después de estas consideraciones generales sobre la obra lewiniana, retomemos algunos elementos más delimitados, y referidos al campo grupal. Parece derivarse una cierta desproporción entre su campo de análisis (por otra parte, muy "trabajosamente" trabajado) y su campo de intervención (significativo pero irrelevante). Los efectos de las propuestas lewinianas, lo que sucedió posteriormente, muestran con cierta claridad esta circunstancia:

- a) Por el lado de la intervención, quedó un "invento": los grupos-T.
- b) Por el lado de la investigación (aplicada) una actitud experimental (poco a poco, a partir de los 50, cada vez más alejada de las severas exigencias metodológicas de su gestor inicial) y un talante autocomplaciente en algunos sectores de la psicología social académica con su 'disciplina' autónoma, definida tautológicamente (la psicología social

está constituida por lo que hacen los que dicen ser psicólogos sociales, y lo que ellos hacen constituye la psicología social).

Y poco más, Lewin es uno de los “creadores” del campo grupal, pero no instituyó ninguna teoría como tal, sus propuestas han dado lugar a técnicas ideológicamente cercanas a su iniciador (el pequeño grupo como sociedad en miniatura) y por otra parte, su rigurosidad metodológica –pensada inicialmente para servir de base a la construcción y creación de teoría– se ha ido reduciendo a una autocomprobación de sus propias premisas.

Ahora bien, la obra de Lewin es uno de los elementos constitutivos del campo grupal. Sus formulaciones constituyen, por sí mismas, un “clásico” y no sólo en la psicología, sino en las ciencias sociales. Eppur si muove... Parece existir cierta contradicción difícil de resolver en todo esto que se viene afirmando. En todo caso, quizá viene al caso que hablar de teorías grupales, técnicas, intervención, etc., no se refiere tanto a un recorte disciplinar –no es su eje principal– como a un espacio de prácticas. Quizá sea más pertinente referirnos a las prácticas grupales más que a las teorías grupales. Esta parece ser una forma de entender las propuestas lewinianas, en su doble aspecto (abren el campo, pero cierran cierto avance en su comprensión). En todo caso, y como se verá más adelante, parece más evidente en el caso de la propuesta de los grupos operativos.

Para finalizar, una acotación referida a Lewin entendido como cierto ‘mito’ entre diversos psicólogos (sociales o no), en cuanto a haber creado su propio campo de conocimientos. Quizá no fuera superfluo revisar ese mito de origen de la psicología social, pues podría llevar a conclusiones algo diferentes. Por ejemplo, que había muchos conocimientos sobre el hombre, que no eran sociológicos ni antropológicos, y que diseminados en diversas obras filosóficas y artísticas, se referían al sujeto en una dimensión propiamente psicológica. Lewin y otros pensadores, tomados hoy como fundadores del campo, no parecen haberse apoyado en ese saber, en ese conocimiento. La cuestión que queda pendiente de dilucidar es si esa posición ayudó al avance del conocimiento, o si por el contrario, ha sido un freno, hasta ahora. Hay que señalar que algunos autores –Lacan, y no es el único...– hablan de la psicología como “el síntoma del siglo XX”, aludiendo a su carácter de formación neurótica, que devela y a la vez encubre diversos procesos, etc. Por otra parte, también estaba ahí (en el contexto intelectual cercano a Lewin) el psicoanálisis; más aún, la tradición intelectual de Lewin

parecía propicia para conducirlo a ocuparse del psicoanálisis. Sin embargo, no lo hizo, ¿resistencia al cambio? Por último, una pequeña digresión en relación con los ‘estándares de grupo’ y su influencia en los individuos. Lewin, un judío que había recalado en EEUU, quería insertarse, incluirse en la sociedad norteamericana. Y lo hizo, vaya que lo hizo!, contribuyó grandemente a transformar en encargos la creciente demanda social por los grupos.

4.4. La aplicación de los conocimientos sobre grupos.

Para finalizar este capítulo sobre la teoría grupal lewiniana, parece conveniente realizar algunas referencias sobre la propuesta institucional de Lewin, sobre la forma en que intentaría el desarrollo y la difusión de sus propuestas sobre los grupos. Se expondrán dos referencias significativas: el Centro de Investigación para Dinámica de Grupos, y la propuesta de Investigación-acción (action research).

El Centro de Investigación de Dinámica de Grupos.

En 1946 Lewin funda el Centro de Investigación de Dinámica de Grupos (en relación con el MIT, Instituto de Tecnología de Massachusetts), pero muere al año siguiente, en febrero de 1947. Puede verse el alcance y el fundamento de la organización que intentaba postular su fundador en un artículo titulado “The Research Center for Group Dynamics” (Sociometry Monographs, 48, 5-21):

“El Centro de Investigación de la Dinámica de Grupos ha tenido su origen en dos necesidades, una científica y otra técnica. La ciencia social requiere la integración de la Psicología, la Sociología y la Antropología cultural para estudiar la vida del grupo. La sociedad actual demanda una comprensión más profunda y un tratamiento más eficaz y menos prejuicioso de los problemas grupales. Estoy convencido de que esta necesidad es particularmente aguda y esencial en una democracia” (Lewin, 1947, pág. 5, cit. en Blanco, 1988, pág. 257).

Se evidencia aquí, una vez más, el arraigado interés de Lewin –a diferencia de muchos ‘científicos sociales’ posteriores– en conjugar dos cuestiones: lo científico y lo

técnico, el conocimiento básico y la aplicación de los conocimientos logrados. Por otra parte, también se evidencia al científico para nada despolitizado, antes bien, comprometido con su contexto social e ideológico: preocupación por la democracia, por la defensa de sus valores, etc. Ahora bien, se trata de la defensa de la democracia... americana, de los ideales democráticos americanos.

Y esto constituye un aspecto de máxima complejidad, que va más allá del compromiso que muestra Lewin con su contexto concreto. Se trata de la relación entre el gran alcance de una propuesta como la que realizara el creador de la dinámica de grupo y en el mismo sentido, su limitación. O si se quiere, los condicionantes ideológicos que si no inhabilitan, sí implican una fuerte posición crítica frente a ese tipo de propuestas, especialmente cuando se intentan poner en práctica en otros contextos. En otro sentido, la ingenuidad ideológica de Lewin (por calificarla de forma benévola) implica que el autor no puede utilizar sus propios conocimientos para realizar un análisis consistente de algunos de los problemas fundamentales en juego: los conflictos internacionales como luchas interimperialistas, la colonización, el 'obligado' subdesarrollo de diversas regiones del mundo, etc., y en un sentido más cercano a su propio contexto, la conflictividad social y sus causas de fondo.

En todo caso, el comentario anterior no obsta para el reconocimiento del sólido intento de Lewin en utilizar todos los recursos posibles (teóricos, metodológicos, etc.) para ponerlos al servicio de la recomposición social que se comenzaba a gestar en la sociedad norteamericana de posguerra. La mención crítica que hemos realizado antes se refiere no a un rechazo de la propuesta lewiniana en su conjunto, sino en cuanto a considerar con las máximas reservas su intento de presentarse como el fundamento de los conocimientos grupales, de la psicología social, de un recorte disciplinar determinado. Entendidas estas reservas de orden ideológico, el valor de muchas de sus propuestas es incontestable.

A continuación se exponen los principales objetivos y fundamentos del Centro, en base al texto de Blanco (1988), quien realiza un resumen del artículo de 1947. Igualmente, en un artículo de 1996 (escrito junto con L. de la Corte), "La Psicología Social Aplicada: algunos matices sobre su desarrollo histórico", abunda en la misma lectura. Los supuestos principales sobre los que se basaba el Centro:

- 1) El estudio de la vida del grupo debe superar el nivel descriptivo. Deben abordarse el estudio de las fuerzas que ocasionan tanto el cambio como la resistencia al cambio; es decir, se trata de un análisis de la “dinámica grupal”.
- 2) La investigación sobre la vida del grupo no debe centrarse en algún aspecto particular, sino al contrario, tomar en consideración todos los aspectos.
- 3) El estudio debe realizarse de acuerdo a los conocimientos dados por la teoría del campo, etc., y no basarse en lo que usualmente se dice sobre los grupos.
- 4) El Centro utiliza cualquiera de los métodos cuantitativos o cualitativos que han desarrollado la psicología, la sociología o la antropología. El interés principal radica en los experimentos, llevados a cabo en el laboratorio y ‘en la calle’.
- 5) Es importante que el desarrollo de conceptos y teorías se realice a la par que la recogida de la información, incluso previamente. Se debe buscar una íntima vinculación entre teoría y experimentación.
- 6) Como cualquier trabajo científico, depende de los recursos económicos que se destinen a ello. La experimentación con grupos muestra esa dependencia, de forma más acusada que otros trabajos científicos.
- 7) Los estrechos lazos que existen entre la investigación social y la realidad social implican que debe tenerse especial cuidado en los requisitos prácticos de los experimentos de campo y en las condiciones bajo las cuales la investigación puede llevar a una aplicación práctica de la misma.
- 8) La interrelación entre la ciencia y las necesidades prácticas de la sociedad han sido reconocidas recientemente. Los estudios de la vida grupal deben tener en cuenta este problema, especialmente en cuanto a la necesidad de la teoría y a no convertirse en servidores de intereses particulares.
- 9) Los experimentos con grupos no sólo deben superar prejuicios filosóficos y dificultades técnicas, también deben justificarse como un procedimiento social necesario y honesto. Constituye una referencia al “manejo” de los grupos (Blanco, 1988, pág.258).

Constituían el equipo del Centro, además del propio Lewin: Dorwin Cartwright, Ronald Lippitt, John French, Leon Festinger y Marian Radke.

Las actividades de investigación se agruparon en cinco áreas: 1) productividad grupal, 2) relaciones intergrupales, 3) comunicación y percepción en la vida social, 4) ecología grupal y 5) análisis teóricos.¹⁷⁹

No podemos realizar aquí un desarrollo sobre lo sucedido a partir de esos primeros años de la dinámica de grupos y de la propuesta lewiniana, pues extendería excesivamente este trabajo. En todo caso, hay que recordar que el objetivo al exponer las propuestas lewinianas es ver su relación con Enrique Pichon-Rivière y sus propuestas de “los grupos operativos”, surgidas hacia esa época, fines de los 40, y década del cincuenta, en una región muy distante de los centros hegemónicos americanos o europeos, en Argentina, pero cuyos lazos científicos y culturales con esos focos eran sólidos.

Puede señalarse que la propuesta de Lewin, de organizar las investigaciones sociales a través del Centro mencionado y alrededor de sus postulados sobre la teoría del campo fue derivando, con el pasar del tiempo en algunas direcciones principales:

1) El T-group (training group, o grupo de formación), un procedimiento propio de la metodología de la dinámica de grupo, se constituyó en un dispositivo de intervención grupal cuya difusión fue amplísima, si bien no mantuvo siempre los rigurosos recaudos metodológicos de su fundador; además, más que un dispositivo de investigación (o de investigación-acción) fue derivando en un artefacto de intervención ‘psi’.

2) En cuanto a los continuadores de la obra lewiniana, no es fácil indicar cuáles son. Puede mencionarse, además de los ya nombrados, a Solomon Asch, un autor norteamericano que, ligado a la corriente de la Gestalt, se aproxima a planteos

¹⁷⁹ En el texto comentado, Blanco (1988) se describe así las áreas y los proyectos de investigación: “1. Productividad grupal, dentro de la que se desarrollaban siete proyectos de investigación que atacaban diversos aspectos del tema, incluyendo, por descontado, estudios experimentales de laboratorio además de otros trabajos en ámbitos académicos e industriales.

2. Relaciones intergrupales, área en la que se definieron cinco proyectos de investigación sobre el origen de las actividades de discriminación y el papel de la escuela pública en el desarrollo de actitudes tolerantes; un experimento sobre las relaciones interraciales en una escuela pública y un segundo, éste de laboratorio, sobre el efecto de la identificación grupal en las relaciones interraciales, etc.

3. Comunicación y percepción en la vida social como medio de conocer las maneras en que se conduce la influencia dentro y entre los grupos por medio de canales formales e informales de comunicación.

4. Ecología grupal, un tema muy novedoso, del que se llevó a cabo una única investigación para definir el grado de satisfacción o insatisfacción con la vivienda en dos zonas residenciales muy parecidas en cuanto a su estructura física y muy diferentes en lo que respecta a su organización social.

5. Análisis teóricos fundamentalmente centrados en torno a los conceptos de equilibrio grupal, diferenciación grupal, interdependencia y estructura grupal” (pág. 260).

lewinianos (Asch, 1952). También Muzafer Sherif, que investigaría sobre las normas sociales, como marcos de referencia de los individuos. En todo caso, más que continuadores de la obra lewiniana, parece tratarse de un matiz, un punto de vista, un sesgo; más que psicólogos sociales lewinianos, se trataría de la presencia de las propuestas lewinianas en diversas perspectivas psicosociales.¹⁸⁰

La Investigación-Acción (action research).

Lewin acuña el término investigación-acción hacia 1944. Pero su enfoque de la investigación estaba ya constituido desde mucho antes. Posteriormente ha sido utilizado desde diversos enfoques, que van desde una vulgarización del mismo hasta un uso estricto de la propuesta.

Un investigador español, Alonso Amo, encuentra al menos dos formas en que ha sido utilizado el modelo de la investigación-acción: “Entre los defensores del modelo IA [investigación-acción], las propuestas de Lewin, sobre la naturaleza de la IA, han suscitado dos interpretaciones: 1. Que el modelo de IA se debe considerar únicamente como una nueva estrategia para la investigación social aplicada. 2. Que el modelo de IA se debe considerar como un nuevo paradigma de la investigación social que corrige las deficiencias del paradigma positivista” (Alonso Amo, 1988, pág. 215). Más allá de un posible ‘exceso’ clasificatorio del autor, parece sugerente del alcance que ha tenido la propuesta de Lewin.

Por su parte, Blanco, desde un punto de vista que analiza con rigor los aportes de Lewin, considera que esa idea, la investigación-acción, tiene menos peso y relevancia en la teoría lewiniana de la que se la ha atribuido, incluso casi llega a considerarlo como un intento de Lewin para resolver su activismo frenético, y menciona una extensa lista de organizaciones donde se movía Lewin, además de sus trabajos como teórico o como investigador (1988, pág. 265); reconoce en todo caso el intento de Lewin de poner la

¹⁸⁰ Desde una perspectiva crítica, J. Francisco Morales se refiere así a la cuestión de la presencia de Lewin en la psicología social: “En la actualidad conocemos razonablemente bien las aportaciones que hizo Lewin a la Psicología Social. Desconocemos, sin embargo, cómo ésta las hizo posibles, es decir, cómo impidió la Psicología Social que se perdiese un trabajo teórico, empírico y aplicado cuyo interés intrínseco se escapaba a quienes mantenían rígidamente los criterios científicos dominantes, diametralmente opuestos a los de Lewin, como ya se ha señalado. Es la Psicología Social la que ha conservado la herencia lewiniana. Justo es que ésta se analice a la luz de todo el conocimiento psicosocial y no a la inversa, como se ha venido haciendo hasta ahora” (Morales, 1988, pág. 255). Como se ve, todo un programa, en una perspectiva que propone, como su mismo autor afirma, que se trata de la Psicología Social como un proyecto colectivo, y no de un proyecto individual.

atención en la importancia de la conexión entre la teoría y la práctica, y entre la investigación básica y la aplicada.

Una lectura más amplia y receptiva de las potencialidades del modelo lewiniano es el expresado por la investigadora colombiana, María Cristina Salazar, editora de un texto colectivo sobre la “investigación-acción participativa” que se basa en las propuestas de Lewin. Para la autora, la investigación-acción “describía una forma de investigación que podía ligar el enfoque experimental de la ciencia social con programas de acción social que respondieran a los problemas sociales principales de entonces. Mediante la investigación-acción Lewin argumentaba que se podían lograr en forma simultánea avances teóricos y cambios sociales. La investigación-acción para Lewin consistía en análisis, recolección de información, conceptualización, planeación, ejecución y evaluación, pasos que luego se repetían. El artículo que incluimos de Lewin [“La investigación-acción y los problemas de las minorías”], publicado en 1946, discute el uso de la investigación-acción como instrumento para mejorar la práctica social en el área de las relaciones inter-grupales. Su enfoque sobre la necesidad de incluir la acción como parte integrante de la tarea investigadora del profesional de las ciencias sociales contradecía claramente las nociones tradicionales vigentes (entonces y ahora) acerca de la separación entre producción de conocimiento y su aplicación, o entre científicos sociales y planificadores, administradores y profesionales de las ciencias sociales. Sin duda su afirmación contradecía las ideas vigentes sobre la verdad científica; los ‘sujetos’ de la investigación debían ejercer un papel central en su formulación y ejecución. Esto equivalía a que la comunidad de investigadores viera peligrar su hasta entonces no retada hegemonía en el proceso social de la generación de conocimientos sobre la sociedad” (Salazar, 1992, pág. 14).

Como puede observarse, se trata de diversas posiciones frente a la propuesta lewiniana: desde la psicología social académica a las elaboraciones realizadas desde colectivos ideológicamente críticos y comprometidos. Parece conveniente exponer los puntos de confluencia y de diferencia, y la relación con la propuesta lewiniana, lo que se realizará a posteriori de comentar su texto.

El término investigación-acción, es utilizado por Lewin para referirse a lo que considera no sólo posible, sino obligado: la relación estrecha entre la teoría y la práctica, entre el conocimiento y la acción. En un artículo publicado en 1946, titulado “La investigación-acción y los problemas de las minorías” [traducido también como:

“Acción-investigación y problemas de las minorías”] (Action Research and Minority Problems), realiza una aproximación a lo que considera fundamental:

“La investigación requerida para la práctica social puede ser caracterizada como una serie de procesos investigativos que esclarezcan el quehacer del profesional en el manejo de problemas sociales específicos (la administración social), o como una ingeniería social. Se trata de una forma de investigación-acción, una investigación comparativa sobre las condiciones y efectos de varias clases de acción social, y es investigación que conduce a la acción social. A nuestro juicio, la investigación que no produce sino libros no es suficiente” (Lewin, 1946a, pág. 15).¹⁸¹

Pero la investigación social así entendida no posee menos científicidad que la misma ciencia “pura”, sino todo lo contrario, Lewin postulará lo que considera como ‘investigación social básica’, es decir, dedicada a la comprensión de las leyes que rigen los procesos sociales: “Esto de ninguna manera significa que la investigación requerida para el manejo de las relaciones intergrupales sea de categoría científica inferior a la propia de la ciencia pura relacionada con asuntos sociales. Me inclino a sostener lo contrario. Las instituciones interesadas en la ingeniería, como el Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), cada vez se enfocan más hacia la denominada investigación básica. En relación a la ingeniería social, su progreso también dependerá en gran parte de cómo la investigación básica en las ciencias sociales pueda proporcionar mayor percepción de las leyes que rigen la vida social. Esta ‘investigación social básica’ tendrá que incluir problemas matemáticos y conceptuales propios del análisis teórico. Tendrá que incluir procesos de recopilación descriptiva respecto a conjuntos sociales tanto

¹⁸¹ Utilizamos la traducción realizada por la socióloga colombiana, M. C. Salazar, que si bien parece permitirse algunas licencias en la traducción, parece reflejar con claridad las ideas expuestas por el autor. También contamos con la traducción realizada por la Revista de Psicología Social (Madrid), que no indica el traductor. En un estilo de traducción diferente, posiblemente más literal, adolece sin embargo de cierta simplificación en el relato que es evitado en la primera traducción mencionada. Por otra parte, una errata poco importante (la fuente original del artículo), seguida de otra que posee una significación importante: se traduce como ‘investigación aplicada’ lo que en la traducción de la autora colombiana aparece como ‘investigación básica’. Parece una errata interesante, indicativa quizá de diversas posiciones frente a cuestiones tan fundamentales como investigación, científicidad, práctica, etc.

Para ilustrar lo que hemos afirmado, puede verse la traducción del párrafo en que Lewin se aproxima a la investigación-acción que se realiza en la Revista de Psicología Social, y compararse con la otra traducción: “La mejor caracterización de la investigación necesaria para la práctica social es la de investigación para la gestión social o la ingeniería social. Es un tipo de acción-investigación, una investigación comparativa sobre las condiciones y los efectos [...]” (“Acción-investigación y problemas de las minorías”, Lewin, 1946, pág. 230). Además, se traduce, de forma que no es explicitada en el texto, como acción-investigación, y no como investigación-acción.

pequeños como grandes. Sobre todo, tendrá que incluir experimentos de laboratorio y de campo que se refieran al cambio social” (pág. 15).

Lewin postula la integración de las ciencias sociales. O mejor dicho, la necesidad de los abordajes conjuntos, tanto de la psicología, la sociología, como la antropología, para la comprensión de estos fenómenos (estos aspectos de las relaciones intergrupales). Una cuestión que aún no está definida es si trata de una unificación de las ciencias sociales (una ciencia social) o de la cooperación entre varias disciplinas con el objetivo de mejorar el “manejo de los asuntos sociales” o administración social.

Se propone que la investigación social implica dos tipos de cuestiones diferentes: el estudio de las leyes generales de la vida grupal y el diagnóstico de situaciones específicas. Los problemas de las leyes generales tienen que ver con la relación entre posibles condiciones y posibles resultados. Se expresan con proposiciones condicionales (“si esto es así, entonces...”). Pero para poder intervenir, no basta con el conocimiento de las leyes generales, sino de la situación concreta.

Por otra parte, si bien son imprescindibles los diagnósticos de las situaciones (lo que conlleva un detenido análisis de los diversos procedimientos diagnósticos) pero también los estudios que tengan en cuenta las diversas técnicas de cambio. Puede decirse, en una terminología cara a Lewin (utilizaba frecuentemente, igual que en esta ocasión, símiles de la medicina) que se trata no sólo del conocimiento de las leyes del campo en cuestión, sino también de la triada diagnóstico, pronóstico y tratamiento.

La planificación es el proceso que, consecuentemente, se postulará como fundamental. Así, se tratará de objetivos iniciales, plan global, decisión en cuanto a la acción posible, etc. Posteriormente se incluye la recogida de información que permitirá los reajustes necesarios: “El manejo racional de los problemas sociales (la administración social), por tanto, procede en forma de una espiral constituida por etapas, cada una de las cuales se compone de un proceso de planeación [planificación], acción y obtención de información sobre el resultado de la acción” (pág. 18)

A partir de un ilustrativo ejemplo sobre la ‘intervención ciega’ o el conocimiento no pertinente, Lewin insiste en la importancia de la adecuación entre el conocimiento y el “lugar” donde éste se produce: “En el área de lo social no basta que las universidades produzcan nuevas percepciones científicas. Es necesario que también establezcan procedimientos de obtención de información dentro de las mismas agencias de acción

social” (pág. 18). Y en una rigurosa y documentada argumentación Lewin aboga por la cooperación entre diversas organizaciones que participan en el asunto: los problemas intergrupales (en este caso, referidas a las minorías discriminadas).

Como ejemplo para ilustrar las posibilidades de cooperación entre científicos y profesionales, en el artículo se relata un experimento de cambio sobre problemas de minorías: un taller para cincuenta trabajadores de comunidad en el área de relaciones intergrupales, encargado por un organismo estatal (un comité asesor en asuntos raciales). El proyecto fue dirigido por Lippitt, desde el Centro de Investigación de Dinámica de Grupos, y participaron dos ‘agencias’ relacionadas con diversos problemas intergrupales. Lewin describe algunos de los resultados derivados de la investigación (pág. 20 y sigs.), algo que no vale pena relatar aquí.

El modelo grupal utilizado es el de entrenamiento de líderes (también conocido como ‘escuela de líderes’), se suponía que el entrenamiento y experiencia grupal de los asistentes al taller (los ‘líderes’ de cada comunidad) era importante para impulsar diversos cambios en las relaciones intergrupales. Pero el problema fundamental era la continuidad y mantenimiento de esos cambios iniciales.¹⁸² Lewin relata algunas variaciones en el experimento destinadas a sondear la cuestión. Y lo que interesa destacar ahora es que se ‘descubre’ que si esos líderes en lugar de desempeñarse de forma individual en su cometido, lo realizaba conjuntamente con otros, formando un ‘equipo’, podía mantener y dar consistencia a las propuestas de cambio. Si bien es una anticipación a lo que años después se denominaría como ‘trabajo en equipo’ en las organizaciones profesionales, ahora interesa destacar el talante experimentador de los investigadores, y su apertura a las situaciones concretas que se iban sucediendo.

No podemos realizar ahora un comentario exhaustivo acerca del experimento relatado en el artículo, es amplio, complejo, y aborda cuestiones de distinto nivel; sus resultados son desiguales y en definitiva, sólo se relata la experiencia de la investigación como soporte del mensaje fundamental que le interesa al autor: proponer una forma diferente en la relación entre la investigación y la acción (o intervención), entre los científicos y los profesionales, entre el conocimiento de las leyes de un campo

¹⁸² Esta cuestión constituye un elemento fundamental en cualquier experiencia grupal: sea comunitaria o no. Los efectos de identificación, la ‘ilusión grupal’ (Anzieu), la conformación de una estructura grupal como tal (y el ‘nosotros’), la idealización del grupo, etc., constituyen, cada uno de ellos, problemáticas específicas.

determinado y las circunstancias concretas del mismo, y en fin, proponer su modelo de investigación-acción.

Quizá sí vale la pena destacar algunas cuestiones que se mencionan en el artículo y que están relacionadas con lo que hoy denominaríamos intervención psicosocial: Lewin destaca la importancia de la formación (entrenamiento, aprendizaje, etc.) en este modo de intervención que constituye la investigación-acción.

“Esta experiencia y otras similares me llevan a considerar la acción, la investigación y el entrenamiento como un triángulo que debe mantenerse unido en beneficio de cualquiera de sus componentes. Es muy difícil mejorar las acciones sin entrenar al personal y en efecto tenemos dificultades por la carencia de personal competentemente entrenado. El entrenamiento de muchos científicos sociales que puedan manejar problemas científicos pero que a la vez estén equipados para la delicada tarea de promover equipos con los trabajadores de campo es un prerrequisito para el progreso en la ciencia social y para mejorar las relaciones entre distintos grupos” (pág. 21).

De aquí, el autor derivará en la importancia (observada en el propio desarrollo de diversas investigaciones experimentales como la descrita) de los “equipos cooperativos”, que se forman a partir de esos talleres (entrenamiento de líderes, T-group, etc.), o experiencias grupales.

“A medida que transcurría el taller vimos cómo los delegados de distintos pueblos de Connecticut dejaban de ser individuos no relacionados entre sí (aún opuestos por sus intereses y sus visiones), para convertirse en equipos cooperativos decididos a enfrentar las dificultades, a adquirir nueva información, y a trabajar juntos para superar los problemas. Vimos que comenzaba a realizarse el objetivo del plan de trabajo en el sentido de que los asistentes asumieron las responsabilidades otorgadas a los profesores. Cuando escuché a los asistentes presentar sus propios planes de acción para sus comunidades, y para reunir los diferentes esfuerzos en torno a las relaciones entre grupos diferentes de sus comunidades comprendí que la integración de la acción, el entrenamiento y la investigación posee enormes posibilidades para mejorar las relaciones intergrupales” (pág. 22).

Nos hemos extendido en estos aspectos del texto de Lewin pues interesan de forma directa a nuestro trabajo. Muestran una proximidad sugerente con diversas propuestas de Pichon-Rivière, tales como la tarea, la conformación de un esquema

referencial común, la importancia del trabajo grupal como formador de nuevas actitudes y posiciones frente a una temática, etc. Conceptos como tarea y pretarea, cambio y resistencia al cambio, ECRO (esquema conceptual, referencial y operativo), manifiesto y latente, etc., que conforman la propuesta de “los grupos operativos” encuentran en los postulados lewinianos diversos puntos de apoyo y también de separación. Posiblemente la cercanía acaba ahí, en la idea de la potencialidad del pequeño grupo. El resto de consideraciones que Lewin deriva de su propuesta experimental, especialmente las que se refieren a dimensiones más macrosociales le separan con toda claridad de las propuestas de Pichon-Rivière.

Retomemos el artículo de Lewin. A partir del análisis del modelo de investigación-acción referido a los diversos grupos en que se encuentran y viven los diversos participantes a la experiencia (experimento) el autor deriva conclusiones que son claramente excesivas, referidas a las relaciones intergrupales definidas como cuestiones nacionales o internacionales. Se trata claramente de un cambio de nivel, y más aún, podemos suponer una confusión de niveles, tanto del análisis como de la intervención misma. Desde el análisis de la dinámica del pequeño grupo se intenta pasar... a los conflictos internacionales. Si bien puede entenderse esto como una peculiaridad del Lewin visionario y activista, no se puede soslayar el solapamiento que existe entre sus postulados metodológicos y teóricos, en general sólidamente fundados, y estas ‘boutade’ o excesos ideológicos.

Hemos realizado anteriormente una rápida mención a Pichon-Rivière. La relación entre las propuestas de Pichon y los postulados de Lewin está lejos de ser simple. Podemos destacar un elemento diferencial y que posiblemente implica una separación mucho mayor de la que puede parecer en una primera aproximación. Si Lewin contaba con el apoyo de agencias u organizaciones estatales –o ligadas al mismo–, y con considerables recursos económicos para llevar a cabo sus propuestas, no fue ése el caso de Pichon-Rivière. También, si Lewin intentaba una cierta “reconstrucción” o “encauzamiento” de la vida social, no era el mismo objetivo que el de Pichon. En un caso, la sociedad en su conjunto había sufrido los avatares de una guerra. En el otro, se trató siempre del trato de los conflictos generados en el propio ‘interior’ de la sociedad. El modelo psicosocial de Pichon-Rivière, ‘su’ psicología social, los grupos operativos, existieron siempre al costado del Estado, a un lado del mismo; en ciertos momentos, incluso, fueron prácticas consideradas contrarias al statu

quo. Por otra parte, su ligazón con la clínica, y desde ahí, con los conflictos personales y familiares, con los conflictos sociales derivados de la dominación y la carencia, etc., constituye también una dimensión singular. En fin, se trata de una propuesta ‘generada’ en y desde un país central y de otra propuesta generada en un país periférico y dependiente. Por otra parte, los diversos referentes teóricos y epistemológicos constituyen otras dimensiones a tener en cuenta.

Sin embargo, esta rápida mención de aspectos que diferencian ambas propuestas, no bastan para delimitar con claridad cada terreno. La influencia del pensamiento de Lewin, y hay que recordar que su aporte debe ser considerado como fundante del propio campo grupal, es diversa, compleja, sinuosa. Abordaremos algunas de estas cuestiones en los capítulos posteriores, una vez que hayamos expuesto los elementos contextuales en relación con Pichon-Rivière y los grupos operativos. Cabe mencionar, por último, que la “experiencia Rosario”, una experiencia de intervención grupal (se la conoció también como “pensar Rosario”, de acuerdo al nombre de la ciudad donde se realizó) realizada a fines de los 50, ha sido signada como el inicio de la propuesta grupal de Pichon.

De todos modos, parece interesante realizar algunas consideraciones acerca de la forma en que han ido derivando algunas de las propuestas lewinianas, pues puede arrojar luz a lo que hemos expuesto más arriba.

Diversas ‘lecturas’ de la propuesta lewiniana sobre la investigación-acción.

Expondremos algunas consideraciones en relación a los dos textos donde se encuentra traducido el texto de Lewin sobre la investigación-acción y las minorías. El primero de ellos, de 1988, es un dossier dedicado al tema, y titulado: “La investigación-acción en la frontera del siglo XXI”, y puede ser considerado representativo de un colectivo de investigadores ligados a la universidad. El segundo, de 1992, es un texto colectivo, editado como libro, y representa a un conjunto de intelectuales diversos, con posiciones ideológicamente críticas en sus respectivos países. Vale la pena destacar algunas de las consideraciones que se exponen tanto en uno como en otro texto, con la intención de mostrar la complejidad de la obra lewiniana, quizá no

tanto en cuanto a su formulación, pero sí en sus implicaciones (ideológicas, teóricas y prácticas).

En el primer texto, publicado por la Revista de Psicología Social (1988, 3, pág. 213-255), además del artículo de Lewin, se incluye una introducción a cargo de E. Alonso Amo y una ‘discusión’ del artículo lewiniano a cargo de C. Huici, F. Alvira y J.F. Morales.

En el artículo de Alonso Amo se reivindica el aporte lewiniano como enfrentado con el positivismo cientificista, aislado de la realidad que constituye su propio campo de reflexión. Por otra parte, se enfatiza en la importancia de los problemas de la evaluación de las intervenciones psicosociales, cuestión a la que Lewin habría contribuido con interesantes reflexiones. Por su parte, Alvira realiza un análisis condescendiente con los postulados planificadores (con especial énfasis en la administración pública, y en relación con el sector político).

Los otros dos artículos exponen una posición crítica con diversos aspectos metodológicos expuestos en el artículo de Lewin. Huici señala cierto solapamiento conceptual entre relaciones interpersonales (posiblemente se refiere a fenómenos intragrupo) y relaciones intergrupales, y contrasta algunas conclusiones de Lewin con elaboraciones de investigadores posteriores.¹⁸³ También alude a lo que considera una pobreza en las sugerencias que contrasta con la ‘clarividencia’ en señalar las cuestiones clave. Por último, se refiere a la dificultad de extender resultados de investigaciones

¹⁸³ El “nivel interpersonal” a que se alude en el artículo parece a las relaciones entre los miembros de un grupo, o intragrupo (pero es diferente a las relaciones interpersonales...). No se trata de una mera cuestión terminológica, sino que incide sobre la propia teoría sobre grupos que se utilice (es decir, hay grupo o hay relaciones interpersonales?). Por otra parte, lo cual ya no se refiere al artículo en cuestión solamente, sino a la tradición de la psicología social académica, la propia denominación relaciones “intergrupales” no carece de una ambigüedad importante. No es para nada evidente cuál es la noción de grupo que se utiliza. En todo caso no es el grupo como tal (pequeño grupo ni gran grupo –large groupe–) sino que parece referirse a otras dimensiones: conglomerados sociales, masas artificiales, sectores sociales, etc., lo que mal se puede comprender como relación intergrupala (entre dos grupos, precisa Lewin), algo que por otra parte no se define en ningún momento. La ambigüedad del término, profusamente utilizado en la psicología social académica, no es del todo inocua: la referencia al conflicto social que se esboza tanto en el artículo lewiniano como en los comentarios posteriores esta dirigida al campo de los conflictos sociales. Negros, judíos, marginación, discriminación, etc., pueden incluso entenderse como conflictos ideológicos derivados de la lucha de clases, etc. Es decir, conflictos sociales, o ideológicos, en particular podría tratarse de conflictos comunitarios (es el caso de conflictos y luchas campesinas, por ejemplo) e incluso institucionales. La denominación “relaciones intergrupales” opera un reduccionismo importante del asunto (y no sólo actualmente, sino desde la misma época de Lewin). Por último, queda una cuestión: ¿se trata de cuestiones de precisiones metodológicas –la definición operacional de los términos, etc.–, o por el contrario, inciden cuestiones estrictamente de orden teórico, sobre la naturaleza misma del objeto (de investigación, de intervención, etc.)?

determinadas a otros ámbitos (cambios en hábitos alimentarios a relaciones entre naciones, etc.). Ahora bien, la crítica, si bien se muestra formalmente consistente, parece limitarse a diversas precisiones conceptuales pertinentes pero que dejan sin definir cuestiones fundamentales. Por su parte, el artículo final, de Morales esboza una crítica de tipo ideológica. Señala que en cuanto a la integración de las ciencias no se ha dado, y con rotundidad señala que la unidad de la obra lewiniana desapareció al morir su autor, reducida a fragmentos inconexos. También alude a cierta idea de Lewin como creador solitario y niega que una disciplina pueda constituirse de esa manera, antes bien, se trata de un proyecto colectivo (grupal?). Nuevamente, se da una elaboración argumental muy considerable, pero que, al igual que el anterior, no aborda el eje del artículo. Es verdad que ambos comentarios son breves, y sólo pretenden enmarcar el tema (la pretensión del dossier es más limitada que el otro texto considerado); son realizados desde una posición crítica, pero que deja en pie los elementos fundamentales en que se basa el autor. No es mencionado el elemento que, a nuestro juicio, es central en el artículo: la relación entre científicos y profesionales (o planificadores, administradores, etc.). La compleja relación que Lewin intenta establecer entre los investigadores, los científicos sociales, y los diversos profesionales (practicantes, les llama en otros textos) que, trabajan con grupos. Esa relación, que remite a una cuestión fundamental, la producción del conocimiento y su aplicación; o si se quiere, a la producción de saber y la transformación solamente es sugerida.

Veamos ahora el segundo texto, expresión de la corriente que se ha denominado como sociología crítica latinoamericana. No se trata de comparar los dos textos, sino de señalar un elemento fundamental: los diversos modos en que pueden ser tomadas las aportaciones de Kurt Lewin por investigadores e intelectuales de diverso contexto institucional, social e ideológico; creemos que esa ‘mirada’ puede mostrar la complejidad y lo que puede denominarse como paradojas de los postulados lewinianos. Algo que por otra parte indica su lugar fundamental en la historia de las prácticas grupales, y no ya sólo en los ámbitos de la psicología social académica –como a veces

se ha supuesto— sino en la intervención psicosocial y comunitaria de vasto alcance (cercana a la militancia política y cultural).¹⁸⁴

Se trata de una edición a cargo de M. C. Salazar, bajo el título “La investigación-acción participativa. Inicios y desarrollo”, de 1992. Contiene artículos diversos, además de Lewin: Tax, Stavenhagen, Fals Borda, Zamosc, Park, Kemmis y Rahman.

El texto incluye artículos que van desde el inicio de la propuesta de investigación-acción (los artículos de Lewin, de 1946, y de Tax, de 1951) a desarrollos posteriores. Todos ellos están realizados desde una óptica intelectual crítica, y en muchos casos ligados a movimientos sociales o políticos; algunos de los autores además, se ocupan de asuntos de administración social (planificadores, responsables de programas, etc.).

Rodolfo Stavenhagen, uno de los iniciadores de la ciencia social crítica en América Latina, aborda cuestiones en relación con el uso del conocimiento científico por parte de los sectores marginados, el carácter político de las investigaciones antropológicas o sociales, la “observación militante”, etc. Su artículo, de 1971, se titula: “Cómo descolonizar las ciencias sociales”.

Orlando Fals Borda (1980), incide en una crítica al positivismo y sugiere cuestiones en relación con el compromiso del investigador, la devolución sistemática del conocimiento en distintos niveles dirigidos a los sectores populares, la articulación del conocimiento específico o local con el conocimiento general mediante el proceso de acción-reflexión-acción, etc. Un título indicativo de sus preocupaciones: “Por la praxis: el problema de cómo investigar la realidad para transformarla”.

¹⁸⁴ Una aclaración más en cuanto a la sugerida comparación entre ambos textos. Si uno de los textos expone las elaboraciones de un amplio colectivo de intelectuales en relación con el tema, el otro, académico, expone y difunde el artículo de Lewin, y agrega unos breves comentarios al mismo, la pretensión del dossier es reducida. Ahora bien, la diferencia, entre la posición ideológica y práctica por una parte, y la posición académica por la otra es significativa. Ambos textos se muestran críticos, tanto en aspectos teóricos o de método, o incluso ideológicos. Sin embargo, en el texto ‘académico’ se echa en falta un comentario sobre el motivo fundamental del artículo: el postulado de Lewin sobre la relación entre los investigadores, los científicos y los profesionales. En el otro texto (político?) se intenta tomar esa relación, y colocarla en un contexto más amplio, el de la producción de conocimiento y su uso para la transformación social, lo que implica que se proponga a Lewin como un iniciador del asunto (primero era investigación-acción, ahora investigación-acción participativa), y que se analicen sus limitaciones, pero también que se analicen y pongan en cuestión sus postulados ideológicos. Es interesante la puntuación simultánea de ambas ‘lecturas’ sobre Lewin, que ilustra sobre las diversas maneras en que son consideradas y elaboradas las argumentaciones lewinianas.

Otro artículo muy consistente, de León Zamosc (1987), donde se analiza la investigación-acción y el papel del sociólogo en ella, su práctica no sólo científica, sino también ideológica y/o política, etc. Desde una lectura marxista (althusseriana) realiza una aproximación a los diversos procesos, logros y dificultades de la propuesta de la investigación-acción participativa; e intenta extender algunas elaboraciones hacia otras áreas de intervención.

Park (1989) describe la investigación-acción participativa como estrategia para dar poder a los sectores excluidos de participar en la creación de nuevas situaciones sociales. Basándose en los aportes de Habermas postula tres tipos de conocimiento que denomina instrumental, interactivo y crítico, y extiende el conocimiento científico (reducido por el positivismo al conocimiento instrumental) a los otros dos tipos.

Kemmis (1990) se refiere a diversos problemas de investigación en educación, y a la necesidad de incluir a los diversos participantes en el proceso de producción de conocimientos. Se refiere a diversas experiencias realizadas en Australia, donde se impulsa un enfoque crítico de la investigación-acción. En cuanto a la investigación y a la evaluación en educación, analiza los enfoques positivistas, interpretativos y críticos; sus aportes son realizados en base a los inicios de Lewin sobre la investigación-acción, y también a la ciencia social crítica de la Escuela de Frankfurt.

Por último, el artículo de Rahman y Fals Borda (1989), donde se describe el recorrido de la investigación-acción participativa (IAP) desde los años setenta a la actualidad, los puntos de partida, su relación (sea de cooptación o convergencia) con otras perspectivas de las ciencias sociales, la superación de enfoques anteriores (la escuela de Lewin) y las posibilidades de desarrollo de la IAP.

En un breve resumen de algunos puntos del artículo se puede mencionar que la IAP constituye un movimiento muy diversificado, cuyos soportes conceptuales se refieren a la corriente crítica y dialéctica (Marx, Gramsci, etc.), y se ha desarrollado en diversos países, especialmente en el tercer mundo, y en algunos países centrales (en el artículo se incluye una extensa lista de investigadores y países).

Además de realizar diversas aproximaciones al modelo de la IAP, se refieren a un tema fundamental: lo que los autores consideran síntomas de cooptación de la IAP. Es decir, su asimilación, por parte de diversos centros universitarios y otras instancias institucionales, pero en general, despojando al modelo de sus características

fundamentales. Sustituto de los cursos tradicionales de “ciencia aplicada”, método para ‘evaluar’ programas, etc., son formas de esa cooptación. La sugerencia de los autores es indagar en la posibilidad de realizar una cooptación al revés, es decir, intentar extender la propuesta transformadora de la IAP a esas instituciones. También se mencionan algunas convergencias. La escuela de educación crítica (derivada de los iniciales planteos de Illich y Freire), colectivos de economistas, intentos de participación en planificación socioeconómica, etc. También algunas perspectivas antropológicas, historiadores (se reivindica las “versiones populares” de los acontecimientos, se toma en cuenta a los “pueblos sin historia”), etnólogos que abordan problemas de culturas nativas y locales desde esquemas de referencia participativo (más allá de Tax, Levi-Strauss y D. Lewis), también desde la sociología rural se realizan algunas elaboraciones en línea con la investigación-acción participativa.

Como se ve, se trata de todo un programa de investigación (en su sentido más radical), cuya construcción colectiva parece evidente, al igual que su existencia en una compleja relación con las instituciones del saber y del poder. Sus ejes: la investigación al servicio de los sectores investigados, el compromiso ideológico del investigador, la científicidad como un valor fundamental.

En cuanto a la aportación de Lewin, y su ‘lugar’ en todas estas elaboraciones, se plantea lo siguiente (y hay que tener en cuenta que es un artículo que intenta ilustrar sobre el conjunto del modelo de la IAP):

“La escuela psicosocial de Kurt Lewin, quien fue el primero en presentar en Estados Unidos el concepto de ‘investigación-acción’ en el decenio de 1940, está en trance evolutivo hacia esta convergencia. Si bien el trabajo de Lewin, en general, expresaba preocupaciones similares a las de la IAP de hoy (teoría/práctica, el uso social de la ciencia, el lenguaje y la pertinencia de la información), sus seguidores, un poco después de su muerte, redujeron la amplia trascendencia de las intuiciones de Lewin, atándolas a procesos en grupos pequeños, como en la administración de una fábrica, y a cuestiones clínicas, como las referidas a la rehabilitación de ex combatientes. Ya en 1970, los implícitos dilemas experimentados por los seguidores de Lewin habían llegado a ser evidentes (Rapaport, 1970); pero eso no les impidió formar la actual vertiente llamada de Desarrollo-Organización (DO) para la investigación-acción, que se ha introducido en el trabajo comunitario, los sistemas educativos y el cambio de organizaciones. En los primeros años del decenio de 1980 se hicieron esfuerzos para usar lo que se quiso

considerar como un método de ‘investigación-acción participativa’ y así lo designaron algunos. No obstante, hace muy poco se nos informó que el DO es unidimensional, que no alcanza a promover ningún conocimiento significativo de la sociedad, y que refuerza y perfecciona el *statu quo* convencional (Cooperrider y Srivasta, 1987)” (Rahman y Fals Borda, 1989, pág. 216).

Como se observa, el análisis es claro: la propuesta lewiniana constituye un antecedente importante, pero se desliga de lo realizado posteriormente por sus continuadores.

En todo caso, la cautela intelectual de los autores del artículo (y pueden ser considerados como portavoces del conjunto) también es considerable: “En cuanto a nosotros, los de la IAP, si bien a veces hemos tenido la tentación de creer que hemos estado desarrollando un paradigma alternativo en las ciencias sociales, nuestra actitud ahora es más cautelosa” (pág. 217). Y toman como referencia los aportes de Kuhn y de Foucault para apoyar esa cautela. El artículo finaliza evaluando lo que, a juicio de los autores, puede esperarse del futuro desarrollo de la investigación-acción participativa.

Antes de finalizar nuestro comentario, queremos transcribir una caracterización bastante precisa del modelo: “IAP, la sigla de ‘Investigación-Acción Participativa’ se usa en América Latina. PAR, o sea, Participatory Action-Research, se ha adoptado no sólo en los países de habla inglesa, sino también en el norte y centro de Europa; *pesquisa participante* en Brasil; *ricerca partecipativa*, *enquête-participation*, *recherche-action*, *Aktionsforschung* en otras partes del mundo. En nuestra opinión, no hay en estas denominaciones diferencias significativas, no las hay especialmente entre IAP e IP (Investigación Participativa). Pero es preferible, como en la IAP, especificar el componente de la acción, puesto que deseamos hacer comprender que ‘se trata de una investigación-acción que es participativa y una investigación que se funde con la acción (para transformar la realidad)’ (Rahman, 1985:108). De ahí también que nuestras diferencias con la vieja línea de procedimiento de la investigación-acción propuesta por Kurt Lewin en Estados Unidos con otros propósitos y valores, movimiento que, según parece, ha llegado a un punto muerto intelectual. Asimismo, señalamos nuestras divergencias de la limitada ‘intervención sociológica’ de Alain Touraine y de la ‘antropología de la acción’ de Sol Tax y otros, escuelas que no pasan del técnica del muy objetivo y algo distanciado observador-partícipe” (Rahman y Fals Borda, 1989, pág. 207).

Parece pertinente una aclaración a esta larga reseña del texto sobre investigación-acción. Se ha realizado con el fin de mostrar por una parte, la diversidad de enfoques a que han podido conducir las iniciales propuestas lewinianas, y por otra, los efectos de continuidad y discontinuidad de las mismas. En relación con Pichon-Rivière esto constituye una cuestión fundamental: el creador de los grupos operativos, del enfoque psicosocial que constituye el eje de este trabajo se inscribe en este contexto. Y más allá de que la época en que comienza con sus experiencias grupales es cercana a la época en que Lewin y su escuela desarrollan lo suyo, es decir, más allá de un contexto que conducía a ese tipo de intelección e intervención, es importante señalar los diversos desarrollos a que dio lugar la perspectiva lewiniana, como hemos dicho ya varias veces, una perspectiva que inaugura el campo grupal.

Por último, una puntualización adicional. Son diversos y amplias las cuestiones abordadas en los textos mencionados, y más aún las problemáticas a que se alude. Puede señalarse algunas de ellas, en relación con este trabajo:

1) Desde América Latina, y en general, el tercer mundo se trata de ver la cuestión del investigador y sus posiciones (o prácticas) ideológicas y políticas. Por el lado de los países desarrollados se enfatiza en el profesional y en sus ligazones con las instituciones en las se desempeña. Se trataría entonces más bien de una crítica institucional, de un análisis institucional, de ahí derivan las propuestas del análisis institucional, que en ese sentido estaría cercano a la IAP. Sin embargo, el modelo dominante no es ése sino uno que prioriza la despolitización y desideologización del profesional (investigador, practicante, intelectual, etc.), mediante complejos mecanismos: reducción a los límites previamente fijados en sus ‘funciones’ o expectativas, limitación de los “encargos”, etc., etc.

2) Desde otro punto de vista, también resalta la importancia de realizar enfoques que se muestren con ‘potencia’ analítica, con capacidad para generar una comprensión rigurosa y consistente del asunto. Y aquí, nuevamente la cuestión disciplinar: cada aproximación ideológica o conceptual que se realice no parece sólo derivado de uno u otro grupo o individuo concreto, sino de los esquemas de referencia utilizados. Aquellos enfoques ligados a la sociología crítica, a la ciencia social dialéctica se muestran –con mucho– más potentes en su comprensión y explicación de los hechos que los que se sustentan en posiciones con escaso arsenal teórico, con rigurosidad sólo metodológica, con cierto

positivismo más o menos encubierto, etc. La tradición de la sociología dialéctica, crítica, etc., parece mostrar una consistencia epistémica y teórica considerablemente mayor que otros intentos realizados.

Para concluir la exposición de la obra lewiniana cabe hacer una referencia a algo ya mencionado antes. La presencia efectiva de sus propuestas, o por el contrario, la consideración del edificio lewiniano como una propuesta entre muchas otras. Nos hemos referido ya a diversos textos que mencionan la cuestión: además de los últimos citados (Salazar, 1992; Revista de Psicología Social, 1988), también han sido mencionados otros: Deutsch y Krauss, 1965 y Blanco, 1988, 1996). Por nuestra parte, coincidimos con la opinión que afirma la casi inexistencia de las propuestas lewinianas en los modelos grupales actuales, por lo menos de forma manifiesta.

Ahora bien, ¿a qué se debe este destino desventurado, descafeinado, de la gran teoría del campo, de la primera –y quizá única– gran construcción de una psicología social, de una teoría grupal? ¿A que los continuadores son incapaces? Difícil de creer. ¿A que el nivel de sus propuestas han superado tanto al resto de pensadores e investigadores? Tampoco. Es posible que haya otra razón: que lo que se ha denominado teoría del campo, los conceptos teóricos lewinianos no sean tales, sino que constituyan, efectivamente nociones importantes, pero del plano de las metodologías, no del plano de las teorías, del nivel de los dispositivos técnicos, no del orden de los conceptos. Si es así, el uso o su contrario, la caída en desuso de los mismos, no depende de su poder heurístico, de las zonas de conocimiento que se abren con su utilización, pues no es esa su función –esa es propiamente la función de un corpus teórico– El uso o desuso de los mismos estará en relación con otras cuestiones: la aparición de otras metodologías y/o de otras teorías.

Por otra parte, no parece exagerado pensar que lo que se podría considerar como herencia lewiniana en sentido propio, no en el sentido de hasta dónde y cómo se ha transmitido la perspectiva lewiniana (de hecho, constituye una referencia básica en casi todas las perspectivas grupales o más aún, psicosociales), sino en cuanto a sus continuadores, casi no cuenta. Su presencia efectiva en corrientes y perspectivas teóricas y/o aplicadas, se reduce actualmente a cierto empirismo con un casi nulo soporte teórico (ni siquiera el del propio Lewin). La corriente lewiniana, o mejor dicho, la Dinámica de Grupos, que generó considerables expectativas desde los 40 y que fue el telón de fondo de numerosos intentos de intervención grupal, y a la que es posible

rastrear incluso hasta el Mayo francés, hoy es prácticamente inexistente. Inexistente en relación con el grado de difusión que tuvo, con la potencia de trabajo que mostró.

Triunfo o fracaso de la perspectiva lewiniana? No se trata de eso, ni uno ni otro. Se trata de reflexionar, de ver qué procesos abrió, qué zonas pudo conquistar ese dispositivo técnico denominado “dinámica de grupos”, ese arsenal de nociones agrupadas tras la “psicología topológica”, qué prácticas –culturales o institucionales– generó la “action-research”. El asunto de ver por qué no continuó igual, por qué se diluyó constituye sólo un aspecto del asunto. Un primer esbozo de respuesta reside en el análisis de los cambios habidos en la demanda social a lo largo del tiempo considerado. Si puede decirse que la perspectiva lewiniana responde a un cierto nivel de la demanda en los años 30 al 50, en un sector de la sociedad central (los EEUU, y posteriormente algunos países europeos), parece indudable que la declinación de esa perspectiva está en relación con los cambios de esa misma demanda. Puede decirse, quizá así: la Dinámica de grupos ‘sirvió’ para una serie de demandas (necesidades, fines, objetivos, de colectivos científicos, sociales, políticos, etc.) y en ese sentido, fue en parte ‘funcional’, y en parte ‘crítica’ –como lo muestra un somero análisis de sus realizaciones–. Actualmente, no ‘sirve’ para esas demandas, para ese nivel de la demanda social: la dinámica de grupo ya no es tan ‘funcional’, hay nuevos desarrollos: propuestas de la corriente sistémica, teorías organizacionales, etc. Por otra parte, tampoco mantiene su aspecto ‘crítico’ –es decir, pasible de ser ‘usada’ por algún sector social específico, desligado del poder, no hegemónico–.

Segunda parte. EL PSICOANALISIS EN ARGENTINA Y SU INCIDENCIA EN EL ORIGEN Y DESARROLLO DE LOS GRUPOS OPERATIVOS.

Introducción.

La demanda por los grupos en Argentina, y dentro de ella, el dispositivo “los grupos operativos” aparece en estrecha relación con el desarrollo del psicoanálisis. Por una parte, debido a que el inicio de esas prácticas grupales se relaciona directamente con avatares del psicoanálisis, y por otra debido a que el “inventor” de los grupos operativos, Enrique Pichon-Rivière, fue uno de los gestores principales del movimiento psicoanalítico: fundador de la asociación, y uno –entre otros– de los principales soportes institucionales del mismo, durante varias décadas.

Diversos análisis han insistido en la existencia, persistente, de dos campos de orientación en el discurso psicoanalítico: uno, que fue adquiriendo diversas posiciones de transformación, de ruptura incluso, y que concibió al psicoanálisis no sólo incluido en los paradigmas científicos, sino también ideológicos; otro, que igualmente consideró al psicoanálisis como parte del mundo científico, pero que, sin embargo, habría reducido su campo de acción a las acciones más conformistas.

Esas perspectivas divergentes en el seno movimiento psicoanalítico aparecen en relación directa con el espectro político e ideológico del país, aunque se mantiene cierta dinámica autónoma, algo evidente en la medida que ya desde sus inicios, la lectura que se hizo de las ideas freudianas quedó fuertemente ligada a los sectores profesionales –provenientes en su mayoría de los sectores más privilegiados– y a los sectores más acomodados de las clases medias –en los años posteriores a su desarrollo inicial–. Tanto los

practicantes del psicoanálisis –bajo la modalidad que fuese–, como sus analizandos, –en su absoluta mayoría–, pertenecían a las clases más favorecidas.

Si por una parte las ideologías políticas marcaron claramente el espectro psicoanalítico, también dentro del mismo movimiento se dieron procesos diversos que en algunos momentos iban en la misma línea que el espectro ideológico global, y en otros seguían derroteros diferentes, incluso contradictorios. Por ejemplo, si por una parte es innegable el proceso de avance que simbolizaron algunos psicoanalistas importantes en la transformación de los paradigmas científicos de la vieja psiquiatría del siglo 19 –y que se mantuvieron vigentes durante largas décadas–, sus posicionamientos ideológicos y políticos no siempre fueron en la misma dirección. Sus posiciones, sus prédicas incluso, fueron, en ocasiones al menos, colindantes con lo reaccionario, si esa posición es “leída” desde una perspectiva que exceda el ámbito científico-institucional y tenga en cuenta la dialéctica de confrontación social existente.

En todo caso, posiblemente puede afirmarse que en la divisoria de aguas que se estableció, en los hechos, y en la interpretación de los mismos (es lo que han afirmado diversos testimonios, teóricos o ideológicos), los campos se habrían mantenido: una corriente de adaptación, conservación, y una corriente de renovación, cambio e incluso ruptura.¹⁸⁵

Las divisiones clásicas en el campo ideológico y político han consistido en un dualismo –debido a complejos motivos–: derecha e izquierda, reaccionarios y progresistas, etc. En el caso de Argentina, por muchas y diversas razones –entre las que cuenta que se trata de un país periférico, y las divisiones anteriores serían más propias y visibles en el capitalismo central–, si bien esa dicotomía es fundamental, la forma que fue tomando no fue tan evidente. Basta mencionar, como ejemplo, algunas denominaciones de las formas políticas e ideológicas de la primera mitad de siglo: conservadurismo –católico– y (versus) liberalismo ilustrado; liberalismo de derechas y nacionalismo; posteriormente nacionalismo integrista (conservador) y nacionalismo popular; “gorilas” y peronistas; etc.

¹⁸⁵ Percia (1991) le llama “tendencia de aplicación” y “tendencia de ruptura”. La argumentación gira en relación al psicoanálisis aplicado y a la desvalorización que las prácticas grupales tenían frente a la situación dual, de analista-analizando.

Posteriormente, el campo político e ideológico se organizaría a través de posiciones conservadoras –conservadurismo liberal y peronismo de derechas– y posiciones progresistas –nacionalismos de izquierdas e izquierda marxista– perdiendo vigencia la oposición peronismo/antiperonismo.

Ahora bien, esas perspectivas globales que determinaron, en parte, el desarrollo del psicoanálisis no son las únicas a considerar. Las circunstancias que pueden denominarse “internas”, es decir, surgidas del propio campo fueron fundamentales, y conformaron diversas perspectivas en el movimiento psicoanalítico tanto en el campo conceptual, como en el dispositivo clínico, como en las formas organizativas que fue tomando.

El desarrollo de un campo científico y profesional parece poseer una dinámica de existencia y de transformación propias, que si bien depende de la situación global –de la situación social y política general de la sociedad–, responde de manera singular y, en cierta medida, de forma autónoma. Es verdad que muchos análisis han insistido en la existencia de dos campos en el movimiento psicoanalítico en Argentina, y aunque parece un símil fácil, extraído de una lectura política reduccionista, parece responder también a la realizada por los que fueron sus protagonistas. De acuerdo a ello, habría dos perspectivas en el psicoanálisis argentino, que se habrían ido gestando desde sus inicios, a principios de siglo, y se mantienen hacia el final: una perspectiva adaptativa, conformista, y otra, que prioriza el cambio, incluso la ruptura.¹⁸⁶

El desarrollo del psicoanálisis en Argentina.

El psicoanálisis en Argentina debe su configuración tanto a los procesos internos del propio discurso psicoanalítico –en sus desarrollos científicos y sus debates ideológicos– como a los procesos sociales en que estaba inmerso.

Desde principios de siglo hasta los 30, se desarrollaron varias lecturas de la obra freudiana, tanto desde el dispositivo psiquiátrico, como desde el campo de la cultura –la literatura especialmente– e incluso desde una posición “moral” que buscaba en el

psicoanálisis un apoyo en la búsqueda de caminos de salida de esos difíciles años que transcurrieron entre las dos guerras. La difusión del psicoanálisis –si bien tardía respecto de otros países de Europa y de los EE.UU.– se iniciaba, y se extendía como corriente de ideas difusas en la cultura popular. En cuanto a su incorporación en la clínica, si en su versión pública permitía contribuir al proceso de modernización general del país, en su versión privada los que hacían uso del nuevo método terapéutico pertenecían a los sectores sociales más acomodados: tanto los practicantes como los pacientes. Como han afirmado diversos autores que se han ocupado de la historia del psicoanálisis, puede decirse que había más de un Freud en Buenos Aires, hasta fines de los 30.

En los años 40 y 50 se da el proceso de consolidación e institucionalización del psicoanálisis. La creación de una organización nacional adscripta a la asociación internacional que nucleaba a los seguidores de Freud fue su punto de apoyo fundamental. A partir de ahí se posibilitó la consolidación del psicoanálisis tanto en el ámbito científico, con relevantes producciones propias, como en el ámbito institucional, donde aún sin pertenecer al conglomerado estatal tuvo una influencia fundamental en el pensamiento médico y psiquiátrico del país. Su influencia en el mundo de la cultura fue también considerable.

Ya en los años 60 se dará la expansión del psicoanálisis y a la vez, un cambio en sus condiciones de aplicación. Se producirá su encuentro, por una parte, con la política, y por otra, con una demanda de participación y ascenso social de sectores provenientes de las clases medias. Esta demanda social se tradujo en un enorme incremento de la demanda de psicoanálisis (algunas frases ilustrativas: “en Buenos Aires hay más analizandos que en Europa y EE.UU. juntos”, “hasta los taxistas hablan de psicoanálisis con sus pasajeros”, etc.).

Puede afirmarse que la difusión del análisis, la demanda de análisis se extendió de forma masiva. Por otra parte, había también una demanda por acceder al campo de los psicoanalistas: nuevos colectivos profesionales –especialmente los psicólogos, también los

¹⁸⁶ Puede observarse esta dimensión –que alude al conflicto ideológico, teórico y organizativo– desde los textos representativos de las primeras lecturas de la obra freudiana realizadas en los años iniciales, hasta los testimonios críticos de los años 70.

pedagogos, trabajadores sociales y otras– buscaban convertirse en practicantes del psicoanálisis, en alguna de sus “variaciones”.

En esos años la sociedad argentina se encontraba en los inicios de una importante transformación sociopolítica. Los viejos campos dicotómicos –en el terreno de la política– se modificaron profundamente: las alianzas políticas –y las sociales también– eran otras. Esta vez quedarían de un lado los sectores conservadores frente a un crecimiento sostenido de las organizaciones obreras y los grupos de izquierda a los que se sumarán los estudiantes universitarios –cuando el gobierno peronista (1945-55) se habían enfrentado, con consecuencias nefastas–. Llega el momento de la renovación social cuyos símbolos serían el mayo Francés del 68, después la Revolución cubana.

Este movimiento expansivo coincidente con las crecientes expectativas de transformación social implicó fuertes movimientos internos en el ámbito psicoanalítico. Ese proceso de cambio, que se saldaría con diversas modificaciones tanto institucionales como en cuanto a las concepciones teóricas, culminó en una crisis ideológica en el seno mismo de la organización psicoanalítica (APA): la ruptura de un sector de izquierda (simbolizada por Plataforma Internacional, aunque nucleó a diversos sectores de analistas). También la ruptura que realizara Jacques Lacan en 1953 frente a la asociación internacional, y la consiguiente estructuración de una corriente diferenciada constituyó un factor importante en la crisis y la ruptura de la APA –la perspectiva lacaniana se convertiría en hegemónica en el seno del movimiento psicoanalítico 30 años después de su inicio, en los 50–.

De todos modos, la crisis y el cambio producidos iban mucho más allá de la organización institucional del psicoanálisis –de la APA–: abarcaban el espacio mismo que el psicoanálisis había desarrollado en Argentina durante sus más de 60 años desde el inicio de las primeras lecturas de la obra freudiana.

La perspectiva grupal

La perspectiva grupal –o grupalista– comienza a desarrollarse en los años 50 –habida cuenta de las aisladas experiencias iniciales de los 40 de algunos precursores como Pichon-Rivière y pocos más– y se afianzará sólidamente en la década del 60.

En esos años ese enfoque se consolida institucionalmente, con la creación de organizaciones que propugnan prácticas grupales, mediante publicaciones científicas y, fundamentalmente, mediante un fuerte desarrollo de sus dispositivos técnicos (de aplicación). Las diversas perspectivas de intervención y de análisis fueron numerosas, y variadas; e irían desde los pequeños grupos terapéuticos hasta los encuentros masivos, desde la rigurosidad técnica de encuadres psicoanalíticos hasta la inspiración momentánea de sus mentores.

Ya en los 70 su desarrollo y diversificación es máxima, y conecta con los momentos de movilización y lucha política que se suceden en Argentina. Si bien de los diversos dispositivos grupales constituían un instrumento idóneo para facilitar cambios, ya fuera en el orden individual o institucional –con lo que se cumplía lo que pretendía Enrique Pichon-Rivière, iniciador de las primeras experiencias grupales en los años 40–, la perspectiva grupal parecía diluirse en el conjunto y la dialéctica compleja de los movimientos sociales.

A partir de allí, permanecerán, por una parte sus versiones técnicas –o tecnicistas– ya sea en sus modalidades “humanistas” o más cercanas a la tradición psicoanalítica, y por otra, sus versiones ideológicamente más críticas, que postulan, además de los procesos inconscientes, la determinación social e institucional que hay en cualquier experiencia grupal. En esta posición puede encontrarse a autores como A. Bauleo, H. Kesselman, F. Ulloa, E. Pavlovsky, y N. Caparrós y algunos más.¹⁸⁷

En síntesis, si bien se dio un cierto retraso en cuanto a la entrada y consolidación del psicoanálisis en Argentina, ese mismo retraso no impidió una difusión generalizada. Difusión que llegó a producir una representación estereotipada, pero muy generalizada, de Argentina como “sociedad que se psicoanaliza” (por no decir “sociedad psicoanalizada”, pues parecería una cruel ironía...).

El proceso expansivo del psicoanálisis alcanzó no sólo el dispositivo psiquiátrico y médico, sino también algunos ámbitos científicos (la psicología, la sociología, la pedagogía y otras disciplinas), y en general, el ámbito cultural.

En ese transcurso es donde surgirán las experiencias de trabajo grupal, la psicología, psicoterapia, psicoanálisis, de, con, los grupos. Y al igual que sucediera con el psicoanálisis y su especificidad en Argentina, destaca, significativamente, la especificidad de la corriente grupal o grupalista, en cuanto a sus diferencias con otros países. Una de las marcas diferenciales radicará en su ligazón con los movimientos sociales, además de las invenciones profesionales o científicas, incluso en momentos más ligado a la dialéctica social que a los avatares disciplinarios.

Previo al desarrollo de la temática expuesta, –los diversos momentos y su especificación en el desarrollo del psicoanálisis en Argentina en relación con las perspectivas grupales–, se hace necesaria una puntualización acerca de las referencias bibliográficas utilizadas en este capítulo:

a) Una de las fuentes principales ha sido la Revista de la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina), publicada desde 1943; también la Revista Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, publicada desde 1961, y la Revista Argentina de Psicología, desde 1969 (si bien estas dos últimas de forma fragmentaria).

b) Se ha utilizado también el texto de J. Balán, “Cuéntame tu vida”. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino”, escrito en 1991. Texto de orientación periodística, se advierte una metodología originada en las “historias de vida”, con abundante información. Es interesante a efectos de nuestro trabajo: 1) por una parte utiliza información proveniente de entrevistas realizadas a personajes importantes de esa época, y a familiares y amigos de los que ya habían muerto. –el texto es de 1991–; 2) utiliza una documentación bibliográfica amplia –por ejemplo, los datos autobiográficos publicados en la Revista de Psicoanálisis (desde su inicio en 1943)– y diversos textos de difícil acceso; y 3) es interesante en esta parte de nuestro trabajo, pues proporciona información diversa que facilita una idea de conjunto de lo que sucedía en esos años y en el contexto psicoanalítico.

c) Otra fuente de información importante lo constituye el texto de H. Vezzetti (1989), “Freud en Buenos Aires.1910-1939”, una antología de textos de la época muy

¹⁸⁷ Los nombrados son los que constituyen el núcleo más destacado. Hay sin embargo, bastantes aportaciones importantes de otros autores, que se irán mencionando a lo largo de este trabajo.

representativos de la forma en que el psicoanálisis fue extendiéndose en Argentina en esos años.

d) Por último diversos textos, tanto de autores directamente involucrados en el proceso descripto, como otros que analizan dicho proceso (puede verse la bibliografía final). Son muchos y diversos los autores que desde el campo psicoanalítico y el grupal han escrito sobre la temática que nos ocupa, tanto sea desde análisis históricos como otros en los que la exposición de los temas clínicos hacen referencia a nuestro tema. Los iremos mencionando cuando lo exija la propia exposición del tema.

Una especificación necesaria: el desarrollo del tema se ha realizado con lo que hemos denominado una intención “genealógica”, es decir, con el objeto de puntualizar momentos, discursos o hechos que puedan dar idea de la situación y procesos descriptos. En ese sentido, no se ha insistido tanto en la minuciosidad historiográfica ni tampoco en los hechos ocurridos–sociales o políticos– sino que el énfasis ha sido puesto en los propios discursos –teóricos, clínicos e institucionales–.

Capítulo 5. EL ORIGEN DEL PSICOANÁLISIS. DESDE LOS COMIENZOS HASTA LOS MOMENTOS PREVIOS A SU INSTITUCIONALIZACION.

5.1. El psicoanálisis en Argentina hasta los años 30.

Hacia finales del siglo 19 en Argentina ya se había consolidado una organización institucional sobre la base de la tradición de la psiquiatría francesa, el alienismo. A partir de allí comenzarán a darse diversas modificaciones tanto ideológicas como científicas: neuropsiquiatría, psicofisiología, hipnosis y sugestión, higiene mental, psicoterapias, etc. Comenzará un largo recorrido que va desde el reducto del manicomio hasta su transformación, para llegar a la consideración de los diversos conflictos de la vida urbana.

A principios de siglo aparece la cuestión de la “psicoterapia”, tanto en su vertiente académica como en sus posibilidades técnicas para la psiquiatría.

Posteriormente vendrá el surgimiento y expansión del movimiento de la higiene mental, con sus intentos profilácticos y preventivos sobre las “formas menos visibles de la locura”, y la importancia concedida a la “psicología médica”. Esos nuevos enfoques darán a la “psicoterapia” una consistencia considerable.

A partir de los años 20, la psicoterapia constituirá –progresivamente, y en un movimiento que llega hasta el presente– una dimensión tanto pragmática como doctrinaria en gran parte de la psiquiatría (e incluso de la medicina en general). Y el psicoanálisis ocupará un complejo lugar en ese proceso: en algunos momentos será considerado como un

instrumento psicoterapéutico, en otros como algo diferente. En todo caso, los avatares alrededor de la difusión y expansión del psicoanálisis han determinado profundamente las concepciones del movimiento psicoterapéutico (que aparecería, décadas después, bajo los nombres de “psicología médica”, “psiquiatría dinámica”, “terapias de ‘corte’ analítico”, “terapias para normales”, etc.).

Y será en relación con los enfoques interesados en la dimensión psicoterapéutica que arribarán las ideas freudianas al panorama argentino.

Hay que destacar que tanto los trabajos históricos como el discurso popularizado sobre el psicoanálisis han considerado la constitución de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) en 1942, como el momento inaugural y fundante del psicoanálisis en la Argentina, descuidando los momentos previos a su arraigo y difusión, a los inicios de la “novedad” psicoanalítica, tanto en el campo de la cultura como en el de la psiquiatría.¹⁸⁸

Sin embargo, y como se verá, mucho de lo que sucedió en relación con el psicoanálisis en los años 20 y 30 incidió tanto en el propio proceso de institucionalización – creación de APA, entre otras cosas– como en el desarrollo posterior, tanto referido al campo clínico como al campo cultural e ideológico.

Un antecedente: histeria y sugestión (José Ingenieros).

José Ingenieros fue uno de los iniciadores de la psicoterapia, a principios de siglo. Hacia esa época, si las clases populares contaban con los hospicios y los hospitales públicos, las clases altas, por el contrario, contaban con un dispositivo hospitalario psiquiátrico específico: lugares de internación privados, para los casos más serios, y consultorios neuropsiquiátricos para los casos menos graves –histerias, neurastenias–. Ingenieros tenía un consultorio de especialista en enfermedades nerviosas y mentales. Además, editó la primera revista argentina de psiquiatría y criminología y trabajaba en un servicio psiquiátrico público. Fue uno de los primeros en proponer consultorios externos en instituciones públicas.

¹⁸⁸ En este sentido puede verse el texto “Historia y enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis” (Aberastury, Aberastury y Cesio, 1967).

Psiquiatra y criminólogo, sociólogo y filósofo, Ingenieros publica, en 1904, “Los accidentes histéricos y las sugerencias terapéuticas” (en ediciones posteriores será publicado como “Histeria y sugestión”). Introduce esa nueva problemática, entre intervención y psicopatología, en la línea de la escuela francesa, desde Charcot a Janet, y especialmente influido por éste último. Entre otros, menciona a Freud y a Breuer como autores que han contribuido al estudio de la histeria.

Muestra su interés por temas como la sugestión, la histeria y la hipnosis. Le interesa acercarse al campo científico esos recursos hasta ese momento despreciados por la ciencia positiva. Su mayor ejemplo será Charcot, con su legitimación de la hipnosis en el tratamiento de la histeria. Así, cree que se trata de procesos que debe tomar en cuenta la ciencia y no quedar en manos de taumaturgos incultos: “¿Por qué no deberían los hombres de ciencia repetir en sus clínicas los ‘milagros’ practicados por taumaturgos incultos? ¿Jesús en Galilea, y Pancho Sierra, en Buenos Aires, tuvieron conocimientos que a Charcot le fuera vedado descubrir en la Salpêtrière y a nosotros confirmar en San Roque?” (citado en “Estudio Preliminar”, Vezzetti, 1989, pág.15).¹⁸⁹

El texto de 1904 fue reeditado varias veces, e Ingenieros lo iba actualizando. Posteriormente (a partir de 1919) realizará un tratamiento más extenso de la obra de Freud. Insiste en la línea inicial, de relacionar a Janet con Freud, si bien ya otorga a Freud el “psicoanálisis”, y a Janet el “análisis psicológico” (la controversia entre Janet y Freud, se había dirimido en 1913)¹⁹⁰, y entiende al método psicoanalítico en su vertiente catártica: la toma de conciencia de ciertos hechos dolorosos permitiría un desahogo de las emociones

¹⁸⁹ En esas preguntas se establece la relación entre conocimiento científico y conocimiento mágico, una relación compleja. Cómo procesar, teorizar esa problemática desde una posición naturalista? Hay que señalar, que sin embargo, Ingenieros “se mete” en faena, intenta acercarse a la problemática: ¿cómo articular ser un hombre de ciencia y ser un taumaturgo? Por otra parte, hay que recordar que éste será un tema que gravitará en todos estos años, de diversas maneras. Entre otros, Pichon-Rivière también aportará una posible salida al tema, afirmando que el conocimiento popular era un soporte básico del pensamiento científico, además de reivindicar los aspectos mágicos de toda forma de comprensión de la realidad, tomándolos como “momentos” del pensamiento.

¹⁹⁰ La disputa por la prioridad del método y por la paternidad de algunas hipótesis encubrió una polémica más central: el pensamiento freudiano contra la escuela de Janet, continuadora de Charcot. Fue en el Congreso Internacional de Medicina, de Londres, en 1913. Allí fue derrotado en toda la regla por los discípulos freudianos, Jung y Jones. La comunicación que hizo Janet, “El psicoanálisis”, fue publicada tempranamente en Argentina y tuvo bastante influencia durante cierto tiempo; en ese texto Janet ensaya una crítica frontal global a las teorías freudianas. Puede verse E. Roudinesco, “La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. 1 (1885-1839)” (1986, pág. 218-239).

contenidas. Como en otros casos, la diferencia entre sugestión y terapia analítica no será bien comprendida.

Por último, Ingenieros se queja de que Freud y sus discípulos dan un alcance a sus ideas que desborda a la medicina, “resbalando a un terreno demasiado práctico y mundano”. Se trataría de la resistencia al psicoanálisis –por otro lado algo ya previsto por Freud...–

Hay que señalar que esta lectura de Freud, que pone el acento en la cercanía del psicoanálisis con la escuela de Charcot y Janet fue insistente en muchos lectores, durante bastantes años.

Además, y también como una constante en el largo proceso de inclusión de las ideas freudianas en Argentina, destaca su lugar paradójico: el psicoanálisis va a constituir, a la vez, una doctrina sospechosa y un procedimiento terapéutico rescatable, aunque sólo en la medida en que se lo use de un modo atenuado, distante de su forma clásica. Y esta concepción, mayoritaria en las primeras décadas del siglo, se mantiene hoy en día, si bien de formas más sofisticadas, fundamentando otros tipos de intervención psicoanalítica.

Previamente a concluir esta breve reseña del aporte de Ingenieros en relación con la difusión del psicoanálisis, hay que destacar un movimiento del autor que parece haberse repetido en varios intelectuales de izquierda. A partir de los años 20, Ingenieros abandonaría sus intereses psicoterapéuticos, y se ocuparía de la demencia, en su dimensión social; escribe “La locura en la Argentina”. Posteriormente se dedicó a indagar sobre los procesos de identidad nacional, la historia de las ideas argentinas y las revoluciones (eran los finales de la primera gran guerra).

La entrada del psicoanálisis.

Primera mención (Germán Greve).

Será recién en 1910 cuando se mencione, por primera vez, la presencia efectiva del psicoanálisis en Argentina, habida cuenta de que las menciones de Ingenieros al psicoanálisis lo eran a título académico. Lo hará Germán Greve, un médico chileno, en un congreso médico internacional; en una conferencia ante la sección de Neurología,

Psiquiatría, Antropología y Medicina Legal del Congreso Internacional Americano de Medicina e Higiene, reunido en Buenos Aires, en 1910 (Greve, 1910).

Freud se refirió en “Historia del movimiento psicoanalítico” a ese evento: “Un médico –probablemente alemán– de Chile defendió en el Congreso Médico Internacional de Buenos Aires, la existencia de la sexualidad infantil y encomió los resultados de la terapia psicoanalítica en los síntomas obsesivos” (Freud, 1914a, pág. 1909). El trabajo de Greve no tuvo casi difusión, no se publicó en revistas médicas, quizá ni haya sido citado, hasta que fue publicado por la APA (Asociación Psicoanalítica Argentina) en 1945.

El análisis que realiza Greve coloca a Freud en la perspectiva francesa del entendimiento de las neurosis, o sea, Charcot y Janet, y afirma que las teorías de Freud, que constituyen “una nueva psicología”, son concordantes con las teorías de esos autores. De forma sólida, defiende el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis. Se referirá a la sexualidad infantil, a la represión (la llama “repudiación”), a la libido y a la sublimación; y dedica una larga exposición a la neurosis obsesiva (“neurosis obsediante”).

En su extenso trabajo, Greve también da cuenta del procedimiento terapéutico, mediante una descripción de sus principios, y de las modificaciones que ha ido introduciendo Freud, y destaca que el procedimiento que sigue es el mismo en los casos de “histerismo” y de “neurosis obsediante”.

Concluye afirmando que las dificultades del método psicoanalítico son tantas que eso bastaría para desistir de usarlo, sin embargo, su uso incluso parcial e incompleto daría tan buenos resultados que aun de forma incompleta posee una gran validez. “La sola exposición de este método y las dificultades, aparentemente sin fin, que presenta, bastaría para desistir de emplearlo, si no fuera porque el método aplicado a media ya es suficiente, en un gran número de casos, para traer una notable mejoría del estado general psíquico del paciente, aun cuando puedan seguir persistiendo síntomas que, por su poca acentuación, no aparentan enfermedad y no lo inutilizan para la sociedad” (Greve, 1910, pág.103).¹⁹¹

¹⁹¹ Parece evidente el uso de la sugestión en la forma de remisión de los síntomas. Los efectos de transferencia que se desatan, y que tanto hicieron desconfiar del psicoanálisis, debido a lo que se consideraba su cercanía con procedimientos sugestivos e hipnóticos, están vigentes. Por otra parte, la exposición, y con la distancia

Según Vezzetti, a diferencia del trabajo de Greve, un texto que sí fue difundido fue el de un médico de Chicago, que ofrece una “aplicación de las teorías de Freud”; se publicó en La Semana Médica, en 1912 (W.F. Vaugh). El autor utiliza lo que entiende como método psicoanalítico en el análisis de un caso policial, un marido abandonado que asesinó a su esposa, y postula –en nombre de Freud– que se trata de un retorno a un estado primitivo, es decir, la expresión de la persistencia de una naturaleza bárbara por debajo del barniz de la civilización (Vezzetti, 1989, pág.16).

El psicoanálisis clínico (Luis Merzbacher).

En 1914 aparece la primera comunicación sobre el psicoanálisis que postula alguna forma de práctica clínica, realizada por Luis Merzbacher. Comienza afirmando su extrañeza ante el hecho de que las teorías de Freud no sean conocidas en Argentina, cuando en Europa sí lo es. Destaca que las teorías de Freud no sólo interesan a la psiquiatría –la exceden–, sino que son de un interés general, especialmente “la psicología de todos los días” –hoy llamada psicología cotidiana–.

Menciona los aspectos, a su entender, más esenciales de la obra freudiana hasta ese momento: la importancia fundamental de los acontecimientos ligados a la vida sexual. En una exposición que intenta dar cuenta de los elementos esenciales de la obra freudiana hasta ese momento, destaca la importancia fundamental de los acontecimientos ligados a la vida sexual.

Es interesante destacar el uso de los términos psicoanalíticos –que en ocasiones ha dado lugar a elaboraciones conceptuales considerables– que van haciendo todos estos autores: si Greve decía “repudiación” por represión, Merzbacher, en una traducción casi literal, dirá “expulsión”, para referirse a la disgregación entre los estados afectivos y la representación mental (represión).

También realiza algunas referencias a la psicopatología cotidiana, –seguramente en línea con Freud, aunque no lo menciona–: sueños, olvidos, lapsus, etc., les llama “complejos cotidianos”.

inevitable, recuerda algunos argumentos actuales, acerca del valor (mayor o menor) de las llamadas

El eje de su trabajo se refiere al procedimiento terapéutico: considera que hay un método complicado, que llama “de laboratorio”, y otro más sencillo y conocido, el “de consultorio”. El primero, experimentalmente exacto, parece referirse a la técnica de asociación de ideas de Jung. El de consultorio es el que se utiliza usualmente. Presenta el método terapéutico de acuerdo con las primeras formulaciones de Freud y Breuer, enfatizando en los aspectos catárticos del mismo (“método catártico o de purificación”). Dice que se encuentra con casos que les ocupan semanas y meses hasta que se llega a esa purificación (catarsis). El autor parece no diferenciar con claridad entre sugestión por hipnosis y terapia analítica.

Defiende el uso del psicoanálisis ya que éste constituye un “fiel indicador para penetrar en el interior de la psiquis humana”, y “da la llave para el conocimiento de muchos estados patológicos hasta hoy desconocidos en su evolución patogenética”. También enfatiza en la importancia de lo que hoy se denominaría relación médico-paciente: “un factor de suma importancia: nada alivia tanto la psiquis atormentada del psiconeurótico, como el sentimiento de saberse entendido. Sin entendimiento, no hay curación”. Y por último, una aseveración rotunda: “El psicoanálisis, no hay duda, es un factor terapéutico algo más poderoso que los hasta ahora usados: los tónicos, las inyecciones hipodérmicas, el masaje, la electricidad, los baños fríos o calientes” (Merzbacher, 1914, pág. 111).

Hay que destacar que si por una parte este texto parece inaugural del psicoanálisis clínico en Argentina –en Buenos Aires...– además de hacerse cargo de la importancia del pensamiento freudiano en el mundo científico, anticipa un cierto enfoque pragmático que persistirá durante décadas: adjudicar al método psicoanalítico requisitos bastante estrictos para después aludir a una utilización simplificada del mismo.

Se trata de una disociación entre teoría y método, disociación que propone cierta autonomía del procedimiento terapéutico respecto de la teoría, y busca incluirlo como auxiliar de la psiquiatría. Como dice Vezzetti, “...con esa disociación entre teoría y método –sobre la que van a insistir *todos* los críticos del psicoanálisis– se instituye una modalidad de asimilación que acentúa la autonomía del procedimiento terapéutico y busca

“psicoterapias de corte analítico” y los “verdaderos análisis”.

incluirlo, a contrapelo de lo que Freud afirmaba, en el arsenal técnico de la psiquiatría” (Vezzetti, 1989, pág. 18).

Por último, y especialmente en cuanto a estas primeras menciones a Freud en Argentina, hay que destacar que el psicoanálisis debe su difusión inicial ante todo a expositores “silvestres”, es decir, personas que no se habían psicoanalizado.¹⁹²

Los años veinte.

Hasta los años 20, las ideas freudianas no exceden el ámbito científico de los congresos médicos. No hay publicaciones, ni revistas que se hagan eco del mismo. Será recién en los años 30 cuando la divulgación del psicoanálisis sea evidente, de diferentes maneras, en revistas, libros, etc.

En 1922, aparece la edición española de las obras de Freud, a cargo de Luis López-Ballesteros, que realizó la traducción del original alemán. Sin embargo, su obra seguía llegando, en muchos casos, en versiones de segunda mano, y citada generalmente en francés. Puede decirse que los cuestionamientos al psicoanálisis son conocidos antes mismo que los textos freudianos.

Otra vía de incorporación de las ideas psicoanalíticas la constituyen los diversos viajeros provenientes de Europa. Fueron muchos y muy variados; entre ellos: Gonzalo Lafora, Charles Blondel, Jacques Maritain, etc. Serán también viajeros argentinos los que hasta los años 30, en sus viajes por Europa, llevarán las ideas freudianas a Argentina (Aníbal Ponce, Jorge Thenon, Gonzalo Bosch y Emilio Pizarro Crespo, entre otros).

El primero de los viajeros foráneos sería el español Gonzalo Lafora, que logró bastante repercusión e influyó en el médico argentino Juan Ramón Beltrán, que sería uno

¹⁹² El psicoanálisis “silvestre”, mejor dicho, los psicoanalistas “silvestres” (psicoanalistas que no se han analizado) constituirá, en muchas ocasiones, un factor central en la forma de aceptación del pensamiento freudiano. Incluso será un eje fundamental en el proceso que desembocó en la creación de una organización reconocida por el movimiento psicoanalítico internacional, la IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional).

de los más importantes difusores del pensamiento freudiano en Argentina, si bien se mantendría en el campo de los psicoanalistas “silvestres”.¹⁹³

Otro visitante fue Charles Blondel, en 1927, importante en cuanto a su trascendencia intelectual y al alcance de un público no sólo médico. Dictó varias conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras, y se refirió a las ideas psicoanalíticas. Desde una posición crítica con el psicoanálisis, afirma que Bergson se adelantó a Freud y que lo que éste dijo ya era conocido, y concluye diciendo que el verdadero dominio del psicoanálisis es la literatura.

En esa perspectiva crítica, se inscribe también Enrico Morselli (1926) que publicó un texto sobre el psicoanálisis que influiría mucho en el medio psiquiátrico, y habría constituido –al decir de Vezzetti– el cuestionamiento médico más fuerte a las ideas psicoanalíticas hasta ese momento. Postula una lucha contra el “hiperpsicologismo” en la clínica psiquiátrica, y pide “permanecer dentro del terreno médico”. Elabora un triple anatema contra el psicoanálisis: doctrina metafísica, método moralmente peligroso, moda frívola, que pretende convertir a la psiquiatría en “simple doméstica del freudismo”. Este juicio tuvo considerable influencia entre quienes se ocuparon del tema en Argentina y según la opinión de Vezzetti, parece haber sido la línea de argumentación básica en que se fundamentó la posición psiquiátrica antifreudiana (Vezzetti, 1989, pág. 20 a 22).

Hasta los años veinte, por lo que se ha visto, el psicoanálisis ha llegado a Argentina de la mano de autores y viajeros extranjeros, ya sea mediante cuestionamientos críticos o aceptaciones parciales y atenuadas. Si bien es cierto que es en el ambiente médico donde surgen las primeras referencias, también lo es la escasa difusión de las mismas. Hacia los 20, cuando en Europa el psicoanálisis ya tenía una difusión e influencia considerables, en Argentina se lo consideraba más bien en su vertiente de movimiento cultural que en cuanto a sus aportes al campo psiquiátrico. Hay que destacar que el lenguaje de incorporación será

¹⁹³ Prácticamente todos los autores que difundieron el psicoanálisis en sus momentos iniciales fueron “silvestres”, con la excepción de algunos muy contados, Pizarro Crespo y algún otro. Hasta que Angel Garma y Celes Ernesto Cárcamo comienzan a analizar y rápidamente se organizaría la APA. Lafora era un psiquiatra que buscaba hacer compatible el psicoanálisis con la religión católica, y Beltrán tenía fuertes lazos de pertenencia a ese ambiente.

el francés, que era el modelo de incorporación cultural hegemónico (el “rastacuerismo” – valoración de lo extranjero, especialmente si es francés– es un ejemplo).

Las lecturas de los “hombres de letras” (aceptaciones críticas).

La sátira como clave de lectura. Rechazo y aceptación (Aníbal Ponce).

El ingreso de las ideas freudianas a Argentina mediante una lectura “cultural” parece haber sido fundamental. En los años 20 el psicoanálisis tiene un lugar importante en los circuitos literarios y estéticos en Europa y, desde esa clave particular de lectura, será “importado” a Argentina por algunos viajeros.¹⁹⁴ Es el caso de Aníbal Ponce, quien representará, como pocos, el inicio del desencuentro del psicoanálisis con la izquierda.

En su primer artículo referido al pensamiento psicoanalítico, “La divertida estética de Freud” (1923), escrito a propósito de su estancia en París, Ponce realizará una sátira planteando que el psicoanálisis era parte de una moda frívola, y Freud venía a ser “la más alta figura del humorismo contemporáneo”, bajo la influencia del clima parisino, que había recibido inicialmente a las ideas freudianas de forma hostil y con actitudes de menosprecio. Algunos de los calificativos utilizados: “monumento a la literatura cómica”, “pedantismo científico de un sabio disciplinado a la alemana”, “opereta de la psicología”, etc. Este artículo fue publicado en la Revista de Filosofía, donde Ponce colaboraba con Ingenieros, incluso el estilo satírico del mismo parece indicar un intento de emulación del maestro.

Ponce concibe al psicoanálisis como un movimiento superficial y transitorio; lo considera con ligereza, y no lo toma como tema de estudio y polémica, algo habitual en su quehacer intelectual. Inscripto en el paradigma del científicismo naturalista, Ponce descalificará al psicoanálisis quitándole su valor científico; en todo caso, lo considera una versión espiritualista y anticientífica. Considera que el fundamento científico de la psicología lo debe dar la biología (algo que, por otra parte, Freud mismo nunca desechó, antes bien, lo mantuvo como ideal).

¹⁹⁴ El psicoanálisis “silvestre”, o mejor dicho, los psicoanalistas “silvestres”, constituirán, en muchas ocasiones, un factor central en la forma de aceptación del pensamiento freudiano. Incluso será un eje

Aun desde la sátira, Ponce enumera la amplitud de disciplinas que el psicoanálisis vendría a abarcar: “psicología, higiene, terapéutica, pedagogía, clave de los sueños, sociología, charadas, ciencia de los mitos y de las religiones”; con lo que manifiesta la difícil posición de tantos críticos de la obra freudiana: asombro –y admiración encubierta– ante la extensión de esa corriente de pensamiento, y rechazo –en general, inconsistente– de la misma. Puede decirse que Aníbal Ponce expresa la preocupación en los sectores intelectuales por la crisis ideológica de esos años, y su búsqueda –errática, a veces– de posibilidades de comprensión.

En el artículo citado, a partir de un ejercicio de erudición encomiable, Ponce intenta dar cuenta de las ideas freudianas, para realizar una contundente crítica a lo que considera el “pansexualismo” freudiano, a partir de la lectura del texto de Freud de 1915-17, “Lecciones introductorias al psicoanálisis” (leído en traducción francesa).

En un ejercicio de aceptación y rechazo, Ponce se refiere a la relación entre el arte y la neurosis que cree encontrar en la obra freudiana: “Pintores, músicos, literatos, todos quedan conmovidos por el Deseo fundamental. [...] El arte... ejerce en la humanidad una función sexual intermediaria entre el sueño y la neurosis. El sentimiento de la belleza –en la naturaleza como en el arte– es una sublimación de las impulsiones perversas de la vida erótica, rechazadas por la vida social. El hombre vulgar y el artista no difieren más que en esto: el segundo tiene a su favor una gran fuerza de sublimación con una cierta debilidad en la censura. [...] El arte, como el sueño, usa de todos los procedimientos imaginables para disimular las satisfacciones larvadas de sus instintos más tiránicos” (Ponce, 1923, pág. 117). Sin embargo, luego dirá: “La escuela humorística de Viena, con Freud, ve en el artista a un neurótico, pero su neurosis es la floración superior, el efecto más alto de la moderna cultura” (pág.118) Por último, y para culminar un discurso que es a la vez aceptación y rechazo dice: “... lo que Rank –un ilustre discípulo de Freud– ha sintetizado en su estilo magnífico: ‘el neurótico digiere lo penoso; el artista lo vomita; el soñador lo transpira’” (pág. 118).

fundamental en el proceso que desembocó en la creación de una organización reconocida por el movimiento psicoanalítico internacional, la IPA (Asociación Psicoanalítica Internacional).

Parece pertinente la opinión de Vezzetti en este punto, más aún si se amplía ese punto de vista a otros autores, además de Ponce: “Quizá, la reiteración de que se trata solamente de una moda opera como una suerte de denegación de lo que para muchos empezaba a ser evidente, esto es, que la figura de Freud y sus efectos eran ya parte central del panorama intelectual de la primera posguerra, algo que, por otra parte, va a ser afirmado explícitamente en Buenos Aires en pocos años, y vendrá a quedar consagrado con ocasión de la muerte del creador del psicoanálisis” (Vezzetti, pág. 26).

Años más tarde, Ponce volverá a referirse al psicoanálisis con opiniones más equilibradas, y una prudente valoración positiva.

En 1929, Ponce se referirá a “Madame Sokolnicka y el psicoanálisis francés”, para referirse al movimiento psicoanalítico de ese país y a quien sería la organizadora de la asociación allí, en 1926. Se referirá a ella como el “apóstol” femenino del psicoanálisis – había sido enviada por el mismo Freud–. Esto no obsta para que reconozca su trabajo en la Escuela de Altos Estudios y en el Hospital Santa Ana, donde había varios psicoanalistas destacados; mantiene su posición crítica hacia las ideas de Freud, y en todo caso, reivindicará a algunos psicoanalistas como Hesnard, que intentaban dar un fundamento al inconsciente en base a una articulación orgánica.

Admirador de la Revolución rusa y convencido de sus ideas marxistas, en 1935 Ponce visitó España y la Unión Soviética. Lo expulsaron de sus cátedras en 1936, y se fue a México. Murió en un accidente automovilístico, en 1938. Constituye una figura paradigmática en la historia de la izquierda argentina.

El “despiste” del psicólogo frente al pensamiento psicoanalítico. Una lectura académica (E. Mouchet).

Otra figura importante del campo de la intelectualidad de izquierda, el socialista y profesor de psicología, Enrique Mouchet, intentó realizar una crítica equilibrada del psicoanálisis. Propone una posición intermedia entre las dos posiciones en torno a las ideas de Freud: “los que ven en él a un genio creador en el campo de la psicología y a un apóstol de una de las más fecundas doctrinas en conclusiones éticas y pedagógicas, y los que, en cambio, se declaran sin ambages enemigos de sus teorías, negándoles sistemáticamente

todo valor científico y filosófico y declarándolas peligrosas e inmorales, cuando no una verdadera locura” (Mouchet, 1926, pág.131). Y menciona diversos autores en esas posiciones, citando entre ellos a Aníbal Ponce (quien escribía con seudónimo: Luis Campos Aguirre). Su propia posición: “para mí, en cambio, Freud no es ni un genio ni un apóstol, ni tampoco un humorista ni un depravado. Es un hombre de mucho talento, que ha consagrado toda su vida a elaborar y perfeccionar su sistema ideológico, y creo, por lo tanto que sus ideas deben ser estudiadas y merecen ser conocidas y aun tratadas desde la cátedra universitaria (¿por qué no?), a pesar de que no las aceptemos” (pág. 132).

A partir de ahí, Mouchet enumerará los puntos que considera más vulnerables y los méritos del psicoanálisis.

Los aspectos vulnerables: 1) la falta de rigor científico, no es posible realizar pruebas de sus verdades; y “más que una ciencia, es un dogma”. 2) es más la obra de un artista que la de un hombre de ciencia: “más que hombre de ciencia que somete sus afirmaciones a la comprobación de los hechos, es un artista dotado de una imaginación exuberante y de una capacidad literaria poco común entre los de su profesión”. 3) “representa una verdadera reacción contra la psicología científica, basada en la observación de los hechos, y con frecuencia, en la experimentación”; “y sus principios, más que representar nuevas conquistas para la ciencia psicológica, pretenden destruir la psicología, que en contraposición con el psicoanálisis llamaremos clásica, y reemplazarla totalmente como única doctrina psicológica de valor”. 4) su éxito proviene, además del estilo brillante de Freud, de que los espiritualistas y teólogos ven en ella una tabla de salvación para su ideología comprometida seriamente por las corrientes positivista, evolucionista y experimentalista que tomaron cuerpo en el campo psicológico desde principios del siglo XIX, y un nuevo unto de apoyo para el movimiento de reacción contra tales ‘peligrosas’ corrientes ideológicas”. 5) por su método y sus principios el psicoanálisis representa un retorno al escolasticismo, ya que define “entidades metafísicas” como la censura –al igual que otras creaciones de la Edad Media, como las “Facultades del Alma”. “La ciencia basada en la observación de los fenómenos y en la experimentación rechazó todas las entidades misteriosas del escolasticismo. [...] [entidades] cual la Censura, la que obraría como una fuerza misteriosa y subterránea, pero inteligentemente, desde el inconsciente del individuo, para reprimir los deseos de la Libido” (pág. 133-34).

Luego Mouchet destaca los puntos favorables del psicoanálisis. Así mencionará los servicios prestados por la doctrina freudiana a la psicología en esos momentos de crisis y caída de expectativas depositadas en los procedimientos experimentales (la psicotécnica). Y en una aproximación interesante para un experimentalista de su calibre, dice: “el laboratorio más fecundo para el psicólogo inteligente es y será siempre la misma sociedad en el que el hombre y lucha por la existencia” (pág. 135).

El psicoanálisis habría prestado un importante servicio a la psicología pues ha dado impulso y reanimado el interés por la misma. Además, habría extendido la psicología hacia el campo de la medicina, especialmente de la psiquiatría. También afirma Mouchet que el psicoanálisis ha situado correctamente el lugar del “problema sexual”, dándole toda la importancia que tiene, especialmente las manifestaciones psicosexuales de la infancia. Con estos argumentos, Mouchet se separa de las críticas de “pansexualismo” al corpus freudiano. Por último, señala la contribución importante del psicoanálisis señalando la importancia del inconsciente (aunque le llama, indistintamente, inconsciente o subconsciente). De manera indirecta, Mouchet viene a afirmar que el lugar “natural” del psicoanálisis sería la medicina, al lado de otros grandes científicos (Janet, Kraepelin, etc.).

Por último, su pronóstico sobre el futuro del psicoanálisis: ““El psicoanálisis nació como un método de diagnóstico y de curación de las neurosis; luego la imaginación exuberante de Freud lo transformó en un sistema de psicología. Posteriormente se fue expandiendo hasta llegar a la estética, la sociología, la mitología, la lingüística, la pedagogía, convirtiéndose así, por obra del mismo Freud, en un sistema filosófico. Creemos firmemente que esta excesiva expansión de la doctrina será la causa originaria de su descrédito y de su ruina” (pág. 136). Aquí Mouchet parece no reconocer la crisis del paradigma positivista, que sin embargo sí reconoce en la psicología.

Como puede observarse, el conjunto de argumentaciones de Mouchet, que parecen una compilación de los argumentos más difundidos, no son demasiado congruentes; su intento de buscar un punto intermedio entre los que veían a Freud como genio o apóstol y los que ven el psicoanálisis un retroceso, cuando no algún peligro, resulta contradictorio.

La posición de Mouchet puede extenderse a gran parte de la comunidad intelectual, y parece el resultado de una lectura del psicoanálisis que por una parte se siente atraída por

sus afirmaciones, y a la vez, manifiesta un fuerte rechazo por ellas. Lo que Freud llamaba la “resistencia al psicoanálisis” cobra aquí todo su sentido.

El comienzo del interés de los psiquiatras.

Desde la segunda mitad de los años veinte, algunos psiquiatras intentan hacer un uso terapéutico a partir de elementos del psicoanálisis. Como se ha visto, distinta es la posición de los “hombres de letras”, en quienes su reticencia es mayor.

La psiquiatría ha comenzado claramente un proceso de transformación, y el paradigma centrado alrededor del “alienismo” está ya agotado. En ese proceso de cambio – que no sólo abarca a la psiquiatría sino al conjunto social, en la línea de una mayor conciencia de reivindicación de bienestar colectivo– intervendrán diversos factores:

- a) El surgimiento del movimiento de la higiene mental (abordaje profiláctico de las formas más leves de la patología mental –las formas menos visibles de la locura–). Eso permitirá que la “psicología médica se desarrolle, y lo hará en dirección a la psicoterapia.
- b) El comienzo de los consultorios externos en los hospitales (los primeros serán inaugurados a fines de los años veinte, por la Liga Argentina de Higiene Mental), que se agregan a los consultorios privados –que atienden a pacientes de clases altas–.
- c) La influencia de los modelos de la psiquiatría norteamericana, muy preocupada por esos “nuevos problemas”. Algunos psiquiatras viajarán, a lo largo de esta década y en la siguiente, a los EE.UU.
- d) El psicoanálisis, en sus vertientes catárticas –las primeras formulaciones de Breuer y Freud– y desde una lectura que deja de lado aspectos fundamentales de la teoría, pero intenta recuperar la metodología, parecerá –a juicio de algunos psiquiatras– como idóneo.

En cuanto a las formas de incorporación y difusión de las ideas psicoanalíticas, en esta década el interés es aún incipiente, e incluso con actitudes reticentes: Ni el campo intelectual o literario, ni el psiquiátrico se muestran demasiado interesados en las teorías psicoanalíticas.

La recepción continuó siendo minoritaria, y su lectura se hacía mediante lecturas de segunda mano (traducciones francesas, generalmente).

En 1922, apareció la primera traducción al castellano de la totalidad de la obra de Freud hasta ese momento, realizada por Luis López-Ballesteros y las prologó Ortega y Gasset. Si bien esto tuvo un cierto carácter legitimador, tampoco fue suficiente; durante años, la obra freudiana fue leída mediante traducciones. Además, como ya se ha mencionado, las revistas científicas tampoco se ocupaban extensamente de la difusión del psicoanálisis.

Hasta esta década y gran parte de la siguiente, el sector psiquiátrico, en su gran mayoría proviene de las clases altas, dominantes, recién a fines de los 30 comenzará el acceso de hijos de clases medias –en general, de familias inmigrantes–. Hasta ahí los psiquiatras provienen de familias acomodadas, y en muchos casos, tradicionalmente poderosas. Sin embargo, algunos de ellos se identificarán con posiciones de izquierda –incluso algunos serán militantes–, mientras que otros mantendrán, o incluso reforzarán su posición de clase, su inserción en las clases hegemónicas. Balán realiza, en su texto, una clasificación que quizá no es reduccionista: los psiquiatras de izquierda y los psiquiatras de “establishment” (Balán, 1991).

Esta diferente situación de clase, constituye una dimensión importante, en cada caso, en la forma en que realiza su particular lectura de Freud. El pensamiento psicoanalítico será puesto en relación de concordancia, o de choque, con el esquema ideológico y conceptual propio.

Los personajes del sector médico y psiquiátrico más relevantes en cuanto a una posición de interés frente al psicoanálisis en esta década serán –además de Ingenieros, por otra parte nada ajeno a este movimiento renovador–: Aníbal Ponce¹⁹⁵, Juan Ramón Beltrán, Nerio Rojas, José Belbey, Marcos Victoria, Gonzalo Bosch, Fernando Gorriti, entre otros. También hay que mencionar a Jorge Thenon, Gregorio Bermann, Pizarro Crespo, etc.

El inicio de la difusión del psicoanálisis (Juan Ramón Beltrán).

Juan Ramón Beltrán “descubrió” el psicoanálisis a partir de las conferencias del psiquiatra español Gonzalo Lafora, en 1923, quien intentaba una conciliación entre las

teorías de Freud y las concepciones católicas. En la misma línea, Beltrán, fundamentaría su aceptación del psicoanálisis en las tesis del pastor Pfister –un antiguo discípulo de Freud–, “el verdadero filósofo” del psicoanálisis.

A su primer artículo, en 1923, “La psicoanálisis al servicio de la criminología”, le siguieron muchos otros. Mantuvo siempre el género femenino para el término ‘psicoanálisis’. Con sus varias docenas de artículos, e innumerables conferencias, Beltrán se convirtió en el principal propagandista del psicoanálisis en Buenos Aires. Eso le convirtió en el autor cuantitativamente más importante hasta la fundación de la Asociación Psicoanalítica Argentina (en 1942). Era miembro adherente de la asociación de París, se vanagloriaba de haber sido el primero de difundir el psicoanálisis en Buenos Aires, así como de mantener comunicación con Freud, y sobre todo con Pfister.

Beltrán afirma que el psicoanálisis es una ciencia, aunque radica su validez en la naturaleza biológica del instinto y en el carácter trascendente y espiritual del amor; esta es su “traducción” particular de las tesis sexuales freudianas, a las que sería necesario desdibujar para no entrar en contradicción con la concepción católica. Así mantiene una fundamentación de tipo naturalista para aceptar el psicoanálisis, si bien en sus trabajos expresa un conglomerado ecléctico e incluso inconsistente. También en sus relatos clínicos aparecían mezcladas hipótesis psicoanalíticas con teorías psiquiátricas.

La disociación entre teoría y método, operación –hemos afirmado anteriormente– realizada por los críticos al psicoanálisis, sin embargo, no se redujo sólo a ellos, también desde la aceptación del psicoanálisis se realizaba esa disociación. Beltrán es un ejemplo de ello: afirma la eficacia clínica del método, pero no acepta las hipótesis fundamentales. Esta forma de aprehender las ideas psicoanalíticas está en la base de la conjunción abigarrada tanto en su elaboración conceptual como en sus recursos terapéuticos (Beltrán, 1928).

Puede mencionarse, a modo ilustrativo, un caso clínico en que se relata la presentación de un caso criminal (un pastelero de nacionalidad suiza que asesinó a su ex jefe en el Plaza Hotel de Buenos Aires), en la que utiliza para el diagnóstico la teoría del complejo de Edipo y los estigmas orgánicos de la degeneración (Vezzetti, 1989, pág. 32).

¹⁹⁵ Aunque si bien Ponce no concluyó sus estudios de medicina, eso no fue obstáculo para que se

Sin embargo, si bien su conceptualización no fue muy lograda –su intento era armonizar ciencia natural, religión y psicoanálisis–, sí lo fue la difusión que hizo del psicoanálisis –aunque fuera mediante una versión vulgarizada–, y también sus posiciones frente a la cuestión del análisis profano. Defensor del psicoanálisis médico, creía que era el único que podría detener el avance de las psicoterapias profanas. Más aún, la cuestión del análisis profano sería uno de los motivos para que Beltrán no formara parte del grupo fundador de la APA.

Parecen evidentes las razones de conveniencia personal en mantener esa posición crítica frente al análisis profano, y en una versión simplificada y atenuada de la terapia analítica: sus pacientes provenían de sectores acomodados y católicos que rechazarían el psicoanálisis estrictamente freudiano, y además, valorizarían el tratamiento en la medida que fuera algo específicamente perteneciente al campo médico.

Sin embargo, y más allá de esas consideraciones obvias, Beltrán era uno de los pocos que se llamaba a sí mismo psicoanalista, y su crítica al análisis profano –en contra de las opiniones de Freud– parece deberse, además de una defensa corporativa, a una oscura percepción de que la sexualidad a la que se referían los textos freudianos sería un instrumento “peligroso” en manos no médicas: sólo éstos garantizarían su “asepsia” en la medida que cumplieran con su cometido médico.

También a través de los artículos y conferencias de Beltrán se hacía evidente una dificultad importante para el psicoanálisis médico. El aprendizaje del psicoanálisis, a diferencia de cualquier otro método terapéutico, exige psicoanalizarse, lo que implica que sólo hay dos –analizando y analista–, no puede “mostrarse” o hacerse una “presentación clínica”, algo usual en Medicina. Esta dificultad en cuanto a la enseñanza a los médicos, era un apoyo –aunque no explícito– a las tesis del psicoanálisis “silvestre”.

desempeñara en funciones médicas.

Primer psicoanálisis clínico en Argentina (Fernando Gorriti).

Las tesis freudianas encuentran un reconocimiento considerable en los trabajos de Fernando Gorriti, que se interesó tanto en la clínica psicoanalítica como en el análisis de fenómenos de la cultura y la vida cotidiana.¹⁹⁶

Su artículo “Reparos al Complejo de Edipo”, de 1926 constituye una muestra del tipo de lectura y análisis de la obra freudiana que se podía realizar en ese momento. También muestra con claridad los recursos teóricos –y los esquemas de referencia previos– con que se contaba para incluir las nuevas tesis freudianas en el corpus previo –psiquiátrico.

Gorriti aclara en el inicio del artículo que no es su intención realizar una crítica a la doctrina de Freud, aun cuando el título pueda sugerirlo, antes bien, manifiesta una profunda admiración por “el sabio psiquiatra vienés”, y una posición de respeto: “la pléyade ilustre de discípulos y adeptos que ella [la doctrina] ha suscitado en todas las partes del mundo, a la vez que constituye toda una consagración obliga al respeto aún a los más incrédulos” (Gorriti, 1926, pág.158). Aún así, Gorriti quiere evitar los excesos y entusiasmos desmedidos que ha suscitado la doctrina de Freud, llevándola a veces, a “interpretaciones fantásticas” o a “disquisiciones literarias”, que poco servirían para su utilización clínica.

Como punto de partida, Gorriti reconoce sin ambages la extrema dificultad en cuanto a utilizar el psicoanálisis: exige un riguroso estudio, una extensa aplicación, pero sobre todo una capacidad específica para realizar la tarea analítica. El texto del autor es ilustrativo de esta especificidad del psicoanálisis: “Se me ocurre que no todos los médicos que hablamos de estas cosas estamos en condiciones de hacer uso de su empleo; en primer lugar, porque se necesita un largo y concienzudo estudio previo, también de larga y paciente aplicación después; y luego, más que todo, un tino, una habilidad, diríamos, propia, para saber conducir por el delicado andamiaje del psicoanálisis; así como no todos los cirujanos son igualmente buenos operadores, ni todos los obstétricos excelentes maestros en el arte, etc., así también no todos los que han puesto en práctica la famosa

¹⁹⁶ En el Estudio Introdutorio a la antología de textos realizado por Vezzetti (1989) se menciona a este autor como emblema del inicio del psicoanálisis clínico en Buenos Aires. Utilizaremos pues, su análisis, a pesar de no poder contrastar la totalidad de los textos a que se refiere.

doctrina se encuentran igualmente capacitados por deficiencia de sus propias cualidades en este sentido, por más que el estudio pueda suplir en mucho lo que *natura non dat*; de aquí el origen, también, supongo, de opiniones contradictorias en sus resultados curantes” (pág.159).

Gorriti menciona el reconocimiento que ha ido logrando el psicoanálisis en Francia –por parte de los “mentalistas franceses”–, y entre otros destaca a Henri Claude y la aceptación, con recursos, que este psiquiatra hace del psicoanálisis, tanto desde el punto de vista diagnóstico como terapéutico. También registra la posición poco favorable de Kraepelin –en Alemania– y la crítica de Morselli –en Italia–. Desde esta posición, que incide en los progresivos reconocimientos que va logrando el psicoanálisis en la psiquiatría, Gorriti reseña las menciones a Freud en Argentina: una tesis doctoral de 1913 sobre Psicoterapia, a cargo de Luis Bonavia, donde se preconiza su empleo en algunas formas mentales; la comunicación de Luis Merzbacher, de 1914 (artículo comentado anteriormente) que abogaba por el uso del psicoanálisis; y el trabajo del profesor Rojas “La histeria después de Charcot”, presentado en 1925 en la Sociedad Médica Argentina, donde se presentaba al psicoanálisis como “doctrina entre científica y pornográfica” aunque no obstante se le reconocía alguna utilidad en psiquiatría.

Frente a estos antecedentes, de diverso sentido –tanto de aceptación clara como de crítica–, Gorriti expone sus tesis acerca del alcance y consistencia de las hipótesis freudianas. Luego de exponer detalladamente la leyenda de Edipo, a través de la tragedia de Sófocles, Gorriti se centra en el ‘Complejo de Edipo’, al que considera el núcleo vital de la doctrina de Freud. Así, afirma que “se entiende por complejos al conjunto de agrupaciones de recuerdos, acontecimientos, representaciones, ideas o sentimientos, provistos la mayoría de ellos de una carga afectiva considerable, que han tenido o tienen gran importancia para nosotros, pero que siendo contrarios al sentido moral o a los intereses del sujeto, han sufrido un confinamiento o rechazo en el inconsciente, para evitarnos un conflicto penoso” (pág.163).

Y el complejo fundamental será el ‘Complejo de Edipo’ que implica “el conjunto de sentimientos experimentados por el niño, desde la edad de dos a cinco años, hacia sus padres, a base de la leyenda de Edipo; [...] sintiendo la niña una atracción natural hacia el

padre, y el niño hacia la madre, con sus complementos indispensables de odio, en mayor o menor grado, para con el del mismo sexo, obedeciendo así a la ley biológica de la atracción de los sexos distintos” (pág.163). Habrá formas y grados variables según el niño, y cuando la evolución es normal, se ‘trasladan’ esos sentimientos en su esposa o esposo; este ‘traslado’ puede ser más o menos completo, dando lugar también las diferencias caracteriales, y fundamentalmente, ser motivo de diversas complicaciones en la vida de los individuos.

A partir de aquí, Gorriti menciona una larga serie de “reparos empíricos” al concepto freudiano del complejo de Edipo. Desde observaciones simplistas que consideran a los niños en cierto estado de indiferenciación sexual o de ‘inocencia’ –grupos de niños y de niñas, en las escuelas–, a constataciones claras que muestran a los adultos como promotores del acercamiento (sexual) a los niños y no al revés (“son los hijos los que se ven primera y permanentemente solicitados por el afecto de sus padres”).

En un análisis del narcisismo relativamente amplio, Gorriti insiste en que los sentimientos, en su origen, no están en el niño, sino que provienen de los padres y más particularmente, de la madre. Por el lado del padre, constata que sus exigencias son diferentes si se trata de un hijo o de una hija.

Por otra parte, si se consuma el incesto se evidencia que son los padres los inductores, que aparecen como casos de “degeneración”, ya que existe una “ley natural de repulsión sexual entre padres e hijos”. Así, Gorriti se mantiene en la tradición doctrinaria de la degeneración: “Muy lejos de la ley de atracción de sexos de que nos habla Freud, ya a la edad de cinco años, más o menos, nosotros vemos, al contrario, una repulsión bien clara, precisamente por razones de la propia constitución que se va diferenciando en ambos sexos desde la edad señalada” (pág.168) Y en una línea argumental muy consolidada, concluye afirmando: “Si esta ley natural de repulsión sexual entre padres e hijos no existiera, no habría sanción moral ni ley humana capaz de impedir la acción de la fuerza irresistible que la naturaleza impone en sus más apremiantes necesidades” (pág.169).

A partir de referencias a casos de incesto y su consideración como excepcionales, lo que permite adjudicar esas situaciones a “degenerados morales”, se evidencia el lugar otorgado al ‘Complejo de Edipo’: Gorriti afirma que existen conflictos que toman a veces

las formas de ese 'complejo', pero que eso no permite deducirlo de inclinaciones de la primera infancia; en todo caso, y en base a su experiencia clínica, afirma que esos conflictos, cuando aparecen, lo hacen desde la pubertad o la adolescencia. En otras palabras, el concepto freudiano de complejo de Edipo es hecho equivalente al de incesto, derivado éste a su vez de una patología degenerativa. Así, se establece la separación entre teoría y método: el nivel conceptual será reducido a su mínima expresión, y el método terapéutico reivindicado para diversos tratamientos.

En cuanto al método terapéutico, Gorriti postula la aceptación del psicoanálisis y sus considerables beneficios clínicos. En el artículo relata un caso clínico atendido por él mismo, un hombre de 30 años, con rasgos paranoides, al que caracteriza como psicótico; menciona diversas fantasías incestuosas, que aparecen como un "conflicto moral" para el enfermo. El autor otorga un gran valor al hecho de que el paciente exprese todas estas ideas y sus sentimientos asociados: la catarsis mediante una suerte de confesión: "Con la sola referencia de estos hechos, lo que he conseguido después de muchos días de insistir pacientemente y no sin tener mis momentos de temor al fracaso, dada la resistencia que al principio oponía el enfermo, he observado un alivio bien manifiesto en su estado de ánimo, que clínicamente podríamos considerarlo como muy mejorado de su estado mental; desaparecieron sus celos, sus temores, al hacerle rectificar poco a poco los hechos de su vida anterior y que abrumaban su conciencia, sin darse cuenta que en ello radicaba el punto de partida de su psicosis; de su niñez, no recuerda absolutamente nada que pueda considerarse en la existencia de *complejos* rechazados después en el inconsciente" (pág.171).

También considera Gorriti el aspecto transferencial de la situación: "...he observado en nuestros grandes establecimientos nosocomiales que la simple vida de disciplina que se impone en ellos a los insanos basta en muchos casos para hacerlos aparentar mejorados de su enfermedad mental, y que, colocados por sus familias de nuevo en el medio ambiente ordinario, en el acto se presentan con toda evidencia otra vez sus síntomas mentales, diríamos, apagados, por el asilo..." (pág.171).

Y en cuanto a la presencia del médico: "...en el examen mismo del alienado, [...] la simple presencia del médico en muchos insanos hace que vuelvan momentáneamente a un aparente

estado normal, respondiendo con bastante corrección al interrogatorio; también puede ocurrir lo contrario; pero, al volver a su alojamiento habitual, en el acto aparecen los síntomas mentales de que es verdaderamente presa. Tal es la influencia, la acción moral que ejerce sobre el alienado, muchas veces, la sola presencia del médico” (pág.171).

Este valor de la transferencia es tomado en toda su potencia: “¡Cuántos procedimientos impropios, hasta acciones delictuosas, no se evitarían, si se consiguiese una confesión a tiempo, a otras personas sensatas, de los diferentes estados del ánimo que hacen su explosión a veces en forma tan desastrosa!” (pág.172). Parece evidente que Gorriti reconoce el valor de la transferencia, incluso puede decirse que apunta a una cierta idea de transferencia institucional, o lo que es lo mismo, a ciertos beneficios derivados del encuadre institucional.

Y concluye con una indicación sobre el posible uso del psicoanálisis: “Y si esto ocurre en la vida corriente normal, o en la de los asilos anotados anteriormente, es de suponer cuán beneficioso no sería la aplicación del *psicoanálisis* de Freud en algunas formas mentales, no obstante los reparos que hemos formulado al *complejo de Edipo*, desintoxicando al maloliente de sus venenos morales y empobreciendo en lo posible su material delirante” (pág.172).

La operación de lectura que realiza Gorriti es compleja: por una parte, reconoce el beneficio que viven los pacientes cuando pueden expresar sus ideas atemorizantes, y asimila el método psicoanalítico a “una confesión a tiempo”, mientras que por otra cuestiona en su propia fundamentación las tesis freudianas –complejo de Edipo, narcisismo, sexualidad infantil–. Esta crítica a la teoría, que sin embargo es reconocida en tanto se presenta en los relatos de los pacientes –fantasías neuróticas– y en el propio desarrollo terapéutico –las diversas manifestaciones transferenciales– se simultanea con la valoración del método terapéutico. Como se ha visto anteriormente –en relación a otros autores–, se asiste a la separación entre teoría y método aunque esta vez de una manera diferente: ahora consiste en llevar las teorías psicoanalíticas a su aplicación clínica.

La valoración que hace Vezzetti parece estar justificada: “No deja de ser contradictoria la coexistencia de esa afirmación doctrinaria de la etiología degenerativa con el reconocimiento del valor terapéutico de un recurso psíquico, asimilado al modelo de la

confesión católica. En todo caso, probablemente expresa los primeros signos de la crisis de ese paradigma etiológico y nosográfico y anticipa la temática, propia de las décadas siguientes, de la ‘psiquiatría dinámica’” (Vezzetti, 1989, pág.35-36).

En 1930 Gorriti publica un libro “Psicoanálisis de los sueños en un síndrome de desposesión”, que lleva como subtítulo: “estudio psicosexual freudiano de setenta y cuatro sueños de un alienado que terminó por curarse de este modo”.

A continuación transcribimos parte del análisis realizado por Vezzetti, que abunda en la línea anteriormente expuesta: “El libro expone un caso clínico mediante la transcripción cronológica de una larga serie de sueños que el paciente pone por escrito, a solicitud del médico, y comenta luego con él. Frente al trabajo de su paciente, que literalmente sueña para él, Gorriti toma la posición de un investigador tolerante y prolijo [...] No se trata solamente de la ‘confesión’ en la conciencia de los deseos infantiles, sino de que tal emergencia de su pasado sexual se exprese de modo directo en el sueño. En efecto, como resultado de esa enorme producción onírica –la mayor parte explícitamente sexual– en el marco de una transferencia que Gorriti es capaz de advertir, aunque no sabe qué hacer con ella, ceden los síntomas delirantes. El paciente ‘sueña directamente’ el contenido de sus deseos sexuales y la satisfacción de una fantasía no disfrazada (o sea, la coincidencia del contenido latente con el contenido manifiesto según el modo infantil) explica, para Gorriti, la remisión sintomática” (pág.36-37). Por lo tanto –concluye Vezzetti–, “puede decirse que Gorriti produce el primer psicoanálisis clínico del que se tenga noticia en Buenos Aires” (pág.37)

También es destacable el uso que Gorriti hace de nociones provenientes del psicoanálisis más allá de la clínica, en oposición a los cuestionamientos que justamente centraban su ataque en esa extensión al mundo de la literatura y de la vida cotidiana. En la revista *La Semana Médica*, en 1929, realiza un ejercicio de crítica literaria que toma como objeto un drama de pasiones, incesto y suicidio de Vicente Martínez Cuitiño.

Finalmente, en 1932 dedica un artículo a la psicopatología de la vida cotidiana. Y con el propósito explícito de enfrentar las resistencias de sus colegas a admitir la existencia del inconsciente, intenta probarlo mediante ejemplos propios y ajenos de lapsus y actos fallidos. Y dedica gran parte del artículo a investigar un tema que le apasiona: los dibujos y

escritos pornográficos en los baños de Buenos Aires. Y si bien el tema no era enteramente novedoso, ya que Lombroso se había ocupado de él en las cárceles, es original en su elección del material al trasladar el objeto de su investigación a los baños de facultades y colegios y contrastarlos, en parte, con los de cabarets y cementerios. (Vezzetti, pág.37-38).

Es interesante mencionar que los trabajos de Gorriti serán mencionados, años más tarde, por Garma, quien admitiría la influencia de este autor en su interés por el análisis de los sueños. También hay que destacar que esta ‘influencia’ temática puede ampliarse hasta el mismo Pichon-Rivière: la psicología de la vida cotidiana será una temática común. Puede verse el texto de Pichon-Rivière y Ana Quiroga, “Psicología de la vida cotidiana” (1966-67).

(Lectura) (captura) por la literatura.

La década del 30.

En estos años Argentina conocerá una de sus grandes crisis, tanto en términos económicos, como culturales y en la conciencia social. Se da un brusco avance de la pobreza y una fuerte depauperación de la clase obrera, con consecuencias nefastas.

Existe un clima de corrupción generalizado, alrededor de los círculos de poder económico y administrativo. Clima de corrupción que llega a las costumbres, a las relaciones sociales más simples (algo que fue expresado magistralmente por poetas populares, a través de innumerables letras de tango).

En el ámbito cultural se trata de una época confusa, la crisis de valores y expectativas es profunda, y la búsqueda de formas de comprensión, incesante. No es ajena la Argentina al proceso europeo, llegan fuertes ecos de la guerra civil española y del avance del nazismo, que anticipa la segunda gran guerra. Fue denominada Década Infame (si bien el término es demasiado sonoro, hay acuerdo en que no se aleja de lo que realmente sucedió).¹⁹⁷

¹⁹⁷ Puede verse el texto de Cristián Buchrucker, “Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)” (1987), donde se analiza esta época de crisis en Argentina.

Sin embargo, excede los límites de este trabajo –y los del autor– dar cuenta de esa época de Argentina. Baste señalar –o mejor dicho, recordar– que las referencias a fechas y situaciones que se realicen, lo serán en la medida que parezcan pertinentes para el objeto que nos ocupa: la entrada y difusión del psicoanálisis en Argentina, y en ese contexto, la gestación de lo que se ha denominado “corriente grupalista”, a través del seguimiento de su modelo fundamental: los grupos operativos.

Divulgación del psicoanálisis en los años 30.

Hacia los años 30 se dan algunas orientaciones (o referencias) que despegan a Freud del dispositivo psiquiátrico para atender a su significación cultural. Se acentúa, gradualmente esa reubicación de Freud como figura intelectual, algo que por otra parte, viene a legitimar que se ocupen de él también los que no son médicos. Si bien el predominio de esa orientación es una consideración centrada en los temas clínicos y psicoterapéuticos, es evidente que su lectura, más allá de la valoración que se le atribuya, parte de tomar a Freud como un pensador definitivamente incorporado al panorama del pensamiento contemporáneo.

En esta década continúa la apropiación de Freud por parte de la psiquiatría –con los distintos registros de lectura que hemos visto–. Sin embargo, también comienza a haber referencias sólidas que lo van despegando de una apropiación exclusivamente psiquiátrica.

Freud es considerado, progresivamente, como un pensador definitivamente incorporado al pensamiento de la época –concomitantemente con lo que sucede en Europa y en EE.UU.–. Si bien los temas más considerados son los clínicos y psicoterapéuticos, las ideas de Freud comienzan a ser conocidas por los no médicos.

En 1922 se había traducido al castellano la obra de Freud, si bien ésta no era de gran circulación, ni siquiera en el estamento psiquiátrico; se utilizaban traducciones francesas.

En los 30 la situación cambiará profundamente. Por una parte, la producción escrita del movimiento psicoanalítico internacional ya es considerable, las asociaciones psicoanalíticas de varios países van acumulando fondos bibliográficos de sus propios miembros bastante considerable.

Por otra parte, la literatura de divulgación ocupa un lugar destacado en esta difusión de las obras de Freud, se asocia a Freud a las nuevas ideas y al proceso de cambio, tanto de la ciencia como de las costumbres. En estos años aparecen publicaciones de gran difusión, a cargo de la editorial Tor, que junto con la editorial Claridad, y emparentadas ambas en una clara sintonía con el anarquismo, impulsan un proyecto editorial que intenta difundir en las clases populares información de calidad.

Así, desde 1935 y durante casi una década, Tor publica, la colección “Freud al alcance de todos”, dirigida por J. Gómez Nerea (posiblemente un seudónimo; se ha dicho que se trataba, del poeta peruano Alberto Delgado, residente en Argentina). Allí se transcribía textos de Freud (desde la traducción de López Ballesteros) con textos producidos por el propio editor. Se trata de una versión que elogia el “pansexualismo” y lo articula con temas y autores de la antigua psiquiatría, en relación con la herencia, y la sexología. El eje es la divulgación sexológica, un género bien establecido ya en esos años.¹⁹⁸

Una versión popularizada del psicoanálisis se iba divulgando a través de múltiples títulos, provenientes de otros países, algunos escritos en Argentina misma. Se trataba de manuales de divulgación sexológica –destinados a orientar sobre el matrimonio, la vida sexual, etc.– (Balán, 1991, pág. 68). Lo que se denominaba “cambio de las costumbres”, y que implicó un cierto discurso renovado alrededor de la moral y la sexualidad, tomaba forma a través de la literatura de divulgación (fue principalmente la Editorial Claridad quien se abocó a esa tarea), al lado de una profusa extendida divulgación de los clásicos de la literatura, que aparecían mezclados con esta literatura divulgativa. En 1933, la misma editorial Tor había publicado la biografía de Freud escrita por Stefan Zweig, que fue ampliamente divulgada.

Por último, hay que mencionar a Béla Székely, un refugiado húngaro que arribó a Argentina en 1938, que produjo varios textos, a través de la editorial Claridad (la famosa

¹⁹⁸ La colección constaba de diez volúmenes, cada uno de los cuales llevaba el nombre de Freud y alguna referencia a la sexualidad. Los títulos: Freud y el problema sexual; Freud y los actos maniáticos; Freud y el chiste equívoco; Freud y la histeria femenina; Freud y las degeneraciones; Freud y los orígenes del sexo; Freud y el misterio del sueño; Freud y la perversión de las masas; Freud y su manera de curar y Freud y la higiene sexual (citado en Balán, 1991, pág. 68 y Vezzetti, 1989, pág. 39-80).

colección “científico-sexual”). Ya en esa época, la producción de textos psicoanalíticos se había consolidado, y las lecturas provenientes de la asociación internacional comenzaban a tener su peso (en esos años, Garma ya enviaba artículos a diversas revistas argentinas). Puede reseñarse que, cuando Marie Langer tuvo que estudiar psicoanálisis en Argentina, recurrió a la biblioteca de Béla Székely, donde encontraba desde las obras de Freud en alemán, como las traducciones de la misma y muchos otros autores del campo psicoanalítico.

Muy probablemente, el mismo Pichon-Rivière haya comenzado su andadura psicoanalítica –su “iniciación”– con cualquiera de estos textos (probablemente la colección de Gómez Nerea), si se atiende a la forma –un tanto “novelada”– en que el mismo Pichon lo ha relatado. “Revistas que hablaban de sexo”, libros escondidos en algún colegio, el portero de un prostíbulo en un pequeño pueblo del norte argentino, etc. Más allá de la verosimilitud de ese relato, es innegable la conexión que Pichon hace entre sus inicios al psicoanálisis, sus primeras lecturas, y esta forma “popularizada” de divulgación. Incluso su propia relación con Arlt y el mundo cultural marginal porteño también habrían favorecido esa “lectura”.¹⁹⁹

En cuanto a la literatura y el posible impacto que ésta sufriera por la expansión del psicoanálisis, también hay que destacar lo atípico del caso argentino. En Europa, desde los años 20, habían sido los grupos de vanguardia estética –por ejemplo, el surrealismo– los que habían realizado el primer gran impulso a favor de la aceptación de las teorías psicoanalíticas. Sin embargo, en Argentina no sucedió lo mismo. Por el lado de la literatura, si la “novedad” freudiana produjo un fuerte y sostenido impacto en algunos sectores de la psiquiatría, no ocurrió lo mismo en el campo literario –con la salvedad de que en los 30 ya no era una “novedad”, sino un pensamiento que se iba incorporando al conjunto social, en sus versiones popularizadas–. Será recién en los años 50 cuando el psicoanálisis ocupe un lugar sólido en ese ámbito.

En todo caso, y como prueba de su excepcionalidad, hay rastros de ello en los textos de Roberto Arlt, una literatura compleja, que ha pasado por diversas pruebas de

¹⁹⁹ Una exposición detallada puede verse en los capítulos 9 y 10.

“valor”: desde denostado como erotismo vulgar, a literatura de una riqueza y complejidad magistrales.²⁰⁰

En la literatura consagrada, sin embargo, la recepción de Freud oscilaba entre la reticencia o la desvalorización. Las revistas literarias “clásicas”, como *Nosotros* o la hegemónica por varias décadas, *Sur*, prácticamente no se habían ocupado del psicoanálisis, con la notable excepción de un artículo publicado por *Sur*, en 1936 al cumplirse los 80 años de Freud y sucederse los actos de homenaje.

Esta relación entre las ideas psicoanalíticas y su difusión, sea mediante la letra escrita o hablada, es compleja, y da cuenta de la estrecha y compleja articulación que se establece entre el lenguaje y la dimensión a que apuntan las nociones freudianas, el inconsciente. Cura por la palabra, tal es la forma en que ha podido ser descripta la terapia analítica, lo cierto es que el “diálogo” psicoanalítico, la circulación de la palabra, el acceso a la verdad a través de la palabra que falla, etc., constituyen referencias particulares a aquello que el psicoanálisis intenta explicitar. Así, la propia difusión, la forma en que alguien accede, se acerca, se interesa por el discurso psicoanalítico –del tenor que sea– difiere de las formas comunicativas clásicas del conocimiento científico, e incluso de los conocimientos herméticos. La difusión del psicoanálisis parece haber sido otra, diferente.

Las consideraciones del texto de Vezzetti, realizadas a partir del análisis de Moscovici en “El psicoanálisis, su imagen y su público” (1979) son suficientemente reveladoras: “El psicoanálisis como discurso y como fenómeno cultural estableció una relación con su público, básicamente lector, que difería de los cánones establecidos de transmisión y circulación de las obras científicas. Esto fue señalado más de una vez como uno de los factores de distorsión y falseamiento de su validez para los especialistas. Si los tópicos de la sexualidad y la promoción del inconsciente han sido –como lo señaló Freud– los blancos de las mayores resistencias, esa modalidad de difusión abierta en la cultura, que afectaba los fueros y las reglas de la corporación científica en general y médica en

²⁰⁰ Existen algunos estudios alrededor de esta temática entre literatura y discurso psicoanalítico, referidos a Roberto Arlt, si bien toman una línea interpretativa que enfatiza los procesos traumáticos y tóxicos. Puede verse el texto de David Maldavsky, “Linajes abúlicos. Procesos tóxicos y traumáticos en estructuras vinculares” (1996). Hay también un excelente texto de Oscar Masotta, “Sexo y traición en Roberto Arlt” (1965).

particular, contribuyó a la consolidación de obstáculos propiamente institucionales en los medios académicos”. Y “Cuando a esa valoración negativa de la relación directa con el público se hacía coexistir el reconocimiento de un impacto cultural que, al renovar el interés por los temas de la psicología, promovía el crecimiento de la disciplina, lo cierto es que entre el psicoanálisis como discurso y saber teórico y ese cuerpo de opiniones y “representaciones sociales” se estableció una conexión ambigua, cuando no una franca disociación” (Vezzetti, 1989, pág. 43-44).

Parece clara la opinión del autor citado en cuanto a la conexión ambigua, contradictoria, entre el discurso psicoanalítico, en tanto corpus teórico y técnico, y ese mismo discurso psicoanalítico como parte constitutiva –con mayor o menor peso– de la ideología, de las representaciones sociales, de los esquemas de referencia de los diversos sujetos, o grupos.

La crítica literaria.

(Una presentación erudita de crítica literaria psicoanalítica) Con el carácter de excepcionalidad que hemos señalado, hay que tener en cuenta algunos exponentes de la forma en que se comenzaba a dar, de forma incipiente, la lectura de la obra freudiana desde el campo de la literatura. Puede verse una presentación erudita de crítica literaria psicoanalítica en un artículo en la revista Sur, a mediados de la década del 30.

Guillermo de Torre, cuñado de Borges, escribe en Buenos Aires – en 1936– el primer trabajo que se propone indagar la relación de Freud con la literatura. El trabajo está realizado con un estilo brillante, propio de alguien para el que la expresión literaria, aunque sea una reseña, cobra todo su valor.

La oportunidad del artículo, publicado en la revista Sur, se debió a la respuesta a un pedido de adhesión de un conjunto de intelectuales (Thomas Mann, Romain Rolland, Jules Romain, H.G. Wells, Virginia Wolf y Stefan Zweig), que impulsaban un acto internacional de homenaje al maestro vienés. Es interesante la mención que hace el autor ante el secreto con que se realizó el reconocimiento (se preparaba una sorpresa a Freud), y lo contrasta con el fasto y la ampulosidad de muchos otros homenajes, en muchos lugares, al igual que en Argentina (fiesta oficial, banquetes, discursos académicos) Y afirma que frente a eso, el

único rasgo conmemorativo de su octogenario habrá sido probablemente ese puñado de adhesiones recibidas silenciosamente en su hogar.

Señala la dignidad moral de Freud, su insobornable independencia intelectual, y citando las palabras que Nietzsche dijera sobre Schopenhauer, se refiere a la soledad que rodeó al maestro vienés, que luego atrajo a tantos, y se enfrentó con “verdades que parecían peligrosas porque descubrían oscuridades”. Se refiere a su radical descubrimiento: el inconsciente. Y concluye afirmando que de ahí deriva el “revolucionarismo no voluntario” que propugna la liberación del “individuo en cuanto conciencia”: “Revolucionarismo no voluntario sino fatalmente adherido a su obra y cómo ésta ha hecho más por la liberación que fundamentalmente importa –la del individuo en cuanto conciencia antes que como partícula social– que todos los sistemas subversivos” (De Torre, 1936, pág. 218).

A partir de considerar a la obra freudiana propia del campo de la literatura, De Torre propone que sería el lenguaje aquello que mejor cuadra con el psicoanálisis, lo cual parece claramente un anticipo de lo que años después aparecerá con tanta fuerza en el campo psicoanalítico: la relación profunda con el lenguaje.

Hay que señalar que si pocos años antes, la consideración del psicoanálisis como literatura era una descalificación (desde el Freud mero literato y no científico, al psicoanálisis como veleidad literaria, etc.) paulatinamente se va transformando en un gran valor (y De Torre es una muestra, no una excepción). De ahí en adelante, Freud quedará incorporado en una dimensión universal de la cultura (al lado de los Nietzsche, Schopenhauer, Shakespeare, etc.). El aspecto más destacable del artículo de De Torre se refiere a las relaciones que destaca entre el psicoanálisis y la creación artística (estética). Destaca la atención que otorgó Freud al análisis de obras de arte, a creaciones literarias, enumerando varias de ellas.²⁰¹

²⁰¹ “El delirio y los sueños en la ‘Gradiva’ de Jensen” y “Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci”. También menciona de Torre el análisis que realiza Freud del Moisés de Miguel Angel, el tema de los tres cofrecillos en el Mercader de Venecia de Shakespeare y un recuerdo de infancia en Poesía y verdad de Goethe.

De Torre encuentra en el sueño el elemento articulador entre el proceso creador –la creación literaria, en este caso– y la teoría freudiana; se trataría de cercar a esa zona casi inabordable, donde radicaría la génesis de la creación artística. Se refiere al sueño y al “sueño despierto” (ensoñaciones), planteando sus complejos deslizamientos. Y parafrasea a Freud (en “El creador literario y el fantaseo”, según la traducción de

También De Torre, evidenciando un conocimiento amplio de la bibliografía intenta mostrar la influencia de las ideas de Freud en la literatura, lo que llama el “influjo fecundante” del psicoanálisis sobre la creación artística. Desde los surrealistas como Bretón, que aproximan lo fantástico y lo real, a Thomas Mann, en la intersección entre vigilia y “sueño despierto”. Y a D.H. Lawrence, en quien la influencia freudiana sería más evidente aún (tanto en sus ensayos como en sus novelas). Y en un ejercicio de erudición, también menciona la operación inversa, el análisis crítico que se ha realizado desde el psicoanálisis.²⁰²

Por último, y nuevamente en un movimiento de anticipación, De Torre se referirá a la escritura automática –de algunos surrealistas– y al monólogo de Molly Bloom en el Ulises: “El extraordinario monólogo de Mary Bloom que cierra el Ulises de Joyce, ¿no pudiera pasar por el ejemplo más audaz y desvergonzado –cierto que en un plano de sublimación artística salvadora– de catarsis psicoanalítica sin ataduras lógicas ni represiones morales? (pág. 224).

Hay que señalar la agudeza del análisis que realiza De Torre. Su anticipación –el artículo es de 1936– no sólo se refiere a la relación de profunda imbricación entre el lenguaje y el psicoanálisis, sino a esta comprensión de la escritura automática y a Joyce, temática que ha constituido una de las últimas y fecundas elaboraciones conceptuales de Lacan, a fines de los 70, en el Seminario “Synthome”.

En una interesante comparación, Vezzetti apunta que han pasado solamente 9 años desde la primera “aplicación” del psicoanálisis a un texto teatral (Gorriti, en 1927) hasta esta presentación erudita de crítica literaria psicoanalítica.

Puede decirse que a partir de la década del 30 el psicoanálisis fue ocupando un lugar considerable en el campo cultural. Y ese desarrollo, como muchas veces sucedió con el pensamiento psicoanalítico, no es lineal, ni siquiera evidente, en sus alcances.

Amorrortu, “El poeta y los sueños diurnos, en Biblioteca Nueva), cuando éste se plantea si puede compararse al poeta como al “soñador en pleno día” y sus creaciones a sus sueños diurnos.

²⁰² Los estudios realizados por el psicoanálisis “aplicado” en relación con el arte y la literatura –a través de algunos literatos– han sido numerosos y prolíficos. De torre cita varias obras: René Laforgue, sobre Baudelaire; Marie Bonaparte, sobre E.A. Poe; Hans Sachs, O. Pfister y Otto Rank, que intentan precisar relaciones entre arte y psicoanálisis; Pfister, sobre el expresionismo.

El artículo de De Torre, en la revista Sur –que sería la revista hegemónica en el campo literario, y formadora de opinión de varias generaciones–, en un extremo, y en el otro, las obras de divulgación popular, más o menos rigurosas –según los casos–, junto con las publicaciones francamente pésimas, pero sin embargo distribuidas profusamente, pueden tomarse como signos de esa firme, aunque lenta, incorporación al campo de la cultura.

5.2. La psicoterapia.

Como hemos visto, José Ingenieros se encuentra entre los iniciadores de lo que después se llamará psicoterapia, con sus trabajos de acercamiento a la escuela de Charcot, y el intento de trasladar esas innovaciones a su consultorio privado. Propuso incluso que se abrieran consultorios externos en los hospitales, a fin de posibilitar el tratamiento hospitalario de las neurastenias, histerias y otras enfermedades mentales que no demandaban internamiento; pero su propuesta no fue seguida inmediatamente, aunque pasarían pocos años hasta que eso se realizara. Sin embargo, no se ocupó mucho más de estos problemas. Ya hacia el final de su vida, su interés clínico se refirió a la locura (escribe “La locura en la Argentina”).

La psicoterapia será el camino fundamental por el que las ideas psicoanalíticas se conviertan en algo de interés para la comunidad psiquiátrica, habida cuenta de su presencia relativa en el ámbito cultural, como se ha visto anteriormente.

En tanto que las tesis del alienismo –corriente dominante en la psiquiatría del siglo XIX– mantienen su vigencia, el interés por la vertiente psicoterapéutica del psicoanálisis en el campo de la psiquiatría tendrá poco desarrollo. En cuanto decae esa antigua concepción – la tesis de la degeneración– el interés por la psicoterapia y por el psicoanálisis comenzaría a tener cabida. A finales de los años 20, comienza el desarrollo incipiente del movimiento de la higiene mental. A partir de ese momento la llamada ‘psicología médica’, y la

psicoterapia comienzan a encontrar condiciones favorables para su desarrollo. En esa época la Liga Argentina de Higiene Mental inaugura sus consultorios externos.

Como se ha mencionado, es en la década del 30 cuando la sociedad argentina, inmersa en una crisis global, que abarcaba los valores, las costumbres y formas de vida, se encuentra en un proceso de asimilación de pensamientos e ideas que permitirán remontar ese deterioro. La difusión del psicoanálisis constituye un efecto, no muy lejano, de ese proceso. Y en un sentido también general, la demanda por la psicoterapia tomará cuerpo y un desarrollo considerable.

Médicos contra ilusionistas.

La psicoterapia que se practicaba en Argentina, desde comienzos de la década –y finales de la anterior– era a menudo practicada por personas no médicas, sin entrenamiento médico. El más conocido fue James Mapelli, un inmigrante italiano, con prestigio como ilusionista, quien desde 1925, hacía demostraciones públicas de hipnosis –técnica que había aprendido en Europa y en EE.UU.– en el teatro Coliseo de Buenos Aires.

Mapelli, que no era médico y provenía del teatro, aplicaba la hipnosis en su consultorio privado o en el domicilio de los pacientes; a menudo era consultado por médicos que no lograban curaciones en sus enfermos. Fue aceptado en el recinto de un hospital, en un consultorio externo del hospital Pirovano (en Buenos Aires) para tratar pacientes, hacer demostraciones y dar conferencias. A partir de ahí concentró sus actividades en el campo de la psicoterapia y creó un método que llamó “psicoinervación”.

Mapelli unía a su habilidad para sugestionar a los pacientes una gran sensibilidad clínica y una nada despreciable cultura psicológica, a pesar de carecer de formación específica. En *El Día Médico*, en 1928, relata la curación de una paraplejía funcional lograda en sólo nueve sesiones, mediante estímulos sugestivos cuyo poder reside exclusivamente en la fe, bajo la forma de un “credo” terapéutico.

Ya Charcot había establecido que la fe produce curaciones, y esa idea estaba presente en el tema de la sugestión propuesto por Ingenieros en 1904. Sin embargo, nadie había llevado tan lejos la pretensión de realizar una sistematización técnica –a partir de ese

poder– que siguiera los cánones de la medicina científica. Y Mapelli lo intenta con su método, en su libro “La psicoinervación”.

Lo más destacable de este intento, y que produjo diversas reacciones, residía en que se trataba de alguien que no era médico: Mapelli no lo era y además provenía del mundo de las ilusiones, del espectáculo. Sin embargo, más allá de la rigurosidad que Mapelli quiso imprimir a sus prácticas psicoterapéuticas, lo cierto es que pocos años después su consultorio en el hospital Pirovano fue clausurado: la razón de fondo era su carencia de título médico.²⁰³

A excepción de los casos comentados –los testimonios de Merzbacher, Gorriti, Mouchet, Beltrán y Mapelli – y algunos pocos más, casi no hay menciones que indiquen el uso de procedimientos psicoterapéuticos en esos años. Hay que destacar que en estos avatares, hasta cierto punto simpáticos, del origen y desarrollo de la psicoterapia en Argentina, no es irrelevante el caso que se ha relatado (de James Mapelli).

El fondo del asunto parece remitir a algo que va a transitar durante muchas décadas, –hasta el presente incluso– en el debate en torno al psicoanálisis: la relación entre el conocimiento objetivo –tenido por científico– y el conocimiento ilusorio –mágico, ilusorio, hermético, iniciático, etc.–. El psicoanálisis transita, indudablemente, de una a otra orilla, y además postula conceptualmente ese pasaje, condición no sólo para la cura, sino para el “verdadero” conocimiento. Su corpus teórico descansa en ese movimiento: desde la represión y los recuerdos encubridores, a la transferencia y la repetición.

El concepto de realidad, de realidad psíquica en Freud muestra esta complejidad. Incluso en los desarrollos de Lacan, y en la corriente que impulsa sus concepciones esto es fundamental: la especificación de los registros simbólico, imaginario y real, donde la dimensión de lo real es inaprehensible como tal, y sólo se puede percibir su presencia radical en momentos cruciales de un sujeto.

²⁰³ Puede verse el artículo de Ricardo Horacio Etchegoyen, “Estado actual de la psicoterapia en la Argentina”, 1963. También hay un artículo –nota necrológica– de G. Bermann, “James Mapelli”, en Revista Latinoamericana de Psiquiatría, I, 2, 1952, pág. 107-109, además del propio libro de Mapelli, “La psicoinervación: terapéutica psíquica”, Buenos Aires, El Ateneo, 1928. También las obras citadas: Balán, 1991, pág. 54-55; Vezzetti, 1989, pág. 50-51.

La pugna, no solo doctrinaria, sino también económica, será entre ilusionistas y médicos. Frente a las prácticas psicoterapéuticas realizadas por individuos no médicos –que sin embargo tenían gran predicación entre los pacientes, e incluso entre muchos médicos, en la medida que lograban “resultados” que para ellos eran inalcanzables–, se comenzaba a alzar la reivindicación médica, reclamando para sí, en forma exclusiva, esas nuevas técnicas.

De acuerdo a las referencias de la época, y a los diversos testimonios realizados, así como a los estudios sobre el tema, la figura de Juan Ramón Beltrán resulta ilustrativa de esta posición. Beltrán, en una exposición sobre psicoterapia y curanderismo ante la Sociedad de Medicina Legal y Toxicología, en 1936, defiende una actitud crítica hacia la psicoterapia realizadas por manos no médicas; en abierto contraste con la permisividad –también médica– que había habido con Mapelli.

Beltrán califica de curanderismo cualquier uso por parte de personas no médicas de las tres formas que reconoce como psicoterapia: sugestión, hipnosis y psicoanálisis. Incluso hace un llamamiento para que las autoridades persigan esas prácticas ilegales, refiriéndose a la sugestión y a la hipnosis. En cuanto al psicoanálisis, cree que no ha sido utilizado prácticamente fuera del ámbito médico.

En realidad Beltrán era uno de los pocos en llamarse psicoanalista en esos años, aunque daba prioridad a su condición de médico. Profesor de historia de la medicina y medicina legal en la facultad de Medicina, luego enseñaría psicología en Filosofía y Letras; fue miembro adherente de la Sociedad Psicoanalítica Francesa, mediante un trabajo sobre las aplicaciones del psicoanálisis a la criminología.

En cuanto a su práctica profesional, y la superposición que realizaba entre los diversos dispositivos clínicos a su alcance, es ilustrativa la descripción del texto de J. Balán: “En el diario La Nación aparecían regularmente avisos del ‘Sanatorio Psiquiátrico Beltrán para enfermedades nerviosas, mentales y toxicomanías, atendido por las Siervas de Jesús Sacramentado’; pero en la sección de profesionales del mismo diario, Beltrán anunció aparte, desde 1938, su consultorio privado de la calle Florida, agregando a la especialidad ‘nerviosas y mentales’ la palabra ‘psicoanálisis’ sin mayores explicaciones. Poco se sabe sobre lo que hacía cuando decía hacer psicoanálisis, ya que nunca escribió detalladamente

sobre sus casos, quizá para evitarse problemas como los que había tenido Ingenieros con sus pacientes privados y por la falta de experiencias de ese orden en instituciones públicas” (Balán, 1991, pág. 62).

La reivindicación corporativa no era gratuita, estaba estrechamente relacionada con la economía: la posibilidad de trabajar en torno a una demanda que, lentamente, iba creciendo, e implicaba a un sector de profesionales – que también iba en aumento– que comenzaba a dedicarse a ello. Esta situación polémica hará eclosión en las décadas siguientes –como veremos– pero está claramente esbozada ya. Y sus fundamentos no son sólo económicos, sino también doctrinarios.

Hay que destacar que Freud escribe el artículo “El análisis profano” en 1926²⁰⁴, y se suma así a esta polémica incorporando un elemento muy complejo para los médicos: afirmaba no sólo la validez de la práctica de los psicoanalistas sin ser médicos, sino que había planteado que la medicina misma, representaría una de las grandes resistencias al psicoanálisis.

Es importante destacar la defensa del análisis profano que hace Freud, pues si por una parte viene a complicar las posiciones alrededor de la psicoterapia, significará, pocos años después, una variable fundamental en el momento de la institucionalización del psicoanálisis: la cuestión de admitir o no a futuros psicoanalistas que no sean médicos.

La psiquiatría de izquierda, impulsora de la psicoterapia.

Puede decirse que en la década del treinta el interés por la psicoterapia es creciente, tanto por el lado de la demanda de los potenciales pacientes, como por los profesionales. Sin embargo, ya no se trata sólo de incorporar un recurso terapéutico a un dispositivo institucional ya establecido –la psiquiatría– sino de darle un alcance mayor.

La cuestión de la psicoterapia será impulsada por un núcleo de psiquiatras de izquierda, que promueve tanto su utilización como la búsqueda de formas de aprendizaje,

²⁰⁴ Ya el subtítulo del artículo es indicativo de la intención de su autor: “Psicoanálisis y medicina. Conversaciones con una persona imparcial”. Ese año, Teodor Reik, un destacado psicoanalista no médico fue acusado en Viena de práctica ilegal de la Medicina. El artículo de Freud resume la defensa del análisis realizado por no médicos.

es decir, de estudio y entrenamiento específico. Además, apuntan a una transformación del paradigma psiquiátrico hegemónico. En este núcleo destacan los aportes de Jorge Thenon, Gregorio Bermann y un colectivo de psiquiatras nucleados a su alrededor y de la Revista Psicoterapia, Emilio Pizarro Crespo y algunos más. También realizarán aportes específicos, si bien desde posiciones ideológicamente diferentes y menos progresistas, otros personajes importantes: Marcos Victoria, Gonzalo Bosch, entre otros.

Jorge Thenon.

Jorge Thenon se interesó por las posibilidades que ofrecía el psicoanálisis para la renovación de la práctica psicoterapéutica. Hacia 1927 –apenas recibido de médico– realizaba experiencias con hipnosis y sugestión, y afirmaba el valor de la psicoterapia en la “medicina práctica”, y proponía una primera diferenciación entre las técnicas “sintomáticas” y las “técnicas profundas” –donde incluiría la psicología de Adler y el psicoanálisis freudiano– especificando que sólo deberían ser empleadas por especialistas, psiquiatras psicoterapeutas. Thenon buscaba arribar a una fundamentación científica de las técnicas utilizadas por Mapelli y otras similares, para lo cual esperaba que la neurología permitiese demostrar la vinculación entre los procesos mentales y las actividades cerebrales.

En base a esta idea de buscar las conexiones entre la biología y el psicoanálisis –el mismo Freud nunca abandonó totalmente esa pretensión–, Thenon elabora su tesis doctoral en 1930, mediante una exposición sistemática y rigurosa de la teoría psicoanalítica. Envío su tesis, titulada “Psicoterapia comparada y psicogénesis” a Freud, y recibió de vuelta una carta elogiosa del mismo Freud, que le proponía publicar un resumen de su tesis en la Revista Internacional de Psicoanálisis (Thenon, 1930, pág. 213).

Su hipótesis era que “la medicina científicista” ha sobrevalorado la dimensión somática de la patología y no ha tomado suficientemente en cuenta los factores psicógenos, y por eso tenía dificultades en incorporar las psicoterapias a su arsenal curativo. Este punto de vista era opuesto al expresado por Ponce, y cercano al de Mouchet, aunque todos ellos confiaban en la ciencia como instrumento fundamental de conocimiento.

Al igual que otros autores, Thenon muestra, en su tesis, una actitud integradora de diversas perspectivas, que afirma las relaciones entre soma y psiquis, e incluirá en su exposición la reflexología, el conductivo y la cuestión de lo constitucional. La teoría psicoanalítica será abordada desde una lectura que enfatiza lo evolutivo.

Algo destacable en la tesis de Thenon es la rigurosa presentación de las diversas técnicas psicoterapéuticas, desde la sugestión y la hipnosis hasta el psicoanálisis freudiano y las escuelas ‘disidentes’, Adler y Jung. En su trabajo, el autor expone un historial clínico que permite apreciar un encuadre que reúne rasgos típicos del procedimiento hipnótico – como el oscurecimiento del consultorio– con condiciones precisas del método psicoanalítico: actitud pasiva, frecuencia de dos o tres veces por semana, posición ligeramente detrás del paciente, aunque sin empleo del diván (Vezzetti, 1989, pág. 54).

En el capítulo de la tesis dedicada a Freud, “Contribución al estudio psicoanalítico del sueño en las neurosis” –publicada por la Revista de Criminología– (Thenon, 1930), realiza una extensa y prolija exposición de la teoría y la técnica de la interpretación de los sueños. Aunque sea algo extenso, es pertinente realizar un comentario sobre los diversos aspectos que aborda el autor. Serán cuestiones que, como veremos más adelante, continuarán incidiendo, y mostrando su vigencia bastante años después, especialmente en algunos pensadores, como Enrique Pichon-Rivière.

Thenon comienza planteando su posición frente a la cuestión del conocimiento científico. Por una parte, desecha las críticas del dogmatismo (en la medida que luchan contra los hechos en nombre de las creencias establecidas) que se han opuesto siempre al progreso científico. Incluso admitiendo ciertas críticas a las teorías psicoanalíticas: “La crítica apasionada de los dogmáticos frente a ciertas afirmaciones igualmente tendenciosas del grupo psicoanalista no interesa mayormente, pues la polémica esteriliza el razonamiento en el deseo tácito de que los hechos sean como se desean, y no como realmente son” (Thenon, 1930, pág.191).

Frente al dogmatismo, se opone la actitud ecléctica, en que “se trata de entresacar de las escuelas rivales los diversos gramos de verdad contenidos en ellas”. A juicio de Thenon, esta forma, “la ecléctica o sincrética ha permitido relacionar las conclusiones del

psicoanálisis, particularmente la psicología pragmática que originó, con los conocimientos actuales y los que los han precedido” (pág.191).

Desde esta posición explícitamente empirista, Thenon defiende la tesis de que es mediante el estudio y análisis experimental de algunos aspectos de la dinámica inconsciente como se puede evaluar las tesis psicoanalíticas. Así, afirma: “Aportar hechos a una ciencia de hechos como el psicoanálisis es, quizá, la mejor manera de comprenderlo” (pág.192) Y como evidencia de su actitud científica agrega: “Para comprender y aprehender el psicoanálisis es ciertamente necesario aceptar como condicionalmente comprobados sus hechos y luego, ante los resultados, cualesquiera que ellos sean, dirigir la crítica científico-filosófica. Este derecho que se le ha negado al psicoanálisis es, por lo demás, indispensable para el estudio de los sistemas, pues todos ellos, aun los más objetivos, se han originado y desarrollado tomando como punto de partida una concepción previa hipotética de la naturaleza y relación de los fenómenos” (pág.192).

Consecuentemente, Thenon afirmará que la interpretación de los sueños constituye una piedra angular en la doctrina freudiana y en su desarrollo clínico. A partir de considerar al psicoanálisis como “un método de investigación del psiquismo inconsciente, mediante el cual se trata de establecer la motivación y finalidad de fenómenos neuróticos”, se deriva que “el aspecto más importante del psicoanálisis como doctrina y como método consiste en las concepciones del inconsciente y en la interpretación de los sueños” (pág.193).

A efectos expositivos, hemos diferenciado tres grandes núcleos que se abordan en el artículo: 1) los conceptos fundamentales freudianos, a juicio del autor, 2) la interpretación de los sueños y 3) algunas referencias metodológicas en relación con los tratamientos.

1) Desde una lectura rigurosa de la obra freudiana –tamizada por la corriente francesa, principalmente Regis y Hesnard– Thenon expone algunos conceptos fundamentales. Subraya como fundamental el dualismo pulsional y un derivado, la ambivalencia: “La característica más sobresaliente del inconsciente es la ambivalencia, es decir, la posibilidad de afectar en dos sentidos opuestos la misma representación, o dicho de otro modo, que a todo deseo se halla indisolublemente enlazado el opuesto (Regis)” (pág.193).

Y postula la centralidad de los procesos inconscientes: “Nuestra vida inconsciente se desenvuelve en una esfera absolutamente desligada de la conciencia en el sentido del conocimiento inmediato del Yo. Esa energía anímica esencial alimenta y conmueve continuamente nuestra actividad consciente sin que ésta se percate claramente de su existencia; pero sí a veces en forma confusa y ambigua como cuando no nos ‘explicamos’ algunas reacciones irracionales de nuestro ser, o alguna tendencia desconcertante aflora a la conciencia perpleja, o cuando emprendemos algún trabajo mental luego de una pausa muy prolongada, o en la variada fantasía de nuestros ensueños” (pág.193). De este modo, la libido (‘energía anímica inconsciente’) se caracterizará por su capacidad de desplazamiento y enlace a diversas representaciones conscientes.²⁰⁵

En una exposición de principios muy clara, Thenon afirmará, entonces, la relación fundamental entre el deseo y la represión: “Las tendencias inconscientes son continuamente censuradas...” (pág.193). Y además, “Los deseos rechazados en el inconsciente pertenecen a éste como un especial sistema anímico cuya energía o carga afectiva es desplazable en virtud de las leyes de la asociación” (pág.193). Por otra parte, “estos deseos rechazados, [...] permanecen en el inconsciente como un especial sistema anímico cuya carga afectiva es desplazable como claramente se observa en el fenómeno del desplazamiento en los sueños” (pág.194).

Thenon concluye estas proposiciones sobre el lugar central de la teoría del inconsciente afirmando que los procesos y tendencias inconscientes constituyen el basamento de las ideas y de los actos humanos: “Desde la apetencia elemental al deseo y al sentimiento superior, hay un infinito número de trances y experiencias sobrellevadas por el ser en el curso de una larga evolución. Pero en último término los sentimientos, las costumbres y los actos de los hombres, que son conscientes únicamente en el sentido de su significado trascendente y prospectivo, abrevan su energía en el fondo inconsciente y oscuro donde anidas las tendencias, los deseos primarios y las apetencias tróficas y sexuales, siendo estas últimas una modalidad de las primeras. Y sólo por ellas es posible

²⁰⁵ “La energía anímica inconsciente es esencialmente desplazable y carga de afecto variado las representaciones conscientes más diversas, pudiendo tener para el yo un sentido incomprensible e inaprehensible que no contradice para el psicoanálisis el postulado primordial de la causalidad y el determinismo psíquico” (Thenon, 1930, pág. 193).

allegarse al principio de la causalidad de todos los fenómenos psicológicos, ‘aun aquellos cuyo sentido es todavía incomprendido en la región de la conciencia’ [Freud]” (pág.194)

A partir de esta posición, la ambivalencia constituirá el otro eje conceptual en la lectura realizada por el autor. Así, considera: “La ambivalencia afectiva es la propiedad del inconsciente de cargar con la misma energía anímica dos tendencias opuestas en una misma representación en la cual un sentido es actual y el opuesto es potencial. Los conflictos de ambivalencia se manifiestan con igual intensidad en las primeras etapas de la evolución humana, y en los primeros años de la vida individual” (pág.195).

La teoría de la ambivalencia es puesta en primer término por Thenon, e indica ya una línea interpretativa del pensamiento freudiano que será muy influyente, y que será continuada por diversos autores, entre ellos Pichon-Rivière.

El autor afirma que puede observarse la ambivalencia tanto en los tabúes (en cuanto a la renuncia que imponen y a los deseos de transgresión), como en los mitos y en las lenguas primitivas, , así como en el significado opuesto o múltiple de algunas palabras.

Además, la ambivalencia se observa en el psiquismo, tanto patológico como normal: “A estos elementos proporcionados por el estudio de los pueblos primitivos se asemejan los neologismos de la paranoia, las construcciones fantásticas del esquizofrénico y las satisfacciones alucinatorias del deseo en los sueños, que constituye para Griesinger la clave de las teorías psicológicas del sueño y la locura” (pág.195). Es interesante señalar esta referencia a Griesinger y las teorías psicoanalíticas del sueño: se trata del autor que Pichon-Rivière considerará clave en el desarrollo de su teoría de la enfermedad única; como se observa, los nexos Thenon – Pichon-Rivière serán múltiples y diversificados.

Thenon señala que el sueño y la locura se asemejan tanto por su estructura como por sus contenidos –ideicos– al lenguaje y al pensamiento de los primitivos.

Desde esta noción de ambivalencia, se arriba a un núcleo central en la lectura que realiza Thenon: el conflicto de ambivalencia. Referido inicialmente a los deseos infantiles y a la prohibición de su realización, se constituye como el fundamento de las neurosis. “Cuando a raíz de un trauma emotivo-conmótico el sujeto no consigue volcar el total de la energía afectiva sobre uno u otro componente del par de fuerzas en contradicción, se origina la neurosis”. Y especifica: “Si se ha logrado encontrar un compromiso que satisfaga

el conflicto de ambos términos se constituye la neurosis de histeria. En cambio en la neurosis de obsesión los dos términos se satisfacen sucesivamente siendo imposible que el sujeto por sí solo pueda hallar un lazo lógico. Lo halla a veces pero renovando sin cesar la angustia de su irresolución irremediable...” (pág.196)

Es importante destacar que en esta lectura de la teoría psicoanalítica destacan dos elementos en cuanto a la ambivalencia: la idea de conflicto, que es considerado como un núcleo fundamental en todo el suceder psíquico; y en relación con esa concepción, el conflicto de ambivalencia, que se constituirá como fundamento de la neurosis.

A partir de aquí, se tratará entonces de la búsqueda y apresamiento del sentido de las diversas manifestaciones psíquicas, sean patológicas o normales. Esto lleva al autor a afirmar que, en consecuencia, “El síntoma psiconeuropático, la fantasía de los sueños, los errores involuntarios del lenguaje, los actos fallidos, las manifestaciones psicosensores de la afectividad, tienen, pues, un sentido y son soluciones transitorias o definitivas de conflictos inconscientes” (pág.197).

Hay que señalar que la tesis de que los síntomas tienen un sentido supone una concepción que rompía con las ideas de la psiquiatría prepsicoanalítica. También el sentido del síntoma –y su consecuente significación y elucidación– se constituiría en un eje de la lectura que realice Pichon-Rivière, en la década siguiente.

Thenon se referirá entonces a la terapia psicoanalítica –entendida como el estudio de las asociaciones libres y los sueños– como única forma de acceder al sentido de los síntomas, lo que constituye un primer paso del proceso terapéutico: “Sólo el análisis, por el estudio de las asociaciones libres y los sueños, puede descubrir en su fuente el primitivo sentido de la representación morbosa que, al comportar una satisfacción incompleta de la tendencia en actividad, se acompaña de angustia” (pág.197).

2) La interpretación de los sueños.

Thenon hace una extensa y prolija exposición de la teoría y técnica de la interpretación de los sueños. Y siguiendo a Freud se centrará en la “arquitectura” del sueño: los procesos de condensación, desplazamiento, el simbolismo y la elaboración secundaria. Por otra parte, señala el importante apoyo que aportan la lingüística, la filología comparada y el significado de los mitos en el análisis de la “simbólica del sueño” (pág.200).

Es necesario destacar que no se trata de que Thenon sea un “adelantado” o un visionario –que anticipa el valor de la lingüística en el psicoanálisis–, sino de algo diferente: como hemos visto, en esta década la lectura de Freud –la lectura efectiva– es hecha también por los “hombres de letras” y no sólo por la psiquiatría (como ocurriría posteriormente con la APA, y especialmente desde la hegemonía de la escuela inglesa, donde la dimensión cultural, lo literario o lo artístico quedaron como preocupación lateral).

La tesis freudiana de la satisfacción alucinatoria del deseo en el sueño es considerada por Thenon como fundamental, y permitirá exponer su posición metodológica frente a estos productos psíquicos: “Este postulado esencial del psicoanálisis del sueño [se refiere a la satisfacción alucinatoria del deseo en el sueño] así como el conflicto de ambivalencia superficializado en virtud de la conmoción analítica, ha ocupado y ocupa actualmente a la mayoría de los analistas y mucho más a los adversarios que claman airadamente contra una afirmación arbitraria en apariencia. El psicoanálisis, método terapéutico y ciencia de hechos, no se puede destruir con opiniones sino con hechos y resultados terapéuticos. A un espíritu libre de prejuicios no puede repugnarle, a beneficio de inventario, que la fantasía del sueño cumpla el rol que le asigna el psicoanálisis, es decir, satisfacer deseos y proteger por consiguiente el sueño. Así he procedido. Aceptado el riguroso determinismo psicoanalítico, lo he aplicado al análisis de los sueños y ello me ha permitido comprobar la verdad que contiene en sus grandes líneas. Hay en cierto modo un acto de fe en el comienzo de la práctica de todos los métodos y sistemas, aun aquellos que están fundados en el más absoluto rigorismo científico” (pág.202).

A partir de la consideración de los materiales del sueño en cuanto a los pensamientos manifiestos y sus contenidos latentes, Thenon se refiere a otros dos grandes procesos psíquicos: la simbolización y la sublimación.²⁰⁶

En una muestra de su amplitud teórica, y haciendo gala de una lectura estricta de la obra freudiana, Thenon incluye el arte y las producciones artísticas en relación con los procesos desarrollados en los sueños. “El arte ofrece frecuentemente solucionada la

²⁰⁶ “La simbolización difiere de la sublimación en cuanto la primera es producto de una comparación y se halla siempre unida aunque por hilos muy tenues a los deseos primarios que le dieron origen. La sublimación

conmoción del conflicto de ambivalencia. Las obras grandes y perdurables son precisamente aquellas cuyos recursos primarios, entretejidos en la trama de un lenguaje y una técnica evolucionada, son asimismo capaces de despertar en el sujeto la misma descarga de la afectividad que ocurre en la conmoción analítica, pero simbolizada y sublimada de tal modo que a diferencia del análisis evite la angustia de la conmoción” (pág.204).

En consecuencia, las grandes obras serán aquellas en que su grado de simbolización y sublimación sea más logrados: “Aquellas en que menos se ha ‘querido’ decir y más se han aproximado a la técnica del sueño, son las que con más fuerza han conmovido al género humano a lo largo de los siglos” (pág. 205).

Por último, una sólida y estrecha relación entre el arte y el inconsciente: “Sorprende lo que han dicho los grandes artistas a su pesar, es decir, obedeciendo a una profunda e imperativa exigencia de su inconsciente. Por ello es quizá que los genios de las lenguas, Cervantes, Shakespeare, han perdurado en el recuerdo de los hombres por las obras que ellos más desdeñaron en vida. Por todo lo dicho se justifica el bello pensamiento de Schopenhauer: ‘La grandeza de Dante proviene de que posee la verdad del sueño, mientras que otros poetas no poseen más que la verdad del mundo real’” (pág. 205).

Thenon describe la técnica del análisis del sueño y el modo en que la practica. Puede observarse un encuadre que combina rasgos típicos del procedimiento hipnótico – como el oscurecimiento del consultorio– con condiciones precisas del método psicoanalítico: actitud pasiva, frecuencia de dos o tres veces a la semana, aunque sin empleo del diván (el analista se sienta detrás del paciente, y puede observarle), asociación libre por parte del paciente, atención flotante por parte del terapeuta.

Manifiesta que es preciso un conocimiento profundo de la doctrina psicoanalítica tanto como el dominio técnico y experimental de dos recursos: la figuración simbólica y la asociación de ideas y hechos afectivos. Y –junto con Freud, y esbozando una diferenciación de las tesis junguianas– expresa preferir la técnica de la asociación de ideas, pues su campo de exploración es mayor.

significa, en cambio, el vuelco total de la representación psíquica en una esfera trascendente y en un valor

Señala la importancia fundamental del análisis de los sueños. Este análisis constituye una vía segura de penetración del inconsciente, y en línea con la tesis de Freud, que consideraba a los sueños como la *via regia* de acceso al inconsciente. Y considera este análisis como el procedimiento más fecundo: “El análisis de los sueños constituye el procedimiento más fecundo de la exploración y la terapéutica psicoanalítica. Su auxilio es tan valioso en el conocimiento del inconsciente que debemos perseverar en obtener su relato ante los enfermos que niegan los sueños o no creen del todo necesario recordarlos” (pág. 206).

Thenon procede en el análisis e interpretación de los sueños –a la que llama “técnica de la concatenación afectiva”– desde una posición estrictamente freudiana. Así, menciona la detección de restos diurnos, evocación de recuerdos ligados, fragmentación en partes del relato, asociaciones en relación con ellos, y actitud pasiva del médico frente a todo ese material. Y destaca que no se trata sólo de arribar al conocimiento y significado de los pensamientos del sueño (se trataría entonces de un procedimiento oniromántico), sino que el objetivo es arribar al inconsciente; el sueño es el recurso, la vía para acceder al mismo.²⁰⁷

3) El interés por el análisis de los sueños se justifica en relación al tratamiento de la neurosis. Consecuentemente, Thenon aborda en el artículo diversos aspectos de la terapia psicoanalítica. Es sugerente la formulación que realiza acerca del objetivo terapéutico, se trata de “una síntesis reconstructiva de la personalidad del paciente” (pág. 206). Es interesante señalar la similitud semántica con Pichon-Rivière, al referirse a los objetivos de la terapia psicoanalítica en una línea que desarrollará posteriormente la “psiquiatría dinámica”, corriente a la que adscribió Pichon.

Al igual que en su conocimiento de las bases conceptuales de la doctrina freudiana, su lectura de los aspectos clínicos es también muy considerable: se referirá a la transferencia, la resistencia, la diferencia entre la terapia psicoanalítica y la introspección, etc.

abstracto” (Thenon, 1930, pág. 204).

²⁰⁷ “...con el análisis del sueño no debe pretenderse solamente el conocimiento del significado y alcance de sus pensamientos. Lo que interesa es el inconsciente y la desviación o la polarización del afecto en el síntoma y la neurosis, para lo cual es preciso esperar, y a veces mucho tiempo, que el inconsciente aparezca

A partir de afirmar la utilidad del trabajo sobre los sueños especialmente cuando se ha establecido la transferencia, Thenon aborda también la cuestión del final del tratamiento.²⁰⁸ Si bien la transferencia permitió la expresión de los conflictos – inconscientes– del paciente e incluso su alivio, es preciso consolidar lo realizado. Para ello, Thenon se refiere al “distanciamiento psicoanalítico”, en una suerte de descripción de lo que hoy se denomina trabajo de elaboración –o perlaboración–.

Si el establecimiento de la transferencia no ofreció demasiadas dificultades, no sucede lo mismo con la distancia (el “distanciamiento psicoanalítico”), en que el terapeuta debe alejarse del campo transferencial creado, y –por lo tanto– alejarse, ‘abandonar’ al paciente. Este caerá en la cuenta del aspecto transferencial (transferencia erótica) que le unía al médico, lo que posibilitará su trabajo de elaboración, es decir de simbolización y sublimación, en aras de lo que será denominado como un “intento de reconstrucción sintética de la personalidad”. Aquí residiría la diferencia entre un tratamiento exclusivamente basado en la transferencia, catártico, y otro en que se logra la “conmoción analítica”, es decir, la emergencia de la conflictiva inconsciente y la “labor objetiva del distanciamiento”, es decir, el insight, la elaboración, la sublimación.²⁰⁹

espontáneamente. El enfermo no acude al médico para que éste interprete los sueños como un oniromántico. Sólo le ofrece con ellos un medio valioso para llegarse a su inconsciente” (Thenon, 1930, pág. 210).

²⁰⁸ “El análisis anamnésico de los sueños resulta particularmente provechoso cuando en el curso de la terapia se ha logrado una transferencia completa al médico. Mediante la transferencia que se ha calificado como un verdadero acto de amor, el enfermo se siente liberado de su afectividad contenida o desviada. Mas luego, es preciso romper la transferencia y obtener el distanciamiento analítico” (pág. 208).

²⁰⁹ La siguiente cita es demostrativa de la forma en que Thenon articulaba la lectura teórica y su implementación técnica: “La mejor conducta a seguir es la que contempla las características más hondas del espíritu y trata de actuar con provecho en cada caso particular; sin avenirse con ningún preconcepto o rígida norma de conducta. Por mi parte, ante ciertas circunstancias de transferencia con matiz erótico, suelo desentenderme con cautela. La actitud serena y majestuosa desconcierta al paciente. A la vista del psicoanalista, la propuesta erótica inconsciente del enfermo aparece y desaparece superficializada en el gesto y la expresión, como un pájaro prisionero que estropea su cabecita contra los barrotes de la jaula en su loco y ciego intento de libertarse.

Esta situación incierta con respecto a la conducta del médico es notoriamente angustiada para el paciente. Debemos ofrecerle el cristal inalterable y terso de nuestra alma liberada. En el curso de varias sesiones (3 ó 4), trataremos de orientar la energía liberada sublimándola en un intento vigoroso de reconstrucción sintética de la personalidad, y cualquiera que sea el resultado inmediato de nuestras palabras, que en general producen un inconsolable desengaño, debemos marcharnos para no volver.

Cuando al término de varios días (30 ó 40) estos enfermos nos visitan por nuestra indicación, se observa que no queda de aquel trance erótico ningún recuerdo; como si hubiese acontecido en un momento oscuro, de estado crepuscular” (Thenon, 1930, pág. 209).

Thenon se muestra claramente conocedor de los efectos de transferencia en la relación entre psiquiatras y médicos, y no sólo en el tratamiento psicoanalítico. Ello le permite afirmar que la divisoria entre los efectos beneficiosos de muchos tratamientos no es nunca algo evidente por sí mismo: "...no en todos los casos el médico puede deslindar en los resultados terapéuticos lo que ha obtenido por la acción exclusiva de la transferencia y lo que ha logrado por la conmoción analítica y la labor objetiva del distanciamiento" (pág. 208). Se pone en evidencia aquí el intento de coherencia y rigor que sostenía este psiquiatra lector de Freud.

Como se dijo anteriormente, el mismo Freud elogió el trabajo de elaboración realizado por el psiquiatra argentino, y además de expresar su satisfacción ante la atención que se comenzaba a dar a las ideas psicoanalíticas en "la lejana Argentina", ofreció a Thenon publicar un resumen de su tesis en la revista internacional de psicoanálisis. Parece pertinente transcribir aquí la nota enviada por Freud, pues pone de relieve la importancia de la lectura realizada por Thenon, y muestra el tipo de referencias freudianas que comenzaba a circular en Argentina en la década del 30. La carta de Freud dice así: "Muy estimado colega: Cada nueva demostración de haber superado las fronteras geográficas es recibida por nosotros con alegría, y por eso celebramos con satisfacción la circunstancia de que también en la lejana Argentina nuestros problemas psicoanalíticos y nuestros puntos de vista son atentamente analizados y estimulan la producción de trabajos científicos preciosos. Le propongo a Vd. un extenso resumen de su tesis para publicar en nuestra revista internacional de psicoanálisis. Con la expresión de mis mejores deseos por el progreso de su trabajo, cordialmente a sus órdenes, Freud" (pág. 214).

Por último, hay que destacar en la lectura que realiza Thenon del psicoanálisis, la relación que intenta establecer entre el impacto cultural –y ético– del psicoanálisis y el de las teorías marxistas: "sobre el gran capital ético de la humanidad, la teoría psicoanalítica ha producido una conmoción y una inquietud semejante a las doctrinas económicas del comunismo sobre el trabajo y el capital" (Thenon, 1930, pág. 202).

Esta intención de relacionar psicoanálisis y marxismo no sólo es la primera vez en ser propuesta –en Argentina– sino que muestra que esa perspectiva de la izquierda –admiradora

de la Revolución Rusa y adherente a la doctrina marxista– va a impulsar las iniciativas más consistentes en la lectura y apropiación de Freud.

A partir de un viaje a Francia –en 1935–, Thenon adhirió a las posturas de los intelectuales comunistas franceses, críticos con el psicoanálisis –desde los 30, en la Unión Soviética se había decidido detener las experiencias psicoanalíticas realizadas desde la Revolución–. A partir de ahí, Thenon fue convirtiéndose, progresivamente en opositor al psicoanálisis, especialmente a partir del surgimiento de la APA, organización “oficial” del psicoanálisis, en 1942.

Debido a su militancia política, fue expulsado del Hospicio de las Mercedes en 1943, cuando Enrique Pichon-Rivière comenzaba sus trabajos en esa institución, y comenzaba a desarrollar tanto el psicoanálisis dentro de la psiquiatría argentina, como años después, sus trabajos con grupos. Años después, se convirtió en inspirador de la psicología pavloviana en Argentina (Balán, 1991, pág. 58; García, 1978, pág. 149 y sig.).

Para concluir, puede afirmarse que la lectura del psicoanálisis realizada por Thenon no sólo expresa la forma en que algunos núcleos de la psiquiatría de izquierda fueron influidos por el psicoanálisis, sino que –especialmente en el caso de este autor– aparecen ya prefigurados varios de los temas que serán fundamentales para los psicoanalistas posteriores. La lectura de Thenon parece haber tenido gran influencia no solo en Pichon-Rivière –como hemos mencionado– sino también en Angel Garma, que en 1940 escribiría su conocido texto sobre los sueños (“Psicoanálisis de los sueños”, Buenos Aires, Ateneo, 1940).

La revista Psicoterapia.

Gregorio Bermann, otro representante del núcleo de psiquiatras que impulsaría el desarrollo de la psicoterapia, participó también del interés conjunto por la psiquiatría, por el psicoanálisis y por la política. Nacido en Buenos Aires, provenía de una familia judía, y estudió Medicina y Filosofía, un recorrido que fue usual en varias generaciones de psiquiatras hasta los años 40. Se estableció en Córdoba, una ciudad que luego de la Reforma Universitaria del 20 albergaría a diversos profesionales e intelectuales de izquierda. Catedrático de medicina legal y toxicología, practicaba la psicoterapia en el

Instituto Neuropático y era conocido como psicoanalista. En Córdoba era militante del partido socialista, y participaba activamente –en los 30– en la oposición a los grupos conservadores –ligados a los sectores militares–.

En 1936 y 1937 se publicó la revista “Psicoterapia”, dirigida por Gregorio Bermann; se trata de una publicación emblemática, y claro exponente de las ideas de la época, en torno a la psicoterapia, la psiquiatría y su aplicación en diversos ámbitos.²¹⁰

Se publicaron cinco números de la revista, y desde allí se difundieron las contribuciones más consistentes y rigurosas a la literatura psicoanalítica antes de la creación de la APA. De acuerdo a la opinión de Vezzetti, la revista constituye una expresión palpable de las nuevas ideas sobre la cuestión, y donde se ligan razones propiamente médicas –debidas a la necesaria modernización de la psiquiatría– junto con la percepción imprecisa de demandas provenientes de un escenario social y cultural en vías de transformación.

El subtítulo de la revista revela su carácter ecléctico: “Revista de Psicoterapia – Psicología Médica – Psicopatología – Psiquiatría – Caracterología – Higiene Mental”. En la misma dirección puede interpretarse la larga nómina de autores incluidos en la presentación de la revista, englobados en una supuesta adscripción a la “psicología médica”: Freud, Adler, Jung y Stekel coexisten, entre otros, con Janet, Jaspers, Klages, Kretschmer, Hesnard y Schilder.

Sin embargo, lo más importante de esa publicación lo constituye el espacio y el momento en que pretende incluirse: “... un ‘momento crucial’, donde predominan la inquietud y la inestabilidad propias de un momento de crisis. Ahí radicaba, según Bermann, el privilegio de la dimensión de lo psíquico en la búsqueda de respuestas y caminos hacia un futuro que no repita los errores del pasado. Afirmar que en esa nueva psiquiatría ‘se conjugan los valores más altos de la medicina del presente’ puede entenderse como expresión de un proyecto que intenta colocar a la medicina mental en un camino activo de

²¹⁰ En la exposición de los aportes de esta revista y sus colaboradores, nos basaremos en las elaboraciones historiográficas de Vezzetti (1989), que están ampliamente documentadas por documentos originales, y cuya lectura parece muy sugerente; de otro modo no nos sería posible hacer más que unas ligeras menciones de tercera o cuarta mano.

reformas, en un proceso de cambio social y cultural. Y en ese marco, la cuestión psicoterapéutica se proyecta a lo universal –y termina por ser puesta en línea con la figura de Sócrates– como una guía proyectada de la conciencia colectiva” (Vezzetti, 1989, pág. 55).

El planteamiento de los autores de la revista –en base al análisis que realiza el comentador muestra que parten de la constatación de la crisis global que afecta al país en ese momento, y a la vez que detectan –de manera anticipada– las profundas transformaciones que se están gestando, su inclusión en ella será a través de un proyecto que propugna la formulación, sistematización y utilización técnica de la psicoterapia y de los recursos a ella enlazables.

También son conscientes de que la psiquiatría también atraviesa una crisis (en el paradigma de la medicina científica que rechazaba todo contacto con las disciplinas humanísticas –como si fuera un retroceso o una contaminación); lo que les lleva a plantear que la psicoterapia implica un conjunto de saberes y disciplinas diversos: filosofía, antropología, artes, literatura, psicología y “doctrinas y movimientos sociales”, etc.

Sin embargo, hay una importante variación en la perspectiva de lectura que se realiza: Bermann no se muestra tan consistente como Thenon, o como Pizarro Crespo – como veremos–, aunque se presentaba como psicoanalista. Su eclecticismo le permitía considerar al psicoanálisis de una manera contundente, pero sin sacar todas las conclusiones que se derivaban de ello.

En un artículo titulado “Los neurópatas que no quieren curar” se refiere a la cuestión de la resistencia. Allí hablará fundamentalmente de la resistencia de los médicos, más que la de los pacientes. Su análisis de la resistencia queda así, limitado, ya que no incluye su análisis en el curso mismo de los tratamientos. El artículo se dirige a los médicos que no entienden que detrás de la enfermedad hay un conflicto y confunden el ‘refugio en la enfermedad’ con una superchería (Vezzetti, 1989, pág. 56).

La revista *Psicoterapia* se publicó durante dos años, hasta que Bermann se marchó a España para sumarse a las Brigadas Internacionales, en la defensa de la República Española. Bermann terminó por considerar incompatible el psicoanálisis con el marxismo – influido por Politzer, que había realizado su manifiesto crítico en 1939–, e hizo público su

rechazo del psicoanálisis en 1949, apoyando la declaración de un colectivo de psiquiatras y psicólogos marxistas franceses que se titulaba “El psicoanálisis: una ciencia reaccionaria”.

Una rigurosa lectura de Freud: Emilio Pizarro Crespo.

Se ha mencionado antes que el colectivo que impulsaba las actividades psicoterapéuticas estaba configurado, fundamentalmente, por psiquiatras de izquierda. Emilio Pizarro Crespo, que también colaboró en *Psicoterapia*, es uno de ellos. Y ha pasado por ser uno de los más lúcidos lectores de Freud en esos años.

Pizarro Crespo fue el psiquiatra más joven de este grupo de médicos interesados por el psicoanálisis y el socialismo durante los años 30. Murió en 1944, a los 39 años; su biografía es casi desconocida, aunque diversos autores –los que hemos consultado– coinciden en afirmar que es uno de los más rigurosos lectores de Freud en esos años. Era miembro de la Sociedad Psicoanalítica de París.

Había viajado extensamente por Europa, y escribió en la revista *Psicoterapia* (en 1936) dos elaborados artículos sobre la situación de la psiquiatría y la psicoterapia en Francia, Alemania y la Unión Soviética.²¹¹ Consciente del atraso del psicoanálisis en Francia, observó claramente el retroceso en la Unión Soviética que soportaba el psicoanálisis; en cuanto a Alemania, destaca que si bien Viena, donde está Freud, es un foco de pensamiento fecundo, en cambio en Alemania el avance de las ideas nazis era muy avanzado ya. En el primero de esos artículos considera al lado “promisorio” de la “crisis profunda” que afecta a la medicina, lo cual conduciría hacia “nuevas síntesis biopsicológicas”, allí radicaría la importancia del psicoanálisis y su interés para la medicina psicosomática. En el caso de Francia, destaca especialmente las perspectivas que intentan enlazar a la psiquiatría con el psicoanálisis; por otra parte destaca especialmente la tesis doctoral de Lacan (1932) sobre la psicosis paranoica en sus relaciones con la personalidad.

En el segundo artículo, dedicado a Alemania y la Unión Soviética establece una correlación estrecha entre la patología mental y la crisis general que vive la sociedad, y plantea su enfoque acerca de la relación entre marxismo y psicoanálisis –posición

²¹¹ Puede verse una reseña de los artículos en Vezzetti (1989, pág. 61 y sigs.).

compartida por el conjunto del colectivo nucleado alrededor de Psicoterapia-. Esa afirmación de la determinación social de la sociedad le conduce a ver en la acción socialista sobre las condiciones de vida de las masas “uno de los factores profilácticos más decisivos y de importancia incalculable”. También señala los “prejuicios teoréticos mecanicistas” que obstaculizan en Rusia la incorporación de los enfoques modernos, especialmente los referidos a los procesos inconscientes. Sin embargo, Pizarro Crespo no profundizó en esta línea de ligazón entre psicoanálisis y marxismo, y posteriormente se orientó hacia la medicina psicosomática (“psicobiológica”).

Pizarro Crespo practicó el psicoanálisis silvestre –es decir, sin análisis previo– en Rosario, y en el Hospital Alvear en Buenos Aires. Sus presentaciones de casos clínicos muestran un uso consistente de la técnica analítica y un conocimiento riguroso de la teoría. Fue un precursor de la medicina psicosomática en Argentina.

Entre sus escritos hay que destacar un breve artículo que es considerado por diversos autores –entre ellos Germán García y H. Vezzetti– como el más singular y a la vez fecundo: Pizarro Crespo elabora un conjunto de hipótesis en torno al narcisismo como “enfermedad social del erotismo” (Pizarro Crespo, 1933-34). Lo comentaremos a continuación, y con cierta extensión, pues en sus ideas, sin ser excesivamente originales –desde el punto de vista de las elaboraciones que había alcanzado ya el psicoanálisis en esa época en Europa– no sólo se expresan las preocupaciones de una de las figuras más destacadas del núcleo reunido alrededor de Psicoterapia, sino que se sugiere un nexo con ciertas preocupaciones posteriores. Los temas abordados, y la argumentación que utiliza Pizarro Crespo, parecen haber tenido resonancias –años después– en Enrique Pichon-Rivière, el psicoanalista que fue considerado como “maestro de maestros” por varias generaciones de psicoanalistas –y psicólogos– argentinos, además de haber impulsado la concepción grupal conocida como “el grupo operativo”. Quizá no sea ocioso recordar que Pichon pasaba por ser un infatigable lector y un curioso empedernido, en su búsqueda de saber y seguramente conocía los textos no sólo de Pizarro Crespo, sino de todo

el grupo nucleado alrededor de Psicoterapia, y más en general, de los psiquiatras de izquierda.²¹²

En su artículo, titulado “El narcisismo. De una actitud psíquica a una enfermedad social del erotismo”, Pizarro Crespo intenta fundamentar el pasaje desde un concepto derivado del psiquismo individual a una categoría que permita comprender cierta situación de conflicto social. El punto de partida que adopta el autor es la “consideración dialéctica del psiquismo y de la estructuración de la conciencia y del yo”, ya que “sólo sobre la misma es posible una comprensión más o menos ajustada a los fenómenos psíquicos tanto individuales como colectivos” (Pizarro Crespo, 1933-34, pág. 244).

“Entendemos por ‘narcisismo’, en medicina y en psicología, ‘una detención, o bien una involución (retroceso) del desarrollo psíquico o anímico del individuo (y paralelamente, desde un punto de vista histórico: de un pueblo o de un conglomerado social) por el cual el individuo (o el grupo, en el caso colectivo), toma como objeto exclusivo de su interés psíquico y erótica a su propia persona y a su propio cuerpo’” (pág. 240). Como puede observarse, se trata de una definición de narcisismo modificada – ampliada– por el autor del artículo respecto de la formulación freudiana, especialmente en las referencias incluidas en los paréntesis, es decir lo histórico, lo colectivo, lo grupal. Pizarro Crespo intentará una aproximación entre el desarrollo –y evolución– del psiquismo individual y la concepción marxista –en su sentido materialista y dialéctico– de la historia.

A partir del paralelismo e identidad postulados por Freud entre el desarrollo del psiquismo infantil, el de los neuróticos y el de los pueblos primitivos, Crespo extiende esas correlaciones y las continúa hasta la sociedad actual, para postular el paralelismo entre lo que hoy se llamaría patología narcisista y ciertos conflictos sociales.²¹³ Así, realiza una

²¹² Pichon menciona, en un prólogo a un trabajo sobre medicina psicosomática, las aportaciones de Pizarro Crespo: “Entre nosotros, Emilio Pizarro Crespo y Lelio Zeno publicaron su *Clínica Psicosomática*, siendo el primero de los autores uno de los precursores de estas investigaciones en nuestro país. La obra es meritoria, aunque pueden hacerse objeciones desde el punto de vista psicoanalítico” (Pichon-Rivière, 1946c, pág. 323). El texto de Pizarro Crespo es de 1945, y la referencia al psicoanálisis que hace Pichon seguramente obedece no sólo al cambio en las ideas del primero, sino también a la forma en que se entendía el psicoanálisis en esos años: ligado a la APA.

²¹³ Pizarro Crespo se inscribe en una preocupación importante en esos años: el interés por ligar los conocimientos derivados de la patología con la normalidad, y a partir de ahí derivar hacia los análisis sociales.

transposición desde la dimensión individual a la colectiva, y postula la existencia de un “psiquismo social”, evolucionado, frente al “psiquismo narcisista”, que constituiría la expresión de un “retorno a las formas del pensar primitivo, ancestral”. De esta forma, el “narcisismo sería entonces, “una seria dolencia o perturbación psíquica individual y colectiva” (pág. 241).

El narcisismo es definido entonces desde una concepción evolutiva: “Desde el punto de vista de la estructura y el desarrollo de la personalidad, el Narcisismo importa, pues, una gravísima y devastadora mutilación de la misma, y un retroceso o fijación de la evolución psíquica, notoriamente patológica cuando supervive, como disposición y arquitectura, en etapas más avanzadas del desarrollo libidinal” (pág. 241).

La posición metodológica de Pizarro Crespo le lleva a postular un énfasis en los aspectos dinámicos frente a los estáticos, en una diferenciación de los puntos de vista sostenidos por la psiquiatría clásica. Para el autor, el psiquismo “no puede ser entendido debidamente desde un punto de vista estático y formal, sino dinámico o dialéctico” (pág. 242).

Esta concepción evolutiva (el narcisismo como detención del desarrollo en una etapa normal de la evolución psíquica individual y de la humanidad) es extendida hacia lo colectivo. Así, postula la existencia de tipos psicológicos: un tipo narcisista frente a un tipo social, un tipo de “psiquismo narcisista” frente a un tipo de “psiquismo social”: “El grado más elevado que se puede alcanzar, en este proceso dialéctico del desarrollo anímico, está constituido por el ‘Psiquismo social’ y no puede ser logrado nunca desde esta disposición o instancia narcisista de la personalidad” (pág. 242)

La teoría psicoanalítica le permitirá abordar el tipo narcisista: “Sobre este Narcisismo se construye un tipo psicológico cabalmente asocial y antisocial, a un tiempo” (pág. 242). Algunas características del tipo narcisista: “... un símil de este carácter narcisista, [sería] ... una ‘psicología de ameba’, ... una ‘psicología de caracol’..., sus variaciones oscilarán entre el pánico y la violencia” (p 242); “Para el tipo así estructurado, que es el tipo corriente de nuestra civilización burguesa, vale la siguiente definición de

Es indicativo de este interés el mismo título de la revista donde se edita el artículo: Archivos Argentinos de

Bernard Shaw: ‘Al miedo le adulamos llamándole yo’. En el terreno sociológico y político las manifestaciones morbosas de este carácter narcisista son hartamente elocuentes en la hora que corre” (pág. 242).

Parece evidente la preocupación que guía al autor: se trata de relacionar el clima social y político de la época con las patologías derivadas del narcisismo. Hay que tener en cuenta el momento en que escribe el artículo: entre 1933-34, en Europa comienzan claros signos de deterioro social y político (el desarrollo del nazismo, la situación en España que conducirá a la guerra civil, etc.), en Argentina se está en plena crisis social, política y ética.

Las consideraciones anteriores le llevan a concluir en una noción de desajuste, en referencia al par adaptación-inadaptación. Afirma que: “Esta psicología [el narcisismo] condicionaría, pues, una verdadera inadaptabilidad bio-psíquica”. (pág. 243), y aclara que es una noción de inadaptabilidad muy distinta de la que se utiliza en el lenguaje corriente médico.

La relación entre narcisismo y adaptación cobra entonces una importancia fundamental. Pizarro Crespo postula a partir de aquí una noción que será central en el desarrollo pichoniano: el de adaptación, y más exactamente, la adaptación activa.

Así, afirma: “Para la biología ‘adaptarse’ no es repetir mecánica y pasivamente una actitud, sino que es replicar’, dando su respuesta activa al medio ambiente. Bergson ha sabido destacar certeramente ese valor de adaptación. Particularmente el ‘hombre’ es la especie biológicamente más inadaptable. Esa es la razón de que se trate de adaptar el mundo a su persona, en vez de adaptarse pasivamente él al mismo” (pág. 243)

El juego de nociones será constituido, entonces, por “adaptación”, “adaptación activa”, “adaptación pasiva”: “Para el ‘narcisista’ (un ‘hiper-Yoista’) tal adaptación activa es imposible” (pág. 243) Y agrega que como compensación de esta impotencia, aparece una exagerada autovaloración interna, y una creencia ciega en la ‘omnipotencia de las ideas’, particularmente de ‘sus ideas’ –forma elemental del ‘idealismo filosófico’– que es un síntoma morboso o patológico (pág. 243).

Afirma que el ‘psiquismo social’ por el contrario, se comportaría de otra forma: “Podemos caracterizar su norma reguladora, en armonía con este principio dialéctico de Gide: ‘Es renunciando a uno mismo como uno se encuentra’. Para la estructuración de este psiquismo y de esta personalidad ‘social’, se hace necesario un vigoroso poder de síntesis anímica, que no muchos poseen, se requiere una inclusión difícil del ‘yo’ subjetivo en los estratos profundos del alma y de la afectividad...” (pág. 243).

En un intento de sugerir una metáfora gráfica de ambas individualidades –la asentada por el psiquismo narcisista o sobre el psiquismo ‘social’– el autor propone la figura de una pirámide: “El psiquismo ‘narcisista’ estaría simbolizado por una pirámide invertida, que intenta mantenerse sobre su vértice. Y el psiquismo “social” estaría simbolizado por una pirámide sólidamente asentada en una amplia base. Para el primer caso, el yo sería simplemente el vértice: pequeñísimo, casi nada, un punto. Para el segundo caso, el yo sería, primariamente y antes que nada, una extensa superficie, un vasto plano, más o menos amplio, y perfectamente determinado” (pág. 243-44).

Narcisismo y adaptación: Pizarro Crespo y Pichon-Rivière.

Las ideas de Pizarro Crespo en relación con la adaptación y los diversos procesos psíquicos enlazados a ella –pasividad, actividad; capacidad de síntesis yoica; etc.– aparecerán muy desarrolladas en los escritos pichonianos, dos décadas después.

Y esta ‘cercanía’ conceptual entre Pizarro Crespo y Pichon-Rivière parece muy significativa: Pichon fundamentará gran parte de sus elaboraciones referidas a los procesos terapéuticos –y de aprendizaje, posteriormente– en el concepto de “adaptación activa a la realidad”; más aún, en su análisis de los procesos grupales, esta noción –“adaptación activa a la realidad” constituirá su eje fundamental.

Además, la importancia de esta similitud entre ambos autores reside no sólo en que inscribe a Pichon en la zaga de los primeros intentos de acercar psicoanálisis y marxismo en Argentina –¿primeros intentos de “freudomarxismo”?–, y en la continuidad, por lo tanto, de un conjunto de preocupaciones dadas por la pertenencia a una realidad social –la crisis en Argentina en esos años–, sino que evidencia que el intento de Pichon en cuanto a sus propuestas grupales iba más allá de un dispositivo técnico. El artículo que estamos

comentando es bastante claro: más allá del sesgo reduccionista que realiza Pizarro Crespo al extender una noción estricta del campo del psicoanálisis –como es el narcisismo– a categoría general para comprender la dialéctica social, hay que destacar que en ese mismo intento, hay bastante más que una sugerencia de articulación técnica válida para la psicoterapia.

Puede señalarse también otro aspecto que remite a la continuidad conceptual entre ambos autores. En Pichon el obstáculo fundamental para lograr esa adaptación activa es el estereotipo, que implica una resultante frente a un exceso de ansiedades depresivas y paranoides. El narcisismo, tal como lo entiende Pizarro Crespo en este artículo (referido a la capacidad de síntesis yoica, a la renuncia narcisista, etc.), está considerado en la misma constelación conceptual –habida cuenta de las distancias: Crespo no parece conocer la teoría kleiniana– .

Por último, puede mencionarse otro aspecto de similitud: la figura de la pirámide utilizada por Pizarro Crespo. Esta idea de la pirámide sobre su vértice evoca, inmediatamente, la noción del “cono invertido” y de “espiral dialéctica”, de Pichon-Rivière, que si bien con ese grafismo indicaba otros procesos psíquicos, no está lejos de las sugerencias de Pizarro Crespo.²¹⁴

Cuando los ochenta años de Freud (1936).

En ocasión de los 80 años del creador del psicoanálisis se organizaron varios actos de homenaje a su autor. Algunas revistas publicaron diversos artículos, más o menos laudatorios, según el caso. La revista *Psicoterapia* le dedicó un número completo, que testimonia con claridad la forma y el alcance que tenía el psicoanálisis en esos años.

Ya la presentación de la revista es sugerente, coloca al maestro vienes en una perspectiva que va más allá del dispositivo psiquiátrico y psicoterapéutico: “Profesor Sigmundo Freud: Proyección histórica del psicoanálisis en las ciencias y en el pensamiento del psicoanálisis” (*Psicoterapia*, Córdoba, I, n° 3, septiembre de 1936).

²¹⁴ Pizarro Crespo ha sido señalado como uno de los “lectores” de Freud más importantes en esos primeros años. Desde enfoques diferentes, puede verse en Cárcamo (Mom, 1984b), García (1978), Vezzetti (1989), y otros.

El número incluye un artículo de Freud, “Dostoievsky y el parricidio” y diversas colaboraciones; entre ellas un artículo de Angel Garma –desde Madrid–, Honorio Delgado, Gonzalo Bosch, Juan Ramón Beltrán, Marcos Victoria, y Paulina Hender de Rabinovich; autores diversos tanto en cuanto a sus enfoques como en su conocimiento del psicoanálisis.²¹⁵ Pizarro Crespo no firma ninguno de los artículos de la Revista; era el secretario de redacción y parece deberse a él la redacción del artículo de presentación del número de la revista dedicada al octogenario de Freud.

En estos años, avanzada ya la década del treinta, el encuentro entre psicoanálisis y marxismo fue postulado, si bien desde perspectivas diferentes y con diversa pertinencia, por diversos autores como Thenon, Pizarro, Bermann –entre los citados–. Pero el desencuentro se produjo pronto, influido tanto por el debate sobre el psicoanálisis en la Unión Soviética como por la psiquiatría marxista francesa. Thenon se orientó hacia la reflexología, Bermann se orientó hacia una psiquiatría social y organicista, y Pizarro Crespo escribía textos sobre medicina psicosomática –si bien murió muy joven–.²¹⁶ Quien retomará esta tradición entre psicoanálisis y marxismo de una forma consistente y articulada será José Bleger, el discípulo de Pichon-Rivière, en los años 50.²¹⁷

²¹⁵ Puede verse una descripción con cierto detalle del contenido temático de la revista en Vezzetti, 1989, pág. 57 y sigs.

Aquí vale la pena mencionar algunos de los artículos, pues ilustran el tipo de tratamiento dado al tema y evidencian que las teorías psicoanalíticas eran asimiladas en una mezcla ecléctica tanto en cuanto al propio desarrollo del pensamiento freudiano como en relación a otros autores: Marcos Victoria presenta un ejemplo clínico en el cual recurre a la catarsis con hipnosis, en base a las ideas de Freud y Breuer en 1895; Gonzalo Bosch –Director del Hospicio de las Mercedes– en su artículo reúne a Freud con Janet y Adler; y Juan Ramón Beltrán innova –respecto de lo que había escrito hasta entonces– insistiendo en la necesidad de psicoanalizarse para practicar el psicoanálisis (aunque no hay evidencias que él mismo haya satisfecho ese requisito). Paulina Hender de Rabinovich escribe un artículo donde se busca la posibilidad de que Freud y Pavlov se integren en un único sistema teórico.

Respecto a este último artículo, cabe aclarar que el intento de acercar la reflexología y el psicoanálisis habría de tener una larga historia en Argentina. Varios de los psiquiatras de izquierda, que en sus primeros momentos se habían acercado al psicoanálisis, posteriormente harán ese recorrido.

²¹⁶ Pizarro Crespo fue un precursor de la medicina psicosomática en Argentina; incluso escribió –en colaboración con L. Zeno– uno de los primeros trabajos escritos en Argentina desde ese enfoque: “Clínica psicosomática”, editado por El Ateneo, en 1945 –después de su muerte–.

²¹⁷ Puede verse de José Bleger, “Psicoanálisis y dialéctica materialista” (1958), especialmente, y también algunas referencias aisladas en “Psicohigiene y Psicología institucional” (1966).

El artículo central del número de la revista dedicado al octogenario de Freud muestra con claridad el lugar que le adjudicaba este sector de psiquiatras de izquierda al pensamiento freudiano. Parece pertinente realizar una breve reseña del artículo.

Se afirma que el psicoanálisis, en tanto “antorcha del conocimiento”, ha alcanzado una gran repercusión en las ciencias y la cultura; y constituye un nuevo método terapéutico, más aún, es la verdadera “psicoterapia científica”. Esta aceptación de la preeminencia del psicoanálisis constituye un reconocimiento desconocido hasta ese momento.

El sugerente título del artículo, referido a la proyección del psicoanálisis en las ciencias se justifica en una lectura de Freud que si bien destaca el carácter crítico y de ruptura con los conocimientos hasta ese momento vigentes, también señala sus aspectos de continuidad con los conocimientos científicos de la época. En el artículo se propone una clara continuidad con la perspectiva de Charcot, en base a la falta de prejuicios de este psiquiatra francés, además del vínculo personal que tuvo con Freud.²¹⁸

Se considera que tanto Charcot como Freud, en esa línea de continuidad y ruptura habrían constatado un incremento de los trastornos psíquicos en correlación con “serias transformaciones sociales”, en una referencia a los profundos cambios sociales y las crisis económicas de la segunda mitad del siglo XIX.

También en esa búsqueda de conexiones entre la época histórico-social y las diversas elaboraciones científicas o culturales, se postula una relación entre el arte y la literatura, las ideas psicológicas dominantes y las formas patológicas, y una correlación estrecha entre la psicopatología y la estética: “Baste recordar que el mismo arte y la literatura de la época [...] revelan también la psicología convulsionada y contradictoria de esa hora y de esa sociedad, cuya tipicidad y cuya problemática debía reflejarse fatalmente

²¹⁸ “Si hemos comenzado por poner en relación la labor inicial del descubridor del ‘psicoanálisis’ y de la psicoterapia científica –no de la ametódica, intuitiva o irracional, que existió siempre, desde las épocas más primitivas más o menos encubiertamente– con el pensamiento y la figura del gran Charcot, ello está justificado no solamente por el hecho de las efectivas vinculaciones espirituales que ligaron a las personas y las obras de maestro y discípulo, sino también porque el vigor del espíritu crítico de Charcot, ya subrayado en la defensa tenaz de los derechos del método anatomoclínico y reafirmado en su contribución grandiosa a la neuro-patología y en su valentía para sostener e imponer la consideración escéptica y académica de la época los problemas candentes de la histeria y del hipnotismo, consiguiendo darles carta de ciudadanía científica, encuentra un paralelo y por cierto agigantado en la figura y en la persona de Freud” (Psicoterapia, 1936, pág. 248).

en la de la misma medicina, en cuanto ésta tiene que ser el espejo veraz pero descarnado del sufrimiento y de la tragedia humana de cada época de la historia. Por eso hasta podemos decir que, bajo ciertos aspectos, cada época histórica debe tener formas particulares de enfermedad y hasta una patología especial, según los grados de modificaciones impresos a los ritmos biológicos heredados por las nuevas transformaciones del medio social. (Nada de extraño también por esto que, en estrecho paralelismo, con el exaltado individualismo de la sociedad de las últimas décadas del siglo pasado y primeras del actual, se haya producido un arte cada vez menos transferible emocionalmente de hombre a hombre, cada vez más autista o esotérico, lo que en la medicina psíquica tiene su correlato en la progresiva desaparición de las “neurosis histéricas” y en la intensificación de las afecciones esquizofrénicas, de disgregación o enquistamiento de la personalidad. Adelantamos sólo a título de aseveración sugeridora esta asimilación de la patología y de la estética, aunque nuestros métodos de investigación nos permitan ya demostrar fehacientemente muchos aspectos de estas correlaciones, que en otra oportunidad desarrollaremos.)” (Psicoterapia, 1936, pág. 250).

Se reconoce en Freud no sólo al investigador que aporta nuevos instrumentos terapéuticos, sino su descubrimiento fundamental, que ha transformado profundamente las posibilidades y el alcance del conocimiento: el inconsciente.²¹⁹ Este descubrimiento se apoya en la ruptura que realiza Freud respecto de los conocimientos vigentes hasta su época, y en su alejamiento, incluso personal, de las instancias institucionales.

Sin embargo, para el articulista esto no implica que la obra freudiana surja de Freud por generación espontánea, sino que existe una profunda relación con la propia época, con las preocupaciones, las certezas, lo conocido y lo desconocido de la misma. El artículo insiste en esta relación entre el creador de teoría y la época y lugar histórico-sociales donde ésta se da.

²¹⁹ “...debemos al enorme coraje e intrepidez intelectual de este sabio, no sólo la conquista de una técnica terapéutica y diagnóstica de incalculable importancia, sino también el conocimiento de esos oscuros y hasta hoy desconocidos mecanismos de la vida anímica, ‘e esos territorios nocturnos del alma’, como los llama Pfister, dándonos con ello la posibilidad desmesurada de poder llegar a contralorear, en gran medida, las inhibiciones y los automatismos psicológicos más inexplicables y arraigados de la personalidad humana” (Psicoterapia, 1936, pág. 248).

El reconocimiento del valor de la ruptura que realiza Freud no obsta para desconocer la continuidad que hay entre su obra y los conocimientos existentes. La doctrina psicoanalítica se inscribe así en una constelación compleja cruzada por coordenadas científicas, ideológicas y culturales: “Así, pues, muchísimos de los elementos de la obra de Freud y hasta del carácter contradictorio de ciertas orientaciones impresas a su propia investigación estaban ya dados en germen, en las ideas mismas de la época. Freud se nos presenta como el heredero directo de las corrientes psicológicas y materialistas del siglo XIX y, al mismo tiempo, como el más fecundo vitalizador de la psicología y de la medicina contemporánea...” (pág. 252).

También se aborda en el artículo una exposición elaborada de la obra de Freud, dividiéndola en cuatro etapas, en base tanto a los avances teóricos que iban dándose, como a las rectificaciones en la propia teoría. Así, se establece: 1) de 1896 a 1905-1907; 2) de 1907 a 1917; 3) de 1917 a 1927 y 4) desde 1927 hasta la época del artículo, 1936. Destaca en esta periodización una mención a lo que se considera una extensión de la obra freudiana a lo que se denomina una “psicología social e histórico-étnica”, realizada en los últimos años por Freud, y como respuesta reflexiva a la complejidad de la época.²²⁰

La valoración de la dimensión histórica que se deriva de la doctrina psicoanalítica, es subrayada en el artículo, y puesta en contraposición con la tradición médica: “Es esto, la importancia concedida a la experiencia histórica de la personalidad, particularmente la de la infancia, uno de los caracteres más reportantes de las conquistas científicas psicoanalíticas, cuya gravitación en el campo de la medicina general debe ser enorme, como que ya ha

²²⁰ Vale la pena reseñar la forma en que se divide la obra de Freud, es ilustrativa del tipo de interés que despertaban los diversos núcleos de la misma: “Hemos visto cómo, durante los cuarenta años de evolución del psicoanálisis, ha sido dirigida por la firme y sistemática orientación de plantearse y resolver los problemas médico-psicológicos, según y como la realidad clínica iba presentándolos. Primero [1896 a 1905-7]: las investigaciones sobre el extraño mecanismo de la “Represión”, recién descubierto y luego sobre el mundo de “lo Reprimido”. Segundo [1907-17]: las investigaciones sobre los problemas del ‘Yo’ represor, con los conceptos de ‘regresión’, ‘sublimación’, etc., y su aplicación por la hipótesis del ‘narcisismo’ (libido del Yo, en oposición a la libido del objeto) al estudio y la terapia de la estructura de las psicosis, etc. Tercero [1917-27]: aplicación al estudio de la instancia represora o punitiva del yo, el superyó, o ideal del Yo (heredero de las primeras cargas de objeto infantiles de la libido), con el conocimiento de los mecanismos de auto-castigo, auto-punición, sentimiento inconsciente de culpabilidad, sadismo y masoquismo, etc. Finalmente, y esto en lo que toca particularmente sólo a la obra de Freud, orientación de la investigación a la esfera psicológica-étnica e histórico social (Tótem y tabú, Psicología de las masas, El porvenir de las religiones, Malestar en la civilización, etcétera)” (Psicoterapia, 1936, pág. 262).

conseguido frenar y colocar dentro de justos límites las exageraciones de las doctrinas constitucionalistas y genéticas imperantes en la actualidad” (pág. 264).

Por último, en el artículo se constata un elemento fundamental, y que ha transitado todas las lecturas de la obra freudiana –realizadas en Argentina hasta ese momento–: la disociación entre teoría y método (“entre la técnica y el freudismo”); y se afirma que, en todo caso, esa disociación entre teoría y método, y sus diversas rectificaciones, habrá de ser resuelta en el seno mismo del campo psicoanalítico.²²¹

El artículo finaliza expresando el compromiso de la revista *Psicoterapia* –y consecuentemente, del colectivo médico al que representa– con los valores científicos y éticos que animan también a Freud. Parece evidenciarse aquí la ligazón entre el proyecto psicoterapéutico y la teoría psicoanalítica, ligazón que años después generaría las propuestas de la “psiquiatría dinámica” y sus diversificaciones.²²²

La psicoterapia, entre el marxismo y el eclecticismo.

A partir de lo expuesto en los últimos párrafos se plantean dos cuestiones que serán fundamentales en el desarrollo del psicoanálisis (y, consecuentemente, también de las corrientes grupales): 1) la cuestión de la psicoterapia y 2) las posiciones marxistas en relación con la práctica psicoanalítica.

1) Como se ha visto, hacia esta década –años 30– la cuestión de la psicoterapia encontrará una formulación más o menos sistemática. Hay allí varios factores a tener en cuenta: a) la percepción de una situación de demandas crecientes, fruto de la descomposición de un mundo de valores que ya no puede organizar la conciencia social; y

²²¹ “Con todo, queda en pie, aun para los que trabajan con los métodos de investigación y terapia psicoanalítica, la diferencia –que subraya Alendy– entre el método y la doctrina; entre la técnica y el freudismo. Cualesquiera que fuesen, no obstante ello, las rectificaciones que la evolución histórica ha de hacer sufrir aun a la teoría y al método psicoanalítico, entendemos que ellas deben derivar y han de derivar solamente de las investigaciones realizadas sobre los hechos psicoanalíticos, por los prácticos y capacitados en ese terreno y no por los que viven ajenos a dicha clase de investigaciones” (*Psicoterapia*, 1936, pág. 264).

²²² “‘Psicoterapia’, como órgano médico, intérprete y vocero en nuestro ambiente hispanoamericano, de estas nuevas corrientes que agitan a la medicina contemporánea, no puede menos que saludar en la figura del anciano psiquiatra vienés a uno de sus gestores espirituales, destacándolo como el arquetipo del médico y del investigador verdaderamente ejemplar, por la valentía del espíritu crítico y por su severa subordinación a la objetividad clínica del ‘Hombre-enfermo’, a cuya ampliación de conocimiento, comprensión y alivio ha ayudado incalculablemente” (*Psicoterapia*, 1936, pág. 264).

que parece configurar una transformación general de los valores vigentes; b) la existencia de necesidades de transformación y puesta al día del viejo tratamiento “moral” –es decir, el abandono definitivo de las teorías de la degeneración–, en el contexto de una transformación general de valores; y c) la búsqueda de respuestas que permitan incidir en la práctica clínica conduce a una búsqueda y una aceptación de propuestas que, reunidas, resultan en un eclecticismo difícil de sostener.

En resumen, una demanda social creciente que busca solventar la crisis, un movimiento de modernización del dispositivo psiquiátrico, y una respuesta colectiva de un sector progresista a la búsqueda ecléctica de instrumentos de intervención. El resultado: la promoción de la psicoterapia, que se había iniciado como un instrumento dentro del arsenal psiquiátrico, pasa a ser considerado –gracias al impulso de este colectivo y otros pocos más– como el posible fundamento de la acción terapéutica. Y en esa perspectiva, será la terapia psicoanalítica la que permita mayores avances en esa dirección.

2) La relación con el marxismo parece haber sido resuelta –en esos años– desde una posición que enfatiza lo ecléctico. Marxismo y eclecticismo serán dos variables que transitan en todo este colectivo de psiquiatras de izquierdas, preocupados por el desarrollo de la psicoterapia, desde una ideología que prioriza la científicidad –fundamentalmente académica–, el uso experimental de los diversos recursos existentes sin preocuparse por lo confuso de su yuxtaposición y una actitud de preocupación sostenida por la mejora de las condiciones de vida de las clases populares.

De todos modos, no puede obviarse que el sector médico –y psiquiátrico– en su conjunto ha sido tradicionalmente conservador. Su origen de clase –la gran mayoría provenía de las clases privilegiadas, la “oligarquía” es su máxima expresión– fue determinante en las opciones políticas e ideológicas que mantuvieron a lo largo del tiempo, y con más radicalidad si cabe, en las décadas siguientes –40 y 50–, en relación con el peronismo.²²³

²²³ El desarrollo económico de los años 20 había permitido que algunos sectores de clases medias tuvieran acceso a la universidad –hijos de inmigrantes, en general– y formaran parte del conjunto profesional médico hacia los 40. Sin embargo, la respuesta de conjunto del sector médico sería fuertemente conservadora, reaccionaria –según numerosos análisis posteriores, realizados a veces por sus mismos autores–. Influye el

Cabe preguntarse cuál es la pertinencia de destacar los análisis y posiciones del sector psiquiátrico que acogía favorablemente a Freud desde una posición de izquierda, frente a la posición mayoritariamente conservadora del conjunto. La relación entre la capacidad de influencia y la relevancia de ciertas problemáticas parecen autorizar tal enfoque. Como se verá, estas preocupaciones y áreas de interés destacadas por las lecturas de Freud en los 30 persistirán durante bastantes décadas, ya sea bajo formulaciones similares o diversas –según los casos–, evidenciándose la relevancia de las mismas.

5.3. El apoyo institucional al proyecto psicoterapéutico.

Un promotor de nuevos enfoques psicoterapéuticos: Gonzalo Bosch.

Entre los psiquiatras que, sin pertenecer al núcleo de izquierdas, mantenían una posición progresista en cuanto al papel que le adjudicaban a la psiquiatría, destaca Gonzalo Bosch. Posiblemente el más influyente de esa época, en los años 30 y 40, tanto en el marco de la sociedad porteña alrededor de los círculos psiquiátricos, como en su posición en el contexto institucional –es decir en la universidad, los hospitales y la propia administración estatal–.

hecho, fundamental, de que las ideologías sectoriales, al menos en los países periféricos muestran una fuerte relación de dependencia respecto del sector dominante y hegemónico.

Así, pues, una gran parte de los sectores profesionales, que por su situación económica y social pertenecían a la clase media se alinearían alrededor de la ideología dominante y oligárquica tradicional. Esta posición política e ideológica llegará a su máxima expresión en la década siguiente, cuando la hegemonía del peronismo. Si bien esos años son especialmente complejos para ser analizados aquí con suficiente rigurosidad, los mencionaremos en cuanto a los aspectos pertinentes para el tema de este trabajo.

Puede verse en el texto de Cristián Buchrucker (1987) un análisis riguroso del período que va de 1927 a 1955. También el texto de Jauretche, “Los profetas del odio y la yapa. La colonización pedagógica” (1957).

Bosch pertenecía a la alta sociedad porteña, y sería uno de los psiquiatras más renombrados del establishment.²²⁴ Médico desde 1913, también se dedicaba al teatro y a la literatura. Continuaba con la tradición de muchos de los médicos de la alta clase porteña: conjugar intereses científicos consolidados y aficiones estéticas. Luego de la primera gran guerra viajó a Europa y a los EE.UU. Allí contactó con una psiquiatría que, influida por la higiene mental y la psicoterapia, incorporaba al psicoanálisis como una especialidad propia.²²⁵ En esos años –los años 20– se producían cambios sociales de gran alcance²²⁶ y en la medicina también se efectuaba una renovación importante. En la modernización acelerada de ese país, la medicina sufrió importantes transformaciones, entre ellas, el surgimiento de una medicina social interesada en la difusión de proyectos psicoterapéuticos y preventivos y con cierta intención participativa.

En ese país –los EE.UU.– surgió el movimiento de higiene mental, que se originó como un intento de reformar las condiciones de la psiquiatría manicomial.; fue iniciado por Clifford Beers. El movimiento de higiene mental condujo a organizar ligas de higiene mental en diversos países, las que impulsaban el tratamiento psicoterapéutico en consultorios externos que permitieran evitar los internamientos.

Por otra parte, la psicoterapia había alcanzado una considerable difusión, ya desde comienzos de siglo. Y desde antes de la primera guerra ya existían diversas publicaciones sobre el tratamiento psíquico de desórdenes mentales. El desarrollo de la psicoterapia había llevado a la psiquiatría norteamericana a invitar a Janet, en 1904, y luego, al mismo Freud, en 1909 (a la Clark University de Worcester, en Boston).

El psicoanálisis encontró rápidamente adeptos entre neurólogos y psiquiatras interesados en la psicoterapia. Entre ellos, James Putnam –profesor de Neuropatología de Harvard–, y Adolf Meyer –profesor de psiquiatría en la universidad John Hopkins–.

²²⁴ En el texto de Balán se reseña que sus orígenes familiares se remontaban a lo más rancio de la historia argentina; sus antecedentes llegan a España, un abuelo médico tuvo de paciente a Juan Manuel de Rosas y fundó el Hospicio de las Mercedes, a fines del siglo pasado (Balán, 1991, pág. 65).

²²⁵ Las particulares condiciones de desarrollo que encontró el psicoanálisis en Europa produjeron, por una parte, su sólido afianzamiento en la sociedad norteamericana, y por otra, que fuera incluido como una especialidad médica, a diferencia del resto de las asociaciones psicoanalíticas. La “cuestión del análisis profano” se muestra aquí con toda intensidad.

²²⁶ Puede verse en los capítulos 1 y 2.

También Morton Prince. Estos médicos se convirtieron en difusores de las ideas psicoanalíticas, y promovieron –en diversa medida– el uso de la terapia psicoanalítica, en el contexto de los modelos psicoterapéuticos.²²⁷

En ese proceso de cambio que se daba en EE.UU. en cuanto a la medicina, en el que comenzaba a variar la comprensión acerca de la naturaleza de las enfermedades mentales y también su forma de abordaje (comenzaban a plantearse cuestiones propias de la “medicina social”) es cuando viaja Bosch. Hay que señalar que si por una parte la mayoría de los psiquiatras –y médicos en general– viajaban a Europa (especialmente a Alemania y a Francia) también un sector lo hacía hacia los EE.UU.

En ese contexto de difusión del movimiento de higiene mental, de auge de la psicoterapia y de aceptación del psicoanálisis, Bosch se convertiría en uno de los principales nexos. Fue uno de los principales promotores de la higiene mental en Argentina, y por otra parte, la experiencia norteamericana frente al psicoanálisis le condujo a tomar una posición de apertura considerable, mantenida durante mucho tiempo.

Posteriormente Bosch promovería la apertura de los primeros consultorios externos en un hospicio público, el Hospital de Alienados, en Rosario; impulsó también la creación de la Liga de Higiene Mental. La Liga se encargó de los consultorios externos, y personas de las clases altas contribuyeron a ello (en general, señoras de familias acomodadas ayudaban, con su dinero y su colaboración); la Liga administraba los consultorios y también se ocupó de la formación de visitadoras sociales, inspirándose en las sociedades de beneficencia.

Hay que destacar que este movimiento tuvo diversos efectos: por una parte plantear una continuidad entre las enfermedades orgánicas y las mentales, lo que supuso incorporar al campo médico ese tipo de enfermedades y arrancarlas del ámbito moral y religioso; por

²²⁷ El grupo de psicoanalistas que visitó EE.UU. en esa ocasión estuvo formado por Freud, Jung, y Ferenczi, además de Jones y Brill. Freud dictó cinco conferencias en la Clark University que se constituyeron posteriormente en un documento fundamental en la exposición de las ideas psicoanalíticas. Años después, Freud se referiría a la aceptación del psicoanálisis por parte de James Putnam, quien si bien inicialmente no lo aceptaba, posteriormente lo recomendaría a sus compatriotas en muchas conferencias (Freud, 1914a, pág. 1909)

otra parte, implicó el inicio de una tendencia a tratar las enfermedades mentales fuera de los manicomios. Los primeros consultorios externos quedaron así ligados a un movimiento de apertura y renovación.

Gonzalo Bosch y el Hospicio de las Mercedes.

Posteriormente Bosch sería Director del Hospicio de las Mercedes, asilo decimonónico situado al sur de Buenos Aires –su abuelo había sido el fundador–. Allí, Bosch incorporó a Enrique Pichon-Rivière. En el hospicio Pichón organizó las primeras experiencias de psicoanálisis en hospitales, así como también los primeros encuadres grupales. También Jorge Thenon estuvo en el Hospicio de las Mercedes, aunque debido a su militancia política, fue expulsado en 1943.

En 1944 Bosch apoyó la creación de una sección sobre psicoanálisis en la Sociedad de Neurología y Psiquiatría, conducida por Pichon-Rivière. Si bien Bosch no se identificó nunca públicamente como psicoanalista –lo que hubiera sido difícil en relación con su lugar en las jerarquías institucionales–, lo cierto es que su figura constituyó un papel importante en el amparo inicial que dio a los psicoanalistas en el ámbito de algunas instituciones públicas.

La ambigüedad existente en las ideologías médicas en los años 30.

La revista “Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social”.

Gonzalo Bosch integraba el comité de redacción de la revista “Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social”, la cual incluyó diversos artículos en relación con el psicoanálisis.

La revista era el órgano de difusión de la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, y estaba dirigida por Mariano Castex. Bosch dirigía la sección de medicina social, e integraba el comité de redacción de la revista, que se publicó

Hay que señalar que en ocasión del viaje de Freud (en 1909) y frente a las ideas de T. Burrow sobre la posibilidad de extender el psicoanálisis a grupos de enfermos, Freud se opuso y dio diversos fundamentos a esa posición. (Kaës, 1993, pág. 60).

desde 1933. Federico Aberastury, ayudante de Bosch se encargaría de la edición. Entre otros artículos, incluyó uno de los primeros artículos que publicó Enrique Pichon-Rivière, antes de ser médico, en 1934, “Dos problemas psicológicos” (Anales..., I, nº 18, pág. 17-18), inspirado en Jung y Adler, y que casi no menciona a Freud.²²⁸

Para situar los artículos y referencias psicoanalíticas que realizaba esta peculiar publicación, parece necesario situar sus coordenadas y contexto. En el campo profesional, y desde la Facultad de Medicina se impulsaron diversos proyectos de difusión de temas médicos –varios de los autores mencionados hasta aquí publicaban sus artículos en revistas médicas, o en sus aledaños–, proceso que comenzó antes de la primera guerra mundial. Algunos de esos proyectos participaban, de diversa manera, en ideologías si no racistas, al menos acríicas respecto de esas tesis –ideas por otra parte, de amplio desarrollo e influencia en el pensamiento médico argentino–.

Entre muchos otros, fue creada la Asociación Argentina de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social, dirigida por Mariano Castex, y donde participaban otros renombrados médicos, como G. Aráoz Alfaro, J.M. Obarrio, y Gonzalo Bosch. Bosch dirigía la sección de medicina social, e integraba la redacción de la revista de la asociación. En la exposición de sus objetivos, la asociación manifestaba su valoración de la eugenesia, (en su “rol modelador de la raza del porvenir”) y su voluntad de contribuir a un proyecto dirigido a “formar la conciencia eugénica de las clases dirigentes”. En ocasiones, la revista suscribiría artículos de dudosa raigambre ideológica respecto de las tesis racistas.²²⁹ Por otra parte, el público de la revista –el ambiente médico–, albergaba en su seno diversas ideologías, desde las inequívocamente racistas a las contrarias.

²²⁸ No hemos podido conseguir ese artículo, por lo cual no hemos podido incluirlo en el análisis de los textos de Pichon-Rivière. Significativamente, ese artículo no es mencionado en la bibliografía pichoniana al uso; se trata de un efecto más de la “mistificación” –espontánea, probablemente– alrededor de su figura.

²²⁹ En alguna ocasión, incluso la propia revista evidenciaría su falta de rechazo a las leyes raciales de Hitler, en 1934; lo cual fue criticado rápidamente. Entre los diversos artículos cabía de todo. Por ejemplo, Arturo Rossi –director de la revista–, en sus artículos realizaba un conjunto de argumentaciones contradictorias, desde las ideas católicas a los fenómenos parapsicológicos, y criticando el “pansesualismo freudiano”, frente a lo cual se prefería una mezcla de la psicología individual de Adler y los “tipos psicológicos” de Jung. También intentaba buscar correlaciones entre las propuestas psicoanalíticas con la biotipología. Pueden verse las referencias a esta revista en el texto de Vezzetti, ya citado (1989, pág. 64).

Lo que interesa destacar aquí es que, al lado de esas manifestaciones de todo orden, cabían también artículos de gente como Gonzalo Bosch, Federico Aberastury e incluso el mismo Pichon-Rivière –como hemos mencionado–. Esta circunstancia remite a la ambigüedad existente en las ideologías médicas en los años 30.

Puede afirmarse la existencia de rasgos de racismo encubierto en la orientación de parte del público lector de *Anales*, y quizá también en algunos de sus integrantes. Pero ni Bosch, ni Aberastury, ni Pichon-Rivière pueden ser colocados ahí, en absoluto. Este es un ejemplo de las “licencias” ideológicas en el campo del pensamiento que había en Argentina, de ciertos rasgos de indiscriminación por parte de los profesionales, y un efecto del eclecticismo imperante.

Hay que señalar que alrededor del movimiento de higiene mental, también existían propuestas eugenésicas, de formación de élites, cosmovisiones genéricamente racistas, además de aquellas interesadas en extender los avances de la psicoterapia a los sectores populares.

Merece la pena reseñar un comentario de Vezzetti en este aspecto, que señala el peso de las viejas tradiciones y su persistencia en nuevos campos de aplicación: “... más allá del efecto disparatado de esa mezcla de nociones y creencias, interesa señalar en la cosmovisión eugenésica –mixtura de representaciones imaginarias del cuerpo y la herencia, prescripciones higiénicas, preceptos morales y racismo más o menos encubierto– el peso de una vieja tradición ideológica de la medicina argentina de efectos perdurables y resistente a las innovaciones” (Vezzetti, 1989, pág. 66).

Una mención sobre el racismo y la xenofobia en Argentina.

La cuestión del racismo –y un derivado, la xenofobia– es sumamente complejo en Argentina, debido, entre otros factores, a su propia composición de origen. Un país conformado fundamentalmente debido a los procesos inmigratorios –por lo menos en cuanto a sus clases medias–, y cuya historia –vigente– se extiende a no más de dos o tres siglos.

De manera persistente, el racismo se ha manifestado con claridad en una arraigada actitud antijudía que, si bien no es mayoritaria, ha persistido muchos años, y se extiende

incluso hasta el presente, al lado de una ideología integradora hegemónica. Hay que destacar que el nacionalismo católico de derecha –ideología con vocación hegemónica– siempre mantuvo rasgos xenófobos y secundariamente, racistas.

La configuración de ideologías racistas y xenófobas en Argentina, en la década del 30 –cuando se gestaba la gran guerra, la que sería la Segunda Guerra Mundial– aparece ligada estrechamente a las luchas políticas, y más aún, a los conflictos de clase. Esas ideologías xenófobas han tenido diversas manifestaciones en la historia política y social argentina: fueron el fundamento de innumerables golpes militares, tuvieron influencias en el peronismo –y en Perón– e incluso en el conjunto de las clases medias.

Un elemento que siempre influyó en los movimientos ideológicos –principalmente en las capas medias– fue el temor a lo “extranjerizante”, temor azuzado sistemáticamente desde los poderes de turno. Por otra parte, y si bien en un sentido diferente, también rasgos racistas se expresaban claramente en la consigna estudiantil antiperonista: “libros sí, alpargatas no”, en los años 50; o en la que decía: “los ‘negros’ invadieron la Plaza de Mayo”, en referencia a la manifestación popular de apoyo a Perón el 17 de octubre de 1945, etc.

El entrecruzamiento entre ideologías de clase, posiciones xenófobas y racistas, y ambigüedades de parte de los sectores acomodados –católicos, en general– agrega diversas facetas a la complejidad de la cuestión del racismo en Argentina.

Es evidente que al lado de lúcidos análisis y sólidas elaboraciones teóricas, había zonas, aspectos de la realidad y de las ideas sobre esa realidad profundamente contradictorias. Esta parece haber sido una característica de la intelectualidad argentina en gran parte del siglo XX, situación que recién se transformaría con claridad desde los años 60. Baste recordar que una forma extensamente difundida para denominar a la izquierda era la de “izquierda cipaya” –en los años 50–, haciendo referencia a su desencuentro con los intereses obreros y populares.²³⁰ La historia de la izquierda política en Argentina –desde el

²³⁰ Puede notarse en la expresión ‘cipayo’ esa relación compleja y confusa con “lo extranjero” y su desvalorización. Cipayo significa (según la Real Academia) “soldado indio de los siglos XVIII y XIX al servicio de Francia, Portugal y Gran Bretaña” en su primera acepción, y también “secuaz a sueldo” en una acepción despectiva. Es evidente el juego especular y paranoide del término, y su clara ligazón con la semántica propiamente xenófoba y –por derivación– racista.

Partido Comunista hasta la izquierda peronista nucleada alrededor de Montoneros, además de los múltiples grupos existentes a partir de 1955– está plagada de esas situaciones confusas. Con este breve comentario solamente se pretende puntualizar la dificultad de arribar a una conclusión evidente alrededor de estos temas, por lo menos desde este trabajo.

Por último, una mención a las tesis racistas y xenófobas en relación con Enrique Pichon-Rivière: el conjunto de su trayectoria profesional, los diversos posicionamientos ideológicos que fue tomando, y en fin, su vida en el norte, cerca de los indios, su reivindicación del saber guaraní, y de las fuentes “populares” del conocimiento muestran su real distancia respecto de las tesis racistas. Sin embargo, escribió un artículo en los Anales; lo mismo puede decirse de Federico Aberastury, y otro tanto de Gonzalo Bosch. Parece evidente que para ellos el racismo no parece haber constituido un campo problemático que exigiera posicionamientos explícitos –todo esto ocurría en los años 30, cuando el nazismo recién comenzaba a extenderse–, pero por otro lado también indica que el sector médico podía albergar modelos y orientaciones ideológicas profundamente contradictorios.

Los “heterodoxos” del psicoanálisis.

Para terminar con este párrafo dedicado al apoyo institucional al proyecto psicoterapéutico parece necesario agregar algunas referencias al desarrollo de la psicoterapia, en relación con el psicoanálisis, y con la forma en que iba introduciéndose en el conjunto de los profesionales del ámbito médico. Veremos algunos autores, que muestran este abanico de posiciones alrededor de la obra freudiana que, comenzando desde los psiquiatras de izquierda, llega a aquellos pertenecientes a la “alta sociedad” porteña. Serán los “heterodoxos”, psiquiatras pertenecientes al establishment, cuya relación con las tesis psicoanalíticas operará también con considerable influencia en la aceptación de las ideas freudianas.

Ya se ha mencionado la figura de Juan Ramón Beltrán, el psiquiatra a quien se debe en gran medida la difusión que fue adquiriendo el psicoanálisis en los círculos porteños, mediante sus conferencias y sus numerosos artículos de divulgación. Cabe reseñar que sería uno de los organizadores de un homenaje por la muerte de Freud, en 1939, realizado por la Facultad de Filosofía y Letras y la Sociedad de Psicología.

También hay que mencionar a Marcos Victoria, otro psiquiatra –además de escritor– que se identificaba como “psicoanalista heterodoxo” –una forma de evitar ser excluido por la comunidad médica–. En sus comunicaciones sobre los tratamientos psicoterapéuticos que realizaba, hacia mediados de los treinta, Marcos Victoria se refería al “tratamiento catártico”, método en el que usaba a veces la hipnosis, a veces la presión sobre la frente del paciente. Se inscribía en las elaboraciones sobre la sugestión y la histeria; en rigor, se basaba en los tratamientos que Freud y Breuer habían realizado a principios de siglo. Si bien el pensamiento psicoanalítico a esas alturas –hacia mediados de la década del 30– estaba ya muy avanzado, había algunos psiquiatras que, como Victoria, utilizaban procedimientos abandonados por sus inventores hacía bastantes años.

Por último y en esta mención a personajes que hemos denominado “heterodoxos” del psicoanálisis hay que mencionar a Nerio Rojas, que puede ser colocado en un lugar intermedio entre el médico psiquiatra y el hombre de letras.

Nerio Rojas, escritor y político, y también criminólogo y docente de Medicina Legal, pertenecía a los círculos intelectuales liberales. Dirigía una clínica para enfermedades mentales y nerviosas, su socio era José Belbey, otro criminólogo y simpatizante del psicoanálisis.²³¹ Rojas visitó a Freud en Viena en 1930; luego afirmarí­a que él no era un “psicoanalista ortodoxo”.

En el relato de la entrevista de Rojas con Freud se refleja un tono de distancia, si bien no exento de respeto y admiración. Rojas intenta una posición de equidistancia, en términos del propio autor entre las corrientes orgánica y psicológica.

De este modo, Freud y sus descubrimientos sobre el inconsciente, serán colocados junto a Wagner-Jauregg, creador de la malarioterapia y Premio Nobel de Medicina (aunque

²³¹ Si bien la influencia de Ingenieros en el desarrollo de la criminología es indiscutible, no parece bastar para explicar suficientemente el predicamento que tuvo en tantos médicos de la época. También la criminología constituyó una preocupación importante en varios de los que, como hemos visto, se interesaron por el psicoanálisis. El esquema de la vieja “medicina mental”, de la psiquiatría del siglo XIX, que consideraba la locura desde las tesis sobre la degeneración parece no perder toda su vigencia. La búsqueda, que puede calificarse de ambivalente, de otras referencias, parece indicarlo: si por una parte se manifestaba el interés por el psicoanálisis –y en general, por las propuestas psicoterapéuticas– el interés por la criminología –en tanto dispositivo de saber directamente relacionado con las tesis psiquiátricas del siglo XIX– no desaparecía. Un elemento ilustrativo: el trabajo que permitió a Beltrán acceder a la Sociedad Psicoanalítica Francesa versaba sobre las aplicaciones del psicoanálisis a la criminología.

algunos discípulos de Wagner-Jauregg, como Helen Deutsch y Paul Schilder viraron hacia el psicoanálisis). Ambos serían los representantes del nuevo conocimiento científico; la argumentación de Rojas intenta evitar el colocar a Freud en un lugar radicalmente diferente.

El núcleo duro de la psiquiatría, es decir la cuestión de lo constitucional, es también mencionado por Rojas, quien formula un cuestionamiento central: le critica descuidar los factores constitucionales. Por otra parte, y en esta línea de equidistancia, el entrevistador postula una continuidad doctrinaria entre Freud y Bergson; ambos coincidirían en las cuestiones centrales de sus respectivas proposiciones teóricas.

Si se tiene en cuenta que el testimonio de la entrevista es realizado para el periódico La Nación parece justificarse la pretensión de distanciamiento, de aceptación con reservas que realiza el autor. También es notable el intento de integración que muestra Rojas entre diversos autores y perspectivas, integración ecléctica, que lo coloca en esa tradición de eclecticismo doctrinario y metodológico ya mencionado respecto de otros lectores de Freud.

Aquí interesa destacar la forma en que es realizada esa operación de captación de la obra de Freud por parte de este psiquiatra e intelectual, pues parece representativa de una forma de lectura que se extendió durante cierto tiempo. Desde una óptica psiquiátrica, se intenta colocar al psicoanálisis dentro de esa tradición y corpus teórico, y el hecho de minimizar el valor de ruptura, de originalidad de sus planteamientos –en cuanto a la controversia con Janet, y la relación con Bergson– no obedece tanto a una intención de rechazo de la obra freudiana, sino a poder colocarla en la zaga de la corriente psiquiátrica. Por otra parte, se liman sus aristas, por lo menos en los temas más comprometidos.

Puede observarse que si en ciertas zonas del discurso psiquiátrico se daba una apropiación del procedimiento terapéutico que rechazaba la doctrina –como ya se ha mencionado–, ahora –con Nerio Rojas y la posición que él representaba– se trataría de la construcción de un sistema global, que articule las teorías de Bergson con el método freudiano, y más en general, se trata de inscribir al psicoanálisis en las coordenadas de las concepciones vigentes, a fin de atemperar su valor de ruptura. Más allá de la fecundidad teórica de esos intentos, parece tratarse de variaciones de la misma operación: la disociación entre teoría y método. En todo caso, hay que destacar que Nerio Rojas

constituyó uno de los primeros intentos –en Argentina– en pensar la obra freudiana en relación con la filosofía del siglo XX.

5.4. Muerte de Freud. Final de la década.

Freud muere en Londres, el 23 de septiembre de 1939. En Argentina se organizaron diversos homenajes. El principal, el acto organizado por la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires y la Sociedad de Psicología, que estuvo a cargo de Juan Ramón Beltrán. En la antología de textos reunidos por Vezzetti, figuran desde las revistas *Nosotros*, y *Sur*, hasta la revista de la Facultad de Ciencias Médicas y el Centro de Estudiantes de Medicina. Al igual que los medios de difusión, los autores eran diversos.

La coincidencia entre la muerte del creador del psicoanálisis y el desencadenamiento de la guerra –ocurrida pocos días antes– implicó un eco importante. Freud era un exiliado, judío. Los periódicos se hicieron eco de la noticia y dedicaban diversos comentarios.²³² Hay que destacar, entre otros, un artículo de Nerio Rojas, publicado en el periódico *La Nación* poco tiempo después, titulado “De Bergson a Freud”, donde el articulista insistía en la búsqueda de afinidades doctrinarias entre ambos pensadores y realizaba una comparación precisa entre diversos conceptos de uno y otro ‘maestro’.

²³² Vale la pena señalar algunas de las notas de los periódicos de la época, según la reseña hecha por Vezzetti (1989, pág. 70 a 72).

El periódico *Crítica* lo hacía así: “Perseguido y despojado por el nazismo, ha dejado de existir en el exilio S. Freud, sabio famoso, creador del psicoanálisis”. Desde una lectura que privilegia la significación moral de Freud, se acentuaba que “trató las enfermedades del alma por medio del alma misma”, se asimilaba a Freud a los nuevos tiempos y se realizaba su capacidad de descubrir allí donde otros preferían el encubrimiento. También *Crítica* invitaba a los “psicoanalistas de la Argentina” –Gonzalo Bosch, Gregorio Bermann y José Belbey– a dar sus puntos de vista.

La Nación, el rancio periódico conservador de Buenos Aires, busca una postura distante y equilibrada frente al creador del psicoanálisis, aunque admite que a partir de su obra habrá que distinguir entre una psicología “prefreudiana” y una “freudiana”. E insiste con el argumento que separaba la doctrina –el “freudismo”– del método psicoanalítico, para concluir que “aunque algún día quede olvidada la teoría de Freud, el psicoanálisis seguirá siendo un medio excelente de investigación y tratamiento para ciertas afecciones psíquicas”.

Una lectura desde la psiquiatría de izquierda.

Para terminar, reseñaremos las consideraciones realizadas por Jorge Thenon en su artículo “Sigmund Freud” (1939). El articulista parte de un reconocimiento cabal al creador de la doctrina psicoanalítica²³³ y si por una parte reconoce la profunda transformación que implicó en la psiquiatría, le otorga una proyección que desborda el campo de la psiquiatría y de la psicopatología.

Así, considera que al extender el conocimiento adquirido sobre las neurosis a la psicología normal, y demostrar que la neurosis sólo muestra de un modo amplificado los avatares psíquicos corrientes, el psicoanálisis se habría transformado en una doctrina psicológica general: “Pero su influencia no quedó restringida dentro de la esfera específica de la psicopatología, pues al descubrir que las neurosis se hallaban vinculadas a las mismas contingencias de evolución de la psiquis normal y que ellas sólo muestran de un modo agrandado las alternativas corrientes de la existencia de todos los seres humanos, saltó la valla de la especialidad y se transformó en doctrina psicológica general. Fue entonces que al poner en descubierto los bajos fondos del alma, [...] atrajo sobre sí la ira y el anatema, pero, al mismo tiempo, una admiración sin freno de un gran sector humano favoreció la extensión de sus aplicaciones a otros campos del conocimiento y adquirió paulatinamente los caracteres de un dogma científico” (Thenon, 1939, pág. 280). Estas consideraciones, eje del análisis, permitirán que Thenon exprese una disposición crítica, tanto científica como ideológica frente a la doctrina psicoanalítica, lo que le llevará a un ajustado análisis de diversos aspectos de la misma.

Desde la catarsis a la teoría del inconsciente.

Thenon considera que el psicoanálisis se propone, inicialmente, como ciencia clínica empírica. Y que inicialmente, Freud sólo pretendía establecer un nuevo método

²³³ “Sigmund Freud, creador de la doctrina psicoanalista, ha muerto en el exilio, lejos de la luminosa ciudad de Viena, donde compartía, con Wagner-Jauregg, el más alto sitio de la psiquiatría moderna. Al rendirle homenaje, [...] nos asociamos, también, al gran clamor de la conciencia universal, herida por la barbarie en el corazón de sus sabios y sus poetas” (Thenon, 1939, pág. 280).

terapéutico, que será la catarsis.²³⁴ Posteriormente, y debido al desarrollo del método y a los nuevos conocimientos adquiridos, se arriba a la teoría del inconsciente, lo que inaugura en la ciencia una era nueva y decisiva.²³⁵ Y constata que paralelamente, la resistencia fundamental que se ha levantado frente al psicoanálisis no se debe tanto a las proposiciones sobre el predominio del inconsciente sino al papel que Freud otorga a las pulsiones sexuales. Pulsiones sexuales que no se limitan al campo de las neurosis sino al conjunto de la producción humana.²³⁶

A partir de la teoría del inconsciente y del papel de las pulsiones se arribará a la comprensión de las producciones culturales y la sublimación. Y parafraseando a Freud, Thenon afirma que la cultura ha sido creada por el empuje de las necesidades vitales y a expensas de la satisfacción de los instintos (pulsiones). Esa parte rechazada, luego es desviada a fines socialmente superiores (sublimación). De este modo, el trabajo y la producción cultural es considerado como resultado de una sublimación de las fuerzas instintivas.²³⁷

Desde esas premisas, para el psicoanálisis en toda manifestación humana, sea en el desarrollo de la psiquis, o en la historia de una colectividad, hay causas, causas que es

²³⁴ “Nació como una ciencia clínica empírica y conservó este carácter en los estudios sobre la histeria y en las primeras investigaciones acerca del significado de la vida emocional de los nerviosos” (Thenon, 1939, pág. 280).

“No aspiró a otra cosa, al principio, que establecer las bases de un nuevo método terapéutico que consistía en llevar a la conciencia del enfermo la escena o circunstancia traumática olvidada, causante del proceso. Se llamó catarsis a este hecho, el primero y más importante descubrimiento de la nueva disciplina” (pág. 281).

²³⁵ “Esta comprobación de los hechos dio origen a la teoría del inconsciente, que inaugura en la ciencia una era nueva y decisiva. [...] Es en la esfera del inconsciente donde se elabora la esencial realidad de la psiquis, no de un modo caprichoso, como su apariencia permite suponer, sino con arreglo a las leyes de un determinismo riguroso” (Thenon, 1939, pág. 282).

²³⁶ “Las proposiciones sobre el predominio del inconsciente en la vida psíquica y del determinismo que caracteriza el enlace de los fenómenos que allí ocurren, no habrían provocado tanta resistencia en los medios académicos y culturales si Freud no hubiese formulado la siguiente conclusión: ‘impulsiones de carácter sexual desempeñan un papel de extraordinaria importancia en la determinación de las neurosis’”. (Thenon, 1939, pág. 282). Más aún, afirmaba más tarde, esas mismas emociones sexuales toman una parte que dista de ser despreciable en las creaciones del espíritu humano, en los dominios de la cultura, del arte y de la vida social” (Thenon, 1939, pág. 282).

²³⁷ “Freud admite por último que la cultura ha sido creada por el empuje de las necesidades vitales y a expensas de la satisfacción de los instintos y que ella es siempre recreada, renovándose en cada individuo que entra en sociedad, el sacrificio de los instintos. Esta porción rechazada de los instintos, desviada de su finalidad sexual, se orienta hacia fines socialmente superiores. [...] El trabajo cultural, es pues, el resultado de una sublimación de las fuerzas instintivas que al convertirse pierden su primitivo carácter específico” (Thenon, 1939, pág. 282).

posible investigar. Y aquí Thenon plantea que se trata de descubrir el lenguaje del inconsciente: “El psicoanálisis, extendiendo su técnica al dominio del arte, de la historia y la formación de las sociedades humanas, procura restaurar los primeros hechos del proceso: nada es caprichoso en el mecanismo de la psiquis, ni en la formación histórica de la sociedad, elección de hábitos, adopción de ritos, ni en la reproducción artística de las diversas épocas de la historia humana: todo tiene una causa, pero es preciso descubrir su lenguaje, así como su lógica primitiva y arcaica, que ignora el orden y la sintaxis de la labor consciente y del lenguaje articulado, de más reciente formación” (pág. 282).

Ahora bien, ¿cómo se logra? Cómo se traduce ese lenguaje jeroglífico? Mediante la técnica psicoanalítica de la asociación libre y la interpretación: “La primitiva técnica de las reminiscencias de los histéricos sumidos en estado hipnoide fue cambiada, adoptándose la asociación libre de las ideas, disminuyendo el sujeto, en cuanto fuera posible, la vigilancia de la conciencia y agregando la interpretación de los hechos que habitualmente se sustraen a la actividad consciente” (pág. 282).

Thenon enfatizará a partir de aquí algunos aspectos teóricos que fundamentan la técnica analítica, entre los que destaca el valor de los hechos menores de la psiquis: ciertos actos cotidianos (rituales), los actos fallidos, los olvidados, los sueños. A partir de esos hechos menores –que habían sido despreciados por la psicología de la conciencia y por la psiquiatría clásica, considerando que no tenían ningún sentido–, se llegó a comprender otras estructuras psíquicas más complejas, como la neurosis obsesiva, las fobias, la paranoia, etc.²³⁸

Retomando un tema de su tesis doctoral, Thenon destaca la importancia de la teoría sobre los sueños y considera que el desplazamiento es el concepto fundamental para lograr

²³⁸ “El psicoanálisis debió por lo tanto conceder la mayor importancia a las manifestaciones que habían sido menospreciadas por la psicología de la conciencia y por la psiquiatría clásica” (Thenon, 1939, pág. 283). “... el psicoanálisis se obstina en examinar con el mayor cuidado [...] los pequeños acontecimientos del diario vivir, los actos fallidos, los olvidados y los sueños” (pág. 283). “Las investigaciones de estos hechos menores de la psiquis permitieron luego completar el conocimiento de estructuras más complejas en el orden de las neurosis obsesivas, las fobias, las paranoias, la neurastenia y ciertos estados delirantes” (pág. 283).

su inteligibilidad.²³⁹ Más aún, afirma que este concepto constituiría un soporte fundamental en la arquitectura teórica psicoanalítica.²⁴⁰

De forma consecuente con el valor que otorga a la comprobación empírica Thenon enfatiza en los diversos avances que posibilitaron las hipótesis sobre los sueños y el desplazamiento, comprobadas fehacientemente en los hechos. Pero eso no le impide realizar una crítica a su aplicación indebida: el exceso de interpretación y el olvido de su valor hipotético.²⁴¹

Thenon va desgranando sucesivamente diversos conceptos y nociones freudianos, en un ejercicio de síntesis muy consistente a la vez que imprime su estilo particular de lectura. Aborda otros conceptos que le permitan dar cuenta de los procesos de desplazamiento, y se referirá entonces a la libido. Cree que el estudio de la vida infantil contribuyó al desarrollo de la teoría psicoanalítica. El estudio de las pulsiones –les llamará instintos–, y de la sexualidad infantil completan el cuadro.

Constata que aún en esa época –casi en el 40– la afirmación de la sexualidad infantil despierta rechazos. El concepto, fundamental, que se deriva de la sexualidad infantil será el Complejo de Edipo, complejo nodular de las neurosis. Como puede observarse, Thenon intenta mantenerse muy cerca de una formulación estrictamente freudiana a lo largo de todo el artículo.

²³⁹ “Es en la ciencia o tratado de los sueños donde la agudeza del genio freudiano alcanza mayor penetración. Esta es, a mi juicio, la obra fundamental del sabio; aquella que demuestra más claramente la interpretación del material inconsciente y donde es más fácil comprender los motivos de la expansión de la doctrina a otros sectores del conocimiento. Es en los sueños donde Freud demuestra con mayor claridad el fenómeno del desplazamiento, por el cual una cierta cantidad de energía procedente de representaciones profundas se desplaza y carga objetos cuya significación real no se aviene con la emoción extraña que nos domina durante el sueño. Lo mismo sucede con las fobias...” (Thenon, 1939, pág. 283).

²⁴⁰ “El desplazamiento de una energía procedente de representaciones reprimidas, suministrando a los objetos de la conciencia una significación afectiva extraña a su contenido real, es la gran base teórica del desarrollo doctrinario psicoanalítico” (Thenon, 1939, pág. 283).

²⁴¹ “Esta hipótesis de trabajo, convertida bien pronto en hecho comprobado, dio lugar rápidamente a numerosos hallazgos de valor. Pero esa misma circunstancia del olvido de su valor hipotético condujo a forzar en ocasiones el afán interpretativo de los psicoanalistas, contribuyendo al descrédito de un excelente recurso de investigación” (Thenon, 1939, pág. 283).

La resistencia.

De una manera muy sugerente, el autor aborda el problema de la resistencia, resistencia al psicoanálisis, derivada de lo encubierto que la teoría psicoanalítica devela. Por ejemplo: la sexualidad infantil, el complejo de Edipo, los impulsos libidinales siempre vigentes, etc. Y afirma que para Freud, “no era un hecho inesperado que el hombre se opusiera al conocimiento de sí mismo y en especial a la crítica de una moral que había guardado celosamente de todo contacto con el análisis científico. Son muy pocos los descubrimientos del psicoanálisis, dice, que han provocado una repulsa tan general y tanta indignación como la afirmación de que la sexualidad se inicia con la vida misma y se manifiesta ya en la infancia por importantísimos fenómenos” (pág. 285). Y agrega: “El hombre había procurado enceguecerse como Edipo, ignorar su pasado, contrariando la gran tarea del conocimiento de sí mismo que los filósofos griegos consideraban la más alta finalidad de la sabiduría. [...] En suma, en cada uno de nosotros hay un Edipo y en el fondo de nuestro inconsciente yacen los despojos irreconocibles del anciano rey asesinado” (pág. 286).

Aún desde una posición que reivindica la tesis freudiana, y desde un planteamiento de la resistencia bastante claro, Thenon duda y se pregunta si la inevitabilidad de los “complejos” (de Edipo) muestra que el psicoanálisis se mantiene como una ciencia biológica –aquí lo dice en el sentido de ciencia que comprueba hechos– o en realidad, niega lisa y llanamente la evolución y el cambio.

Las tesis evolucionistas resultan seriamente comprometidas desde la lectura freudiana, y Thenon, para quien la evolución aparece como un imperativo categórico – desde la óptica marxista sostendrá la tesis del progreso– lo percibe claramente. Sin embargo, considera que esa dialéctica de confrontación no ha sido negativa para el desarrollo del conocimiento. Más aún, llega a afirmar que el psicoanálisis, aún desde sus errores, se ha convertido en el promotor indirecto del progreso en la psicología infantil y en la pedagogía, imprimiendo un fuerte movimiento de crítica y observación de sus propios parámetros.

Constata que también las doctrinas disidentes de Freud, sostenidas por Jung y Adler, se desarrollaron por su posición hostil al propio Freud. E incluso en la psiquiatría, donde el

impulso psicoanalítico engendró un gran avance en el análisis de las neuropatías y las psicosis. Y cierra la cuestión afirmando que, después de ciertas resistencias iniciales –se refiere a Francia–, el psicoanálisis ya ocupa su lugar. “Hoy sin embargo, el método y sus resultados se aplican en todas las escuelas médicas del mundo, aunque de un modo restringido y abreviado, muy diferente del método ortodoxo” (pág. 287).

Como vemos, los temas son recurrentes, tanto en Thenon como en otros autores. Teoría sí, pero método no, o viceversa. El psicoanálisis acierta, el psicoanálisis se equivoca, pero siempre impulsa efectos de conocimiento, sea en el campo psiquiátrico o en el cultural.

El análisis de Thenon es riguroso, y no escamoteará las críticas, en un doble nivel: en la propia teorización clínica, y en los alcances que se busca con sus argumentaciones.

Crítica el olvido en que se ha incurrido del carácter hipotético en la obra freudiana, y la ausencia de labor crítica, “convirtiendo en hecho comprobado lo que es sólo una mera hipótesis o una petición de principios” (pág. 287). El autor critica el uso estereotipado que se llegó a dar del simbolismo.²⁴² Y aclara, en honor a la verdad, que Freud se vio obligado a manifestar que la traducción de símbolos no debe intervenir sino a título auxiliar.

En esa crítica Thenon incluye las hipótesis sobre la angustia del nacimiento, la tendencia de retorno al útero materno en las fobias y las fantasías fetales de los esquizofrénicos; y también –de forma que indica lo difícil que era leer a Freud en esos tiempos– al complejo de castración.

A partir de estos desarrollos Thenon sostiene que sobrevino la era doctrinaria del psicoanálisis. Freud parecía alejarse de la biología de los instintos, y el psicoanálisis comenzaba a organizar todo su arsenal conceptual alrededor y desde sí mismo. La idea de una metapsicología –Freud escribe la metapsicología a partir del 15–, y algunas ideas de Otto Rank le parecen excesivas. En ese momento, ‘doctrinario’ según la ordenación de Thenon, “la doctrina psicoanalítica, transformada al promediar su desarrollo en doctrina

²⁴² “Así aconteció también con los símbolos oníricos, que muchos convirtieron en valores algebraicos con los cuales podía operarse con prescindencia del individuo. El simbolismo aplicado de ese modo dio origen a una actividad extraña y a menudo regocijante, propia de los pasatiempos de salón, que contribuyó a desacreditar la doctrina, especialmente en los medios académicos” (Thenon, 1939, pág. 287).

general del psiquismo, adquirió el derecho de estudiar todas las manifestaciones del hombre en la sociedad” (pág. 289).

La crítica ideológica.

A partir de aquí, el artículo se torna difícil y denso, en abierto contraste con la parte ya expuesta. Thenon comienza con una crítica sostenida, perfectamente articulada, en lo que parece un “ajuste de cuentas” entre bandas rivales, de deudas mutuas. Al lado de ese análisis crítico, en momentos muy contundente, realiza argumentaciones favorables a las posibilidades del psicoanálisis que dificultan su propia línea expositiva.

Probablemente no se trata de una dificultad solamente particular del autor para exponer los argumentos, sino que, como tantas veces, el intento de articular, de acercar, de comprender psicoanálisis y marxismo, se puede empantanar. Lo que se llamó “freudomarxismo” no pudo librarse de este conjunto de argumentaciones –y de búsqueda– tan cercanas, y a la vez, tan opuestas.

Veamos el desarrollo del artículo. El eje de la crítica se centra en adjudicar al psicoanálisis el supuesto de que todo lo humano, todo lo social, es efecto del inconsciente. Dice: “resulta que la escuela de Freud, asomada al ventanillo del patio interior de las almas, considera que la estructura social, el trabajo, la justicia, la moral, se limitan sólo a sufrir los vaivenes y alternativas del dinamismo inconsciente, del comercio de los instintos y de sus fuentes biológicas primarias” (pág. 290). De donde deriva las afinidades del psicoanálisis con el idealismo filosófico, ya que concebiría a la psiquis como un mundo autónomo.

Thenon se inscribe en la tradición marxista con claridad, a lo que agrega un sugerente análisis de la dimensión individual: “Y en verdad lo psíquico no puede ser argüido como causa primera situada por encima de las cosas, antes de las cosas: lo psíquico debe ser explicado a su vez, pues los ocultos resortes de la conducta reflejan la historia de las relaciones recíprocas de los hombres, relaciones concretas que ya encuentran en marcha al nacer, con su estatuto jurídico y una fuerza coercitiva destinada a rendirlo obediente y sumiso, y una educación que contribuye a consolidar en el alma de cada individuo, las dominantes de la conducta más útiles a la perpetuación de dicho código de convivencia” (pág. 290). Así, la explicación de lo psíquico sólo podrá ser hecha desde la historia de las

relaciones entre los hombres, es decir, desde la dialéctica de las clases sociales, de las condiciones concretas de existencia: el materialismo dialéctico.

Thenon alude al valor de promesa que ha rodeado al psicoanálisis desde su fundación. Una promesa en la medida que afirma que “es mediante un esfuerzo destinado a remover y liberar represiones como puede cambiarse y perfeccionarse el modo imperfecto de vivir de los hombres” (pág. 291). Y eso se logrará mediante una “rectificación interior”. Y agrega: “Esta promesa explica la resonancia y expansión mundial de la doctrina, a lo que contribuyó no sólo el genio de Freud sino la gran demanda de una humanidad amenazada que busca ansiosamente un nuevo refugio para huir de las realidades cuyo análisis es temido y penado” (pág. 291).

Sin embargo, considera que se trata de una promesa ilusoria, ya que descansa toda la transformación en la acción individual. Más aún, se trata de una promesa ilusoria, desde el momento en que el psicoanálisis, que en este punto del análisis Thenon denomina como la “sociología psicoanalítica”, engendraría un profundo pesimismo acerca del futuro, “acerca de que alguna vez disminuyan los infortunios del hombre pues, ¿cómo rebelarnos contra aquello que integra nuestro haber hereditario y atávico y que por definición jamás se subordina por entero al dictado de la conciencia?” (pág. 291). Y enuncia una cerrada queja contra lo ineluctable de las pulsiones (Eros y Tanatos), en una oscilación entre el rechazo (se trataría de un error teórico o un condicionamiento ideológico del psicoanálisis) y la aceptación resignada.²⁴³

Es evidente que Thenon no es ajeno a la situación del momento, ha comenzado la guerra, y la crisis en Argentina es antigua ya; su posición oscilará entre la búsqueda de un pensamiento que le permita mantener esperanzas de cambio, y su propio pesimismo, en sintonía con el clima de crisis que se vive en Argentina.

Decíamos que la argumentación era zigzagueante, en momentos la crítica es contundente, y de repente aparece la recuperación y la valorización de temas que han quedado casi descalificados. En este sentido, el autor sostiene la importancia del

²⁴³ “Si los instintos dictan su ley y los complejos implacables se yerguen como demiurgos en el inconsciente, nada podría cambiar sustancialmente jamás: la lucha fratricida y la guerra serían así fatalidades inseparables del hombre y su destino” (Thenon, 1939, pág. 291).

conocimiento de la intimidad del hombre, del saber de sí. “Es preciso conocer mejor la profunda intimidad del hombre: es el primer paso para cambiar sus desdichados errores. El hombre vive mal y en la discordia, no porque no posea lo necesario, sino porque no sabe lo que es y por lo tanto no acierta a utilizar adecuadamente lo que sabe” (pág. 291). Realiza un rápido comentario a “El porvenir de una ilusión”, en el que menciona el papel que Freud buscaba para los psicoanalistas en tiempos de crisis, el de “educadores comprensivos”.

Más adelante Thenon ajustará su argumentación crítica frente al psicoanálisis afirmando que Freud habría desconocido la base social del sentimiento religioso y el mito. La búsqueda de respuestas que den cuenta de la situación social de deterioro y de conflicto es incesante en la lectura que Thenon hace del psicoanálisis. En una prosa compleja, pero anticipadora de mucho de lo que vendría después, afirma: “El mito es el sueño de los pueblos, una satisfacción alucinatoria de deseos y expresa la lucha de los esclavos contra el amo omnipotente” (pág. 291). Hay que destacar, que tanto en lo formal, como en lo que parece sustancial, muchas de las puntualizaciones que realiza Thenon mantienen una actualidad indiscutible. Y no sólo en cuanto a la proyección social del psicoanálisis, sino también a ciertas orientaciones y enfoques actuales.

Ya en la conclusión de su artículo, Thenon formula una reafirmación del discurso marxista, y afirma que aunque la organización social ha cambiado, se ha mantenido la lucha de clases.²⁴⁴ Y postula que se trataría de adquirir conciencia de esa lucha de clases, de esas condiciones sociales de existencia, y no una conciencia “desde arriba” superestructural, desde la conciencia (psicológica): “Es adquiriendo conciencia de este proceso que el hombre puede aspirar a cambiar su curso [de la sociedad] y acelerarlo de hecho, y no mediante una reforma desde arriba, desde la conciencia, la cultura, la educación, y el auxilio eventual de la pedagogía psicoanalítica” (pág. 292).

Thenon adhiere a una conocida analogía entre Darwin, Marx y Freud, –tres pensadores que habrían asestado golpes decisivos al narcisismo–, y luego de denunciar el intento vano del psicoanálisis de transformar el mundo mediante la “rectificación interior”,

²⁴⁴ “Aunque la organización social ha cambiado con el andar de los siglos, lo esencial se ha mantenido, cambiando sólo de forma, esto es, la existencia de grupos sociales antagónicos, uno dominante, el otro sometido” (Thenon, 1939, pág. 292).

Thenon concluye afirmando que sin embargo Freud es un representante avanzado y genial de un gran movimiento cultural de su siglo, y que muchos psicólogos y filósofos se aproximan a sus concepciones aún sin conocerlas.

Con esto no sólo apunta a un reconocimiento de Freud en tanto inscripto ya en la historia cultural de Occidente, sino también a una posición de aceptación y de rechazo del conjunto de argumentaciones de la teoría psicoanalítica. Así, Thenon se pregunta cómo utilizar los importantes hallazgos del psicoanálisis y a la vez, cómo superar sus errores. El error fundamental que parece señalar va en la línea del idealismo filosófico: “se llega a concebir la psicología del ‘hombre’ abstracto, aislado de la historia y de la vida. El hombre nuevo, que el psicoanálisis procura obtener a expensas de una reforma íntima del hombre actual, surgirá de un mundo nuevo, exento de las calamidades y miserias que de continuo lo vuelven al tiempo de la jungla, a las épocas remotas en que reinaban soberanas la turbación y la ignorancia” (pág. 292).

Parece evidente que el esfuerzo intelectual que realiza Thenon se origina en su adhesión a las tesis marxistas –Marx quería cambiar el mundo– y en su simultáneo interés por las tesis freudianas –y de acuerdo a la lectura que hace Thenon– que también buscarían cambiar ese mundo. Quizá ésa sea una de las tesis principales en que se debatió el espectro de posiciones freudomarxistas.

Diversas lecturas de la obra freudiana entre 1910 Y 1940.

A final de la década del 30, el psicoanálisis ya está admitido como una corriente científica y con una clara presencia en la cultura y en el pensamiento contemporáneos. A partir de ahí se tratará de la delimitación de su ámbito propio y de sus límites, es decir, de sus aplicaciones.

En esa época se vivía una crisis en los valores y las ideas vigentes hasta pocos años antes. Y esa crisis cultural será también una crisis del paradigma científico y del dispositivo institucional de la psiquiatría. Incluso la popularidad del psicoanálisis en esos años críticos parece tener mucho que ver con las expectativas puestas en él como posibilidad de análisis de los conflictos del momento. En muchos de los psicoanalistas destacados de los años

subsiguientes esto será no sólo evidente, sino que incluso inspirará muchas de sus acciones: Pichon-Rivière, Marie Langer, y varios más.

También la crisis cultural, y de los valores y usos hasta ese momento hegemónicos sufrieron una profunda transformación que condujo hacia una apertura del paradigma científico natural, y el consiguiente afianzamiento de las disciplinas sociales y culturales.

En los años 20, se concebía la inclusión del psicoanálisis como un lugar auxiliar en el dispositivo de la psiquiatría, en su arsenal instrumental. Freud era leído desde la creencia en la vigencia permanente del modelo científico de las ciencias naturales. Y desde allí, las posiciones que se tomaban respecto del psicoanálisis: 1) desde negar la posibilidad de su inclusión en el campo científico (Ponce), 2) hasta la búsqueda de modos eclécticos de integración subordinados a las tesis psiquiátricas dominantes (Beltrán, Gorriti), 3) o su traducción como actualización de la formación médica, mediante una valorización de la psicología (Mouchet).

La vigencia del modelo de las ciencias naturales motivaba, en parte, la irritación que producía la extensión del psicoanálisis a la literatura –o a las ciencias sociales–. La reacción frecuente consistía en considerar su presencia en la cultura como indicio de que se trataba de una moda, o de un saber menor. Se trataba de formas de conjurar el avance del pensamiento psicoanalítico, es verdad, pero también formas de aceptación. Estas han sido, en general, las formas en que las ideas freudianas se han abierto paso, de manera similar a lo que sucede en cualquier análisis –o en cualquier psicoanálisis, como se decía en esa época–: la resistencia al psicoanálisis es un punto de partida, pero también indica un proceso de trabajo de pensamiento.

Diez años después, en los 30, casi no se discute la legitimidad de su colocación privilegiada en el conjunto de la ciencia y el pensamientos contemporáneos.

La trama de lectura alrededor de las ideas freudianas profundiza sus primeras aproximaciones: a) desde la literatura, se admite, y se festeja tanto la renovación que aporta el psicoanálisis, así como su engarce con las tradiciones literarias fundamentales. b) desde el campo psiquiátrico, y más bien desde una aceptación resignada, se intenta una lectura que permita conciliar el paradigma psiquiátrico positivista con la perspectiva freudiana.

c) desde el nuevo movimiento psicoterapéutico se busca en una cierta lectura ecléctica de la obra freudiana –que disocia entre teoría y método– el fundamento doctrinario y conceptual a sus propuestas. Cabe señalar un cierto movimiento de anticipación de un nuevo modelo ideológico, configurado alrededor de lo que se llamará, décadas después, mundo ‘psi’.²⁴⁵

Y d) el afianzamiento, sólido, de algunas derivaciones de las ideas freudianas en la conformación de las ideologías cotidianas.

En síntesis, el cambio de perspectiva de esta década respecto de la anterior se evidencia tanto en el ámbito cultural y literario como en las diversas iniciativas de reforma –y modernización– del dispositivo psiquiátrico, especialmente mediante el concurso de la psicoterapia. Los personajes que representan esta modalidad de lectura, y que han sido expuestos anteriormente –Bosch, Bermann, Pizarro Crespo, Thenon, Beltrán, Victoria, Rojas–, muestran las diversas perspectivas que resumen el abanico de posiciones frente a la doctrina psicoanalítica.

El vasto movimiento que ha generado alrededor de sí el psicoanálisis parece haber sido tanto un factor en la producción de esa crisis cultural y de paradigmas científicos, como en los intentos de salida de la misma. A partir de ese momento, finales de la década del 30, comienzo de los 40 comienza un nuevo movimiento: la institucionalización del psicoanálisis.

Si bien es cierto que hasta la llegada de Angel Garma a la Argentina, en 1938 –seguido al poco tiempo por Celes Ernesto Cárcamo, en 1939–, no hay nadie que alcance un

²⁴⁵ Si bien es excesivo establecer una conexión entre estas primeras lecturas de la obra freudiana con el desarrollo posterior –a partir de los años 60– del fenómeno ‘psi’ (una amplísima extensión en el orden individual, familiar e institucional de las intervenciones psicológicas), las líneas de confluencias no son difíciles de advertir. Es verdad que es un fenómeno que corresponde al desarrollo global de institucionalización y difusión del psicoanálisis, pero pueden rastrearse perspectivas que apuntan en el sentido apuntado. Puede verse en relación a este tema, el texto de Lourau, “El análisis institucional” (1970), donde el autor analiza los efectos instituyentes y derivados de la extensión del psicoanálisis que implican un ocultamiento de las posibilidades de transformación social. También los textos de Robert Castel: “El psicoanálisis. El orden psicoanalítico y el poder” (1973), “La gestión de los riesgos” (1981), y “La Sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo americano” (1979) –escrito por Castel, Castel y Lovell–, donde se aborda la constitución del universo “psi”, el cual, merced a la extensión del psicoanálisis, lleva a concebir a los conflictos colectivos como conflictos interpersonales, lo que lleva a reemplazar la acción política y social por las intervenciones psicológicas de diverso cuño.

grado de formación y dedicación específicas similares, había figuras como Thenon y Pizarro Crespo que mostraban una solidez conceptual importante y capacidad para plantear áreas y problemas de interés para las ideas psicoanalíticas. Sin embargo, no se generó ninguna organización a partir de su entorno. Es indudable que las variables personales, y de los pequeños contextos en que se movían cada una de estas figuras que “hicieron” el psicoanálisis en Argentina han sido fundamentales. Pero también lo es otro tipo de factores: como la legitimidad que necesitaba el psicoanálisis para poder existir por sí mismo, legitimidad que estaría dada por la pertenencia al movimiento internacional. Quedaría, sin embargo, la ausencia de certeza en este orden: los intentos de no institucionalización de que hicieron gala los psicoanalistas hasta fines de los 30, no sólo se debían a sus arraigadas pertenencias institucionales, sino a una forma de entender la práctica del psicoanálisis, forma que –por lo que hemos visto– se insertaba, con pleno derecho, en la propuesta freudiana. Sin embargo, la corriente que sería hegemónica pocos años después, si bien derivaba de todos los “antecedentes” que se han ido mencionando produjo una cierta ruptura en la definición del psicoanálisis en la Argentina.

Hubo más de un Freud en Argentina hasta el inicio de los años 40.

Las diversas lecturas que condujeron a la entrada y consolidación del psicoanálisis en Argentina indican que hubo más de una manera de apertura a las ideas freudianas. Hasta el momento de la institucionalización del discurso freudiano –es decir, la organización de la que sería la corriente hegemónica durante varias décadas (la APA)–, las lecturas que se hacían del pensamiento psicoanalítico lo colocaban de forma singular en el panorama científico y cultural del país. Puede decirse que había una intención de colocar al psicoanálisis en alguna tradición o corpus de saber ya consolidado: el científico, el literario –cultural– y el moral. Los ideales (ya fueran de transformación o de permanencia y continuidad) habían sido conmovidos por el pensamiento freudiano.

Hubo, así, un Freud científico (ya sea colocado en la tradición científica, o por el contrario, protagonista de una ruptura en el campo del saber científico), un Freud literario (valorado o menospreciado por eso, de acuerdo a las diversas lecturas realizadas) y hasta un Freud moral (ayudaría a la transformación del mundo, o por el contrario, implicaba un peligro para la moral tradicional). Varios regímenes de lectura, en momentos claramente

discernibles, a veces en una difusa amalgama. Algunas trazas de esta diversidad de modos de aceptación y de rechazo puede observarse todavía.

Por último, cabe una referencia a la figura de Pichon-Rivière en relación con el psicoanálisis hasta los años 40. Parece evidenciarse una clara relación entre este fundador de la APA y gestor principal del modelo grupal conocido como “el grupo operativo” y la tradición de la psiquiatría que le precedió, en diversos momentos Pichon retomará diversas problemáticas y cuestiones planteadas por algunos de los que le antecedieron.

También parece necesaria una justificación en relación con el análisis relativamente extenso que se ha realizado de los diversos autores hasta el inicio de los años 40. El motivo reside en que muchos de ellos han expuesto conceptos e ideas que aparecerán, en diversa forma, en Pichon-Rivière, años después. Más que un interés historiográfico, otras razones concurren a extender –quizá fatigosamente– la exposición: por una parte, un intento de mostrar que no todo lo producido en el psicoanálisis en Argentina surgió en APA; por otra –y es la fundamental–, Pichon-Rivière “retoma” preocupaciones e ideas que ya estaban presentes, en juego (más o menos explicitadas, deformadas, censuradas, o que fueron esbozadas y luego olvidadas). En esta perspectiva, Pichon aparece como emergente (portavoz) de múltiples intereses intelectuales y profesionales, y es desde ahí que la “invención” del modelo de “los grupos operativos” cobra gran parte de su sentido.

Capítulo 6. LA INSTITUCIONALIZACION DEL PSICOANALISIS.

La medicina y el desarrollo del psicoanálisis.

El desarrollo del psicoanálisis quedará ligado a partir de los años 40 a una particular relación con la medicina. En un complejo proceso, el movimiento psicoanalítico se extenderá segregado e independiente de la medicina –controlada por el Estado– y a la vez, mantendrá complejas relaciones con algunas áreas específicas de la misma, como la medicina psicosomática; más aún, contribuyó fuertemente a su desarrollo. Esta especial vinculación con la medicina tomará diversas formas, y la cuestión del análisis profano (psicoanalistas no médicos) será fundamental.

Según diversas lecturas, esta particular relación con la medicina habría determinado gran parte de las orientaciones del movimiento psicoanalítico argentino, tanto en sus intereses ideológicos, como en sus propias elaboraciones conceptuales. En cuanto a la medicina psicosomática, diversos autores han considerado que, en momentos, el psicoanálisis queda “engarzado” a la medicina psicosomática, lo que conlleva diversas consecuencias (proximidad con los planteamientos biólogos y positivistas, proclividad hacia un “psicoanálisis médico”, etc.).

En la década del 40 comienza una época de modernización general y acelerada del país. Ya desde la década anterior las capas medias buscaban acceder a la oferta educativa; la inmigración demandaba esa educación como forma de acceder a un ascenso social.

El prestigio social radicaba en las profesiones universitarias (ya que las clases medias no podían acceder a posiciones de poder económico, controladas absolutamente por

un pequeño sector: la oligarquía). Y en este contexto, la profesión médica será paradigmática: un signo de ascenso social, de prestigio científico, y con posibilidades de mejores ingresos económicos –mediante los consultorios privados–.

Un importante elemento a destacar es la temprana formación de una ideología corporativista en el sector médico. En ese contexto, la disputa contra las prácticas terapéuticas surgidas al margen de la medicina será importante, y el paradigma de esta defensa corporativa se centrará en la lucha contra el curanderismo.

Años después, una prolongación de esa perspectiva incidirá en el propio desarrollo del psicoanálisis: el análisis profano será una divisoria de aguas importante.

La psiquiatría no tenía una definición muy precisa en la práctica médica. Desde inicios del siglo, se daba un proceso de transformación: desde la vigilancia y control de los alienados se comenzaba a la búsqueda de tratamientos especializados, psicoterapéuticos, en un movimiento de renovación de los viejos asilos. Los consultorios externos rompen el aislamiento del hospital, serían un símbolo de esa renovación. Y el psiquiatra, además de médico, en tanto subrogado del orden público (la peligrosidad de los alienados) comienza a intentar comprender a los pacientes (ya no degenerados, y menos peligrosos).

Por otra parte, también hay que destacar la influencia francesa en la psiquiatría argentina. La psiquiatría francesa se ocuparía, desde sus inicios, de los aspectos institucionales de la locura (la psiquiatría alemana se desarrollaría en el campo de la neurología). En línea con la tradición liberal francesa, se ocupaba del albergue, la contención, la vigilancia, el control, y a veces, de la curación. El aparato administrativo sanitario tenía un desarrollo considerable.

En Argentina se desarrolló también un creciente interés por los procedimientos psicoterapéuticos, como forma de renovación en la vieja psiquiatría asilar. Y esa preocupación derivó en el interés hacia el psicoanálisis, en sus posibilidades terapéuticas y en sus aportes teóricos. Esta es la lectura de Freud realizada desde la psiquiatría, o desde la

profesión médica en su búsqueda de instrumentos de renovación, y de modernización. También había otras perspectivas de lectura.²⁴⁶

Si bien era posible para la medicina “absorber” las propuestas psicoanalíticas, de una manera similar a la ocurrida en los EE.UU., en Argentina no ocurrió así. En los EE.UU. el psicoanálisis se convirtió en una especialidad médica, aunque de forma particular, pues se mantenía también en la organización psicoanalítica internacional. En Argentina el proceso de institucionalización del psicoanálisis transcurrió con cierto amparo de la medicina, pero al margen de los dispositivos institucionales de la misma. Este proceso se realizó fuera de los dispositivos institucionales de la medicina, en el sentido de que ni sus formas de entrenamiento (aprendizaje), de acreditación, o de difusión tomaron los caminos oficiales. El psicoanálisis se desarrolló fuera de la Universidad, fuertemente asentado en los consultorios privados, llevado por muchos psiquiatras a las instituciones públicas de manera independiente, y en fin, organizado en base a una organización científica –y en épocas gremial– autónoma.

El agrupamiento inicial que dio lugar a la institucionalización.

Las reuniones iniciales que conducirían a la formación de una organización psicoanalítica.

De acuerdo al testimonio de uno de los principales gestores de ese movimiento inicial –que mantendría esa posición de liderazgo durante varias décadas–, Arnaldo Rascovsky²⁴⁷, la primera reunión informal se realizó alrededor de 1940, y concurren a ella varios médicos psiquiatras y de otras especialidades, y sólo uno sin titulación médica: Bela Székely, uno de los principales divulgadores del psicoanálisis desde que arribara a Argentina en 1938.

Estaban Angel Garma y Celes Ernesto Cárcamo, ambos eran miembros reconocidos por la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). Otro de los asistentes era Gregorio

²⁴⁶ Puede verse en el capítulo 4.

Bermann, que era reconocido como psicoanalista pero no se había psicoanalizado. También asistió Jorge Thenon, que practicaba la terapia psicoanalítica junto con otras técnicas psicoterapéuticas. El resto eran: Arnaldo Rascovsky y Enrique Pichon-Rivière, que se analizaban con Garma, y Guillermo Ferrari Hardoy –se analizaba con Cárcamo–. Este colectivo –y algunos pocos más, asistentes o no a esa reunión– determinaría la forma que tomó el pensamiento y la práctica psicoanalíticas en Argentina, al menos hasta fines de los años 60.

Hubo dos aspectos que condujeron a desacuerdos fundamentales: el “psicoanálisis silvestre” (practicantes del psicoanálisis que no se hubieran analizado) y el “análisis profano” (practicantes del psicoanálisis que no fueran médicos).

El requisito médico para la práctica del psicoanálisis tenía ya cierta historia en el ambiente médico y psiquiátrico, diversos psiquiatras lo habían argumentado durante años. Y si bien el colectivo que poco después fundaría la asociación defendía las tesis freudianas en cuanto al análisis profano, años más tarde institucionalizaría –de diversas maneras, en ocasiones con evidencia, en otras de forma soterrada– el requisito médico para acceder a ser admitido como practicante del psicoanálisis, como psicoanalista.

La cuestión del “análisis silvestre” provenía del campo específicamente psicoanalítico. Desde Freud, y el conjunto del movimiento psicoanalítico internacional, el análisis era un requisito fundamental e imprescindible.

A partir de esa reunión –y teniendo en cuenta sus aspectos ‘míticos’– queda establecida una línea de separación fundamental: por un lado los que han realizado la experiencia analítica –sea en Europa o en Buenos Aires– y por otro los que no aceptan esas argumentaciones, y prefieren mantenerse como “psicoanalistas silvestres”.

Lo que se ha denominado como retraso en el desarrollo del psicoanálisis en Argentina –en comparación con otros países– cuenta, entre otros factores, con esta compleja dialéctica en el sector médico. Y si bien ambas cuestiones, “silvestre” y “profano” parecen yuxtaponerse, en realidad implicaban cuestiones muy diferentes.

²⁴⁷ Puede verse en la entrevista a Arnaldo Rascovsky efectuada por Jorge M. Mom para la APA (Mom, 1984a). Asimismo también en entrevistas realizadas en la misma orientación, a Angel Garma y a Celes

Es fundamental señalar que ya desde su inicio se iría perfilando la vocación de los psicoanalistas por ligar su suerte a los sectores acomodados de la sociedad argentina. Aunque tiene un aire caricaturesco, vale la pena citar una mención que hace Balán de ese momento –y más teniendo en cuenta que proviene de entrevistas con familiares de algunos de los asistentes–: “La primera reunión informal para fundar en Buenos Aires una asociación psicoanalítica se hizo en una confitería céntrica –hoy llamada Boston– en la calle Florida. La elección del lugar es significativa: estaba a medio camino, institucionalmente hablando, entre el mundo médico del hospital y de la Facultad de Ciencias Médicas, y el mundo familiar del Barrio Norte porteño. Corría 1940” (Balán, 1991, pág. 36). En un estilo que recuerda a los institucionalistas franceses (Lourau) la anécdota presentada es explícita: alude a la estrecha relación entre el psicoanálisis con la medicina y con las clases acomodadas de Buenos Aires, relación que se mantendría durante varias décadas. Si bien a partir de los años 60 la situación cambió, el psicoanálisis se desarrolló y accedió a otros espacios sociales y culturales, se ha mantenido, para algunos, parte de esa vinculación.

Un grupo de amigos y familiares: el “grupo de los domingos”.

Existía un grupo organizado alrededor de Arnaldo Rascovsky que sería conocido años después como el “grupo de los domingos”, y operaba como un grupo psicoanalítico. Se reunían desde varios años antes, y constituiría el primer grupo de estudios. Una sólida tradición de “grupos de estudio” se consolidaría años después, a la zaga de esta primera experiencia. Su cometido era estudiar la teoría psicoanalítica y a la vez, articular esas nuevas ideas en sus prácticas profesionales.

El grupo de estudios se dedicaba, al margen de las instituciones públicas –del trabajo hospitalario–, a cumplir sus objetivos, profesionales y científicos. Ahora bien, los estrechos vínculos existentes entre sus integrantes darían al grupo una configuración especial, que incidiría en los sucesos posteriores. Así, el grupo de estudio resultaba una compleja articulación entre encuentro familiar y encuentro intelectual.

Los asistentes, además de Arnaldo Rascovsky y su mujer, Matilde Wencelblat, eran Pichon-Rivière y su mujer, Arminda Aberastury, Luisa Gambier, Alberto Tallafiero, Teodoro Schlossberg, Konstantin Gabrilov y alguno más.

Del grupo de los domingos a una organización.

Ese grupo constituiría el espacio necesario para hacer la asociación. Es verdad que hacia esos años el psicoanálisis era considerado por algunos psiquiatras como un recurso terapéutico considerable, incluso algunos de ellos habían realizado notables esfuerzos de divulgación.²⁴⁸ Sin embargo no se había gestado a partir de ninguno de ellos ningún intento organizativo.

En 1940 se formó la Sociedad de Psicología Médica y Psicoanálisis, dentro de la Asociación Médica Argentina. La presidía Juan Ramón Beltrán, un divulgador del psicoanálisis, psicoanalista “silvestre” –sin análisis, sin entrenamiento específico–, fuerte opositor al análisis profano. Los psiquiatras nucleados en ese entorno ocupaban los espacios en los hospitales, tomando al psicoanálisis como un recurso terapéutico pero no como el esquema fundamental. En todo caso, no consideraban necesario el propio análisis como elemento fundamental para la práctica de la terapia psicoanalítica.

El “grupo de los domingos”, para cuyos integrantes el psicoanálisis sí se había constituido en algo fundamental se convirtió en el grupo fundacional de una organización psicoanalítica, ligada al movimiento internacional.

Angel Garma y Celes Cárcamo, los dos miembros del grupo con reconocimiento de la IPA le escribieron a Ernest Jones, presidente de la misma. En su respuesta, Jones les comunicó la aceptación provisional como miembros de la organización internacional.

Desde su inicio, la organización nacional, que se llamaría Asociación Psicoanalítica Argentina (APA) tenía una extensión apenas un poco mayor que el grupo original de amigos y familiares. Durante los primeros tiempos, integraban la organización los seis miembros fundadores, un pequeño número de candidatos y algunas personas interesadas en

²⁴⁸ Puede verse en el capítulo anterior.

estudiar psicoanálisis, pero que no deseaban ser admitidos como candidatos. Primaba, sin embargo, el clima familiar.

Las esposas de los tres de los seis miembros fundadores se contaron entre las primeras candidatas; ninguna era médica: Elizabeth Goode, Matilde Wencelblat y Arminda Aberastury. Elizabeth Goode, profesora de inglés, posteriormente psicoanalista de niños y adolescentes. Matilde Wencelblat, maestra, se dedicaba al dibujo y a la pintura. Y Arminda Aberastury, maestra, luego estudió Pedagogía, se interesaba por la música. Años después sería la principal introductora en castellano del psicoanálisis infantil desde la perspectiva kleiniana.

Inicialmente se admitió a candidatos que no eran médicos e incluso a alguno sin titulación universitaria. Había una intención de ampliar el espacio de la asociación, y una intención de incluir a todos los interesados en incorporarse al movimiento psicoanalítico. Pero por otra parte, primaba el interés de lograr un estatuto de reconocimiento científico y profesional. Se daba una cierta contradicción en esos primeros años. Se organizó un aprendizaje especializado, pero también se comenzaron a utilizar criterios de selección formales.

En la década siguiente, los requisitos de admisión exigirían el título médico y se formalizaría el aprendizaje de los candidatos de modo tal que se convertiría en algo similar a una especialización de posgrado, paralelo a las especializaciones de la medicina.

Por una parte existía la intención de ampliación de la asociación, y por otra, la necesidad de prestigio científico. Y se daba, inevitablemente, una situación difusamente contradictoria. Además, y quizá fuera lo fundamental, estaba la cuestión del análisis profano. Ya Freud lo había visto y planteado: una de las mayores resistencias al psicoanálisis provendría de la medicina. Y esta resistencia no sólo existe "fuera" de la asociación, sino que también se da "dentro", pues constituye parte de la ideología médica: una creencia, reacia a ser removida y desechada, en las buenas relaciones entre el discurso médico y el discurso psicoanalítico. Sea como sea, esta relación, inicialmente conflictiva entre el psicoanálisis y la medicina, tendría considerables efectos en el desarrollo de conjunto del psicoanálisis en Argentina, y esto durante varias décadas.

Los reglamentos de admisión y la ordenación administrativa.

Los estatutos²⁴⁹ originales de 1942 requerían sólo la realización del análisis para ser miembro adherente y la presentación de una comunicación escrita para acceder a titular. En cuanto a la titulación, la titulación médica era una condición preferida, pero no excluyente. No se exigía ningún aprendizaje (entrenamiento) formal para constituirse en miembro adherente. Recién en 1945, cuando se organizaría el Instituto, la formación se reglamentaría, mediante cursos, seminarios y supervisiones.

En 1948 se organiza el primer reglamento para la formación de psicoanalistas. Ahí se requería el título médico, en el caso de analista de adultos, y el título pedagógico para el psicoanalista de niños. También se establecía un programa de aprendizaje: 300 horas como mínimo de análisis didáctico, cursos teóricos de varios años de duración, trabajos clínicos supervisados, la redacción de una tesis, y ... la capacidad de leer y traducir el idioma inglés (en la carta de Jones a la APA, además del reconocimiento provisional se propone el uso del inglés, sugiriendo, de hecho, el pasaje del alemán al inglés).

En 1952 los estatutos requirieron el título médico para constituirse en “psicoanalista médico”, los no médicos (que debían tener alguna carrera universitaria) podían acceder a tareas de “readaptación de personas psicosocialmente desadaptadas”, y debían estar en contacto con un psicoanalista médico. Estas formalidades no serían retroactivas.

En 1954 el gobierno dicta una resolución que iría contra el análisis profano: sólo estaban autorizados para la psicoterapia y el psicoanálisis los médicos; los auxiliares de psiquiatría podrían colaborar con ellos. Se amenazaba con perseguir a los analistas profanos por ejercer una profesión médica –practicar el psicoanálisis– sin el título habilitante. Ante esto, la APA se adecuaría a esas normas y por una parte recomendó a sus miembros la obtención de ese título menor, y por otra parte, limitó la admisión de nuevos miembros sólo a médicos. Esto se mantendría durante varias décadas.

Ese cambio de orientación encontró cierto acuerdo en algunos miembros de la APA, por diversos motivos: por su pertenencia al estamento médico, o por la creencia que así se

mantendría el nivel prestigioso del psicoanálisis –como en los EE.UU., donde el psicoanálisis se asimiló a la medicina–. En 1985 se dará una nueva situación legal, el Estado no exige titulación médica para la práctica del psicoanálisis, los psicólogos ya no deben preocuparse por practicar el psicoanálisis de forma ilegal.

Hasta aquí, lo que puede denominarse como el (particular) origen grupal del movimiento psicoanalítico. Parece pertinente exponer diversas situaciones de cada uno de los integrantes de ese agrupamiento inicial.

6.1. Los integrantes del grupo fundador.

Arnaldo Rascovsky.

Arnaldo Rascovsky²⁵⁰ nace en Córdoba, en 1907. Su padre era un judío ruso de escasa educación, su madre era analfabeta. Rascovsky siempre lo recordaría deformado por la obesidad. Dos de sus hermanos, Luis y Raúl, también adhirieron al psicoanálisis.

Se casa con Matilde Wencelblat, que pertenecía a la pequeña comunidad judeoalemana, la más acomodada entre los judíos europeos radicados en la Argentina. Estos pequeños núcleos judeoalemanes experimentaron fuertes crisis con el ascenso del nazismo, y fueron rechazados de sus núcleos habituales, las múltiples asociaciones de la comunidad alemana argentina. Algunos de ellos despertaron, incluso, al judaísmo debido a esa circunstancia. Hasta 1933 la comunidad judeoalemana de Buenos Aires era muy reducida, y participaba de la comunidad germana. Poco tiempo después llegaron bastantes refugiados.

²⁴⁹ Pueden verse las variaciones estatutarias y de reglamentos en: Asociación Psicoanalítica Argentina, 1942/1982, texto coordinado por Jorge M. Mom, Gilda S. de Focks y Juan C. Suárez (Buenos Aires, APA, 1982).

²⁵⁰ Las consideraciones biográficas siguientes derivan de la entrevista publicada en la Revista de Psicoanálisis, y realizada por Jorge M. Mom (1984a). También de las entrevistas realizadas por Balán al mismo Rascovsky y a algunos de sus familiares, que han sido abundantemente documentadas en el texto ya comentado (Balán, 1991).

Todos ellos se verían profundamente conmovidos ante la crisis europea y posteriormente, ante la destrucción genocida que realizó el nazismo.

El acercamiento de Arnaldo Rascovsky al psicoanálisis arrastró rápidamente a la rama Wencelblat de la familia. Todos los hermanos de Matilde, unos con mayor intensidad que otros, pasaron por la experiencia psicoanalítica. Casi todos participaron en las reuniones de estudio y discusión en la casa de los Rascovsky.

Rascovsky se dedicaba a la pediatría desde que terminara medicina, a los 21 años. Trabajaba en el Hospital de Niños, fue el primer judío que entraba a ese hospital; trabajó allí hasta poco después del golpe militar de junio de 1943, en que su jefe fue forzado a retirarse. La clientela pediátrica de Rascovsky provenía sobre todo de la comunidad judía. Después de varios años de práctica tenía un consultorio bien establecido y un bien ganado prestigio médico.

Se volcó al psicoanálisis a partir de la lectura de Jung y Freud, hacia 1936. Y poco tiempo después comenzó a reunir en su casa a algunos pocos adherentes a las nuevas teorías. Lideró el grupo de estudios, en el que se estudiaba psicoanálisis usando sobre todo el texto de Herman Nunberg publicado en castellano en 1937: “Teoría general de las neurosis”, sería uno de los libros de cabecera de muchos psicoanalistas durante muchos años.

Al mismo tiempo, comenzó interesarse por los problemas psicosomáticos, lo que desarrollaba en el Hospital de Niños. También convocó a algunos de los participantes que se reunían en su casa a colaborar en el trabajo de investigación hospitalaria. Se interesaban en los aspectos psicosomáticos de la nutrición relacionados con desarrollos sexuales precoces o retardados. En esa época Rascovsky desarrollaba investigaciones sobre niños varones obesos y con rasgos feminoides. También Pichon-Rivière realizaría algunos trabajos en esa línea. Enrique Pichon-Rivière estaba integrado al grupo de estudios, atendía el consultorio externo del Hospicio de las Mercedes. Constituiría el otro polo –al lado de Rascovsky– en el liderazgo de los esfuerzos del grupo.

La operación que estaba en marcha, y que conduciría poco tiempo después a la constitución de la asociación de psicoanalistas, descansaba en ese pasaje entre el hospital y la práctica en el consultorio. Hasta ese momento, era usual que los médicos desarrollaran

tareas científicas en el medio hospitalario y que se desempeñaran en consultorios privados, como fuente de ingresos principal. Pero la innovación puesta en marcha por los integrantes de este grupo radicaba en que el trabajo intelectual era realizado fuera del espacio hospitalario, y sin ligazón directa con sus consultorios.

Por otra parte, no se trató solamente de un esfuerzo profesional, intelectual, cuyo interés se limitara a las tareas de investigación. Se trató, fundamentalmente, de la forma en que los integrantes de este pequeño núcleo accedieron a las concepciones psicoanalíticas: mediante su propio análisis. Todos ellos realizaron la experiencia psicoanalítica, más aún, extendieron ese interés a sus grupos de referencia, como el caso de los Wencelblat, en que prácticamente toda la familia estuvo en análisis –hasta el abuelo, y esto dicho de manera no retórica, sino literal–.

Parecen múltiples las razones que puedan explicar esta fuerte capacidad de innovación que mostró este pequeño colectivo informal de profesionales, familiares y amigos. Por el lado de Arnaldo Rascovsky, parece que los efectos del deterioro y desgarró vividos por la comunidad judía en Argentina en esa época constituyeron un elemento considerable.

La crisis europea implicaba para la comunidad judía en Buenos Aires un desgarró importante: desde los recién llegados por la amenaza nazi hasta el desgarró en la comunidad judeoalemana, hasta poco antes unificada. Si la década del 30 implicaba una profunda crisis de valores para el conjunto de la sociedad, para estos colectivos judíos tenían una significación aún más drástica: su identidad cultural se encontraba fuertemente amenazada. No es sólo parte del anecdotario –por otra parte, celebrado por sus protagonistas– que tantas de estas personas buscaran en el psicoanálisis una posibilidad de integrar tantas rupturas. Y esa búsqueda pasaba tanto por el asumir las ideas psicoanalíticas en tanto practicantes del análisis como en la propia experiencia psicoanalítica.

Enrique Pichon-Rivière.²⁵¹

Enrique Pichon-Rivière nació en Ginebra, en 1907, y pasó su niñez en el Chaco y en Goya, provincia de Corrientes, donde se había radicado su familia después de haber pasado fugazmente por Buenos Aires.²⁵²

En el texto de Zito Lema (1976) se relatan diversos hechos de su vida, desde cierta perspectiva de ficción.²⁵³ Allí se expone la situación de privaciones y dificultades que vivió su familia, en un deambular de sucesivos fracasos económicos. Un contraste excesivo con el origen familiar de sus padres, que provenían de la alta burguesía lyonesa. La nostalgia por la Europa perdida fue una constante en la vida familiar. Su padre, Alfonso Pichon, al enviudar se casó con la hermana de su mujer, con quien tuvo un hijo: Enrique, el menor de la casa. Tuvo cinco hermanastros.

Fue a estudiar Medicina en Buenos Aires, donde tuvo una vida bohemia y acorde con la vanguardia cultural porteña de los años 30, en relación con la marginalidad cultural y el arte. Fue amigo de Roberto Arlt, un personaje que de distintas maneras influiría en su vida. Tenía una perspectiva anarquista –de distanciamiento y desconfianza ante la autoridad–, que mantendría durante toda su vida, en su época de estudiante colaboró con los grupos republicanos españoles.

Se hizo amigo de Federico Aberastury, ambos estudiaban medicina. Aberastury era un personaje singular: interesado en la parapsicología, en la grafología, con una gran capacidad expresiva, y también interesado en la filosofía y el psicoanálisis. Varios de los psicoanalistas iniciales reconocen en Federico Aberastury su iniciador en el interés por el

²⁵¹ En este apartado se indican solamente algunos datos biográficos sobre Pichon-Rivière –sólo los pertinentes al tema–; una exposición más detallada y extensa se realiza en la tercera parte (capítulos 9 y 10).

²⁵² La información sobre Pichon-Rivière es extensa y redundante. Aquí utilizaremos el texto de Zito Lema, diversos artículos periodísticos y de revistas, e informaciones provenientes del texto ya citado de Balán (1991), que contiene informaciones procedentes de entrevistas con familiares y discípulos de Pichon, en particular Marcelo Pichon-Rivière, David Liberman y Fernando Ulloa.

²⁵³ El texto de Vicente Zito Lema es resultado de una larga serie de entrevistas realizadas a Enrique Pichon-Rivière, en 1976, donde se exponen diversos aspectos biográficos. Inaugura una larga serie similar, donde los principales psicoanalistas de la primera hora relatan aspectos de su vida: Langer, Cárcamo, Garma, Rascovsky, etc. Estos documentos tienen el valor de añadir, e intercalar aspectos precisos de la vida de sus protagonistas –más o menos realistas o fabulados– junto con sus elaboraciones conceptuales. En ese sentido, constituyen documentos valiosos para situar y contextualizar los diversos discursos en que se inscriben sus autores.

psicoanálisis. Sin embargo, después de tan prometedores inicios intelectuales y de un acercamiento de largo tiempo hacia el psicoanálisis, Federico Aberastury retornaría a la grafología y técnicas similares.

Pichon-Rivière y Federico Aberastury coincidieron en diversos intereses intelectuales, y además en una tradición familiar: la música. Las madres de ambos eran expertas aficionadas a la música, ambas profesoras de canto. La afición a la música era compartida por todos los hermanos Aberastury, y entre ellos, Arminda. Poco después de terminar sus estudios de maestra, sufrió una importante crisis melancólica. Luego comenzó a estudiar filosofía y pedagogía. Enrique Pichon-Rivière frecuentaba la casa de los Aberastury, a la que tomaba como su segunda familia. Comenzó un largo noviazgo con Arminda, con quien se casó al año siguiente de terminar sus estudios de Medicina, en 1936.

Pichon-Rivière se interesaba por la psiquiatría, colaboraba con Federico Aberastury, ambos bajo la dirección de Gonzalo Bosch. De esa época datan sus primeros artículos, en particular uno escrito en la revista *Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social*, en 1934 (titulado “Dos problemas psicológicos”).

También trabajó en el Hospicio de las Mercedes, dirigido por Bosch, como practicante, y luego, como médico concurrente. En sus primeros años de consultorio privado, atendía “enfermedades nerviosas y mentales” –hoy se denominaría neuropsiquiatría, una compleja confluencia entre neurología y psiquiatría–, en adultos y niños.

Comenzó a trabajar como psicoanalista antes de realizar su propio análisis –es decir, como psicoanalista silvestre– y luego se analizaría con Angel Garma (en 1939-40), en un análisis que al parecer, fue breve –como muchos en esa época–.

Fue uno de los promotores iniciales de los grupos que conducirían a la fundación de la asociación psicoanalítica. Amigo de Arnaldo Rascovsky –se conocieron por intermedio de Federico Aberastury–, juntos liderarían el “grupo de los domingos”, al que asistirían la pareja Pichon-Rivière-Aberastury, Rascovsky-Wencelblat, y el resto de integrantes.

Enrique Pichon-Rivière se constituyó como uno de los pilares fundamentales del movimiento psicoanalítico argentino, y contribuyó a la extensión del psicoanálisis a otros ámbitos: psicoanálisis con niños, psicoterapia de grupos, grupos operativos, psicoterapia familiar, etc. Se mantuvo siempre en una posición de ambivalencia frente a la institución

psicoanalítica, aunque su papel en los diversos movimientos de apertura que se gestaban en el campo psicoanalítico fue fundamental (fue el analista o el maestro de la mayoría de los analistas que protagonizaron esos movimientos). Se le reconocía como “maestro de maestros”, indicando su lugar de iniciador.²⁵⁴

Pichon-Rivière murió en julio de 1977, en Buenos Aires.

Angel Garma.

Angel Garma²⁵⁵ nació en Bilbao, en 1904, y se consideraba “vasco por los cuatro costados”. Estudió medicina en Madrid, y se interesó por la psiquiatría siendo estudiante. Durante esos años convivió en la residencia de estudiantes con García Lorca y con Dalí, con los que trataba diariamente; recordaría siempre con cariño el ambiente cultural de la joven y frágil república española de esos años, propicio para las innovaciones.

Había estudiado con Ramón y Cajal y con Marañón –en cuyo servicio de medicina interna fue alumno interno durante cuatro años–. También con Miguel Sacristán, que le sugirió formarse en psiquiatría en Alemania; siendo estudiante trabajó en un servicio de mujeres en el manicomio de Ciempozuelos (Madrid), que dirigía Sacristán. A los 23 años termina sus estudios de medicina. Al año siguiente, en 1928, viajó a Alemania para formarse en psiquiatría, a Tübingen y a Berlín. Una vez en Berlín, una joven psicoanalista, Micaela Fabian le sugirió una formación en el Instituto Psicoanalítico que funcionaba en esa ciudad; su director era Max Eitingon, que aceptó la solicitud de Garma para hacer la formación analítica.

Al año siguiente –en 1929–, Garma comenzó a analizarse con Theodor Reik, el analista profano defendido por Freud en un juicio por ejercicio ilegal de la medicina en

²⁵⁴ Hay que destacar una cuestión fundamental: Pichon-Rivière fue maestro no tanto en el sentido de quien ‘produce’ muchos discípulos, sino que extiende una cierta enseñanza, difícil por cierto de precisar. En todo caso sus discípulos iniciales mantuvieron una perspectiva de apertura similar, e intentaron continuar con la aplicación del enfoque psicoanalítico en diversas áreas: lingüística, psicología social, psicología institucional, etc. Entre los discípulos iniciales puede nombrarse a David Liberman, José Bleger, Fernando Ulloa.

²⁵⁵ Este párrafo se ha realizado a partir de la entrevista realizada por Jorge M. Mom, publicada en APA (Mom, 1983), la nota en el periódico El País: “El español que tumbó a Argentina en el diván” (diciembre de 1989) y la nota necrológica realizada por Nicolás Espiro (1993), publicada en la Revista de Psicoanálisis de Madrid.

Viena sólo unos años antes y que se había instalado en Berlín. Poco después comenzó los cursos y seminarios, y completó todos los requisitos necesarios para ser miembro de la asociación alemana con un trabajo que presentó en octubre de 1931. En el Instituto en Berlín estudió con destacados analistas como Franz Alexander, Sigfried Bernfeld, Otto Fenichel y otros. Supervisó con Fenichel, Karen Horney, Harnik. Tuvo como colegas a Erich Fromm, Thomas French y Paula Heimann, su “hermana de diván” (se analizaba también con Reik), que sería amiga suya.

El trabajo que presentó para ser admitido como miembro asociado de la asociación alemana se titulaba “La realidad exterior y los instintos en la esquizofrenia” (publicado en la revista de la APA, en 1944) y en él Garma realizaba una crítica a la teoría freudiana sobre la psicosis.²⁵⁶ Garma envió su trabajo a Freud quien le contestó agradeciéndole sus trabajos y deseándole suerte en su patria.

Después de la presentación de su trabajo y aceptación como miembro adherente en la Asociación Psicoanalítica de Berlín Garma regresó a España, donde fue el primer psicoanalista que trabajaba en el país, tenía 27 años. Trabajó como psiquiatra en el Tribunal Tutelar de Menores en Madrid. Recuerda haber encontrado una fuerte oposición por parte de bastantes psiquiatras. Dio cursos y conferencias sobre psicoanálisis en la Sociedad de

²⁵⁶ Según afirma el mismo Garma en 1983: “Justamente por mi formación psiquiátrica previa, los trabajos de Freud generales sobre la psicosis, como son ‘Neurosis y psicosis’ y ‘La pérdida de la realidad en las neurosis y psicosis’, me di cuenta de que no se ajustaban, que no correspondían a lo que se veía en el paciente. Que Freud no había visto bien del todo lo que transcurría en los enfermos psicóticos. Y entonces me interesó estudiar esto profundamente y ver si los amplios sucesos mentales transcurrían tal como los percibía yo, que era de un modo opuesto a cómo los percibía Freud. Freud afirmó que el individuo neurótico reprime el Ello para satisfacer la realidad y que el individuo psicótico reprime la realidad para satisfacer el Ello. La experiencia le demuestra a un psiquiatra que eso no es así, que el psicótico es una persona que sufre terriblemente, que tiene represiones del Ello muy intensas, aun en el caso de que en él a veces aparezcan manifestaciones instintivas que pueden estar enmascaradas, pero a consecuencia de distorsiones. Por lo tanto, que había que dar vuelta a la teoría general de Freud sobre las psicosis. Fue lo que expuse en 1931” (Mom, 1983, pág. 905).

Así, el trabajo “implicaba que la teoría general de Freud sobre las psicosis era una teoría errónea, que los procesos no sucedían como Freud decía, sino todo lo contrario: que el individuo psicótico reprime mucho más intensamente que el individuo neurótico, lo que se oponía totalmente a las creencias teóricas psicoanalíticas de ese momento” (Mom, 1983, pág. 905).

Hay que destacar la libertad de pensamiento existente en ese momento, cuando Garma recuerda que fue Fenichel quien supervisó su trabajo: “Y empecé a escribir mi trabajo, que supervisé con Fenichel. Él, manifiestamente, no estaba totalmente de acuerdo con lo que yo decía. Sin embargo, me apoyó en la redacción” (Mom, 1983, pág. 905).

Neurología y Psiquiatría, en la Liga de Higiene Mental y dictó un curso de psicoanálisis en el servicio hospitalario que dirigía su antiguo maestro, Gregorio Marañón.

Salió de España una semana antes del inicio de la guerra civil, y fue a Francia, adelantando sus vacaciones. Aunque tenía simpatías republicanas, no deseaba luchar contra españoles, y decidió permanecer en Francia. Allí concurrió al Instituto de la Sociedad Psicoanalítica de París, donde se vinculó con los psicoanalistas franceses, Laforgue, Lagache y otros. Otros psicoanalistas, alemanes y vieneses, también buscaron refugio en París. Pero el clima político se deterioraba día a día y el gobierno francés no tomaba una posición firme frente al fortalecimiento militar alemán y vacilaba ante el conflicto español.

Por intermedio de otro psiquiatra español, Rof Carballo, entabló relación con un joven argentino que también se formaba en el Instituto: Celes Ernesto Cárcamo. Garma tomó la decisión de emigrar a la Argentina, en vez de instalarse en Londres o en los Estados Unidos, como lo hacían muchos psicoanalistas europeos que pasaban ese año por París, incluyendo al mismo Freud. La elección no ofreció dudas: el idioma y los vínculos profesionales ya establecidos contaron mucho. Pero el factor fundamental era que en Buenos Aires estaban sus hermanas y también su padre muerto. La misteriosa muerte de su padre, en Buenos Aires, cuando él tenía sólo cuatro años de edad. La familia –de emigrantes– tenía un negocio de porcelanas y su padre fue asesinado. Posteriormente su madre se casó con su tío –que pasó a ser su padrastro–, y de ese matrimonio nacieron sus medias hermanas. Estas complejas circunstancias, la muerte de su padre, el casamiento de su madre con su cuñado seguramente influyeron no sólo en su interés en el psicoanálisis sino también en su emigración a la Argentina: allí reencontraba parte importante de su historia familiar.

Cuando Angel Garma llegó a Buenos Aires en 1938, a los 34 años de edad, ya tenía una sólida formación psicoanalítica; y se consideraba “freudiano cien por cien”, había realizado tres años de entrenamiento formal.²⁵⁷

²⁵⁷ “Como mis padres habían vivido mucho tiempo en la Argentina (incluso tengo hermanos nacidos aquí) cuando vi que venía la Guerra Mundial, pensé en venir a Argentina, donde no había estado anteriormente, pero que era el país que habían elegido mis padres para pasar muchos años trabajando aquí. Y entonces vine e inicié mi labor como psicoanalista en Argentina, que con la base que había tenido en España y la experiencia de Francia también, fue fructífera. Con la gente que encontré aquí, que era gente muy

Garma destaca las posibilidades de desarrollo del psicoanálisis en Argentina en cuanto a constituir un medio humano que encontraba libre y en contacto con la realidad: “Para que el psicoanálisis tuviera el auge que desde el comienzo tuvo aquí yo creo que fue fundamental la capacidad del hombre argentino. Era un hombre libre, inteligente y en contacto con la realidad, con pocos sometimientos superyoicos. Como lo demuestra el hecho de que en la Argentina –o por lo menos en Buenos Aires– hay mucho menos neurosis obsesivas que en Europa. A mí eso me pareció un fenómeno muy extraño, pues en Europa es una de las neurosis más frecuentes. Y está en relación con la libertad interna que, por lo menos en aquella época, había en Argentina” (Mom, 1983, pág. 910). También consideraba que la inmigración había sido un factor fundamental en la buena acogida al psicoanálisis, valoración que se refería no sólo a la realidad social de la inmigración sino también a la suya propia: él había perdido su territorio original.²⁵⁸ Garma se entusiasmó rápidamente con Buenos Aires. Era una ciudad opulenta, y con una gran avidez por la creación cultural y científica; la acogida en medios profesionales e intelectuales no podía ser mejor, a pesar de la frialdad oficial frente al exilio español.

A poco de llegar, conoce y se reúne con un grupo de colegas interesados en el psicoanálisis y comienza un trabajo orientado hacia la formación psicoanalítica: “Nos reuníamos en las casas de Arnaldo [Rascovsky], de Pichon y de Cárcamo... Yo llegué en el ‘38, Cárcamo en el ‘39. Nos reuníamos en esas casas y exponíamos nuestras ideas, casos, y cambiábamos opiniones” (pág. 910). Así, con dos psicoanalistas con entrenamiento formal –Garma por la asociación de Berlín, Cárcamo por la de París– comienza la andadura que conduciría a la formación de la asociación psicoanalítica en Argentina.

Se constituyó un grupo orientado hacia una formación psicoanalítica, desde 1939. Se propuso realizar una intensa formación teórica y práctica que duró tres años, lo que

capaz: Pichon-Rivière, Arnaldo Rascovsky y otros más pude empezar el desarrollo del movimiento psicoanalítico con facilidad mucho mayor de la que tuve en España. Además, ya habían transcurrido bastantes años y el análisis ya se estaba extendiendo en el mundo y era más apreciado” (Mom, 1983, pág. 909).

²⁵⁸ De la entrevista realizada en el periódico El País: “Los argentinos que fundaron la nación no tenían prejuicios, ni estructuras rígidas, emigraron con la finalidad de defender la vida y, en un país joven, estaban más abiertos a las ideas nuevas. Su personalidad era más sencilla, con menos exigencias del entorno...’ Esto convertía a este pueblo, por otro lado ‘fóbico y melancólico, que vivía en las extensiones de la Pampa muy unido a su familia’ en buen caldo de cultivo para la eclosión psicoanalítica de la que el primer culpable es Garma” (El País, 1989).

permitiría que sus integrantes pudiesen psicoanalizarse –se consideraba condición fundamental en la formación psicoanalítica–. Así, recién en 1942 el grupo se constituiría como asociación.

El otro campo de interés de Garma fue el de la difusión y divulgación de escritos psicoanalíticos. Su producción fue prolífica, y gran parte de la difusión del psicoanálisis puede adjudicarse a esa circunstancia.

La producción editorial argentina era la mayor del mundo de habla hispana; editoriales y revistas del campo de la psiquiatría acogieron calurosamente a Garma y a otros autores españoles cercanos al psicoanálisis, como Emilio Mira y López y Luis Jiménez de Asúa. La editorial El Ateneo publicó en 1940 su libro “Psicoanálisis de los sueños” (Garma, 1940), que había presentado como tesis doctoral en medicina en Buenos Aires. La misma editorial, en conjunto con la APA, comenzaron a editar una Biblioteca de Psicoanálisis, que incluyó entre sus primeros títulos otro libro de Garma, “Sadismo y masoquismo”. También Index, revista especializada en bibliografía neuropsiquiátrica, contó a Garma entre sus colaboradores desde 1939, y publicó un año después un libro de psicoanálisis del mismo Garma. La revista más prestigiosa de entonces, Psiquiatría y Criminología –heredera de los Archivos fundados por Ingenieros en 1902–, también publicó varios artículos de Garma a partir de 1940. Y a partir de 1943, la Revista de Psicoanálisis de la APA publicaría innumerables artículos suyos.²⁵⁹

Su consultorio recibió un considerable volumen de pacientes psicoanalíticos gracias a Arnaldo Rascovsky y Enrique Pichon-Rivière, que entraron en análisis con Garma con escasos meses de diferencia, poco después que Teodoro Schlossberg. A ellos se sumaron Matilde Rascovsky, Simón Wencelblat y otros participantes del grupo. La familia Rascovsky–Wencelblat con sus ramificaciones, podía casi abastecer el consultorio de Garma.

Con ese volumen de pacientes, Angel Garma casi podía sostener por sí solo los pilares de una institución psicoanalítica, que aun no existía en Buenos Aires. La formación

²⁵⁹ Muchos ellos en relación con los sueños y diversas dolencias psicósomáticas, como la úlcera gastroduodenal –“una mordedura digestiva edípica”– o las cefaleas –“ideas que actúan como un cuerpo extraño dentro de la cabeza”–; etc.

de una asociación psicoanalítica era el objetivo que compartiría Garma con sus primeros “discípulos fervorosos”, Rascovsky y Pichon-Rivière. Una asociación de ese tipo –afiliada a la Asociación Internacional– precisaba, para ser admitida, contar con un cierto número de miembros ya analizados.

A lo largo de su dilatada experiencia profesional e intelectual, Garma fue presidente de la APA durante muchos años, miembro honorario de varias sociedades latinoamericanas y vicepresidente de honor de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA). Es autor de más de un centenar de trabajos psicoanalíticos (publicados en su mayoría en la revista de la APA) y de once libros²⁶⁰, constituyendo su aporte fundamental a la teoría y práctica psicoanalíticas sus elaboraciones sobre los sueños.

Como se recoge en la nota periodística en El País (1989), Angel Garma estaba afectado por una dolencia neurológica que le afecta el habla y los movimientos, y desde el 87 no recibía pacientes. Hasta ese momento, su diván acogía entre 7 y 8 pacientes diarios. En España, el Rey le otorgó la Medalla al Mérito Civil por su labor, en 1989; Garma cree que en esos años España “va recuperando la democracia”.

Como maestro de psicoanalistas, sin embargo mantenía una visión no exenta de realismo: “El ser humano nunca es totalmente libre, pero, a través del análisis, puede mejorar mucho”. Elizabeth Goode, su mujer, psicoanalista especializada en el tratamiento de niños y adolescentes, relataba así las opiniones de su marido sobre la experiencia psicoanalítica: “Es provechoso que los más sanos se analicen. Los capaces se vuelven más capaces”, dice, y cree que pretender que sólo se tumben en el diván los enfermos o los que quieren ser terapeutas “es como querer que vayan a la escuela sólo los débiles mentales”. Además, “el análisis ayuda a vivir y llega a ser muy rentable”, afirma, “ya que mejoran las condiciones de vida y la creatividad del analizado” (El País, 1989). Angel Garma murió en Buenos Aires, el 29 de enero de 1993.

²⁶⁰ Puede verse en la nota necrológica realizada por Nicolás Espiro una apretada pero excelente síntesis de la obra escrita de este pionero del psicoanálisis en Argentina. Desde la filiación teórica estrictamente freudiana de Garma, hasta las influencias que recibió de los discípulos de Freud, y de las ideas de Melanie Klein y de sus diferencias con las posiciones kleinianas. La amplitud de los temas abordados por Garma: los sueños, el fetichismo, el suicidio, las reacciones maníacas, la esquizofrenia, la medicina psicosomática, la teoría de la técnica, y también sus aportes en cuestiones del psicoanálisis aplicado a fenómenos sociológicos como el

Celes Ernesto Cárcamo.

Cárcamo²⁶¹ nació en La Plata un año antes que Garma, en 1903, en una familia muy tradicional y católica. Su padre era español, “de los viejos doctores en química y farmacia”, aunque hay también franceses y argentinos en su ascendencia familiar. Creció en un ambiente tradicional, y culto. Así recibió juntas la vocación por la cultura culta europea y la pasión por el campo y las tareas rurales. Estos rasgos constituían algo inusual dentro del ambiente psicoanalítico argentino.

Quería dedicarse a la neuropsiquiatría, y eso lo llevó a interesarse por la psicoterapia. Ingresó en el Hospital de Clínicas, en el servicio de Mariano R. Castex. Allí conoció a James Mapelli quien influyó mucho en su interés por la psicoterapia. A partir de allí comenzaron sus intentos de aplicaciones psicoterapéuticas, y eso lo llevaría posteriormente al psicoanálisis.²⁶² Luego leería a Ingenieros, a Janet y finalmente a Freud.

Es importante destacar que Cárcamo conocía perfectamente diversos aportes realizados en esos años –fines de los 20– en relación más o menos directa con el psicoanálisis. Así, además de Mapelli, nombra a Gorriti, a Pizarro Crespo, a Lelio Zeno, y a Thenon. Con algunos de ellos tuvo conocimiento personal, además de exhibir un perfecto

antijudaísmo e institucionales como las relaciones entre psicoanalistas y a fenómenos estéticos en cuanto al arte ornamental y el origen de los vestidos (Espiro, 1993, pág. 184).

²⁶¹ Este párrafo está realizado a partir de la entrevista realizada por Jorge M. Mom, publicada en APA (1984b), y de entrevistas de Balán (1991) con Cárcamo, su viuda y algunos familiares.

²⁶² “En el hospital Mapelli daba conferencias y presentaba casos. Era un psicoterapeuta italiano, un hombre realmente impresionante. Tenía el físico y el temperamento del psicoterapeuta nato [...] Utilizaba la psicoterapia hipnótica con una gran habilidad. Solía reunir en su casa a un grupo de amigos y compañeros para hablarnos sobre la psicoterapia. Publicó un libro sobre la ‘Psicoinervación’, en el que trataba de la influencia psíquica sobre las funciones corporales. Trabajó con Houssay. Aunque muchas de sus experiencias no se publicaron, eran algo así como las de Metalnikov, autor ruso que trabajó sobre los reflejos condicionados y la inmunidad. De este modo tomé contacto con la psicoterapia. Y la psicoterapia me llevó al psicoanálisis. Entonces quise aplicar los tratamientos psicoterápicos (yo hacía clínica médica). Y los tratamientos psicoterápicos andaban bastante bien porque tenía naturalmente el aprendizaje con Mapelli [...] Aplicaba ya mis conocimientos psicoterápicos, pero muy rudimentariamente. Con la hipnosis, por ejemplo, tenía bastante buenos resultados, pero sabemos que la psicoterapia hipnótica tiene sus limitaciones, como el mismo Freud lo demostró y todos los hemos comprobado; sus resultados se vinculan a la situación de transferencia con el médico y al grado de sugestibilidad del paciente” (Mom, 1984b, pág. 990).

En el capítulo anterior puede verse algo más sobre los tratamientos derivados de la hipnosis y la catarsis – como el caso de Mapelli y otros– y su influencia en el origen de la psicoterapia en Argentina.

conocimiento de sus textos.²⁶³ Esta singularidad de Cárcamo hace más destacable aún el hecho de que todo este conjunto de aportes hayan sido sistemáticamente ignorados en las múltiples publicaciones psicoanalíticas realizadas años después: según Cárcamo habrían constituido un antecedente importante en el psicoanálisis argentino. También los intereses filosóficos tuvieron que ver en el interés de este médico por el psicoanálisis; Cárcamo estudiaba a Alberini, y de ahí a Croce y a Bergson.

Otro aspecto interesante a destacar en este iniciador del psicoanálisis en Argentina es un temprano interés por ciertos fenómenos en la esfera de la transferencia y sus efectos terapéuticos: Cárcamo era consciente de que ciertos enfermos que los médicos no podían curar sin embargo sí lo hacían con otras personas no médicas: la figura del curandero constituía una dimensión a tener en cuenta (Mom, 1984b, p.992).

Incluido en el contexto interesado en los factores psíquicos existentes en las afecciones orgánicas, y en las primeras elaboraciones de la medicina psicosomática, Cárcamo se interesó también por la homeopatía, llegando a titularse como médico homeópata.

Esta confluencia entre la formación médica, filosófica y su afán terapéutico –interés “por curar”– fue la que le condujo a la formación psicoanalítica. Si bien en Buenos Aires había personas que practicaban el psicoanálisis, eran autodidactas, y Cárcamo estaba interesado en aprender la técnica psicoanalítica. Así, viajó a Francia a formarse en psiquiatría con orientación psicoanalítica, debido a una importante afinidad cultural (leía el francés como el castellano) y por influencia de José Belbey, un psiquiatra amigo.

En el viaje a Europa –era 1936–, fue a Alemania, y en el Instituto de Psicoanálisis de Viena conoció a Anna Freud. Ya en Francia realizó la formación en psiquiatría en el

²⁶³ “Como antecedente realmente interesante para el psicoanálisis, hay un libro que salió el año 30 o 31, de Fernando Gorriti. No sé si lo conocen. Es un libro chico. [...] una publicación muy interesante, que trata de un síndrome de desposesión psicótica curado por Fernando Gorriti con el análisis de los sueños de los enfermos. [...] Un psiquiatra sumamente preparado. Yo lo traté personalmente. También en esta época, aunque no la puedo precisar, había otro médico que aplicaba el psicoanálisis, Pizarro Crespo. [...] publicó sobre psicoanálisis, y amante de las tradiciones criollas, escribió un libro titulado ‘Afirmación gaucha’. Mucho más tarde publicó con Lelio Zenon ‘La clínica psicosomática’. Thenon casi en la misma época escribió su obra ‘El sadismo y el masoquismo en la neurosis obsesiva’, muy bien escrita. Conocí a Jorge Thenon pero lo he perdido completamente de vista. Con todo esto estaba yo metido en plena atmósfera del

hospital Sainte-Anne, en París, bajo la dirección de Henri Claude, psiquiatra que promovía el uso de la técnica psicoanalítica. Allí estaban también Angelo Hesnard²⁶⁴ y René Laforgue, pioneros del psicoanálisis francés.

Decidió analizarse y solicitar la admisión en el Instituto Psicoanalítico de París.

Hizo su análisis didáctico con Paul Schiff, judío asimilado, formado en Viena y que fuera uno de los fundadores del grupo de L'Evolution Psychiatrique. Paul Schiff era un hombre de una gran formación médica, filosófica y jurídica; jefe de clínica de Henri Claude, trabajaba en la cárcel de mujeres de La Petite Roquette. Realizó diversos trabajos sobre la paranoia, en un intento de acercamiento entre la psiquiatría y el psicoanálisis. Participó en la Resistencia contra el nazismo²⁶⁵.

En el Instituto de París Cárcamo realizó los cursos y seminarios, y allí estudió y coincidió con personajes como Saussure, Schiff, Allendy, Odier, Loewenstein, Hartmann, Lagache, Lebovici, Nacht, Dolto, etc. (Mom, 1984b, pág. 995). Para optar a ser miembro adherente de la Asociación de París hubo de presentar dos trabajos, uno de psicoanálisis aplicado y otro de clínica psicoanalítica: “La serpiente emplumada (Psicoanálisis de la religión maya-azteca y del sacrificio humano)”–publicado en el primer número de la revista de la APA– y “Tratamiento de dos pacientes en asociación mórbida”; sus supervisores fueron Loewenstein –quien sería analista de Paul Schiff y de Lacan– y Odier.

En París Cárcamo conoció a Angel Garma, por intermedio del psiquiatra español Rof Carballo, compañero suyo en la Salpêtrière, un hombre “erudito de la medicina, de la biología y del psicoanálisis”, de quien se hizo amigo.

psicoanálisis. Lo que me faltaba era ponerme en contacto con gente que me enseñara la técnica, lo que no podía hacer aquí” (Mom, 1984b, pág. 991).

²⁶⁴ Hesnard escribiría un texto referido al psicoanálisis y a los vínculos, tema que sería reconocido como “pichoniano” en Argentina (Hesnard, 1957).

²⁶⁵ Movilizado en 1939, Schiff fue médico de campaña, posteriormente participaría en las organizaciones de la Resistencia. Detenido varias veces, es encarcelado en España. Se intentó refugiarse en Argentina, ayudado por Cárcamo, pero no tuvo éxito.

Liberado por los angloamericanos, continuaría como médico en el frente hasta ser hecho prisionero en 1944, cuando se le dio por muerto, por error. Volvió a París en 1945, pero muy deteriorado por esos años de sacrificios murió en 1947, a los 57 años. Paul Schiff fue uno de los personajes fundamentales en esos años, cuando se definían las grandes líneas que marcarían el psicoanálisis francés durante décadas. (Roudinesco, 1986, pág. 388-391).

Cárcamo regresó a Buenos Aires en 1939, ante la inminencia de la guerra, un año después que lo hiciera Garma. Retomó el contacto con Garma –que estaba en Buenos Aires desde 1938–, y con Guillermo Ferrari Hardoy, antiguo colega y amigo que en ese momento trabajaba como foniatra en el mismo servicio del Hospital de Niños donde estaba Arnaldo Rascovsky, y con el grupo que se reunía en ese entorno. Ferrari Hardoy se convirtió en uno de los primeros analizandos de Cárcamo en 1939. Otros concurrentes al grupo que se reunía con Rascovsky optaron también por analizarse con Cárcamo: tal fue el caso de Luisa Gambier y Alberto Tallafiero, que comenzaron a tratarse con él en 1940. Arminda Aberastury comenzó su análisis con Cárcamo poco tiempo después. Tal como le ocurría a Garma, Cárcamo completó pronto el horario disponible en su consultorio con pacientes analíticos que le llegaron a través del círculo profesional que se formaba alrededor de Arnaldo Rascovsky y Enrique Pichon-Rivière. Algunos de los pacientes de Garma y de Cárcamo sólo buscaban curarse; pero muchos otros –entre ellos Rascovsky y Pichon-Rivière y sus respectivas esposas, Ferrari Hardoy, Luisa Gambier y Alberto Tallafiero– querían convertirse en psicoanalistas entrenados.

Hacia 1940 había entonces en Argentina sólo dos psicoanalistas formados con reconocimiento de la asociación internacional: Angel Garma y Celes Ernesto Cárcamo. Los otros miembros de la asociación francesa que estaban en Buenos Aires, Juan Ramón Beltrán y Emilio Pizarro Crespo, eran sólo adherentes y no se habían psicoanalizado. Carecían de entrenamiento y reconocimiento formal, al igual que Rascovsky, Pichon-Rivière, Jorge Thenon y otros menos conocidos. Garma y Cárcamo poseían el aval internacional, algo fundamental en la medida que el psicoanálisis no se encuadraba en las instituciones de enseñanza del Estado. De esa manera, por intermedio de estos dos psicoanalistas se inició el desarrollo del movimiento psicoanalítico argentino ligado al movimiento internacional.

Parece interesante señalar que Cárcamo sugiere una cierta continuidad entre los iniciadores de la asociación psicoanalítica y los personajes anteriores. Se trata de un interesante e importante reconocimiento, teniendo en cuenta que parece haber sido el único en reconocerlo con claridad y detalles. Por otra parte, también destaca el hecho de que se dedicó más a analizar que a escribir sobre psicoanálisis; sus artículos publicados son muy pocos en comparación con Garma y con Rascovsky. Igualmente, la política institucional de

la asociación nunca le encontró en lugares protagónicos. Sin embargo, su influencia en la conformación del movimiento fue fundamental: parece haberse tratado de múltiples efectos en sus analizados...

Como una viñeta ilustrativa del talante de este hombre culto, y dedicado a la cura psicoanalítica, vale la pena reseñar la sutil ironía que utiliza para responder cuando se le pregunta sobre el futuro del psicoanálisis: “Yo preguntaría más bien qué futuro nos tocará vivir a todos. [...] Entre varias amenazas, la existencia de nuestro mundo está supeditada a un asteroide que está dando vueltas alrededor de la tierra y que si llega a rozar la superficie terráquea nos hace polvo inmediatamente. El psicoanálisis no podría sustraerse a ese destino del mundo”. Frente a la ‘trascendencia’ de la pregunta –sobre los ideales–, una respuesta de orden práctico.

Y ya en un registro cercano a las posibilidades del movimiento psicoanalítico Cárcamo apunta un elemento fundamental: el porvenir del psicoanálisis como movimiento científico estaría en relación con su forma de difusión: “¿Qué porvenir tiene el psicoanálisis como movimiento científico? Con toda evidencia, el mismo que ha tenido y logrado, siempre que se cuide su forma de difusión, porque yo creo que cuanto más se difunde el psicoanálisis o un movimiento científico más corre el riesgo de divulgarse y vulgarizarse. Un movimiento científico pierde así calidad y cohesión”. Una clara referencia al tránsito del psicoanálisis como corpus teórico y metodología terapéutica, y su asimilación en las ideologías y en la vida cotidiana.

Por último, una reflexión sobre la relación entre el psicoanálisis y el sistema social. Cárcamo considera que el sistema social más apto para el desarrollo del psicoanálisis es aquel que “garantice el respeto para la libertad interna y externa de las personas, porque la experiencia dice que en todos los lugares en que no se ha dado esta condición de vida el psicoanálisis ha terminado como escuela. No hay que olvidar esa exigencia humana ineludible que es la libertad de pensar” (Mom, 1984b, pág.1000).

Guillermo Ferrari Hardoy.

Guillermo Ferrari Hardoy²⁶⁶ nace en Buenos Aires, en 1907; el mismo año en que nacen Pichon-Rivière y Rascovsky, y tres años después que Garma, y cuatro después que Cárcamo. Provenía de una familia acomodada, y en el bachillerato –realizado en una escuela de prestigio– coincidió con Federico Aberastury.²⁶⁷ Fue practicante en el Hospital Militar al mismo tiempo que Cárcamo, entre 1929 y 1932, donde se hicieron amigos, especializándose en otorrinolaringología. Posteriormente trabajó en el Hospital de Niños, donde estaba Arnaldo Rascovsky, y se desempeñó como foniatra.

En 1937 viajó a Berlín mediante una beca de la Academia Ibero Americana; también hizo cursos de reeducación de sordos y tartamudos en Viena y París, antes de regresar a Buenos Aires.

Al retomar su trabajo en el Hospital de Niños, comenzó a trabajar con Arnaldo Rascovsky y Teodoro Schlossberg sobre trastornos fonéticos como un índice precoz de virilización en niñas. También se integró al grupo de estudios sobre psicoanálisis en la casa de Rascovsky. Comenzó a analizarse con Cárcamo cuando éste retornó a Buenos Aires.

Poco tiempo después de la fundación de la asociación, en 1945, Ferrari Hardoy se fue a los EE.UU. Después de un corto retorno a Buenos Aires, donde no desarrolló actividades destacables en relación con la APA retornó nuevamente a EE.UU.

²⁶⁶ Es el personaje menos conocido de esta primera generación de analistas. Salvo aisladas menciones realizadas por los otros fundadores de la Asociación, no circulan más que un par de artículos escritos hacia 1943. En el texto ya citado de Balán (1991) se cuenta solamente con una entrevista realizada con el mismo Ferrari Hardoy y un curriculum. Su presencia fugaz en la APA se ve reforzada en la inexistencia misma de datos sobre su figura.

²⁶⁷ El ideal de muchas familias argentinas acomodadas en los primeros años del siglo era la educación exclusiva y posteriormente, el título de Medicina. Puede verse una clásica obra de teatro, “M'hijo el doctor”, de Florencio Sánchez, que ilustra suficientemente estos ideales, y el pasaje y extensión de los mismos desde las clases acomodadas a las clases medias.

Marie Langer.

Marie Langer²⁶⁸ nació en 1910, en Viena, en una familia judía asimilada, “de hecho, atea” y de alto nivel económico, especialmente por parte de su madre. Su padre era un hombre pacifista, aunque hubo de combatir en la guerra, y escéptico. Ella proviene “de la alta burguesía judía, atea, escéptica” (Langer, 1981, pág. 7).

Su abuelo materno, que empezó como vendedor de caballos, llegó a ser un hombre muy rico. Aproximaba los tranvías, tirados por caballos de la ciudad de Viena.²⁶⁹ Su madre era una mujer culta, y transmitiría ese espíritu a sus dos hijas, a Marie y a su hermana mayor. La familia materna era atea. Su madre pensó en bautizarla –algo corriente entre los judíos austríacos– pero no se atrevió, sólo le puso un nombre católico: María.

Su familia paterna tampoco era religiosa, aunque no tan alejados de la religión como la familia materna. Sin embargo, “ateos o religiosos, los judíos sufrían igualmente la discriminación”. Marie Langer precisa, en el curso de la entrevista, esa situación de discriminación: “aunque fuéramos ricos, siempre tenía presentes dos desventajas: ser judía y ser mujer. Y a éstas, más adelante, se agregó una tercera, ser divorciada. Por eso, entrar en la izquierda me pareció la única solución lógica: estaba segura que el comunismo anularía esta marginación” (pág. 9).

En una referencia al antisemitismo afirma que en “Argentina el antisemitismo existía como snobismo de las clases altas”, “pero la clase media y baja en Argentina no

²⁶⁸ Este párrafo se ha realizado a partir del texto de Marie Langer, Jaime del Palacio y Enrique Guinsberg, “Memoria, historia y diálogo psicoanalítico” (1981). En el texto, producto de una entrevista realizada por Guinsberg a Marie Langer en 1981, y luego corregida por Jaime del Palacio, se muestra, en un contexto autobiográfico, la relación que ella buscó entre el marxismo y el psicoanálisis, organizados ambos en un núcleo central: la mujer, la problemática específica de la mujer, y su identidad en el espacio psicoanalítico y político. La pasión con que Marie Langer se alineó en la izquierda política, y en el psicoanálisis aparecen claramente expresados en este texto.

También se utiliza otro texto de M. Langer, de 1975: “Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino”, donde realiza un extenso análisis de la APA y de los hechos que condujeron a la ruptura y escisión de un grupo de psicoanalistas que ella lideraba, en 1971, “Plataforma”.

²⁶⁹ Cuando tuve la ocasión de conocer a Marie Langer en México, en 1982, esta señora ya mayor, pero con una energía desbordante, se iba a cabalgar con un amigo a ... Costa Rica. Esa viñeta representa mucho de su estilo, de su forma de vivir. En esa época dedicaba todo su esfuerzo en colaborar con la revolución sandinista, aportando todo el psicoanálisis que sabía.

eran antisemitas”. Sin embargo, en “Austria y Alemania sí. Hasta los obreros socialdemócratas, aunque no lo admitían conscientemente, eran antijudíos”.

En este clima complejo, ateo pero fuertemente ligado a lo religioso, Marie tuvo una crisis a los dieciséis años: inicialmente intentó asumir, en oposición a su familia, la religión judía, y después, la religión católica. Después se volvería definitivamente atea; y más tarde comunista (pág.10).

En los años 20, en Viena gobernaba la socialdemocracia, el partido más a la izquierda de la II Internacional, que hizo un gobierno progresista. Pero no era igual en el resto del país, en Viena la mayoría era “roja”, y en el resto de Austria era “negro”. Se trataba de la “Viena Roja”, donde se vivió un avance del socialismo, durante unos pocos años: “Me crié en la ‘Viena Roja’, bajo un gobierno socialdemócrata. Mis padres, como la mayoría de la gente progresista, votaban en las elecciones municipales ‘rojo’, es decir, socialdemócrata y para el gobierno del país, ‘negro’ es decir socialcristiano” (pág. 41). Interesante descripción de las contradicciones ideológicas en que se vivía en la época que comenzaba el ascenso del nacionalsocialismo.

Vale la pena realizar algunas citas ilustrativas del clima familiar y social en que vivió la que sería impulsora del psicoanálisis en Argentina:

“Soy una madre vieja, pero pude entender la adolescencia militante y sexualmente libre de mis hijos porque vengo de una época parecida. Me impresiona solamente que en Viena ocurrió en los primeros veinte y en Argentina cincuenta años después; a México aún no llega. [...] Me han preguntado a menudo cómo, en época tan lejana, es que yo, muchacha entonces, pude salir de mi ambiente familiar, estudiar y militar en la izquierda. Creo que gracias al apoyo de mi padre y de mi colegio” (pág. 22).

“Cómo pude salir de mi medio familiar? ¿Cómo me salvé de ser una ‘dama’? Creo que por el complejo de Edipo. Mi padre se fue a la guerra [a sus cuatro años] precisamente en el momento en que más hubiera querido tenerlo cerca. La única manera de acompañarlo, como mujer, era convirtiéndome en enfermera, en médica. Y de hecho fui a la guerra como médica, pero a otra guerra y veintidós años después” (pág. 23). Simpática anécdota pinta a Marie Langer: el Edipo, la separación –su padre se va cuando ella tiene cuatro años–. Identificación, ideales. Repetición, y diferencia.

El “descubrimiento del sexo”. Por una parte, el avance social en Viena posibilitaba ciertos develamientos: “En mi infancia, salvo para los psicoanalistas de niños y los pedagogos socialdemócratas que hablaban de la importancia del ‘esclarecimiento’ antes de la pubertad, nadie mencionaba el problema” (pág. 31). Y por otra, su experiencia familiar. Refiriéndose a la doble moral –un forzado desconocimiento de lo que se conoce– afirma: “En esa doble moral, nosotras debíamos ser castas y llegar vírgenes al matrimonio, pero no podíamos no percibir que tanto mi madre como mi padre tenían amantes” (pág.31).

En ese contexto, Marie Langer comenzó a estudiar Medicina, y se afilió al partido comunista –en 1927–, si bien mantenía reservas frente a algunas políticas stalinistas (la cuestión de los homosexuales, las purgas, el afán de poder de Stalin).²⁷⁰ “Había una mujer por cada cinco hombres en la Escuela de Medicina. Eramos casi las primeras. El antisemitismo y el fascismo continuaban su ascenso...” (pág. 38). En 1932 se separa de su primer marido, un médico católico. Era una época en que se intentaba “destruir a la izquierda, a la república democrática lograda gracias a la socialdemocracia”, el austrofascismo subía al poder y declaraba ilegal a la socialdemocracia y al partido comunista. Cuando el partido comunista fue prohibido, ella entró en la clandestinidad, desempeñando tareas en Agitprop (aparato de agitación y propaganda).

Terminó medicina en 1935. Comenzó a colaborar como anestésista, en abortos. “En la Viena Roja de los socialistas había una larga tradición de lucha feminista; además los socialdemócratas desde siempre sostuvieron la convicción de que las mujeres deben decidir sobre su propio cuerpo, lo que se traducía en la lucha por la legalización del aborto” (pág. 52). “Esta era la bandera de las mujeres proletarias del Partido Socialista y, desde luego, del Comunista” (pág. 53).

Para continuar su formación debía trabajar en diversas especialidades hospitalarias. Pero su condición de judía la inhabilitaba para entrar como médica en un hospital (el antisemitismo del austrofascismo austríaco). Continuó un tiempo concurrendo a la sala de mujeres de la cátedra de psiquiatría. El jefe era Heinz Hartmann, un psicoanalista. “Heinz

²⁷⁰ De todos modos, defiende una tesis con claridad: “aún hoy no puedo condenar totalmente a Stalin, porque fue él, fue la URSS, fue la resistencia tenaz y abnegada de Leningrado sitiada –murió en el asedio un tercio de la población– y fue el heroísmo de Stalingrado que salvó al mundo de la victoria nazi” (pág. 43).

Hartmann, que después se volvió muy famoso en Estados Unidos como teórico del psicoanálisis del yo, pero que nunca supo explicar bien, analíticamente, la dinámica de un psicótico (nadie lo hizo mejor, por lo demás que Enrique Pichon-Rivière, más tarde en Buenos Aires)” (pág. 53).

“Pensé entonces que un análisis podía venirme bien, tanto por mi propia neurosis como porque intuía que para entender a mis pacientes psicóticos era necesario algo más que la mera descripción detallista, fenomenológica de los síntomas, como entonces se hacía” (pág. 53). Habló con Hartmann para pedirle análisis, él supuso que sus honorarios serían demasiado altos para ella. Comenzó a analizarse con Richard Sterba y al año, tras asumir que no podría desempeñarse en un hospital por no ser católica, pensó en realizar una formación analítica. Sterba la estimuló y le propuso formalizar su tratamiento como análisis didáctico y entrar en el Instituto de Psicoanálisis; previamente tuvo una entrevista con Anna Freud.

Marie Langer describe las motivaciones que tuvo para practicar el psicoanálisis, se refiere a un estudio que realizó Pichon-Rivière en 1960, en Buenos Aires, “entre los estudiantes de medicina, sociología y psicología, para averiguar las motivaciones inconscientes del por qué habían elegido tal o cual carrera, del porqué de la vocación. Tomó, como línea central, el concepto de ‘reparación’ de Melanie Klein. Resultó que tenían vocación por la medicina los muchachos que habían sufrido en su infancia por la enfermedad grave de algún familiar cercano, a quien hubieran querido ardientemente curar; pero también eligieron esta carrera los que tenían preocupaciones hipocondríacas por su propia persona. Es decir, estudiar medicina correspondía a una necesidad inconsciente de ‘reparar’ a un ser querido o también a sí mismo. Los futuros sociólogos generalmente provenían de familias que habían sido víctimas de situaciones sociales difíciles. Y los psicólogos pretendían, a través del instrumento que su ciencia les ofrecía, controlar su propia locura o la de otros, cercanos” (pág. 54).

En su caso, asume ese tipo de motivaciones: “... yo, ya casi médica elegí, por las mismas causas inconscientes, psiquiatría y psicoanálisis. Así debo haber pretendido reparar a mi madre ‘histórica’ y a mi hermana, pero también aprender a comprenderme a mí misma”. Y agrega: “Creo que elegí bien. El psicoanálisis es un instrumento valioso, no

tanto para ‘curarse’, sino para entenderse, para manejar mejor la propia locura y no mentirse más” (pág. 54).

Así, inició su formación con una entrevista con la misma Anna Freud e ingresó en el Instituto de la Wiener Vereinigung, donde estudió durante un año. Sterba le dijo, cuando la admitieron: “Ahora debe usted leer toda la obra de Freud”. Y así lo hizo.

Pero la militancia comunista y la formación psicoanalítica eran difíciles de mantener a un tiempo. En 1934 la asociación psicoanalítica vienesa, había decidido que “ningún analista podía militar en ningún partido clandestino ni, menos aún, tratar a personas que lo estuvieran haciendo”. La alternativa era difícil: o el analista interrumpía el tratamiento e iba en contra de la ética médica –además, la gran mayoría no eran análisis didácticos y había pacientes graves–, o los pacientes evitaban el tema en las sesiones, lo que va en contra de las reglas analíticas, o por último, la pareja analista-analizando viola las reglas de la institución. Marie Langer creyó que el mismo Freud había promovido esa medida –eso le había dicho Sterba–, luego supo que había sido Federn quien había propuesto prohibir la actividad política ilegal a sus miembros y candidatos.

Al poco tiempo, terminó el análisis con Sterba, quien le dio el alta; ella “... aceptaba que, mientras ardía el mundo, no era tiempo de mirarse el propio ombligo”. Siguió un tiempo más en el Instituto, hasta que el director del Instituto, Bibring le comunicó que posiblemente la expulsarían pues continuaba su militancia –se supo debido a una indiscreción de una compañera, que sabía de su militancia–: “...mi amiga había contado mi historia de cárcel en su sesión y su analista, sin respetar el secreto profesional, lo comunicó al director” (pág. 56).

Marie Langer habló con Kurt Eissler que le recomendó hablar con Sterba. Y Sterba le planteó que todo era “un producto de las tensiones y rencillas personales. Bibring tiene mucho contra mí, por eso se pone en contra de usted, que es analizada y candidata mía. No se preocupe, yo lo arreglo”. Posteriormente Federn le criticaría pero no fue expulsada de la asociación.

Era 1936, y Marie Langer se despidió de Sterba y dejó el Instituto de Psicoanálisis. La idea era la siguiente, de acuerdo con la actitud del Partido hacia el psicoanálisis:

“Mientras arde el mundo uno no puede estarse mirando el ombligo’... y nunca antes el mundo había ardido como en esa época” (pág. 57).

Nunca conoció a Freud. Estaba desilusionada y resentida. “Cuando se le hizo el homenaje por sus 80 años no fui ni quise ir: estaba con demasiado resentimiento hacia el Instituto y demasiada rabia hacia la gente que jugaba a que no pasaba nada, y los psicoanalistas jugaban mejor que nadie a este juego peligroso de la negación. El Instituto estaba entonces repleto de refugiados judíos que venían principalmente del Instituto de Berlín y todos, de Freud para abajo, negaban” (pág. 58).

Era 1936; comenzaba la guerra en España. Su esposo Max, que era cirujano, decidió ir a España. De acuerdo con el Partido, Marie Langer vino a España. En el texto que estamos comentando, siguen varias páginas interesantes y llenas de vitalidad, sobre la guerra en España, y su participación en las Brigadas Internacionales, donde trabajó como anestesista. Una experiencia que marca, dura, dolorosa, pero decidida, y esperanzada (pág. 60 a 69).

En España trabajó como anestesista hasta fines de 1937, luego ella y su esposo viajaron a París, y no regresaron ya a España. Volvieron a reunirse con los padres de Marie; y poco tiempo después el nazismo ocupó Austria. En México, Lázaro Cárdenas había ofrecido su país para todos los refugiados políticos y raciales, pero los trámites consulares eran demasiado lentos y no podían esperar demasiado. Pocos meses después, viajaron a Uruguay, esperando la visa que llegaría cuando ya no tenían dinero para viajar nuevamente. Vivieron en Uruguay, y después en la Argentina. En los treinta años que estuvo en Argentina, contribuyó a la fundación y al desarrollo del movimiento psicoanalítico.

Su marido, Max Langer, murió en 1965. Ella estuvo en Argentina hasta 1974, cuando debió emigrar nuevamente y fue a México. Durante el tiempo que estuvo en ese país, continuó trabajando en la perspectiva psicoanalítica y marxista, con una especial preocupación por los problemas de la mujer, y colaboró activamente en el proceso sandinista. Estuvo en México hasta 1987, murió el 23 de diciembre.

Como exponente del psicoanálisis crítico, de denuncia de la injusticia y de las desigualdades, Marie Langer constituyó un testimonio fundamental. Junto con

Pichon-Rivière, ambos han constituido parte de los ideales de un gran sector de intelectuales y profesionales en Argentina.

Marie Langer vivió en Uruguay desde 1939 hasta mediados de 1942. Allí se habían reunido, ella y su marido, con sus padres, y su hermana, que también debieron huir del nazismo. Allí participaban en la Comisión de Solidaridad con la República Española, Sección de Habla Alemana; en cierta ocasión tuvo que dar una conferencia sobre marxismo y psicoanálisis a fin de recaudar fondos para esa comisión. Como no recordaba casi nada psicoanálisis recurrió al texto de Osborn, “Psicoanálisis y marxismo”: “desde entonces no he vuelto a leerlo, pero supongo que ahí también se dice que detrás de lo manifiesto tanto Freud como Marx descubrieron lo latente, Freud a nivel individual y Marx a nivel social...” (pág. 76).

Ya en Buenos Aires, donde se trasladó con su esposo, Marie Langer tomó contacto con Bela Székely, un húngaro muy conocido en Buenos Aires –llegado en 1938–, que dirigía un instituto de salud mental, sostenido por la colectividad judía. Székely practicaba el psicoanálisis silvestre y escribía textos de divulgación de psicoanálisis. Éste le hizo un panorama de lo que ocurría con el psicoanálisis en Buenos Aires: por una parte estaba él y por otra los psicoanalistas ‘ortodoxos’ liderados por Garma. Le dijo: “si usted quiere trabajar creativamente quédese conmigo, pero si quiere análisis ortodoxo y ganar dinero entonces vaya con el doctor Garma” (pág. 76). Ella se fue con los ortodoxos. Le parecían más rigurosos.

Marie Langer se dirigió a Garma para entrar en contacto con el movimiento psicoanalítico en Argentina. Por su recomendación, leyó por segunda vez a Freud –Székely le dejó la obra en alemán–. Y por primera vez, leyó la obra de Melanie Klein, colaborando con Arminda Aberastury –la esposa de Pichon– en la traducción de Melanie Klein. Escribió a Sterba, su analista didáctico, para que éste certificara su relación con la asociación en Viena.

La descripción que hace Marie Langer de lo que observaba en Buenos Aires es muy precisa: “Fui a ver a Angel Garma, fundador del grupo analítico, quien me recibió muy bien. Le di mis datos; éstos eran mínimos, pero en ese momento en Buenos Aires eran más que suficientes: análisis didáctico terminado, año y pico de seminarios y tres sesiones de

supervisión era algo más bien pobre, ¿pero qué había en Buenos Aires? Estaba Garma con su formación terminada, miembro de la Asociación de Berlín; estaba Celes Cárcamo, miembro de la Asociación de París; estaban Enrique Pichon-Rivière y Arnaldo Rascovsky, que se analizaban con Garma; estaba, finalmente Ferrari Hardoy, quien después se fue a los Estados Unidos. Garma y Cárcamo tenían más que yo académicamente hablando; Rascovsky y Pichon-Rivière, que se estaban analizando, sabían mucho más que yo, pero formalmente tenían mucho menos. Así que me aceptaron” (pág. 77).

Y su relato sobre la fundación de la organización psicoanalítica: “Entre nosotros seis (Garma, Cárcamo, Ferrari Hardoy, Pichon-Rivière, A. Rascovsky y yo) fundamos la Asociación Psicoanalítica Argentina. Fuimos reconocidos provisoriamente como grupo analítico por Ernest Jones en espera de la ratificación que daría el primer congreso internacional que se realizaría cuando la guerra en curso terminara. Conseguimos un local y didactas y candidatos comenzamos los seminarios (entre los candidatos estaban Arminda Aberastury, Luisa Alvarez de Toledo, Heinrich Racker y Luis Rascovsky). Nuestra primera tarea fue una lectura colectiva de Freud coordinada por Angel Garma” (pág. 77).

6.2. Fundación y desarrollo de la Asociación.

El acta fundacional de la Asociación Psicoanalítica Argentina²⁷¹ lleva la fecha del 15 de diciembre de 1942, y la firman seis miembros fundadores: Arnaldo Rascovsky, Enrique Pichon-Rivière, Angel Garma, Celes Ernesto Cárcamo, Guillermo Ferrari Hardoy y Marie Langer. Sin embargo, en entrevistas publicadas en la Revista de Psicoanálisis, tanto Garma como Rascovsky reducen ese número a cuatro, excluyendo tanto a Ferrari Hardoy como a Marie Langer.

²⁷¹ Este párrafo está realizado a partir de las entrevistas de Jorge M. Mom con Garma, Cárcamo y Rascovsky (Mom, 1983, 1984a y 1984b), y el artículo de Rascovsky, “Esquema autobiográfico” (1974), además de los textos mencionados anteriormente, de Marie Langer (1975, 1981).

Rascovsky afirmó que: "...una de las cosas equivocadas que ha puesto Cesio [en "Breve historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano" publicada en la revista de la APA en 1981] es que Langer fundó la Asociación y está equivocado. María Langer llega cuando ya estaba todo organizado..." (1984a, pág. 219). Y en su otro artículo, "Esquema autobiográfico", publicado en la misma revista, también excluía a Marie Langer de entre los fundadores de la asociación.

Esa posición de Rascovsky encuentra su sentido en la oposición que hubo entre ambos, durante largo tiempo, en la forma en que concebían el psicoanálisis; además, la versión que daba Marie Langer de los hechos desde México no serán coincidentes con la versión de Rascovsky. En todo caso, se evidencia la diferencia ideológica entre ambos, cada uno de ellos líderes de tendencias definidas dentro del movimiento psicoanalítico argentino.

Por su parte, Angel Garma se encuentra en la misma línea que Rascovsky en cuanto a la fundación. Afirma que aun cuando la firma fuera de diciembre de 1942, de hecho la asociación existía con años de anterioridad, aunque no con un reconocimiento oficial.²⁷² Y Ferrari es relegado al olvido, aunque había dejado Argentina en 1945.

La posición de Celes Ernesto Cárcamo en cuanto al grupo inicial si bien es coincidente parece algo más ampliada: "Con Garma formamos un núcleo inicial en el 39, constituido por Arnaldo Rascovsky, Enrique Pichon, Guillermo Ferrari Hardoy, Alberto Tallafiero y por Luisa Gambier de Alvarez de Toledo. Después se agregaron Luis Rascovsky y Marie Langer. Recuerdo que cuando llegué a Buenos Aires poco tiempo antes de que estallara la gran guerra internacional, Enrique Pichon me pidió que lo analizara pero como éramos muy amigos lo dirigí a Garma. Luego empezó su análisis Arnaldo Rascovsky también con Garma. A los demás los analicé yo. Los que analizaba Garma los controlaba yo, y los que yo analizaba los controlaba Garma. El núcleo creció progresivamente y en el año 42 se formó el grupo. Entonces le escribí a Jones anunciándole esta noticia y

²⁷² "... vine e inicié mi labor como psicoanalista en Argentina. [...] Con la gente que encontré aquí, que era gente muy capaz: Pichon-Rivière, Arnaldo Rascovsky y otros más, pude empezar el desarrollo del movimiento psicoanalítico con facilidad mucho mayor de la que tuve en España" (Mom, 1983, pág. 909). "De manera que la Asociación, que podía haber existido ya desde el año '39, solamente se presentaron los

solicitándole que nos reconociera como asociación. Pero Jones me contestó que sólo podíamos ser reconocidos como grupo, porque para ser reconocidos como asociación teníamos que ser presentados en un Congreso Psicoanalítico Internacional, lo que era imposible a causa de la guerra. En la misma carta o en otra me insistía o recomendaba que eligiéramos bien las personas que nos acompañaran en el movimiento psicoanalítico. Me he acordado de esto muchas veces” (Mom, 1984b, pág. 998).

Esta disputa sobre el acta de fundación de la APA, que muestra la presencia de conflictos en relación con los ideales –e intenta imprimir un sesgo mítico en el inicio de la organización– si bien puede parecer baladí a primera vista, en realidad ilustra una dimensión fundamental: las disputas entre los analistas, o mejor dicho, entre los diversos grupos de analistas, tanto en los aspectos doctrinarios como en los de procedimiento.²⁷³ En esos años –principios de los 40–, inmediatamente después de la muerte de Freud, el movimiento psicoanalítico albergaba diversas posiciones y tendencias que disputaban tanto en el terreno doctrinal como político. Y comenzaba a despuntar la hegemonía de la tendencia que se conocería años después como la “perspectiva anglosajona”. La carta de Jones proponiendo el inglés como reemplazo del idioma alemán constituye un ejemplo claro.²⁷⁴

Si es evidente que fueron seis los firmantes, también es verdad que sólo cinco de ellos mantuvieron un esfuerzo sostenido, durante muchos años por el afianzamiento de la organización. Y también que fueron sólo cuatro los que realizaron el conjunto de las acciones necesarias que condujeron a la constitución de la asociación. En cuanto valor de signo –imaginario–, hay que considerar el acta de fundación, los seis firmantes, en relación con la disputa sobre la presencia y la mayor o menor participación.

estatutos unos tres años más tarde. Justamente con la orientación de conseguir previamente una formación bien hecha y bien llevada” (Mom, 1983, pág. 910).

²⁷³ Puede verse un desarrollo de esta problemática en el capítulo 6.

²⁷⁴ “...El conocimiento del alemán, aún deseable, fue en otra época indispensable para los propósitos de vinculación internacional relacionados con nuestra labor. Pero está cediendo su primer lugar al inglés, y es de esperar que la colaboración política creciente entre los países de habla castellana e inglesa se acompañe de una correspondiente colaboración estrecha en nuestro trabajo científico” (de la carta de Jones respondiendo al pedido de admisión del grupo argentino; citado en Mom, 1984a, pág. 220).

En un sentido más acorde con los hechos sucedidos en la múltiple trama de relaciones establecida las cosas son un tanto diferentes:

a) Por una parte, el papel dinamizador y gestor de Rascovsky y Pichon-Rivière fue fundamental. A través de ellos y su red de relaciones se estableció un cierto contexto favorable. Ellos dos “llevaban” el psicoanálisis allá donde iban. Además, contribuyeron de forma considerable a que nuevos analizandos comenzaran sus periplos psicoanalíticas –con diversos destinos, muchas veces sin que terminaran ingresando en la asociación–

b) Por otra, el concurso de Garma y Cárcamo era necesario, sin ellos, era imposible realizar la asociación, eran psicoanalistas reconocidos por la asociación internacional.

c) Y por último –y quizá se trate de una razón de mucho mayor peso de la que sus propios protagonistas estuvieron dispuestos a admitir– está la cuestión de los análisis: Garma y Cárcamo eran los dos psicoanalistas, no sólo de los otros cuatro miembros fundadores, sino también de sus círculos íntimos: sus esposas, hermanos, amigos.

Un agrupamiento “original”.

En este grupo, el grupo inicial u “original” –en el doble sentido del término– se dio una mezcla entre extranjeros y arraigados, entre los recién llegados y los de toda la vida, algunos judíos, otros ligados a la cultura gauchesca. Este grupo inicial era “heterogéneo” –en el sentido pichoniano del término–. Y representaba –de alguna manera–, al conjunto de la sociedad. Incluía en su seno a personas pertenecientes a las variadas subculturas del país en ese momento.²⁷⁵

²⁷⁵ Es muy ilustrativa la manera en que Balán describe esta “mixtura” de historias personales, y lo hace a partir de una serie de entrevistas con algunos de sus autores, y con muchos familiares y amigos que observaron de cerca todo el proceso que culminó en la constitución de la APA: “Las figuras dispares que la firmaron [se refiere al acta de fundación] constituían un microcosmos de la sociedad porteña de 1942. Todos pertenecían a la misma generación: el mayor era Cárcamo, que aún no cumplía los cuarenta años, y la más joven, Marie Langer, con sólo treinta y dos. Los motores activos del grupo pertenecían a la generación de hijos de inmigrantes radicados en el interior y afincados en Buenos Aires: Rascovsky y Pichon-Rivière”. Y además, “El grupo incluía dos refugiados recientes; ninguno de los dos encontró el clima social argentino demasiado adverso, en contraste con el clima político: Garma retomó la migración familiar iniciada una generación atrás; Langer unió su destino a una comunidad que se despertaba de golpe como apátrida –expulsada de la cultura germana, ignorante de sus raíces judías– pero reaccionaba creativamente en áreas tan diversas como el sionismo, el psicoanálisis o la expresión artística. Para completar el panorama, había dos argentinos con raigambre local, al menos de acuerdo con los patrones de una sociedad nueva como la nuestra:

El acto de constitución de la asociación, y en un sentido más general, la forma “militante” en que fue asumido por casi todos ellos, implicó, por una parte, una fuerte afirmación de la identidad, y por otra un posible refugio frente a las pérdidas y separaciones –abandono de los lugares de origen, seres queridos que han muerto, amenazas de futuro–. Así, los que integraron el grupo ‘original’ o inicial, tenían sobradas razones para emprender la tarea de organizar el movimiento psicoanalítico en Argentina. Tanto las vocaciones profesionales como los intereses ideológicos y las relaciones personales de cada uno de los integrantes del grupo inicial encontraron un espacio de desarrollo en lo que sería “la asociación”.

Por otra parte, estas concretas situaciones que relacionaban a unos con otros, ocasionaron que la asociación tuviera un carácter familiar, algo que distinguiría al psicoanálisis argentino del resto del movimiento internacional.

Continuidad, discontinuidad.

No puede descartarse un cierto movimiento de encubrimiento en todo acto fundador de un proceso institucional, en un acto instituyente –al decir de la escuela institucionalista francesa–.

Si bien es exacto que la constitución de la asociación fue realizada por el núcleo de personajes que hemos mencionado, y que el contexto familiar a su alrededor posibilitó su

Cárcamo y Ferrari Hardoy –ambos por vía materna– conocían muy de cerca el contexto rural de la estancia, tradicionalista y próximo a la naturaleza” (Balán, 1991, pág. 102).

Sobre las dos figuras con el aval del movimiento internacional: “En ese microcosmos particular, Garma y Cárcamo, que asumieron el liderazgo formal por sus mayores antecedentes psicoanalíticos, representaban dos caras opuestas de una misma tradición cultural. De la misma edad y origen étnico, se conocían desde los días en París; con sus respectivas parejas hechas en Francia, ambos médicos con fuerte vocación por la psicología...” (Balán, 1991, pág. 103)

En síntesis, “El grupo constituyó un microcosmos de orientaciones individuales frente al psicoanálisis. Para los dos hijos huérfanos de inmigrantes, fue la vía de afirmación de la identidad argentina, en una sociedad fuertemente dividida en campos ideológicos y algo caótica en la confrontación entre la vida pública de las instituciones estatales y el tejido privado de la sociedad civil. En cuanto a los dos recién llegados, encontraron en el psicoanálisis un refugio frente a las cuantiosas pérdidas de un mundo que se derrumbaba ante sus ojos. Ese refugio era precario y debía ser salvaguardado de las amenazas externas: Garma lideró una privatización del psicoanálisis que encontró eco en Rascovsky y al menos durante largos años, en Langer. En cuanto a Cárcamo, pudo conciliar su pertenencia social católica y tradicional con una participación restringida en la APA, de la que nunca se apartó pero con la cual mantuvo una saludable distancia personal por casi cincuenta años. Ferrari Hardoy, por último, se fue al poco tiempo a los Estados Unidos; a su regreso en los años 60,

rápida implantación en el tejido social de los profesionales argentinos, esto dista mucho de constituir una explicación suficiente.

Ya se ha mencionado anteriormente que se dio una tendencia a situar el comienzo del psicoanálisis en Argentina a partir de la constitución de la APA, es decir, a partir de este núcleo grupal que estamos describiendo.

Sin embargo, hubo otros “iniciadores”, otros “precursores”, otros psicoanalistas pioneros. Baste mencionar nombres como Pizarro Crespo, Thenon, Beltrán, y también Bermann, por mencionar los más cercanos en esos años. Habría que sumar también a los “silvestres” aislados incluso tanto de las instituciones como de las revistas de difusión especializada; por ejemplo, a Bela Székely, un divulgador importante. Y varios otros.²⁷⁶

Como se dijo, había más de un Freud en Buenos Aires. Y hacia los 40, cuando se inicia la andadura de la institucionalización del psicoanálisis esos intelectuales –y consecuentemente una gran parte de esas perspectivas de lectura– quedarán fuera de la historia “oficial” del movimiento psicoanalítico. Sin embargo, su participación en el proceso que culminó en la constitución de la organización fue fundamental.

Las primeras generaciones de analizandos.

Entre la diversidad de factores que favorecieron el desarrollo del psicoanálisis en Argentina –y que se irán analizando en estos capítulos– hay que destacar uno que es fundamental, y que se refiere a los pacientes, a los sectores sociales que comenzaron a aceptar la terapia psicoanalítica. Si en un comienzo los primeros pacientes psicoanalíticos provenían de las clases altas, luego se trataría de gente proveniente de algunas capas medias acomodadas. Posteriormente, y ya en plena etapa de lo que se llamó “el boom del

quizá por sus coqueteos peligrosos con Wilhelm Reich, quizá porque nunca tuvo méritos suficientes, fue ignorado aun cuando convivían en la misma ciudad” (Balán, 1991, pág. 103).

²⁷⁶ En la dedicatoria de un texto psicoanalítico, aparecía un comentario muy sugerente: estaba dedicado “a los muchos psicoanalistas que no escriben”, y que se mantienen en su práctica solamente en el trabajo con sus analizandos. Parece interesante la acotación. Si por una parte reivindica a los “desconocidos” que sin embargo se dedican a esa práctica, también se hace evidente otra cuestión: la cuestión de la escritura en relación con la práctica analítica. El ideal de Freud, y desde ahí, las identificaciones de todos los psicoanalistas posteriores seguramente tiene algo que ver. Y también la posibilidad de sublimación. [esta nota, va así?]

psicoanálisis”, hacia fines de los 50 y década del 60, el acceso al psicoanálisis se extendería a las capas medias a través de un sector específico: los estudiantes universitarios.

Parece interesante reseñar la opinión de Marie Langer en cuanto al desarrollo de la Asociación, donde refleja el tipo de pacientes y la forma en que iban accediendo al análisis: “Quien aporta los primeros pacientes de la clase media alta, generalmente judía, dispuesta a pagar bien, es la familia de Matilde Rascovsky, los Wencelblat; quien aporta los primeros pacientes de la clase alta y católica es Cárcamo; quien aporta la posibilidad de extensión hacia América Latina es Enrique Pichon-Rivière y por una mera casualidad” (Langer, 1981, pág. 88). Aquí Langer se refiere al mecenazgo de Francisco Muñoz y su importante ayuda económica al desarrollo de la APA. Pichon había atendido al gerente de la sastrería, y lo había curado de una grave agorafobia, y Paco Muñoz colaboró con dinero para becas de formación y para la edición de la revista. Así, pudieron formarse en Buenos Aires los primeros psicoanalistas latinoamericanos: brasileños, mexicanos, uruguayos y algunos otros.

Si la primera generación de pacientes de análisis son gente de las clases acomodadas, ya la segunda se extiende hacia capas medias, hacia la pequeña burguesía –en palabras de Marie Langer–.²⁷⁷

La tercera “ola” de pacientes estuvo constituida por los estudiantes universitarios: “Una generación de militantes universitarios entra en el mundo del psicoanálisis; grupos de terapia son organizados junto con los cursos, y más de una vez los estudiantes ven peligrar su militancia bajo interpretaciones acerca del masoquismo. Muchos irán a dar a la práctica privada del psicoanálisis, con frecuencia más como producto de una sublimación excesiva que de una verdadera vocación” (Langer, 1981, pág. 90).

Este tipo de argumentaciones que enfatiza en la importancia de las capas medias y sus cambios a partir de los años 50, cuando se da el gran proceso de modernización en Argentina parecen compartidas por diversos autores que se han ocupado del tema. Entre los

²⁷⁷ “La segunda ola de pacientes, que ya son para los principiantes, son de la pequeña burguesía, entre ellos muchísimos muchachos y muchachas sionistas –está surgiendo el Estado de Israel hacia 1947-48– que buscan en el análisis una respuesta a la duda de irse a Israel; de hecho buscan que les convenzamos de que no se vayan. Y no se fueron” (Langer, 1981, pág. 89).

autores que estamos comentando aquí, pueden destacarse dos comentarios significativos: uno realizado por Garma y otro por Langer.

De acuerdo a las opiniones de Garma, las posibilidades de desarrollo que encontró el psicoanálisis en Argentina se deberían a cierto carácter peculiar derivado de constituir un país “joven”, y con un medio social “libre, inteligente y en contacto con la realidad, con pocos sentimientos superyoicos” (Mom, 1983, pág. 910).

Por su parte, Langer insiste en la importancia de la inmigración europea como un factor fundamental en el desarrollo del psicoanálisis: “...otro hecho que lo facilitó fue sin duda la importancia de la clase media, la influencia europea en un país en donde la inmigración de ese origen es fundamental tanto por su cantidad como por las formas de vida y lo específico del campo intelectual” (Langer, 1981, pág. 89).

Los dos modelos presentes: el profesionalista y el crítico. Rascovsky y Pichon-Rivière.

Hasta la década del 40 el trabajo psiquiátrico se desarrollaba fundamentalmente en los hospicios, y se trataba de pacientes crónicos, sin esperanzas. Era un espacio recluso a la vista, pero existente, administrado y vigilado por el Estado.

El desafío era múltiple: intentar la cura, detectar señales de recuperación, aliviar al incurable, comprender lo incomprensible.

La psiquiatría en Argentina había asumido la tradición francesa, que ya desde el siglo XIX, y a partir de cierta preocupación ‘social’ por los alienados organiza, desde la administración del Estado, su cuidado y su tratamiento. Pero la locura era entonces concebida desde una doble perspectiva: como un hecho patológico y a la vez, como un hecho referido al orden público. Consecuentemente, los psiquiatras se movían entre dos aguas: ser funcionarios del Estado –encargados de la vigilancia– y desempeñar tareas clínicas –intentar la cura y el alivio–.²⁷⁸

²⁷⁸ Puede verse en “La locura en Argentina” (Vezzetti, 1985), un exhaustivo análisis de las concepciones sobre la locura y su organización institucional hasta los años 20. También el texto clásico de Ingenieros: “La locura en Argentina”, de 1919. Por otra parte, en múltiples referencias realizadas por Pichon-Rivière y por

Es en ese contexto que Pichon-Rivière, desde la psiquiatría se vuelca al psicoanálisis. Su dedicación al psicoanálisis y su intento de intentar un abordaje psicoanalítico de las psicosis serían incansables.²⁷⁹ Sin embargo, en esos años iniciales Pichon no se diferenciaba mucho de otros psiquiatras en la experimentación de tratamientos nuevos. Como otros, en esa década –años 40– experimentó con la insulino terapia, las drogas, y el electroshock. E introdujo innovaciones en la psicoterapia, combinando diversas maneras y técnicas.

Su prestigio entre los colegas psicoanalistas radicó, en primer lugar, en su habilidad para explicar las psicosis. Las clases sobre psicosis que dictaba en el Hospicio serían recordadas a menudo por el impacto duradero que tenían sobre sus oyentes. Entre otros, Marie Langer, Ulloa, Rascovsky, y un largo etcétera.²⁸⁰

Arnaldo Rascovsky, que trabajaba como pediatra, estuvo durante mucho tiempo en el Hospital de Niños. Allí se volcó en la atención y también en la investigación –el primer grupo de psicoanalistas colaboraría en ese hospital–. Se concentró en la medicina psicosomática, interesado en la causalidad psicogénica de las enfermedades infantiles; y desde esa medicina clínica psicosomática se fue integrando al psicoanálisis. Sin embargo, su vuelco al psicoanálisis fue diferente al de Pichon: Rascovsky fue paulatinamente abandonando su trabajo institucional en el hospital para concentrarlo en el consultorio, en la práctica psicoanalítica. A lo largo de su vida, no volvió al hospital, ni se interesó por la cátedra universitaria. La asociación reemplazaba tanto el hospital como la universidad. Llegó a calificar la dedicación de los médicos al hospital público, mal retribuida e ingrata, como un signo de masoquismo.²⁸¹

otros autores de esa época, es posible detectar bastantes rasgos como los descritos por Michel Foucault en “Vigilar y castigar” (1975), donde analiza la máquina de mirar-sin ser visto, el Panóptico, y describe los mecanismos de vigilancia y control de algunas instituciones cerradas, con significativas referencias a los hospitales.

²⁷⁹ Ver capítulo 9.

²⁸⁰ Langer afirmaba que las clases de Pichon sobre psicosis eran espléndidas y mejores que las de Hartmann, en Viena (1981, pág. 91); Rascovsky, en la misma línea, agrega que daba clases hasta en los baños –lo cual era rigurosamente cierto– (1984aa, pág. 224) y Ulloa, que se refiere al “efecto psicoanalítico” de las clases de Pichon, sugiriendo que se producía en sus oyentes un cierto efecto de apertura inconsciente en su discurso –movimientos identificatorios?– (1992, 1995).

²⁸¹ Más allá del alcance preciso que pudiera tener en algunos de sus analizandos esa apreciación, Rascovsky extendió, quizá impropriamente –tal y como le fue señalado por algunos de sus colegas– el ámbito de validez

Rascovsky se dedicó absolutamente al psicoanálisis: tanto a la clínica como a la formación. También fue un incansable divulgador: iniciativas de formación, conferenciante, aparecía en medios masivos de comunicación (en televisión, en periódicos y revistas), etc.

Pichon-Rivière se mantuvo siempre en una relación compleja con la asociación: como fundador, fue uno de sus promotores fundamentales, pero, a la vez, siempre estuvo incluido en otros proyectos institucionales: el Hospicio, luego la Escuela Privada de Psiquiatría Social, luego la de Psicología Social, etc. Rascovsky, por el contrario, se concentró absolutamente en la asociación.

También fueron importantes los distintos intereses intelectuales y profesionales: Pichon se interesó por la psicosis (se dijo de él que llegó a ser quien más sabía del tema en Argentina), y posteriormente por los grupos y la psicología social. Rascovsky se interesó en las neurosis, en las enfermedades psicosomáticas y desarrolló su teoría sobre el filicidio y el psiquismo fetal.

A partir de estas diferencias, ambos se constituyeron como los dos modelos que conformarían el psicoanálisis en Argentina. Modelos cuya vigencia se mantuvo muchas décadas. Ellos eran amigos, además de colegas, y sin embargo, su inevitable rivalidad – ambos lideraban fuertemente los movimientos existentes en el ambiente psicoanalítico– no condujo a la ruptura entre ambos.

En este proceso de institucionalización del movimiento psicoanalítico en Argentina, los dos modos o enfoques existentes estaban representados por estos dos psicoanalistas, tanto a nivel de emblemas, como en cuanto a las propias acciones que se fueron sucediendo a su alrededor. Lo que hemos denominado, al inicio de esta parte del trabajo, como el modelo profesionalista, y el modelo crítico, o contestatario, corresponden –aunque esto quizá implique cierto etiquetamiento excesivo– a ambos personajes.

Estas dos corrientes que existieron en la APA, no fueron siempre lideradas por los mismos personajes, incluso algunos oscilaban entre una y otra posición y a otros es difícil encuadrarlos en una u otra –todo esto es algo frecuente en cualquier proceso colectivo–. Sin

del psicoanálisis. Y evidenciaba una posición ideológica conservadora: en esos años se comenzaba a gestar una conciencia participativa de los profesionales en las exiguas y empobrecidas instituciones estatales.

embargo, gente como Marie Langer, David Liberman, José Bleger, etc., claramente se encuadran en uno de los polos, en el colectivo cuyo líder era Enrique Pichon-Rivière. Es desde esa perspectiva donde se originarán y desarrollarán las propuestas grupales, los grupos operativos, y también el enfoque psicosocial.²⁸²

La organización de la Asociación.

La “Revista de Psicoanálisis”.

El primer número de la “Revista de Psicoanálisis” aparece en julio de 1943, y fue distribuido gratis.²⁸³ Hacia esa época, ya existía en Argentina una difusión considerable de lecturas psicoanalíticas de diversa calidad, en revistas médicas y psiquiátricas, en publicaciones independientes, etc. (puede verse en el capítulo 7). Pero la Revista de Psicoanálisis era diferente, ya que se trataba de una publicación especializada.

Los antecedentes en cuanto a revistas especializadas eran escasos: la revista “Psicoterapia”, en Córdoba, publicada por un grupo independiente de profesionales, o la revista “Psiquiatría y Criminología”, donde se publicaron algunos de los primeros artículos de Garma, y también de Cárcamo y Pichon-Rivière. Otra revista, relevante para el psicoanálisis fue el “Index, Revista Iberoamericana de Análisis Bibliográfico de Neurología y Psiquiatría”, en ella colaboraba Pichon-Rivière desde sus inicios, en 1938, como secretario de la publicación.

Pichon-Rivière difundió en esa revista diversos artículos: “Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos (1938), “Trastornos del esquema corporal” (1941), “Algunos conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica de la epilepsia” (1941) y en 1946, las notas de un curso sobre neurosis y psicosis que dictaba en el Hospicio de las Mercedes para estudiantes del Instituto de Psicoanálisis: “Exposición sucinta de la teoría especial de las neurosis y psicosis” (1943).

²⁸² Esto se puede ver en los capítulos 7 y 8.

²⁸³ A partir del texto de Jorge M. Mom y otros (1982). Expuesto también en Balán, 1991.

La Revista de Psicoanálisis era el órgano de una asociación científica dedicada exclusivamente al psicoanálisis. Para su publicación, la APA contó con el sostén económico de la Fundación Francisco Muñoz. Francisco Muñoz fue el mecenas del psicoanálisis argentino; inmigrante español, de Salamanca, transformó la sastrería familiar en una gran empresa comercial. Su gerente y amigo, que padecía una fuerte agorafobia, fue curado por Pichon-Rivière. Ambos quedaron muy agradecidos; la Fundación pagó los gastos de la Revista y otorgó préstamos a candidatos que venían del extranjero a formarse en Argentina, lo cual incrementaba la influencia del psicoanálisis argentino en América Latina (Mom y otros, 1982; Mom, 1984a, 1984b).

El primer número de la Revista incluyó artículos de Garma y de Cárcamo.²⁸⁴ También una traducción de un texto de Franz Alexander sobre los últimos aportes psicoanalíticos a la medicina psicosomática. Ese artículo muestra el fuerte interés entre los psicoanalistas argentinos por ese enfoque.²⁸⁵ También se incluyó otra traducción, un artículo reciente de Melanie Klein donde se exponía su hipótesis sobre el desarrollo temprano del superyó en los niños.²⁸⁶ La asociación comenzaba a ser proclive a las posiciones kleinianas, si bien no de la forma radical en que lo sería en la década del 50 y 60.

También se incluía una reseña del libro de Emilio Mira y López, “Manual de Psicoterapia”, firmada por Rascovsky. Se criticaba al libro por presentar al psicoanálisis de forma superficial, y por no reconocer una distinción fundamental: la diferencia entre los legítimos psicoanalistas, herederos de Freud, y los analistas “silvestres” (que lo practicaban sin haberse psicoanalizado).

²⁸⁴ Se trataba del trabajo que presentó Cárcamo para ser aceptado como miembro de la asociación francesa: “La serpiente emplumada (Psicoanálisis de la religión maya-azteca y del sacrificio humano)”.

²⁸⁵ Posteriormente a la edición de la Revista, la APA organizó una serie de publicaciones, la Biblioteca de Psicoanálisis, donde publicaba diversos textos de psicoanálisis, traducciones y escritos propios. El primer libro publicado fue un texto de Thomas French y Franz Alexander sobre el asma. Se publicaron textos de: Freud, Ernest Jones, Fenichel, Garma, Racker, Marie Langer, Arminda Aberastury, entre otros.

En 1949 Rascovsky compilaba diversos artículos de miembros de la asociación en el libro “Patología Psicosomática”. Allí, Pichon-Rivière publicó su artículo “Estudio psicosomático de la jaqueca”.

²⁸⁶ “Primeros estadios del conflicto de Edipo y de la formación del superyó” (1943-1944).

La cohesión grupal.

Destaca en la APA de los primeros años, la gran cohesión de su grupo inicial. Cohesión que estaba dada por la participación en un proyecto de transformación, la causa psicoanalítica. Ahí convergían diversos intereses, pero todos quedaban subsumidos en el proyecto psicoanalítico, diferente a cualquier otro desarrollo científico o profesional.²⁸⁷ Se producía una subcultura, con sus productos propios.

En términos de la organización formal, estaban la Asociación y el Instituto. Es decir, la organización psicoanalítica como tal y la organización dedicada a la formación de los futuros analistas, los candidatos. La estructura formal, compuesta por miembros titulares y miembros adherentes, miembros didactas, comisión directiva, estaba posiblemente sobredimensionada, dado el escaso número de miembros.²⁸⁸

En cuanto a lo que se ha llamado la organización informal, quizá también sobredimensionada, en el sentido de que incluía gran parte de la vida de sus integrantes, salvo contadas excepciones (entre ellos, Cárcamo y algún otro). Aquí la producción de una subcultura sí era evidente, y se hacía sentir con todo su peso.²⁸⁹

El espíritu de camaradería, organizado alrededor del estudio y del trabajo posibilitaba que el pequeño grupo de psicoanalistas nucleados alrededor de la APA constituyeran una empresa científica de esa envergadura.

²⁸⁷ Lo que se ha visto anteriormente (en capítulo 4) sobre las diversas lecturas con que se accedía a las ideas psicoanalíticas cobra aquí toda su vigencia. El psicoanálisis, debido a la materia de lo que intenta aprehender, esto es, el inconsciente, no sólo ha sobrepasado los límites de los saberes, dificultando una lectura reduccionista sino que también, en los intentos organizativos –las organizaciones psicoanalíticas– también muestra una dimensión diversa: se sitúa entre constituir un proyecto científico y un proyecto ideológico, si bien se constituye a partir de la propia experiencia analítica.

²⁸⁸ ¿Había que limitar, desde lo formal, colocar múltiples separaciones y diferencias, para evitar la tendencia a la fusión?, ¿para controlar lo que la práctica del análisis ponía en juego, es decir, el trabajo sobre lo reprimido? Es posible que sea así, sin embargo no dejaba de producir efectos inesperados.

²⁸⁹ Los seminarios continuaban en los restaurantes, habitualmente, la diversión los fines de semana se hacía entre varias familias. Incluso la costumbre vacacional de febrero parece haber sido adoptada a partir de que Garma lo hiciera así. Punta del Este (en Uruguay) era conocido como el “balneario de los psicoanalistas”. Eran efectos de identificación. Permitían el empuje del grupo frente a un exterior que, en muchas ocasiones, se mostraba hostil. Sin embargo, conducía a situaciones difíciles, dadas por las propias características de la institución psicoanalítica.

La Asociación Psicoanalítica Argentina, a partir de este pequeño grupo, con rasgos de “institución total”²⁹⁰, se constituyó en el pivote del psicoanálisis en Argentina: la APA marcaría el desarrollo –tanto en sus avances como en sus retrocesos– y orientación del movimiento psicoanalítico en Argentina, e incluso en gran parte de los países vecinos.²⁹¹

La formalización de la formación analítica.

A partir de la creación de la asociación, la formación analítica se realizó de acuerdo con las normas de la asociación internacional. En 1945 se creó el Instituto de Psicoanálisis, dedicado a la formación de los candidatos.²⁹² Los profesores eran los miembros titulares, que pasaban a ser analistas didactas; además de los fundadores, se agregó Lucio Rascovsky, hermano de Arnaldo.

La formación duraba varios años y su intensidad era mayor que una formación corriente en posgrado. Se trataba de asistir a cursos, seminarios, supervisiones, además del análisis didáctico. En esos años la admisión era restringida. La Fundación Francisco Muñoz realizó un aporte fundamental, otorgaba préstamos de honor, lo que permitía la formación de candidatos provenientes de fuera de Argentina. El grupo más numeroso fue de Brasil y México, pero también hubo uruguayos, colombianos y algunos otros.

Una dificultad que ha transitado siempre en las organizaciones psicoanalíticas lo constituye la contradicción entre el vínculo particular existente entre analista y candidato y la rígida estructura formal de la formación, y de la organización misma. El analista didacta quedaba colocado en una posición de valoración en cuanto a la admisión o no del analizando. Esto trajo innumerables dificultades que jalonan de parte a parte la historia de la APA.

²⁹⁰ Goffman, 1961.

²⁹¹ La cuestión de los grupos de analistas ha sido siempre una preocupación en el movimiento psicoanalítico, desde Freud en adelante. Entre otros, puede verse Roudinesco, 1986; Roustang, 1976; las revistas de la APA. El interjuego grupal implica cuestiones para el movimiento psicoanalítico: las disensiones, cismas, fracturas diversas que han jalonado su historia son un claro ejemplo. Desde las escisiones en el grupo originario (Jung, Adler, Rank, Ferenczi, etc.), hasta el surgimiento de la perspectiva lacaniana, las escisiones de los sectores críticos, etc. Algunos aspectos de esos procesos grupales –para el caso de Argentina– serán abordados en el capítulo siguiente.

²⁹² Puede verse en: Jorge M. Mom y otros, 1982.

En el caso de psicoanálisis en Argentina, en los primeros años, posiblemente el tamaño reducido del grupo y los estrechos vínculos sociales y familiares e institucionales entre sus miembros permitió sortear esas dificultades, la organización no se diferenciaba tanto del grupo informal. Pero posteriormente, años después, aun cuando numéricamente la asociación no fuera demasiado numerosa, esos conflictos ya no podían ser soportados con la misma facilidad que antes. Y las crisis se sucedían, en diversos momentos y con diversos personajes. Entre otros, éste es el análisis que hace Langer.

En todo caso, quedaba patente una particularidad: una institución psicoanalítica, por la materia misma que intenta apresar, el trabajo sobre el inconsciente, parece encontrarse con dificultades particulares, además de estar inserta en una dialéctica similar a la de cualquier organización colectiva (burocratización, autoritarismo, etc.).

6.3. La APA y el entramado social e institucional.

Si el movimiento de institucionalización del psicoanálisis en Argentina puede fecharse en 1942 –con lo impreciso que ello resulte–, no podía desligarse de las condiciones sociales y políticas del país. En esa década se inicia un profundo proceso de transformación en las estructuras políticas y sociales. Es el momento de constitución del peronismo, movimiento que marcaría al país durante muchas décadas.

Y la forma en que se dio la institucionalización del psicoanálisis no fue ajena a los cambios sociales y políticos que se gestaban en esos años, al contrario, en momentos parece haber sido fuertemente influido por las dinámicas existentes en el ámbito político.

La relación entre el movimiento psicoanalítico –los psicoanalistas y sus diversas actividades– y el contexto institucional fue compleja y en momentos contradictoria:

1) Por una parte, el movimiento psicoanalítico se ha mantenido siempre en una cierta distancia, aislamiento incluso de las instituciones y de las situaciones sociopolíticas

concretas. Y este rasgo, que fuera ya definido desde los inicios por el mismo Freud, también tuvo valor en el caso de la organización psicoanalítica argentina.

2) Por otra, la APA –y la gran mayoría de sus integrantes– ha reflejado algo compartido por el conjunto de los profesionales en esos años: el antiperonismo. Los psicoanalistas se incluyeron en el movimiento general de los intelectuales en Argentina en esos años (y adhirieron a las propuestas liberales, que se enfrentarían, siempre, a los intereses populares). Esto no sucedió solamente con el sector psicoanalítico ni médico, fue una cuestión de conjunto del campo intelectual. Los motivos son complejos y no se pueden desarrollar aquí más que en lo que se refiera al tema que interesa ahora: el movimiento psicoanalítico.

La situación política y su influencia en los sectores intelectuales y profesionales.

El contexto político determinó una relación conflictiva entre el peronismo en el gobierno y los intelectuales (y profesionales). Parece necesario reseñar algunos elementos esenciales para comprender los procesos que había en juego:

A poco de fundarse la APA –en 1942– comienza un agitado momento político en Argentina, y se da el golpe militar de 1943, a cargo de un grupo de militares nacionalistas conservadores, católicos, que toma el poder. Comienza a expresarse y a tomar forma una desconfianza –desde siempre– hacia los intelectuales –con más razón si estos se apartaban de la ideología de estos sectores conservadores– y en ese contexto, también frente a los psicoanalistas.

Desde 1945 el peronismo gobernaría el país, en un contexto de alta conflictividad política y social. Sería un proceso de amplias transformaciones sociales, interrumpido en 1955, por un golpe militar. La relación entre los sucesivos gobiernos peronistas y los sectores intelectuales –y profesionales– fue difícil, compleja, y contradictoria: un gobierno que defendía los intereses populares, y que sin embargo estuvo enfrentado a la mayoría de los intelectuales y profesionales.

De todos modos, una situación de transformación tal como la que vivió Argentina en la década del cuarenta y parte de la siguiente no puede ser tenida en cuenta sólo en una lectura globalizante. Las particularidades, las situaciones vividas por una comunidad

concreta, sea ésta de determinados sectores científicos, o ideológicos, o étnicos, poseen una especificidad tal que no resulta fácil su articulación con la situación global. Esta aclaración intenta responder a la aparente paradoja de que mientras los psicoanalistas, y en general, muchos sectores intelectuales progresistas sufrieron diversas situaciones de marginación e injusticia, esto justamente ocurría en una época en que se ponía en marcha un proceso de transformación social que se apoyaba en los intereses de los trabajadores.

Ya desde sus inicios –en 1942–, pero especialmente a partir del gobierno peronista –desde 1945–, se reforzó la tendencia del psicoanálisis a mantenerse aislado e independiente de las instituciones. En ese contexto, la desconfianza que generaba el psicoanálisis a los sectores del poder institucional médico, en los que imperaba la ideología nacionalista (conservadora, católica, y un difuso antisemitismo), provocaba un mayor rechazo y consecuentemente, un mayor aislamiento.

Cabe agregar que las posiciones adoptadas por los psicoanalistas quedaron englobadas en la actitud general de los sectores intelectuales: oposición al poder nacionalista que cobraba fuerza. Esta oposición, que tenía razón de ser al referirse a los sectores militares nacionalistas de derecha, se mantuvo posteriormente, cuando la situación había cambiado. Desde 1945 el gobierno de Perón sostenía un proyecto nacional con la participación de la clase obrera. Los sectores intelectuales, mantuvieron una actitud de enfrentamiento frontal a ese gobierno, incluso algunos llegaron a esperar un nuevo golpe de Estado que depusiera al “dictador”. Ese desencuentro, que duró más de una década, tuvo consecuencias nefastas para Argentina. Posteriormente, los sectores intelectuales progresistas variarían radicalmente su posición, incluso adhiriendo al peronismo (lo que se llamó la “izquierda nacional”) muchos de ellos.

Las repercusiones en la APA y en la orientación del psicoanálisis.

Durante el gobierno peronista –de 1945 a 1955– se daría un proceso de aislamiento y reclusión institucional para los psicoanalistas de la APA. En la agudización de los conflictos ideológicos y políticos, se sucedieron diversas situaciones de marginación e intolerancia ideológicas. Se produjo una fuerte marginación de algunos de los psicoanalistas y profesionales cercanos. Algunos de los más representativos: Rascovsky

deberá abandonar el trabajo en el Hospital de Niños en 1946, Pichon deberá abandonar el Hospicio, en 1949.

Esta situación que dificultaba la participación de los psicoanalistas en las instituciones públicas reforzaba su tendencia al aislamiento. Ese aislamiento, por otra parte, era incentivado desde los propios sectores médicos y psiquiátricos, ya que los psicoanalistas no se regían por sus mismas ordenaciones jerárquicas, ni por sus criterios.²⁹³

En el año 1954, el gobierno –presionado por sectores médicos– legisla una regulación del ejercicio del psicoanálisis que declaraba ilegal su práctica –y cualquier psicoterapia– por personas no médicas. Esta regulación implicaba, de hecho, un apoyo al psicoanálisis médico. Es decir, se termina persiguiendo al análisis profano, el psicoanálisis sólo lo podrían practicar los médicos. Algunos psicoanalistas de la APA verían con buenos ojos esta intervención estatal.

Sin embargo, el Estado no podía controlar el psicoanálisis con ese tipo de mecanismos. Por el contrario, la organización psicoanalítica continuaba con sus propios derroteros, de acuerdo a una dinámica independiente del poder estatal, en todo caso, debiendo adecuarse –mínimamente– a algunos obstáculos.

Una consecuencia que se deriva de toda esta dinámica: la tendencia a la “privatización” del psicoanálisis. En un movimiento que venía desde antes, y que se prolongará durante bastantes años, se consolida una perspectiva de tipo “profesionalista”, frente a la perspectiva participativa, que intentaba incluirse en el juego institucional. Es decir, una perspectiva cuya imagen podía ser la ofrecida por Rascovsky, frente a la otra perspectiva, en que aparecía Pichon-Rivière como su principal inspirador (la “línea” Rascovsky frente a la “línea” Pichon-Rivière).

Se trató de una situación muy compleja, acorde con los movimientos políticos y sociales del país. Si bien la política de exclusión de algunos psicoanalistas de las instituciones públicas y el aislamiento consiguiente por una parte determinó una orientación médica en el psicoanálisis, por otra parte produjo un efecto de obturación, al favorecer las

²⁹³ Lo que se vio anteriormente (en capítulo 5) acerca de las diversas lecturas que se hicieron del psicoanálisis cobra aquí toda su fuerza.

tendencias de la APA a restringir la admisión de nuevos miembros. Se ha considerado que esta situación si bien no impidió la expansión del psicoanálisis sí impidió desarrollos más fructíferos.

A fines de los 50 y principios de los 60, se daría el “boom del psicoanálisis”. Un proceso de auge del psicoanálisis, una extensión masiva, algo que ha sido descrito por innumerables crónicas y testimonios de la época.²⁹⁴ Sin embargo, se daba una situación muy particular. Había muchos más analizandos, pero no había muchos más psicoanalistas. La asociación había restringido la admisión de nuevos miembros de diversas maneras, y la situación final era que la existencia de más analizandos es diferente del hecho de que haya o no más analistas. (en realidad esto ocultaba un conflicto que estallará años después). Resultaba una paradoja: casi los mismos analistas que una década antes –unos pocos más– pero muchísimos más pacientes. Había muchos más analizandos, pero no más analistas.

Como puede observarse los movimientos en estas dos décadas, años 40 y 50 fueron complejos y diversos. Desde la “reclusión” y aislamiento de los psicoanalistas en su organización institucional a la privatización de la terapia psicoanalítica. Se reforzaría fuertemente la idea de valorizar la práctica privada y desvalorizar la práctica pública, hasta llegar a constituirse en un eje básico en la ideología de muchos psicoanalistas. Rascovsky llegó a afirmar que trabajar en las instituciones públicas era un signo de masoquismo, como ya hemos señalado anteriormente.

A pesar de la oposición abierta o soterrada contra el psicoanálisis, éste continuaba con su movimiento expansivo, “prosperaba a la sombra” –al decir de Balán–, hasta llegar a su máxima expresión en los años 60, cuando “el boom del psicoanálisis”.

²⁹⁴ Puede verse en el capítulo siguiente.

6.4. Desarrollo del psicoanálisis.

El movimiento psicoanalítico conoció un desarrollo muy importante, y en pocos años se extendió desde Argentina hacia otros países de América Latina. Incluso se llegó a hablar de una escuela argentina de psicoanálisis, lo que si bien constituía una exageración, intentaba evidenciar los rasgos diferenciales del psicoanálisis que se producía en Argentina.

En cuanto a su desarrollo destacan tres grandes ámbitos donde la producción teórica y metodológica y consecuentemente, la aplicación de la terapia psicoanalítica, han sido muy consistentes: 1) el derivado de una “lectura” psicosomática del psicoanálisis, 2) el desarrollo y difusión del psicoanálisis de niños y 3) las aplicaciones de la psicoterapia grupal.

La perspectiva psicosomática.

Los inicios del psicoanálisis en Argentina aparecen fuertemente ligados a la medicina psicosomática. Será el caso de Rascovsky, de Garma, y de varios otros psicoanalistas del agrupamiento inicial; incluso el mismo Pichon-Rivière se movía en esa perspectiva en sus primeras elaboraciones.

Lo que justificaba esa aproximación era el intento de comprensión de dolencias que los tratamientos médicos al uso no lograban curar, lo cual posibilitaba una búsqueda de aspectos psicógenos, o en su caso, el recurso a posibilidades alternativas (sugestión, hipnosis, curanderismo, etc.).

También el interés hacia la dimensión psicosomática, que luego se traduciría en medicina psicosomática estaba en relación con los intentos de articulación entre el pensamiento freudiano y el paradigma organicista. Por ejemplo: Pizarro Crespo –que viraría hacia la medicina psicosomática, después de su prometedora opción inicial por el psicoanálisis–, también Gregorio Bermann –que terminó defendiendo una opción de psiquiatría organicista y preocupada por “lo social”–, y algunos otros psicoanalistas anteriores a la fundación de la asociación.

Posteriormente –creada ya la APA– la perspectiva psicosomática sería si no dominante, la fundamental en esa primera década. Los artículos, encuentros, congresos, y

libros dedicados al tema son bastante numerosos. El mismo Pichon-Rivière escribió algunos artículos sobre el tema. Una rápida observación de los temas abordados en la Revista de la APA en todos esos años es suficientemente ilustrativa.

La amplitud y diversidad del trabajo clínico y de investigación fue considerable. Se investigó sobre diversas afecciones infantiles: niños obesos y niñas virilizadas, perturbaciones en la nutrición asociadas con desarrollos sexuales precoces o retardados; o en mujeres con trastornos graves de personalidad, virilización, homosexualidad, y afecciones hormonales; o en aspectos psicógenos en la obesidad, la hipertensión arterial, jaquecas, etc. Como emblema de todo este enfoque queda la profusa producción de investigaciones sobre la epilepsia, que sería considerada como ‘enfermedad total’ en esos años.

Hay que considerar dos cuestiones fundamentales que facilitaron esa compleja ligazón entre las teorías psicoanalítica y la dimensión psicosomática:

a) Por una parte, las enfermedades infecciosas perdían importancia –especialmente en las capas acomodadas de la sociedad– debido a los avances científicos y esa situación prolongaba la vida, dejaba espacio para otras dolencias, permitía incrementar las expectativas de bienestar, etc.

b) La patología psicosomática comenzaba a tener una entidad considerable. Como otras afecciones, cobró importancia en la realidad social en relación con el surgimiento de la capacidad para concebirla y diagnosticarla como enfermedad; aparecen “nuevas” enfermedades: al igual que la histeria, a finales del siglo pasado...

Este proceso –de amplias derivaciones y consecuencias– posibilitaba un cierto pasaje, desde las afecciones neurasténicas y la histeria hacia las afecciones psicosomáticas. La histeria, considerada en sus aspectos ‘subjetivos’ –concebida durante mucho tiempo como simulación– estaba descrita, era diagnosticable a partir de Charcot, incluso tenía curación a partir de tratamientos sugestivos, hipnosis u otros, pero no se alcanzaba a comprender ese proceso. A diferencia de la histeria, las enfermedades psicosomáticas podían ser consideradas más ‘objetivas’ –lejanas a la simulación, a lo fantasmático–, se evidenciaban en el organismo. Desde el paradigma médico era más fácil acercarse a las dolencias psicosomáticas que a ciertas neurosis.

Las enfermedades psicosomáticas permitieron a médicos no psiquiatras el acercamiento al psicoanálisis sin exigirles una ruptura tan radical entre ambos paradigmas, como ocurría en el caso de la psiquiatría.

Se trataba de médicos –no psiquiatras– que se interesaron por los factores psicógenos y cuyos pacientes no eran encuadrables ni en el modelo de la histeria (línea Charcot-Freud) ni en los esquemas válidos para las psicosis. Era el caso de pacientes con otras manifestaciones, con afecciones orgánicas pero que permitían inferir también otras determinaciones en sus síntomas: psicológicas, familiares, etc. Así, médicos pediatras, ginecólogos, cardiólogos, se interesarían por ese nuevo campo de intervención que suponía el psicoanálisis. Entre los primeros médicos que recorrían ese modo de acercamiento al psicoanálisis pueden nombrarse a figuras como Teodoro Schlossberg, a Jorge Weil, Rebeca Alvarez de Toledo, Ferrari Hardoy, además del mismo Arnaldo Rascovsky.

Otro aspecto importante era la minimización del conflicto: los primeros psicoanalistas –de la APA– podían buscar ser escuchados con respeto, menos criticados, pues hablaban de patologías más “realistas” que aquellas otras más difíciles de aceptar desde el viejo paradigma médico como las histerias. Y no era necesario estar interesado en la psicosis para poder acercarse a la práctica psicoanalítica.

Por un lado se trata de la relación entre la psiquiatría y el psicoanálisis y por otra, de la relación entre la medicina –en tanto asentada en el paradigma organicista– y el psicoanálisis. Derivado de la confluencia de todas las circunstancias mencionadas aparece una cuestión importante: al “avance” del psicoanálisis sobre el campo médico, su extensión al campo médico, y ya no solamente al de la psiquiatría. Si bien se trata de una cuestión que no puede ser analizada aquí, si merece ser puntualizada: se trata de la vocación “intrusiva” de la teoría psicoanalítica, en el sentido de que su discurso ha ido impregnando diversos campos de conocimiento.²⁹⁵

²⁹⁵ En un reciente texto de David Maldavsky, “Sobre las ciencias de la subjetividad. Exploraciones y conjeturas” (1997), se aborda en profundidad esta dimensión de la teoría psicoanalítica, desde una premisa: el psicoanálisis constituiría la base de las disciplinas que reflexionan sobre la subjetividad. Los materiales clínicos utilizados como base para la reflexión se refieren a pacientes con trastornos en el orden de lo psicosomático.

En síntesis, puede afirmarse que el fundamento de esa aproximación –entre el psicoanálisis y la medicina psicosomática– fue el siguiente: desde la historia de fines de siglo –que sirvió como fundamento a la escuela de Charcot, y desde ahí a Freud– se habría pasado a las dolencias psicosomáticas –ligadas a otro tipo de patologías, y también a otra situación social y cultural–. Hay allí una variación en cuanto a las diversas clases sociales a que pertenecían unas y otras clases de “enfermedades mentales”, y también un cambio profundo en cuanto a la comprensión que se podía realizar de esos procesos patológicos.

También se evidencia una operación importante: una particular manera en que el discurso médico se podía apropiarse de la herramienta psicoanalítica. Desde un enfoque que priorizara la perspectiva psicosomática era más fácil buscar líneas de continuidad entre ciertas proposiciones del psicoanálisis y la medicina. O al menos, relativizar la ruptura. En el caso de que el modelo paradigmático se mantuviera anclado en la historia, la dificultad era mayor. Por una parte, la ruptura epistemológica era inevitable, por otra se posibilitaba la intervención de otras prácticas en procesos patológicos, intervención que el discurso psiquiátrico y médico intentaba reservar para sí (la polémica sobre el curanderismo, la sugestión, la hipnosis, son un ejemplo claro de esto). Incluso la propia posición frente al análisis profano no carecía de conexiones en esta perspectiva que ampliaba el campo de la medicina a la dimensión psicosomática, pues esos fenómenos quedaban así englobados estrictamente en el discurso médico.

Es interesante reseñar la opinión de Marie Langer frente a este desarrollo del psicoanálisis. Reconoce que la investigación de los problemas psicosomáticos fue propuesta por Garma y Rascovsky (luego ella desarrollaría su iniciación al tema en el libro “Maternidad y Sexo”, 1951), y considera a los primeros psicoanalistas como iniciadores tempranos de este enfoque: “La investigación temprana de la medicina psicosomática es una cualidad de la APA; los kleinianos se ocuparon mucho más tarde de estos problemas; los lacanianos no se ocupan de ello todavía” (Langer, 1981, pág. 91).

Por otra parte, desde el psicoanálisis lacaniano se ha realizado un análisis crítico de este período inicial de la institucionalización del psicoanálisis en Argentina. Según esas tesis, la importancia dada a la dimensión psicosomática en realidad constituye un efecto de una posición previa: el alejamiento de las concepciones freudianas. Si bien la crítica

lacaniana se refiere especialmente al psicoanálisis norteamericano, también se extiende a la perspectiva inglesa, y por ende, a la corriente hegemónica en Argentina. La importancia otorgada a la dimensión psicosomática se convierte, de acuerdo a las tesis lacanianas, en una lectura particular de la obra freudiana que abandona el radical descubrimiento de Freud: el inconsciente, y opera una transformación del psicoanálisis que lo subordina a la psiquiatría (García, 1978; Masotta, 1968).

Por último, y como una digresión que parece sugerente, vale la pena mencionar la vigencia de la dualidad entre lo somático y lo psíquico, llevada a un campo que en principio puede parecer algo ajeno: las técnicas grupales.

En las técnicas grupales, se dan algunos vestigios de esta cuestión entre ‘soma’ y ‘psique’: algunas propuestas, como la gestalt, las terapias reichianas, las técnicas corporales, en ocasiones se intentan fundamentar en una argumentación análoga a las discusiones de los años 30 y 40: reducir la perspectiva psicoanalítica a una lectura ‘psicológica’ que deja fuera los aspectos ‘orgánicos’. La polémica no ha terminado, y el viejo recurso ya visto en los años 20, la disociación entre la teoría y el método sigue vigente, incluso en las técnicas de grupo.²⁹⁶

El psicoanálisis de niños.

La psicología infantil y la pedagogía se constituyeron como importantes campos de extensión del psicoanálisis, ya a partir de los años 40 y con mayor solidez en las décadas siguientes. Arminda Aberastury se cuenta entre las promotoras fundamentales del trabajo psicoanalítico con niños. Tradujo tempranamente la obra de Melanie Klein al castellano, y escribió variados artículos. También hay que contar a Pichon-Rivière en estos impulsos iniciales al psicoanálisis de niños.

Pichon fue responsable de un servicio de psiquiatría infantil, además de promotor de diversas iniciativas en esta perspectiva. En sus artículos sobre epilepsia puede constatarse el

²⁹⁶ No se han realizado suficientes investigaciones sobre la relación entre esas diversas técnicas. En todo caso, desde el psicodrama psicoanalítico se ha intentado reflexionar sobre esta cuestión, poniendo especial cuidado en evitar la mencionada disociación (Lemoine y Lemoine, 1972; Pavlovsky y otros, 1979; Pavlovsky y otros, 1979; Percia, 1991, 1994).

interés de Pichon en la problemática infantil, y también en diversos artículos dedicados a la psiquiatría infantil y el psicoanálisis de niños: 1939-48, 1940b, 1940c, 1969c. También escribió, conjuntamente con Arminda Aberastury algunos artículos (pueden verse en la bibliografía detallada en el capítulo 10).

Parece evidente –al menos es una idea generalmente aceptada– que la hegemonía del kleinianismo estaba a la base de este incremento del interés en el psicoanálisis de niños –que había sido iniciado por Freud mismo y continuado por algunos de sus discípulos iniciales, como Ferenczi–.

Sin embargo, hay que tener en cuenta algunos otros factores que fomentaron ese particular desarrollo:

a) Por una parte, la participación de mujeres en los agrupamientos iniciales que condujeron a la constitución de la asociación: esposas, discípulas, parientes de los analistas de la primera época. Esas mujeres –que en su mayoría no eran médicas– comenzaron rápidamente a intentar una aplicación de la psicoterapia psicoanalítica a niños –y adolescentes–, lo cual no interfería con el trabajo con adultos que realizaban los psicoanalistas varones –en su mayoría médicos–. Así, esta opción se reveló como una alternativa muy fructífera: el psicoanálisis se ligaba con una nueva demanda social proveniente de familias de capas medias.

b) Por otra parte, se dio una conexión con una extendida tradición cultural en Argentina: la preocupación por la educación, por el aprendizaje infantil y adolescente.²⁹⁷ Varias de las primeras psicoanalistas eran maestras, profesoras de música, idiomas, etc. –como Arminda Aberastury y Elizabeth Goode, entre otras–.

c) Por último, son evidentes las relaciones que se establecerán, ya a fines de los años 50 y especialmente en los 60 con la pedagogía y la psicopedagogía: los trabajos de prevención y tratamiento de diversos problemas infantiles encontrarán en el psicoanálisis un apoyo fundamental: la logopedia, la psicomotricidad, preocupación por la detección precoz de

²⁹⁷ Un ideal de finales del siglo pasado, cuando la hegemonía del pensamiento ilustrado, en la época de Sarmiento. Su fórmula “civilización o barbarie”, enfrentando la cultura europea a la indígena sería muy emblemática; este “prócer” tenía como objetivo “fundar una escuelita en cada poblado de la extensa República Argentina”...

problemas del desarrollo, etc. Aquí se consolidará una fuerte perspectiva de intervención psicológica (psicoanalítica, o si se quiere, “de corte psicoanalítico” como se ha dado en llamar) que ha tenido grandes desarrollos y difusión, y que se extiende hasta el presente.

Entre las primeras psicoanalistas que se dedicaron al psicoanálisis infantil puede citarse –además de Arminda Aberastury y Elizabeth Goode– a: Flora Scolni, Elena Evelson, Isabel Luzuriaga, Rebeca V. De Grinberg, Geneviève T. De Racker, Frida Zmud. Posteriormente se ampliaría ampliamente el núcleo de psicoanalistas interesados en el trabajo psicoanalítico con niños. Constituiría también un importante núcleo de intervención de los psicólogos, profesión que comenzaría a desarrollarse a fines de la década del 50.

La psicoterapia de grupo.

El desarrollo y aplicaciones de la psicoterapia psicoanalítica de grupo tuvo diversas producciones, que se abordarán en detalle en los capítulos siguientes. Cabe agregar que surgió una corriente grupalista conocida como escuela argentina de psicoterapia grupal, que a partir de las concepciones kleinianas –especialmente provenientes de Bion– tuvo un importante y sostenido desarrollo. Además de Pichon-Rivière, iniciador de las perspectivas grupales en Argentina, participaron psicoanalistas de las primeras generaciones: Marie Langer, Emilio Rodríguez, León Grinberg, José Bleger, Fernando Ulloa, así como varios de las siguientes: Armando Bauleo, Hernán Kesselman, Eduardo Pavlovsky, y otros.

6.5. Enrique Pichon-Rivière y su trabajo desde la APA.

Psiquiatría y psicoanálisis.

En los primeros años de la APA, Pichon-Rivière sostenía el intento de una complementariedad entre la psiquiatría y el psicoanálisis. Múltiples razones le movían a

ello: desde la oportunidad institucional de establecer ciertas alianzas con el sector médico, hasta la proximidad conceptual que creía encontrar en sus respectivos paradigmas.

En 1944, en el Congreso de la Sociedad de Neurología y Psiquiatría, se dio la bienvenida a dos nuevas escuelas en el ambiente médico argentino: el psicoanálisis y la neurocirugía. Pichon-Rivière representaba al grupo de psicoanalistas. En su discurso, Pichon hacía una breve descripción de la APA y de su historia. Citaba como principales antecedentes la organización del primer consultorio de psiquiatría infantil dentro del Hospicio de las Mercedes, donde trabajaba un equipo con orientación psicoanalítica, dirigido por él mismo, y el trabajo similar organizado por Arnaldo Rascovsky en el Hospital de Niños, dentro del servicio de neuropsiquiatría infantil. Agradecía a las principales autoridades que habían acogido esas innovaciones: Aquiles Garciso en el Hospital de Niños y Gonzalo Bosch en el Hospicio. También insistió Pichon en la importancia de la búsqueda de la complementariedad entre la psiquiatría y el psicoanálisis. En ese congreso todos los miembros titulares de la APA presentaron diversas comunicaciones con sus trabajos científicos (*Revista de Psicoanálisis*, II, 2, octubre de 1944).

En esos años –la década del 40 e inicios de los 50–, la actividad de Pichon-Rivière, tanto la estrictamente institucional desde la APA, así como sus desarrollos intelectuales, eran realizados en el eje del acercamiento entre psiquiatría y psicoanálisis; más aún, sostenía un enfoque que buscaba la complementariedad entre ambas prácticas.

Pichon-Rivière era miembro didacta de la asociación; además de su trabajo como analista y supervisor se interesó intensamente por la formación, interés que motivó diversos artículos donde se ocupaba de esos temas. Dictaba el curso de psiquiatría psicoanalítica, al que debían asistir todos los miembros de la APA, en el Hospicio de las Mercedes (desde 1944). Los reglamentos requerían entonces dos años de formación obligatoria en psiquiatría.²⁹⁸

²⁹⁸ La residencia psiquiátrica obligatoria no era bien aceptada por todos los candidatos. Según recoge Balán de una entrevista con Liberman –activo protagonista, ya en esos años era miembro candidato–, había una división: los que se llamaban a sí mismos “psiquiatras” –incluso algunos que no eran médicos pero se interesaban por la psicosis– y los que venían de la medicina clínica, para los que la práctica psiquiátrica en el hospital era una pérdida de tiempo, una imposición de Pichon-Rivière: no se podía hacer psicoanálisis allí.

Pichon fue nombrado Jefe del Servicio de Psiquiatría de la Edad Juvenil, en 1947, lo que hacía posible diversas y numerosas actividades experimentales en esa perspectiva. Además de sus cursos a los estudiantes de psiquiatría y a psicoanalistas en formación, comenzaría con las primeras experiencias grupales.

El psicoanálisis en el hospicio y el inicio de las prácticas grupales: los primeros experimentos de Pichon-Rivière.

La presencia de Pichon-Rivière en el Hospicio conmovió fuertemente la organización del viejo Hospicio de las Mercedes, un típico asilo decimonónico. Su particular enfoque del trabajo clínico y docente posibilitó que comenzaran a cuestionarse diversas situaciones de autoritarismo médico, de abandono de los enfermos, de marginación, etc.

Por una parte, la presencia de psicoanalistas en formación y la difusión de las teorías psicoanalíticas en un lugar donde imperaban, de hecho, las concepciones de la vieja psiquiatría pre-psicoanalítica conmocionaba la estabilidad institucional. Y si bien la presencia de Gonzalo Bosch, director del Hospicio, propiciaba la enseñanza de las teorías psicoanalíticas en el mismo, la estructura institucional no aceptaba fácilmente esos nuevos esquemas.

Por otra parte, los experimentos grupales que impulsó Pichon se constituyeron en un fuerte foco de conflictos. Uno de ellos, el trabajo en grupo con los adolescentes fue particularmente significativo: los adolescentes generaron una estructura alternativa a la organización formal del hospital, y sus líderes reemplazaban la autoridad que previamente había ejercido el personal de enfermería. También otros experimentos grupales con enfermeros que realizara el mismo Pichon generarían conflictos con los médicos del hospital, que vieron restringida su influencia.

De hecho, la organización de grupos de trabajo dentro del hospital suponía una conmoción para el funcionamiento del mismo: surgieron fuertes discrepancias y críticas a

Consideraban que las clases de Pichon eran fascinantes, pero las técnicas psicoanalíticas servían poco para el trabajo con enfermos psicóticos (Balán, 1991, pág. 112).

Pichon. Desde sus innovaciones y propuestas se cuestionaba no sólo el autoritarismo –en algunos casos despótico– frente a los pacientes, sino también la relación con el personal subalterno de la institución; incluso la estructura semidelictiva, común en cárceles y asilos, que existía en relación con las drogas y otras transacciones ilegales, era también conmovida. El malestar se tradujo en una fuerte oposición política y sindical a Pichon-Rivière, que terminó poniendo fin a la experiencia en el Hospicio en 1949.

Pichon continuó dictando sus cursos de psicoanálisis a los candidatos de la APA en el propio Hospicio, pero el ‘experimento’ institucional había finalizado: tanto desde la articulación institucional –la APA y el Hospicio– como desde la aproximación clínica, se retornaba a los esquemas de la psiquiatría pre-psicoanalítica. El período de convivencia entre psiquiatras y psicoanalistas había acabado, y el movimiento psicoanalítico se desarrollaría alrededor de su propia organización institucional.

Pichon-Rivière creó entonces un Instituto Privado de Asistencia, Enseñanza e Investigación –que sería conocido como la “clínica de la calle Copérnico”–, donde continuó con sus actividades de formación y algunos de los trabajos clínicos iniciados en el hospicio.

Del estudio de la psiquiatría a la formación psicoanalítica: las clases de Pichon-Rivière.

Las clases de Pichon-Rivière han sido frecuentemente mencionadas en relación al impacto duradero que producía en sus oyentes, e incluso comparadas con una cierta experiencia de acercamiento a las motivaciones inconscientes que se anudan alrededor del aprendizaje de temas como la psicopatología, el psicoanálisis, etc. Dentro de este “recuento” de anécdotas recordadas por gente que participaba junto a Pichon en esos años, pueden mencionarse los comentarios de Marie Langer, Rascovsky, o incluso Masotta, y en un sentido generalizado, de muchos de los psicoanalistas que reconocerían en Enrique Pichon-Rivière al “maestro de maestros” en el psicoanálisis argentino.²⁹⁹

²⁹⁹ Puede verse en Langer (1981, pág. 91), Rascovsky (1984, pág. 217, 224), Ulloa (1995, pág. 55 y sigs.), Masotta (1976, pág. 240 y sigs.).

La presencia de Pichon-Rivière en el hospicio, y su particular forma de enseñar sobre el tratamiento de las psicosis, en las clases, en las supervisiones, en fin, mediante su particular forma de abordar los problemas, encontraba eco en algunos de los estudiantes. Algunos de ellos descubrirían las concepciones psicoanalíticas a través de Pichon. Uno de sus discípulos, –y que fue posteriormente uno de los líderes de Documento, grupo disidente de la APA– era Fernando Ulloa.

Uno de los discípulos más “agradecidos” de Pichon –en el sentido de no ser reticente en el reconocimiento de la afiliación–, Ulloa se constituiría en uno de los principales exponentes de la psicología institucional –perspectiva que fuera iniciada por Pichon y Bleger–, y sería docente –ayudando a Bleger– en la Primera Escuela de Psicología Social que fundaría el mismo Pichon, años después.

En diversas ocasiones Ulloa ha evocado su pasaje de la psiquiatría hacia el psicoanálisis enfatizando en “las clases desordenadas de Pichon” y las considera un “primer efecto psicoanalítico”: a partir de ahí decidió analizarse (Balán, 1991, pág. 112). Parece interesante destacar la opinión y los recuerdos de Ulloa pues es un testigo presencial no sólo de las clases de Pichon, sino también de las primeras experiencias grupales realizadas por éste, junto con Bleger.³⁰⁰

En una entrevista realizada en el 92, y frente a un requerimiento sobre la docencia en la escuela y los recuerdos que tenía de Pichon, Ulloa responde de una manera muy ilustrativa. Aunque es un texto algo extenso, vale la pena observar la imagen que guarda uno de los discípulos más consecuentes de la corriente pichoniana:

“Con alguna frecuencia yo me he referido a la influencia que Pichon tuvo en mi generación, estoy hablando prevalentemente de mí, tengo muy presente también la figura de Bleger, alguien de quien fui muy amigo, en cierta forma éramos discípulos contemporáneos de Pichon, también en aquella escuela que él fundara. Comenzó a funcionar en el colegio de estudios superiores de la calle Santa Fe. Pero tengo un recuerdo anterior, una anécdota que

³⁰⁰ "En el Hospicio seguía con las clases de Pichon y a veces veía a algún paciente con él. Era un grupo totalmente anárquico; yo empecé a hacer mis primeras prácticas como observador de grupos, empecé con José Bleger, con quien después nos hicimos muy amigos. Hacíamos experiencias en narcoanálisis y después con shock anfetamínico; la orientación era psicoanalítica, pero trabajábamos con psicóticos, no era un tratamiento analítico convencional" (Balán, 1991, pág. 114).

tal vez responde a la pregunta. Yo interrumpí un tanto airadamente un curso de postgrado que estaba haciendo en Psiquiatría, cansado de las obsesivas clasificaciones de las psicosis, salgo de la sala cátedra del por entonces Hospicio de las Mercedes y me voy a una sala del Dr. Méndez Mosquera donde Pichon estaba dando un curso. Estaba hablando de psicosis, estaba frente a un pizarrón totalmente lleno de garabatos, parecía que Pichon con algunos trazos garabateados, tal vez alguna palabra, reafirmaba, puntuaba, tal vez daba cierta entonación a lo que estaba diciendo. Me acuerdo que yo miraba aquel pizarrón, miraba la figura de Pichon de unos 50 años plenos de salud, –muchos años después lo vimos cuando estaba en sufrimiento físico– y yo tuve una especie de impacto, de milagro spinozeano en la conexión con el inconsciente, como creaba un clima de producción, porque ahí había transmisión psicoanalítica, y en aquel telón de fondo de garabatos empecé a entrever algo en relación al inconsciente. Y yo diría que ese primer contacto con Pichon, que me promovió al terminar la clase a pedirle de empezar mi análisis, –en algún lugar he contado las vicisitudes que finalmente por consejo de Pichon me llevaron a estudiar con él y no a analizarme con él–, yo diría que en aquel primer encuentro tuve la intuición de lo que eran los procesos inconscientes, la subjetividad, la poética y hasta podría decir una poética surrealista que no eludía para nada los procesos cotidianos de la realidad" (Ulloa, 1992, pág. 7).

Ya desde los primeros años de docencia Pichon-Rivière se ocuparía de los problemas del aprendizaje, especialmente en cuanto a la detección y resolución de los diversos obstáculos que se ponían en juego. La relación entre aprendizaje y terapia, o la consideración del conflicto como elemento básico en cualquiera de esos procesos se evidenciaba en los ‘efectos’ que producía Pichon en sus alumnos. Posteriormente estas elaboraciones se convertirían en cuestiones fundamentales en su concepción sobre los grupos.

Capítulo 7. EL PROCESO DE EXPANSION DEL PSICOANALISIS. LA DECADA DEL SESENTA.

En los conflictivos años 50 el psicoanálisis se había mantenido al margen de las instituciones, aunque eso no era un obstáculo para su paulatino y sostenido desarrollo. Sectores acomodados acudían a la consulta psicoanalítica, un rasgo de la modernización en que se encontraba Argentina: sectores cultos –ligados a la inmigración– y profesionales de altos ingresos, empresarios, etc. En los años 60 los sectores medios realizarán una lectura ampliadísima de las ideas psicoanalíticas; en esos años, la sociedad argentina, usufructuando aún los efectos económicos de los gobiernos peronistas, se abre al psicoanálisis de manera masiva.

Si en los 50 se analizaban personas de sectores más o menos acomodados, ya en los 60 la difusión que alcanza el psicoanálisis excede, con mucho a esos sectores. Serán las clases medias las que configuren la nueva demanda de análisis.

Se ha hablado del “boom del psicoanálisis”, indicando un movimiento de apertura de la sociedad argentina hacia la experiencia psicoanalítica, movimiento que si bien concernía a los integrantes de la asociación psicoanalítica (APA) les sobrepasaba, iba más allá de sus posibilidades concretas. En esos años comienza a darse una apertura también desde el lado de los profesionales: nuevos practicantes del psicoanálisis comenzarán a aparecer en el escenario social y cultural.

En cuanto al sentido de este “boom del psicoanálisis”: algunos lo han visto como un signo de avance, de desarrollo y modernización, como indicio de secularización de la sociedad, incluso como un indicio de progreso. Otros, sin embargo, lo consideraron como un signo de enquistamiento del psicoanálisis en el sistema, una cooptación por parte del sistema; es decir, un “aburguesamiento” y abandono de sus potencialidades de cambio. Y

como se verá, las perspectivas grupales se instalaron en ese espacio de conservación-renovación, en movimientos difusos de precisar, oscilando entre esos polos.

7.1. Nuevas demandas sociales.

La Argentina de las capas medias.

Posteriormente al desarrollo económico y social que se había producido en las décadas anteriores –1945 en adelante–, y concomitantemente con la mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, Argentina se va transformando paulatinamente en una sociedad donde las clases medias³⁰¹ se convierten en mayoritarias. Serán los años de ascenso de la clase obrera, profesionalización creciente, diversificación de los mercados, etc. Son los réditos socioeconómicos del peronismo que había gobernado Argentina desde 1945 a 1955, y había promovido un desarrollo económico y social desconocido hasta ese momento.

En ese proceso de transformación general –tanto a nivel socioeconómico como cultural– se irán perfilando diversos tipos de demandas a cargo de diversos sectores sociales y culturales. Como se ha visto, en ese contexto se puede observar una emergente demanda de psicoanálisis, que si en la década anterior se originaba en algunos miembros

³⁰¹ Utilizamos aquí la denominación “sociedad de clases medias” exclusivamente con un propósito descriptivo, haciendo referencia a cierto proceso de crecimiento económico de los sectores trabajadores. No se alude a una categoría comprensiva, que dé cuenta del proceso y situación global de esos años, ni a una caracterización de la estructura fundamental de la sociedad argentina. Esta aclaración tiene sentido si se tiene en cuenta que el término “sociedad de clases medias” fue una categoría explicativa para buena parte de la sociología y la teoría política de la época. Otras conceptualizaciones han sido más fructíferas e ideológicamente más adecuadas: sociedad dependiente, capitalismo periférico o dependiente, neocolonialismo, etc. Las categorías ligadas a términos como clases medias, desarrollo y subdesarrollo, sociedades tradicionales y modernas, etc., si bien han posibilitado múltiples y consistentes análisis adolecen, a nuestro entender, de una limitación esencial, ya que dejan de lado lo fundamental: la dependencia. Dependencia social, política y económica del capitalismo central (representado fundamental, pero no exclusivamente, por los EE.UU.). Múltiples desarrollos en esta línea pueden verse en la perspectiva conocida como “sociología de la dependencia” (Cardoso, Dos Santos, Jaguaribe, Furtado, R. Carri, etc.), y en general,

pertenecientes a las élites y a los sectores acomodados, en estos años –décadas 50 y 60– se extiende a las capas medias.

Otro aspecto de la demanda social que tendrá profundas repercusiones en esos años y los siguientes está dado por los sectores universitarios. Los universitarios –y la propia Universidad– protagonizarán muchos procesos importantes en la historia social, cultural y política argentina. Igualmente, en cuanto al ámbito del psicoanálisis: la relación con la Universidad, una relación de rechazo y atracción, de exclusión y cooptación será fundamental para el movimiento psicoanalítico.

Incremento de la población universitaria. Nuevas demandas.

En los años 50 y 60 se producirá un gran incremento de la población universitaria (efecto y a la vez factor que favorece ese gran cambio social), y consiguientemente, de las demandas provenientes de esos sectores.

El desarrollo económico implicó profundas variaciones en las expectativas de ascenso social. Las “nuevas” capas medias, y los sectores obreros más favorecidos ampliaban sus posibilidades de ascenso, y en muchos casos, en general familias de inmigrantes, podían esperar que sus hijos “fueran” a la Universidad.

En los diez años de gobierno peronista (1945 a 1955) la población estudiantil se había triplicado. El peronismo había creado la Universidad Obrera (luego Universidad Tecnológica Nacional), para formar ingenieros. En todo el territorio –seis universidades nacionales– había más de 130.000 estudiantes matriculados en 1955. La Facultad de Medicina, en Buenos Aires, contaba con casi 30.000 matrículas, mientras que en los años

en los abordajes de la cuestión desde una perspectiva dialéctica (Samir Amin). Los autores citados no agotan ni la problemática, ni, por supuesto, las diversas elaboraciones que se dieron en esos años.

30 había 5000.³⁰² Las titulaciones eran las tradicionales: médico, abogado, contador (economista), arquitecto, a lo que se agregaban las de ingeniería y sus derivaciones.³⁰³

Sin embargo, el proceso de cambio social ya estaba dado: Argentina se iba convirtiendo en una sociedad de clases medias, con una disminución de la población rural, un proceso de urbanización creciente, y con los consiguientes desajustes en las nuevas demandas de los distintos sectores sociales.³⁰⁴

Crece la demanda de formación en psicología.

A partir de la segunda guerra mundial, la psicología había experimentado un desarrollo considerable en diversos ámbitos de aplicación, tanto en Europa como en los EE.UU.³⁰⁵ Este desarrollo de la psicología aplicada, si bien había comenzado ya en los años 30 –en los Estados Unidos– se consolidará a partir de la posguerra.

Son complejas las razones que permiten dar cuenta del formidable crecimiento de la demanda de servicios de orden psicológico, y consecuentemente la demanda de formación en psicología. Se han señalado diversos factores: la posguerra y sus efectos, la necesidad de reconstrucción del tejido social y de los vínculos interpersonales, la crisis de la familia, la caída de los ideales colectivos, etc.

En ese contexto global es donde debe insertarse el veloz crecimiento de la demanda de formación en psicología en Argentina. En Argentina se dio un proceso en la misma línea

³⁰² Ya en la década del 30, e incluso a finales de los 20, las asociaciones médicas se habían preocupado por el posible incremento del número de médicos, y habían implementado políticas defensivas: la corriente de opinión que argumentaba sobre los peligros del curanderismo, de las psicoterapias realizadas por gentes no médicas, etc., eran parte de esa política. Puede verse con algún detalle, parte de este proceso, en el capítulo 5.

³⁰³ Los datos sobre la matriculación universitaria y el tipo de formación existente pueden verse en el texto de Daniel Cano, “La educación superior en Argentina” [ref. bib.] . Puede verse también el texto “Universidad y peronismo”, de C. Mangone y J. Warley [ref. bib.] [??]

³⁰⁴ Algunos de los desarrollos más importantes provenientes de la sociología en esos años han categorizado este proceso como desarrollo y modernización. Gino Germani (1966, 1971) y su escuela constituyen uno de sus más claros exponentes.

³⁰⁵ Durante los años de guerra la psicología había sido utilizada instrumentalmente en operaciones ideológicas –tanto respecto de la lucha sobre la información entre los contendientes (la “contrainformación”), como respecto a los ejércitos propios (la “moral” de los propios) y a las poblaciones civiles (para que aceptaran de mejor grado los inconvenientes de la guerra, y sirvieran de apoyo)–. También la psicología se había utilizado para asistir en la selección y entrenamiento de oficiales. Por último, y ya frente a los efectos iniciales de la

que el expuesto para los países europeos y los EE.UU.: la demanda de formación en psicología se incrementaba, debido fundamentalmente a sus posibilidades de aplicación: en la educación, en la clínica, en la opinión pública, y en las relaciones laborales.

Sin embargo, la enseñanza de la psicología estaba limitada, sólo existía como cursos aislados en Filosofía y Letras.³⁰⁶

En 1956 se crea la primera carrera universitaria de psicología, en Rosario. La orientación de la carrera era académica. Sin embargo, muchos de los alumnos ya tenían formación previa, especialmente en pedagogía. La expectativa era entonces el acceso al mercado profesional. La nueva carrera, con algunos antecedentes cercanos (en 1953 se había creado una carrera de auxiliar de psicotécnica, luego un Instituto de Psicología, y el congreso nacional de Psicología de 1954 había propuesto la creación de la carrera), fue promovida por estudiantes y profesores. Bajo la dirección de Jaime Bernstein, buscaron a algunos psicoanalistas para dictar los cursos correspondientes a psicología clínica y psicología de la personalidad. Uno de los primeros psicoanalistas docentes en la nueva facultad fue José Bleger –oriundo de Rosario–.

Al año siguiente, en 1957, se inaugura la carrera de psicología en Buenos Aires, con una orientación similar a la de Rosario, es decir, académica. También aquí los estudiantes buscaban una habilitación profesional. Enrique Butelman, profesor de psicología social en Sociología –fundador, junto con Jaime Bernstein, de la editorial Paidós en 1945, la que sería la principal editorial de textos pedagógicos y psicológicos durante varias décadas– dirigió la facultad de psicología, gracias al apoyo estudiantil. Marcos Victoria había sido el

posguerra, la utilización de la psicología como recurso clínico: el tratamiento psicológico –psicoterapéutico– utilizado por médicos y psiquiatras se generalizó.

³⁰⁶ Puede verse la compilación realizada por H. Vezzetti en “El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo” (1988), donde se muestra el itinerario de la psicología en Argentina desde principios de siglo. La ligazón de la psicología a la filosofía –mediante su adscripción al positivismo– habría sido un elemento fundamental en su atraso respecto de lo que acontecía en Europa y en Estados Unidos, donde a partir de los años 20 la psicología comenzaría un desarrollo que vería su auge hacia los años 40. En Argentina ese proceso se dio recién a partir de los años 50.

También puede verse un elaborado análisis realizado por Germán García –desde la perspectiva lacaniana– sobre la psicología y su desarrollo, dependiente de la filosofía inicialmente, y posteriormente, ligada al psicoanálisis propuesto por la APA. El autor plantea que ese proceso implicó el abandono de las concepciones freudianas en su radical diferencia con las disciplinas ya organizadas. Así, el psicoanálisis habría quedado “encapsulado” tanto en el discurso psicologista como en el discurso médico, perdiendo su espacio propio (García, 1978).

primer decano, pero fue reemplazado por la presión estudiantil debido a su posición: intentaba dar una orientación alejada de la psicología clínica y del psicoanálisis (que debían ser practicados por médicos).

El movimiento estudiantil promovió la difusión del psicoanálisis en la facultad. Entre los psicoanalistas que hicieron docencia destacó el primero de ellos, José Bleger, que comenzó a dictar el curso “psicología de la personalidad”, lo que realizó durante varios años.

Este inicio de la enseñanza del psicoanálisis se fue afianzando progresivamente, si bien las cátedras no eran nombradas con tal nombre. Años después, la orientación global de la formación en psicología sería la propuesta por esta lectura del psicoanálisis.

Posteriormente Bleger comenzaría a dictar el curso de “Introducción a la psicología”, que alcanzaría un impacto masivo. El texto escrito para ese curso, “Psicología de la conducta” (1963), fue muy difundido durante varios años.³⁰⁷ Bleger era un psicoanalista bastante diferente al típico integrante de la APA, era afiliado al partido comunista, mantenía una postura crítica, y valorizaba la práctica en las instituciones públicas (lejos de la calificación de “masoquismo” que otros psicoanalistas sostenían).³⁰⁸

A partir de los cursos de Bleger, otros psicoanalistas de una orientación similar se incorporaron a la docencia: Ulloa y Liberman, entre otros.

³⁰⁷ Este texto ha sido considerado como fundamental en el cambio de orientación que tuvo la psicología en Argentina. Aunque se trató de un manual, constituyó un emblema del cambio que se operaba en la psicología, desde la vieja guardia a los modelos que otorgaban importancia a la intervención psicológica, a la práctica, sin desinteresarse en absoluto por las cuestiones teóricas. Puede verse un interesante análisis de la obra de Bleger en una compilación de textos realizada por Mauro Rosetti y María Elena Petrilli (Bleger, 1989). Y también el apéndice, una traducción de una extensa nota de Leopoldo Bleger.

³⁰⁸ La obra de Bleger, de quien se dijo que parecía destinado a ser el continuador de Pichon-Rivière, es muy amplia y busca articular un consistente análisis teórico con las posibilidades concretas de realización. Teoría y clínica psicoanalítica, psicología y psicoanálisis, relación con el marxismo, importancia de lo institucional constituyen marcos permanentes en su reflexión. Puede verse en la “Clase inaugural de la cátedra de psicoanálisis” (1962) el enfoque que sostenía entonces Bleger acerca de la relación entre el psicoanálisis y la psicología. También un texto sobre psicoanálisis y marxismo, de 1958.

Posteriormente, otro texto referido a las posibilidades de intervención psicológica constituiría un elemento fundamental en el arsenal teórico y metodológico de los psicólogos: “Psicohigiene y psicología institucional” (1966).

En 1971 se publicó “Temas de psicología (entrevista y grupos)”, texto que se convertiría en un “clásico” para la perspectiva grupal, y que recoge diversos artículos y conferencias de Bleger referidas a los grupos y a las instituciones (Bleger, 1961, 1964, 1970). Otros artículos donde se expresa el intento de articulación entre hipótesis psicoanalíticas y psicológicas: 1962b, 1967c).

Fernando Ulloa era considerado como un especialista en trabajo grupal y su aplicación a la enseñanza. En poco tiempo, la técnica de los grupos operativos alcanzó gran popularidad entre los docentes: les permitía abordar muchas dificultades en el aprendizaje de la psicología clínica y del psicoanálisis. Posteriormente Ulloa se haría cargo de la cátedra de “Psicología clínica”, desde donde elaboraba un discurso psicoanalítico y a la vez preocupado en la problemática institucional.

David Liberman también fue otro de los docentes que contribuyó a una lectura del psicoanálisis que valorizaba el trabajo en las instituciones públicas. Posibilidades de la aplicación del psicoanálisis a otros ámbitos que la práctica del diván, y aplicación de los modelos lingüísticos a la clínica psicoanalítica fueron sus constantes preocupaciones.³⁰⁹

Hay que destacar que en el clima universitario de esos años, tanto los estudiantes como los dirigentes universitarios se acercaban a psicoanalistas que mantuvieran una posición de valorización de la práctica institucional pública, y también un interés en el desarrollo académico. Tanto Bleger, como Ulloa, o como Liberman se encontraban en esa posición. Ellos tres se consideraron siempre discípulos de Enrique Pichon-Rivière, en quien encontraron su “maestro”, especialmente en la perspectiva menos ‘profesionalizada’ del psicoanálisis y sí más ‘comprometida’ con el contexto.

El interés declarado y explícito de los estudiantes y de los docentes de la facultad de psicología no lo era por cualquier lectura del psicoanálisis. Se valoraba una perspectiva que se mantuviera abierta a otras disciplinas, se interesara por los grupos y las instituciones, y en fin, mantuviera una posición crítica y contestataria frente a los poderes. Un suceso que puede ilustrar perfectamente este estado de cosas lo constituyó la cátedra de psicoanálisis. Dictada inicialmente por León Ostrov, un psicoanalista no médico, de la APA, generó poco entusiasmo. El concurso realizado para cubrir la cátedra fue declarado desierto, a pesar de que el principal candidato fue Angel Garma, se adujo que su clase fue poco atractiva. En realidad se rechazaba a Garma –y a la APA– como representante de un psicoanálisis alejado de los intereses que comenzaban a perfilarse entre los estudiantes, como representante de

³⁰⁹ Puede verse Liberman, 1961, 1962, 1971.

un psicoanálisis conservador, ligado a los intereses médicos y al desinterés por lo público (Balán, 1991, pág. 149).

Se comenzaba a gestar una perspectiva que sería hegemónica en psicología: el psicoanálisis ligado a las prácticas grupales e institucionales. Y esa perspectiva aparece ligada justamente a la figura de Enrique Pichon-Rivière: tanto Bleger, como Ulloa y Liberman eran sus discípulos más directos.

La incorporación de las mujeres. Las psicólogas.

Las posibilidades de formación profesional de las mujeres iban desde cursos breves de especialización, luego a nuevas actividades profesionales –la Argentina en los años 40 y parte de los 50 conoció un espectacular desarrollo económico y social–, y posteriormente el acceso a nuevas titulaciones universitarias –ya en la década del 50 y siguientes–.

El rechazo al análisis profano excluía, de hecho, a las mujeres (que en su mayoría no eran médicas) de la posibilidad de ingresar a la APA. Esto posibilitaría que fueran surgiendo otro tipo de alternativas, en directa relación con el movimiento de modernización general del país. Muchas de esas alternativas residían en el trabajo en organizaciones sanitarias. Desde posiciones subalternas en prácticas clínicas, el desarrollo del psicoanálisis infantil posibilitaría nuevas posibilidades de trabajo. También la psicoterapia de grupo, cuya extensión y difusión posibilitó la participación de muchas mujeres. Y la creación de diversas escuelas de formación especializadas –casi siempre al margen de la enseñanza oficial– para formar psicoterapeutas (“de orientación psicoanalítica”).

Todas estas perspectivas que fueron posibilitando el acceso de las mujeres a diversas actividades relacionadas con el psicoanálisis, contaron, casi siempre, con la participación –a veces fundamental– de miembros de la misma asociación.

De forma que puede parecer paradójal, el cierre del acceso a profesionales no médicos implicó una apertura hacia el desarrollo de prácticas psicoterapéuticas por parte de las mujeres. Vale la pena destacar este hecho en la medida que significó también, de forma indirecta, un factor que favoreció diversas prácticas clínicas: el psicoanálisis con niños, con familias, y la psicoterapia grupal.

La feminización de las profesiones “psi”.

El conjunto de profesiones “psi”³¹⁰ en Argentina ha sido hegemonizado por el psicoanálisis: tanto la formación como incluso la experiencia psicoanalítica han sido constitutivas de la casi totalidad de esos profesionales. Por otra parte, ese conjunto de profesiones, y especialmente aquellas subordinadas al sector médico, se han feminizado fuertemente. Desde los años 60 en adelante, las mujeres han sido un componente principal en la demanda, tanto de opciones profesionales, como de psicoanálisis.³¹¹

Esa demanda social proveniente de las mujeres puede ser comprendida si se tiene en cuenta el profundo cambio social que se gestaba desde los años 40, desde la época del gobierno peronista. Las políticas “sociales”, dirigidas a los sectores más desfavorecidos, tuvieron en cuenta la promoción de la mujer en el acceso al trabajo –además de otros derechos, como los políticos–. Los efectos de esas políticas pueden observarse pocos años después.

La feminización –es decir, el gran incremento tanto en términos absolutos como relativos– de las profesiones “psi” tuvo variadas consecuencias.

Por una parte, la extensión de diversas prácticas enlazadas de forma compleja con el psicoanálisis. Así los trabajos desempeñados mayoritariamente por mujeres no se considerarían como terapia psicoanalítica, sino “psicología clínica”, “psicoterapia con orientación psicoanalítica”, “psicopedagogía” o formas similares. A título de ejemplo, pueden mencionarse los casos de Andrée Cuissard (quien se analizó con Baranger, cuyo

³¹⁰ Se denomina así al conglomerado de diversas prácticas organizadas, en general de forma difusa, alrededor de algunas concepciones psicoterapéuticas. Se las considera un efecto del desarrollo económico y de las demandas de bienestar asociadas a él; también han sido entendidas como un efecto difuso de ciertas ideologías originadas en el psicoanálisis. Se traducen en una propuesta de intervención especializada en aspectos de la vida cotidiana hasta hace pocos años fuera de las acciones “institucionalizadas”. Puede verse un sugerente análisis en los textos de Robert Castel, “El psicoanalismo” (1973) y “La gestión de los riesgos” (1981).

³¹¹ En el texto de Balán (1991) puede verse una consistente hipótesis que intenta ligar este hecho con una dimensión estructural del psicoanálisis: el hecho de que Freud postulara que la condición para convertirse en psicoanalista era el propio pasaje por la experiencia analítica posibilitó el acceso de las mujeres a esa práctica. Si históricamente fueron las mujeres las que se exponían a la “mirada” de los médicos –en el ejemplo paradigmático de Charcot y sus histéricas– y quedaban fuera de la práctica médica –conminadas a ocupar solamente el lugar de pacientes– Freud propone una inversión de toda la situación. Para ser psicoanalista hay que aceptar, previamente, el lugar del paciente. Parafraseando a Balán: las mujeres encontraron el camino del diván al sillón.

maestro era Pichon-Rivière) o María Rosa Glasserman (quien fue ayudante de Bleger, que la impulsó a la prevención).³¹² Hay que destacar que esta situación no fue privativa de las mujeres, sino también con el conjunto de prácticas terapéuticas realizadas por no médicos, es decir, el conjunto de los psicólogos.

Otra consecuencia de esa feminización de las profesiones ‘psi’ fue el hecho de contribuir al crecimiento de la demanda de formación psicoanalítica.

“Las psicólogas”.

Las carreras de Psicología, que comenzaron en 1956 y 1957 (en Rosario, Buenos Aires y La Plata) incorporaron mayoritariamente mujeres, cuya orientación fundamental era la psicología clínica, fuertemente teñida por el psicoanálisis.³¹³

A partir de los 60 y especialmente después de las crisis institucionales que vivió el psicoanálisis “oficial” en los 70, la situación sería bastante diferente. Por un lado las organizaciones ligadas a la asociación internacional fueron perdiendo la hegemonía, que pasó a la perspectiva lacaniana, a través de diversas organizaciones. Por otra parte, la difusión de las prácticas “psi” se ha consolidado desde esa época hasta el presente.

Y en ese contexto, la psicoterapia de grupo, y en general, las prácticas grupales, ocupan un lugar específico, aunque limitado (en comparación con el auge que pudieron tener hasta mediados de los años 70).

La extensión del psicoanálisis hacia la universidad.

La Universidad constituyó un amplísimo campo de extensión del psicoanálisis, aunque no se limitó a la facultad de Psicología. El otro centro universitario donde el

³¹² Es significativo que en ambos casos haya una relación indirecta con Pichon-Rivière, quien estaba, de una u otra manera, ligado a las innovaciones de toda esa época. A título ilustrativo de estos enfoques “extensivos”, puede verse, Bernard y Cuissard, 1979; y Glasserman y Sirlin, 1979.

³¹³ “Treinta años más tarde [de haberse creado la carrera universitaria de Psicología], casi diez mil alumnos entran todos los años a universidades públicas y privadas del país para estudiar psicología, en su mayoría con la esperanza secreta de emprender la carrera de ‘psicoanalista’, un largo camino que va desde la licenciatura en Psicología y la experiencia en servicios hospitalarios hasta la entrada en un curso de posgrado, sea en un Instituto aprobado por la Asociación Psicoanalítica Internacional o en otro alternativo. Dos de cada tres estudiantes que inician este proceso son mujeres” (Balán, 1991, pág. 47).

psicoanálisis cobró difusión fue la facultad de Medicina, donde tendrían predicamento Garma y Rascovsky. De esta forma, las ideas psicoanalíticas se difundirían a través de las facultades de Medicina y de Psicología, iniciando un movimiento de inserción que sería sostenido durante años.

A finales de 1956 se realizó en la facultad de Medicina el Congreso Iberoamericano de Psicología Médica, y fue organizado por Garma y Rascovsky. Las conferencias de ambos psicoanalistas tuvieron un gran seguimiento por parte de los estudiantes. También estuvo Hans Seyle, que formularía la “teoría del estrés”; su discurso llevaba implícita cierta difusión del psicoanálisis.

A partir de ahí, y por mediación de Rascovsky –el “propagandista” de la APA, según Marie Langer– comenzaron a desarrollarse cursos sobre psicoanálisis, fuera del curriculum académico. Los docentes eran Garma, Rascovsky, Arminda Aberastury y algunos de sus discípulos, y se ayudaban con la Revista de Psicoanálisis. Luego se agregó un curso de medicina psicosomática (Langer, 1981; Mom, 1984a).

Los cursos eran patrocinados por el Centro de Estudiantes de Medicina (CEM). El curso era organizado por el Centro Promotor de la Formación Psicológica en la Universidad, auspiciado por el Centro de Estudiantes de Medicina.³¹⁴ En la facultad de Medicina se creó un Departamento de Psicopatología, para ampliar la enseñanza de la psiquiatría y de otras disciplinas. El CEM, con el apoyo del decano Florencio Escardó –afín al psicoanálisis– desarrollaba muchas propuestas novedosas. Contribuyó a la creación de un Departamento de Psicopatología, para ampliar la enseñanza de la psiquiatría y de otras disciplinas.

³¹⁴ En esos años posteriores al golpe de 1955, los sectores estudiantiles se iban convirtiendo progresivamente en una fuerza cultural de importancia. Se organizaban mediante los “centros de estudiantes”, en línea con la tradición de la Reforma Universitaria comenzada décadas atrás. También era una expresión de movilización política de las capas medias. Tanto en Filosofía y Letras, como en Medicina, y posteriormente en las Facultades de ingeniería (UTN: Universidad Tecnológica Nacional) se fueron creando diversos agrupamientos estudiantiles, que llegarían a constituir una fuerza sociopolítica de primer orden en las décadas siguientes. El movimiento estudiantil protagonizaría muchos de los sucesos políticos importantes en el país, y a través de su mediación, nuevas ideas fueron incorporándose al debate político y cultural. Por otra parte, también contribuyeron a la profesionalización de sus respectivas materias. El desarrollo de las nuevas profesiones –psicología, sociología, pedagogía, entre otras– debió bastante al movimiento generado desde los estudiantes al desarrollar asociaciones profesionales, que se conducían de forma independiente, y casi siempre, en oposición a los poderes institucionales.

Desde 1958 se publicaba la revista “Psiqué en la Universidad”, “para estimular la investigación y extensión de los conocimientos científicos”. El comité de redacción era dirigido por Garma y Rascovsky, y estaba compuesto por jóvenes médicos o estudiantes de medicina. La difusión de esta revista es ilustrativa del grado de difusión que iba logrando el psicoanálisis en el ambiente médico, en esos años.

La fuerte acogida a los cursos de psicoanálisis se debía no sólo a un nuevo consumo cultural –en sectores afanados en la búsqueda de modelos e ideas apropiados para afrontar la nueva fractura social y de valores creados a partir del golpe antiperonista–, sino que también se convertía en una alternativa profesional: los futuros médicos podrían practicar el psicoanálisis, profesión prestigiosa y rentable.

De esta manera, las ideas psicoanalíticas se difundían a través de las facultades de Medicina y Psicología. Sin embargo, esa difusión tenía características distintivas: diferentes perspectivas –dentro de la APA– se distribuían en uno y otro sector. Estaban, por un lado, Rascovsky, Garma y sus discípulos en Medicina; y por otro lado, estaban los nucleados alrededor de Pichon-Rivière: Bleger siempre dijo ser un discípulo de Pichon, al igual de Ulloa, Liberman, etc., todos ellos en Psicología. Queda otro sector, quizá el más crítico, cuyo líder era Marie Langer, que no participó en este terreno, y que en todo caso, reconocía en Pichon-Rivière un psicoanálisis comprometido y crítico.

El hecho de que esa difusión se diera de la mano del movimiento estudiantil, y apoyada por algunos docentes “críticos” fue fundamental: el psicoanálisis quedaría ligado, a partir de ese momento, a la crítica y renovación de los esquemas políticos.

Marie Langer lo registra en este sentido, si bien desde las reservas que le merecían las posiciones de los “profesionalistas” de la APA –la línea de Rascovsky–, que propugnaban un psicoanálisis desarrollado en el consultorio privado antes que en el juego institucional: “Una generación de estudiantes universitarios entra en el mundo del psicoanálisis; grupos de terapia son organizados junto con los cursos, y más de una vez los estudiantes ven peligrar su militancia bajo interpretaciones acerca del masoquismo. Muchos irán a dar a la práctica privada del psicoanálisis, con frecuencia más como producto de una sublimación excesiva que de una verdadera vocación” (Langer, 1981, pág. 90).

Es preciso señalar un elemento que sería fundamental en cuanto a la difusión del psicoanálisis: la relación que se estableció entre el movimiento psicoanalítico y la Universidad no fue simple. Si bien los psicoanalistas que desarrollaban labores docentes en Psicología lo hacían con verdadero interés y responsabilidad, siempre dejaron claro que el ejercicio del psicoanálisis era patrimonio de la APA: lo que ellos enseñaban, en definitiva, no era psicoanálisis, sino una psicología que se apoyaba en las teorías psicoanalíticas y también en otras teorías de la misma disciplina o de otras. Si por una parte eso posibilitó el desarrollo de la psicología institucional, del trabajo grupal, de la preocupación por la prevención, etc., por otra, no abrió el camino de los psicólogos hacia el psicoanálisis. Puede pensarse que en todo caso, abrió la brecha en sentido contrario: abrió la psicología al psicoanálisis; años después, cientos de psicólogos y estudiantes de psicología se analizarían no sólo con fines terapéuticos, sino como una forma de legitimar su propia forma de intervención profesional.

Esta difusión del psicoanálisis era muy particular: aumentaba el número de pacientes, pero no ocurría lo mismo con los analistas; había más analizandos, pero no se ampliaba por eso las posibilidades de ejercicio de la terapia psicoanalítica. Y esta circunstancia no indica solamente una cuestión corporativista de los psicoanalistas de la APA –lo cual ya constituye una cuestión importante– sino que muestra un importante sesgo del psicoanálisis: su realización enlazada al statu quo, su desarrollo acorde con el sistema. Como dice Marie Langer: “El boom del psicoanálisis es un hecho. Aun cuando se intenta hacer del psicoanálisis una ideología, muchos mantendrán sus preocupaciones sociales o volverán a ellas. Sólo una práctica comunitaria será suficientemente fuerte para rescatar al psicoanálisis de su enquistamiento en el sistema” (Langer, 1981, pág. 90).

Sin embargo, esta adscripción del pensamiento psicoanalítico al poder, evidenciada en los hechos que se han descripto: la forma y particularidades con que se incluía el psicoanálisis en Psicología y Medicina, sus agentes en uno y otro caso, sus diversas perspectivas, y de fondo, la relación del psicoanálisis con la medicina (la cuestión del “análisis profano”) no agotaba las formas en que el psicoanálisis se iba enlazando en el ambiente social y cultural argentino. Otras formas de difusión fueron igualmente importantes.

El psicoanálisis y sus “aplicaciones” en salud mental.

La salud mental a partir de los años 50.

En los años cincuenta se comenzó a hablar de “salud mental”. Este enfoque fue impulsado por la Organización Mundial de la Salud (OMS), y propuesto como reemplazo de la noción de “higiene mental”; constituía una elaboración realizada a partir de las nuevas necesidades y demandas que comenzaron a circular a partir de la posguerra.

“Salud mental” hacía alusión a una consideración más amplia que la realizada estrictamente desde la psiquiatría y la medicina, e intentaba incluir aspectos que provenían de las ciencias humanas: desde la antropología, la sociología y la psicología. La consideración de la salud fuera del marco estrictamente orgánico, y su ampliación a un marco ideológico y de significaciones culturales precisas marcó el cambio de rumbo.

En 1954 se realizó el Primer Congreso Latinoamericano de Salud Mental, en Brasil; el segundo se realizó en Buenos Aires en 1956. En ambos participaron psicoanalistas y psiquiatras argentinos. En Argentina se crea el Instituto Nacional de Salud Mental en 1957. Hasta ese momento sólo se incluían médicos, a partir de los 60 se admitirían profesionales no médicos.

Por el lado de la psiquiatría en esos años se daba un fuerte desarrollo de sus diversas escuelas, con sus consiguientes rivalidades y espacios institucionales propios: los enfoques fenomenológicos, los pavlovianos y los psicoanalíticos. Todo esto se daba dentro del ambiente de fuerte discusión política e ideológica del período (enmarcado por el desarrollismo, el gobierno de Frondizi, y la recomposición del campo político a partir de la proscripción del peronismo).

Desde el ambiente psicoanalítico el enfoque era diferente, los psicoanalistas sólo participaban ocasionalmente en las propuestas de salud mental. El movimiento de salud mental conduciría a posiciones diferentes dentro del ambiente psicoanalítico.

Muchos miembros de la APA —especialmente los que se incluían en el colectivo liderado por Rascovsky— se mantenían en sus consultorios y en la asociación,

exclusivamente. Algunos otros comenzaban a participar en ese movimiento de salud mental, inicialmente de forma marginal, luego con un interés creciente.

Y por parte de la “periferia” –es decir, analizandos–, la adhesión era mayor: jóvenes psiquiatras y psicólogos “de orientación psicoanalítica” encontraban en las propuestas alrededor de la “salud mental” un campo propio para el desarrollo de múltiples intereses.

Un importante trabajo hospitalario y comunitario: la experiencia “Lanús” (Mauricio Goldenberg).

Desde las primeras propuestas realizadas en la línea de la higiene mental –y los enfoques psicoterapéuticos enlazados a ellos– a la salud mental de los 50 va un largo desarrollo. Si Gonzalo Bosch fue quien impulsó esos primeros movimientos –y también la inclusión inicial del psicoanálisis en los hospicios, como es el caso de Enrique Pichon-Rivière– la figura asociada a esos nuevos enfoques será la de Mauricio Goldenberg. Psiquiatra formado en Francia –en el Hospital Sainte-Anne–, postulaba el eclecticismo como necesidad de la práctica psiquiátrica. Para Goldenberg, la perspectiva psicoanalítica era fundamental pero no era la única a tener en cuenta.

Goldenberg consideraba que no podía manejarse con el psicoanálisis en el hospital o en la atención primaria, pero también que como fenomenólogo no sería capaz de detectar problemas de comportamiento en multitud de pacientes, sus mecanismos de defensa o las reacciones al contexto familiar, la comprensión de todo aquello a lo que le abría camino el psicoanálisis (Balán, 1991, pág. 152).

En 1956 Goldenberg organizará una experiencia nueva en el policlínico Gregorio Aráoz Alfaro, de Lanús, que será conocida como “la experiencia Lanús”, en el ambiente psiquiátrico y psicoanalítico, en los años 60.

La “experiencia Lanús” fue considerada como un modelo de la renovación que surgía en la práctica asistencial de la psiquiatría y en los nuevos enfoques. Desde un enfoque interdisciplinar, y una integración de diversos departamentos psiquiátricos, médicos y psicológicos, la atención se centraba no sólo en los pacientes, sino también en sus familias, y en su entorno comunitario. Fue el primer servicio de psicopatología que incluyó psicólogos, profesionales nuevos en los hospitales.

Muchos estudiantes de psiquiatría y de psicología realizaban allí sus primeras prácticas profesionales, en un contexto donde primaban los valores de la izquierda –y se abandonaba también el antiperonismo de los años anteriores–. Así, la valoración de la práctica pública, las posibilidades de intercambio interprofesional, e incluso interdisciplinar, la preocupación por la inserción del servicio en la comunidad, junto con un alto rigor teórico en sus dirigentes, posibilitó que la “experiencia Lanús” se constituyera en un modelo.

Puede verse una detallada exposición, realizada por el propio Goldenberg en 1983, bajo el título “Relato de mi más querida experiencia docente-asistencial” (Goldenberg, 1983), en un texto de cierre de un curso de introducción al psicoanálisis.

7.2. Las prácticas grupales.

Se trata de otro aspecto del boom, otro aspecto de la transformación de las demandas sociales a partir de los años 50. Si puede hablarse de las clases medias en términos descriptivos globales, en el marco de nuestro tema –los grupos–, hay que referirse a las demandas relacionadas con el ámbito universitario.

Puede decirse que lo que se ha llamado el “boom del psicoanálisis” –en una acertada denominación–, se refiere al “uso” del psicoanálisis por los sectores universitarios argentinos. Sectores juveniles, movimientos estudiantiles, descendientes de inmigrantes, clases medias resultantes del ascenso de posición de algunos sectores obreros; constituyen el contexto donde se difundirá el psicoanálisis durante bastantes años.

La mayoría de los psicoanalistas de la APA mantenían una posición de aislamiento del contexto institucional: sus actividades radicaban en el trabajo en la consulta y en la propia asociación, sólo ocasionalmente participaban en algunas instituciones (hospitales, universidad). Sin embargo, también se fue configurando un movimiento de signo contrario, desde el psicoanálisis hacia afuera. Ese movimiento de apertura fue realizado a través de la

psicoterapia de grupo y sus derivaciones. En pocos años, el desarrollo de la psicoterapia de grupo tuvo un desarrollo gigantesco, que excedía los cálculos del más optimista de sus iniciadores.

Las primeras experiencias grupales tuvieron lugar en los hospitales bajo orientación psicoanalítica. Como hemos señalado anteriormente, el antecedente más relevante es el realizado por Pichon-Rivière en la Sala de la Adolescentes del Hospicio de las Mercedes, hacia 1948; allí Pichon realizó las primeras experiencias de trabajo grupal con adolescentes, las que serían interrumpidas por los efectos institucionales de cambio que provocaban.

El Primer Congreso Internacional de Psicoterapia de Grupo tuvo lugar en Toronto en 1954, asistieron varios argentinos, entre ellos Juan J. Morgan y Raúl Usandivaras. Ambos se contarían entre los primeros en iniciar experimentos con grupos psicoterapéuticos en Argentina.

También Emilio Rodríguez sería de los primeros que en los años 50 comenzaría a trabajar con grupos. Rodríguez había estado en Inglaterra, donde aprendió la perspectiva grupal psicoanalítica de Ezriel, y fundamentalmente de Bion. Poco tiempo después, Marie Langer colaboraría con Rodríguez y comenzaría a trabajar como observadora en los grupos que realizaba el mismo Rodríguez.

La perspectiva aperturista que implicaba la psicoterapia de grupos queda expresada por Marie Langer con claridad: “En ese momento –1955– yo me sentía muy encerrada en la Asociación; buscaba nuevos caminos y una aplicación más ‘social’ del psicoanálisis, por eso le pedí a Emilio [Rodríguez] que me dejara ser su observadora para aprender a trabajar con grupos”(1981, pág. 92).

En 1955, y por iniciativa de algunos analistas de la APA se funda la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo. Para evitar dificultades con la asociación psicoanalítica, los dirigentes de la nueva asociación invitaron a los miembros de la APA a participar en su dirección. Poco tiempo después la asociación de grupos comenzaría a dictar cursos y seminarios.³¹⁵ En 1961, la asociación de grupos inicia una publicación específica,

³¹⁵ “Otros analistas habían experimentado con grupos: Resnik, Usandivaras y Morgan; con ellos fundamos la Asociación de Psicología y Psicoterapia de Grupo, precisamente en el momento en que los colegas mexicanos

la Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo, que se constituiría en un importante referente de la corriente grupalista. En 1957 León Grinberg, Marie Langer y Emilio Rodrigué publicaron el primer texto específico sobre grupos, titulado “Psicoterapia del grupo”; los tres eran líderes importantes en la APA. En 1959, los mismos autores presentaban un texto colectivo sobre diversas aplicaciones grupales (“El grupo psicológico en la terapéutica, enseñanza e investigación”).

Aunque aún sin demasiada evidencia, ya se atisbaba la línea de dificultades que surgiría en el seno del movimiento psicoanalítico: la apertura a otras formas de practicar el psicoanálisis y fundamentalmente, la independencia del ordenamiento institucionalizado en la asociación (analista didacta, supervisor, diversas clases de asociados, etc.).

Esta modalidad de trabajo permitía brindar asistencia a muchos más pacientes con los mismos recursos. Su asociación al medio institucional, así como el efecto multiplicatorio que tenía, hicieron que la psicoterapia de grupo adquiriese una imagen contrapuesta al psicoanálisis individual. En poco tiempo, la psicoterapia de grupo se convirtió en una alternativa de costo bastante menor que un análisis, y eso contribuyó a su difusión entre los estudiantes y profesionales jóvenes.

Aquella innovación originada experimentalmente en los hospitales –Pichon, Krapf, Goldenberg, etc.– se convirtió en una respuesta a la demanda creciente por alguna forma de “terapia”.

Si bien la privacidad del diván se perdía en la sesión de grupo, eso no constituía un obstáculo en una época de creencias en la capacidad colectiva para articular y buscar salidas a las múltiples problemáticas que se habían inaugurado en los años sesenta.

Aunque originadas en experimentos realizados en hospitales, la psicoterapia de grupo constituyó una cierta respuesta a una creciente demanda por alguna forma de “terapia”–o intervenciones fundamentadas tanto en el conocimiento de sí, como de la resolución de conflictos que se consideraban personales–.

se encontraban haciendo su formación en Buenos Aires. Previsiblemente tuvimos muchas dificultades con la APA. [...] En parte tuvimos que acobardarnos frente a la APA aceptando a algunos de sus miembros como honorarios o fundadores de la asociación de grupo aun cuando no tuvieran la menor idea de qué se trataba el

Enrique Pichon-Rivière y la “experiencia Rosario”.

Pichon-Rivière había sido uno de los precursores de la psicoterapia de grupo, mediante sus trabajos con grupos de adolescentes, en el Hospicio de las Mercedes, hacia fines de los 40. La “experiencia Rosario”, realizada en 1958, se constituyó en uno de los jalones en el desarrollo de la psicoterapia de grupo en Argentina. Fue organizada por estudiantes y médicos jóvenes rosarinos que trabajaban con Pichon-Rivière en el Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES), en Buenos Aires. El IADES realizaba experiencias docentes, terapéuticas e investigativas interdisciplinarias, entre las cuales destacaron los llamados “grupos operativos”.

El propio Pichon-Rivière considera esta experiencia grupal como el punto de inicio de los grupos operativos, de la técnica de grupos operativos.³¹⁶ La dimensión, heterogeneidad y alcances de la “experiencia Rosario” justifican ampliamente esa consideración. Cerca de mil personas se reunieron durante varios días para “pensar y discutir Rosario”, la ciudad donde vivían.

Entre los participantes se contaban “profesores, estudiantes universitarios de ciencias económicas, psicología, filosofía, diplomacia, medicina, ingeniería, etc., así como autodidactas, artistas, deportistas y público en general”. Fueron coordinados por un equipo de veinte colaboradores de Pichon. En la realización del trabajo, denominada por Pichon como “laboratorio social”, se trabajó con diversos encuadres grupales: grupos heterogéneos inicialmente, elaboración de los coordinadores y observadores de los grupos en conjunto, dirigidos por el mismo Pichon, luego grupos homogéneos y así sucesivamente. También se incluían algunas clases de Pichon al conjunto de los participantes, sobre el desarrollo mismo de la experiencia. Según el relato mismo de la experiencia, los participantes trabajaron en quince grupos heterogéneos, y posteriormente en doce grupos homogéneos. El grupo constituido por los coordinadores y observadores se reunía con Pichon de forma también planificada.

asunto. Nosotros continuamos con nuestro propósito y con nuestros cursos de psicoterapia de grupo en los cuales participan colegas mexicanos” (Langer, 1981, pág. 92).

³¹⁶ “Técnica de los grupos operativos”, escrito por Pichon-Rivière, en colaboración con José Bleger, David Liberman y Edgardo Rolla (Pichon-Rivière, 1960c).

En la realización del trabajo Pichon fue acompañado de algunos de sus más conocidos discípulos, entre ellos Bleger, Liberman, Rolla y Ulloa. El trabajo constituye una muestra del tipo de orientación que comenzaba a interesar a Pichon-Rivière: comunitario, social, grupal, psicoanálisis sin diván...³¹⁷

La experiencia es ilustrativa, por una parte, del clima social imperante a fines de los 50 –un momento en que comienza a gestarse una cierta ilusión colectiva después de las rupturas que había implicado el golpe militar de 1955– y por otra parte, evidencia los esfuerzos que comenzaban a gestarse en el movimiento psicoanalítico que lo llevaban a romper el aislamiento y a insertarse en el conjunto social e institucional. La experiencia, en definitiva, implicaba sacar al psicoanálisis de la privacidad del consultorio –tanto para los analistas como para los analizandos– y comenzar a llevarlo a la calle.

Se comenzaba así a gestar una nueva lectura –por lo menos en Argentina– de las ideas psicoanalíticas: sus campos de aplicación excedían el trabajo en el diván e indicaban la nueva línea que surgía: la psicoterapia de grupo, la psicología institucional, la intervención institucional.

La difusión de las propuestas grupales.

Los grupos operativos comenzaron a ser utilizados en la enseñanza de la psicología y en otras carreras. Los docentes, que por lo regular no recibían formación alguna en pedagogía, comenzaban a aprender coordinación de grupos. Se trataba de que los miembros de los grupos aprendieran a resolver las diversas dificultades que iban surgiendo a medida que se avanzaba en el trabajo.

La propuesta inventada por Pichon-Rivière era seguida por sus discípulos –Bleger, Liberman, Ulloa– desde la facultad de Psicología. También en Medicina se irían aproximando a esta forma de aprendizaje propuesta en los grupos operativos. Ya desde 1960, el Centro de Estudiantes de Medicina ofrecía cursos sobre teoría y técnica en

³¹⁷ Fernando Ulloa relata diversas circunstancias relacionadas con este “mito de origen” de los grupos operativos en un texto reciente, de 1997: “Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica” . Coloca esa experiencia como mito de origen del grupo operativo, y refiere que “los barquitos pintados hicieron puerto

psicoterapia de grupos, para estudiantes y también para los médicos. Incluso en la formación privada, los diversos grupos y colectivos organizados de formación en poco tiempo abrazarían el conjunto de propuestas nucleadas alrededor de lo que Pichon llamaba “los grupos operativos”.

Por otra parte, en los hospitales donde los psicoanalistas habían desarrollado servicios de psicopatología, como el de Lanús –donde estaba Goldenberg– o el Hospital de Niños, también se introducía el trabajo con grupos. Se realizaba psicoterapia de grupo –con los pacientes– y grupos operativos –con los profesionales de la institución–.

En pocos años, la propuesta grupal estaba establecida, en una relación compleja con el psicoanálisis: en momentos dependiente, en momentos contrapuesta. Desde la utilización de la psicoterapia de grupo como recurso idóneo en el trabajo clínico y la salud mental, hasta sus posibilidades como instrumento de cambio social, pasando por sus múltiples aplicaciones a la enseñanza en la medicina y la psicología.

Hay que señalar, también, otro aspecto de esa relación compleja entre la psicoterapia de grupo y el psicoanálisis. Si por una parte la psicoterapia psicoanalítica de grupo, los grupos operativos implicaban de hecho, una ampliación, una salida del psicoanálisis –”a la calle” como se ha dicho– también se dio el movimiento contrario: para muchos fue una vía de entrada al psicoanálisis. Es decir, más allá de las polémicas sobre la utilidad o sobre el alcance de las técnicas grupales, parece indiscutible que se inscriben –en el caso de Argentina– absolutamente en el pensamiento psicoanalítico, tanto en sus extensiones, como en su tradición.³¹⁸

Otra perspectiva en la línea grupalista: el psicodrama.

Una mención aparte la constituye el psicodrama. Si bien se inicia en esta época, su desarrollo sucede de forma independiente a la de la APA, quizá porque fue iniciada por

en Rosario”, en alusión a una poesía de Borges (pág. 63 a 69). Puede verse algunas referencias más en los capítulos 5 y 6.

³¹⁸ Puede observarse esto en la presentación –en la actualidad– de la propia Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo, donde se indica –si bien de forma matizada– que esa asociación existe, en definitiva, separada de la organización psicoanalítica porque “no despertó demasiadas simpatías en las instituciones dependientes de la IPA”. También en múltiples publicaciones de los 60 y posteriores se ha insistido en esta inclusión, de pleno derecho, de la perspectiva grupal en el mundo psicoanalítico.

analistas que no eran miembros destacados de la APA, lo que evitaba conflictos. Por otra parte, la propia concepción del psicodrama –tanto el moreniano como el psicoanalítico– no llevaba implícita una reflexión sobre las propias fuentes del conocimiento en que se basaba –algo que sí sucedía con las propuestas de grupos operativos y en general, con la psicoterapia psicoanalítica de grupo–.

Las primeras experiencias fueron realizadas por Eduardo Pavlovsky, en el Hospital de Niños, hacia fines de los años 50. Pavlovsky y algunos psicoterapeutas comenzaron a utilizar dramatizaciones de los conflictos y problemas que preocupaban a los niños. En 1961, Pavlovsky, en compañía de Jaime Rojas Bermúdez y María Rosa Glasserman, viajaron a EE.UU. para conocer las experiencias de J.L. Moreno. A partir de ahí, comenzaron a hacer psicodrama no sólo en el hospital, sino también de forma independiente. Hacia la misma época, Mauricio Abadi –un reconocido analista didacta de la APA– también comenzaría a realizar psicodrama con una orientación psicoanalítica.

En 1963 se fundaría una asociación de psicodrama psicoanalítico (Asociación de Psicodrama y Psicoterapia de Grupo).

El psicodrama se concentraba fundamentalmente en el trabajo psicoanalítico con niños y con adolescentes, aunque tuvo menos desarrollo en el caso de adultos. Esa circunstancia hace que sus resonancias hayan sido menores, por lo menos inicialmente.

Años después –ya en los 70–, y a partir de aportes de una lectura francesa influida por la perspectiva lacaniana –Gennie y Paul Lemoine, entre otros– comenzó a adquirir nuevo interés.

En Argentina, y especialmente desde fines de los 70, se ha desarrollado también una corriente que propone el uso del psicodrama en relación con el análisis institucional, e intenta aplicarlo a diversas situaciones clínicas.³¹⁹

³¹⁹ Puede verse Bernardo Kononovich, “Psicodrama comunitario con psicóticos” (1981). Y en una línea que intenta articular el psicodrama con el análisis institucional, “La escena institucional”, de Bernardo Kononovich y Osvaldo Saidón (1991).

La enseñanza alternativa del psicoanálisis.

Además de la demanda de formación en psicología que se daba en relación con las facultades, también existía una demanda específica de formación en psicoanálisis, que no era cubierta totalmente por las ofertas realizadas desde la Universidad.

Lo que ha sido llamado –con mucha justeza– el “boom del psicoanálisis”, implicó un complejo movimiento de expansión, tanto en la demanda de análisis como en la de formación. Pero el incremento de la demanda en los consultorios no era acompañado de un incremento afín de psicoanalistas: la APA mantuvo una política de cierre durante varias décadas. La situación antes mencionada: muchos pacientes, pocos analistas se traducía en que había pocos analistas didactas, por lo tanto también pocos candidatos, y consiguientemente, pocas vacantes en el Instituto de Psicoanálisis. Como dato ilustrativo, puede mencionarse que hacia fines de la década del 60 la APA sólo contaba con 26 miembros didactas para 95 candidatos en sus programas de formación. La demanda insatisfecha de formación era importante, aún teniendo en cuenta que tanto los titulares como los adherentes tenían pacientes fuera de la APA.

Los “grupos de estudio”.

La demanda de formación en psicoanálisis condujo a la proliferación de los “grupos de estudio”, aunque no solamente debido a la escasez de oferta, sino también debido a otros factores de orden cultural en relación con la expansión modernizadora de esos años. Estos grupos de estudio constituyeron una modalidad de enseñanza que se incorporaría masivamente en el medio universitario argentino en la década del 60. Ya desde los 50 aparecen los primeros grupos de estudio de la obra freudiana y de sus discípulos – especialmente Melanie Klein–.

Existieron innumerables grupos de estudio, dirigidos en general por psicoanalistas reconocidos, que llegaron a ser tan importantes en la formación de los estudiantes – especialmente entre los de psicología– como para ser considerado tanto o más importantes que gran parte de la enseñanza de las facultades.

Otras experiencias.

Además de esos grupos de estudio, nucleados alrededor de la figura del docente, también se realizaron experiencias de formación muy organizadas.

Pueden citarse dos de ellas, que si bien son muy diferentes en sus alcances y objetivos, sí pueden ilustrar lo que sucedía: 1) Una de ellas, realizada desde una institución pública, se dirigió a la formación de ayudantes en psiquiatría infantil (dirigida por Alberto Tallaferro y Diego García Reinoso). Y 2) la otra, más importante tanto por su difusión como por sus consecuencias fue generada en paralelo a la facultad de medicina, y con la activa participación –inicial– de los estudiantes: la Escuela de Psicoterapia para Graduados, dirigida por Arnaldo Rascovsky. Puede deducirse con facilidad la existencia de una sólida demanda de formación, y por otra, una decidida intención de algunos sectores de la APA por extender las teorías psicoanalíticas hasta allí donde se pudiera.

La primera de ellas, consistió en un curso para asistentes en psiquiatría infantil para lisiados, ofrecido desde el Instituto de Rehabilitación para Lisiados. El curso era dirigido por dos importantes analistas de la APA, Alberto Tallaferro y Diego García Reinoso. Duraba tres años y exigía una dedicación tan intensa como un estudio universitario, se enseñaba la obra de Freud y otros textos psicoanalíticos de base. La respuesta fue masiva: en su mayoría mujeres, muchas de ellas con formación en áreas similares, y con un interés más profesional que académico. De este conjunto de estudiantes, la mayoría se dedicarían a la psicoterapia infantil, y completaban su formación en los hospitales públicos. Uno de sus dirigentes, Diego García Reinoso era responsable de un servicio en el Hospital de Niños (Balán, 1991).

Es importante destacar aquí esta relación entre los aspectos públicos y privados de la cuestión: por una parte, las necesidades institucionales de profesionales en determinadas áreas y su carencia para ofrecer la formación pertinente, y por otra parte, la expansión de las ideas psicoanalíticas, que si bien están relacionadas con la organización psicoanalítica – la APA– exceden el marco institucional y se extienden más allá, contribuyendo, de paso, a que la demanda de análisis se mantenga: la mayoría de los profesionales que se desempeñaban en tareas de esta índole realizarían alguna experiencia psicoanalítica.

La otra red de formación que hemos mencionado es la que surgió a partir de la presencia de Arnaldo Rascovsky en el contexto estudiantil de la facultad de Medicina. En esa época –fines de los 50–, y durante bastante tiempo, Rascovsky enseñaba en un grupo de estudios en su propio consultorio, se conocería como “el grupo de los jueves”. El texto básico que se utilizaba era el mismo que en otras ocasiones, el de Herman Nunberg. Los miembros de este grupo a su vez lideraban otros grupos con médicos y psicólogos que no podían entrar en la APA (ya fuera por la limitación en el número, por la exclusión de los no médicos o porque les interesaba la formación pero no para practicar el psicoanálisis).

A partir de ahí, y en ese movimiento masivo de explosión de la demanda, Rascovsky impulsó la creación de una Escuela de Psicoterapia para Graduados, dirigida por miembros adherentes de la APA. Posteriormente esa Escuela tendría un plan de formación similar al del Instituto de Psicoanálisis de la APA.³²⁰ Si bien este tipo de iniciativas crearía diversos conflictos en el seno de la organización psicoanalítica, eso no obsta para minimizar la complejidad de los intereses, tanto teóricos, ideológicos –e incluso económicos– que había en esos años, alrededor de la demanda de formación en psicoanálisis.

Como se ha dicho anteriormente, eran innumerables los grupos de estudios en la década del 60. Y también las iniciativas más institucionalizadas. Y el hecho de que el acceso a la APA estuviera vedado a los psicólogos no fue ajeno a la forma en que se resolvió la demanda de formación. Hay que tener en cuenta que esos profesionales y estudiantes de psicología constituían el grueso de la demanda de formación. Y si bien eso fue gestando una conflictualidad que haría crisis hacia fines de la década, es verdad que posibilitó que la respuesta de los psicoanalistas de la APA fuera tan diversificada. Como se ha dicho, el “boom del psicoanálisis” en Argentina no se debió solamente a una intención de “entrar en análisis”, sino también al deseo de convertirse en psicoanalista.

³²⁰ Pueden verse diversos matices de estas iniciativas en diversos textos: Mom, 1982, 1984a; Langer 1981.

La Escuela de Pichon-Rivière.

Otra perspectiva de formación paralela –a la APA y a la Universidad– era la perspectiva representada por Pichon-Rivière. Pero en este caso se daba una perspectiva diferente, alternativa al psicoanálisis de la APA, al psicoanálisis “oficial”.

Según Marie Langer, “lo que intentaba Enrique Pichon-Rivière con su psicología social es mucho más difícil de definir; además, dada la ambivalencia de Enrique con la APA y de ésta con él siempre trabajaba fuera la institución”(Langer, 1981, pág. 91).

La Escuela Privada de Psiquiatría Social³²¹ –luego denominada de Psicología Social– funcionaba desde 1959 bajo la dirección de Pichon-Rivière. Allí Pichon era secundado por sus discípulos principales, profesores del núcleo de psicoanalistas que enseñaban en la facultad de Psicología: Bleger, Ulloa, Liberman. A diferencia de la escuela liderada por Rascovsky –la Escuela de Psicoterapia para Graduados–, su objetivo no era formar psicoterapeutas “de orientación psicoanalítica” –psicoanalistas no “oficiales”–, sino enseñar aplicaciones del psicoanálisis en otras áreas. Así, el trabajo con grupos operativos, la psicohigiene, el trabajo institucional, la psicología institucional, serían las áreas de interés.

También la Escuela que dirigiera Pichon se constituiría como un foco de difusión de nuevas concepciones en relación con sus temáticas: por ejemplo, en 1964 Oscar Masotta, realizaría una de sus primeras conferencias sobre Lacan, por expresa invitación de Pichon-Rivière.

Múltiples iniciativas de formación: una masiva “escuela” de psicoanálisis.

Los psicólogos no podían acceder a la APA, aunque era ese sector de estudiantes y profesionales los que constituían la mayor parte de la demanda de formación en psicoanálisis. Esto generó una compleja situación –que llevará hasta una crisis importante a fines de los 60– que implicó, entre otras cosas, que la respuesta del psicoanálisis APA fuera tan diversificada.

³²¹ Constituía un Departamento del Instituto Argentino de Estudios Sociales (IADES).

El modelo dominante seguía siendo el de la APA. Si bien los distintos profesionales habían aprendido otras aplicaciones del psicoanálisis, en la prevención, en la psicohigiene, en la psicología institucional, en la psicoterapia de grupos, el modelo anhelado era la práctica del diván, la asistencia de pacientes en el consultorio privado. Los psicoanalistas que hemos denominado “críticos”, o más alejados de las posiciones conservadoras y profesionalistas se quejarían de esta situación, debido a la desvalorización de otras prácticas como la institucional, grupal, etc.

Es necesario realizar algunas aclaraciones en torno a la demanda de formación en psicoanálisis y a la especificidad misma de la práctica psicoanalítica. Si bien la APA monopolizaba el título “oficial” de psicoanalista, ello no respondía a ninguna ordenación legal o administrativa: se jugaba una dimensión en relación con la ley, es cierto, pero de orden diferente. Si bien nadie impedía que un profesional se denominara psicoanalista – como de hecho lo hacían y lo hacen muchos practicantes del psicoanálisis –, en los hechos se daba una jerarquización de la profesión en cuya cúspide se colocaba a los psicoanalistas “oficiales”, es decir, a los de la APA. Poco importa que esta valoración no se debiera a una disposición legal –al contrario, parecía tener más fuerza aún que si se hubiera tratado de una disposición legal o administrativa–. Varios factores pueden concurrir a ello: efectos de transferencia por una parte, y por otra parte, una extensión de la relación analista-analizando fuera de su ámbito propio, y en fin, el ideal de estos innumerables profesionales estaba puesto en la figura del psicoanalista.

En síntesis, puede afirmarse que en los años 60 se desarrolló una verdadera escuela de psicoanálisis, fuera de la asociación psicoanalítica, aunque con el liderazgo de sus miembros, escuela cuyos alumnos eran tanto los médicos como los psicólogos.

7.3. Una relación conflictiva entre psicólogos y psicoanalistas.

En la década del 60 se sucedieron grandes transformaciones sociales y también en el campo cultural e ideológico. Algo similar ocurrió también en el ámbito que nos ocupa, el movimiento psicoanalítico y la psicología, campos que eran atravesados por dinámicas propias –debidas a su propio desarrollo– y también por dinámicas más globales –sociales y políticas–.

En 1964 se funda la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, y en 1969 se edita la Revista Argentina de Psicología, como órgano asociativo. La Asociación se convertiría en un importante centro de opinión sobre la disciplina y sobre la profesión, es decir, tanto en el plano de sus desarrollos teóricos como en sus aplicaciones profesionales.

En esos años entre los psicólogos se dio una clara conciencia de su dependencia de la APA, lo que condujo a diversos intentos de autonomía e independencia. Ya desde el primer número de la Revista Argentina de Psicología, se denunciaba esa relación de dependencia que se había establecido entre psicólogos y psicoanalistas: “A los ojos del psicólogo, el de psicoanalistas aparece como un grupo más cerrado, más coherente, más leal entre sí que el grupo de psicólogos, cuyos líos son comentados siempre con cierto paternalismo ambivalente por parte de los psicoanalistas”. Y luego de esa comparación entre los distintos matices corporativos de uno y otro colectivo profesional, remataba: “El grupo de psicoanalistas, lejano, casi no se ve al ojo del observador público. Trabajan en el silencio de sus consultorios... Los psicólogos hacen más ruido social sin duda. Aparece una ley que públicamente los restringe en su trabajo terapéutico. Se produce la intervención de la Facultad que por dos años crea un cese casi total de la enseñanza de la psicología...” (Juana Danis, “El psicólogo y el psicoanálisis”, Revista Argentina de Psicología, I, 1, septiembre 1969; cit. en Balán, 1991, pág. 163).

Si bien es verdad que el conflicto se daba en cuanto a las posibilidades de trabajo clínico, y la legalidad amparaba a los médicos como únicos habilitados para hacerlo, lo cierto es que la polémica se centró en el debate entre psicología y psicoanálisis. Si el psicoanálisis se había constituido en el modo fundamental de comprender la psicología –y

no sólo en cuanto a sus aplicaciones clínicas, sino también en otros campos conexos–, también la propia organización psicoanalítica era quien les vedaba el acceso al propio ejercicio de la terapia analítica.

Es decir, por una parte la APA negaba, en los hechos –debido a sus propios reglamentos de admisión– el ingreso de los psicólogos a la asociación, por otra parte les ofrecía –¿seducción?– analizarse. Y no se trataba sólo de la oferta de análisis, sino también de formación. Como se ha visto en los párrafos precedentes, se dio un ingente esfuerzo de formación en psicoanálisis por parte de diversos analistas de la APA: en su gran mayoría los alumnos de esos grupos de estudio y de esas organizaciones de enseñanza –tanto de la obra freudiana, como de aplicaciones del psicoanálisis– eran psicólogos y estudiantes de psicología.

Si bien esta situación se dio inicialmente, desde el inicio de la carrera de Psicología, mediados los sesenta, en el colectivo estudiantil y profesional de psicólogos iría surgiendo una clara conciencia de sus propias capacidades, y fundamentalmente, de su especificidad en el campo disciplinar y profesional. A la vez que surgía una conciencia de la dependencia de los psicólogos debida a la hegemonía psicoanalítica –lo que llevaba a que se crearan redes de formación dirigidas por psicólogos con formación clínica–, la desigualdad profesional entre psicólogos y psicoanalistas –especialmente los psicoanalistas de la APA– pasaba a ser objeto de serias críticas.

La conflictualidad política.

Puede señalarse una clara similitud –que parece haber ido más allá de lo formal– entre este proceso crítico entre psicólogos y psicoanalistas y los ocurrido en los agrupamientos políticos, con sus respectivos sectores juveniles. Tanto en el peronismo, como entre los radicales, en el partido comunista, etc., los sectores juveniles adquirieron una importancia y un peso fundamental en sus respectivos grupos políticos, y comportaron –en su gran mayoría– un fuerte componente crítico y contestatario.³²² Y esto no sólo en

³²² Algunas de las siglas de la época pueden ser ilustrativas: JP (Juventud Peronista), JUP (Juventud Universitaria Peronista), JTP (Juventud Trabajadora Peronista), JC (Juventud Comunista), JR (Juventud radical), etc. Todas esas organizaciones mantendrían un alto nivel de participación y de movilización durante esos años.

cuanto a la contestación juvenil de los psicólogos, sino también entre los propios psicoanalistas, como sucedería poco después, en 1971, con las escisiones de los grupos de jóvenes psicoanalistas nucleados en Plataforma y Documento.

Aunque este proceso de crecimiento y radicalización de las juventudes políticas fue comprendido en momentos como producto de una “rebelión juvenil” y explicada como un conflicto generacional, en realidad se evidenció que expresaba otros niveles del conflicto social: se expresaban, a través de los sectores juveniles, los profundos y fundamentales deseos de cambio existentes en el conjunto social. Los sectores juveniles operaron como emergentes, y fundamentalmente, como portavoces de esas aspiraciones.

Si bien en un nivel diferente, también en el campo cultural y profesional, los estudiantes y los jóvenes profesionales se erigieron en los críticos del poder institucional –y conservador– existente. Esto afectó a la APA, si no en su conjunto, sí a algunos de los sectores hegemónicos, y también a los sectores médicos y psiquiátricos, en general.

La conflictualidad política de esos años es otro factor que fomentó esas tendencias críticas, y los intentos de autonomizarse, ya fuera del poder del psicoanálisis “oficial” –por parte de los psicólogos–, o de algunas líneas consideradas conservadoras dentro mismo de la organización psicoanalítica –por parte del sector crítico, compuesto fundamentalmente por candidatos y psicoanalistas jóvenes–.

Los conflictos políticos de la época determinaron un grado de deterioro social y de violencia por parte de los aparatos del Estado –el ejército y la policía– creciente: el golpe militar de 1966 dirigido por Onganía, la represión policial a la militancia política estudiantil, la violencia contra los obreros y los sindicatos, etc. El movimiento estudiantil formó parte importante en todos estos conflictos.

A fines de los 60 y con toda claridad ya en los 70, el clima político va llegando a una máxima conflictiva y se han radicalizado las posiciones: la izquierda política y sindical va logrando sus máximos desarrollos. En el ámbito cultural, si bien de formas menos formalmente conflictiva o virulentas, sucederá lo mismo.

Una disputa profesional e ideológica.

Es en ese contexto que va tomando forma la reivindicación profesional –en primer lugar– e ideológica de los psicólogos, en su intento de diferenciación del psicoanálisis. Todo este proceso condujo –ya a fines de la década– a la elaboración de un amplio programa de reivindicación de la especificidad e independencia de la profesión, que puede observarse en el manifiesto elaborado a fines de 1971, por estudiantes y docentes de psicología. Este texto fue publicado en 1973, con el título de “El rol del psicólogo”, donde entre múltiples consideraciones, se planteaba la intención de cesar la relación de dependencia de los psicoanalistas de la APA.

Se afirmaba: “Cualquiera sea la forma particular en que interactúan, la relación entre psicoanalista y psicólogo es siempre una relación profesor-alumno, en la que el alumno es el psicólogo, y además esa relación se cronifica como tal, perdiendo el carácter transitorio que es intrínseco a una relación docente” (Bricht y otros, 1973, pág. 29). Esta dependencia de los psicólogos respecto de los psicoanalistas no se limitaba a desempeñarse como “ayudantes” o “alumnos” en la universidad, sino que se extendía también a otros ámbitos. En el texto se señala que la práctica hospitalaria, los grupos de estudio, la terapia personal, y las supervisiones constituían también modalidades de esa dependencia (pág. 76 y sig.). Y además, “los psicólogos no sólo representan la fuente de clientela (quizá la más importante) y de prestigio de los psicoanalistas. Ellos son también un importante canal de divulgación de la tarea científica y profesional del psicoanalista” (pág. 33).

De manera resumida, pero muy precisa, Balán lo ilustra de la siguiente manera: “Primero eran alumnos de los psicoanalistas en la Facultad; luego, para progresar en la carrera, asumían posiciones subordinadas en la práctica hospitalaria, donde sus jefes eran siempre médicos y a menudo psicoanalistas; para completar su formación estudiaban en grupos pagos, orientados por psicoanalistas, mientras realizaban sus análisis personales con ellos y controlaban su trabajo profesional con miembros de esa profesión” (1991, pág. 165).

Se trataba entonces, en esos años de crítica a los poderes institucionalizados y de creencia en las propias fuerzas, de una crítica al psicoanálisis “oficial” representado por la APA, que mantenía el veto a los profesionales no médicos –recuérdese que el mismo Freud había abogado por el “análisis profano”, afirmando que la psicología ofrecía mejores

posibilidades que la medicina para la práctica del psicoanálisis–, pero buscaba en los psicólogos una fuente de extensión de las propuestas psicoanalíticas.

Si por una parte toda esta situación y comprensión de la misma condujo a diversas iniciativas “independientes” de diversos colectivos de psicólogos, por otra parte, una perspectiva proveniente del mismo movimiento psicoanalítico tendría una fuerte influencia en ese movimiento: la perspectiva lacaniana, crítica radical tanto en la clínica como en la organización psicoanalítica sería una fuente fundamental en este discurso crítico al psicoanálisis “oficial”.³²³ Esta perspectiva, a diferencia de la ‘oficial’ de la APA) abriría el campo a la práctica del psicoanálisis a los psicólogos.

Si en los párrafos anteriores se vio la importancia que iban tomando las propuestas de formación psicoanalítica “externas” a la organización psicoanalítica –a la APA–, las mismas se vieron incrementadas con diversas experiencias originadas desde los propios psicólogos.

Surgieron múltiples iniciativas alternativas a las instituciones oficiales, en la misma línea mencionada anteriormente en cuanto a los “grupos de estudio”. Las alternativas privadas de formación suplían las carencias de formación de las facultades, y además, se desmarcaban del “tutelaje” de la APA. De esa forma, se mantenía una perspectiva psicoanalítica, pero con una intención independiente.

Un kleinianismo diferente...

Si por una parte la tendencia dominante en la APA lo constituía el enfoque kleiniano, por el lado de los psicólogos la situación fue enfocada de manera diferente. Desde la aceptación de la hegemonía de la escuela inglesa, sin embargo, los psicólogos se apoyaron en la perspectiva impulsada por el Tavistock Institute de Londres. “La Tavistock”, como se le conocía –haciendo referencia a la Clínica– promovía una lectura del psicoanálisis kleiniano, si bien interesado en las intervenciones institucionales, en la psicoterapia de familia y de grupo –W.R. Bion fue uno de sus integrantes más importantes–

³²³ Es significativo que en las primeras polémicas ‘internas’ sobre la relación entre la psicología y el psicoanálisis se incluyera uno de los dirigentes institucionales de la asociación de psicólogos, Roberto Harari; años después Harari sería un destacado exponente de la perspectiva lacaniana.

, lo cual coincidía con la línea de formación recibida en la facultad de psicología –donde enseñaban los discípulos de Pichon-Rivière: Bleger, Liberman, Ulloa, transmitiendo una perspectiva cercana–.

Había otra razón de ese acercamiento y valoración de la perspectiva de la Tavistock, tanto en cuanto a su orientación teórica como organizativa: en esa institución los psicólogos eran reconocidos en sus tareas psicoterapéuticas, y su status profesional era semejante al de los médicos. A partir de estas posibilidades que permitía el enfoque de la Tavistock, en Argentina se impulsaban diversas organizaciones de formación psicológica y psicoanalítica.³²⁴

Para concluir este relato acerca de la compleja relación entre psicólogos y psicoanalistas se pueden puntualizar algunas cuestiones. Parece importante destacar un efecto fundamental en todo este proceso: si por una parte se daba un movimiento alternativo e independiente al psicoanálisis “oficial” de la APA, y los psicólogos iban organizando un espacio diferenciado tanto profesional como organizativo, por otra parte, fue el conjunto de los psicólogos uno de los pivotes fundamentales en la difusión generalizada del psicoanálisis en Argentina. La acción autonomizadora proveniente de los estudiantes de psicología, por una parte permitía evitar el control de la APA –en sus intentos de representar el “único” y “legítimo” psicoanálisis–, y por otro contribuir a la extensión del movimiento psicoanalítico.

Como fue expuesto anteriormente (en el capítulo 5), si puede proponerse que hubo más de un Freud en Argentina entre 1910 y 1940, también puede repetirse esa afirmación nuevamente: después de casi tres décadas de un discurso monopolizado por la asociación psicoanalítica, vuelve a “emerger” una múltiple lectura del psicoanálisis. Esta vez representada, por una parte, por un sector profesional no médico: los psicólogos, y por otra, por algunos sectores críticos del mismo interior de la APA. En cuanto a las lecturas teóricas y clínicas por una parte se asiste desde la década del 60 y con toda evidencia a partir de la

³²⁴ Entre otros, pueden verse diversas referencias en la Revista Argentina de Psicología, por ejemplo, en el n° 3, Isabel Calvo y María Teresa Calvo de Spolansky, “Técnicas operativas en la psicohigiene del púber”; n° 19-20, Hebe Friedenthal, María Rosa Glasserman y otros, “El psicólogo: su especialización en una escuela de psicología clínica de niños”, etc. También en el n° 3, una reseña sobre la Tavistock, que muestra el interés que tenía para bastantes psicólogos esa perspectiva clínica psicoanalítica.

década siguiente a una diversificación de lecturas. 1) en cuanto a la extensión de la terapia analítica más allá de la situación paradigmática (analista-analizando) hacia propuestas que incluyen familia, grupos, e instituciones, y 2) en cuanto a los fundamentos teóricos y clínicos, donde la perspectiva lacaniana ocupará un lugar fundamental, tanto en la crítica al psicoanálisis representado por la IPA, como en las aperturas que posibilitó. Ya en los 80, si bien se mantienen las diversas prácticas que se reclaman analíticas –en cierta convivencia con el psicoanálisis representado por la IPA– la perspectiva hegemónica en el movimiento psicoanalítico lo constituirá la perspectiva lacaniana.

7.4. Un psicoanálisis diferenciado de la APA: la perspectiva lacaniana.

La difusión de la perspectiva lacaniana, si bien había comenzado a principios de los 50 –con la renuncia de Lacan a la asociación psicoanalítica francesa, en 1953– será recién en los años 60 cuando cobre importancia en Argentina. Posteriormente se constituiría en la corriente hegemónica del psicoanálisis, ya en los años 80. Dicha difusión no se debió a un movimiento interno de la propia asociación, sino que, por el contrario, se gestó por fuera de la APA, incluso alejada del proceso del psicoanálisis “oficial” de esos años. Su génesis se encuentra en el ámbito cultural, en las corrientes críticas de esos años 60, y de alguna manera, en el mismo movimiento de las demandas de los psicólogos hacia sus posibilidades de practicar el psicoanálisis.

Ya desde los años 50, a través de un colectivo progresista con un pensamiento crítico en el campo de la filosofía, comenzaba a darse un acercamiento al psicoanálisis no por el lado de la medicina –como había sucedido con la APA–, sino por el lado de la crítica ideológica y cultural.

La revista “Contorno” nucleó a diversos intelectuales de izquierda al margen de los partidos políticos, y si bien participaban en el debate político sus miembros se ocupaban

mayormente del análisis ideológico y cultural. La revista, surgida en los 50 en relación con la Facultad de Filosofía y Letras, nucleaba a diversos intelectuales progresistas: los hermanos Ismael y David Viñas, León Rozitchner y Oscar Masotta, entre otros. Contorno constituyó parte considerable en la difusión del movimiento de renovación de la izquierda intelectual en Argentina.³²⁵

Sus integrantes, y en general, los articulistas se situaron en una perspectiva de recuperación de la experiencia peronista en cuanto al apoyo y compromiso que tuvo la clase obrera en ese movimiento, y a la vez, de crítica, tanto del antiperonismo –que muchos de ellos hicieron años antes– como de los intelectuales “liberales” –es decir, de derechas–, y aliados a intereses antipopulares. El existencialismo de Jean Paul Sartre era el elemento que les permitía postular la idea del intelectual “comprometido” y a través del cual fueron acercándose a las ideas freudianas.

Posteriormente, y en ese contexto de valorización del marxismo y del psicoanálisis como la realizada por Sartre, comienzan a arribar y desarrollarse las ideas de Lacan, a través de la lectura que realizara Luis Althusser. La corriente estructuralista, que había experimentado un fuerte desarrollo en los 60 en las ciencias sociales fue el soporte con el que se renovó la lectura de Marx. Los textos de Althusser, y por su mediación, los de Lacan accedieron entonces al debate ideológico en la Argentina de los 60.

Por una parte, León Rozitchner, que provenía de la filosofía sería quien realizaría una lectura del marxismo y del psicoanálisis más consistente (1963, 1972, 1982). Por otra parte, Oscar Masotta, cuyos intereses eran diversos: la filosofía, el psicoanálisis, la literatura y el arte, sería el introductor de las ideas de Lacan en Argentina (1965, 1968, 1976). En todo caso, ambos autores serían los que iniciarían un desarrollo del psicoanálisis diferenciado del de la APA, ligado a Lacan en el caso de Masotta, y desde una referencia estrecha con el marxismo en el caso de Rozitchner.

³²⁵ Puede verse un análisis detallado del desarrollo e influencia de esta revista y sus propuestas en el texto de Oscar Terán, “Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina. 1956-1966” (1991), pág. 53 y sig., y también capítulo 3.

Oscar Masotta, un personaje singular y marginal –según sus propios discípulos–, fue el principal promotor de la perspectiva lacaniana en Argentina.³²⁶ Cuando la muerte de su padre, sufrió una fuerte crisis, y se internó en la clínica de Alberto Fontana –un psicoanalista que experimentaría con LSD hacia esa época–, para analizarse posteriormente con Francisco Pérez Morales –ambos psicoanalistas, Fontana y Pérez Morales, estarían en el círculo de influencia de Pichon-Rivière–.

En ese contexto, Masotta conoció los textos de Lacan por indicación de Pichon-Rivière, según él mismo relataría en diversas ocasiones: Pichon le facilitó algunos textos de Lacan –que éste había dedicado al mismo Pichon en los 50, con motivo de su encuentro en París–, seminarios mimeografiados, los primeros números de “La Psychoanalyse”, y diversos materiales de su escuela.

Es interesante reseñar esta circunstancia pues muestra no sólo la apertura de Enrique Pichon-Rivière con las producciones psicoanalíticas –Pichon tenía fama de ser un ávido lector–, sino también su figura como “iniciador”. En múltiples ocasiones Masotta agradecería a Pichon esa “presentación” de los textos lacanianos. También puede reseñarse que diversos discípulos de Masotta mencionarían esos rasgos de marginalidad que éste mostraba y que impregnaban la difusión misma de las ideas lacanianas, estableciendo una comparación estrecha con la Escuela de Pichon-Rivière en esos años.

En 1964 Masotta leía en la Escuela de Psiquiatría Social dirigida por Enrique Pichon-Rivière su comunicación “Jacques Lacan o el inconsciente en los fundamentos de la filosofía” (Masotta, 1968), por expresa invitación de Pichon. Masotta afirmaría que ese texto constituyó el primero de sus “hitos identificatorios” con el psicoanálisis (Masotta, 1976, pág. 242). A partir de ahí, Masotta realizaría innumerables “grupos de estudio”, además de conferencias, cursos, seminarios e intervenciones de diversa índole, para difundir el psicoanálisis lacaniano.

En 1974 Masotta deja Argentina –eran los comienzos de la represión parapolicial a los estudiantes e intelectuales de izquierda–, y va a Londres y luego a España. Después de varios periplos entre Barcelona y Vigo, muere en 1979.

³²⁶ Puede verse el texto de Carlos Correas, “La operación Masotta (cuando la muerte ‘también’ fracasa)”

La lectura del psicoanálisis realizada por Masotta se diferenciaba tanto de la realizada por los psicoanalistas de la APA como de la buscada por los psicólogos en su formación clínica. Si Lacan se enfrentaba al psicoanálisis de la IPA considerando que había “abandonado” el núcleo fundamental de las ideas de Freud y había transformado el pensamiento psicoanalítico quitándole todo su potencial “subversivo” transformándolo en una técnica, también se colocaba frente a la psicología, de la que afirmaba que era “un síntoma del siglo XX”.

Sin embargo los psicólogos realizarían una fuerte e importante aproximación al psicoanálisis lacaniano, enfatizando fundamentalmente sus aspectos críticos al psicoanálisis “oficial” –de la APA, filial de la IPA–.

Una experiencia importante que contribuyó a consolidar el enfoque lacaniano lo constituyó la visita de dos destacados psicoanalistas franceses de la escuela de Lacan: Maud y Octave Mannoni, en 1972.³²⁷ Otro encuentro a destacar, en 1973, en el momento de la ilusión del cambio político –el gobierno de Cámpora– fueron las Jornadas en el Instituto Goethe. En 1974, Masotta y otros psicoanalistas fundan la Escuela Freudiana en Buenos Aires. A partir de ahí comenzó una vasta y extensa difusión del psicoanálisis lacaniano en Argentina.

Por último, cabe señalar que si hasta los 70 la APA había establecido la exclusión de los psicólogos y además había mantenido una política restrictiva en cuanto al acceso al Instituto de Psicoanálisis –a la “escuela” de la APA–, por el lado del psicoanálisis lacaniano, la situación variará radicalmente. Para Lacan sería “la cuestión del pase” lo que constituía el eje de la organización psicoanalítica. Con la consigna que versaba: “no hay analista sin análisis del analista”, se indicaba que el núcleo fundamental de la organización de un grupo psicoanalítico no lo constituían ni la organización formal, ni siquiera el

(1991), que realiza una descripción crítico-amable con la figura y el recorrido intelectual de Masotta.

³²⁷ Parte del contenido de ese encuentro fue recogido en el texto “El estallido de las Instituciones”, de ambos autores, publicado en Cuadernos Sigmund Freud 2/3 (1973).

Para ilustrar las afinidades si no teóricas, al menos ideológicas entre las diversas perspectivas que en esos años polemizaban en el movimiento psicoanalítico, puede verse el comentario que realizaría Maud Mannoni años después sobre esa visita a Argentina: recordaría a José Bleger y su profundo interés en desarrollar el psicoanálisis inscripto en la tradición freudiana, intentando una transformación de vasto alcance, tanto en términos individuales como colectivos (institucionales) (en “Lo que falta en la verdad para ser dicha”, 1988, pág. 79 a 93).

currículum de formación –por lo menos inicialmente– sino propiamente, el análisis de sus integrantes. Esto abriría diversas cuestiones que fueron variando a lo largo del tiempo –en momentos alejando las posiciones respectivas entre la escuela lacaniana y la IPA, en momentos acercando posiciones, aunque esto fuera difícilmente reconocido–. Lo que interesa destacar ahora es que además del movimiento de apertura e independencia que inician los psicólogos por una parte, y de la crisis interna de la propia organización psicoanalítica, por otra, hay que agregar esta tercera situación: el arribo y consolidación de la corriente lacaniana.³²⁸

La ‘presencia’ de Pichon-Rivière en el inicio de la perspectiva lacaniana en Argentina.

Algunos representantes de la corriente lacaniana han propuesto una estrecha conexión entre Masotta y Pichon, más allá de algo casual o coyuntural. Ambos, iniciadores de perspectivas diferenciadoras y críticas con el psicoanálisis hegemónico, y en fin, coincidentes en su concepción radical del psicoanálisis como instrumento de transformación. Germán García, uno de los primeros y principales discípulos de Masotta, y gestor importante en la creación de la Escuela Freudiana desarrolla ampliamente esta relación. Realiza una consistente exposición sobre el desarrollo del psicoanálisis en Argentina en cuanto a su deslizamiento y abandono de las verdaderas potencialidades del psicoanálisis, centrando en la APA y sus principales dirigentes tal crítica. Pichon-Rivière es considerado en otra perspectiva diferente, y si bien afirma que “no sabía” Lacan, no lo “ignoraba”, como sucedió con el psicoanálisis “oficial”, el de la IPA; llega a considerar la figura de Pichon como el único que habría sido capaz de impulsar el desarrollo del psicoanálisis retomando su contenido “subversivo” –dicho esto de manera radical, no convencional–, es decir, de efectuar “el retorno a Freud” (García, 1978, 1980).

Puede observarse en esta perspectiva de coincidencias y cercanías entre Pichon-Rivière y Lacan –interposición Masotta– una cierta búsqueda del “maestro” –Lacan lo es, pero en cuanto referente original, y eso no es suficiente, parece necesario alguien más ‘cercano’–. Lo que fue claro y evidente para el conjunto de los psicoanalistas nucleados

³²⁸ Un análisis crítico sobre este proceso puede verse en Aulagnier, 1969.

alrededor de la APA –pertenecieron o no a ella–, incluso el campo más extenso de los “psicoterapeutas de orientación analítica”, etc., esto es: la adjudicación a Pichon de ese lugar de “maestro”, lugar iniciático y fuente de identificaciones, parece tomar el mismo sentido, si bien más sutilmente y en cierta manera matizada.³²⁹

Pichon-Rivière, maestro de los maestros de los psicólogos.

Pichon, maestro de maestros, así ha sido considerado por varias generaciones de psiquiatras y psicoanalistas. ¿Y también maestro de los maestros de los psicólogos? Puede afirmarse que sí. La propuesta crítica y de apertura de Pichon fue tal que algunos de sus discípulos –y otros igualmente influidos por él– posteriormente liderarían diversas corrientes y tendencias: además de Bleger, Ulloa o Liberman, sus discípulos más directos, también hay que incluir a Bauleo, a Kesselman, Scherzer, etc. Incluso el mismo Masotta, introductor de Lacan en Argentina afirma su deuda con Pichon en cuanto a sus primeras lecturas de los textos lacanianos; igualmente J.D. Nasio, y bastantes otros se contaron entre los discípulos de Pichon-Rivière.

El psicoanálisis y los intelectuales de izquierda.

Esta relación se estableció a través de la lectura lacaniana del psicoanálisis más que del proveniente de la APA. Es verdad que había sectores ligados a la izquierda –en su mayoría constituirán posteriormente los movimientos Plataforma y Documento, que se escindirán a partir de un fuerte cuestionamiento e impugnación del “aburguesamiento” de la APA–, pero sus propuestas, si bien de un considerable nivel de elaboración ideológico –más que teórico– giraron en torno más a la política institucional del psicoanálisis y sus derivaciones que a una crítica insertada en el mismo paradigma disciplinario.

Aquí puede destacarse un rasgo importante en la perspectiva lacaniana: su sostenido interés en engarzar la crítica a la IPA no sólo por el lado ideológico (y secundariamente político u organizativo), sino también en la crítica teórica. Se trató de incluir las hipótesis

³²⁹ Germán García habla de la “consumación de Pichon-Rivière” y ‘pronostica’ –poco tiempo después de la muerte de Pichon– que aunque se hable tanto, hasta el cansancio, del maestro, éste sería olvidado fácilmente, o por lo menos, neutralizados sus aportes fundamentales. Puede observarse en el texto no sólo un matiz

lacanianas en el campo disciplinar y también en el debate científico –tanto dentro del psicoanálisis como en disciplinas “cercanas”: la lingüística, la etología, el estructuralismo, aspectos del marxismo, algunas lecturas filosóficas, etc.–. Desde ahí Lacan intenta inscribir al psicoanálisis en una nueva relación con el conjunto de saberes representados por las ciencias humanas o sociales. Lacan había comenzado sus elaboraciones en los 50, si bien será mediada la década del 60 cuando comience una definida difusión, por lo menos en Argentina.

Y se trata de un rasgo diferencial con otras opciones críticas surgidas en los años 70. El caso de Plataforma Internacional –o en el caso argentino, Plataforma y Documento–, incluso la línea crítica representada por Marie Langer es claro. Esos enfoques tuvieron una máxima repercusión al calor de la discusión política e ideológica de los años 70, sin embargo sus propuestas fueron disminuyendo en importancia paulatinamente, quizá debido a que su crítica fue casi exclusivamente política y no se tradujo en una elaboración teórica – y por lo tanto, ideológica– del mismo alcance.

Posiblemente parte de todo esto que afirmamos pueda referirse al mismo Pichon-Rivière. Impulsor de diversas orientaciones críticas y contestatarias en el psicoanálisis argentino, sin embargo no llevó esa crítica hasta una fundamentación teórica suficientemente consolidada. Cuando Pichon afirma que el trabajo psicoanalítico depende casi exclusivamente del que lo practica, si bien puntualiza algo fundamental –y que en esa época era a menudo ostensiblemente negado–, parece dejar de lado algo igualmente fundamental: el enfoque o la perspectiva conceptual desde la que se practica el psicoanálisis.³³⁰

Cabe puntualizar la complejidad existente en cuanto a las razones por las que el lacanismo se convirtió en corriente hegemónica en el psicoanálisis argentino –y en gran medida, en el movimiento psicoanalítico internacional (exceptuando los EE.UU.)–. Tal

irónico, sino también una velada alusión –negada? –a que Pichon fue el maestro de los psicoanalistas en Argentina... (García, 1978).

³³⁰ La contratransferencia no sólo está constituida por los aspectos emocionales o afectivos del analista, sino también –e incluso fundamentalmente– por lo que al analista le resulta posible (o no) escuchar. En otro registro, se refiere al campo de visibilidad que le permite –o impide– el corpus teórico y clínico en el que se inscriba.

temática excede los límites de este trabajo, y nuestra propia capacidad. En todo caso, las notas anteriores solamente sugieren una línea de análisis.

7.5. La década del 60.

El boom del psicoanálisis.

En el primer número de “Primera Plana”, en 1962 (revista que hegemonizó la opinión pública durante una década) se proponía una pregunta: “¿Somos todos neuróticos?”, lo que prologaba un artículo basado en algunas encuestas en relación con la imagen que había del psicoanálisis en ese momento en Buenos Aires. La cuestión sería sólo anecdótica si no se tiene en cuenta que esa revista quincenal hegemonizaría la opinión pública durante toda la década, fue leída en esa perspectiva por los diversos actores presentes en esos años, y ha sido tomada como fuente fundamental en diversos estudios realizados alrededor del clima cultural e ideológico de los 60.³³¹

En el artículo se afirmaba que esa pregunta no tenía una respuesta estadística satisfactoria. Se calificaba a la neurosis como enfermedad de nuestro tiempo, a la vez que se detectaba en la sociedad porteña una imagen del psicoanálisis como profesión prestigiosa y rentable. Se describía como se iba instalando el hábito de “la terapia” en ciertos sectores medios. Por una parte, no se consideraba que fuera debido a una enfermedad que alguien se analizaba, no se hacía por “temor a la locura”, sino casi como un síntoma de salud y deseo de maduración. Era algo bien visto, a nadie se le ocurriría ocultarlo a familiares y a amigos. Por otra parte, el que se analizaba, al poco tiempo “arrastraba” a los que le rodeaban, familiares y amigos.

³³¹ Estas consideraciones acerca de algunos medios de comunicación (revistas “Primera Plana”, “Contorno”, y otras que se mencionan más adelante) han sido extraídas principalmente de los textos de Balán (1991) y Terán (1991), que se ocupan de la difusión de diversas problemáticas a través de esos ‘circuitos’ de consumo cultural.

Es interesante destacar la similitud entre esta lectura con lo que poco tiempo después, y desde California, constituiría uno de los soportes del mundo “psi”: las “terapias para normales”, esto es, intervenciones psicológicas a las que se recurre desde una difusa ideología de autoconocimiento, autorrealización y ciertas expectativas de cambio personal. Muchas de las terapias humanistas, bioenergéticas, transaccionales, etc., irían incluyéndose en esas “terapias para normales”. Lo significativo en este caso es que se trata del psicoanálisis, esa propuesta que inicialmente había despertado tantas reticencias y rechazos, parecía ser integrada al consumo cultural de los 60.³³²

En el artículo se mencionaba a las corrientes principales del psicoanálisis y a sus líderes: “... las teorías del sector de psicoanalistas que orienta el doctor Enrique Pichon-Rivière, quienes reconocen la imposibilidad de curar al enfermo mental sin ejercer una acción sobre todo el núcleo familiar que lo ha aceptado como ‘su’ loco, como al chivo emisario de la locura que pertenece al grupo íntegro”.³³³ También se consultaba al “conocido psicoanalista doctor Arnaldo Rascovsky”, que afirmaba en ese entonces que los gobiernos son imagen de los padres y que Argentina estaba hundida en una intensa depresión.³³⁴ Según “Primera Plana” los argentinos eran neuróticos, aunque las estadísticas no lo pudieran demostrar, y la mayoría de la población negaba la enfermedad mental.

La afirmación anterior puede extenderse más allá de la anécdota periodística; y cobra su sentido en la medida que se puede considerar ese estado de opinión como representativo e ilustrativo del nivel de difusión masiva que alcanzó el psicoanálisis en la sociedad argentina, o más precisamente, en sus capas medias –que en el ámbito cultural operaron siempre como un modelo para los sectores obreros, y en parte, de los propios sectores acomodados–.

³³² Contra esta perspectiva, propia de lo que se denominó el “boom” del psicoanálisis centrarían sus esfuerzos los psicoanalistas de la franja crítica, es decir, los sectores nucleados alrededor de Marie Langer, y especialmente de Pichon-Rivière.

³³³ Hay que destacar que la nota referida a Pichon-Rivière realizaba una correcta aproximación a la concepción de la enfermedad preconizada por su autor. La idea del enfermo mental –el psicótico– como emergente de su grupo familiar parecía ser algo asumido en la sociedad argentina, al menos desde la retórica “psi”.

³³⁴ Este tipo de argumentaciones y el uso que se hacía de ellas serían fuertemente contestadas, años después, por un sector de psicoanalistas “politizados” (liderados por Marie Langer, y otros), que rechazaban la aparente ingenuidad de esos análisis, y denunciaban su contenido político indudablemente conservador.

“Primera Plana” no sólo fue un importante factor de configuración de la opinión pública, sino también un calificado sensor de los diversidad de enfoques intelectuales en esos años. Desde 1963 en adelante, la revista incluyó regularmente información sobre el psicoanálisis. Se entrevistaba a diversos psicoanalistas para que opinaran sobre temas que ocupaban la atención y preocupación de los porteños. En 1967 Pichon-Rivière, en colaboración con Ana Pampliega de Quiroga, escribían una columna regular sobre psicología social y vida cotidiana.³³⁵

Pero en agosto de 1968, Primera Plana ofrece una caricatura de Freud lloroso sobre un diván y afirmando: “El psicoanálisis no existe”. El cambio que se venía operando en el psicoanálisis era detectado ya por el conjunto de la sociedad porteña. Primera Plana mencionaba el mosaico, la variedad de opciones y de perspectivas en el psicoanálisis: tanto fuera como dentro de la APA. “Ortodoxos”, “kleinianos”, “dinámicos”, dentro de la APA; y fuera la clasificación era más numerosa: experimentales, católicos, junguianos, freudianos, etc., además de los psicoterapeutas fuera del psicoanálisis. Una verdadera Babel (en palabras de Ulloa).

1968 ha sido mencionado por la mayoría de los autores como la fecha que marca la inflexión en diversos procesos sociales y políticos. En el caso del movimiento psicoanalítico, se toma esa fecha como expresión de la transformación profunda que si bien se estaba gestando desde hacía largo tiempo –quizá desde inicios de la década– es a partir del 68 que tomará formas organizativas y expresivas claras: a partir de ese momento comienza el movimiento que llevaría a escisiones dentro de la APA –e incluso en asociaciones psicoanalíticas de otros países, afiliadas igualmente a la IPA–, a la fundación de escuelas y asociaciones alternativas, a la eclosión del psicoanálisis lacaniano en numerosas agrupaciones. En el caso de Argentina, el sector profesional constituido por los

³³⁵ Las notas escritas entre abril de 1966 y mayo de 1967 tuvieron gran repercusión entre sus lectores. Una somera mención de algunas de ellas muestra el tenor de la temática abordada: “las complicaciones del ocio”, “los motivos del comportamiento”, “el anonimato”, “fútbol y política”, “fútbol y filosofía”, “noche y creación”, “la pandilla”, “la elección de pareja”, “los ídolos”, “magia y ciencia”, “tensiones internacionales”, etc. El contenido de las mismas, además de abordar temas de especial interés, evidenciaba el intento de sus autores de no degradar su consistencia teórica. Fueron publicadas en el texto *Psicología de la vida cotidiana* (1966).

psicólogos, mediatizado por la radicalización ideológica de los movimientos estudiantiles de izquierda, constituyó un importante componente en esa crisis y en esa transformación.

Una vez descrito el ‘clima’ alrededor del psicoanálisis (y de la psicología) en su relación con los sectores medios en ascenso en esos años, puede considerarse el contexto intelectual en que se encontraba Argentina hacia esos años. Tal perspectiva permitirá tener en cuenta algunos de los problemas a que intentaba dar respuesta la propuesta de Pichon-Rivière, la “psicología social pichoniana”, que postularía los grupos operativos como su forma fundamental de análisis e intervención.

El contexto ideológico.

Los años 60 han sido considerados como un ‘nudo’ en el que se cruzaron diversos procesos sociales (ideológicos, políticos, intelectuales) que si bien estaban originados en décadas anteriores –y especialmente determinados por la experiencia de la segunda guerra mundial– en esos años sesenta llegan a un punto máximo de expansión, desarrollo y crisis. Y esto es algo que no sólo ocurrió en los países centrales, sino también en los periféricos. Entre ellos, Argentina.

En tanto contexto, o sistema de referencia (en el sentido que lo hemos utilizado anteriormente, en el capítulo 2), parece importante destacar algunos de sus elementos, para situar ahí algunas prácticas grupales, específicamente, los grupos operativos. Se trata de detectar la “eficacia” de ciertos aspectos del contexto en cuanto a la forma que fueron tomando las propuestas grupales de Pichon-Rivière. Cabe una aclaración: si bien hasta aquí nos hemos referido casi exclusivamente a lo sucedido en el movimiento psicoanalítico (lo cual se justifica por la inserción de Pichon-Rivière en el mismo), ahora se trata de tomar en consideración un contexto que no es más global o general, sino que indica otra línea de análisis, otros hechos y otros discursos. En nuestra opinión, todos ellos han “influido”, han constituido “factores eficaces” en las propuestas de Pichon-Rivière.

Nos hemos basado fundamentalmente en el abordaje realizado por Oscar Terán, en “Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina. 1956-1966” (1991). El texto enfoca el decenio desde una lectura de tipo filosófico y destaca diversos discursos ideológicos y culturales que parecen significativos (en el sentido que

fueron discursos que se articularon con prácticas sociales y creencias importantes en el campo intelectual). Algunos elementos de esos discursos parecen haber tenido diversas resonancias y efectos en Pichon-Rivière.

En esa década (50 al 60) se constituyen nuevos núcleos ideológicos en el campo cultural e intelectual. Esos núcleos fueron portados –según Terán– por un conjunto de intelectuales, los denominados “contestatarios”, “críticos” o “denuncialistas”, y ellos conformarán la nueva izquierda intelectual en el ámbito argentino. Ese sector hegemonizará las posiciones ideológicas de la izquierda hasta bien entrados los años 70.

La tesis principal del texto recoge una línea difundida en algunos ambientes de esa izquierda intelectual: la figura del intelectual comprometido primero, y luego la emergencia del intelectual orgánico. Ambos tipos se suceden, pero también se superponen³³⁶. Además de la nueva izquierda intelectual, había otros escenarios: el liberalismo, la izquierda tradicional, el catolicismo, etc. (Terán, 1991, pág. 14). Es importante enfatizar algo que se ha planteado antes: el peso de los fenómenos políticos: “la política se transformaba en la región dadora de sentido de las diversas prácticas, incluida por cierto la teórica” (pág. 15).

1) En primer lugar, destaca en ese momento la influencia del existencialismo sartreano. Especialmente en el planteamiento de las relaciones entre teoría y política: la importancia de lo concreto. Los ejemplos: la revista *Contorno*, Hernández Arregui, etc. Muchos intelectuales harían el tránsito desde el existencialismo hacia el marxismo. Una idea fundamental residía en proponer “el hombre que se transforma a sí mismo a través de su práctica”. Terán señala, con claridad, cómo en ese momento la noción de revolución permite pasar del existencialismo de signo trágico hacia otro optimista en la capacidad de transformación; se abandona el escepticismo existencialista inicial. Comienza también el deslizamiento del intelectual del compromiso hacia el intelectual orgánico.

El tema fundamental estará constituido por la “incomunicación”. Expresiones culturales de ese momento en Argentina: Bergman (*El silencio*), Moravia (*La noia*),

³³⁶ De acuerdo al texto, el intelectual comprometido “habla a sus pares y a la sociedad”, mientras que el intelectual orgánico “intenta más bien dirigirse al pueblo, a la clase obrera para apoyarse sobre ellos y poder desempeñar su misión”. Sartre y Gramsci son sus dos referencias fundamentales. Terán precisa que entre ambas estructuras se producen líneas de pasaje y de préstamo (las identidades concretas son más complejas que las definidas por esos tipos ideales).

Rodolfo Kuhn (los inconstantes). La figura de Sartre, fundamental en los rasgos de la cultura argentina de esa etapa; sus escritos conducen a una ideología conectada con preocupaciones sociopolíticas y organizada en la teoría del compromiso. Esa noción del compromiso –señala Terán– permitió a los intelectuales de la franja crítica una mediación entre su adscripción profesional y sus incursiones en el terreno político.³³⁷

La línea sartreana se adecuaría a la situación argentina; algunas de sus figuras: Juan José Sebreli, David Viñas. Se trató de un cruce de existencialismo y marxismo, donde el concepto de praxis se ligó al de dialéctica. De ahí surge un requisito metodológico para el abordaje de la realidad: la exigencia de totalidad. Y aquí reside la tesis de Terán en cuanto a ese primer momento de la nueva izquierda: gran parte de la franja crítica se organiza a partir de esa exigencia o demanda de totalidad. Esta exigencia (o demanda) de totalidad organiza gran parte de la franja crítica. Se quiere asumir el “contorno” –la situación–: exigencia de compromiso con la realidad sociopolítica y confrontación con una clase obrera adherida masivamente a la ideología y la práctica peronistas. Tal era la tarea de la nueva izquierda a mediados de los 50...

2) El siguiente nudo a considerar se refiere al “fenómeno” del peronismo y al proceso de modernización que se dio en Argentina en esos años. El fenómeno del peronismo produjo diversos efectos de recolocación en la franja crítica y denunciante. El divorcio entre el peronismo y los intelectuales había conformado el panorama cultural de los años anteriores, pero a partir de mediados de la década se da un importante proceso de relectura del peronismo. Junto a ello, también la modernización cultural inicial del decenio tuvo consecuencias diversas. Si el peronismo, sin un proyecto cultural definido, había delegado la política cultural a sectores católicos conservadores, diversos intelectuales intentaron organizar una contestación a eso. Desde la revista “Imago Mundi” (dirigida por José Luis Romero) se propuso una universidad alternativa frente a la política cultural peronista.³³⁸ Se la conocería como “la universidad en la sombra”. La revista propone una universidad alternativa, y define una biblioteca itinerante. Busca dar una visión alternativa

³³⁷ Terán, 1991, pág. 24 y sig.

³³⁸ Terán, 1991, pág. 34 y sig.

de la producción cultural vigente; este intento da cuenta de los diversos procesos que se daban en el seno de la intelectualidad argentina.³³⁹

El golpe de 1955 operó una recomposición que tuvo efectos profundos en los vínculos de la intelectualidad de izquierdas con la élite liberal, que se había mantenido en sus posiciones antiperonistas. La persistencia del peronismo, la adhesión de los trabajadores operó fracturas en el campo liberal. Y si bien se mantenían las lecturas anteriores, también se comenzaba a buscar una comprensión del peronismo (Sartre y Martínez Estrada pueden ejemplificar este proceso).³⁴⁰ Las polémicas en el campo liberal fueron sonadas: Borges-Sábato, Martínez Estrada.

Sin embargo, se mantenía un profundo desacuerdo entre la franja crítica y las posiciones liberales, debido a la proscripción del peronismo, que nucleaba al grueso de la clase obrera argentina. Esta recolocación del peronismo “conllevó una redefinición de la franja crítica dentro del espectro político-cultural y confirmó uno de los rasgos centrales del nacimiento de la nueva izquierda argentina en el campo intelectual” (Terán, 1991, pág. 50). Y el autor subraya que en esa polémica entre la franja denunciacionista y la liberal la figura de Roberto Arlt resultaría apta para oponerse a las posiciones liberales.

Desde la franja crítica los análisis del peronismo crecían en complejidad, y se utilizaban categorías sartreanas, marxistas y nacional-populares. Aquí puede mencionarse al grupo Contorno, Masotta, David Viñas, Rozitchner, Sebrelí, gente que hemos nombrado anteriormente.

Otro intento de recolocación y comprensión fue hecho por intelectuales que comenzaron en el partido comunista y que fueron luego expulsados: nucleados en la editorial Pasado y Presente, se adscribían al pensamiento de Gramsci. Su esfuerzo en

³³⁹ Puede verse un detallado análisis de la relación entre la universidad y el peronismo en Mangone y Warley (1984).

³⁴⁰ Sábato (“El otro rostro del peronismo”) (1956) intenta separar al peronismo como acontecimiento social de las características de su líder. Planteando al jefe demagogo, Sábato exculpaba a las masas, que buscaban la justicia social (y sus adversarios políticos no). Otra interpretación consistía en considerar a Perón como el líder perverso, junto a unas masas candorosas e inocentes; esa posición conducía al populismo.

difundir las tesis marxistas que permitieran un abordaje diferente al de la izquierda tradicional fue considerable (Portantiero, Aricó, etc.).³⁴¹

3) En tercer lugar, en la consideración de estos grandes “nudos” de problemas hay que abordar el antiliberalismo que conformó muchas de las polémicas de esos años. Como acertadamente señala Terán, la izquierda, desde la relectura del peronismo revisará su concepción del liberalismo, que ya no será considerado como un escalón en el progreso argentino, sino una etapa de la dependencia nacional.³⁴²

La izquierda busca nuevos interlocutores. Surgen elaboraciones donde el nacionalismo es entretelado con el marxismo. Una figura representativa sería Hernández Arregui (“Qué es el ser nacional?”). También Héctor P. Agosti, intelectual comunista, que también propondrá una posición antiliberal. Distingue entre una tradición liberal y una democrática. Otros intelectuales marxistas también postulan esa crítica al liberalismo: Portantiero, Rozitchner. Todos ellos sospechan de la democracia (de la “democracia liberal burguesa”).

El sistema de valores liberales criticados se identifica con una desprestigiada figura: “lo burgués”, que se tornó una categoría rechazada, negativamente moralizada. El intelectual se comprende como un enemigo del establishment y de las normas. Es el momento de algunos discursos nihilistas, que expresan diversas frustraciones de las clases medias después del peronismo, hablarán de la sociedad decadente (un ejemplo de esa sensibilidad lo daría el cine de Antonioni).

Se llegó a pensar que el capitalismo había tocado los límites estructurales de su capacidad de desarrollo. Entretanto, algunos sectores de la izquierda denunciaban el carácter parasitario de la burguesía argentina (y latinoamericana) y la consideraban una clase contrarrevolucionaria y antinacional. La literatura de Cortázar también iba en la línea de la desvalorización de esa figura social (de lo burgués) para exaltar la figura del revolucionario comprometido, encarnado en el Che Guevara.

³⁴¹ Puede verse: Portantiero, 1977 y Aricó, 1988.

³⁴² Terán, 1991, pág. 63 y sig.

A estas críticas nacidas en la franja denunciante de adscripción marxista también se le suman las hechas desde posiciones nacional-populistas, como Jauretche (“El medio pelo”). El cine de Torre Nilson será exponente también de estas críticas al liberalismo.

La impugnación a este estilo de la burguesía es ilustrado por la figura de Roberto Arlt, que denuncia la mediocridad e hipocresía burguesas (Arlt sería una figura relevante para Pichon-Rivière). En un texto en que analiza la obra de Arlt, Masotta (1965) se refiere a la humillación, sentimiento abordado por el autor de “Los siete locos”. El cinismo, la mentira, la traición, la mediocridad, el fingimiento, serán las maneras en que se describe ese sentimiento, propio de los humillados.

Lo que había sido considerado como decadencia burguesa, como límite de desarrollo del capitalismo, etc., puede observarse en una categoría que parecía dar cuenta de ese mundo decadente: la “alienación”.³⁴³ Como se ve, eran diversas las formas en que la figura del intelectual comprometido –seguido posteriormente por la idea del intelectual orgánico– iba conformando parte del universo ideológico de la izquierda, y a la vez, se difundía de forma genérica en el conjunto social.

En todo caso, todos estos movimientos de recomposición ideológica, junto a los pasajes de una posición a otra remiten a una categoría fundamental, que provenía del existencialismo: la idea de totalidad. Se consideraban necesarias respuestas políticamente definidas, y totalizadoras. La búsqueda de la totalidad (reforzada por lo fragmentario de los discursos frente a los cambios políticos y sociales que se sucedían en Argentina) se convertía en el elemento principal de las reflexiones de la intelectualidad crítica argentina. Sartre continuaba siendo un referente. A lo que se agregaría Gramsci.

En este punto Terán apunta elementos para una comprensión global de las contradicciones que viviría la izquierda pocos años después: sostiene que esa noción de totalidad habría contribuido a dar a las doctrinas una presunta autoconsistencia que trabó las posibilidades de un debate plural y permisivo: “los principios comenzaron a lucir como trincheras, la polarización doctrinaria se profundizó y no pocas veces el maniqueísmo fue

³⁴³ Terán, 1991, pág. 70.

penetrando el estilo de las intervenciones teóricas” y “el pasado argentino tendió a esclarecerse súbitamente...” (Terán, 1991, pág. 71).

4) Otro elemento fundamental a considerar en esta descripción de la década lo constituye el proceso de modernización. Es una época de optimismo generalizado y la modernización cultural alcanza unas cotas desconocidas en otros momentos. El consumo de la clase media se transforma, las ideologías dominantes se expresan de una forma antitradicional, la universidad se encuentra en plena expansión científicista. La creencia en el cambio social como una característica fundamental en el mundo es generalizada.

En el campo cultural se da una profunda renovación, y la puesta en escena de las carreras de psicología y sociología (creadas en 1957) conmocionaban los presupuestos de las antiguas disciplinas (la historia, la filosofía, el ensayismo). La creación de las carreras de psicología y sociología tuvo un profundo alcance en el campo intelectual, y mostró una fuerte capacidad de influencia en un público de clases medias. La introducción de las ciencias sociales en la universidad fue parte importante en ese movimiento de modernización cultural.

Gino Germani constituye la figura destacada en ese movimiento de renovación teórica e ideológica. Propuso una lectura sociológica apoyada en la sociología norteamericana, pero también elaboró una versión de la modernización que tuvo influencias en ámbitos extracadémicos. En un texto que relata esos primeros años de la sociología en Argentina, Delich propone un interesante análisis del lugar que ocupó Germani en esa renovación intelectual³⁴⁴. Impulsor de la “sociología científica”, sus aportaciones implicaron un corte con los “ensayos sociológico” realizados hasta ese momento; ensayos ontológico-intuicionistas en opinión de Terán.

Germani, en su difundido texto “Política y sociedad en una época de transición” propone una interpretación del proceso de modernización: se trata de la coexistencia de

³⁴⁴ “Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología en Argentina” (Delich, 1977). También “Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX” (Marsal, 1979). Del mismo autor, 1965.

modernidad y tradicionalismo y su especificidad en Argentina, y propone un modelo de desarrollo por etapas.³⁴⁵

Un elemento a destacar que tuvo múltiples consecuencias en el campo intelectual se refiere a la conflictividad que hubo entre las nuevas carreras y la izquierda. Esas disputas parecen haber tenido influencias que excedían el marco universitario propiamente dicho. Parte del proceso de expansión del psicoanálisis que se ha descrito ante parece relacionado con esta situación.

En la medida que desde la izquierda se construía un discurso que enfatizaba en la dependencia las ciencias sociales quedaban en una difícil posición: como instrumentos de la política imperialista (en momentos se llegó a considerar a Germani como representante de la sociología norteamericana, en un excesivo intento de definición de cada personaje) o por el contrario, como campo para el avance de las posiciones de la izquierda.

Durante toda la década del 60 y parte de la siguiente esta relación mantendrá una alta conflictividad. Frente a la pretensión de neutralidad de la ciencia sostenida por el positivismo lógico, la izquierda propondría un análisis radical. El cientificismo, una categoría que servía para esa confrontación.³⁴⁶ Más allá de los excesos de la polémica, que condujo en momentos a enfrentamientos sonados, la nueva izquierda se desarrolló en el calor de esa confrontación: el campo cultural no es un campo neutral, al contrario, constituiría un campo de polémica y lucha ideológica.

Por último, hay que señalar un elemento que jugó un importante papel en la circulación de todos estos discursos propios de la franja crítica en el conjunto social argentino: diversas publicaciones masivas divulgaron ampliamente todo ese conjunto de polémica, además de formar parte activa en la gestación de esas nuevas ideologías. Se trataba de un público ampliado, crecido a la vera de la élite intelectual de los 60. Ejemplos

³⁴⁵ Ese texto, de principios de los 60 y algunos posteriores en la misma línea constituyen los aportes más difundidos de Germani. Sin embargo, también la pérdida de confianza en ese proceso de modernización y algunos de los supuestos ideológicos que le acompañaban parecen haber influido en Germani. En sus últimos años –y tal como afirma Delich (1977)– el introductor de la sociología científica en Argentina parecía haber realizado un importante cambio de orientación. Puede verse Germani, 1973. También del mismo autor, 1969 y 1971.

³⁴⁶ Puede verse Klimovsky, Varsavsky y otros (1975). También la polémica de Bleger (1973a) con algunas tesis de Varsavsky.

de esta difusión fueron la editorial EUDEBA, la revista Primera Plana, y otras de perspectiva similar.³⁴⁷

Podemos finalizar aquí estas notas sobre el contexto ideológico (principalmente intelectual) que serviría de soporte a la producción de Pichon-Rivière. Como intelectual perteneciente al bloque denominado como franja crítica o denunciante, los elementos señalados tuvieron una activa presencia en su producción. Puede pensarse en cuestiones como la comunicación, la alienación, el cambio, etc., como ejemplos ilustrativos.

³⁴⁷ Terán, 1991, pág. 81 y sig.

Capítulo 8. AVATARES Y CONFLICTOS INSTITUCIONALES.

8.1. Conflictos grupales.

Los grupos de analistas y su compleja articulación: la formación y el análisis didáctico.

Los conflictos grupales en el movimiento psicoanalítico tienen larga data; desde antes incluso de la institucionalización del análisis didáctico. Ya en 1914 Freud se mostraba escéptico en cuanto a la posibilidad de establecer buenas relaciones entre los miembros de la asociación. En su texto “Historia del movimiento psicoanalítico”³⁴⁸ decía: “No conseguí, en efecto, establecer entre sus miembros [el grupo inicial de discípulos] aquel acuerdo que debe reinar entre hombres consagrados a una misma ardua labor, ni tampoco ahogar las disputas sobre prioridad, a las que el trabajo común daba frecuente ocasión” (1914a, pág. 1906).

En esa época no se había establecido el análisis didáctico, ni la necesidad del análisis personal para practicar el psicoanálisis. Será a partir de 1918 cuando se comience a plantear el análisis del psicoanalista como requisito para la práctica analítica. Las primeras asociaciones se organizaban en una estructura maestro-discípulo, incluso desde antes de la institucionalización del análisis didáctico; a partir de ese

³⁴⁸ Este texto de 1914 es obligado en cualquier análisis de la historia y desarrollo del movimiento psicoanalítico. En él, y en otros textos, Freud se ocupó de establecer con claridad los sucesos y dimensiones que –según su propio análisis– conformaron el movimiento. Se ha afirmado que diversos textos teóricos importantes de Freud fueron escritos no sólo como resultado de la investigación psicoanalítica –el trabajo clínico con sus pacientes, y la reflexión y debate con sus discípulos– sino también a partir de la reflexión y análisis que hacía Freud de esos vínculos y sus conflictos (con Adler, Jung, Rank, Ferenczi, etc.). Así, por ejemplo, se ha señalado frecuentemente que el texto de 1912, “Tótem y tabú” parece haber tenido como fondo las crecientes dificultades con Jung.

momento, se consolidaría fuertemente esa estructuración grupal organizada alrededor de un líder. Así, Freud en Viena, y luego Ferenczi en Budapest, Abraham en Berlín, Jones en Londres, años después Lacan, en París. Y si bien el liderazgo de Melanie Klein no puede ser descripto en los mismos términos, parece claro que su condición de mujer constituyó un elemento diferencial importante.

Esa forma de organización alrededor de la relación maestro-discípulo permitió un desarrollo fructífero de las ideas psicoanalíticas, aunque en ocasiones conducía a la multiplicación de escuelas o tendencias rivales –organizadas alrededor del líder–, con lo cual peligraba la unidad teórica y conceptual de la arquitectura psicoanalítica. El poder de los analistas didactas constituyó el núcleo fundamental de muchas de las pugnas y debates en el movimiento psicoanalítico.

Esta problemática tuvo diversos intentos de resolución. Por ejemplo, se creó la figura de la supervisión –trabajo realizado por los candidatos con otro analista que no sea su didacta–, así como otras medidas en ese sentido. La creación de los Institutos de Psicoanálisis –organización encargada de la formación teórica y técnica de los candidatos– constituyó también una forma de consolidar la unidad necesaria en la organización psicoanalítica. Con el paso del tiempo, y a medida que el movimiento psicoanalítico fue tomando mayor envergadura organizativa, las formas y criterios utilizados por las asociaciones en cuanto a la formación de sus miembros fueron variando, al igual que su propia organización.³⁴⁹

Sin embargo, los conflictos, las rivalidades y las pugnas se constituyeron en algo persistente en las asociaciones. En realidad, el principio mismo de la organización psicoanalítica, la dupla analista didacta-candidato en formación implicaba una fuente potencial permanente de ese tipo de conflictos. Puede decirse que ese núcleo conflictivo reside en la estructuración misma de las organizaciones psicoanalíticas.

³⁴⁹ Se establecieron diversas categorías de miembros: adherentes, titulares, didactas, y diversos requisitos de ingreso. Los Institutos –encargados de la formación– están separados de las Asociaciones. Y el análisis didáctico funciona como el eje fundamental de la formación. En cuanto a la categoría de “candidato” es variable: si bien quien le admite es una comisión de la asociación, es el analista didacta quien informa de la viabilidad de esa petición de ingreso. Se requieren, en general, varios años de análisis para la recomendación del didacta; a partir de lo que se accede al Instituto, donde se realizan varios años de cursos y seminarios, además de las supervisiones de casos realizados por el candidato. Un elemento que es relativamente variable está dado por la mayor o menor rigidez en la modalidad de la formación: desde Institutos con programas muy cerrados a otros muy abiertos.

En Argentina, la formación en la APA no estuvo muy reglamentada hasta 1945, cuando se crea el Instituto de Psicoanálisis. En esa época prácticamente todos los candidatos eran miembros del grupo informal que funcionaba ya desde antes de la formación de la asociación. Posteriormente, la formación tendió al modelo más cerrado –influyeron los diversos acontecimientos que se han relatado en los capítulos anteriores–: se restringió la admisión de candidatos, que debían contar con la aprobación del analista y atravesar un mecanismo de aprobación severo, antes de ingresar a una programa rígido de seminarios y supervisiones. En la década del sesenta las restricciones se vieron incrementadas: tanto por el alargamiento de la espera para lograr la admisión como por la prolongación de los seminarios (de tres a cuatro años).

Después de la crisis que culminó con las renuncias de los sectores críticos – nucleados en los grupos Plataforma y Documento– en 1971, el Instituto realizó una apertura: todos los miembros titulares fueron considerados didactas, y los candidatos pudieron confeccionar su programa, y elegir entre seminarios y cursos diversos. La disconformidad con ese modelo abierto provocó que una corriente interna se escindiera de la APA y formara una asociación nueva: la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, APDEBA. Ambas asociaciones operan con modelos diferentes de formación, si bien se mantienen en la misma perspectiva, dada por su pertenencia a la asociación internacional, la IPA.

Si bien las diversas modalidades de ingreso, los seminarios, las supervisiones, y en fin, las actividades organizadas por los Institutos inciden de forma determinante en la configuración de cualquier asociación psicoanalítica, el núcleo fundamental reside en la relación analista-analizando, es decir, en el análisis didáctico.

Analista didacta y paciente o candidato en formación, son los polos constitutivos de ese núcleo. El análisis didáctico no sólo constituirá un análisis terapéutico –como todo análisis– sino que en muchas corrientes psicoanalíticas, ha funcionado como un proceso de socialización. El analista didacta es tomado –con frecuencia– como modelo por el candidato.

Si bien se realizaron diversos esfuerzos para evitar, o desgastar esa dimensión identificatoria –tanto en cuanto a mecanismos de gestión (como la supervisión), de subdivisiones en el poder (la autonomía de los Institutos), como de llamamientos éticos– en realidad no parece haberse logrado esos objetivos de manera satisfactoria Tal

conclusión parece evidente si se siguen los distintos debates surgidos alrededor de la formación y del análisis didáctico a lo largo de la historia de la asociación.

Las grandes polémicas habidas en el psicoanálisis argentino –y en el internacional, si bien con otros matices– giraron alrededor del problema de la formación, y específicamente, del poder de los analistas didactas.³⁵⁰

La especificidad de la APA: un grupo de iguales.

En los primeros años la APA estaba constituida por un grupo pequeño, estrechamente unido. Más aún, se trataba del grupo que había fundado la asociación (mediante una aceptación provisional en 1942, será recién en 1949 cuando sea reconocida oficialmente por la IPA, con todos sus derechos).

Ese origen determinó que la estructura tuviera un sesgo de horizontalidad muy preciso, a diferencia de la mayoría de las asociaciones de otros países. Si bien Garma y Cárcamo eran los primeros analistas, no se daba una relación de maestro-discípulo entre ellos y sus primeros analizandos, y ni siquiera se tornaron claramente líderes organizativos. Por el lado de Cárcamo, nunca se mostró interesado en liderar la organización. Por su parte, Garma antes que un maestro era un “primum inter pares”. Por el lado de Rascovsky y Pichon-Rivière, aunque se analizaron con Garma, no dependían de su analista en cuanto a su capacidad para atender pacientes, ambos habían definido con claridad su competencia profesionales cuando comenzaron a analizarse. Y Marie Langer, aun cuando su posición era la menos consolidada –era refugiada política– tenía una historia ya hecha en cuanto a la formación y al análisis realizado en Europa.

Este “grupo de iguales” –o en todo caso, este grupo con dos líderes sin demasiado poder– pudo, posiblemente por esa misma condición, generar un amplio movimiento que hizo llegar las ideas psicoanalíticas a diversos espacios sociales e institucionales. Es verdad que ya desde el inicio se dieron dos subgrupos, si bien ninguno de ellos tuvo una identidad diferenciada claramente del otro. Puede ser

³⁵⁰ El movimiento de crítica que condujo a la renuncia de bastantes analistas en Argentina no sólo constituyó un movimiento local, también se verificó esa dimensión crítica en otras asociaciones – Plataforma Internacional es su ejemplo más importante–. En el mismo sentido, cabe mencionar que la renuncia de Lacan en 1953 a la asociación francesa y sus fuertes críticas a la IPA se basaron en la polémica sobre la técnica analítica, y fundamentalmente, sobre el análisis didáctico. La fórmula lacaniana para referirse a su propia posición es: “la cuestión del pase”, una referencia a la complejidad existente en la forma y fondo de la autoridad de un analista para “autorizar” a un analizando a que devenga analista.

entendido desde la diferencia Garma–Cárcamo, posteriormente representada por Rascovsky–Marie Langer. En todo caso, esta división es esquemática, a lo largo de los años las posiciones se fueron haciendo muy complejas y poco evidentes.

Otro factor que minimizaba la dependencia entre didactas y candidatos lo constituyó el hecho de que muchos de los candidatos iniciales provenían de otros países. Fueron a Argentina –en bastantes casos mediante las “becas de honor” de la fundación Francisco Muñoz– provenientes de Brasil, de México, y de otros países latinoamericanos; después de completar la formación retornaban a sus países de origen.³⁵¹

Por otra parte, bastantes de los candidatos iniciales tenían una clara formación previa (Krapf, Racker, Tallafiero) y además, no dependían económicamente de sus pacientes, ya que provenían de familias acomodadas (como el caso de Abadi o Rodríguez). Por último, cabe mencionar a Arminda Aberastury –en esa época esposa de Pichon-Rivière–, que sería una de las más importantes iniciadoras del psicoanálisis de niños pocos años después, se mostró siempre independiente de Pichon; y a Elizabeth Goode –esposa de Garma– que años después sería psicoanalista de niños y adolescentes.

Si en los primeros años –la década del 40– la primacía del grupo de iguales permitió mantener una conflictualidad baja, y que en todo caso era resuelta por “fuera” de la misma asociación, la situación cambiará en las décadas siguientes. En los años 50 y 60 el peso de la institucionalización comienza a ser creciente y va tomando formas organizativas diversas. Más aún, es el peso de la organización internacional lo que devendrá en principio organizador.

El peso de la institucionalización: el kleinianismo como principio organizador institucional.

La APA sería reconocida oficialmente por la IPA en 1949, en el primer congreso internacional después de la guerra. El psicoanálisis anglosajón comenzaba a ser hegemónico en el conjunto del movimiento psicoanalítico.

³⁵¹ Puede verse en el artículo “Historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano” (Cesio, 1981) un amplio y pormenorizado análisis de ese desarrollo.

Las asociaciones de centroeuropa fueron prácticamente inexistentes a partir del avance del nazismo –sus líderes se exiliaron– y en EE.UU. se estableció una organización autónoma, aunque dentro del movimiento internacional. En Francia, la renuncia de Lacan en 1953 debilitó profundamente a la asociación de ese país. En España el psicoanálisis era prácticamente inexistente.

Londres se transformó en el centro del movimiento psicoanalítico internacional, dirigido por Ernest Jones y también por Anna Freud. El psicoanálisis argentino se acercó a ese centro, incluso la aceptación provisional de la APA en 1942 había sido realizada bajo la presidencia de Jones. Si Alemania y Francia habían sido los centros culturales y científicos a los que viajaban los profesionales argentinos antes de los 40, a partir de los 50 será Londres quien ocupe ese lugar –por lo menos en cuanto a los interesados en el psicoanálisis–.

En Argentina se tradujo la obra de Melanie Klein. Y los psicoanalistas argentinos comenzaron a estudiar inglés. La lengua fundamental para el estudio en profundidad de la obra freudiana era el inglés, antes de la guerra había sido el alemán.³⁵²

El psicoanálisis argentino se encuadraba dentro de la corriente kleiniana, y el intercambio entre Buenos Aires y Londres sería importante. Muchos de los analistas viajaron a Londres (Rodrigué, entre otros), el esfuerzo de traducción realizado desde la APA fue ingente. También fueron importantes las visitas de algunos psicoanalistas anglosajones: en 1956 y en 1958 Hanna Segal –una de las discípulas más importantes de Melanie Klein– estuvo en Buenos Aires; Donald Meltzer lo hizo en 1964. También W.R. Bion visitó Argentina hacia esos años.³⁵³

La perspectiva kleiniana fue hegemónica en el psicoanálisis argentino y eso produjo diversos efectos tanto en el plano organizativo como a nivel teórico y técnico.

³⁵² Se han realizado diversos intentos de explicación del alcance de esta variación lingüística. Se ha dicho que este “deslizamiento” del alemán hacia el inglés indicaría un abandono de las tesis de Freud –que escribía en alemán– por las tesis kleinianas –escritas en inglés–. Más allá de la simplicidad evidente de la analogía –más aún si los argumentos provienen básicamente desde lecturas realizadas “en francés”...–, en todo caso parece indicar un movimiento bastante más complejo que un cambio “instrumental” de traducciones de textos. Lengua madre, lengua extranjera, lugar del padre como posibilidad de inscripción en el lenguaje. Un texto de Freud que puede incentivar la reflexión sobre esta cuestión, mostrando la relación entre la instancia paterna y el acceso a la palabra –hablada, escrita– es: Moisés y la religión monoteísta (1939).

³⁵³ En esa época, Bion también fue a Brasil. Si bien corresponde a algunos años más tarde –años 70–, puede observarse perfectamente el enfoque de trabajo que hemos mencionado en dos textos publicados posteriormente: “Seminarios clínicos y cuatro textos” (1992) y “Seminarios de Psicoanálisis” (1974).

Lo que interesa destacar ahora es el alto grado de esquematización y ordenación conceptual de la perspectiva kleiniana. Su coherencia era notable –si bien a costa de una considerable simplificación y en ocasiones, cierto reduccionismo–, frente a la complejidad –no exenta de contradicciones– de la obra del creador del psicoanálisis. Un efecto de esa coherencia era que permitía ordenar y organizar, con la rigidez considerada necesaria, la práctica analítica. Permitía legislar –en nombre de la doctrina y del corpus teórico– sobre la relación analítica, en definitiva sobre la relación analista didacta-paciente en formación.

Para la perspectiva kleiniana, era fundamental el establecimiento de un encuadre muy estricto en la relación analítica. El ‘adentro’ y el ‘afuera’ –como se decía entonces– debían estar precisados con absoluta claridad. Y era una cuestión fundamental aislar la relación analítica de toda perturbación externa.³⁵⁴

La estricta reglamentación del setting analítico produjo una línea de corte entre el pasado, cuando el agrupamiento psicoanalítico era pequeño y las relaciones eran estrechas y ese momento de expansión, cuando aún los analistas de la APA no eran demasiado numerosos, si bien el intercambio entre analistas, candidatos y pacientes no candidatos comenzaba a ser considerable.

El setting kleiniano traía como consecuencia un distanciamiento entre los analistas y sus pacientes en la vida cotidiana: los analistas se mantenían en sus grupos, pero éstos serían ya más homogéneos y jerárquicos, para evitar “contaminaciones”.

³⁵⁴ En Buenos Aires, Hanna Segal planteó que un analista no podía tener otra relación que no fuera didáctica con su analizando, y que el análisis didáctico debía ser de cuatro horas semanales. La tarea del analista era la de interpretar, renunciando a responder a las solicitudes de ayuda del analizado, así como a cualquier otra transacción amistosa. De inmediato, los analistas argentinos de orientación kleiniana avisaron a sus candidatos que no podían participar más en sus seminarios o grupos de estudio, como era habitual. Todos los análisis didácticos, y siempre que fuera posible, los análisis terapéuticos, pasaron a tener cuatro horas semanales o más (años después, si no se realizaban cuatro sesiones se decía que eso no era un análisis propiamente dicho, sino una terapia psicoanalítica). Los análisis conducidos por los candidatos bajo supervisión didáctica también tuvieron que contar con estas reglas.

Donald Meltzer proponía reglas aun más severas en los tratamientos psicoanalíticos. Por ejemplo, insistía en sus seminarios, que nunca había que darle la espalda al paciente, quien al estar acostado en el diván quedaba siempre bajo la mirada del analista y sin reciprocidad visual posible. Lógicamente, debía evitarse todo contacto social entre analista y paciente fuera de las sesiones, extremando la precaución freudiana de neutralidad del analista que no debe expresar sus gustos y opiniones personales al paciente (decía que en las paredes de su consultorio no tenía ningún adorno).

Estas viñetas referidas a propuestas provenientes de la “autoridad” kleiniana –tanto en lo teórico como en lo organizativo– están expuestas en el texto ya mencionado, “Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino” (Balán, 1991), y el autor las extrae de diversas entrevistas realizadas a destacados psicoanalistas que fueron testigos relevantes en esos años. En todo caso, constituyen parte de

Como es evidente, los efectos de estas modificaciones eran múltiples y complejos. Por una parte, impedían que el excesivo “familiarismo” afectara el trabajo y el desarrollo de la asociación, pero por otro, conducían a un refuerzo de los vínculos intragrupo que, consecuentemente, aislaba y distanciaba a uno de otro. Además, si bien el setting era mantenido efectivamente entre analista y analizando, esto no era tan evidente en el juego colectivo: si bien la restricción formal se cumplía –exclusión radical de los contactos entre analista y analizando– parece haberse producido cierto efecto contrario: lo que fue prohibido, retornaba, en una suerte de retorno de lo reprimido, pero sin que se pudiera encausar toda la conflictividad resultante.

La expansión del psicoanálisis, su difusión en diversos medios culturales e institucionales, el contacto de sus miembros con sectores cada vez más amplios de pacientes constituía un factor adicional que se sumaba a los conflictos grupales.

Las rivalidades entre analistas y entre los diversos grupos –frente a las cuales el mismo Freud se había encontrado sin posibilidades de combatirlas con éxito– tomaron un peso importante.

La expansión del psicoanálisis y el comienzo del debate organizativo.

Expansión del psicoanálisis –incluso se habló del “boom” del psicoanálisis– y consecuentemente crisis en la organización. La expansión del psicoanálisis, es decir, la ampliación en cuanto a los pacientes, el número creciente de candidatos en espera, las diversas demandas institucionales que rodeaban a los psicoanalistas, y en fin, la propia difusión implicada en las propuestas diversas de formación –universidad (medicina y psicología), grupos de estudio y organizaciones independientes de la asociación– si bien ampliaba el campo de aplicación, por otra parte permitía también la expansión de las rivalidades entre grupos y entre los líderes de esos grupos.

Una precisión de toda esta situación la da Marie Langer cuando describe la situación mediante una conocida “ecuación” grupal: cuando el grupo es pequeño y debe preocuparse por su existencia, el enemigo está afuera, cuando el grupo se consolida y expande, el enemigo está dentro. Así, afirmará: “Mientras una asociación psicoanalítica

un corpus teórico y clínico que, si bien de manera suavizada, se ha mantenido hasta el presente, y no sólo

es pequeña y lucha por su sobrevivencia, la pugna se orienta hacia el afuera, contra el mundo no analizado que ofrece resistencia al saber analítico; pero en la medida en que una agrupación de este género es reconocida, y la APA lo fue muy pronto y creció muy rápidamente, la lucha se va hacia adentro y la tensión consecuente aumenta” (Langer, 1981, pág. 92).

Se han elaborado múltiples intentos de comprensión psicoanalítica acerca de los conflictos grupales e institucionales. Puede ser pertinente esbozar aquí un desarrollo posterior al mencionado, y más ligado a concepciones freudianas –antes que bionianas–. La hipótesis fundamental es la siguiente: cuando existe un mayor desarrollo institucional (la masa artificial que describe Freud), donde prima la organización, las jerarquías y las funciones, se reconocerían rasgos paralelos a las neurosis obsesivas. Si bien el individuo tiene un lugar claro –la pertenencia está lograda– el problema residirá en la colocación del grupo hostil. Aquí el grupo hostil es colocado dentro del propio grupo –hay mayor distancia con el ideal–, la disociación es menor que en el momento previo, cuando el grupo hostil podía ser colocado “fuera” –en una operación donde la distancia con el ideal es menor, y la omnipotencia es mayor–. Así, esa disminución de la disociación (entre lo bueno y lo malo) permite incluir dentro del propio grupo tanto los aspectos de conservación como los de ruptura. Habrá por lo tanto, subgrupos o individuos portadores del orden y la pureza, y otros tantos portadores del caos, de la desviación. Serán necesarias las purgas. Es lo que se conoce, popularmente, como los ‘chivos expiatorios’, o líderes de la desviación. Así, el campo queda dividido entre quienes se esfuerzan por expulsar el vicio o el caos del grupo, y quienes se identifican con lo desordenado.³⁵⁵

Los múltiples conflictos grupales que existían en la organización llevaron a Angel Garma (que era su presidente) a convocar un simposio en 1959 sobre “el espinoso asunto de las relaciones entre los analistas”. El tema luego fue tratado en el Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis de Chile, en 1960.

Según Marie Langer, “...El simposium fue un intento de restablecer la unidad perdida de nuestra Asociación; desde luego fue un intento fallido porque los discursos

entre los psicoanalistas adscriptos a la corriente kleiniana.

³⁵⁵ Puede verse una exposición de esta perspectiva en algunos textos de David Maldivsky (1991, 1996). También, desde una perspectiva centrada en el análisis institucional, en René Lourau (1970) y en Félix Guattari (1972).

exclusivamente analíticos que fueron empleados en la discusión y en el intento de comprensión únicamente a nivel libidinal del problema no bastaban para aclarar y definir las diferencias y las complicaciones institucionales. La extraviada unidad llevó finalmente a la ruptura, en la cual sí se explicita finalmente lo ideológico; en 1971 se separan de la APA los grupos numerosos de psicoanalistas, Plataforma y Documento” (Langer, 1981, pág. 93).

La lectura de Langer de los conflictos internos de la asociación apuntan al debate ideológico, debate que si bien se fue gestando durante toda la década, tuvo su resolución a fines de los 60, cuando la crisis de la APA llegó a su punto culminante, con la renuncia de numerosos psicoanalistas jóvenes y algunos didactas. Es importante la mención que realiza entre “la comprensión a nivel libidinal del problema” y “lo ideológico”, que por una parte enfatiza la diferencia entre la lectura psicoanalítica y la lectura política de la situación institucional, y a la vez, denuncia el apoliticismo que se deriva de las lecturas “psicologistas”. Esta crítica será expresada de forma expresa al referirse a uno de los líderes del grupo contrario: Arnaldo Rascovsky, quien intentaría dar explicaciones sobre la situación política argentina hablando del odio entre padres e hijos; la teoría del filicidio sería ácidamente contestada por Marie Langer –e igualmente rechazada por otros psicoanalistas–.

Como sea, hubo diversas expresiones críticas en el simposio de 1959 y en el congreso de 1960.

Algunos ejercicios críticos.

El debate que abre la década del 60 muestra el tipo y nivel de los problemas que enfrentará el movimiento psicoanalítico: la organización analítica y la práctica analítica serán sus ejes principales.

En el simposio de 1959 (Buenos Aires) y en el congreso de 1960 (Chile) hubo diversas exposiciones que coincidían en un análisis crítico alrededor de esos asuntos.

Vale la pena mencionar algunas de ellas, pues muestran la forma que tomaba el debate sobre el papel de los grupos de analistas, la relación entre analistas y candidatos. Y si bien los análisis son críticos y evidencian el alto grado de conflictualidad que existía en la organización psicoanalítica –la que se mantendrá a lo largo de toda la

década– son demostrativos del fuerte y sostenido intento de explicitación y comprensión del conflicto existente entre sus miembros.

Si bien en algunas líneas argumentales hay rasgos de racionalizaciones y simplificaciones, es evidente el intento de utilizar el instrumental teórico dado por la propia perspectiva psicoanalítica para comprender los conflictos que surgían. Puede encontrarse rasgos de lo que posteriormente se llamará “análisis institucional”, e incluso del enfoque ‘crítica-autocrítica’ elaborado en la izquierda política. Debe tenerse en cuenta que en esos años el clima cultural en Argentina comenzaba a incluir con claridad fuertes componentes de la crítica de la izquierda, a través del pensamiento de Jean Paul Sartre, los inicios de la experiencia cubana, etc.³⁵⁶ En todo caso, queda como interrogante si una organización institucional edificada en torno a las ideas psicoanalíticas posee o no una especificidad tanto en cuanto a sus líderes, como en cuanto a sus movimientos grupales. Y por lo tanto, en cuanto a sus efectos de poder –de control y de sujeción– sobre sus miembros. La apuesta de Freud –y su esperanza– era que la herramienta psicoanalítica permitiera una elaboración más acorde con la subjetividad y menos alienada.

Los trabajos presentados al simposio de 1959 fueron publicados en la Revista de Psicoanálisis ese mismo año.³⁵⁷ También en el congreso de 1960 hubo diversos trabajos

³⁵⁶ Algunos aspectos de este contexto ideológico-cultural son expuestos en el capítulo 7.

³⁵⁷ Los temas y enfoques fueron amplios:

Abadi, M. “El coro y el héroe”.

-”El grupo psicoanalítico como sociedad secreta”.

-”Las sociedades secretas. Aproximación a su esclarecimiento”.

Aberastury, A. “La filosofía del hecho consumado y su repercusión en la formación psicoanalítica”.

APA. “Nota: Symposium sobre ‘relaciones entre psicoanalistas’”.

Evelson, E. y V. de Grinberg, R. “Relaciones entre analistas de adultos y de niños”.

Evelson, E., V. de Grinberg, R., Smolensky, G. y Teper, E. “Respuesta emocional de un grupo de estudio frente al symposium”.

Garma, A. “Algunos contenidos latentes de las discordias entre analistas”.

-”Cómo mejorar las relaciones entre psicoanalistas”.

Grinberg, L. “Palabras de apertura al symposium de 1959 sobre “relaciones entre psicoanalistas””.

-”Vicisitudes de las relaciones entre analistas y sus motivaciones”.

Langer, M. “Ideología e idealización”.

Lieberman, D. “Actuación y realización en las relaciones humanas entre analistas”.

Lustig de Ferrer, S. “Mis vivencias de pregraduado frente a las relaciones entre analistas”.

Ostrov, L. “Sobre algunos aspectos específicos de las relaciones entre analistas”.

Rascovsky, A., W. de Rascovsky, M. y Pastrana, H. “Formación y evolución de un grupo de estudios”.

Rovatti, J. “Relaciones entre candidatos”.

Salas Subirat, E.J. “Visión retrospectiva desde tercer año de seminario”.

que abordaron diversos conflictos en relación a la práctica psicoanalítica y a la organización; fueron publicados en un número extraordinario, en 1961.³⁵⁸

A continuación se mencionan algunos aspectos de los temas abordados por Abadi, Langer, Baranger y Garbarino.

Mauricio Abadi sostuvo que las asociaciones psicoanalíticas presentaban rasgos típicos de las sociedades secretas, caracterizadas por el uso de rituales y el aislamiento total del medio. Ese encierro cumplía la función de reforzar la identidad del analista a costa de limitar su radio de acción. Se transformaba en una profesión de especialización creciente en vez de una filosofía de vida, se separaba o disociaba el quehacer profesional de la vida fuera de los consultorios. Abadi planteará la relación entre ciencia y artesanía, y entre profesión e ideología; también considerará al psicoanálisis como una propuesta de transformación, lo que exigía una elaboración de los supuestos ideológicos en juego. Como se ve, una posición crítica con la situación, si bien la actitud esperanzada en cuanto a las posibilidades de avance no le iban en saga.

“Una cierta tentativa de inmovilización, con un carácter casi religioso, de nuestras conjeturas teóricas, elevadas a la categoría de dogmas, o de ciertas normas técnicas del tratamiento psicoanalítico, veneradas como rituales, sólo pueden tener sentido en la medida en que sigamos pensando que ‘nuestro’ psicoanálisis es un instrumento mágico que hay que preservar de toda contaminación y en toda su pureza, en el santuario de sociedades psicoanalíticas con la configuración de privilegiados grupos esotéricos: con lo cual vuelve a adueñarse del psicoanálisis, en un irónico

Tabak, E. “Fantasía y realidad en las relaciones entre analistas”.

Teper, E., & Smolensky, G. “Dificultades para hablar en las reuniones científicas. Su influencia perturbadora en las relaciones entre analistas”.

Ulloa, F. “Relaciones entre candidatos a través de un grupo de estudio”.

Usandivaras, R.J. “Las asociaciones psicoanalíticas vistas como un tipo especial de los pequeños grupos”.

Wender, L. “Relaciones del analista con el medio ambiente”.

³⁵⁸ Entre los trabajos publicados puede destacarse:

Abadi, M. “Presentación”.

-”El dilema del psicoanálisis”.

-”Hacia un psicoanálisis abierto”.

Baranger, W. y Garbarino, H. “La enfermedad infantil del psicoanálisis”.

Lieberman, D., Ferschtut, G. y Sor, D. “El contrato analítico”.

Matte Blanco, I. “Aplicaciones sociales y difusión del psicoanálisis”.

Whitting D’Andurain, C. “Psicopatología de una denominación: análisis didáctico”.

retorno de lo reprimido, precisamente aquello que nuestra ciencia y nuestra ideología habían pretendido desterrar, vale decir, *la magia*” (Abadi, 1961b, pág. 10).

Frente a eso, Abadi constataba la idea de un psicoanálisis “puro”, recluido dentro de la institución³⁵⁹ como sociedad secreta. A partir de ahí, proponía un “psicoanálisis abierto”, abierto a las influencias derivadas del progreso científico en otras áreas, tales como la psicofisiología y el desarrollo de psicofármacos, etc.

No es posible abordar aquí un análisis exhaustivo de las líneas en discusión: el uso de esas categorías duales parece responder a las estrategias de los grupos en pugna. Por una parte se hablaba de los “puros” y los “impuros”. Desde el sector opuesto se hablaba de “maníacos o exitistas” y “moralistas o superyoicos”. Los “impuros” eran criticados por el sector contrario por intentar la difusión del psicoanálisis de forma indiscriminada, calificada como “maníaca” o “exitista”. Así, los “puros” intentaban preservar la independencia y autonomía del psicoanálisis de otras prácticas. Por otro lado, los “puros” eran criticados por organizar una “sociedad secreta”, y cerrarse a los posibles aportes provenientes de otras disciplinas, y a las innovaciones de que surgieran del mismo trabajo psicoanalítico, lo que les transformaba en “moralistas o superyoicos”.

Como se ve, la existencia de –al menos– dos posiciones definidas no implicaba una correspondencia con los grupos. Más aún, en ocasiones, la inclusión en uno u otro de esos colectivos dependía de quién realizara esa adscripción, y había psicoanalistas importantes que no podían ser clasificados dentro de esas divisiones (como era el caso de Pichon-Rivière).

En todo caso, y en relación con esos dos modos de concebir el psicoanálisis, puede ejemplificarse mediante los modos de intervención realizados en la universidad, en las facultades de Medicina y de Psicología. Así, eran los “puros” los que enseñaban en Psicología (querían mantener el psicoanálisis fuera de los avatares institucionales y preservar su propia diferencia e independencia) y consecuentemente, eran los “impuros” los que se centraban en Medicina (que extendían el psicoanálisis hasta emular, en sus

³⁵⁹ Esta dimensión es fundamental en cualquier institución científica e ideológica, e igualmente, en la historia del psicoanálisis. Puede verse –en textos muy posteriores– expresiones del mismo tenor, a cargo de analistas muy lejanos de los mencionados. Por ejemplo, el artículo de André Green “El ideal: medida y desmesura”, de 1983 (en Green, 1990, “La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada”, pág. 78 y sigs.).

cursos, la misma formación que se daba en la APA), y serían considerados como “maníacos” o “exitistas” por esa forma de difusión del psicoanálisis.

Ahora bien, la lectura de Abadi apuntaba a más elementos: la “impureza” que propugnaba, en cuanto a interesarse por otras disciplinas, provenía básicamente de uno de los líderes fundamentales del grupo que enseñaba en Psicología: Pichon-Rivière (será ilustrativo de todo esto la discusión que se generará alrededor de algunas prácticas con ácido lisérgico y técnicas psicoanalíticas, a las que no fue ajeno Pichon, que Abadi apoyaría, y contra las que se pronunciaría fuertemente el sector de los “puros” –Marie Langer–).

Marie Langer, en su trabajo al simposio de 1959 –titulado “Ideología e idealización”– oscila entre la crítica a los intentos de concebir al psicoanálisis como una concepción del mundo y exceder su marco propio, el de una producción científica, y la posición opuesta –incluso algo contradictoria– sobre la posibilidad de compartir una ideología común, que sería emergente de la teoría psicoanalítica; esa ideología compartida lo sería a partir de la propia experiencia analítica.

Realiza también una importante referencia a las “terapias cruzadas”, y a sus nocivas consecuencias (Langer, 1959, 1981). Esa conflictiva situación se producía dentro del grupo inicial: cuando los análisis de parientes de un analista por parte de otro analista, o cuando algunos analistas tenían pacientes que a su vez vivían algún conflicto con pacientes de otros analistas, lo cual llevaba a los analistas a apoyar a sus pacientes en detrimento del otro. La fuerte cohesión del pequeño grupo que constituía la asociación hacia esos años tenía un fuerte componente conflictual producido por las “terapias cruzadas”.

También vale la pena mencionar la línea expuesta por Willy Baranger y Héctor Garbarino en su trabajo “La enfermedad infantil del psicoanálisis”. Estos autores analizan una situación compleja y que provocaba diversos conflictos entre los psicoanalistas, derivada de la relación analista didacta-candidato en formación. Abordan la problemática de la idealización que hacían los candidatos de sus analistas, idealización en la que éstos se apoyaban en sus pugnas internas dentro de la asociación, o en sus anhelos de expansión fuera de la misma. Y consideraban que la propia relación

entre didactas y candidatos conducía a la idealización y a la formación de grupos dentro de la asociación (Baranger y Garbarino, 1961).

Nuevamente, parece evidente que la dimensión del ideal, del ideal del yo –en relación con el yo ideal, etc.– es fundamental para comprender el alcance y naturaleza del conflicto.³⁶⁰ La idealización y la identificación con el analista, identificación promovida por éste, no sería una cuestión individual, una “desviación personal” de uno u otro analista, una insuficiencia de su propio análisis, sino una cuestión derivada de la concepción misma del análisis: si el analista se propone como sujeto ideal, al que hay que seguir, si se propone como modelo (en tanto “sujeto sano”), etc., todas las situaciones expuestas serán inevitables. Todas estas consecuencias se derivarían de la propia concepción y teorización del análisis, lo que puede observarse en ciertas nociones metodológicas y sugerencias técnicas: alianza terapéutica, aliarse con la parte “sana” del yo del paciente, prestar el “yo fuerte” del analista al “yo débil” del paciente, ofrecerse como modelo de identificación, etc.

A continuación se realiza una reseña de los puntos fundamentales del artículo; se abordan cuestiones importantes para el tema que nos ocupa, esto es, la dimensión grupal de los diversos conflictos que se sucedían en el movimiento psicoanalítico.

Para Baranger y Garbarino el problema no es individual (insuficiente análisis del analista), sino grupal: “el análisis individual fracasará siempre en su tentativa de resolver los procesos patológicos del grupo, porque esencialmente no es problema de individuos, sino grupal” (pág. 12). Se trataría de un fenómeno específicamente grupal.

En los grupos psicoanalíticos, se encuentran mecanismos de disociación, y mecanismos esquizoparanoides con mayor intensidad que en otros grupos (donde esos mecanismos son reprimidos con más éxito). Habría diversas razones para ello. Una de ellas: las características propias de los líderes en los grupos analíticos, en cuanto a su identificación con Freud (son sus sucesores); el derecho de sucesión. La otra vía de investigación: la relación específica de los grupos analíticos con la ideología analítica.

³⁶⁰ El texto de Green –ya mencionado– es claro en este sentido. Y por otro lado, está lo que puede denominarse “dramatización” de lo que ya había denunciado Lacan hacia esos años: el analista que se propone como modelo de identificación.

De donde se concluye que: “La psicopatología de los grupos analíticos depende por lo tanto en forma básica de la psicopatología de las relaciones entre los analistas o los grupos analíticos y su ideología” (pág. 13).

A partir de esas premisas, se aborda la relación entre la ideología (psicoanalítica, científica, etc.) y los ideales. Los autores consideran que “ideología implica idealización”. Se parte del acuerdo acerca de la necesidad de desidealizar a los que a uno le han formado, etc. Sin embargo, surge una confusión conceptual entre idealización, ilusión y esperanza, por una parte, y desidealización, desilusión y desesperanza, por otra. Desidealizar como reducir el objeto a sus aspectos ‘reales’ o como desilusión, donde el objeto ‘ya no vale más nada’. La desidealización o desvalorización, puede darse en tres formas: a) para las personalidades con vocaciones de líder, b) para alguien dependiente, o por último, 3) la desidealización patológica.

El proceso de desidealización (en el análisis del candidato) cobra entonces una importancia fundamental debido a sus consecuencias colectivas.

En ese proceso es básica la necesidad de discriminación entre la ideología y su representante más importante, el analista didáctico. Y esta falta de discriminación no se debe a fenómenos disociativos del candidato, sino a fenómenos grupales, fundamentalmente: “La identificación del líder (analista didáctico) con la ideología es un fenómeno mucho más masivo en un grupo analítico que en un individuo. La vivencia de parte del grupo de una contradicción entre el líder, su manera de vivir, su forma de solucionar sus problemas, y la ideología, provoca en el grupo una situación confusional donde se hundan tanto el líder como la ideología” (pág. 14).

Y continúa: “De donde la idea –testigo del fracaso de una formación analítica– de que el análisis es ‘una profesión como cualquier otra’, y una asociación psicoanalítica una agrupación profesional común. Es pasar de la fantasía mesiánica que Freud expresaba en ‘El análisis profano’ a una renuncia a la misión auténtica de un analista o de un grupo analítico. Concebimos esta misión como la de promover concretamente determinadas transformaciones de la civilización, en diversos planos: ético, pedagógico, ideológico, etc. La aceptación de esta misión implica una intensa valoración del análisis, no sólo en sus aspectos de conocimiento psicológico, o de técnica para mejorar conflictos psicológicos, sino como forma de conseguir un cambio profundo en la existencia de los seres humanos. Implica la convicción de que, a pesar de sus limitaciones actuales, teóricas como técnicas, el análisis está llamado a tener desarrollos

fecundos e insospechados que justifican el considerarlo, en el plano práctico, como una actividad privilegiada.

“Si la ideología como objeto no ha sido vivida como irremediabilmente dañada o destruida en el proceso de desidealización, la necesidad de recurrir a procesos de clivaje es menor, y las capacidades reparatorias del sujeto o del grupo pueden aplicarse a ella. Reparar en este caso significa, estando consciente de los límites reales del objeto, perfeccionarlo mediante progresos teóricos y técnicos, y difundirlo, no en una compulsión proselitista, sino facilitando su conocimiento real por círculos cada vez más extensos, y desarrollando sus aplicaciones.

“Si, en un grupo analítico, fracasa el proceso de superación constructiva de la desidealización, si se perturba la relación del grupo con la ideología como objeto valorado, el grupo fracasa en su misión y predominan los procesos disociativos” (pág. 14-15).

En resumen, se trata de una inicial o primitiva idealización del “padre” analítico, seguida de una desilusión patológica, y la extensión de esta desilusión a la propia ideología. A partir de ahí se produce una idealización del subgrupo, de su ideología y su técnica particular. El sub-grupo pasa a ser sustituto del objeto primitivamente idealizado y posteriormente desvalorizado. “Todo pasa como si el grupo analítico fracasase en su intento de desidealizar sus líderes. Y así tenemos otra vez, en el pequeño grupo, la familia unida bajo la dirección de un ‘padre’ idealizado” (pág. 15). Además, el retorno de la idealización origina el sentimiento en cada uno de los integrantes del sub-grupo de sustentar la única verdad, y consecuentemente, se produce una desvalorización radical de los otros grupos. “Y la cuestión puede llegar a tales extremos que los analistas de los diferentes grupos terminan por no entenderse, como si hablase lenguajes diferentes. Es una verdadera Torre de Babel, la confusión por la multiplicidad de los lenguajes” (pág. 15). A todo esto se agrega –y en relación directa con lo anterior– el formalismo de la asociación “madre”: formalismo y rigidez.

“No es de extrañar, entonces que, con esta situación grupal con una asociación desmembrada, con pequeños grupos idealizados, y con una organización cada vez más formalista y rígida se perturben seriamente las relaciones entre los analistas y termine por producirse un corte definitivo en dichas relaciones” (pág. 16). Para Baranger y Garbarino la “enfermedad infantil del psicoanálisis” es un fenómeno de grupo.

Parece interesante destacar que en ambos casos, tanto Abadi como Baranger y Garbarino proponen técnicas grupales (con diversas modalidades) como forma de resolver los diversos conflictos entre psicoanalistas. No es inútil señalar que es en este contexto (principios de los 60) donde irá tomando forma y espacio propio la propuesta grupal de Enrique Pichon-Rivière, a través de los grupos operativos.

Por último, hay que mencionar un aporte más a ese debate, que si bien es formulado varios años después por Marie Langer evidencia una posición que ya existía en ese momento. Marie Langer hablaría de “abuso de la transferencia”, haciendo una crítica referencia a la utilización indebida del poder del analista sobre el candidato. En una conferencia de 1974 (publicada en 1975), “Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino”, afirmará: “... el simposio [de 1959] sirvió para entender lo específico de nuestras sociedades psicoanalíticas. Nuestras asociaciones se estructuran a través de grupos en forma de pirámides y liderados por cada analista didáctico-maestro. La cohesión de esos grupos está dada por el uso y, a menudo, el abuso de la transferencia y por la contratransferencia que se establece en la situación forzosamente regresiva de los análisis didácticos interminables. Las consignas de cada grupo provienen del conflicto del líder, pronto compartido por todos, entre su vocación mesiánica y su idea de salud mental. Tanto él como sus adeptos deben ser modelos de felicidad. Ya que esto no se logra, se proyecta la culpa, y el grupo opositor es acusado de todos los fracasos. Entiendo recién ahora que estas características nos hacen especialmente sensibles frente al sentimiento de culpa social reprimido y vuelven a nuestras sociedades, integradas por gente largamente analizada, que debieran ser un modelo de amor y colaboración, en modelo de discordia” (1975, pág. 107). Y amplía la lectura referida al movimiento “interno” de la organización psicoanalítica a un rasgo general del psicoanálisis: “los psicoanalistas institucionalizados desde hace años, atraemos a la juventud por ser modelos de Salud Mental y de Estatus. Nos consideran envidiables. Armando Bauleo nos describe como ‘fuente de identificación’, ya que ‘damos permanentemente la imagen de libertad’...” (1975, pág. 109).

El artículo de Armando Bauleo, “Psicoanálisis y salud”, en “Los síntomas de la salud. Psiquiatría social y psicohigiene” (1974), es claro en la formulación de la perspectiva crítica que condujo a los psicoanalistas encuadrados en Plataforma –y en Documento– a la ruptura con esa APA tan alejada de las intenciones de Freud. En una

referencia al carácter de “chaman” o brujo que adquiere el psicoanalista en la sociedad, afirma: “El contrato analítico o psicoterapéutico se convierte de momento de inicio en trámite de una complicidad. La complicidad básica está en la fuente de identificación que se proporciona de profesión libre (o liberal), desde nuestra posición. Damos permanentemente la imagen de libertad. Somos libres en los honorarios, en los horarios, en la producción intelectual y hasta en los instintos; para nosotros no existe ningún tipo de represión, nuestros comportamientos a lo sumo son solo ‘ajustados’ a la realidad [...] En las instituciones analíticas no se rivaliza ni compite; hay solo ‘aportes’ de una asociación libre a otra. El mundo ideal se va instalando provocando la envidia, el anhelo, el proyecto y hasta la ambición desesperada de quienes no pueden desarrollarse en esta sociedad. Reich decía que la pequeña burguesía tenía siempre los ojos vueltos hacia la gran burguesía. Nosotros ocupamos así ese lugar, y hacia nosotros se vuelcan esos ojos. Son los ojos de la ambición, la mirada del logro” (Bauleo, 1974, pág. 87).

Sociedad secreta (Abadi), idealización del analista (Barager y Garbarino), terapias cruzadas, abusos de transferencia (Langer), serán algunos de los modos en que se intentará la comprensión de la emergente conflictiva a fines de los 50 y que se mantendrá durante toda la década.

Y a la vez, “puros” e “impuros”, “maníacos y exitistas” frente a “moralistas o superyoicos”, las denominaciones duales que se emplearían para definir el grupo propio y el grupo hostil. Hay que aclarar, que en todo caso, esas “divisiones” formaban parte, más que de una organización efectiva, de la forma de enunciación del conflicto que iban realizando sus actores; en los hechos, los distintos personajes podían oscilar entre una posición y otra.

Cambios en la hegemonía de la organización.

Parece evidente la relación entre la expansión acelerada del psicoanálisis y el movimiento de recomposición institucional –indicado por el estado de debate ilustrado anteriormente–: si las discusiones anteriormente mencionadas reflejan las

preocupaciones existentes hacia fines de los 50 (el simposio es del 59 y el congreso del 60), hay que tener en cuenta algunos sucesos precisos de esa difusión y expansión³⁶¹:

- En 1954 se había creado la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo (el mismo año que la APA decidió restringir el acceso a los no médicos).
- En 1956 y 1957 se habían creado las carreras de Psicología, donde participaban, y de forma cada vez más influyente, psicoanalistas –nucleados alrededor de Pichon-Rivière– (englobados en la categoría de los “puros”).
- En la misma época, en Medicina también se sucedían las experiencias de formación dirigidas por psicoanalistas (englobados en la categoría de “maníacos y exitistas”).
- Por último, comenzaba la proliferación de “grupos de estudios” y organizaciones independientes de formación en psicoanálisis.

Todos estos elementos produjeron complejas reacciones en la APA. Por una parte, se daba la bienvenida a esa gran expansión y difusión de las tesis psicoanalíticas, y por otra, esa misma expansión amenazaba con producir un cierto desorden, además de minar la unidad, la “pureza” del psicoanálisis. Se produjeron movimientos contradictorios: aceptación y rechazo.

La amenaza fundamental era la de romper la unidad de la concepción psicoanalítica sostenida por la APA, y esto al menos en dos sentidos:

- 1) se amenazaba la hegemonía de la APA (en la medida que la organización no lideraba todo lo que se hiciera en nombre del psicoanálisis), además, diversos psicoanalistas destacados cobraban influencia y liderazgo de forma independiente.
- 2) se agudizaba la confrontación entre “puros” e “impuros”.

En este contexto, a partir de 1960 se da un giro en el grupo que hegemoniza la dirección de la APA, y que se mantendría durante toda la década. El nuevo grupo se denominó “grupo Escobar”, y sus integrantes principales eran Marie Langer, David Liberman, León Grinberg y Emilio Rodrigué, quienes presidirían la asociación durante los años 60. Enrolados en la perspectiva kleiniana, compartían una actitud rigurosa sobre el ejercicio del psicoanálisis. En los términos anteriormente descriptos, constituía la línea representativa de los “puros”, “moralistas o superyoicos”.

³⁶¹ El proceso de expansión y difusión del psicoanálisis ha sido tratado en el capítulo 6.

Por su parte, Pichon-Rivière y sus discípulos más relevantes, José Bleger y Fernando Ulloa, mantenían relaciones cordiales con el grupo Escobar, si bien no participaban demasiado activamente en la política interna de la APA. Liberman y Grinberg se habían analizado con Pichon; Langer, además de un profundo respecto, coincidía en la orientación ideológica.

Todos ellos tenían un profundo respecto intelectual por Pichon y de forma creciente también por Bleger, las figuras de la APA con mayor repercusión personal en los medios intelectuales de la izquierda porteña. Ambos ejercían un fuerte liderazgo intelectual sobre jóvenes psiquiatras y psicoanalistas que comenzaban a participar en la vida política e institucional y se interesaban por lo que comenzaba a llamarse “el campo de la salud mental”.

Bleger y Pichon, debido a sus numerosas actividades “expansivas” –desde la facultad de psicología y sus relaciones con la izquierda política en el caso de Bleger, y desde la posición de líder intelectual que impulsaba innumerables aperturas que realizaba Pichon– facilitaban las vías de conexión entre los psicoanalistas y los grupos intelectuales de izquierda. Por otra parte, su activa promoción de actividades institucionales en la salud mental, la psicología institucional, los grupos, producía un efecto de ida y vuelta en esa conexión: llevaban ciertas propuestas psicoanalíticas hacia afuera, y viceversa, traían líneas y perspectivas “externas” hacia el interior del discurso psicoanalítico. Cumplían así una función de “embrague” en una época de movilización social e ideológica.

Así, desde las diversas perspectivas existentes en el grupo Escobar y en el colectivo nucleado alrededor de Pichon-Rivière se fueron generando desarrollos que les llevaron a confluir con planteamientos provenientes de grupos políticos de izquierda. Todo esto condujo a una fuerte politización de lo que resultó una crítica al aislamiento – traducido en apoliticismo y conformismo– de la APA. Era a fines de la década del 60, y se trataba de una época de aperturas y cambios.

En síntesis, hay que destacar que a lo largo de toda la década del 60 –los años del “boom” del psicoanálisis– se produjeron complejos movimientos en el seno del movimiento psicoanalítico. Expansión y conflictos grupales serán los dos efectos más importantes. Y además, frente a esa expansión y difusión generalizada, serán los grupos considerados como los “puros”, es decir, los preocupados por mantener la especificidad

y rigurosidad de las tesis psicoanalíticas, los encargados de gestionar la organización durante toda la década.

Otra forma en que pudo ser caracterizada esa polémica fue la siguiente: conservadores (profesionalistas) frente a críticos (de izquierda). Se trató de una polémica entre “llevar afuera” el psicoanálisis, pero en un movimiento adaptativo –del statu quo– o hacerlo para apoyar los cambios sociales que se comenzaban a anunciar. Otro tanto ocurriría con las perspectivas grupales: profesionalismo o ideología.

El desarrollo de las perspectivas grupales, un factor importante en el desarrollo expansivo y en la crisis interna de la organización.

Parecen haber sido los desarrollos de la psicoterapia de grupo, tanto como los grupos operativos, los puntos nodales alrededor de los que pivotaba gran parte de este movimiento expansivo.

Tanto desde los grupos independientes que ofrecían psicoterapia de grupo y aprendizaje en grupo de la teoría psicoanalítica, como desde la línea desarrollada en Psicología por Bleger, Ulloa y sus discípulos más cercanos, y hasta la propia asociación de psicología y psicoterapia de grupo –dirigida a su vez por varios psicoanalistas interesados en el desarrollo de esa perspectiva–, parece evidente que algo del orden de lo grupal fue determinante.

Y se evidencia, nuevamente, una paradoja que atraviesa toda la historia de las perspectivas grupales en el campo psicoanalítico: los grupos, lo grupal, algo rechazado y evitado por los grandes del psicoanálisis, conflicto de siempre en el movimiento psicoanalítico. Sin embargo, serían las perspectivas grupales las que tomarían a su cargo gran parte del movimiento de expansión del psicoanálisis. Y la conflictividad entre diversos grupos, o entre diversos líderes –desde sus propios grupos– la que generaba los desgarramientos institucionales, las escisiones y las alianzas. Parece que estos elementos no van separados, sino al contrario, su entrelazamiento, complejo y harto dificultoso de definir, estaría en la base de estos movimientos de expansión y de crisis.

El movimiento expansivo de mayor envergadura parece ser el constituido alrededor de la enseñanza del psicoanálisis y su difusión fuera de la APA. Tanto por el lado de la universidad, las conferencias en Medicina y los cursos en Psicología, como por otra parte, la proliferación de cursos privados y escuelas paralelas y privadas, la

difusión se generalizaba. Los principales psicoanalistas de todas las corrientes tuvieron participación en este proceso.

Las iniciativas fueron numerosas –en algunos casos, fugaces– y han sido ya mencionadas en el capítulo anterior. De todas ellas, puede resaltarse dos de ellas, debido a los efectos que produjeron en la APA, y también debido a los dos modelos que ponían en juego. Se trata de la Escuela de Psicoterapia para Graduados, bajo el liderazgo (informal) de Rascovsky, y la Escuela Privada de Psicología Social, de Pichon-Rivière.

En la primera de ellas, la Escuela de Psicoterapia para Graduados, se enseñaba psicoanálisis, y si bien se denominaba “escuela de psicoterapia” mantenía una formación idéntica a la proporcionada por la APA. Hubo críticas a ese modo de formación, e incluso se discutió en algunas asambleas de la APA. Si bien el proyecto continuó con sus tareas de enseñanza, fue rechazada por la organización psicoanalítica.

La Escuela Privada de Psicología Social, fundada por Enrique Pichon-Rivière configuró una situación diferente. Por una parte, allí no se formaban terapeutas –ni, obviamente, psicoanalistas–, con lo cual se diferenciaba de la psicoterapia analítica; por otra parte, la figura de Pichon-Rivière era demasiado importante como para producir ese tipo de rechazos. El hecho de que Pichon pusiera su nombre a la escuela que fundara y dirigiera es indicativo de la capacidad de movimiento que tenía. En todo caso, hay que señalar que fue Pichon-Rivière uno de los primeros en realizar experiencias de formación fuera de la APA, a mediados de los años 50 había creado un instituto dedicado a las investigaciones sociales –el IADES–, dentro del cual funcionó, a partir de 1960 la Escuela (la “experiencia Rosario” fue un antecedente importante; puede verse en el capítulo anterior).

Por último, puede mencionarse otra perspectiva grupal, que en estos años comenzó un sostenido desarrollo y que se mantiene hasta el presente: la corriente psicodramática, la cual también recibió algunas críticas por parte del grupo dirigente de la APA. El psicodrama era criticado en particular por el grupo Escobar debido a la exposición pública de los psicoanalistas en las sesiones de psicodrama a las que asistían numerosas personas, y a la provocación que implicaban ciertas dramatizaciones para parte de la conservadora sociedad porteña.

En base a todo lo mencionado hasta aquí, puede afirmarse la importancia de las prácticas grupales en relación con el desarrollo del psicoanálisis. Tanto en referencia a

la crítica realizada por algunos psicoanalistas al referirse a “las relaciones entre analistas”, como en cuanto a los desarrollos expansivos: grupos e instituciones privadas de formación, difusión en la Universidad, y en ese contexto, el lugar ocupado por la Escuela de Pichon, parece válido concluir que el campo grupal constituirá un lugar privilegiado tanto para la difusión del psicoanálisis, como para la propia comprensión de lo sucedido.

Como se ha visto, los conceptos utilizados para abordar la comprensión y el análisis del suceso del campo psicoanalítico: identificaciones, idealización, ideales, etc. han sido también utilizados para comprender diversos procesos grupales o colectivos.

Idealización del analista, identificaciones, ideales, y en fin, transferencia, abusos de transferencias, terapias cruzadas, etc., pertenecen, todos ellos al campo preciso de la relación analítica, a la relación analista-analizando, es decir, al campo de la subjetividad. Y también, de pleno derecho, parecen formar parte de la intersubjetividad, tanto de la que se halla en los agrupamientos –institucionales o no– como de la que se halla en la diada analítica.

Para la perspectiva psicoanalítica era ésta la forma en que el campo grupal cobra su sentido. Serán por tanto las identificaciones, los movimientos de la idealización, el uso, abuso, manejo y tránsito de la transferencia y la contratransferencia, conceptos propios del campo grupal, visto desde la perspectiva psicoanalítica.

En todo este recorrido realizado por los distintos actores y sus diversas lecturas en cada momento hay que destacar, con toda precisión, las elaboraciones de Pichon-Rivière, que si por una parte aparece en muchos de los movimientos realizados –a través de sus analizandos, sus discípulos y otros analistas que le seguían–, realiza, en esos años, el intento de reunir, organizar, quizá pueda decirse conceptualizar, estos movimientos “discursivos”.

Será la teoría del vínculo, la noción de emergente y portavoz, la elaboración del “esquema conceptual, referencial y operativo”, y en fin, los grupos operativos, los elementos que produzca Pichon-Rivière, habida cuenta de la desigual elaboración conceptual de unos respecto de otros, y la diversa “potencia” o fecundidad en cuanto a la intervención –clínica y pedagógica– de cada uno de ellos.

8.2. El debate ideológico y las fracturas institucionales.

Los conflictos políticos y sociales en Argentina hacia el final de la década del 60.

A partir de 1966, cuando el golpe militar de Onganía, la situación política e institucional comenzó a deteriorarse rápidamente. Comienza a darse una fuerte confrontación con los sindicatos y se suceden los conflictos políticos y sociales. El gobierno interviene la Universidad, sospechosa ante los militares y el poder civil conservador de impulsar ideologías “peligrosas”: esto es, marxistas, de izquierdas, etc.

A pesar del aislamiento político e institucional de la asociación psicoanalítica ese estado de cosas iba influyendo tanto entre sus candidatos como entre los analistas didactas. Por otra parte –y como expresión de la fuerte expansión del psicoanálisis– muchos de los candidatos y los analistas más jóvenes no se limitaban a su trabajo en los consultorios, sino que se incluían en la vida política y cultural de ese momento, y en diversas instituciones: la universidad, los hospitales, centros de salud, etc. Comienza a darse un fenómeno nuevo: la implicación política –más o menos activa– de los practicantes del psicoanálisis.

En ese contexto, para este colectivo de analistas –cuyos líderes lo conformaban el grupo Escobar, y más en general, muchos de los psicoanalistas ligados a Pichon-Rivière– comenzaba a evidenciarse una contradicción entre el aislamiento y elitismo de la APA, y las posibilidades de un psicoanálisis ligado a las transformaciones sociales –y más aún, con clara participación en ello–. Estos analistas, siguiendo la línea marcada por Pichon y por Bleger comenzaban a interesarse en la relación entre el psicoanálisis y el marxismo, a relacionarse con el nuevo sindicalismo (el sindicalismo “combativo”) y a valorizar la militancia política.

La situación política hacia fines de los sesenta había adquirido un perfil de radicalización creciente. Se había desarrollado con fuerza un sindicalismo combativo –incluso clasista–, se daba también el surgimiento del movimiento guerrillero, en los

partidos políticos se consolidaban sectores críticos, y en 1969 se sucedieron las movilizaciones populares –con atisbos insurreccionales– en Córdoba y en Rosario.³⁶²

La militancia estudiantil cobraba más importancia que nunca en la escena política y social, se organizaba un considerable movimiento estudiantil.

Por el lado del ámbito cultural, también la situación de crisis y radicalización política producía efectos importantes: los discursos de los diversos sectores intelectuales comenzaban a tomar una radicalización desconocida hasta ese momento.

Los movimientos críticos que conducirán a la ruptura institucional.

La crisis de fines de los 60 no fue sólo algo local, sino que ocurrió en el conjunto del mundo “desarrollado”: el mayo francés del 68 ha sido tomado, con frecuencia, como signo de la misma, si bien desde una lectura reduccionista y simplificadora. En realidad esa crisis tuvo un alcance y profundidad que excedió ampliamente a los sectores juveniles y estudiantiles.³⁶³

En 1969 se celebró en Roma un congreso de la IPA. También allí llegarían los ecos de la crisis, el clima de conmoción que se vivía en esos años influía en ese momento. Una muestra: la violencia juvenil era uno de los temas del congreso que había producido bastantes expectativas. Fue dirigida por Mitscherlich, y al decir de Langer, “fue un fracaso: otra vez tratar de explicar con las únicas armas del análisis la complejísima realidad social, económica y política del 68 resultó totalmente desilusionante” (Langer, 1981, pág. 97). Posicionados desde una rotunda crítica a lo que se llamó “el aburguesamiento” de la IPA, un grupo de jóvenes candidatos organizó un congreso paralelo, donde se criticó la ideología dominante de la IPA, y muchos aspectos

³⁶² En 1969 los conflictos entre el gobierno y los sectores obreros y populares llegaron a su punto máximo. Las movilizaciones populares se incrementaban, y la represión policial y militar aumentaba, hasta que en abril y mayo se produjeron fuertes enfrentamientos y represión contra grupos sindicales y estudiantiles. Se produjo el Cordobazo, una situación de insurrección popular contra las fuerzas represivas. La movilización fue masiva –la violencia había adquirido un alcance casi desconocido hasta ese momento, hubo algunos muertos debido a la represión militar– y sólo cedió después de una semana de enfrentamientos y luchas, cuando la ciudad fue ocupada por el ejército.

³⁶³ La bibliografía sobre el mayo francés es amplísima. No sólo se escribió mucho sobre ese momento sino que muchos de los productos teóricos e ideológicos de fines de los 60 y principios de los 70 están en estrecha relación con esos momentos de conmoción social y cultural. En todo caso, parece haberse dado una cierta mitificación sobre el mayo del 68, aunque es indudable que ese momento marca un punto de inflexión en la ideología y la cultura del capitalismo (tanto en Europa como en América).

organizativos y doctrinarios, como la cuestión de la formación.³⁶⁴ Se plantearon una serie de reivindicaciones sobre la organización de la formación, los requisitos de ingreso, etc. El grupo tomó el nombre de Plataforma Internacional. El congreso paralelo había sido convocado por candidatos jóvenes de las asociaciones de Viena, Suiza e Italia –liderados por Bertold Rotschild–.

Dos temas centraron el congreso paralelo: la formación del psicoanalista y la ideologización del psicoanálisis. Se denunciaba la acomodación y el “aburguesamiento” del psicoanálisis y se criticaba la organización de la formación. Las reivindicaciones resultantes se referían a problemas de la formación analítica, a su excesivo coste económico, a su contenido ideológico. Se establecieron grupos Plataforma en varios países: Suiza, Italia, Austria y Argentina.

El movimiento contestatario en Argentina.

En Argentina, el nuevo movimiento se difundió con el nombre de Plataforma, a iniciativa de Bauleo y Kesselman –jóvenes discípulos de Pichon-Rivière y Marie Langer– que lo propusieron en una asamblea de la APA. Según la opinión de Marie Langer: “Fue muy desconcertante. Nunca antes se había hablado en nuestro espléndido ‘petit hotel’ [...] de cosas tan extrañas como internacionalismo, revolución, propuesta de un congreso en La Habana, etc. Sí, todos nos quedamos perplejos y no se aclaró nada. Pero de ahí en adelante Plataforma ganó rápidamente adeptos en APA, aunque el proceso hasta la ruptura definitiva durará más de dos años” (Langer, 1981, pág. 99).

Pichon-Rivière y Bleger eran los faros de esa generación de analistas. Los otros miembros importantes de Plataforma eran sus analistas didactas: Marie Langer, que analizaba a Bauleo y Kesselman, y Emilio Rodrigué, analista –entre otros– de Gregorio Barenblitt. También se sumó Eduardo Pavlovsky.

La corriente crítica que había surgido en el seno mismo de la asociación psicoanalítica se agrupaba en otro sector, denominado Documento. La mayoría de sus miembros eran adherentes –sin derecho a votar en la asociación– y con considerable experiencia política. Reivindicaban la democratización interna de la APA, y diversas

³⁶⁴ Es interesante la connotación crítica que tomó la situación y el inicio de esa crítica institucional: alguien había reemplazado la última letra S de psicoanálisis en algunos carteles que anunciaba el congreso de la IPA por el signo \$, agregando dos barras a la letra original. Junto a ese ‘detalle’, invitaba

cuestiones sobre la formación. Uno de sus líderes era Fernando Ulloa, quien pertenecía también al núcleo formado alrededor de Pichon-Rivière y Bleger.

Si bien se trató de dos enfoques un tanto diferentes –Plataforma más orientado hacia la crítica ideológica y la ruptura, mientras Documento intentaba la acción política y el trabajo en el interior de la organización–, ambos colectivos expresaban los intentos de renovación y cambio vigentes en Argentina a fines de los 60 y principios de los 70.

En todo caso, hay que reseñar que el conjunto de analistas críticos –provenientes de Plataforma y Documento– comenzaron una acción de militancia en el campo gremial (en la Federación Argentina de Psiquiatras, FAP) que implicó un cambio radical de posición en cuanto a la tradición psicoanalítica: lo que había sido la solitaria posición de Bleger en su intento de acercar la práctica psicoanalítica y la militancia políticas, fue asumido colectivamente. En esos años Rodríguez, Langer y Ulloa –todos analistas didactas del colectivo crítico– presidirían la FAP, un claro signo de que las cosas habían cambiado. Los psicoanalistas agremiados en FAP entraron en conflicto con la APA, y se dio el conflicto abierto –si bien gestado pacientemente desde años atrás– entre los sectores politizados o críticos y los “profesionalistas”.

Dos años después, en 1971, se realizó un nuevo congreso de la IPA, en Viena. La fractura era ya importante, y si bien los miembros de Plataforma participaron desde su posición crítica y exponiendo el papel que adjudicaban al psicoanálisis en ese momento de cambios políticos, sociales y culturales, el movimiento Plataforma terminó ahí. “Se reunió en Viena, por segunda y última vez. [...] París 68 estaba terminado”, en palabras de Marie Langer (1981, pág. 106).³⁶⁵ Al regreso del congreso de Viena, los miembros de Plataforma renunciaron a su pertenencia a la APA. Si bien no lograban sus objetivos declarados, la crítica institucional se había realizado: el psicoanálisis no quedaría –desde ese momento– representado exclusivamente por la APA, también era posible un psicoanálisis comprometido con los procesos sociales y políticos. Pocos días después, los miembros de Documento, el otro grupo contestatario, harían lo mismo, ya no podrían obtener ni siquiera reformas parciales al perder los votos de Plataforma.

a las reuniones paralelas que condujeron a la formación de Plataforma (llamado así justamente por implicar un conjunto de reivindicaciones concretas).

³⁶⁵ Puede verse la intervención realizada por Marie Langer en el congreso de Viena, en su artículo: “Psicoanálisis y/o revolución social” (1971, pág. 257-269).

Para todo este sector de psicoanalistas, la ruptura, la salida masiva de la APA si bien implicaba la recuperación del discurso crítico y subversivo ya existente en Freud – y abandonado por la IPA–, también implicaba una apertura a otros discursos críticos, especialmente a la lectura marxista.

Sin embargo, las posiciones y tomas de posición no eran unánimes. Más aún, se evidenciaban diversas “lecturas” de la situación. Los renunciantes –los miembros de Plataforma y Documento– no fueron acompañados, como ellos esperaban, por sus dos grandes figuras: Pichon-Rivière y José Bleger, ambos optaron por continuar en la asociación.

No hubo manifestaciones por parte de Pichon-Rivière –manifestaciones públicas o publicadas–, en todo caso, se ha sugerido que en esos años Pichon comenzaba a estar muy alejado de la institución y bastante deteriorado en su salud.³⁶⁶

Por parte de Bleger fue diferente, él era uno de los psicoanalistas principales – después de Pichon-Rivière– en todo el movimiento de renovación y ampliación del psicoanálisis, su adhesión al marxismo tenía larga data, había sido militante del partido comunista –e impulsor de las primeras discusiones entre marxistas y psicoanalistas– y su búsqueda de aproximaciones entre las teorías psicoanalíticas y las marxistas había sido incesante.³⁶⁷

La posición de Bleger frente a la renuncia de sus compañeros fue de rechazo, lo que no impedía que mantuviera su visión política del psicoanálisis, pero consideró un error el abandono de la organización, esto quizá debido a su experiencia militante. Según Langer, Bleger, a quien llamaban el “Rabino rojo, consideraba que el abandono

³⁶⁶ En un relato de los hechos que conducen a la renuncia, Marie Langer –quien lideraba el movimiento contestatario– se muestra comprensiva frente a la ausencia de Pichon-Rivière: “...algunos, que precisamente considerábamos nuestros, se quedaron en la Asociación: pienso en Enrique Pichon-Rivière y en José Bleger.[...] Los esperamos... [...] Y cuando brindamos, ya sin negar que no iban a estar con nosotros, fue un brindis bastante triste. Debimos haber previsto su ausencia y no haber reprochado a Pichon-Rivière quien hacía mucho ya aparecía por APA como un fantasma, tal vez cada dos años. Enrique estaba demasiado en lo suyo y muy creativamente; era demasiado individualista, pero también orgulloso y físicamente demasiado quebrado como para incluirse en Plataforma” (Langer, 1981, pág. 94).

³⁶⁷ Puede verse en sus textos: “Psicoanálisis y dialéctica materialista. Estudios sobre la estructura del psicoanálisis.” (1958) y “Psicohigiene y Psicología institucional” (1966).

de la institución implicaría perder el psicoanálisis, ya que el instrumento psicoanalítico estaría protegido solamente dentro de ella” (1981, pág. 95).

José Bleger moría al año siguiente –en 1972– dejando un trabajo que fue publicado en forma póstuma en la Revista de Psicoanálisis. Allí criticaba duramente a los renunciantes: “Me temo que parte de los que renunciaron a la Asociación Psicoanalítica Argentina (y en rigor al psicoanálisis) en pro de la política, van a ser malos políticos, malos profesionales y malos intelectuales, que van a distorsionar la estructura de los movimientos de izquierda y eventualmente la construcción de un Estado socialista” (1973b, pág. 527).

Y especificaba la relación entre actividad científica y actividad y política: “Yo concibo que haya quienes necesitan renunciar a toda otra actividad en pro de la política, pero pienso que cometen un error grosero cuando no ven en el desarrollo del psicoanálisis uno de los pilares del desarrollo humanístico antistaliniano de la izquierda y del socialismo, y arrastran a los jóvenes detrás de utopías y espejismos.

“Con eso quiero señalar que hay una actividad política directa que puede ser ejercida por profesionales, intelectuales, obreros o psicoanalistas, pero que también hay una actividad política que se ejerce y se debe ejercer dentro del campo teórico, técnico y clínico de la misma disciplina psicoanalítica, porque somos los únicos que podemos orientar o reorientar el psicoanálisis como cuerpo de conocimientos no solamente útil sino necesario para las izquierdas y para el socialismo.

“Con esto estoy señalando una grosera confusión y una grosera opción entre ciencia y política. No critico a quienes renuncian al psicoanálisis en pro de una acción política directa. Critico a quienes suponen que es la única salida, no viendo el interés y la necesidad de la reorientación técnica, teórica y clínica dentro del mismo psicoanálisis con un sentido ideológico-político” (pág. 527).

Y agregaba al final: “No hay que confundir: la revolución social no se hace dentro de la Asociación Psicoanalítica Argentina. Esta no es la casa de gobierno ni Campo de Mayo. La actividad política no es un *hobby*. Es bastante seria como para pensar que el psicoanalista puede realizarla en sus ratos libres” (1973b, pág. 528).³⁶⁸

³⁶⁸ La clara posición de Pichon-Rivière y Bleger frente a los conflictos de la APA parece indicar que sus propuestas críticas –tanto de uno como de otro– buscaban un mayor alcance, un contenido más social e institucional que una reducción a la conflictiva de la organización psicoanalítica. Si por parte de Pichon

Bleger categorizaba los diversos grupos en pugna en la asociación de la siguiente forma: “Pero entre los que se fueron hay dos categorías. Algunos se fueron por falta de elaboración y de claridad de la problemática. Otros porque encontraron en la política el camino que más les interesaba. Pero otros se fueron porque la situación económica, social y política redujo al psicoanálisis a una actividad profesional antieconómica o no suficientemente rentable. Resulta mucho más provechosa, desde ese punto de vista, cualquiera de las formas de psicoterapias breves o terapias grupales, en este momento de máximo deterioro del país. Lo grave es que estos últimos se fueron, sin embargo, bajo la bandera de la política. Y éstos son enemigos oportunistas tanto de la derecha como de la izquierda” (1973b, pág. 528).³⁶⁹

Todas estas consideraciones sobre la pertinencia de los intentos transformadores puede resumir gran parte de los debates del momento: para muchos intelectuales y profesionales –entre ellos, algunos psicoanalistas– la actividad profesional se constituía también en una posibilidad “revolucionaria”, al establecer una relación estrecha entre la política y la profesión –una idea proveniente de Sartre, derivada del “compromiso de los intelectuales”–, lo que permitía continuar con la actividad intelectual o profesional y estar incluido en la movilización política. Para otros sectores de la izquierda la acción política –y revolucionaria– fundamental residía en la militancia política en sentido estricto: sería desde la práctica política, clasista –política, sindical, universitaria, o incluso insertada en la “lucha armada”–, como sería posible avanzar en el camino de las grandes transformaciones sociales. Se excluía así que el desarrollo de una profesión, de una actividad profesional –con componentes corporativos, en todos los casos– tuviera una relación directa y unívoca con una propuesta de transformación.

Esta concisa y breve descripción de la polémica que atravesaba el campo intelectual y profesional en Argentina en los años 70 puede ilustrar el contexto en que se

esto parece más claro –después de todo el pasaje “desde el psicoanálisis a la psicología social” era formalmente asumido por Pichon en esos años–, por el lado de Bleger se torna más complejo: su posición en cuanto a la práctica del psicoanálisis por parte de los psicólogos no fue ideológicamente neutra. Al contrario, sustentó una opinión excluyente de todo lo que no fuera APA (puede verse en el texto de Bricht y otros, 1973).

³⁶⁹ La Revista de Psicoanálisis publicó de forma póstuma el artículo citado, “La Asociación Psicoanalítica Argentina, el psicoanálisis y los psicoanalistas”, y también “Ideología y política (donde polemiza con las posiciones anticientificistas –Varsavsky–), además de otros testimonios de sus análisis políticos: “Intervenciones en el Simposio organizado por el Congreso Judío Mundial”, “Balance de la situación política en Medio Oriente”. En el mismo número puede verse un interesante artículo de Joel Zac, “Aportes al estudio de las relaciones entre teoría, técnica e ideología en psicoanálisis”, escrito en una línea concordante con la perspectiva de Bleger.

dieron los movimientos de fractura y recomposición del movimiento psicoanalítico en Argentina.

La continuidad institucional: APA Y APDEBA.

Después de la renuncia del sector crítico en la APA el debate continuaría, si bien disminuido en sus alcances, y referido a aspectos limitados y precisos: la mayor o menor flexibilidad en la organización de la formación. También algo que había surgido en los años anteriores se mantenía como foco de discusión: la admisión de psicólogos como candidatos a la asociación.

En ese contexto, y a partir de un cambio de grupo directivo, las perspectivas más liberalizadoras lograban introducir algunos cambios. El grupo opuesto, comenzaría a organizar de forma independiente diversas actividades de formación, y forman una corriente interna, Ateneo. Las opciones organizativas posibles, frente a las posiciones que parecían irreconciliables consistían en la formación de una nueva asociación, o en todo caso, la creación de un Instituto propio, diferente al ya existente. A partir de 1974 la situación política comenzaría a deteriorarse aceleradamente, y comenzaban a crearse las situaciones de conflicto que conducirían finalmente al golpe de 1976.

En la polémica interna de la APA se irían consolidando los dos bloques mencionados: uno que se presentaba desde las ideas de la flexibilidad y apertura, y otro, en la tradición de los “puros”, aunque esta vez sin una ideología de transformación social.

Esas dos perspectivas se mantendrían en sus posiciones, lo que conduciría a la división de la APA y a la creación de una nueva asociación, con la aceptación de la asociación internacional, en 1977. La nueva asociación se llamaría Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires (APDEBA). Permanecieron en la APA los fundadores: Garma y Rascovsky. Langer, había renunciado, pero afirmó –desde el exilio mexicano– que su gente estaba en APDEBA. En la nueva asociación figuraban analistas como David Liberman y Horacio Etchegoyen. Pichon-Rivière moría ese mismo año.

8.3. La aproximación entre psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos.

A partir de la renuncia a la APA, ese conjunto de psicoanalistas se volcó a la lucha gremial y política, desde su integración en la federación de psiquiatras. En 1972, y en ese contexto de movilización política generalizada, se crearía la Coordinadora de Trabajadores de Salud Mental, con la participación de la FAP, la Asociación de Psicólogos y la Asociación de Psicopedagogos; pretendía representar de los profesionales de la salud mental que trabajaban en los servicios públicos: se trataba de una articulación gremial y política.

Algunos psicoanalistas –liderados por Marie Langer– propusieron la creación de un servicio docente, que logró gran repercusión –se mantenía la demanda de formación... en psicoanálisis–: el CDI, Centro de Docencia e Investigación. Esa organización se convirtió en una gran escuela –con alrededor de mil estudiantes– donde se enseñaba teoría psicoanalítica y psicopatología, además de cursos de filosofía marxista y psicología institucional. Un objetivo fundamental era luchar contra la estratificación y fragmentación entre psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas.

Se trató de una experiencia colectiva y política de un proyecto de formación. Y de una formación apoyada en el psicoanálisis.³⁷⁰ Esa experiencia fue interrumpida en 1974, durante el gobierno de María Estela Martínez (la viuda de Perón), época en que se iniciaría un nuevo proceso represivo.

³⁷⁰ Puede verse una detallada descripción de los planes de formación en el texto ya citado de Langer (1981, pág. 133 a 140). En la descripción de la enseñanza realizada en el CDI se muestra con claridad el espíritu de transformación que había en Argentina en ese momento: “a través de su breve existencia [el centro finalizaría sus actividades en 1974, cuando comienza la represión bajo el gobierno de Estela Martínez –viuda de Perón–, y el lúgubre López Rega] el Centro de Docencia e Investigación y la Coordinadora nos dejaron como saldo importante algunas verificaciones valiosas: 1) la posibilidad de romper la estratificación y fragmentación de los diferentes grupos de los trabajadores de la salud mental al integrarse en un solo movimiento gremial; 2) la demostración de que se puede dar y adquirir una formación seria y de alto nivel fuera de las instituciones psicoanalíticas oficiales y por un aporte económico mínimo que servía para mantener el local, puesto que el trabajador estaba agremiado. Los elementos fundamentales de la teoría psicoanalítica pueden dar cuenta de una variedad de recursos técnicos aplicables a todos los estratos de la población; 3) el avance, de este modo, de algunos pasos concretos en el tan debatido terreno de la interrelación entre marxismo y psicoanálisis, otorgando a la práctica el privilegio que le adjudican Marx, Gramsci y Mao” (Langer, 1981, pág. 112). Cabe aclarar que si bien las menciones a Marx y Gramsci tenían una larga data en la tradición de la izquierda intelectual – ya en los 60 había sectores gramscianos bastante definidos– la mención a Mao parece referirse a la especial coyuntura política: la existencia de varios grupos marxistas adscriptos a esa corriente –su “sello”: “marxismo leninismo pensamiento Mao-Tsé-Tung”–.

De todos modos, esta confluencia entre profesionales –al calor de las luchas políticas e ideológicas de ese momento– implicó una nueva “colocación” del psicoanálisis en la sociedad argentina: la ligazón con los procesos políticos y también el comienzo de un nexo complejo aunque sólido, con la psicología.

A partir de 1974 la conflictividad política se incrementaría, las acciones de los grupos armados tendrían cada vez mayor repercusión, y la movilización política, gremial y estudiantil se agudizaría. El breve período de ilusión política del 73 –cuando el gobierno de Cámpora, que estuvo apoyado no solamente por Perón y el justicialismo sino también por la izquierda peronista y los partidos de izquierda– había terminado, y comenzaba a darse el proceso represivo, después de la muerte de Perón.

En 1974 comenzaron a darse las primeras salidas del país, cuando comenzaron a circular las “listas negras”. Entre otros, algunos de los psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos que formaban parte de todo ese movimiento crítico. Se iniciaba, lentamente, el largo exilio que tomaría tintes masivos en 1976, cuando se desatara, ya sin freno, la represión a la militancia política, sindical y estudiantil.³⁷¹ La política represiva respondía a una compleja estrategia de los sectores más reaccionarios de las fuerzas armadas, en una maximización de la llamada “doctrina de la seguridad nacional”: represión parapolicial y paramilitar, “guerra sucia”, políticas genocidas. También comenzaba lo que fue llamado el “exilio interior”, el silencio forzoso de los que se quedaron, y durante bastantes años debieron callar. Recién en los 80 comenzaría un período de normalización política y de democratización.

La historia continúa, y la producción y la dinámica política e ideológica en relación al psicoanálisis mantiene su complejidad.³⁷²

³⁷¹ El destino de ese exilio –profesionales, docentes, estudiantes, militantes sindicales– fue diverso. Un sector considerable se repartió por América Latina –Brasil, México, Venezuela, etc.– y algunos por los EEUU. Una gran parte se dirigió a Europa, especialmente a España e Italia.

³⁷² La dinámica conflictiva y de transformaciones ideológicas y teóricas en el campo psicoanalítico no se debió solamente a cuestiones derivadas de la situación política. También hubo un fuerte proceso de cambio generado en el interior mismo de la institución psicoanalítica: el ocaso de la hegemonía kleiniana y la consolidación de la corriente lacaniana, que constituiría el nuevo modelo hegemónico constituyen aspectos fundamentales. En todo caso, destaca cierta similitud en los planteamientos de algunas lecturas críticas; puede verse el texto de Piera Aulagnier, “Sociedades de psicoanálisis, psicoanalista de sociedad” (1969), donde se sostiene una crítica cercana a las mencionadas, realizado desde alguien que formara parte de la perspectiva lacaniana. Desde otra perspectiva, y muy posterior, el artículo de Baranger “Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina”, 1984.

En cuanto al tema que nos ocupa, es decir, las referencias que puedan dar cuenta del movimiento alrededor del cual surge el modelo grupal conocido como los “grupos operativos”, puede colocarse un punto de inflexión fundamental hacia 1976. Ese año, el del golpe militar, que significó una fractura profunda en la vida argentina, también implicó una detención casi total de todas las iniciativas ideológicas y organizativas en las corrientes grupalistas.

Y en 1977 muere Enrique Pichon-Rivière, no sólo símbolo, sino también gestor fundamental tanto en el inicio del modelo grupal como en muchos movimientos adyacentes.

Los conflictos políticos e ideológicos y sus repercusión en el movimiento psicoanalítico.

Parece pertinente realizar algunas consideraciones acerca de una situación específica del campo profesional psicoanalítico: cierto desfasaje temporal en la manifestación de los cambios ideológicos y políticos. En el análisis realizado hasta aquí parece tratarse de algunas consecuencias del aislamiento institucional (de las organizaciones psicoanalíticas frente al conjunto institucional), o de lo que se ha llamado la “extraterritorialidad” del psicoanálisis.

Este aislamiento institucional parece reflejarse incluso en su sector crítico, y no sólo ya en aquellos interesados en mantenerlo. Los grupos contestatarios también parecen no haber logrado superar esa creencia en la “extraterritorialidad”. Veremos, con cierto detalle, las circunstancias que apuntan en esta dirección.

La posición marxista sostenida por Langer y algunos otros miembros de Plataforma y Documento parece consistente, pero sin embargo adolece de cierto “atraso” en el debate ideológico de la izquierda intelectual y política que llevaba ya varios años embarcado en esas elaboraciones. Esta circunstancia quizá también ayuda a explicar –o aclarar– la posición de Bleger y de Pichon-Rivière.

El radicalismo ideológico que implicó la ruptura no correspondía al momento de las acciones políticas de la izquierda, que se encontraban en un momento de elaboraciones programáticas. Mientras los sectores de izquierda se abocaban a la elaboración y polémica alrededor de un programa de izquierda –y sus núcleos dirigentes confiaban y se preparaban para un posible acceso o acercamiento al poder–, los sectores

de izquierda del campo psicoanalítico se encontraban sumidos en un debate sobre los principios, en un debate doctrinario.

Dicho debate doctrinario se centraba en la ligazón entre el psicoanálisis (de la IPA) y la burguesía o los poderes conservadores. Si se tiene en cuenta que eso sucede en 1968, 69 ó 70, se advierte el relativo “retraso” en el debate ideológico en el seno del movimiento psicoanalítico, incluso en sus sectores más críticos. Parece tratarse de otro efecto del “aislamiento” social, institucional e ideológico que había realizado la APA a lo largo de esos años. Ese cuidadoso aislamiento (realizado a través de sus múltiples articulaciones en el acceso, la formación, la rigidez del encuadre –kleiniano–) recién “explotará” cuando la fuerza de los hechos se imponga.³⁷³

En todo caso, la distancia entre el conjunto del movimiento psicoanalítico y los debates intelectuales era un hecho desde muchos años antes. Como ejemplo, puede tomarse la posición frente al peronismo. Cuando el debate político e ideológico acerca del peronismo, la adhesión de la clase obrera a sus propuestas y la relación con el líder (Perón) ya lleva más de diez años de elaboración (desde 1956 en adelante), en el campo psicoanalítico se planteaban problemas acerca de si los padres odiaban a los hijos (filicidio: Rascovsky), hipótesis que traspasando el campo pertinente, es decir, libidinal, se quería transformar en clave política. Esto puede ser un ejemplo de las barbaridades que podía llegar a decir un psicoanalista cuando deja de hablar de la realidad psíquica y pasa a hablar de la realidad política... ésta no existe.

Se “actuaba” de alguna manera la teorización del insight: hasta ese momento, en el campo psicoanalítico no había surgido con claridad la conciencia de las transformaciones vividas en el país durante toda la década.

Probablemente la pronta neutralización que realizó la organización (APA) del movimiento contestatario (en poco tiempo los importantes debates promovidos por Plataforma y Documento quedaron “integrados” sin que se produjeran demasiados cambios, ni en los enfoques teóricos y menos aún en los organizativos) se debió a la conjunción de todos estos factores.

³⁷³ Es interesante hacer notar que a raíz del Cordobazo –una violenta represión militar ante una situación de movilización popular, que se saldó con una semana de enfrentamientos en la calle, etc.– la APA hizo un comunicado criticando la represión: incluso años después algunos psicoanalistas tomaban ese gesto como un indicio de la preocupación que mostraba la asociación por los hechos que sucedían en el país...!!

Por parte de los renunciantes (y los sectores a ellos ligados) se continuó –en la mayoría de los casos– en la profundización de esas nuevas “certezas” ideológicas y análisis comprometidos con las luchas sociales, si bien sin mantenerse exclusivamente en el campo psicoanalítico: se intentará ampliar el campo a la psiquiatría y a la psicología. El núcleo ideológico psicoanalítico (que se mantiene en la IPA y en la APA) parece haberse mantenido, adaptándose –en el sentido de “adaptacionismo”– a las nuevas situaciones surgidas en su seno.

Esto puede observarse incluso en las argumentaciones surgidas pocos años después y que llevaron a la división de la organización psicoanalítica en dos asociaciones: APA y APDEBA. Los argumentos han perdido prácticamente todo contenido ideológico, y se concentran en la discusión sobre cierta “pureza” en la transmisión de la doctrina, en el reparto de recursos entre dos grupos cuyos líderes parecen incluso poder ser intercambiables en cuanto a sus posiciones: donde había antes la confrontación ideológica habría permanecido la consolidación profesional...

Por otra parte, para los que sostuvieron el discurso más crítico en términos ideológicos –algunos miembros de Plataforma– la cuestión habría sido definitiva: no volvieron a impulsar proyectos organizativos, antes bien, comenzaron una elaboración diferente, autónoma y separada de las asociaciones del campo psicoanalítico. Para el sector que hizo primar razones más políticas –y por lo tanto más basadas en las posibilidades concretas de intervención– fue diferente: muchos de ellos, luego de retornar a Argentina (en el caso de los que se exiliaron) comenzaron a insertarse, lentamente en los diversos espacios intelectuales e institucionales –recién avanzada la década del 80 Argentina pudo ‘normalizarse’ de forma aceptable–.

En todo caso, ahora se trata de señalar el destino que parece haber seguido el debate iniciado a fines de los 50, casi veinte años después.

La figura de Pichon-Rivière y las imágenes asociadas a él parecen indicar la grave crisis y ruptura de esos años: su distanciamiento y desinterés en los últimos años, y su muerte en 1977, poco después del golpe militar y del comienzo de la dictadura más feroz que se había conocido en Argentina hasta entonces (nunca más?). Y su muerte, ocurrida también el mismo año de la división de la asociación, evidencia también la profunda fractura que se produjo en el campo psicoanalítico. Si en el campo político implicó la ruptura e incluso la represión y la violencia desenfrenada, y en el campo intelectual significó el inicio de un largo período de confusión y zozobra por falta de

perspectivas que permitieran comprender qué había sucedido, en el campo psicoanalítico evidenció la fractura producida, en sus sectores más críticos, menos “defendidos”, quienes no podían recurrir a la negación de lo sucedido, y por lo tanto, a “acomodarse” a la situación.

La forma en que se dieron las referencias a Pichon en sus últimos años, desde los 70, son claras: “muy enfermo y deteriorado” (Ulloa), “quebrado físicamente” (Langer) –quebrado, un término utilizado en la militancia política frente a la represión y la tortura, cuando un militante era “vencido” en sus convicciones–, “caminando –deambulando– sin rumbo en las calles de Buenos Aires” (Zito Lema), etc.

Esa descripción toma un valor que excede el caso singular del sujeto Pichon-Rivière, y parece proyectarse en la figura que representa –para el conjunto de sus actores– el compromiso y la independencia en el proyecto psicoanalítico. Así, esas imágenes de un Pichon vencido (por la enfermedad, por la caída de las esperanzas en la transformación social, por la destrucción y violencia inaudita que se produjo) parecen representar también una parte de ese proyecto psicoanalítico crítico, que vivió a destiempo un proceso de fractura y conmoción social, y que no pudo cambiar el signo del mismo.

Nuevos espacios, nuevas tareas.

El papel de los psicólogos.

En 1970 los psicólogos –al igual que el resto de estudiantes universitarios– se habían acercado a la militancia política, de forma numerosa e intensa. Y en ese contexto, lo que hemos denominado un cierto atraso del sector crítico de APA (jóvenes psicoanalistas, médicos psiquiatras) no sólo se torna más evidente, sino que contribuye a complejizar más el campo.

Hacia 1972, mientras desde el lado del psicoanálisis estaban en la crítica doctrinaria a sus propios ‘jefes’, por el lado de la militancia universitaria y gremial se estaba en la movilización y en la lucha política frente al poder conservador y militar (incluso, considerando las opciones de la lucha armada...).

El proceso que hemos denominado como crisis en el movimiento psicoanalítico fue fuertemente condicionado por el movimiento operado en la psicología, entre los psicólogos (docentes, estudiantes, profesionales, etc.).

Si por un lado en la organización psicoanalítica se daban movimientos contestatarios, por el lado de los psicólogos se daba un fuerte movimiento de consolidación –profesional y corporativa. Por otra parte, la misma difusión del psicoanálisis no era ajena al propio movimiento de los psicólogos (que se analizaban, estudiaban psicoanálisis, etc.). Sin embargo, esa concordancia frente al psicoanálisis albergaba una radical diferencia: las intenciones de independencia de los psicólogos. Ya desde inicios de los 70 se prefigura algo que en los años posteriores constituiría el eje fundamental del psicoanálisis en Argentina: la perspectiva lacaniana será llevada a y por los psicólogos...

La complejidad de la lucha política e ideológica se hacía también sentir en las polémicas intelectuales. Un ejemplo de ello reside en la forma en que fue tomada la posición de Bleger por parte de los que habían sido sus antiguos alumnos en la facultad de Psicología. Bleger, quien había sido uno de los principales introductores del psicoanálisis en la universidad fue fuertemente contestado en cuanto a su posición de que el psicólogo no debía realizar psicoterapia psicoanalítica –tarea reservada a los miembros de la organización psicoanalítica– sino otro tipo de tareas: prevención, psicohigiene, etc. Si bien la polémica no hacía justicia a la posición aperturista de Bleger, es verdad que a través de su figura se expresaba la limitación de la propuesta ideológica surgida desde la propia organización psicoanalítica: el corporativismo era algo muy “resistente”. Si bien no era la posición explícita de Bleger, es verdad que para muchos psicoanalistas las funciones apropiadas para los psicólogos eran el trabajo preventivo, con familias, la psicohigiene, y los grupos, mientras ellos realizarían las psicoterapias psicoanalíticas.³⁷⁴

Por último, y en el contexto del tema desarrollado, destaca la ligazón entre las prácticas grupales y los psicólogos. Si por una parte las prácticas grupales fueron algo que se fue desprendiendo de la propia extensión del psicoanálisis, por otra –y esto es fundamental– serían los psicólogos los encargados de difundirlos y consolidarlos. Más

aún, puede señalarse que los grupos, las prácticas grupales pertenecen al campo psicoanalítico vía los psicólogos, no en términos de su origen e inicio, pero sí en cuanto a su uso, difusión, desarrollo, expansión, etc. Esta inclusión de lo grupal en las prácticas psicoanalíticas, operación realizada por Pichon-Rivière, adquiere así un doble carácter: por una parte indica el intento de articulación entre propuestas psicoanalíticas y la psicología social, y por otra, es un signo de esa particular perspectiva grupal surgida en Argentina en los años 60. Cobra un particular sentido la figura de Pichon-Rivière: no se trataría solamente del maestro de maestros (para los psicoanalistas), sino también del maestro de los maestros de los psicólogos.

Los profesionales (e intelectuales) y la política.

En términos generales, se trata de cierta especificidad de la relación entre los profesionales –e intelectuales– y los hechos políticos, de la forma en que un sector específico –los profesionales– encajó la quiebra y ruptura del orden social y político.

Los hechos políticos pasaron por encima –literalmente– de ellos, no había esquemas para enfrentar y comprender la situación. En otros términos: los intelectuales no contaban con esquemas de análisis aptos para enfrentar y comprender la situación. Quiebra del campo político, que significaba una quiebra del basamento consensual fundamental, esos diez años –los que van del 73 al 83– implicaron la ruptura de los modelos vigentes hasta ese momento, modelos que servían para otorgar racionalidad al proceso social y político.

Quizá hayan sido las capas más críticas las que más acusaron el impacto y la ruptura del orden social, sus esperanzas y expectativas fueron las más golpeadas –y la represión se ensañó especialmente en esos sectores–; posiblemente también esos sectores son los que tenían menos posibilidades de encontrar modelos alternativos –vuelta a los anteriores, o colocación en el escepticismo– y a la vez, de “inventar” algunos nuevos.

Será a partir de 1983 cuando comience un nuevo proceso de recomposición del campo ideológico intelectual, que irá buscando cercanías y convergencias con los sectores políticos, en un contexto donde los proyectos neoliberales serán los

³⁷⁴ Pueden verse diversas aproximaciones a estas cuestiones en diversos números de la revista de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires, además del texto ya citado “El rol del psicólogo”, de Bricht y

hegemónicos, liderados por sectores políticos conservadores, bajo las banderas del peronismo. La pregunta, sin respuesta para muchos, giraría –otra vez?– alrededor del hecho político y cultural del peronismo.³⁷⁵

A partir de 1983 y en adelante (hasta los 90) lo que puede denominarse el campo ‘psi’ –más o menos psicoanalítico– aparece hegemonizado por la corriente lacaniana, que ha instalado en la universidad (en Psicología especialmente) un fuerte dispositivo de formación y también ha logrado un fuerte predicamento en las instituciones públicas (hospitales y centros de salud mental), además de una gran difusión en los consultorios privados. Por otra parte, están APA y APDEBA, que mantienen una considerable influencia en circuitos profesionales similares. Al lado de estos grandes agrupamientos, hay que considerar la existencia de un gran número de corrientes y grupos nucleados en diversas organizaciones.

En el campo de las corrientes grupalistas, hay que mencionar una presencia sólida de las corrientes psicodramatistas, al igual que de la corriente preconizada por la AAPPG (Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo) definida como una perspectiva psicoanalítica de grupo –con influencia inglesa y un creciente interés por las corrientes francesas– y la Escuela de Psicología Social Enrique Pichon-Rivière, dirigida por la que fuera su esposa, Ana Pampliega de Quiroga.

La Escuela de Psicología Social, si bien ha intentado mantenerse en una línea fiel a los lineamientos de su fundador, se ha deslizado desde la posición inicial de situarse en el centro de las innovaciones y las diversas demandas surgidas alrededor del psicoanálisis hacia una posición marginal, y su espacio propio parece definirse más cerca de un movimiento ligado a la psicología de la vida cotidiana –referida a las capas

otros (1973), e indirectamente y entre líneas, el texto de Langer (1981).

³⁷⁵ Si es posible hablar de “nuestros años sesentas” en términos de una reflexión más o menos articulada no parece suceder lo mismo con las décadas siguientes. Por nuestra parte, no podemos aún hablar de “nuestros años 70-80” (en nuestro caso) con un nivel de concreción y síntesis suficiente...; solamente pueden esbozarse unos pocos aspectos.

medias— que a un enraizamiento entre los profesionales de la salud mental —psiquiatras, psicólogos, etc.—, o del propio espacio psicoanalítico.

**Tercera parte. SOBRE ENRIQUE
PICHON-RIVIÈRE.**

Capítulo 9: EL PERSONAJE.

Como sucede a menudo con los creadores, inventores o precursores, lo creado por ellos –ya sea un movimiento social o intelectual– queda estrechamente ligado a su biografía.³⁷⁶ Y en el caso de la corriente grupal –o grupalista– conocida como “los grupos operativos”, esto ha sido así: la biografía, los avatares concretos de la vida de Pichon aparecen indisolublemente ligados a esa perspectiva.

Enrique Pichon-Rivière nace en 1907, en Ginebra, y muere en 1977, en Buenos Aires. Nace casi a principios de siglo, en los convulsos primeros años del siglo XX, y muere en los momentos en que las ilusiones y creencias progresistas están en franco retroceso, tanto en Argentina como en el mundo: vive la época de la Década Infame, la ascensión del peronismo, y su posterior caída y proscripción; también varios golpes militares, y los movimientos progresistas de los años 60; conoce –aunque ya envejecido– el triunfo popular de 1973 y por último, el golpe militar de 1976, inicio de la dictadura más cruenta y salvaje habidas en la Argentina. Pichon-Rivière fue deportista, periodista y crítico de arte. Psiquiatra, psicoanalista, y por último, iniciador de una perspectiva diferenciada en la psicología social. Como fundamento de esa psicología social, definió una perspectiva grupal conocida como “grupos operativos”.

Hemos afirmado antes la relación estrecha que se dio entre lo biográfico y lo teórico; entre lo singular, lo que puede adjudicarse incluso al personaje, y lo general, teórico, institucional: la perspectiva grupal.

Queremos destacar, en esta conexión, no sólo la ligazón entre el fundador y el conjunto de ideas sustentadas, sino la relación estrecha entre lo que Pichon iba viviendo y lo que serían sus teorizaciones, sus conceptos. Las diversas situaciones vividas por

³⁷⁶ Y en este hecho reside –en parte– su fuerza, y paradójicamente, su debilidad. La fuerza de atracción que ejercen sobre sus contemporáneos es enorme, sus propuestas se imponen y difunden, pero, cuando estos creadores desaparecen, lo que fue iniciado por ellos, pierde empuje, a menos que se mantenga “el testigo” por parte de los intelectuales que continúen, lo cual no siempre ocurre así. Posiblemente éste sea el caso de Pichon-Rivière.

Pichon parecen ofrecer una relación directa con sus preocupaciones teóricas, con sus conceptualizaciones. Como dijimos, Pichon realiza un itinerario complejo, que partiendo de la psiquiatría –en términos profesionales e institucionales– deriva luego hacia el psicoanálisis; después, hacia lo que el mismo Pichon denominó la psicología social, a partir de su propuesta grupal.

Para la exposición de este capítulo, nos basaremos en los textos de Pichon, y con cierto énfasis en “Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière: sobre el arte y la locura” (1976), de Vicente Zito Lema, donde el mismo Pichon esboza una suerte de autobiografía.³⁷⁷ También se utilizarán diversos textos de Ana Pampliega de Quiroga (su última esposa): 1981, 1982, 1984b, 1986. Tal conjunto de textos provenientes de un entorno cercano a Pichon parece facilitar un acercamiento idóneo a las cuestiones más propiamente biográficas. El resto de textos utilizados es diverso.

Enrique Pichon-Rivière, un personaje singular.

Mucho se ha escrito sobre la figura de Enrique Pichon-Rivière, lo que hace difícil concluir en una descripción unificadora. Su propia singularidad no lo ha facilitado, por lo demás, sus discípulos y los que le conocieron han subrayado diversas facetas y aspectos del maestro, confirmando esa amplitud y dispersión que encontraron siempre en él. Habida cuenta de que los testimonios son variados y diversos, parece conveniente incluir aquí algunas notas aproximadas. A tal efecto, realizamos una transcripción, bastante literal, de algunos aspectos de la figura de Pichon, recogidos en un artículo escrito por un discípulo y amigo suyo, en 1967. El artículo se titula, con fundamento, “El socratismo de Pichon”, de Guillermo Vidal, y fue escrito a propósito de un número de homenaje que se realizó en 1967 en una revista de amplia difusión en los medios profesionales e intelectuales.

³⁷⁷ Vale la pena una aclaración sobre el texto de Pichon-Rivière Zito Lema. La lectura del texto sugiere que las preguntas han sido preparadas para la ocasión, adecuándose, previamente, a las respuestas. Más aún, quizá todas estas “conversaciones”, también han sido ‘arregladas’ (como es usual en la composición musical, con las obras importantes), sin menoscabo de la autenticidad de sus dos personajes, Pichon y Zito Lema. Puede tomarse todo este texto (el libro) como lo último que dijo Pichon, apoyándose en sus textos anteriores –en muchas ocasiones, en sus respuestas hay citas textuales de sus artículos–, con la participación de Zito Lema, e incluso de los diversos ‘correctores’ que con toda probabilidad ha tenido la versión final del texto. Después de todo, parece imposible que Pichon se pusiera a escribir un libro sistemático sobre su pensamiento; estaba viejo y enfermo; por último, su propia biografía, las vicisitudes por las que pasó, parecen tan estrechamente relacionadas con sus opciones teóricas, que todo aludía a lo realizado: las “conversaciones” sobre la muerte, el arte y la locura.

“... Enrique –así le llamamos familiarmente sus discípulos. Enrique se asombra de todo y nada le asusta. Diríase que todo le interesa, y le interesa con pasión. Enrique es un escrutador empedernido de la realidad íntima del hombre. Por eso cuanto está con uno, está presente todo él, aunque esté adormecido. Esta su apertura existencial hacia el otro es lo que hace de él un gran psicoterapeuta. Hablando con él pronto cae uno en la cuenta de que la psicoterapia se reduce a esto: encuentro y diálogo, más superaciones de contradicciones personales.

“Diálogo, ironía y coraje: he ahí el socratismo de Pichon. Pichon es, claramente, una figura socrática. Y en esto estriba su grandeza y su miseria. Pichon no escribe. [...] Tampoco sabe disertar. No es hombre de conferencias (aunque se pirre por charlar). La maestría de Pichon campea en otra parte, en el pequeño grupo. Ahí es toda presencia humana, calor de amigo, *savoir faire*, humor. Su prodigioso juego imaginativo hace que ideas y sentimientos vayan de uno a otro, más allá o más acá de las palabras, entretejiendo una urdimbre nueva, florecida, promisoria de quien sabe qué vislumbres ideales. Nadie a su lado puede mantenerse ajeno a este juego creador, de rancio corte mayéutico. Quien más quien menos, se siente tocado por la magia del maestro y echa a pensar, descubriendo dentro de sí ocultos horizontes tentadores.

“Así hemos salido de Pichon muchos discípulos, ‘reparados y reparidos’, llevándonos de él su vocación de ‘partero de almas’, cuando no parte de sus propias ideas. Porque su diálogo abierto, llano, espontáneo, no tiene límites por ningún lado. Quizá las mejores clases (?) las haya dado en el café, o de sobremesa. Y consustanciado con el grupo, en un clima de comunicación ideológica, no siempre atina a definir lo que corresponde a cada cual. Generoso y al propio tiempo tímido con sus ideas, no las acuña deliberadamente, y entonces éstas vuelan de boca en boca, aligeradas del sello paterno. De ahí que nadie sabe a ciencia cierta qué es lo que Pichon aportó a la psiquiatría argentina. Es difícil evaluar la originalidad de su esquema, si es que lo tiene. Tampoco ha logrado rematar un sistema conceptual, una teoría del hombre enfermo. Pero lo que nadie pone en duda es que este audaz aventador de ideas, este radar abierto a los contradictorios latidos del espíritu, ha puesto en marcha, por lo menos, dos generaciones de psiquiatras a través de su diálogo fecundo.

“¿Y qué decir de su ironía? [...] La ironía pichoniana es una mezcla de *esprit* y *charme*, en la que convergen el chiste psicalíptico y la invitación al diálogo, la comprensión de lo absurdo y la crítica entre burlona y chispeante. Este admirable sentido del humor que

hace las delicias de quienes lo escuchan, tiene a su vez ciertas aristas cortantes. Como si la misma ironía sirviese al encuentro y a la regulación de la distancia con el interlocutor.

“Armado de este instrumental sutil y agudo, Pichon se interna, valeroso, en el campo de la locura. Su misma vida es pura ironía y paradoja. El hombre que escruta en lo más hondo del ser no acierta en ocasiones a resolver los problemas elementales del diario vivir. El catador de almas, el experto en relaciones humanas, el creador del concepto de grupos operativos suele tropezar con los pequeños obstáculos del campo doméstico. Y entonces lo vemos dando tumbos. Y caer en el ensueño diabólico. Y surgir del ensueño con una mueca de dolor y un nuevo esquema entre los dientes. Así es Pichon, una contradicción viva, lacerante, creadora.

“[...] Atenaceado por la presión dulce de la tristeza, no se da respiro, y mil veces se hunde en la noche, fragua demoníaca donde se funden viejas ilusiones deshilvanadas, datos hasta hoy dispersos e insignificantes. Y una y mil veces emerge al alba, cabeceando, grávido de ideas, trabajosamente. No se da respiro, este varón esforzado. De complexión recia, puede pasar días y noches consecutivas trabajando, sin prisa y sin pausa, entregado apasionadamente a la tarea de investigar la verdad. [...]

“Cuesta imaginar que un hombre así, de tamaña resistencia física, sea poseedor de una exquisita sensibilidad. Y sin embargo, es así. Todos conocemos la fibra poética de Pichon, sus aficiones literarias y artísticas. No sé qué extraños avatares ligan su persona a las del conde de Lautréamont, como a las de Baudelaire y Verlaine. Debe ser por el lado del amor, de la locura y de la muerte, los temas eternos que se abren paso a través de los hombres fuertes y a la vez sensitivos. O más precisamente, por el pre sentimiento de lo siniestro. Porque dentro de Pichon, hombre de flagrantes contradicciones, coexisten, cohabitan, el lúcido amor por la ciencia con las fantásticas premoniciones de lo siniestro. Es probable, asimismo, que por esta rara mezcla de sensibilidad, talento y coraje, no pueda evitar el militar en la vanguardia de cualquier movimiento progresista. Así ocurrió con el psicoanálisis. Fue uno de los primeros psicoanalistas que hablaron en el mundo de habla hispana. Participó en la fundación de la APA y predicó la buena nueva dentro y fuera de los claustros universitarios. Mas pronto advirtió cierta rigidez en la floración psicoanalítica tradicional. Y entonces siguió su camino y se puso al frente de los que se atrevieron a pensar con cierta independencia de juicio. Tuvo el valor de los heterodoxos, de los herejes, que para bien de la ciencia lograron zafarse del fatal *magister dixit* aristotélico. Añadió y cambió, suprimió y tornó a introducir nuevas

piezas en el ya frondoso edificio del psicoanálisis. Su intuición extraordinaria le llevó a esbozar un nuevo concepto de la enfermedad mental, y hacerlo asequible al común de la gente. Motivó a cantidad de médicos, psicólogos y sociólogos, a profanos e ilustrados. Usó el electrochoque, la insulina y los psicofármacos cuando todavía casi nadie los conocía en nuestro país. Y, lo que es más importante aún, puso en contacto la psicología social con la psiquiatría, y a ésta con el psicoanálisis. Creador visionario por momentos, a las veces *enfant terrible*, forzó la férula de los convencionalismos para desparramarse libremente por toda la redondez del conocimiento.

“Esta especie de Silenio, sobrio y a la vez sensual no rehuye por cierto los placeres mundanos; gusta de los refinamientos de la cultura, como de lo elemental y simple, pero a la tranquila vida hogareña prefiere la amistad de los hombres. Sus amigos y amigas deben ser innumerables. Y no es que haga de la amistad un culto virtuoso. A Pichon no le interesa la ética sino la estética. Es esto se aleja ya del modelo socrático. La exploración dialéctica no lo conduce a restaurar la moral. Por este mismo camino se dirige más bien al goce artístico y a la comprensión de la conducta humana. Sin concesiones axiológicas, como le cumple a un surrealista del alma. Para él, la amistad es el campo en el que se debela el gran misterio, en que el enseñar se torna un aprender, y el aprender un enseñar. Mas en el fondo aparece ya, extrañamente atractiva, e inquietante la raíz de lo siniestro, la instancia última de la filosofía de Pichon. No puede reducirse, pues, su vida a un dechado de virtudes. De seguro que jamás pensó en servir de guía o ejemplo personal a sus discípulos, y menos aún a enfrentar a sus jueces con una sublime y heroica defensa final. Pichon es un hombre de carne y hueso, como diría Unamuno; una pieza única y singular en el vasto panorama de nuestra psiquiatría. Le basta con haber tocado las más altas cimas del conocimiento y haber sufrido las simas de la desesperanza. No le pidamos más.

“ [...] Espíritu inquieto, sensible, siempre afanoso de humanidad, no hubo movimiento renovador que no lo atrajese apasionadamente. Así fue como militó en el anarquismo, se adentró en las honduras inconscientes del surrealismo, y encontró al fin en el psicoanálisis el instrumento de indagación psicológica que tanto había buscado. [...] En 1960 concreta, en fin, un viejo sueño, y es la constitución de la Escuela Privada de Psiquiatría Social –que todavía hoy dirige– signo, cifra y crisol de una acendrada vocación por la enseñanza” (Vidal, 1967, pág.341-344).

Hemos realizado ya algunas referencias a Pichon-Rivière atinente a su participación en el inicio del movimiento psicoanalítico³⁷⁸, ahora se trata de una aproximación a otros aspectos de su biografía que parecen en estrecha relación con sus elaboraciones intelectuales. Después de exponer diversas circunstancias y contextos que pueden considerarse fundamentales en la vida de Pichon, se abordará el análisis del “proceso creador”, en dos aspectos: por una parte con el objetivo de puntualizar cuestiones que están a la base de la obra pichoniana, y por otra, como aproximación a otra preocupación intelectual y expresiva que Pichon mantendría a lo largo de toda su vida, y que si bien no fue ‘articulada’ explícitamente con sus propuestas grupales y psicosociales, sí parecen haber tenido una estrecha relación. El orden de lo expresivo, artístico, literario, etc., mantiene una estrecha relación con la propuesta pichoniana, con esa psicología social, si bien esa relación en muchas ocasiones permanece ‘subterránea’.

9.1. La historia familiar y la andadura intelectual y profesional.

Al igual que lo realizado en capítulos anteriores, se trata de abordar la producción pichoniana (la psicología social, los grupos operativos) a partir de considerar su contexto histórico-social. También interesan, entonces, los nexos y articulaciones entre algunas circunstancias concretas y singulares de Pichon con sus elaboraciones intelectuales. Mantenemos el supuesto de que la comprensión de algunos de esos elementos (el contexto social e histórico, la situación familiar, algunas circunstancias vitales) permitirá el acercamiento a otros de los elementos buscados: las propuestas teóricas, la obra intelectual de Pichon-Rivière.

En el Prólogo a su texto de 1971, “Del psicoanálisis a la psicología social”, se puede leer una importante apreciación de su autor: “Podría decir que mi vocación por las Ciencias del Hombre surge de la tentativa de resolver la oscuridad del conflicto entre dos culturas. A raíz de la emigración de mis padres desde Ginebra hasta el Chaco, fui

³⁷⁸ Pueden verse en el capítulo 6.

desde los 4 años testigo y protagonista, a la vez, de la inserción de un grupo minoritario europeo en un estilo de vida primitivo. Se dio así en mí la incorporación, por cierto que no del todo discriminada, de dos modelos culturales casi opuestos” (Pichon-Rivière, 1971a, pág. 7). Posiblemente este ‘nudo’ haya estado a la base de muchas de las producciones pichonianas.

Un hecho fundamental en la historia de Pichon-Rivière lo constituye el contraste entre dos experiencias, entre dos culturas: la experiencia europea y la realizada en poblaciones rurales, influidas por una cultura indígena, la cultura guaraní. Dos culturas: la francesa y la guaraní. Y al encuentro contradictorio entre ambas, Pichon le llama “conflicto”. Aquí reside uno de los grandes nudos sobre el que girarán muchas de las propuestas teóricas y de las intuiciones de Pichon.³⁷⁹

La infancia.

Enrique Pichon-Rivière nace en Ginebra, el 25 de junio de 1907. Sus padres, Alfonso Pichon y Josefina de la Rivière, eran franceses; pertenecían a la alta burguesía lyonesa.³⁸⁰ El padre de Pichon fue expulsado de una academia militar por sus ideas socialistas, y luego estudiaría procesos de fabricación de tejidos, actividad a la que se dedicaría luego de su inmigración al norte de Argentina, el Chaco.

Los Pichon constituían una familia de diplomáticos y científicos: un tío de Pichon había sido ministro de relaciones exteriores; otro, Eduard Pichon, era Presidente de la Asociación Psicoanalítica francesa y se suicidaría cuando los nazis entraron en París. La familia materna, los Rivière, eran industriales textiles.

Una dimensión fundamental en la vida de Pichon lo constituyeron los sucesivos fracasos de los negocios de su padre. En el Chaco, plantó algodón, mediante una concesión de tierras del Estado, en tierras fiscales, pero fueron años desastrosos, y al

³⁷⁹ Ese “conflicto” tomaría diversas denominaciones y desarrollos en la conceptualización pichoniana: constituirá la categoría del ‘dilema’, la oposición entre manifiesto y latente, la relación tarea – pretarea, la contradicción entre instancias psíquicas o entre la realidad y el sujeto, etc., etc.

³⁸⁰ En algunos aspectos de la vida familiar y de la infancia de Pichon-Rivière, nos basaremos en diversas afirmaciones de Ana Pampliega de Quiroga, quien fue la última esposa de Pichon, y colaboradora fundamental tanto en la edición de sus escritos como en la gestión de la Escuela de Psicología Social. Los textos en que nos basaremos son clases dictada por Ana Pampliega en la Primera Escuela Privada de Psicología Social, entre los años 1981 y 1984. Son clases mimeografiadas, bajo los siguientes títulos: “Origen y fundamentos del pensamiento de Enrique Pichon-Rivière”, “Texto y contexto en la producción de un esquema referencial. Algunas reflexiones sobre el proceso creador” y “Psicología social. Aprender a aprender”.

final perdió todo. Luego, en Corrientes, “y allí otra vez mi padre insiste en trabajar la tierra, en plantar algodón y tabaco, y otra vez sin suerte. Siempre le iría mal en todos sus trabajos” (Zito Lema, 1976, pág. 16). Aparece señalado aquí algo que constituirá un eje en su vida: la tristeza.

Por qué emigraron los Pichon y Rivière a América? Las razones de la emigración a América siempre constituyeron un enigma para Enrique: “para mí, siempre sería un misterio nuestro largo viaje y que finalmente fuéramos a dar al Chaco, en plena selva”; “...nunca entendería la verdadera razón de ese hecho” (Zito Lema, 1976, pág. 15-16). Nunca Pichon encontró respuestas claras. El sabía que la intención de su padre era radicar una empresa textil en Inglaterra, pero nunca tuvo claro cómo fueron a parar una perdida región en el norte Argentino, después de haber pasado brevemente por Buenos Aires. Siempre pensó que se trataba de algún conflicto con la familia en Lyon, pero nunca supo en qué consistió.

En todo caso, hay otra circunstancia central que posiblemente organiza el misterio, al menos en la conciencia del pequeño Enrique: se le ocultó, hasta los 5 ó 6 años, el hecho de que su madre era la segunda mujer de su padre, y que la primera, fallecida, era hermana de su madre. De los seis hijos de Alfonso Pichon., dos mujeres y cuatro hombres, Enrique era el menor. Y según el mismo Pichon, ahí residía el primer conflicto: su padre se casó con su cuñada. Del primer matrimonio eran los cinco primeros hijos, y del segundo sólo Enrique.

Este “secreto de familia”, estuvo presente como una sombra, según afirma el mismo Pichon, “perpetuamente vagó entre nosotros el conflicto familiar” (Zito Lema, 1976, pág.17). Hasta el momento de enterarse, él pensaba que todos eran hijos del mismo padre y de la misma madre.

Es indudable que esta situación familiar gravitó siempre en el pequeño Enrique, y más allá de la veracidad del recuerdo, sea o no un recuerdo encubridor (Freud), es inevitable la conexión entre ese secreto familiar y los motivos que produjeron la inmigración de esta familia francesa acomodada a una comunidad rural, con gran incidencia de una cultura indígena, la cultura guaraní. Posteriormente, Pichon se referirá al secreto familiar, y al malentendido como ejes fundamentales en la estructuración de un grupo familiar. No parece excesivo afirmar que esas circunstancias singulares de su experiencia infantil tienen una estrecha relación con el énfasis puesto por Pichon en uno

de sus grandes aportes a la comprensión de los fenómenos grupales y familiares: la importancia de indagar en la estructura del grupo familiar.

Así, el misterio en cuanto al origen (inmigración), el secreto familiar, mantenido por los adultos frente al infante, que aparecen como constitutivos y fundantes de la historia singular, serán temáticas fundamentales en la elaboración pichoniana acerca de los grupos, de la estructura familiar, y de la psicopatología.

En relación con estos determinantes en la experiencia infantil de Pichon, es interesante destacar la opinión de Ana Pampliega: el misterio, el silencio, no sólo opera como un obstáculo, sino que puede suceder lo contrario. Si se dan silencios, ocultamientos, misterios, éstos pueden operar tanto como prohibición o como desafío. Esos ocultamientos pueden operar como una inhibición, como una prohibición, como un obstáculo que paraliza, o bien pueden funcionar como un motor para investigar esa realidad: sería el caso de Enrique Pichon-Rivière (Pampliega de Quiroga, 1981, pág. 2).

Contrastes culturales.

Continuemos con la exposición de algunos elementos significativos en la experiencia infantil de Pichon. La familia Pichon y Rivière se instala en el noreste argentino, en una zona semiselvática, en el Chaco, donde explota una plantación de algodón, contratando a indígenas de la zona como peones. Es este el contexto donde Enrique vivirá el encuentro, contradictorio, entre lo que se ha denominado dos culturas: el origen francés, ciudadano, ilustrado (algo mantenido voluntariamente por sus padres) y la realidad campesina, indígena, sometida.

Pichon-Rivière vivió en el Chaco hasta los ocho años (había llegado a los 4), y de ahí pasó a Corrientes otra provincia del noreste argentino, donde estuvo hasta los dieciocho años. La experiencia de esos años –fundamental–, puso en contacto a Pichon con una de las dimensiones vitales que nunca dejaría de lado: el contraste y más aún, el choque, entre la cultura indígena guaraní y la cultura blanca.

La lucha entre el blanco y el indio ha constituido un hecho histórico central en la historia del país, más aún, en la propia constitución del Estado. Una cierta concepción entre histórico, anecdótica y mistificante, que llegó a imponerse como ideología consensuada, considera que el triunfo sobre los indios marca el origen del Estado (la

figura de un caudillo, militar y político, Juan Manuel de Rosas, ha sido elevado a la categoría de fundador por una gran parte de la cultura popular).

A. Pampliega (1981) destaca un elemento que, a su juicio, es fundamental: más que una sensibilización de Pichon al mundo campesino o indígena, lo cual es cierto, se trata de una experiencia más radical. Ese encuentro entre dos culturas, implicó un encuentro entre dos concepciones del mundo, entre dos modalidades de interpretación de la realidad, dos formas de historizar la realidad. Una de ellas será la de un pueblo sometido que elabora míticamente una interpretación de sus experiencias, de su realidad en leyendas, en formas de expresión que alcanzan una calidad poética extraordinaria. La otra forma de interpretación constituida por la cultura europea, con una estética diferente, y con un pensar ideológico y científico. El mismo Pichon no fue ajeno a estos argumentos, en diversas ocasiones mencionó el pensar mágico, mítico, como una forma de interpretación de la realidad que no puede ser despreciado.

Esas formas de observación precientíficas –tal como las llama Pichon–, más exactamente míticas y mágicas, que utiliza la cultura guaraní fueron aprendidas por Pichon a lo largo de su niñez y su adolescencia, y marcaron su forma de aprehensión de la realidad (años después serían la psiquiatría y el psicoanálisis las matrices donde elaboraría otras formas de observación, ya científicas): Pichon considera que es la internalización de esas estructuras primitivas (el pensamiento mágico y otras formas de aprehensión de los objetos, como la identificación proyectiva) lo que habría orientado su interés hacia la desocultación de lo implícito (1971a, pág. 7).

La lucha del blanco y el indio –mejor dicho, la lucha del blanco contra el indio– se mantenía aún en la época en que la familia Pichon se instala en el Chaco. Eso fue en 1910, y si bien hacia esa época las comunidades indígenas habían sido doblegadas y diezmadas –cuando no exterminadas–, en las regiones alejadas de las poblaciones importantes –donde había militares–, en ocasiones realizaban actos aislados de violencia: eran los llamados “malones” –el conjunto, el agrupamiento de varios indígenas–; la historiografía de la época los registró hasta 1918, si bien constituían ya una realidad absolutamente residual.

El mismo Pichon-Rivière dice recordar los temores familiares ante posibles ataques de los indios (los “malones”): éstos atacarían pequeñas poblaciones y casas aisladas. Consciente de la superposición entre fantasías y hechos efectivamente

ocurridos, Pichon se refiere al prejuicio que jugaba y era la base de la marginación del indio. Y admite que él mismo recibió esos hechos atribuidos a los guaraníes como leyenda.

Prejuicios fuertemente arraigados, hechos aislados, casi leyenda; de todos modos la familia Pichon tenía mucho cuidado: el mismo Enrique se refiere a la existencia de armas de fuego en su casa, distribuidas en cada uno de los miembros, especialmente cuando el padre partía hacia el pueblo, durante varios días. Y ya en otro plano, Pichon evoca también en esa misma línea la fascinación y a la vez el temor ante la naturaleza: la selva y los innumerables animales que la poblaban, ora amigos, ora enemigos: “...recuerdo que mi padre me dejaba un winchester, había aprendido a manejarlo muy bien. Era una zona hermosa, pero llena de riesgos. Por ejemplo, abundaba todo tipo de animales salvajes, mortíferos, especialmente gatos monteses, a veces cebados, y víboras... Las peores eran las boas. Me veo yo mismo, a la distancia, y noto lo singular de esa infancia” (Zito Lema, 1976, pág. 20).

Retomemos la situación de la dialéctica entre el indio y el blanco. La comunidad indígena sometida, devastada, era objeto de segregación y de prejuicio. El indio era visto como ladrón, agresivo, violador. Sin embargo, la experiencia concreta de Pichon era diferente: se trataba de una comunidad pacífica –los guaraníes siempre constituyeron un pueblo agricultor pacífico–. La relación de su familia con los peones – más o menos indígenas– parece haber sido cordial, exenta de conflictos. Y el modelo familiar, la actitud de los padres de Pichon frente a los indígenas parece no haber estado constituida por el prejuicio: “Mi familia, en ese aspecto, tenía una postura muy clara, muy abierta. En particular, mi padre, que sentía especial simpatía por los aborígenes. Él, ya en su infancia, había tenido fuertes fantasías ligadas a la vida salvaje. Soñó muchas veces con vivir en el Africa, acaso porque amaba profundamente a Rimbaud, tanto por su poesía como por su largo exilio de la civilización europea. Todo esto incidió para que nunca tuviera miedo de los indios y no tomara recaudos especiales de protección, ni aun en esos largos viajes que emprendía solo y a caballo” (Zito Lema, 1976, pág. 19).

La población indígena –los guaraníes– era estigmatizada de múltiples formas, lo que posibilitaba su sometimiento y segregación³⁸¹: “...aumentaba el miedo colectivo.

³⁸¹ Es necesario precisar estas afirmaciones respecto de la población indígena. En esos años –primer cuarto del siglo–, la población, mayoritariamente, no era indígena, sino una mezcla étnica, eentre antiguos

Siempre eran sucesos ligados con raptos de menores y violaciones de mujeres” (Zito Lema, 1976, pág. 18). Pichon considera estas manifestaciones y otras de ese orden como una expresión estricta del prejuicio y de la segregación: al referirse a esos hechos violentos que habrían protagonizado los indios guaraníes, dice que forman parte de la leyenda: “en última instancia los autores ya habían desaparecido. Sin embargo quedaban algunas personas en el pueblo a las que señalaban como hijos de esos encuentros, no sé si obligados o no, en todo caso furtivos, entre indios y ‘blancas’” (pág. 18).

La idea de Pichon frente al prejuicio es clara: se debe a la envidia. Si bien puede haber un cierto trasfondo ideológico e incluso religioso, Pichon considera que el núcleo de ese sentimiento está constituido por la competencia, la rivalidad y la envidia: “ya sea por la laboriosidad, la belleza, la visión del futuro o la manera de encarar el mundo que tienen los seres objeto del rechazo” (pág. 18). Y continúa, con la misma contundencia: “en cuanto a las fantasías sobre violaciones, hay allí una proyección de los propios deseos en el de afuera, en el extraño, en el ‘otro’, y ello vuelve el emisor convertido en ‘realidad’. Hay un grupo de hombres que considera que tiene la propiedad de las mujeres ligada tradicionalmente a ese grupo, y rechazan que alguien pueda discutir esa propiedad. Por ello, la base del prejuicio, aun en este caso, es la rivalidad, y exterioriza un concepto más económico que sexual” (Zito Lema, 1976, pág. 19).

A partir de todo lo expuesto hasta aquí, es fácil coincidir con la opinión expresada por A. Pampliega en cuanto a que la experiencia infantil de Pichon frente a la marginación y el prejuicio es clave en la construcción de una actitud ante el enfermo mental, o ante los hechos sociales y ante la realidad en general (1981, pág. 2).

La relación a establecer entre el indio y el enfermo mental es de equivalencia. El prejuicio, la marginación, la segregación del indio corresponde a la que se realiza con el enfermo mental. El prejuicio, como juzgar al otro desde el desconocimiento, la segregación y posterior proyección en el otro de aspectos negados en sí mismo, la marginación y la creación del “chivo expiatorio”, elementos todos relacionados con el indio, con la comunidad de indígenas sometidos, son igualmente adjudicados y relacionados con el enfermo mental –con “el loco”–.

blancos e indios. “El indio”, parece no responder tanto a un colectivo como a un molde, un precipitado, etc., incluso a un estereotipo. De todos modos, ese carácter no le quita realidad en cuanto a los efectos de segregación, prejuicios y miedos que se movilizaban en torno a esos colectivos.

Todo lo que se daba con el indio, Pichon lo va a reencontrar como actitud social e institucional, incluso familiar, con el enfermo mental. Actitud marginante, segregante, plena de prejuicios, frente al enfermo mental. La marginación y segregación del enfermo mental ha sido –y los es aún– una característica básica de muchas sociedades. Argentina no constituye una excepción: los hospicios (hospitales psiquiátricos) argentinos habían constituido verdaderos lugares de miseria y condiciones infrahumanas; en los años 20, 30 e inicios de los 40 la situación no había cambiado fundamentalmente, salvo situaciones aisladas.³⁸² Hay que destacar que esa actitud, esa ideología operante en torno al enfermo mental no se reduce al plano de las costumbres, sino que también opera en el ámbito institucional. La consideración “terapéutica” del enfermo mental, ha sido constituida, en gran parte –si no en sus aspectos fundamentales– en este tipo de construcción ideológica.

Aquí el lugar que ocupará Pichon-Rivière será crucial: sus aportes, ya sean considerados desde la psiquiatría, desde el psicoanálisis o desde la misma psicología social irán en la línea de explicitación y confrontación contra esa realidad, contra esa forma de sometimiento. Posiblemente un aspecto de la dimensión que Pichon-Rivière cobró como “maestro” para tantas generaciones de profesionales de la salud mental radique en esto: Pichon no sólo explicitó su rechazo y su crítica a este tipo de concepciones, sino que a partir de estas experiencias, de este tipo de análisis, construyó un modo de conceptualizar, de comprender estas dimensiones de la realidad. Conjunto nocional –teórico–, engarzado en la práctica (fuera hospitalaria o comunitaria, clínica o pedagógica), y que intentaba dar cuenta de estos aspectos conflictivos de la subjetividad.

La hipótesis de A. Pampliega es que la experiencia de contraste entre dos culturas sensibilizó a Pichon para no caer en el obstáculo dominante en la psiquiatría –y quizá en todo conocimiento–. Ese obstáculo es el prejuicio, el pensamiento etnocéntrico, dilemático y autoritario. Sería el pensamiento que toma la realidad propia como la única válida, la absolutización de los valores propios, y la negación de validez de la experiencia ajena, del otro (Pampliega de Quiroga, 1981, pág. 3). Parecen significativas las consideraciones de Pampliega, cuyo vínculo afectivo e intelectual con Pichon da

³⁸² Puede verse “La locura en Argentina”, de H. Vezzetti (1985).

cuenta –de una forma que parece adecuada– de todos estos aspectos de la vida de Pichon. Su opinión es la siguiente:

“Esa experiencia infantil, toda su relación con el mundo campesino, incluso su inserción –como decíamos la vez pasada– muy temprana en el proceso productivo y su inserción como campesino, como niño que trabaja la tierra, su propia experiencia de emigración y sucesivas experiencias porque se muda de Europa al Chaco, del Chaco a Corrientes, de Corrientes a Rosario y de Rosario a Buenos Aires, le va a permitir una apertura, una posibilidad de identificación con el inmigrante y con el hombre del interior que constituían la mayoría de la población del Hospicio. Quiénes son hoy en día los que habitan en el Hospicio? Los inmigrantes y los que han hecho un proceso de emigración en el interior del país. Y eso lo lleva a poner el acento de su investigación en fenómenos de transculturación, es decir, la pérdida del hábitat, la pérdida del propio lugar como una desestructuración de vínculos internos, como una verdadera metamorfosis y desestructuración del mundo interno, como un severísimo ataque a la identidad. Como determinante –ese fenómeno de emigración o de transculturación– de la emergencia del miedo a la pérdida y del miedo al ataque, miedos que emergen de experiencias concretas de privación y de todo aquello que sostenía la identidad, que ayudaba a configurarla y de desinstrumentación en nuevas situaciones, ante nuevas exigencias adaptativas” (Pampliega de Quiroga, 1981, pág. 3).

Por otra parte, la experiencia de dos culturas y el imperioso anhelo de articulación entre ambas que Pichon manifestaba, la marginación, la emigración, la transculturación, fenómenos vividos por Pichon, ya sea como protagonista o como testigo, parecen constituir, en tanto experiencia infantil fundamental, un fuerte núcleo de motivaciones que posteriormente lo llevarán a configurar un pensamiento organizado en torno a esto. Hay un concepto clave en el esquema pichoniano, en el modelo pichoniano, que parece derivarse del fondo de esta experiencia: la noción de “adaptación activa a la realidad”. Esa adaptación activa, que operará como índice de operatividad, de cura y de aprendizaje, como objetivo de cualquier proyecto terapéutico, parece constituir una respuesta al conjunto de cuestiones que se han planteado hasta aquí.³⁸³

³⁸³ La noción pichoniana “adaptación activa a la realidad” se aborda de forma específica en los capítulos siguientes.

Otras dos conclusiones pueden derivarse de lo dicho hasta aquí, de la relevancia de algunos aspectos de la experiencia infantil y adolescente de Pichon. La primera de ellas se refiere a la importancia que le otorga a “la vida cotidiana”. La segunda, a la importancia de lo grupal en cuanto al aprendizaje, y más en general, al pensar. Veamos estas dos conclusiones.

En primer lugar, la “vida cotidiana”. Parece evidente que la experiencia infantil de Pichon conduce a su sensibilización y aguda toma en consideración de los procesos de marginación, de diferencia social, de subjetivaciones diversas. Pichon propondrá, a partir de los años 50, que además de la estructura familiar o vincular, la organización social, el contexto, la relación con el hábitat, son determinantes de la subjetividad, y que la comprensión del sujeto no puede realizarse satisfactoriamente fuera de ese contexto determinante, fuera de esas experiencias, fuera de esa cotidianeidad, sin tenerlo en cuenta.³⁸⁴ La opinión vulgar tenía un gran valor para Pichon, decía que había que partir del conocimiento espontáneo, del propio esquema referencial, y a partir de ahí, acceder –mediante un trabajo de elaboración– a un mayor nivel de conocimiento, a una transformación de la realidad, etc. Así, la psicología de la vida cotidiana será una fuente importante de saber para Pichon.

En segundo lugar, el trabajo grupal. Frente al prejuicio, frente a la rigidez del pensamiento etnocéntrico –en el caso del indio–, del pensamiento negador de la diferencia –en el caso del loco–, Pichon propone un trabajo colectivo a partir de la heterogeneidad. Considera que el pensamiento etnocéntrico, dilemático, dominante, etc., no sólo se verifica en relación a los marginados, sino que constituye, una forma generalizada de procesamiento de la realidad.

Pichon utilizará un concepto muy preciso al respecto: el estereotipo. La ruptura de ese estereotipo, de esa forma de pensar y de concebir la realidad –externa tanto como interna– constituirá una preocupación constante en las exploraciones pichonianas. Entonces, frente al pensamiento único, a la absolutización del punto de vista –sea individual o colectivo–, a la segregación de otras concepciones y experiencias, Pichon

³⁸⁴ El texto conjunto de Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, “Psicología de la vida cotidiana”, publicado en 1970, y constituido por notas publicadas en la revista Primera Plana –semanario progresista en los 60–, en 1966 y 1967 es suficientemente ilustrativo. Aparecen temas diversos, ligados a las preocupaciones del “hombre de la calle” como decía Pichon, es decir, el porteño medio. Gente de la calle que expresaría el pensar y el sentir cotidianos, consensuales. Constituyen un ejemplo idóneo de cómo Pichon se “apoyaba” en el decir espontáneo, popular, para elaborar ciertas temáticas.

propone el trabajo grupal. Ese trabajo grupal consistirá en incluir lo heterogéneo, lo diverso, la experiencia de los otros. En términos actuales podría decirse que es una afirmación en pro de lo interdisciplinario. Con la salvedad de que Pichon no plantea sólo una articulación disciplinar (psicología más biología, por ejemplo), sino una articulación de saberes diversos: el saber científico –obviamente–, más el saber estético, más la opinión vulgar, ligada a ciertos aspectos del pensamiento mítico y mágico; así, las fuentes de conocimiento son diversas.

Estos aspectos constituyen la base de uno de los conceptos centrales en la perspectiva pichoniana: el Ecro, esquema conceptual, referencial y operativo.³⁸⁵ En el mismo prólogo al que se ha hecho referencia, su autor plantea algo que puede considerarse como un antecedente de su esquema referencial:

“Los misterios no esclarecidos en el plano de lo inmediato (lo que Freud llama ‘la novela familiar’) y la explicación mágica de las relaciones entre el hombre y la naturaleza determinaron en mí la curiosidad, punto de partida de mi vocación por las Ciencias del Hombre” (Pichon-Rivière, 1971a, pág. 8).³⁸⁶

Una andadura intelectual y profesional.

Después de un intento que hubo de retrasar su alejamiento de la casa familiar, Pichon-Rivière fue a estudiar Medicina en Buenos Aires, lo que concluyó en 1936. En esos años participó de la vida cultural porteña junto a diversos intelectuales (Arlt, Nalé Roxlo, etc.). Realizaría trabajos en periodismo y crítica de arte. Poco después de terminar medicina se casó con Arminda Aberastury, con quien tendría tres hijos: Enrique, Joaquín y Marcelo); hacia 1956 se separarían.

Trabajó en diversos hospicios, y hacia fines de la década comenzó su andadura psicoanalítica, constituyéndose como uno de los referentes fundamentales en Argentina. Hacia 1939-40 se analizaría con Angel Garma, psicoanalista español exiliado a Argentina.

Desde mediados de los años 50 su interés por los grupos y la psicología social fue creciente, a la par que su crítica a la perspectiva psicoanalítica. Funda diversas

³⁸⁵ El “esquema referencial” se aborda en el capítulo 11.

³⁸⁶ Puede encontrarse también en estas consideraciones una anticipación de lo que Pichon denominaría como ‘ecología’, ‘ecología interna’, ‘situación’, etc., aludiendo a la relación entre el sujeto y el medio.

organizaciones de formación (las “escuelas de psicología social”), acompañado en los últimos años por su esposa, Ana Pampliega de Quiroga. Su consideración como maestro de varias generaciones de psiquiatras, psicólogos y psicoanalistas se había consolidado, a la vez que en esos años comenzaba lo que él mismo denominaría el pasaje “del psicoanálisis a la psicología social”. Gravemente enfermo en sus últimos años, Pichon-Rivière murió en julio de 1977, en Buenos Aires.

9.2. Pichon-Rivière y el proceso creador.

El título del párrafo alude a una doble cuestión: por una parte a un Pichon interesado en los problemas de la creación, sea referidos a la obra artística, literaria o científica, y por otra al Pichon como creador, como genio creador (en la expresión de Anzieu) de una obra que no es fácil circunscribir, pero cuya inequívoca existencia se impone a cualquier observador del campo científico y cultural (en el ámbito latinoamericano e incluso hispano). Abordaremos ambas cuestiones teniendo en cuenta que en momentos se superponen e incluso llegan a fundirse en una sola.

Las anécdotas usuales sobre el personaje señalan esa característica en Pichon: tempranamente ocupado en actividades relacionadas con la literatura y el arte (realizaba críticas de arte), posteriormente a su adhesión al psicoanálisis realizará elaborados análisis de uno de los precursores del surrealismo, el conde de Lautréamont, y en fin, a lo largo de toda su vida mantendrá un estilo de apertura que privilegiaba un enfoque interdisciplinar. Ahora bien, se trata de captar algunas de las razones que den cuenta del lugar de Pichon en la producción científica y cultural de su época, y de su lugar como ‘maestro de maestros’ como se le reconociera, en el exigente y fecundo ambiente intelectual (y profesional) de la segunda mitad del siglo.

Pichon-Rivière, emergente y portavoz (de una época).

En un texto de 1982, (“Texto y contexto en la producción de un esquema referencial. Algunas reflexiones sobre el proceso creador”), transcripción de clases de A. Pampliega de Quiroga en la Escuela de Psicología Social, su autora aborda diversos

aspectos de la vida de Pichon-Rivière, en un intento de dar inteligibilidad al hecho (complejo) de la gigantesca difusión que tuvieron las propuestas pichonianas. Pichon había muerto en 1977, es decir, pocos años antes de esas elaboraciones. Puede pensarse que estas argumentaciones, si bien son asumidas por Pampliega, también corresponden a la manera en que se entendía tal proceso en el contexto de la escuela que fundara Pichon, es decir, en el ambiente de sus discípulos más cercanos.

Se trata de responder a la pregunta: por qué la propuesta pichoniana tuvo tanto eco en Argentina (y en otros lugares), en esos años 50, 60, 70...? La respuesta –para nada taxativa– parece compleja, y los aportes de Pampliega parecen muy sugerentes.

Pampliega propone la tesis de Pichon como un pensador, en tanto sintetizador o portavoz de su tiempo, a la vez que enlaza con ciertas dimensiones de lo creativo, o más precisamente, de la obra. La autora, continuadora de Pichon-Rivière en la Escuela de Psicología Social que el mismo Pichon fundara, ha realizado un sostenido intento de síntesis de las propuestas y su articulación en la psicología social, algo que si bien fue esbozado por el propio Pichon no fue desarrollado de forma sistemática.³⁸⁷

A partir de una pregunta que no es retórica, se propone la figura de Pichon como un pensador, es decir como un creador en el campo de la cultura, y en esa medida hay que incluir su dimensión en tanto portavoz, en tanto emergente. La autora lo argumenta así: “Qué es un pensador? Un pensador es un sintetizador, es un portavoz de su tiempo, y su obra va a expresar aspectos de la realidad socioeconómica, ideológica, científica, política, estética, etc. de la época que vive, va a expresar algunos sectores [de esa realidad]” (1982, pág. 7). Y ese sujeto que puede expresar esos contenidos lo hace debido por una parte a su experiencia compartida con sus contemporáneos, a su sensibilidad frente a eso vivido de forma colectiva, pero también lo hace debido a cuestiones derivadas de su historia singular.

Los personajes tomados como referencia para el análisis son dos: Freud y Pichon; se trata de ver qué circunstancias singulares y qué contexto sociohistórico se habrían conjugado, y de qué manera para posibilitar las producciones de uno y otro.

Al referirse a Pichon-Rivière se afirma: “Si Pichon no hubiera vivido el contraste de experiencias, de haber nacido en una ciudad europea, pertenecer a una familia de la alta

³⁸⁷ Este tema es desarrollado en el capítulo 10.

burguesía lyonesa, y vivir en una plantación de algodón en el Chaco, inmerso en la cultura guaraní, si no hubiera vivido el agudo contraste entre la cultura francesa, arraigada en su familia, y la cultura guaraní que lo fascinaba sobre todo con sus historias, sus mitos, su juego entre lo siniestro y lo maravilloso, si no hubiera vivido este contraste de culturas, si no hubiera visto contenidos psíquicos cualitativamente diferentes en los sujetos pertenecientes a una u otra cultura, difícilmente hubiera podido ser un pensador en el campo de la psicología social. Si no hubiera vivido una experiencia personal –profundamente marcadora para él– de secreto familiar, donde a los cinco años descubre que su madre, a la que él creía madre también de sus hermanos era solamente madre de él y que sus hermanos eran medios hermanos, situación que le fue cuidadosamente ocultada, muy posiblemente no hubiera quedado tan profundamente sensibilizado a la temática de la familia y a la temática del secreto” (1982, pág. 7).

En un intento de enfatizar los paralelismos se refiere al creador del psicoanálisis: “Pero, por supuesto, si Freud no hubiera sido un pensador crítico del siglo XIX, si no hubiera recogido toda la elaboración científica o todo el concepto de ciencia vigente en el siglo XIX, si no fuera heredero en algún aspecto del pensamiento kantiano, en otro aspecto heredero del positivismo, si no hubiera sido el traductor en inglés de Stuart Mill, si no fuera un apasionado lector del romanticismo alemán, si la impronta del pensamiento estético de su tiempo, el romanticismo, tan arraigado en la temática de la muerte, por ejemplo, no hubiera sido tan profundamente vigente, si no hubieran existido en la experiencia compartida de su tiempo esas inquietudes, tampoco hubiera podido pensar el psicoanálisis”. Esta cita sólo tiene como interés el mostrar la idea de la confluencia de diversas corrientes y enfoques presentes en un genio creador, más allá del efecto de identificación entre uno y otro que pueda buscar la autora.

“Y si Pichon no hubiera vivido en una época en que a partir de fenómenos de masas como se van a dar, por ejemplo, a través de la revolución rusa, a través de las dos guerras mundiales, no hubiera habido un desarrollo de una conceptualización acerca de las relaciones entre el hombre, la naturaleza y la sociedad, cada vez más cercanas la articulación entre las teorías sociales y las teorías psicológicas, no hubiera podido hacer un pasaje que él denomina del psicoanálisis a la psicología social” (Pampliega de Quiroga, 1982., pág. 7).

También se puede agregar a las consideraciones anteriores, en cuanto a Pichon, en la misma línea argumental: si no hubiera estado ahí la influencia, la cercanía con el

psicoanálisis, que le permitió “salir” del reduccionismo psiquiátrico; si no hubieran estado ahí esos intelectuales marginales –Roberto Arlt, entre otros– en ‘la pensión del francés’, que le permitieron hacer y establecer profundas –y quizá un tanto ocultas– relaciones entre el mundo rural y el de la gran urbe, entre el ‘pequeño’ mundo de lo cotidiano y el ‘gran’ mundo de las elaboraciones conceptuales, entre los locos y los otros, etc. Es decir, el conjunto de experiencias pueden entenderse como formando un complejo entramado que posibilitó la obra pichoniana.

Parece pertinente agregar algo que puede ser fundamental: un portavoz, algo emergente, también tiene un desarrollo temporal. Es decir, alguien que es portavoz, no lo es permanentemente, el movimiento (en forma de conflicto, desarrollo, avances o retrocesos, etc.) continúa. Y el portavoz de hoy –que no lo era ayer– puede dejar de serlo. Es decir, el portavoz de ayer puede dejar de serlo, si aquello que expresó constituía un aspecto de la realidad que posteriormente pasa a ser subsumida en algo más amplio (desarrollo del conocimiento, por ejemplo), reprimido (hará síntomas, retornará?), repudiado, inhibido, etc. No es fácil avanzar en esta cuestión, que lleva a pensar en el futuro de la propuesta pichoniana, en su desarrollo. Puede pensarse que cumplió su objetivo? Es decir, están ahí las concepciones pichonianas formando parte del esquema referencial, del acervo cultural e intelectual de aquellos a los que iba dirigido? En cierto sentido es así. Sin embargo, en tanto disciplina, en tanto aportes científicos, eso no parece tan claro.

En el espectro de posiciones ideológicas y teóricas en el ámbito de la psicología social y del psicoanálisis el peso y la referencia a Pichon son complejas, cuando no ambiguas o confusas. Los conceptos que el mismo Pichon consideraba fundamentales actualmente no tienen demasiada vigencia, por lo menos en cuanto a su formulación formal: enfermedad única, transferencia en personalidades psicóticas, teoría del vínculo. Y los conceptos referidos a los grupos y la grupalidad, si bien son fundamentales –algo en que la mayoría de los autores coinciden– no han sido desarrollados mucho más allá de lo que hiciera el mismo Pichon: tarea, estructura de roles, emergente, etc. Aunque es necesaria una precisión en esto: se trata de conceptos casi no utilizados en los enfoques cercanos al pensamiento psicoanalítico, aunque es algo diferente en otros ámbitos.

En todo caso, el papel de pionero, de precursor, y en fin, de creador de Pichon aparece como algo indudable. Su mención es obligada, y no sólo por motivos de oportunidad, sino que su influencia en el desarrollo –particular, por cierto– tanto del

psicoanálisis como de la psicología –más o menos “social”, en todo caso comprometida con la práctica–, e incluso en algunos enfoques sociológicos –el institucional, principalmente– ha sido indudable.

Sin embargo, surge una prevención frente a todo esto. No se puede soslayar que aparece cierta dificultad en poder “engancharse” las posiciones y teorizaciones de Pichon con lo que actualmente se postula. Cuestiones de modas intelectuales y profesionales? Quizá haya algo de eso. Pero no parece que se agote ahí la cuestión. En la propuesta pichoniana hay algo que aparece como un obstáculo, como un obstáculo a engarzar el discurso pichoniano con las elaboraciones y preocupaciones actuales. Es posible que se relacione con lo que se puede denominar como posición “empirista” en Pichon. Si bien es cierto que se aproximó a las concepciones estructuralistas no articuló de manera suficiente sus elaboraciones con esa perspectiva, hegemónica durante muchos años en el ámbito intelectual al que se dirigía. Y esa circunstancia, pasado el tiempo, se habría dejado sentir. Esta perspectiva, con ser interesante, sin embargo no puede ser desarrollada aquí, nos llevaría demasiado lejos del propósito de este trabajo.

Por otro lado, su posición frente a la psiquiatría. Se trataba de una posición crítica, pero psiquiátrica al fin; su crítica a la psiquiatría lo fue fundamentalmente en cuanto a su aplicación, no en cuanto a su corpus doctrinal. Una evidencia de esto es que su crítica a la práctica psicoanalítica no diferencia entre los diversos planos de esa misma crítica: se trataba de una crítica a la organización psicoanalítica (APA) con toda claridad, pero se extendió al conjunto de la doctrina psicoanalítica.

Es verdad que estas últimas consideraciones avanzan algunas conclusiones que se irán derivando de los desarrollos que se realizan a continuación, referidos a la perspectiva psiquiátrica y psicoanalítica de Pichon, y su derivación hacia una psicología social.

El contexto social y cultural en que se da la producción de Pichon-Rivière.

Parece importante añadir un aspecto más a las consideraciones anteriores: la importancia del contexto tanto en el origen de las propuestas pichonianas, como en su destino posterior. Es indudable que si lo contextual es siempre un factor eficaz en una producción cultural (intelectual, expresiva, etc.), en los años 50 y 60 lo era más aún, si cabe. Y así, diversas producciones se difundieron con una intensidad y extensión muy

diferentes a décadas anteriores. También es cierto que los procesos de ‘crisis’ de esas producciones culturales se sucedían.

El argumento esbozado por Pampliega, refiriéndose a la relación entre el texto (la obra conceptual de Pichon) y el contexto (social e histórico) es el siguiente:

“Desde el punto de vista de la Psicología Social, una teoría o un esquema conceptual, tomada en dos aspectos, como modalidad de pensamiento y como contenido, es decir, como forma y como contenido, y lo mismo podríamos decir de una obra de arte o de una creación cultural de cualquier tipo, una teoría, una obra de arte, cualquier creación cultural, tanto en sus aspectos formales (que no son secundarios) como sus contenidos es un emergente histórico social que está expresando las formas de sensibilidad, las matrices de pensamiento, las estructuras conceptuales que se dan en un tiempo histórico y en un orden social. Estructuras conceptuales, formas de sensibilidad que pueden ser las vigentes o pueden ser incipientes, pueden ser las que ya han logrado un determinado status en ese ámbito o en ese orden social cultural o aquellas que empiezan a perfilarse en ese orden social. Entonces, el pensamiento, la teoría o la obra artística se hacen eco de los interrogantes que los hombres se plantean buscando dar cuenta de su experiencia. Y esta obra de arte, esta teoría, [...] se constituye como una forma de respuesta a esos interrogantes planteados” (1982, pág. 10).

“... Y esto es válido para Leonardo da Vinci, como para Picasso, o para Shakespeare, o para Hegel, o para Pavlov, o para Mead, o Haendel, o Bretón, o Borges, o Sábato o José Hernández. Y esto hace a la esencia social de la creación, el hecho de que sus preguntas y sus respuestas están sostenidas por esa situación histórica y por las concepciones del hombre y del mundo vigentes en esa situación histórica” (pág. 10).

Las dos citas muestran fuerza argumental. Incluso podemos acordar con ellas, en términos generales, pero es necesario dar cuenta de algo más: una obra cultural – científica, artística, etc.– parece poseer un carácter de emergente, más aún, se constituye en tanto emergente de procesos colectivos diversos. Ahora bien, la cuestión es si su capacidad de expresión de contenidos es suficiente para mantenerse vigente o por el contrario, al tiempo es abandonada. Es decir, si efectivamente era una obra producto de un proceso creador (y su persistencia en el tiempo dará la medida de esa capacidad) o se trata de un producto circunstancial (donde el contexto tiene más peso que el propio texto). No se trata de una pregunta vacua, por el contrario, parece conveniente poder

avanzar en esta relación entre texto y contexto de una obra como la realizada por Pichon-Rivière.

Se trata de precisar el carácter de emergente de la obra pichoniana, y su carácter creador (producto de algo originalmente nuevo). En relación con la argumentación del texto que estamos reseñando, hay que precisar un aspecto fundamental: si es verdad que una obra cultural (de cualquier tipo) constituye una forma de respuesta a interrogantes de esa época también es cierto que la respuesta puede ser más o menos ‘verdadera’, o más o menos ‘ilusoria’. Una obra determinada no siempre se refiere a algo vigente o a algo incipiente, sino que podría ser a lo viejo con aspecto nuevo, o a algo circunstancial..., o incluso a algo que en realidad aparece como un tránsito, como el facilitador de un pasaje a otra concepción (un emergente que permite la expresión de un existente más consistente). Algo de esto quizá haya sucedido con la propuesta pichoniana. Pichon, maestro de maestros, precursor, etc., desde los años 40 a los 60.

Sin embargo, actualmente, su obra parece algo marginal, poco influyente, alejado de las cuestiones que hoy aparecen como problemáticas. Más aún, las preocupaciones actualmente vigentes, no parecen –formalmente, al menos– demasiado cerca de las propuestas y consideraciones pichonianas...

El proceso de creación.

Las cuestiones relacionadas con la creación, con el acto creador, han sido objeto de diversas aproximaciones, entre ellas la psicoanalítica. Para la teoría psicoanalítica, la problemática de la sublimación (destino no sexual de la pulsión) estaría en la base de los procesos de creación (artísticos, científicos, etc.). Como es sabido, pese a su fundamental importancia, tal cuestión nunca fue objeto de una elaboración específica por parte de Freud. Sin embargo, ha ocupado a muchas generaciones de psicoanalistas, que han realizado diversas ‘aplicaciones’ del psicoanálisis a la producción artística e intelectual.³⁸⁸ Pichon-Rivière y parte de su contexto inmediato sí se ocuparían del

³⁸⁸ Tanto Freud como muchos de sus discípulos se ocuparon de ensayos de “psicoanálisis aplicado”: diversos productos del arte, la literatura, y en general, la creación cultural han sido objeto de frecuentes y variadas investigaciones psicoanalíticas. Referencias mínimas han sido esbozadas en el capítulo 4, donde se enuncia el tipo de perspectiva que se conocía en Argentina en las décadas del 30 y 40.

En cuanto a los aspectos conceptuales referentes a la sublimación y su relación con otros conceptos psicoanalíticos, puede verse el texto de Laplanche, “La sublimación. Problemáticas III” (correspondiente a cursos dictados entre 1975 y 1977), que constituye un consistente abordaje al tema.

“proceso creador”, al igual que lo haría la escuela psicoanalítica francesa de grupos: Anzieu, Kaës, y otros autores de ese colectivo.

A continuación realizaremos una descripción del análisis del proceso creador que realiza Anzieu, que intenta dar cabida a diversos enfoques psicoanalíticos. Se trata de un artículo de 1974, que apareció publicado en una compilación y que incluye también trabajos de otros autores, entre los que destaca un artículo de Elliot Jaques, “Muerte y crisis de la mitad de la vida”, de 1963.

“Hacia una metapsicología de la creación” (Anzieu).

En cualquier proceso creador parece necesaria una inicial filiación con un creador reconocido (generalmente tomado como maestro) y una posterior ruptura de la misma. Tal es la precisa formulación con que Anzieu plantea la cuestión:

“Crear requiere, como primera condición, una filiación simbólica con un creador reconocido. Sin esta filiación y sin su posterior renegación no hay paternidad posible de una obra. Icaro siempre deberá sus alas a Dédalo” (Anzieu, 1974, pág. 15)

“Para pasear por los aires, no es necesario tener el automóvil más potente, sino un automóvil que [...] sea capaz de convertir en fuerza de ascensión su velocidad horizontal. Del mismo modo, quienes producen obras geniales [son quienes pueden] asemejar su personalidad a un espejo, de tal modo que sus vidas [...]se reflejen en él, ya que el genio consiste en el poder de reflexión y no en la cualidad intrínseca del espectáculo reflejado” (pág. 15). Se trata de una cita de Proust a la que recurre Anzieu, para plantear lo que denomina el problema del “despegue”, es decir, el acto creador, propiamente.

Diferencia entre creatividad y creación.

“La mayoría de los individuos creativos nunca son creadores: lo que hace la diferencia [...] es el despegue” (pág. 16).

“Los autores que se han interesado por el estudio experimental de la creatividad, han definido ese momento como el del ‘pensamiento divergente’, es decir que diverge de los estereotipos y de las normas, por disociación de elementos habitualmente asociados”. Aunque, como dice Anzieu, se trata de una descripción correcta, pero

empobrecedora del proceso: “por qué [el creador] ha echado a volar mientras los demás siguen a ras del suelo?” (pág. 16).³⁸⁹

Entonces lo característico en la creatividad será el pensamiento divergente, que disocia lo que hasta allí estaba asociado, pero también asocia lo que estaba disociado. Compleja dialéctica de ruptura – reconstrucción – ruptura.

Trabajo del sueño, trabajo del duelo, trabajo de la creación.

Al trabajo del sueño y al trabajo del duelo, las dos formas de trabajo psíquico postuladas por Freud (“Interpretación de los sueños”, “Duelo y melancolía”), se le agrega una tercera forma: el trabajo de la creación, que participa, de diversas formas, en la dialéctica de las dos anteriores:

“El trabajo de la creación representa la tercera forma, mal conocida, del trabajo psíquico: un trabajo de pocos segundos en el surgimiento de la inspiración, de algunas semanas en la concepción de la trama, de varios años en la realización de la obra” (pág. 17). Y se considera que el sueño, el duelo, y la creación, constituyen fases de crisis para el aparato psíquico.

El autor se refiere a la sobredeterminación que supone en el proceso creador, a la existencia de determinaciones o condicionantes: “No hay ni una vía única ni vías infinitas que lleven al desencadenamiento del despegue creador: estas vías son diversas, pero sin duda de número restringido” (pág. 24). Así, Elliot Jaques (1963) ha propuesto tres: “Las creaciones de juventud descansan en una elaboración de la posición esquizo paranoide; las de la madurez, en una reelaboración de la posición depresiva;

³⁸⁹ Una vieja canción argentina, “sueño de barrilete” (de Eladia Blásquez) dibuja con claridad el proceso de ‘despegue’ o ‘echar a volar’ (Proust, Anzieu) que caracteriza al acto creador.

Desde chico ya tenía en el mirar / esa loca fantasía de soñar.

Fue mi sueño de purrete / ser igual que un barrilete / que elevándose entre nubes / sube y sube ... [...]

Yo quise ser un barrilete / buscando altura en mi ideal / tratando de explicarme que la vida / es más que un simple plato de comida.

Y he sido igual que un barrilete / al que un mal viento puso fin / No sé si me falló la fe / la voluntad / o acaso fue que me faltó piolín... [...]

Hoy me aterrera este cansancio sin final / Se hizo trizas mi sonrisa, mi ideal. / Cuando veo un barrilete / me pregunto: / aquel purrete, dónde está? [...]

Y he sido igual que un barrilete / al que un mal viento puso fin / No sé si me falló la fe / la voluntad / o acaso fue que me faltó piolín...

Los términos: barrilete = cometa, piolín = cuerda, purrete = chaval, niño. La canción alude a la intencionalidad creadora, se quiere crear, pero... falta piolín. Se enuncian diversos temas: ideal, ‘ilusión’, melancolía, depresión, etc.

finalmente, señala sin explicarlas las de la vejez”. Michel Mathieu destaca características de la creatividad propias de la adolescencia, y confirma las tesis de Jaques.

Anzieu destaca la fecundidad de la distinción kleiniana de las posiciones esquizo paranoide y depresiva para estos análisis:

“Si queda claro que la sombra de la muerte, al caer sobre el genio, puede tornar creador a aquél cuyo conflicto interior tiene que ver con la angustia depresiva, es la sombra del mal la que ejerce el impulso creador cuando el sujeto se debate en las angustias de despedazamiento y persecución” (Anzieu, 1974, pág. 25).

“La experiencia vivida del depresivo está dominada por la angustia de haber perdido el objeto amado, de haberlo perdido por su culpa, de haberlo destruido al mismo tiempo que lo amaba. El estado interior que sucede a esto, como atinadamente definió Elliot Jaques, es el de ‘caos’, caos que constituye la figuración simbólica de la muerte para el depresivo” (pág. 25).

La reparación del objeto.

“Melanie Klein ha sido la primera en comprender que crear es reparar el objeto amado, destruido y perdido; restaurarlo como objeto simbólico, simbolizante y simbolizado, es decir, con cierta permanencia asegurada en la realidad interior. Reparándolo, uno se repara a sí mismo de la pérdida, del duelo, de la pena” (pág. 25)

“No sucede lo mismo si el sujeto crea para salir de la posición esquizo paranoide. Aquí ya no es la muerte sino el mal el que le causa problemas. Sabemos, a partir del descubrimiento kleiniano, que el mal es la envidia, la envidia odiosa proyectada por el pequeño, desde la mitad del primer año, en el seno materno y el pene del padre y los niños rivales que adivina en ese seno continente: envidia destructora del continente materno, envidia que hace estallar en pedazos sus contenidos, incluido el niño mismo que siente que es uno de ellos, envidia proyectada que regresa bajo la forma de un seno malo amenazándolo a su vez, en una relación conmutativa de destrucción. Aquí, crear es rearmarse a fin de poder ser. [...] La experiencia interior del mal es vivida, en el sujeto dominado por la posición esquizo paranoide, como una máquina infernal que se desencadena en él a pesar suyo, a la vez maquinaria que le hace deshabitar su cuerpo que se ha tornado una pura mecánica indiferente o loca, y maquinación perpetuada por

un seductor o un perseguidor” (pág. 25). Cabe mencionar que Anzieu ha elaborado estos aspectos en su texto sobre grupos (1975) donde propone el “fantasma del grupo máquina”.

Y haciendo gala de su interés por la literatura y el ‘psicoanálisis aplicado’, acota una interesante línea de análisis: “Generalizando la oposición distintiva kleiniana, parecería posible describir literaturas del caos –centradas en la transcripción de la experiencia íntima de la muerte– y literaturas del robot, tendientes a dar cuenta de la experiencia íntima de la maquinación y del mal” (pág. 26). El autor menciona algunas obras, entre las primeras: la Eneida, los Pensamientos de Pascal; y entre las segundas: el Discurso sobre el origen de la desigualdad, Una temporada en el infierno, etc.

En definitiva, el proceso creador se dará en el movimiento alternativo de una a otra posición: “La creación, en tanto responde a una crisis interior, oscila entre dos polos, entre la muerte y el mal, entre la destrucción de sí y la destrucción del objeto, entre la persecución despedazadora y la depresión, entre ‘caos’ y ‘robot’” (pág. 26).

Las cinco fases del trabajo de creación y las resistencias correspondientes.

“Ser creador es ser capaz de una regresión rápida y profunda desde donde se traen paralelos inesperados, representaciones arcaicas –con forma de imágenes, de efectos, de ritmos– de procesos psíquicos primarios, paralelos, representaciones que servirán de núcleo organizador para una obra artística o descubrimiento científicos eventuales” (Anzieu, 1974, pág. 26).

Y menciona varias etapas: a) cumplimiento de un movimiento regresivo, ligado a una crisis interior y que moviliza representaciones arcaicas; b) aprehensión perceptiva clara de algunas de esas representaciones, que permite fijarlas en el preconscious como núcleo organizador actuante; c) transposición elaboradora de la imagen, del afecto, del ritmo así aprehendido a un material (escritura, pintura, música, etc.) cuyo dominio se adquiere o posee y/o según un código familiar (matemático, químico, botánico, lingüístico, sociocultural, etc.) ya que las más grandes creaciones artísticas consisten en innovar en cuanto al material o en cuanto al código” (pág. 27). Luego vendrán, d) un trabajo de composición propiamente dicho, y e) la prueba de realidad, el juicio de los lectores, espectadores, oyentes, etc.

“Cada una de estas fases –regresar, percibir descifrando, transcribir, componer, producir afuera– conlleva su resistencia específica”. (pág. 27).

a) La resistencia a la regresión es una forma de la resistencia al cambio: miedo a lo desconocido, a la inquietante diferenciación, a la metamorfosis. Pero no basta con regresar: es preciso soportar la regresión, o más bien las producciones fantaseadas y afectivas liberadas por la regresión. [...] Se trata, retomando la feliz expresión de Hartmann, Kris y Lowenstein, de una regresión controlada por el yo.

b) El segundo proceso –ver u oír la representación fantaseada para fijarla en el preconsciente como esquema director– está ya menos extendida. No sólo los sentimientos de vergüenza y culpa la inhiben [...] Aquí la soledad, necesaria en la fase precedente, se transforma en una desventaja.” Es necesaria la existencia de un interlocutor privilegiado, un amigo testigo, generalmente del mismo sexo, con quien el creador mantiene una convivencia fantaseada importante. El sostén que aporta el amigo testigo da al creador la confianza necesaria en su propia realidad psíquica interna para su primer movimiento de desconfianza (persecutoria o depresiva) por ella.

Aquí el autor considera que correspondería la noción winnicottiana de “ilusión”:
“La capacidad de transformar la vivencia interior en algo exterior, pero transfiriendo a ello algunos deseos, afectos, representaciones de aquélla, de modo tal que a su vez ese algo se transforme en algo vivo –como la estatua final de Pigmalión– susceptible de una vida propia, en adelante independiente de su autor, esta capacidad diferencia de modo específico al creador del enfermo psíquico” (pág. 29).

Sabedor de la oscura relación entre el arte y la patología, Anzieu propone que la diferencia entre el sujeto neurótico y el psicótico es precisa: “El neurótico sufre la oposición, que siente en él de modo agudo, entre el principio de placer y el principio de realidad. El psicótico no reconoce esta oposición. El creador –que por lo demás puede ser un enfermo psíquico y producir cualquier síntoma– mantiene preservado un campo – que Winnicott describe como el de la ilusión– donde hay continuidad entre el principio de placer y el de realidad” (pág. 29).

“La obra no sólo hace entrar al lector, espectador u oyente en una ilusión particular, la de vivir una representación de su propia fantasía cuando está frente a una fantasía o a un aspecto de una fantasía propia del autor, sino que además la obra, por su realidad, por sus efectos, prueba que persiste en nosotros, desde la primera infancia, el

universo de ilusión, y satisface la necesidad que todos tenemos, para soportar la dificultad de vivir, de reconciliar así de cuando en cuando el principio de placer con el principio de realidad” (pág. 29).

c) “El tercer proceso –transponer el núcleo organizador arcaico a un material y según un código– es excepcional. Supone un talento especial, propio del genio creador, que consiste en la capacidad de estructurar, inscribiéndolo en un material, datos que no están simbolizados al principio. [...] El papel de la resistencia –afectiva o epistemológica– en el funcionamiento de este proceso parece menor que la existencia o no de ese talento” (pág. 30).

d) “El cuarto proceso –el trabajo de estilo y de la composición– es el menos estudiado desde el punto de vista psicoanalítico, sin duda porque sus relaciones con el inconsciente son las menos claras” (pág. 30).

e) “La resistencia recobra su fuerza con el quinto y último momento del trabajo de la creación: exponer la obra a un público, desprenderla definitivamente de uno, afrontar las reacciones, los juicios, las críticas –o lo que es peor, la indiferencia– que suscita, aceptar que corra el riesgo de una sobrevida efímera o el otro, el de que lleve adelante una vida propia, muy diferente de la que el autor había creído poner en ella” (pág. 30).

“La dialéctica del objeto bueno y el objeto malo parece la más susceptible de dar cuenta de esta resistencia. O bien, en tanto el creador la lleva en sí, la obra –materialización del objeto bueno– está protegida; pero, una vez salida de él, está amenazada por los ataques del seno malo destructor, que de hecho representa la parte mala de él, escindida y proyectada. O bien la obra, al desprenderse de su autor, se transforma en ese niño, querido mientras es pequeño y dependiente, odiado en cuanto manifiesta veleidades de independencia, y el creador se parece a una Medea que prefiere destruir, con su rival, a su primogénito, que soportar la ruptura del compromiso de su esposo” (pág. 30).

La configuración edípica.

En este punto Anzieu engarza con la tradición psicoanalítica con claridad: las madres de los creadores aparecerán como sobreestimuladoras, como Yocastas. Se trata de una sobrecaxis libidinal del varón por la madre (que explica –según Anzieu–, en

parte, la mayor frecuencia del genio en los hombres y no en las mujeres), lo que está en relación con una insatisfacción profunda de la madre, lo que lleva a una maternalización cuidadosa, y un deseo incestuoso apenas velado de la madre por su hijo (Yocasta).

Frente a los fuertes sentimientos edípicos de la madre por el hijo también concurre otro elemento, proveniente del padre: se constituirá como un padre que puede ser desafiado, que aparece benevolente. Se configuraría un supero sin severidad y un ideal del yo alentador y estimulante. Todo ello posibilitaría que la fantasía de la escena primaria aparezca como objeto de conquista más que de horror (una actitud activa ante la escena primitiva). El ejemplo por excelencia aquí sería el propio Freud.

Como apretada síntesis: “La maternalización y el complejo de Yocasta en una madre hiperatenta e hiperamante no bastan para predisponer al niño a que sea creador. Es preciso que el padre o un sustituto paterno tome el relevo [...] y que al mismo tiempo este padre sea generalmente tolerante (aunque también firme dado el caso) y que favorezca y refuerce el deseo de saber”. Es decir, la pulsión de saber exige ser canalizada y no coartada.

Ahora bien, todas estas ‘condiciones’ que posibilitan más o menos la posibilidad de la creación son eso, condiciones. Además, eso no significa que el propio proceso creador sea algo armónico, pausado. Por el contrario, constituye un trabajo psíquico en la línea de lo dicho anteriormente, un trabajo que implica diversas crisis:

“El temor al castigo es, en estas condiciones, vivo, y en un doble nivel: preedípico, de la vergüenza, y edípico, de los sentimientos de culpa” (pág. 38). [...] “El creador crea por y a pesar de sus sentimientos de vergüenza y culpa. Crear es transgredir los tabúes, es liberarse de las amenazas, pero también es jugar con fuego. Es pagar el precio con momentos de angustia y depresión. Este descenso dentro de sí es un descenso a los infiernos” (pág. 39).³⁹⁰

La identificación heroica.

Por último, la identificación heroica (fue postulada por Lagache). Es decir, la identificación del creador con un personaje ‘grande’, por lo tanto, heroico. Si Freud

³⁹⁰ El robo del fuego (Prometeo) ha sido considerado como el mito que simboliza la sublimación. El robo del fuego implica el robo de la vida, la apropiación de la vida, pero también implica el peligro de despertar la cólera de los dioses.

admitía su identificación con Goethe, Pichon, cauto, mencionará a personajes no tan ‘grandes’ (Lautréamont, Arlt); ahora bien, no siempre esas identificaciones son tan manifiestas, antes bien, es necesario “descubrirlas”.

Una interesante puntualización en cuanto a la identificación heroica, se refiere al exceso de trabajo, algo tan frecuente en diversos procesos relacionados con la creación: “Besdine estudia largamente la identificación heroica sado masoquista en el genio creador. La necesidad de hacer sufrir a uno mismo, mediante el exceso de trabajo, el exceso de una falta antigua y profunda: la mitología grecolatina ha descrito esta dialéctica con los trabajos de Hércules. La búsqueda de la hazaña tiene por finalidad transformar al culpable en héroe. Pero la necesidad de castigo tarde o temprano regresa y el fracaso viene a hacer de contrapeso de la hazaña, o a prohibirla” (pág. 39).

De acuerdo a lo desarrollado hasta aquí, y como apretada síntesis, parece necesario que el sujeto creador tenga capacidad de regresión, de sumergirse en su mundo interno, y que pueda mantenerse en ello (que soporte la angustia y el temor consiguiente, tanto de destrucción como de pérdida del objeto). O si se quiere, que pueda sostener un ‘diálogo’ con sus fantasías, con sus ‘personajes internos’, y a partir de esa regresión pueda capturar ciertas percepciones, sensaciones, representaciones para transcribirlas posteriormente luego en un código determinado (expresivo, artístico, literario, científico, etc.).

Esta apretada descripción del proceso de creación, o del movimiento del sujeto creador exhibe cierta semejanza con la situación analítica. Se asemejaría a lo que sucede en un proceso analítico, o quizá a su intencionalidad, a lo que se pretende con un análisis. Entonces, la ecuación sería: experiencia psicoanalítica = proceso creador. Y es verdad que en algún sentido esto es así. Pero en otros no: el análisis no ayuda, no garantiza que alguien se “convierta” en un creador. Sólo buscaría pasar a una desdicha menor ... (Freud). Con esto se quiere subrayar por una parte la complejidad del acto creador, y por otra su independencia (relativa) de la posible psicopatología del sujeto creador.

El interjuego de lo individual y lo colectivo en el proceso de creación.

Una cuestión fundamental, y que tiene una especial relevancia desde el punto de vista de una psicología social, reside en la presencia de lo social en el acto creador, especialmente cuando la obra es adjudicable a un individuo. Juegan aquí diversos

prejuicios (“la creación es individual’ es uno de ellos) cuyas fuentes son múltiples. En todo caso, desde el esquema elaborado por Pichon-Rivière la cuestión reside en cómo se hace inteligible el proceso de creación.

Por lo que se ha dicho hasta aquí, una hipótesis básica es aquella que analiza y comprende un proceso de creación como un producto social e histórico determinado, proceso que tiene la categoría de emergente. Aquí el sujeto creador (el artista, el científico –en ciertas condiciones–) es contemplado en tanto portavoz de un determinado grupo o sector de esa sociedad concreta, que expresará, a través de su obra, contenidos que derivan del propio colectivo. Es verdad que el creador no realiza una suerte de reflejo mecánico de lo existente en el contexto sociohistórico; antes bien, realiza una nueva configuración de elementos preexistentes, configuración que produce un elemento nuevo, la obra (sea literaria, artística o científica).³⁹¹

Una perspectiva bastante difundida es aquella que considera que el sujeto creador es portavoz porque disocia lo asociado (hasta ese momento) y asocia lo que está disociado (también hasta ese momento). Y la envergadura de lo creado, de la obra, estará en relación con el material, la dimensión, la relevancia de lo disociado y asociado posteriormente. Que el creador asocie lo disociado implica que proponga nuevas líneas de conexión (nuevos sentidos a lo ya dado); la disociación de lo asociado implica la capacidad para producir rupturas, que lleven a nuevas configuraciones de sentido (expresivo, conceptual, etc.).

Por último, y para finalizar estos comentarios acerca del entrecruzamiento entre lo que puede categorizarse como individual y como social (verticalidad y horizontalidad en Pichon), puede enfatizarse en el carácter colectivo de una producción cultural, aunque ésta sea ‘realizada’ por un creador, por un sujeto individual.. Puede plantearse que el sujeto que está a la base de una producción cultural (artística, expresiva o científica) es un sujeto colectivo, es decir, es un grupo o un agrupamiento colectivo, articulado de diversas maneras (una clase social, un colectivo específico, etc.).

³⁹¹ La creación individual y su relación con lo colectivo, con lo estrictamente social, en una lectura que evite los reduccionismos mecanicistas e incluya las diversas mediaciones en juego ha constituido una preocupación en diversos autores, tanto desde una perspectiva marxista como psicoanalítica. Un análisis muy sólido y fecundo lo constituye el texto de Castoriadis, “La institución imaginaria de la sociedad” (1975), donde realiza una elaboración de estas cuestiones. En una perspectiva diferente, que intenta utilizar categorías provenientes del estructuralismo, y que parecen haber sido incluidas parcialmente en las últimas elaboraciones que realizara Pichon, puede considerarse las propuestas de Lucien Goldmann (1968, 1974), en cuanto a las producciones culturales.

Es clara la forma en que esta cuestión es expuesta por Pampliega de Quiroga, quien intenta precisar esta problemática teniendo como fondo la figura de Pichon-Rivière, y el posible carácter de portavoz y emergente de su producción:

“Lucien Goldmann dice que el grupo social constituye un proceso de estructuración que elabora en la conciencia de sus miembros tendencias afectivas, intelectuales y prácticas. Es decir que los grupos sociales a los que pertenecemos son estructuras que elaboran en nosotros tendencias afectivas, intelectuales y prácticas hacia una respuesta coherente a los problemas que se nos plantean a partir de las relaciones con los otros hombres y con la naturaleza. Es el “sujeto colectivo”, el grupo social el que elabora esas tendencias.

Qué hace el creador? El creador explicita esas tendencias que han sido elaboradas en el grupo social; explicita las tendencias de pensamiento, sentimiento y acción, y así se hacen conscientes para los integrantes de ese grupo y los de otros grupos, esas tendencias y la significación de esas tendencias que hasta allí estaban implícitas. O sea que, como siempre, el portavoz denuncia, explicita lo que hasta allí estaba implícito” (1981, pág. 19).

A continuación vamos a puntualizar algunos aspectos de la obra de Pichon en relación con la creación. Por una parte, el interés de Pichon-Rivière por el proceso creador y sus elaboraciones sobre el tema. Y por otra, su propia capacidad de creación, de sujeto creador.

La vocación por lo siniestro.

En el prólogo a su texto de 1971, puede verse la relación que Pichon establece entre el pensamiento científico y el pensamiento mágico, la vigencia de lo siniestro y la pulsión de saber, el intento de desocultar lo implícito:

“Mi interés por la observación de la realidad fue inicialmente de características precientíficas, y más exactamente, míticas y mágicas, adquiriendo una metodología científica a través de la tarea psiquiátrica.

“El descubrimiento de la continuidad entre sueño y vigilia, presente en los mitos que acompañaron mi infancia y en los poemas que atestiguan mis primeros esfuerzos creativos, bajo la doble y fundamental influencia de Lautréamont y Rimbaud, favoreció en mí, desde la adolescencia, la vocación por lo siniestro.

“La sorpresa y la metamorfosis, como elementos de lo siniestro, el pensamiento mágico, estructurado como identificación proyectiva, configuran una interpretación de la realidad característica de las poblaciones rurales influidas por la cultura guaraní, en las que viví hasta los 18 años. Allí toda aproximación a una concepción del mundo es de carácter mágico y está regida por la culpa. Las nociones de muerte, duelo y locura forman el contexto general de la mitología guaraní.

La internalización de estas estructuras primitivas orientó mi interés hacia la desocultación de lo implícito” (1971a, pág. 7).

Profundamente interesado en fundamentar los procesos creativos, Pichon encontrará un nexo estrecho entre lo siniestro y lo maravilloso. La transformación de uno en otro es lo que caracteriza el movimiento de creación, una problemática a la que Pichon dedicó mucho tiempo de investigación y reflexión.

También en el prólogo al texto de 1971 se encuentra una referencia de los años adolescentes de su autor, donde lo siniestro ya ocupa un lugar importante. Se trata de un poema escrito por Pichon-Rivière en 1924 (a sus 17 años), se titula: “Conocimiento de la muerte”, y expone cuestiones fundamentales: lo siniestro, la muerte, el conocimiento, el juego, todas dimensiones presentes en los procesos de creación:

“Connaissance de la mort. Je te salue / mon cher petit et vieux / cimetière de ma ville / où j’appris à jouer / avec les morts.

C’est ici où j’ai voulu / me révéler le secret de / notre courte existence / à travers les ouvertures d’anciens cercueils solitaires”.³⁹²

Pichon dice que lo siniestro apareció con toda su significación recién en sus sueños juveniles. Esa sensibilidad hacia lo siniestro se vería incrementada años después, cuando descubriera la poesía de Lautréamont, “Los Cantos de Maldoror”, algo que le causó profunda impresión. Otro artista que le impresionó sobremanera fue Rimbaud, al igual que apasionó a su padre. Años después se dedicaría al análisis de la obra de Lautréamont, y si bien ese trabajo no fue publicado en forma completa, siempre lo consideró el más valioso de toda su producción.

³⁹² Conocimiento de la muerte.

Te saludo / querido pequeño y viejo / cementerio de mi ciudad / donde aprendí / a jugar entre los muertos. Ahí fue donde quise / revelarme el secreto de / nuestra corta existencia / a través de las aberturas / de antiguos féretros solitarios.

Ya desde temprano Pichon buscaría los nexos entre la producción artística y las vivencias de lo siniestro. Su caracterización de lo que llamaría ‘proceso creador’ consistiría justamente en transformar una experiencia inscripta en lo siniestro (en alguna de sus múltiples manifestaciones) en un objeto estético. La otra perspectiva de unión de todas estas dimensiones estaría dada por la otra gran preocupación que le ocupara gran parte de su vida: la enfermedad mental, la locura. Y también ahí, buscaría los nexos, los puntos de confluencia y de divergencia entre la producción artística y las manifestaciones de la psicosis.

Freud y su análisis de lo siniestro.

En un extenso artículo de 1946, “Lo siniestro en la vida y en la obra del Conde de Lautréamont”, Pichon realiza un concienzudo estudio en relación con lo siniestro. Es un tema que abordaría también en otras ocasiones (en los artículos referidos a la psicosis, a la epilepsia, etc.) si bien de manera tangencial. En este artículo, proveniente de un curso dictado en 1946 realiza una exposición del análisis de Freud y otros autores sobre el tema y posteriormente aborda aspectos de la vida y de la obra de Lautréamont.

Considera que el estudio de Freud sobre lo siniestro (de 1919) ha constituido uno de los aportes más valiosos a la psicología del arte. A partir de ahí, realiza un análisis del tema y luego lo aplica al análisis de aspectos de la vida y la obra de Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont.

Puede verse con claridad el vasto alcance que tenía para Pichon la temática de lo siniestro. En una alusión a la dificultad de traducción del término alemán, se apoya en consideraciones del traductor de la obra de Freud, L., Rosenthal, quien afirma: “No se crea que la voz elegida (‘lo siniestro’) llena por entero las acepciones contenidas en *Das Unheimliche*. Con mayor o menor propiedad podría decirse también: truculento, horroroso, temible, espantoso, cruel, atroz, inhumano o sobrehumano, fiero, grande, excesivo, desacompasado, espeluznante, consternante, asombroso, terrorífico, pasmoso, insólito, desacostumbrado, misterioso, fantástico, lúgubre, inquietante (o, como en la traducción francesa: ‘inquietante extrañeza’), etc. Cada uno de estos términos corresponde a un matiz de *Unheimlich*. ‘Lo siniestro’ quizá sólo tenga la única ventaja de englobar varios matices, aunque no todos; de ser un concepto con intenso tono negativo (considérense sus múltiples antinomias con ‘diestro’), y de aceptar los diversos usos que se da a *Unheimlich*” (en Pichon-Rivière, 1946h, pág. 131).

Nuestro autor realiza un extenso resumen y comentario de la elaboración freudiana. Según Freud, *lo siniestro*³⁹³ sería aquella especie de lo espantoso que es propia de las cosas conocidas y familiares desde tiempo atrás. Por otra parte, lo siniestro es todo aquello que debería haber quedado oculto, secreto, pero que se ha manifestado (Schelling). Lo siniestro aparece cuando se duda de que un ser animado sea viviente, y viceversa, de que sea inanimado un ser sin vida (Jentsch). Ejemplos de esto: figuras de cera, muñecos que hablan, autómatas, todos fenómenos que evocarían recuerdos (reminiscencias) de procesos automáticos.

Freud destaca diversas *fuentes de lo siniestro*. Mediante el análisis de cuentos de Hoffmann, destacó una de ellas: el complejo de castración. Y también otro aspecto: *lo siniestro* se da cuando *se desvanecen los límites entre lo fantástico y lo real*. El tema del *doble* constituye otra fuente de lo siniestro. Rank estudió las relaciones entre el doble y la imagen especular, la sombra, los genios tutelares, con las doctrinas relativas al alma y con el temor a la muerte. Otra forma en que aparece la sensación de lo siniestro la da la *repetición de lo semejante*, en ciertas circunstancias: cuando aparece como *lo nefasto, lo ineludible*.

También otros aspectos de lo siniestro aparecen relacionados con *presentimientos, supersticiones*, todos ellos fundados en el principio de omnipotencia de las ideas, producto de una concepción animista del mundo. Lo relacionado con la muerte: cadáveres, aparición de muertos, cadáveres, espectros, aparece para muchos individuos como siniestro; también fragmentos corporales: *los miembros separados, una cabeza cortada, una mano desprendida del brazo*, etc., aparecen como siniestros, y más aún si llegan a tener una actividad independiente, debiéndose este carácter a su relación con el complejo de castración. Existen otras diversas fuentes que posibilitan la emergencia de lo siniestro. Por ejemplo, el carácter siniestro dado por *la oscuridad, la soledad y el silencio*, deriva de que esas condiciones se relacionan con intensas angustias infantiles, que nunca desaparecen total y absolutamente.

De esta forma, lo siniestro aparece estrechamente relacionado con fantasías infantiles que en ciertas condiciones emergen cobrando un carácter fuertemente

³⁹³ Hemos mantenido las cursivas de acuerdo al texto de Pichon, quien las utiliza para indicar los diversos desarrollos que realiza Freud en su trabajo sobre lo siniestro.

angustioso y también ligado a convicciones mágicas o animistas, omnipotencia de las ideas, etc.

Ahora bien, Pichon destaca que “debe diferenciarse –dice Freud– *lo siniestro* que se manifiesta en la *realidad*, es decir, en la vida, y lo que únicamente es imaginado o conocido por la ficción. La situación frente al primer caso puede resumirse diciendo que nuestras vivencias adquieren carácter siniestro cuando complejos reprimidos son reanimados por una impresión exterior, o bien cuando convicciones primitivas ya superadas parecen hallar una nueva confirmación. [...] Para Freud, *lo siniestro* en la *ficción* –en la fantasía, en la poesía– merece un examen aparte” (1946h, pág. 138).

“La conclusión que se impone –agrega Freud– y que parece paradójica, es que muchas cosas que serían siniestras en la vida real no lo son en la poesía y que además la ficción dispone de muchos medios para provocar efectos siniestros que no existen en la realidad” (1946h, pág. 139).

Esta relación entre lo siniestro y el arte, entre lo siniestro y la belleza, será fundamental en la perspectiva de Pichon-Rivière.

La imbricación entre lo siniestro y lo maravilloso.

En el estudio de Freud, y al final de su análisis sobre el alcance y significado de lo siniestro dice: “De modo que *heimlich* [íntimo, familiar, hogareño] es una voz cuya acepción evoluciona hacia la ambivalencia, hasta que termina por coincidir con la de su antítesis, *unheimlich* [siniestro, espantoso]. *Unheimlich* es, de una manera cualquiera, una especie de *heimlich*” (Freud, 1919, pág. 2488). Y esta línea argumental que realiza Freud será utilizada por Pichon para ponerla en relación con sus análisis de la obra artística, y también con diversos aspectos de sí mismo.

“Con lo siniestro, sentimiento de carácter negativo, deber relacionarse otro de carácter positivo –lo maravilloso–, antítesis del anterior, que apenas se esboza en los Cantos de Maldoror. Estos dos sentimientos, tan opuestos desde el punto de vista fenomenológico, están estrechamente relacionados dinámicamente, siendo lo maravilloso la superación de lo siniestro. Cuando el yo del sujeto es capaz de dominar ese sentimiento angustiante surge el otro como expresión de la calma y superación de la angustia. Este sentimiento de lo maravilloso se relaciona también con el éxtasis místico, que representa una aceptación de la castración, de la pasividad frente al superyó (padre

= Dios). Un interesante ejemplo de lo maravilloso experimentado durante un estado oniroide puede verse en: M. Bonaparte, ‘Identificación de una hija con su madre muerta’” (Pichon-Rivière, 1946h, pág. 139).

Pichon-Rivière afirma que lo tanto lo siniestro, como su antítesis, lo maravilloso son dos sentimientos con profundos nexos. Lo maravilloso implica un alto grado de belleza. Y consecuentemente, el arte será entendido como una forma de ‘resolución’, de salida, de mantener a raya lo siniestro...

En “Conversaciones...” puede verse una rápida viñeta sobre esta cuestión. Después de la afirmación de Pichon acerca de que lo maravilloso es un grado de la belleza: “Qué entiende por belleza cuando caracteriza lo maravilloso? Parto de distinguir entre la belleza, o lo bello, y la técnica de lo bello. La técnica de lo bello sería escamotear lo siniestro de cualquier tema. Entonces, todo aparece como más fácil, liviano, sutil. Lo bello, a su vez, puede ser definido como lo hizo Isidoro Ducasse: ‘Bello como el encuentro fortuito sobre una mesa de disección de una máquina de coser y un paraguas’ [...] En el escondrijo de lo siniestro se oculta, viva, la belleza” (Zito Lema, 1976, pág. 45).

Lo siniestro en el arte.

Puede verse, tanto en el texto de Freud como en muchos otros análisis relativos al tema, que lo siniestro aparece como aspecto fundamental en muchas producciones literarias (Hoffmann, Lovecraft, Poe, Carrol, etc.). También es observable en la pintura e incluso en otras formas expresivas (el cine, por ejemplo).

Pichon advierte que “el sentimiento de lo siniestro también puede observarse en la plástica, y son posiblemente las obras de Picasso las que más provocan este sentimiento de lo espantoso” (1946h, pág. 141). Lo logra mediante la mutilación de la imagen, lo que debido a su relación con el complejo de castración evoca lo siniestro.³⁹⁴ Pichon no considera lo siniestro como una característica preponderante de la cultura argentina, a diferencia de la cultura española. Y afirma: “...más que lo siniestro diría que campea allí [en España] directamente la muerte. Ello es muy perceptible en el arte, en casos como Goya, Dalí, Valle Inclán, etc. Y también en el deporte y en las

distracciones populares. A tal punto que el toreo, una actividad esencialmente española y popular, es una ceremonia típica de muerte.

Diversos medios para suscitar (o mitigar) el sentimiento de lo siniestro.

Al analizar lo siniestro debe tenerse en cuenta no sólo lo vasto del concepto, sino también la multiplicidad de medios aptos para despertar dicho sentimiento. El método de mantener en suspenso (al lector o espectador) es uno de ellos; Freud ha destacado que hay artistas que se valen de distintos medios para insinuar y negar, finalmente, la aparición de lo siniestro, mientras en otros casos sí se realiza. Utilizada en el cine, y de forma magistral por Hitchcock, la “técnica del suspenso” (Pichon menciona la película “39 escalones”).

Otro medio es el humor. Se trata de una “técnica” para luchar contra lo siniestro. Las situaciones de comicidad actúan como una barrera a la irrupción de lo siniestro (Freud da el caso del cuento de Wilde, El fantasma de Canterville).

Hay otro tipo de humor para enfrentarse a lo siniestro, y es el humor negro. Es el humor al que recurre Lautréamont, el humor negro y cruel; es propio de la concepción surrealista, Bretón lo colocó en primer plano (Pichon-Rivière, 1946h, pág. 140). En cuanto al humor negro, Pichon-Rivière realiza una simpática alusión a la vida cotidiana, en la entrevista con Zito Lema: “El humor negro, para el que lo practica, permite obtener un cierto equilibrio. En quien lo escucha o recepta puede ocasionar el efecto contrario. Por eso, en general, los chistes negros son “seguidillas”. Alguien va diciendo uno y el otro ya viene con el retruco. Es que nadie quiere quedarse con la carga negativa: nadie acepta ser el depositario final del contenido siniestro del humor negro” (Zito Lema, 1976, pág. 47).

Lo siniestro en Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont.

Preguntado acerca de las razones que le llevaron a estudiar las diversas expresiones de lo siniestro de forma tan intensa Pichon es explícito: “Diría que, en primer lugar, y como otras investigaciones, fue para sacarme mis propios miedos” (Zito Lema, 1976, pág. 48). Además, afirma que ese miedo le ha impedido hasta ese

³⁹⁴ Vale la pena recordar que Pichon había realizado crítica de arte varios años antes. Encuentra en diversos pintores argentinos diversos matices que expresan lo siniestro: obras de Juan Batlle Planas,

momento (era 1976) publicar su libro sobre Lautréamont. Es una obra terminada en 1946 y la considera lo más importante que ha escrito en su vida. Cree que también ha influido la leyenda que pesa sobre Isidoro Ducasse, y las consecuencias trágicas de cualquier acercamiento a su persona o a su poesía.

El punto de partida en su decisión de investigar sobre Isidoro Ducasse y sus *Cantos* reside entonces en lo oscuro que hay en la angustia, cuando ésta sobrepasa ciertos umbrales: “Mi interés por la obra de Lautréamont coincide con el comienzo de mi interés por el psicoanálisis. Si bien yo conocía los *Cantos*, el encuentro con Edmundo Montagne, poeta uruguayo internado en el Hospicio de Las Mercedes por una fuerte depresión, resultó decisivo. Nuestro diálogo se orientó inmediatamente sobre el Conde de Lautréamont, ya que experiencias semejantes nos llevaban a ambos a una intensa identificación con él. Nuestra amistad terminó trágicamente con el suicidio de Montagne.

“Impactado por este hecho, que reforzaba la ‘leyenda negra’ de Lautréamont, centré mis esfuerzos en superar lo siniestro a través del descubrimiento de las claves ocultas en los *Cantos*. Estos han sido analizados como si se tratara del material emergente en sucesivas sesiones analíticas; como la crónica del mundo interno de Ducasse” (1946i, pág. 77). El trabajo sobre la obra del poeta se concretaría, inicialmente en un ciclo de conferencias que dio en Uruguay, en 1946, año del centenario del nacimiento de Ducasse; fue invitado por el gobierno uruguayo. Las conferencias constituyen la base de su libro sobre Lautréamont, texto que no se publicó en vida de Pichon, excepto un fragmento del mismo (el análisis de la estrofa 9 de los *Cantos*, en el centenario de la muerte del poeta, en 1971).³⁹⁵

Estas consideraciones tienen relevancia en cuanto muestran aspectos personales de Pichon, especialmente en relación con lo siniestro, y consecuentemente con otra de

Raquel Forner, etc.

³⁹⁵ Recién en 1992 se publicó el texto completo. Se realizan interesantes consideraciones sobre esta singular relación entre Pichon y ‘su libro’ en el prólogo realizado por uno de sus hijos, Marcelo Pichon-Rivière. En el texto, titulado “Psicoanálisis del Conde Lautréamont” se recoge el análisis que realizó Pichon sobre los poemas de Ducasse, los “*Cantos de Maldoror*”. También se ha incluido un artículo publicado en 1949, “Vida e imagen del conde de Lautréamont”, perteneciente al mismo conjunto, es decir, un ciclo de conferencias sobre el poeta uruguayo, dictadas en 1946. Por último, se reproduce un artículo ya publicado en 1971, y al que hemos hecho referencia, “Lo siniestro en la vida y en la obra del conde de Lautréamont”.

sus grandes cuestiones: la tristeza. Esa ‘identificación con el Conde’ que menciona, es clara, y cobra todo su valor pues es expresada por el propio Pichon.

Pueden agregarse algunos matices a lo anterior, de acuerdo a lo que se lee en “Conversaciones...” Pichon es preguntado por el motivo de su pasión y de su identificación en relación con el poeta: “Acaso se relaciona con aspectos muy significativos de mi propia historia personal, especialmente de mi niñez. Mi familia, como la de Lautréamont, era francesa; ambas vivieron en un mundo desconocido. Y precisamente mi niñez, como la del Conde, ha sido una gran odisea...” Y para finalizar, dice: “Además, no he sido marcado, al igual que Lautréamont, por los ‘fantasmas’ del misterio y la tristeza?” (Zito Lema, 1976, pág. 49).

Isidoro Ducasse (1846-1870) ha sido considerado como uno de los precursores fundamentales del surrealismo. La vida de Ducasse –según testimonia Pichon en base a su extensa investigación– está rodeada de misterio, y el carácter siniestro que se desprende de ello se origina en varias fuentes. Muchos críticos hablaron del carácter demoníaco, alienado e incluso peligroso de los Cantos de Maldoror (Bloy, Darío, etc.), sobre el poeta se cernió una “leyenda negra”. “Joven de una originalidad furibunda”, “genio enfermo”, “genio loco”, eran las formas en que se le consideraba.

Pichon no acepta la tesis de la locura de Ducasse, más allá de su singularidad: “Toda investigación sobre la vida del conde de Lautréamont se vio dificultada, intencionalmente *reprimida*, como consecuencia directa del contenido de la obra y de estos primeros juicios. Surgió entonces para llenar el hueco la leyenda lautremoniana. La más bella fue inventada por Ramón Gómez de la Serna hace 25 años. A él le debemos también el juicio más atinado sobre la presunta locura de Isidoro: ‘Lautréamont es el único hombre que ha sobrepasado la locura. Todos nosotros no estamos locos, pero podemos estarlo. Él con este libro se sustrajo a esta posibilidad, la rebasó’” (1946a, pág. 118). Rasgos epileptoides, intensas jaquecas, frecuentes depresiones, pero eso no bastaba para considerar que fuera un sujeto psicótico: tal es el análisis que realiza Pichon basándose en los textos del poeta y en diversas informaciones contextuales.

También hubo diversos aspectos referidos al “misterio familiar”: parece probable que su madre se haya suicidado (cuando él tenía año y medio de edad), incluso Pichon sugiere la idea de que el propio poeta se habría suicidado (oficialmente murió de

escarlatina). Nacido en el sitio de Montevideo, murió en el sitio de París. Esa doble experiencia dolorosa –el horror de la guerra– lo habría paralizado, se trató de un verdadero ‘poeta sitiado’.

La presencia de lo siniestro en la vida del poeta y en su obra es señalado por Pichon como algo fundamental: “El caso Lautréamont aparece para muchos como *siniestro*, como inquietante, por motivos relacionados tanto con el contenido de la obra como con algunos aspectos que han rodeado su vida y la investigación sobre ella. El carácter *siniestro* del contenido de la obra se debe al hecho de que Lautréamont ha volcado en sus *Cantos* todas las fantasías de su inconsciente, siendo un caso único en la literatura en donde se reúnen sinceridad como talento tan grandes” (1946h, pág. 58). Y Pichon enuncia diversos aspectos de lo siniestro en relación con Ducasse y sus poemas: la inquietud que produce la lectura de la obra se debe a que lo inconsciente revelado aparece con el carácter de lo siniestro; en cuanto a su vida y las circunstancias que le rodearon, la repetición de lo semejante, y por lo tanto, la aparición del animismo ya superado van en la misma dirección. Es decir, este conjunto de elementos propios de lo siniestro, aparecida por la reviviscencia de lo reprimido y lo superado, da al caso Lautréamont una intensidad tan manifiesta. En todo caso, Pichon concluye diciendo que “el sentimiento de *lo siniestro* surge permanentemente durante la lectura de los *Cantos de Maldoror*, y en algunos casos es el propio Maldoror quien experimenta claramente ese angustioso estado” (1946h, pág. 59).

En cuanto a la filiación de Isidoro Ducasse, que se hacía llamar conde de Lautréamont, Pichon realiza interesantes acotaciones:

“Sospechamos que el título de conde lo tomó de una identificación con el conde Walewski, hijo de Napoleón I, cuya personalidad quedó en el recuerdo de los franceses del Río de la Plata”. En cuanto al seudónimo de Lautréamont, Pichon supone que es producto de una condensación cuyos elementos no serían sólo *Latréamont* (de una novela de Eugenio Sue, *Latréamont*), sino el significado mismo del seudónimo, ‘el otro monte’ en relación con Montevideo, su ciudad natal. Y en cuanto a Maldoror, se trataría de una condensación de Mal y Dolor (1946a, pág. 123).

Pichon se ocupó en la búsqueda de antecedentes, testimonios, fotografías, alrededor de Ducasse y sus familiares, sin embargo, no logró demasiado. Sí parece haber confirmado que en muchos miembros de la familia Ducasse (y en personas

ligadas a ellos) hubo numerosos destinos trágicos, de locura y de suicidio. “Misterio familiar”, alianzas inconscientes familiares, vigencia de lo siniestro, tales han sido las diversas aproximaciones realizadas.³⁹⁶

En “Conversaciones...” Pichon menciona diversos testimonios, y de uno de ellos dice: “... [un condiscípulo del poeta] afirmarí­a que Ducasse era, generalmente, un ser triste y silencioso, y que mantenía una cierta actitud distante. Además, que solía hablar con nostalgia de los países de ultramar, en los que se vivía ‘una existencia libre y feliz’” (Zito Lema, 1976, pág. 53). Se esboza aquí otra vez, y claramente, la identificación Pichon Ducasse. El poeta hablaba desde Europa (en París), acerca del Río de la Plata, mientras en Pichon sería a la inversa (vivió hasta los tres años en Ginebra)... Un punto de convergencia: la melancolía. “Los *Cantos de Maldoror* son la obra de un melancólico que trata de superar su situación psíquica rebelándose contra el destino (padre)” (1946h, pág. 154).

Respecto al análisis específico de la obra poética, los Cantos, hemos optado por remitir a los propios textos, su exposición extendería de forma innecesaria este trabajo. Basta quizá señalar que se trata de una elaboración realizado desde las premisas psicoanalíticas, de un rigor y una amplitud considerables, y pleno de diversas sugerencias en relación con los temas mencionados hasta aquí.

El surrealismo.

El interés que había despertado en Pichon-Rivière la obra de Ducasse fue reforzada en una importante experiencia que vivió en un viaje a Europa, hacia 1951. En París conoció al líder del surrealismo, André Bretón; Lautréamont y Artaud eran cuestiones que les hacían converger fuertemente. A pedido de Bretón, improvisó una conferencia sobre Lautréamont que duró varias horas: “Fue una conferencia rodeado de gente que amaba a Isidoro Ducasse, totalmente informal en cuanto al lugar [se trataba de un café], pero para mí más significativa que si hubiera disertado en la Academia de Ciencias de París”. Luego conocería a Lacan, en su casa, quien le recibió con mucha

³⁹⁶ Es interesante señalar otro detalle enigmático de la vida de Ducasse, y que se ha sumado a la ‘leyenda negra’: su rostro no era conocido, lo que los propios surrealistas subrayaron siempre. En la época en que Pichon realizó sus indagaciones no se conocía ninguna imagen gráfica, ninguna fotografía del poeta; recién se publicó un texto donde se exponía su rostro (“Le visage de Lautréamont”, de Jacques Lefrère) en 1977, el mismo año en que muriera Pichon. Según se reseña en el texto de 1992, Pichon-Rivière “nunca vio esa fotografía que tantos soñaron con ver”.

calidez. Estaba también Tristán Tzara. Ambos vivían en apartamentos del mismo edificio, y allí también había vivido el tutor de Lautréamont... El tema de la reunión giró, claro, sobre Isidoro Ducasse (Zito Lema, 1976, pág. 56).

El interés de Pichon-Rivière por las propuestas del surrealismo se fundaba en su trabajo sobre la obra de Lautréamont, como hemos visto. La vivencia de lo siniestro y la forma en que esos artistas intentaban darle cauce sintonizaba con la tendencia de Pichon. Algo propio de los surrealistas fue la búsqueda de los nexos entre lo siniestro (bajo la forma de fealdad, espanto, etc.) y la belleza de la expresión plástica (o literaria). No en vano Lautréamont era reivindicado como ‘el primer’ surrealista. Y en ese espacio donde tenía lugar lo siniestro, donde el mundo onírico era tan relevante como el mundo de la vigilia, donde los impulsos inconscientes eran reivindicados de diversas maneras, Pichon-Rivière debía encontrar excelentes interlocutores.

Si bien el surrealismo había surgido como una expresión crítica limitada al ámbito literario y artístico, posteriormente había derivado hacia una posición de compromiso político importante: Bretón propugnaría un arte que fuera transformador en todos los órdenes, no sólo en las formas expresivas.

Parece pertinente destacar algunas propuestas hechas por el surrealismo y que tuvieron una considerable incidencia en Pichon-Rivière, habida cuenta que no es posible exponer en unas pocas líneas la complejidad y alcance de un movimiento tan importante como fue el surrealismo.

El surrealismo como movimiento estético (artístico y literario) nace hacia 1920, una época de grandes transformaciones (final de la primera guerra mundial, revolución rusa, etc.). Es ahí donde los surrealistas propugnaban una transformación radical de las formas estéticas, pero también extienden esa crítica a otros ámbitos: critican los prejuicios sociales y culturales, la chatura y banalidad de la ‘vida burguesa’, todo lo cual constituía impedimentos al desarrollo del hombre.

Desde esa posición crítica, se proponen llegar al “funcionamiento real del pensamiento”. Influidos por el psicoanálisis, destacan (y reivindican) la importancia de la dimensión inconsciente. Y buscan una ‘liberación de la imaginación’, una expansión de las potencialidades creativas, que suponen reprimidas y encubiertas. Si bien una parte de sus propuestas han sido consideradas como idealistas, es verdad que su crítica radical

ha demostrado su capacidad de influencia: muchos de los intelectuales y artistas han suscripto, de distinta manera, los postulados surrealistas.

Por último, un elemento que tiene relevancia en cuanto a su resonancia en Pichon-Rivière. Desde el surrealismo se ha considerado que toda transformación en lo político, o en lo social debe ir acompañado de un proceso de emancipación de las formas estéticas. La relación del arte con la vida, la inclusión de las formas estéticas junto a otros ámbitos tradicionalmente separados ha constituido, quizá, uno de los grandes aportes del surrealismo.

La influencia del surrealismo en Pichon.

Pichon-Rivière había realizado crítica de arte en la época en que estudiaba Medicina. Por otra parte, en su familia había encontrado una valoración de la literatura, especialmente de la poesía, conoció la poesía de Artaud a partir del interés de su padre. La corriente estética más importante de su época joven, con contenidos críticos y progresistas tuvo una extendida influencia en él. En muchos de sus textos se manifiesta esa influencia. También en diversos enfoques en relación con la práctica psiquiátrica y psicoanalítica, su grado de apertura, su disposición a adoptar distintos puntos de vista frente a los problemas, y en fin, su propia concepción grupal.

Se ha dicho que uno de los elementos más fundamentales donde se advierte la influencia del surrealismo en Pichon reside en la importancia de la crítica de la cotidianidad. Su atención a los procesos cotidianos, a la complejidad de la vida cotidiana tendría mucho que ver con los presupuestos surrealistas, en la medida que éstos apuntan justamente a la liberación de esos planos usualmente encubiertos y reprimidos. Tal es la tesis de Pampliega de Quiroga, quien argumenta desde ese punto de vista para postular una psicología de la vida cotidiana (1982, pág. 38 y sigs.; 1986).

Roberto Arlt, iniciador literario de Pichon-Rivière.

Hemos mencionado que Pichon-Rivière trabajaba en el periodismo en la época que estudiaba Medicina, escribía críticas de arte (revista Nervio, periódico Crítica). Y ha sido muy explícito al referirse a los que fueron sus iniciadores en el campo literario, en su interés por la literatura. Será la figura de Roberto Arlt quien le aproximará al mundo literario, lo consideraría su amigo, y también su maestro.

En “Conversaciones...” pueden verse estas consideraciones: “–A quién considera sus maestros? –En mi adolescencia, especialmente a mis padres y al rector del Colegio Nacional de Goya, a quien recuerdo mucho. Fue mi iniciador literario, él abrió ante mis ojos todo el mundo de la literatura. Y ya en Buenos Aires, Roberto Arlt, también Nalé Roxlo; eran mayores que yo, y no sólo fueron mis amigos, sino mis maestros. Especialmente Roberto Arlt; él sería el prototipo del maestro. [...] Salía conmigo con mucha frecuencia, y hablábamos de literatura, fundamentalmente de literatura rusa; y me contaba sus proyectos, sus aventuras... y me enseñó de la vida, de la vida en serio” Y acerca de la obra literaria de Arlt, la considera: “el trascendente fruto de un ser muy lúcido, muy claro, y para nada alienado. Yo me pasaba a veces noches enteras viéndole escribir; era para mí un placer ver salir algo compuesto dentro de un conjunto armónico. Creo que el teatro era su más grande vocación, y él estaba dotado para ello [...] En cuanto a sus novelas, pienso que *Los siete locos* es su obra fundamental. La locura está ahí, y si Arlt tuvo en sí la locura, transitoriamente, consiguió, como verdadero artista que era, sacarla de sí y colocarla en los personajes de la novela, en la obra en su conjunto” (Zito Lema, 1976, pág. 41).

Como puede verse en estos comentarios, la figura de Arlt (1900-1942) ha sido fundamental en la vida de Pichon-Rivière. Este escritor, también uno de los ‘malditos’, quizá uno de los más geniales escritores argentinos de la primera mitad del siglo XX, representa, para Pichon, un universo cercano al que encontrara también en Lautréamont. Una diferencia, Arlt era su amigo, y Pichon nunca escribió ningún tipo de reflexión sobre su obra literaria. Pero eso no cambia la cuestión: a poco que se observe la producción literaria de Roberto Arlt, los puntos de confluencia, las semejanzas profundas que se atisban y en fin, la vivencia de una vida sometida a fuertes y ambivalentes emociones (entre ellas, una fuerte vigencia de lo siniestro) permiten establecer una línea entre ellos. Así, no es exagerado proponer una línea de continuidad: Lautréamont – Arlt – Pichon-Rivière.

El discurso estético.

En 1944, recién iniciada su andadura psicoanalítica (en cuanto al movimiento institucional) Pichon escribiría una corta nota comentando un artículo psicoanalítico referido a Picasso. Destaca diversos argumentos propios de la lectura psicoanalítica acerca de la obra del pintor, y enuncia dos cuestiones importantes: la capacidad del

pintor de acceder y acercarse a estratos inconscientes de sí mismo como pocos lo han hecho, y por otra la relación entre el psicótico y el genio. Esta temática, clásica por otra parte en la lectura psicoanalítica, es fundamental para Pichon (1944a).

En otras ocasiones también Pichon abordaría diversas cuestiones en relación con el arte y el proceso creador, como puede verse al final de este párrafo (1955b, 1963c, 1966c, 1976, s/f e).

En el artículo “Comentario final al libro de Franco Di Segni ‘Hacia la pintura’”, se elaboran diversas consideraciones en relación al “objeto estético”. Y las hipótesis fundamentales para su comprensión residirán en la dialéctica de la destrucción y reparación del objeto. El proceso de creación del objeto estético aparece íntimamente ligado a las necesidades de reparación, de recuperación de un objeto que es amado (1955b).

En un artículo posterior se pueden ver algunas precisiones a lo expuesto. En una intervención en una mesa redonda, en 1963, Pichon se refiere al creador y a su relación con el objetivo estético. Se refiere a los “móviles cardánicos”; se trata de objetos con determinados movimientos, lo cual lleva a Pichon a retomar algunas de las cuestiones en relación con lo siniestro ya planteadas.

Así, plantea que es la vivencia de lo siniestro lo que tras una elaboración consciente produce la vivencia de lo maravilloso, base del sentimiento estético (1963c, pág. 92). Son las fantasías de muerte (sentimiento de muerte le llamará Pichon) las que están a la base del proceso creador:

“Lo que emerge cuando uno estudia la preocupación por el movimiento en los pintores y en los escultores y más en este caso –el de los móviles–, es fundamentalmente el sentimiento de muerte. Da la casualidad que en un poema de Eliot que yo no conocía se insiste permanentemente en que aquello que es vivo es lo que puede morir. Pero aquí se produce el proceso contrario; aquello que es muerto puede ser re creado en la obra artística. Y toda la tarea del creador es la re creación a través del movimiento del sentimiento de muerte consciente o inconsciente en relación con aspectos determinados” (pág. 93).

En muchas ocasiones Pichon resume ideas e hipótesis que durante tiempo ha ido elaborando; esta circunstancia produce la sensación de ser autor que se repite, que muchas veces dice lo mismo. Sin embargo, los matices y el estilo van variando y dando

alcance distinto a la materia. En relación con lo visto anteriormente a propósito de lo siniestro, en esta ocasión es expuesto así:

“Freud estudió, en un ensayo muy interesante, la vivencia de lo siniestro en relación con las vivencias o las impresiones surgidas por el hecho de observar objetos automáticos, muñecos automáticos, por ejemplo, autómatas, y que está dado por la vivencia de que objetos inanimados o inhumanos adquieren, en un momento dado, la característica de la prestancia y el movimiento de seres humanos. En ese momento aparece la vivencia de lo siniestro. Continuando esos estudios de Freud, pude relacionar en la base del sentimiento estético una cosa fundamental, el sentimiento de lo maravilloso, ligado a una vivencia de lo siniestro. Es decir, que lo maravilloso es la elaboración, por medio de procesos mentales complejos, de la vivencia de destrucción, de muerte y de lo siniestro” (pág. 94).

Y agrega que ha estudiado particularmente el problema en Picasso: “Picasso es, diríamos, el pintor que pudo realizar la prueba más arriesgada, al enfrentarse con lo siniestro para recomponer la situación por medio de una armonía genial, logrando dar la vivencia de lo maravilloso a pesar de lo siniestro de sus imágenes. Es el investigador o el hombre que se ha atrevido más a frecuentar la muerte en la creación artística” (pág. 94). La transformación o metamorfosis de lo terrorífico en vivencia estética constituye uno de los rasgos esenciales del surrealismo, cuestión fundamental en la concepción pichoniana.

Objeto industrial y objeto estético.

Una sugerente cuestión surge al considerar la diferencia entre objeto industrial y objeto estético; se trata de una discriminación pertinente, y que ha ido cobrando cada vez más importancia, en un contexto social caracterizado como ‘capitalismo o sociedad de consumo’. La diferencia entre ambos queda establecida de la siguiente manera: “... es un objeto estético, por el hecho de que crea en mí la vivencia de lo estético, la vivencia de lo maravilloso, con este sentimiento subyacente de angustia, de temor a lo siniestro y a la muerte. Son objetos que sirven para recrear la vida. Es decir, invirtiendo la frase de Eliot, entonces son objetos muertos que pueden dar en su re creación la vivencia de vida y actúan en los demás, tranquilizando una ansiedad colectiva” (pág. 95).

El artista, “agente de cambio”.

En un catálogo que Pichon escribe a propósito de la exposición de un pintor pueden verse algunas ideas sugerentes. Allí propone al artista como ‘agente de cambio’: sujeto que se anticipa, y por lo tanto, sobre quien se desplazarán diversos miedos, resentimientos, fracasos, etc., de los demás; es un chivo emisario. Y en ocasiones es víctima de esas reacciones contra lo nuevo y lo inédito (1966a, pág. 105).

Y se puede observar una fugaz referencia al proceso creador, en una perspectiva similar a la expuesta precedentemente (cuando se expuso el esquema resumen de Anzieu, con sus cinco fases del trabajo de creación): el momento regresivo y perceptivo, la transcripción en un código, composición, producción. También la presencia de lo siniestro forma parte del proceso:

“Partiendo de un primer período que es el del descubrimiento y deslumbramiento o encuentro fortuito de algo que puede guardar aún las señales de una destrucción previa, necesitó para su recreación o reconstrucción un conjunto instrumental que caracterizara justamente al yo del artista. Se crea así, por primera vez, un vínculo vocacional con un objeto que, por la operación señalada, se ha transformado en el objeto estético. El objeto primario, fragmentado y disgregado, es ‘reparado’ por el artista; cada fragmento de ese todo anterior sufre una metamorfosis totalizante, es una nueva forma y permanece a la espera de ser externalizada sobre la pantalla de la tela. Es el triunfo de la vida sobre la muerte, de la salud sobre la locura. Las contradicciones previas que habitaban el contexto de la creación, es decir, su mundo interno, se van resolviendo sobre la marcha. Así es cómo lo siniestro se transforma en lo maravilloso, el contenido y la forma en su síntesis recrean una nueva estructura.

“Pero lo importante es que todo este proceso da como resultado la aparición de un objeto externo ya capaz de ser contemplado por los demás, que provoca una vivencia estética –por eso un objeto de arte– ...” (pág. 106-107).

Arte normal y arte alienado.

La discriminación entre el arte normal y el arte patológico fue una preocupación de cierta importancia alrededor de la década del 60; el surrealismo había cuestionado radicalmente los criterios de normalidad y patología en cuanto al arte. Y los

movimientos críticos también planteaban que las formas de dominación alcanzaban esos aspectos de la realidad: la normalidad y la anormalidad.

En el texto de 1976 (“Conversaciones...”) en que se exponen una serie de entrevistas a Pichon-Rivière una parte importante del texto se destinó a plantear las ideas de Pichon en torno al arte normal y el arte patológico a través de la figura de Antonin Artaud, figura que Pichon consideraba importante.

En una conferencia sobre una película “Les images de la folie”, de la que no se consigna la fecha (es editada en el texto de 1971) Pichon aborda esta cuestión, y señala varias cuestiones importantes. Por una parte, la relación entre el público y el artista o la producción artística. Destaca los prejuicios, las convenciones, y en fin, los esquemas (de referencia) estereotipados como la base de esa relación contradictoria. Así, constata que la reacción inicial del público ante las expresiones artísticas muchas veces ha sido de rechazo. Pichon destaca que eso sucedió cuando se presentaron las primeras pinturas ‘cubistas’ al igual que en muchas otras ocasiones: “esta reacción del público se manifestó lo mismo en la época de Delacroix, la de Manet, frente al ‘salón de los rechazados’, de los impresionistas, de los primeros independientes, frente al arte abstracto, etc.” Y se refiere a los prejuicios: “Escandalizarse y diagnosticar alienación son las consecuencias de un impacto demasiado brusco que pone en peligro esquemas consagrados; sólo después de un tiempo determinado en relación con cada escuela y época, esta nueva forma de arte es asimilada” (s/f e, pág. 111).

Sin embargo, esta crítica del estereotipo, de la resistencia frente a lo nuevo no hace desaparecer una cuestión básica: la diferencia entre el arte anormal y el arte patológico. Como se verá más adelante, la concepción de salud que elabora Pichon, su categorización de normalidad y patología se referirá a la idea de adaptación, activa o pasiva a la realidad. Ahora basta ver los fundamentos de esa diferencia en la expresión artística; por otra parte, la cuestión de la relación entre genio y locura aparece al fondo de todas estas consideraciones:

“La diferencia entre el arte normal y el anormal es que este último permanece aislado, el mensaje es individual y muy distorsionado y en general carece de valor plástico. La mayor parte de los estudios realizados están centrados en torno a un problema crucial: la relación del genio y la locura. Cuando se habla de ‘arte del alienado’ en general no se

consideran los valores estéticos, sino que se trata de producciones (de naturaleza artística) que mejor sería llamar Imaginería de los Alienados” (pág. 111).

Diversas formas de regresión, primacía mayor o menor del pensamiento mágico, omnipotencia, son los elementos que hay que tener en cuenta:

“Una diferencia entre el proceso creador del normal y del alienado es que este proceso aparece en forma controlada y temporaria en el primer caso, mientras que en el segundo es más automática, más permanente y de cierta manera más necesitada. La obra del alienado participa de las características del pensamiento mágico; la del artista normal no carece de magia, ya que también trata de ejercer un dominio y control sobre ese mundo. Éste no crea para transformar el mundo exterior de una manera delirante, sino que su propósito es ‘describirlo’ a otras personas sobre las cuales trata de influir, teniendo la tarea un significado realista definido. Aprende, progresa haciendo ensayos, sus modos de expresión cambian y su estilo puede transformarse” (pág. 112).

Una diferencia fundamental, en ocasiones difícil de observar, está dada por la intencionalidad de la obra: que se trate de un acto comunicativo o no. Esta cuestión es destacada con énfasis, Pichon aludirá a la ‘rigidez’ o ‘vacuidad’ de la expresión facial, usuales en las expresiones artísticas de individuos psicóticos: “Pondremos especial interés en el análisis del rostro humano en el arte de los alienados. En las creaciones figurativas de los esquizofrénicos rara vez se encuentran rostros humanos que podamos comprender. No encontramos una clave que invite a la identificación” (pág. 112).

Como conclusión, puede pensarse que, si bien el arte alienado es radicalmente diferente al arte normal (realizado por sujetos normales, neuróticos e incluso por psicóticos, fuera de sus estados de crisis), por otra parte, puede comprender en la misma línea de las producciones fantásticas (fantasmáticas): mitos, sueños, etc.:

“Si bien un esquizofrénico no es en sentido estricto un niño, un hombre primitivo ni un artista moderno, el arte patológico entra sin embargo en una de las *Categorías de lo Imaginario* de donde emergen las grandes producciones fantásticas: mitos, religiones, arte, sueños, delirios. Al lado de las diferencias formales existentes, leyes generales regulan tanto las estructuras como los temas y dinamismos de estas producciones. Si abandonamos ciertos prejuicios, podemos hacer de este campo común el objeto de investigaciones esclarecedoras” (pág. 113).

Para finalizar, puede señalarse que lo último que escribió Pichon (que fue publicado) se refería al ámbito estético: un prólogo a un libro de poesías, en 1976. Destaca una dimensión importante y a la que se ha referido en diversos momentos, y más aún en ese momento, ya viejo y enfermo: la temporalidad. Se refiere a un texto de Bachelard, “La intuición del instante”, y realiza diversos apuntes: el instante, el emergente, la dialéctica entre verticalidad y horizontalidad. Y afirma que “en la base de las certidumbres íntimas permanece siempre el recuerdo de una sabia ignorancia esencial” (Pichon-Rivière, 1976, pág. 97).

Textos de Pichon-Rivière relacionados con el arte y la literatura.

1944	Picasso y el inconsciente (Comentario a F. Wight, “Picasso and the unconscious”).	The Psychoanalytic Quaterly, 1944, vol. XII, nº 2. Revista Ciclo, Buenos Aires, 1944, nº 1.
1946	Notas para la biografía de Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont. Vida e imagen del conde de Lautréamont.	Periódico La Nación, Bs.As., abril de 1946. Conferencia pronunciada en el Instituto Francés de Estudios Superiores el 5/9/46. Revista Ciclo, Buenos Aires, nº 2.
	Lo siniestro en la vida y en la obra del Conde de Lautréamont.	Fragmentos del curso dado en el Instituto Francés de Estudios Superiores en 1946. Revista de Psicoanálisis, 1947, IV, 4.
	Psicoanálisis del Conde de Lautréamont (Compilación y prólogo de Marcelo Pichon-Rivière).	Ed. Argonauta, Bs. As., 1992. En “Del Psicoanálisis a la Psicología Social” (1971) se editó una parte del análisis de la estrofa 9.
1955	Comentario final al libro de Franco Di Segni “Hacia la pintura”.	Nova, Bs.As., 1ª ed., 1955.
1963	El objetivo estético.	Fragmento de una mesa redonda en el

		Museo Nacional de Bellas Artes, el 17/9/63, sobre : “Los móviles cardánicos de Franco Di Segni.”.
1965	Discípulo: un cronista de su tiempo.	Fragmentos de este trabajo fueron publicados por la revista Extra.
	Implacable interjuego del hombre y el mundo	Revista Testigo, nº 1.
1966	El proceso creador.	Texto del catálogo de la exposición de Oscar Capristo, Galería Rioboó Nueva, Bs.As., octubre de 1966.
1976	Prólogo a “Caminos” de Sergio Enquin.	Ed. Kargieman, Bs.As., 1976.
1976	Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière: Sobre el arte y la locura.	El texto se origina en entrevistas a Pichon, durante otoño e invierno de 1975.
????	Comentarios sobre la película “Les images de la folie”.	Texto de conferencia.

La investigación de Pichon: el saber sobre la tristeza.

En “Conversaciones...” Pichon desgrana diversos recuerdos de su vida, de la niñez, de la adolescencia, de la juventud. Podemos destacar uno de ellos, da una idea ilustrativa de la forma en que Pichon ‘había sido tomado’ por la tristeza. Se trata de una viñeta con un cierto matiz surrealista: recuerda a su padre cuando éste colgaba, al sol, todos sus trajes... en medio de la selva argentina:

“Había un gran respeto por su persona, por el ‘francés’, como le llamaban. Recuerdo que en esa época mi padre tenía la costumbre de tender un alambre entre dos árboles, y colgar allí todos sus trajes. Lo hacía por lo menos una vez al mes. Había smokings, chaquetas, y todo tipo de trajes de buen vestir y de gala..., y los colgaba al sol, al aire libre, en la selva. Parecía un ritual, una misa, en la que él era un solitario oferente. Yo percibía en ello toda su nostalgia” (Zito Lema, 1976, pág. 21).

Esta imagen, más o menos fantaseada, remite a una época en que su padre aún no había fracasado, en que los proyectos familiares aún se podían mantener; pocos años después el fracaso del padre, y consecuentemente, el efecto en Enrique Pichon-Rivière se haría sentir. Desde temprano Pichon vivió la tristeza. Múltiples razones, seguramente:

“La tristeza me acompañó toda la vida, acaso por eso no recuerdo ninguna tristeza especial de mi niñez. [...] En una primera época sentía la tristeza como algo presente, fijo, lastimándome siempre, y sin saber el motivo real. Y desde entonces no he hecho otra cosa que estudiar para poder revelar algo de mi su propio misterio.

“–Y qué sabe ahora de su tristeza? Lo suficiente para comprender que, más allá de mis intentos, nunca le abandonará. Esa primera tristeza tuvo origen en la situación familiar, en las características del segundo matrimonio de mi padre, de ser yo el único medio hermano de los seis... Primero, lo intuí; después, conocí la causa”.

Y luego, cuando la intuición dejó paso al conocimiento, la tristeza no fue superada: “ya era tarde. La tristeza me había marcado para siempre... “ (pág. 27).

Continúa un sugerente y cálido comentario de un hombre que fue un hijo no todo lo bueno que pudo: “Y, para completar mi cuadro infantil, diría que fui desprolijo y desatento, siempre estaba en otra parte... –Dónde? En mis sueños, en mis aventuras, en mis fantasías y, acaso, también en mis temores” (pág. 28).

De este modo, se enuncia en un instante: tristeza, depresión, melancolía. Se encontrará aquí una estrecha relación con lo que constituiría uno de sus aportes importantes en la psiquiatría y en el psicoanálisis: la teoría de la enfermedad única.

Sin embargo, la ‘salida’ a esa tristeza, también es propuesta ya desde la infancia (y similar a lo que propondrá muchos años después). Pichon recuerda su pasión por el fútbol, deporte muy bello y del que emerge la mayor variedad de conflictos. Y a partir del fútbol, y de las otras actividades espontáneamente grupales en que participaba –eran pueblos pequeños, se integran con naturalidad “pandillas” o “barras”– le ha quedado, como alguna vez ha dicho, la vivencia del carácter operativo de las situaciones grupales. (pág. 28). Es verdad que esta construcción ideativa es realizada ya en la vejez (hacia 1976), pero eso no quita la realidad de la cuestión: Pichon apunta aquí una anticipación, indirecta, de lo operativo, de lo operativo grupal. Para combatir la tristeza, o si se quiere, para combatir la soledad, se busca (encuentra) la compañía, lo grupal.

Puede entenderse lo anterior como una alusión a la cuestión de la adaptación, dimensión que también será fundamental en la perspectiva pichoniana.

“... es cierto que a pesar de nuestra gran adaptación al medio, vivía todas las contradicciones propias, algunas muy angustiosas, del que, en cierta medida y más allá de sus deseos, responde a mundos culturales muy distintos y hasta opuestos. Y ese mundo primitivo, de donde surgieron mis miedos más profundos, el de los malones indígenas, me nutrió naturalmente con toda una visión mágica del universo. Un universo regido por la culpa, y donde la muerte, el duelo y la locura, forman el contexto general. Muchos de mis intereses científicos y mis investigaciones están ligados a la internalización de esas estructuras primitivas” (pág. 34).

Quizá no sea exagerado encontrar aquí otra referencia al interés por lo grupal. La hipótesis puede enunciarse así: el temor infantil de Pichon a los malones indígenas, que eran vivencias como catástrofe, como castración, etc., podría suponerse en la base de su posterior interés por los grupos, en la base de su invención, los grupos operativos. La connotación grupo = banda, horda y también, banda, horda = malón (agrupamiento de indios “alzados”, es decir, armados, dispuestos a guerrear) se impone. Puede pensarse que Pichon inventó los grupos operativos como tentativa de defenderse contra el ataque de los “malones” indígenas.

Un elemento más para apoyar la ‘construcción’ anterior, derivada de lo que hoy se considera una característica del grupo. Muchos autores han postulado la existencia del grupo en relación a la ausencia, a la falta del padre. Esa ausencia llevaría al agrupamiento (sea por haber sido éste eliminado –Tótem y tabú–, sea por no estar donde es necesario –padre protector–). Por otra parte, la tesis del grupo en tanto continente (materno) de las ansiedades persecutorias también es algo generalizado. Estas hipótesis pueden verse en muchos de los textos sobre grupos realizados desde una perspectiva psicoanalítica (ver bibliografía general). Desde una perspectiva sociológica, puede verse un desarrollo esquemático de estas elaboraciones en Ibáñez, 1979.

Saber del hombre, saber de la tristeza.

La tristeza como compañía permanente en su vida es algo que Pichon enfatiza casi hasta el extremo de reivindicarlo. Afirma que en la propia base de su dedicación a la psiquiatría se da esa circunstancia: quería entender el misterio de la tristeza. Y preguntado por su interlocutor por las razones que le llevaron a elegir el conocimiento

científico y no el ‘camino’ de la poesía, del arte como forma de entender ese misterio, es rotundo:

“Le respondo con la precaución de quien se halla tanteando lo definitivo. Ahora hay en mí, más que pasión, una necesidad de luz para mis actos. [en ese momento Pichon ya está muy enfermo, y lo sabe: morirá meses después] En lo único que estoy totalmente convencido de no equivocarme es en eso que acaso ya reitero en demasía: mi búsqueda ha sido el saber del hombre. Y dentro de ello, más limitadamente, saber de la tristeza. Intuyo que ahí está el fondo de todas las conductas especiales.

“Además, la ciencia y el arte no son opuestos. Son dos caminos que transitados sin miedo, con la debida profundidad, entrega, y sed de aventuras, nos internan en el mismo misterio.

“Más aún, así como habitaba dos mundos, dos culturas que traté de integrar, también he realizado el esfuerzo de lograr una síntesis, bajo el común denominador de los sueños y el pensamiento mágico, entre el arte y la psiquiatría” (Zito Lema, 1976, pág. 36).

Ahora bien, no se trata solamente de quien ha observado infinidad de situaciones de crisis, de pacientes psicóticos, ni de interminables duelos, de melancolías irreductibles, sino de una experiencia vivida antes y después de la experiencia clínica. Cuando Pichon menciona algunos referentes importantes de su vida, y los liga a personajes es diáfano: Roberto Arlt, alguien “muy compañero, y muy tomado por la melancolía”, Carlos Gardel, lo vio en su última función en Buenos Aires, “en su rostro había una gran tristeza”, Macedonio Fernández, “el mal del siglo?, pero lo hay?”; también Artaud, y Lautréamont, además de su padre, Alfonso Pichon. Y en un plano que no es ya solamente el de las identificaciones, puede agregarse también que su primera mujer Arminda Aberastury acabó suicidándose, la segunda mujer –Coca ¿?–, murió en un accidente, cuando él estaba en una cura de reposo (hacia 1963-65?).

En ciertos momentos de las “conversaciones” (extensos diálogos entre ambos interlocutores, sólo una parte de ellos ha sido grabado y transcrito) Pichon aparece embargado por los recuerdos familiares, por las pérdidas, por el tiempo pasado. Dice: “He estado muy enfermo. Estos últimos meses han sido para mí de dolor; y comprenderá ahora, cuando poco a poco le voy contando de toda mi vida, por qué dije antes que la tristeza me marcó en la niñez para siempre y que la tragedia no ha dejado de rondarme” (pág. 62).

Sin embargo, Pichon afirma no haberse resignado nunca, por eso ha seguido trabajando a lo largo toda su vida. Y expone su elaboración, su intento de combatir esa tristeza:

“La tristeza se debe combatir, es necesario como profilaxis, porque a partir de la depresión nacen todas las enfermedades mentales. Es lo que llamo enfermedad única o núcleo generativo de toda enfermedad” (pág. 63). La depresión será la situación básica patogénica que posteriormente se desarrollará como psicosis, neurosis, etc.

La ecuación que señala aquí Pichon es tristeza – enfermedad única. Y afirma que ahí se encuentran los fundamentos de su teoría sobre la “enfermedad única”.

Los elementos básicos de esa “enfermedad única” Pichon los encontrará en las pérdidas: “Toda tristeza se origina en alguna pérdida. Esa pérdida puede ser de naturaleza afectiva. También puede derivar de una crisis económica, o de una limitación de la libertad. Pero, insisto, siempre se tratará de una pérdida. Y es allí donde se origina el conflicto. Por lo mismo, la situación patogénica depresiva, punto de partida de toda perturbación mental, llega a resolverse a través de la *recreación progresiva del objeto*. Esa será la tarea esencial, volver a dar vida a lo que ha sido destruido, y que perturba una buena lectura de la realidad” (Zito Lema, 1976, pág. 64).

Para concluir esta aproximación a la presencia de la tristeza en la vida (y en la obra) de Pichon pueden mencionarse las ideas de Ana Pampliega de Quiroga, quien fuera la última esposa de Pichon (“una gran compañera y una gran colaboradora”). Afirma que: “[hay que] tener en cuenta que Pichon-Rivière era una persona muy depresiva, que pareciera haberse hecho cargo o estar muy marcado por los sucesivos desarraigos (porque después de Goya va a Rosario, luego vuelve a Goya, después viene a Buenos Aires y ya se queda definitivamente acá)” (1982, pág. 41).

Así, la idea consiste en afirmar los desarraigos en tanto pérdidas, en tanto duelos que no pudieron ser elaborados por Pichon-Rivière. Los sucesivos desarraigos, entonces, implicarán pérdidas de vínculos, ataques a la identidad. Y no en vano Pichon investigará de qué forma el hábitat se inscribe en el mundo interno: “[...] porque perder el hábitat, perder el pago, perder la querencia es perder parte de nuestra historia, es perder parte de nosotros mismos y de nuestra identidad” (pág. 41).

Hay que señalar que esta idea que relaciona depresión con desarraigo en relación con Pichon ha sido señalada por diversos autores (entre ellos, Balán, 1991, un texto comentado anteriormente, y que recoge múltiples testimonios). Por otra parte, puede

tener un valor mayor aún si se tiene en cuenta que la conflictiva entrelazada al desarraigo va y viene, en un país de inmigración, de exilios, que se suceden de padres a hijos, y de éstos a sus hijos, y así sucesivamente... Uno de sus discípulos publicó un interesante artículo abordando algunas de estas cuestiones en relación con el que fuera su maestro; en el artículo se intenta dar cuenta tanto de cierta “gravedad” que sufriera Pichon-Rivière así como también su relación con su obra. El artículo se titula: “Enrique Pichon-Rivière: ¿Es la propia gravedad pasta esencial en la hechura teórica de un psicoanalista? (Ulloa, 1997).³⁹⁷

9.3. Algunos datos biográficos.

- 1907 25 de junio. Enrique Pichon-Rivière nace en Ginebra (Suiza).
- 1910 Llega a la provincia de El Chaco, noreste de Argentina. Su padre organiza la primera hilandería de la región, crió caballos y cultivó lino y tabaco.
- 1913/14 Se entera de que es el hijo único del segundo matrimonio de su padre, que al quedar viudo y con seis hijos se casó al poco tiempo con la hermana de su ex mujer, veinte años menor que él.
- 1917 Los negocios familiares habían ido mal. Empobrecida, la familia se traslada a Goya, donde se dedica a la horticultura y a la enseñanza. Enrique estudia allí el bachillerato. Habla castellano, francés y guaraní.
- 1922 Muere su padre.
- 1925 Viaja a Rosario, a estudiar Medicina, pero enferma, y regresa a Goya.
- 1926 Viaja a Buenos Aires, donde comienza a estudiar Medicina. Conoce allí a

³⁹⁷ En el artículo se abordan cuestiones fundamentales a partir de la consideración de diversos aspectos de la vida de algunos personajes primordiales en el psicoanálisis. Así, Freud, Lacan, Pichon-Rivière, constituyeron, en distinta manera, una singularidad que si bien les permitió realizar (crear, inventar, etc.) diversas aportaciones en el campo intelectual también es cierto que no parece haber mitigado sus diversas conflictivas. Por otra parte, la “gravedad” no sólo alude a una categoría propia de la patología, sino también a cierta relación con la realidad: a estar en contacto, con los pies en la tierra, de ahí la gravedad...

- Roberto Arlt y otros literatos y artistas de la época.
- Escribe y realiza críticas de arte. Trabaja en el Diario Crítica.
- 1934 Publica su primer artículo: “Dos problemas psicológicos”.
- Trabaja en el Asilo de Torres (para oligofrénicos), durante dos años.
- 1936 Julio. Consigue su título en Medicina. Se casa con Arminda Aberastury.
- Comienza a trabajar en el Hospicio de las Mercedes (hoy Hospital Neuropsiquiátrico José Tomás Borda). Estuvo ahí algo más de doce años.
- 1938 Escribe su primer artículo psiquiátrico: “Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos”. Comienza a ser considerado como un psiquiatra de sólida formación y gran capacidad clínica.
- 1940 Inicia su análisis personal con Angel Garma.
- 1942 Se funda la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA). Pichon-Rivière es uno de sus fundadores, junto con Garma, Cárcamo, Rascovsky y Marie Langer.
- 1943 Comienza a dictar cursos sobre psiquiatría psicoanalítica. Publica su primer artículo psicoanalítico: “Exposición sucinta de la teoría especial de las neurosis y psicosis”.
- 1946 Escribe sobre Lautréamont, publica algunos artículos y dicta conferencias (se publicará en forma de libro, recién en 1992).
- 1947 Realiza las primeras experiencias grupales con enfermeros y con enfermos. Serían los antecedentes de sus técnicas grupales.
- 1948 Deja el trabajo en el Hospicio, donde había trabajado como médico agregado, después como jefe de servicio de admisión y del servicio de psiquiatría de la edad juvenil.
- 1951 Viaja a Europa, junto con su esposa, Arminda Aberastury. Este viaje marcará mucho su orientación profesional y teórica: Londres, París, Ginebra. En París conoce a Breton y a Lacan.
- Producto de un relato oficial leído en Francia escribe uno de sus últimos artículos exclusivamente psicoanalíticos: “Algunas observaciones sobre la

transferencia en los pacientes psicóticos”, a partir de ese momento comenzarían sus escritos sobre grupos.

- 1956 Se separa de Arminda Aberastury (ésta se suicidaría en 1972). Habían tenido tres hijos: Enrique, Joaquín y Marcelo (que nace en 1945).
- 1956/57 Dicta un curso en la APA sobre entrevista. Luego se publicaría con el título “Teoría del vínculo”.
- 1953 Organiza la Primera Escuela Privada de Psiquiatría Social.
- 1957 Primer artículo sobre grupos: “Aplicaciones de la psicoterapia de grupos”.
- 1958 Se realiza la “experiencia Rosario”, que marca el inicio de los grupos operativos, con apoyo del IADES.
- 1960 Escribe su primer artículo sobre “Técnica de los grupos operativos” (junto con Bleger, Liberman y Rolla), a partir de la “experiencia Rosario”.
- 1960 Funda la Escuela Privada de Psiquiatría Social.
- 1966 Abril 66 a mayo 67. Notas en un semanario (Primera Plana), en colaboración con Pampliega de Quiroga (se publicarán en forma de libro, con el título “Psicología de la vida cotidiana”).
- 1967 En la revista Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina se publica un número en homenaje a Pichon, quien ya es considerado como un maestro. Escribe un importante artículo: “Introducción a una nueva problemática para la psiquiatría”.
- 1969 Escribe “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales”, en el 2º número de la revista de la Asociación de Psicólogos de Buenos Aires.
- 1970 Últimas clases dictadas (y publicadas años después) por Pichon en la Escuela de Psicología Social (1970b, c, d, e, g)
- 1970 Centenario de la muerte del Conde de Lautréamont. Pichon comenzaba ya a estar enfermo.
- 1971 Se publica “Del psicoanálisis a la psicología social” (Galerna), Pichon da cuenta de su esquema referencial en el prólogo.

- 1974 Pichon comienza a estar gravemente enfermo (es internado, etc.), según diversos testimonios.
- 1975 Entre el otoño y el invierno de ese año, Pichon y Zito Lema se reúnen periódicamente. De ahí saldrán las “Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière: Sobre el arte y la locura” (1976).
- 1976 Golpe militar en Argentina.
- 1977 Enrique Pichon-Rivière muere en Buenos Aires, a los 70 años, en el mes de julio.

Capítulo 10: PRACTICAS Y PRODUCCION TEXTUAL.

10.1. Psiquiatría.

La profesión de psiquiatra.

Enrique Pichon-Rivière fue a Rosario a estudiar Medicina, pero enfermó de neumonía y debió volver a Goya. Un año después, fue a Buenos Aires. Allí vivió en una pensión, llamada “la pensión del francés”, donde conoció diversos personajes, algunos marginales, otros intelectuales, o políticos; Roberto Arlt, entre ellos, con quien mantendría una sólida amistad. Es a partir de la gente que circulaba en esa pensión que se interesa por la guerra en España: participó en el “Comité de Ayuda a la España Republicana”.³⁹⁸

Qué le llevó a estudiar Medicina? Pichon dice que buscaba la psiquiatría, ya que “quería entender el misterio de la tristeza”. Antes de comenzar a estudiar Medicina, realiza un corto intento en Antropología. En esa época trabajaba como periodista, y realizaba críticas de arte y crítica deportiva, en diversos periódicos y revistas.

Comienza su práctica psiquiátrica, antes de terminar los estudios de Medicina, en un asilo de oligofrénicos, en el Asilo de Torres. Previamente –también como practicante– había trabajado en diversas clínicas privadas.

En 1936 consigue su título de médico, y comienza a trabajar en el Hospicio de las Mercedes, hoy Hospital Neuropsiquiátrico José Tomás Borda; estuvo ahí más de

³⁹⁸ Los diversos hechos a los que se alude son relatados por el mismo Pichon-Rivière en sus entrevistas con Zito Lema (1976). También se encuentran diversas cuestiones en Balán (1991), en que el autor entrevistó a diversas personas que estuvieron relacionadas con Pichon.

quince años. Allí, además del trabajo como psiquiatra, fue responsable del servicio de Admisión y del servicio de Adolescentes.

Después continuaría su práctica desde su consultorio privado, y desde la Primera Escuela Privada de Psiquiatría Dinámica, posteriormente desde la Primera Escuela Privada de Psicología Social.

El Asilo de Torres.

Su práctica psiquiátrica se inicia en un asilo de oligofrénicos, cercano a Luján, en el Asilo de Torres. Allí, y según cuenta el mismo Pichon en “Conversaciones...”, una de sus primeras tareas fue organizar con ellos un partido de fútbol. En esa pequeña población, Torres, no había médicos, por lo cual Pichon tuvo que hacer una medicina global, aunque sin descuidar el equipo de fútbol, al que consideraba una tarea prioritaria.

También investigó “el problema sexual en los débiles mentales y formas clásicas de esa enfermedad, obteniendo resultados en esos momentos sorprendentes.... [muchos] de los internados tenían un retardo especial que no estaba relacionado con lesiones orgánicas, sino que eran productos de retardos afectivos...[Constituyen las] oligotimias, en contraposición a las oligofrenias, originadas en alteraciones nerviosas”.

De ahí, Pichon enfatiza en la importancia de buscar los signos diferenciales que permitieran especificar correctamente las oligotimias, en tanto derivadas de trastornos de los vínculos afectivos: “Los oligotímicos eran susceptibles de ser educados (y no ‘reeducados’, ya que en realidad no habían sido educados) buscando una terapia pertinente. Es decir, se trataba de enfrentar problemas de aprendizaje y comunicación” (Zito Lema, 1976, pág. 39).

De estos primeros contactos con enfermos mentales, Pichon sacará fundamentales conclusiones: “Descubro que simplemente, se los asila, se los esconde, pero que no hay ningún tratamiento metódico. O sea, conozco una situación totalmente negativa, y se me presenta la necesidad imperiosa de crear, porque no hay nada. Así, por ejemplo, procuro por medio de la recreación una resocialización. De allí surge toda la cuestión del deporte y el equipo de fútbol como una terapia grupal dinámica” (Zito Lema, 1976, pág. 40).

Hay que mencionar que en esa misma época (1934-36), Pichon escribe críticas de arte (que publica en la revista Nervio). Aunque, según él mismo afirma, eran actividades secundarias, frente a su trabajo en el asilo, ya lo que más le atraía era preparar la estrategia del equipo de fútbol del asilo.

Esta “respuesta” de Pichon a la cuestiones que se le planteaban, no parece constituir únicamente la respuesta de un joven profesional que hace sus primeras incursiones en el campo, sino más bien de alguien que se siente obligado a inventar, ya que no hay nada. Así, realizará investigación clínica. Y también impulsará terapia grupal dinámica, equipo de fútbol, deporte.

Esta referencia al trabajo del Asilo de Torres, y los primeros esbozos grupales, si bien son mencionados por Pichon hacia el final de su vida, y aunque pueden no responder exactamente a lo sucedido, no cambia el fondo del asunto: la relación entre lo biográfico, y lo producido intelectualmente. Aunque probablemente no fue exactamente como es relatado, seguramente el “practicante” Pichon organizaba equipos de fútbol, haciendo gala de una intuición terapéutica que se revelaría precursora de posteriores desarrollos conceptuales y metodológicos (psicoanalíticos y grupales).

Es importante destacar que en esta época, años 1932-34, cuando aún Pichon no poseía la sólida formación intelectual como psiquiatra que posteriormente le caracterizaría, ni tampoco se había interesado aún por el psicoanálisis, ya se perfilan lo que serían sus preocupaciones e intereses fundamentales: lo grupal, lo social, lo vincular, como elementos imprescindibles en una práctica de salud (mental). El joven Pichon-Rivière, casi médico, ¿comenzaba ya a descubrir lo que años después llamaría grupos operativos? Parece que sí. Además, se perfilan ya sus apuestas clínicas y teóricas: las terapias grupales, lo dinámico, el deporte –como acto sublimatorio?–, lo vincular.

El Hospicio de las Mercedes.

En 1936, Pichon-Rivière, apenas conseguida su titulación en medicina, comienza a trabajar en el Hospicio de las Mercedes, donde estuvo más de quince años, hasta principios de los años 50. Además de su trabajo clínico como psiquiatra, fue Jefe de Servicio de Admisión y Jefe de Servicio de Adolescentes.

Hay que señalar que las condiciones de trabajo en el Hospicio, la situación de los enfermos, el padecimiento, hacinamiento, etc., etc., fueron el contexto fundamental donde Pichon no sólo realizaba su práctica psiquiátrica, sus actividades terapéuticas, sino también que esa experiencia constituye el contexto que sirve de base a la conceptualización pichoniana. En esta época Pichon comenzará a desarrollar diversas nociones y conceptos que mantuvo siempre como base de su reflexión: lo intersubjetivo como eje del análisis (vínculo, transferencia), la noción de enfermedad única, el núcleo depresivo como constitutivo de todo padecimiento o enfermedad mental (subjetivo), etc.

Después de dejar el Hospicio, Pichon se dedicaría a su consulta privada como psicoanalista y a la formación de psiquiatras y psicoanalistas, a través de las diversas Escuelas que fundó. El trabajo que realizó en el Hospicio, una práctica psiquiátrica (luego sería psicoanalítica) con enfermos psicóticos –y en general, individuos profunda y gravemente deteriorados–, constituyó una experiencia que sustentó no sólo sus conceptualizaciones psiquiátricas, sino también psicoanalíticas y posteriormente, grupales –las que él denominó pertenecientes a la psicología social–. Su interés y preocupación por la salud, por la enfermedad mental, por la conflictividad en suma, no sólo se iniciaron en el Hospicio, sino que se mantuvieron como horizonte a lo largo de su vida.

En una rápida descripción de lo que encontró al comenzar a trabajar en el Hospicio, Pichon dice que “Más del 60 % de los enfermos (había 4500) estaban aislados, no eran visitados por nadie, sufrían de ‘abandonismo’, y además soportaban un trato pésimo” (Zito Lema, 1976, pág. 71).

Las primeras experiencias vividas en el Hospicio, que constituirían un eje en sus elaboraciones posteriores, se refieren a dos dimensiones, que de una u otra forma, estaban ligadas:

- 1) Por una parte, la comprobación de que los enfermos eran portavoces de su grupo familiar, que su enfermedad estaba en una profunda y compleja relación con su grupo familiar, del cual era un cierto ‘derivado’.
- 2) Por otra parte, la comprobación de que a partir de una cierta situación grupal, se podían ‘resolver’ situaciones de aislamiento e incomunicación. Los grupos de

enfermeros y los grupos de pacientes serían una primera aproximación a la potencia del grupo en sus efectos de comunicación y resolución de determinados conflictos.

Estas dos observaciones –experiencias, o elaboraciones– pueden contemplarse, posiblemente, como sus primeros esbozos conceptuales; primeros esbozos que conducirían a una problemática fundamental en la conceptualización pichoniana: la relación entre lo singular y lo general, entre lo individual y lo colectivo.

Veamos estos primeros desarrollos:

1) La experiencia en el Hospicio –y también los primeros trabajos en el Asilo de Torres– mostró a Pichon el importante lugar que tiene en la génesis, en el origen de la enfermedad mental, la experiencia con otros. Pichon comprende que existen nexos entre la estructura de un grupo familiar y la estructura de lo que llamará el “mundo interno” del paciente.

En el Hospicio Pichon trabajó como Jefe del Servicio de Admisión. Hay que tener en cuenta que esto sucede en los años 40... Se trata del ingreso al hospital, ésa es la Admisión; es por lo tanto un momento crucial en el desarrollo de la enfermedad: el momento de crisis, de la eclosión de la misma, de su manifestación aguda. La admisión, es decir, el ingreso al hospital se realizaba, en general, cuando los familiares del paciente se encontraban desbordados por la situaciones conflictivas generadas alrededor del paciente.

El Servicio de Admisión posibilitó a Pichon una observación muy particular: la presencia –o ausencia– de los otros, constituyentes del grupo familiar del paciente era significativa en cuanto a la comprensión de la enfermedad del paciente.

Así, la crisis, la urgencia psiquiátrica, ponía en contacto a Pichon no sólo con el paciente sino también –la mayoría de las veces– con su familia. La crisis que conducía a la internación era observada por Pichon en términos de interacción entre varios, de pautas de comunicación, de formas de relación: alianzas que incluían a algunos y excluían a otros, secretos familiares, sobreentendidos, malentendidos, estilos de comunicación, contradicciones y paradojas comunicativas, etc.

Desde ese lugar (observación) Pichon comenzó a establecer relaciones entre los modos de relación, de comunicación, de vinculación, de esa familia, y la estructura deteriorada y estereotipada del paciente. Y descubre que existe una relación de determinación compleja entre el paciente y su grupo familiar. A partir de ahí, llegará a

establecer que la crisis, la enfermedad, no tenía un origen exclusivamente individual, antes bien, el proceso era de signo contrario: la enfermedad, la crisis de un paciente aparecía como un emergente del grupo familiar, como un emergente de un determinado conflicto del propio conjunto. O que el enfermo se constituye como portavoz del grupo familiar, portavoz de determinados conflictos. La crisis, o la enfermedad, como signo de un proceso que se gesta entre varios, y que se produce entre varios. Tiempo después, cuando Pichon logre conceptualizar esta experiencia, dirá que el análisis del proceso de enfermar debe organizarse en la indagación de la dinámica del grupo familiar.

Todas estas elaboraciones –aunque en sus inicios mínimamente esbozadas– llevaron a Pichon a reorganizar el Servicio de Admisión en muchas ocasiones, y a introducir nuevas prácticas. Esta relación estrecha entre lo clínicamente observado y la implementación de nuevas técnicas hacía que los Servicios donde trabajaba Pichon (Admisión, Adolescentes, etc.) estuvieran siempre poblado de nuevas generaciones de psiquiatras, deseosos de encontrar formas de comprensión e intervención nuevas. En estas situaciones se iba gestando el que sería, años después, Maestro de varias generaciones “psi”.

2) El otro nivel de la experiencia de Pichon en el Hospicio se refiere a una situación global: al estado de abandono, deterioro, y desamparo de los pacientes. En el comienzo de su trabajo, Pichon considera que los enfermeros del hospital, tenían mucho que ver en la situación de abandono, debido a su ignorancia de los problemas de la enfermedad mental.³⁹⁹

Así, comenzó a trabajar en grupo con los enfermeros –era 1947–, a explicarles algunas cuestiones básicas, a discutir con ellos acerca de los pacientes, etc. Los resultados fueron indiscutibles: los pacientes ya no eran unos “pobres locos”, el trato a los enfermos mejoró, los enfermeros estaban más satisfechos con su quehacer.

A los grupos de enfermeros, tiempo después, le sucedieron los grupos de enfermos. En una situación de inestabilidad política, y con motivo de una huelga médica, al quedarse la Sala sin enfermeros, Pichon realizó un curso de enfermería con

³⁹⁹ Parecería evidente que la responsabilidad de la situación del hospital recaerá más en los psiquiatras que en los enfermeros, sin embargo, Pichon insiste en que son los enfermeros. Puede considerarse como un argumento acomodaticio, pero lo cierto es que los enfermeros constituían un agrupamiento más propicio que el de los médicos, para dejarse 'guiar' por este 'nuevo' psiquiatra... En todo caso, si bien la

algunos pacientes, los que estaban en mejores condiciones. Estos grupos, de enfermeros, de enfermos, constituirán otro punto de inicio, el origen de lo que años después se llamaría técnica de los grupos operativos.

Posteriormente, Pichon, cada vez más entusiasta con la potencia terapéutica de los grupos, de los vínculos que podían establecer los pacientes, creará un servicio exclusivamente para adolescentes (hasta ese momento se encontraban junto con los adultos), una Sala que llamó de la Edad Juvenil.

Es fundamental, en la línea que vamos desarrollando, buscar las posibles relaciones entre las experiencias prácticas de Pichon y su teorización. El intento de enseñar a los enfermeros, de acercar difíciles conceptos psiquiátricos y psicoanalíticos para posibilitar un ‘manejo’ –término muy caro a Pichon– de los mismos, parecería tener alguna vinculación con su posterior “teoría de la enfermedad única”. Se trata de una teoría que ha llegado a ser criticada como reduccionista –en realidad se trata de una crítica reduccionista...–: lo que parece evidente es que muestra, claramente, la voluntad de aprehensión de la realidad, el intento de transformación –previa comprensión– que animaba a Pichon.

A principios de los 50 Pichon dejará el Hospicio, en gran medida obligado por los conflictos que se generaban a su alrededor, y en una época muy convulsionada en el orden político (son los últimos años del gobierno peronista). Debido a su forma de trabajar, a los supuestos sobre los que se apoyaba, y a sus propuestas; una de ellas: lo grupal, lo social, se hacía intolerable para el establishment psiquiátrico. Todo esto implica el final de su trabajo en el Hospicio, y a la vez, el comienzo de otra etapa, etapa en que comienza a teorizar sobre grupos, a variar algunas ideas hasta ese momento fundamentales –tanto psicoanalíticas como provenientes de la psiquiatría–. Constituye un antecedente fundamental de su posterior “pasaje” a la psicología social.

La clínica indagadora e innovadora de Pichon.

La curiosidad clínica, y la vocación terapéutica parecen haber impulsado a Pichon a una incansable búsqueda de nuevas técnicas. Utilizó las diversas metodologías psiquiátricas, de manera ortodoxa, pero también de forma innovadora. Igualmente, con

responsabilidad podía ser de los psiquiatras, la posibilidad de cambio parece haber estado más del lado de los enfermeros.

los postulados y ortodoxia psicoanalítica, su fecundidad conceptual y metodológica es muy considerable. De psiquiatra clásico a psiquiatra dinámico, de ahí a psicoanalista, primero ortodoxo, luego social (como él lo denominó, con una de sus frecuentes viñetas), por último, psicología social...

Parece evidente que las condiciones de existencia de los enfermos en el Hospicio, además de variables ‘históricas’ en su vida (como se vio en el capítulo anterior) contribuyeron en algo fundamental: su actitud y posición abierta, dispuesto a buscar todos los instrumentos posibles en su trabajo clínico. Su posición como innovador, propulsor de nuevas técnicas, precursor de nuevas formas de acometer el proceso terapéutico, parece mantener una estrecha relación con esta prolongada experiencia de trabajo con psicóticos.

El intento clínico de curación –de remisión de síntomas, de alivio, etc.– en Pichon es sostenido; no dudará en usar todos los instrumentos a su alcance. En un artículo de 1940, “Narcodiagnóstico con Evipan sódico” relata el uso de anestésicos como medios auxiliares para realizar psicoterapias con pacientes esquizofrénicos; utiliza técnicas conocidas como narcodiagnóstico, o narcoanálisis, con las que se intentaba superar el aislamiento de esos pacientes, para favorecer el “contacto afectivo” con el médico y facilitar así su labor terapéutica.⁴⁰⁰

Otro ejemplo de innovación clínica utilizado por Pichon: administración de drogas al paciente (psicótico) y a su familia, lo que relata en “Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal”. Si bien el artículo es de 1960, alude a experiencias clínicas hechas años antes, cuando aún el narcoanálisis mantenía algún predicamento entre los psiquiatras.

⁴⁰⁰ El uso de drogas para movilizar a ciertos pacientes respondía, a fines de los años 30, a investigaciones sobre psicosis por medio de anestésicos, éter, somníferos, cocaína, etc. Surgieron ciertas perspectivas conocidas como narcoanálisis (Horsley) o incluso psicoanálisis fármacodinámico (Constanza Pascal). Estos intentos iban desde intentos diagnósticos y pronósticos, hasta convertirse en medios auxiliares de la psicoterapia, por lo menos, ése es el uso que les da Pichon. Así, según el autor, mediante la inyección de la droga se provocaba un sueño de 20 a 40 minutos a partir del cual se podía establecer una “fácil conexión” con ellos. El mutismo, negativismo y estereotipias de esos pacientes, impedía acceder a las vivencias del paciente, “al contenido y a la motivación de los síntomas”. El objetivo era favorecer el “contacto afectivo” con el médico y facilitar así la labor terapéutica del mismo. “El narcodiagnóstico o narcoanálisis o psicoanálisis fármacodinámico hace accesibles a la investigación planos de la personalidad casi imposibles de conocer de otra manera” (Pichon-Rivière, 1940a, pág. 367 y sig.). Posteriormente, Pichon variaría este enfoque, quitando peso a la capacidad de las drogas, y desplazándolo hacia la terapia psicoanalítica.

Algo fundamental a destacar es que a lo largo de su derrotero clínico, Pichon hace un uso instrumental del psicofármaco. Esto le diferencia de la psiquiatría clásica, en la medida que espera del tratamiento psicoanalítico la posibilidad de recuperación estable del paciente. Por ejemplo, en 1946, en “Psicoanálisis de la esquizofrenia”, cuando ya sus referentes psicoanalíticos están muy consolidados, afirma: “Muchos conceptos clásicos, formales, estáticos, han caído después de la aplicación de los nuevos tratamientos de shocks y sueño. Todos hemos visto 'desarmarse' una psicosis a veces en pocas horas, evolucionar en forma inesperada, por ejemplo, un psicótico hacerse neurótico, un catatónico hacerse paranoide” (Pichon-Rivière, 1946d, pág. 71). Hay que destacar que, para Pichon, el uso de esas técnicas sólo facilita el acceso a los problemas: la terapia psicoanalítica será la única capaz de dar resultados ciertos en la curación de los psicóticos.

De todos modos, es ilustrativo el interés de Pichon en articular, en acercar diversos procedimientos terapéuticos: tratamientos biológicos (drogas), de shock –en epilepsias y esquizofrenia– (1946b, 1946d), con diversas técnicas psicoterapéuticas. Pichon hablará, en la década del 40, de terapias breves (1941a, 1948a), terapias de niños (1939/48, 1940b, 1940c, etc.), individuales y en grupo. A partir de los años 50, comenzará a fundamentar el trabajo clínico casi exclusivamente en las psicoterapias psicoanalíticas, decrecerá su interés en los tratamientos de shock, o biológicos, y comenzará a elaborar su propuesta clínica alrededor de los grupos.

El electroshock, técnica de choque especialmente compleja y espinosa, merece un comentario diferenciado: también en este caso Pichon fue uno de los precursores en su introducción en Argentina (Zito Lema, 1976, pág. 119).

En síntesis, Pichon-Rivière siempre se interesó en investigar en diferentes técnicas. Su carácter de pionero tanto en psiquiatría como en psicoanálisis (como en psicología social) –en Argentina– deriva, en parte, de esa actitud indagadora. Pionero tanto en el uso de técnicas psiquiátricas –convulsionantes, anestésicas, electroshock, etc.–, como en intervenciones psicoanalíticas –en adultos, y en niños–, terapias familiares, breves, dramáticas; individual y grupal; “terapias combinadas”.

Esta indagación y búsqueda de nuevas técnicas, este afán por lo nuevo, llegó a ser considerado desmedido por muchos profesionales –incluso entre sus discípulos–. Si bien por un lado era indicativo de su actitud de apertura ante los nuevos conocimientos (hoy se diría actitud interdisciplinaria), por otro lo habría llevado a descuidar lo que

tenía entre manos, a perder cierta coherencia, cierta lógica de los procesos que había en juego (neurosis, psicosis, conflictos, etc.). La relación entre técnica y teoría, entre innovaciones técnicas y debilidad de los soportes teóricos, aparece, en este caso, con toda su complejidad. Y Pichon no pudo resolver tan satisfactoriamente esa disociación (como él decía, lo separado) pese a esa búsqueda.

Esta actitud indagadora, innovadora en el uso de las técnicas, aparece en relación con un a priori importante: la operatividad. La ‘operatividad’ será una dimensión fundamental en la obra pichoniana: las derivaciones de esa exigencia de operatividad constituirán uno de los fundamentos de sus propuestas grupales.

Algunos temas pichonianos.

Hay diversos temas, problemas y preocupaciones que Pichon fue elaborando a lo largo de su trayectoria profesional e intelectual. Muchos de ellos fueron permanentes, y otros fueron resultado de su propia evolución ideológica y conceptual. A lo largo de su obra escrita, Pichon se muestra como alguien “fiel” a sus propias ideas, si bien parece reelaborar constantemente sus nociones y conceptos.

Aparecen algunas ideas o temas recurrentes, insistentes, si se tiene en cuenta desde su primer artículo de 1938, “Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos”, hasta el que puede considerarse el último artículo psiquiátrico y psicoanalítico: “Una nueva problemática para la psiquiatría”, en 1967. Los temas abordados: la psicosis, la esquizofrenia, la depresión, y como fondo, su teoría de la enfermedad única.

La elaboración teórica, si bien estuvo siempre indisolublemente ligada a la práctica no es en absoluto descuidada, muchos de sus artículos se refieren exclusivamente a cuestiones teóricas. Por ejemplo, y además de los artículos ya nombrados: “Contribución a la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia” (1946), “Psicoanálisis de la esquizofrenia” (1946), “Historia de la psicosis maníacodepresiva” (Garma, A. Rascovsky, L. –compilación y prólogo–. Psicoanálisis de la melancolía, cap. 1) (1948), “Algunas observaciones sobre la transferencia en los pacientes psicóticos” (1951), “Grupos operativos y enfermedad única” (1965), “Una teoría de la enfermedad” (1970) –en otro texto aparece con el título: “Neurosis y psicosis: una teoría de la enfermedad”–.

Hay que recordar, como ya se ha mencionado, que la forma fundamental en que Pichon transmitía sus ideas era oral: clases, conferencias, supervisiones, asistencia a congresos. Así, muchos de sus artículos son adaptaciones de comunicaciones y ponencias a congresos, notas de clases y conferencias; también prólogos a libros diversos, comentarios a textos de otros autores, etc.

Una temática que le interesará desde los inicios de su profesión de psiquiatra fue la epilepsia. Puede verse en los artículos: “Algunos conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica de la epilepsia” (1941), “Los dinamismos de la epilepsia” (1943), “Patogenia y dinamismos de la epilepsia” (1944). Incluso hay un último trabajo, que fue presentado en un congreso sobre epilepsia, ya en 1967, “Protección al enfermo epiléptico” (en colaboración).

Los trastornos psicósomáticos, y las afecciones psíquicas asociadas a trastornos orgánicos, también serán motivo de ocupación: “Elementos constitutivos del síndrome adiposo genital prepuberal en el varón” (en colaboración con A. Rascovsky y J. Salzman) (1940), “Trastornos del esquema corporal” (1941), “Estudio psicósomático de la jaqueca” (1946), “Prólogo al libro de Enrique V. Salerno ‘Aportaciones a la medicina psicósomática, ginecología y obstetricia’” (1946), “Prólogo al libro de David Liberman ‘Semiología Psicósomática’” (1947), “Conceptos básicos en medicina psicósomática” (1948), “Úlcera péptica y psicosis maníacodepresiva” (1948), “Aspectos psicósomáticos de la dermatología” (1948), “Esquema corporal” (1959).

La problemática infantil fue abordada en numerosas ocasiones, Pichon dedicó gran parte de su tarea docente a ello, puede verse en “Introducción a la psiquiatría infantil” (sobre apuntes de cursos dictados en el Hospicio de Las Mercedes entre los años 1939-1948). También en diversos artículos teóricos, y técnicos, algunos ya citados: “Prólogo al libro de F. Schnersohn ‘La neurosis infantil, su tratamiento psicopedagógico’” (1940), “Elementos constitutivos del síndrome adiposo genital prepuberal en el varón” (1940), “Técnicas de supervisión grupal en psicoterapia de niños” (en colaboración con otros autores) (1969). Pichon fue, como en tantas otras perspectivas, un precursor del psicoanálisis con niños, temas que aparecen en diversos artículos.

Por último, el gran tema pichoniano, que de una u otra forma mantuvo a lo largo de su vida: la melancolía, la tristeza, y sus derivaciones (tanto de entrada como de salida): la depresión, la enfermedad única; el duelo, la posición depresiva; la

obligatoriedad vital de transformación (de la realidad “interna” y “externa”). Esta temática será abordada en muchos de sus textos, a partir de 1946 hasta 1970.

Una temprana preocupación: la formación de los psiquiatras.

Hay que destacar como un elemento fundamental en la historia intelectual de Pichon que su formación psiquiátrica fue realizada de manera autodidacta. Si bien es cierto que en esos años no existían las especialidades médicas organizadas institucionalmente, Pichon no contó tampoco con ‘maestros’ en psiquiatría. De hecho, fue en sus propios campos de experiencia, desde el Asilo de Torres hasta el Hospicio de las Mercedes donde ‘aprendería’ psiquiatría. Por otra parte, se ha insistido mucho sobre la solidez de la formación psiquiátrica de Pichon (se le ha comparado con Lacan); es algo común en Argentina, y entre quienes conocen su obra.

Esas dos circunstancias parecen relacionadas con una problemática que será fundamental en todas sus elaboraciones: su creencia en la importancia del aprendizaje, de los procesos del aprender –ya ligados al par enseñanza / aprendizaje, ya ligados al par aprendizaje / terapia–. A esto hay que agregar que el autodidactismo derivó en su confianza en el aprendizaje entre iguales, un aspecto fundamental del aprendizaje grupal.

Estos elementos parecen estar en la base de su preocupación por la formación de los psiquiatras. Así, Pichon enuncia diversos aspectos a tener en cuenta.

Entre otros, menciona la falta de experiencia de los médicos (al egresar de los estudios universitarios), y en general, de todos los trabajadores en salud. Propone el análisis, individual o grupal, del profesional: “En cuanto al problema de cómo adquirir experiencia [en el hospital] sin caer en el aprovechamiento de seres indefensos, creo que una de las soluciones está en la adquisición de experiencia interna por parte del propio terapeuta, a través de su análisis individual o grupal, cosa que, por ejemplo, hice con los enfermeros en el Hospicio” (Zito Lema, 1976, pág. 76).

Y por último, insiste en la importancia, que considera fundamental, tanto de los aspectos emocionales relacionados con la temática en juego: la enfermedad mental, como la movilización –en relación con los aspectos propios de los profesionales– de las propias ansiedades de los estudiantes en el proceso de aprendizaje –ansiedades que operarán como obstáculo–.

Todas estas cuestiones serán planteadas en numerosas ocasiones, y aparecen diseminadas a lo largo de sus artículos; en dos de ellos se exponen extensamente: “La psiquiatría en el contexto de los estudios médicos” (195?) y “Presentación a la cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de la Plata” (195?).

Pichon-Rivière realizó un amplio y sostenido trabajo de formación. Desde el inicio –en 1942– es miembro didacta de la APA, y un objetivo estratégico será el lograr que los psiquiatras incorporen los esquemas psicoanalíticos en su trabajo. Durante años, dictará numerosos cursos, tanto en el Hospicio, como en el Instituto de Psicoanálisis (la “escuela” de la APA), y posteriormente en las Escuelas que él mismo fundara (de Psiquiatría Dinámica, de Psiquiatría Social, de Psicología Social). Allí enseña tanto cuestiones teóricas como técnicas.

Todas estas actividades, esta actitud hacia los problemas de la formación, van configurando una situación en que Pichon va perfilándose como maestro –con mayúscula–. Muchos psiquiatras, posteriormente también psicólogos, y otros profesionales comienzan a nuclearse alrededor de sus enseñanzas. La actividad docente, de enseñanza de Pichon, la transmisión oral que realizó, parece estar en relación directa con su mucho menor producción escrita.⁴⁰¹

Por último, se puede mencionar el mismo inicio de los grupos operativos, en relación con la formación, y con el aprendizaje. Pichon sostiene que las primeras experiencias grupales –que recién conceptuaría años después– consistieron en: formación de enfermeros en un caso, y formación de los propios pacientes, en otro. De ahí se derivaría la dupla conflicto – aprendizaje, donde residiría el eje de la teorización sobre los grupos.

⁴⁰¹ Hay innumerables testimonios en ese sentido. Puede verse un texto de 1992, “Psicología Social hoy”, de G. García y A.M. Moragues, donde se realizan entrevistas a destacadas figuras de la psicología social en Argentina. La coincidencia es amplia: el maestro de los psicólogos sociales argentinos transmitía sus enseñanzas, ideas, intuiciones, de variadas maneras, y la escritura no era su medio principal. Entre otras, pueden verse las entrevistas realizadas a: Gladys Adamson, Gregorio Kaminsky, Hernán Kesselman, Fidel Moccio, Alfredo Moffat, Eduardo Pavlovsky, Ana Quiroga, Osvaldo Saidón, José Topf, Fernando Ulloa, Vicente Zito Lema.

Por el lado del psicoanálisis sucede otro tanto: muchos de los psicoanalistas más destacados reconocen esa particularidad transmisora de Pichon-Rivière. No vale la pena mencionarlos aquí, la lista sería excesivamente extensa.

La apertura al psicoanálisis.

Las concepciones vigentes en la psiquiatría en la década del 30 y 40, época en que Pichon comienza su práctica clínica, están sumidas en un importante proceso de transformación. Hemos hablado ya del complejo proceso de ‘entrada’ del psicoanálisis en Argentina [puede verse en capítulo 4 y siguientes]. En esos años se está produciendo un profundo cambio en las concepciones psiquiátricas. De la psiquiatría organicista se deriva a la psiquiatría dinámica, donde la teoría psicoanalítica jugaría un papel fundamental.⁴⁰² Así, sumariamente, las concepciones psiquiátricas vigentes se agrupaban así: 1) psiquiatría organicista, 2) psiquiatría dinámica y 3) perspectiva psicoanalítica, donde los tres enfoques mantenían cierta imbricación entre sí.⁴⁰³

1) La psiquiatría organicista (o psiquiatría clásica). Se sostiene que el síntoma, y en consecuencia la enfermedad es el efecto directo y lineal de una lesión orgánica. Es decir, hay alguna lesión patógena en el sistema nervioso que genera la enfermedad. En consecuencia, ese síntoma no encierra ninguna significación, no tiene ningún valor simbólico; no alude a ninguna fantasía ni a ninguna experiencia del sujeto que lo sufre. Hay aquí un reduccionismo biologista y organicista, donde un fenómeno complejo es reducido absolutizando una causa.

Aunque Pichon critica este reduccionismo, sin embargo rescata algunos aportes de algunos psiquiatras de esta corriente. Por ejemplo, la hipótesis acerca de la unidad de la enfermedad mental, dada por Griesinger. Este sostenía que había una única enfermedad con distintas manifestaciones clínicas. Aquí Pichon dice que la pobreza del enfoque biologista y el reduccionismo organicista de fenómenos mucho más complejos impidió que Griesinger avanzara en lo que realmente era un hallazgo, según Pichon lo entiende: el núcleo central del proceso de enfermar.⁴⁰⁴

⁴⁰² Al igual que en otros ámbitos y disciplinas, el psicoanálisis trajo consigo un profundo cambio (crisis y renovación) de modelos teóricos y metodológicos. Tanto en la psicología, como en la psiquiatría (medicina), en el conjunto de las ciencias sociales (sociología, antropología, etc.), en la epistemología, y en fin, en la filosofía. Puede decirse que, casi sin excepción, el conjunto de pensadores del siglo XX han producido sus obras teniendo en cuenta un interlocutor privilegiado: Freud y la doctrina psicoanalítica.

⁴⁰³ Esta sumaria clasificación en cuanto a la psiquiatría organicista, en mecanicista y dinamista corresponde a una forma muy extendida en las lecturas y análisis realizados en Argentina.

⁴⁰⁴ En un documentado artículo destinado a un texto colectivo sobre la melancolía, Pichon se refiere a Griesinger, y afirma que sus aportes teóricos se ven confirmados por el psicoanálisis. Considera a Griesinger acertado al postular la idea de la unidad de la enfermedad mental, y relata sus hipótesis: “... nada se opone a que se diga que *el período inicial de todas las enfermedades mentales es un estado de melancolía*. [...] la melancolía que precede y acarrea la locura ... “ (Pichon-Rivière, 1948a, pág. 245 y

Hay que destacar esta actitud de Pichon de rescatar de toda teoría –aún cuando no coincidiera con ella– los aspectos que consideraba válidos. Se trata de una actitud de apertura, no dilemática, que intenta rescatar lo que considere verdadero en teorías que por otra parte, puede considerar como erradas. (lo dilemático –‘o esto o lo otro’– sería considerar una hipótesis como falsa cuando es incompleta).⁴⁰⁵

2) La psiquiatría dinámica. En los inicios de este enfoque también se considera que las enfermedades mentales se explican en última instancia por un proceso orgánico (ya sea hereditario o adquirido), aunque sin embargo, los síntomas no dependen de manera directa o lineal –como en la perspectiva anterior– del proceso orgánico generador de la enfermedad. Un ejemplo de esta concepción la constituye Pierre Janet, quien explica la histeria de la siguiente manera: las ideas reprimidas e inconscientes eran la base de la neurosis –histeria– pero el olvido que el sujeto hace del suceso traumático se debe a una disociación innata, es decir, a un proceso orgánico y no psíquico.

A esta concepción adhieren Breuer y Freud: en sus primeros desarrollos teóricos dirán que la amnesia de la situación traumática o de las emociones reprimidas se debía a un estado hipnoide que tenía una naturaleza fisiológica. Esto será después replanteado por Freud. Lo que interesa ahora destacar –nuevamente– es esta relación discontinua entre las diversas concepciones que iba tomando la psiquiatría.

Por otra parte, la psiquiatría dinámica también se vería influida por los movimientos en relación con la salud mental (desde 1920 en adelante), lo cual constituye otro elemento adicional en ese cambio de perspectiva. Aquí los síntomas ya poseen un sentido, la dimensión psicológica tiene ya un status definido, se cree en la posibilidad de transformación psíquica, etc.

Pichon-Rivière no abandonó cierta perspectiva psiquiátrica en el enfoque de los problemas a que se enfrentaba. Desde las posibilidades clínicas –en cuanto a las

sig.). Así, se postula la idea de la unidad de la enfermedad mental, y la melancolía como lo inicial de la misma. Dos grandes cuestiones que aparecerán relacionados con elaboraciones posteriores: la teoría de la enfermedad única y la depresión como elemento donde pivotan los distintos cuadros psicopatológicos.

⁴⁰⁵ Pichon siempre insistió en la importancia de aunar, reunir diversos conocimientos. Desde la valoración de la opinión “vulgar” como primera aproximación a los fenómenos, como a la consideración de los diversos aspectos que se consideran desde cada enfoque. La ‘sumación’ (neologismo pichoniano) de conocimientos, la construcción de un esquema conceptual común (en el grupo), la importancia de un enfoque interdisciplinario, atestiguan esta intención, temprana, por otra parte (los textos que estamos considerando son de los años 40).

intervenciones— hasta la fenomenología psiquiátrica, intentó sacar partido de esas concepciones: los temas que le interesaban y las técnicas que implementaba lo muestran claramente.

3) La concepción psicoanalítica. Hemos afirmado que el psicoanálisis no fue ajeno a ese cambio de orientación en la psiquiatría (de “organicista” a “dinámica”). Obviamente, el psicoanálisis no permanece como modelo de tránsito de una a otra corriente psiquiátrica, sino que constituye un ámbito diferenciado y relativamente autónomo de la psiquiatría (o de la medicina).

Si bien sin la vigencia de las concepciones anteriores, hacia esos años el psicoanálisis era ya bastante conocido en el estamento psiquiátrico argentino.⁴⁰⁶

Más aún, diversos psiquiatras comenzaban a utilizar algunos de los conceptos psicoanalíticos. El desarrollo del psicoanálisis en Argentina fue relativamente temprano, y la fundación de la Asociación Psicoanalítica Internacional (APA), en 1942, significó su establecimiento definitivo. Pichon será uno de los fundadores de la APA, y uno de los pioneros en la implantación del psicoanálisis en el mundo psiquiátrico.

En el prólogo al texto “El proceso grupal”, Pichon explicita su adhesión a la concepción psicoanalítica:

“Mi contacto con el pensamiento psicoanalítico fue previo al ingreso a la Facultad de Medicina y surgió como el hallazgo de una clave que permitiría decodificar aquello que resultaba incomprensible en el lenguaje y en los niveles de pensamiento habituales. [...] Las primeras aproximaciones a la psiquiatría clínica me abrieron el camino hacia un enfoque dinámico, el que me llevaría progresivamente, y a partir de la observación de los aspectos fenoménicos de la conducta desviada, al descubrimiento de elementos genéticos, evolutivos y estructurales que enriquecieron mi comprensión de la conducta como una totalidad en evolución dialéctica. La observación, dentro del material aportado por los pacientes, de dos categorías de fenómenos claramente diferenciables para el operador: lo que se manifiesta explícitamente y lo que subyace como elemento latente, permitió incorporar en forma definitiva a mi esquema de referencia la problemática de una nueva psicología que desde un primer momento tendería hacia el pensamiento psicoanalítico” (Pichon-Rivière, 1971a, pág. 8).

⁴⁰⁶ Ver segunda parte, capítulo 5. También Vezzetti (1989).

Pensamiento psicoanalítico, psiquiatría clínica, enfoque dinámico, problemática de una nueva psicología, diversos recorridos prácticos (que incluyen también lo teórico) realizados por el autor.

Pichon encuentra en el psicoanálisis una apoyatura para el trabajo psicoterapéutico con los psicóticos, para la psicoterapia de la psicosis. De qué manera? Freud le aportaría elementos fundamentales, inexistentes hasta ese momento en la psiquiatría organicista: elementos que posibilitan la comprensión de la psicosis –de la esquizofrenia, especialmente, aunque también de otras patologías–. Parafraseando a Paul Schilder, Pichon dice que: “a partir de Freud podemos comprender el significado de la neurosis y de la psicosis”.

Se trata de hacer comprensibles comportamientos –e ideas– hasta ese momento sin sentido, sin significado, y poder asignarles un sentido, o mejor dicho, aceptar que tienen un sentido determinado –aunque esté oculto–. El aporte de Freud es la postulación de que el síntoma tiene un significado.

El síntoma tiene una estructura determinada, tiene un sentido, tiene una finalidad y tiene una causa. El intento de Pichon será el de engarzar, sumar diversos aspectos provenientes de la psiquiatría con los aportes psicoanalíticos (1943a, pág. 374 y sig.).

Hemos afirmado que Freud, o mejor dicho, el conocimiento de la conceptualización freudiana le permitirá a Pichon realizar el proceso de comprensión de la psicosis –algo que, ya estaba realizando, si bien no podía apoyarse en los conocimientos psiquiátricos, que negaban significación a los síntomas psicóticos–. Sin embargo, eso no le va a facilitar el trabajo psicoterapéutico con la psicosis, en la medida que desde los postulados freudianos –mejor dicho, desde la lectura que hace Pichon de Freud–, no se consideraba posible el tratamiento psicoanalítico con psicóticos.

Pichon consideraba que Freud le permite comprender la psicosis (el síntoma tiene un sentido, es alusional, etc.), pero no le posibilita el trabajo psicoterapéutico con la misma. Será recién con Melanie Klein cuando Pichon logrará una conceptualización y un arsenal técnico-clínico que le permita el trabajo psicoterapéutico. Los aportes de Melanie Klein acerca del psiquismo temprano –y desde ahí, de la psicosis–, y los fenómenos transferenciales serán los apoyos que utilizará Pichon en su trabajo clínico (Pichon-Rivière, 1951).

Pichon realizará un pasaje complejo desde la psiquiatría hacia el psicoanálisis. Un pasaje desde la psiquiatría clásica, digamos, a las concepciones de origen psicoanalítico. Pero este proceso lo realizará sin abandonar la psiquiatría. Es decir, se tratará de psiquiatría y psicoanálisis. Y la conjunción “y” entre esos términos será fundamental.

Su apertura al psicoanálisis le llevó a renovar profundamente la práctica psiquiátrica, incluyendo tanto los procesos inconscientes como los aspectos vinculares en la situación de todo enfermo –y más en general, de todo sujeto–. Sin embargo, también su forma particular de comprender y practicar el psicoanálisis, le llevó también a separarse de las posiciones psicoanalíticas más institucionalizadas y a indagar en campos ‘extramuros’: de ahí surgirán la psicología social y el trabajo con grupos.

En todo caso, será el psicoanálisis lo que posibilitará a Pichon un conjunto teórico, desde el que dar cuenta de los procesos y fenómenos que observaba desde la clínica –en el Hospicio–, tanto como de sus intentos innovadores. No sólo el universo de significación de los pacientes psicóticos, sino también su análisis de la posible causalidad en esos procesos. Pichon considerará que Freud le permitirá sortear una antinomia o dilema –cerrado en sí mismo– que cruza a toda la psiquiatría: la antinomia entre lo endógeno y lo exógeno, entre los procesos dependientes –o causas– de lo interior, de lo somático, y de lo exterior, como experiencia del individuo. De acuerdo a la lectura pichoniana, los conceptos freudianos de ecuación etiológica, de series complementarias, y de sobredeterminación serán las nociones que permitan superar esas antinomias en que estaba ‘encerrada’ la psiquiatría. (1946b, pág. 43 y sig.; 1946d, pág. 72 y sig.).

10.2. Psicoanálisis.

La comprensión psicoanalítica de la psicosis.

Pichon recurre a una imagen, y parafrasea a Paul Schilder: “a partir de Freud podemos comprender el significado de la neurosis y de la psicosis”.⁴⁰⁷ La clave de esa comprensión, tanto de la neurosis como de la psicosis, será la noción de conflicto psíquico. A Pichon le interesará fundamentalmente la psicosis, lo que corresponde al tipo de pacientes con que se encuentra en el Hospicio.

Para Freud, el conflicto aparece como esencial al ser humano, como constitutivo, y como condición de existencia: todo sujeto alberga tendencias o exigencias contradictorias. El conflicto puede ser explícito, o implícito, consciente o inconsciente.⁴⁰⁸

La génesis del síntoma reside en un conflicto entre instancias psíquicas: la neurosis consiste –en esta aproximación– en un conflicto entre el Yo y el Ello al servicio del Superyó.

Así, desde esta noción de conflicto como determinante, el síntoma aparece revestido de significación, el síntoma es alusional, alude a algo, es por lo tanto descifrable, etc. Este es uno de los aportes fundamentales de Freud a la comprensión de la enfermedad mental.

Para Pichon esta dimensión del síntoma como revestido de significación, alusivo, a descifrar, es fundamental. Más aún, parece reconocer este elemento como uno de los descubrimientos fundamentales del psicoanálisis. Puede verse un detalle de esta comprensión del síntoma en el texto: “Exposición sucinta de la teoría especial de las

⁴⁰⁷ La figura de Paul Schilder parece haber constituido para Pichon una referencia importante en cuanto a su intento de articular psiquiatría y psicoanálisis. A menudo menciona a Schilder mediante cortas viñetas que condensan hipótesis fundamentales, como la mencionada. Pichon escribió el prólogo al libro de Paul Schilder, “Introducción a una psiquiatría psicoanalítica”, editado en 1949. No hemos podido conseguir ese texto que, inexplicablemente, no ha sido reproducido, ni en el texto principal de Pichon (“Del psicoanálisis...”) ni en publicaciones posteriores.

⁴⁰⁸ El conflicto psíquico ocupa un lugar fundamental en la teoría psicoanalítica. Y su ‘eficacia’ explicativa es primordial: puede referirse a un conflicto manifiesto, que accede a la conciencia o que por el contrario, permanece inconsciente (conflicto entre deseos contradictorios, entre exigencias y deseos, entre deseo y prohibición, etc.). Se refiere, ya sea a un conflicto entre instancias, entre el yo, el ello y el superyó (la neurosis será un conflicto entre el yo y el ello), ya sea al conflicto (estructural) entre deseo y prohibición,

neurosis y psicosis”, constituido por notas de un curso sobre psiquiatría psicoanalítica dictado en 1943 para estudiantes de psicoanálisis. Ahí Pichon afirma que encuentra cuatro características en el síntoma: a) tiene una estructura determinada, b) tiene un sentido, c) tiene una finalidad y d) tiene una causa (1943a, pág. 38-39).

Otro aporte fundamental de Freud lo constituye la noción de sobredeterminación, la sobredeterminación de la enfermedad. La enfermedad no puede atribuirse a un único factor, sea orgánico o psicológico. Se trata de una hipótesis acerca de la causalidad de la enfermedad⁴⁰⁹, hipótesis realizada a través de conceptos tales como ecuación etiológica o series complementarias.

Freud propone que en toda enfermedad opera un factor que es genético y hereditario, al que denomina factor constitucional. Este factor constitucional, sumado a las primeras experiencias (infantiles) traumáticas constituyen un segundo factor que es el factor disposicional, que incluye ya lo somático y lo experiencial.

Este factor disposicional se caracteriza por la fijación o estancamiento de la libido (energía libidinal, o pulsional) en una de sus fases evolutivas; puede haber una fijación en la etapa oral, o en la etapa anal, o en la fálica.

El tercer factor o elemento de esta ecuación etiológica lo constituye el conflicto actual o desencadenante de la enfermedad. Lo que caracteriza a este elemento es que es algo actual, es un factor presente que desencadena un proceso de regresión. De regresión al punto disposicional.

Estas son las propuestas de Freud de comprensión de la psicosis, su análisis de la causalidad. El modelo explicativo de Freud reside en el juego regresión-fijación. Así, el conflicto actual, desencadenante lleva a un proceso de regresión; un proceso de regresión al punto de fijación, punto disposicional. El problema se presenta al intentar

etc. En tanto conflicto inconsciente dará lugar a diversas formaciones: sueños, lapsus, actos fallidos, y síntomas. Formación de síntomas: evitación fóbica, conversión histérica, ritual obsesivo, etc.

⁴⁰⁹ La noción de causalidad, problema fundamental en toda disciplina, ha sido considerada como una dimensión específica en el psicoanálisis. Para Freud, desde la noción de sobredeterminación, de series complementarias, de ecuación etiológica. Posteriormente Lacan, al elaborar su conceptualización sobre el inconsciente, la repetición, la pulsión y la transferencia, también pivotará sobre la noción de causa (Seminario 11: Cuatro conceptos fundamentales en psicoanálisis), planteando la insuficiencia del concepto. Causa, dirá, la vemos en lo que falla, en lo que cojea. Y sugiere volver al Daimon y la Tujé freudianas (predisposición, demonio individual, y azar, fortuna). Por su parte, Kurt Lewin también elaboró una refinada concepción sobre la causa, como parte de sus preocupaciones epistemológicas.

indagar a qué se regresa en esos cuadros, en la esquizofrenia, en la paranoia, en la psicosis maníacodepresiva.⁴¹⁰

Es necesario recordar que estamos exponiendo esta temática en términos muy generales, que exceden el interés de este trabajo, ya que además de la complejidad propia de la cuestión tratada, también las diversas interpretaciones y elaboraciones realizadas desde Freud la complejizan aún más.

Freud propone, en una conceptualización que, sin embargo, queda muy abierta (y ha permitido múltiples desarrollos posteriores), que en la psicosis se regresa a un estadio anobjetal, a un período en que no hay objeto. El mundo aún no es significativo, la libido inviste al Yo pero aún no ha investido objetos. Entonces, en la regresión que se da en las psicosis (a las que llamaré “neurosis narcisísticas”) la libido, que en el desarrollo del sujeto sí había investido objetos, retorna al Yo, abandona los objetos y se retrae nuevamente sobre el Yo. Cuándo sucede esto? Cuando –después de haber investido a los objetos, de haber constituido la libido objetal– aparece el factor desencadenante que determina la regresión a ese período, en que no existía el objeto.

En tanto la psicosis implica para Freud una retracción narcisista de la libido sobre el Yo, lo que hay en la psicosis es una destrucción o disolución del mundo, y el mundo pierde significación. De esta forma, si hay retracción narcisista (retracción de la libido sobre el Yo), si no hay libido objetal, si no hay transferencia (es decir, actividad fantasmática), ese sujeto no es abordable terapéuticamente.

Freud consideró que el psicoanálisis no podía hacer nada en los casos de psicosis. Consideraba que los sujetos psicóticos no eran capaces de establecer transferencia con su terapeuta, y así, el psicoanálisis no podía aportarles nada: la neurosis, por el contrario, es abordable por el psicoanálisis, en la medida que se pueda transformar en una “neurosis de transferencia”. Neurosis de transferencia, tomada aquí en el sentido de una “reproducción” de la neurosis del sujeto en el tratamiento psicoanalítico, en el vínculo que se establece con el terapeuta. Freud diferencia entre neurosis de transferencia y neurosis narcisísticas, para el psicoanálisis es posible tratar –

⁴¹⁰ A diferencia de las neurosis, donde la regresión se hará a las diversas etapas del desarrollo psicosexual: oral, anal, fálica, correspondiendo al tipo de neurosis.

y curar– sólo las primeras (clásicamente, la histeria de conversión, la histeria de angustia –fobia–, y la neurosis obsesiva).⁴¹¹

Se hace necesario reseñar que el trabajo que realizaba Pichon era en el Hospicio, es decir, trabajaba con pacientes esquizofrénicos, con paranoias, con psicosis maníaco depresivas. Y en el caso de Freud no era así. Más aún, esta perspectiva psicoanalítica, esta lectura de Pichon, no sólo era propia de él, sino que participaban de la misma prácticamente todo el conjunto de psiquiatras que formaban la APA (esto es cierto por lo menos en los inicios, posteriormente Pichon iría perfilando su propio discurso ya diferenciado).

Como se dijo, a Pichon le interesaba el trabajo con la psicosis, y Freud planteaba las dificultades de ese trabajo, incluso su imposibilidad (sin olvidar que diversas lecturas psicoanalíticas consideran a los pacientes que tuvo Freud como auténticos cuadros psicóticos, y no neuróticos, como consideraba el mismo Freud).

Es decir que, desde las exigencias del trabajo psiquiátrico, Pichon debía responder de las posibilidades del trabajo con psicóticos, pero la formulación teórica del psicoanálisis (al menos en su lectura de Freud) no le allanaba el camino. Cómo resolvió la cuestión? Abordaremos en detalle este aspecto más adelante, aunque puede adelantarse que la salida al problema vino desde el apoyo en la perspectiva kleiniana, y en el trabajo clínico que se realizaba desde la perspectiva inglesa.

Crítica a la psiquiatría.

Quizá la crítica fundamental que hizo Pichon a la psiquiatría –algo que por otra parte, nunca abandonó totalmente– sea su reduccionismo, su biologismo, que en el mejor de los casos llegaba a considerar aspectos psíquicos pero disociados, y fragmentados. Consideraba que desde los enfoques psiquiátricos en que sólo se acude a los psicofármacos, a lo único que puede aspirarse es a alivios momentáneos, pero la patología continúa. En otros casos, la crítica de Pichon es más central: afirma que la psiquiatría sólo abre los problemas, permite tener cierta comprensión de ellos, pero no

⁴¹¹ Esta posición no es vigente –al menos en esos términos– en el psicoanálisis actual, en el denominado post-freudiano (se trate de la corriente kleiniana, lacaniana u otra). Más aún, se considera que algunos de los casos tratados por Pichon habrían sido sujetos psicóticos. El conocimiento iniciado por Freud, tanto en el terreno de la neurosis como de la psicosis, no permite mantener los radicales postulados que el mismo Freud sostuvo.

puede avanzar más allá, sólo el psicoanálisis tiene esa posibilidad. Puede verse esta perspectiva en los textos: 1946b, 1946d, 1946g; 1948a, 1967a, 1970e. También en 1961, 1966b, una lectura crítica de la práctica psiquiátrica.

En “Conversaciones ...,” texto de 1976, Pichon se refiere al estado de los hospicios, del tratamiento de la locura en Argentina, y a los males que aquejan a la psiquiatría argentina; sus referencias abarcan desde el inicio de su práctica psiquiátrica hasta ese momento. Y en una crítica de tipo político e institucional plantea que la dificultad principal reside en la inmovilidad, en la falta de dinamismo del sector profesional.

Retomando el análisis que realiza sobre la práctica psiquiátrica, Pichon propone su posición fundamental: sólo mediante el uso del psicoanálisis se puede comprender y desde ahí, lograr efectos de curación en los pacientes.

Por último, un aspecto que en cierto sentido puede ser tomado como crítica al discurso psiquiátrico. Crítica en sentido fuerte, dialéctico. Su conceptualización de la Enfermedad Unica, de la unidad fundamental de la enfermedad mental, de sus relaciones con la normalidad. Esa es la forma singular, la forma pichoniana de teorizar desde un esquema psicoanalítico y referirse a la enfermedad mental.

Proposiciones teóricas y metodológicas.

En cuanto a sus proposiciones teóricas y metodológicas (referidas a la clínica de origen psiquiátrico), puede verse la evolución y a la vez ciertos temas recurrentes, insistentes si se tienen en cuenta el primer artículo de 1938 (“Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos) y el de 1951 (“Algunas observaciones sobre la transferencia en los pacientes psicóticos”) que puede considerarse como el último artículo con un fuerte componente psiquiátrico en su elaboración.

Por otra parte, hay que destacar otra línea: los diversos temas y problemas que ocuparían a Pichon-Rivière desde su época inicial de psiquiatra, algo que por otra parte, constituirá siempre parte considerable entre sus preocupaciones. Pichon era alguien “fiel a sus propias ideas, lo que no era obstáculo para reelaborar constantemente sus ideas y conceptos. Una rápida enumeración de algunos temas que desde temprano y durante muchos años serían fundamentales: 1) la epilepsia, 2) la medicina psicosomática, 3) su

gran tema: la esquizofrenia (la psicosis y el intento de comprensión de la misma, echando mano a todo lo que se pueda...), 4) el trabajo psicoanalítico con niños, etc.⁴¹²

Descubrimiento de Freud.

¿Cómo fue el descubrimiento del psicoanálisis para Pichon? Mejor dicho, cómo fue el descubrimiento de Freud? De manera un tanto mistificada, el mismo Pichon lo relata en “Conversaciones ...” –capítulo 4–.

Afirma que se da una cierta relación con los quilombos (prostíbulos) en el inicio de su conocimiento de Freud. El portero del prostíbulo en la ciudad que vivía (Goya), era propietario de una colección completa de “Caras y Caretas”, una famosa revista de divulgación de temas culturales, y le mencionó que allí se hablaba de un tal doctor Freud, en Viena, que era muy novedoso en sus investigaciones, y le dio “toda una conferencia sobre el tema”. El momento siguiente, sería el de la lectura de Freud:

“Uno o dos años después, estábamos un grupo de muchachos ensayando una pieza de teatro para representar en la Escuela Normal de Goya, en el edificio donde también funcionaba el Colegio Nacional, cuando tropecé con unos cajones que había detrás del escenario. Estaban llenos de revistas, casi todas científicas, me puse a hojearlas, y me topé, por primera vez, con Freud; allí fue donde éste me dio su ‘primera lección’. Sentí que me pedía que leyera lo que había ahí: eran tres trabajos, de los primeros, sobre la vida sexual. La lectura precipitada me impuso el descubrimiento del psicoanálisis. Había encontrado el camino hacia lo que desde mi infancia pretendía: ‘saber qué hay detrás de lo dicho’” (Zito Lema, 1976, pág. 69).

Pichon liga ese ‘descubrimiento’ con sus intereses que llama de arqueólogo, agregando que la arqueología es un modelo de psicoanálisis, en tanto intenta descubrir qué hay ‘detrás’. A partir de ahí, afirma, se ligarán la curiosidad y la culpa (por el robo de las revistas...), y se canalizaría la intención indagatoria posterior.

Más allá del evidente sesgo “heroico” de acercamiento al psicoanálisis –efecto de transferencia, como se verá más adelante...– parece obvia la existencia de una

⁴¹² Puede verse estas preocupaciones y el diverso enfoque que fue utilizando Pichon en los siguientes artículos: 1938, 1939/48, 1940a, 1940b, 1940c, 1941a, 1941b, 1943b, 1944b, 1946b, 1946c, 1946e, 1946g, 1948a, 1948b, 1948c, 1948d, 1960a, 1960b, 1961, 1965b, 1966b, 1967a, 1967b, 1968, 1969c, 1970f; 196?, 195?, 195?.

realidad histórica: en esa época –finales de los años 20, principios de los 30–, la cultura en Argentina era floreciente, y circulaban profusamente las diversas producciones científicas y culturales originadas en Europa (la revista *Caras y Caretas*, mencionada en el texto constituye una perfecta muestra). Por otra parte, las circunstancias históricas concretas que vivió Pichon, por ejemplo, en Buenos Aires, el ambiente cultural en que realizó sus primeros esbozos intelectuales (la "pensión del francés", el encuentro con personajes como Arlt, etc.), justifican plenamente un "encuentro" con los textos freudianos en la perspectiva mencionada. Las líneas de fuerza eran: sexualidad (sexo, quilombos, etc.), inconsciente (lo oculto, lo implícito), cierta relación romántica con la realidad (el surrealismo, el tango, etc.), y el conocimiento científico (los trabajos de Freud eran conocidos, en algunas ocasiones, como pertenecientes a la "anatomía patológica", a la "neurología", etc.).⁴¹³

La experiencia psicoanalítica.

Experiencia como analizando, como "paciente".

Lo que estamos denominando como "descubrimiento" de la obra de Freud no fue algo solamente intelectual, sino de otro orden: condujo al análisis de Pichon, a que se psicoanalizase:

"... me indujo a hacer mi propio análisis, lo que me permitió progresos posteriores. Aunque en líneas generales diría que el psicoanálisis me abrió todos los campos, por la manera especial de indagar lo desconocido a través de lo conocido; esto, por supuesto, dicho en forma esquemática" (Zito Lema, 1976, pág. 70).

Las cuestiones fundamentales: la tristeza, la depresión, la melancolía; todo esto no parece haber sido ajeno al pedido de análisis que hiciera Pichon-Rivière.

Su análisis lo realizó con Angel Garma, un psicoanalista español que después de un período de formación en Europa, y no pudiendo retornar a España (debido a la Guerra Civil) se instaló en Argentina.⁴¹⁴

⁴¹³ Ver segunda parte, capítulo 5. Puede verse en Vezzetti (1989), "Freud en Buenos Aires, 1910-1939", un riguroso trabajo historiográfico, donde varios autores exponen las tesis freudianas, en diversas comunicaciones científicas y que aluden, en una línea similar a la mencionada por Pichon, al fundamental "descubrimiento" freudiano: la importancia de la sexualidad.

⁴¹⁴ Ver segunda parte, capítulo 6.

Experiencia como analista.

Después de su análisis con Garma, Pichon comenzó a desempeñarse como psicoanalista. En 1942, Pichon-Rivière, junto al mismo Garma, Cárcamo, Rascovsky, fundan la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), ya que se daban las exigencias institucionales: existencia de analistas analizados. Posteriormente será nombrado “miembro didáctico”, lo que realizaría durante muchos años –hasta su deterioro, en que perdería esa condición de didacta, ya en los 70–..

Desde el Hospicio Pichon comenzó a trabajar como analista, además de una consulta (consultorio) privada, forma principal de desempeño. Así, Hospicio y consultorio, consultorio y Hospicio, Pichon fue ‘haciéndose’ psicoanalista. El trabajo con pacientes psicóticos ponía a prueba las hipótesis psicoanalíticas, el análisis de neuróticos parecía ofrecer menos dificultades.

Con una dilatada experiencia clínica a sus espaldas, Pichon mantendrá su opción psicoanalítica a lo largo de toda su vida, si bien irá variando su posición: desde psicoanalista ‘ortodoxo’ a psicoanalista ‘social’ o ‘grupal’ (como él mismo lo denominara). La concepción psicoanalítica constituiría el referente principal de todas sus elaboraciones.

A pesar de que el contacto con pacientes psicóticos fue permanente durante muchos años, y las dificultades clínicas se sucedían, Pichon se muestra esperanzado – hasta el final de su vida, según puede verse en sus escritos–. Este hombre aquejado de tristeza, este sujeto tenido por muchos por melancólico, parece haber mantenido un cierto optimismo vital, que él mismo adjudica a su experiencia psicoanalítica (como analizando y como analista).

La curación de psicóticos mediante el psicoanálisis.

Pichon considera que sus experiencias más importantes como psicoanalista se refieren a “la curación de casos de psicosis, algo que Freud no creía que fuera posible [...] para Freud el psicoanálisis era un instrumento útil solamente para curar neurosis. Frente a esto, y utilizando puramente el psicoanálisis, yo he curado psicóticos” (Zito Lema, 1976, pág.115).

Hay que señalar que en el origen de su interés por la psiquiatría –y luego por el psicoanálisis– ya estaba el enigma de la psicosis: “Allí se reforzó [en la facultad de

medicina, cuando era estudiante] mi decisión de trabajar en el campo de la locura, que aun siendo una forma de muerte, puede resultar reversible” (Pichon-Rivière, 1971a, pág. 9). Destaca aquí una certeza: la idea de la locura como una muerte reversible, algo que mantendría siempre. Esta perspectiva estaría siempre presente, a la base de sus elaboraciones sobre el enfermo como portavoz del grupo familiar, de la importancia del vínculo terapéutico (en sus inicios diría: el ‘contacto afectivo’) y, en fin, de la potencia del grupo como instrumento terapéutico.

La condición de Pichon-Rivière en tanto fundador de la APA no fue para nada circunstancial. Antes bien, evidencia el ‘lugar’ que ocupaba en los años 40: ser uno de los integrantes del grupo de psiquiatras más dinamizadores de las estructuras institucionales que había en Argentina, y constituirse como psicoanalista en un momento en que el psicoanálisis comienza a difundirse con un vigor extraordinario en los sectores profesionales e intelectuales argentinos. Así, y nuevamente, se observa a Pichon como precursor, como innovador: es uno de los responsables de la difusión del psicoanálisis en Argentina. No sólo por su pertenencia al grupo dirigente de la APA – por ser de los primeros analizados–, sino también –y fundamentalmente– por su labor clínica y docente. Labor que desempeñaría desde el Instituto de Psicoanálisis primero, y luego desde las diversas Escuelas que creó; durante muchos años desde el Hospicio, luego sólo desde su consultorio privado.

El afán de curar.

Hemos visto que el itinerario profesional de Pichon fue variado, trabajó inicialmente en clínicas privadas, luego en hospitales, y mantuvo muchos años su consulta psicoanalítica. Como se dijo, su acercamiento al psicoanálisis fue sin ambages, casi desde el principio de su práctica clínica.

Como hemos visto en párrafos anteriores, la práctica clínica de Pichon se inscribe dentro de ciertas concepciones psiquiátricas, aunque casi desde el inicio mismo de esa práctica se va acercando a las teorizaciones psicoanalíticas. Estas le permitirán una reflexión sobre la enfermedad mental –la psicosis–, una comprensión, y un abordaje terapéutico diferente. Comienza a hacer descifrable, comprensible, algo hasta ese momento incomprensible, como es el sentido de la psicosis. Y esto lo realiza mediante el psicoanálisis.

Los primeros aportes de Freud que toma Pichon son los que se refieren a la ecuación etiológica –es decir, al hecho de que en la enfermedad se da una conjunción, una articulación causal: factor constitucional, factor disposicional y factor actual–, al conflicto psíquico como fundante del sujeto, y al descubrimiento del sentido del síntoma, a su carácter simbólico, a su significación (1940a, 1943a).

Pichon constata, en su práctica en el Hospicio, que era posible establecer cierto tipo de relación con los pacientes, que se podía trabajar –terapéuticamente– con ellos, es lo que denominará vínculo, vínculo terapéutico. Esta constatación, si por una parte implica una crítica al trato que se daba a esos pacientes, lo impulsará hacia las explicaciones psicoanalíticas. A esto hay que agregar su continua búsqueda de formas de intervención –con la psicosis–, y su búsqueda específica en las psicoterapias (ahí ya la psiquiatría organicista le resulta a todas luces insuficiente).

La práctica le lleva a la constatación, sistemática, de que se establecían ciertas relaciones entre los pacientes y sus médicos, entre sus pacientes y él mismo, relaciones que evidenciaban intensos fenómenos transferenciales en los procesos psicóticos. Es decir, en esa relación con el terapeuta, el paciente actualizaba deseos, fantasías, modalidades de relación, que pertenecían al pasado de ese sujeto: la transferencia.

Transferencia⁴¹⁵ implica un pasaje, un llevar de un lugar a otro. Se refiere tanto al espacio como al tiempo: llevar –traer– algo de otro lugar y de otro tiempo, a algo definido como aquí y ahora. La transferencia se referirá a los deseos, a las ansiedades, a las fantasías, que se transferirán, y se reunirán en la persona del terapeuta. Se trata, en otras palabras, de una actividad fantasmática.

En una alusión –acertada, como muchas que realizó Pichon– a la idea de transferencia y de vínculo, Pichon resume su posición frente a la psicosis: “siempre hay un tiempo y un espacio para el vínculo terapéutico”. Considera que se puede abordar terapéuticamente, se puede ir más allá de donde llegó la psiquiatría clásica. El vínculo terapéutico, eje de esa concepción, podrá referirse ora a un tratamiento individual, familiar, o grupal. Desarrollos sucesivos en la obra de Pichon, que fueron marcando no

⁴¹⁵ El concepto de transferencia, crucial en psicoanálisis, será abordado en este texto de forma estrictamente descriptiva. No haremos referencia a la complejidad que encierra, ni a las diversas teorizaciones que hay sobre ese concepto, pues no corresponde al objeto de este trabajo.

sólo su forma particular de abordar el trabajo con los pacientes, sino también la forma de quienes le rodeaban. Efectos de transferencia? Seguramente.

En todo caso, destaca una cuestión: la confianza clínica de Pichon, su afán de curar, el intento incansable de que el paciente avance sobre su sufrimiento y sus conflictos.

Psicosis y transferencia.

Ya hemos mencionado en el párrafo anterior que Freud era escéptico en cuanto al alcance del psicoanálisis en los casos de psicosis. Consideraba que los sujetos psicóticos no eran capaces de establecer transferencia con su terapeuta, lo que hacía imposible su tratamiento psicoanalítico, a diferencia de la neurosis, que es abordable por el método psicoanalítico en la medida que pueda transformarse en una “neurosis de transferencia”. Consecuentemente Freud diferencia entre neurosis de transferencia y neurosis narcisísticas (psicosis), sólo las primeras eran abordables por el psicoanálisis. Sin embargo el fenómeno de la transferencia, eje del tratamiento psicoanalítico no fue un descubrimiento inicial.

En los primeros tratamientos realizados por Freud, la transferencia le resultaba un obstáculo. Los pacientes, en lugar de recordar –objetivo del tratamiento psicoanalítico, recordar hasta llegar a los núcleos patógenos– revivían esas situaciones y experiencias, y las “repetían”, las reproducían en el vínculo con el mismo Freud. Es decir, aquí la transferencia, en tanto obstáculo es entendida como un fenómeno “resistencial”, resistencial a la progresión de la cura, al acceso a los recuerdos, etc. Posteriormente Freud descubrirá que por el contrario, la transferencia era una clave central en el tratamiento psicoanalítico. Una suerte de palanca, que permitía ligar recuerdos y vivencias y acceder a una comprensión que iba más allá del recuerdo intelectual. Transferencia, obstáculo y a la vez motor del análisis. La transferencia, se transforma en una potente vía de acceso al inconsciente; al igual que el sueño, la vía regia de acceso al inconsciente.

Ahora bien, Freud consideraba que los pacientes psicóticos no podían establecer transferencia, no podían mantener una actividad fantasmática que soportara esa eclosión de la transferencia ya que la regresión que sufrían lo era respecto a un momento de su historia en que aún no se había establecido una elección de objeto.

Regresión, ausencia de actividad fantasmática, inexistencia de la represión como fundamento de la neurosis –que será “neurosis de transferencia”–, eran elementos conceptuales que en determinada articulación cerraban el camino al abordaje psicoanalítico de la psicosis.

Sin embargo, la práctica clínica llevaba a Pichon por otros derroteros, sus observaciones clínicas –y recordemos que era un psiquiatra muy fino y sagaz– le llevaban a no aceptar ese punto ciego que postulaba el creador del psicoanálisis. Entonces, en qué concepción se apoyaría Pichon –al igual que la psiquiatría filopsicoanalítica de esa época–, que permitiera comprender y abordar terapéuticamente a estos pacientes? Ese soporte teórico lo aporta la conceptualización kleiniana, corriente por otra parte hegemónica a fines de la década del 40 y las siguientes.

Melanie Klein: el psiquismo temprano. La relación de objeto.

Uno de los aportes de Melanie Klein que es decisivo en este proceso (como trabajar con pacientes psicóticos, de hospicio) está dado por sus postulados acerca del psiquismo temprano, sobre la existencia de tempranas relaciones de objeto (Klein hablará de un Edipo temprano, de envidia, pulsión de muerte, etc.), todos conceptos que permitirán una articulación en torno a la psicosis.

Habíamos planteado antes que el modelo causal en el psicoanálisis reside en el par regresión-fijación: el conflicto (actual, desencadenante) conduce a un proceso de regresión, a un punto de fijación (disposicional). Si esto es claro en el caso de sujetos neuróticos, la cuestión será qué sucede en el caso de sujetos psicóticos.

Para los postulados kleinianos, la regresión que hacen esos pacientes psicóticos –esquizofrénicos, paranoicos, etc.– es a ese mundo inicial, a ese primitivo mundo objetual. Y lo que se actualiza en esas regresiones, en esas patologías, lo que se manifestará en la relación con el terapeuta, en la transferencia, es el tipo de objeto propio de ese período inicial del psiquismo, donde el tipo de ansiedad será predominantemente la ansiedad persecutoria, y el repertorio de defensas que el sujeto utiliza para controlar esa ansiedad serán, fundamentalmente, la escisión, la proyección, la introyección, el control omnipotente del objeto, la identificación proyectiva, etc. El conjunto de hipótesis que nuclea todas estas concepciones se conoce como la teoría de las relaciones de objeto.

Es fácil observar que frente a estas elaboraciones Pichon se acercaría a la perspectiva kleiniana, pues le permitían colocar inteligibilidad en la situación, tanto de los pacientes, de la relación (transferencial) con el terapeuta, como del mismo terapeuta (contratransferencia), algo que consideraba fundamental –y que le permitiría alejarse de la psiquiatría, y consolidarse en la terapia psicoanalítica–.

Sin embargo, este proceso de ‘deslizamiento’, desde Freud hacia Melanie Klein no se debe solamente a cuestiones ‘interiores’ de la práctica clínica. También hay factores institucionales, muy poderosos: el conjunto del psicoanálisis, tanto en Argentina como en muchos lugares, oscilaba hacia el kleinianismo, que se iba transformando en la corriente hegemónica en el movimiento psicoanalítico.⁴¹⁶

Es pertinente realizar algunas puntualizaciones a la posición kleiniana de Pichon-Rivière. Su primer acercamiento al psicoanálisis lo hace tomando posiciones freudianas. Esto puede verse en varios de sus textos clínicos, y también en los incluidos en “El proceso creador”; en ellos cita profusamente a Freud, y no a los integrantes de la escuela inglesa, algo que recién haría años después. El “factor” institucional, es decir, la hegemonía de la escuela inglesa, y la consiguiente presión sobre los analistas argentinos a que adhirieran a las posiciones kleinianas parece haber tenido un peso importante, incluso superior a las propias razones aducidas por el mismo Pichon en el sentido de que Freud no veía posibilidades al psicoanálisis para el tratamiento de psicóticos.

En todo caso, el elemento principal a destacar es que desde que adhiere al psicoanálisis, Pichon ya no abandonaría ese esquema referencial, más allá de las críticas que hiciera a la teoría y práctica kleinianas, e incluso al mismo Freud. Sus desarrollos conceptuales relativos a los grupos y a la psicología social son elaboraciones realizadas básicamente desde la perspectiva psicoanalítica.

⁴¹⁶ En esas dos primeras décadas del psicoanálisis en Argentina se dio un intenso intercambio entre los psicoanalistas nucleados en la APA con diversos miembros de la escuela inglesa: M. Klein, Joan Rivière, Susan Isaacs, Hanna Segal. Frecuentes viajes a Inglaterra, intercambio epistolar, traducciones, etc. También Pichon-Rivière participaba de ese contexto: a principios de los 50 realizaría un viaje a Inglaterra junto con su esposa, Arminda Aberastury, quien sería una de las principales impulsoras del psicoanálisis de niños. Posteriormente, muchos representantes destacados del psicoanálisis inglés visitarían Argentina, reforzando así la hegemonía de la perspectiva kleiniana (Meltzer, Bion, Segal, etc.).

Un esfuerzo “fallido” de síntesis: la teoría de la enfermedad única.

Hemos mencionado ya una de las elaboraciones que Pichon hiciera a partir de su trabajo clínico: su consideración de la existencia de una enfermedad única, la reducción de todas las patologías a una estructura fundamental, organizada alrededor de una falla en la elaboración de la pérdida, del duelo. Enfermedad única o núcleo generativo de toda enfermedad, Pichon considera que será una depresión la situación básica patogénica que posteriormente se desarrollará como neurosis, psicosis, etc.

En 1948, en un artículo en que historiaba la psicosis maníacodepresiva haría referencias a Griesinger, quien consideraba a la melancolía como la base de todas las enfermedades. Serían los elementos iniciales que años después constituirán su teoría de la enfermedad única. Pichon considera que la depresión patológica no se diferencia de la depresión normal. Los principios que intervienen en las estructuras psíquicas son los mismos. Así, supone un núcleo psicótico central, del cual provienen todas las estructuras patológicas que constituyen maneras de resolver la situación básica:

“En el año 1946 publiqué la primera síntesis personal sobre una teoría general de las neurosis y psicosis introduciendo los conceptos de *pluralidad fenoménica*, de *unidad funcional* y *genética* (enfermedad única) y de *policausalidad*.

“Sostenía entonces: ‘A través del psicoanálisis de esquizofrénicos y epilépticos y apoyado por las observaciones realizadas durante los tratamientos biológicos se nos hizo evidente *un núcleo psicótico central*, bien delimitado, y del cual parten todas las otras estructuras como maneras o tentativas de resolver dicha situación básica. Esta situación está configurada con los elementos que caracterizan el estado depresivo, con sus conflictos y mecanismos específicos’. ‘...que la situación así establecida... situación básica de las psicosis y configurada en el sentido de una estructura melancólica, es el punto de donde se inicia la elaboración de otras situaciones que van a configurar todos los otros tipos clínicos descritos. En términos generales podríamos decir que ésta *es la única enfermedad*; todas las demás estructuras son tentativas que hace el yo para ‘deshacerse’ de esa situación depresiva básica...’ Creada esta situación penosa el yo tiende a librarse de ella apelando a un nuevo mecanismo de defensa que es la proyección. Si es proyectada en el cuerpo se configura la *segunda estructura*, que es la *hipocondríaca*. Todo lo que el hipocondríaco dice de sus órganos es una transposición de la situación anterior, pudiendo decirse que, mientras *el melancólico es*

un sujeto perseguido por su conciencia, el hipocondríaco lo es por sus órganos... Si la proyección se hace en el exterior se configura *la tercera estructura: la estructura paranoide...* A la fórmula ya expresada de que el melancólico es un sujeto perseguido por su conciencia y el hipocondríaco por sus órganos, agregaremos que el paranoide lo es por sus enemigos interiores proyectados” (Pichon-Rivière, 1960a, pág. 177-178).

En el trabajo que dedica específicamente al tema, “Grupos operativos y enfermedad única” se lee: “Hablamos de ‘enfermedad única’ en la medida en que consideramos la depresión como situación básica patogenética y a las otras estructuras patológicas –configuradas sobre la base de una estereotipia de las técnicas del yo (mecanismos de defensa) característicos de la posición esquizo-paranoide como tentativas fallidas e inadecuadas de curación. De esta inadecuación (perturbación de la lectura de la realidad) deriva el carácter patológico de dichas estructuras)” (1965b, pág. 279).

Estas consideraciones de Pichon sobre la enfermedad única están en estrecha relación con conceptos que serán fundamentales en su propuesta grupal: la idea de la curación como adaptación activa a la realidad, la importancia de los vínculos estereotipados en la producción de la enfermedad, etc. Y fundamentalmente, le permitirá proponer su teoría del vínculo como núcleo fundamental de sus desarrollos teóricos.

Han pasado bastantes años desde estas elaboraciones de Pichon y sus postulados sobre la enfermedad única no son aceptados actualmente, se considera que los problemas a que remiten las diversas estructuras clínicas no pueden ser resueltos desde un principio organizador como el propuesto por Pichon. Sin embargo, esa perspectiva permitió ampliar la comprensión y el tratamiento de psicóticos de una forma muy fecunda. Si bien puede entenderse la teoría de la enfermedad única como un esfuerzo fallido de síntesis, su valor en cuanto a los desarrollos que posibilitó han sido muy considerables.

Como hemos expuesto anteriormente, la posición kleiniana de Pichon, o mejor dicho, las razones de ese posicionamiento no obedecía solamente a que fuera la perspectiva dominante en la IPA (lo cual ya sería suficiente: Argentina “seguía” los pasos de la metrópoli...). Había otra razón: el trabajo con la psicosis. Freud

manifiestamente se había declarado si no escéptico, hasta contrario al uso del psicoanálisis en pacientes psicóticos. Es verdad que hoy no se sostiene eso. En realidad, el psicoanálisis ha brindado instrumentos teóricos y clínicos inestimables para cualquier tratamiento de psicosis. La fecundidad de la teorización freudiana, en muchas ocasiones, ha superado las previsiones más optimistas de su inventor (“les llevaremos la peste”, etc.).

El trabajo con psicóticos que surgía en el Hospicio llevó a Pichon a buscar teorizaciones y propuestas clínicas más acordes con sus exigencias: serán los aportes de Melanie Klein los que posibiliten tal intención.

En resumen, el kleinianismo en Pichon surge como una ‘necesidad’ práctica, de urgencia clínica, y en ese sentido el aporte de la escuela inglesa, con Melanie Klein como soporte principal, es fundamental: tomará su elaboración del psiquismo temprano, el psicoanálisis de niños, lo que posibilitará el psicoanálisis de psicóticos. Pero también se dará otra derivación: el kleinianismo en Pichon posibilitará avances hacia lo psicosocial, hacia una lectura que excederá el marco estrecho kleiniano y se extenderá hasta una perspectiva psicosocial.

A partir de un análisis crítico de los postulados kleinianos (la relación de objeto, del instintivismo), y de lo que consideraba una limitación de la propuesta psicoanalítica Pichon comenzaría a pergeñar otro concepto: el vínculo.⁴¹⁷

El concepto de vínculo, posiblemente la elaboración pichoniana más importante –además de sus trabajos sobre grupos– y a la vez la más influyente en el psicoanálisis en Argentina., aparece desarrollado, por primera vez, en su texto “Teoría del Vínculo”. El texto corresponde a un curso sobre “Metodología de la entrevista”, dictado por Pichon en la Asociación Psicoanalítica Argentina, en 1956-57. La redacción del texto no fue realizada por el mismo Pichon, sino que corresponde a las clases, que fueron editadas por un colaborador suyo: Fernando Taragano (Pichon-Rivière, 1956-57).

⁴¹⁷ Hay que señalar un trabajo de la escuela francesa. Se trata del texto de Angelo Hesnard “Psicoanálisis del vínculo interhumano” (1957), quien fue presidente de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis. Es un texto dedicado a analizar –como el nombre del texto indica– los vínculos. Tarea que realiza desde una perspectiva psicoanalítica y tomando también diversos autores franceses, como Wallon, Merleau-Ponty, Gurvitch, además de diversos teóricos del psicoanálisis. Inexplicablemente, este texto no aparece mencionado en los múltiples trabajos que se refieren a los conceptos pichonianos: quizá como una forma de “legitimar” la invención pichoniana: para muchos autores ‘su’ concepto de vínculo parece ser lo más destacado de su producción, con el pasar de los años...

En esa época Pichon aún no ha completado su teorización sobre el vínculo, sin embargo, las cuestiones fundamentales ya están propuestas. En todo caso se trata de un texto complejo, que aborda múltiples temas, todos desde el psicoanálisis: relación analítica, esquema de referencia, identificación, etc., todos ellos relacionados con las grandes cuestiones que interesaron desde temprano a su autor: aprendizaje, vínculo, obstáculo.

Teoría del vínculo.

Hacia mediados de la década del 50 Pichon comienza a plantear el concepto de vínculo. Irá reformulando el concepto, de acuerdo a las variaciones de sus enfoques en cuanto al psicoanálisis y a su propuesta sobre los grupos. El pasaje de la teoría de la relación de objeto al concepto de vínculo obedece a diversas razones, entre ellas una polémica con la posición kleiniana. Pichon criticará el enfoque instintivista, y su noción de pulsión de muerte.

En los años 60 Pichon propondrá la noción de vínculo como una alternativa a la noción de instinto, pieza fundamental en la corriente keniana. Propone una distinción entre vínculo bueno y vínculo malo, reemplazando el objeto por el vínculo. Intenta fundamentar una concepción diferente a la idea de lo innato, a lo pre-experiencial. Mientras que para la escuela kleiniana el amor y el odio serían innatos (Eros y Tanatos), Pichon argumentará que el amor y el odio se fundamentan en experiencias (de gratificación y de frustración).

Ya en 1971 propone el vínculo como un concepto fundamental en toda sus elaboraciones, como puede verse en el prólogo de “Del psicoanálisis a...”: “El contacto con los pacientes, el intento de establecer con ellos un vínculo terapéutico...” (1971a, pág. 8).

“En el tratamiento de pacientes psicóticos, realizado según la técnica analítica y por la indagación de sus procesos transferenciales, se hizo evidente para mí la existencia de objetos internos, múltiples ‘imago’, que se articulan en un mundo construido según un progresivo proceso de internalización. Ese mundo interno se configura como un escenario en el que es posible reconocer el hecho dinámico de la internalización de objetos y relaciones. En este escenario interior se intenta reconstruir la realidad exterior, pero los objetos y los vínculos aparecen con modalidades diferentes por el fantaseado

pasaje desde el ‘afuera’ hacia el ámbito intrasubjetivo, el ‘adentro’. Es un proceso comparable al de la representación teatral, en el que no se trata de una siempre idéntica repetición del texto, sino que cada actor recrea, con una modalidad particular, la obra y el personaje. El tiempo y el espacio se incluyen como dimensiones en la fantasía inconsciente, crónica interna de la realidad.

“La indagación analítica de ese mundo interno me llevó a ampliar el concepto de ‘relación de objeto’, formulando la noción de vínculo, al que defino como una estructura compleja, que incluye un sujeto, un objeto, su mutua interrelación con procesos de comunicación y aprendizaje” (1971a, pág. 9).

A partir de la constatación de la existencia de ‘objetos internos’ Pichon arriba a la comprensión del ‘proceso de internalización’. Es decir, la articulación entre esos objetos, y el proceso temporal de esa articulación; ese mundo interno tiene una historia, determinada por el conjunto de experiencias con los objetos, se trata de un proceso progresivo. Cabe agregar que ese mundo interno se revela en el análisis del vínculo terapéutico, y más precisamente, en el análisis de la transferencia.

Los objetos, componentes del mundo interno remiten también a las ‘imago’ corporales, es decir, a las representaciones del propio cuerpo (en relación con su historia, no solamente con el presente; más aún, se trata fundamentalmente de representaciones arcaicas, iniciales).

Para referirse al mundo interno utiliza la metáfora de escena. En esa escena o escenario se representa un determinado argumento que reconstruye la realidad externa, dotándola de una significación singular; singular para ese sujeto: cada actor recrea la obra y el personaje.

Del mundo interno al grupo interno.

La metáfora de escena para representar el mundo interno implica una referencia al grupo. El mundo interno, dimensión intrasubjetiva, tiene una configuración grupal. Por una parte se compone de relaciones (relaciones internalizadas) entre diversos elementos: los vínculos que cada sujeto ha establecido con los otros, con los objetos, con el mundo. Está poblado de personajes (fantaseados, reales), y sus relaciones no son algo estático, sino que sufre diversos movimientos y modificaciones. La ligazón entre

esos personajes, su articulación, las diversas escenas que constituyen la trama son evocadas a través de la ecuación: mundo interno = escena = grupo interno.

Este concepto de mundo interno tiene similitudes con otros conceptos psicoanalíticos, o al menos recubre un ámbito análogo de fenómenos. Por ejemplo, parece similar a la idea de aparato psíquico (segunda tópica: yo, ello y superyó) de Freud. También puede considerarse similar, en muchos aspectos al concepto de Ideal, de Ideal del yo.

En un sentido algo diferente, mundo interno parece corresponder a la estructura y constitución grupal de la fantasía, como puede verse en los textos de Kaës (1993, 1994a). En un sentido similar, también la idea de fantasías originarias (Laplanche y Pontalis, 1985).⁴¹⁸ Se ha considerado también una cierta homologación entre los supuestos básicos de Bion en relación con el grupo interno de Pichon: los supuestos básicos serían matrices de grupos internos.

El concepto de mundo interno fue utilizado inicialmente por Melanie Klein, y con ella, la escuela inglesa, pero con una concepción diferente al alcance que quiere darle Pichon (en los años 70). Para la perspectiva kleiniana el mundo interno surge, se construye desde las vicisitudes del instinto, del instinto de vida y de muerte. El instinto y la fantasía inconsciente –correlato mental del instinto, según M. Klein– constituyen los elementos básicos que organizan el desarrollo de la vida psíquica. Y es de esta perspectiva instintivista de la que Pichon intenta diferenciar su conceptualización del mundo interno.

En la concepción kleiniana la experiencia queda relativizada frente a la capacidad organizadora del instinto. Para Pichon, en cambio, será la experiencia lo que constituye el fundamento y sostén del mundo interno. Desde ahí, esto le lleva a reemplazar la noción de relación de objeto (relación de objeto interno), en tanto alude a ese elemento innato por su noción de vínculo, donde cobra importancia la presencia de otro sujeto, la experiencia con el otro.

⁴¹⁸ Hemos abordado algunos desarrollos de estas relaciones entre el grupo interno y algunos conceptos psicoanalíticos (fantasía –fantasma–, ideal del yo, fantasías originarias, etc.) en Buzzaqui, 1993b, 1997.

Relación de objeto y vínculo.

Pichon delimita el vínculo en tanto estructura compleja que incluye un sujeto, un objeto, y su interrelación. Y otorga un lugar privilegiado a la 'necesidad' como elemento motivacional del vínculo; la dialéctica necesidad-satisfacción será fundamental: el otro siempre aparecerá en ese eje, sea desde la gratificación o desde la frustración.

“Estas relaciones intersubjetivas son direccionales y se establecen sobre la base de necesidades, fundamento motivacional del vínculo. Dichas necesidades tienen un matiz e intensidad particulares, en los que ya interviene la fantasía inconsciente. Todo vínculo, así entendido, implica la existencia de un emisor, un receptor, una codificación y decodificación del mensaje. Por este proceso comunicacional se hace manifiesto el sentido de la inclusión del objeto en el vínculo, el compromiso del objeto en una relación no lineal sino dialéctica con el sujeto. Por eso insistimos que en toda estructura vincular –y con el término estructura ya indicamos la interdependencia de los elementos– el sujeto y el objeto interactúan realimentándose mutuamente. En ese interactuar se da la internalización de esa estructura relacional, que adquiere una dimensión intrasubjetiva. El pasaje o internalización tendrá características determinadas por el sentimiento de gratificación o frustración que acompaña a la configuración inicial del vínculo, el que será entonces un vínculo ‘bueno’ o un vínculo ‘malo’.

Las relaciones intersubjetivas, o estructuras vinculares internalizadas, articuladas en un mundo interno, condicionarán las características del aprendizaje de la realidad. Este aprendizaje será facilitado u obstaculizado según que la confrontación entre el ámbito de lo intersubjetivo y el ámbito de lo intrasubjetivo resulte dialéctico o dilemático. Es decir, que el proceso de interacción funcione como un circuito abierto, de trayectoria en espiral, o como un circuito cerrado, viciado por la estereotipia.

El mundo interno se define como un sistema, en el que interactúan relaciones y objetos, en una mutua realimentación. En síntesis, la interrelación intrasistémica es permanente, a la vez que se mantiene la interacción con el medio. A partir de las cualidades de la interacción externa e interna, formularemos los criterios de salud y enfermedad.

Esta concepción del mundo interno, y la sustitución de la noción de instinto por la estructura vincular, entendiendo al vínculo como un protoaprendizaje, como el vehículo de las primeras experiencias sociales, constitutivas del sujeto como tal, con una

negación del narcisismo primario, conducían necesariamente a la definición de la psicología, en un sentido estricto, como psicología social” (1971a, pág. 9-10).

De este modo, el síntoma no implica solamente una relación de objeto, sino que implica un vínculo. El síntoma alude a la estructura vincular del sujeto que lo padece: ésa será la conceptualización inicial de Pichon en cuanto al grupo. Los síntomas que sufre un enfermo aluden no sólo a su mundo interno (en cuanto relaciones de objeto), sino a la trama vincular de ese mundo, así, esos síntomas remiten a un conflicto existente en el grupo familiar.

Aquí reside el nexo que existe entre la estructura y dinámica del grupo interno del paciente (grupo interno, escenario, argumento, personajes, etc.) y la estructura y dinámica del grupo familiar (grupo externo). La observación de ese nexo se realizará a través del movimiento del portavoz. Dicho de otra manera: la crisis, la eclosión de la crisis, la irrupción del síntoma, etc., constituye el emergente, el signo del conflicto.

De este manera, será fundamental la indagación en los elementos determinantes de la organización familiar, de la estructura familiar, de las formas que reviste la comunicación, de las formas que toman la asunción y adjudicación de roles, etc. Todos estos elementos, en tanto condicionantes (en una determinación compleja) de los vínculos son los que permitirán tanto el diagnóstico como el proceso corrector (terapéutico). La unidad de análisis del proceso patológico será pues el grupo familiar, la estructura vincular (Pichon-Rivière, 1965-66; Pampliega de Quiroga, 1979).

Y este enfoque, que fue inicialmente propuesto por Pichon para el análisis del grupo familiar será extensivo a los grupos; es decir, se trata de un pasaje a la psicología social. Por una parte, la ecuación será: enfermo y grupo familiar – portavoz – depositaciones – noción de vínculo. Por otra parte: desde el “contacto afectivo” (desde la psiquiatría), al vínculo terapéutico (desde el psicoanálisis). El pasaje será del grupo familiar a la trama vincular o estructura en el grupo.

Pichon incluirá como niveles de análisis pertinente en la reflexión psicológica no sólo lo psicosocial (lo que constituye el mundo interno) sino también lo sociodinámico (es decir, lo grupal), lo institucional y lo comunitario.

La crítica al psicoanálisis.

Hemos visto ya la crítica que realiza Pichon a la perspectiva psiquiátrica, tanto en cuanto a su práctica como a su concepción de la enfermedad. Esa crítica aparecía en estrecha relación con el psicoanálisis, en un movimiento doble: fue el psicoanálisis, o mejor dicho, el ‘descubrimiento’ del psicoanálisis lo que le permitió cuestionar los presupuestos de la psiquiatría, y viceversa, su búsqueda de formas diferentes a las usuales en cuanto al diagnóstico y tratamiento de los enfermos mentales lo que le condujo al psicoanálisis.

Pichon se convertiría en uno de los actores fundamentales en el desarrollo del psicoanálisis en Argentina, a la vez que se constituía como ‘modelo’ de varias generaciones de psiquiatras, psicoanalistas y psicólogos. Y es desde esa privilegiada posición que efectúa ese distanciamiento y apertura a enfoques diferentes al psicoanálisis de ese momento.

El contexto en que se da este ‘movimiento’ en las propuestas de Pichon es complejo. Hay que tener en cuenta la cuestión de la crisis de la APA, y también del conjunto del movimiento psicoanalítico internacional (escisión del grupo de Lacan, pérdida de hegemonía de la escuela inglesa, etc.), además de los cambios ideológicos de los años 60: marxismo, estructuralismo, etc. Esto trajo consigo diversos cambios en la APA, dados por los intereses de los nuevos integrantes y por los movimientos críticos (Plataforma, Documento). Es importante reseñar que en todo caso Pichon no rompió con la perspectiva psicoanalítica sino que la consideró siempre como el basamento desde el que podía postular su perspectiva psicosocial.

Los textos de los años 40 y 50, y su comparación con los escritos desde los 60 son demostrativos de este ‘pasaje’, pasaje crítico desde la perspectiva psicoanalítica hacia posiciones que privilegiaban lo colectivo (vincular, familiar, grupal).

Sin embargo, las variables contextuales están lejos de constituir una explicación de ese cambio. La incansable búsqueda de Pichon de nuevas formas de abordaje a los diversos conflictos que se le presentaban, la toma en consideración de fenómenos que no eran incluidos en los encuadres psiquiátrico ni psicoanalítico, y en fin, su propia evolución (la relación con la tristeza, según él decía) están a la base del cambio de esquema referencial que efectuara Pichon-Rivière. Tanto en el prólogo del texto de 1971, como en otros artículos de la época, y fundamentalmente desde su testimonio

personal (tanto público como privado –con sus alumnos y discípulos–) se observa la crítica al psicoanálisis. Lo consideraba una limitación a las posibilidades de transformación terapéutica y de aprendizaje, debido a concepciones teóricas y clínicas que le aparecían erradas (el instintivismo kleiniano, el individualismo que creía ‘leer’ en Freud, el elitismo de la organización psicoanalítica, etc.).

Dos etapas en la obra de Pichon.

Pichon es explícito en la consideración de los antecedentes que condujeron a la formulación de sus propuestas psicosociales: afirma que esos planteos surgieron de la práctica (de una ‘praxis’, dice). Así, puede contarse como primer antecedente los grupos operativos de enfermeros que proyectó en el Hospicio de las Mercedes (hacia 1947).

Trabajo y lucha en el Hospicio de las Mercedes: la creación de la técnica de los grupos operativos.

Hacia 1947 Pichon realizó las primeras experiencias grupales: grupos con enfermeros, luego grupos con enfermos adultos, y posteriormente grupos de adolescentes. Eso implicó la creación de la técnica de los grupos operativos.

Todo eso correspondió con la finalización de la experiencia de Pichon en el hospicio. Tuvo que retirarse, obligado por las presiones políticas. Es importante puntualizar que ese momento implicó el final del su trabajo en el Hospicio (y Pichon-Rivière era un psiquiatra interesado en el trabajo con psicóticos), y a la vez, el comienzo de una etapa en que comienza a teorizar sobre grupos, a variar algunas ideas hasta ese momento fundamentales –tanto psicoanalíticas como provenientes de la psiquiatría–. Constituye un antecedente de su posterior ‘pasaje’ a la psicología social.

Los primeros esbozos.

Puede afirmarse que los antecedentes directos de la psicología social pichoniana, originados en la práctica clínica que realizó Pichon en el Hospicio son: 1) la constatación del enfermo como portavoz del grupo familiar, es decir, la consideración de la enfermedad mental como enfermedad del grupo familiar. Esta idea se deriva de la experiencia en el servicio de admisión del hospicio. 2) la verificación (experimental) de la potencia del grupo y su capacidad como instrumento clínico. Los grupos de enfermeros y los grupos de pacientes fueron organizados como respuesta a problemas

institucionales. Estas dos cuestiones constituirían la base posterior de las propuestas de Pichon: el grupo familiar y el grupo operativo.

Dos etapas en las propuestas pichonianas: del Hospicio a la Escuela de Psicología Social.

Si la primera etapa de la obra de Pichon –como la hemos llamado– es la del Hospicio (desde 1936 hasta principios de los 50), la segunda será la de la Escuela de Psicología Social; mejor dicho, las escuelas “privadas” de psicología social (desde mediados de los años 50 en adelante).

En la primera etapa se trata del Pichon psiquiatra y psicoanalista (aún sin elaborar una propuesta de psicología social). Desde las sucesivas escuelas que fuera fundando, elabora y consolida las propuestas grupales y psicosociales: Escuela de Psiquiatría Dinámica, de Psiquiatría Social, de Psicología Social.

10.3. Psicoanálisis y psicología social.

Los textos en que Pichon desarrolla con cierta extensión sus ideas sobre la psicología social corresponden a los últimos años de su vida, si bien es cierto que en textos anteriores a 1970 se encuentran ya esbozadas las hipótesis fundamentales del tema. En todo caso, puede observarse cierta inflexión entre el conjunto de textos desde 1970 en adelante y el conjunto de los anteriores.

Un papel fundamental en el intento de sistematización de las propuestas en relación a la psicología social ha sido el desempeñado por la esposa de Pichon, Ana Pampliega de Quiroga. No es en vano el agradecimiento que realiza Pichon al editar su texto más global “Del psicoanálisis a la psicología social”, en 1971, cuya dedicatoria dice así: “A Ana Pampliega de Quiroga, cuyo afecto y colaboración son la necesaria compañía en la tarea”.

Quizá no es exagerado suponer que sea ella la responsable del importante esfuerzo de síntesis realizado en los últimos años en los diversos textos de Pichon-Rivière. Pampliega de Quiroga escribía conjuntamente con Pichon desde

mediados de los años 60. Ambas firmas aparecen en los textos: 1966-67, 1969a, 1969c, 1970a, 1972b. Por otra parte, varias de los textos provenientes de clases de 1970, fueron editados después de la muerte de Pichon, por la Escuela (dirigida por Pampliega): 1970b, 1970c, 1970d, 1975, al igual que 1970g (éste de forma independiente).

También parece evidente la participación en el esfuerzo editorial (ya sea en la selección de clases, artículos, preparación de los mismos, etc.) de algunos de sus discípulos y continuadores, el colectivo nucleado alrededor de la Escuela de Psicología Social, etc. En todo caso, destaca un interés: no perder, y al contrario, enfatizar si cabe, los componentes sociales e ideológicos del discurso de Pichon-Rivière.

Una perspectiva acusadamente crítica puede también observarse en otros artículos: en un reportaje en 1966, “Praxis y psiquiatría”, donde propone una fuerte crítica a la psiquiatría. También en “Entrevista en Primera Plana” (1972) [1972a] y por último “Cuestionario para ‘Gentemergente’” realizado previsiblemente a partir de 1972.

En todo caso, todos esos textos, e incluso los escritos posteriormente por Pampliega de Quiroga (1978, 1980a, 1980b, 1981, 1982, 1984a, 1984b, 1985, 1986) se mantienen claramente en la línea inaugurada años antes por Pichon-Rivière.

Los criterios de salud y enfermedad.

La concepción de Pichon-Rivière sobre la enfermedad (mental) no se limita a la concepción psiquiátrica ni psicoanalítica, sino que incluye diversos planos y dimensiones, tanto referidos a los aspectos orgánicos y psíquicos, como sociales, institucionales e ideológicos. En el texto de 1976, “Conversaciones...” esto es explicitado con rotundidad:

“Al analizar las distintas categorías para abordar el problema de la ‘salud’, de lo ‘normal’ y lo ‘patológico’, de las ‘formas de adaptación’, nos parece entrar en un terreno esquivo, ambiguo, lleno de indefiniciones o definiciones contradictorias. Entiendo que esta ambigüedad es sólo aparente; en realidad se trata de la ocultación ideológica de las características del problema, para escamotear las condiciones de producción, los criterios de salud y enfermedad mental –normalidad y anormalidad– y la función que el ‘aparato’ u organización de la salud cumple en una sociedad de clases.

El análisis de los distintos criterios y definiciones de la salud y de las formas de organización y asistencia que aquéllas inspiran o justifican nos remite a sus condiciones

de producción, condiciones que son históricas, económicas y políticas. Toda teoría de la salud y enfermedad implica y reenvía a una concepción del sujeto, del mundo y de la historia que lo fundamenta” (Zito Lema, 1976, pág. 77).

Es fundamental la relación que se establece entre la idea de salud y el contexto socio-histórico: ”toda teoría de la salud y enfermedad implica y reenvía a una concepción del sujeto, del mundo y de la historia que lo fundamenta”.

En estas consideraciones se observa claramente la posición dialéctica (o marxista) de Pichon. Más allá de los “arreglos” que pueda haber realizado Zito Lema, estas ideas han sido expuestas en diversos artículos por Pichon, especialmente en los de los últimos años. Por qué en los últimos años?, su politización, o mejor dicho, su deslizamiento hacia posiciones ideológicas más críticas, va en consonancia con su compromiso con el trabajo grupal, con su pensamiento sobre la psicología social? Parece que es así, y seguramente no es ajeno a esto la situación colectiva que se vivía en Argentina en esos años, años 60 y 70, el tiempo de la gran producción teórica e ideológica de los pensamientos críticos.

En cuanto a las causas de la enfermedad mental en Argentina, su interlocutor pregunta a Pichon: “...Se calcula que hay en nuestro país más de dos millones y medio de personas que sufren distintas formas de enfermedad mental. A qué atribuye esa situación? – Básicamente proviene de cuestiones de inseguridad, individuales y familiares, que tienden a realimentarse unas a otras. Es una inseguridad de raíz económica y política que se agrava en las situaciones de crisis social. La ansiedad tiende a invadir a un gran sector de la población por factores de pérdida de toda índole y lleva al sujeto y al cuerpo social a la depresión y, de allí, al ataque, a la violencia como respuesta (Zito Lema, pág. 79).

En el artículo “Una teoría de la enfermedad” (1970) se expone la concepción sobre salud y enfermedad sustentada por su autor. Pichon reformula el modelo conceptual vigente en psiquiatría (y psicología), ‘salud y enfermedad’ –o conducta normal y conducta patológica–, que pasa a ser definido en términos de adaptación activa o adaptación pasiva a la realidad:

“Con el término *adaptación* nos referimos a la adecuación o inadecuación, coherencia o incoherencia, de la respuesta del sujeto a las exigencias del medio, a la conexión operativa o inoperante, del sujeto en la realidad. Es decir, que los criterios de salud y

enfermedad, de normalidad y anormalidad, no son absolutos sino situacionales y relativos. Definida la conducta, a partir del estructuralismo genético [y se cita a Goldmann, en “Génesis y estructura”], como un ‘intento de respuesta coherente y significativa’, podemos enunciar el postulado básico de nuestra teoría de la enfermedad mental: toda respuesta ‘inadecuada’, toda conducta ‘desviada’ es la resultante de una lectura distorsionada o empobrecida de la realidad. Es decir, la enfermedad implica una perturbación del proceso de aprendizaje de la realidad, un déficit en el circuito de la comunicación, procesos éstos (aprendizaje y comunicación) que se realimentan mutuamente” (1970e, pág. 174).⁴¹⁹

Y continúa: “...el sujeto es sano en la medida en que aprehende la realidad en una perspectiva integradora, en sucesivas tentativas de totalización, y tiene capacidad para transformarla y modificándose, a su vez, él mismo. El sujeto es sano [está ‘activamente adaptado’] en la medida en que mantiene un interjuego dialéctico en el medio, y no una relación pasiva, rígida y estereotipada. La salud mental consiste, como lo hemos dicho, en un aprendizaje de la realidad, a través del enfrentamiento, manejo y solución integradora de los conflictos. Podemos decir también que consiste en una relación, o mejor dicho en una aptitud sintetizadora y totalizante, en la resolución de las antinomias que surgen en su relación con la realidad” (1970e, pág. 174).

La adaptación activa se sustenta en la posibilidad de aprendizaje y cambio: el sujeto sano aprehende la realidad, la transforma y se transforma. Ya en 1967 Pichon ligaba ambos procesos: “Toda mi teoría de la salud y la enfermedad mental se centra en el estudio del vínculo como estructura. La adaptación activa a la realidad, criterio básico de salud, será evaluada según la operatividad de las técnicas del yo (mecanismos de defensa). [...] La adaptación activa a la realidad y el aprendizaje está indisolublemente ligados. El sujeto sano, en la medida que aprehende el objeto y lo transforma, se modifica también a sí mismo, entrando en un interjuego dialéctico, [...] La salud mental consiste en este proceso, en el que se realiza un aprendizaje de la realidad a través del enfrentamiento, manejo y solución integradora de los conflictos” (1967a, pág. 437).

⁴¹⁹ La perspectiva dialéctica utilizada por Pichon parece valorizar el enfoque estructuralista, y será Lucien Goldmann el autor que en diversas ocasiones aparezca como referencia (puede verse un panorama de sus propuestas en Goldmann, 1968).

Algunas matizaciones importantes a esta temática en relación a la salud y la enfermedad, y a la ‘adaptación activa’ como criterio de salud, aparecen en otro breve texto de Pichon, “Entrevista en Primera Plana” (mayo de 1972).

Son interesantes algunas de las preguntas que se formulan a Pichon, habida cuenta de que se trataba de la revista de información más difundida en esos años en Argentina: el elitismo y autoritarismo (‘verticalismo’) de las instituciones psicoanalíticas, la diferencia en la teoría y la técnica actuales de Pichon respecto de la realizada desde la asociación psicoanalítica, la lucha cultural y social y su repercusión en el campo de la salud mental, los criterios de salud y enfermedad, etc. Es 1972, momento en que las conmociones sociales y políticas ‘sacudían’ (literalmente) a la Argentina.

La respuesta que da Pichon a todas estas cuestiones se enmarca meridianamente en una posición marxista (“la lucha que se da el campo de la cultura, lucha ideológica, se inscribe entre las manifestaciones de la lucha de clases en la medida en que surge un pensamiento dialéctico revolucionario que se replantee los modelos del pensamiento”).

En cuanto al campo de la salud mental, Pichon cree que se comienza a dar una incipiente transformación teórica, que busca investigar sobre la relación entre estructura socioeconómica y vida psíquica, mediante una indagación de la operación de las ideologías en el inconsciente, etc.

Desde esa perspectiva, postula a la psicología social como disciplina en proceso de construcción. Este comentario parece muy significativo: atestigua la comprensión que realiza en ese momento Pichon –y el conjunto de sus discípulos– sobre el proceso de cambios que se daba en relación al psicoanálisis, la psiquiatría, la salud mental, etc., y la búsqueda de propuestas integradoras, que permitieran dar cuenta de las diversas prácticas realizadas: ese núcleo es llamado aquí “psicología social”.

A partir de aquí se proponen varias cuestiones derivadas de otros artículos: tarea, tarea correctora, tarea y pretarea, impostura, etc.⁴²⁰

Una especificación importante, en el contexto del tema que estamos abordando, los criterios de salud y enfermedad:

⁴²⁰ Corresponde al conjunto de argumentos elaborados también en “La noción de tarea en psiquiatría”, artículo contemporáneo de este conjunto alrededor de 1970 (si bien aparece como inédito de 1964, lo cual no parece corresponder con el enfoque de esos años).

“‘La cura’ se trata no de la adaptación pasiva, aceptación indiscriminada de normas y valores, sino del rescate en otro nivel, de la denuncia y la crítica implícitas en la conducta desviada (enfermedad) para establecer, a partir de allí, una relación dialéctica, mutuamente modificadora con el medio. Este es el criterio de salud con el que operamos” (1972a, pág. 204).

El texto finaliza con una referencia implícita a Bleger (quien frente a los críticos de la APA había afirmado que la revolución social no se hacía desde el psicoanálisis): “La última pregunta se refiere a de qué manera el psicoanálisis colabora para el advenimiento del socialismo. Ante esto yo quisiera señalar un malentendido que amenaza tener peligrosas consecuencias: si bien todo hecho humano es un hecho político, la revolución social no se hace desde la psicología” (pág. 204).

Los fundamentos de la psicología social pichoniana.

Freud, fundador de la psicología social.

Pichon reconoce a Freud como fundador de la psicología social, pero considera que sus planteos no fueron suficientes: “...mis concepciones estuvieron sugeridas, en parte, por algunos trabajos de Freud: ‘Psicología de las masas y análisis del yo’. Más aún, creo que el verdadero fundador de la psicología social es Freud. Claro está que no tuvo continuidad en esa tarea” (Zito Lema, 1976, pág. 104).

En un artículo de 1965 (inédito, recién publicado en 1971), “Freud: punto de partida de la psicología social” Pichon expone su reconocimiento del aporte freudiano y también su crítica al mismo; considera que la perspectiva de Freud estaba impedida de desarrollar un enfoque dialéctico (que resolviera el dilema hombre-sociedad): “... Freud alcanzó por momentos una visión integral del problema, o sea de la compleja interrelación hombre-sociedad, sin poder desprenderse, sin embargo, de una concepción antropocéntrica, lo que le impide desarrollar un enfoque dialéctico” (Pichon-Rivière, 1965a, pág. 172).

Pichon considera una cuestión dilemática (en tanto falso problema) la oposición entre psicología individual y psicología social o colectiva, dilema al que no pudo escapar el propio Freud. Por otra parte, también identifica la lectura kleiniana, en tanto instintivista, como una limitación en el proceso de producción del conocimiento requerido: “Pese a percibir la falacia de la oposición dilemática entre psicología

individual y psicología colectiva, su apego a la ‘mitología’ del psicoanálisis, la teoría instintivista y el desconocimiento de la dimensión ecológica le impidieron formularse lo vislumbrado, esto es, que *toda psicología, en un sentido estricto, es social*” (Pichon-Rivière, 1965a, pág. 173).⁴²¹

Estas consideraciones sobre las propuestas de Freud, expuestas aquí y en otras ocasiones permiten suponer un significativo efecto identificatorio: la identificación de Pichon con Freud, y donde él mismo también es fundador de un psicoanálisis social, a partir del camino iniciado por el creador del psicoanálisis.

Además de las múltiples referencias a la obra freudiana que se encuentran en sus artículos, en diversas ocasiones Pichon puntualizó elementos significativos en relación a Freud y la psicología social. En un artículo de 1946, titulado “Qué es el psicoanálisis”, y proveniente de una conferencia radiofónica, puede verse la consideración que Pichon hacía del fundador del psicoanálisis:

“Esta concepción integral del hombre, biológica e instintiva en su fuente, social y cultural en sus proyecciones, y humana siempre, se ha desarrollado, he ahí su mérito, sobre inobjetables bases empíricas” (Pichon-Rivière, 1946j, pág. 74). Este párrafo muestra claramente la forma en que Pichon comprendía el aporte freudiano y excusa cualquier comentario.⁴²²

También se realiza una valoración de la doctrina psicoanalítica en cuanto a su capacidad de difusión en el conjunto de las ciencias humanas: “Sus alcances son de tal vastedad que no cabe siquiera enumerarlos y su influencia en la psicología normal y patológica, en la psiquiatría, en la moderna medicina, en la historia de la civilización, la pedagogía y la sociología, es tan amplia como las confirmaciones que, desde todos estos

⁴²¹ Pichon alude aquí a la conocida formulación freudiana sobre la psicología social, en la introducción a “Psicología de las masas y análisis del yo”: “La oposición entre psicología individual y psicología social o colectiva, que a primera vista puede parecernos muy profunda, pierde gran parte de su significación en cuanto la sometemos a más detenido examen. La psicología individual se concreta, ciertamente, al hombre aislado e investiga los caminos por los que el mismo intenta alcanzar la satisfacción de sus instintos, pero sólo muy pocas veces y bajo determinadas condiciones excepcionales le es dado prescindir de las relaciones del individuo con sus semejantes. En la vida anímica individual aparece integrado siempre, efectivamente, ‘el otro’, como modelo, objeto, auxiliar o adversario, y de este modo, la psicología individual es al mismo tiempo y desde un principio psicología social, en un sentido amplio, pero plenamente justificado” (1921, pág. 2563).

⁴²² Ambos artículos, “Qué es el psicoanálisis”, y “Freud: punto de partida de la psicología social” son indicados como inéditos –uno de 1946, otro de 1965– y se publican por primera vez recién en el texto de 1971, “Del psicoanálisis a la psicología social”. El artículo de 1946 no ha sido incluido en las ediciones posteriores, sin que haya ninguna razón evidente para ello.

sectores del conocimiento humano, le llegan para vigorizarla y confirmarla” (1946j, pág. 74).

Como puede verse, la referencia al psicoanálisis como fundamento de la psicología social con ser evidente y explícita no deja de traslucir una actitud ambivalente: el psicoanálisis es un elemento fundamental en la psicología social, pero también constituyó un obstáculo para su desarrollo. Es verdad que el análisis que hace Pichon no discrimina entre los postulados freudianos y algunas derivaciones posteriores (provenientes de la lectura kleiniana), lo que parece estar en la base de esa consideración de aceptación y crítica. Por otra parte, no se puede descartar que la crítica que Pichon realizaba a la práctica (institucionalizada) psicoanalítica también constituye un factor importante en la crítica a las concepciones de Freud: en momentos esto parece constituir un efecto de ‘desplazamiento’, que viene originado en la conflictiva institucional (en la APA).

En todo caso, es indudable la posición de Pichon de intentar la articulación de diversos planos, teorías y experiencias. Así, se postula la multiplicidad de enfoques, y la prevención frente a todo intento reduccionista de la realidad humana:

“Personalmente, considero que mis contactos con la cultura guaraní, mi conocimiento de los quilombos [prostíbulos] y de la vida nocturna de Buenos Aires, como mis estudios sobre Lautréamont y Artaud y mi amistad con Roberto Arlt, por ejemplo, me han sido muchas veces tan útiles para enfrentar la enfermedad como mis conocimientos sobre Freud o la medicina en general” (Zito Lema, 1976, pág. 80).

“Lo contrario, o sea moverse en compartimientos estancos, es negarse, anticipadamente ya, a conocer al hombre, ese sujeto histórico, concreto, cotidiano, con quien se pretende establecer un vínculo terapéutico. Además, esa falta de visión totalizadora ha provocado una crisis de acción en numerosas ciencias y especialidades, siendo ello muy notorio en psicología” (pág. 80).

En una nota publicada en una revista de divulgación (Primera Plana) y titulada “La psicología social”, se explicita la idea de una psicología disociante y reduccionista, frente a la cual se postula una lectura integradora de ambas dimensiones, la individual y la social:

“Durante años las ciencias pretenciosamente llamadas ‘del espíritu’ negaron al *hombre total*, fragmentándolo en su estructura y destruyendo su identidad. Así nació una

psicología disociante y despersonalizada para la cual la mente se disgregaba en compartimentos estancos. Como resultado de esta división escapó al psicólogo el problema de la acción; se trabajaba con la imagen de un hombre estático y aislado de su contorno social. Quedaron así, al margen del análisis, sus vínculos con el medio en el que vivía sumergido” (Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 1966-67, pág. 19).

El texto reivindica a Herbert G. Mead como alguien que rompería con esa concepción de la psicología, inaugurando otro movimiento: “Investigadores con mayor coraje se atrevieron a romper con las normas vigentes y tomando como punto de partida situaciones concretas y vivenciadas en lo cotidiano –un partido de fútbol, por ejemplo–, ubicaron el acontecer psicológico en una nueva dimensión: lo social. Tal el descubrimiento de Mead, que concibió al hombre como un ser habitado y dinamizado por las imágenes de la realidad externa, que al ser incorporadas y actuadas en el interior, revisten en cada uno de nosotros una forma personal y se transforman en el signo de nuestra identidad” (1966-67, pág. 19)

La consideración de Mead como uno de los fundadores del campo de la psicología social es clara, Pichon considera que con sus aportes se resuelve la oposición entre individuo y sociedad: “La vieja oposición entre individuo y sociedad se resuelve entonces en este nuevo campo –el de la psicología social– en el que sólo existe el hombre en situación. Pero tal síntesis teórica se enfrenta en la acción con elementos aparentemente antagónicos, como pueden serlo la determinación mecánica por lo social, de un lado, y la libertad individual, del otro; es decir, la imitación y la creación” (1966-67, pág. 20).

Del psicoanálisis a la psicología social.

En “Conversaciones...” Pichon es preguntado sobre las razones de su pasaje paulatino del psicoanálisis a la psicología social. La respuesta de Pichon: “Pienso que se debe a que cada vez me fue interesando más el aspecto social, la actividad de los grupos en la sociedad. Claro está que ello implicó abandonar la concepción psicoanalítica ortodoxa, a la que me había entregado con tanta pasión. Esa ruptura, lo he reconocido, significó un verdadero obstáculo epistemológico, una aguda crisis que me llevó muchos años superar” (Zito Lema, 1976, pág. 103). Pichon cree que esa crisis queda resuelta recién con la publicación de su libro en 1971, que no casualmente se titula “Del

psicoanálisis a la psicología social”: para su autor ese libro significa una rendición de cuentas documentada y una toma de conciencia definitiva.

Estas afirmaciones de Pichon son fundamentales en cuanto al contexto y como justificación de su posición teórica y práctica frente a los grupos, a la psicología social, etc. Hay que tener en cuenta que en 1971, en pleno auge de los movimientos críticos (políticos y culturales) el psicoanálisis mantenía su presencia consolidada (durante tres décadas), y que Pichon había sido fundador de la organización psicoanalítica y uno de sus líderes principales durante todos esos años. Es en ese contexto donde Pichon explicita su diferencia y plantea su pasaje de uno a otro de esos polos.

Por último, hay que destacar una consideración de tipo ideológico sobre la práctica psicoanalítica expuesta en el texto de 1976. En ese momento Pichon consideraba que el movimiento desde al psicoanálisis hacia la psicología social implicaba una ‘democratización’ del psicoanálisis, que se trataba de lograr una mayor ‘eficacia’ social. La psicología social (que es una psicología clínica) ofrece mayor capacidad operacional que el psicoanálisis, además de ser más accesible (por sus menores costes económicos).

La psicología social no pone su acento en la familia.

Pichon diferencia sus concepciones sobre la enfermedad mental de la “antipsiquiatría”, una perspectiva que desde una crítica a la psiquiatría clásica y al psicoanálisis postulara la familia como el eje del análisis (Laing, Cooper):

“Es preciso aclarar que la psicología social no pone su acento en la familia, lo pone en la interacción entre familia y sociedad. Parte de un hecho real: que la familia es el núcleo de la estructura social, y busca investigar la interacción entre el centro y el conjunto social. Y el esquema, siempre en espiral, se completa con el individuo, que integra en forma dinámica la familia y la sociedad. No hay nada rígido. Si se modifica la familia, se modifican la sociedad y el individuo. Y si se lo modifica a éste habrá un cambio de familia y sociedad. Pero el acento, insisto, se pone en la interacción del núcleo con su estructura” (Zito Lema, pág. 105).

La Escuela de Psicología Social. Fundamentos.

Pichon establece una estrecha relación entre la propuesta de psicología social y la organización en que ésta se aprende, enseña y desarrolla. Así, la ‘escuela de

psicología social' constituye el núcleo fundamental. Las cuestiones relacionadas con el aprendizaje de la psicología social, metodología, enfoque, etc., son abordadas en el texto escrito conjuntamente por Pichon y Pampliega de Quiroga, "Aportaciones a la didáctica de la psicología social"; también en otro artículo muy elaborado, escrito en 1969: "Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales".

En el artículo de 1972 se explicita el encuadre institucional de la Escuela:

"Caracterización de la escuela. La escuela de la psicología social se define como una institución centrada en el aprendizaje y fundamentada en un esquema conceptual, referencial y operativo [ECRO] en el campo de la psicología social. [...] Caracterizamos al ECRO como un conjunto organizado de nociones y conceptos generales, teóricos, referidos a un sector de lo real, a un universo del discurso, que permite una aproximación instrumental al objeto particular (concreto). Este ECRO y la didáctica que lo vehiculiza están fundados en el método dialéctico" (1972b, pág. 205).

Y la metodología dialéctica es propuesta como fundamento:

"El método dialéctico, por el que se desarrolla la espiral del conocimiento, implica un tipo de análisis que –a partir de los hechos fundamentales, las relaciones cotidianas– devela los principios opuestos, las tendencias contradictorias, fuentes configuradoras de la dinámica de los procesos.

"Este método es el que permite la producción del conocimiento de las leyes que rigen la naturaleza, la sociedad y el pensamiento, tres aspectos de lo real comprometidos en lo que denominamos 'hombre-en-situación'. Con el término 'hombre-en-situación' se pretende caracterizar un objeto de conocimiento, en una tarea que reintegre lo fragmentado por un pensamiento disociante que escotomiza las relaciones entre sujeto, naturaleza y sociedad" (1972b, pág. 205).

La perspectiva sobre la dialéctica que se observa en los textos anteriores es harto compleja. Como hemos dicho anteriormente, no es seguro que este tipo de análisis pertenezca, de forma total, a la "verdadera" concepción de Pichon, más allá que él la firme en este texto y algún otro. Si se sigue con detenimiento el conjunto de sus escritos, parece tratarse de un discurso un tanto agregado al resto de la producción pichoniana. Obviamente, esto no implica que Pichon no suscriba cada una de esas consideraciones y otras similares que se observan en otros de sus artículos. Sin embargo, parece responder más a una situación del contexto (que impulsaba a los

intelectuales a una rápida y a veces poco elaborada ideologización de sus discursos) que a un desarrollo propio, a una elaboración.

En todo caso, desde una perspectiva marxista como la que se declara no se desprenden algunas elaboraciones que serían obligadas: la inserción social de la Escuela y de los psicólogos sociales, etc., de una forma más acorde con la teoría que se usa. La cuestión política (sea en términos de análisis político o social) queda un tanto desdibujada. En todo caso, la idea del trabajo sobre la vida cotidiana, si bien parece fundamentar una posición materialista (y que prioriza lo social), no permite deducir, por sí mismo, su relación con la dialéctica y el materialismo histórico.

Aunque quizá todas estas consideraciones aludan a otra cuestión: las diferencias y similitudes entre una sociología marxista y una psicología social marxista. En todo caso, se trata de un análisis que no podemos realizar aquí.

El hombre en situación.

Es indudable la recuperación de esta vieja aspiración de Pichon, a incluir el contexto como elemento fundamental en sus análisis: el ‘hombre en situación’ alude a la relación fundamental entre el individuo y su contexto, preocupación que ya sostuviera Pichon desde mediados de los años 50 (Pichon-Rivière, 1956-57). Las formulaciones que hiciera Lagache constituyen el punto de inicio de esa preocupación, a lo que se agregaría después los aportes lewinianos.

Psicología social: una aproximación.

El objeto de la Psicología Social.

“La psicología social que postulamos tiene como objeto el estudio del desarrollo y transformación de una relación dialéctica, la que se da entre estructura social y fantasía inconsciente del sujeto, asentada sobre sus relaciones de necesidad. Dicho de otra manera, la relación entre estructura social y configuración del mundo interno del sujeto, relación que es abordada a través de la noción de vínculo.

“Para nosotros el ser humano es un ser de necesidades, que sólo se satisfacen socialmente en relaciones que lo determinan. El sujeto no es sólo un individuo relacionado, es un sujeto producido en una praxis. No hay nada en él que no sea la resultante de la interacción entre individuo, grupos y clases.

“Si esa relación es el objeto de la psicología social, su campo operacional privilegiado es el grupo, que permite la indagación del interjuego entre lo psicosocial (grupo interno) y lo sociodinámico (grupo externo), a través de la observación de las formas de interacción, los mecanismos de adjudicación y asunción de roles. El análisis de las formas de interacción nos permite establecer hipótesis acerca de sus procesos determinantes” (Pichon-Rivière, 1972b, pág. 206).

Es importante destacar este énfasis en lo interaccional: la psicología social indaga las formas de interacción. Y esas formas de interacción son comprendidas en su aspecto vincular, de vínculos entre uno y otro u otros. Esto permite incluir la dimensión intrasubjetiva, además de la intersubjetiva, ambas constitutivas de las formas de interacción. Quizá aquí reside gran parte de la especificidad de la propuesta pichoniana respecto de otros enfoques: la psicología social indaga lo intra e intersubjetivo.

El grupo, instrumento privilegiado para la psicología social.

El grupo es considerado como el principal instrumento de indagación (investigación) e intervención para esta psicología social.

El estatuto que se intenta dar al grupo es harto ambicioso: campo operacional de la psicología social. Las técnicas operativas serán entonces los instrumentos fundamentales a tener en cuenta (su invención, desarrollo, ajuste, análisis y evaluación de las mismas, etc.)

Estos elementos: objeto, campo operacional, técnicas, constituyen un ingente programa de investigación. Ello es lo que lleva a Pichon-Rivière a afirmar que la psicología social es una disciplina en construcción.

La psicología social entendida como una práctica.

“La psicología social como disciplina que indaga la interacción en sus dos aspectos, intersubjetivo (grupo externo) e intrasubjetiva (grupo interno), es significativa, direccional y operativa. Se orienta hacia una praxis, de donde surge su carácter instrumental. Su punto de partida es una práctica. La experiencia de esa práctica, conceptualizada por una crítica y una autocrítica, realimenta y corrige la teoría mediante mecanismos de rectificación y ratificación, logrando una objetividad creciente. Se configura una marcha en espiral sintetizadora para elaborar una logística y construir una estrategia que, a través de la táctica y la técnica dé carácter operativo a planificaciones

de distinto tipo para que pueda realizarse el cambio aspirado, que consiste en el desarrollo pleno de la existencia humana a través de la modificación del hombre y la naturaleza” (1972b, pág. 206).

Como se ve, se trata de un ambicioso programa de intervención, de un programa científico orientado hacia la práctica. Puede ser interesante, para lograr otra mirada sobre el objeto y los objetivos de la psicología social pichoniana segmentar el párrafo anterior, que queda así:

1) La psicología social es significativa, direccional y operativa. 2) Se orienta hacia una praxis, de donde surge su carácter instrumental. Su punto de partida es una práctica. 3) Y la experiencia de esa praxis, conceptualizada por una crítica y una autocrítica, realimenta y corrige la teoría mediante mecanismos de rectificación y ratificación, logrando una objetividad creciente. 4) Se configura [entonces] una marcha en espiral sintetizadora [de teoría y práctica]. 5) [que permite al psicólogo social u operador] elaborar una logística y construir una estrategia. 6) que, a través de la táctica y de la técnica dé carácter operativo a planificaciones de distinto tipo para que pueda realizarse el cambio esperado. 7) [cambio] que consiste en el desarrollo pleno de la existencia humana a través de la modificación del hombre y la naturaleza.

De esta forma, pueden especificarse siete aspectos de esa psicología social pichoniana.

La valoración de la práctica tiene su fundamento no solamente en la voluntad de transformación, sino también como criterio de verificación, de ajuste entre realidad y representación de la misma: “Por qué nuestra valoración de la praxis? Porque sólo ella introduce la inteligibilidad dialéctica en las relaciones sociales y restablece la coincidencia entre representaciones y realidad”. Y desde esa valoración de la práctica, se postulará un enfoque interdisciplinario: “Nuestro ECRO es un instrumento interdisciplinario” (1972b, pág. 207).

El oficio de psicólogo social.

En esta línea que privilegia la práctica, la propuesta se muestra coherente: la Escuela se propone enseñar el oficio de psicólogo social (1972b, pág. 207). Esta denominación en tanto ‘oficio’ remite a la valoración de la práctica, que privilegia el conocimiento en tanto está destinado a la búsqueda de un determinado objetivo; por otra

parte, sugiere una relación con lo artesanal, y con lo singular del trabajo del psicólogo social.

La noción de conducta que sustenta la psicología social.

En la perspectiva integradora que intenta mantener Pichon la conducta será entendida como “una totalidad en evolución dialéctica”. Y esta inclusión de la dialéctica en su formulación, permite no sólo proponer la conducta como una estructura, sino como algo estructurante (gestalt y gestaltung, dirá Pichon), aludiendo a su dimensión de transformación, ya sea entre el sujeto y el medio, ya sea en el propio mundo interno del sujeto.

“Desde un enfoque totalizador definimos la conducta como estructura, como sistema dialéctico y significativo en permanente interacción, intentando resolver desde esa perspectiva las antinomias mente-cuerpo, individuo-sociedad, organismo-medio (Lagache). La inclusión de la dialéctica nos conduce a ampliar la definición de conducta, entendiéndola no sólo como estructura, sino como estructurante, como unidad múltiple o sistema de interacción, introduciéndose como concepto de interacción dialéctica la noción de modificación mutua, de interrelación intrasistémica (el mundo interno del sujeto) e intersistémica (relación del mundo interno del sujeto con el mundo externo). Entendemos por relación intrasistémica aquella que se da en el ámbito del yo del sujeto, en el que los objetos y los vínculos internalizados configuran un mundo interno, una dimensión intrasubjetiva en la cual interactúan configurando un mundo interno. Este sistema no es cerrado, sino que por mecanismos de proyección e introyección se relaciona con el mundo exterior. A esta forma de relación la denominamos intersistémica. En este sentido hablamos de la resolución de antinomias que han obstaculizado, como situaciones dilemáticas, el desarrollo de la reflexión psicológica en el contexto de las ciencias del hombre” (1970e, pág. 173).

El ECRO (esquema conceptual, referencial y operativo) como instrumento de operación de esta psicología social.

Habíamos afirmado antes que la valoración de la práctica, de la praxis que sostiene Pichon le lleva, consecuentemente, a proponer un enfoque interdisciplinario, un enfoque que privilegie los diversos puntos de vista en el abordaje del conocimiento.

Pero por otra parte, también habrá que contemplar otros determinantes en la perspectiva del operador, del psicólogo social en el momento de la intervención (indagación operativa, etc.). Para esto postulará su noción de Ecro, esquema conceptual, referencial y operativo.⁴²³

El Ecro está conformado por el conjunto de experiencias (en términos de pensamiento, emociones, vivencias) y las referencias (científicas y no científicas) con que el operador aborda el campo de intervención. Y como instrumento con el que se opera en el campo de la psicología social, si bien opera como una unidad (de ahí las siglas utilizadas como un sustantivo: “el ecro”), tiene un sentido preciso en cuanto esquema conceptual y también en cuanto a sus atributos de referencial y operativo.

Pichon utiliza el término ‘esquema’ para referirse a un conjunto articulado de conocimientos, y entiende por ‘esquema conceptual’ un sistema de ideas que alcanza una gran generalización. Y delimita diversos aspectos del ‘esquema conceptual’: destaca su aspecto de síntesis; conjunto organizado de conceptos universales que permiten una aproximación adecuada al objeto particular; se trata de proposiciones que establecen las condiciones según las cuales se relacionan entre sí los fenómenos empíricos; proporciona líneas de investigación; el “descubrimiento” es posible por la adecuación del esquema a las características del fenómeno a investigar; rectificaciones del esquema; ratificaciones; es aprendible y transmisible; etc.

El Ecro es un modelo, es decir, un instrumento que por analogía permite la comprensión de diversas realidades; en ese sentido el Ecro en tanto modelo es un instrumento de aprehensión de la realidad (1970b, pág. 216).

En cuanto a su carácter referencial, se afirma que “el aspecto *referencial* alude al campo, al segmento de realidad sobre el que piensa y opera y a los conocimientos relacionados con ese campo o hecho concreto a los que nos vamos a *referir* en la operación” (pág. 216)

Por último, el carácter operativo del Ecro, un elemento fundamental en la perspectiva de Pichon: “Un elemento fundamental de nuestro ECRO es el criterio de *operatividad*. En nuestro esquema conceptual, la *operatividad* representa lo que, en

⁴²³ Se aborda el análisis en detalle de concepto, fundamental en la concepción pichoniana, en el capítulo 12.

otros esquemas, el criterio tradicional de verdad (adecuación de lo pensado o enunciado con el objeto)” (pág. 216).

“Si con nuestro ECRO enfrentamos una situación social concreta, no nos interesa sólo que la interpretación sea exacta, sino, fundamentalmente nos interesa la adecuación en términos de operación. Es decir, la posibilidad de promover una modificación creativa o adaptativa según un criterio de adaptación *activa* a la realidad. Por eso hemos dicho al iniciar estos cursos, que la Psicología Social es *direcciona*l y *significativa* en el sentido de que está orientada hacia el *cambio*” (pág. 217). De este modo, la operatividad forma parte del Ecro, del esquema con y desde el que se opera en el campo: la psicología social pichoniana está orientada hacia la operación, hacia la intervención.

Una síntesis de esta idea acerca del esquema conceptual, referencial y operativo con el que se opera en la psicología social propuesta: “En la medida en que se estudia un proceso dialéctico –la relación del hombre con el medio– el ECRO, instrumento de aproximación, incluirá una metodología dialéctica. La Psicología Social que postulamos tiene por eso un carácter instrumental y no se resuelve en un círculo cerrado sino en una continua realimentación de la teoría a través de su confrontación con la práctica” (pág. 217).

El soporte conceptual.

Pichon reconoce dos fuentes conceptuales en la psicología social que propone: una referida a la estructura de la personalidad y otra a la comprensión de los procesos grupales y sociales; así, serán los aportes del psicoanálisis y de Mead, por una parte, y por otra, la perspectiva inaugurada por Lewin:

“Nuestro ECRO, en su aspecto referente a la génesis y estructuración de la personalidad, está constituido por los aportes de Freud, Melanie Klein y G. H. Mead, etc. En cuanto a la comprensión de los procesos sociales, particularmente los grupales, nos referimos a los hallazgos de Kurt Lewin, cuyo método es doblemente experimental: 1) es un esfuerzo para hacer práctica la experimentación sociológica; 2) tiende a una forma de experimentación: la investigación activa” (1970b, pág. 217).

Y tanto por el lado del psicoanálisis, como por la herencia lewiniana, la evaluación de la intervención psicosocial, de la investigación activa está dada por el

logro de los objetivos: “...en nuestro ECRO el criterio de operación, de producción planificada de cambio, en relación con el logro de los objetivos propuestos, constituye nuestro criterio de *evaluación*” (1970b, pág. 217).

Pichon va agregando notas a todo esto. Y plantea que en el terreno de las ciencias sociales no hay indagación que no promueva una modificación. Incluso el hecho de explicar un test al sujeto, aunque no tenga una finalidad determinada, produce una modificación en el sujeto. Puede decirse que la propia relación que se establece es modificadora. Por último, agrega que “esto fue postulado en primer término por Freud y reforzado por Kurt Lewin” (pág. 218).

En los textos precedentes Pichon se ha referido a la producción planificada de cambio, al sentido del cambio propugnado por la intervención psicosocial (indagación operativa, investigación activa, grupo operativo, etc.). Se inscribe así, explícitamente, en la corriente originada por Lewin, después continuada por Ronald Lippitt, con su “dinámica del cambio planificado” (Lippitt y otros, 1958).

En todo caso, la idea de una psicología social cuyo horizonte es el cambio (ya sea por el lado del ‘cambio planificado’ o por el lado del obstáculo –o resistencia– es el elemento fundamental: “La Psicología Social es *direcciona*l y *significativa* en el sentido de que está orientada hacia el *cambio*” (1970b, pág. 217).

Grupo y grupo interno.

El grupo interno conforma un concepto fundamental en la teoría pichoniana (se verá en el capítulo siguiente), ahora interesa delimitarlo como una noción que alude a las relaciones sociales internalizadas, a su carácter de efecto socializador, y a su lugar de nexo entre lo inter e intrasubjetivo, es decir, a comprender la psicología como psicología social. Es en base a estas características que forma parte fundamental de la perspectiva pichoniana, en la medida que tanto en su configuración como en su indagación confluyen aspectos de las dos fuentes mencionadas anteriormente:

“Otro de los conceptos básicos incluidos en nuestro ECRO es el de grupo interno, lo que nos permite definir la psicología como psicología social. Esto fue visto por Freud (“Psicología de las masas y análisis del yo”) si bien no continúa desarrollando esta línea de pensamiento. “Entendemos el grupo interno como un conjunto de relaciones internalizadas, es decir, que han pasado del ‘afuera’ al mundo interno y se encuentran en

permanente interacción. Son relaciones sociales internalizadas que reproducen en el ámbito del Yo relaciones *ecológicas*” (1970b, pág. 218). Es interesante señalar que aquí Pichon sugiere una cierta idea de una “tópica”, de una espacialidad.

Por último, puede ilustrarse el uso instrumental que realiza Pichon de los diversos aportes y su intento de unificarlos en la intervención grupal: “Hemos dicho ya que la Psicología Social consiste en la indagación de las formas de interacción. Para esta indagación hemos construido un esquema titulado del *cono invertido* en el que registramos como modalidades de interacción u observables, particularmente dentro del grupo operativo, los procesos de: Afiliación – Pertenencia – Cooperación – Pertinencia – Comunicación – Aprendizaje – Telé” (1970b, pág. 218).

La(s) Escuela(s) de Psicología Social.

Fueron varias las formas que fue tomando la organización del aprendizaje que proponía Pichon. Desde el IADES (Instituto Argentino de Estudios Sociales) a la Primera Escuela Privada de Psicología Social, su última experiencia, pasando por la Escuela Privada de Psiquiatría Dinámica, Psiquiatría Social y otras denominaciones similares. El origen de esas experiencias data de 1953, y sería continuado hasta su muerte, en 1977.

Posteriormente la escuela continuaría a cargo de Ana Pampliega de Quiroga, quien impulsaría un importante desarrollo de la Escuela en muchas provincias, además de las ciudades principales de Argentina. La difusión de la escuela logró, en ciertos momentos, una extensión muy amplia, si bien es cierto que quizá a costa de una merma en su producción conceptual y metodológica.

Puede verse el desarrollo y aportes de la misma en la revista “Temas de Psicología Social”, publicación oficial de la Escuela. También algunos artículos de Pampliega de Quiroga exponen diversos aspectos de la formación y el enfoque que se ha mantenido a partir de la muerte de Pichon (1980a, 1980b, 1984a, 1984b, 1985, 1986).

Algunas consideraciones sobre la psicología social pichoniana.

El intento de sistematización del discurso sobre la psicología social no parece haber sido realizado por Pichon de forma autónoma. Antes bien, los artículos donde se

observa ese intento son firmados en colaboración con Pampliega de Quiroga. Posteriormente a la muerte de Pichon se publicaron algunas clases dictadas por Pichon en 1970, en la Escuela de Psicología Social.

Por su parte, A. Pampliega continuaría su trabajo de sistematización, desarrollo y difusión de la perspectiva pichoniana. En 1978 escribe un importante artículo que fue editado por la APA: “La concepción del sujeto en el pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. Fundamentos para una psicología definida como social”, donde desarrolla los conceptos fundamentales. Y posteriormente continuaría con esas elaboraciones: 1980a, 1980b, 1985, 1986.

Todo esto lo realiza con un énfasis mayor en hipótesis de origen marxista (concepto de necesidad, análisis de contradicciones, conflictos sociales, etc.) que evidencian cierta diferencia con lo expresado por Pichon algunos años antes. Si Pichon se apoyaba fundamentalmente en los referentes psiquiátricos, psicoanalíticos y psicosociales (Lewin) para construir sus propuestas sobre la psicología social, Pampliega de Quiroga incidirá fundamentalmente sobre los aspectos de la vida cotidiana, que enfatiza más en lo cotidiano, y fundamentalmente, un análisis más enraizado en la perspectiva del materialismo dialéctico (y secundariamente histórico).

En conclusión, creemos que más que de una psicología social formulada por Pichon-Rivière se trata de una psicología social pichoniana (en el sentido que es ‘derivada’ de su fundador antes que formulada estrictamente por el mismo).

La psicología social propuesta por Pichon-Rivière consiste más en un conjunto de esbozos, de perspectivas diversas, que apuntan a distintos objetivos. En cambio, la psicología social pichoniana (el discurso psicosocial que es reconocido como tal por sus antiguos discípulos, y por el contexto sociocultural) se ha “condensado” en una perspectiva que muestra una coherencia mayor que en tiempos del maestro, pero que sin embargo parece haber reducido el campo del análisis.

Una muestra de ello lo constituye el peso, la influencia en los últimos años, de la Escuela y sus propuestas en el contexto científico y sociocultural argentino. Parece menor que en épocas de Pichon-Rivière; la Escuela cubre un espacio considerable en cuanto a la demanda de formación (en cierto registro ‘psi’) pero parece estar al margen de las polémicas e intereses más movilizadores.

Son diversas las razones que darían cuenta de este proceso. La presencia de la Escuela frente a instituciones de formación de orden mayor (Universidad, instituciones psicoanalíticas) es un factor importante. Por otra parte, los ejes de la reflexión y polémicas teóricas e ideológicas parecen haberse desplazado considerablemente desde mediados de los 70 hasta ahora. Y por último, una cuestión más: sería interesante indagar si esta psicología social pichoniana ha perdido predicamento, o por el contrario, su difusión está ya realizada, y ha pasado a constituir parte del 'esquema referencial' de muchos profesionales e intelectuales (argentinos, latinoamericanos, etc.) y en ese caso, queda en pie una cuestión importante: ¿por qué se habría transformado en un componente tan implícito en esos esquemas referenciales?, es decir, ¿por qué se transformó en una ideología, y disminuyó su aporte conceptual?

En esta línea podría ser interesante emprender algunas indagaciones (investigación) en torno a dos ejes: 1) la difusión de las ideologías en el terreno de las ciencias sociales, 2) el destino de las propuestas que propugnan abordajes interdisciplinarios.

Para finalizar, algunas puntualizaciones en torno a lo que estamos denominando 'psicología social pichoniana'. Puede ser ilustrativo comparar los enunciados de diversos discípulos y seguidores de Pichon en torno a la concepción de la psicología social, por ejemplo: Bleger, Ulloa, Pampliega de Quiroga, Bauleo y otros. Hay similitudes y concordancias importantes, pero también diferencias de orientación considerables.

No podemos realizar un desarrollo pormenorizado de esas cuestiones en este trabajo, sólo apuntamos lo siguiente: los enfoques a que dio lugar la propuesta psicosocial de Pichon-Rivière son varios: desde los más ligados a la vida cotidiana a los que enfatizan en el ámbito institucional, desde las perspectivas más clínicas a las más interesadas en sus aspectos pedagógicos, desde el interés en los cambios sociales e ideológicos a los que se ocupan de una lectura más "profesionalista". Diversos autores y textos pueden ilustrar esto que afirmamos: Bleger (1958, 1962a, 1963, 1966, 1967c, 1967d), Ulloa (1967, 1992, 1995), Pampliega de Quiroga (ya citados), Bauleo (1970, 1977, 1988, -y otros, 1975, -y otros 1990), Kesselman (y Pavlovsky, 1989, -y otros, 1978, -y otros, 1980), Pavlovsky (1975), etc. En cuanto a textos colectivos, pueden verse varios artículos en la revista *Lo Grupal*, y también en la revista del CIR (Centro Internacional de Investigaciones en Psicología Social y Grupal), etc.

10.4. Bibliografía de Pichon-Rivière.

- 1934: – Dos problemas psicológicos. En Anales de Biotipología, Eugenesia y Medicina Social I, núm.18, p. 17-18.
- 1938: – Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos. En Index de Neurología y Psiquiatría, 1938, vol. 1, n° 2.
- 1939/48: – Introducción a la psiquiatría infantil. Sobre apuntes de cursos dictados en el Hospicio de Las Mercedes entre los años 1939-1948.
- 1940: – Narcodiagnóstico con Evipán Sódico. Trabajo leído en la Sociedad Argentina de Neurología y Psiquiatría, mayo de 1940.
- Elementos constitutivos del síndrome adiposo genital prepuberal en el varón (en colaboración con los Dres. Arnaldo Rascovsky y Jaime Salzman).. En Archivos argentinos de pediatría, octubre 1940, año XI, n° 4, t. XIX.
- Prólogo al libro de F. Schnersohn “La neurosis infantil, su tratamiento psicopedagógico”. En Ed. Imán, Bs.As., 1940.
- 1941: – Trastornos del esquema corporal. En Index de Neurología y Psiquiatría, 1941, vol. 3, n° 3.
- Algunos conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica de la epilepsia. Sobre apuntes de una comunicación a la sociedad de Neurología y Psiquiatría, cuyo título era “Consideraciones psicoanalíticas sobre la epilepsia”, 1941 (en Rev. de Neurología y Psiquiatría, dic. de 1941, vol. 3, n° 3).
- 1943: – Exposición sucinta de la teoría especial de las neurosis y psicosis. Notas del curso de Introducción a una Psiquiatría Psicoanalítica dictado durante el año 1943 en el Hospicio de las Mercedes para estudiantes del Instituto de Psicoanálisis (en Index de Neurología y Psiquiatría, julio de 1946, vol. 6, n° 1).
- Los dinamismos de la epilepsia. Trabajo leído en la APA en agosto de 1943

(en Rev. de Psicoanálisis, 1944, año I, n° 3).

1944: – Picasso y el inconsciente. Comentario a F. Wight, “Picasso and the unconscious”, *The Psychoanalytic Quarterly*, 1944, XII, n° 2 (en Rev. *Ciclo*, Bs. As., 1944, n° 1).

– Patogenia y dinamismos de la epilepsia. Trabajo leído en el Primer Congreso de la Sociedad de Neurología y Psiquiatría de Buenos Aires, noviembre 1944) (en Rev. de Psicoanálisis, 1944, año II, n° 4).

1946: – Notas para la biografía de Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont. En Periódico *La Nación*, Bs.As., abril de 1946.

– Contribución a la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia. En Rev. de Psicoanálisis, 1946, año IV, n° 1).

– Prólogo al libro de Enrique V. Salerno “Aportaciones a la medicina psicosomática, ginecología y obstetricia”. En Ed. C. Vergara, Bs.As., 1946.

– Psicoanálisis de la esquizofrenia. Trabajo presentado en el Primer Congreso Interamericano de Medicina, Río de Janeiro, septiembre de 1946 (en Rev. de Psicoanálisis, 1947, vol. V, n° 2).

– Estudio psicosomático de la jaqueca. Trabajo presentado al Primer Congreso Interamericano de Medicina, Río de Janeiro, septiembre de 1946. (En Rascovsky, A., editor, *Patología psicosomática*, cap. XII, Asociación Psicoanalítica Argentina, Buenos Aires, 1949).

– Vida e imagen del conde de Lautréamont. Conferencia pronunciada en el Instituto Francés de Estudios Superiores en septiembre de 1946 (en Rev. *Ciclo*, Buenos Aires, n° 2).

– Teoría y práctica del narcoanálisis. Trabajo leído en la Sociedad de Neurología y Psiquiatría, en octubre de 1946 (en Rev. de Psicoanálisis, 1947, tomo V, n° 4).

– Lo siniestro en la vida y en la obra del Conde de Lautréamont. Fragmentos del curso dado en el Instituto Francés de Estudios Superiores durante el año 1946 (en Rev. de Psicoanálisis, 1947, Año IV, n° 4).

– Psicoanálisis del Conde de Lautréamont (Compilación y prólogo de

Marcelo Pichon-Rivière). Ed. Argonauta, Bs. As., 1992 (En “Del Psicoanálisis a la Psicología Social” se editó una parte del análisis de la estrofa 9: A cien años de la muerte de Lautréamont. Los cantos de Maldoror (Análisis psicoanalítico del poema IX del Primer Canto).

– Qué es el psicoanálisis. Conferencia pronunciada en Radio Universidad de La Plata.

1947: – Prólogo al libro de David Liberman “Semiología Psicosomática”. Ed. López y Etchegoyen, Bs.As. 1947.

1948: Historia de la psicosis maníacodepresiva. En Garma y Rascovsky (comp. y prólogo), “Psicoanálisis de la melancolía”, capítulo I, Bs. As., APA, 1948.

– Conceptos básicos en medicina psicosomática. En La Prensa Médica Argentina, 1948, vol. XXV, n° 36.

– Ulcera péptica y psicosis maníacodepresiva. En A. Rascovsky (comp.), “Patología psicosomática”, cap. III, Bs. As., APA, 1948.

– Aspectos psicosomáticos de la dermatología. Conferencia pronunciada en la cátedra de Dermatosifilografía del prof. Marcial Quiroga, en el curso de posgraduados sobre el tema Eczema (Fac. de Medicina de Bs. As) (en Rev. de Psicoanálisis, 1949, t. VI, n° 2).

1949: – Prólogo al libro de Paul Schilder, “Introducción a una psiquiatría psicoanalítica”. En Ed. Beta, Bs. As., 1949.

1951: – Algunas observaciones sobre la transferencia en los pacientes psicóticos. Relato oficial presentado a la XIV Conferencia de Psicoanalistas de Lengua Francesa (noviembre de 1951) y publicado en la Revue Française de Psychanalyse, tomo XVI, n° 1-2 (en Rev. de Psicoanálisis, 1961, tomo XXVIII, n° 2).

1951: Prólogo al libro F. L. Goodenough, “Test de inteligencia infantil”. En Paidós, Bs.As., 1951.

1955: – Prólogo al libro de Franz Alexander y Thomas M. French “Terapéutica psicoanalítica”. En Paidós, Bs.As. 1955.

– Comentario final al libro de Franco Di Segni “Hacia la pintura”. En Ed.

Nova, Bs.As., 1ª ed., 1955.

- 1956/57: – Teoría del vínculo. Los textos provienen de un curso sobre "Metodología de la entrevista" que Pichon-Rivière dictó en la APA, desde octubre de 1956 a enero de 1957 (selección y revisión de Fernando Taragano).
- 1957: – Aplicaciones de la psicoterapia de grupo. Relato Oficial del Primer Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo.
- 1959: – Esquema corporal. En Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 1959 (sobre apunte de Fernando Taragano).
- 1960: – Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal. En Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 6.
- Tratamiento de grupos familiares: psicoterapia colectiva. Sobre apuntes tomados por el Dr. Alegro.
- Técnica de los grupos operativos (en colaboración con J. Bleger, D. Liberman y E. Rolla). En Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 6.
- 1961: – Discurso pronunciado como presidente del Segundo Congreso Argentino de Psiquiatría. En Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 7.
- 1963: – Prólogo al libro de F.K. Taylor, "Un análisis de la Psicoterapia grupal". En Primera Escuela Privada de Psiquiatría Social, Bs.As. 1963.
- Prólogo al libro de David Liberman, "La comunicación en terapéutica psicoanalítica". En Eudeba, Bs.As., 1963.
- El objetivo estético. Fragmento de una mesa redonda en el Museo Nacional de Bellas Artes, en septiembre de 1963, con la intervención de: J. Romero Brest, Enrique Pichon-Rivière, E. González Lanuza y Franco Di Segni. El tema: "Los móviles cardánicos de Franco Di Segni".
- 1964: – La noción de tarea en psiquiatría (en colaboración con A. Bauleo).
- 1965: – Freud: un punto de partida de la psicología social.
- Grupos operativos y enfermedad única. Desarrollo actualizado de la introducción metodológica al correlato de los Dres. Pichon-Rivière y Korob presentado en el Congreso Internacional de Psiquiatría, Madrid, 1965.

- Discípulo: un cronista de su tiempo. Algunos fragmentos de este trabajo fueron publicados por la revista Extra.
 - Implacable interjuego del hombre y el mundo. En Rev. Testigo, Bs. As., n° 1.
 - Comunicación y aprendizaje, vectores de la adaptación activa a la realidad. Readaptación de la clase dictada en la Primera Escuela Privada de Psicología Social, el 31/5/1965 (en CIR, Venecia, 16, 1990).
 - Una concepción de la psiquiatría: psiquiatría dinámica y social. Readaptación de la clase dictada en la Primera Escuela Privada de Psicología Social, el 27/6/1965 (en CIR, Venecia, 16, 1990).
- 1965/66: – Grupos familiares. Un enfoque operativo. Apuntes de un curso dado en el Centro de Medicina, 1965-66.
- 1966: – El proceso creador. Texto del catálogo de la exposición de Oscar Capristo, Galería Rioboó-Nueva, Bs.As., octubre de 1966.
- Praxis y psiquiatría. Reportaje en Revista Latinoamericana de Salud Mental, 1966.
- 1966/67: – Psicología de la vida cotidiana (en colaboración con Ana P. de Quiroga). Notas publicadas en el semanario “Primera Plana” desde abril de 1966 a mayo de 1967.
- 1967: – Una nueva problemática para la psiquiatría. En Acta psiquiátrica y psicológica de América Latina, 1967, 13, n° de homenaje al autor.
- Protección al enfermo epiléptico (en colaboración con el Dr. Miguel Angel Mazzei). Trabajo presentado al Congreso Argentino de Epilepsia, Bs.As., mayo de 1967.
 - La perversion sadomasochiste. Une lecture de psychanalyse sociale. Clase n° 23, del 4 de octubre de 1967, 2° curso, en Escuela de Psicología Social (en Revue de Psychotérapie psychanalytique de groupe, n° 23, 1994).
- 1968: – La “urgencia psiquiátrica”. Apuntes para una conferencia pronunciada en ocasión de las Jornadas del Centenario del Hospital Rawson, Bs.As. 1968.
- 1969: – Grupo operativo y modelo dramático (en colaboración con Ana P. de

Quiroga, Carlos Gandolfo y Marta Lazzarini). Relato presentado en el Congreso Internacional de Psicodrama y en el Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires.

– Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales. Trabajo presentado al Congreso Internacional de Psiquiatría Social, Londres, agosto de 1969 (en Revista Argentina de Psicología, Año I, n° 2, 1969.)

– Técnicas de supervisión grupal en psicoterapia de niños (en colaboración con R. M. Reynoso, L. Chamó, L. Huberman, E. Lawrence, J. Loschi, E. Pereno y A. M. Quiroga). Relato presentado en el Congreso Latinoamericano de Psicopatología Infanto-Juvenil, Bs.As. 1969.

1970: – Transferencia y contratransferencia en la situación grupal. (en colaboración con Ana P. de Quiroga). Proviene del encuadre del grupo operativo para el curso de Técnicas de coordinación de grupo operativo que la Escuela de Psicología Social de San Miguel de Tucumán dictó en el año 1970.

– Concepto de ECRO Clase n° 2 de 1er. Año, dictada el 29/4 de 1970 en Escuela de Psicología Social (reproducida en Temas de Psicología Social, año 1, n° 1, 1977).

– El concepto de portavoz. Clase n° 5 de 1er. año, en Escuela de Psicología Social (reproducida en Temas de Psicología Social, año 2, n° 2, 1978).

– Historia de la técnica de los grupos operativos. Clase dictada el 13/5 de 1970 en Escuela de Psicología Social. (Reproducido de la revista Temas de Psicología Social, año 4, n° 3, sept. de 1980).

– Una teoría de la enfermedad. Clase n° 25, 1er. año, Primera Escuela Privada de Psicología Social. (en otro texto aparece con el título: Neurosis y psicosis: una teoría de la enfermedad).

– Una teoría del abordaje de la prevención en el ámbito del grupo familiar. Este trabajo abre un panel sobre prevención en el que intervienen E. Pichon-Rivière, J. Bleger, A. Bauleo y M. Matrajt, julio de 1970.

– (1970?) “Técnica de observación de grupos operativos. Clase dictada en el Curso de actualización y perfeccionamiento docente, de la Universidad Nacional del Nordeste, Argentina.

- 1971: – Prólogo al libro: Del psicoanálisis a la psicología social (tomos I y II). En Galerna, Bs. As., 1971).
- Prólogo al libro de David Liberman, "Lingüística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico". En Galerna, Bs. As., 1971.
- 1972: – Entrevista en Primera Plana. Mayo, 1972.
- Aportaciones a la didáctica de la psicología social (en colaboración con Ana P. de Quiroga. (agosto de 1972).
- 1975: – Vínculo. Clase dictada el 27 de mayo de 1975, editada por la Escuela Privada de Psicología Social.
- 1976: – Prólogo a "Caminos" de Sergio Enquin. En Ed. Kargieman, Bs.As., 1976.

Artículos sin fecha de primera edición:

- 195? – La psiquiatría en el contexto de los estudios médicos. Contribución al subtema "La enseñanza de la psicología médica" (en colaboración con el Dr. Horacio Etchegoyen).
- 195? – Presentación a la cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata.
- 196? – Psicosis hípnicas y confusionales. Sobre apuntes de clases del autor en la Escuela de Psicología Social, ex Psiquiatría Social..
- 197? – Cuestionario para "Gentemergente".
- ?? – Comentarios sobre la película "Les images de la folie". Texto de conferencia.
- ?? – Terminación del análisis (en colaboración con Abadi, Bleger y Rodrigué).
- ?? – Dinámica de grupo: ECRO. Transcripción de clase.

(Están todos publicados en "Del psicoanálisis a la psicología social" –1971–, excepto el último, en la revista Ilusión Grupal)

Editados en colaboración:

1956 – Bleger, José y Pichon-Rivière. “Sobre los instintos”. En Rev. de Psicoanálisis, vol. XIII, nº 4.

– Textos mencionados “Esquema corporal”, (apunte de F. Taragano):

1937: “Conceptos y forma de la interpretación delirante”, leído en la Sociedad de Neurología y Psiquiatría de Buenos Aires, en 1937.

1938: “Ilusión de Frégoli y Metamorfosis”, leído en la Sociedad de Neurología y Psiquiatría de Buenos Aires, en 1938.

1941: “Alteraciones del esquema corporal en el curso de la epilepsia, histeria y con el coma insulínico” (resumen). Publicado en “Del psicoanálisis a la psicología social” como “Trastornos del esquema corporal”.

1949: “Curso sobre esquema corporal”, dictado en el Instituto Pichon-Rivière (no publicado).

1951: “Trastornos del esquema corporal en la epilepsia”, conferencia dictada en el Ateneo de Neurología de Buenos Aires (no publicada).

1951: “Miembro fantasma”, conferencia en el Ateneo de Neurología de Buenos Aires (no publicada).

1956/1957: “Cursos sobre psiquiatría dinámica”, dictados en la Asociación Psicoanalítica Argentina.

1958: “Seminario sobre técnica de psicóticos”, dictado en la Asociación Psicoanalítica Argentina.

– Textos mencionados en “Los dinamismos de la epilepsia” (1943b, pág. 166):

1941: “Alteraciones del esquema corporal en el curso de la epilepsia, la histeria y coma hipoglucémico” (resumen), Index de neuro y psiquiatría, 1941, nº 3.

1941: “Consideraciones sobre un caso de epilepsia con ataques, paramnesias y estados de sueño” (resumen). Index de neuro y psiquiatría, 1941, nº 3.

1940: –y Aberastury, A.: “Oligotimia y endocrinopatías”, Actas del Congreso Panamericano de Endocrinología, 1940.

– Textos mencionados en “El socratismo de Pichon”, (Vidal, 1967):

1935: [1934?] “Los tipos psicológicos”. Rev. Biotipología, Buenos Aires, 1935.

1935: [1934?] “La psicagogía”. Rev. Biotipología, Buenos Aires, 1935 (este artículo y el anterior pueden ser de 1934...).

1940: “Oligotimia y endocrinopatía (en colaboración con A. Aberastury)” Actas y trabajos del Segundo Congreso Panamericano de Endocrinología, Tomo II.

1942: “Nueva terapéutica convulsivante con cloruro de amonio (en colaboración con Gonzalo Bosch y J. L. Peluffo)”. Actual. med. mundial. 1942, 12, 122.

1945: “Esquemas de la teoría psicoanalítica de las neurosis”. Index neurol. psiquiát. 1945, 10, 4.

1952: [1951?] “La experiencia argentina con el Test de Goodenough (en colaboración con Arminda Aberastury)”. En el libro de F. L. Goodenough, Test de Inteligencia Infantil, Buenos Aires, Paidós, 1952.

1954: “Influencias y orientaciones en nuestro trabajo con pacientes esquizofrénicos (en colaboración con D. Liberman y A. Aberastury)”. Rev. Psicoanálisis, Buenos Aires, 1954, 11, 568.

1954: “El concepto de posición esquizoparanoide y posición depresiva. Su estructura y sus relaciones (en colaboración con A. Aberastury)”. Rev. Psicoanálisis, Buenos Aires, 1954, 11, 569.

1954: “Ansiedades paranoides y mecanismos esquizoides en la situación desencadenante del accidente epiléptico (en colaboración con A. González, M. E. Morera, y M. Spira)”. Rev. Psicoanálisis, Buenos Aires, 1954, 11, 573.

(Los artículos de 1954 –citados por Vidal, 1967– no están correctamente citados; no hemos podido conseguirlos).

Cuarta parte. EL MODELO GRUPAL PICHONIANO.

Capítulo 11: ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL MODELO.

11.1. Grupo y grupo operativo.

Cuando se comienza a pensar en qué cosa es un grupo, la cuestión parece fácil y evidente. Pero a poco que uno se adentra en el “campo”, la situación se complejiza⁴²⁴.

Por una parte, todos (y no sólo los teóricos o los practicantes) sabemos qué es un grupo; es más, la vida de cualquier individuo ha transcurrido en grupos; siempre ha estado, de distintas formas, en grupos: se ha nacido en un grupo familiar, se ha tenido grupos de amigos, se ha pertenecido a grupos de trabajo, se ha formado un nuevo grupo familiar, etc., es decir, hay pocas experiencias humanas en las que no haya estado en juego una situación grupal. Puede decirse que la experiencia de lo que es un grupo es algo absolutamente general. Puede delimitarse por lo tanto lo que se llama la “experiencia grupal”, es decir, el campo experiencial de un sujeto cuando éste es referido en relación a otros, o mejor dicho, a varios otros. Así, la experiencia grupal será parte de la historia personal, de la representación de las relaciones personales que un sujeto tiene en un momento dado, de la representación que un sujeto tiene de sí mismo, etc. Volveremos más adelante sobre esto.

Si retornamos a la primera cuestión, qué cosa es un grupo, es importante delimitar el para quién. Es decir: qué es un grupo para quién. Lo que sea un grupo (u otro concepto psicosocial) depende del sujeto que enuncia qué es ese objeto (o

⁴²⁴ Un problema clásico de las ciencias sociales, especialmente de la sociología y también de la psicología social: los procesos de los que intenta dar cuenta (que cualquier sujeto experimenta, y no solo el científico), y la terminología específica que se utiliza (a veces muy cercana al lenguaje cotidiano), dificulta el proceso de construcción conceptual, del campo de conocimiento, etc.

fenómeno)⁴²⁵. El lugar y el status del observador es central: para tal o cual sujeto, un grupo es una u otra cosa. Y ese sujeto puede ser un individuo (sociólogo, psicólogo, psicoanalista, político, etc.) o puede ser –como sucede usualmente– un sujeto no individual: colectivo, institucional, etc.⁴²⁶ En este sentido interesa centrar el énfasis no sólo en el objeto (de conocimiento, de intervención, etc.) sino en la relación sujeto observador-objeto observado.

Hay que señalar una delimitación primordial: consideramos que la determinación del campo, el decir qué es un grupo, es una operación realizada “desde fuera” de ese grupo. El ‘qué es un grupo’ es algo que puede decirlo un observador. Ahora bien, hay distintas posibilidades, distintos “lugares” de observación, y además, hay distintas “posiciones” teóricas (y por lo tanto subjetivas) del observador.

Explorar diversas “definiciones” de lo que es grupo, diversas formas en que se los ha categorizado, permitirá no sólo una aproximación a esa noción, sino también a quiénes son los que lo han categorizado de esa manera. Esa doble exploración sobre lo que se dice de los grupos y quién lo dice, permite observar diversas “propuestas” sobre los grupos, no sólo en cuanto a las “definiciones académicas” de esos fenómenos que denominamos grupos, sino también en cuanto a su alcance práctico (psicosocial).

A partir de estas consideraciones generales puede comenzarse a ver qué es grupo desde la perspectiva conocida como “grupos operativos”. En “Historia de la técnica de los grupos operativos” (1970) Pichon-Rivière dice que “los grupos en general se clasifican según la técnica de abordaje del mismo”.⁴²⁷ Es importante destacar esta relación entre los conceptos y las exigencias derivadas de su uso. Como se verá las diversas aproximaciones al campo grupal, dependen o están ligadas a la forma en que se

⁴²⁵ Algunas corrientes de las ciencias sociales otorgan un lugar estratégico a esta cuestión: en general, las denominadas críticas; también el psicoanálisis coloca esta cuestión en un lugar central, el análisis institucional, algunas variantes de la teoría de la comunicación, la antropología, etc.

⁴²⁶ Un excelente análisis sobre la “influencia” del observador, y más aún, sobre su carácter fundante del campo observado, puede verse en G. Devereux, “De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento” (1967), donde centra su tesis en la contratransferencia como elemento estructural y fundante del conocimiento.

⁴²⁷ Se trata de una clase dictada en mayo de 1970, en la Escuela de Psicología Social que el mismo Pichon dirigía, y publicada por primera vez en la revista Temas de Psicología Social, en 1980. Esta clase no fue publicada en el texto clásico de Pichon, donde se hallan reunidos la mayoría de sus escritos: “Del psicoanálisis a la psicología social” (1971).

“trabaja” con los grupos, o en un sentido más general, a lo que se “espera” (socialmente) de ellos.⁴²⁸

La polisemia del vocablo grupo se debe a muchas razones. Entre ellas, destacábamos antes que la noción grupo se refiere a múltiples experiencias de todo individuo. Del lado del observador, es decir, de los diversos intentos de delimitación de lo que son los grupos, ya sean las psicologías sociales u otras disciplinas, también nos encontramos frente a algo parecido. Una razón de ello es que las formas de definición o de delimitación, tienen consecuencias en las prácticas sociales. Más aún, podría afirmarse que las diversas formas de conceptualización sobre los grupos respondería, en gran medida, a requerimientos de la práctica. Es por eso que la noción de grupo aparece generalmente (y más allá de las definiciones genéricas y universalistas) asociada a otra cosa, a otro término, por ejemplo: grupo primario, de referencia, familiar, de trabajo, humano (sic), terapéutico, de aprendizaje, etc. Un problema adicional es que en ciertos momentos no es fácil discernir cuál es el término sustantivo y cuál el adjetivo, es decir cuál es el “campo” (de análisis o de intervención) a que se refiere.

Partir de una clasificación de los grupos para arribar posteriormente a qué es un grupo puede parecer poco pertinente, aunque en base a lo que hemos comentado hasta ahora, creemos que es razonable hacerlo así. Pichon-Rivière diferencia diversas técnicas grupales y de ahí deriva la concepción teórica de los mismos:

- grupo centrado en el individuo.
- grupo centrado en el grupo.
- grupo centrado en la tarea, o grupo operativo.

“Los grupos operativos se definen como *grupos centrados en la tarea*. Ahora, ¿por qué esta insistencia? Por el hecho de que los grupos en general se clasifican según la técnica de abordaje de los mismos. Observemos que hay técnicas grupales centradas en el individuo: son algunos de los llamados ‘grupos psicoanalíticos o de terapia’, en los

⁴²⁸ Una “historia” de las definiciones es interesante: por ejemplo, grupos primarios y grupos secundarios (Cooley, 1909) es una “invención” en una época donde era necesario reforzar los lazos sociales y la solidaridad, golpeados por el capitalismo liberal; grupo objeto y grupo sujeto (Guattari, 1972) consistiría en una interpretación sobre los grupos en un momento en el que desde las ciencias sociales se propugnaba una acción crítica sobre ciertas desigualdades y dominación social, etc. En sentido general, creemos que las ideologías sociopolíticas no sólo influyen sobre las disciplinas y los conglomerados teóricos a través de sus agentes –los intelectuales– sino que están presentes “dentro” mismo de la teorización, de la

que la tarea está centrada sobre aquel que para nosotros se llama *portavoz*. Nuestra posición ante esta técnica es de crítica en tanto entendemos que desde esa perspectiva la situación grupal no es comprendida en su totalidad, sino que la puntería de la interpretación va dirigida a aquel que enuncia un problema que generalmente es considerado personal, no incluyendo en la problemática al resto.

“El otro tipo de técnica es la del ‘grupo centrado en el grupo’, en el análisis de la propia dinámica. Técnica que está inspirada en las ideas de Kurt Lewin, en la que se considera al grupo como una totalidad. No incluyen sin embargo el factor último que hemos señalado nosotros, la relación sujeto-grupo, verticalidad-horizontalidad, originando así los ‘grupos centrados en la tarea’.

“Para nosotros la tarea es lo esencial del proceso grupal; por lo tanto en esta caracterización tenemos los tres tipos: a) centrados en el individuo, b) centrados en el grupo como un conjunto total, c) los grupos centrados en la tarea, aclarando que no es lo mismo tarea que grupo total” (Pichon-Rivière, 1970d, pág. 233).

La claridad y concisión de la exposición es meridiana: lo primordial, lo esencial en el grupo operativo y que opera como diferencia frente a las otras perspectivas lo constituye la tarea. Para Pichon, entonces, lo fundamental a destacar en el grupo no se refiere tanto a las relaciones de cada miembro con el resto, ni siquiera al conjunto de relaciones entre todos los individuos, aún cuando esos fenómenos sean elementos importantes en un grupo. Los diversos vínculos presentes, incluso la estructura vincular que pueda darse, no constituye el elemento central, ya se refiera esto a la intervención en un grupo, como a su conceptualización; en todo caso sería la corriente denominada “dinámica de grupos” quien concibe de esa manera lo que es un grupo.

“Grupos centrados en la tarea” es la definición que propone Pichon en esa clasificación de técnicas grupales y de grupos. La inclusión del concepto “tarea” como eje a partir el cual se define el grupo constituye su carácter diferenciado de otras perspectivas (lewiniana, psicoanalítica, etc.).

En el artículo mencionado se explicita esta idea de grupo: “Lo que acabo de decir sobre la diversidad de técnicas grupales señala el carácter diferencial del grupo operativo por el hecho de que no está centrado en el grupo como totalidad, sino en la

formulación misma de las nociones y conceptos (en sentido similar al que establece Althusser, en las

relación que los integrantes mantienen con la tarea. Es decir, el vínculo fundamental, establecido o a establecer, es la relación entre un grupo y sus miembros con una tarea determinada; dejando un poco de lado los problemas personales del grupo centrado en el individuo y los problemas totales, que están incluidos también como suma de partes, de individuos que enuncian aspectos personales en forma global. Entonces, lo esencial es esta diferenciación: lo que es tarea, lo que es grupo, lo que es individuo” (1970d, pág. 234).

Antes de avanzar en la formulación y despliegue de esta idea de grupo, puede verse algunas referencias más acerca de lo que no es grupo en sentido operativo. Puede decirse que, para Pichon-Rivière, las técnicas que denominó ‘centradas en el individuo o en el grupo’ reducen o empobrecen el campo grupal, en el sentido que “dejan fuera”, o no incluyen las dimensiones propuestas.

Grupo es distinto a serie, organización, institución y masa, si bien los fenómenos o procesos que suceden en la masa, institución, organización, e incluso serie, se ‘particularizan’ en los grupos. Y más que una cuestión acerca de la pertinencia en trasponer o usar conceptos y saberes de otros campos a la perspectiva grupal (crítica que se ha realizado con frecuencia) parece que esas nociones aluden a fenómenos y problemáticas que ayudan a especificar y delimitar el campo de lo grupal.

Los diversos análisis y reflexiones sobre esos fenómenos colectivos producen “trazos”, líneas, etc., sobre el campo grupal, perfectamente utilizables. Por ejemplo, diversas referencias sobre “lo” que sucede en el grupo, derivándolo de fenómenos propios de las masas, o de las instituciones, etc., van configurando un determinado “espesor” de representaciones, fenómenos y conceptos sobre el campo grupal, al que se intenta delimitar.⁴²⁹

Posiblemente ésta ha sido la forma en que ha procedido Pichon-Rivière en la conformación de su modelo grupal: diversas perspectivas, de diverso origen han sido

relaciones ciencia-ideología).

⁴²⁹ Los enfoques en relación con esos conceptos (serie, masa, institución, grupo) son múltiples, y de diverso alcance y direccionalidad. Sin pretensión de exhaustividad, pueden mencionarse algunos. Entre los clásicos: Freud, 1912-13, 1921, 1930, 1939; Sartre, 1960; Canetti, 1960. También desde la corriente institucionalista francesa: Lapassade, 1967; Lourau, 1970; Guattari, 1972. En cuanto a autores argentinos que se encuentran en un espacio similar al que pretendía Pichon-Rivière (con más o menos diferencias), y además de otros textos ya mencionados en capítulos anteriores, puede verse el texto colectivo compilado por A.M. Fernández y J.C. De Brasi (1993), que aborda cuestiones fundamentales en relación con el tema mencionado.

articuladas, yuxtapuestas, “apiladas” incluso, y han ido conformando progresivamente el perfil definido del modelo del grupo operativo. En todo caso, se impone una pregunta: existe el campo de lo grupal? o es una conjunción arbitraria de fenómenos de diversos campos –e incluso disciplinas– que los llamados “grupelistas” intentan/intentamos unificar?⁴³⁰ Una parte de la respuesta reside en el hecho de que existe ese campo si sus actores (los grupos y sus integrantes, los teóricos y/o técnicos que trabajan con/en/sobre ellos) lo creen así, en ese caso entonces sí existe...⁴³¹

Avancemos en la idea de grupo, a partir de todas estas aproximaciones. Pichon-Rivière define lo que es grupo de la siguiente forma:

“Grupo operativo y grupo familiar son susceptibles para nosotros de una misma definición: conjunto de personas reunidas por constantes de tiempo y espacio y articuladas por su mutua representación interna que se proponen implícita o explícitamente una tarea, la que constituye su finalidad” (1970f, pág. 187). Y más adelante, explícita: “la tarea, sentido del grupo, y la mutua representación interna hecha en relación con la tarea constituyen al grupo como grupo. La tarea es la marcha del grupo hacia su objetivo, es un hacerse y un hacer dialéctico hacia una finalidad, es una praxis y una trayectoria” (1970f, pág. 189). Aquí ya queda establecido el concepto fundamental: la tarea, como constitutiva del grupo.

El grupo y la operatividad.

Parece importante establecer las semejanzas y las diferencias entre lo que Pichon define como grupo –en general–, y el grupo operativo, donde se utiliza un procedimiento específico, la técnica operativa de grupo.

Como se ha visto, Pichon dice que el grupo es un conjunto restringido de personas que están ligadas por constantes de tiempo y espacio, articuladas por su mutua representación interna, que comparten implícita o explícitamente una tarea que

⁴³⁰ Parece interesante mencionar que en Argentina, con una tradición grupalista muy considerable, el tema de un concurso para una cátedra sobre grupos era precisamente éste: “Existen los grupos? Fundamentación”. El interesante texto de A.M. Fernández, “El campo grupal. Notas para una genealogía” (1989), se basa en esa circunstancia.

⁴³¹ Los grupos, y lo grupal constituyen una producción histórica. Y no es necesario argumentar que su origen se remonta al siglo XVII, etc., etc. Se trata de diversas dimensiones inter e intrasubjetivas, cuyo campo disciplinario puede suponerse iniciado a principios de siglo, y que ha producido muchas y diversas manifestaciones.

constituye su finalidad y donde se producen complejos mecanismos de adjudicación y asunción de roles.

Esta idea de grupo propone dos dimensiones fundamentales, o dos organizadores, que hacen de un conjunto un grupo: por una parte la tarea, los objetivos, como sentido del grupo, y por otra, la mutua representación interna. ‘Mutua representación interna’ se refiere a la recíproca internalización que se produce en los integrantes del grupo y que produce la vivencia del ‘nosotros’, es decir, la existencia de la trama vincular. El otro polo de la definición⁴³² lo constituye el objetivo, la tarea: puede afirmarse que para Pichon-Rivière, todo grupo tiene una estructura operacional u operativa, todo grupo tiene una estructura de operación. Es decir, no hay grupo sin tarea, no hay un grupo sin un hacer, sin un objetivo.

Un grupo de amigos, una familia, un grupo de trabajo, etc., tienen una tarea, y pueden ser operativos en el sentido de ir transitando, con mayor o menor dificultad, hacia el logro de sus objetivos. Es decir, cualquier grupo puede ser operativo, aun cuando no se maneje con la técnica de grupo operativo.

Se trata de diferenciar el criterio de operatividad –que Pichon coloca en su definición de grupo– de lo que constituye la técnica de grupo operativo. Es decir, si puede haber grupos que sean operativos –sin que sean grupos operativos en su sentido técnico–, también puede haber grupos que se realicen –que se ‘manejen’, dirá Pichon– con técnica operativa y no lo sean, o que puede haber momentos en los que la operatividad, en tanto dirección hacia el logro de los objetivos, fracasa.

De esta forma, la técnica operativa es lo que Pichon propone como forma de potenciar la acción de los grupos, de canalizar o aumentar la productividad, de incrementar la creatividad de los grupos. Así, la técnica operativa de grupo es entendida por Pichon-Rivière como un instrumento que permita ganar en productividad, en creatividad, que permita potenciar la acción (adaptación activa a la realidad).

Esta relación de semejanza y diferencia entre lo que es grupo en general y el grupo operativo –la técnica operativa de grupo– será una constante en la concepción grupal de Pichon, quien realizará continuas referencias a uno u otro plano.

⁴³² El otro “organizador” del grupo, según Pampliega de Quiroga, 1977, 1984.

Parece necesario plantear las diversas nociones que fundamentan el grupo operativo en su relación con lo grupal en general, y posteriormente, los procedimientos de la técnica.

Pichon dice, en “Conversaciones...” (1976), que “un grupo es operativo cuando apunta a una dirección determinada para comprenderlo y dirigirlo. El grupo operativo es un instrumento para lograr una praxis”. Es decir, el grupo operativo apunta a una dirección, el grupo operativo tiene una direccionalidad. Y esa direccionalidad está dada por la idea de tarea, del objetivo como lo que da sentido al grupo.

Grupo centrado en la tarea y tarea como objetivo.

Constituye la primera definición de tarea y de grupo de Pichon: grupo operativo: centrado en la tarea.⁴³³ Y esto coloca a esta idea de grupo en un espacio distinto a otras corrientes. Por ejemplo, aquella para la que grupo es igual a dinámica grupal, donde el juego vincular, o mejor dicho, una parte del mismo (excluyen al líder, al que se cree fuera del grupo...) parece ser el quid grupal, su realidad. En grupo operativo no es así, sino que se trata de grupo y tarea. En cierto sentido no puede haber grupo sin tarea; en todo caso, esto sucede sólo eventualmente, como una situación de tránsito, o de crisis. Por ejemplo, cuando en términos dinámicos, hay una ruptura grupal; o al comienzo, cuando todavía no hay grupo (hay otra cosa: serie, agrupamiento, etc.), aquí grupo sin tarea se referiría a una situación anómala, inestable. También puede pensarse en grupo sin tarea cuando el mismo se transformó en organización o institución: ya sólo tiene funciones, etc., la tarea como instituyente ya se ha dado, lo preponderante es lo propiamente reproductivo, etc.

La propuesta pichoniana, si posee alguna especificidad y diferencia respecto de otras corrientes y modelos, posiblemente reside en esto: postula la tarea como fundamento del grupo. Es decir, se propone la tarea como eje del grupo, es decir, como algo que no son los integrantes, pero que es de ellos, algo (un producto a producir) que harán ellos, a partir de sí mismos, pero que no se confunde con ellos. Puede afirmarse

⁴³³ La expresión ‘centrado en’ ha sido utilizada por Pichon con connotaciones propias: ‘centrado’ es diferente a ‘concentrado’ y a ‘dispersado’. Más aún, ‘centrado en’ implicó siempre una amalgama de movimientos de concentración y dispersión, cuestiones que aparecerán ligadas a diversos procesos: asociación libre y atención flotante, destrucción y reparación del objeto (de conocimiento), ligazón y desligazón pulsional, etc.

que esto coloca, de forma precisa y consistente, esta idea de grupo en un espacio distinto a otras perspectivas grupales.

En realidad, estas consideraciones se basan en una idea de la tarea en tanto objeto y finalidad (del grupo). Si bien esta consideración se encuentra ya desde sus primeros textos, recién en sus últimos artículos será donde esto se exponga con toda claridad (también puede verse en algunas elaboraciones de autores grupalistas posteriores a Pichon).

Se establece un símil con la idea marxista de que el productor –el trabajador–, al “realizar” el producto, se transformaba a sí mismo. Un proceso similar se produciría en el grupo; se trata de tarea como finalidad del grupo, y como producto del mismo, como ‘trabajo’ grupal.

Una connotación similar es la que comprende la tarea como finalidad: se trata de “lograr” la tarea, de llegar a, de alcanzarla. Así, se deriva algo en relación con la creatividad, y se trataría entonces de tarea = obra. Se abre aquí toda la problemática de la sublimación, del ‘acto creador’, de la creación. No parece que este sentido de la tarea como finalidad del trabajo grupal –trabajo que es de cada uno– sea ajena al propio Pichon, si se tienen en cuenta sus elaboraciones sobre el tema.⁴³⁴

La tarea como “encargo”.

Una especificación importante de la noción de tarea es su connotación en relación con los ‘encargos sociales’. Es decir, tarea = encargo. Encargos o pedidos sociales, en tanto actividades que se espera sean desarrolladas por tal o cual agente social. Encargos, pedidos, o bien, ‘demandas’ sociales al grupo. La demanda en juego en cada grupo, ya provenga de los propios integrantes o de otros (que envían a aquéllos al grupo), constituye un eje central en su desarrollo.

La tarea, si bien es una noción que se refiere al hacer de los integrantes del grupo está siempre connotada (y sobredeterminada) por el contexto, en la medida que constituye parte de la demanda social (muchas veces como demanda institucional). Y la referencia a la relación entre el encargo y la demanda, en tanto manifiesto (encargo) y

⁴³⁴ En 1976, en uno de sus últimos materiales publicados, Pichon dice: “... para ser grupo –terapéutico u operativo– se requiere, indispensablemente, hacer eje en la creación” (Zito Lema, 1976, pág. 113). Los

latente (demanda) se convierte en fundamental. En el grupo estos conceptos generales (encargo, demanda, etc.) serán especificados a través de la conceptualización de la tarea manifiesta y la tarea latente, aspectos que serán desarrollados más adelante.

La especificación de la tarea en términos de labor, y de obra, como hemos descrito anteriormente remite a una dimensión esencial: el trabajo. Así, tarea se asimila a trabajo, al trabajo de los integrantes del grupo. El trabajo agrega un plus, un valor, algo que no había antes de ser realizado; constituye una producción (colectiva). Esta delimitación de la tarea apunta también a la operatividad, en el sentido de si el grupo es operativo o no lo es, si realiza el trabajo, si agrega ese plus o no lo hace.

También se da otra posibilidad: que el trabajo sea realizado para otros, lo que corresponde a lo que puede llamarse una dimensión alienada de la tarea. Y se da cuando el producto no es “para sí” (se curan para otros, aprenden para otros, etc.; son “mandados” al grupo...). Esta relación entre la tarea (o trabajo) y cierta dimensión de la alienación sucede también cuando los coordinadores (terapeutas, monitores, jefes, etc.) se apropian de lo producido: ya sea en el campo del saber (sólo ellos saben; los integrantes del grupo aprenden de sus coordinadores, etc.), como en el campo del deseo (son los líderes, ‘administran’ sus deseos, el poder se concentra, etc.).

Grupo y tareas tipo: aprendizaje y terapia.

Desde su inicio, y especialmente a partir de la segunda guerra mundial, las corrientes grupales se postulan con la intención explícita de resolver ciertas problemáticas, cierto nivel de los conflictos sociales resultantes de esos años de conmoción social y económica (especialmente en relación con las psicoterapias). A la vez, desde la pedagogía se aportarían diversos instrumentos teóricos y técnicos que se incorporaban a las prácticas grupales.

El grupo operativo se inserta en esas mismas coordenadas, donde el aprendizaje y la terapia constituyeron sus ejes fundamentales, si bien es verdad que el mismo Pichon ya planteó su extensión a otras áreas. El trabajo con grupos en las instituciones, especialmente en situaciones de conflicto y de formación de profesionales se constituyó también en un núcleo importante, si bien quedaría subordinado a alguna de las dos

procesos que puedan conducir a la creación (los procesos sublimatorios) siempre constituyeron una importante preocupación para Pichon (puede verse un desarrollo de este tema en el capítulo 9).

tareas fundamentales: terapia (en el sentido de resolución de conflictos) y aprendizaje (cuestiones de formación de profesionales, o de estudiantes).⁴³⁵

La relación terapia-aprendizaje es compleja. Se ha propuesto que constituyen un continuo, si bien Pichon nunca lo llevó hasta tal extremo, y mantuvo una diferencia sustancial entre ambos procesos grupales. Pero sí insistió en la importancia de considerar los aspectos terapéuticos de todo aprendizaje, y viceversa, los elementos de aprendizaje existentes en cualquier proceso terapéutico.

Una derivación de esa relación entre terapia y aprendizaje lo constituye una clasificación que fue utilizada por muchos coordinadores de grupo: grupo terapéutico y grupo operativo. Se enfatiza sobre la diferencia entre ambos tipos de tarea: terapia (grupo terapéutico) y aprendizaje (grupo operativo). Pichon aceptó esa diferencia, si bien la subordinaba a la operatividad: como se ha visto, todo grupo podía (o no) ser operativo, y otra cuestión distinta era el manejo técnico del mismo. En todo caso, la implementación técnica de ambos tipos de tarea no fue diferenciada por Pichon.

Este desplazamiento y reducción de lo operativo al aprendizaje (que considera al grupo operativo como un grupo de aprendizaje, y como tal, diferenciado de los grupos terapéuticos) encuentra, en parte, una justificación en la propia historia de las prácticas grupales, que se desarrollaron en instituciones de salud y educativas.

Para los grupos operativos, el eje inicial fue el aprendizaje –de psiquiatría, psicología, psicología social– y posteriormente, las psicoterapias –con pacientes con diversas patologías–. Los grupos operativos, tanto desde su inicio (a principios de los 50) como en su dilatado desarrollo en la década siguiente se centraron en esas dos áreas: salud y formación. De todos modos, no hay que olvidar que el enfoque psicosocial que se deriva de la propuesta pichoniana hizo que no sólo se utilizara la técnica operativa en centros hospitalarios o ambulatorios, sino en otros ámbitos institucionales: educativos, comunitarios, etc.

⁴³⁵ En todos esos años (de los 50 a los 70) existía una sostenida preocupación por los problemas de la formación tanto de psiquiatras (en la universidad, en los hospitales), de psicoanalistas (APA), como posteriormente de los psicólogos (universidad, y organizaciones diversas). Puede observarse en muchos textos de esos años. Además de los mencionados en capítulos anteriores, puede verse en diversas publicaciones: Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, Revista Argentina de Psicología, Revista de Psicoanálisis, etc.

11.2. La noción central: tarea.

Las diversas especificaciones de la tarea.

Este concepto, fundamental y constitutivo del modelo grupal pichoniano, fue variando a lo largo del tiempo, tanto en su delimitación conceptual como en sus alcances. Desde las primeras formulaciones, en 1960, hasta 1970-72, cuando aparecen sus últimas especificaciones, puede observarse la construcción del modelo. Si bien en ocasiones los textos de Pichon son un tanto repetitivos –proviene en su mayoría de clases o conferencias; pocos de ellos fueron elaborados para ser publicados–, el concepto de tarea va incorporando diversos matices a lo largo de los diversos artículos, que deben ser considerados para una adecuada comprensión del tema. Pichon-Rivière se refiere a la tarea en diversas ocasiones: 1960a, 1960c, 1961, 1964, 1965b, 1965-66, 1969b, 1970d, 1970f, 1972a y 1972b.

Elaboración de ansiedades básicas.

El primer texto en que Pichon habla de tarea se titula: “Técnica de los grupos operativos” –de 1960– artículo importante en cuanto a sus referencias al modelo grupal; fue escrito en colaboración con destacados discípulos: José Bleger, David Liberman y Edgardo Rolla⁴³⁶. Es significativo que ese inicio se encuentre justamente en un artículo que ya muestra un alcance preciso: el grupo operativo como una técnica, como un instrumento de intervención (en el artículo se relata la “experiencia Rosario”, que marca el inicio preciso del grupo operativo).

En este artículo ya se postulan los elementos que serán fundamentales: la preocupación de Pichon de ligar teoría y práctica y el hecho de señalar los fines –o propósitos– del grupo como constitutivos del mismo. La movilización de estereotipos

⁴³⁶ Fue publicado –y aparentemente escrito para la ocasión– en Acta Neuropsiquiátrica Argentina, 1967, nº 6. Esa revista –a la que se ha hecho referencia en capítulos anteriores–, que después de diversos cambios continuaría como Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina constituyó un importante núcleo de referencia para la psiquiatría dinámica, la psicoterapia y también el psicoanálisis. En el mismo número de la revista aparece también otro artículo de Pichon, con un sugestivo tema: “Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal”.

constituye un eje fundamental; la elaboración de las ansiedades básicas será la forma en que la estructura estereotipada –y por tanto, incorrecta o inadecuada para abordar las situaciones conflictivas– sea modificada: “Teoría y práctica se integran en una praxis concreta, adquiriendo ésta su fuerza operativa en el campo mismo del trabajo, en forma de logros determinados que siguen una espiral dialéctica” (1960c, pág. 269).

“Podemos resumir las finalidades y propósitos de los grupos operativos diciendo que la actividad está centrada en la movilización de estructuras estereotipadas, dificultades de aprendizaje y comunicación, debidas al monto de ansiedad que despierta todo cambio (ansiedad depresiva por abandono del vínculo anterior y ansiedad paranoide creada por el vínculo nuevo y la inseguridad). Estas dos ansiedades son coexistentes y cooperantes, y si son intensas pueden lograr el cierre del sistema (círculo vicioso)” (1960c, pág. 273).

“La técnica de estos grupos está centrada en la tarea donde teoría y práctica se resuelven en una praxis permanente y concreta en el ‘aquí y ahora’ de cada campo señalado. Las finalidades y propósitos de los grupos operativos pueden resumirse diciendo que su actividad está centrada en la movilización de estructuras, estereotipadas a causa del monto de ansiedad que despierta todo cambio (ansiedad depresiva por abandono del vínculo anterior y ansiedad paranoide creada por el vínculo nuevo y la inseguridad consiguiente). En el grupo operativo, el esclarecimiento, la comunicación, el aprendizaje y la resolución de tareas coinciden con la curación, creándose así un nuevo esquema referencial” (pág. 275).

En otro importante artículo de esos años, “Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal” –1960–, y en referencia a la tarea en un grupo familiar, la noción es claramente especificada. En ese momento tarea aparece definida como movilización y trabajo sobre las ansiedades (depresivas y paranoides) frente al cambio; años después esto configurará la tarea latente, e incluso aspectos de la pretarea:

“El campo de la tarea tiene por base una situación triangular, debiendo comprenderse e interpretarse el vínculo transferencial dentro de este contexto triangular. La familia se reorganiza en la tarea de luchar contra la ansiedad del grupo acaparada por su portavoz (el paciente). Los roles se redistribuyen y llegan a operar como liderazgos funcionales. Los mecanismos de segregación que contribuyeron a alienar al paciente disminuyen. Las ansiedades son redistribuidas, el estereotipo pierde su rigidez y el grupo puede enfrentar

situaciones de cambio. La *droga favorece la ruptura del estereotipo* y, por la acción del esclarecimiento psicoterápico, el grupo se integra tomando ahora la característica de una estructura funcional” (1960a, pág. 187).

Procesos de comunicación y aprendizaje.

En 1961, en el discurso pronunciado como Presidente del Segundo Congreso de Psiquiatría, Pichon establecerá algunas precisiones fundamentales.

Por una parte, define que la tarea depende del campo operativo del grupo, y se referirá a la tarea de un grupo terapéutico y a la tarea de un grupo de aprendizaje. También expresa la idea del grupo operativo no sólo como una técnica, sino como un ideal, como una meta, en el sentido de que un ‘verdadero’ grupo operativo es aquel que ‘se arregla’ con sus ansiedades, con sus conflictos, etc.

Aunque es algo extensa, vale la pena el propio texto del autor: “Los grupos operativos o comunidades del mismo tipo tienen su actividad centrada en la movilización de estructuras estereotipadas, dificultades de aprendizaje y comunicación provocadas por el monto de ansiedad que despierta *todo cambio*. Los grupos pueden ser verticales, horizontales, homogéneos o heterogéneos, primarios o secundarios pero en todos debe observarse una diferenciación progresiva, es decir, una heterogeneidad adquirida en la medida que aumenta la *homogeneidad en la tarea*. Dicha tarea depende del campo operativo del grupo; en un grupo *terapéutico*, la tarea es resolver el común denominador de la ansiedad del grupo, que adquiere en cada miembro características particulares; es la curación de la enfermedad del grupo. Sí se trata de un grupo de aprendizaje de psiquiatría o psicología clínica, la tarea consiste en la resolución de las ansiedades ligadas al aprendizaje de estas disciplinas, facilitándose así la asimilación de una información realmente operativa. El propósito general es el *esclarecimiento* dado en términos de los miedos básicos, aprendizaje, comunicación, marco de referencia, semántica, decisiones, etc. De esta manera coinciden el aprendizaje, la comunicación, el esclarecimiento y la resolución de la tarea con la curación del grupo.

“La aplicación de estas técnicas a grupos primarios (la familia, por ejemplo), donde la tarea es curar a alguno de sus miembros, ofrece el ejemplo más evidente de lo que es un grupo operativo. Lo mismo podríamos decir en el campo de la delincuencia juvenil; se trata aquí de convertir a una banda o pandilla en un grupo operativo a quien se le asigna una tarea social constructiva. En el caso de la familia, ésta se reorganiza, mejor dicho se

organiza, contra la ansiedad del grupo acaparada por su portavoz, el enfermo. Los papeles se redistribuyen con características de liderazgos funcionales, los mecanismos de segregación que alienan al paciente se debilitan progresivamente, la ansiedad es redistribuida, cada uno se hace cargo de una cantidad determinada de ésta, o sea, de una responsabilidad específica. De este modo, el grupo familiar se transforma en una empresa y el negocio que realiza es la curación de la ansiedad del grupo” (1961, pág. 230).

Parece importante señalar la imbricación importante que tuvo el grupo operativo en relación con la formación y con el aprendizaje: los estudiantes de psiquiatría, de psicología y psicoanálisis constituyen una preocupación permanente del docente Pichon-Rivière. Así, la idea del grupo y de la tarea como elaboración de ansiedades, ansiedades frente al cambio, etc., no se refieren ya solamente a la emergencia de las mismas en el grupo familiar ‘enfermo’, sino a las ansiedades y conflictos derivados de la propia materia en aprendizaje. En un artículo que no tiene fecha de publicación –fines de los 50?–, “La psiquiatría en el contexto de los estudios médicos”, Pichon se refiere a la problemática grupal en relación con el aprendizaje y especifica el lugar de los grupos de aprendizaje (entendidos como grupos operativos): entre los grupos de enseñanza y los grupos de psicoterapia:

“El propósito es resolver en el campo mismo del aprendizaje la frecuente y perturbadora división entre teoría y práctica” (s/f a, pág. 240).

“Entre estos dos extremos [grupos de enseñanza y grupos de psicoterapia] se ubican los *grupos de aprendizaje* (Pichon-Rivière, Bermann, Fey, Ganzarain, etc.), en que el factor aprendizaje se conjuga con la psicoterapia. La diferencia con los anteriores es que hay un tema de estudio; pero, con ese punto de partida, se alcanzan los factores emocionales que intervienen en la dinámica grupal. En los grupos de aprendizaje dirigidos por uno de nosotros (Pichon-Rivière), el tema en estudio es la tarea misma de la vocación y el aprendizaje. A través de su análisis pueden irse enseñando la fenomenología psiquiátrica y la psicodinámica, al par que se cumple una tarea de clarificación y de psicoterapia que *limpia* el campo del aprendizaje” (s/f a, pág. 241).

El siguiente artículo que contiene referencias importantes en cuanto al concepto de tarea es de 1964, “La noción de tarea en psiquiatría”, escrito en colaboración con Armando Bauleo. El texto se refiere a la situación terapéutica individual –no hace referencias al grupo–; y el análisis se centra en aspectos metodológicos de la

intervención terapéutica. Así, se postulan ‘momentos’: tarea, pretarea y proyecto, dando inicio a un conjunto conceptual que se extendería considerablemente. Si bien es indicado como trabajo inédito de 1964, parece más propia su inclusión junto a artículos posteriores; su contenido corresponde al tipo de discurso y de problemas que Pichon expone en 1970.⁴³⁷

Tarea y elaboración de un esquema referencial (de un Ecro).

Un texto fundamental en la obra pichoniana es el titulado “Grupos operativos y enfermedad única”, de 1965; allí se desarrollan los aspectos fundamentales de la teoría de la enfermedad única y de la teoría y técnica de los grupos operativos.⁴³⁸ Contiene varias ideas importantes en relación con el concepto de tarea y su imbricación con el conjunto nocional utilizado por Pichon.

La caracterización de la tarea en relación con los procesos de comunicación y aprendizaje es fundamental: “La tarea que adquiere prioridad en un grupo es la elaboración de un esquema referencial común, condición básica para el establecimiento de la comunicación...” (1965b, pág. 283). Y también: “Insistimos en destacar la significancia que los procesos de aprendizaje y comunicación tienen en el ámbito de la situación grupal. Por ellos se hace posible aquello que designamos como *tarea*, es decir, elaboración de la situación patogenética y de la consecuente perturbación de la lectura de la realidad” (pág. 291).

⁴³⁷ La cuestión de las fechas, y los momentos en que fueron apareciendo los diversos escritos de Pichon no parecen elementos desprovistos de significación, al igual que los escritos individualmente, o en colaboración con otros autores. Como se dijo, diversos artículos fueron firmados conjuntamente por Pichon y algunos de sus discípulos, aunque la mayoría aparecen firmados por el mismo Pichon. Sin embargo, en muchos de sus textos –especialmente en sus últimos años– puede observarse diferencias de estilo, semánticas, de sintaxis, etc., que evidencian la participación de otros autores. Más allá de la generosidad de Pichon, hay que suponer un esfuerzo importante, por parte de sus discípulos, para condensar, esquematizar y divulgar las ideas del maestro –en una época en que las polémicas intelectuales eran intensas–. Como ejemplo de esto pueden verse los artículos firmados en colaboración: 1940b, 1956, 1960c, 1964, 1966/67, 1967b, 1969a, 1969c, 1970a, 1972b, 195?, s/f. Sus diversos colaboradores: Rascovsky, Abadi, Rodrigué, Bleger, Liberman, Rolla, Etchegoyen, Bauleo, Pampliega de Quiroga y varios más.

De todos modos, un análisis pormenorizado de esta circunstancia excede el ámbito de esta tesis, ya que exigiría una derivación temática considerable, perdiendo el eje de la misma, que es el análisis del modelo grupal.

⁴³⁸ Es interesante señalar la referencia que se hace al mismo: “desarrollo actualizado de la introducción metodológica al correlato de los Dres. Pichon-Rivière y Korob presentado en el Congreso Internacional de Psiquiatría, Madrid, 1965”.

Por la índole y destino del artículo, la tarea se define en tanto tarea terapéutica, si bien el alcance es más general, se trata –siempre–, de la resolución de conflictivas, de situaciones de resistencia al cambio, de modificaciones de esquemas de referencia (en la curación, en el aprendizaje y –agregaríamos hoy– en diversas situaciones institucionales):

“Cuando la tarea que se propone a los integrantes del grupo es la de la ‘curación’ (en nuestro esquema, la disminución de las ansiedades psicóticas), éstos, al compartir un esquema referencial, pueden reiniciar su aprendizaje, la refacción de sus redes de comunicación averiadas durante el proceso de enfermedad, fortalecer su yo para abordar y destruir la resistencia al cambio y reorganizar una nueva etapa, cuya evaluación realizamos sobre la base de los criterios de adaptación activa a la realidad, modificación de sí u operación en el medio” (pág. 284).

Si bien es inevitable cierta modalidad repetitiva, el énfasis diverso en la exposición justifica un acercamiento más: “En la medida en que un grupo operativo, que se propone como tarea explícita la curación de sus integrantes, se centra en la ruptura de los estereotipos de la comunicación y de los mecanismos de adjudicación y asunción de roles, se permite a los pacientes una modificación de los vínculos internos y externos. Esta operación correctora hará posible un abordaje más plástico de la realidad, una conducta adaptativa creadora, con capacidad de planificación y proyecto personal”. (pág. 286).

La idea del grupo en tanto centrado en la tarea lleva a establecer una estrecha relación entre los conceptos referidos a la existencia y movimiento del grupo y el concepto fundamental, la tarea, tal como ha podido observarse en los comentarios y citas anteriores. En todo caso, hay que destacar que en este momento Pichon propone la idea de construcción de un esquema referencial común como un proceso fundamental en el desarrollo grupal. Su noción de ECRO, esquema conceptual referencial y operativo es también otro articulador básico en sus ideas sobre grupos.⁴³⁹

El interjuego de roles.

Otro elemento a destacar es la inclusión del movimiento de roles (adjudicación, asunción, plasticidad, etc.) como índice tanto de la ‘operatividad’ de un grupo como de la forma en que realiza su tarea. En este sentido es clara la mención realizada en el

artículo “Grupos familiares. Un enfoque operativo”, resultado de un curso dictado en 1965-66:

“Un grupo familiar que posee una buena red de comunicación, que se desenvuelve eficazmente en su tarea, es un grupo operativo, en el que cada miembro tiene asignado un rol específico, pero con un grado de plasticidad total, que le permite asumir otros roles funcionales. Esta capacidad de asunción de roles (potencial de reemplazo en la emergencia) constituye un elemento a considerar para el pronóstico del grupo familiar. En el asumir roles necesitados situacionalmente se configura un proceso de aprendizaje de la realidad, tarea fundamental del grupo” (1965-66, pág. 210).

El interjuego de roles constituye un aspecto importante en la teoría pichoniana, y diversos desarrollos conducirán a Pichon a darle un rango tanto en la propia estructura y función del grupo, como a utilizar la observación del interjuego de roles como instrumento técnico (para la coordinación del grupo); se ha postulado a Pichon como un continuador de la tradición inaugurada por Lewin y Mead.

Una digresión: el estilo de Pichon en sus textos, ya provengan de cursos, conferencias o de escritos le lleva a incluir varios y diversos niveles del tema en una misma formulación –como puede verse en las abundantes citas realizadas–; sólo una atenta lectura permitirá captar las diferencias de matices –y en ocasiones, giros conceptuales–. Así, en un par de párrafos incluye buena parte del denso conjunto de nociones teóricas utilizadas en la construcción del modelo. Es una dificultad con la que hay que contar. Algún integrante de un grupo operativo lo dijo con simpatía, más o menos así: “cuando uno lee a Pichon piensa que el texto es confuso o ecléctico, que se repite..., pero luego se parece a lo que sucede cuando uno está en un grupo, es decir, múltiples planos y direcciones en una amalgama que no es fácil reunir...”

Tarea explícita y tarea implícita.

En otro artículo fundamental del desarrollo pichoniano, en 1969, “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales”, su autor expone otras variaciones alrededor del concepto de tarea.⁴⁴⁰ Es un artículo complejo, con mucha

⁴³⁹ Puede verse un desarrollo del tema en el capítulo siguiente.

⁴⁴⁰ Este artículo, “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales” puede tomarse como un punto de inflexión tanto en la producción escrita como en la propia elaboración de Pichon-Rivière. En esa época, de profundas conmociones sociales y movilizaciones políticas y sindicales,

elaboración e inclusión de todos los temas fundamentales tratados hasta aquí. Pichon se refiere a una delimitación que será fundamental en el modelo grupal: la tarea explícita y la tarea implícita y las refiere a la elaboración de las ansiedades básicas; nuevamente la noción de resistencia al cambio constituye el eje de la intervención:

“La técnica de grupos creada por nosotros, llamada de *grupos operativos*, se caracteriza por estar centrada en forma explícita en una tarea que puede ser el aprendizaje, la curación (en este sentido abarca a los grupos terapéuticos), el diagnóstico de las dificultades de una organización laboral, la creación publicitaria, etc. Bajo esta tarea explícita subyace otra implícita, que apunta a la ruptura, a través del esclarecimiento, de las pautas estereotipadas que dificultan el aprendizaje y la comunicación, significando un obstáculo frente a toda situación de progreso o cambio.

“La tarea consiste entonces en la elaboración de dos ansiedades básicas, miedo a la pérdida (ansiedad depresiva) de las estructuras existentes y miedo al ataque (ansiedad paranoide) en la nueva situación, proviniendo esta última de nuevas estructuras en las que el sujeto se siente inseguro por carencia de instrumentación. Estas dos ansiedades, coexistentes y cooperantes, configuran la situación básica de resistencia al cambio que debe ser superada, en el grupo operativo, en un acontecer grupal en el que se cumplen los tres momentos dialécticos de tesis, antítesis y síntesis, por un proceso de esclarecimiento que va de lo explícito a lo implícito”(1969b, pág. 315).

Como puede observarse, el esfuerzo de síntesis es notable: las diversas elaboraciones parciales son expuestas ahora en conjunto. Las ansiedades básicas como base de la resistencia al cambio y la tarea explícita e implícita parecen constituir los nudos donde se cruzan el resto de planos expuestos.

El “estancamiento del aprendizaje” y “el deterioro de la comunicación” son aspectos del conflicto que indican el sentido de la tarea del grupo⁴⁴¹: ésta consistirá en

Pichon explicita con claridad lo que llamó su pasaje “del psicoanálisis a la psicología social”. Su auditorio, en esos años, ya no era solamente el constituido por psiquiatras y psicoanalistas, sino por un sector que se mostraría muy perceptivo y dinámico frente a las transformaciones socioculturales y políticas de ese momento: los psicólogos, estudiantes de psicología, y otros colectivos profesionales cercanos. El texto indica su intención de colocarse en el centro de la polémica entre la psicología, la psicología social y el propio psicoanálisis: es publicado justamente en la revista que editaba la poco antes creada asociación de psicólogos de Buenos Aires.

⁴⁴¹ Es evidente la sensibilidad que muestra Pichon frente a diversos enfoques y posiciones relevantes en esos años: la teoría de la comunicación y las cuestiones enlazadas con esa perspectiva constituían un referente importante en el ambiente intelectual.

un abordaje que permita una elaboración tendente a la ruptura del estereotipo, indicativo de ese estancamiento y de ese deterioro (pág. 322).

La categorización de tarea explícita e implícita se enlaza con una dimensión fundamental en esos años: lo manifiesto y lo latente, categorías que ocuparon a una gran parte de las ciencias sociales y humanas durante largo tiempo. Si bien abordaremos más adelante algunos aspectos de esta cuestión, puede señalarse que el pionero de los grupos operativos también otorgaba a esta problemática un lugar primordial.

Ya en 1960 Pichon consideraba la dialéctica entre lo explícito y lo implícito como fundamental en el proceso grupal; sin embargo aún no lo articulaba en relación al concepto de tarea. Se refería a lo que consideraba fenómenos universales en los grupos y proponía el esquema del “cono invertido”, con el que buscaba mostrar la dialéctica entre lo explícito (contenidos emergentes, manifiestos) y lo implícito (situaciones básicas o “universales”); la “espiral dialéctica”, expresaba el movimiento (de aprendizaje, corrector o terapéutico) desde lo explícito a lo implícito (1960b, pág.196-199).

Tarea, pretarea y proyecto.

Será recién en 1969 cuando la relación entre tarea, pretarea y proyecto quede perfilada de forma inequívoca en la concepción de Pichon: tarea y pretarea se relacionan con la resistencia al cambio, mientras que el proyecto incluye no sólo el logro del objetivo, sino también la inclusión de la pérdida, del duelo por el propio grupo; una dimensión fundamental del proyecto es su referencia a la pérdida como dimensión fundamental en el sujeto:

“En términos de trabajo grupal podemos distinguir tres instancias: la *pretarea*, en la que se ponen en juego las técnicas defensivas del grupo movilizadas por la resistencia al cambio y destinadas a postergar la elaboración de las ansiedades que funcionan como obstáculo epistemológico. La *tarea* consiste precisamente en este abordaje donde el objeto de conocimiento se hace penetrable a través de una elaboración que implica la ruptura de la pauta estereotipada que funciona como estancamiento del aprendizaje y deterioro de la comunicación. El *proyecto* surge cuando se ha logrado una pertenencia de los miembros; se concreta entonces una *planificación*.”

“El grupo se plantea objetivos que van más allá del aquí y ahora, construyendo una estrategia destinada a alcanzar dicho objetivo. Pero dentro de ese aquí y ahora podemos interpretar que este proyecto, como todo mecanismo de creación, está destinado a superar la situación de muerte o de pérdida que vivencian los miembros cuando a través de la realización de la tarea advierten la posibilidad de la separación o finalización del grupo” (1969b, pág.322).

En otro artículo de ese momento, “Historia de la técnica de los grupos operativos” Pichon desarrolla de forma extensa todas estas especificaciones del concepto de tarea. Se trata de un artículo con fines claramente didácticos (más aún que el talante casi permanente del resto de sus escritos) y corresponde a una clase dictada por su autor, en la “Primera Escuela Privada de Psicología”, en mayo de 1970. Fue publicada por primera vez en 1980.⁴⁴²

En este artículo se continúa la misma línea expuesta hasta aquí, si bien se realiza una síntesis de la técnica grupal y sus diversos elementos. Abordaremos el análisis del mismo en el próximo apartado de este mismo capítulo.

La tarea en psiquiatría.

“La noción de tarea en psiquiatría” es el título de un artículo dedicado específicamente al concepto. Fue publicado en 1971, si bien se indica en el texto que era inédito, de 1964. En todo caso parece posterior a los otros dos artículos mencionados anteriormente (1969b, 1970d). Como dijimos, el artículo no contiene referencias explícitas a los grupos, si bien declara el intento de elaborar una reflexión desde una psicología social.

Noción de tarea en psicología social, noción de tarea en psiquiatría; tarea como un enfoque de la psicopatología, y el referente grupal... se da en forma implícita. Este texto muestra con claridad los “cruces” entre enfoques teóricos, entre posiciones ideológicas, y también sugiere una búsqueda de una ‘zona común’ entre la psiquiatría,

⁴⁴² Al igual que ha sucedido con otros “maestros”, sus elaboraciones y textos no siguen los mismos cauces que los de otros autores. Además, Pichon-Rivière no se ocupaba casi de la publicación de sus ideas. En la lectura de sus textos se aprecian estilos y formas diversas, sintaxis provenientes de orígenes diferentes, etc. Parece claro que muchos de sus textos tienen ‘arreglos’ diversos (cual los arreglos musicales?). Y la cuestión quizá tenga su relevancia. Se trata de algo relativo al conjunto de nociones que han pasado al ambiente intelectual y profesional como parte del entramado conceptual pichoniano.

el psicoanálisis y la psicología social.⁴⁴³ Parece pertinente una detallada recensión y análisis del artículo.

En el artículo se sostiene que la postulación de la noción de tarea tiene un doble propósito: constituye una noción para acercarse a la psicología social –esto es, una noción propia de la psicología social– y también una forma de enfocar la psicopatología. Sin embargo, no puede dejarse de lado que el tema de que se trata es de la noción de tarea ‘en psiquiatría’.

Antes que considerar la noción en su sustantividad –como dijimos, tarea en sentido fuerte–, se propone un uso metodológico de la misma. Para eso, la tarea se especifica en tres momentos: tarea, pretarea y proyecto. Estos momentos se consideran en una sucesión evolutiva⁴⁴⁴, y se consideran ‘posiciones terapéuticas’ lo que parece remitir a las posiciones postuladas por M. Klein (posición esquizoparanoide y posición depresiva).

Momento de la pretarea.

En la pretarea se encuentran las técnicas defensivas, que estructuran la resistencia al cambio. Esas técnicas defensivas están movilizadas por el incremento de las ansiedades de pérdida (ansiedad depresiva) y ataque (ansiedad esquizoparanoide).

“En la pretarea se ubican las técnicas defensivas que estructuran lo que se denomina la resistencia al cambio, movilizadas por el incremento de las ansiedades de pérdida y ataque” (Pichon-Rivière, 1964, pág. 59) Es evidente el intento de utilizar conceptos propios del psicoanálisis (ansiedades depresivas y paranoides: Klein) tanto como conceptos de la psicología social (resistencia al cambio: Lewin).

“Estas técnicas se emplean con la finalidad de postergar la elaboración de los miedos básicos; a su vez, estos últimos, al intensificarse, operan como obstáculo

Posiblemente no sea tan importante si Pichon dijo todo lo que se le adjudica, o quizá sí. En todo caso, queda evidente una cuestión: un cierto efecto de “grupalización” del discurso pichoniano.

⁴⁴³ Cabe agregar que el artículo aparece firmado por Pichon y por Bauleo; el estilo del artículo permite observar que no responde a la forma usual de Pichon, por lo que la participación de ambos en el mismo parece evidente. Hay que señalar que también otros artículos son firmados en colaboración; el maestro exponía de esa manera su forma de pensar, permitiendo ciertas inflexiones dadas por sus discípulos, si bien manteniendo lo fundamental de sus ideas.

⁴⁴⁴ Es válido aquí lo mencionado anteriormente: la idea de momentos, de momentos evolutivos, está en consonancia con el estado intelectual de esos años, donde prima una lectura marxista y estructuralista en las ciencias sociales.

epistemológico en la lectura de la realidad” (pág. 59). Esta mención a la idea de Bachelard (“obstáculo epistemológico”) será mantenida por Pichon de forma persistente, y opera como pasaje entre el concepto de resistencia –en términos psicoanalíticos– y resistencia al cambio.

Sin embargo, no puede evitarse cierto solapamiento entre lo que puede denominarse como lo real y lo fantaseado, consecuencia de cierto empirismo –ora explícito, ora implícito– en la perspectiva del autor.

A partir de un supuesto de origen dialéctico, de oposición entre contrarios, se propone una oposición entre el ‘cambio’ y la ‘resistencia al cambio’ (algo clásico en la psicología social y en la sociología de esos años); también se expone esa oposición como tensión entre pasado y futuro, donde la pseudo solución sería el ‘como si’ o la impostura: “La pretarea también aparece como campo en el cual el proyecto y la resistencia al cambio serían las exigencias con signo opuesto y de creación de tensión; la búsqueda de salida a esta tensión se logra a través de una figura transaccional, resolución transitoria de la lucha: aparece el ‘como si’ o la impostura de la tarea. Se hace ‘como si’ se efectuara la labor especificada (o la conducta necesaria)” (pág. 59-60). Parece haber un intento de homologar la idea hegeliana de tesis, antítesis y síntesis, en los ‘momentos’ de tarea, pretarea y proyecto, si bien el tercer momento, el proyecto será ‘realizado’ en otro espacio y tiempo.

Las defensas propias de la pretarea son las características de la posición esquizoparanoide (M. Klein) o instrumental y patoplástica (Pichon-Rivière). Las disociaciones serán del pensar, del actuar y del sentir; la parte se toma como el todo, etc. La impostura, o el ‘como si’ aparece definida con cierta ambigüedad en el texto, posiblemente porque se confunden los planos grupales (como participante de grupo y como observador del mismo), diferencia que en todo caso es difícil mantener...

En todo caso el término es utilizado para designar los comportamientos propios del ‘como si’ y su uso parece plenamente justificado.⁴⁴⁵

⁴⁴⁵ Puede señalarse que el término ‘impostura’ ha variado en cuanto a su significación; en ocasiones la impostura –referida a la verdad como apariencia, al engaño en sentido radical, etc.– será entendida como constitutiva del sujeto mismo –en tanto sujeto neurótico, o mejor dicho, en tanto sujeto escindido–. Se trata de la figura de la impostura o del impostor, que no es lo que parece ser, ni es quien dice ser, etc., problemática fundamental tanto filosófica como epistemológica. No es inútil considerar aquí una acepción particular del término: según el Diccionario de la Real Academia, impostura es tanto una

El desarrollo textual conduce, entonces a contemplar la pretarea como las diversas “formas de no entrar en tarea”. Hay que señalar que aquí aparece esbozada una idea ‘superyoica’, normativizante de la noción de tarea; incluso una idea de que la pretarea aparece en tanto momento ‘patológico’.

Momento de la tarea.

“El momento de la tarea consiste en el abordaje y elaboración de ansiedades y la emergencia de una posición depresiva básica, en la que el objeto de conocimiento se hace penetrable por la ruptura de una pauta disociativa y estereotipada, que ha funcionado como factor de estancamiento en el aprendizaje de la realidad y de deterioro en la red de comunicación. [...] El sujeto aparecería con una “percepción global” de los elementos en juego, con la posibilidad de manipuleo sobre ellos y con un contacto con la realidad en el cual, por un lado, le es accesible el ajuste perceptivo, es decir, su ubicación como sujeto, y por el otro lado puede elaborar estrategias y tácticas mediante las cuales intervenir en las situaciones (proyecto de vida), provocando transformaciones. Estas modificarán a su vez la situación, nueva entonces para el sujeto, con lo cual comienza otra vez el proceso (modelo de la espiral). En el pasaje de la pretarea a la tarea, el sujeto efectúa un salto, es decir, previa sumación cuantitativa de insight realiza un salto cualitativo durante el cual se personifica y establece una relación con el *otro* diferenciado”(pág. 61).

Esta cita permite apreciar el lugar y la función que ocupa la tarea en la perspectiva grupal pichoniana. Lo grupal, lo que puede pensarse como ‘entre varios’, aparece ya especificado cuando se menciona el “abordaje” de ansiedades, mientras que la “elaboración” de las mismas especifica lo individual, lo ‘de cada uno’.

Es un concepto central –como hemos afirmado ya– y, quizá por eso, en su delimitación se oscila entre la petición de principios y la descripción fenomenológica. Hay que señalar que en su desarrollo el artículo puede parecer confuso (desde ambigüedades semánticas a una cierta falta de concreción conceptual), si bien esto parece achacable al propio intento de rápida delimitación del tema considerado.

La ‘elaboración de ansiedades’ (Klein) en tanto objetivo mantiene una relación de semejanza, pero también –y quizá sea fundamental– de diferencia con la concepción

“imputación falsa y maliciosa” como un “fingimiento o engaño con apariencia de verdad”; es en este segundo sentido que cobra fuerza todo el tema de la impostura.

freudiana de ‘hacer consciente lo inconsciente’. Ambas referencias indican el objetivo de la terapia psicoanalítica; en el texto la referencia puede ser tomada respecto de la psicoterapia individual como al grupo psicoterapéutico, o de aprendizaje.

En cuanto a la ‘posición depresiva’, noción indicativa del objetivo analítico (‘elaboración de la posición depresiva’: M. Klein); en el texto parece ser considerada como la posición “ideal”; en el texto se lee: “se observa una coincidencia total [subrayamos total] de las distintas áreas de expresión fenoménica”. Y si bien se comprende en el conjunto del texto, parece evidente que se evita el plantear con más profundidad el proceso dialéctico en juego, entre tarea, pretarea y proyecto, donde avances y retrocesos se articulan en forma compleja, y para nada armónica. Antes bien, se sugiere un cierto modelo evolutivo. En todo caso, parece que desde ese planteamiento no se logra incluir con claridad el conflicto (Freud), elemento fundamental, fundante y permanente en cada sujeto, y también en cada grupo.

Se afirma que en la situación terapéutica, la transferencia y la contratransferencia ocurren principalmente en la pretarea. Nuevamente, aquí se aprecia la idea de considerar a pretarea en clave negativa, solo como obstáculo (hay que recordar que para Freud, la transferencia no era sólo un obstáculo, sino el propio motor de la terapia psicoanalítica); sin embargo, Pichon sostendrá la posición contraria: es a partir de la transferencia como puede realizarse la terapia psicoanalítica. Parece ser la noción de pretarea la que es difícil de articular con el conjunto nocional psicoanalítico, y lleva al autor a establecer estas divisiones que, en momentos, parecen excesivas.

En la cita realizada antes se afirma que en la tarea el sujeto tiene una “percepción global”, un ajuste perceptivo, en relación con la realidad. La frase exhibe un cierto sesgo empirista, o en todo caso una cierta formulación ecléctica.

En cuanto a la situación terapéutica, a la que Pichon llama ‘situación correctora’, se señala, en la misma línea de lo anterior, la importancia de la noción de pretarea no sólo en cuanto al paciente, sino también en referencia al terapeuta. Si éste confunde pretarea con tarea, compromete la propia marcha del proceso. Todo este proceso es denominado, un tanto excesivamente, “resistencias ideológicas a la praxis”. Como ya se ha planteado en otro momento, esta apreciación parece constituir una referencia al momento social y político de los 70, si bien es inevitable constatar una cierto solapamiento entre niveles y discursos: el político y el profesional.

Parece pertinente ampliar algo esta cuestión, explicitando nuestra opinión. En el artículo se menciona el ‘trabajo’ en una referencia elíptica al marxismo⁴⁴⁶, y en una clara aceptación de sus connotaciones ideológicas, se aclara que se utiliza como “para elaborar, con esquemas adecuados ciertas situaciones prácticas”. Es decir, la propuesta del empirismo. Una posición que propone algo como: usemos las teorías para realizar mejor nuestras prácticas, para “mejorar” o adecuar, no para transformar nuestras propias concepciones de la práctica... Es decir, el lewinismo en su faceta acrítica, nuevamente?, pero esta vez “mejorado” con aspectos provenientes del psicoanálisis? Algunos elementos indican que se trata de eso; esta perspectiva crítica con esta ideología empirista puede verse –con mayor o menor evidencia– en algunas lecturas hechas desde las corrientes grupalistas.⁴⁴⁷

Una acotación más a este matiz ‘crítico’ que hemos expuesto, respecto de lo afirmado en el artículo. Sólo desde una apertura que incluya no sólo el marco de la práctica psiquiátrica o psicoanalítica como tal (terapeuta-paciente), ni siquiera un proceso grupal concreto (grupo terapéutico, etc.), sino que se abra a un contexto diferente, como el marco o la dimensión institucional es posible incluir, con posibilidades reales de hacerlo operante, categorías de análisis crítico como las provenientes del marxismo o incluso, de la sociología crítica. De otra forma, se constituyen en elementos ‘disociados’, cautivos –nuevamente– de esa dicotomía de la que se intentaba dar cuenta: individuo-sociedad. Diversas perspectivas en esta línea han ido configurando, en los años posteriores a Pichon-Rivière una práctica en relación a esta problemática: corrientes grupalistas, de análisis institucionales, psicoanálisis e instituciones, son diversas denominaciones para un conjunto difuso, pero existente.

⁴⁴⁶ Hasta ese momento tanto en los ambientes profesionales de la psiquiatría como del psicoanálisis las posiciones marxistas eran inexistentes, o en todo caso, se manifestaban de forma atenuada y elíptica. Puede verse la segunda parte de esta tesis, donde se detalla este contexto sociocultural y algunos de sus condicionantes.

⁴⁴⁷ Puede verse en textos diversos, en algunos de forma manifiesta y en otros es fácilmente deducible a partir de sus postulados. Destaca aquí una característica importante –y nada inusual– en el ambiente intelectual argentino: la dificultad para expresar las diferencias y las críticas a personajes fundamentales; tal es el caso de Pichon-Rivière; si bien esto constituye un aspecto de un tema que no hemos abordado aquí –la continuidad o abandono de una perspectiva por parte de los seguidores y la dificultad para que eso sea manifiesto, en un contexto fuertemente conservador–, vale la pena señalarlo. Para un acercamiento a esta cuestión en relación con Pichon, puede verse los siguientes textos, de diverso origen y propósito: Bauleo, 1977, 1988; –y otros, 1975, 1983, 1990; De Brasi, 1990; Fernández, 1989; García, 1978; Saidón, 1989; Ulloa, 1995; y algunos artículos en la revista *Lo Grupal*.

El concepto con que se cierra el artículo es el de “situación”. Se propone la importancia de tener en cuenta al “sujeto, su relación con los otros y la situación”, incluso las mismas categorías fundamentales del artículo, tarea, pretarea y proyecto son denominadas ‘momentos situacionales’ que permiten el acercamiento y el diagnóstico.

Finalmente, el objetivo es poder operar teniendo en cuenta la relación entre el hombre y la situación, a partir del supuesto de “hombre en situación”, categoría tomada de Lagache (pág. 62). Es significativo este planteamiento en cuanto a Lagache, ya que sus propuestas habían sido retomadas por Pichon en su curso en la APA (publicadas como “Teoría del Vínculo”, en un planteo que intentaba incluir en el marco de la observación clínica otras dimensiones hasta ese momento desestimadas (1956-57, pág. 62 y sigs.).

Para finalizar, una puntualización: en el artículo no se habla de grupos (esa palabra no aparece mencionada en todo el artículo); en realidad, el título lo indica: se trata de la noción de tarea ‘en psiquiatría’. Quizá puede concluirse que aquí reside la fuerza del tema (en relación con la historia del propio Pichon), y –quizá– parte de su debilidad. La temática expuesta no resulta suficientemente anudada a otras perspectivas o referencias conceptuales, lo que podría dar mayor alcance conceptual, y por lo tanto, de comprensión e incluso interpretación del campo en cuestión.

Tarea como revisión de las fuentes ‘vulgares’ del esquema referencial:
grupo de aprendizaje.

Un giro importante se observa en el artículo de 1972, escrito en colaboración con Ana Pampliega de Quiroga, “Aportaciones a la didáctica de la Psicología Social”. Si bien se mantienen los lineamientos anteriores, que definían a la tarea en términos de estereotipos y de ansiedades básicas –miedo a la pérdida del objeto, miedo al ataque al yo–, esta vez hay un cambio de perspectiva.

Se postula una idea de trabajo de pensamiento, ligado a la revisión de las fuentes ‘vulgares’ del esquema referencial, a los esquemas previos. El objeto del grupo, la tarea del grupo será el análisis –y crítica– de la ideologías presentes en cada sujeto. Es decir, análisis dialéctico, análisis de las contradicciones existentes en cada sujeto, y en cada grupo.

“El análisis sistemático de las contradicciones (análisis dialéctico) constituye la tarea central del grupo. Este análisis apunta básicamente a indagar la infraestructura inconsciente de las ideologías que se ponen en juego en la interacción grupal. Estas ideologías, sistemas de representaciones con gran carga emocional, suelen no formar ni en cada sujeto, ni en cada unidad grupal, un núcleo coherente. La coexistencia interna al grupo y al sujeto de ideología del signo contrario determinan distintos montos de ambigüedad que se manifiestan como contradicción y estancamiento de la producción grupal (estereotipia). La técnica operativa apunta a que el grupo constituya un ECR0 de carácter dialéctico, donde las contradicciones relativas al campo de trabajo deben referirse al campo mismo de la tarea grupal (praxis)” (1972b, pág. 211).

Una interesante referencia en cuanto al aprendizaje de la psicología social –que para Pichon se inscribe en un espacio cercano a la psiquiatría y al psicoanálisis y en ese sentido puede afirmarse como una psicología social clínica– lo constituye la indicación de la importancia del trabajo sobre las situaciones cotidianas, sobre la vida cotidiana, forma privilegiada de la interacción para ese nivel de intervención (el grupal):

“Cuando la técnica operativa se aplica a un grupo centrado en el aprendizaje, en este caso particular, en el aprendizaje de la psicología social, éste parte del análisis de las situaciones cotidianas para alcanzar, en sucesivos momentos de comprensión, un conocimiento objetivo. [...] El acontecer del grupo centra así la investigación del aprendizaje de la psicología social en el fenómeno universal de la interacción, de donde surge el reconocimiento de sí y del otro en un diálogo y un intercambio permanentes que sigue una trayectoria en espiral. La información, la herramienta teórica, debe ser abordada desde lo cotidiano para hacerlo comprensible, para dar valor de uso a esa herramienta teórica en una praxis. De allí que insistamos en la importancia de partir del análisis de las llamadas fuentes cotidianas “vulgares” del esquema referencial” (pág. 211).

Como un rápido comentario final, puede observarse que los diversos modos en que Pichon fue considerando el grupo operativo y su concepto fundamental, la tarea, si bien varían a lo largo de sus diversas exposiciones, se mantiene en lo fundamental: el grupo se define en base a su quehacer, y los elementos fundamentales a considerar en su desarrollo serán los obstáculos, sean éstos conscientes o inconscientes, afectivos o intelectuales, epistemológicos o epistemofílicos. La intervención (coordinación) en el grupo atenderá así a la resistencia. Los obstáculos, o expresión de diversos conflictos se

referirán tanto a la comunicación como al aprendizaje, así como a la expresión de una malograda elaboración de las ansiedades básicas (temor a la pérdida y al ataque).

11.3. La tarea como dimensión constitutiva del grupo y su uso como noción metodológica.

Una vez desarrollado el concepto de tarea a través de las diversas aproximaciones que realizó el mismo Pichon-Rivière, y previamente a abordar otros conceptos importantes de su modelo grupal, parece conveniente realizar algunas especificaciones.⁴⁴⁸

La extensión de las prácticas grupales en base al modelo pichoniano ha sido ingente, y de uno u otro modo se ha enfatizado diversos aspectos del mismo. Algunas de esas prácticas se han mostrado fecundas; otras en cambio, parecen haber conducido a prácticas que se han diluido [o desvanecido?], perdiendo su especificidad.

Parece conveniente examinar algunas derivaciones a que conduce el modelo, con el fin de avanzar en la comprensión no sólo de la coherencia del mismo, sino también de sus posibles aplicaciones y derivaciones. Así, la relación entre tarea manifiesta y tarea latente, la noción de obstáculo y resistencia, y en fin, la operatividad grupal. Por otra parte, hay que tener en cuenta que se trata de cuestiones que han tenido diversas elaboraciones posteriores.

La especificidad del grupo operativo.

Como se ha visto anteriormente, la tarea constituye el concepto fundamental y primordial en el modelo del grupo operativo. Si bien desarrolla esta cuestión en diversos momentos, utilizaremos ahora la elaboración que realiza en 1970, donde intenta una mayor articulación entre las diversas nociones del modelo grupal. En un artículo de esa

⁴⁴⁸ Para la elaboración de estos párrafos hemos utilizado notas de un seminario sobre teoría grupal dictado en Madrid (Buzzaqui, 1993a), y algunas elaboraciones posteriores.

época, “Historia de la técnica de los grupos operativos”⁴⁴⁹, Pichon aborda esta cuestión y afirma que la especificidad del grupo operativo reside en que se trata de un grupo centrado en la tarea. En esa época su modelo grupal ya está totalmente desarrollado, y en sus escritos de esos años se observa un intento de sistematización en la exposición de los temas.

La especificación del grupo operativo como un grupo centrado en la tarea es propuesta como elemento diferenciador de otras corrientes de grupos. Pichon dice que:

“Para nosotros, la tarea es lo esencial del proceso grupal; por lo tanto en esta caracterización tenemos los tres tipos: a) centrados en el individuo, b) centrados en el grupo como un conjunto total, c) los grupos centrados en la tarea, aclarando que no es lo mismo tarea que grupo total” (1970d, pág. 234).

Esta definición del grupo operativo como grupo centrado en la tarea sirve para diferenciarlo de otras corrientes de grupos. Pichon dice que los grupos pueden clasificarse de acuerdo a las técnicas con las que se trabaja con ellos; de este modo, propone que la problemática no pasa tanto por una definición abstracta y formal del grupo sino por su forma de abordaje. Considera que hay técnicas que trabajan con el grupo centrado en los individuos –algunas técnicas psicoanalíticas, por ejemplo–, y hay otras técnicas que trabajan con el grupo centrado en el propio grupo –donde se trataría de la corriente más lewiniana–; la diferencia con el grupo operativo reside justamente en ese estar “centrado en la tarea”.

En esta especificación del grupo operativo la tarea es propuesta como un concepto metodológico, técnico incluso, y también propuesta en un nivel más básico, constitutivo del propio objeto, fundante, o ‘estructurante’ del mismo. De este modo, el concepto de tarea puede ser abordado en diversos planos, y desde varios puntos de vista: por una parte, la tarea como fundamento del grupo, y por otra, la tarea como noción que organiza la forma en que se trabaja en un grupo. Aunque es verdad que ambos niveles aparecen entremezclados (potencia o pobreza del modelo?), en parte debido al estilo abigarrado de Pichon, y en parte debido a la propia materia.⁴⁵⁰

⁴⁴⁹ Constituye uno de los últimos artículos publicados de forma “oficial”. Se trata de una clase dictada en 1970, en la Escuela de Psicología Social; fue publicada como artículo –póstumo– en la revista de la escuela, Temas de Psicología Social, recién en 1980.

⁴⁵⁰ En los últimos años parece haber una derivación hacia el aspecto metodológico: el concepto de tarea se usa para señalar, interpretar, etc., pero no tanto como fundamento mismo de la existencia del grupo.

Parece necesario precisar ambos niveles del concepto de tarea, su nivel metodológico (y técnico) y su nivel constitutivo, fundante del grupo.

La tarea como noción fundante del grupo.

Pichon-Rivière propone la noción de tarea con un alcance mayor que el de precisar aspectos para la observación del grupo; es decir, va más allá de los aspectos metodológicos (y técnicos) de la cuestión. Cuando se afirma que ‘lo específico del grupo operativo es la tarea’, se estaría planteando la noción de tarea como ‘fundante’, como estructurante del grupo (no hay grupo sin tarea, dirá Pichon).⁴⁵¹

Esta perspectiva (tarea-fundante) es sustancial, con ello se intenta encontrar un soporte, una ‘materialidad’ al trabajo grupal.

En el artículo que mencionamos, de 1970, se puede observar el énfasis en una posición materialista, incluso marxista. Se trata de los años 70, cuando el auge y avance de los procesos colectivos iba en esa dirección. Sin embargo, hay que destacar que esta connotación ‘materialista’ ya está presente en Pichon desde sus primeros trabajos grupales y a lo largo de toda su producción sobre grupos; puede verse en los diversos textos analizados anteriormente.

Hay que señalar que este planteamiento se hace en los años sesenta y setenta. Y esto supone una cuestión: hasta dónde ahora –en los años noventa–, puede mantenerse la vigencia de esas nociones?, o por el contrario, están en desuso, al menos en su intencionalidad original?

Por una parte, las nociones de tarea, pretarea y proyecto tienen que ver con una idea marxista estructuralista (althusseriana), con una idea de lo que era la ciencia, el conocimiento y de lo que era la ideología –lo que era transformador y lo que no lo era–. En ese contexto queda precisada la connotación que da Pichon a la idea de “tarea, pretarea y proyecto”: los obstáculos para lograr el objetivo constituyen la pretarea, el

⁴⁵¹ Tarea = organizador grupal. Pampliega de Quiroga considera la tarea como uno de los “organizadores” del grupo, además de “la mutua representación interna”, en un intento de consolidar la propuesta grupal pichoniana (1977, 1984). Por otro lado, Bion (1961), Anzieu (1975), Kaës (1976, 1993, 1994), etc., hablan de diversos organizadores. También Pommier (1984). Por último, puede considerarse el análisis que hace Maldavsky, donde propone no usar el concepto de organizador (que proviene de Spitz, referido a la estructuración del yo) sino hablar de “leyes” interindividuales, para lo cual se apoya en diversos conceptos freudianos (“Procesos y estructuras vinculares. Mecanismos, erogeneidad y lógicas”, 1991, capítulos 2, 3 y 4). Por nuestra parte, hemos trabajado esta temática en algunas ocasiones: Buzzaqui 1993a, 1993b, 1997.

objetivo es la tarea y el proyecto se realiza fuera del grupo, en otro lugar; puede decirse incluso que se trata de una cuestión del orden de lo utópico. Es un momento en que se puede hablar de proyectos, en los años 60-70, cuando la mayoría de los intelectuales y de los profesionales están bastante ligados a movimientos políticos –son seguidores de ideologías políticas de izquierda, se da la gran influencia de mayo del 68, etc.– y se busca articular todos los artificios técnicos de trabajo con propuestas políticas.

Parece claro que el planteamiento de Pichon en ese momento, en cuanto a afirmar que su diferencia con otras corrientes grupales reside en que se habla de grupos centrados en la tarea, tiene un alcance preciso: intenta dar una jerarquía y un sentido al concepto de tarea de orden metagrupal, de orden fundante de la misma existencia del grupo. De aquí surgirá una derivación importante: se plantearán dos clases o tipos de tarea, en términos genéricos: una es la terapia y otra el aprendizaje. Y ambas tareas tipo se plantearán en una relación compleja, de mutua articulación y no sin cierta contradicción.

El otro elemento a tener en cuenta en la formulación de Pichon acerca de la tarea reside en el desuso de la noción de proyecto. Si inicialmente la dialéctica se refería a “tarea, pretarea y proyecto”, lo cual respondía a una formulación precisa, posteriormente a Pichon muchos de los autores que se han ocupado de continuar desarrollando aspectos del modelo se ocupan de la diferenciación y articulación entre tarea y pretarea, casi exclusivamente. La idea del “proyecto” no es casi tenida en cuenta, exceptuando una consideración en relación con la pérdida (duelo) debida a la finalización del grupo. Es decir, un uso metodológico, pero lejano al alcance original, en que ‘la tarea es el proyecto’, en el sentido de objetivo grupal.

Es evidente que esta connotación del proyecto como constitutivo de la tarea está dada por el contexto (los movimientos utópicos y renovadores). Sin embargo, parece necesaria otra articulación con mayor solidez, pues en caso contrario, el modelo del grupo operativo no puede evitar aproximarse a una u otra de las otras perspectivas grupales descritas ya por el propio Pichon (psicoanálisis en grupo o dinámica de grupos).

Otra especificación de la idea de tarea como constitutiva del grupo puede observarse en la delimitación de la tarea de los coordinadores del grupo que realiza Pichon. Intenta otorgarle una amplitud mayor que la que resulta de su uso

metodológico, es decir: mantenimiento del encuadre, señalamiento, interpretación. Es interesante señalar el matiz con que Pichon vuelve a hablar de tarea de los coordinadores en el artículo “Aportaciones a la didáctica de la psicología social” (1972): ahí se dice que la tarea de los coordinadores es reflexionar con el grupo acerca de la relación de los integrantes entre sí y con la realidad. Recurre a una terminología muy anterior, donde el coordinador aparecía como co-pensador, como ayudante del grupo.

En las referencias realizadas hasta aquí el concepto de tarea es utilizado o extendido más allá de su uso metodológico. Podría decirse que son referencias a la noción de tarea en sentido fuerte. Con esto se quiere indicar que se trata de una noción fundamental en el modelo, y no de un concepto intermedio dentro del conjunto nocional del mismo. Se trataría de un concepto “fundante” de la situación grupal.

Con estas precisiones intentamos delimitar el posible aporte específico al campo de lo grupal que realizó Pichon con el modelo del grupo operativo. Se trata de ver hasta qué punto se puede sostener que la diferencia respecto de otras perspectivas grupales es ésta: grupo centrado en la tarea.

Posiblemente la especificación fundamental en esta idea de la tarea como constitutiva del grupo reside en la referencia a lo manifiesto y a lo latente.

La latencia grupal.

Ya a principios de los 60 Pichon planteaba esta problemática y se refería al “cono invertido” y la “espiral dialéctica” (movimiento de lo explícito a lo implícito), si bien lo hacía en referencia al proceso terapéutico pero no en cuanto al concepto de tarea (1960b).

Será recién a finales de los sesenta cuando Pichon defina la técnica del grupo operativo en relación a la tarea explícita y a la tarea implícita (1969b, 1970d). El proceso grupal reside en ese pasaje de lo explícito a lo implícito y se propone entonces, dos niveles en la tarea, o dos aspectos de la misma: tarea manifiesta y tarea latente.

Por otra parte, todas estas elaboraciones conducen a Pichon a afirmar que el trabajo en el grupo operativo busca hacer consciente lo inconsciente, que es la definición de Freud sobre aquello de lo que trata el psicoanálisis. Es decir, se plantea que la técnica operativa es una técnica psicoanalítica, donde se intenta hacer consciente lo inconsciente. Y este planteamiento complejiza todo el conjunto de nociones

utilizadas porque ya no se trata de latencia en términos de lo que se ve o no se ve solamente, de una observación fenomenológica exclusivamente, sino que Pichon intenta colocar una cuestión teórica precisa dentro del concepto de tarea: la relación con lo inconsciente.

Hay que destacar que en ese momento que Pichon busca consolidar su modelo grupal, la problemática de lo latente (en relación con lo inconsciente) es considerada fundamental. Desde diversas perspectivas y disciplinas se busca articular esas diversas problemáticas: inconsciente, latente, estructura.⁴⁵²

En el artículo mencionado Pichon se refiere a la cuestión: “¿En qué consiste nuestra técnica? Se puede decir que en dos aspectos fundamentales: el aspecto *manifiesto, explícito* y el aspecto *implícito, o latente*. En ese sentido nos acercamos a la técnica analítica que es en realidad *hacer consciente lo inconsciente*, o sea hacer explícito lo implícito. Desde un punto de vista técnico se parte generalmente de lo explícito para descubrir lo implícito con el fin de hacerlo explícito y así en un continuo movimiento espiralado” (Pichon-Rivière, 1970d, pág. 235)

Pichon establece una correspondencia entre los diversos términos, con lo que intenta especificar su concepto de tarea y el modelo grupal. Así, puede considerarse una homologación en sentido horizontal:

Manifiesto / explícito	=	Consciente
Latente / implícito	=	Inconsciente
		Ics = tópico; Ics + Pcs = descriptivo

El uso que hace Pichon de la noción de inconsciente en relación con las dimensiones explícita e implícita se refiere a lo que se conoce como “primera tópica”

⁴⁵² Estos temas eran considerados primordiales y desde diversas posiciones teóricas e ideológicas se abordaban aspectos de los mismos. Su amplitud es evidente e impide cualquier intento de simplificación. Como ilustración del interés que existía sobre el tema puede señalarse que en 1971, la Revista Argentina de Psicología dedicaba un número al tema: “Acerca del concepto de inconsciente”, incluyendo diversas aproximaciones (Caruso, Liberman, Sciarreta, Nudler, Sauri, etc.) y las polémicas correspondientes (RAP, 1971). En la misma revista, un artículo de Sauri muestra diversas conexiones con la lectura que hace Pichon de la cuestión acerca de lo latente (Sauri, 1971).

Un excelente análisis sobre la cuestión de la estructura grupal y su relación con lo latente puede verse en Bohoslavsky, 1977 (el artículo fue dedicado a Pichon, y escrito poco después de su muerte).

freudiana.⁴⁵³ Es decir, la consideración de tres instancias en el aparato psíquico: consciente, preconscious e inconsciente. De ahí se han derivado dos nociones diferenciadas: el inconsciente en sentido ‘tópico’ o inconsciente propiamente dicho, y el inconsciente en sentido general o descriptivo (el Ics tópico + el preconscious).

Por otra parte, hay que tener en cuenta la diferenciación que realiza Freud entre latente e inconsciente: son dos conceptos si bien conexos, estrictamente diferenciados, y responden a distintos niveles de complejidad. En todo caso, puede mencionarse la diferencia que establece Freud en el análisis del sueño: allí se referirá al deseo latente del sueño, y al deseo inconsciente del mismo, como procesos diferentes. En un caso se refiere al ‘trabajo’ del sueño, y en el otro, al deseo propiamente inconsciente. Como se ve, los términos en algunos sentidos son homologables, pero en otro son claramente diferentes.

Desde el uso que hace Pichon de las nociones de manifiesto y latente o de consciente e inconsciente, puede derivarse que su idea de que ‘el latente es el inconsciente’ implica que se trata del inconsciente en sentido tópico y también de lo preconscious. Puede verse en el gráfico siguiente estas relaciones entre manifiesto y latente, explícito e implícito, y consciente e inconsciente descriptivo (que incluye el sistema preconscious y el inconsciente tópico).

Manifiesto	Explícito	Consciente
Latente	Implícito	Inconsciente descriptivo

Entonces, la idea de latencia en el grupo se refiere a contenidos preconscious, o sea, contenidos que sin estar presentes en el campo de la conciencia son susceptibles de conciencia (contenidos inconscientes que podrían hacerse conscientes), y también a

⁴⁵³ No es posible abordar aquí los conceptos freudianos a que se alude con esa terminología; esos conceptos son los fundamentales de la doctrina psicoanalítica, y constituyen tanto el texto como el contexto de la misma.

En cuanto a la utilización de esos conceptos en el modelo del grupo operativo, puede verse una aproximación en los textos de Freud: “Lecciones introductorias al psicoanálisis” (lección 7: “Contenido manifiesto e ideas latentes del sueño”) (1917), “La interpretación de los sueños” (1900), “Lo inconsciente” (1915) y “Recuerdo, repetición y elaboración” (1914).

contenidos que deben permanecer inconscientes porque no hay posibilidad de acceder a ellos.

Es a partir de estos elementos que Pichon ‘acerca’ la técnica del grupo operativo a la técnica psicoanalítica. Así, afirma que la técnica de grupo operativo se centra sobre dos planos, y que la tarea tiene dos planos, manifiesto y latente, donde el objetivo es hacer consciente lo inconsciente.

En una situación grupal, la cuestión va a ser que hay partes de la latencia que se pueden hacer conscientes y hay partes de la latencia que van a seguir operando, podrán modificarse, lo que no implica que se diluya o pierda existencia.

Hemos observado que en ocasiones se da una tendencia a considerar que la latencia se ubicaría solamente a nivel del preconscious; o sea, de algo que está inconsciente pero que podría hacerse consciente. Ahí habría un sesgo, una mirada reduccionista, porque hay elementos que no pueden ser accesibles a la conciencia, y que están en ese plano, en la latencia, en lo implícito.

Todas estas consideraciones se desprenderían de lo propuesto por Pichon, cuando dice que se trata de una situación analítica; y en ese sentido puede plantearse que el proceso de trabajo en el grupo operativo reside en “hacer consciente lo inconsciente”.

Estas puntualizaciones en relación a la latencia grupal no tienen un interés exclusivamente de orden teórico: son importantes también en cuanto a una evaluación del modelo grupal. En ocasiones se ha sostenido que el grupo operativo no participa de la perspectiva psicoanalítica en un sentido pleno; puede observarse esa idea en la diferenciación establecida por algunos autores entre grupo terapéutico y grupo operativo, donde éste es asimilado a una versión ‘reducida’ del aprendizaje. Parece evidente que no era ésa la intención de Pichon-Rivière.⁴⁵⁴

Antes de continuar desarrollando esta temática de lo manifiesto y latente en el grupo, parece necesario abordar otra cuestión importante: el fenómeno de la resistencia, concepto fundamental en el modelo grupal, derivado por una parte de la consideración

⁴⁵⁴ Puede verse un sugerente análisis de la problemática de la latencia referida a los grupos y las organizaciones en L. Schvarstein (1991), “Psicología social de las organizaciones” (especialmente el capítulo 4, pág. 202-244). El texto se encuadra dentro del marco de la Escuela de Psicología Social que fundara Pichon, si bien muestra cierto énfasis en el modelo sistémico.

psicoanalítica y también de la perspectiva psicosocial lewiniana (resistencia al cambio). Ahora se trata de precisar el alcance y uso que le da Pichon a esos conceptos.

La constancia de la resistencia (resistencia al cambio).

Para la perspectiva psicoanalítica el fenómeno de la resistencia es fundamental. La resistencia constituye todo aquello que se opone al acceso al inconsciente (en la cura analítica), y constituye un obstáculo tanto para el esclarecimiento y comprensión de los síntomas como para el progreso de la cura.⁴⁵⁵ Para algunas perspectivas psicoanalíticas este fenómeno llegó a ser el esencial en el trabajo analítico: el análisis de las resistencias constituía su eje principal, y Pichon no era ajeno a esos enfoques.

Sin embargo, cuando es aplicado al modelo grupal, el análisis de las resistencias (u obstáculos) implica otros procesos, y tiene un alcance diferente. Pichon se referirá a la ‘resistencia al cambio’, en una aproximación que intenta ‘juntar’ aspectos del enfoque psicoanalítico junto con otros provenientes de la perspectiva lewiniana, sociológica, etc.⁴⁵⁶

Cabe realizar algunas puntualizaciones en cuanto a la resistencia, y que implican el uso metodológico del concepto de tarea.

La cuestión de la resistencia constituye algo permanente en el trabajo grupal, no va a ser un momento privilegiado, un momento particular de una situación grupal o de un individuo. No se plantea algo así como un ‘momento’ de resistencia, sino que va a ser un efecto que siempre va a estar en juego, ya sea desde el mundo interno, o sea desde la realidad externa; lo mismo puede decirse si se lo considera desde el interjuego de los tres sistemas: yo, ello y superyó..

Si se trata de la realidad externa, ésta afecta al sujeto de diversas maneras; y si se trata de sus propias tendencias pulsionales, hay que considerar que se da una

⁴⁵⁵ Las resistencias operan en todas las instancias del aparato psíquico (consciente, preconsciente e inconsciente). Hay que subrayar que la resistencia no es un fenómeno inherente al yo, ni reducible solamente a operaciones defensivas. En “Inhibición, síntoma y angustia” (1926), Freud distinguió cinco formas de resistencia: tres del yo (la represión, la resistencia de transferencia y el beneficio secundario de la enfermedad), una del ello (la compulsión a la repetición) y una del superyó (la reacción terapéutica negativa –derivada de la culpa inconsciente y la necesidad de castigo–).

⁴⁵⁶ No es este el lugar para realizar un análisis en profundidad de los puntos de convergencia y divergencia entre esas diversas perspectivas, baste señalar que Pichon consideraba la resistencia al cambio como el elemento fundamental, el obstáculo principal para la realización de la tarea grupal. Esta

permanente dialéctica, en un equilibrio inestable. Hay elementos que pugnan por pasar de un sistema a otro, lo que produce diversos efectos y manifestaciones (lapsus, actos fallidos, sueños, síntomas, etc.). En otras palabras, los contenidos de lo consciente, de lo preconscious y de lo inconsciente no están fijos, al contrario, se trata de un proceso dinámico.

De todo lo dicho puede derivarse que en el grupo siempre coexisten ambos niveles, manifiesto y latente, explícito e implícito; y esa tensión es permanente, constitutiva tanto de cada sujeto como de la situación grupal.. Esto es lo que ha llevado a plantear la noción de resistencia como forma fundamental, como elemento permanente para poder trabajar en la tarea. Aquí la noción de tarea es entendida en su vertiente metodológica, como instrumento de intervención en el grupo.

Quizá vale la pena puntualizar: no se trata de que surge, en algunos momentos la resistencia, sino que –quizá pudiéramos decirlo así– hay momentos en que la resistencia es más dura, es más roca, y hay momentos en que la resistencia es más flexible. Esto no implica que de forma continua ‘se esté en resistencia’, sino que en cualquier momento del desenvolvimiento del grupo el elemento de la resistencia está en juego, está operando.

Si retomamos ahora una pieza fundamental en el modelo del grupo operativo como es la “resistencia al cambio”, parece importante ponerla en relación con los elementos mencionados hasta aquí.

En primer lugar, la tarea explícita del grupo, cuál es?: el motivo manifiesto por el cual se ha convocado, el motivo convocante: los participantes vienen a hablar del tema tal y tal; o se juntan para hablar de sí mismos; ése es el plano explícito. ¿Y cuál es el implícito?. El implícito siempre se refiere al hecho de elaborar las ansiedades básicas –si bien su formulación va variando en los diversos textos–. Siempre la tarea implícita en el grupo va a versar sobre la elaboración de esas ansiedades; sobre la resolución de obstáculos (epistemológicos y epistemofílicos).

En otra formulación que realiza también Pichon, la tarea implícita va a estar constituida por la “revisión del esquema referencial”. Y con ello se refería a que la

‘universalidad’ de la resistencia al cambio sí parece constituir un elemento de convergencia, al menos en su nivel más fenoménico y descriptivo.

dialéctica fundamental, en cualquier tarea (aprendizaje o cura), va a ser entre lo nuevo y lo viejo.

Esta dialéctica entre lo nuevo y lo viejo conduce a una modificación del esquema de referencia en la medida que ese esquema, constituido por el conjunto de experiencias vividas hasta ese momento, se muestre inapropiado para abordar la nueva situación.⁴⁵⁷

De este modo, hay una necesaria revisión del esquema de referencia para poder entrar en la situación nueva. El aspecto implícito de la tarea se refiere a trabajar en la elaboración de las ansiedades básicas. Desde lo explícito decir: vamos a trabajar sobre tal cosa, a aprender sobre tal tema, siempre implica cierta movilización del esquema de referencia vigente hasta ese momento. Y ahí es donde aparece la resistencia, la resistencia al cambio.

La problemática de la resistencia al cambio también ocupa un lugar fundamental en la última formulación de la tarea (en sus dos niveles, explícito e implícito) que realiza Pichon: el “análisis dialéctico” o “análisis de las contradicciones”.

Con esa formulación se refiere a indagar en los aspectos inconscientes de las ideologías, de las creencias, y en suma, de los esquemas referenciales (sean individuales o de grupo). Se trata, entonces, del análisis de esas ideologías particulares, ya se trate de las fuentes ‘vulgares’ de esos esquemas o modelos, como de las diversas pertenencias (sociales e institucionales) que estén en juego.

Si bien dispersa la exposición del tema, parece útil desarrollar algunos aspectos relacionados con la tarea y la resistencia al cambio, especialmente si se tiene en cuenta que constituye la última formulación de tarea que realizara Pichon, y que ha sido frecuentemente utilizada como referencia por diversos autores ‘grupelistas’:

a) Puede decirse que un determinado esquema de referencia alberga elementos de ideologías diversas. Sin embargo, las ideologías son totalizadoras, son una forma de entender el mundo globalmente, no admiten la contradicción; eso las define. Y los sujetos, en sus esquemas de referencia, que no son sólo conscientes, toman aspectos de varias

⁴⁵⁷ Estas concepciones de Pichon se inscriben en diversas preocupaciones psicoanalíticas de esos años. Como ejemplo, puede verse una interesante descripción de estos aspectos en el artículo “La posición depresiva y el proceso de aprendizaje” (Etchegoyen y otros, 1965). Desde otra perspectiva, el artículo de Verón, “Comunicación y trastornos mentales: el aprendizaje de estructuras” (1964).

ideologías; de esa forma, puede decirse que ‘meten’ la contradicción dentro de sí. Contradicciones que pueden estar más o menos estabilizadas, quietas, pero que inmediatamente que se encuentren con un cierto y determinado explícito, con algo que revele esos aspectos, pueden actualizarse nuevamente; se movilizan elementos contradictorios que están contenidos en sí mismo. Es ahí donde aparecerá la resistencia al cambio, es esa resistencia la que habrá que sortear.

b) Por otra parte, si se considera que las ideologías son expresiones de las contradicciones sociales, es claro que el esquema de referencia no puede ser demasiado homogéneo. Inmediatamente que se ponga en juego algo de ese nivel, esas contradicciones van a movilizarse, de forma conflictiva. Y no se trata sola o exclusivamente de contradicciones entre los integrantes del grupo, sino también de contradicciones internas al propio sujeto.⁴⁵⁸

c) Las diversas pertenencias institucionales constituyen un claro ejemplo de esas contradicciones (‘internas’ y ‘externas’): en muchas ocasiones un profesional tiene dificultades para conciliar las diversas lealtades, las diversas pertenencias en que se encuentra. Es el caso de un profesional que trabaja en un hospital (una determinada afiliación y pertenencia, un ‘nosotros’), y también ‘pertenece’ al colectivo profesional específico (psicólogo, médico, etc.). Es muy probable que aparezcan intereses contrapuestos en cada uno de esos colectivos, y no se puede conciliar todo eso.⁴⁵⁹

⁴⁵⁸ Esto constituye un aspecto de la compleja relación entre conflictiva social o colectiva y conflictiva singular. Conflictiva singular en el sentido de contradicciones en el sujeto, en su ideología singular, o en su esquema referencial. No se trata solamente de tener en cuenta las ideologías desde el punto de vista colectivo, de una situación en la que los individuos operan como ‘representantes’ de distintos sectores y clases sociales. Se trata también de un proceso que sucede en el sujeto, de un proceso intrapsíquico. El esquema de referencia está en relación con las ideologías, con las creencias de una época –pueden ser creencias científicas–, de un sector social, etc.

⁴⁵⁹ Cabe aclarar que esas contradicciones no son generadas generalmente desde la propia subjetividad, sino que se originan en una dinámica colectiva. Pero eso no cambia la situación. Incluso puede decirse que si esa contradicción está dentro (interiorizada) es porque está fuera. No se trata solamente de algo neurótico (fantasmático); lo neurótico en todo caso sería si el sujeto sufre excesivamente con esa contradicción, o si la disocia haciendo como si no existiera. Un ejemplo típico de esto es el de un hombre que en su familia es el jefe y en el trabajo se comporta de forma sumisa. Expresión de dos formas ideológicas, en casa es el jefe, el padre de familia, y en el trabajo es el trabajo sumiso. Esa situación, más o menos estabilizada, puede derivar en una crisis cuando el hijo se rebela, por ejemplo. Puede surgir una crisis porque ese grupo familiar, o ese ‘jefe’ de familia no soporta que aparezca un elemento diferente, que cuestiona esa conformación del esquema de referencia del padre, quien soporta su sometimiento en el trabajo a cambio de su ‘rol’ autoritario en la familia. Se trataría de ideologías distintas que en distintos campos pueden ser soportadas, pero en los mismos campos eso ya no es posible, pues hay una excesiva rigidez en el esquema de referencia.

Otra forma de plantear esta cuestión consiste en afirmar que el individuo se ve llevado a ejercer demasiados roles y algunos de ellos son contradictorios: ahí también se trataría de aspectos

d) Es frente a todo este tipo de fenómenos que Pichon afirma que el trabajo o la tarea – ya sea en la psicoterapia o en el aprendizaje– consiste en el ‘análisis sistemático de las contradicciones’. Y no se refiere a la abolición de esas contradicciones, sino a resolverlas en un punto determinado, en aspectos parciales, de posibilidades reales. Otra pretensión implicaría un retorno al narcisismo primario, al principio de placer, etc., donde no hay contradicción, donde sólo existe la omnipotencia ...

Cuando se define la tarea como la elaboración de ansiedades, el proceso descrito antes (contradicciones, resistencia al cambio) se muestra con claridad: se trata de los miedos básicos –o ansiedades básicas– que, según Pichon, aparecen frente a la situación nueva. El miedo a la pérdida del objeto (ansiedad depresiva) y el miedo al ataque al yo (ansiedad esquizoparanoide), ambas coexistentes y cooperantes; el miedo a perder la seguridad de lo logrado, a perder las convicciones (ideas, certezas, fantasías, etc.) más o menos estructuradas, etc.

Si se plantea de esta manera, parece claro que no puede hablarse de tarea sin incluir a la vez ambos aspectos. No puede hablarse de la tarea manifiesta y la tarea latente como si fueran dos tareas, una y otra. En términos descriptivos o analíticos sí es posible, pero más allá de eso, en un sentido global, no es posible: se trata de dos niveles de la misma tarea.

Solo hay una tarea... (la ‘unicidad’ de la tarea).

Si se parte del supuesto que la tarea implícita en un grupo –independientemente de si es de terapia o de aprendizaje–, está constituida por esta movilización del esquema referencial, parece claro que cuando se habla de trabajo grupal o de la tarea del grupo, y se dice ‘el grupo está en tarea’, ‘no está en tarea’, etc., ello no significa que se hable de una tarea manifiesta y una tarea latente como dos cosas concretas y diferentes, sino que se trata de dos aspectos diferentes de la misma tarea. Es verdad que en ocasiones la expresión se torna ambigua y se dice así: la tarea manifiesta es tal, y la tarea latente es la otra, cuando, en realidad, no pueden existir una sin la otra. De la misma manera que no hay un individuo constituido solamente por su inconsciente, sino que se trata de diversas instancias de un mismo aparato psíquico, de un sujeto.

contradictorios de las ideologías, si bien se trata de las ideologías internalizadas, ‘metidas dentro’ como esquemas de referencia.

En resumen, y en base a todo lo dicho hasta aquí, ¿puede haber tarea manifiesta sin tarea latente? Desde este esquema no es posible. ¿O una tarea latente sin tarea manifiesta? No. Se trata de planos o niveles que se implican uno al otro.

$$\begin{array}{ccc} \text{Tarea explícita} & & \\ \hline & = & \text{Tarea} \\ \text{Tarea implícita} & & \text{(grupo centrado en la tarea)} \end{array}$$

(diferenciación analítica o metodológica)

Quizá valga la pena realizar algunas puntualizaciones en relación con estos planos que ayuden a situar correctamente la cuestión.

Hemos mencionado ya que la problemática de lo latente ocupó a una gran parte de las ciencias sociales en esa época (los años 60-70): así, se consideraba que la dimensión de lo latente (en sus diversas especificaciones disciplinarias: inconsciente, estructura, etc.) era constitutiva y consustancial con lo humano.

En cuanto al nivel de análisis que interesa aquí, puede decirse que el plano o dimensión latente no existe sino por el plano manifiesto (por lo observable). Lo latente, aparece constituido por lo no realizado, lo no hecho, lo que aún no se ha patentizado; la relación es, entonces, entre patente y latente. Más aún, la condición de existencia de lo latente lo da la dimensión manifiesta.

Desde la óptica de lo implícito, se refiere al ocultamiento y al desocultamiento. Lo implícito aparecería como lo ‘cubierto’, u oculto, lo que ha de explicitarse.

En relación con todas estas cuestiones, puede ser interesante ver las diversas acepciones de los términos: manifestar, manifiesto, explicitar, explícito y éxplicit; patente, latente, latebra y latebroso, e implícito. Varias de esas acepciones son, de hecho, incorporadas (manifiestamente?) en el trabajo de muchos coordinadores de grupo.

Una puntualización más en relación a los planos manifiesto y latente. En su artículo “Lo inconsciente” Freud plantea una fundamental polémica con la psicología de su época. Afirma que hasta ese momento la psicología había considerado que lo

psicológico del hombre es lo consciente, lo cual constituía un reduccionismo. Y postula que lo psicológico del hombre tiene dos dimensiones: consciente e inconsciente; no existe un hombre que tenga sólo conciencia, eso constituye un inaceptable reduccionismo (Freud, 1915c). En el caso del grupo sucede algo de ese nivel, entre manifiesto y latente, entre explícito e implícito. Puede existir una disociación, un distanciamiento muy grande entre esas dos dimensiones o planos, pero no puede plantearse que alguna de ellas no exista.

Ahora bien, por qué insistir en esto? No se trata exclusivamente de una cuestión epistemológica, sino que tiene derivaciones precisas en el campo grupal. Puede suceder que desde una determinada concepción grupal no se dirija la intervención hacia alguno de esos niveles. Pero eso solamente indica que esa dimensión no es incluida en esa intervención, lo cual no tiene nada que ver con la existencia de ese nivel; en todo caso uno puede ignorarlo, despreciarlo, censurarlo, etc., pero ahí está.

Esto remite a un elemento importante de las técnicas –de las técnicas ‘psi’, grupales o no–: cuánto incluyen y cuánto excluyen en su intervención, es decir, cuánto de las diversas dimensiones y facetas del sujeto pueden ser incluidas y tenidas en cuenta, y cuántas son excluidas, dejadas fuera por la propia exigencia de la técnica o del modelo grupal –es el caso que nos interesa aquí– y no pueden por tanto, no ser ya elaboradas, sino conocidas y admitidas. Todos estos aspectos son fundamentales en cuanto a la evaluación de cualquier tipo de intervención. Puede verse un interesante análisis de estos temas en el texto de Pichon, “Teoría del Vínculo”, desde el capítulo 5 en adelante (Pichon-Rivière, 1956-57).

El uso metodológico del concepto de tarea (tarea y pretarea).

Hasta aquí nos hemos referido fundamentalmente a la tarea en cuanto concepto fundante del grupo, y secundariamente a su uso metodológico. Parece conveniente abordar otros elementos referidos al uso metodológico del concepto. Para ello, son pertinentes algunas puntualizaciones en relación con la problemática de la resistencia.

La resistencia, o mejor dicho, el trabajo sobre la resistencia, constituye el eje de la intervención de los coordinadores. Ya hemos descrito el carácter siempre presente de esta dimensión resistencial a lo largo del proceso grupal. Sin embargo, no se trata de que los coordinadores operen como ‘los vigilantes de la resistencia’.

La resistencia constituye la expresión de los diversos procesos en juego, e inmediatamente que se avance (en la dirección del objetivo) va a aparecer, o a incrementarse la resistencia; inmediatamente que se progrese en el proceso grupal, sea en el aprendizaje o en la cura, aparecerán las resistencias.

Dichas resistencias pueden manifestarse de muchas maneras, de forma evidente o sutil, etc.; eso son otros problemas, y no podemos ocuparnos de ello ahora (ello alargaría innecesariamente la exposición del tema). Lo fundamental es que la resistencia constituye una cuestión frente a la que siempre hay que estar atento. No se trata de vigilar, a la espera de eliminarla, nada de eso. Además, si se llegara a vencer totalmente las resistencias, eso implicaría una destrucción del esquema de referencia. Defenderse de un cambio súbito, global, no es propiamente una resistencia... Ya se trate de un individuo o de un grupo, si se da una movilización excesiva, si se destruyen todas las referencias que hay ahí, se produce un estado confusional importante. Bleger decía que cuando la ansiedad es excesiva no es posible el aprendizaje.⁴⁶⁰

A partir de estos elementos apuntados podemos concluir que si se opera con esta idea de la resistencia, y se la tiene en cuenta como un elemento que está vigente de forma permanente en el proceso grupal, todo ello conduce a una revalorización de la noción de pretarea. Surge entonces idea de revalorización en base a la constatación de que la pretarea ha sido considerada, paulatinamente, como aquello a sofocar o a soslayar. Si bien esto se ha dado después de Pichon, y en realidad no existen indicaciones explícitas suyas en ese sentido, sí es verdad que en muchos casos (observados por nosotros directamente, y también publicados en forma amplia) la pretarea ha pasado de ser un momento ‘necesario’ a algo que tanto los coordinadores como los participantes en el grupo intentan ‘quitarse de encima’.

La noción de pretarea es aquello que en el grupo permitía pensar en qué momento el grupo estaba en su punto óptimo, en el máximo de pertinencia –como decía Pichon-Rivière–. Planteado el grado óptimo de la tarea, el resto sería la pretarea. Es

⁴⁶⁰ En 1993, en un seminario sobre “dispositivos grupales y análisis institucional”, Osvaldo Saidón se refería a la ‘demolición de los vínculos’, aludiendo a la importancia de ‘cuidar’ los diversos espacios grupales existentes –se refería fundamentalmente a la Argentina...–. Dicha ‘demolición’ implica que los esquemas de referencia –individuales o grupales– en vez de cambiar gradual o paulatinamente, se caen. Nuevamente, aquí se observa una idea de grupo, e implícitamente, de tarea en el sentido que se viene mencionando.

decir, la pretarea va a estar permanentemente en juego: apareciendo una y otra vez. Pero no va a constituir el momento negativo, el momento que hay que superar de una vez.

Podemos ver esto en relación con la intervención de los coordinadores. Pichon consideraba que llegaría un momento en que ya no haga falta la intervención de los coordinadores, las interpretaciones ni los señalamientos; sería el momento en que el grupo se puede autogestionar; y esto lo piensa en tanto modelo utópico.

Por nuestra parte podríamos plantear que cuando los coordinadores tienen que intervenir más, es cuando hay más pretarea; puede tomarse como indicio. Si hubo que intervenir mucho, ello implica que hay mucha pretarea. En caso contrario, si ‘el grupo está en tarea’, la intervención de los coordinadores ha sido mínima.

Pichon va definiendo la pretarea de diversas maneras: resistencia al cambio, técnicas defensivas, obstáculo epistemológico y entre ellas se refiere al ‘como si’, y habla de la impostura. Una clara ejemplificación de esto se da en los momentos de comienzo de un grupo: puede parecer que ya están hablando entre ellos y aun no se conocen ni siquiera los nombres, digamos; ahí se hablaría de la impostura. Pero la impostura, o pretarea no se limita al inicio de un grupo, sino que se ‘retorna’ a ella frente a ciertas situaciones de cambio (cuando el monto de ansiedad es excesivo en ese momento para el grupo).

Puede observarse la impostura en la situación grupal que se describe a continuación. En este caso fue planteada por una integrante de un grupo que no tenía ‘cultura’ grupal, no había trabajado antes de esa manera. Era la tercera sesión del grupo y hacía tiempo que no se veían, se trataba de un grupo grande (numeroso), un grupo institucional. En pocos minutos se pusieron a trabajar con la información que tenían, ‘concienzudamente’. Al cabo de una hora –y después de un señalamiento acerca de que varios del grupo no hablaban– una mujer dijo que estaba muy molesta y habló de simulacro; ella dijo: “yo no sé cómo es esto, pero me parece que esto es una farsa, es un simulacro; parece que debemos hacer como que ya estamos en grupo, pero no es verdad, no estamos...” Dijo todo esto sin tener ninguna idea de teoría de grupos; ella percibió el ‘como si’, la falsedad de la situación, diciendo que aparecía como algo desconocido en sus compañeros –a los que ve todos los días– y lo mencionó como simulacro. La anécdota es interesante, muestra claramente cómo alguien –que no tiene que ver con estas terminologías “grupalistas”– vivenció la situación de impostura.

En todo caso, cabe agregar que en la impostura (pretarea), aunque hay una situación de ‘como si’, de falsedad, también hay un elemento de ‘verdad’: se trata de lo único que los integrantes de un grupo pueden ‘hacer’ en ese momento ...

El “como si” de la tarea.

La idea de pretarea como técnica defensiva, como el momento de la ‘impostura’ o el ‘simulacro’ ha sido relacionada con las dimensiones explícita e implícita. Si bien Pichon no se refirió expresamente a estas situaciones, posteriormente surgieron formas más o menos consensuadas de comprender estos fenómenos

En muchos de los textos escritos posteriormente a Pichon puede observarse una preocupación por la detección y comprensión de esos momentos complejos constituidos por la pretarea, por el ‘como si’, impostura o simulacro. Diversas aproximaciones a todas estas cuestiones pueden verse en: Adamson 1977, –y Beller, 1978; Jasiner, 1986; Schvarstein, 1991; en muchos y diversos artículos de la revista del CIR, etc. Por nuestra parte, lo hemos observado en diversas ocasiones, en diversos trabajos de supervisión y formación; entre ellos: Buzzaqui, 1993a, 1995, –y Menitti, 1986, –y Duro, 1993, –y otros, 1994.

Puede verse el siguiente gráfico que ejemplifica esta combinación de situaciones:

	‘Como si’	Se disocia	Eluden
Tarea explícita	Intelectualización	lo vivencial	hablan de todo
Tarea implícita	Intimismo, ombliguismo (yo, yo, yo)		

A veces el ‘como si’ se hace sobre la tarea explícita; y a veces el ‘como si’ se hace sobre la tarea implícita. Puede decirse que –por ejemplo– cuando en un grupo hay una situación de mucha intelectualización, hay que considerar el ‘como si’ de la tarea explícita. Parece que los miembros del grupo están trabajando la tarea, hablan del texto

(en un grupo de formación), hablan de lo que tienen que hablar, hablan de sus historias personales, de lo que le pasa a cada uno (si es un grupo terapéutico), pero, sin embargo, hablan desde la impostura. Ahí se disocia lo vivencial, que queda fuera, y se eluden las cuestiones o asuntos que aparecen cargados –emocionalmente–, aunque parece que ‘hablan de todo’.

El ‘como si’ de la tarea implícita puede observarse en ciertas situaciones donde prima el intimismo, ahí la impostura reside en hablar de las cosas personales (o incluso íntimas) de una manera que se impide cualquier elaboración o reflexión sobre la misma. También ha sido denominado coloquialmente como “ombliquismo” (‘yo, yo, yo’), donde se habla desde la intimidad, pero cada uno habla para sí mismo, y se escucha sólo a sí mismo.

Momentos de la tarea, momentos o fases del grupo.

El pasaje de la noción de tarea en sentido fuerte –es decir, en sentido fundante del grupo– a su uso metodológico implica una especificación algo diferente del concepto. Tarea como fundante del grupo, y tarea como movimiento del grupo, como forma de visibilizar el proceso grupal. En este segundo sentido, Pichon-Rivière utiliza la noción de diversas maneras, de alguna forma superpuestas; serán sus discípulos quienes desarrollarán esas diversas formas, si bien priorizando algunas en detrimento de otras. También aquí, el fundador de los grupos operativos evidencia una profundidad de comprensión del proceso grupal difícil de sostener, por lo que puede verse en las producciones posteriores.

Como hemos visto ya, una de las formas de traslado metodológico de la noción de tarea consiste en la especificación de tres modos, o tres ‘momentos’ de la misma: tarea, pretarea y proyecto. Tarea y pretarea constituyen procesos propios del trabajo grupal, de la existencia del mismo grupo, mientras ‘proyecto’ constituye una dimensión a realizarse ‘afuera’ o ‘después’. En ocasiones, ha sido equiparado al concepto de decisión, o de acción –entendiendo que el proceso grupal constituye un proceso reflexivo, de pensamiento, de elaboración, y no de acción–. Hemos hecho ya algunas consideraciones sobre la relación entre la idea del ‘proyecto’ y las expectativas de cambio a fines de los 60 y principios de los 70. En todo caso, constituye un elemento no desarrollado en ninguno de los artículos de Pichon, ni tampoco en la literatura posterior.

Otra forma de especificación consiste en determinar ‘momentos del grupo’, momentos del desarrollo grupal. Esta lectura conlleva una idea de desarrollo lineal del proceso grupal. Lo mismo sucede con la lectura que intenta encontrar ‘fases’ o ‘etapas’ del grupo. Si bien se logra en estos casos una descripción bastante pormenorizada de algunos fenómenos que ocurren en la situación grupal, esta lectura –momentos, fases, o etapas del grupo– no evita cierto sesgo reduccionista, en el sentido que pierde la capacidad de análisis que se logra manteniendo la dialéctica tarea–pretarea en sus términos precisos. Es verdad que esa lectura de la situación grupal puede facilitar la intervención de los coordinadores, para poder ‘guiarse’ en el siempre incierto desenvolvimiento de un grupo.

Es posible que si bien Pichon pudo mantener cierta tensión (productiva) entre la lectura o el modo psicoanalítico de análisis y el modo psicosocial –sea fenomenológico o estructural–, posteriormente los diversos autores no pudieron mantener esa tensión entre los diversos modos de comprensión y ceden a uno de ellos: el más fenomenológico –sea sistémico, lewiniano, etc.–, o el más derivado de la lectura psicoanalítica clásica –donde más que una estructura grupal, se considera una situación grupal–.⁴⁶¹

Por último, se ha difundido una lectura de la dialéctica ‘tarea–pretarea–proyecto’ que enfatiza, no ya en los mecanismos o procesos psíquicos en juego, sino en los procesos referentes al par dilemas – problemas. Este acercamiento aparece emparentado con ciertas posiciones derivadas de la teoría de la comunicación –algo que por otra parte, Pichon también sugiere–, que en los años 60 tenía un fuerte predicamento en diversos sectores intelectuales.⁴⁶²

⁴⁶¹ Adamson, 1977; –y Beller, 1978; Bauleo, 1989a, 1989b; Scherzer, 1983, 1987; entre otros.

⁴⁶² Entre otros, puede verse los trabajos de Berenstein, 1963; –y otros, 1964; Liendo, 1969a, 1969b; Gear y Liendo, 1974; Sluzki, 1963, 1969, 1979, –y otros, 1966; etc., enrolados en la corriente liderada por Eliseo Verón (1963a, 1963b, –y otros, 1963, etc.) [ver la bibliografía general]. Varios de esos autores sostenían tesis acordes con la escuela de Palo Alto.

Capítulo 12. ELEMENTOS FUNDAMENTALES DEL MODELO (II).

12.1. ECRO (Esquema conceptual, referencial y operativo).

Ha pasado por ser el concepto “preferido” de Pichon-Rivière, uno de sus “inventos” que consideraba más genuinos y fecundos. El ECRO –abreviatura de esquema conceptual, referencial y operativo– tuvo diversos desarrollos; una de las maneras coloquiales en que Pichon lo mencionaba era así: “un aparato para pensar”, el esquema, un aparato para poder pensar. El Ecro constituiría un concepto ‘puente’, que permite reunir materiales diversos, aspectos ligados a la experiencia, al pensamiento y a las emociones.⁴⁶³

Ya a mediados de la década del 50 Pichon-Rivière ha elaborado los elementos fundamentales de su concepto de ECRO, si bien aún lo denomina “esquema referencial”. Puede verse una extensa exposición del alcance y usos de esa noción en su texto “Teoría del vínculo” (1956-57).⁴⁶⁴ El campo de aplicación está referido al acto clínico individual, y no grupal, sin embargo constituye un excelente texto para aclarar diversos matices del concepto.

En su primer texto referido específicamente al campo grupal, “Aplicaciones a la psicoterapia de grupo”, de 1957, Pichon abordará, con cierto detalle, la concepción del

⁴⁶³ A. Pampliega de Quiroga describe, de forma anecdótica, el lugar que otorgaba Pichon a esa noción: “Pichon-Rivière recibía a sus alumnos de la Escuela de Psiquiatría, que es la primera forma de esta Escuela, y luego a la de Psicología Social diciendo: ‘ustedes vienen aquí a comprar un aparato para pensar. Ese aparato se llama ECRO y nosotros lo vendemos’” (1980c).

⁴⁶⁴ Ese texto proviene de un curso sobre “Metodología de la entrevista”, dictado por Pichon en la APA, entre 1956 y 1957. En ese texto, que expone la teoría del vínculo se postula el esquema referencial como elemento fundamental de la operación clínica (el esquema referencial del terapeuta, y el esquema referencial del paciente).

‘esquema referencial’ elaborada hasta ese momento. Si bien ya hemos desarrollado la noción central de los grupos operativos, la tarea, no hemos hecho aún referencia a este primer artículo hasta ahora. En 1957 Pichon no utiliza aún la noción de tarea, pero su propuesta grupal ya posee bastante definición. Hacia esa época ya ha postulado cuestiones fundamentales como el proceso de aprendizaje y los obstáculos, frente a los cuales el grupo parece ser un instrumento idóneo para su abordaje. Igualmente, son explícitos ya diversos antecedentes teóricos que Pichon reconoce en su interés por los grupos.

En el artículo Pichon propone la noción de ‘esquema referencial’, y de ‘construcción de un esquema referencial’ aludiendo a diversas dificultades del aprendizaje y con una especial mención al grupo como espacio para elaborar dicho esquema y dichas dificultades (obstáculos). Hemos dicho que se trata del primer texto en que Pichon expone sus elaboraciones sobre el grupo, y la ocasión también es destacable: se trata de un trabajo presentado en el primer congreso latinoamericano de psicoterapia de grupo.

Realizaremos una reseña extensa del artículo, debido a su carácter de texto inicial y punto de inflexión en la producción de su autor, si bien se abordan temas diversos. Previamente a ello, haremos algunas consideraciones sobre las elaboraciones que realiza Pichon en “Teoría del Vínculo”.

Esquema referencial y esquema corporal.

El esquema de referencia, o esquema referencial está constituido por el conjunto de experiencias, conocimientos y afectos con los que se piensa y actúa; ésta es la noción tal como es utilizada en general por los grupalistas de la perspectiva pichoniana.

En “Teoría del Vínculo” Pichon desarrolla este concepto, para lo cual parte del análisis del esquema del terapeuta, y propone varios ejes:

- esquema posee una cierta connotación de rigidez, de algo fijo.
- la cuestión de la ruptura o inadecuación del esquema referencial del terapeuta debido al objeto propio de su trabajo (el paciente con su monto de angustia).⁴⁶⁵

⁴⁶⁵ “Cuando nos acercamos a un paciente lo hacemos con un esquema referencial mediante el cual tratamos de entender qué es lo que le sucede, pero ese esquema debe ser dinámico.

– la importancia de la plasticidad de ese esquema, de modo tal que pueda ser corregido.⁴⁶⁶

Una vez colocados los elementos fundamentales del esquema referencial, se aborda sus elementos.

En primer lugar, la noción de tiempo y espacio, dimensiones constitutivas del esquema referencial: “Durante el proceso analítico tenemos que pensar siempre en la relación entre cuerpo, espacio, tiempo y ubicación de los objetos” (pág. 104).

Esos elementos remiten a la noción de límite, y por lo tanto, de límite corporal; la cuestión se inicia con el esquema corporal. Las primeras experiencias constituirán los rudimentos del esquema referencial. De esas primeras experiencias derivará la noción de límite, en un sentido estricto (espacio y tiempo:

“El niño va adquiriendo la noción de límite con el mundo a través del contorno de su cuerpo y con el límite de las cosas que va tocando. Digamos que el modelo de experimentador es el niño. Por un proceso permanente de tanteo, de prueba y error, va conociendo al mundo de una manera empírica y se va guiando por un esquema referencial que empieza a funcionar desde afuera, que al principio es la madre que se va metiendo dentro de él y que después es otro”.

Pichon adjudica el origen del esquema referencial al vínculo con la madre, a la relación dual. La experiencia de satisfacción, y también el tiempo de espera, de frustración, van configurando esa noción de límite en el rudimentario esquema referencial del lactante:

Por ejemplo, si hemos visto un paciente el día anterior tenemos un esquema de dicho paciente, y en la medida en que lo enfrentamos de nuevo al día siguiente tratamos de comprender el material que nos proporciona en función de ese esquema. Pero si lo que surge en el nuevo emergente nos lleva a pensar algo nuevo acerca de nuestro esquema estamos obligados a rectificarlo, en caso de que sea necesario.

Esto plantea la idea de honestidad científica o del coraje científico del terapeuta, la necesidad de romper una estructura interna y de enfrentarse con una nueva. La ruptura del esquema provoca ansiedad porque la pérdida de ciertos puntos referenciales desinstrumenta al terapeuta en su operatividad y facilita la aparición de ansiedades depresivas y paranoides, tanto en el terapeuta como en el paciente. Para poder trabajar de un modo más operacional el psicoanalista no sólo utiliza su esquema sino también los sentidos. En cambio, por regla general, el aprendiz de psicoanalista sólo utiliza esquemas sin emplear sus sentidos” (Pichon-Rivière, 1956-57, pág. 99).

⁴⁶⁶ “Podemos considerar nuestro esquema como un esquema que va integrándose permanentemente con elementos nuevos. El investigador en el campo científico debe estar capacitado para no ser víctima de su ideología o de sus pensamientos previos para poder corregir su esquema referencial. Es en realidad una posición frente a la línea del conocimiento de un empirismo psíquico, en el sentido de que debe observar la experiencia real y concreta, confrontarla con su esquema referencial para saber de qué clase de

“O sea que si analizamos el esquema referencial vamos a encontrar que tiene sobre todo un origen materno y que los primeros contactos con el pecho de la madre son los que dan la noción de dos. Por un lado hay una boca hambrienta y un estómago que está doliendo de hambre, y por el otro una fuente de gratificación, el pecho. Esa noción de límite se va elaborando como una situación espacial y temporal, en el sentido de que en el espacio son dos los que tienen una relación en el tiempo. El tiempo, digamos, en el contacto con el pecho, el tiempo de lactancia, el tiempo presente en que toma el pecho. O sea que el límite que tiene el niño está condicionado por situaciones de contacto, y ese límite puede ser transitorio o permanente, bueno o malo” (pág. 105).⁴⁶⁷

La noción de límite se elabora precozmente, desde los primeros movimientos, y viene dado por la experiencia (percepción, sensación, etc.) del cuerpo propio y del cuerpo de la madre. En ese sentido, el primer conocimiento es el del cuerpo; el cuerpo constituye el referente inicial.

“La noción de límite se elabora precozmente, en el momento mismo en que se produce el primer movimiento. Al producirse el primer movimiento hay un obstáculo y ese primer obstáculo inicia el proceso de límite, de configuración del contorno o envoltura. El primer conocimiento que el niño adquiere es el de su cuerpo. En realidad cuerpo y mundo son conocidos al mismo tiempo. El conocimiento del tiempo y del espacio se realiza también simultáneamente. Por ejemplo, el conocimiento del tiempo de espera y el del espacio que lo separa del otro cuerpo, del pecho de la madre, que puede ser bueno o malo, gratificante o frustrante, determina la génesis del primer modelo mental que elabora el niño y mediante el cual realizará sus próximos contactos con el mundo en el tiempo y en el espacio” (pág. 106).

De estas consideraciones se deriva una idea del obstáculo, obstáculo a la satisfacción inmediata (tiempo de espera, frustración, etc.), a la percepción y vivencia

fenómeno se trata y, finalmente, rectificar su esquema previo, pero con vistas a enriquecerlo y no, lo que sería un error, porque sea malo o bueno” (pág. 104).

⁴⁶⁷ Pichon propone la idea de un protoesquema corporal, en base a las hipótesis psicoanalíticas de su momento, que postulaban un psiquismo fetal. Es verdad que actualmente esos planteos han variado, pero no varía lo fundamental de la hipótesis: las experiencias iniciales, arcaicas, constitutivas del sujeto, donde su juegan los esbozos iniciales del yo, los primeros rudimentos de orientación en el espacio y en el tiempo, en cuanto al cuerpo propio y a lo que no lo es (el mundo exterior), etc. Lo que Pichon denomina “protoesquema corporal” alude a diversas categorías psicoanalíticas: yo ideal, yo real primitivo, yo placer purificado (Freud), etc., que en los últimos años son objeto de nuevos desarrollos; por ejemplo: la represión originaria, el pictograma (Aulagnier), etc.

de los límites (espacio y tiempo) que posteriormente será conceptualizada como un obstáculo epistemológico, en relación con el conocer o el saber.

Estos son los elementos fundamentales en relación con el tema que Pichon desarrolla en este texto. Ellos no se refieren a los grupos de forma explícita, sino a procesos subjetivos que si bien presuponen la existencia de otros, se traducen en una dimensión singular, intrapsíquica. Puede decirse que el esquema referencial es, desde su inicio, un esquema corporal.

Ese esquema, organizado como una estructura o una configuración dinámica (que cambia, que tiene carácter histórico) incluye la representación de sí mismo, y ha sido formado por la experiencia con los otros, pero también por la experiencia frente a otros objetos (inanimados, objeto continente, hábitat, etc.). Esta delimitación del esquema corporal-referencial permite ligarlo al concepto de rol, lo que posibilitará posteriormente extender el concepto de esquema referencial al ámbito grupal:

“El concepto de rol, incorporado a la psicología social y desarrollado por G.H. Mead, el gran precursor de esta disciplina, que basó todo su desarrollo en el concepto de rol, su interacción, el concepto de mí, de otro generalizado, que representaría el grupo interno como producto de una internalización de los otros, adolece, sin embargo, de una limitación que hemos resuelto incorporando, a la idea de grupo interno o mundo interno del sujeto, la internalización llamada ecológica. Consideramos que la internalización del otro no se hace como otro abstracto y aislado, sino que incluye los objetos inanimados, el hábitat en su totalidad, que alimenta fuertemente la construcción del esquema corporal. A éste lo defino como la representación tetradimensional que cada uno tiene de sí mismo en forma de una Gestalt-Gestaltung, estructura cuya patología comprende los aspectos de la estructura temporoespacial de la personalidad” (Pichon-Rivière, 1967a, pág. 452).

El primer texto sobre grupos: “Aplicaciones de la psicoterapia de grupo” (1957).

Como se ha dicho, es el primer texto con una sólida referencia a los grupos.

El tema abordado es el aprendizaje de la psiquiatría, y las dificultades que surgen en ese aprendizaje, Pichon afirma estar interesado en poder encontrar el medio más fácil para

enseñar psiquiatría. También se referirá en el artículo a las técnicas grupales aplicadas a hospitales y a la industria, a empresas.

En una primera aproximación indirecta a la noción de esquema referencial (aún no es denominado ECRO) Pichon recurre a la temática de los roles (rol del paciente y rol del psiquiatra) y a las dificultades que surgen en ese movimiento. Postula que las dificultades o perturbaciones del aprendizaje no sólo se refieren al tema objeto de estudio, sino al aprendizaje de la realidad: su tesis de la psicopatología (neurosis y psicosis) como perturbaciones del aprendizaje de la realidad es fundamental.

De esta manera, el aprendizaje de la realidad será realizado a través de los roles. Y afirma: “Si la sociedad está internalizada, están depositadas una serie de actitudes, una serie de conocimientos psicológicos y solamente es necesario encontrar el medio, una mayéutica particular, para que cada uno de los aprendices pueda explicitar la asunción de esos roles” (1957, pág. 217). Todas estas consideraciones prefiguran ya su idea del esquema referencial, si bien aquí aparecerá categorizado como asunción y desempeño de rol. Pichon echaba mano de diversos esquemas teóricos y reunía elementos disímiles, sin ocuparse demasiado de la ‘fidelidad’ conceptual.

Pichon enuncia los autores que le han permitido un mayor acercamiento a toda esta problemática: Lewin, Mead, Bachelard y Melanie Klein. “De Kurt Lewin, por ejemplo, hemos tomado la noción de campo, la de situación y muchos aspectos de algunos principios topológicos del aprendizaje. De Mead tomamos la noción de rol. De Bachelard la de que existen en el conocimiento y, más aún en este tipo de conocimiento, lo que él llama el ‘obstáculo epistemofílico’” (pág. 218).

A partir de aquí, Pichón desarrolla esta noción de obstáculo en relación con el conocimiento, donde el campo es el aprendizaje (en esta ocasión aprendizaje de la psiquiatría, si bien esto será extendido posteriormente a otros campos) y el obstáculo es el otro, el paciente, al que hay que conocer. En el grupo se coparticipa del objeto de conocimiento. Y allí se fragmenta la ansiedad que provoca el objeto de conocimiento. Estos descubrimientos llevaron a revisar la didáctica anticuada de enseñanza de la psiquiatría y del psicoanálisis. Y realiza aquí un interesante señalamiento: los obstáculos en el aprendizaje han sido estudiados en el campo del aprendizaje infantil, pero no es así en el campo del aprendizaje de los adultos.

Todas estas consideraciones son ejemplificadas mediante dos experiencias de aprendizaje. La primera, un grupo de estudiantes de medicina, estructurado con el propósito de estudiar psiquiatría.

El autor describe minuciosamente diversas dificultades emocionales e intelectuales que fueron surgiendo: las primeras ansiedades que surgían se referían a “situaciones fóbicas, de temor a penetrar en la situación, temor a penetrar en el propio campo en que se estaba, en el propio campo del grupo”. También se evidenciaba situaciones de rechazo, y una resistencia que se expresaba como resistencia a aprender. Las situaciones vividas por los alumnos evidenciaban fenómenos propios de la psicopatología. Pichon lo describe detalladamente: algunos experimentaban ansiedad claustrofóbica, situaciones agorafóbicas, otras ansiedades depresivas, ansiedades paranoides, otros tenían diarrea, y otros diversos síntomas: náuseas, vómitos, dolores de cabeza, etc. El impacto de las clases creaba una situación de resistencia en los alumnos, hasta que poco a poco fue fragmentado ese objeto de conocimiento, y compartido de nuevo; periódicamente, entonces, cada vez que se entraba en una nueva serie de conocimientos se producía la misma situación.

A partir de todo esto, Pichon afirma que “la elaboración, que es en realidad un proceso de asimilación y reestructuración en el grupo, se hace de manera grupal, y eso constituye para este tipo de enseñanza, como es la psiquiatría, la psicología, la filosofía, etc., un medio realmente eficaz”. Y agrega: “Además, podríamos decir que toda la pedagogía y la didáctica están estructuradas sobre la base de una situación falsa, ya que se refiere a una situación de dos. Sin embargo, la situación natural es grupal; por ejemplo, enseñar a un grupo de niños”.

Se relata también la técnica de intervención en el grupo, lo que muestra claramente su idea de la elaboración: frente a un cuadro clínico determinado, solicitaba a los alumnos que dijeran –cada uno– sus vivencias de ese trastorno. Por ejemplo, en una clase sobre esquizofrenia, cada uno había recibido un impacto particular: a algunos les había llamado la atención el aislamiento, la indiferencia, la disociación, el delirio, y así se podía armar el cuadro fragmentado a través del grupo y facilitar su asimilación (pág. 220).

Se puede observar la idea de acumulación, de ‘sumación’ de opiniones, de actitudes, en el aprendizaje, algo que Pichon sostenía con especial énfasis: la constitución de un esquema referencial.

La segunda experiencia relatada se refiere a la enseñanza de psiquiatría, de manera acumulativa, e intensiva (3,4 horas diarias, durante diez días), realizada en distintos lugares. En su balance, igual que el anterior, se destaca la posibilidad de eliminar los obstáculos al aprendizaje.

Aquí sostiene Pichon que “La fantasía básica que dificulta el aprendizaje es una fantasía que fue señalada por Melanie Klein; es el temor, la ansiedad de destruir el objeto de conocimiento, que en este caso, por ejemplo, puede estar representado por el pecho o el cuerpo de la madre; pero otra ansiedad se suma a ésta, y es el temor a quedar dentro del objeto una vez que se ha penetrado dentro de él y se lo ha vaciado. El aprisionamiento en el objeto y la situación claustrofóbica dentro de él –en este caso el objeto es un alienado– produce entonces una ansiedad particular que se expresa en los sueños que he podido recoger en este grupo, caracterizados fundamentalmente por contenidos manifiestos, claustrofóbicos: no podían salir del hospital, que el portero no les conocía, que habían cambiado de aspecto, que estaban vestidos como los enfermos” (pág. 221).

Esta gama de sueños permitió comprender toda la situación y posteriormente, ya en otros grupos se podía abordar el problema: la actitud de rechazo frente al aprendizaje.

Pichon considera importante analizar la situación precozmente, desde el inicio, ya que en caso contrario se produce un fenómeno particular: el distanciamiento del objeto. Los estudiantes o aprendices se alejan del objeto de conocimiento, lo toman superficialmente, e incluso no asumen su rol, y juegan el rol de paciente, imitando cosas de los enfermos; esto es frecuente en la enseñanza de la psiquiatría –afirma Pichon–. De aquí Pichon arriba a una conclusión, por otra parte ya observada en otros momentos⁴⁶⁸: “... tenemos dos tipos de aprendices de psiquiatría: aquellos que se quedan ya dentro

⁴⁶⁸ En su experiencia en el Asilo de Torres y en el Hospicio de las Mercedes ya Pichon se había encontrado con este tipo de problemas, y la categorización de los mismos no difería de este enfoque. Puede verse en varios de sus artículos y también en Zito Lema, 1976, caps. IV y V. La crítica a la práctica psiquiátrica (e incluso psicoanalítica) que realiza Pichon se engarza con estos aspectos de las perturbaciones del aprendizaje (o de adaptación a la realidad, en un sentido más global).

del hospital, generalmente se identifican con los pacientes, haciendo una vida parasitaria, y los otros, los que generalmente van tomando una distancia del paciente hasta que finalmente hacen una psiquiatría por delegación, es decir, por intermedio de los practicantes, de los médicos, enfermeros, o hacen realizar, por ejemplo, terapias biológicas” (pág. 222). Todos estos elementos permiten valorar el aprendizaje grupal, dentro de las coordenadas expuestas.

Pichon aborda también, en este artículo, un aspecto que considera fundamental: el esquema referencial. Lo define como “el conjunto de conocimientos, de actitudes que cada uno de nosotros tiene en su mente y con el cual trabaja en relación con el mundo y consigo mismo. Es decir, que puede ser, en cierta medida, nucleado y conocido” (pág. 222).

Uno de los objetivos fundamentales residirá entonces en el análisis del esquema referencial (posteriormente se definirá el aprendizaje como revisión del esquema referencial):

“Lo fundamental, entonces, es que aquel que se acerca a cualquier campo de conocimiento conozca más o menos conscientemente, hasta donde le sea posible, los elementos con los cuales opera. Porque la situación del psiquiatra, del psicoanalista, es particular, ya que no solamente tiene que penetrar dentro del paciente para conocer y luego por analogía reconocer lo de otro como de uno, sino que debe modificar su campo de trabajo, devolviendo ese conocimiento y modificando la estructura del campo y del objeto” (pág. 223).

Destaca también la intención de no limitar este análisis al aprendizaje de la psiquiatría, sino que también se extiende a otros ámbitos:

“Esta manera de trabajar, es decir, buscando fantasías básicas de una tarea, puede ser realizada en otros ámbitos. Esta es la fantasía básica del aprendizaje de la psiquiatría. Lo mismo podría realizarse con cualquier oficio, y así entonces podríamos extender este tipo de aprendizaje a otras disciplinas que forman el contexto general de las relaciones humanas. Por ejemplo, tanto una empresa como un hospital pueden ser estudiadas y consideradas como una totalidad y como un grupo” (pág. 223).

Pichon menciona intervenciones realizadas en hospitales psiquiátricos y relata un caso, en Stuart (Canadá). Allí se estudiaron diversos tipos de relaciones existentes: jerarquías, status y fenómenos de comunicación. Esto permitió un conocimiento

operacional, que a partir de la modificación de aspectos de la estructura del hospital y las relaciones entre personal y pacientes, resolvió considerablemente el aislamiento de los pacientes. Se estudió “el problema del aislamiento, de la ruptura de comunicación dentro del hospital psiquiátrico, y de qué manera un paciente psiquiátrico incluido en ese contexto, poco a poco, por falta de contacto, rompe la posibilidad de comunicarse hacia afuera, y permanece fijado, detenido definitivamente en una comunicación interna con un vínculo interno. Cuando los problemas de aislamiento eran muy agudos se descubrió siempre que ese problema no solamente existía en el paciente, sino en el personal encargado de tratarlo. Y así, entonces, haciendo grupos con enfermeros y también con médicos, se pudo reducir ese problema tan serio que afecta al hospital psiquiátrico: el aislamiento. Otros problemas fueron encarados, como el de la excitación, la falta de control esfinteriano, problemas de sueño, de fuga, de suicidio. En fin, todos los problemas de esa pequeña comunidad que es el hospital fueron considerados así, en su conjunto, y se pudieron reducir muchos de ellos” (pág. 223-224).

Pichon considera que esa fantasía, idea o representación del hospital (un esquema de referencia compartido por todos los que lo forman, fantasías acerca del mismo, etc.) no es algo particular: también existe una fantasía de este tipo de lo que es una empresa o una fábrica. Y menciona las investigaciones realizadas por Elliot Jaques. En una gran empresa en Londres, y a partir de un conflicto en el régimen de salarios, Jaques realizó una investigación y pudo indagar mediante ese trabajo cómo las instituciones sociales obran como defensa contra las ansiedades psicóticas, una hipótesis que ha sido considerada fundamental en muchas perspectivas psicosociales de orientación psicoanalítica.⁴⁶⁹

Esta extensa transcripción del texto de Pichon muestra varias cosas:

⁴⁶⁹ Elliot Jaques, psicoanalista y sociólogo inglés, se desempeñó como “consultor de análisis sociales”, en la Glacier Metal Company, en Londres, una gran empresa industrial, durante casi quince años. Realizó allí diversas investigaciones, en relación con problemas de salarios y de organización de la empresa. Formado en la escuela kleiniana, sus análisis se apoyan casi exclusivamente en ese marco teórico. Y los resultados de sus investigaciones han excedido el marco de las relaciones industriales. Una conclusión que ha pasado a ser clásica y que es soporte de muchos abordajes institucionales es la que afirma que las instituciones obran como defensas frente a las ansiedades psicóticas, tesis mantenida en su texto más conocido: “Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva” (1955). Puede verse un desarrollo empírico de esos estudios en “Medición de la responsabilidad laboral” (1956) y “Trabajo, incentivos y retribución” (1961). En la misma perspectiva conceptual (de la Tavistock), los resultados de un estudio en un hospital general: Menzies, 1960.

- a) Su noción de esquema referencial, dimensión fundamental en cualquier proceso de aprendizaje –igualmente que en el caso de la enfermedad y la cura–.
- b) Una extensión de la propuesta grupal, que no se refiere ya solamente al aprendizaje de la psiquiatría, sino que se puede aplicar a otros campos.
- c) Los ejemplos institucionales propuestos, y la relación entre ciertas situaciones colectivas y los síntomas asociados, aún cuando Pichon lo expone como experiencia de otros autores, parecen resultado de sus propias experiencias en el Hospicio de las Mercedes.

Una vez realizada esta primera aproximación al concepto: esquema referencial, construcción de un esquema referencial, y relación entre ese esquema y un determinado aprendizaje grupal, abordaremos el análisis del mismo.

El concepto de Ecro ha sufrido diversas variaciones en el desarrollo de Pichon-Rivière, desde las primeras definiciones de los años 50 hasta las últimas, en los 70. Puede seguirse ese itinerario a través de diversos textos pichonianos: 1956-57, 1957, 1960a, 1960b, 1960c, 1965b, 1966b, 1969a, 1969b, 1971a, 1972b, y 1976.

Realizaremos una reseña de los aspectos fundamentales del concepto, a partir de una lectura cronológica, si bien con un interés claro en la comprensión temática del concepto.

El Ecro pichoniano, primeros desarrollos.

El primer desarrollo del concepto referido a los grupos, y que ya aparece como ECRO, es decir, esquema conceptual referencial y operativo, data de 1960, en el artículo “Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal”. Se refiere a la construcción de un Ecro, necesario para poder intervenir en el trabajo clínico –tanto individual como grupalmente–, y sus características son las constitutivas de su modelo de la enfermedad única. Este artículo fue presentado por Pichon a un Coloquio Internacional sobre Estados Depresivos, y trata del uso instrumental y situacional de una droga antidepresiva (Tofranil), empleada durante el transcurso de tratamientos psicoterápicos individuales o grupales.

En el artículo se propone el uso de la droga con el objetivo de facilitar la ‘movilización’ de estructuras o pautas estereotipadas (estereotipos) que se presentan y operan con las características de ‘resistencias’ al progreso del proceso terapéutico. Y

explicita que las ansiedades frente al cambio o aprendizaje (de tipo depresivo y paranoide) promueven la estructuración del estereotipo. Puede verse aquí, con toda claridad, al investigador infatigable, que busca nuevas técnicas, junto con la intención de fundamentar una posición clínica que privilegia lo intersubjetivo.

El concepto de ECRO es planteado desde una idea de aplicación, más que desde sus propios fundamentos. Si bien entremezcla teorías y niveles diversos, constituye un concepto abierto, algo fundamental en la práctica clínica.⁴⁷⁰

El primer antecedente lo constituye la idea de una situación depresiva básica, de una única enfermedad, base de todas las demás estructuras patológicas; puede verse en los artículos de 1946. Dicha hipótesis provenía de: 1) una práctica continua como terapeuta de casos individuales y de grupos, y 2) una larga experiencia combinada con la anterior, empleando tratamientos biológicos (shock hipoglucémico, convulsoterapia, sueño prolongado, etc.). Los conceptos utilizados hasta aquí: de pluralidad fenoménica, de unidad funcional y genética (enfermedad única) y de policausalidad.

Indagaciones posteriores, en continuidad con las mencionadas, permitieron a Pichon-Rivière la construcción de un esquema conceptual, referencial y operativo, cuyas características pueden esquematizarse así:

- 1) la respuesta depresiva, pauta de conducta frente a situaciones de frustración, pérdida, privación.
- 2) una situación depresiva infantil, incluida en el desarrollo normal.
- 3) la situación depresiva básica opera en el desarrollo de toda enfermedad mental (situación patogenética vivencial): El factor disposición puede considerarse como el fracaso en la elaboración de la situación depresiva infantil (duelo).
- 4) otra situación depresiva: la incluida en el proceso terapéutico. Nuevo pasaje por una situación depresiva.
- 5) Conflicto de ambivalencia (frente a un objeto total). De ahí surgen sentimientos de culpabilidad, inhibiciones, etc. También soledad, desamparo, tristeza, derivados del

⁴⁷⁰ Esta apertura posee un valor inestimable, ya que su espacio de aplicación, la práctica psicosocial, es extremadamente compleja e incluye diversos ámbitos: institucionales, grupales, intersubjetivos, intrapsíquicos, etc.

pérdida del objeto y de la culpa. La posibilidad de reparar y sublimar están seriamente impedidas.

6) Frente a esta situación de sufrimiento, surge la posibilidad de regresión a una posición anterior (operativa e instrumental) para el control de la ansiedad (situación esquizoide). El mecanismo básico aquí es la división o disociación del yo y de sus vínculos, con la emergencia de la ansiedad paranoide que reemplaza a la culpa. Ansiedades básicas.

7) Las neurosis son técnicas defensivas contra ansiedades básicas, psicóticas. Son las técnicas más logradas. Las psicosis son también formas de manejo menos exitosas, al igual que las psicopatías. Las perversiones, en el mismo sentido, aunque se centran alrededor del apaciguamiento del perseguidor.

8) El sufrimiento inherente a la posición depresiva está vinculado al incremento de insight (autognosis), es decir, al conocimiento y comprensión de la realidad psíquica interna y externa. El fracaso de la elaboración de la posición depresiva (duelo) acarrea el predominio de defensas que entrañan el bloqueo de las emociones y de las actividades de la fantasía.

9) La indagación y el proceso terapéutico son inseparables. El paciente sólo revelará sus más profundos niveles de sufrimiento a condición de experimentar, al mismo tiempo que acontece el proceso de indagación, un alivio de su propio sufrimiento debido al proceso mismo de la indagación. (“No hay psiquiatría sin lágrimas”, Rickman). Pichon considera esta perspectiva cercana al modelo de Lewin en el campo de la psicología: una indagación activa operativa.

10) Y por último, un elemento fundamental, y que irá cobrando mayor importancia a partir de esa época: “Este esquema fue completado después con el encuadre grupal de la situación depresiva, así como con las nociones de portavoz de la ansiedad del grupo (el paciente), pauta grupal estereotipada, depresión básica grupal, grupo operativo, coincidencia del proceso de comunicación, esclarecimiento, aprendizaje y capacitación centrada en la tarea y el proceso terapéutico. Una espiral dialéctica señala la dirección de este complejo proceso” (1960a, pág. 181).

Si la aproximación anterior al ECRO incide fundamentalmente en los presupuestos teóricos y metodológicos, quedan por plantear aquellos referidos a su manejo, a su utilización. En otro importante artículo que establece las líneas

fundamentales del pensamiento pichoniano, “Tratamiento de grupos familiares: psicoterapia colectiva”, esos elementos son delimitados con precisión:

“El terapeuta se manejará, al encarar la tarea correctora [la tarea terapéutica], con un ECRO que incluya los siguientes conceptos y pasos operacionales:

- 1) El concepto de portavoz: el enfermo es el portavoz de la enfermedad grupal.
- 2) El análisis de los roles: funciones sociales perturbadas; roles que se asumen en situaciones de emergencia (ejemplo: un padre con roles maternos.) (Rigidez o rotatividad). Liderazgos.
- 3) El análisis de las ideologías (o prejuicios). Cada familia tiene su ideología grupal y el miembro puede tener su propia ideología distinta. Así vemos los conflictos generacionales (en los judíos se da por ejemplo el hecho de que los viejos son sionistas y conservadores; en cambio los jóvenes llegan a sustentar ideas de izquierda). Se plantean así las contribuciones a resolver.
- 4) El análisis del malentendido básico.
- 5) El análisis de los secretos familiares (todo el mundo los conoce pero nadie habla de ellos).
- 6) El análisis de los mecanismos de splitting.
- 7) El análisis de los mecanismos de segregación y de sus infraestructuras.
- 8) El análisis de los mecanismos de preservación.
- 9) Las fantasías de omnipotencia e impotencia, que fácilmente se proyectan en el terapeuta como una forma de impotentizarlo y paralizarlo (el terapeuta es el ser omnipotente que lo resuelve todo o el ser impotente que nada puede hacer).
- 10) El análisis de la situación triangular básica reeditada en seres de situaciones triangulares intragrupalas.
- 11) La evolución de los medios o logística” (1960b, pág. 198-199).

Como puede observarse, Pichon siempre está atento a las posibilidades prácticas de utilización de sus herramientas conceptuales, y la aplicación clínica de sus elaboraciones le ocupa tanto o más que la fundamentación de las mismas.

La construcción (o elaboración) de un esquema referencial, objetivo y tarea del grupo.

En un artículo que puede considerarse central en el desarrollo de la concepción grupal, y que, según los mismos autores, muestra el inicio mismo del modelo del grupo operativo, puede verse la amplitud del concepto, del esquema referencial. Nos referimos al artículo de 1960, “Técnica de los grupos operativos” (escrito con Bleger, Liberman y Rolla).

Se postula que el análisis de las ideologías constituye la tarea implícita en el análisis del Ecro. Y también que se intenta la configuración de un Ecro de carácter dialéctico, que permita que las contradicciones o conflictos principales sean resueltos durante la tarea misma del grupo. Es decir, una idea del grupo y del conflicto incluyendo al Ecro como elemento de mediación:

“El análisis de las ideologías es una tarea implícita en el análisis de las actitudes y del esquema conceptual, referencial y operativo (ECRO) ya mencionado.

Las ideologías (Schilder) son sistemas de ideas y connotaciones que los hombres disponen para orientar mejor su acción. Son pensamientos más o menos conscientes o inconscientes, con gran carga emocional, considerados por sus portadores como resultado de un puro raciocinio, pero que, sin embargo, frecuentemente no difieren en mucho de las creencias religiosas, con las que comparten un alto grado de evidencia interna en contraste con una escasez de pruebas empíricas. Las ideologías son un factor fundamental en la organización de la vida. Pueden transmitirse de padres y maestros a hijos y alumnos por procesos variados de identificación. Muy a menudo el propio sujeto ignora la existencia de ellas; no están explicitadas, pero son siempre operantes. La ideología, tal como aparece en su contenido manifiesto, puede ser comprensible o no; pero lo que se hace necesario es analizar su infraestructura inconsciente Las ideologías son formuladas en palabras; por lo tanto, el análisis de las palabras o del lenguaje, análisis semántico semantístico, constituye, además del análisis sistémico, una parte fundamental en la indagación de las ideologías. Estas no suelen formar un núcleo coherente, sino que, por regla general, coexisten varias ideologías de signo contrario, determinando diferentes grados de ambigüedad (índice de ambigüedad). Esta ambigüedad se manifiesta en forma de contradicción, y es por esto que el análisis sistemático de las contradicciones (análisis dialéctico) constituye una tarea esencial en

el grupo. El grupo debe configurar un esquema conceptual, referencial y operativo de carácter dialéctico, donde las contradicciones principales referidas al campo de trabajo deben ser resueltas durante la tarea misma del grupo. Todo acto de conocimiento enriquece el esquema conceptual, referencial y operativo, que se realimenta y mantiene flexible o plástico (no estereotipado). Este aspecto es observado a través de procesos de ratificación de conductas o de rectificación de actitudes estereotipadas (o distorsionadas), mantenidas en vigencia como guardianes de determinadas ideologías o instituciones. Al funcionar dichas ideologías de una manera más o menos inconsciente, se constituyen en barreras que impiden la irrupción de nuevas soluciones en forma de emergentes con características de descubrimientos o invenciones” (1960c, pág. 268-269).

En un artículo posterior, Pichon insistirá en el Ecro como producto de síntesis de corrientes aparentemente antagónicas, pero sobre todo ignoradas, abundando en la idea de la relación entre el Ecro y las ideologías (1966b, pág. 66).⁴⁷¹

En el artículo de 1960 (“Técnica...”) también se postula la ‘unidad’ del aprender y del enseñar, lo que permitirá posteriormente dar más alcance al concepto del Ecro, tanto como esquema referencial del terapeuta o coordinador, como a la construcción de un Ecro por parte de los participantes (pacientes) del grupo:

“Unidad del aprender y del enseñar. Enseñar y aprender siempre operan dentro de un mismo marco de trabajo. Forman una estructura funcional y sólo considerados así pueden organizarse y adquirir un carácter operativo y una vigencia que determinen la forma y función instrumental de una estructura dinámica. El esquema referencial que sirve de encuadre y favorece la emergencia de dicha estructura funcional incluye –entre otros elementos– el de la materia involucrada con la cual se está trabajando en cada una de estas unidades, y que contiene algo que es desconocido o poco conocido hasta entonces por el grupo. [...] Debemos identificar básicamente el acto de enseñar y aprender con el acto de inquirir, indagar o investigar, y caracterizar la unidad ‘enseñar y aprender’ como una continua y dialéctica experiencia de aprendizaje en espiral, donde

⁴⁷¹ “Praxis y psiquiatría”, se trata de un reportaje para la Revista Latinoamericana de Salud Mental, en 1966. Pichon realiza una fuerte crítica a las posiciones de la psiquiatría, y a su esquema referencial, análisis que extiende a la “salud mental”. Pichon postula su tesis principal: el enfermo mental como emergente de procesos familiares y sociales, y critica la segregación y marginación derivada de una psiquiatría a la que considera como el principal elemento de la “resistencia al cambio”.

en un clima de plena interacción descubren o redescubren, aprenden y ‘se enseñan’” (1960c, pág. 271-272).

El eje principal está dado por la construcción de un nuevo esquema referencial a partir del trabajo grupal:

“Podemos resumir las finalidades y propósitos de los grupos operativos diciendo que la actividad está centrada en la movilización de estructuras estereotipadas, dificultades de aprendizaje y comunicación, debidas al monto de ansiedad que despierta todo cambio (ansiedad depresiva por abandono del vínculo anterior y ansiedad paranoide creada por el vínculo nuevo y la inseguridad). [...] El propósito general es el esclarecimiento, en términos de las ansiedades básicas, aprendizaje, comunicación, esquema referencial, semántica, decisiones, etcétera. De esta manera coinciden el aprendizaje, la comunicación, el esclarecimiento y la resolución de tareas, con la curación. Se ha creado un nuevo esquema referencial” (1960c, pág. 273).

Igualmente, en “Grupos operativos y enfermedad única” (1965), Pichon postula que la tarea que adquiere prioridad es la elaboración de un esquema referencial común, a partir de que cada integrante lleva su propio esquema referencial al grupo. Ese proceso se dará en un complejo trabajo que Pichon denomina como “vueltas de espiral”, “trabajo espiralado”, “desarrollo del cono invertido”, etc., aludiendo al proceso de ‘anudamiento’ (confrontación, solapamiento, ‘sumación’, complementariedad, etc.) entre las diversas perspectivas singulares.

“La tarea que adquiere prioridad en un grupo es la elaboración de un esquema referencial común, condición básica para el establecimiento de la comunicación, la que se dará en la medida en que los mensajes puedan ser decodificados por una afinidad o coincidencia de los esquemas referenciales del emisor y el receptor. Esta construcción de un ECRO grupal constituye un objetivo cuya consecución implica un proceso de aprendizaje y obliga a los integrantes del grupo a un análisis semántico, semantístico y sistémico, partiendo siempre de la indagación de las fuentes vulgares (cotidianas) del esquema referencial. Cada integrante lleva al grupo un esquema de referencia, y sobre la base del común denominador de estos sistemas, se configurará, en sucesivas ‘vueltas de espiral’, un ECRO grupal” (1965b, pág. 283).

También es importante la construcción del propio esquema referencial. Pichon se referirá a los antecedentes de su técnica, a algo de su propio esquema referencial:

“Una de mis experiencias con esta modalidad de trabajo se cumplió cuando nos vimos en la necesidad de aplicar técnicas grupales y acumulativas ante una situación de emergencia, creada por la separación súbita (por razones de índole política) de los enfermeros asignados a nuestro servicio. Esta circunstancia nos llevó a formar un curso de enfermería con los pacientes que estaban en mejores condiciones, en forma grupal y con el encuadre de la escuela de líderes.

“La información recibida de parte de los pacientes y la necesidad de discriminar las partes depositadas en nosotros constituyeron, junto con la conceptualización e interpretaciones formuladas, la otra fuente que nos alimentó y capacitó para construir a posteriori todo nuestro esquema conceptual, referencial y operativo (ECRO).

“Esta tarea fue doblemente beneficiosa, ya que los enfermeros así formados en poco tiempo demostraron ser mucho más eficaces que los profesionales que fueron separados. En la medida en que la operatividad de cada uno de ellos aumentaba, los síntomas de perturbación que tenían estos pacientes regresaban, configurando un criterio de normalidad (adaptación activa a la realidad) y una nueva Gestalt.

“Al sentirse útiles readquirían una identidad social a veces superior a la que habían tenido antes de enfermarse, y lograban de esta manera un intenso proceso de maduración, siendo factor muy importante en este proceso la identificación que los demás pacientes hacían con los líderes. En función de estas modificaciones de los pacientes líderes (adquiridas progresivamente por insight a través de los otros, por la identificación proyectiva-introyectiva), cambiaron sus actitudes, creencias, opiniones y prejuicios, transformándose el paciente en un cooperador eficientísimo. Al disminuir en forma considerable los miedos básicos, la comprensión se fue haciendo cada vez más progresiva y operativa.

“Como terapeuta internalizaba todo ese caudal de información y modificaciones, modificándome al recibir informaciones útiles para mi propio conocimiento y al hacerme depositario de la suma de experiencias y observaciones transmitidas por el grupo de enfermeros recién formados. Es decir, se había creado un sistema de realimentación, que me instrumentaba para una mejor comprensión de los pacientes a mi cargo. La tarea transformaba a quienes al principio asumían roles autocráticos, rígidos, autoritarios, en sujetos que paulatinamente adquirían flexibilidad haciéndose operativos. *El coordinador se incluía en el mismo proceso psicoterapéutico* logrando

así cambiar la imagen distorsionada que él tenía de los pacientes, así como también la imagen que de él tenían los pacientes” (1965b, pág. 289-290).

También en 1971, en el Prólogo a “Del psicoanálisis a la psicología social” se refiere a su propio esquema conceptual y describe el movimiento que lo llevó desde el psicoanálisis hacia lo que considera una formulación más totalizadora; es interesante anotar algo que Pichon considera relacionado con ese movimiento: comenzó a interesarse más por la enseñanza que por la producción escrita:

“Si bien estos planteos [las relaciones intersubjetivas, las relaciones vinculares internalizadas y articuladas en un mundo interno, la noción de vínculo y estructura vincular] surgieron en una praxis y están sugeridos, en parte, en algunos trabajos de Freud (Psicología de las masas y análisis del Yo), su formulación implicaba romper con el pensamiento psicoanalítico ortodoxo, al que adherí durante los primeros años de mi tarea, y a cuya difusión había contribuido con mi esfuerzo constante. Pienso que esa ruptura significó un verdadero ‘obstáculo epistemológico’, una crisis profunda, cuya superación me llevó muchos años, y que quizá se logre recién hoy, con la publicación de estos escritos.

“Esta hipótesis aparecería confirmada por el hecho de que, a partir de la toma de conciencia de las significativas modificaciones de mi marco referencial, me volqué más intensamente a la enseñanza, interrumpiendo el ritmo anterior de mi producción escrita. Sólo en 1962, en el trabajo sobre ‘Empleo del Tofranil en el tratamiento del grupo familiar’, en 1965 con “Grupo operativo y teoría de la enfermedad única”, y en 1967 con ‘Introducción a una nueva problemática para la psiquiatría’, logro una formulación más totalizadora de mi esquema conceptual, si bien algunos aspectos fundamentales se relacionan entre sí, y muy escuetamente, recién en ‘Propósitos y metodología para una escuela de psicólogos sociales’ y ‘Grupo operativo y modelo dramático’, presentados respectivamente en Londres y Buenos Aires, Congreso Internacional de Psiquiatría Social y Congreso Internacional de Psicodrama, en el año 1969.

“La trayectoria de mi tarea, que puede describirse como la indagación de la estructura y sentido de la conducta, en la que surgió el descubrimiento de su índole social, se configura como una praxis que se expresa en un esquema conceptual referencial y operativo” (1971a, pág. 10).

El Ecro y el aprendizaje.

Ya hacia fines de la década del 60, será otro el énfasis: el Ecro en relación con el aprendizaje. Aquí ya vemos a un Pichon ocupado en la consolidación de su propuesta –a través de la Escuela de Psicología social– y en un momento en que certificará el giro, desde el psicoanálisis y la psiquiatría, hacia la psicología social.

En un complejo y articulado artículo de 1969, “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales”⁴⁷², propone una didáctica específica, donde la construcción de un Ecro es su elemento fundamental.

Pichon sostiene que las ciencias del hombre aportan elementos para la construcción de un Ecro, orientado hacia el aprendizaje. Esboza así una idea del Ecro como teoría, pero siempre subordinado a la idea de aplicación, de operabilidad e instrumental:

“La psicología social que postulamos apunta a una visión integradora del ‘hombre en situación’, objeto de una ciencia única o interciencia, ubicado en una determinada circunstancia histórica y social. Tal visión se alcanza por una epistemología convergente, en la que todas las ciencias del hombre funcionan como una unidad operacional enriqueciendo tanto el objeto del conocimiento como las técnicas destinadas a su abordaje.

“Como unidad operacional, las ciencias del hombre así reunidas aportan elementos para la construcción de un instrumento único al que llamamos ECRO, esquema conceptual, referencial y operativo, orientado hacia el aprendizaje a través de la tarea. Este conjunto estructural y genético nos permite la comprensión horizontal (la totalidad comunitaria) y vertical (el individuo inserto en ella) de una sociedad en permanente situación de cambio y de los problemas de adaptación del individuo a su medio. Como instrumento es lo que permite planificar un manejo de las relaciones con la naturaleza y sus contenidos en las que el sujeto se modifica a sí mismo y modifica el mundo en un constante interjuego dialéctico” (1969b, pág.312).

⁴⁷² Posiblemente se trate del artículo más difundido de Pichon-Rivière. Fue publicado por primera vez en la Revista Argentina de Psicología, en su número 2, publicación de la reciente Asociación de Psicólogos de Buenos Aires. Y la ocasión era propicia: se asistía a un importante movimiento en el ámbito de la psicología (universidad, movimiento estudiantil, profesionales) en relación con el movimiento psicoanalítico; en ese momento el intento de independencia de los psicólogos era considerable (véase

Pichon explicita la concepción didáctica que orienta la propuesta grupal: “La didáctica que postulamos, fundada en el concepto de interciencia, emerge del ámbito de la psicología vincular y podemos caracterizarla como interdisciplinaria y grupal, acumulativa, de núcleo básico, instrumental y operacional.

La didáctica interdisciplinaria se apoya en la preexistencia, en cada uno de nosotros, de un esquema referencial (conjunto de experiencias, conocimientos y afectos con los que un individuo piensa y actúa) que adquiere unidad por medio del trabajo grupal, promoviendo simultáneamente en ese grupo o comunidad un esquema referencial y operativo sustentado en el común denominador de los esquemas previos” (1969b, pág. 313).

Y describe lo que constituye el abordaje grupal y las características de ese núcleo básico, instrumental y operacional:

“Una de las clásicas definiciones de la didáctica es la de desarrollar aptitudes, modificar actitudes y comunicar conocimientos. Estas funciones son cumplidas por la didáctica interdisciplinaria que educa, instruye y transmite conocimientos, pero con una técnica que redundante en una economía del trabajo de aprendizaje, ya que al ser acumulativa la progresión del desarrollo es geométrica.

“Al hablar del abordaje interdisciplinario de una situación social entendemos que esta metodología comprende el estudio en detalle, en profundidad y en el ámbito total, de todas las partes de un problema. Allí se da la síntesis dialéctica entre texto y contexto. Surge de dicha definición la necesidad de trabajar en grupos formados por integrantes de diversas especialidades que conciernen al problema indagado. Se cumple así una de las leyes básicas de la técnica de *grupos operativos* (“a mayor heterogeneidad de los miembros y mayor homogeneidad en la tarea, mayor productividad”). Llamamos a nuestra didáctica de núcleo básico, porque está inspirada en las conclusiones de las investigaciones en el campo de la educación de los adultos que sostienen que la transmisión de los conceptos universales que rigen cada disciplina específica hace posible una mayor velocidad, profundidad y operatividad del conocimiento. El núcleo básico está constituido por esos universales y el aprendizaje va de lo general a lo particular. Es instrumental y operacional, porque el esquema conceptual, referencial y

capítulos 7 y 8 de este trabajo). El artículo de Pichon, que se refiere a su propia Escuela y a su concepción de la psicología social, se inscribe de pleno en ese panorama.

operativo, ECRO, así constituido, es aplicable en cualquier sector de tarea e investigación” (1969b, pág. 313-314).

Por último, se propone la importancia de la configuración del Ecro común a los miembros del grupos, construcción o elaboración que es realizada en el propio desarrollo del proceso grupal:

“En esta trayectoria el grupo debe configurar un esquema conceptual, referencial y operativo de carácter dialéctico donde las contradicciones referidas al campo de trabajo deben ser resueltas en la misma tarea grupal.

“El ECRO es el punto focal del aprendizaje general, permitiéndonos integrar a través del grupo las experiencias que permitirán la instrumentación, ya que siguiendo lo señalado por Freud y reformulado por K. Lewin toda indagación coincide con una operación. La praxis en la que teoría y práctica se integran en una fuerza operativa, instrumento de transformación del hombre y del medio, está en la base del método.

“El desarrollo de un esquema referencial, conceptual y operativo común a los miembros del grupo permite el incremento de la comunicación intragrupal ya que, de acuerdo con la teoría de la información, lo que permite que el receptor comprenda el mensaje emitido por el transmisor, a través de operaciones de codificación y decodificación, es una semejanza de esquemas referenciales. En este proceso de comunicación y aprendizaje observamos que el grupo sigue un itinerario que va del lenguaje común al lenguaje científico. Este paso es de vital importancia ya que es inútil elaborar un pensamiento científico si no se parte de la comprensión y análisis de las fuentes vulgares del esquema referencial.

“Hemos mencionado el carácter interdisciplinario de los grupos. Esto nos permite reiterar uno de los principios básicos de la técnica operativa: a una mayor heterogeneidad de los miembros, heterogeneidad adquirida a través de la diferenciación de roles en la que cada miembro aporta al grupo todo el bagaje de sus experiencias y conocimientos, y una homogeneidad en la tarea lograda por sumación de la información, la que adquiere el ritmo de una progresión geométrica, enriqueciendo como parcialidad a cada uno de los integrantes y como totalidad al grupo, se logra una productividad mayor” (1969b, pág. 319-320).

Algunas especificaciones son agregadas en otro artículo de ese mismo año, en “Grupo operativo y modelo dramático” (1969). Aquí Pichon propone una idea del

aprendizaje entendido como praxis (aprendizaje para transformar, y se refiere al proceso de aprender a aprender como elemento básico. De ese proceso de aprendizaje surgirán modelos, pautas o esquemas referenciales con los que se opera; se trata de un aprendizaje como proceso de apropiación de la realidad para modificarla.

Ahora bien, el aprendizaje es aprendizaje de roles (de funciones, de desempeño, adjudicación, asunción, etc.) y la situación grupal constituye el instrumento privilegiado para ese aprendizaje que Pichon denomina como la “internalización operativa de la realidad”.⁴⁷³

La última aproximación al concepto: una definición sistematizada.

La última definición de Ecro, donde aparece el concepto definido de una manera un tanto cerrada –algo inusual en Pichon– data de 1972, en un artículo escrito junto con Ana Pampliega de Quiroga, “Aportaciones a la didáctica de la psicología social”, y que si bien abunda en la perspectiva del aprendizaje mantiene ya un estilo diferente a los

⁴⁷³ La cita es extensa, pero útil para exponer todo lo planteado: “La concepción del aprendizaje como praxis nos permite la posibilidad de plantearnos dicho proceso como un aprender a aprender y un aprender a pensar, concepción de carácter instrumental que se apoya en una teoría del pensamiento y del conocimiento que operan en un contexto social. Sobre la base de estas últimas formulaciones y de una teoría del vínculo al que definimos como una estructura bicorporal y tripersonal, construimos el instrumento de aprehensión del objeto de conocimiento. Esta estructura triangular que rige todas nuestras relaciones hace posible abandonar el esquema de una psicología individual, que ya negaba Freud adoptando los postulados de una psicología que siempre será social, al incluir en el esquema de referencia el concepto de un mundo interno en interacción continua, origen de las fantasías inconscientes. Es esta dimensión ecológica la que por procesos de introyección y proyección puede condicionar una imagen distorsionada en distintos grados del mundo exterior, particularmente del rol del otro, cuya percepción está signada por situaciones de reencuentro que rigen toda nuestra vida emocional.

El ajuste de estos elementos va a configurar modelos, pautas o esquemas referenciales que operan en el proceso de aprendizaje o lectura de la realidad. El modelo es un sistema o un conjunto que debe incluir todas las características del objeto a indagar. Es el instrumento de abordaje del objeto real, en el que se encuentran los vectores del descubrimiento. [...] ...describimos en última instancia al aprendizaje como el proceso de *apropiación instrumental de la realidad para modificarla*. Todo aprendizaje es aprendizaje social, aprendizaje de roles. Lo que se internaliza en ese proceso de apropiación de la realidad son funciones, las que pueden ser descriptas en forma de roles en situación.

Todo conjunto de personas ligadas entre sí por constantes de tiempo y espacio y articuladas por su mutua representación interna (dimensión ecológica) configura una situación grupal. Dicha situación está sustentada por una red de motivaciones y en ella interaccionan entre sí por medio de un complejo mecanismo de asunción y adjudicación de roles. Es en este proceso donde deberá surgir el reconocimiento de sí y del otro en el diálogo e intercambio permanente. Esta situación grupal constituye el instrumento más adecuado para ese aprendizaje de roles (aprendizaje social) en el que consiste la internalización operativa de la realidad” (1969a, págs. 301-303).

Este artículo fue presentado en el Congreso Internacional de Psicodrama y en el Congreso Latinoamericano de Psicoterapia de Grupo, Buenos Aires, 1969. El título del artículo, y el lugar donde se presenta parecen indicar un intento de unir, acercar o marcar puntos de conexión entre la propuesta pichoniana y el psicodrama. El texto anterior presentado por Pichon en el anterior congreso de psicoterapia de grupo era de 1957.

anteriores. Parece tratarse de una anticipación a su propio deterioro y declinar vital; en el artículo se intenta estipular con precisión los conceptos y las formulaciones.

Se propone el Ecro como conjunto organizado de conceptos, o sea como corpus teórico, y se postula al método dialéctico (análisis de oposiciones y contradicciones) como su fundamento. Por otra parte, se retoma la idea de Lagache, el “hombre en situación”, algo ya propuesto por Pichon desde los años 50. Y se mantiene una permanente aspiración de Pichon frente a lo disociado, que oculta u oscurece las relaciones tanto en el nivel del sujeto, como con los otros y con la naturaleza:

“El esquema conceptual, referencial y operativo. Caracterizamos al ECRO como conjunto organizado de nociones y conceptos generales, teóricos, referidos a un sector de lo real, a un universo del discurso, que permite una aproximación instrumental al objeto particular concreto. Este ECRO y la didáctica que lo vehiculiza están fundados en el método dialéctico.

“El método dialéctico, por el que se desarrolla la espiral del conocimiento, implica un tipo de análisis que –a partir de los hechos fundamentales, las relaciones cotidianas– devela los principios opuestos, las tendencias contradictorias, fuentes configuradoras de la dinámica de los procesos.

“Este método es el que permite la producción del conocimiento de las leyes que rigen la naturaleza, la sociedad, el pensamiento, tres aspectos de lo real comprometido en lo que denominamos ‘hombre en situación’. Con el término ‘hombre en situación’ intentamos caracterizar un objeto de conocimiento, en una tarea que reintegre lo fragmentado por un pensamiento disociante que oscurece las relaciones entre sujeto, naturaleza y sociedad” (1972b, pág. 205).

Es significativa la mención hecha en ese momento en torno a los aportes disciplinarios que constituirían el Ecro. El enunciado no evita cierto efecto de ‘amontonamiento’ de teorías, quizá fruto de los interminables zigzagueos intelectuales de Pichon, o quizá debidos a un intento de incluir un elemento adicional: el marxismo.

“Nuestro ECRO es un instrumento interdisciplinario, es decir, articula aportes de distintas disciplinas, en la medida en que resulten pertinentes al esclarecimiento del objeto de estudio. Estos aportes provienen del materialismo dialéctico, el materialismo histórico, el psicoanálisis, la semiología y las contribuciones de quienes han trabajado en una interpretación totalizadora en las relaciones entre estructura socioeconómica y

vida psíquica. A partir de esos aportes se puede construir una psicología que ubique el problema en sus premisas adecuadas” (1972b, pág. 207).

Esta alusión al marxismo, explícita en el artículo, y también en el texto de 1976 “Conversaciones...” (Zito Lema, 1976), puede suponerse realizado no sólo por el propio Pichon –quien siempre tuvo un estilo sobrio frente a esa ‘cuestión’–, sino por su grupo inmediato. El destino del artículo permite suponer también un intento de mostrar el eje interdisciplinario y la amplitud de perspectivas teóricas a incluir en la psicología social.

Los componentes del concepto.

El concepto de ECRO fue tomando diversas formulaciones, de acuerdo a las variaciones que iba realizando el propio Pichon. Desde las aproximaciones de los años 50, donde el Ecro se asociaba al esquema referencial, en tanto experiencias y motivaciones, y se fundamentaba en la idea de un “esquema corporal”, como primeras experiencias del sujeto en su relación con el mundo, a los años 70, donde ya adquiere la gravedad y peso de un concepto bien establecido, con vocación de totalización y cierre, el Ecro será un conjunto articulado de conceptos, un sistema conceptual (si bien instrumental, y operacional).

Antes de intentar una comprensión del alcance de esas variaciones del concepto, veremos sus formulaciones finales, a partir de una clase dictada en 1970, en la Escuela de Psicología Social, y que fue publicada en 1977 con el título “Concepto de Ecro”. Pichon aborda cada uno de los sintagmas constitutivos del concepto: esquema, conceptual, referencial y operativo.

Esquema. No se explicita en esta ocasión el alcance del término, puede suponerse que sigue manteniendo las elaboraciones ya hechas: esquema en cuanto denota algo fijo, con cierta rigidez, y por otra parte, su acepción en cuanto modelo.⁴⁷⁴ El esquema en cuanto modelo es entendido como un instrumento que por analogía permite la comprensión de determinadas realidades.

Esquema conceptual. Entiende lo conceptual como lo que permite enunciar los rasgos constitutivos del objeto; así, esquema conceptual es entendido como “un conjunto organizado de conceptos universales que permiten una aproximación adecuada

al objeto particular” (1970b, pág. 215). Esquema conceptual que aparecerá ligado a su aspecto empírico, u operacional. Y parafrasea la conocida frase de uno de los iniciadores del campo grupal: “nada hay más práctico que una buena teoría” (Lewin). Esta noción de lo conceptual asimilado a la idea de sistema le lleva a postular el esquema conceptual de forma cerrada (si no logrado, al menos como aspiración): “Entendemos por esquema conceptual, un sistema de ideas que alcanzan una vasta generalización” (pág. 215).

En referencia a la dimensión conceptual del esquema, Pichon establece algunas puntualizaciones importantes. Se refiere a la necesidad de un análisis sistémico del Ecro. Es decir, un trabajo sobre la coherencia del mismo, sobre la articulación de los diversos conceptos, nociones, teorías, hipótesis, etc., incluidos en el Ecro. A este análisis, que llama ‘intrasistémico’, agrega otro, el análisis ‘intersistémico’, referido a la relación de este Ecro con otros, a sus relaciones de complementariedad, de divergencia, etc. (se trataría de las relaciones entre diversos conjuntos teóricos).

Esquema conceptual y referencial. El concepto adquiere entonces una significación bastante diferente a la que tenía la antigua noción de ‘marco’ o ‘esquema referencial’. ‘Esquema referencial’ se refería al conjunto de experiencias, conocimientos, actitudes, etc., de un sujeto y con el que ‘operaba’ en el mundo.

‘Esquema conceptual y referencial’ es una noción colocada en otro registro. Ahora referencial se refiere a una dimensión más empírica, se refiere al campo de observación e intervención: “El aspecto *referencial* alude al campo, al segmento de realidad sobre el que se piensa y opera y a los conocimientos relacionados con ese campo o hecho concreto a los que nos vamos a *referir* en la operación” (pág. 216).

Lo referencial. El término ‘referencia’ ha sido objeto de elaborados análisis lógicos y epistemológicos. Referencia, referente, referencial, constituyen conceptos que aluden a la problemática del sentido y la significación, así como a los símbolos y al simbolismo. Puede verse diversas acepciones de estos términos según la Real Academia:

⁴⁷⁴ Es en el texto “Teoría del vínculo” (1956-57) donde Pichon expone su concepción del esquema en cuanto tal (pág. 64 y sig., y capítulo 10).

– referencia: 1) narración o relación de una cosa; 2) relación, dependencia o semejanza de una cosa respecto de otra; 3) indicación en un escrito del lugar del mismo o de otro al que se remite al lector.

– referente: 1) que refiere o que expresa relación a otra cosa; 2) aquello a que se refiere el signo.

Como se observa, se habla de relación, indicación, alusión; y también términos de orden empírico (señal) como lingüístico (signo). Todos esos significados parecen agolparse en el concepto de ‘esquema referencial’, especialmente si se tiene en cuenta sus últimas elaboraciones.

De acuerdo a Ferrater Mora (en su Diccionario de Filosofía), no hay que reducir la función simbólica (como es el caso de lo referencial) a una función solamente indicativa o señalativa (conduce a confundir símbolo con signo), pero tampoco a una función solamente representativa (conduce a su confusión con cualquier acto de intuición). No se trata de rechazar la noción formal y la noción intuitiva, sino de integrarlas en una unidad oscilante entre las varias significaciones (Ferrater Mora, artículo sobre Símbolo, pág. 3042).

Ahora bien, ‘referencia’ en el contexto que estamos desarrollando (esquema referencial) justamente recubre ambas funciones: la indicativa y la representativa. Ambas nociones, formal e intuitiva, o empírica y retórica –en otro registro– se superponen en la noción ‘referencia’ o ‘referencial’.

Quizá puede afirmarse que la primera noción de esquema referencial poseía varias significaciones, incluso ‘excesivas’ (en el sentido que propone Ferrater Mora); sin embargo, en las últimas elaboraciones, cuando ya se trata del esquema conceptual y referencial (o más exactamente, el Ecro) eso cambia, y pasa a constituir un concepto más indicativo o denotativo casi exclusivamente.

Puede verse en un artículo de J.C. de Brasi, “Elucidaciones sobre el Ecro”, un consistente análisis del concepto. Desde una posición crítica con algunos supuestos ideológicos y teóricos de Pichon, aborda la cuestión mencionada: “Si la referencia, en el discurso que despliega el ECRO, se establece con las teorías que le sirven de respaldo, entonces éstas son el *referente* del mismo. Y si no se trata de ellas, sino del sentido para una concepción de lo grupal, se ignora cuál sería dicho sentido. Por lo tanto, en esta distribución la referencia se confunde con sus *referentes*, o con los diversos *sentidos*

que la atraviesa. En síntesis, la noción de referencia permanece indefinida, siendo recubierta por dos conceptos de orígenes disímiles. El primero de cuño empirista, es el de *indicación*. El segundo de proveniencia retórica, es el de *alusión*. *Alusión* ‘al campo, al segmento de la realidad sobre el que se piensa y opera’. *Indicación* de ‘los conocimientos relacionados con ese campo o hecho concreto a los que nos vamos a referir en la operación’” (De Brasi, 1987, pág. 105-106).

A partir de todas estas consideraciones en cuanto a la complejidad de significación, al solapamiento de perspectivas diferentes, queda en pie la cuestión de si el ‘pasaje’ del esquema referencial al Ecro –quizá más que pasaje deba hablarse de énfasis– es significativo, o por el contrario, es inocuo. A nuestro juicio, el uso inicial del concepto parecía abrir más posibilidades de pensamiento y de articulación de planos que su formulación final. Si esta última intenta por una parte incrementar el rigor teórico (Ecro = teoría), parece hacerlo a cambio de retornar al empirismo, y consecuentemente, a cierta mistificación ideológica (todo vale si es práctico).

Conceptual, referencial y operativo. Por último, la última letra del concepto, la O. Operativo, operacional, la operatividad.

Se refiere al concepto aristotélico de verdad: “En nuestro esquema conceptual, la operatividad representa lo que, en otros esquemas, el criterio tradicional de verdad (adecuación de lo pensado o enunciado con el objeto)” (pág. 216).

Y de ahí se deriva al carácter instrumental de los conceptos. Entonces, lo operativo, ahora lo verdadero, el concepto operativo –verdadero, adecuado– será aquél que posibilite el cambio, y la producción planificada del cambio.

“[...] Si con nuestro ECRO enfrentamos una situación social concreta, no nos interesa sólo que la interpretación sea exacta, sino fundamentalmente nos interesa la adecuación en términos de operación. Es decir, las posibilidades de promover una modificación creativa o adaptativa según un criterio de adaptación activa a la realidad. Por eso hemos dicho al iniciar estos cursos, que la Psicología Social es *direcciona*l y *significativa* en el sentido de que está orientada hacia el *cambio*” (pág. 217).

Hay que señalar en este punto de la exposición las fluctuaciones del pensamiento pichoniano, o quizá el ‘amontonamiento’ de perspectivas diversas, incluso divergentes.

Operativo, operatividad y operacional, en momentos cubren el mismo espectro. Así, si ‘operativo’ implicaba una relación de transformación y de creación de un elemento

nuevo, ‘operatividad’ se coloca en el empirismo: algo vale porque funciona y funciona porque vale, sin más análisis de sus presupuestos. Y ‘operacional’ parece una concesión a las metodologías más positivistas del momento –especialmente vigentes en las ciencias sociales más o menos funcionalistas–. Pero todas estas precauciones críticas no desmerecen (ni disminuyen) el alcance movilizador y fecundo del concepto.

El esquema referencial y conceptual de Pichon-Rivière.

Un elemento fundamental que se mantiene a lo largo de toda la elaboración pichoniana lo constituye el papel otorgado a la formación del Ecro. La constitución, construcción o elaboración del Ecro constituye uno de los ejes del trabajo grupal.

Pichon se refiere en numerosas ocasiones a las fuentes teóricas de su propio esquema referencial, como puede observarse en muchos de sus artículos (ya sean del campo de la psiquiatría, del psicoanálisis o de la psicología social). En la clase de 1970 referida a este concepto, y teniendo en cuenta su auditorio –alumnos de primer año de su escuela– y el hecho de que son sus últimas elaboraciones, vale la pena reseñar su propia versión:

“Nuestro ECRO, en su aspecto referente a la génesis y estructuración de la personalidad, está constituido por los aportes de Freud, Melanie Klein, G.H. Mead, etcétera. En cuanto a la comprensión de los procesos sociales, particularmente los grupales, nos referimos a los hallazgos de Kurt Lewin, cuyo método es doblemente experimental: 1) es un esfuerzo para hacer práctica la experimentación sociológica, 2) tiende a una forma de experimentación: la investigación activa” (pág. 217).

Aparecen perfilados, incluso amalgamados cuatro nombres y un etcétera. Si el etcétera puede suponerse como un elemento de considerable importancia, queda la cuestión de la relevancia de cada uno de esos cuatro nombres. Freud y Melanie Klein, constituyen un elemento fundamental de su formación intelectual y de muchos años de práctica psicoanalítica y psiquiátrica. Mead parece haber constituido el ‘puente’ que le permitió pasar, desde las teorías psicoanalíticas, a una comprensión de lo social, a través de la noción de rol. Por último, y como pieza fundamental en el modelo grupal, tanto en su formulación conceptual y metodológica como en la intencionalidad de las elaboraciones pichonianas, las propuestas de Kurt Lewin. Los aportes de Lewin son valorados justamente en la medida que enfatizan los aspectos de “aplicación” del

esquema conceptual, del conjunto de nociones: la experimentación y la “investigación activa”.

Desde otro punto de vista, y en cuanto a la construcción del propio esquema referencial pichoniano, la particular unificación que busca Pichon encuentra alguna razón (en absoluto la única) en sus dilatadas pertenencias institucionales e intelectuales, desde los años 40 a los 70.

Ecro e ideología.

La relación que establece Pichon entre la ideología y el Ecro permite precisar el lugar de éste, en tanto esquema conceptual y referencial.

Pichon postula una idea de ideología en tanto concepción del mundo, y como tal, no necesariamente mistificadora, u ocultante. Supone que existen ideologías encubridoras e ideologías que no lo son, sino que operan como concepciones del mundo. En ese sentido, el Ecro participa de la ideología, si bien ésta se expresaría a través de las diversas manifestaciones del mismo.

Hay que señalar que en un esquema referencial coexisten diversas ideas que incluso pueden ser contradictorias. Y esta existencia de elementos de ideologías contrapuestas, sin integración, constituye, en ocasiones, un elemento de ‘realidad’ –de adaptación– y también expresa diversos conflictos con la misma. La coexistencia de rasgos de pensamiento mágico, o mítico, al lado de lógicas científicas, es un ejemplo de ello.⁴⁷⁵

La aprehensión de la realidad, de los objetos, el conocimiento, etc., no sólo se hace desde un esquema conceptual, sino también desde otros aspectos, también componentes del esquema referencial: por ejemplo, el conocimiento intuitivo, el pensamiento mágico, etc. Todo esto es cotidiano, y en esa medida, constitutiva de cualquier esquema referencial. De esta forma, racionalidad e irracionalidad, pensamiento consciente y pensamiento inconsciente, proyección e identificación (como inicios del conocer) parecen quedar incluidos en la noción de esquema referencial.

⁴⁷⁵ Un excelente análisis de la existencia de diversas lógicas, y que aparecen en relación con los avatares del yo (el ideal, etc.) puede verse en “Procesos y estructuras vinculares. Mecanismos, erogeneidad y lógicas” (Maldavsky, 1991).

Dicha noción se refiere fundamentalmente a lo ‘experiencial’ –en sentido fuerte– más que al conjunto de ideas o conceptos.

Marco o esquema referencial y Ecro.

Parece necesario explicitar la relación existente entre esas dos modalidades del concepto: el marco o esquema referencial, y el Ecro. Hemos hecho ya algunas alusiones al abordar la cuestión de lo ‘referencial’ y la complejidad de significación a que alude. En ocasiones Pichon utiliza uno u otro término, diferenciando ambos sólo por el énfasis puesto en función del contexto en que utiliza esa noción. Sin embargo, si se ahonda en la lectura del mismo, los términos no son idénticos, y se solapan en parte, y en parte divergen.

La noción de esquema referencial como conjunto de experiencias y la de Ecro como organización de conceptos alude a una diferencia importante. Por una parte, plantea la cuestión de si el Ecro se refiere a los individuos, o a los grupos –y otras formas colectivas–. Es decir, cada individuo tiene un Ecro, igualmente que cada grupo construye un Ecro?; más aún, cada grupo singular, elabora o construye un Ecro o el Ecro es un sistema conceptual y operativo (un corpus disciplinario tendiente a su aplicación)? Estas precisiones son exigibles a un concepto que ha pasado por ser fundamental en la teorización pichoniana.

Una forma de abordar estos sesgos consiste en observar el desarrollo mismo del concepto, a lo largo de su historia. En los años 60 el concepto de Ecro se refería al conjunto de sentimientos, emociones, etc., con que un sujeto piensa y opera. Puede verse en los textos de Pichon que hemos mencionado anteriormente (1957, 1960a, 1960b, 1960c, etc.). Y también en textos de sus discípulos, como Liberman (firmante de un artículo, “Técnica de los grupos operativos”). También Bleger, hacia esa época, dice algo parecido, concibe al esquema referencial como conjunto de experiencias, conocimientos y afectos con los que se piensa y actúa, como resultado de la cristalización de la personalidad. En un texto clásico en las corrientes grupalistas (“Grupos operativos en la enseñanza”, conferencia dictada en 1961), Bleger plantea ciertas elaboraciones sobre el esquema referencial que precisan, y limitan, el alcance de la noción de esquema referencial (no utiliza el término Ecro, sino esquema referencial). También el artículo: “Enrique Pichon-Rivière. Su aporte a la psiquiatría y al psicoanálisis” (1967d).

Ya en el año 70 Pichon propone el concepto de Ecro como teoría, como conjunto teórico; no implica esto que abandone las otras dimensiones del concepto, pero parecen perder peso frente a la importancia del corpus teórico. Puede pensarse en una cierta pérdida de fecundidad del concepto, si bien gana en precisión. Si el ‘marco referencial’ parece un concepto más amplio y abarcativo, en cambio el ‘Ecro’ es más limitado, pero a la vez, más preciso.

Es inevitable la cercanía de estas cuestiones con las polémicas teóricas de esos años. Se trataba de la relación entre ciencia e ideología; donde se entendía que la ideología buscaba la coherencia y la ciencia la certeza. El solapamiento entre marco referencial y Ecro, entre el esquema referencial referido a la ideología y las creencias y el esquema conceptual, parecen derivarse de este tipo de cuestiones.

En esta perspectiva del Ecro considerado como conjunto teórico puede verse los artículos de Pichon de 1970 y 1972. Si en los años 60 hemos mencionado a autores como Liberman o Bleger haciendo uso del concepto y enfatizando algunas líneas, a partir de los 70 hay que mencionar a Ana Pampliega de Quiroga, y al colectivo nucleado alrededor de la Escuela de Psicología Social.

Lo que se puede denominar como el “cierre” u obturación del concepto, desde la apertura y fecundidad que permitía en las formulaciones iniciales –como esquema referencial, como elemento a construir (‘elaboración de un esquema referencial’)—, a la mayor rigurosidad de las últimas definiciones, a la pretensión de totalización –sea científica, o sea en cuanto a la ‘operatividad’ hacia el ‘cambio’— parece derivar de un proceso complejo. No se debería solamente al itinerario personal de Pichon-Rivière, sino también a ciertos elementos contextuales. Hay que señalar la presencia de un contexto social que en los últimos años de su vida (los años 70) extendió la “urgencia” de las expectativas políticas a los enunciados teóricos que eran apurados o urgentes a dificultosas síntesis (algo muy diferente al clima de los años 50 y 60 que, por el contrario, generó fructíferas aproximaciones de cara al análisis y la transformación).

Sin embargo el elemento primordial parece consistir en un efecto ‘retrasado’ de acumulación de problemas anteriores: el uso poco discriminado de teorías y propuestas diferentes, su amalgama apresurada, el amontonamiento de teorías –a veces, incluso divergentes—, las síntesis poco logradas, etc., derivados del espíritu pionero de Pichon y también de las características del agrupamiento que inicialmente le seguía, sus

continuadores, que no realizaron una labor de discriminación y profundización de las elaboraciones del maestro. Recién avanzados los años 80 aparecerán diversos análisis que, si bien toman ejes importantes de la producción pichoniana, someten a un análisis crítico el conjunto de sus aportes⁴⁷⁶.

12.2. El concepto mediador entre ‘dentro’ y ‘fuera’: portavoz.

El concepto de portavoz, concepto fundamental en el modelo del grupo operativo, ha sido bastante utilizado por diversas disciplinas y corrientes. El concepto de representante es utilizado de forma similar en algunas perspectivas de la teoría política. La categoría de chivo expiatorio ha sido frecuentemente utilizada en sociología y en antropología, y en fin, en algunas perspectivas psicosociales y grupales se confunde en ocasiones al portavoz con la noción de liderazgo, etc.

Pichón Riviére utiliza la noción de portavoz en un sentido muy preciso, dentro de su esquema teórico: se refiere a aquel que con su accionar expresa motivaciones, acciones, sentimientos, deseos, etc. de otros, de otros con los que constituye un grupo. Se trata de una noción que busca articular lo singular, lo personal con la estructura o trama grupal, o vincular.

Puede decirse que es un concepto de pasaje, un concepto mediador: pasaje entre lo individual y lo grupal, pasaje entre lo explícito y lo implícito, mediador entre el “adentro” (lo intrapsíquico) y el “afuera” (lo intersubjetivo). No sólo se trata de una noción teórica que da cuenta de ciertos procesos grupales, sino que también tiene fundamentalmente una aplicación técnica, dirigida a la intervención (en el grupo). La intervención en el grupo (a través de la interpretación o el señalamiento) se apoyará en el portavoz, o mejor dicho, en lo expresado por el portavoz. A partir del emergente toma

⁴⁷⁶ Pueden verse diversos artículos en la colección Lo Grupal, algunos en la revista del CIR (Centro Internacional de Investigaciones en Psicología Social y Grupal), en Clínica y Análisis Grupal, y en la Revista Argentina de Psicología; también en otros textos diversos. No realizamos aquí una indicación de autores y textos, pues su producción es aún demasiado dispersa.

forma el suceder latente del grupo en ese momento, lo cual permite la interpretación (y posteriormente, la elaboración).

Al igual que hemos hecho con otras nociones utilizadas por Pichon, nos acercaremos al concepto de portavoz a través de un análisis del contenido del mismo, de su ubicación en el conjunto nocional del modelo grupal, y también intentando apresar los distintos modos que fue tomando su formulación.

En las primeras formulaciones del concepto, el portavoz aparece como una directa derivación de las prácticas realizadas por Pichon en el Hospicio, especialmente, en la sala de admisión. Allí, el contacto con los pacientes en la eclosión de la crisis y la angustia de los familiares mostró a Pichon un hecho esencial: la trama grupal en que surgía la enfermedad mental. Así, comprende al paciente como un portavoz de la ansiedad del grupo familiar, grupo cuyo funcionamiento estereotipado ha hecho crisis, apareciendo ésta a través de uno de los miembros. El enfermo como portavoz de la enfermedad familiar, tal será la fórmula propuesta en esos años (años 50) por Pichon, en un intento de desentrañar los misterios de la psicosis y de la enfermedad mental en general, alejándose de los parámetros de la psiquiatría clásica.

Años después extendería la noción, y pasaría a considerar que ese fenómeno –el enfermo mental, portavoz del grupo familiar– en realidad evidenciaba algo general de los grupos: el portavoz enuncia, diversos contenidos no sólo propios, sino también del grupo al que pertenece (e incluso de los diversos grupos a que pertenece).

El portavoz, emergente de la enfermedad familiar.

Podemos ver esta concepción en diversos artículos, entre ellos: “Empleo del Tofranil...” –de 1960–, la noción de portavoz parece ser la hipótesis fundamental del artículo:

“La emergencia de una neurosis o psicosis en el ámbito de un grupo familiar significa que un miembro de este grupo asume un rol nuevo, se transforma en el *portavoz* o *depositario de la ansiedad* del grupo. La estructura grupal se altera, suceden perturbaciones en el sistema de adjudicación y asunción de roles, aparecen mecanismos de segregación del enfermo, dependiendo en gran medida el pronóstico del caso de la intensidad de estos mecanismos de segregación. *El enfermo es alienado por su grupo inmediato*” (1960a, pág. 184).

En la cita aparecen ya varios elementos que serán fundamentales: la noción de portavoz en relación con la depositación, y también con los mecanismos de adjudicación y asunción de roles. Y también un elemento fundamental en cuanto al pronóstico: los mecanismos de segregación del enfermo-portavoz.

Pichon planteará que el tratamiento del enfermo se ha de realizar en el ámbito familiar ya que serán las pautas estereotipadas, el malentendido, la red vincular, lo que ha conducido a la eclosión de la enfermedad de uno de los miembros del grupo. Y es en ese contexto donde corresponde la operación terapéutica:

“Es en este ámbito o campo donde la enfermedad de uno de los miembros del grupo debe ser comprendida y esclarecida. Este grupo *estereotipado* y poco productivo se transformará con el uso de determinadas técnicas en *el instrumento mismo de la operación correctora*. La técnica empleada es la que *denominamos grupos operativos de esclarecimiento*, de aprendizaje, de capacitación o tarea que actúa como proceso terapéutico. [...] *El grupo se configura en una empresa cuyo negocio es la curación de uno de sus miembros a través del esclarecimiento de todos*” (1960a, pág. 185).

Esta concepción pichoniana del portavoz como emergente de la enfermedad familiar, ya expuesta a principios de los años 60 se mantendrá a lo largo de sus elaboraciones, si bien será extendido a lo colectivo, a lo social, como puede verse en un artículo de 1970, donde se aborda la problemática de la prevención:

“El enfermo es portavoz de los conflictos y tensiones de su grupo inmediato, la familia. Pero es también por ello el símbolo y el depositario de los aspectos alienados de su estructura social, portavoz de su inseguridad y su clima de incertidumbre. Curarlo es adjudicarle un rol nuevo, el de agente de cambio...” (1970f, pág. 185).

Pichon reconoce los aportes de la teoría gestáltica, y en especial de Kurt Lewin, además de sus propias experiencias, como los elementos que le permitieron considerar a la enfermedad mental no como enfermedad de un sujeto, sino como enfermedad del propio grupo familiar; en ese sentido, el enfermo desempeña un rol, es portavoz –y emergente– de esa situación total (1960b, pág. 193).

Otro matiz, que amplía el alcance del concepto, reside en que el portavoz ya no es una posición del miembro enfermo, sino algo más amplio: portavoz es una cualidad o característica de todos y cada uno de los miembros del grupo familiar:

“Como unidad básica de interacción, la familia aparece como el instrumento socializador, en cuyo ámbito el sujeto adquiere su identidad, su posición individual dentro de la red interaccional. La funcionalidad y la movilidad de dicha posición señalarán el grado y naturaleza de adaptación en ese contexto grupal, del que cada sujeto resulta portavoz” (1970f, pág. 186).

Puede verse una ajustada descripción de los procesos que conducen a un determinado miembro del grupo familiar a transformarse en portavoz –de la enfermedad familiar– en un artículo de 1960: “Tratamiento de grupos familiares: psicoterapia colectiva” (son apuntes de un curso dictado en 1960). Allí se detalla el proceso que ha conducido a la crisis. Pichon describe varios elementos a tener en cuenta para realizar un adecuado diagnóstico –tanto del miembro enfermo como del grupo familiar–:

“A) En cuanto al diagnóstico:

- 1) En la situación hay un grupo familiar enfermo del cual el paciente es emergente y que adquiere la calidad de portavoz de la enfermedad grupal.
- 2) Se puede comprender mejor esto si vemos a la enfermedad del paciente como un “rol” dentro de la situación grupal.
- 3) El paciente es el depositario de las ansiedades y tensiones del grupo familiar.
- 4) En este sistema de depositación es necesario considerar: a) los depositantes; b) lo depositado y c) el depositario. El paciente es el depositario que se hace cargo de distintos aspectos patológicos depositados por cada uno de los otros miembros o depositarios. [...]
- 5) Esto permite inferir que el paciente es el miembro dinámicamente más fuerte (y no el más débil) desde que su estructura personal le permite hacerse cargo de la enfermedad grupal.
- 6) La dinámica subyacente es que el paciente enferma como una forma de “preservar” al resto del grupo del caos y la destrucción; y pide ayuda (directa o indirectamente) en un intento de resolver la curación.
- 7) En la medida en que la asunción del rol por el paciente es eficaz, el grupo logra mantener un cierto equilibrio y una cierta economía sociodinámica.

8) Aparecen, con respecto al paciente, mecanismos de segregación del seno del grupo, como un deseo de eliminar la enfermedad grupal” (1960b, pág. 194-195).⁴⁷⁷

Por último una mención del análisis que realiza Pichon de la ‘antipsiquiatría’, corriente que insistió en el peso de la familia en la producción de la enfermedad mental. Pichon muestra cierta simpatía por las ideas de Laing y Cooper, a los que considera ligados a las concepciones sartreanas, sin embargo critica sus ‘desviaciones’, tanto en la teoría como en la práctica. Rechaza el concepto de alienación de Laing y la función que tiene la familia en el esquema de Cooper. Afirma que es muy particular el rol de la familia en un país dependiente y diferente al que cumple en un país industrializado (por ejemplo, si se compara la familia típica sudamericana con la norteamericana). Y la consideración de la relación entre el grupo familiar y su contexto social es fundamental. Aquí, la noción de portavoz es fundamental: para Pichon el enfermo es el portavoz de la enfermedad del grupo familiar, un grupo familiar que es igualmente considerado en crisis, enfermo. Y no a la inversa, como el ‘causante’ de la crisis del enfermo mental.⁴⁷⁸

⁴⁷⁷ Pichon indica, además del diagnóstico, otros tres elementos fundamentales del proceso terapéutico: el pronóstico, el tratamiento y la profilaxis:

“B) En cuanto al pronóstico.

El pronóstico del paciente, del grupo y de la situación están dados:

9) Por la estructura personal del paciente, en ese momento (dinámica y funcionalmente).

10) En estrecha relación con la imagen interna que el grupo tiene del paciente.

11) Por el grado de intensidad de los estereotipos con que estos aspectos se dinamizan en el paciente y en el grupo.

12) Por el monto de los mecanismos de segregación.

C) En cuanto al tratamiento.

Es importante romper con el primer estereotipo: la delegación del rol por el grupo y la asunción del mismo por el paciente.

13) La terapia puede ser dirigida al grupo (incluido o no el paciente), tendiendo a romper los estereotipos y disminuir los mecanismos de segregación.

D) En cuanto a la profilaxis.

14) Al reducir las estructuras individuales y grupales se hace la profilaxis:

a) De la recurrencia de un nuevo episodio en el paciente.

b) De otro miembro que puede enfermar al mejorar el paciente.

c) Del grupo familiar en su totalidad” (1960b, pág. 195-196).

⁴⁷⁸ En “Conversaciones...” puede verse: “Sigo considerando a la familia como una estructura social básica y a la enfermedad mental como la crisis, no de un sujeto, sino de una estructura que configura ese grupo familiar. Y he establecido el concepto de portavoz; o sea que el enfermo es el portavoz de la enfermedad del grupo. Los conflictos sociales golpean en el grupo básico, la familia. Allí es donde las privaciones tienden a globalizarse, donde se configura una estructura depresiva que encontrará un ‘chivo emisario’ en uno de los miembros de la célula. Se habla de la muerte de la familia, pero yo no creo que pueda llegar a desaparecer. Es una institución indestructible. El rol de padre, de madre, de hijo, son roles permanentes, legítimos, propios de cualquier cultura, y se han mantenido en toda la historia de la humanidad. [...] la tarea correcta no es anunciar decesos que no se producirán, sino investigar sus crisis y modificar la realidad familiar mediante técnicas sociales idóneas para lograr nuevas ideologías en esta institución, para

La noción de portavoz se hace extensiva a cualquier proceso o situación grupal.

Hacia mediados de los 60 Pichon extiende esta noción, y de una categoría destinada a la comprensión de diversos conflictos familiares (especialmente referidos a la psicosis) pasa a constituirse en instrumento fundamental frente a cualquier grupo o proceso grupal.

El portavoz, líder operativo: miembro fuerte o miembro débil?

Pueden hallarse importantes referencias a la noción de portavoz en un artículo fundamental de su obra, “Grupos operativos y enfermedad única”, de 1965, donde Pichon intenta articular sus elaboraciones psiquiátricas y psicoanalíticas con la perspectiva grupal. En una referencia al proceso terapéutico del grupo, su autor afirma:

“Es de fundamental importancia analizar el interjuego de roles, según el cual el emergente del grupo –*portavoz* de sus ansiedades, depositario de sus tensiones– ha enfermado a causa de esa depositación masiva de las situaciones de inseguridad e incertidumbre del ambiente y la asunción de las pérdidas sufridas por su grupo inmediato familiar. Dicho emergente podría ser considerado como el *más fuerte*, convirtiéndose situacionalmente en el *más débil* por su incapacidad de soportar la depositación masiva, transformándose luego en el líder del cambio a través de la terapia, es decir, en el *líder operativo*” (1965b, pág. 284).

Como casi siempre, la enunciación pichoniana es apretada, y condensa en pocas palabras diversas nociones y conceptos que no siempre son fácilmente articulables. Se ha afirmado que su interés por curar, por abrir campos de análisis e investigación ha implicado cierta insuficiencia en cuanto a la delimitación y articulación suficiente de las nociones utilizadas.

ir perfeccionándola. Hasta que se conviertan en verdaderos centros de aprendizaje dinámico de la realidad y del amor, generando así una amplia capacidad comunicativa. Hay que instrumentar debidamente a las familias y ello requiere una nueva ideología. Se trata, insisto, de superar las causas principales de esta crisis, que son la falta de comunicación entre los miembros o bien una comunicación desviada que se estereotipa en un determinado momento del desarrollo de la familia, creándose así un obstáculo fundamental” (Zito Lema, 1976, pág. 104-105).

Portavoz de las fantasías existentes en el grupo.

En este artículo Pichon realiza una nueva formulación del concepto de portavoz, en relación con el grupo: su capacidad para hacerse cargo de las fantasías inconscientes que hay en el grupo. “Consideramos al enfermo que enuncia un acontecimiento como el *portavoz de sí mismo y de las fantasías inconscientes del grupo*” (1965b, pág. 287). Y aquí residiría una diferencia fundamental con otras técnicas de grupo (el psicoanálisis en grupo y la dinámica de grupos).

A partir de aquí, la noción de portavoz será utilizada para dar cuenta de los procesos grupales en general, no sólo del caso del grupo familiar. Así, el portavoz (un determinado miembro del grupo) enuncia lo implícito del grupo, la situación implícita, por su intermedio se puede acceder a la comprensión de la situación implícita o latente.

“Alguien asumirá el rol de *portavoz* y el contenido de lo implícito se hará explícito. Utilizando una expresión del lenguaje popular, decimos que el portavoz es el *alcahuete* del grupo. A través de su propio secreto ‘desocultado’ nos hace partícipes del acontecer implícito o contenido latente de la fantasía grupal” (1965b, pág. 293).

El teatro griego y el portavoz.

También en este artículo Pichon realiza una interesante derivación: la relación entre su teoría del portavoz con el modelo del teatro griego. Cree encontrar una analogía entre ambos modelos, el de la tragedia griega y el grupo operativo. El actor será el portavoz, que opera en el escenario (grupo). También el coro representa, en ocasiones, el lugar del resto del grupo. Parece evidente que hay aquí una inequívoca sugerencia a la cercanía entre el grupo (operativo) y las técnicas psicodramáticas, si bien, significativamente, Pichon no planteó explícitamente el uso de esas técnicas.

“La observación de la relación portavoz-grupo nos llevó a analizar el modelo propuesto por el teatro griego, en el que se da también una ‘delegación expresiva’, a través de la relación *portavoz* (protagonista)-*coro*. [...] ...coincidencias entre el modelo operativo y el modelo dramático. Lo que llamamos ‘delegación expresiva’ es la depositación de la fantasía, acción, pensamiento, emoción, en quien la hará manifiesta con una u otra modalidad de des-ocultación” (1965b, pág. 293).

De este modo, Pichon propone una analogía entre ambos modelos, el de la tragedia griega y el del grupo operativo. “El portavoz relata el acontecer de la fantasía

inconsciente del grupo por medio de una comunicación preverbal (mímica) y la palabra hablada, llegando con la acción *al role playing* (base de la psicoterapia de Moreno)” (pág. 294).

En todas estas notas la teoría del portavoz se enlaza a conceptos pertenecientes a la teorización psicoanalítica, y específicamente, a la lectura kleiniana: fantasía inconsciente, depositación, situación latente.

El portavoz y la identificación.

En el artículo titulado “Discépolo: un cronista de su tiempo” (1965) Pichon utiliza la noción de portavoz como representante (portavoz de la comunidad). Es decir, realiza una extensión del concepto, que hasta ese momento era referido al grupo familiar, y en todo caso a otros pequeños grupos. Representante, portavoz de la comunidad es una noción que se aproxima a otra que será fundamental para la psicología social pichoniana: el emergente.

Se trata de un entrañable y logrado artículo en el que Pichon expresa su percepción y captación de la diversidad cultural argentina. Se refiere a la obra de Enrique Santos Discépolo, un importante compositor y cantante de tangos, que ha pasado por ser un emblema para la cultura popular argentina. Pichon realiza un extenso análisis de la producción del artista y de sus condicionantes personales, familiares y sociales. Y afirma: “Mientras Armando [hermano de Enrique Santos] asume el rol de portavoz del grupo familiar, Enrique Santos se convierte en el portavoz de la comunidad, a la cual se ha asimilado considerándose como un auténtico representante del país por su intensa identificación con las características del argentino” (1965c, pág. 327).

Es decir, la noción de portavoz aparece en relación con la identificación (un aspecto diferencial de la depositación). La relación será: inmigración (“hacer la América”) – desarraigo, por una parte, y por otra: tango – líder mesiánico (Perón). Cada una de esas líneas está representada por uno u otro hermano; ambos asumen y realizan aspectos del padre.

Pichon-Rivière se declara apasionado por el tango, y si bien es crítico con las letras reconoce que algunas constituyen una exacta pintura de lo social. Considera a Discepolín (Enrique Santos) como ejemplo típico del poeta autor de tangos que logra

una exacta captación de los hechos sociales –por ejemplo, Cambalache–. Conoció bien a Discepolín, pues fue su médico, y lo recuerda como un crítico muy lúcido de la vida cotidiana.⁴⁷⁹

Se observa en todas estas consideraciones de Pichon en relación con el tango, la poesía, la cultura popular y familiar, etc., un profuso uso de la teoría de la identificación en relación con la noción de portavoz. Incluso puede adivinarse cierta línea identificatoria entre uno y otro Enrique (Discepolín y Pichon-Rivière)... No parece errado suponer a ambos como portavoces de contenidos (familiares, sociales y culturales) similares.

Portavoz y depositación. La relación con el grupo interno.

Las teorías de origen psicoanalítico acerca de los procesos de identificación, introyección y proyección, posibilitaron la construcción de una teoría intermedia, y con mayores referentes fenoménicos, lo que posibilitaba intervenciones terapéuticas diversas. Se trata de la teoría de la depositación (entre el depositante, el depositario y lo depositado), basada en el arsenal teórico y técnico de origen kleiniano, especialmente en su noción de objeto interno. Dichas hipótesis sobre la depositación constituyen un importante fundamento en la teoría pichoniana del portavoz.

Expondremos, con algún detalle, los elementos fundamentales de la teoría del portavoz en relación con los procesos de depositación en base al artículo “Grupos familiares. Un enfoque operativo” (notas de un curso dictado en Medicina, en 1965-66).

En el caso del grupo familiar, la depositación de contenidos ansiógenos, de partes o aspectos de los vínculos que pasan de un sujeto a otro y quedan ‘estancados’ en uno de ellos, el ‘malentendido’ como enfermedad básica del grupo familiar son los

⁴⁷⁹ En el artículo Pichon realiza una descripción de las circunstancias familiares que rodearon a los hermanos Discépolo, además de un detallado análisis de la letra de varios tangos de Discepolín (Que vachaché, Victoria, Confesión, Qué sapa Señor, Cambalache, Uno), en relación con la época en que fueron escritas. Así, desarrolla diversos temas: la impostura, la culpa, el conflicto de roles, las ideologías, etc.

En la comparación que establece entre ambos hermanos, considera que realizan diversas identificaciones con aspectos de su padre. Así, Armando será portavoz del grupo familiar, y representa más la mentalidad del ‘gringo’ (inmigrantes de origen italiano) que la del ‘porteño’, con quien se identifica Enrique. El padre de los hermanos Discépolo, que había sido músico de cierto renombre aparece descripto como la principal figura de identificación, tanto sea en cuanto al desarraigo, la inseguridad y la nostalgia, como en cuanto a la ‘inserción’ en un nuevo país, las esperanzas y las frustraciones que le siguieron. Pichon conoció a Discepolín poco antes de su muerte (hacia 1950) y observa en el compositor una fuerte ambivalencia hacia el peronismo, al que reconocía pero a la vez rechazaba (Pichon-Rivière, 1965c).

elementos a tener en cuenta en la constitución del concepto de portavoz. Pichon se refiere al grupo interno, grupo interno como la representación que el paciente tiene del grupo que ha internalizado.

Y la detección de la estructura y dinámica del grupo interno del portavoz permitirá la indagación y esclarecimiento de los peligrosos contenidos depositados en el miembro que enfermó, y su posterior redistribución en el grupo.

“[...] resulta un paso decisivo, para el abordaje del proceso corrector, el detectar la estructura y dinámica del grupo interno del paciente, o sea la representación que éste tiene del grupo real que ha internalizado. Esta representación constituye la base de sus fantasías inconscientes en relación con su familia. El terapeuta indagará la articulación de este mundo interno con el grupo externo. A través de esta confrontación con la realidad podremos evaluar la intensidad y extensión del *malentendido*, enfermedad básica del grupo familiar” (1965-66, pág. 205).

Pichon recurre al ‘mecanismo de segregación’ como un aspecto derivado de la depositación y le otorga importancia en cuanto al pronóstico:

“Cuando alguien enferma en un grupo familiar se da una tendencia a la exclusión de ese miembro, surgiendo el *mecanismo de segregación* de cuya intensidad dependerá el pronóstico del paciente. La marginación se produce porque el enfermo mental es el depositario de las ansiedades de su grupo, y se lo trata de alejar con la fantasía de que con él desaparecerá la ansiedad” (1965-66, pág. 207).

Segregación, depositario, portador de las fantasías grupales, será mediante la observación de la posición y movimientos del depositario como puede accederse al suceder latente del grupo: el portavoz opera como señal, como ‘denunciante’ de la situación grupal (alcahuete o trovador-radar).

“En la familia, el enfermo es, fundamentalmente, el portavoz de las ansiedades del grupo. Como integrante desempeña un rol específico: es el *depositario* de las tensiones y conflictos grupales. Se hace cargo de los aspectos patológicos de la situación, en ese proceso interaccional de adjudicación y asunción de roles, que compromete tanto al *sujeto depositario* como a los *depositantes*. El estereotipo se configura cuando la proyección de aspectos patológicos es masiva. El sujeto queda paralizado, fracasa en su intento de elaboración de una ansiedad tan intensa (salto de lo cuantitativo a lo cualitativo) y enferma. A partir de ese momento el círculo se cierra, completándose el

ciclo de configuración de un mecanismo de seguridad patológica que, desencadenado por un incremento de las tensiones, consiste en una depositación masiva, con la posterior segregación del *depositario*, por la peligrosidad de los contenidos *depositados*” (pág. 208).

Y sigue: “La enfermedad de un miembro, sin embargo, opera como *denunciante* de la situación conflictiva y del caos subyacente que este dispositivo psicológico de seguridad intenta controlar. El paciente, por su conducta desviada, se ha convertido en el portavoz, el ‘alcahuete’ del grupo” (pág. 208).

Por último cabe mencionar que ese proceso de movilización de los contenidos depositados, ese movimiento de ocupación-desocupación de lugares no deja de ser conflictivo. Iniciado el proceso corrector, es frecuente que haga eclosión un conflicto, que aunque conocido, era mantenido en silencio; es el “misterio familiar”, generador de ansiedades, había una “conspiración del silencio”.

Interjuego de roles y portavoz.

El otro eje en que reposa la teoría del portavoz, además de los procesos de depositación, lo constituye el interjuego de roles. En realidad, el portavoz se presenta como un rol, como una determinada asunción y desempeño de rol.

“Según enunciamos al comienzo de este trabajo, los mecanismos de asunción y adjudicación de roles desempeñan en el acontecer grupal un papel fundamental. El grupo se estructura sobre la base de un interjuego de roles. De éstos nos interesa destacar principalmente tres, dada la importancia que adquieren en la vida del grupo. Son: el rol de *portavoz*, el de *chivo emisario* y el de *líder*. Estos roles no son estereotipados sino funcionales y rotativos. Con el concepto de portavoz, abordamos lo que se puede considerar uno de los pilares de nuestra teoría. Portavoz de un grupo es el miembro que en un momento denuncia el acontecer grupal, las fantasías que lo mueven, las ansiedades y necesidades de la totalidad del grupo. Pero el portavoz no habla sólo por sí sino por todos, en él se conjugan lo que llamamos *verticalidad* y *horizontalidad* grupal, entendiendo por verticalidad lo referido a la historia personal del sujeto, y por horizontalidad el proceso actual que se cumple en el aquí y ahora en la totalidad de los miembros. El portavoz puede desempeñar su rol en virtud de que se da en él una articulación entre su fantasía inconsciente –fantasía que sigue un modelo primario– y el acontecer del grupo en que se inserta. Ese encaje permite la emergencia del material que

debe ser interpretado. La interpretación tomará esos dos elementos: el vertical y el horizontal. Debe ejemplificar, a través del problema enunciado por el portavoz en su verticalidad, la situación de todos los miembros del grupo en el aquí y el ahora y en relación con la tarea.

“Las necesidades, las ansiedades y las fantasías enunciadas por el portavoz y su manera de formularlas hacen referencia a su historia personal, en tanto que el hecho de que las formule en un momento dado del acontecer grupal señala el carácter horizontal del emergente.

“Un miembro de un grupo, siguiendo el proceso natural de adjudicación y asunción de roles, se hace depositario de los aspectos negativos o atemorizantes del mismo o de la tarea, en un acuerdo tácito en el que se compromete tanto él como los otros miembros. Aparecen entonces los mecanismos de segregación configurándose otra de las situaciones significativas: la de chivo emisario. Otro miembro en cambio, siempre por el mismo proceso, puede hacerse depositario de aspectos positivos del grupo y obtiene un liderazgo que se centrará en una o varias de las categorías ya enunciadas (pertenencia, cooperación, etc.). Sin embargo, ambos roles, el de líder y chivo emisario, están íntimamente ligados, ya que el rol de chivo surge como preservación del liderazgo a través de un proceso de disociación o *splitting* necesario al grupo en su tarea de discriminación. Agregamos a estos tres roles el de *saboteador*, que es, habitualmente, el liderazgo de la resistencia al cambio.

“El principio de *complementariedad* debe regir el interjuego de roles en el grupo; esto permite que sean funcionales y operativos. Cuando aparece la *suplementariedad*, invade al grupo una situación de competencia que esteriliza la tarea” (1969b, pág. 320-322).

En diversas ocasiones Pichon se refirió a los aportes de G.H. Mead, a quien debe su comprensión de ciertos aspectos del movimiento grupal. La teoría del ‘otro generalizado’ y la noción de rol permitieron a Pichon la comprensión del movimiento grupal (de la ‘dinámica’ grupal), sino que también le sirvió en su noción de grupo interno. El grupo interno, la relación entre grupo interno y grupo externo, y en fin, la comprensión de la importancia del interjuego de roles en el desenvolvimiento de un grupo son deudoras de esos aportes.

Los roles de chivo expiatorio, de líder y de saboteador serán considerados como prototípicos en el grupo. Cabe agregar que esta noción de los roles y su interjuego no

sólo son considerados por Pichon para la comprensión de los fenómenos de la dinámica grupal, sino también para las modalidades terapéuticas.

Así, Pichon también hablará de la modalidad de los terapeutas o coordinadores de grupo (terapéuticos o de aprendizaje), retomando una clásica clasificación de liderazgos: autoritario, democrático, laissez-faire, a la que agrega el liderazgo demagógico (1965b, pág. 279-298). Cabe agregar que la lectura de esos roles (inducidos en los terapeutas, por sus propias características o por depositaciones del grupo) son referidas básicamente al movimiento transferencial en el grupo (1970a).⁴⁸⁰

Verticalidad y horizontalidad.

Verticalidad y horizontalidad son dos dimensiones presentes en la configuración del portavoz. Con estos términos Pichon alude a una dimensión del comportamiento que se refiere por una parte a la singularidad del portavoz, al sujeto que enuncia el acontecer grupal (la verticalidad) y por otra, a lo colectivo, representado por el portavoz, a una cualidad que pertenece a la propia trama vincular (la horizontalidad).

Lo vertical y lo horizontal: interjuego de roles, portavoz.

Ambas dimensiones, vertical y horizontal, se hacen efectivas en el comportamiento, en el desempeño de los roles, en su interjuego. Y es el portavoz el que “expresa” esas dimensiones con mayor intensidad:

“Hablamos de la articulación de dos niveles en el grupo: lo vertical, relacionado con lo histórico, lo individual de cada sujeto, que le permite la asunción de determinados roles adjudicados por los otros integrantes del grupo; lo horizontal es lo compartido por el grupo, el común denominador que los unifica. Ese común denominador, esos rasgos compartidos pueden ser de naturaleza consciente. Hemos llamado a esos modelos – denominadores comunes de naturaleza inconsciente– universales del grupo o fantasías básicas universales.

“Lo vertical de cada sujeto, sus circunstancias personales, lo colocan en disponibilidad para establecer la ‘falsa conexión’, actualización o analogía emocional, operándose un proceso transferencial. Esa disponibilidad lo convierte en el sujeto apto para

⁴⁸⁰ Puede verse un desarrollo de este tema en el capítulo siguiente, en el párrafo “Función de los coordinadores”.

desempeñarse como portavoz de un conflicto, que es vivido como propio pero que denuncia a la vez lo conflictivo de la situación interaccional y la relación con la tarea.

“Lo vertical del sujeto y lo horizontal del grupo se articulan en el rol. La dialéctica individuo-grupo, verticalidad-horizontalidad, se hace comprensible por el concepto de portavoz, vehículo –a través de una problemática personal– de una cualidad emergente que afecta toda la estructura grupal y que nos remite como signo a las relaciones infraestructurales, implícitas, en las que están comprometidos todos los integrantes del grupo. [...] Muchas veces esa horizontalidad, acontecer grupal, sólo puede ser decodificada por la sumación de lo verbalizado o actuado por varios portavoces” (1970a, pág. 195-196).

En “El concepto de portavoz” (clase dictada en 1970) Pichon acota esta relación: “Lo vertical es lo personal, lo histórico que se actualiza, lo horizontal es lo presente, lo grupal” (1970c, pág. 229). Pueden observarse varios planos: por una parte lo personal, o individual frente a lo grupal, y por otra, lo presente (el grupo no tiene historia: Rickman) y lo histórico (lo actualizado).

Sincronía y diacronía.

Esos dos niveles del comportamiento, verticalidad y horizontalidad remiten a los problemas de la sincronía y la diacronía en el grupo. Se ha planteado que muchas técnicas grupales se apoyan en una concepción empobrecedora de la realidad (subjetiva) en la medida que sólo atienden al momento actual, que sólo se mueven en el eje de la sincronía.

Algunas lecturas de la perspectiva de la “dinámica de grupos” justifican tales consideraciones. También las técnicas que enfatizan en el “aquí y ahora”, en la medida que refuerzan esa dimensión sincrónica. Un desarrollo importante de las técnicas grupales lo constituye el “grupo de discusión”, que enfatiza justamente en un análisis de las actitudes y motivaciones en un recorte ‘fotográfico’, ahistórico.⁴⁸¹

⁴⁸¹ Uno de los autores que más ha analizado y desarrollado el modelo del grupo de discusión, Jesús Ibáñez, ha aludido a esta ‘ausencia’ de historia de los grupos, en referencia a su capacidad ideológicamente encubridora; es significativa su consideración del término “grupo”: un significante sin etimología, para un significado sin arqueología (Ibáñez, 1979, 1981).

Por último, una de las críticas más contundentes realizadas a las técnicas grupales corresponde a Pontalis (1954, 1958, 1963), para quien el empirismo y la artificialidad evidencia el carácter mistificador de muchas experiencias grupales.⁴⁸²

La posición de Pichon no evita esta cuestión entre sincronía y diacronía. Antes bien, quizá debido a su perspectiva psicoanalítica (en definitiva el psicoanálisis siempre consistió en una reconstrucción de la historia del analizando), pone especial cuidado en ambas dimensiones: presente y pasado. Los conceptos de verticalidad y horizontalidad atestiguan esta preocupación.

Puede verse la opinión de Pichon en relación con los grupos y la dimensión diacrónica: “Rickman sostiene que los grupos como entidades carecen de historia, entendida la historia en términos de infancia, de alternativas de los procesos de desarrollo. Nos interesa señalar, sin embargo, que el conocimiento de las fuerzas que operan en el grupo, de la génesis de muchas de ellas, sólo puede lograrse por una tarea ‘arqueológica’, por la reconstrucción de una prehistoria grupal configurada por las fantasías básicas de los sujetos expresión a su vez de ansiedades básicas que emergen ante la situación de cambio por la tarea” (1970a, pág. 195).

Psicología social: verticalidad y horizontalidad.

En su artículo “Una nueva problemática para la psiquiatría”, de 1967, Pichon explicita su posición frente a la psiquiatría, para lo cual utiliza las dimensiones de verticalidad y horizontalidad en el comportamiento. La consideración de esas dimensiones diferencian su propuesta de psicología (dinámica, histórica y estructural) de la psiquiatría, a la que considera anclada en lo fenoménico y descriptivo, e incapaz, por lo tanto, de incluir esa complejidad del comportamiento.

⁴⁸² El mismo Pichon asume la importancia de esas críticas y se muestra de acuerdo con Pontalis sobre la importancia de interrogarse sobre los supuestos ideológicos, teóricos y técnicos de las experiencias grupales; también acuerda con F. Bourricaud que alerta sobre la superficialidad de las experiencias grupales que no tienen en cuenta ni lo espacial ni lo temporal, es decir, lo social e histórico. Pichon cita a Bourricaud, quien dice: “El estudio de los pequeños grupos sin pasado, sin localización territorial precisa, resulta peligroso cuando sólo hace uso de mecanismos psicológicos superficiales y pone de manifiesto los estereotipos, dejando escapar la profundidad espacial, el espesor temporal de la realidad social” (1963a, pág. 256). Es interesante tener en cuenta que estas consideraciones son realizadas en un prólogo a un libro sobre psicoterapia grupal, que edita la escuela fundada por Pichon-Rivière (Primera Escuela Privada de Psicología Social). Sin embargo, a pesar de esta clara posición crítica frente a la proliferación de experiencias y técnicas grupales, no se encuentra en su obra un análisis sostenido y permanente desde esta perspectiva, sino una cierta ausencia de articulación entre esos presupuestos críticos y las propuestas metodológicas.

Se trata del intento de articular e incluir las dimensiones sociales por una parte, y las intrapsíquicas, por otra. Si en otros momentos esta cuestión se planteará en relación con conceptos tales como grupo interno, vínculo, portavoz, con lo que se alude a las hipótesis fundamentales que utiliza, el uso de las nociones de verticalidad y horizontalidad, cercanas a la observación y directamente enlazadas a la situación grupal agrega un elemento más a lo que pocos años después denominaría como psicología social:

“La doble dimensión del comportamiento, verticalidad y horizontalidad, se hace comprensible entonces por una psicología dinámica, histórica y estructural, alejada de la psiquiatría tradicional, que se mueve sólo en el campo de lo fenoménico y descriptivo. La doble dimensión condiciona aspectos esenciales del proceso corrector. La corrección se logra a través de la explicación de lo implícito” (1967a, pág. 439).⁴⁸³

La noción de portavoz, elemento diferenciador entre técnicas grupales.

Hemos afirmado anteriormente que esta noción, que se instala entre lo propiamente individual y lo colectivo (grupal), y que encuentra sus fundamentos tanto en hipótesis psicoanalíticas (identificaciones, fantasía inconsciente, etc.) como en hipótesis de origen sociológico y psicológico (la noción de rol, mecanismos de adjudicación y asunción) era considerada por Pichon como uno de los pilares de su modelo grupal.

En “Historia de la técnica de los grupos operativos”, uno de los últimos artículos en que las elaboraciones pichonianas son expuestas con claridad y rigurosidad, se propone la noción de portavoz como uno de los elementos diferenciadores de la técnica de grupo operativo respecto de otras modalidades. Si bien se trata de una referencia realizada al mencionar las diversas técnicas grupales y la clasificación que hace Pichon,

⁴⁸³ “Introducción a una nueva problemática para la psiquiatría”, fue publicado en la revista Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina, 1967, 13, págs. 355-365, a la que ya nos hemos referido. También en ese número, de homenaje a Pichon-Rivière, hay otros artículos que se refieren a la obra del maestro, y son escritos por algunos de sus discípulos: Bleger escribe “Enrique Pichon-Rivière. Su aporte a la psiquiatría y al psicoanálisis” y “Psicología y niveles de integración”, Guillermo Vidal, director de la revista, escribe “El socratismo de Pichon” y Fernando Ulloa escribe “E. Pichon-Rivière y la psicología social”. Puede verse en ellos una consideración de la figura de Pichon-Rivière en tanto portavoz-emergente de diversas elaboraciones conceptuales de esa época.

En el texto de 1971, “Del psicoanálisis a la psicología social”, el artículo se titularía “Una nueva problemática para la psiquiatría”.

parece pertinente realizarla enfatizando en este nuevo aspecto. Así, la forma en que sea considerado el lugar y función del portavoz da lugar a uno u otro enfoque:

“Los grupos operativos se definen como *grupos centrados en la tarea*. [...] Observamos que hay [otras] técnicas grupales centradas en el individuo: son algunos de los llamados ‘grupos psicoanalíticos o de terapia’, en los que la tarea está centrada sobre aquel que para nosotros se llama *portavoz*. Nuestra posición ante esta técnica es de crítica en tanto entendemos que desde esa perspectiva la situación grupal no es comprendida en su totalidad, sino que la puntería de la interpretación va dirigida a aquel que enuncia un problema que generalmente es considerado personal, no incluyendo en la problemática al resto. El otro tipo de técnica es la del ‘grupo centrado en el grupo’, en el análisis de la propia dinámica. Técnica que está inspirada en las ideas de Kurt Lewin, en la que se considera al grupo como una totalidad. No incluyen sin embargo el factor último que hemos señalado nosotros, la relación sujeto-grupo, verticalidad-horizontalidad, originando así los ‘grupos centrados en la tarea’” (1970d, pág. 233).

El portavoz, aparece así como el elemento bisagra: si el grupo terapéutico psicoanalítico se centra en el portavoz (ignorando la dimensión de la horizontalidad), desinteresándose por la constelación grupal, la ‘dinámica de grupo’ o corrientes similares observan solamente los efectos de horizontalidad (inevitadamente, a través de los movimientos de los distintos portavoces), excluyendo el análisis de lo intrapsíquico. Y no se trataría de plantear que la técnica del grupo operativo es más abarcativa o que incluye más niveles en su análisis, sino de algo diferente: son diversos puntos de vista, diversas maneras de dar cuenta del proceso grupal.

El emergente.

La relación entre los términos portavoz y emergente no es evidente por sí misma. En momentos parecen sinónimos, o al menos aludir a la misma categoría de fenómenos (“un portavoz es tomado como un emergente de tal o cual proceso”, “el portavoz o emergente del grupo familiar”, “la enfermedad, emergente de una estructura patológica, mostrada por el portavoz”, etc.). El ‘emergente’ parece ser destinado a un uso más técnico, o procedimental, en tanto el portavoz se coloca más en el lugar de la teoría. Sin embargo, otras veces es al revés, el portavoz constituye un rol observable, el emergente es una ‘cualidad’ de lo grupal. Posiblemente este solapamiento no se deba a

que los términos estén insuficientemente precisados, sino a que la materia que se intenta abordar presenta diversos matices, dimensiones, etc.

En todo caso, parece necesario puntualizar los elementos fundamentales de la noción de emergente y su relación con la teoría del portavoz, habida cuenta de que el emergente será el instrumento básico –tal como lo denomina el mismo Pichon– de intervención en el grupo operativo.

Un primer elemento a destacar se refiere a la preeminencia de uno u otro término. En “Teoría del vínculo”, un texto de 1956-57, Pichon habla de emergente y casi no se refiere a la idea de portavoz. Sin embargo, en la lectura grupalista (que toma a Pichon como impulsor de una psicología social más que como un pionero también en la psiquiatría y en el psicoanálisis) ha sucedido a la inversa: de la noción de portavoz se deriva hacia emergente, que ha pasado por ser una categoría más volátil e inaprehensible. Es verdad que Pichon mismo, en sus textos sobre grupos va definiendo mucho antes el concepto de portavoz que el de emergente. Sin embargo, el texto del 56/57, por sus características y extensión (se trata de un curso dictado en la APA) ocupa un lugar diferente al de muchos de los artículos (en general, de pocas páginas, y muy apretados en su redacción). En ese texto hemos visto ya que el concepto de esquema referencial aparece muy elaborado, y también las nociones de depositación, incluso de roles, todas ellas en dependencia de la hipótesis fundamental: la teoría del vínculo.

Veamos la elaboración que realiza Pichon sobre la noción de emergente en esa primera época de sus trabajos sobre grupos, promediados los años 50.

Afirma que la relación entre el emergente y la estructura que lo determina (grupo, grupo familiar, etc.) no es una relación sólo causal, sino también significativa. Pichon intenta ir más allá de una idea genérica (“lo personal es siempre social”, etc.) y descriptiva, para buscar categorías que permitan una acción sobre el objeto, una posibilidad de transformación (en este texto será la cura, en otros momentos será el aprendizaje):

“El emergente mental que es el cuadro psiquiátrico que estamos observando en el consultorio, tendrá una relación no sólo causal, sino significativa con la estructura que lo determinó. Es decir que para comprender un delirio es importante realizar la investigación del conjunto de fuerzas que actúan en el medio grupal del cual emerge la enfermedad mental” (1956-57, pág. 27).

Y continúa: “Enfocando así la psiquiatría, ésta resulta mucho más operacional que si se la enfocara pensándola solamente en los términos abstractos de una nosografía no referencial en cuanto a los aspectos sociales” (1956-57, pág. 27-28).

Por otra parte, esta noción de emergente responde a una determinación múltiple, y no a una causalidad mecánica. Pichon se refiere a una ‘causalidad gestáltica’, indicando que diversas tensiones (fuerzas) de la estructura producen tal o cual fenómeno emergente: “La relación de causalidad que existe entre la estructura y el emergente psicótico no es una relación de causalidad directa y mecánica; se trata de una causalidad gestáltica en el sentido de que todas las tensiones de la estructura que convergen en un punto dado hacen salir un emergente”(1956-57, pág. 28). Y continúa : “Quiero decir que es un todo que está actuando a través de un miembro de la familia. Es la totalidad de las tensiones creadas por el desajuste de una estructura familiar, por ejemplo la pérdida del liderazgo del padre, lo que produce una movilización de tensiones en dicho grupo. La modificación provocada por la pérdida del liderazgo del padre dentro de la estructura total hace que el emergente psicótico se manifieste en ese momento. Es decir que determinado sector converge en un determinado punto en que está situada esa persona, que entonces se transforma en el portavoz de las tensiones del grupo a través del grupo” (1956-57, pág. 28).

El concepto de emergente es postulado en relación con la ruptura del funcionamiento de la estructura (familiar, grupal). Es decir, se trata de una cualidad emergente, de una situación o novedad emergente. Hay aquí una diferencia en relación con el concepto de portavoz, que se puede referir a elementos más permanentes del funcionamiento de un determinado grupo. En cambio, el carácter dinámico del emergente puede observarse en relación con la ruptura de la homeostasis del grupo: “La psicosis es el emergente nuevo y original que aparece como consecuencia de la ruptura del equilibrio familiar” (pág. 26).

Y agrega: “Por eso, cuando tratamos a un psicótico vamos descubriendo poco a poco que dicho psicótico, a través de su psicosis, se transforma, en cierta medida, en líder de su grupo familiar. Asume funciones de liderazgo por el hecho de ser el miembro más enfermo. De esta manera vemos con frecuencia cómo un paciente internado, sea en un hospital o en un sanatorio, controla a su medio familiar y empieza a mandarnos a su familia, hace que seamos molestados por ella, que perdamos la paciencia e inclusive que

nos peleemos con la familia o con el enfermo, provocando en nosotros una conducta irracional en la acepción común de la palabra” (pág.. 26).

Por último, puede verse la idea de emergente en tanto cualidad de una estructura; el emergente lo será de una estructura (Gestalt): “Podemos considerar al paciente que enferma como un representante de una estructura tanto individual como familiar, y en la medida en que se conozca esa estructura, ambos aspectos podrán manejarse como dos partes de la misma” (pág. 27).

Puede verse la forma en que se realiza la intervención terapéutica en base a esta idea de estructura: “Descubrimos que el paciente, a través de sus familiares, envía partes de él colocadas en los otros a averiguar sobre su estado psíquico. Con los mismos términos es posible interpretarle esta situación a la familia. Causa sorpresa ver hasta qué punto ello resulta comprensible para los miembros del grupo familiar y de qué manera se liga la comprensión total del grupo cuando se interpreta como dos partes: una, la que está internada y otra, la que está afuera. Todo se organiza en una estructura, en una Gestalt, en la que una parte es el paciente y la otra la familia. Se forma así una totalidad y el manejo de ello como totalidad y de la enfermedad como un emergente de dicha totalidad hace posible un manejo dinámico en espiral dialéctica de la situación médico-paciente” (pág. 27).

Esta idea de gestalt que sostiene Pichon en cuanto a la comprensión de la enfermedad mental constituirá un supuesto fundamental en sus elaboraciones: la idea de grupo interno y grupo externo, vínculo externo e interno, grupo y portavoz, etc., parecen responder a este fundamento.

Todas estas consideraciones permiten considerar al emergente como un signo. Signo de una determinada estructura (sea ésta individual o familiar, o de otra clase). La noción de emergente como signo permite abrir el espacio de la intervención: será a través de la decodificación, la comprensión, el análisis de esos signos como se podrá realizar la intervención (terapéutica o de aprendizaje, en el grupo o en el individuo).

Si puede deducirse esta condición de signo del emergente en el texto de 1956-57 (en una época en que Pichon se muestra cerca de los enfoques gestálticos), en 1970 el emergente como signo será totalmente explícito (años en que la semiótica y la lingüística ejercían ya una influencia considerable):

“...el sujeto expresará fenoménicamente, a través de distintos signos, en la mente, en el cuerpo y en el mundo sus relaciones vinculares. Es decir, que en este sistema de signos que es la conducta, la aparición de signos en un ámbito determinado es un emergente significativo que nos remite a las relaciones vinculares del sujeto, a su manera de percibir la realidad y a la modalidad particular de adaptarse a ella. Es decir, a la modalidad particular de resolver sus conflictos” (1970e, pág. 178).

Portavoz-rol y emergente-signo.

Si el portavoz era referido fundamentalmente al interjuego de roles, el emergente será tomado en tanto signo, que indica, alude, señala, muestra, etc., una determinada situación. La relación entre ambos conceptos en momentos se solapa, si bien mantienen un claro matiz diferencial: Pichon concibe al portavoz como vehículo de una cualidad emergente que afecta a toda la estructura grupal (1970a, pág. 196). Y también señala que el emergente se refiere siempre a una cualidad nueva, es decir, puede hablarse de emergente como una noción que alude al movimiento, al proceso: emergencia de tal o cual elemento (1970f, pág. 186).

El emergente puede ser expresado por uno o varios portavoces. En este caso, puede darse de varias formas:

- portavoces por redundancia (lo que expresa uno es análogo a lo que expresa otro).
- portavoces por acumulación (cada portavoz enuncia aspectos complementarios, el emergente aparece como la suma de esos aspectos).
- portavoces por oposición (cada portavoz enuncia aspectos contradictorios –disociados– del suceder grupal).⁴⁸⁴

Cuántos emergentes?: Emergentes universales, iniciales, de cierre, principales ...

Sin embargo, los emergentes enuncian fenómenos o situaciones precisas, constituyen incluso el elemento a partir del cual se realiza la interpretación. Parece necesario, entonces, precisar cuáles emergentes y cuántos emergentes.

⁴⁸⁴ En muchos de los textos citados hasta aquí pueden verse referencias técnicas sobre el emergente. Esta clasificación de los emergentes, realizada en el contexto de la Escuela de Psicología Social, puede verse en Schvarstein, 1991, pág. 214.

Desde su uso instrumental, los emergentes se observarán durante el desarrollo del proceso grupal. Así, se hablará de los emergentes iniciales, de cierre, temas emergentes, principales, etc. Se trata de un uso situacional, instrumental, en el ‘aquí y ahora’ del grupo.

Se habla de ‘temas emergentes’ y se considera los emergentes principales que aparecen en una situación colectiva, y que girarán alrededor de diversas actitudes colectivas, prejuicios, formas de reacción fijas, sin plasticidad, etc. (1960c, pág. 268-269).

Otra forma de consideración de los emergentes la constituyen ciertas formas genéricas de los mismos, a partir de considerar el rol como emergente de una determinada estructura, y se toma el caso principal, el grupo familiar. En la situación triangular básica, sus elementos: padre, madre e hijo son emergentes de las relaciones y diferencias funcionales y biológicas (1970f, pág. 186).

La categorización más importante es la referida a lo que se considera “emergentes universales”, que se darán –en diversa medida y momento– en toda situación grupal: serán las fantasías de enfermedad, tratamiento y curación; también el “secreto grupal”⁴⁸⁵ y el “misterio familiar”. También la situación triangular (con sus diversas formulaciones: triángulo edípico, esquema de la comunicación –emisor, receptor, ruido, consideración del tercero –excluido/incluido– en relación a la dupla imaginaria o narcisista, etc.) es considerada un emergente universal. Pichon lo define así: “Otros fenómenos que se dan en el acontecer grupal con una reiteración tal que nos permite considerarlos emergentes universales son: el *secreto grupal* ligado a lo que llamamos también *misterio familiar*, perturbador de la comunicación, pues este acontecimiento secreto, sea cual fuere su significado real, se carga con sentimientos y fantasías de culpabilidad. Son emergentes universales las fantasías del enfermarse, de tratamiento y de curación, así como la situación triangular que dentro de nuestro esquema conceptual, referencial y operativo sostiene la teoría del vínculo” (1969b, pág. 318).

⁴⁸⁵ Desde una óptica centrada en la intervención grupal el “secreto grupal” es considerado como un indicador del proceso grupal: a partir de la presunción de la existencia del “secreto grupal” se considera que el grupo ya está constituido, que se ha realizado el pasaje de agrupamiento a grupo. Otras descripciones lo enuncian así: pasaje de la ‘afiliación’ al ‘nosotros’, constitución del ‘nosotros grupal’, configuración de la red vincular.

Estos emergentes universales constituyen un núcleo esencial en el esquema del ‘cono invertido’, una figura topológica con la cual Pichon intentaba expresar la estructura y dinámica grupales (1960b, pág. 196 y sig.).

Por último, hay que considerar lo que Pichon denomina el “nuevo emergente”, que es aquél que aparece después de realizada una interpretación en la sesión grupal, y permite observar el movimiento grupal. Si bien se trata de una temática que se desarrollará en el capítulo siguiente, al abordar la función de los coordinadores, puede señalarse aquí que el “nuevo emergente” indica la nueva organización de los elementos manifiestos y latentes que surge posteriormente a la interpretación, y en ese sentido constituye un acontecimiento sintético (1969b, pág. 315).

A partir de todas estas consideraciones en relación con el emergente –y su relación con el rol de portavoz– corresponde abordar la función y tarea de los coordinadores del grupo. La observación de los diversos emergentes que se suceden en la sesión grupal, y su eventual interpretación constituye el eje que guía su intervención en el grupo.

Capítulo 13. SOBRE LA TECNICA DE GRUPO OPERATIVO.

A partir de los presupuestos existentes en el campo psicoanalítico, Pichon realiza una cuidadosa elaboración de la técnica del grupo operativo.

En la perspectiva psicoanalítica ha sido una constante el intento de fundamentar siempre –y de forma empírica–, cualquier avance o modificación, derivándose ésta no sólo de una exigencia de rigor conceptual, sino también del objetivo fundamental: la terapia psicoanalítica. Así, todas las cuestiones referentes a la práctica del análisis han sido abordadas en un conjunto de proposiciones e hipótesis agrupadas bajo el nombre de “teoría de la técnica”.

En el modelo del grupo operativo Pichon se refiere a ese orden de cuestiones desde una posición homóloga: la delimitación del campo de intervención y la forma de intervención en el mismo serán fundamentales. Así, habrá que considerar diversas cuestiones, todas ellas ‘reunidas’ en lo que se considera como “técnica del grupo operativo”: unidad de trabajo, encuadre, interpretación, observación, función de los coordinadores.

13.1. La unidad de trabajo.

Desde un esquema que prima la intervención, Pichon siempre está atento a la delimitación del campo que aborda. Así, menciona la “unidad de trabajo” como el campo de observación e intervención de que se trate. Desde esta acotación fenomenológica, la unidad de trabajo estará constituida por el grupo familiar, por el grupo (terapéutico, de aprendizaje, etc.) o, incluso, por un espacio colectivo más

amplio: la comunidad (que trabaja a su vez, sobre otros grupos o comunidades (1961, pág.230); obviamente, la unidad de trabajo puede estar constituida por un paciente (en la psicoterapia individual). Estas delimitaciones muestran el alcance que da Pichon a sus intervenciones, y consecuentemente, a los instrumentos metodológicos que utiliza.⁴⁸⁶

Sin embargo, la noción “unidad de trabajo” posee una delimitación mucho más precisa en la elaboración pichoniana, que excede al hecho de ‘acotación’ de la intervención. Pichon utiliza esa denominación para referirse a una noción metodológica, con la que intenta abordar la cuestión de la observación y de la interpretación (en el grupo).

La unidad de trabajo es el instrumento que Pichon diseña para poder dirigir la observación y la interpretación en el grupo. Es decir, la detección de los emergentes (expresados a través de uno o varios portavoces) y desde ahí, el suceder latente.

En el importante texto de 1967, “Una nueva problemática para la psiquiatría”, se plantea de forma extensa la unidad operacional o unidad de trabajo:

“Recién ahora podemos formular lo que debe considerarse como unidad de trabajo, único método que por sus posibilidades de predicción se acerca más a un método científico de acuerdo con criterios tradicionales. Criterios que a su vez deben ser analizados para no caer víctimas de estereotipos que, actuando desde adentro del ECRO, de manera casi inconsciente, funcionan de parte del terapeuta como resistencia al cambio. La unidad de trabajo está compuesta por 3 elementos que representan el ajuste de la operación: existente-interpretación-emergente. El emergente es expresado en el contexto de la operación y tomado por el terapeuta como material” (1967a, pág.450).

Puede verse una mayor explicitación de esta noción en el texto de 1969, “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales”, habida cuenta que sus destinatarios eran psicólogos que comenzaban a operar en un campo hasta ese momento prácticamente reservado al psicoanálisis. En una referencia al

⁴⁸⁶ Hay que destacar esta intención de delimitación, tanto del campo de aplicación, como de los propios conceptos que utiliza Pichon, habida cuenta que su estilo abigarrado de exposición de los mismos puede sugerir una idea contraria. Como se ha dicho, su posición se inscribe en la tradición psicoanalítica, que frente a todas las cuestiones relativas a la intervención (y a los diversas nociones y conceptos utilizados) ha privilegiado –y exigido– el contraste con la empiria, la confrontación de las hipótesis con la observación empírica de las mismas, y en fin, se ha colocado alejado de posiciones puramente especulativas. Las mismas coordenadas rigen en cuanto a la forma en que Pichon propone el modelo del grupo operativo.

proceso de esclarecimiento del proceso grupal (esclarecimiento que va desde lo explícito a lo implícito), Pichon afirma que:

“La unidad de trabajo que permite realizar dicho esclarecimiento está integrada por el existente (material aportado por el grupo a través de un miembro cualquiera que cumple en ese momento la función de portavoz), la interpretación realizada por el coordinador o copensor del grupo y el nuevo emergente, conducta nacida de la organización de distintos elementos, acontecimiento sintético y creador que aparece como respuesta a esa interpretación” (1969b, pág. 315).

13.2. La interpretación.

Como se ha visto al considerar la noción metodológica denominada “unidad de trabajo”, Pichon incluía tres elementos: existente - interpretación - nuevo emergente. La interpretación es el instrumento privilegiado de intervención de los coordinadores⁴⁸⁷ del grupo.

Como en el resto de cuestiones relativas a la técnica Pichon se apoya en la perspectiva psicoanalítica, no en vano fue ése el esquema referencial desde el que comenzó a elaborar sus propuestas sobre grupos, propuestas que posteriormente le llevarían a postular un alcance mayor a las iniciales, y a englobarlas en una psicología social. Desde ese punto de vista, tanto la noción de encuadre –se verá en el próximo párrafo– como la interpretación constituyen instrumentos directamente derivadas de la práctica clínica, específicamente de la práctica psicoanalítica.⁴⁸⁸

⁴⁸⁷ La propia denominación de quienes se encargan del encuadre y de la interpretación no es indiferente. Pichon utiliza usualmente el término terapeuta, ya que sus interlocutores, en su mayoría, eran psiquiatras y psicólogos que realizaban tareas terapéuticas. En muchas ocasiones utiliza otros términos, coordinadores (coordinador y observador) u operadores. Las corrientes grupalistas que adoptan las propuestas del modelo pichoniano utilizan la denominación “coordinadores” de grupo. Aquí utilizamos indistintamente cualquiera de esas denominaciones.

⁴⁸⁸ En este trabajo no se abordarán los diversos problemas teóricos que giran alrededor de la cuestión de la interpretación; por el contrario, el objetivo es colocar dicha noción –teórica y técnica– en relación con los elementos ya planteados: las nociones y dimensiones relativas al modelo grupal; sólo en ese sentido es pertinente una aproximación a la cuestión de la interpretación.

Ya desde el primer artículo dedicado a la técnica del grupo operativo se propone una idea de la intervención de los coordinadores centrada en el esclarecimiento, en la explicitación de los dilemas:

“Otro fenómeno observado y que se transforma en vector de interpretación, es que el pensamiento que funciona en el grupo va desde el pensar vulgar o común hacia el pensamiento científico, resolviendo las aparentes contradicciones y estableciéndose una secuencia o continuidad genética y dinámica entre uno y otro. Es tarea importante del coordinador señalar un punto de partida falso, como es el de comenzar trabajando con un pensamiento científico no elaborado y sin haber analizado previamente ‘las fuentes vulgares del esquema referencial’” (1960c, pág. 268).

La interpretación: hipótesis o fantasía sobre el acontecer implícito.

La interpretación tendrá un carácter de hipótesis o fantasía, más que una pretensión de verdad (en el sentido tradicional de la misma). Su mayor o menor valor se define por su carácter operativo, es decir, su utilidad en términos del esclarecimiento de una determinada situación. Así, la interpretación será una hipótesis o fantasía sobre el suceder latente del grupo, en un determinado momento.

Esta referencia al contenido implícito, al suceder latente, es fundamental en el desarrollo del proceso grupal: los aspectos implícitos de la tarea, los obstáculos derivados del incremento de ansiedades básicas, la revisión del esquema referencial (que participa de los elementos no conscientes), constituyen los diversos planos a los que irá referida la interpretación.

Al decir de Pichon-Rivière, toda interpretación es una hipótesis o fantasía que el coordinador hace acerca del contenido implícito de lo explícito (1965b, pág. 290).

Pichon inscribe así su formulación en la tradición psicoanalítica: con la interpretación se busca la transformación, el pasaje de contenidos implícitos o inconscientes a hacerse conscientes; es decir, se orienta en el sentido de intentar hacer consciente lo inconsciente, de lo implícito (en tanto obstáculo) a lo explícito: “Los indicios de las distintas adjudicaciones [transferencias, depositaciones, fantasías, etc.] deben ser decodificados, y en esa decodificación consiste la interpretación: es decir, la transformación de lo implícito, de lo inconsciente en consciente” (1970a, pág. 193).

Y también, en un sentido más cercano a la técnica: “[el coordinador] Cuenta con dos herramientas: el señalamiento que opera sobre lo explícito y la interpretación que es una hipótesis acerca del acontecer implícito que tiene a explicitar hechos o procesos grupales que no aparecen como manifiestos a los integrantes del grupo, y que funcionan como obstáculo para el logro del objetivo grupal” (1972b, pág. 212).

Ahora bien, hay que destacar que el status de la interpretación es el de una hipótesis o fantasía del operador, que se origina en una compleja serie de movimientos (en el vínculo). El concepto de fantasía en la perspectiva psicoanalítica tiene una gravitación fundamental, y su valor psíquico se refiere no sólo –ni principalmente– a sus contenidos conscientes sino a los inconscientes. En todo caso, la equiparación de hipótesis y fantasía se apoya en la conceptualización psicoanalítica sobre diversos procesos ideicos que no pueden ser abordados aquí. Sólo se señalarán en cuanto sea pertinente a la especificación del modelo. La interpretación queda especificada del siguiente modo: “... retraduciéndolo (interpretación) en términos de una conceptualización, hipótesis o fantasía acerca del acontecer subyacente del otro...” (1967a, pág. 449).

La postulación de la interpretación como hipótesis o fantasía del coordinador implica poner en primer plano la cuestión del esquema referencial del propio coordinador. Así, se afirma que la interpretación se realiza ‘desde’ un determinado esquema referencial, que sirve de marco, de elemento de apoyo y a la vez de núcleo ‘motivador’ de la misma. El operador interpreta desde su propio esquema referencial: teorías, experiencias, fantasías, etc. Más aún, Pichon postulará que no sólo la interpretación sino que toda observación es realizada desde el propio esquema referencial. Si bien sus elaboraciones sobre el tema hacen referencia a la observación clínica (y a la interpretación correspondiente), todo ello es extensible al campo grupal.

El valor (o validez) de la interpretación.

Es fundamental destacar la cuestión del valor de la interpretación. La cuestión de la validez, verdad, precisión o justeza de la misma no se resuelve desde un criterio “externo” al acto en que se realice (terapia o aprendizaje, individual o grupal) –y en ese sentido no satisface los criterios exigidos en la actividad científica, de validez y refutación–. Por el contrario, su valor está dado por su operatividad, por su capacidad

para producir una reestructuración del campo (en relación con la tarea), en la medida que favorece la ruptura del estereotipo.

Si en los textos sobre grupos Pichon postula la interpretación en relación con la operatividad de la misma, en textos anteriores –y en un contexto dirigido a psicoterapeutas: psiquiatras, psicoanalistas– lo hará en relación con la resistencia. Y el valor (eficacia) de la interpretación residirá entonces en su capacidad para debilitar el obstáculo, para erosionar la resistencia (1956-57).

En una referencia a la unidad de trabajo (existente-interpretación-nuevo emergente) Pichon define el ‘lugar’ de la interpretación: “Toda interpretación en este tipo de grupos (de aprendizaje) como en la tarea terapéutica, tiene el carácter de una hipótesis elaborada acerca de la fantasía grupal. No apunta a la exactitud, o mejor dicho no se evalúa con un criterio tradicional de verdad, sino en términos de operatividad, en la medida que permite o favorece la ruptura del estereotipo” (1969b, pág. 315-316).

La construcción de la interpretación. Verticalidad y horizontalidad.

La interpretación debe incluir la verticalidad y la horizontalidad. Es decir, debe abarcar lo individual y lo grupal; y a la vez, también debe incluir lo pasado (historia personal que determina al portavoz en su emergencia) y el presente (en el aquí y ahora del grupo): “La interpretación debe abarcar las dos dimensiones, la vertical o individual, ya que el portavoz enuncia el problema –el drama– (alcahuete o trovador-radar) y puede hacerlo en la medida en que, por su historia personal, se encuentre cerca de ese contenido. Una vez señalados los aspectos individuales, motivacionales, del portavoz, la interpretación tenderá a desocultar el acontecer implícito grupal o comunitario (dimensión horizontal de la interpretación)” (1965b, pág. 293).

“Como instrumento de operación en el ámbito grupal la interpretación deberá incluir ambas dimensiones. Es una hipótesis, formulada a partir de lo explícito, acerca del acontecer implícito; lo vertical del portavoz que le permite asumir el rol y lo horizontal del grupo. Muchas veces esa horizontalidad, acontecer grupal, sólo puede ser decodificada por la sumación de lo verbalizado o actuado por varios portavoces” (1970a, pág. 196).

La formulación de la interpretación.

En este marco de la interpretación definida en base a la verticalidad y la horizontalidad, es fundamental todo aquello que se refiere a su formulación. El cuándo, de qué forma, cómo interpretar cobra importancia en la medida que con ello se busca producir un efecto determinado en el campo (individual o grupal).

Se postulan dos tiempos y dos direcciones distintas en la interpretación: se comienza por el contenido enunciado por el portavoz y posteriormente se debe incluir los contenidos implícitos grupales. Y por lo tanto, se confronta o explicitan dos tiempos: el pasado (historia personal del portavoz, fantasías) y el presente (el aquí y ahora del grupo). La inclusión de todos esos elementos, y la forma en que eso se haga definirán lo que sea una ‘buena’ interpretación o no.⁴⁸⁹

En todo caso, Pichon explicita estas características de la interpretación y las da como indicadores de una diferencia entre la técnica de grupo operativo y otras técnicas grupales: “Consideramos al enfermo que enuncia un acontecimiento como el portavoz de sí mismo y de las fantasías inconscientes del grupo. En esto reside la diferencia de la técnica operativa con las otras técnicas grupales, ya que las interpretaciones se hacen en dos tiempos y en dos direcciones distintas. Se comienza por interpretar al portavoz que, por su historia personales muy sensible al problema subyacente y que, actuando como radar, detecta las fantasías inconscientes del grupo y las explicita. Acto seguido, se señala que lo explicitado es también un problema grupal, producto de la interacción de los miembros del grupo entre sí y con el coordinador, y que él, portavoz por un proceso de identificación subliminal, percibe y enuncia” (1965b, pág. 287).

“Interpretar es iluminar el carácter transferencial de los contenidos que se manifiestan como conductas inadecuadas. Es confrontar dos tiempos: el arcaico de las fantasías y el aquí y ahora, el presente de la situación del grupo. Esa confrontación temporal y la desocultación del ‘como si’ transferencial acompañada del señalamiento de las ansiedades operantes permiten a partir del *insight*, la modificación de la actitud reproductora de la creatividad del aprendizaje, de la lectura operativa de la realidad”

⁴⁸⁹ Hemos mencionado ya que la problemática de la interpretación forma parte importante de lo que se denomina “teoría de la técnica” en psicoanálisis. La formulación de una interpretación, su contenido semántico, sintaxis, estilo, además de su contenido ideico ha merecido diversas elaboraciones. Se habla de interpretación mutativa, enunciativa, interrogativa, alusional, transferencial, histórica, etc. Parece

(1970a, pág. 195). Puede observarse aquí la idea de la transferencia como resistencia. Y también la noción de la fantasía ligada a su contenido inconsciente (infantil).

El “punto de urgencia”.

Al igual que los contenidos de la interpretación el momento de la interpretación es fundamental. Desde una posición derivada de la experiencia clínica Pichon plantea lo que se denomina la detección del ‘punto de urgencia’, es decir, el momento en que los contenidos explícitos e implícitos sean más cercanos, lo que facilita el esclarecimiento. En caso contrario, si la distancia entre el contenido explícito y el implícito es excesiva, la interpretación no ‘llega’ (o bien es aceptada/rechazada de forma intelectualizada, o pasiva, o bien sólo produce un efecto de catarsis y no de esclarecimiento). Este aspecto es fundamental desde una lectura del conflicto grupal que intenta incidir sobre el deterioro de la red de comunicación.

Mediante un ejemplo que el autor describe como una situación de crisis familiar y eclosión de la enfermedad en uno de los miembros –lo que produce temor y angustia en todos ellos, ocultamiento de hechos al miembro enfermo, pseudocuidados, y malentendidos– se indica la importancia del momento, del ‘timing’ de la interpretación: “Ante esta situación [la mencionada antes] el terapeuta deberá realizar un adecuado manejo del *timing* del esclarecimiento, esperando el punto de urgencia, es decir, la vecindad de lo implícito y lo explícito” (1965-66, pág. 209).

Cabe una puntualización: si bien esa modalidad de trabajo es evidente frente a un grupo familiar en que las ansiedades han cobrado una gran intensidad, también es válido para el resto de situaciones, en la medida que el trabajo consiste en la elaboración de esas ansiedades, en cualquier clase de grupo o de tarea (terapéutica o de aprendizaje).

La interpretación de la ansiedad básica latente.

Un elemento fundamental en la interpretación, en la medida que apunta a hacer explícito lo implícito, es la consideración de las ansiedades básicas. Si bien ambas están presentes (son cooperantes y coexistentes), y tienen la ‘actitud ante el cambio’, en general, una de ellas será manifiesta mientras la otra es latente. En ese caso es cuando

evidente que la delimitación que hace Pichon de las dimensiones de la interpretación se inscribe en esta constelación de problemas.

corresponde la interpretación de la ansiedad implícita (y el señalamiento de la ansiedad manifiesta).

“Señalamos como situación central del grupo operativo la *actitud ante el cambio* que se modifica en términos de incremento o resolución de las ansiedades depresiva o paranoide, de pérdida y ataque, coexistentes y cooperantes en tiempo y espacio. Esto implica para el operador que cuando detecta en la situación grupal uno de esos dos miedos como lo manifiesto, su interpretación incluirá al otro como lo subyacente” (1969b, pág. 317).

Por último, y en relación con la elaboración y formulación (verbal) de la transferencia cabe agregar un elemento: la transferencia recíproca o contratransferencia (reacciones inconscientes del operador frente al grupo). La contratransferencia es valorada por Pichon como instrumento de trabajo, y no solamente como obstáculo. Esta consideración es derivada del psicoanálisis: el lugar y valor de la transferencia del terapeuta ha sido (y continúa siendo) un núcleo importante de diferenciación entre diversas corrientes psicoanalíticas.

Para Pichon, empero, parece evidente una idea de contratransferencia en tanto instrumento del coordinador, habida cuenta de la valoración que hace del uso del esquema referencial, como se ha visto anteriormente:

“En cuanto a la transferencia recíproca, inadecuadamente llamada contratransferencia, o conjunto de reacciones inconscientes del operador frente al grupo, la tarea y los procesos transferenciales que en él se cumplen, constituyen un elemento de trabajo de inestimable valor, ya que alimentará en el operador la capacidad de fantasía para establecer hipótesis acerca del acontecer implícito del grupo” (1970a, pág.197).

La interpretación y el señalamiento.

“Señalamiento” es otro término usado por Pichon para denominar otro tipo de intervención del coordinador en el grupo. Se asemeja a la interpretación; hay que destacar que para muchos autores constituye una clase concreta de interpretación, en un conjunto que divide en interpretaciones afirmativas, interrogativas, exclamativas, etc., refiriéndose a su forma retórica.

Pichon diferencia entre interpretación y señalamiento, diciendo que la primera se refiere al acontecer implícito y el segundo al acontecer manifiesto: es decir, se interpreta

lo latente y se señala lo manifiesto. Señalamiento indica un sentido de ‘subrayado’ del texto, del discurso grupal, que señala y destaca tal o cual elemento del mismo.

“Apoyándonos en este marco teórico hemos construido la técnica de los grupos operativos, en la que el instrumento de esclarecimiento está dado por la interpretación enunciativa o interrogativa y el señalamiento, que tiene siempre el carácter de una hipótesis acerca de la fantasía grupal, no evaluándose su eficacia según un criterio de verdad sino según el criterio de operatividad en la medida que permite la ruptura del estereotipo” (1969a, pág. 303).

Una vez realizada una aproximación a la noción de interpretación que hace Pichon-Rivière, veamos algunas consideraciones que parecen pertinentes.

Los diversos enunciados sobre la interpretación aparecen diseminados en el conjunto de textos pichonianos sobre grupos. En ocasiones son repetitivos, si bien agregan diversos matices, a veces en relación con el contexto del artículo donde se menciona, otras debidas a nuevas formulaciones sobre el tema. No parece inútil puntualizar algunas de esas variaciones, que permiten observar el alcance y función que su autor daba al instrumento privilegiado de intervención grupal.

En 1956-57 expone la cuestión de la interpretación en el marco preciso de la terapia psicoanalítica y también se ocupa de buscar puntos de confluencia (sin evitar las discordancias) entre el psicoanálisis y otras perspectivas psicológicas.

En 1960c se observa una idea de la interpretación como instrumento para operar en relación con las ‘fuentes vulgares del esquema referencial’, es decir, en relación a los prejuicios, las ideologías, etc.

En 1965b se expresa el interés por establecer los diversos planos que abarca el enunciado interpretativo, insistiendo en la articulación individuo-grupo (se trata de una presentación del tema ante un auditorio compuesto por psiquiatras).

En 1965-66, y en un contexto referido a la psicoterapia familiar, donde el componente de crisis, malentendido y angustia es fundamental, el énfasis de la exposición se centrará en el ‘timing’ de la interpretación, en el punto de urgencia (cercanía entre los contenidos explícitos y los implícitos).

En 1967a, la elaboración conceptual está más cuidada y utiliza diversas hipótesis para sostener su tesis sobre la interpretación: roles, transferencia, unidad de trabajo, etc.

En 1969b, otro artículo muy elaborado, avanza en la precisión conceptual, pero esta vez dirigido hacia la psicología social. La actitud ante el cambio, la verticalidad y horizontalidad, y los emergentes universales, serán los elementos en que se apoya para postular su noción de interpretación. Esos elementos poseen un especial interés para el campo psicosocial (y de la psicología social), donde se busca los puntos de articulación entre lo individual y lo colectivo.⁴⁹⁰

En 1970a, el artículo centra el análisis de la interpretación en relación a los procesos transferenciales. La vigencia del pasado como punto de apoyo de la misma, y también la consideración de las reacciones contratransferenciales de los coordinadores.

Por último, en 1972b, no aparece ninguna nueva formulación, aunque se hace evidente un intento de sistematización acerca de los distintos enunciados sobre la interpretación.

13.3. La observación.

Las cuestiones acerca del alcance y características de la observación clínica están presentes en la situación grupal, la interpretación se realiza posteriormente a la observación; más aún, es la propia observación la que posibilitará la formulación de la interpretación. Pichon se refiere en numerosas ocasiones a esta problemática, dentro de la tradición clínica (observación, diagnóstico, tratamiento y pronóstico), si bien la sitúa en coordenadas diferentes: el psicoanálisis será el punto de apoyo de la misma, a lo que se agrega una práctica psiquiátrica muy elaborada.

En el texto “Teoría del vínculo” (1956-57) puede verse una exhaustiva elaboración sobre la cuestión; ese texto proviene de clases sobre la técnica de la

⁴⁹⁰ El interés en buscar la articulación posible entre lo individual y lo grupal (o colectivo) se evidencia no sólo en el discurso general sobre el grupo (por ejemplo, en los conceptos principales: tarea, Ecro, portavoz), sino también en su modelo de interpretación. Pichon subraya con énfasis sobre la importancia de incluir no sólo elementos provenientes de la historia personal del portavoz, de cada miembro del grupo, sino aquello de lo colectivo que aparece a través de su forma singular de vivir o pensar. Incluso la propuesta de realizar la interpretación a partir de los “emergentes universales” evidencia esta intención

entrevista, de un curso para psicoanalistas y psiquiatras. Ahí el tema de la observación será fundamental.

Hay que señalar que Pichon establece también muchas referencias a la observación psicológica (o psicoanalítica) en una relación de confrontación –y a veces, de complementariedad– con diversas metodologías psicológicas: la introspección, la fenomenología, el modo conductual, etc.. Es significativo que estos relevantes temas en relación con la psicología y con la psicología social sean planteados por Pichon en un curso dictado en la APA, ‘templo’ del psicoanálisis en esos años, lo cual muestra su intención innovadora y crítica.

A lo largo de ese texto –y en otros–, se evidencia algo que para su autor parece indudable: la extensión del campo del psicoanálisis, constituye también una extensión del campo de observación; es decir, desde la práctica psicoanalítica ortodoxa, ‘llevarlo’ a la psicoterapia familiar, al campo grupal, al trabajo institucional, etc., implica ampliar el propio campo de observación. Consecuentemente, los modos, condiciones y procedimientos de la observación deben ser cuidadosamente contempladas (tal cual lo es en la práctica psicoanalítica).

Pichon ubica la noción de vínculo como fundamental en todo el proceso de observación, y afirma que se trata de tomar como material de trabajo y observación permanente los vínculos (es decir, la manera particular que un sujeto se conecta o relaciona con el otro o los otros) (1956-57, pág. 22).

El otro elemento básico a tener en cuenta es el destino de la observación, del resultado de la misma. El objetivo de la observación es posibilitar la construcción y formulación de la interpretación, y se interpreta con la intención de modificar el campo. Es decir, se trata de “interpretar para modificar”(1956-57, pág. 82). Si esto es lo propio de la terapia psicoanalítica, también lo será para las técnicas grupales –y en general, para aquellos modelos que intenten operar a partir de lo implícito–.

El observador es siempre participante.

Una cuestión fundamental está dada por el lugar del observador en el campo: el observador no es parcial, sino que está siempre comprometido. Comprometido (precozmente, dice Pichon) sea con la situación del paciente, con los miembros del grupo, con el grupo familiar, etc. Puede deducirse de aquí una mención indirecta a lo

actualmente se denomina como “demanda”: el paciente ‘espera’ curar (objetivo cuyo contenido está inicialmente indeterminado) mediante la intervención analítica. Y este ‘compromiso’ del observador implica que, en cierto sentido, es siempre participante. Esta importante cuestión merece ser vista con algún detalle.

En el texto que comentamos, un curso sobre entrevista, Pichon plantea diversos problemas en relación con el conocimiento en psicología, y a partir de diferenciar los métodos psicoanalíticos de los no psicoanalíticos dice: “Lo que uno capta del otro está en función de una analogía con el otro, porque si aparece como desconocido para mí no lo puedo comprender. En la situación analítica el observador es participante en cierto sentido. Esto nos lleva a la necesidad de acercar lo más posible la situación analítica a la situación experimental. El observador siempre está comprometido en la investigación cualquiera sea la naturaleza de ésta, tanto en forma afectiva como ideológica. Los resultados van a afectar a ambos integrantes de la situación, van a modificar su historia personal y su posición en el mundo”(1956-57, pág. 89). Se evidencia aquí un Pichon preocupado por investigar a partir de los elementos más consistentes de cada metodología, además de cierta intención de apertura teórica.

Desde esta intención explícita, Pichon afirma que el método principal en el psicoanálisis está constituido por la observación, una observación en el campo operacional (observar para transformar).

Una puntualización muy significativa, en el contexto de comparación entre el psicoanálisis y otros enfoques de la psicología (la psicología introspectiva, fenomenológica, existencial, etc.) reside en la caracterización del método psicoanalítico: éste utiliza la observación “racional” –diferente tanto de la observación introspectiva como de la observación “natural” – y la “asociación libre” (1956-57, pág. 93).

La observación en la perspectiva psicoanalítica.

Pichon está interesado en lograr la mayor rigurosidad posible en el acto clínico, de acercarlo todo lo que sea posible a un método científico. Cobra importancia, por lo tanto, el establecimiento tanto de las condiciones de la observación, como de la interpretación; es decir, todos los elementos que aparecen incluidos en la unidad de trabajo (existente, interpretación, nuevo emergente). De ese modo, tanto la observación como la interpretación son los dos procesos básicos de toda esa construcción metodológica.

Por una parte, Pichon afirma que el método principal en el psicoanálisis está constituido por la observación, señalando que se trata de una observación racional. Observación racional que se diferencia tanto de la observación ‘natural’ como de la realizada por la psicología introspectiva. Ahora bien, a esa observación racional hay que articularla con el otro proceso fundamental en la terapia psicoanalítica: la asociación libre. Y esta articulación entre observación racional y asociación libre es el fundamento mismo del método psicoanalítico:

“Una psicoterapia psicoanalítica, para que sea bien realizada y cumpla los requisitos del método científico, debe estar precedida de un momento fenomenológico o sea del momento en que se toma el existente: este es un momento en el que hacemos una reducción fenomenológica, lo aislamos del material existente y construimos una hipótesis del suceder inconsciente en ese momento” (1956-57, pág. 92).

“El método psicoanalítico utiliza la observación racional y la asociación libre, el dejarse ir de la fantasía, ambas incluidas en una actividad particular que se llama imaginación creadora o recreadora. La categoría de ese proceso mental aquí, en el campo de trabajo, tiene las características de una síntesis entre lo racional y lo irracional, tal como se concibe en psicología. Durante el trabajo práctico se utiliza una actividad que, partiendo de referentes determinados, construye en cada momento, con ese proceso de la imaginación creadora, una hipótesis del suceder latente de ese momento” (1956-57, pág. 93).

Contratransferencia y observación.

Todas estas consideraciones en relación a la observación –y también a la interpretación, objeto de la operación– ilustran la noción que tiene Pichon de la contratransferencia. En la situación analítica –y esto es extensible al campo grupal, como el mismo Pichon lo expondría en innumerables ocasiones– se incluye todo lo que hay de parte del analista (teorías, fantasmas, emociones, consciente, inconsciente, etc.). Esto no implica una posición ‘intimista’ o ‘humanista’ de la situación de observación e interpretación; por el contrario, Pichon insistirá en los recaudos y procedimientos para optimizar la tarea de observación (a la que trata de acercar todo lo que sea posible a una actividad científica).

Si por una parte hay que considerar las diversas dificultades en relación con la formulación de la interpretación (lo que Pichon llama la ‘neurosis del analista’), con

tanta más razón esos elementos intervienen en el “momento” de la observación (1956-57, pág. 90). Transferencia y observación constituyen así el núcleo de una problemática fundamental tanto en psicoanálisis como en la psicología social que postula Pichon.⁴⁹¹

Obstáculo y observación.

Uno de los ejes de la concepción pichoniana se refiere al obstáculo en el aprendizaje y en la comunicación; el obstáculo (epistemológico, epistemofílico) es colocado como la fuente de diversos conflictos y también como el punto de ataque de la intervención (terapéutica o de aprendizaje), lo cual será formulado de diversas formas: trabajo sobre las resistencias, ruptura de estereotipos, restablecimiento de las redes de comunicación, etc.

En referencia al aprendizaje, y específicamente al aprendizaje de la psicología o la psiquiatría, y en un contexto donde se trata de la organización institucional del aprendizaje Pichon destaca las diversas distorsiones en el campo de la observación, o sean en la lectura de la realidad, como parte de los obstáculos a resolver. Frente a eso, propondrá las técnicas grupales como forma de enfrentar ese tipo de obstáculos:

“Toda escuela de psicología o de psiquiatría debe disponer, por todo lo dicho, de consultorios de salud mental con el objeto de tratar las tensiones que emergen dentro del campo mismo del aprendizaje. La identificación con el otro, o los otros, es el instrumento con el cual opera. El aprendiz de psicólogo, psiquiatra o psicólogo social puede ver perturbado este instrumento de trabajo, que es fácilmente vulnerable, y el proceso de identificación, una vez viciado, acarrea graves distorsiones en el campo concreto de la observación, o sea, de la lectura de la realidad.

“Para resolver estos problemas se hace necesario utilizar técnicas grupales en la didáctica y el aprendizaje de la psicología, la psiquiatría, las ciencias sociales, etc. Lo que caracteriza nuestro modo actual de encarar los problemas psiquiátricos y sociales es el encuadre grupal y en diferentes contextos: [...] “ (1961, pág. 229). Es significativo del papel que ya en ese momento Pichon adjudicaba al aprendizaje grupal: el texto anterior

⁴⁹¹ La concepción de Pichon-Rivière acerca de la transferencia del operador (o contratransferencia) y de su utilización parece cercana a las elaboraciones realizadas por M. Neyraut, “La transferencia” (1974). En un marco más general, si bien en una perspectiva también psicoanalítica –y antropológica–, puede verse el texto de G. Devereux, “De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento” (1967).

corresponde al “discurso presentado como Presidente del Segundo Congreso de Psiquiatría”.

El Ecro y la observación.

Al igual que en el caso de la interpretación (entendida como hipótesis o fantasía del operador) la observación también es realizada desde el propio esquema de referencia.

Toda observación es realizada desde el esquema referencial del operador (psiquiatra, psicoanalista, coordinador de grupo o psicólogo social); el operador observa (diagnostica, etc.) desde su propio marco referencial: sus experiencias, creencias, teorías, fantasmas, deseos, etc.).

Así, en relación al proceso de formulación de la interpretación (en la situación analítica) afirma: “Es decir, hemos trabajado como observadores, hemos captado todos los indicios [...] y todo esto lo hemos colocado dentro de nuestro esquema que está construido con nuestros conocimientos, con nuestra historia personal, con nuestro autoanálisis, con las lecturas que hacemos, con las circunstancias de ese momento y con ese paciente en particular que nos está recriminando, excitando o angustiando de una manera especial con sus propios contenidos” (1956-57, pág. 64-65).

Más aún, considera que el esquema referencial es el propio instrumento de trabajo (1956-57, pág. 65). También en un sentido similar Bleger dirá que el instrumento de trabajo del psicólogo (clínico o institucional, individual o social) es su propia personalidad (Bleger, 1964).

Por último, y como apertura al próximo tema que se expondrá –el encuadre–, vale la pena precisar el lugar otorgado al esquema referencial en toda la ‘operación’. El Ecro constituye el marco de todo el acto de intervención (terapéutico o de aprendizaje), y se refiere tanto a la interpretación como a la observación; puede considerarse que es el pivote que permite la realización de la unidad de trabajo con sus tres momentos: existentes (o emergentes previos), interpretación, nuevo emergente.

En el texto ya mencionado, de 1956-57 (el curso sobre entrevista), su autor explicita el lugar que otorga al esquema referencial en la labor terapéutica, y lo caracteriza como el elemento central, a rectificar o ratificar, ‘desde donde’ trabaja el operador (sea psiquiatra, psicoanalista o coordinador de grupo):

“Durante todo el curso hemos desarrollado una hipótesis fundamental: es necesario que el analista tenga conciencia de que trabaja constantemente con un esquema referencial. Este esquema tiene un carácter instrumental y se lo debe confrontar permanentemente en el campo operacional, donde tiene que ser rectificado o ratificado.

Este esquema referencial debe ser analizado como un todo, como una Gestalt en función que tiene una historia personal en cuanto a los conocimientos y fantasías, que influyen sobre la manera de interpretar [y puede agregarse: de observar] del terapeuta [o coordinador de grupo]. En todo momento se debe analizar la fantasía del analista que tiene el analista. [...] “Debemos crear un encuadre analítico de la investigación. Podemos afirmar que el común denominador consiste en considerar el material bajo dos aspectos: una superestructura o contenido manifiesto y una infraestructura o contenido latente. Debemos analizar la acción y la interacción de uno sobre el otro y la existencia fenomenológica de una infraestructura y de una superestructura. El contenido latente y el contenido manifiesto son dos capas que actúan una sobre otra creando una forma, un esquema referencial general y básico como punto de partida” (1956-57, pág. 125).

La observación no es neutral, ni acrítica, sino que es siempre comprometida.

La elaboración pichoniana, crítica respecto de la psiquiatría y posteriormente de muchos postulados psicoanalíticos, no consistía solamente en una posición de orden científico sino también ideológica. Su insistencia en el terapeuta ‘comprometido’ va más allá de la situación clínica en sentido estricto, también ahondará en el para qué de las intervenciones, en su función social, etc.

En relación con los grupos Pichon no se instala en una posición ingenua y es consciente de los alcances complejos y contradictorios de las propuestas grupales. Estas ideas pueden verse en su obra ya en los años 60, y especialmente a partir de los 70.

En un breve texto de 1963, “Prólogo al libro de F.K. Taylor, ‘Un análisis de la psicoterapia grupal’”⁴⁹², Pichon menciona el “empirismo caótico” (según expresión de J.-B. Pontalis) y destaca la importancia de no dejar de lado los supuestos ideológicos –

⁴⁹² Se trata de un texto sobre psicoterapia de grupos editado por la Primera Escuela Privada de Psicología Social que dirige el mismo Pichon, quien justifica la edición del libro a la vez que toma distancias con ciertos presupuestos ideológicos del autor. También en otras ocasiones en que prologa textos de discípulos u otros autores, reseña textos, presenta obras de artistas, etc., Pichon expone elementos fundamentales de sus concepciones teóricas e ideológicas: 1940c, 1944a, 1946c, 1947, 1955a, 1955b, 1963c, 1966a, 1971a, 1971b, 1976, s/f e.

además de los teóricos y técnicos– subyacentes en las diversas experiencias de grupos, desde el supuesto que quien interviene en el grupo (coordinador, terapeuta, observador, etc.) está –desde el inicio– comprometido en ese campo. Saliendo al paso del artificialismo que existe en muchas de esas experiencias grupales pone el acento en el análisis (y la ‘ubicación ideológica’) de los esquemas referenciales que dan lugar a las diversas experiencias grupales. La siguiente cita evidencia con claridad lo expuesto:

“Nos referíamos, al principio, a la confusión que puede observarse en el material acopiado por la experiencia en la psicoterapia de grupo, ese ‘empirismo caótico’ a que se refiere Pontalis. Evidentemente, una tarea nos falta realizar: la ubicación ideológica de los distintos esquemas referenciales empleados. La acusación de ‘artificialismo’ a veces parece bien fundada, lo mismo que la de cierta ‘mistificación’. F. Bourricaud escribe a propósito de esto: ‘El estudio de los pequeños grupos sin pasado, sin localización territorial precisa, resulta peligroso cuando sólo hace uso de mecanismos psicológicos superficiales y pone de manifiesto los estereotipos, dejando escapar la profundidad espacial, el espesor temporal de la realidad social’. Por eso dice Pontalis que es conveniente comenzar por interrogarse sobre los supuestos ideológicos, teóricos y técnicos de las experiencias de grupo, interrogación necesaria y permanente para toda indagación en la que el observador, con su horizonte personal, político y social, está ya manifiestamente ligado a la observación. El libro de Taylor pone en orden muchas ideas, cosa que nos permite pasar a esta segunda etapa de la evaluación en el terreno de las ideologías científicas” (1963a, pág. 256).

Quizá no sea redundante una puntualización más sobre la relación entre la observación y el Ecro. En el mismo texto mencionado anteriormente, en que se refería a los condicionantes ideológicos en los trabajos grupales, Pichon realiza una clara indicación en relación a su propio esquema referencial, donde manifiesta su posición, y sugiere una línea para analizar la relación entre metodologías científicas e ideología: el Ecro es concebido como el instrumento para elaborar las diversas contradicciones o conflictos entre esas dimensiones; la idea de ratificar o rectificar el Ecro constituye el elemento que permitirá esa elaboración.

“Nuestra experiencia señala, como un hecho cada vez más convincente, que el hombre no es comprensible por sí mismo (o en sí mismo), y que el estudio de su contexto social, inmediato o mediato, hace posible no sólo su comprensión sino que también da las bases para una operación correctora de su conducta social desajustada. Una observación

sistemática, junto al análisis de las operaciones de la mente en su interrelación social y en continuo intercambio, centrados en la tarea, constituyen los supuestos básicos o el esquema conceptual referencial y operativo (ECRO) con el cual operamos en la técnica que hemos elaborado, denominada grupos operativos (1947)” (1963a, pág. 253).

13.4. El encuadre.

La noción de encuadre ha tenido un extendido e intenso uso en el espacio psicoanalítico y grupalista. Pichon-Rivière no utilizó muy profusamente esa noción, si bien parece haber utilizado muchos de los presupuestos que posteriormente se utilizaron. Más aún, parecen ser desarrollos consecuentes con las elaboraciones pichonianas los que más han propugnado la utilización de ese importante concepto metodológico.

Más que un tema pichoniano, puede tomarse como un tema blegeriano. José Bleger, uno de los principales discípulos de Pichon (coincidió con él en el intento de extender el psicoanálisis hacia otros ámbitos, distintos a la psicoterapia psicoanalítica ortodoxa), ha sido, probablemente, quien más ha aportado elementos teóricos y metodológicos en relación al encuadre.

El interés por el encuadre (el conjunto de condiciones metodológicas que rodean la actividad sea grupal, individual o incluso institucional) puede comprenderse como una derivación y consecuencia de la psicoterapia psicoanalítica, en que las condiciones metodológicas de la misma son fundamentales: el setting o encuadre analítico, es decir, las variables en que se enmarca el tratamiento psicoanalítico fue considerado un elemento básico para el desarrollo de la misma.⁴⁹³

⁴⁹³ El concepto de encuadre ha constituido un elemento fundamental en la práctica psicoanalítica entre los años 50 y 70. Derivado de conceptos básicos en el psicoanálisis anglosajón (continente y contenido, posiciones del desarrollo, ansiedades básicas, etc.), se consideraba que dicha noción daba inteligibilidad al conjunto del proceso analítico.

Puede verse una breve descripción del concepto a través de algunas elaboraciones (Puget y otros, 1982): Winnicott: El setting (encuadre) es la suma de todos los detalles de la técnica.

Bleger: La situación psicoanalítica (totalidad de los fenómenos incluidos en la relación terapéutica entre el analista y el paciente). Abarca fenómenos que constituyen un proceso (que se estudia, analiza,

Como hemos dicho, Pichon no se refirió a la cuestión del encuadre de forma similar a la realizada con otras hipótesis o cuestiones relevantes; más aún, esa noción casi no se encuentra mencionada más que en unas pocas ocasiones, y en un contexto donde no constituye la noción principal.⁴⁹⁴

De todos modos, sí se encuentran en Pichon algunas referencias fundamentales a la cuestión del encuadre, referencias que pueden tomarse como las directrices que posteriormente desarrollaron los que le siguieron.

Una de las primeras menciones que Pichon hace de esta noción, dándole un alcance preciso, es a principios de los 60, haciendo alusión al encuadre grupal en la enseñanza:

“Para resolver estos problemas [de los procesos de aprendizaje] se hace necesario utilizar técnicas grupales en la didáctica y el aprendizaje de la psicología, la psiquiatría, las ciencias sociales, etc. Lo que caracteriza nuestro *modo actual* de encarar los problemas psiquiátricos y sociales es el *encuadre grupal* y en diferentes contextos” (1961, pág. 229). Los diversos contextos en que Pichon propone los encuadres grupales son diversos: establecimiento de diagnósticos y pronósticos en forma grupal, lo cual constituía un cambio radical en lo realizado hasta ese momento: no sólo proponía el

interpreta) y un encuadre, un no-proceso. El encuadre es el depositario de las partes psicóticas de la personalidad.

Lieberman: Encuadre es un conjunto de señales al cual el paciente le adscribe diferentes mensajes (es un significado más restringido que los anteriores).

Baranger (W y M): El encuadre es una metaconducta de la que dependen los fenómenos que vamos a reconocer como conductas.

Rodrigué: El encuadre es el marco temporal y espacial que hace evidente el fenómeno transferencial y permite su desarrollo.

Desde estas aproximaciones es fácil inferir que la noción de encuadre no sólo constituyó un instrumento para orientarse en la situación psicoanalítica, sino que significó un gran aporte a los desarrollos grupales: las nociones de continente, ansiedades psicóticas, depositación, transferencia, etc., podían ser utilizadas no solamente en su capacidad descriptiva, sino también como guías en la intervención, al ser englobadas bajo la noción de encuadre. Quizá el aporte fundamental fue que permitió avanzar en la comprensión de la relación grupo-institución.

⁴⁹⁴ Puede señalarse un cierto desplazamiento, en los últimos años, desde la tarea hacia el encuadre. Diversas cuestiones relacionadas con el encuadre grupal se convirtieron en elemento fundamental entre muchos practicantes del grupo operativo (como puede verse en muchos textos de esta época, además de la propia experiencia del autor de esta tesis) que llegan a desplazar el eje del mismo: si inicialmente se trataba del grupo centrado en la tarea, que era el elemento que nucleaba todo lo demás, en muchas ocasiones se ha dado un desplazamiento hacia el encuadre, y lo fundamental pasa a ser el establecimiento (y mantenimiento) del mismo. Si efectivamente, se trata de un desplazamiento desde la tarea hacia el encuadre, parece darse un cambio de orientación: desde el grupo como experiencia (realización de la tarea) al grupo como técnica. Queda por ver si esta variación constituye un avance, una profundización en la misma línea establecida por Pichon, o significa un cambio en la intencionalidad misma del proceso grupal.

tratamiento psicoterapéutico en grupo, sino también los diagnósticos... También menciona otros ámbitos: conflictos institucionales, tratamiento de delincuencia, alcoholismo y otros conflictos; también grupos interprofesionales (de aprendizaje) como forma de maximizar el aprendizaje.

También cuando se refiere al inicio de sus experiencias con grupos, en el Hospicio de las Mercedes, en los primeros grupos con enfermeros se refiere a lo que denomina “encuadre de la escuela de líderes”, con un cierto matiz lewiniano: lucha contra el estereotipo, búsqueda de liderazgos funcionales, rotación de roles, etc. (Pichon-Rivière, 1965b, pág. 289; Zito Lema, 1976, pág. 72-73).

Parece claro que Pichon utiliza la noción de encuadre asimilándola con elementos precisos de la técnica (en la línea que posteriormente delimitará el encuadre a partir de sus elementos fijos: espacio, tiempo, roles, tarea-tema). Esta idea del encuadre aparecerá expresada con claridad en un artículo de 1972, dedicado a la “didáctica de la psicología social”: “El encuadre o la técnica operativa del grupo (conjunto de constantes metodológicas que permiten la comprensión de un proceso) ...” (1972b, pág. 211). Una gran parte de ese artículo –y es el último de sus escritos publicados– se dedica a la descripción de lo que se llama el “encuadre institucional”. Se plantea una mención detallada del Ecro, la idea de Psicología Social, el tipo de didáctica que se propone (interdisciplinaria, grupal, de núcleo básico, instrumental y operacional) y la concepción del aprendizaje (1972b, pág. 205 a 208). Esta manera de presentar el “encuadre institucional” indica un uso un tanto diferente de la noción de encuadre, diferente a la que asimila a encuadre con técnica.

Ahora bien, además de la noción de encuadre como conjunto de constantes metodológicas, como reunión de los elementos de la técnica, también aparece en Pichon otra idea del encuadre, que lo asimila a esquema referencial, o a Ecro.

Esta perspectiva puede observarse con claridad en diversos pasajes en su texto de 1956-57, “Teoría del vínculo” (se trata de un texto bastante diferenciado del resto de escritos; e igualmente que en el caso de otros conceptos ya vistos (Ecro, emergente), la noción de encuadre también aparece con matices diferenciales considerables). Aquí se propone una idea de encuadre y de esquema referencial prácticamente como sinónimos. Dirá que se observa desde un encuadre, indicando que se observa desde un determinado esquema de referencia. Más aún, en relación con lo que denomina ‘observación intensiva’ (en oposición a la ‘observación natural’) afirma que se trata de una

observación formulada con un encuadre interno y externo. Por otra parte, uno de los ejes de sus elaboraciones conceptuales se refería al Ecro del operador, al punto de apoyo desde el que realizaba la intervención (interpretación, observación, etc.) (1956-57, pág. 79 y sigs.).

Como conclusión puede encontrarse en Pichon un doble uso del término: 1) por una parte alude al conjunto de los elementos de la técnica, lo cual sería su primera y principal acepción, 2) por otra se refiere a algunos aspectos del esquema referencial (en esta perspectiva, y derivado de lo expuesto por Pichon, se habla del encuadre de los integrantes del grupo, del encuadre de los terapeutas o coordinadores, del ajuste o desajuste entre uno y otro encuadre, del encuadre externo e interno, etc.).

Como se ha mencionado ya, el encuadre fue postulado de forma sustantiva por diversos discípulos de Pichon, y en general, por bastantes psicoanalistas que intervenían en situaciones diferentes a la ortodoxia psicoanalítica.⁴⁹⁵

En todo caso, hay que mencionar a Bleger como el continuador de las ideas pichonianas que desarrolló de forma considerable esta problemática. En un texto clásico en la literatura psicoanalítica de la época, desarrolló importantes hipótesis psicoanalíticas en relación con el encuadre (Bleger, 1967a, 1967b), hipótesis que fueron utilizadas por numerosos autores en otros contextos. El mismo Bleger aplicó esas hipótesis al campo de los grupos y las instituciones. En cuanto a la problemática del aprendizaje y los grupos de aprendizaje, también realizó aportes significativos; un artículo suyo “Grupos operativos en la enseñanza” (1961) se constituyó como una referencia obligada en el campo grupalista. Y por último, ensayó un análisis de la problemática institucional en relación con el encuadre, y estudió el lugar y posibilidades del psicólogo (social y clínico) en el trabajo institucional (en “Psicohigiene y psicología institucional”, en 1966; también 1962b). El texto de 1966 se convirtió en un clásico entre los interesados en la psicología institucional y la extensión del psicoanálisis al trabajo institucional.⁴⁹⁶

⁴⁹⁵ La mención de textos escritos sobre este tema puede ser excesivamente extensa; puede verse la bibliografía general de este trabajo. En todo caso, puede mencionarse, entre otros: Bleger, Bauleo, Berenstein, Espiro, Kesselman, Puget, Ulloa, etc.

⁴⁹⁶ Esta extensa mención a Bleger en cuanto al encuadre y los grupos operativos es suficiente para sugerir la importancia de ese discípulo de Pichon no sólo en la consolidación de las propuestas sino también, en una parte nada desdeñable, en su propia elaboración. En numerosas ocasiones se ha considerado a Bleger como el más genuino de los discípulos de Pichon, y destinado a sucederle y avanzar –más allá del mismo

Por otra parte, y en años posteriores –a partir de los años 80– se han desarrollado algunos temas derivados de la extensión de la noción de encuadre. Las ideas centrales de esos múltiples desarrollos pueden resumirse así: 1) la relación entre el encuadre y el desarrollo grupal; dicho análisis posibilita una evaluación del mismo, 2) la relación encuadre - contratransferencia institucional (o implicación), que fue elaborada a partir de experiencias de trabajo institucional y 3) la relación entre grupo e institución, que posibilita el análisis de dimensiones institucionales que ‘atravesan’ la situación grupal, lo que permite su inclusión (su explicitación).⁴⁹⁷

Se ha señalado ya que el encuadre fue variando tanto en su conceptualización como en su alcance e importancia en el modelo grupal. Antes de finalizar la exposición de este tema vale la pena hacer una mención al desarrollo de este concepto, después de Pichon-Rivière.

Pueden señalarse dos dimensiones de la noción de encuadre, ambas operativas y vigentes, a las que se recurre en las prácticas que se reclaman continuadoras del modelo pichoniano, el grupo operativo:

- 0) El encuadre es considerado como continente, como depositario; y también como perímetro, como separador entre “dentro” y “fuera”. Se refiere al desarrollo del proceso grupal, y enfatiza en el encuadre como posibilitador de la tarea.
- 0) El encuadre como instituido, y como garante y posibilitador de la existencia misma de la situación y el proceso grupales. Desde una línea de análisis institucional que enfatiza en la dialéctica instituido-instituyente, la noción de encuadre en cuanto instituido posibilita el análisis de la relación grupo-institución y permite orientar las intervenciones grupales.

Si puede pensarse que la primera idea de encuadre es claramente tributaria de la idea pichoniana, la segunda constituye el resultado de elaboraciones posteriores.

maestro– en la perspectiva emprendida; sin embargo, Bleger falleció tempranamente, a sus 48 años, en 1972. Es evidente que su obra exige ser abordada de una manera que no permite este trabajo, lo cual no obsta para mencionarlo aquí y reseñar sus fundamentales aportes al campo grupal.

⁴⁹⁷ Hemos realizado algunas elaboraciones referentes al segundo y al tercer tema mencionados, en diversas ocasiones (Buzzaqui, 1995, y especialmente, 1993a; –y Duro, 1993; –y Maszlanka, 1991; –y otros, 1991). Como abordajes más extensivos, y desde diversos puntos de vista, pueden verse los Informes del Departamento de Investigaciones Institucionales del CIR, además de diversos artículos en la revista *Lo Grupal*.

Los postulados pichonianos sobre el encuadre grupal enfatizaban en el proceso ‘interior’ del grupo, y secundariamente, en su contexto e inserción institucional. Posteriormente, se ha considerado que el espacio institucional donde se realice el grupo posee una importancia fundamental, tanto en cuanto a su propia existencia, como a la elaboración misma que en él se realice (determina la tarea, tanto en sus planos manifiestos como latentes). En este sentido, puede tomarse la siguiente aproximación a la noción como una muestra de la forma en que se lo considera actualmente:

“El encuadre, además de sus elementos formales (espacio, tiempo, roles, tarea), cobra su importancia en la medida que es a partir del mismo que se posibilita la existencia misma de la situación grupal; fuera del encuadre no hay situación grupal, propiamente dicha. El encuadre es fundamentalmente un *acuerdo* (o contrato) *entre* los integrantes del grupo y sus coordinadores, y a partir de su constitución se organiza y determina el lugar y la función de cada uno de los participantes (es un acuerdo al que quedan comprometidos tanto los integrantes como los propios coordinadores) operando como garante de la situación. Si bien el encuadre será uno u otro de acuerdo a la tarea estipulada, fundamentalmente dependerá de la demanda que haya en juego” (Buzzaqui, 1995, pág. 83). En esta especificación de la noción se destaca su dimensión de contrato, como instituyente del grupo, y se enfatiza en la demanda; exhibe un sesgo distinto al de las iniciales definiciones pichonianas.

Las categorías de las dimensiones explícitas e implícitas, que juegan un papel fundamental en toda la elaboración pichoniana, parecen constituir el elemento articulador, y común entre las ideas iniciales sobre el encuadre y las posteriores. El encuadre grupal era considerado en sus dos vertientes, explícita e implícita. En su vertiente explícita: se trata del espacio, tiempo, roles, tarea-tema (o tarea manifiesta), dinero. En su vertiente implícita: el Ecro de los coordinadores, sus esquemas referenciales (Pichon se refirió también al encuadre ‘externo’ e ‘interno’ del terapeuta).

Ahora bien, esta dimensión implícita no sólo se limita a fenómenos actuantes a través de los coordinadores (sus esquemas referenciales), sino que también aparece como algo implícito (para el grupo) lo que puede denominarse como contexto social, lo social o lo institucional. Implícito, y también mudo, oculto, etc. Esta ‘ampliación’ de la noción de encuadre hasta fenómenos que exceden el campo anteriormente asignado al grupo ha posibilitado, en gran parte, la realización de múltiples intervenciones grupales e institucionales desde una perspectiva nueva, imposible por otra parte, desde las

perspectivas grupales que se limitan a pensar el grupo como categoría autónoma (y aislada). Posiblemente aquí se encuentren ciertos núcleos ‘bisagra’ –puntos de confluencia y de diferencia– en relación con otras perspectivas con preocupaciones similares (el análisis institucional francés, el análisis organizacional o sistémico, etc.).

Las consideraciones realizadas hasta aquí parecen evidenciar la “potencia” de las concepciones pichonianas y del modelo del grupo operativo. Bastantes años después, sus planteamientos siguen siendo fundamentales, no sólo en una perspectiva que se ocupe de la intervención grupal, sino también en cuanto a una reflexión sobre aspectos de la dimensión institucional en relación con el campo grupal.⁴⁹⁸

13.5. Función de los coordinadores.

Coordinador, terapeuta, conductor, operador, son diversas formas de nombrar la función de aquellos que posibilitan la existencia del grupo operativo. Esas denominaciones, utilizadas indistintamente por Pichon, no cubren el mismo espacio de significados, y tampoco aluden a los mismos fenómenos; todas esas formas, sin embargo, dan cuenta de la función. Coordinador es el término que más se ha utilizado, tanto por Pichon como por los que le siguieron. Operador, otro término que utilizó su autor hacia el final de sus elaboraciones, no ha tenido tanta suerte. También otras denominaciones han sido tomadas de forma similar: monitor, responsable, analista grupal, analista institucional, evidenciando el cruce de diversas prácticas y modelos de sus ejecutantes.

El grupo operativo, entendido como grupo centrado en la tarea será lo que define la posición y labor de la coordinación. Ésta constituye el tercer vértice en la triangularidad: grupo, tarea y coordinación. Se trata de abordar, entonces, el trabajo de

⁴⁹⁸ Múltiples elaboraciones referidas a grupos psicoterapéuticos y aprendizaje grupal, así como diversas cuestiones relativas a la prevención, la ‘antigua’ psicohigiene, salud mental, etc. (en su dimensión institucional), han sido realizadas en los últimos años. No es posible realizar aquí una reseña de los mismos, pues excede el marco de este trabajo. En todo caso, puede verse una extensa y variada aproximación a estos temas en la revista del Centro Internacional de Investigaciones en Psicología Social y Grupal (1982-1991), en *Lo Grupal*, en *Clínica y Análisis Grupal*, y en la revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de grupo.

los coordinadores en tanto tercer vértice de ese triángulo, que expresa la especificidad del modelo grupal. Y desde esa posición de tercer elemento se deriva la función, el rol y las tareas que éste conlleva.

El lugar de la coordinación aparece como lugar de depositación, objeto transferencial, posibilitador de la experiencia, etc., todos ellos diversos planos que se cruzan en ese vértice. Un elemento a destacar, y quizá sea el más fundamental, es que el coordinador no ‘está’, no participa en la experiencia grupal (que se refiere al eje grupo – tarea), está excluido de ella. Esto implica que no ocupa un lugar en la propia estructura grupal (está descentrado); su exclusión es una condición para el propio trabajo grupal, para la realización de la tarea (la tarea es el líder, dice Pichon).

Posiblemente una de las aproximaciones a la función del coordinador es la que aparece condensada en una breve referencia en el artículo de 1960, dedicado a la técnica de los grupos operativos sobre la relación entre el grupo, la tarea y el coordinador. Es la siguiente: “El coordinador, con su técnica, favorece el vínculo entre el grupo y el campo de su tarea en una situación triangular. El vínculo transferencial debe ser comprendido siempre en este último contexto” (1960c, pág. 274).

En tres líneas se evidencia una apretada y condensada fórmula, donde aparecen términos que evidencian el distinto origen conceptual y metodológico que Pichon intenta reunir: coordinador, técnica, vínculo, grupo, campo, tarea, transferencia. Es decir, términos del universo conceptual lewiniano, psicoanalítico y pichoniano. El elemento articulador parece ser el ‘contexto triangular’; al menos así ha sucedido con la lectura posterior a Pichon. Serán las diversas ‘triangulaciones’ presentes (los integrantes entre sí y con el coordinador) los elementos de observación (y de intervenciones interpretativas) que se irán tomando como indicativos fundamentales del funcionamiento grupal. No puede obviarse que es la categoría de vínculo la que nuclea gran parte del pensamiento pichoniano: todo vínculo, en tanto mecanismo de interacción, consiste en ser una estructura bicorporal, pero al mismo tiempo tripersonal (1967a, pág. 437). Por otra parte, esa triangularidad y esa trama vincular indican que el vínculo transferencial es básico en el proceso grupal (sea terapéutico o sea de aprendizaje).

En los diversos textos pichonianos la función y tarea del coordinador fue tomando diversos perfiles y matices, si bien los ejes fundamentales fueron los mismos, desde el principio hasta el final de su producción. Después de Pichon, y a partir de sus

propuestas, la multiplicación innumerable de prácticas grupales que se reclamaban operativas se apoyó en las diversas matizaciones y matices de sus propuestas, enfatizando ora un aspecto, ora otro.

Una vez hechas estas consideraciones iniciales, abordamos el análisis del lugar y tarea de la coordinación, a partir de los textos de su autor.

Los elementos fundamentales en relación con la función del coordinador están establecidos tempranamente, en el artículo de 1960, “Técnica de los grupos operativos”. En ese texto, el primero que expone claramente el modelo grupal, se relata la experiencia inicial que dio origen al grupo operativo.⁴⁹⁹ También se especifica cuidadosamente el papel desempeñado por los coordinadores de los grupos.

La función central del coordinador se refiere a la comunicación entre los participantes en el grupo (comunicación intragrupal), es decir, crearla, mantenerla activa, impedir los cierres, etc. La comunicación es considerada como dimensión fundamental, a partir de la cual se posibilitan los objetivos: el aprendizaje y la elaboración.

“Ahora bien, los grupos de discusión y tarea, en los que se estructuran mecanismos de autorregulación, son puestos en funcionamiento por un coordinador, cuya finalidad es lograr una comunicación dentro del grupo que se mantenga activa, es decir, creadora. La misma comprende el estudio en detalle, en profundidad y en el ámbito total, de todas las partes de un problema, a los efectos de ayudar a solucionarlo en forma eficaz” (1960c, pág.266) [y sigue una explicación de lo heterogéneo de los integrantes, la indagación operativa, etc.].

Y también: “En estas técnicas grupales la función del coordinador o copensor consiste esencialmente en crear, mantener y fomentar la comunicación, llegando ésta, a través de un desarrollo progresivo, a tomar la forma de una espiral, en la cual coinciden didáctica, aprendizaje, comunicación y operatividad” (1960c, pág. 267).

⁴⁹⁹ Se la denominó “pensar Rosario”, y se trataba de elaborar cuestiones relevantes en esa ciudad por parte de los asistentes: trabajadores, profesionales, estudiantes, deportistas, etc.: participaron alrededor de mil personas. Se trabajó en pequeños grupos (los primeros grupos operativos) y en asambleas, a partir de diversas conferencias dictadas por el propio Pichon-Rivière, que era el coordinador general del trabajo. Además del artículo citado (Pichon-Rivière, 1960c), pueden verse interesantes referencias a la experiencia en algunos textos de Ulloa, uno de los discípulos que formó parte del equipo que acompañó a Pichon, además de Bleger, Liberman y algunos otros (Ulloa, 1992, 1995).

El papel explícito de “orientador” y “dinamizador” de la discusión y diálogo grupales coloca al coordinador como eje de la posibilidad de elaborar la tarea, aludiendo a su posición de tercero, entre el grupo y la tarea (1960c, pág. 274).

El matiz lewiniano en todas estas consideraciones es significativo; la propia experiencia relatada estuvo organizada en esa perspectiva, si bien sus presupuestos ideológicos eran diferentes. Por otra parte, el arsenal teórico y metodológico con que contaban sus realizadores se apoyaba en las coordenadas establecidas por el psicoanálisis. Esta doble vertiente, la corriente lewiniana y la perspectiva psicoanalítica, será una constante en la configuración de la técnica grupal. Diversos análisis posteriores han insistido en esta circunstancia, con énfasis tanto críticos como de aprobación.

También en esa época, pero esta vez en una perspectiva de intervención clínica (psicoterapia de grupo familiar) se plantea la función del coordinador desde supuestos similares: “Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal (1960a).

“Las técnicas empleadas por el coordinador o terapeuta del grupo consisten en crear, mantener y fomentar la comunicación, que va adquiriendo un desarrollo progresivo en forma de *espiral*. De esta manera el grupo aprende, se comunica, opera y se alivia de la ansiedad básica” (1960a, pág. 186).

Y también: “*En suma*: el coordinador o terapeuta del grupo favorece con su técnica los vínculos dentro del grupo. El campo de la tarea tiene por base una situación triangular, debiendo comprenderse e interpretarse el vínculo transferencial dentro de este contexto triangular. La familia se reorganiza en la tarea de luchar contra la ansiedad del grupo acaparada por su portavoz (el paciente). Los roles se redistribuyen y llegan a operar como liderazgos funcionales. Los mecanismos de segregación que contribuyeron a alienar al paciente disminuyen. Las ansiedades son redistribuidas, el estereotipo pierde su rigidez y el grupo puede enfrentar entonces situaciones de cambio. *La droga favorece la ruptura del estereotipo* y, por la acción del esclarecimiento psicoterápico, el grupo se integra tomando ahora la característica de una estructura funcional” (1960a, pág. 187-188).

Ambos artículos son de 1960, años en que el grupo operativo comenzaba a extenderse especialmente en su uso clínico, pero también como herramienta de aprendizaje. Se evidencian dos ejes que organizan tanto la labor de los coordinadores (o terapeutas), como el objetivo mismo de la intervención: por una parte, una perspectiva

directamente derivada de Lewin, la noción de ‘indagación operativa’, la red de comunicación, el trabajo compartido, y por otra la propia experiencia de Pichon en relación con la enfermedad mental, y la constatación del enfermo como portavoz y emergente del grupo familiar.

Coordinador, copensor.

Una denominación muy significativa sobre el coordinador es la consideración de copensor, el coordinador como copensor. Además de las alusiones al trabajo de pensamiento, a la colaboración intelectual del coordinador, indica un elemento fundamental: el grupo es considerado como una herramienta (o ‘dispositivo’) para “aprender a pensar”. En ese sentido el coordinador (o terapeuta) como copensor sugiere un elemento adicional: la participación del coordinador no sólo en los vínculos en su aspecto ‘externo’, o comportamental, sino también en su aspecto de vínculos ‘internos’, referidos a objetos propiamente internos.

“El grupo operativo es un grupo centrado en la tarea y que tiene por finalidad *aprender a pensar* en términos de resolución de las dificultades creadas y manifestadas en el campo grupal y no en el de cada uno de sus integrantes, lo que sería un psicoanálisis individual en grupo. Sin embargo, tampoco está centrado exclusivamente en el grupo como en las concepciones gestálticas, sino que en cada aquí-ahora-conmigo en la tarea se opera en dos dimensiones, constituyendo en cierta medida una síntesis de todas las corrientes. Consideramos al enfermo que enuncia un acontecimiento como *el portavoz de sí mismo y de las fantasías inconscientes del grupo*” (1965b, pág. 286).

La mención al copensor también tiene otras referencias: el obstáculo epistemológico, obstáculo configurado por el incremento de las ansiedades básicas (temor a la pérdida y al ataque), frente a la posibilidad de abandonar o perder lo que ya se conoce y frente a lo peligroso (o desestructurante) que puede contener lo nuevo. Los obstáculos al pensar constituyen la materia prima del proceso de aprendizaje (o terapéutico), lo que derivará y tomará la forma de “resistencia al cambio”.⁵⁰⁰

⁵⁰⁰ Lo que Bion denominaba como el “odio al aprendizaje por la experiencia” es categorizado por Pichon como obstáculo, y como expresión de un incremento de las ansiedades básicas, en la medida que una experiencia (que implica fuertemente al individuo) amenaza con lo nuevo y con la pérdida de lo ya consolidado.

Similitud técnica, enfoques diferentes: la perspectiva grupal lewiniana y el grupo operativo.

Cabe aquí una puntualización en relación con la corriente lewiniana: si bien la técnica de grupo operativo posee un claro matiz lewiniano (coordinador como dinamizador, orientador, etc.), las coordenadas clínicas inscriptas en el modelo pichoniano la colocan en un espacio muy diferente.

La perspectiva lewiniana se inicia –y ahí reside gran parte de su valor– en relación con los estereotipos en un sentido preciso: el problema del cambio de actitudes (sus elaboraciones iniciales tratan del cambio de hábitos en la alimentación), de ciertos aspectos de los esquemas referenciales, en términos pichonianos. Por su parte, la propuesta pichoniana habla de estereotipos pero en un sentido diferente: su fuente es el estereotipo grupal, no el estereotipo individual. El estereotipo que conlleva y produce la eclosión de una crisis en un grupo familiar, la emergencia de la enfermedad mental, etc. Por otra parte, se considera el estereotipo como uno de los elementos fundamentales tanto en la producción de la neurosis como en los problemas del aprendizaje.

Es obvio que la perspectiva lewiniana va mucho más allá del problema concreto del cambio de hábitos (Lewin inaugura un nuevo campo teórico y práctico); aunque es verdad que las derivaciones de la corriente lewiniana, en su sentido de práctica grupal se redujeron, en muchos casos, a trabajar sobre la ‘dinámica grupal’. Diversas técnicas difundidas en el universo ‘psi’ –al que nos hemos referido anteriormente–, se apoyan en esa perspectiva, y proponen una psicoterapia grupal que propugna un cambio de actitudes, de talante frente a la realidad, de ‘hábitos’: es la psicología humanista, existencial, etc. Puede decirse que se apoyan en un elemento ‘descubierto’ por Lewin: la potencia, la fuerza del grupo sobre el individuo, la ‘imposición’ del grupo sobre el individuo –la “presión a la conformidad” es una de sus fórmulas más conocidas–; su noción de resistencia responde a estas coordenadas.

En el modelo pichoniano, inspirado parcialmente en Lewin, pero también, y fundamentalmente, en la perspectiva psicoanalítica, las cosas son diferentes. La resistencia es básicamente inconsciente; el estereotipo es un movimiento defensivo, tanto del individuo como del propio grupo; y el trabajo grupal no se destina exclusivamente a cambios o variaciones particulares de la conducta, sino a una redistribución de cargas libidinales, a una transformación de relaciones vinculares que implican el conjunto de la vida de los miembros de ese grupo.

Si se puede decir que para la corriente lewiniana “el grupo es un instrumento para el cambio”, puede decirse que para la corriente pichoniana “el grupo es un instrumento que sirve para resolver problemas”, lo cual coloca cada una de esas perspectivas en un horizonte y con unas finalidades diferentes.

El énfasis en la comunicación.

Además del matiz lewiniano, destaca el peso que se otorga a los procesos de comunicación. Hay que señalar que uno de los firmantes de ese artículo era David Liberman, uno de los psicoanalistas de la primera época que más desarrolló la articulación entre la teoría de la comunicación y el psicoanálisis (Liberman, 1961, 1962, 1981).

La teoría de la comunicación cobró mucha importancia en el sector intelectual psicoanalítico y psiquiátrico, además de difundirse profusamente en el conjunto de la intelectualidad de esos años, especialmente el relacionado con las ciencias sociales. Eliseo Verón, uno de los teóricos más destacados de esa corriente, publicó en 1963 su texto sobre el tema, “Conducta, estructura y comunicación”. Otras aproximaciones a cuestiones de psiquiatría social, psicoterapia y salud mental pueden verse en: Verón, 1963b, 1964, 1958; Verón, Kornblit, Malfé y Sluzki, 1963; Sluzki, 1963; Sluzki y otros, 1966; etc.

El trabajo sobre el obstáculo (o resistencia).

La otra función del coordinador se refiere a la resistencia, al obstáculo: el coordinador debe conducir al grupo al análisis sistemático del obstáculo, que aparece bajo la forma de pretarea.

“Este primer período que llamamos la *pretarea*, se caracteriza por la apelación a todos los mecanismos de escisión, con una instrumentación de las técnicas de la posición esquizoparanoide, disociando el sentir, el pensar y la acción. Es entonces cuando el coordinador o terapeuta deberá conducir al grupo al análisis sistemático de los factores que impiden la penetración en el segundo período que es el de la elaboración de la tarea. La pretarea, con sus técnicas disociativas, es un momento habitual en el desarrollo del trabajo grupal. Pero si se estanca, si el estereotipo adquiere una rigidez creciente, la productividad del grupo es nula” (1965b, pág. 288).

El coordinador y la trama vincular.

En relación con la trama vincular, la relación del coordinador con los integrantes es postulada de diversas maneras. Por una parte, Pichon pone en primer término la relación de los miembros del grupo con el coordinador, y se referirá a la transferencia con el mismo (transferencia positiva o negativa), la que será detectada a través del portavoz, y debe ser analizada como tal; el análisis de esa transferencia es fundamental en la técnica del grupo operativo, evidenciando así su estrecha relación con el método psicoanalítico:

“La técnica de grupo operativo implica el análisis de los aspectos referentes a la transferencia en el grupo, que se expresa a través de un portavoz, quien expresa algo en relación (vínculo positivo o negativo) con el coordinador, y que en un primer período es dispersa, escindida en pedazos, caótica, débil, inestable y que a medida que progresa la tarea del grupo va mostrando mayor cohesión” (1965b, pág. 296).

Sin embargo, la apertura a otras perspectivas es un elemento fundamental en el pensamiento de Pichon-Rivière: las transferencias en el grupo serán también analizadas como “*telé*” (uno de los vectores que definen la modalidad dinámica del grupo, categoría tomada de Moreno):

“Incluimos como categoría universal de la situación de grupo el factor *telé*, definido por el profesor Moreno como disposición positiva o negativa para trabajar con un miembro del grupo. Esto configura el clima, que puede ser traducido como transferencia positiva o negativa del grupo con el coordinador y los miembros entre sí” (1969b, pág. 317).

También será fundamental el análisis de la transferencia del coordinador (transferencia recíproca, o contratransferencia). Y si bien esto es un trabajo continuo (constituye parte del trabajo del propio equipo de coordinación, como se verá), también permite la apertura de otra cuestión fundamental: el rol del coordinador, y su eventual fusión con roles grupales (que pertenecen a la red grupal, y no a la coordinación).

Los mecanismos de asunción y adjudicación de roles son elementos fundamentales en el análisis de la situación grupal, de acuerdo al esquema de Pichon. Y si ese proceso es fundamental en cuanto a los vínculos de los miembros del grupo entre sí, también en la relación con el coordinador ocupan un papel fundamental. Pichon se refiere a las diversas actitudes que puede asumir el coordinador, en tanto movimientos contratransferenciales (reacciones inconscientes provocadas por el suceder en el propio

campo): “Incluimos asimismo la contratransferencia, porque la actitud del coordinador, que puede ser autocrática, *laissez-faire*, democrática o demagógica, condiciona las reacciones del grupo frente a él. Es curiosa la inhibición que han tenido los psicólogos sociales al no incluir el liderazgo demagógico como un rol definido” (1965b, pág. 297).

Interjuego de roles y coordinación.

Ahora bien, la importancia de los liderazgos es tal que Pichon afirma que la forma en que lo resuelva el coordinador marcará la propia estructura del grupo.

“El terapeuta *autocrático*, o líder autocrático del grupo, utiliza una técnica directiva, rígida, favorece un estereotipo de dependencia, entrando al servicio del *statu quo* de la enfermedad y la resistencia al cambio. Su característica más señalada es quizá su incapacidad de discriminar entre rol y persona, confundiendo a sí mismo con el grupo. Su nivel de urgencia actúa como factor de paralización de la tarea.

“El liderazgo *democrático* es el rol ideal que puede asumirse en el trabajo grupal. El intercambio entre líder-coordinador y el grupo se realiza en forma de una espiral permanente, donde se ligan los procesos de enseñar y aprender formando una unidad de alimentación y realimentación (feed-back). Los intercambios de ideas se hacen entre los miembros del grupo, de manera que su intervención consistiría sólo en señalar la dificultad en su funcionamiento.

“El líder *laissez-faire* es el que delega al grupo su autoestructuración y que asume sólo parcialmente sus funciones de análisis de la situación y orientación de la acción.

“La conducta del líder *demagógico* tiene una característica muy marcada: la impostura; es impostor en la medida en que, con una estructura autocrática, muestra una apariencia democrática, cayendo a veces en situaciones de *laissez-faire*, como resultado de estas actitudes contradictorias” (1965b, pág. 297).

Como puede apreciarse en esta extensa cita, a partir de los postulados lewinianos, Pichon considera que la propia estructura y funcionamiento del grupo depende del tipo de liderazgo que asuma el coordinador. Colocado, en la misma tesitura de elección que la de Lewin, opta –obviamente–, por el liderazgo democrático. Hay que aclarar que en este proceso de liderazgos Pichon considera el rol de líder por parte del coordinador como un mal menor: en realidad, dirá, el líder es la tarea. En todo caso, parece claro que usa la teoría de los liderazgos para avanzar en la caracterización del

estilo y actitudes de los coordinadores, englobados en la categoría de respuestas contratransferenciales.

En otros momentos también aparece otra línea de análisis: la relación entre los liderazgos y el momento del grupo (tarea o pretarea), dándose diversos estilos o respuestas del coordinador frente a las diversas situaciones que atraviesa el grupo.

Abundando algo más en la cuestión del rol del coordinador, vale la pena mencionar que Pichon enfatiza entre la diferencia existente entre asumir y ‘actuar’ el rol. Desde una terminología propia, la cuestión la esquematiza de la siguiente manera: adjudicación / asunción / actuación (por desempeño de rol); pero esta vez se trata de asunción, sin actuación, sin desempeño del rol. Se tratará, entonces, de aceptar las depositaciones del grupo, de asumir el rol, pero en ningún caso eso significa actuarlo, o desempeñarlo. En una referencia clara al *acting out* (actuación) del terapeuta Pichon se refiere al proceso de adjudicación o asunción (en otros términos, a los movimientos de depositación):

“En la adjudicación sucesiva de roles que en ella [en la operación psicoterapéutica] se realiza, el psicoterapeuta debe tener la plasticidad suficiente para asumir el rol adjudicado (transferencia), no actuándolo (*acting in* del terapeuta), sino retraduciéndolo (interpretación) en términos de una conceptualización, hipótesis o fantasía acerca del acontecer subyacente del otro, estando atento a su respuesta ‘emergente’, que a su vez debe ser retomada en un continuo de hilo de Ariadna en forma de espiral” (1967a, pág. 449).

En el artículo “Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales”, como hemos dicho, el más logrado en cuanto a una exposición global del modelo del grupo operativo –y la ocasión parecía justificarlo, ya que el artículo fue escrito en ocasión de fuertes movimientos alrededor de la psicología y del psicoanálisis–, se encuentran además de diversos desarrollos metodológicos, una serie de indicaciones técnicas muy precisas.

Así, es propuesto el rol prescripto del coordinador, la interpretación y el señalamiento, y además, algunas indicaciones sobre el trabajo del observador (registro de sesiones) y la acción conjunta del equipo o pareja de coordinación:

“El coordinador cumple en el grupo un rol prescripto: el de ayudar a los miembros a pensar, abordando el obstáculo epistemológico configurado por las ansiedades básicas.

Opera en el campo de las dificultades de la tarea y la red de comunicaciones. Su instrumento es el señalamiento de las situaciones manifiestas y la interpretación de la causalidad subyacente. Se integra en un equipo con un observador por lo general no participante, cuya función consiste en recoger todo el material, expresado verbal y preverbalmente en el grupo, con el objeto de realimentar al coordinador, en un reajuste de las técnicas de conducción” (1969b, pág. 316).

Del grupo operativo a la técnica operativa del grupo.

En uno de sus últimos artículos, en 1972, aparece una definitiva especificación de la tarea del coordinador. Se trata del artículo “Aportaciones a la didáctica de la Psicología Social”, escrito conjuntamente con Ana Pampliega de Quiroga. Este artículo exhibe una explícita intención institucional: intenta definir con precisión los ejes fundamentales de las propuestas de Pichon, que están nucleadas alrededor de la Escuela de Psicología Social. Los temas que se abordan son: el encuadre institucional (el Ecro, la didáctica), los instrumentos de trabajo (el grupo operativo y sus supuestos teóricos, la técnica operativa, las relaciones cotidianas, la tarea del coordinador, el esquema de evaluación) y por último una mención al campo de acción que se le adjudica a la psicología social.

Se propone la denominación “técnica operativa del grupo”, en lugar de la denominación más genérica de grupo operativo.⁵⁰¹ Este énfasis en la técnica parece un intento por fijar los elementos básicos, quizá en una previsión del ocaso del maestro.

Así, se puede ver un ‘listado’ de cuestiones a tener en cuenta en el momento de la coordinación de un grupo. Se trata de un análisis de tipo “aquí y ahora” de diversos planos y dimensiones. En cuanto a la situación grupal: los fenómenos de interacción, la

⁵⁰¹ Puede señalarse que aquí parece comenzar cierto viraje en la perspectiva grupal: años después, la demanda de formación será muy diferente. Se trataría de aprender ‘coordinación de grupos’, devenir coordinador de grupo, y no tanto de lograr una formación en psicología social, o psicoterapia familiar o institucional, etc. Puede pensarse en cierto reduccionismo de la ‘operatividad’ sostenida por el propio Pichon, que si bien en momentos se acerca al empirismo, siempre puso en primer término el propio proceso grupal (la tarea, si se quiere) y no tanto sus formas concretas de realización. Baste recordar que el siempre planteaba que “un verdadero grupo operativo es aquel que puede resolver sus conflictos”. De todos modos hay que destacar que la derivación posterior de la ‘operatividad’ la redujo a un cierto uso instrumental del grupo, y condujo a que se buscara aprender más sobre la coordinación de grupos que sobre el propio proceso grupal –ya fuera en cuanto a la propia experiencia, o a sus posibilidades de apertura, de abordaje novedoso de diversas problemáticas–. En todo caso, hay otro elemento a tener en cuenta, y que parece ‘exterior’ al movimiento realizado por los grupalistas: el profundo cambio social que se dio a partir de los años 70, que condujo a que las perspectivas de orden utópico perdieran fuerza, y comenzaran a difundirse criterios ‘tecnicistas’ entre los profesionales, anteriormente ‘comprometidos’.

adjudicación y asunción de roles, las formas de comunicación; y en relación a las fantasías derivadas de esas formas de comunicación: los vínculos entre miembros del grupo, los vínculos internos, y por último, la tarea.

También se menciona un elemento que posteriormente se transformó en una clave importante: el trabajo sobre los dilemas (contradicciones que se presentan como irresolubles en el plano manifiesto); estos dilemas forman parte de la pretarea, e incluso llegan a constituir su material fundamental.⁵⁰²

“[frente a la resistencia al cambio] La rigidez y el estereotipo constituyen el punto de ataque principal. Allí se centra la tarea que se realiza mediante el abordaje de los miedos básicos en un trabajo compartido de esclarecimiento grupal.

“Este esclarecimiento implica el análisis, en el ‘aquí y ahora’ de la situación grupal, de los fenómenos de interacción, los procesos de adjudicación y asunción de roles, las formas de la comunicación, en relación con las fantasías que generan esas formas de interacción, los vínculos entre los integrantes, los modelos internos que orientan la acción (grupo interno) y los objetivos y tarea prescripta del grupo. Un paso importante en este proceso de esclarecimiento, de aprender a pensar, es un trabajo orientado hacia la reducción del índice de ambigüedad grupal por la resolución dialéctica de las contradicciones internas al grupo, que toman la forma de dilema, paralizando la tarea a través del enfrentamiento entre individuos o subgrupos” (1972b, pág. 210-211).

Por último, y en cuanto a la tarea del coordinador, en una apretada síntesis, se la define mediante una recuperación de la denominación inicial del coordinador: su carácter de “copensor”. Así, la tarea consistirá en “reflexionar con el grupo acerca de la relación que los integrantes del mismo establecen entre sí y con su tarea prescripta”. Cabe aclarar que esto no lo convierte en un par, en un integrante más, al contrario, su posición es asimétrica respecto de todos y cada uno de los miembros del grupo. Desde ahí, sus instrumentos de intervención son precisados: el señalamiento y la interpretación.

“*La tarea del coordinador.* El coordinador mantiene con el grupo una relación asimétrica, requerida por su rol específico: el de copensor. Su tarea consiste en reflexionar

⁵⁰² Algunos discípulos de Pichon han realizado diversas elaboraciones sobre estos aspectos particulares de la técnica operativa de grupos, intentando aunar la perspectiva psicoanalítica y la teoría de la comunicación (Lieberman, 1962; Liendo, 1969a, 1969b; Gear y Liendo, 1974).

con el grupo acerca de la relación que los integrantes del mismo establecen entre sí y con la tarea prescripta. Cuenta con dos herramientas: el señalamiento que opera sobre lo explícito y la interpretación que es una hipótesis acerca del acontecer implícito que tiende a explicitar hechos o procesos grupales que no aparecen como manifiestos a los integrantes del grupo, y que funcionan como obstáculo para el logro del objetivo grupal.

El equipo de coordinación, integrado por coordinador y observador, cada uno desde su rol específico y a partir de un ECRO que le permite la comprensión de las leyes estructurantes del proceso grupal, detecta las situaciones significativas (emergentes) que desde lo explícito remiten como signo a formas implícitas de interacción” (1972 b, pág. 212).

El equipo de coordinación.

Parece necesario realizar algunas puntualizaciones referidas a un elemento fundamental: el trabajo entre coordinador y observador. En ocasiones fue definido como equipo de coordinación, aunque generalmente fue abordado como una pareja de coordinadores, si bien en ocasiones el mismo Pichon trabajaba en grupos donde había varios observadores.

Como se ha visto, el observador tiene adjudicadas dos funciones: la principal, en el momento de la sesión del grupo, cuando debe efectuar el registro de lo que sucede (relato, temas, emergentes, u otras formas), y eventualmente, realizar la devolución al grupo (la “lectura de emergentes”). La segunda función es posterior a la sesión grupal, y si bien ha ido variando, consiste en un análisis, junto con el coordinador, de la situación del grupo, de los movimientos latentes, de las situaciones dilemáticas, ansiedades predominantes, etc., y también, del propio vínculo del coordinador con el grupo (contratransferencia).

En el desarrollo de la técnica grupal, puede destacarse una significativa variación en la tarea adjudicada al observador. Si bien en las propuestas de los años 70 el observador ocupa un lugar acotado en base al registro de emergentes (y su lectura durante la sesión), en 1960 se proponía una idea algo diferente: se le otorgaba un papel de participación manifiesta mayor, en situaciones dilemáticas muy pronunciadas.

“La tarea esencial del coordinador es dinamizar, resolviendo discusiones frontales que ocasionan el cierre del sistema, pudiendo utilizarse al observador como observador

participante en situaciones donde el cierre amenaza toda la operatividad del grupo” (1960c, pág. 267).

El equipo de coordinación es responsable, tanto del encuadre del grupo como de la evaluación del desarrollo grupal, lo que realiza mediante una reflexión sistemática sobre el desarrollo del trabajo y un análisis de la contratransferencia (tanto del coordinador como del observador).

Por último, cabe hacer una referencia específica a los llamados “emergentes de apertura”, es decir, los emergentes enunciados por uno o varios portavoces en los momentos iniciales de la sesión grupal. Desde el modelo dramático (la analogía entre drama/tragedia y grupo) Pichon consideraba que esos emergentes, si eran detectados en su verdadera significación, ‘adelantaban’ la situación, ‘mostraban’ los dilemas y conflictos fundamentales y aunque en el desarrollo de la sesión pasaran a un plano secundario, volvían a expresarse (y consecuentemente, a evidenciar planos profundos de la latencia) hacia el final de la sesión. Esta idea de “emergentes de apertura” fue ampliada y se refería no sólo ya a una sesión, sino también a un proceso grupal en su totalidad, en que los emergentes iniciales, cuando la constitución del grupo, volvían a reaparecer en el momento del final del grupo.

“La sesión de grupo se desarrolla en tres momentos temporales: *apertura, desarrollo y cierre*. Los emergentes de apertura deben ser cuidadosamente registrados por el observador y el coordinador, ya que todo ese material va a ser retrabajado durante la sesión y es dable observar cómo reaparece ya modificado, en el momento del cierre” (1969b, pág. 322).

Una consideración final.

Son muchos y diversos los artículos y textos escritos en relación con este aspecto metodológico del modelo grupal (la función de los coordinadores). A partir de Pichon mucho de lo que se ha escrito sobre grupos se refiere a ese aspecto. Concomitantemente, no se ha avanzado tanto en la elaboración y profundización de los conceptos fundamentales y sí en los más ligados a la metodología y a la técnica.

Así, muchos trabajos abordan temas “metodológicos”: encuadre, trabajo de los coordinadores, intervenciones institucionales, dispositivos grupales. Y si bien es verdad que temáticas de mayor alcance conceptual son abordadas por algunos sectores

grupalistas, su gravitación parece bastante menor; algunas de esas temáticas pueden ser las siguientes: concepción operativa de grupo en vez de técnica operativa, relación con el análisis institucional, vinculación entre el grupo operativo y la perspectiva psicoanalítica, etc.

Es indudable que parte de ese interés de orden metodológico corresponde a la propia demanda por los grupos; en los últimos años la formación y las propias prácticas grupales se han orientado a una búsqueda de modelos de trabajo en las instituciones, a menudo algo alejadas de las intenciones que albergaba el grupo inicial, creador del modelo (Pichon y sus primeros discípulos: Bleger, Liberman, etc.).

En todo caso, parece evidente que el conjunto de los trabajos de los últimos años ha ido derivando a colocar el énfasis en los aspectos ‘prácticos’ del modelo, en su aplicabilidad, y si bien esa es una exigencia derivada del mismo (la “operatividad” pichoniana), parece estar lejos del intento de pensar (y operar) en el campo grupal con el alcance que logró en la década del 60 y del 70.

A MODO DE CONCLUSION

Parece pertinente poner en relación los momentos epistémicos, y sus diversas ‘invenciones’, con el objetivo fundamental de esta tesis: el lugar ocupado por los “grupos operativos”. La propuesta pichoniana se inscribe en lo que fue definido como el primer momento epistémico, en el espacio abierto por las primeras invenciones; sin embargo, cabe una salvedad importante: Pichon-Rivière se inscribe en el primer momento, pero en sus fronteras. Destaca la especificidad de esa propuesta grupal, a la que este carácter de frontera no es ajeno: se inscribe en una perspectiva grupalista perteneciente a lo que hemos denominado primer momento epistémico, pero también se anticipa y participa –no fue el único– de elementos fundamentales del segundo momento epistémico.

Se planteó una diferencia entre dos modos o enfoques grupales: “la dinámica de grupos americana” o “los grupos desde la perspectiva anglosajona”, y “la crítica francesa a la dinámica de grupos”, forma dominante de cada uno de esos momentos epistémicos. Dicha denominación alude a diversos niveles de significación: empirismo anglosajón frente a criticismo francogermano, y en esa medida, coloca a un lado las perspectivas positivistas, empiristas, experimentalistas, frente a las perspectivas historicistas, estructuralistas, dialécticas. Aún cuando las figuras sugeridas pueden sugerir una cierta simplificación y reduccionismo, esta connotación parece útil, pues refiere a complejos sistemas de pensamiento y evoca polémicas que aún hoy son vigentes (en el campo grupal).

Tal como se ha afirmado antes, la perspectiva de Pichon-Rivière se inscribe en la frontera entre ambos momentos epistémicos, y en el momento de pasaje, algo que se ha podido observar a lo largo del desarrollo temático de este trabajo. Una condición favorable a esto radica justamente en que Pichon-Rivière desarrolló su propuesta en un país periférico, en un país dependiente que, como tal, organiza sus desarrollos culturales e intelectuales no sólo en base a su propia situación, sino con la mirada puesta en el centro: el modo anglosajón primero, el modo francés luego.

En esos años, en Argentina, los ejes y énfasis fundamentales de ese campo intelectual y profesional estaban determinados por el psicoanálisis, pero también por la irrupción de los discursos políticos. Así, el psicoanálisis y el marxismo serán los dos grandes “fondos” donde se perfila la propuesta de los grupos operativos. Y más precisamente, la forma (más o menos fecunda, más o menos irrelevante) en que sean elaboradas esas aportaciones para el campo grupal será lo que pueda dar cuenta del fenómeno grupal, y por lo tanto, determine el alcance y fecundidad teórica y práctica de esa propuesta. Vistas así las cosas, parece que el polo que hemos denominado más social (donde es el discurso marxista el que hay que tener en cuenta) constituye el punto más débil en las propuestas de Pichon. Y esto es claro si se atiende a la línea que se produjo posteriormente a Pichon, por quienes lo consideran su precursor, incluso su maestro.

Esta comprensión de la perspectiva pichoniana incluida en el primer momento epistémico, y fragmentariamente en el segundo, permite comprender también algunos aspectos del desarrollo posterior de las prácticas grupales. Quizá sea pertinente una puntualización en cuanto a la que se ha llamado “escuela argentina de grupos”. Diversos investigadores se han referido a las prácticas grupales desde posiciones cercanas a las expuestas, y pueden ser considerados como formando parte de lo que se ha denominado segundo momento epistémico. Muchos de ellos estuvieron ligados, de una u otra manera, a Pichon-Rivière. Así autores como Ulloa, Bauleo, Kesselman, Barembliitt, Scherzer, De Brasi, Pavlovsky, Espiro, Saidón, Repetto, Fernández, Percia, etc. (una lista rigurosa sería excesivamente extensa, hemos nombrado algunos de las tres generaciones de investigadores que han sucedido a Pichon-Rivière).

Cuestiones de difusión.

La psicología social propuesta por Pichon-Rivière no ha sido muy difundida en Europa, mientras que en Argentina (y otros países latinoamericano) ha constituido una referencia obligada para muchos de sus profesionales e intelectuales.

Su falta de difusión se debe a muchos factores, como se ha podido observar en el desarrollo del trabajo, pero puede señalarse uno específico: su explícita ligazón con las teorías psicoanalíticas, y el intento de no reducir la cuestión grupal a una técnica psicoterapéutica. Esas determinaciones han llevado consigo cierta situación de marginalidad y de dificultad en cuanto al reconocimiento de la propuesta grupal

pichoniana. La cuestión que queda planteada, consecuentemente, se refiere a la relación posible (o no) entre una psicología social y el psicoanálisis.

En relación con España, pueden hacerse algunas precisiones. Las propuestas de Pichon-Rivière, “traídas” por diversos discípulos y otros profesionales que estuvieron en contacto con sus propuestas (H. Kesselman, A. Bauleo, N. Caparrós, y algunos otros), fueron rápidamente incorporadas por diversos colectivos de profesionales. No ocurrió lo mismo en el ambiente académico. Exceptuando algunos contactos iniciales, seguramente como efecto de la solidaridad con los exiliados latinoamericanos, y que no continuaron, no hubo intercambios con el ambiente universitario. Recién a fines de los 80 puede decirse que comienza cierto intercambio, y las propuestas derivadas de la psicología social pichoniana –bajo el modo de los grupos operativos– comienzan a ser acogidas en la universidad. Más precisamente, a través del departamento de psicología social de la facultad de sociología de la universidad Complutense. Hubo también algunas actividades, aisladas, en alguna facultad de medicina, y en psicología, en Alicante y en Murcia. Como se ha afirmado antes, diferente fue la ‘recepción’ de la propuesta de grupos operativos en otros ámbitos institucionales: en ambientes profesionales ligados a salud mental, salud comunitaria, servicios sociales, encontró una clara y decidida aceptación.

Las razones que pueden dar cuenta de todos estos aspectos son complejas, y seguramente obedecen a factores de orden institucional. Pero quizá puede afirmarse que parte de ese ‘retraso’ en la recepción de la propuesta psicosocial pichoniana se debe a su filiación psicoanalítica, algo que los ambientes académicos relacionados con la psicología no han posibilitado y han respondido con cierta indiferencia.

La demanda por los grupos.

Ha sido conveniente intentar especificar la demanda social que originó ese recorte disciplinar (que tiene como objeto al pequeño grupo) así como al contexto (sistema de referencias teóricas, ideológicas) en el que se ha constituido.

El conocimiento sobre grupos (con el nombre que se le quiera dar: psicología social del pequeño grupo, psicosociología, microsociología, etc.) se traduce fundamentalmente en una práctica, donde la demanda por los grupos es tanto o más importante que su corpus teórico. El carácter de práctica atribuido a los métodos, modelos o conocimientos sobre grupos es fundamental en cuanto a la comprensión de

los mismos. La demanda por los grupos se especifica en diversos encargos: investigaciones “aplicadas”, terapia, formación, intervención institucional, etc.

En la segunda parte de la tesis (capítulos 5 a 8) hemos descrito esa demanda y también los encargos (requerimientos) que se iban articulando. Es ahí donde se inscribe la propuesta de Pichon-Rivière. Afirmar la relación entre los grupos operativos y la demanda social implica tener en cuenta, al menos: la demanda proveniente del campo de la enfermedad mental, de las nuevas profesiones emergentes (psicología, sociología, etc.), y también del propio ambiente psicoanalítico, que buscaba formas de expansión (y donde los grupos no fueron uno de los elementos más insignificantes). De ahí los requerimientos, los diversos encuadres grupales que se pusieron en práctica: en aprendizaje, en terapia, en prevención; privados, públicos, etc. Además, esa relación con la demanda puede explicar también, parcialmente, el declinar de la propuesta grupal pichoniana –ya en la década del 80 y 90–: parecen haber cambiado los términos de la demanda (que se ha desplazado a otros sectores sociales y a otras conflictivas).⁵⁰³

La especificidad del modelo.

El modelo del grupo operativo se circunscribió al terreno de los profesionales, pero no al nivel de las dirigencias institucionales (fueran de la administración o de las empresas). Como se ha visto, en el caso de los EE.UU. y Europa, desde la escuela de Relaciones Humanas, a la Dinámica de grupo para managers, los modelos grupales han tenido una directa relación con el mantenimiento y consolidación de un cierto tipo de orden institucional (e incluso económico). Incluso algunos métodos grupales posteriores parecen continuar con algunas de esas determinaciones iniciales.

La psicología social pichoniana ha ido por otros derroteros. Ha sido desarrollada, y aplicada por otro sector de la realidad social: más aún, ha estado siempre en directa

⁵⁰³ Por el lado de la Escuela de Psicología Social (existente no solamente en Buenos Aires, sino también repartida en muchas provincias y pueblos de la Argentina) no parece constituir un colectivo con la capacidad de influencia de esos primeros años. Parece tratarse de estudiantes y profesionales sin hegemonía en sus diversas inserciones que buscan cierta amplitud en sus horizontes profesionales: en este contexto, constituirse como “psicólogo social” no implica una profesión, ni una militancia, sino más bien un cierto ‘enfoque’ para abordar los diversos problemas de la realidad cotidiana. En cuanto a los profesionales más ‘establecidos’, si bien se mantiene una adhesión a los postulados pichonianos parece tratarse también de una “actitud”, de una forma genérica de abordar cuestiones, pero lejos de implicar cuestiones concretas en su práctica. En todo caso, quizá en el ambiente pedagógico es donde se encuentran referencias más explícitas, sin bien limitadas a las acciones prácticas con los grupos de alumnos, más que a una reflexión sostenida sobre los procesos de aprendizaje. Indudablemente, no se trata de los años 60 y 70...

relación con cierto “compromiso y responsabilidad civil”⁵⁰⁴ de los intelectuales y de los profesionales. Y esto marca no sólo una diferencia genérica, de tendencia, o uso, sino también particularidades múltiples. Una vocación mayor por la clínica, un énfasis en los procesos ideológicos en que se encuentran las prácticas grupales, una valoración diferente de lo que se entiende por “eficacia” en los rendimientos y productos grupales, etc.

Quizá esta sea una característica diferencial: las propuestas sobre grupos (quizá no sólo los grupos operativos) realizados en países periféricos –como Argentina, Uruguay, México, Brasil, etc.– no tienen el mismo signo que el realizado en países centrales –en los EEUU, y en algunos países de Europa–.⁵⁰⁵ Queda por establecer, en cada caso, la especificidad de esa diferencia.

En todo caso, los comentarios anteriores relativos a la especificidad del modelo de los grupos operativos no obstan para encontrar en el mismo rasgos (más o menos importantes) de diverso origen.

Puede considerarse otro aspecto relativo a los métodos grupales y en relación con la demanda social. Creemos que ha quedado establecido con cierta claridad cómo los métodos grupales se constituyen – al decir de Herbert– como “técnicas de exploración-transformación del encargo social”. Se pudo evidenciar, entonces, cierta relación de continuidad entre ideología y técnica, por una parte, y por otra, entre técnica y política. Ahí surgieron los ‘expertos’, encargados de la elaboración de las diversas técnicas (y no sólo las grupales, también consultas de opinión, estudios de actitudes, evaluación de necesidades, etc.). Asimismo, los terapeutas de grupo, coordinadores, monitores, etc., se incluyen en ese aspecto de la demanda. Así, la propuesta grupal organizada alrededor de los grupos operativos encontraría en ese espacio (exploración y transformación del encargo social) su lugar definido, y participaría de ese doble carácter de las técnicas: como instrumento de análisis que puede posibilitar aperturas –cambios, cura, etc.– o por el contrario, perderse en tanto mecanismos adaptativos –favorecer la resistencia, alienación, burocratización, etc.–.

⁵⁰⁴ Percia, 1991, pág. 19 y sig.

⁵⁰⁵ Sus ‘clientes’ no han sido las grandes empresas, ni la administración pública, sino que provienen de campos diferentes: salud mental, hospitales, atención primaria, servicios sociales, prevención, etc.

El psicoanálisis y el grupo operativo.

La demanda por los grupos en Argentina, y dentro de ella, el dispositivo “los grupos operativos” mantuvo siempre una estrecha relación con el desarrollo del psicoanálisis.

Esa relación es compleja (como se ha visto) y es expresada en múltiples situaciones que engloban diversos ámbitos y personajes. Puede constatarse lo afirmado inicialmente acerca de la existencia de dos orientaciones en el campo psicoanalítico: el modelo grupal pichoniano se inscribe en uno de ellos, el que concebía al psicoanálisis no sólo incluido entre los paradigmas científicos, sino también ideológicos. Tendencia de transformación frente a tendencia conformista; o una corriente de adaptación, conservación del estatus institucional logrado, frente a una corriente de renovación o cambio.

La perspectiva grupal –o grupalista– comienza a desarrollarse en los años 50 y se afianzará sólidamente en la década del 60. Ya en los 70 su desarrollo y diversificación es máxima, y conecta con los momentos de movilización y lucha política que se suceden en Argentina. Si bien en cierto momento pudo creerse que los diversos dispositivos grupales constituían un instrumento idóneo para facilitar cambios, ya fuera en el orden individual o institucional, la perspectiva grupal pareció diluirse en el movimiento y la dialéctica complejos de esos años. A partir de allí, permanecerán, por una parte sus versiones técnicas –o tecnicistas– ya sea en sus modalidades “humanistas” o las más cercanas a la tradición psicoanalítica, y por otra, sus versiones ideológicamente más críticas, que postulan, además de los procesos inconscientes, la determinación social e institucional que hay en toda experiencia grupal.

El proceso expansivo del psicoanálisis (“el boom de los años 60”) alcanzó no sólo el dispositivo psiquiátrico y médico, sino también algunos ámbitos científicos (la psicología, la sociología, la pedagogía y otras disciplinas), y en general, el ámbito cultural. Es en ese transcurso donde surgirán las experiencias de trabajo grupal, la psicología, psicoterapia de grupos, etc. Y al igual que sucediera con el psicoanálisis –y su especificidad en Argentina– destaca, significativamente, la especificidad de la corriente grupal o grupalista, en cuanto a sus diferencias con otros países. Una de las marcas diferenciales radicará en cierta ligazón (relativa) con los procesos sociales de esa época, además de las invenciones profesionales o científicas; las prácticas grupales

estuvieron en muchos momentos más ligadas a la dialéctica social que a los avatares disciplinarios.

Pichon-Rivière retoma una línea esbozada por la psiquiatría de izquierda.

Las preocupaciones de la psiquiatría de izquierda (el núcleo alrededor de la revista *Psicoterapia*, Thenon, Bermann, Pizarro Crespo) parecen haber tenido resonancias diversas en Pichon-Rivière. Es verdad que se trataba de cuestiones que continuaron incidiendo, y mostrando su vigencia bastantes años después.

Algunos de ellos han expuesto conceptos e ideas que aparecerán, en diversa forma, en Pichon-Rivière, años después, quien ‘retoma’ preocupaciones e ideas que ya estaban presentes, en juego (más o menos explicitadas, deformadas, censuradas, o que fueron esbozadas y luego olvidadas). De este modo, Pichon aparece como emergente (portavoz) de múltiples intereses intelectuales y profesionales, y es desde ahí que la “invención” del modelo de “los grupos operativos” cobra gran parte de su sentido.

Tal es el caso las aportaciones de Pizarro Crespo, quien propone una hipótesis en torno al narcisismo como “enfermedad social del erotismo”, y trata de fundamentar el pasaje desde un concepto derivado del psiquismo individual a una categoría que permita comprender ciertas situaciones de conflicto social. Es la década del 30, y se trata de relacionar el clima social y político de la época con las patologías derivadas del narcisismo.

Este autor postula una noción de desajuste, en referencia al par adaptación-inadaptación, y propone una dimensión que será central en el desarrollo pichoniano: la adaptación. El juego de nociones será constituido por “adaptación”, “adaptación activa”, “adaptación pasiva”. Para el sujeto narcisista tal adaptación activa es imposible dirá Pizarro Crespo; el “psiquismo social” por el contrario, requerirá un vigoroso poder de síntesis anímica, etc. El autor propone la figura de una pirámide como una metáfora para ilustrar su idea de ambas individualidades –la asentada por el psiquismo narcisista o sobre el psiquismo ‘social’–: el psiquismo ‘narcisista’ es simbolizado mediante una pirámide invertida, que intenta mantenerse sobre su vértice; psiquismo “social” es simbolizado por una pirámide sólidamente asentada en una amplia base.

Las ideas de Pizarro Crespo en relación con la adaptación y los diversos procesos psíquicos enlazados a ella –pasividad, actividad; capacidad de síntesis yoica; etc.– aparecerán muy desarrolladas en los escritos pichonianos, dos décadas después. Es muy significativa esta ‘cercanía’ conceptual entre Pizarro Crespo y Pichon-Rivière: este último fundamentará gran parte de sus elaboraciones referidas a los procesos terapéuticos –y de aprendizaje, posteriormente– en el concepto de “adaptación activa a la realidad”; más aún, en su análisis de los procesos grupales, esta noción constituirá un eje fundamental. La importancia de esta similitud reside en que muestra a Pichon en la zaga de los primeros intentos de acercar psicoanálisis y marxismo en Argentina, y por otra parte evidencia que el intento de Pichon en cuanto a sus propuestas grupales iba más allá de un dispositivo técnico.

Puede señalarse otro aspecto que remite a la continuidad entre ambos autores: si el obstáculo para esa adaptación activa es el ‘estereotipo’ para Pichon, y es el ‘narcisismo’ para Pizarro Crespo, ambas nociones se ubican en la misma constelación conceptual (exceso de ansiedades depresivas y paranoides en un caso, incapacidad de síntesis yoica, etc., en el otro). Por último, otra similitud: la figura de la pirámide utilizada por Pizarro Crespo. Esta metáfora de la pirámide sobre su vértice evoca la noción del “cono invertido” y de “espiral dialéctica”, de Pichon-Rivière, que si bien con ese grafismo indicaba otros procesos psíquicos, guarda correspondencias con Pizarro Crespo. Por otra parte, si se sigue con atención los desarrollos de Thenon, Bermann, y en general, la psiquiatría de izquierda, se advierte también otras ‘cercanías’ temáticas, conceptuales, etc.

Parece claro que Pichon mantiene una línea de continuidad en la preocupación de ciertos temas que se encuentran en estas primeras lecturas de Freud, previas a la fundación de la APA. Pichon, sensible a varias de las preocupaciones anteriores, sugiere una continuidad intelectual más clara que otros psicoanalistas de las primeras generaciones. O, como gustaba decir al mismo Pichon-Rivière, en tanto ‘emergente’ de cierto tipo de preocupaciones e intereses que ocuparon a la psiquiatría de izquierda, desde su lectura del psicoanálisis.

Hemos dicho que hubo diversas lecturas de Freud en las décadas del 10 al 40. Pichon retoma algunas de ellas, y entre otras, también aquella que proponía una amplitud al psicoanálisis por fuera de la organización psicoanalítica. Este había sido el debate original en el conjunto de psicoanalistas (entre profanos, silvestres, etc.); a partir

de esas discusiones ‘grupales’, en la que una parte importante de los psicoanalistas iniciales queda fuera, 25 años después, y por mediación de Pichon (si bien no solamente por su mediación) esa cuestión es nuevamente definida (retorno de lo reprimido?, si es así, Pichon verdaderamente constituye un emergente...).

El desarrollo de las perspectivas grupales y la difusión del psicoanálisis.

Es durante la década del 60 cuando el desarrollo de las propuestas grupales – entre ellas, el grupo operativo– conoce su máximo desarrollo. Es también la época de mayor productividad de Pichon-Rivière en cuanto a los grupos operativos; hacia fines de esta década y comienzos de la siguiente perfilará sus propuestas grupales como soporte de una psicología social.

También constituye el momento en que la difusión del psicoanálisis alcanzó su punto máximo en el conjunto de la sociedad argentina. Y ambos procesos, la difusión del psicoanálisis y el desarrollo de las propuestas grupales parecen no ser independientes; por el contrario, puede pensarse que las prácticas grupales fueron un factor eficaz en esa difusión y extensión.

La difusión de los grupos operativos.

Como se ha observado a lo largo del trabajo, la difusión de los grupos operativos descansó fundamentalmente en la acción de su ‘inventor’, Pichon-Rivière, y en unos pocos de sus discípulos. Pocos escritos, muchas experiencias grupales, realizadas por profesionales diversos: psiquiatras, psicoanalistas, psicólogos, sociólogos, etc. Esta amplitud de ámbitos y de profesionales variaría en la década siguiente.

En la década del 70 serían los psicólogos los encargados de mantener la práctica de los grupos operativos, en diversos frentes: en la universidad, en las instituciones, en los grupos de estudios. Las propuestas grupales de Pichon ya eran importantes entre los psicólogos, que mostraban un dinamismo colectivo considerable. Ellos no podían “ser” psicoanalistas, pero sí realizar actividades de prevención, psicohigiene, psicoterapias de grupo, psicología institucional, etc. No parece exagerado señalar que las prácticas grupales pertenecen al campo psicoanalítico vía los psicólogos, no en términos de su origen e inicio, pero sí en cuanto a su difusión, desarrollo, expansión, etc. Esta inclusión de lo grupal en las prácticas psicoanalíticas –operación realizada por Pichon-Rivière– adquiere así un doble carácter: por una parte indica el intento de articulación entre

propuestas psicoanalíticas y la psicología social, y por otra, es un signo de esa particular perspectiva grupal surgida en Argentina en los años 60. La figura de Pichon cobra un particular sentido: ya no se trataría solamente del “maestro de maestros” (para los psiquiatras y los psicoanalistas), sino también del maestro de los maestros de los psicólogos.

Si puede proponerse que hubo más de un Freud en Argentina entre 1910 y 1940, puede afirmarse que desde los 70 en adelante, después de casi tres décadas de un discurso monopolizado por la asociación psicoanalítica, vuelve a “emerger” una múltiple lectura del psicoanálisis. Esta vez representada, por una parte, por un sector profesional no médico: los psicólogos, y por otra, por algunos psicoanalistas, críticos con la organización psicoanalítica. La práctica de los grupos operativos (tanto en cuanto a su realización efectiva, como en sus desarrollos teóricos y técnicos –irregulares, por otra parte–) sería realizada a partir de ese momento por profesionales pertenecientes a esos ámbitos: psicólogos, psicoanalistas disidentes, y profesionales afines.

1976.

Con el objeto de determinar las referencias que puedan dar cuenta del movimiento alrededor del cual surge el modelo de los grupos operativos, puede colocarse un punto de inflexión fundamental hacia 1976. Ese año –el del golpe militar–, que significó una profunda fractura en la vida argentina, también implicó una detención casi total de todas las iniciativas ideológicas y organizativas en las corrientes grupalistas.

Después del golpe de 1976 y de los diversos conflictos sociales y políticos que le sucedieron⁵⁰⁶, recién en los 80 comenzaría un período de normalización política. En esos años la producción y la dinámica profesional e intelectual en relación con el psicoanálisis y los grupos volvería a ocupar un espacio en el tejido social e institucional. Tales desarrollos no han sido abordados en este trabajo; la complejidad del tema, obvia, aconsejaba limitar nuestro trabajo y cerrarlo en la época previa a la gran conmoción que significó 1976.

⁵⁰⁶ Son los años de la represión militar que derivó en los miles de desaparecidos. Y también los años del exilio (de militantes, profesionales, estudiantes). Paralización de las organizaciones políticas y sindicales, y una profunda descomposición del tejido social. El truncamiento del proceso iniciado a fines de los 60 y principios de los 70, el deterioro y fractura consiguientes de los años siguientes, y los efectos posteriores indican la conflictiva que se vivió en Argentina en esos años.

Aquí solamente se trata de señalar el destino que parece haber seguido el debate iniciado a fines de los 50, casi veinte años después. La figura de Pichon-Rivière y las imágenes asociadas a la misma parecen indicar la grave crisis y ruptura de esos años: su distanciamiento y desinterés en los últimos años, y su muerte en 1977, poco después del golpe militar y del comienzo de la dictadura más feroz que se había conocido en Argentina hasta entonces (nunca más?). En el campo político implicó la ruptura e incluso la represión y la violencia desenfundada, y en el campo intelectual significó el inicio de un largo período de confusión y zozobra por falta de perspectivas que permitieran comprender qué había sucedido.

La forma en que se dieron las referencias a Pichon en sus últimos años, desde los 70, son claras: “muy enfermo y deteriorado”, “quebrado físicamente”, “caminando – deambulando– sin rumbo en las calles de Buenos Aires”, etc. Esta descripción toma un valor que excede el caso singular del sujeto Pichon-Rivière, y parece proyectarse en una figura que representa –para el conjunto de sus actores– el compromiso y la independencia profesional e intelectual. Así, esas imágenes de un Pichon vencido (por la enfermedad, por la caída de las esperanzas en la transformación social, por la destrucción y violencia inaudita que se produjo) parecen representar también una parte de ese proyecto intelectual, que vivió un proceso de fractura y conmoción social, y que no pudo cambiar el signo del mismo.

Por último, puede también entenderse esta circunstancia singular de Pichon como emergente de una situación más general.

Hemos planteado en el trabajo una cuestión fundamental que se vivió en el campo de la izquierda intelectual y profesional de los 60 y los 70: la dicotomía entre el intelectual comprometido o el intelectual orgánico. El compromiso del intelectual (posición derivada del existencialismo sartreano) había configurado en gran parte el campo profesional e intelectual de los 50 y gran parte de los 60. La idea del intelectual orgánico (derivado de la lectura del marxismo propugnada por Gramsci) formó parte de los proyectos de esos sectores desde fines de los 60 y con mayor claridad, en los 70. Quizá no sea exagerado afirmar que gran parte de la conflictiva que vivió la intelectualidad argentina (intelectuales, profesionales, docentes, estudiantes) en esos años vino dada por esa dicotomía, que en momentos se tornaba una contradicción imposible de resolver: intelectual comprometido o intelectual orgánico (ligado a una determinada clase social, a la defensa de sus intereses y proyectos, y por lo tanto a sus

organizaciones representativas). Si puede afirmarse que se trató de una contradicción que atravesó ese campo intelectual, en términos de singularidad también exigiría diversas resoluciones. El ejemplo de Pichon es paradigmático: representa (emergente y portavoz) lo sucedido en el campo cultural.

El recorrido de Enrique Pichon-Rivière.

La biografía, los avatares concretos de la vida de Pichon aparecen indisolublemente ligados a la corriente grupal conocida como “los grupos operativos”.

En el trabajo (tercera parte de la tesis) hemos intentado precisar la relación estrecha que se dio entre lo biográfico y lo teórico; entre lo singular, lo que puede adjudicarse al personaje, y lo general, teórico e institucional. Pichon realiza un itinerario complejo, que partiendo de la psiquiatría –en términos profesionales e institucionales– deriva luego hacia el psicoanálisis; después, hacia lo que el mismo Pichon denominó la psicología social. Dicho pasaje fue realizado a partir de su propuesta grupal.

Así, diversas circunstancias vividas en su época infantil, como el contraste entre culturas, ciertos misterios familiares, etc., estarán a la base de diversas elaboraciones conceptuales. Por otra parte, también algunas preocupaciones juveniles –que se mantendrían ya hasta la vejez–, en relación al arte y la literatura, también informarán parte de la perspectiva grupal.

El proceso de creación, trabajo realizado mediante una reflexión psicoanalítica será evidenciado a través de uno de sus grandes afanes: la comprensión de procesos psíquicos alejados de la cotidianeidad neurótica. Así, el pensamiento mágico, la importancia de lo siniestro, la comprensión de la psicosis, ocuparán su atención. Cuestiones fundamentales como la relación entre el pensamiento científico y el pensamiento mágico, la vigencia de lo siniestro y la pulsión de saber, todas ellas le conducirán al intento de desocultar lo implícito. De este modo, se constituyen en elementos que irán abonando el camino para la propuesta grupal (desde el psicoanálisis a la psicología social). El surrealismo –fundamentalmente a través de la figura del Conde de Lautréamont– y un sostenido interés por el discurso estético completarán el cuadro que se ha perfilado.

La producción teórica de Pichon es amplia, y abarca diversas temáticas, enlazadas a las preocupaciones mencionadas antes, además de sus elaboraciones en

relación con la psiquiatría, con el psicoanálisis y con la psicología social. Esta última, a través de sus trabajos sobre grupos.

Quizá su tema fundamental lo constituya lo que hemos denominado como “la” investigación de Pichon: el saber sobre la tristeza. No tanto porque su producción se haya dirigido en esa línea en un sentido manifiesto, sino porque parece haber constituido un elemento que ha orientado sus elaboraciones teóricas y metodológicas. Puede entenderse la propia propuesta de los grupos operativos como parte de esta intención.

Pichon-Rivière fue médico; el afán de curar estuvo a la base de sus esfuerzos. Y esta circunstancia es primordial: él aseguraría que se acercó a la psiquiatría cuando pensó que ésta se enfrentaba a una “muerte reversible”, como podía ser considerada la psicosis. Y serán los problemas relacionados con la psicosis los que le lleven al psicoanálisis: consideró que la curación de psicóticos era posible a partir de la perspectiva psicoanalítica. Esto no obstaría para que Pichon propusiera una clínica indagadora e innovadora, tanto desde su época de psiquiatra, como en su práctica psicoanalítica. Igualmente, sus propuestas sobre los grupos deben ser entendidas en ese sentido.

Su crítica inicial a la psiquiatría, a través de la experiencia psicoanalítica, y la crítica al psicoanálisis que le lleva a postular una psicología social parecen sustentarse en esa búsqueda que hemos denominado como “la investigación de Pichon”, además de responder a los intensos movimientos del contexto intelectual y profesional en que se encontraba.

En cuanto a su posición psicoanalítica hay que destacar que utilizó los instrumentos que tenía a su alcance; en ese momento era hegemónica una lectura kleiniana del psicoanálisis. Lo que él mismo denominaría como el pasaje de la teoría de las relaciones objetales a la teoría del vínculo constituiría un franco progreso en cuanto a las posiciones reduccionistas del kleinianismo. Sin embargo, Pichon ‘confundió’ esto y en realidad se abocó a una crítica a las hipótesis psicoanalíticas fundamentales (freudianas) cuando parecía tratarse más bien de una crítica a la política psicoanalítica (de la APA). Hemos afirmado en diversas ocasiones –a lo largo de este trabajo– que en esa crítica a ese psicoanálisis podía entenderse tanto la fuerza como la debilidad de la propuesta pichoniana. La fuerza, porque el hecho de apoyar su lectura de los fenómenos grupales en los conceptos psicoanalíticos permitía superar algunas detenciones

producidas por la lectura lewiniana, y avanzar en la comprensión de los procesos grupales en su especificidad. Pero también la debilidad, porque los aspectos en que apoya la crítica al psicoanálisis y propone sus propios modelos teóricos (teoría del vínculo) conducirán finalmente, a un debilitamiento conceptual que sería evidente poco años después (una vez muerto Pichon). Por otra parte, y como ‘emergente’ de esto que afirmamos, puede tenerse en cuenta una circunstancia: Pichon ‘rompe’ con el psicoanálisis en términos conceptuales e ideológicos, pero se mantiene dentro de la organización psicoanalítica (en un momento en que gran parte de su gente rompía). Rompió con la doctrina psicoanalítica, pero no con la organización psicoanalítica. Error fundamental...

Pasaron varios años después de 1970 para que comenzaran a surgir diversas elaboraciones que si bien se enlazaban con las preocupaciones y supuestos de Pichon incluían una reflexión psicoanalítica que se fundamentaba en Freud (y dejaba de lado las tesis del kleinianismo). Un testimonio de ello puede verse en la colección *Lo Grupal*, textos colectivos que comienzan a publicarse desde 1983. También puede verse en autores como Bauleo, Baremblytt, De Brasi, Pavlovsky, Ulloa y otros investigadores. Todo ese colectivo ha mantenido bastantes de las premisas de Pichon, si bien se ocupó de colocar la perspectiva psicoanalítica en el centro de sus análisis. Ese intento, fructífero, no deja de ser sin embargo complejo, pues se encuentra con algunas propuestas de Pichon que son difíciles de articular desde una posición crítica (por ejemplo, el “lewinismo” de Pichon, su empirismo, etc.). Los trabajos anteriores se refieren a la Argentina. En Europa (especialmente en España, Italia y Suiza) también se desarrolló una corriente derivada de las propuestas pichonianas, el Centre International de Recherches en Psychologie Groupale et Sociale (CIR), colectivo impulsado por uno Armando Bauleo, uno de los discípulos de Pichon que mantuvo la filiación psicoanalítica y la articulación con algunas hipótesis propias del materialismo histórico. También en España se desarrolló una corriente derivada de las propuestas pichonianas, el Grupo Quipú de Psicoterapia, dirigido por Nicolás Caparrós, si bien este grupo mantiene una ligazón entre las prácticas grupales y el psicoanálisis algo diferente.

La psicología social propugnada por Pichon-Rivière.

Como se vio, Pichon realiza sus propuestas más ‘organizadas’ sobre la psicología social en los últimos años de su vida. Posteriormente, serán sus discípulos, en sus diversas corrientes, quienes continuarían con la obra iniciada por el maestro: con

mayor o menor ortodoxia, con mayor o menor fecundidad. Destaca –como se ha visto a lo largo del desarrollo de nuestro trabajo– la importancia de la clínica (individual, familiar, grupal) en las reflexiones de Pichon. Su psicología social puede entenderse como una psicología social clínica, en términos estrictos.

En sus puntualizaciones fundamentales está la consideración de la idea de salud, donde afirmará que “toda teoría de la salud y enfermedad implica y reenvía a una concepción del sujeto, del mundo y de la historia que lo fundamenta”. Esta posición explícitamente dialéctica (o marxista) no corresponde con sus formulaciones más antiguas, solamente con las de los últimos años. ¿Un cambio de orientación en sus últimos años? ¿Su politización, o mejor dicho, su deslizamiento hacia posiciones ideológicas más críticas, va en consonancia con su compromiso con el trabajo grupal, con su pensamiento sobre la psicología social? Parece que es así, y seguramente no es ajeno a esto la situación colectiva que se vivía en Argentina en esos años, años 60 y 70, el tiempo de la gran producción teórica e ideológica de los pensamientos críticos.

En todo caso, su formulación de la salud entendida siempre bajo el prisma de la “adaptación activa” se mantendría siempre; en “la cura” se trataría no de una adaptación pasiva, de una aceptación indiscriminada de normas y valores vigentes, sino de la transformación del propio sujeto y de su medio. En todo caso, no se trata de resumir aquí un concepto tan fundamental sino de situarlo en relación con su propuesta de psicología social.

Pichon-Rivière entiende la psicología social como disciplina en proceso de construcción. Y en ese sentido, encuentra como uno de sus principales fundamentos al psicoanálisis. Reconoce a Freud como fundador de la psicología social, ya que alcanzó una comprensión del problema de la relación individuo-sociedad. Sin embargo, considera que sus planteos no fueron suficientes, que solamente señaló el camino por donde se podía teorizar, pero que él mismo no lo hizo.

La referencia al psicoanálisis como fundamento de la psicología social con ser evidente y explícita no deja de traslucir una actitud ambivalente: lo considera como un elemento fundamental en la psicología social, pero también cree que constituyó un obstáculo para su desarrollo. Es verdad que el análisis que hace Pichon no discrimina entre los postulados freudianos y algunas derivaciones posteriores (provenientes de la lectura kleiniana), lo que parece estar en la base de esa consideración de aceptación y crítica. Por otra parte, la crítica que Pichon realizaba a la práctica (institucionalizada)

psicoanalítica también parece haber constituido un factor importante en la crítica a las concepciones de Freud: parece constituir un cierto efecto de ‘desplazamiento’, que viene originado por la conflictiva institucional. En todo caso, el conjunto de la obra de Pichon está ahí, y permite observar con claridad el lugar que otorga al psicoanálisis en la constitución de esa psicología social.

Pichon pondrá especial énfasis postular la multiplicidad de enfoques, en prevenir frente a todo intento reduccionista de la realidad humana. Tal será la fuerte crítica que dirija a la psicología social (prefreudiana), a la que considera disociante y reduccionista, y frente a la cual postula una lectura integradora de ambas dimensiones, la individual y la social: “Durante años, las ciencias pretenciosamente llamadas ‘del espíritu’ negaron al *hombre total*, fragmentándolo en su estructura y destruyendo su identidad. Así nació una psicología disociante y despersonalizada para la cual la mente se disgregaba en compartimentos estancos. Como resultado de esta división escapó al psicólogo el problema de la acción; se trabajaba con la imagen de un hombre estático y aislado de su contorno social. Quedaron así, al margen del análisis, sus vínculos con el medio en el que vivía sumergido”⁵⁰⁷.

La consideración de G.H. Mead como uno de los fundadores del campo de la psicología social es clara, Pichon considera que con sus aportes se resuelve la oposición entre individuo y sociedad: “La vieja oposición entre individuo y sociedad se resuelve entonces en este nuevo campo –el de la psicología social– en el que sólo existe el hombre en situación. Pero tal síntesis teórica se enfrenta en la acción con elementos aparentemente antagónicos, como pueden serlo la determinación mecánica por lo social, de un lado, y la libertad individual, del otro; es decir, la imitación y la creación”⁵⁰⁸.

La institución de la formación: la escuela de psicología social.

Pichon establece una estrecha relación entre la propuesta de psicología social y la organización en que ésta se aprende, enseña y desarrolla. La “escuela de psicología social” constituye el núcleo fundamental. Cabe recordar su temprana preocupación por cuestiones en relación al aprendizaje –desde la época en que enseñaba psiquiatría en los años 40–, algo que mantendría siempre.

⁵⁰⁷ Nota en revista Primera Plana, “La psicología social”, publicada en “Psicología de la vida cotidiana”, Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 1966-67, pág. 19.

⁵⁰⁸ Pichon-Rivière y Pampliega de Quiroga, 1966-67, pág. 20.

Así, entiende a la escuela como una institución centrada en el aprendizaje y fundamentada en un esquema conceptual, referencial y operativo (ECRO) en el campo de la psicología social; el ECRO y la didáctica se fundarían en el método dialéctico. Ese método permite la producción de un conocimiento que busca reintegrar lo fragmentado por un pensamiento disociante que escotomiza las relaciones entre sujeto, naturaleza y sociedad⁵⁰⁹. Tal es la idea de hombre-en-situación, el objeto de conocimiento propio de esa psicología social.

De acuerdo a nuestro trabajo, no es evidente que este tipo de análisis sea suficientemente ‘coherente’ con el conjunto de sus escritos. Como se vio, parece responder más a una situación del contexto (que impulsaba a los intelectuales a una rápida y a veces poco elaborada ideologización de sus discursos) que a una elaboración propia.

En todo caso, desde una perspectiva marxista como la que se declara no se desprenden algunas elaboraciones que serían obligadas: la inserción social de la Escuela y de los psicólogos sociales, etc., de una forma más acorde con la teoría que se usa. La cuestión política (sea en términos de análisis político o social) queda un tanto desdibujada. En todo caso, la idea del trabajo sobre la vida cotidiana, si bien parece fundamentar una posición materialista (y que prioriza lo social), no permite deducir, por sí mismo, su relación con la dialéctica y el materialismo histórico. Aunque quizá todas estas consideraciones aludan a otra cuestión: las diferencias y similitudes entre una sociología marxista y una psicología social marxista. En todo caso, se trata de un análisis que no podemos realizar aquí.

El objeto de la psicología social.

El estudio de la relación entre estructura social y configuración del mundo interno, o la relación entre estructura social y fantasía inconsciente del sujeto constituye el objeto de la psicología social. La noción de vínculo permitirá abordar esta relación, que será abordada en términos de observación e intervención. Tal es el postulado de Pichon acerca del objeto de la psicología social que propone.

El lugar otorgado al grupo: “Si esa relación es el objeto de la psicología social, su campo operacional privilegiado es el grupo, que permite la indagación del interjuego

⁵⁰⁹ Pichon-Rivière, 1972b, pág. 205.

entre lo psicosocial (grupo interno) y lo sociodinámico (grupo externo), a través de la observación de las formas de interacción, los mecanismos de adjudicación y asunción de roles”⁵¹⁰. El grupo permitirá la indagación de la relación (dialéctica) entre ambos aspectos, el intersubjetivo (grupo externo) y el intersubjetivo (grupo interno).

La psicología social es entendida como una práctica.

Se trata de un ambicioso programa de intervención, de un programa científico orientado hacia la práctica. Los aspectos que delimitan esa psicología social –que además de constituir un programa evidencian la intención y el punto de vista del autor– son los siguientes:

1) La psicología social es significativa, direccional y operativa. 2) Se orienta hacia una praxis, de donde surge su carácter instrumental. Su punto de partida es una práctica. 3) Y la experiencia de esa praxis, conceptualizada por una crítica y una autocrítica, realimenta y corrige la teoría mediante mecanismos de rectificación y ratificación, logrando una objetividad creciente. 4) Se configura entonces una marcha en espiral sintetizadora (de teoría y práctica). 5) que permite al psicólogo social u operador elaborar una logística y construir una estrategia. 6) que, a través de la táctica y de la técnica dé carácter operativo a planificaciones de distinto tipo para que pueda realizarse el cambio esperado. 7) cambio que consiste en el desarrollo pleno de la existencia humana a través de la modificación del hombre y la naturaleza.

La Escuela se propone enseñar el oficio de psicólogo social. Esta denominación en tanto ‘oficio’ remite a la valoración de la práctica, que privilegia el conocimiento en tanto está destinado a la búsqueda de un determinado objetivo; por otra parte, sugiere una relación con lo artesanal, y con lo singular del trabajo del psicólogo social.

La valoración de la práctica que sostiene Pichon le lleva a postular uno de sus conceptos fundamentales: el ECRO, el esquema conceptual, referencial y operativo. El Ecro está conformado por el conjunto de experiencias (en términos de pensamiento, emociones, vivencias) y las referencias (científicas y no científicas) con que el operador aborda el campo de intervención. Y como instrumento con el que se opera en el campo de la psicología social, si bien opera como una unidad (de ahí las siglas utilizadas como un sustantivo: “el ecro”), tiene un sentido preciso en cuanto esquema conceptual y

⁵¹⁰ Pichon-Rivière, 1972b, pág. 206.

también en cuanto a sus atributos de referencial y operativo. Hay que recordar aquí lo mencionado antes en cuanto al carácter clínico de la psicología social de Pichon-Rivière: la ligazón con la clínica es aquí evidente.

Se ha afirmado antes que las formulaciones específicas sobre la psicología social como recorte disciplinar fueron realizadas en sus últimos años. Epoca en la que sus discípulos y entorno inmediato ocupaban un papel fundamental en las idas y vueltas del maestro. En cuanto a las formulaciones precisas del recorte disciplinar, puede sostenerse que más que de una psicología social formulada por Pichon-Rivière se trataría de una psicología social pichoniana (en el sentido que es ‘derivada’ de su fundador antes que formulada estrictamente por el mismo).

La psicología social propuesta por Pichon-Rivière –o al menos la que se desprende de una consideración global de sus escritos– consiste más en un conjunto de esbozos, de perspectivas diversas, que apuntan a distintos objetivos. En cambio, la psicología social pichoniana (el discurso psicosocial que es reconocido como tal por sus antiguos discípulos, y por el contexto sociocultural) se ha “condensado” en una perspectiva que muestra una coherencia mayor que en tiempos del maestro, pero que sin embargo parece haber reducido el campo del análisis.⁵¹¹

Otra derivación de lo que hemos denominado “psicología social pichoniana”, puede verse en los enunciados de diversos discípulos y seguidores de Pichon en torno a la concepción de la psicología social: hay similitudes y concordancias importantes, pero también diferencias de orientación considerables. Los enfoques a que dio lugar la propuesta psicosocial de Pichon-Rivière son varios: desde los más ligados a la vida cotidiana a los que enfatizan en el ámbito institucional, desde las perspectivas más clínicas a las más interesadas en sus aspectos pedagógicos, desde el interés en los cambios sociales e ideológicos a los que se ocupan de una lectura más “profesionalista”.⁵¹²

⁵¹¹ Una muestra de ello lo constituye el peso, la influencia en los últimos años, de la Escuela y sus propuestas en el contexto científico y sociocultural argentino. Parece menor que en épocas de Pichon-Rivière; la Escuela cubre un espacio considerable en cuanto a la demanda de formación (en cierto registro ‘psi’) pero parece estar al margen de las polémicas e intereses más movilizadores.

⁵¹² Diversos autores y textos ya mencionados pueden ilustrar esto que afirmamos: Bauleo, Baremlitt, Bleger, Kesselman, Pampliega de Quiroga, Pavlovsky, Scherzer, Ulloa, etc. En cuanto a textos colectivos, puede verse la colección *Lo Grupal*, y los *Boletines del CIR*, etc. En un sentido algo diverso, donde la presencia de la obra pichoniana no es tan evidente, pero igualmente se registra, la revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

El modelo grupal: el grupo operativo.

El modelo grupal planteado por Pichon se apoya en un supuesto primordial: la idea de que el grupo operativo apunta a una dirección, que tiene una direccionalidad. Y esa direccionalidad viene dada por la idea de tarea, del objetivo como lo que da sentido al grupo.

La noción central: tarea.

Así, su autor define al grupo operativo como un grupo centrado en la tarea. De esta forma, se coloca esta idea de grupo en un espacio distinto a otras corrientes. Por ejemplo, aquella para la que grupo es igual a dinámica grupal, donde el juego vincular, o mejor dicho, una parte del mismo (excluyen al líder, al que se cree fuera del grupo...) parece ser el quid grupal, su realidad. En grupo operativo no es así, sino que se trata de grupo y tarea. La propuesta pichoniana, si posee alguna especificidad y diferencia respecto de otras corrientes y modelos, posiblemente reside en esto: postula la tarea como fundamento del grupo. La tarea como eje del grupo, es decir, como algo que no son los integrantes, pero que es de ellos, algo (un producto a producir) que harán ellos, a partir de sí mismos, pero que no se confunde con ellos. Puede afirmarse que esto coloca, de forma precisa y consistente, esta idea de grupo en un espacio distinto a otras perspectivas grupales.

Una elaboración posterior a Pichon, que incluye lo que hemos denominado la dimensión institucional del grupo, el contexto donde éste exista, la “transversalidad”, etc., es la consideración de la tarea como encargo (o requerimiento). Se trata de una temática en relación con lo que se ha planteado en cuanto a la demanda, si bien en una referencia precisa al pequeño grupo.⁵¹³

Las tareas tipo: aprendizaje y terapia.

El grupo operativo se inserta en la ‘tradicción’ grupal, donde el aprendizaje y la terapia constituyeron sus ejes fundamentales (a partir de la segunda guerra mundial, donde los métodos grupales buscaban paliar los efectos de esa conmoción social y económica), si bien es verdad que el mismo Pichon ya planteó su extensión a otras

⁵¹³ Puede verse diversos textos sobre este abordaje. También mis trabajos: Buzzaqui, 1986, 1991b; –y Duro, 1992, 1993; –y otros, 1991; González y Buzzaqui, 1982.

áreas. El trabajo con grupos en las instituciones, especialmente en situaciones de conflicto y de formación de profesionales se constituyó también en un núcleo importante, si bien quedaría subordinado a alguna de las dos tareas fundamentales: terapia (en el sentido de resolución de conflictos) y aprendizaje (cuestiones de formación de profesionales, o de estudiantes).

La relación terapia-aprendizaje es compleja. Se ha propuesto que constituyen un continuo, si bien Pichon nunca lo llevó hasta tal extremo, y mantuvo una diferencia sustancial entre ambos procesos grupales. Pero sí insistió en la importancia de considerar los aspectos terapéuticos de todo aprendizaje, y viceversa, los elementos de aprendizaje existentes en cualquier proceso terapéutico.

Una derivación de esa relación entre terapia y aprendizaje lo constituye una clasificación que fue utilizada por muchos coordinadores de grupo: grupo terapéutico y grupo operativo. La diferencia será dada por el tipo de tarea: terapéutica o de aprendizaje. En todo caso, Pichon subordinaba esa diferenciación a la operatividad: como se ha visto, todo grupo podía (o no) ser operativo, y otra cuestión distinta era el manejo técnico del mismo. La diversa implementación técnica de ambos tipos de tarea no fue diferenciada por Pichon. Ha constituido una fuente importante de enfoques diferentes.

Se ha postulado a la tarea como la noción central. En el desarrollo del trabajo se ha realizado una exposición detallada acerca de las diversas especificaciones de la tarea (elaboración de ansiedades básicas, comunicación y aprendizaje, elaboración de un esquema referencial, etc.) y de sus formas (manifiesta y latente, tarea, pretarea y proyecto, etc.). La complejidad del concepto es patente y no vale la pena insistir ahora en ello. Solamente puede destacarse la doble acepción del mismo: la tarea como dimensión constitutiva del grupo y su uso como noción metodológica. Esto constituye una muestra de la forma en que Pichon fue elaborando sus conceptos: buscando una articulación entre los niveles más teóricos en los que el concepto debe guardar una coherencia con el resto de elaboraciones, y niveles más cercanos a la intervención, a la técnica grupal.

El esquema conceptual, referencial y operativo (ECRO).

Fundamental en el conjunto nocional elaborado por Pichon, el esquema referencial está en relación estrecha con el esquema corporal. Hay que puntualizar que

el concepto tiene un alcance diferente a otras perspectivas psicosociales que lo refieren solamente al conjunto de normas más o menos interiorizadas, etc. Para Pichon, el esquema referencial es, desde su inicio, un esquema corporal; luego derivará a la idea de rol. Los autores que Pichon considera le han permitido un mayor acercamiento a esta problemática son Lewin, Mead, Bachelard y Melanie Klein.⁵¹⁴

Un proceso fundamental será la elaboración de un esquema referencial en el grupo; proceso de sumación, de acumulación; objetivo y tarea del grupo. Esta noción de esquema referencial constituye una dimensión fundamental en cualquier proceso de aprendizaje, al igual que en el caso de la enfermedad y la cura.

El esquema referencial (conjunto de experiencias, conocimientos y afectos con los que un individuo piensa y actúa) tiende a una determinada unidad (a disminuir las disociaciones, las contradicciones) por medio del trabajo grupal, promoviendo simultáneamente en ese grupo un esquema referencial (y operativo) que posibilita la resolución de los obstáculos, y se sustenta en la modificación de los esquemas previos.

De aquí la máxima de Pichon: “a mayor heterogeneidad entre los miembros, mayor homogeneidad en la tarea”. Esta postulación evoca ciertas aperturas hacia lo interdisciplinario, la multiplicidad de enfoques en un problema, una afirmación de la singularidad.

El portavoz, un concepto mediador entre ‘dentro’ y ‘fuera’.

El concepto de portavoz, otra pieza fundamental en el modelo del grupo operativo. Pichon-Rivière utiliza la noción de portavoz en un sentido muy preciso: se refiere a aquel que con su accionar expresa motivaciones, acciones, sentimientos, deseos, etc. de otros, de otros con los que constituye un grupo. Se trata de una noción que busca articular lo singular, lo personal con la estructura o trama grupal, o vincular. Puede decirse que es un concepto de pasaje, un concepto mediador: pasaje entre lo individual y lo grupal, pasaje entre lo explícito y lo implícito, mediador entre el “adentro” (lo intrapsíquico) y el “afuera” (lo intersubjetivo). No sólo se trata de una

⁵¹⁴ “La teoría del aprendizaje, sobre todo en sus últimos desarrollos, con Kurt Lewin, con Mead, con Bachelard y con Melanie Klein, nos ha dado sucesivos acercamientos. De Kurt Lewin, por ejemplo, hemos tomado la noción de campo, la de situación y muchos aspectos de algunos principios topológicos del aprendizaje. De Mead tomamos la noción de rol. De Bachelard la de que existen en el conocimiento y, más aún en este tipo de conocimiento, lo que él llama el ‘obstáculo epistemofílico’” (Pichon-Rivière, 1957, pág. 218).

noción teórica que da cuenta de ciertos procesos grupales, sino que también tiene fundamentalmente una aplicación técnica, dirigida a la intervención.⁵¹⁵

Esta noción fue variando en su alcance. En sus primeras formulaciones aludía a una dimensión del grupo familiar: la trama grupal en que surgía la enfermedad mental. Así, se comprende al paciente como un portavoz de la ansiedad del grupo familiar, grupo cuyo funcionamiento estereotipado ha hecho crisis, apareciendo ésta a través de uno de los miembros. El enfermo como portavoz de la enfermedad familiar, tal sería la fórmula propuesta en esos años (los 50), en un intento de desentrañar los misterios de la psicosis y de la enfermedad mental en general, alejándose de los parámetros de la psiquiatría clásica.

Años después Pichon extendería la noción, y pasaría a considerar que ese fenómeno –el enfermo mental, portavoz del grupo familiar– evidenciaba algo general de los grupos, ya no sólo del grupo familiar. El portavoz enuncia diversos contenidos, ya no sólo propios, sino también del grupo al que pertenece (e incluso de los diversos grupos a que pertenece).

Hacia los 60 la noción de portavoz se hace extensiva a cualquier proceso o situación grupal. De ser una categoría destinada a la comprensión de diversos conflictos familiares (especialmente referidos a la psicosis) pasa a constituirse en instrumento fundamental frente a cualquier proceso grupal. De esa forma, la noción de portavoz reunía diversos procesos en relación con la identificación. También la teoría de la depositación (la teoría de las tres D), y la relación entre grupo externo y grupo interno, nucleadas en la noción de portavoz, permitieron un abordaje más sensible a diversas manifestaciones del proceso grupal. Por último, las nociones que darían a la propuesta del grupo operativo una potencia considerable: verticalidad y horizontalidad. Dimensiones ambas presentes en la configuración del portavoz, se refieren por una parte a la singularidad del portavoz, al sujeto que enuncia el acontecer grupal (la verticalidad) y por otra, a lo colectivo, representado por el portavoz, a una cualidad que pertenece a la propia trama vincular (la horizontalidad). Ambas dimensiones, vertical y horizontal, se

⁵¹⁵ La intervención en el grupo (a través de la interpretación o el señalamiento) se apoyará en el portavoz, o mejor dicho, en lo expresado por el portavoz. A partir de un concepto asociado al de portavoz, el “emergente”, toma forma el suceder latente del grupo en ese momento, lo cual permite la interpretación (y posteriormente, la elaboración).

hacen efectivas en el comportamiento, en el desempeño de los roles, en su interjuego. Y es el portavoz el que “expresa” esas dimensiones con mayor intensidad.

La noción de portavoz, elemento diferenciador entre técnicas grupales.

La noción de portavoz ha sido propuesta como elemento diferenciador de la técnica de grupo operativo respecto de otras modalidades. La forma en que sea considerado el lugar y función del portavoz da lugar a uno u otro enfoque; la forma en que esa noción sea utilizada (aun cuando no se haya formulado explícitamente, todas las técnicas grupales se ‘manejan’ con alguna noción de portavoz) da cuenta de cómo se entiende la relación entre lo singular y lo colectivo.

El emergente.

La relación entre los términos portavoz y emergente no es evidente por sí misma. En momentos parecen sinónimos, o al menos aludir a la misma categoría de fenómenos (“un portavoz es tomado como un emergente de tal o cual proceso”, “el portavoz o emergente del grupo familiar”, “la enfermedad, emergente de una estructura patológica, mostrada por el portavoz”, etc.). El ‘emergente’ parece un concepto destinado a un uso más técnico, o procedimental, en tanto el portavoz se coloca más en el lugar de la teoría. Sin embargo, otras veces es al revés, el portavoz constituye un rol observable, el emergente es una ‘cualidad’ de lo grupal. Posiblemente este solapamiento no se deba a que los términos estén insuficientemente precisados, sino a que la materia que se intenta abordar presenta diversos matices, dimensiones, etc.

El emergente será el instrumento básico –tal como lo denomina el mismo Pichon– de intervención en el grupo operativo.

Esta noción de emergente responde a una determinación múltiple, y no a una causalidad mecánica. Pichon se refiere a una ‘causalidad gestáltica’, indicando que diversas tensiones (fuerzas) de la estructura producen tal o cual fenómeno emergente.

El emergente es postulado en relación con la ruptura del funcionamiento de la estructura (familiar, grupal). Es decir, se trata de una cualidad emergente, de una situación o novedad emergente. Hay aquí una diferencia en relación con el concepto de portavoz, que se puede referir a elementos más permanentes del funcionamiento de un determinado grupo. En cambio, el carácter dinámico del emergente puede observarse en relación con la ruptura de la homeostasis del grupo: “La psicosis es el emergente nuevo

y original que aparece como consecuencia de la ruptura del equilibrio familiar” (pág. 26).

Por último, puede verse la idea de emergente en tanto cualidad de una estructura; el emergente lo será de una estructura (Gestalt): Pichon considera al paciente que enferma como un representante de una estructura tanto individual como familiar, y en la medida en que se conozca esa estructura, podrá realizarse la operación correctora (o intervención terapéutica).

Todas estas consideraciones permiten considerar al emergente como un signo. Signo de una determinada estructura (sea ésta individual o familiar, o de otra clase). La noción de emergente como signo permite abrir el espacio de la intervención: será a través de la decodificación, la comprensión, el análisis de esos signos como se podrá realizar la intervención (terapéutica o de aprendizaje, en el grupo o en el individuo). Si puede deducirse esta condición de signo del emergente en algunos textos de los años 50 (en una época en que Pichon se muestra cerca de los enfoques gestálticos), hacia los 70 el emergente como signo será totalmente explícito (años en que la semiótica y la lingüística ejercían ya una influencia considerable).

Si el portavoz era referido fundamentalmente al interjuego de roles, el emergente será tomado en tanto signo, que indica, alude, señala, muestra, etc., una determinada situación. La relación entre ambos conceptos en momentos se solapa, si bien mantienen un matiz diferencial: Pichon concibe al portavoz como vehículo de una cualidad emergente que afecta a toda la estructura grupal. En cambio el emergente se refiere siempre a una cualidad nueva, es decir, puede hablarse de emergente como una noción que alude al movimiento, al proceso (emergencia de tal o cual elemento). El emergente puede ser expresado por uno o varios portavoces. Así puede darse de varias formas: portavoces por redundancia, portavoces por acumulación, portavoces por oposición

La técnica del grupo operativo.

A partir de todas las consideraciones realizadas, y más específicamente en cuanto a lo referido al emergente –también en relación con el rol de portavoz– se abre el conjunto nocional de la técnica operativa del grupo. Aquí corresponde la delimitación de la función y tarea de los coordinadores del grupo. La observación de los diversos emergentes que se suceden en la sesión grupal, y su eventual interpretación constituye el eje que guía su intervención en el grupo.

En cuanto a la técnica de grupo operativo, creemos que no vale la pena abordar sus elementos aquí, pues alargaría innecesariamente este conjunto de conclusiones. Se remite al capítulo en que se abordan los aspectos técnicos del modelo grupal (capítulo 13).

Previamente a finalizar estas conclusiones que no han pretendido cerrar la temática expuesta, sino que, por el contrario, con ello se ha intentado precisar distintos puntos de apertura y análisis posteriores, parece pertinente abordar una cuestión esencial en cualquier modelo grupal: su relación con las propuestas lewinianas. Hemos considerado a Lewin como uno de los fundadores del campo grupal, sus propuestas grupales han informado, de múltiples maneras, al conjunto de métodos grupales. Igualmente, en el caso del grupo operativo puede precisarse esa vinculación.

El grupo operativo y la concepción lewiniana.

Muchas de las nociones utilizadas por Pichon-Rivière muestran una cierta proximidad con propuestas de Lewin. Así, cuestiones tales como la noción de tarea, la conformación de un esquema referencial común, la importancia del trabajo grupal como formador de nuevas actitudes y posiciones frente a una temática, etc. También conceptos como tarea y pretarea, cambio y resistencia al cambio, manifiesto y latente, etc., que conforman la propuesta de los grupos operativos encuentran en los postulados lewinianos diversos puntos de apoyo y también de separación. Quizá la cercanía entre ambas perspectivas grupales reside en la común creencia en la potencialidad del pequeño grupo para posibilitar ciertos procesos de cambio. Aunque también la cercanía acaba ahí. El resto de consideraciones que Lewin deriva de su propuesta experimental, especialmente las que se refieren a dimensiones más macrosociales le separan claramente de las propuestas de Pichon-Rivière.

La relación entre las propuestas de Pichon y los postulados de Lewin está lejos de ser simple. Podemos destacar un elemento diferencial y que posiblemente implica una separación mucho mayor de la que puede parecer en una primera aproximación. Si Lewin contaba con el apoyo de agencias u organizaciones estatales –o ligadas al mismo–, y con considerables recursos económicos para llevar a cabo sus propuestas, no fue ése el caso de Pichon-Rivière. También, si Lewin intentaba una cierta “reconstrucción” (o “encauzamiento”) de la vida social, no era el mismo objetivo que el

de Pichon. En un caso, la sociedad en su conjunto había sufrido los avatares de una guerra. En el otro, se trató siempre del trato de los conflictos generados en el propio 'interior' de la sociedad. El modelo psicosocial de Pichon-Rivière, 'su' psicología social, los grupos operativos, existieron siempre al costado del Estado, a un lado del mismo; en ciertos momentos, incluso, fueron prácticas consideradas contrarias al statu quo. Por otra parte, su ligazón con la clínica, y desde ahí, con los conflictos personales y familiares, con los conflictos sociales derivados de la dominación y la carencia, etc., constituye también una dimensión singular. En fin, se trata de una propuesta 'generada' en y desde un país central y de otra propuesta generada en un país periférico y dependiente. Por último, los diversos referentes teóricos y epistemológicos constituyen otras dimensiones a tener en cuenta.

Sin embargo, esta enunciación de aspectos que diferencian ambas propuestas no basta para delimitar con claridad cada terreno. La influencia del pensamiento de Lewin –y hay que recordar que su aporte debe ser considerado como fundante del propio campo grupal– es diversa, compleja, sinuosa. No en vano Lewin (y su propuesta grupal, la dinámica de grupos) puede ser considerado como uno de los fundadores del campo grupal, su impronta e influencia es algo de lo que cada perspectiva grupal debe dar cuenta, tanto en cuanto a su relación de complementariedad, de suplementariedad, o de eventual contradicción. Parece importante delimitar los aspectos de las concepciones lewinianas que son retomadas por Pichon. Lo hacemos a modo de resumen, pues ha sido extensamente expuesto en varias partes del trabajo:

- La cuestión de la interdependencia; la idea de Gestalt. Y también la noción de campo (aunque no tanto en referencia al campo psicológico individual, sino al campo grupal).
- Pero no toma la misma posición frente a lo histórico. Para Pichon-Rivière, al contrario que para Lewin, la dimensión histórica es fundamental (y esto le viene dado por la experiencia psicoanalítica, no tanto por una conceptualización explícita acerca de lo social-histórico).
- La noción de cambio –o teoría del cambio– es diferente. Para Pichon, el cambio tiene algunas especificaciones fundamentales: disminución de las ansiedades básicas, aprendizaje, reparación del objeto, apropiación del objeto de conocimiento, todos esos procesos, o esas alusiones a procesos diferentes, son los que posibilitan el cambio, que se realiza 'fuera', en el ámbito social (otro es el caso del cambio si se lo refiere a un

grupo familiar, por ejemplo; en ese caso el cambio radicará en una redistribuci3n de la angustia familiar, una merma de los mecanismos segregatorios, etc.).

– Pichon asume una posici3n “empirista” que le acerca a Lewin, en varios sentidos. El afán por “aplicar”, por intervenir, da testimonio de ello. Si este enfoque es fundamental en Lewin (y ha constituido un aspecto fuertemente criticado debido a las ambigüedades ideol3gicas que puede propiciar), en Pichon no ocupa el mismo status. Es cierto que también Pichon en momentos puede entenderse como empirista, pero sus determinantes ideol3gicos (dados, en parte por su pertenencia a la APA, y por los diversos movimientos que protagoniz3) son más claros –y menos encubridores– que en el caso de Lewin. El experimentalismo de Lewin, y el dejar fuera lo contextual (de los grupos) y la conflictiva social en que se insertaban sus propuestas, la “naturalizaci3n” de la vida social, etc., están lejos de la posici3n estrictamente clínica de Pichon-Rivière (clínica psicoanalítica, no cualquier otra).

Puede plantearse que aunque existe cierta similitud técnica, se trata de enfoques diferentes. Si bien la técnica de grupo operativo posee un matiz lewiniano (el coordinador como dinamizador, orientador, etc.), las coordenadas clínicas inscritas en el modelo pichoniano la colocan en un espacio muy diferente. Como ejemplo, puede verse la diferente conceptualizaci3n acerca de dos cuestiones importantes en ambas perspectivas: el estereotipo y la resistencia.

Gran parte del valor de la perspectiva lewiniana reside en su análisis de lo estereotipos, de ahí se abordar  el problema del cambio de actitudes (sus elaboraciones iniciales trataban del cambio de hábitos en la alimentaci3n. Por su parte, la propuesta pichoniana habla de estereotipos pero en un sentido diferente: su fuente es el estereotipo grupal, no el estereotipo individual. El estereotipo que conlleva y produce la eclosi3n de una crisis en un grupo familiar, la emergencia de la enfermedad mental, etc. También se considera el estereotipo como uno de los elementos fundamentales tanto en la producci3n de la neurosis como en los problemas del aprendizaje.

Es obvio que la perspectiva lewiniana va mucho más allá del problema concreto del cambio de hábitos (Lewin inaugura un nuevo campo te3rico y práctico); aunque es verdad que las derivaciones de la corriente lewiniana, en su sentido de práctica grupal se redujeron, en muchos casos, a trabajar sobre la ‘dinámica grupal’. Diversas técnicas difundidas en el universo ‘psi’ se apoyan en esa perspectiva, y proponen una psicoterapia grupal que propugna un cambio de actitudes, de talante frente a la realidad,

de 'hábitos': es la psicología humanista, existencial, etc. Puede decirse que se apoyan en un elemento 'descubierto' por Lewin: la potencia, la fuerza del grupo sobre el individuo, la 'imposición' del grupo sobre el individuo –la “presión a la conformidad” es una de sus fórmulas más conocidas–; su noción de resistencia responde a estas coordenadas.

En el modelo pichoniano, inspirado parcialmente en Lewin, pero también, y fundamentalmente, en la perspectiva psicoanalítica, las cosas son diferentes. La resistencia es básicamente inconsciente; el estereotipo es un movimiento defensivo, tanto del individuo como del propio grupo; y el trabajo grupal no se destina exclusivamente a cambios o variaciones particulares de la conducta, sino a una redistribución de cargas libidinales, a una transformación de relaciones vinculares que implican el conjunto de la vida de los miembros de ese grupo. Si se puede decir que para la corriente lewiniana “el grupo es un instrumento para el cambio”, puede decirse que para la corriente pichoniana “el grupo es un instrumento que sirve para resolver problemas”, lo cual coloca cada una de esas perspectivas en un horizonte y con unas finalidades diferentes.

En todo caso, hay que señalar que existe una coincidencia fundamental: la postulación de la existencia del grupo, de la 'realidad' de los grupos. En otras palabras, se trata de la creencia en que los grupos poseen una estructura, delimitan un campo específico, o si se quiere, que no se reducen a las relaciones interpersonales.

Pichon-Rivière sustentaba algo similar a Lewin en cuanto a la posibilidad de construir un cuerpo de conocimientos sobre grupos que se pudiera aplicar a cualquier clase de situación grupal. Sin embargo, también aquí había algunas diferencias importantes, referidas al 'lugar' donde se encuentran los grupos: el ámbito institucional. La dimensión institucional cambia los términos del problema del liderazgo en la concepción inicial de la Dinámica de grupo, algo primordial en la conceptualización lewiniana.

Lo que puede denominarse como la “dimensión institucional” de los grupos ha ocupado gran parte de las teorizaciones posteriores a Lewin, especialmente a partir de los años 60. Tanto la corriente francesa, anglosajona como argentina han insistido en esa dimensión fundamental, que evita considerar a los grupos fuera de toda coordenada socio-histórica y de cualquier determinación más allá de sí mismo. Como se ha afirmado anteriormente, Pichon-Rivière se sitúa en un lugar de pasaje, entre el primer y

el segundo momento epistémico. Se trata de la cuestión de comprender al grupo existente en una especie de vacío social (como un sistema social en miniatura) o por el contrario, “atravesado” por múltiples determinaciones, entre las que la dimensión institucional constituye un elemento fundamental.

Para finalizar, cabe señalar que en este trabajo no se ha tratado de agotar el tema lewiniano, sino de contemplar el asunto desde la perspectiva o el impacto que tuvo en Pichon-Rivière: Lewin ha constituido una de las fuentes fundamentales de Pichon.

Hemos arribado al final del trabajo. En momentos ha sido fatigoso, excesivo; en otros, ágil, interesante; puede ser entendido como una extensísima asociación libre, que en determinado momento concluye sin que sea fácil advertir qué fue lo que precipitó esa clausura. También su forma a menudo fragmentaria abona esa perspectiva. Se ha tratado de un relato, que ha incluido diversos niveles y planos, referidos ora a la experiencia propia, ora a la lectura de textos diversos, desiguales, que conforman un laberinto de múltiples entradas. Todo esto que se afirma corresponde al lado del investigador. Del lado del lector... Otra será la perspectiva; quizá también abierta, pero con otros énfasis, con otras detenciones y apresuramientos.

En un sentido estricto, puede afirmarse que no hay conclusión. No hay conclusión si con ello se indica que no se ha comprobado (ni refutado) ninguna hipótesis o pre-juicio que guiara la investigación. Tampoco en cuanto a que sea posible formular una frase (más o menos extensa) que responda a alguna pregunta realizada. Por el contrario, puede quizá suponerse que hay diversas conclusiones, parciales, referidas a diversos planos y temáticas que han ido surgiendo a medida que se elaboraba el trabajo. Dichas consideraciones o comentarios conclusivos están dispersos a lo largo de las novecientas páginas que conforman la tesis. De todos modos, y aunque implica en cierto sentido repetir algunas cuestiones ya planteadas, se han agregado las notas anteriores, a modo de conclusión.

Hemos intentado dar cierta cuenta del camino recorrido, y explicitar –en lo posible– algunas cuestiones que parecían relevantes. Además de la exposición de la técnica del grupo operativo, un objetivo ha sido el de poner en cierta relación el modelo grupal pichoniano junto al discurso académico. Es verdad que los nexos y puentes entre la psicología social académica y esta particular psicología social ‘centrada en’ los

grupos no son evidentes, pero antes de la realización de este trabajo lo eran menos aún. Es posible que algunas conexiones, algunos sentidos –aunque estén dispersos– se hayan revelado, entre una tradición grupal que se ha mantenido al margen de la academia y las lecturas de la psicología social propias de la Universidad. En todo caso, el intento ha sido realizado. Por último, queremos pensar que este trabajo tiene también algún interés en el ámbito nacional argentino, en la medida que reúne materiales hasta ahora dispersos, busca líneas de sentido que habían pasado inadvertidas, y ha sido realizado en una situación de libertad intelectual muy saludable.

BIBLIOGRAFÍA

Abadi, M. (1959a). Las sociedades secretas. Aproximación a su esclarecimiento. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 3, 213-225.

– (1959b). El coro y el héroe. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, XVI, 4, 323-332.

– (1959c). El grupo psicoanalítico como sociedad secreta. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, 407-416.

– (1961a). El dilema del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraord. 3-8.

– (1961b). Hacia un psicoanálisis abierto. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraord. 9-11.

– (1961c). Presentación. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraord. 1-2.

– (1978). Claves sueltas para un descifre de lo siniestro. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, 747-756.

Aberastury, A., Aberastury, M. y Cesio, F.R. (1967). Historia, enseñanza y ejercicio legal del psicoanálisis. Buenos Aires, Omega.

Acevedo, M.J. y Volnovich, J.C. (comps.) (1991). El espacio institucional. I y II. Buenos Aires, Lugar Editorial.

Adamson, G. (1977). Fases y mitos en grupo operativo. *Temas de Psicología Social*, n° 6, Buenos Aires, Primera Escuela Privada de Psicología Social, 1984, 53-70.

Adamson, G. y Beller, D. (1978). El silencio y la mirada (acerca de los inicios del grupo operativo). Buenos Aires, Clases de la Primera Escuela Privada de Psicología Social, Ediciones Cinco.

Aizemberg, S. (1978). Tres concepciones psicoanalíticas originales de Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, 675-699.

Alarcón, R.D. (1990). Identidad de la psiquiatría latinoamericana. Voces y exploraciones en torno a una ciencia solidaria. Buenos Aires, Siglo XXI.

Albizuri de García, O. (1986). Contribuciones del psicodrama a la psicoterapia de grupos. *Lo Grupal*, 3, 79-119.

Albizuri de García, O. y Kononovich, B. (1987). Historia del desarrollo y de las prácticas del psicodrama en la Argentina. *Revista Argentina de Psicodrama y Técnicas Grupales*, IV, 3, 1988, 3-6.

Alexander, J.C. (1987a). Las teorías sociológicas desde la segunda guerra mundial. Análisis multidimensional. Barcelona, Gedisa, 1990.

– (1987b). La centralidad de los clásicos. En A. Giddens, J. Turner y otros. *La teoría social hoy*. (pp. 22-80). Madrid, Alianza, 1990.

Allport, F.H. (1923). La falacia de grupo en relación con la ciencia social. *Revista de Psicología Social*, 1985, 0, 71-83.

Alonso Amo, E. (1988). La investigación-acción en la frontera del siglo XXI. *Revista de Psicología Social*, 1988, 3, 213-227.

Althusser, L. (1966). La revolución teórica de Marx. México, Siglo XXI, 1970.

– (1970). Freud y Lacan. En M. Merleau-Ponty, D. Lagache, L. Althusser y M. Foucault. *Psicoanálisis, existencialismo, estructuralismo*. (pp. 77-102). Buenos Aires, Papiro, 1969.

– (1985). Curso de filosofía para científicos. Buenos Aires, Planeta-Agostini, 1985.

Alvarez Uría, F. (1997). Jesús Ibáñez: teoría y práctica. Madrid, Endymion.

Alvarez-Uría, F. y Varela, J. (1986). Las redes de la psicología. Análisis sociológico de los códigos médico-psicológicos. Madrid, Libertarias.

Alvaro Estramiana, J.L. (1995). Psicología social: perspectivas teóricas y metodológicas. Madrid, Siglo XXI.

Alvaro, J.L., Garrido, A. y Torregrosa, J.R. (1996). Psicología social aplicada. Madrid, McGraw-Hill.

Amin, S. (1973). El desarrollo desigual. Ensayo sobre las formaciones sociales del capitalismo periférico. Barcelona, Fontanella, 1974.

– (1979). Clases y naciones en el materialismo histórico. Barcelona, El Viejo Topo, 1979.

Anzieu, D. (1974). Hacia una metapsicología de la creación. *Psicoanálisis del genio creador*. (pp. 13-45). Buenos Aires, Vancu, 1978.

– (1975). El grupo y el inconsciente. Lo imaginario grupal. Madrid, 1986, Biblioteca Nueva, reeditado y ampliado.

Anzieu, D., Bejarano, A., Kaës, R. y otros. (1972). El trabajo psicoanalítico en los grupos. México, 1978, Siglo XXI.

Anzieu, D. y Martin, J.-Y. (1969). La dinámica de los grupos pequeños. Buenos Aires, Kapelusz, 1971.

Anzieu, D. y otros (1974). Psicoanálisis del genio creador. Buenos Aires, Vancu, 1978.

APA. (1978a). Número de homenaje a Enrique Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 3.

– (1978b). Número de homenaje a Enrique Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4.

Arbiser, S. (1978). Un modelo de psicoterapia grupal. Los aportes de Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, 821-839.

Area 3, Cuadernos de temas grupales e institucionales (1997). Sobre los grupos operativos (editorial). *Area 3, Cuadernos de temas grupales e institucionales*, 5, 2-5.

Aricó, J. (1988). La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina. Buenos Aires, Puntosur.

Aristóteles (1988). El hombre de genio y la melancolía. Problema XXX, I. Barcelona, Quaderns Crema, 1996.

– (1993). Moral, a Nicómaco. Madrid, Espasa Calpe.

Arlt, R. (1929). Los siete locos. *Obra Completa*. (pp. 117-305). Buenos Aires, Planeta-Carlos Lohlé, 1991.

Artiles, M.F. (1966). La teoría y psicoterapia de Carl Rogers. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 12, 1966, 379-382.

Asch, S. (1952). Psicología Social. Buenos Aires, Eudeba, 1972.

Aslan, C.M. (1988). ¿Qué le ofrece el psicoanálisis a la sociedad contemporánea? *Revista de Psicoanálisis*, XLV, 6, 1407-1413.

Aulagnier, P. (1969). Sociedades de psicoanálisis y psicoanalista de sociedad. En *El sentido perdido*. (pp. 7-35). Buenos Aires, Trieb, 1980.

Avila Espada, A. (1993). Manual de psicoterapia de grupo analítico vincular, 2 tomos. Madrid, Quipú Ediciones.

- Ayestarán, S. (ed.). (1996). *El grupo como construcción social*. Barcelona, Plural..
- Bachelard, G. (1938). *La formación del espíritu científico*. Buenos Aires, Siglo XXI, 1974.
- Bagú, S., Cardoso, F.H., Córdova, A., Dos Santos, T. y Silva Michelena, H.(1973). *Problemas del subdesarrollo latinoamericano*. México, Ed. Nuestro Tiempo, 1982.
- Balán, J. (1991). *Cuéntame tu vida. Una biografía colectiva del psicoanálisis argentino*. Buenos Aires, Planeta.
- Ball, S.J. (comp.) (1990). *Foucault y la educación. Disciplinas y saber*. Madrid, Morata, 1990.
- Baranger, W. y Garbarino, H. (1961). La enfermedad infantil del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis, XVIII, n° extraord.* 12-17.
- Baranger, W. y Mom, J.M. (1984). Corrientes actuantes en el pensamiento psicoanalítico de América Latina. *Revista de Psicoanálisis, XLI, 4*, 589-607.
- Baremlitt, G. (1971). Psicoanálisis, ideología y política. En *Cuestionamos I*. (pp. 149-183). Buenos Aires, Granica, 1972.
- (1983). La Institución del Psicoanálisis. Su panorama actual, su crisis y su futuro. *Lo Grupal, 1*, 51-63.
- (1987). Revisión sintética y comentarios acerca de los modelos grupales. *Lo Grupal, 5*, 67-89.
- (1988). Notas acerca de un posible programa de investigación sobre el psicoanálisis y lo grupal en Argentina 1988. *Lo Grupal, 6*, 55-69.
- (1988). *Saber, poder, quehacer y deseo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Baremlitt, G. (comp.) (1983). *El inconciente institucional*. México, Nuevomar.
- Baremlitt, G. y otros (1982). *Grupos: Teoría e técnica*. Rio de Janeiro, Edições Graal.
- Basch, C. y Bruno, R. (1996). Lo siniestro a la intemperie. Sobre un texto de Pichon-Rivière. *Revista de Psicoanálisis, LIII, 3*, 781-790.
- Bastide, R. (1974). Para una cooperación entre el psicoanálisis y la sociología en la elaboración de una teoría de las “visiones del mundo”. En U.Eco, L.Goldmann y R.Bastide. *Sociología contra psicoanálisis*. (pp. 191-207). Barcelona, Martínez Roca.
- Baudes de Moresco, M. (1992). *La intervención en grupos*. Buenos Aires, Lugar.

- Bauleo, A. (1970). *Ideología, grupo y familia*. México, 1982, Folios.
- (1971). Marxismo y psicoanálisis. En M. Langer (comp.) *Cuestionamos 1*. (pp. 89-94). Buenos Aires, Granica, 1972.
 - (1973). Plataforma o la historia de un proyecto. En M. Langer (comp.) *Cuestionamos 2*. (pp. 15-21). Buenos Aires, Granica, 1973.
 - (1977a). *Contrainstitución y grupos*. Buenos Aires, 1989, Atuel.
 - (1983a). Problemas de la Psicología Grupal (el grupo Operativo-Productivo). *Lo Grupal, 1*, 11-19.
 - (1983b). Sujeto-Institución: Una relación imposible. *Lo Grupal, 1*, 65-70.
 - (1985). Psicoanálisis e institución. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, 6*, 2-14.
 - (1988). *Notas de Psicología y Psiquiatría Social*. Buenos Aires, Atuel.
 - (1989a). Momentos del grupo. *Ilusión grupal, 1, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México*, 69-78.
 - (1989b). Grupo operativo. *Ilusión grupal, 2, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México*, 72-84.
 - (1989c). Líneas para una Psicología Social Clínica. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, 13*, 103-118.
 - (1990). Plataforma hoy. Grupalidad en dispersión. *Lo Grupal, 8*, 85-92.
 - (1994). L'empirie poétique. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe, n° 23*, 169-174.
 - (1997). Psicoanálisis y grupalidad. Reflexiones acerca de los nuevos objetos del psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós.
- Bauleo, A. (comp.) (1973). *Vicisitudes de una relación*. Buenos Aires, Granica.
- (1974). *Los síntomas de la salud. Psiquiatría social y psicohigiene*. Buenos Aires, Cuarto Mundo.
- Bauleo, A. y Duro, J.C.(1984). El dispositivo grupal en la investigación clínica. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, 5*, 80-86.

Bauleo, A., Caparrós, A., Caparrós, N., Díaz, S., Labrucherie, N., López Ornat, S., Marrero, S. y Pavlovsky, E. (1975). *Psicología y Sociología de grupo*. Madrid, Fundamentos.

Bauleo, A., De Brasi, J.C., De Brasi, M.S., Scherzer, A. y otros. (1983). *La propuesta grupal*. México, Folios.

Bauleo, A., Duro, J.C. y Vignale, R. (eds.). (1990). *La concepción operativa de grupo*. Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.

Baz, M. (1990a). Reflexiones sobre la didáctica grupal. En A. Bauleo, J.C. Duro, y R. Vignale. *La Concepción Operativa de Grupo*. (pp. 203-223). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.

– (1990b). Una trama enigmática: el discurso grupal. *Ilusión grupal*, 4, *Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México*, 42-49.

Baz, M. y Díaz Barriga, A. (1991). Concepción operativa del grupo e investigación. *Lo Grupal*, 9, 115-143.

Beltrán, J.R. (1928). La psico-análisis. *Revista del Círculo Médico Argentino*, II, pp 1952-1987 (ahora en Beltrán, J R et al *Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 137-157*),

Beltrán, J.R. y otros. (1989). *Freud en Buenos Aires. 1910-1939*. Buenos Aires, Puntosur.

Beltrán, M. (1984). Sobre el contenido de la realidad social. En L. Rodríguez Zúñiga, F. Bouza y (comps.). *Sociología contemporánea. Ocho temas a debate*. (pp. 29-66). Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI.

Benchetrit, A. (1978). El continuo “individuo-familia-sociedad”. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, 783-795.

Bercherie, P. (1980). *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Buenos Aires, Manantial, 1993.

– (1983). *Génesis de los conceptos freudianos*. Buenos Aires, Paidós, 1988.

Berenstein, I. (1963). Psicoterapia asistencial de la familia. Un sociograma familiar. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 39-46.

– (1968). El grupo familiar. Proceso terapéutico y encuadre. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 14, 1968, 238-239.

Berenstein, I., Agué, C. y Dio, E. (1964). Observaciones sobre el manejo intragupal en cuatro familias de pacientes esquizofrénicos. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 92-96.

Bermann, G. (1952). James Mapelli. *Revista Latinoamericana de Psiquiatría*, 1, 2, 1952, 107-109.

– (1962). La personalidad del psicoterapeuta. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 85-91.

– (1964). Desarrollo y estado actual de la psicoterapia en la Argentina. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 334-341.

Bernard, M. y Cuissard, A. (1979). Temas de psicoterapia de grupos. Buenos Aires, Helguero.

Bernard, M., Edelman, L., Kordon, D., L'Hoste, M., Segoviano, M. y Cao, M. (1995). Desarrollos sobre grupalidad. Una perspectiva psicoanalítica. Buenos Aires, Lugar.

Berne, E. (1966). Introducción al tratamiento de grupo. Barcelona, 1983, Grijalbo.

Békei, M. (1993). Comentarios al artículo “Los dinamismos de la epilepsia”. *Revista de Psicoanálisis*, 1, 3, 588-593.

Bion, W.R. (1961). Experiencias en grupos. Buenos Aires, 1980, Paidós.

– (1963). Aprendiendo de la experiencia. Barcelona, Paidós, 1980.

– (1970). Volviendo a pensar. Buenos Aires, Lumen-Hormé, 1996.

– (1974). Seminarios de psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 1991.

– (1992). Seminarios clínicos y cuatro textos. Buenos Aires, Lugar.

Blanco, A. (1988). Cinco tradiciones en la psicología social. Madrid, Morata.

Blanco, A. y de la Corte, L. (1996). La Psicología Social Aplicada: algunos matices sobre su desarrollo histórico. En J.L. Alvaro, A. Garrido y J.R. Torregrosa. *Psicología Social aplicada*. (pp. 3-37). Madrid, McGraw-Hill, 1996.

Bleger, J. (1958). Psicoanálisis y dialéctica materialista. Estudios sobre la estructura del psicoanálisis. Buenos Aires, Nueva Visión, 1988.

– (1961). Grupos operativos en la enseñanza. *Temas de psicología (entrevista y grupos)*. (pp. 55-86). Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

- (1962a). Clase inaugural de la cátedra de psicoanálisis. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 56-60.
 - (1962b). El psicólogo clínico y la higiene mental. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 355-361.
 - (1963). *Psicología de la conducta*. Buenos Aires, Eudeba, 1963.
 - (1964). La entrevista psicológica. Su empleo en el diagnóstico y la investigación. *Temas de psicología (entrevista y grupos)*. (pp. 7-43). Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
 - (1966). *Psicohigiene y psicología institucional*. Buenos Aires, Paidós.
 - (1967a). Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico. *Simbiosis y ambigüedad*. (pp. 237-250). Buenos Aires, Paidós, 1975.
 - (1967b). *Simbiosis y ambigüedad*. Estudio psicoanalítico. Buenos Aires, Paidós, 1975.
 - (1967c). Psicología y niveles de integración. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13, 1967, 325-332.
 - (1967d). Enrique Pichon-Rivière. Su aporte a la psiquiatría y al psicoanálisis. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13, 1967, 346-350.
 - (1970). El grupo como institución y el grupo en las instituciones. *Temas de psicología (entrevista y grupos)*. (pp. 87-106). Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.
 - (1973a). Ideología y política. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 509-513.
 - (1973b). La Asociación Psicoanalítica Argentina, el psicoanálisis y los psicoanalistas. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 515-528.
 - (1973c). Intervenciones en el Simposio organizado por el Congreso Judío Mundial. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 529-536.
 - (1973d). Balance de la situación política en Medio Oriente. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, 537-550.
 - (1989). *Psicohigiene e Psicologia istituzionale*. Il colloquio psicologico e contributi per una psicopatologia psicoanalitica. Loreto (Ancona), Editrice Lauretana.
- Bohoslavsky, R.H. (1977). Grupos: propuestas para una teoría. *Revista Argentina de Psicología*, VIII, 22, 85-101.

- Borges, J.L. (1980). *Siete noches*. México, Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Bourdieu, P., Chamboredon, J. y Passeron, J. (1973). *El oficio de sociólogo*. Madrid, Siglo XXI, 1976.
- Braslavsky, M.B. y Bertoldo, C. (1973). Apuntes para una historia reciente del movimiento psicoanalítico argentino. En M. Langer (comp.) *Cuestionamos 2*. (pp. 23-54). Buenos Aires, Granica.
- Bricht, S. y otros (1973). *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Buchrucker, C. (1987). *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Burgelin, P., Canghilhem, G. y otros (1970). *Análisis de Michel Foucault*. Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo.
- Busturia, R. y González, M.J.(1983). Aproximación a la función del gestor desde el esquema de la Concepción Operativa de Grupo. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 2, 9-23.
- Buzzaqui, A. (1984a). Algunas reflexiones teóricas en torno a los equipos técnicos y lo grupal. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 4, 71-84.
- (1984b). Formación del médico de familia en salud mental. *V Jornadas Españolas de Medicina Familiar y Comunitaria, Santiago de Compostela*.
- (1986). Investigación y grupos: algunos problemas en psicología social. *Jornadas “La praxis grupal”, Centro Internacional de Investigación en Psicología social y Grupal, Madrid*.
- (1990). Notas sobre información y formación. *Inédito*.
- (1991a). Trabajo en equipo: nuevo taylorismo? Hay equipos y equipos ... *Trabajo presentado en Jornadas “Grupos operativos en instituciones públicas”, Venecia, 1991, 1-5*.
- (1991b). Formación grupal e institución. *Prácticas grupales en instituciones, Madrid, 8 y 9 de noviembre de 1991, 1-11*.
- (1992). Instituciones. *Seminario dictado en Centro Universitario de Salud Pública, Madrid*.
- (1993a). Seminario sobre teoría grupal. *Dictado en Madrid, febrero 93 a enero 94*.

– (1993b). Sobre psicoanálisis y grupos. *Trabajo presentado en Alicante, en “grupo de los sábados”*.

– (1993c). Rol profesional y trabajo en equipo. *Seminario dictado en Centro Universitario de Salud Pública, Madrid*.

– (1995). En el campo de lo grupal: Grupo, Tarea y Coordinación. *Trabajo social con grupos. Teoría y práctica en los servicios sociales municipales*. (pp. 65-86). Madrid, Area de Servicios Sociales, Ayuntamiento de Madrid.

– (1997). Introducción a una lectura psicoanalítica del grupo. *Seminario dictado en Madrid, primer semestre de 1997*.

Buzzaqui, A. y Duro, J.C. (1992). Institución y formación grupal: una confluencia posible. *Trabajo presentado en Congreso CIR, en Venecia, enero de 1992*.

– (1993). Intervenciones grupales y comunitarias en atención primaria. *Curso dictado en área 9, Insalud, Leganés, encargado por el Centro Universitario de Salud Pública, Madrid*, (abstract)

Buzzaqui, A., Irazábal Martín, E. y Lorenzo, M.D. (1984). El aprendizaje grupal en la formación de técnicos sanitarios. “*Comunicaciones e Indices*”, *I Congreso del Colegio Oficial de Psicólogos*, 6, 129-132.

Buzzaqui, A., Lorenzo, M.D. y Irazábal Martín, E. (1984). La psicología social en la formación de médicos de familia. *II Reunión Nacional de Docentes de Medicina Familiar y Comunitaria, Madrid*.

Buzzaqui, A. y Maszlanka, M. (1991). Acerca del setting grupal y la transferencia. *Jornadas sobre Prácticas grupales en instituciones, 8 y 9 de noviembre de 1991, Madrid*, 1-3.

Buzzaqui, A. y Menitti, S. (1986). Algunas consideraciones sobre rol escénico y rol grupal en un grupo de aprendizaje teatral. *Jornadas “La praxis grupal”, Centro Internacional de Investigación en Psicología social y Grupal, Madrid*.

Buzzaqui, A., Monserrat, A., Maszlanka, M. y Lorenzo, M.D. (1991). Aspectos del trabajo grupal: encuadre de los coordinadores, encuadre de los integrantes. *Trabajo presentado en Congreso en Buenos Aires, en 1991*, 1-4.

Buzzaqui, A. y otros (1994). Grupo de aprendizaje y equipo de coordinadores: una revisión.

Buzzaqui, A. y Uris Sellés, J. (1997). El grupo de discusión. Una herramienta para la investigación en Atención Primaria. *Formación Médica Continuada en Atención Primaria*, 4, 7, 421-433.

- Campos Avillar, J., Caparrós, N., Kesselman, H. y otros(1980). Psicología dinámica grupal. Madrid, Fundamentos.
- Canetti, E. (1960). Masa y poder. Buenos Aires, Muchnik, 1981.
- Cano, D. (1985). La educación superior en la Argentina. Buenos Aires, FLACSO/GEL.
- Canto, E. (1989). Borges a contraluz. Madrid, Espasa Calpe.
- Caparrós, A. (1991). Apuntes para una epistemología del grupo. *Lo Grupal*, 9, 97-113.
- Caparrós, N. y Bauleo, A.(1993). Entonces...después. *Clínica y Análisis Grupal*, 15 (63), 183-195.
- Cardoso, F.H. y Faletto, E. (1967). Dependencia y desarrollo en América Latina. Santiago de Chile, Santiago, 1967.
- Cartwright, D. y Zander, A. (1953). Dinámica de grupos. Investigación y teoría. México, Trillas, 1992.
- Caruso, I.A. (1972). Aspectos sociales del psicoanálisis. México, Premia, 1979.
- Carri, R. (1973). Poder imperialista y liberación nacional (las luchas del peronismo contra la dependencia). Buenos Aires, Efece ediciones.
- Castel, F., Castel, R. y Lovell, A. (1979). La sociedad psiquiátrica avanzada. El modelo norteamericano. Barcelona, 1980, Anagrama.
- Castel, R. (1973). El psicoanalismo. El orden psicoanalítico y el poder. México, 1980, Siglo XXI.
- (1980). El orden psiquiátrico. Madrid, La Piqueta, 1980.
- (1981). La gestión de los riesgos.
- Castoriadis, C. (1975a). La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 2: El imaginario social y la institución. Barcelona, Tusquets, 1989.
- Castoriadis, C. (1975b). La institución imaginaria de la sociedad. Vol. 1: Marxismo y teoría revolucionaria. Barcelona, Tusquets, 1983.
- Castoriadis-Aulagnier, P. (1975). La violencia de la interpretación. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Centre International de Recherches en Psychologie Groupale et Sociale (CIR). (1982-1991). Boletines.

Cesio, F.R. (1981). Historia del movimiento psicoanalítico latinoamericano. *Revista de Psicoanálisis*, XXXVIII, 4, Buenos Aires, APA, XXXVIII, 4, 695-713.

Chasseguet-Smirgel, J. (1975). El ideal del yo. Ensayo psicoanalítico sobre la “enfermedad de idealidad”. Buenos Aires, 1991, Amorrortu.

Cicourel, A. y Kornblit, A. (1964). Consideraciones sociológicas sobre la enfermedad mental. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 11-17.

Correale, A. y Neri, C. (1986). El estado grupal naciente. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, IX, 2, 15-26.

Correas, C. (1991). La operación Masotta. Buenos Aires, Catálogos.

Crespo, E. (1995). Introducción a la Psicología Social. Madrid, Universitas.

Dalma, J. (1964). Ubicación y extensión epistemológica de la psicopatología, de la psiquiatría y de la “psiquiatría mayor”. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 307-315.

Danis, J. (1973). El psicólogo y el psicoanálisis. En S. Bricht y otros. *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión.

De Barros Conde Rodrigues, H. y de Souza, V.L.B. (1989). El análisis institucional y la profesionalización del psicólogo. *Lo Grupal*, 7, 121-143.

De Brasi, J.C. (1987). Elucidaciones sobre el ECRO, un análisis desde la clínica ampliada. *Lo Grupal*, 4, 1987, 97-117.

– (1990). Subjetividad, grupalidad, identificaciones. Apuntes metagrupales. Buenos Aires, Ayllu.

– (1993). Devenir de la grupalidad y subjetividad en psicoanálisis. El caso de “Psicología de las masas”. *Lo Grupal*, 10, 59-95.

De Brasi, M. (1983a). Relación tarea-grupo operativo. En A. Bauleo, J.C. De Brasi y otros. *Propuesta grupal*. (pp. 29-35). México, Plaza y Valdés, 1991.

– (1983b). La institucionalización del análisis. *Lo Grupal*, 5, 1987, 101-106.

De Brasi, M., Lorenzo, L. y Lucato, L.(1985). Concepción Operativa del Grupo. *Papeles del Colegio*, 3 (19), 7-10.

- De Torre, G. (1936). Homenaje a Freud. *Sur*, VI, n° 21, junio, pp 99-110 (ahora en Beltrán, J R et al *Freud en Buenos Aires 1910-1939* pp 217-225),
- Del Cueto, A.M. y Fernández, A.M. (1985). El dispositivo grupal. *Lo Grupal*, 2, 13-56.
- Delclaux, I., Peláez, F., Peñarrubia, F. y Rodríguez Zúñiga, L. (1985). Comentarios al artículo de Floyd Allport. *Revista de Psicología Social*, 1985, 0, 84-94.
- Deleuze, G. y Parnet, C. (1977). Diálogos. Valencia, Pre-Textos, 1980.
- Delgado, H. (1965). Acerca del panorama de la psiquiatría latinoamericana. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 11, 397-402.
- Delich, F. (1977). Crítica y autocrítica de la razón extraviada. Veinticinco años de sociología. Buenos Aires, El Cid Editor.
- Dellarosa, A. (1968). La psicoterapia en grupos y las instituciones asistenciales. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 14, 1968, 144-148.
- Departamento de Investigaciones Institucionales(1982). Actas e Informes. *Centro Internacional de Investigaciones en Psicología Social y Grupal*.
- Deutsch, M. y Krauss, R.M. (1965). Teorías en psicología social. México, 1988, Paidós.
- Devereux, G. (1967). De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. México, 1977, Siglo XXI.
- Doise, W. (1979). Psicología social y relaciones entre grupos. México, 1982, Fondo Educativo Interamericano.
- Drevillon, J. (1973). Psicología de los grupos humanos. Buenos Aires, 1978, Nueva Visión.
- Durkheim, E. (1895). Las reglas del método sociológico. Buenos Aires, Schapire, 1967.
- Duro, J.C. (1988). La salud mental como tarea grupal. *Psiquiatría Pública*, 2 (3), 52-56.
- (1992). La formación grupal de profesionales en instituciones públicas. *Clínica y Salud*, 3 (1), 77-84.
- (1993a). El psicólogo clínico y el trabajo en el Equipo de Salud Mental. *Apuntes de Psicología*, 38-39, 59-72.

– (1993b). Elementos metodológicos para la formación en salud pública. *Jornadas de Antropología Social y Salud Pública. I Jornadas de Promoción y Educación para la Salud*. (pp. 31-38). Madrid, Centro Universitario de Salud Pública.

Duro, J.C., Ibáñez, M.L., López, L. y Vignale, R. (1990). Dispositivos grupales en salud mental comunitaria. En A. Bauleo, J.C. Duro y R. Vignale *La Concepción Operativa de Grupo*. (pp. 37-77). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.

Duro, J.C. y Irazábal, E. (1985). El loco de la comunidad. Una intervención grupal en salud mental comunitaria. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 6, 30-88.

Eco, U., Goldmann, L. y Bastide, R. (1974). Sociología contra psicoanálisis. Barcelona, 1974, Martínez Roca.

Eiguer, A. (1994). A propos de la “defense cynique”. *Revue de Psychotérapie Psychoanalytique de Groupe*, 23, 129-136.

Eiguer, A. y Litovsky, D. (1974). Introduction à la théorie des groupes de Pichon-Rivière. *Bulletin de Psychologie*, 45-60.

El País (1989). El español que tumbó a Argentina en el diván. *El País*, 5 de diciembre, 1989.

Espiro, N. (1971). La psicoterapia con pequeños grupos y sus modelos. *Revista de Fisiopatología y terapéutica clínica*, 2, nº 5, Buenos Aires, 1971, 269-295.

– (1973). El lugar de la teoría psicoanalítica en la psicoterapia con grupos pequeños. Un modelo del grupo como unidad de producción. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, XIX, 362-371.

– (1985). El malestar en la cultura. Problemas del psicoanálisis aplicado. *Revista de Psicoanálisis*, XLII, 6, Buenos Aires, APA, 1199-1219.

– (1989). Discusión a la Ponencia *Líneas para una Psicología Social Clínica*. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 119-125.

– (1993). Nota necrológica. Dr. Angel Garma (1904-1993). *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 18, 179-185.

– (1997). Crítica del concepto de regresión aplicado al campo de los fenómenos de grupo. En R. Gómez y E. Gamo. *Grupos terapéuticos y asistencia pública*. (pp. 57-65). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.

Etchegoyen, R.H. (1963). Estado actual de la psicoterapia en la Argentina. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 93-113.

Etchegoyen, R.H., Zogbi, S. y Villanueva, J.A. (1965). La posición depresiva y el proceso del aprendizaje. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 11, 1965, 19-23.

Evelson, E. y V.de Grinberg, R. (1959). Relaciones entre analistas de adultos y de niños. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 351-353.

Evelson, E., V.de Grinberg, R., Smolensky, G. y Teper, E. (1959). Respuesta emocional de un grupo de estudio frente al symposium. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 388-391.

Ezriel, H. (1990). Un enfoque psicoanalítico sobre el tratamiento de pacientes en grupo. *Ilusión grupal*, 3, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México. 2-11.

Fals Borda, O. (1968). Las revoluciones inconclusas en América Latina (1809-1968). México, Siglo XXI, 1980.

– (1980). La ciencia y el pueblo: nuevas reflexiones. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 65-84). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Fernández, A.M. (1989). El campo grupal. Notas para una genealogía. Buenos Aires, Nueva Visión.

Fernández, A.M. y De Brasi, J.C. (comps.) (1993). Tiempo histórico y campo grupal. Masas, grupos e instituciones. Buenos Aires, Nueva Visión.

Ferrater Mora, J. (1979). Diccionario de Filosofía. Madrid, Alianza.

Ferry, G. (1970). El trabajo en grupo. Hacia la autogestión educativa. Barcelona, 1977, Fontanella.

Feyerabend, P. (1975). Tratado contra el método. Madrid, 1992, Tecnos.

Fiasché, A. (1985). Estructura social de los países de América Latina y la salud mental. *Lo Grupal*, 2, 159-174.

Fine, R. (1979). Historia del psicoanálisis (2 tomos). Buenos Aires, 1982, Paidós.

Foladori, H.C. (1990). Hacia una teoría de lo emergente en grupo operativo. *Ilusión grupal*, 3, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México. 27-51.

Fontana, A.E. (1966). Psicoterapia y comunidad. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 12, 382-385.

Foucault, M. (1963). El nacimiento de la clínica. México, Siglo XXI, 1978.

– (1964a). Historia de la locura en la época clásica. 2 tomos. México, Fondo de Cultura Económica, 1979.

– (1965). Foucault, M. (1965). Nietzsche, Marx, Freud. En M. Merleau-Ponty, D. Lagache, L. Althusser y M. Foucault. *Psicoanálisis, existencialismo, estructuralismo*. Buenos Aires, Papiro, 1969.

– (1969). Arqueología del saber. México, Siglo XXI, 1978.

– (1975). Vigilar y castigar. Madrid, Siglo XXI, 1978.

– (1978). Microfísica del poder. Madrid, La Piqueta, 1978.

Foulkes, S.H. (1975). Psicoterapia grupo-analítica. Método y principios. Barcelona, 1981, Gedisa.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. *Obras Completas, tomo I.* (pp. 343-720). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

Freud, S. (1908). El poeta y los sueños diurnos. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1343-1348). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1909). Psicoanálisis. Cinco conferencias pronunciadas en la Clark University (Estados Unidos). *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1533-1563). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1910). El psicoanálisis “silvestre”. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1571-1574). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1913). Tótem y tabú. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1745-1859). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1914a). Historia del movimiento psicoanalítico. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1895-1930). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1914b). Introducción al narcisismo. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 2017-2033). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

– (1914c). Recuerdo, repetición y elaboración. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 1683-1688). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

- (1915a). Los instintos y sus destinos. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 2039-2052). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1915b). La represión. *Obras Completas, tomo II.* Madrid: Biblioteca Nueva, 1973, 1915, p. 2053-2060.
- (1915c). Lo inconsciente. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 2061-2082). Buenos Aires, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1917a). Lecciones introductorias al psicoanálisis. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 2123-2412). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1917b). El duelo y la melancolía. *Obras Completas, tomo II.* (pp. 2091-2100). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1919). Lo siniestro. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2483-2505). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1920). Más allá del principio del placer. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2507-2541). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2563-2610). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1923). El Yo y el Ello. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2701-2728). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1926a). Análisis profano (Psicoanálisis y medicina). *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2911-2959). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1926b). Inhibición, síntoma y angustia. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2833-2883). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1927). El porvenir de una ilusión. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 2962-2992). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1930). El malestar en la cultura. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 3017-3067). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1933). Nuevas lecciones introductorias al psicoanálisis. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 3101-3206). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.
- (1939). Moisés y la religión monoteísta: tres ensayos. *Obras Completas, tomo III.* (pp. 3242-3326). Madrid, Biblioteca Nueva, 1973.

G.de Muchinik, E., Rubistein, A. y S.de Frydman, S. (1987). Temas en Psicología Social. I, II, III y IV. Buenos Aires, Tekné.

Garbarino, H., Garbarino, M., Vázquez, W. y cols. (1962). Grupos terapéuticos y grupos ideológicos. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 91-98.

García de la Hoz, A. (1976). Revisión histórica de la psicoterapia grupal. *Clínica y Análisis Grupal*, 1, 1, 1976, Madrid, 8-19.

García de la Hoz, A. (1977). La evolución del concepto de grupo operativo. *Clínica y Análisis Grupal*, 2, 2, 1977, Madrid, 46-58.

García, G. y Moragues, A.M. (1992). Psicología Social hoy. Buenos Aires, Lugar.

García, G.L. (1978). La entrada del psicoanálisis en la Argentina. Obstáculos y perspectivas. Buenos Aires, Altazor.

García, G.L. (1980). Oscar Masotta y el psicoanálisis del castellano. Barcelona, Argonauta.

García, M. y Waisbrot, D. (1981). Pichon-Rivière: una vuelta en espiral dialéctica. Buenos Aires, Centro Editor Argentino.

Garma, A. (1940). Psicoanálisis de los sueños.

– (1959a). Cómo mejorar las relaciones entre psicoanalistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 362-367.

– (1959b). Algunos contenidos latentes de las discordias entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 354-361.

– (1972). Los grupos de psicoanalistas rivales y sus influencias en los candidatos a psicoanalistas. *Revista de Psicoanálisis*, XXXIX, 4, Buenos Aires, APA,

– (1979). Nuevas aportaciones al psicoanálisis de los sueños. Buenos Aires, Paidós.

Gay, P. (1989). Freud: Una vida de nuestro tiempo. Buenos Aires, Paidós.

Gear, M.C. y Liendo, E.C. (1974). Psicoterapia estructural de la pareja y del grupo familiar. Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.

Gergen, K.J. (1973). Social Psychology as history. *Journal of Personality and Social Psychology*, 26, 309-320.

- (1987). La psicología posmoderna y la retórica de la realidad. En T. (.). Ibáñez Gracia. *El conocimiento de la realidad social*. (pp. 157-185). Barcelona, Sendai, 1989.

Germani, G. (1962). *Política y sociedad en una época de transición*. Buenos Aires, Paidós, 1970.

– (1966). *Ensayos sobre sociología y psicología social*. Buenos Aires, Paidós, 1971.

– (1969). El cambio social y los conflictos intergrupales. En I. Horowitz (comp.). *La nueva sociología. Ensayos en honor de C. Wright Mills*. (pp. 172-189). Buenos Aires, Amorrortu.

– (1971). *Sociología de la modernización. Estudios teóricos, metodológicos y aplicados a América Latina*. Buenos Aires, Paidós, 1971.

– (1973). *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Giddens, A. (1991). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Barcelona, 1995, Península.

Giddens, A., Turner, J. y otros (1987). *La teoría social hoy*. Madrid, Alianza, 1990.

Girard, R. (1972). *La violencia y lo sagrado*. Barcelona, Anagrama, 1983.

Girard, R. (1974). Un análisis de Edipo Rey. En U.Eco, L.Goldmann y R.Bastide. *Sociología contra psicoanálisis*. (pp. 146-190). Barcelona, Martínez Roca.

Glasserman, M.R. y Sirlin, M.E. (1979). *Psicoterapia de grupo en niños*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Goffman, E. (1959). *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Madrid, Amorrortu-Murguía, 1987.

– (1961). *Internados*. Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

Goldar, E. (1971). *El peronismo en la literatura argentina*. Buenos Aires, Freeland.

Goldenberg, M. (1983). Cierre del curso. Relato de mi más querida experiencia docente-asistencial. En L. Hornstein. *Introducción al psicoanálisis*. (pp. 161-175). Buenos Aires, Trieb.

Goldmann, L. (1968). *Marxismo, dialéctica y estructuralismo*. Buenos Aires, Calden.

– (1974). El sujeto de la creación cultural. En U.Eco, L.Goldmann y R.Bastide. *Sociología contra psicoanálisis*. (pp. 223-244). Barcelona, Martínez Roca.

Goldstein, N., Marucco, N.C., Saimovici, E. y Weissmann, F. (1984). Reflexiones sobre las vicisitudes de las ideas psicoanalíticas en América Latina. *Revista de Psicoanálisis*, *XLI*, 5, Buenos Aires, APA, 903-912.

Gómez, R. y Amilivia, S. (1988). Algunas formas de resistencia al cambio en el aprendizaje grupal. *Revista de la Asociación Española de Neurosiquiatría*, 3 (25), 427-437.

González, H. (comp.). (1987). Los días de la Comuna. Filosofando a orillas del río (Actas del Congreso Nacional de Filosofía y Ciencias Sociales, 5-8 de noviembre de 1986). Buenos Aires, Puntosur.

González, M.J. (1983). Psicología Comunitaria ¿una práctica específica?. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 2, 45-56.

González, M.J. y Buzzaqui, A. (1982). Algunos aspectos del trabajo de un equipo de coordinadores de grupo operativo en una institución sanitaria de Madrid: Centro de Medicina Comunitaria. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 1, 57-64.

González, M. P. (1995). Orientaciones teóricas fundamentales en psicología de los grupos. Barcelona, EUB.

González, M. P. y Vendrell, E. (1996). El grupo de experiencia como instrumento de formación. Manual didáctico para monitores de grupo. Barcelona, EUB.

Gorriti, F. (1926). Reparos al Complejo de Edipo. *La Semana Médica (folleto) (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 158- 172)*,

Green, A. (1974). La interpretación psicoanalítica de las producciones culturales y de las obras de arte. En U.Eco, L.Goldmann y R.Bastide. *Sociología contra psicoanálisis*. (pp. 21-67). Barcelona, Martínez Roca.

Green, A. (1990). La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada. Buenos Aires, Amorrortu, 1993.

Greenberg, I.A. (1977). Moreno y el psicodrama. Biografía e historia. Buenos Aires, 1977, Hormé.

Grego, B. y Kaumann, I. (1973). El lugar del psicólogo en el proceso de producción del psicoanálisis en Buenos Aires. En S. Bricht y otros. *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Greve, G. (1910). Sobre psicología y psicoterapia de ciertos estados angustiosos. *Revista de Psicoanálisis*, *III*, Buenos Aires, APA, 1945, 203-213.

Grinberg, L. (1959). Vicisitudes de las relaciones entre analistas y sus motivaciones. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 368-380.

– (1961). Reseña histórica de la Asociación Psicoanalítica Argentina. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, 3, Buenos Aires, APA, 299-303.

– (1981). Bion y el vértice psicoanalítico de la psicoterapia de grupo. *Psicoanálisis aplicado*. (pp. 28-43). Valencia, Promolibro, 1996.

Grinberg, L., Gear, M.C. y Liendo, E.C. (1976). Grupos dinámicos de acuerdo a un modelo semiótico (I.R.M.) basado en la identificación y contraidentificación proyectivas. En L. Grinberg. *Psicoanálisis aplicado*. (pp. 11-26). Valencia, Promolibro, 1996.

Grinberg, L., Langer, M. y Rodríguez, E. (comps.) (1959). El grupo psicológico en la terapéutica, enseñanza e investigación. Buenos Aires, Nova.

Grinberg, L., Langer, M. y Rodríguez, E. (1957). Psicoterapia del grupo. Su enfoque psicoanalítico. Buenos Aires, Paidós, 1974.

Grinberg, L. y otros. (1961). Historia y evolución de la psicología y psicoterapia de grupo en la Argentina. *Revista de Psicología y Psicoterapia de Grupo*, Buenos Aires, I, 1,

Grupo Quipú de Psicoterapia(1988). El grupo, lugar de encuentro y divergencia. 1as. Jornadas Internacionales sobre Grupo, Psicoanálisis y Psicoterapia. Madrid, Grupo Quipú de Psicoterapia.

Guattari, F. (1972). Psicoanálisis y transversalidad. Crítica psicoanalítica de las instituciones. Buenos Aires, 1976, Siglo XXI.

Guerrino, A.A. (1982). La psiquiatría argentina. Buenos Aires, Ediciones Cuatro.

Guillem Nacher, P. y Loren Camarero, J.A. (1985). Del diván al círculo. Madrid, Tecnipublicaciones.

Gukenbiehl, H.L. (1980a). Los grupos formales e informales como formas básicas de la estructura social. En B. Schäfers. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 59-74). Barcelona, Herder, 1984.

– (1980b). Los grupos de referencia. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 90-110). Barcelona, Herder.

Habermas, J. (1987). Teoría de la acción comunicativa. Madrid, Taurus.

Harari, R. (1987). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis de Lacan: una introducción. Buenos Aires, Nueva Visión.

Harari, R. y Musso, E. (1973). El lugar del psicólogo clínico en la Argentina. En S.Bricht y otros. *El rol del psicólogo*. Buenos Aires, Nueva Visión.

Harnecker, M. (1996). Marxismo y humanismo. *Papers*, 50, 121-132.

Herbert, T. (1966a). Reflexiones sobre la situación teórica de las ciencias sociales, especialmente de la psicología social. En J. Miller y T. Herbert. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. (pp. 41-75). Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

– (1966b). Notas para una teoría general de las ideologías. En J. Miller y T. Herbert. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. (pp. 77-105). Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

Hesnard, A. (1957). Psicoanálisis del vínculo interhumano. Buenos Aires, Proteo, 1968.

Homans, G.C. (1950). El grupo humano. Buenos Aires, Eudeba, 1971.

Hornstein, L. (1983). Introducción al psicoanálisis. Buenos Aires, Trieb.

– (1988). Cura psicoanalítica y sublimación. Buenos Aires, Nueva Visión.

Huici Casal, C. (dir.) (1987). Estructura y procesos de grupo. Unidad didáctica de la UNED, 2 tomos. Madrid, Universidad Nacional de educación a distancia.

Huici, C. (1996). Psicología Social de los grupos: desarrollos recientes. *Revista de Psicología Social*, 11,1, 3-18.

Huici, C., Alvira, F. y Morales, J.F. (1988). Comentarios a Kurt Lewin: Acción-investigación y problemas de las minorías. *Revista de Psicología Social*, 1988, 3, 241-255.

Ibáñez Gracia, T. (1989). El conocimiento de la realidad social. Barcelona, Sendai.

– (1990). Aproximaciones a la psicología social. Barcelona, Sendai.

Ibáñez, J. (1979). Más allá de la sociología. El grupo de discusión: Técnica y crítica. Madrid, Siblo XXI.

– (1981). Usos tópicos y abusos utópicos de las técnicas de grupo. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 1, 1, 1981, 16-36.

– (1985). Del algoritmo al sujeto. Perspectivas de la investigación social. Madrid, Siglo XXI.

Irazábal, E. (1990). Apuntes para una Psicología Social de los equipos (de salud mental). En A. Bauleo, J.C. Duro, y R. Vignale. *La Concepción Operativa de Grupo*. (pp. 191-202). Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría.

– (1994). La formación grupal en Atención Primaria de Salud. *Area 3 Cuadernos de temas grupales e institucionales*, 19-26.

Jaguaribe, H., y Ferrer, A.(1970). La dependencia político-económica de América Latina. México, Siglo XXI, 1977.

Jaitin, R. (1987). Apoyos grupales en la crianza infantil. Buenos Aires, Cinco.

– (1994). Le porte-voix dans l'oeuvre d'Enrique Pichon-Rivière. *Revue de Psychotérapie Psychoanalytique de Groupe*, n° 23, 175-179.

Jaques, E. (1955). Los sistemas sociales como defensa contra las ansiedades persecutoria y depresiva. En I.E.P. Menzies y E. Jaques. *Los sistemas sociales como defensa contra la ansiedad*. (pp. 15-52). Buenos Aires, Hormé, 1980.

– (1961). Trabajo, incentivos y retribución. Buenos Aires, Hormé, 1968.

– (1963). Muerte y crisis de la mitad de la vida. *Psicoanálisis del genio creador*. (pp. 277-301). Buenos Aires, Vancu, 1978.

Jasiner, G., Grassetti, N. y Jasiner, C. (1986). Acerca de la apertura. Buenos Aires, Ediciones Cinco.

Jasiner, G. y Woronowski, M. (1992). Para pensar a Pichon. Buenos Aires, Lugar.

Jauretche, A. (1957). Los profetas del odio y la yapa. La colonización pedagógica. Buenos Aires, A. Peña Lillo, 1968.

Kaës, R. (1976). El aparato psíquico grupal. Barcelona, Granica, 1977.

– (1982). Imagos y complejos fraternos en el proceso grupal. En J.L. Martí i Tusquets y L. Satne. *Desarrollos en Psicoterapia de Grupo y Psicodrama*. (pp. 271-283). Barcelona, Gedisa, 1982.

– (1989). El apoyo grupal del psiquismo individual: algunas consecuencias teóricas en relación a los conceptos de individuo y grupo. *Ilusión grupal*, 2, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México, 2-25.

– (1993). El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo. Buenos Aires, 1995, Amorrortu.

– (1994a). La invención psicoanalítica del grupo. Buenos Aires, Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo.

– (1994b). Enrique Pichon-Rivière, un homme des frontières. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 5-11.

– (1996). Conferencia: El estatuto teórico-clínico del grupo. De la psicología social al psicoanálisis. México:UAM, Xochimilco, Internet :1-22, 1996.

Kaës, R., Bleger, J., Enriquez, E., Fornari, F. y otros (1987). La institución y las instituciones. Estudios psicoanalíticos. Buenos Aires, 1989, Paidós.

Kalivoda, R. (1968). Marx y Freud. Barcelona, Ed. Anagrama, 1975.

Kaminsky, G.G. (1990). Dispositivos institucionales. Democracia y autoritarismo en los problemas institucionales. Buenos Aires:Lugar, 1990.

Kemmis, S. (1990). Mejorando la educación mediante la investigación-acción. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 175-204). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Kern, B. (1980). El grupo de trabajo en la empresa industrial. En B. Schäfers. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 204-238). Buenos Aires, Herder, 1984.

Kesselman, H. (1966). La enseñanza de la psiquiatría en el hospital general. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 12, 1966, 221

– (1971). Plataforma Internacional: psicoanálisis y antiimperialismo. *Cuestionamos*. Buenos Aires, Granica.

– (1977). El misterio de la dinámica grupal. *Lo Grupal*, 2, 1985, 103-122.

– (1987). El desarrollo de la agresión en el individuo en el contexto de su grupo familiar. *Lo Grupal*, 4, 59-95.

Kesselman, H. y Campos Avillar, J. (1988). Del psicoanálisis a la psicología social: El Grupo Análisis Operativo. *Lo Grupal*, 6, 71-80.

Kesselman, H. y Pavlovsky, E. (1989). La multiplicación dramática. Buenos Aires, Ayllu.

Kesselman, H., Pavlovsky, E. y Frydlewsky, L. (1978). Las escenas temidas del coordinador de grupos. Madrid, 1981, Fundamentos.

– (1980). Clínica grupal II. Buenos Aires, Búsqueda.

Kesselman, H. y Tarnopolsky, A. (1963). Ansiedades diagnósticas y ansiedades terapéuticas en el grupo entrevistador. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 143-153.

Klimovsky, G. (1973). Niveles de integración y relaciones entre teorías científicas. *Revista de Psicoanálisis*, XXX, 2, Buenos Aires, APA, 489-508.

Klimovsky, G., Varsavsky, O., y otros (1975). Ciencia e ideología. Aportes polémicos. Buenos Aires, Ciencia Nueva.

Kononovich, B. (1981). Psicodrama comunitario con psicóticos. Buenos Aires, 1984, Amorrortu.

Kononovich, B. y Saidón, O. (1991). La escena institucional. Buenos Aires, Lugar.

Korin, S. (1978). Equipos psicoterapéuticos para pacientes críticos. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 3, Buenos Aires, APA, 625-643.

Korn, F. y Kornblit, A. (1963). Revisión de un concepto sociológico de la normalidad. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 292-297.

Kowenski, L. (1993). Desde Freud y Pichon-Rivière... una historia. *Revista de Psicoanálisis*, L, 3, Buenos Aires, APA, 595-604.

Kuhn, T.S. (1962). La estructura de las revoluciones científicas. Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.

Lacan, J. (1947). La psiquiatría inglesa y la guerra. *Uno por Uno*, 40, 1994, 9-27.

– (1954). Seminario II. El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Paidós, 1988.

– (1964). Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 1989.

– (1966). Escritos I y II. México, Siglo XXI, 1984.

– (1973). El atolondrado, el atolondradicho o las vueltas dichas. Buenos Aires, s.f. (título original: L'Etourdit, Scilicet n° 4, París, Seuil, p. 5-52),

Lakatos, I. (1971). La historia de la ciencia y sus reconstrucciones racionales. Madrid, Alianza, 1988.

– (1978). La metodología de los programas de investigación científica. Madrid, Alianza, 1988.

Langer, M.(comp). (1971). Cuestionamos 1. Documentos de crítica a la ubicación del psicoanálisis. Buenos Aires, Granica, 1972.

– (1973). Cuestionamos 2. Psicoanálisis institucional y psicoanálisis sin institución. Buenos Aires, Granica.

– Langer, M. (1959). Ideología e idealización. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 417-422.

– (1971). Psicoanálisis y/o revolución social. En c. Langer M. *Cuestionamos I*. (pp. 257-269). Buenos Aires, Granica.

– (1975). Vicisitudes del movimiento psicoanalítico argentino. En Juan C.Volnovich y S.Werthein. *Mujer, psicoanálisis y marxismo*. (pp. 97-124). Buenos Aires, Contrapunto, 1989.

– (1985). Lo que el grupo me dio. *Lo Grupal*, 2, 123-132.

– (1990). Un mecanismo de defensa en grupos preformados. *Ilusión grupal*, 4, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México, 50-56.

Langer, M., del Palacio, J. y Guinsberg, E. (1981). Memoria, historia y diálogo psicoanalítico. México, Folios.

Lapassade, G. (1967). Grupos, organizaciones e instituciones. La transformación de la burocracia. México, 1985, Gedisa.

Laplanche, J. (1980). La sublimación. Problemáticas III. Buenos Aires, Amorrortu, 1987.

– (1987). Castración. Simbolizaciones. Problemáticas II. Buenos Aires, Amorrortu, 1990.

Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1968). Diccionario de psicoanálisis. Barcelona, Labor, 1981.

– (1985). Fantasía originaria, fantasía de los orígenes, orígenes de la fantasía. Barcelona, 1986, Gedisa.

Larriera, S. (1982). Aproximaciones a una topología grupuscular psicoanalítica. En J.L. Martí i Tusquets y L. Satne. *Desarrollos en Psicoterapia de Grupo y Psicodrama*. (pp. 15-39). Barcelona, Gedisa, 1982.

Lemoine, G. y Lemoine, P. (1972). Una teoría del psicodrama. Buenos Aires, 1974, Granica.

León, C.A. (1963). La higiene mental en el medio universitario. Facultad de Medicina. El personal docente. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 310-320.

Lewin, K. (1935). Dinámica de la personalidad. Madrid, Morata, 1973.

– (1946a): La investigación-acción y los problemas de las minorías. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 13-25). Madrid, Editorial Popular, 1992.

– (1946b). Acción-investigación y problemas de las minorías. *Revista de Psicología Social*, 1988, 3, 229-240.

– (1951). La teoría del campo en la ciencia social. Buenos Aires, Paidós, 1978.

– (1991). Epistemología comparada. Madrid, Tecnos.

Lévi-Strauss, C. (1958). Antropología estructural. Buenos Aires, Eudeba, 1968.

Liberman, D. (1959). Actuación y realización en las relaciones humanas entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 423-431.

– (1961). Una nota acerca de la aplicación de la teoría de la comunicación a la comprensión y explicación de la situación analítica. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, 4, Buenos Aires, APA, 337-343.

– (1962). La comunicación en terapéutica psicoanalítica. Aplicaciones de la teoría de la comunicación al proceso transferencial. Buenos Aires, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1971.

– (1971). Una nota acerca de lo inconsciente en ciencias sociales. *Revista Argentina de Psicología*, II, 7, Buenos Aires, Galerna, 20-23.

Liberman, D., Ferschtut, G. y Sor, D. (1961). El contrato analítico. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraordinario, Buenos Aires, APA, 85-98.

Liendo, E.C. (1969a). Análisis de un modelo posible de interpretación en el grupo operativo. El trabajo con grupos operativos I. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 15, 1969, 34-42.

– (1969b). Momentos típicos en el trabajo con grupos operativos. El trabajo con grupos operativos II. Pretarea, dilema-problema, decisión y nuevo proyecto. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 15, 1969, 43-54.

Lippitt, R., Watson, J. y Westley, B. (1958). La dinámica del cambio planificado. Buenos Aires, Amorrortu, 1970.

Lourau, R. (1969). El psicoanálisis en la división del trabajo. En R. García. *La institución del análisis*. -43). Barcelona, Anagrama, 1971.

– (1970). El análisis institucional. Buenos Aires, 1975, Amorrortu.

– (1977). El Estado en el análisis institucional. *Clínica y Análisis Grupal*, 2, 3, 1977, Madrid, 72-83.

Lourau, R. (1993). Grupos e institución. *Lo Grupal*, 10, 47-57.

López-Yarto Elizalde, L. (1997). Dinámica de grupos. Cincuenta años después. Bilbao, Desclée de Brower.

Luchina, I.L. (1959). Notas sobre el tema de la asistencia psicoterápica en los hospitales. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 2, Buenos Aires, APA, 176-177.

– (1978). Psicoanálisis e instituciones. Interconsulta médico-psicológica y asistencia institucional. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, Buenos Aires, APA, 797-819.

Luft, J. (1973). Introducción a la dinámica de grupos. Barcelona, 1992, Herder.

Lustig de Ferrer, S. (1959). Mis vivencias de pregraduada frente a las relaciones entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 333-336.

Maisonneuve, J. (1968). La dinámica de los grupos. Buenos Aires, 1980, Nueva Visión.

Maldavsky, D. (1977). Teoría de las representaciones. Sistemas y matrices, transformaciones y estilo. Buenos Aires, Nueva Visión.

– (1991). Procesos y estructuras vinculares. Mecanismos, erogeneidad y lógicas. Buenos Aires, Nueva Visión.

– (1996). Linajes abúlicos. Procesos tóxicos y traumáticos en estructuras vinculares. Buenos Aires, Paidós.

– (1997). Sobre las ciencias de la subjetividad. Exploraciones y conjeturas. Buenos Aires, Nueva Visión.

Malfé, R., Mazzerca, R., Canessa, G., Autino, G. y Reich, I. (1982). Psicología institucional psicoanalítica: un caso institucional. En J.L. Martí i Tusquets y L. Satne. *Desarrollos en Psicoterapia de Grupo y Psicodrama*. (pp. 175-228). Barcelona, Gedisa, 1982.

Mangone, C. y Warley, J. (1984). Universidad y peronismo (1946-1955). Buenos Aires, Centro Editor.

- Mannheim, K. (1950). *Libertad, poder y planificación democrática*. México, FCE, 1974.
- (1953). *Ensayos sobre sociología y psicología social*. México, FCE, 1963.
- Mannoni, M. (1988). *Lo que falta en la verdad para ser dicha*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.
- Mannoni, M. y Mannoni, O. (1973). El estallido de las instituciones. *Cuadernos Sigmund Freud*, 2/3, 9-127.
- Marcuse, H. (1973). *Psicoanálisis y política*. Barcelona, Península.
- Marsal, J.F. (1965). *Cambio social en América Latina. Crítica de algunas interpretaciones dominantes en las ciencias sociales*. Buenos Aires, Solar-Hachette, 1967.
- Marsal, J.F. (1979). *Dependencia e independencia. Las alternativas de la sociología latinoamericana en el siglo XX*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Martí i Tusquets, J.L., y Satne, L. (comps.) (1982). *Desarrollos en psicoterapia de grupo y psicodrama*. Barcelona, Gedisa, 1982.
- Martín-Baró, I. (1989). *Sistema, grupo y poder. Psicología social desde Centroamérica (II)*. El Salvador, Uca.
- Martínez Bouquet, C. (1978). Teoría de la escena. Historia. En J.L. Martí i Tusquets y L. Satne. *Desarrollos en Psicoterapia de Grupo y Psicodrama*. (pp. 110-135). Barcelona, Gedisa, 1982.
- Martínez Bouquet, C., Moccio, F. y Pavlovsky, E. (1979). *Psicodrama psicoanalítico en grupos*. Madrid, Fundamentos.
- Marx, C. (1849). *Trabajo asalariado y capital. Obras escogidas, tomo 1*. (pp. 61-99). Madrid, Akal, 1975.
- (1857). *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*. Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente, 1968.
- (1859). *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política. Obras escogidas, tomo 1*. (pp. 371-376). Madrid, Akal, 1975.
- Masotta, O. (1965). *Sexo y traición en Roberto Arlt*. Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- (1968). *Conciencia y estructura*. Buenos Aires, Jorge Alvarez.
- (1976). *Ensayos lacanianos*. Barcelona, Anagrama.

- (1992). *Lecturas de psicoanálisis. Freud, Lacan*. Buenos Aires, Paidós.
- Mastrorilli, C.P. (1974). *Teoría y crítica de la sociedad*. Buenos Aires, Corregidor.
- Matte Blanco, I. (1961). Aplicaciones sociales y difusión del psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraordinario, Buenos Aires, APA, 110-122.
- Mead, G.H. (1934). *Espíritu, persona y sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social*. Barcelona, 1982, Paidós.
- Menéndez, E.L. (1970). Ideología, ciencia y práctica profesional. En M.N.e.a. Alain Touraine. *Ciencias Sociales: ideología y realidad nacional*. (pp. 101-123). Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1974.
- Menzies, I.E.P. (1960). El funcionamiento de los sistemas sociales como defensa contra la ansiedad. Informe de un estudio del Servicio de Enfermeras de un hospital general. *Los sistemas sociales como defensa contra la ansiedad*. (pp. 53-124). Buenos Aires, Hormé, 1980.
- Menzies, I.E.P. y Jaques, E. (1980). *Los sistemas sociales como defensa contra la ansiedad*. Buenos Aires, 1980, Hormé.
- Merton, R.K. (1949). *Teoría y estructura sociales*. México, Fondo de Cultura Económica, 1992.
- (1976). *Ambivalencia sociológica y otros ensayos*. Madrid, Espasa-Calpe, 1980.
- Merzbacher, L. (1914). El psicoanálisis. Su importancia para el diagnóstico y el tratamiento de las psiconeurosis. *Revista de la Asociación Médica Argentina*, T XXII, 1914 (ahora en Beltrán, J R , et al *Freud en Buenos Aires 1910-1939 Buenos Aires, Puntosur, 1989, pp 106-111*), 399-406.
- Miller, J. (1964). Acción de la estructura. *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. (pp. 15-40). Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.
- Miller, J. y Herbert, T. (1971). *Ciencias sociales: ideología y conocimiento*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Mom, J.M. (1983). Entrevista a los fundadores (I): Angel Garma. *Revista de Psicoanálisis*, XL, 5-6, Buenos Aires, APA, 899-914.
- (1984a). Entrevista a los fundadores (II): Arnaldo Rascovsky. *Revista de Psicoanálisis* XLI, 2-3, Buenos Aires, APA, 201-226.
- (1984b). Entrevista a los fundadores (III): Celes Ernesto Cárcamo. *Revista de Psicoanálisis*, XLI, 6, Buenos Aires, APA, 987-1000.

- Mom, J.M., Focks, G.S.d. y Suárez, J.C. (1982). Asociación Psicoanalítica Argentina, 1942-1982. Buenos Aires, APA.
- Moreno, T. (1986). La estructura grupal. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 8, 23-35.
- Morey, M. (comp.) (1978). Sexo, Poder, Verdad. Conversaciones con Michel Foucault. Barcelona, Materiales.
- Morey, M. (1983). Lectura de Foucault. Madrid, Taurus.
- Moscovici, S. (1979). El psicoanálisis, su imagen y su público. Buenos Aires, Huemul.
- Mouchet, E. (1926). Significación del psicoanálisis. *Humanidades, Buenos Aires, La Plata, XII, pp 405-411 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 131-136)*,
- Musachi, G. (1978). La cronología: nudos y redes. En G.L.García. *La entrada del psicoanálisis en la Argentina. Obstáculos y perspectivas.* (pp. 265-290). Buenos Aires, Altazor.
- Neyraut, M. (1974). La transferencia. Buenos Aires, Corregidor, 1976.
- Noguera, J.A. (1996). La teoría crítica: de Frankfurt a Habermas. Una “traducción” de la teoría de la acción comunicativa a la sociología. *Papers*, 50, 133-153.
- Nunberg, H. (1955). Principios del psicoanálisis. Su aplicación a las neurosis. Buenos Aires, Amorrotu, 1987.
- O'Donnell, P. y colaboradores (1984). El análisis freudiano de grupo. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Olmsted, M.S. (1963). El pequeño grupo. Buenos Aires, 1979, Paidós.
- Ostrov, L. (1959). Sobre algunos aspectos específicos de las relaciones entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 432-437.
- Pagès, M. (1968). La vida afectiva de los grupos. Barcelona, 1977, Fontanella.
- Pagés Larraya, F. (1967). Los arquetipos culturales de la psicoterapia. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13, 1967, 314-324.

Pampliega de Quiroga, A. (1977). El concepto de grupo y los principios organizadores de la estructura grupal en el pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 77-98). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1978). La concepción del sujeto en el pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. Fundamentos para una psicología definida como social. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 9-30). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1979). El grupo familiar, unidad de análisis de la configuración de la conducta, normal o patológica. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 109-118). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1980a). La formación de coordinadores de grupo en la Escuela de Psicología Social de Buenos Aires, fundada por el Dr. Enrique Pichon-Rivière. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 153-165). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1980b). Introducción a la Psicología Social planteada por Enrique Pichon-Rivière. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 59-66). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1980c). ECRO. Análisis del concepto. Clases dictadas en la Primera Escuela Privada de Psicología Social. Buenos Aires, Ediciones Cinco.

– (1981). Origen y fundamentos del pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. Clases dictadas en la Primera Escuela Privada de Psicología social. Buenos Aires, Ediciones Cinco.

– (1982). Texto y contexto en la producción de un esquema referencial. Algunas reflexiones sobre el proceso creador. Clases dictadas en la Primera Escuela Privada de Psicología Social. Buenos Aires, Ediciones Cinco.

– (1984). El grupo instituyente del sujeto y el sujeto instituyente del grupo. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 99-108). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1985). Fundamentos de una psicología social. *Enfoques y perspectivas en psicología social*. (pp. 31-46). Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1992.

– (1986). Enfoques y perspectivas en psicología social. Desarrollo a partir del pensamiento de Enrique Pichon-Rivière. Buenos Aires, Ediciones Cinco, 1990.

Park, P. (1989). Qué es la investigación-acción participativa. Perspectivas teóricas y metodológicas. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 135-174). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Parsons, T. y Shils, E.A. (1951). Hacia una teoría general de la acción. Buenos Aires, Kapelusz, 1968.

Pascale Chevance-Bertin, M. (1994). Ce que m'a enseigné Pichon-Rivière. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 99-105.

Pavlovsky, E. (1968). Psicoterapia de grupo en niños y adolescentes. Buenos Aires, 1987, Búsqueda.

– (1983). Lo fantasmático social y lo imaginario grupal. *Lo Grupal*, 1, 41-50.

– (1974). Clínica grupal I. Buenos Aires, 1985, Búsqueda.

Pavlovsky, E., Martínez Bouquet, C. y Moccio, F. (1979). Psicodrama. Cuando y por qué dramatizar. Madrid, Fundamentos.

Paz Carrillo, C.A. (1983). La violencia y la agresión en psicoterapia psicoanalítica de grupo. Ese más allá de las resistencias culturales y grupales. *Revista de Psicoanálisis*, XL, 5-6, Buenos Aires, APA, 1003-1037.

Paz, J.R. (1962). La psicoterapia del grupo en pacientes hospitalizados. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 231-234.

Percia, M. (1991). Notas para pensar lo grupal. Buenos Aires, Lugar.

– (1994). Una subjetividad que se inventa. Diálogo, demora, recepción. Buenos Aires, Lugar.

Pichon-Rivière, E. (1938). Desarrollo histórico y estado actual de la concepción de los delirios crónicos. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 259-277). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (1939). Introducción a la psiquiatría infantil. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 401-423). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (1940a). Narcodiagnóstico con evipán sódico. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 365-377). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (1940b). Elementos constitutivos del síndrome adiposo genital prepuberal en el varón (en colaboración con los Dres. Arnaldo Rascovsky y Jaime Salzman). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 293-302). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (1940c). Prólogo al libro de F. Schnersohn “La neurosis infantil, su tratamiento psicopedagógico”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 425-432). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (1941a). Trastornos del esquema corporal. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 219-225). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1941b). Algunos conceptos fundamentales de la teoría psicoanalítica de la epilepsia. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 83-99). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1943a). Exposición sucinta de la teoría especial de la neurosis y psicosis. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 11-39). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1943b). Los dinamismos de la epilepsia. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 115-166). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1944a). Picasso y el inconsciente. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 103-107). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1944b). Patogenia y dinamismos de la epilepsia. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 101-113). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946a). Notas para la biografía de Isidoro Ducasse, Conde de Lautréamont. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 115-127). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946b). Contribución a la teoría psicoanalítica de la esquizofrenia. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 41-68). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946c). Prólogo al libro de Enrique V. Salerno “Aportaciones a la medicina psicosomática, ginecología y obstetricia”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 313-325). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946d). Psicoanálisis de la esquizofrenia. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 69-81). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946e). Estudio psicosomático de la jaqueca. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 167-178). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946f). Vida e imagen del Conde de Lautréamont. *Ciclo, n° 2, Buenos Aires,*
- (1946g). Teoría y práctica del narcoanálisis. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 379-399). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946h). Lo siniestro en la vida y en la obra del Conde de Lautréamont. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 129-168). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1946i). Psicoanálisis del Conde de Lautréamont (compilación y prólogo de Marcelo Pichon-Rivière). Buenos Aires, Argonauta, 1992.

- (1946j). Qué es el psicoanálisis. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 69-77). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1947). Prólogo al libro de David Liberman “Semiología psicosomática”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 361-364). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1948d). Aspectos psicosomáticos de la dermatología. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 327-360). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1948a). Historia de la psicosis maníacodepresiva. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 227-255). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1948b). Conceptos básicos en medicina psicosomática. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 281-292). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1948c). Úlcera péptica y psicosis maniaco-depresiva. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 303-312). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1951). Algunas observaciones sobre la transferencia en los pacientes psicóticos. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 7-19). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1955a). Prólogo al libro de Franz Alexander y Thomas M. French “Terapéutica psicoanalítica”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 43-47). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1955b). Comentario final al libro de Franco Di Segni “Hacia la pintura”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 79-87). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1956-57). Teoría del vínculo. Buenos Aires, Nueva Visión, 1980.
- (1957). Aplicaciones de la psicoterapia de grupo. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 215-224). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1959). Esquema corporal. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 205-217). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1960a). Empleo del Tofranil en psicoterapia individual y grupal. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 175-188). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1960b). Tratamiento de grupos familiares: psicoterapia colectiva. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 189-199). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1960c). Técnica de los grupos operativos (en colaboración con los Dres. José Bleger, David Liberman y Edgardo Rolla). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 259-275). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1961). Discurso pronunciado como presidente del Segundo Congreso Argentino de Psiquiatría. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 225-232). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1963a). Prólogo al libro de F.K. Taylor, “Un análisis de la psicoterapia grupal”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 251-257). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1963b). Prólogo al libro de David Liberman, “La comunicación en terapéutica psicoanalítica”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 49-55). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1963c). El objetivo estético. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 89-96). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1964). La noción de tarea en psiquiatría (en colaboración con el Dr. Armando Bauleo). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 57-62). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1965a). Freud: un punto de partida de la psicología social. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 169-173). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1965b). Grupos operativos y enfermedad única. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 277-298). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1965c). Discípulo: un cronista de su tiempo. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 325-335). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1965d). Implacable interjuego del hombre y el mundo. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 337-342). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1965e). Comunicación y aprendizaje, vectores de la adaptación activa a la realidad. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, Venecia, n° 16, 1990, 19-31.*

- (1965f). Una concepción de la psiquiatría: psiquiatría dinámica y social. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal, Venecia, n° 16, 1990, 33-48.*

- (1965-66). Grupos familiares. Un enfoque operativo. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 201-213). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1966b). El proceso creador. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 103-107). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1966c). Praxis y psiquiatría. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 63-68). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1967a). Una nueva problemática para la psiquiatría. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 433-455). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1967b). Protección al enfermo epiléptico (en colaboración con el Dr. Miguel Angel Mazzei). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I.* (pp. 179-192). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1967c). La perversión sadomasochiste. Une lecture de psychanalyse sociale. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe, n° 23, 1994, ????*

- (1968). La “urgencia psiquiátrica”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 27-33). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1969a). Grupo operativo y modelo dramático (en colaboración con Ana Pampliega de Quiroga, Carlos Gandolfo y Marta Lazzarini). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 299-307). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1969b). Estructura de una escuela destinada a la formación de psicólogos sociales. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 309-323). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1969c). Técnicas de supervisión grupal en psicoterapia de niños (en colaboración con R. M. Reynoso, L. Chamó, L. Huberman, E. Lawrence, J. Loschi, E. Pereno y A. M. Quiroga). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II.* (pp. 35-41). Buenos Aires, Galerna, 1971.

- (1970a). Transferencia y contratransferencia en la situación grupal (en colaboración con Ana P. de Quiroga). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I).* (pp. 191-197). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.

- (1970b). Concepto de ECRO. *Temas de Psicología Social, Buenos Aires, Primera Escuela Privada de Psicología Social, año 7, n° 6, 1984, 5-10.*

- (1970c). El concepto de portavoz. *Temas de Psicología Social, Buenos Aires, Primera Escuela Privada de Psicología Social, año 7, n° 6, 1984, 11-20.*

- (1970d). Historia de la técnica de los grupos operativos. *Temas de Psicología Social, Buenos Aires, Primera Escuela Privada de Psicología Social, año 7, n° 6, 1984, 21-33.*

- (1970e). Una teoría de la enfermedad. *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I).* (pp. 173-184). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.

- (1970f). Una teoría del abordaje de la prevención en el ámbito del grupo familiar. *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. (pp. 185-190). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- (1971a). Prólogo de “Del psicoanálisis a la psicología social”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I*. (pp. 7-10). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (1971b). Prólogo al libro de David Liberman, “Linguística, interacción comunicativa y proceso psicoanalítico”. *La psiquiatría, una nueva problemática. Del psicoanálisis a la psicología social (II)*. (pp. 396-398). Buenos Aires, Nueva Visión, 1980.
- (1972a). Entrevista en “Primera Plana” (mayo 1972). *La psiquiatría, una nueva problemática. Del psicoanálisis a la psicología social (II)*. (pp. 203-204). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- (1972b). Aportaciones a la didáctica de la psicología social (en colaboración con Ana P. de Quiroga). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. (pp. 205-213). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- (1975). Vínculo. Editada por la Escuela de Psicología Social.
- (1976). Prólogo a “Caminos”, de Sergio Enquin. *El proceso creador. Del psicoanálisis a la psicología social (III)*. (pp. 97-99). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- (s/f a). La psiquiatría en el contexto de los estudios médicos. Contribución al subtema “La enseñanza de la psicología médica” (trabajo en colaboración con el Dr. Horacio Etchegoyen). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II*. (pp. 233-243). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (s/f b). Presentación a la cátedra de psiquiatría de la Facultad de Medicina de la Universidad Nacional de La Plata. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II*. (pp. 245-249). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (s/f c). Psicosis hípnicas y confusionales. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo I*. (pp. 193-203). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (s/f d). Cuestionario para “Gentemergente”. *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social (I)*. (pp. 199-201). Buenos Aires, Nueva Visión, 1977.
- (s/f e). Comentarios sobre la película “Les images de la folie”. *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II*. (pp. 109-113). Buenos Aires, Galerna, 1971.
- (s/f f). Terminación del análisis (en colaboración con los Dres. M. Abadi, J. Bleger y E. Rodríguez). *Del psicoanálisis a la psicología social. Tomo II*. (pp. 21-25). Buenos Aires, Galerna, 1971.

– (s/f g). Dinámica de grupo: ECRO (transcripción de clase). *Ilusión grupal 3, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, 1990, 12-26.*

– (s/f h) [1970?]. Técnica de observación de grupos operativos (clase dictada en el Curso de actualización y perfeccionamiento docente, de la Universidad Nacional del Nordeste, Argentina). *Ilusión grupal 2, Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, 1989, 40-49.*

Pichon-Rivière, E. y Pampiega de Quiroga, A. (1966). *Psicología de la vida cotidiana.* Buenos Aires, Nueva Visión, 1985.

Pizarro Crespo, E. (1933). El narcisismo. De una actitud psíquica a una enfermedad social del erotismo. *Archivos Argentinos de Psicología Normal y Patología, I, pp 72-74 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 240-244),*

Pommier, G. (1984). *Freud ¿apolítico?* Buenos Aires, Nueva Visión, 1987.

Ponce, A. (1923). La divertida estética de Freud. *Revista de Filosofía, IX, vol 17, 1923 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires, Puntosur, 1989, pp 114-118), 89-93.*

– (1929). Madame Sokolnicka y el psicoanálisis francés. *El Hogar, Buenos Aires, 10 de mayo de 1929 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires, Puntosur, 1989, pp 119-124),*

Pontalis, J.-B. (1954). Un nuevo curandero: J. L. Moreno. *Después de Freud.* (pp. 196-213). Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

– (1958). Las técnicas de grupo: de la ideología a los fenómenos. *Después de Freud.* (pp. 214-229). Buenos Aires, Sudamericana, 1954.

– (1963). El pequeño grupo como objeto. *Después de Freud.* (pp. 230-244). Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

– (1968). *Después de Freud.* Buenos Aires, Sudamericana, 1974.

Portantiero, J.C. (1977). *Los usos de Gramsci.* Buenos Aires, Cuadernos de Pasado y Presente.

Portuondo, J.A. (1990). *Psicoanálisis directo y psicoterapia de grupo.* Barcelona, Psique.

Psicoterapia(1936). Prof. Sigmund Freud: Proyección histórica del psicoanálisis en las ciencias y en el pensamiento contemporáneos. *Psicoterapia, Córdoba, I, n° 3, septiembre pp 3-19 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 245-265),*

Puget, J. (1994). En souvenir de Pichon-Rivière. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 69-81.

Puget, J., Bernard, M., Games Chaves, G., Romano, E. y otros. (1982). El grupo y sus configuraciones. Terapia psicoanalítica. Buenos Aires, Lugar.

Rabinovich, P.H.de (1936). El psicoanálisis y los reflejos condicionados. *Psicoterapia, Córdoba, I, n° 3, septiembre, pp 66-74 (ahora en Beltrán, J R et al Freud en Buenos Aires 1910-1939 pp 266-275),*

Rahman, M.A. y Fals Borda, O. (1989). La situación actual y las perspectivas de la investigación-acción participativa en el mundo. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 205-223). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Rascovsky, A. (1974). Esquema autobiográfico. *Revista de Psicoanálisis, Buenos Aires, APA,*

Rascovsky, A., W.de Rascovsky, M. y Pastrana, H. (1959). Formación y evolución de un grupo de estudios. *Revista de Psicoanálisis, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 392-397.*

Repetto, C. (1984). Narcisismo y Psicología de las masas... (La ilusión del sí mismo autónomo). *Revista de Psicoanálisis, XLI, 1, Buenos Aires, APA, 97-102.*

Resnik, S. (1994). Hommage à Enrique Pichon-Rivière. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 83-90.

Revista Argentina de Psicología (1971). Acerca del concepto de inconsciente. *Revista Argentina de Psicología, II, 7, Buenos Aires, Galerna, 7-166.*

Revista de Psicología Social (1988). Dossier "Investigación-acción". *Revista de Psicología Social, 1988, 3, 213-255.*

Revue de Psychothérapie Psychanalytique de Groupe (1994). Psychanalyse et psychologie sociale. Hommage à Enrique Pichon-Rivière. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 5-210.

Rickman, J. (1951). Reflexiones sobre la función y organización de una sociedad psicoanalítica. *Revista de Psicoanálisis, XVI, 2, Buenos Aires, APA, 1959, 147-175.*

Ricoeur, P. (1974). Psicoanálisis y cultura. En U.Eco, L.Goldmann y R.Bastide. *Sociología contra psicoanálisis*. (pp. 208-222). Barcelona, Martínez Roca.

Roazen, P. (1978). Freud y sus discípulos. Madrid, Alianza.

Rodrigué, E. (1959). El contexto del descubrimiento. *Revista de Psicoanálisis, XVI, 2, Buenos Aires, APA, 101-121.*

- Rodrigué, E. y Berlin, M. (1977). El antiyo-yo. Madrid, Fundamentos.
- Rodríguez Aramberri, J. (1984). La sociología de las organizaciones. En L. Rodríguez Zúniga, F. Bouza y (comps.). *Sociología contemporánea. Ocho temas a debate*. (pp. 121-167). Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, Siglo XXI.
- Rojas, N. (1930). Una visita a Freud. *La Nación*, 2^a sección, 17 de marzo (reproducido en *Revista Argentina de Psicología*, XII, n^o 29, marzo 1981, pp 11-15),
- (1939). De Bergson a Freud. *La Nación*, 2^a sección, 26 de noviembre (reproducido en *Nerio Rojas, El diablo y la locura y otros ensayos*, Buenos Aires, El Ateneo, 1951, pp 103-116),
- Rolla, E.H. (1978). Sobre familias: concepto y significado psicosocial. *Revista de Psicoanálisis*, XXXV, 4, Buenos Aires, APA, 757-782.
- Rolla, E.H. y M.de Rolla, J. (1964). Señales verbales y no verbales en la dinámica grupal. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 315-320.
- Romano, E. (1984). Narcisismo e identidad sexual en los grupos terapéuticos. *Revista de Psicoanálisis*, XLI, 1, Buenos Aires, APA, 103-131.
- Romero, R.R. (1987). Grupo. Objeto y Teoría. Buenos Aires, Lugar.
- (1992). Grupo. Objeto y teoría. Vol. II. Buenos Aires, Lugar.
- Romero, R.R. y Saune, S.T. (1995). Grupo. Objeto y teoría. Vol. III. Buenos Aires, Lugar.
- Rosenfeld, D. (1969). Teoría y técnica del T. Group. La experiencia en Francia. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 15, 1969, 177-179.
- (1970). Nuevos enfoques en psicoterapia grupal. Introducción a las teorías de Jean P. Sartre. *Revista Argentina de Psicología*, II, 5, Buenos Aires, Galerna, 41-62.
- Rouchy, J.C. (1986). Une topique groupale. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n^o 5-6, 105-116.
- Roudinesco, E. (1986). La batalla de cien años. Historia del psicoanálisis en Francia. 1 (1885-1939). Madrid, Fundamentos.
- Rousseau, M. (1995). Grupo, esa posible-imposibilidad. Buenos Aires, Tekn .
- Roustang, F. (1976). Un funesto destino. México, Premia, 1980.

Rovatti, J. (1959). Relaciones entre candidatos. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 337-341.

Rozitchner, L. (1972). Freud y los límites del individualismo burgués. Buenos Aires, Siglo XXI.

– (1982). Freud y el problema del poder. México, Folios.

Ruesch, J. y Bateson, G. (1965). Comunicación. La matriz social de la psiquiatría. Buenos Aires, Paidós.

Ruiz Correa, O.B. (1994). Formation de psychothérapeutes de groupe: le groupe opérationnel. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 137-150.

Safouan, M. (1968). ¿Qué es el estructuralismo? El estructuralismo en psicoanálisis. Buenos Aires, 1975, Losada.

Saidón, O. (1983). Propuestas para un análisis institucional de los grupos. *Lo Grupal*, 1, 87-111.

– (1984). Supervisión y formación en instituciones públicas. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 5, 70-80.

– (1989). Transdisciplinaridad y Psicología Social. *Boletín del Centro Internacional de Investigación en Psicología Social y Grupal*, 13, 131-138.

– (1989). Hacia una clínica institucional. *Lo Grupal*, 7, 33-47.

Saidón, O., Bicalho, M., Barcelos Ratton, M.H., Sanabria, M.E. y otros. (1985). Grupos... Intersecções. Belo Horizonte, Centro de Socioanálise, Instituições e Grupos.

Salas Subirat, E.J. (1959). Visión retrospectiva desde tercer año de seminario. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 398-402.

Salazar, M.C., (ed.) (1992). La investigación-acción participativa. Inicios y desarrollos. Madrid, Editorial Popular.

– (1992). Introducción. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 9-12). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Sartre, J.P. (1960). La crítica de la razón dialéctica. *Obras Completas, tomo III*. (pp. 911-1476). Madrid, Aguilar, 1982.

Saurí, J.J. (1971). Notas sobre lo latente y lo inconsciente. *Revista Argentina de Psicología*, II, 7, Buenos Aires, Galerna, 38-46.

- Sbandi, P. (1973). *Psicología de grupos*. Barcelona, 1990, Herder.
- Schäfers, B. (1980). Los grupos primarios. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 75-89). Barcelona, 1984, Herder.
- (1980). Evolución de la sociología de grupos e independencia del grupo como formación social. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 25-40). Barcelona, Herder, 1984.
- Schellenberg, J.A. (1978). Los fundadores de la psicología social: Freud, Mead, Lewin y Skinner. Madrid, 1981, Alianza.
- Scherzer, A. (1983). Aportes al estudio de la estructura grupal. En A. Bauleo, J.C. De Brasi y y otros. *Propuesta grupal*. (pp. 37-50). México, Plaza y Valdés, 1991.
- (1985). Acerca de los grupos humanos. *Lo Grupal*, 2, 57-71.
- (1987). Emergentes de una psicología social sumergida. Montevideo, 1988, Ediciones de la Banda Oriental.
- Schindler, R. (1990). Principios básicos de la psicodinámica del grupo. *Ilusión grupal*, 4, *Facultad de Comunicación Humana, Universidad Autónoma de Morelos, México*, 57-66.
- Schützenberger, A. y Sauret, M. (1977). *Nuevas terapias de grupo*. Madrid, Pirámide, 1980.
- Schvarstein, L. (1991). *Psicología social de las organizaciones*. Buenos Aires, Paidós.
- Schwonke, M. (1984). El grupo como paradigma de socialización. En B. Schäfers. *Introducción a la sociología de grupos*. (pp. 41-197). Barcelona, Herder.
- Sibony, D. (1982). Topología, lazos y grupo. En J.L. Martí i Tusquets y L. Satne. *Desarrollos en Psicoterapia de Grupo y Psicodrama*. (pp. 40-48). Barcelona, Gedisa, 1982.
- Slavson, S.R. (1976). *Tratado de psicoterapia grupal analítica*. Buenos Aires, Paidós, 1976.
- Sluzki, C.E. (1963). El grupo familiar del paciente internado. Estudio de la dinámica de su internación. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 3034-310.
- (1969). Fuentes potenciales de distorsión en diseños de investigación. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 15, 1969, 275-276.

– (1979). Una cuarta área en el esquema del self: la prospectiva. *Temas de Psicología Social*, n° 6, Buenos Aires, *Primera Escuela Privada de Psicología Social*, 1984, 79-85.

Sluzki, C.E., Bravin, J., Tarnopolsky, A. y Verón, E. (1966). Transacciones descalificadoras. Investigación sobre el “doble vínculo”. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 12, 1966, 329-342.

Stanislavsky, C. (1982). Preparación del actor. Buenos Aires, Leviatán, 1982.

Stavenhagen, R. (1971). Cómo descolonizar las ciencias sociales. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 37-63). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Sunkel, O., y Paz, P.(1970). El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo. Madrid, Siglo XXI, 1973.

Szpilka, J. (1962). Psicodinámica familiar y enfermedad mental. Investigación psicosocial de un grupo de pacientes del servicio psiquiátrico de un Hospital General. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 8, 1962, 37-41.

Tabak, E. (1959). Fantasía y realidad en las relaciones entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 342-345.

Taragano, F. (1963). Análisis de algunos aspectos de la entrevista psiquiátrica. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 121-127.

– (1964). Grupo operativo del hombre de edad proecta enfermo con su grupo familiar. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 47-50.

Tax, S. (1960). Antropología-acción. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 27-36). Madrid, Editorial Popular, 1992.

Teper, E. y Smolensky, G. (1959). Dificultades para hablar en las reuniones científicas. Su influencia perturbadora en las relaciones entre analistas. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 438-441.

Terán, O. (1986). En busca de la ideología argentina. Buenos Aires, Catálogos.

– (1991). Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina, 1956-1966. Buenos Aires, Puntosur.

Thaysen, A., Zambrini, A. y colaboradores(1993). El grupo: ¿una des-ilusión? Psicodrama freudiano. Buenos Aires, Lugar.

Thelen, H.A. (1959). El grupo como organismo. La teoría del nivel de trabajo y el nivel emocional. Buenos Aires, 1975, Nueva Visión.

Thenon, J. (1930). Contribución al estudio psicoanalítico del sueño en las neurosis. *Revista de Criminología, Psiquiatría y Medicina Legal*, XVII, pp 273-303 (ahora en Beltrán, J R et al *Freud en Buenos Aires 1910-1939* pp 190-214),

– (1939). Sigmund Freud. *Revista de la Facultad de Ciencias Médicas y el Centro de Estudiantes de Medicina*, III, pp 14-24 (ahora en Beltrán, J R et al *Freud en Buenos Aires 1910-1939* pp 280-293),

Thion, S., Godelier, M., Barthes, R., y Lévi-Strauss, C.(1946). Aproximación al estructuralismo. Buenos Aires, Galerna, 1971.

Tizón, J.L. (1993). Una perspectiva de los “grupos Balint”: los “grupos de reflexión”. *Revista de Psicoanálisis de Madrid*, 37-63.

Torregrosa, J.R. (1985a). Ortega y la Psicología Social histórica. *Revista de Psicología Social*, 1985, 0, 55-63.

– (1985b). Hacia una definición psico-sociológica de los problemas sociales: el problema de las relaciones entre teoría y práctica en la psicología social. *Psicología Social de los Problemas Sociales. Primer Congreso Nacional de Psicología Social. Granada 3-7 sept. 1985.* (pp. 653-657). Granada, Universidad de Granada, 1988.

– (1985). Sobre el concepto de Psicología Social. *Boletín de Psicología*, 8, 9-21.

– (1996a). Concepciones del aplicar. En J.L. Alvaro, A. Garrido y J.R. Torregrosa. *Psicología Social aplicada.* (pp. 9-56). Madrid, McGraw-Hill, 1996.

– (1996b). Introducción a “Tradiciones y preferencias metodológicas en las psicologías discursivas y culturales”. *Psicologías, discursos y poder (PDP)*. (pp. 41-44). Madrid, Visor.

Torregrosa, J.R. y Crespo, E. (comps.) (1984). Estudios básicos de psicología social. Barcelona, Hora.

Torregrosa, J.R. y Sarabia, B.(1983). Perspectivas y contextos de la Psicología Social. Barcelona, Hispano Europea.

Touraine, A. (1965). Sociología de la acción. Barcelona, 1969, Ariel.

Ulloa, F. (1959). Relaciones entre candidatos a través de un grupo de estudio. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 403-406.

– (1967). E. Pichon-Rivière y la psicología social. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13, 1967, 351-355.

– (1992). Reportaje al Dr. Fernando Ulloa. *Psicología Social Hoy*, 14, mayo-junio, 7

– (1994). Un maître que ne prétendit pas fonder une école. *Revue de Psychotérapie Psychanalytique de Groupe*, n° 23, 91-97.

– (1995). Novela clínica psicoanalítica. Historial de una práctica. Buenos Aires, Paidós.

– (1997). Pichon-Rivière: ¿Es la propia gravedad pasta esencial en la hechura teórica de un psicoanalista? *Clínica y Análisis Grupal*, 19 (1), 74, Madrid, 43-52.

Usandivaras, R.J. (1959). Las asociaciones psicoanalíticas vistas como un tipo especial de los pequeños grupos. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 442-445.

Verón, E. (1963a). Conducta, estructura y comunicación. Buenos Aires, Tiempo contemporáneo, 1972.

– (1963b). Notas para una concepción estructural en psiquiatría social. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 287-292.

– (1964). Comunicación y trastornos mentales: el aprendizaje de estructuras. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 10, 1964, 77-85.

– (1968). Perspectivas futuras de la investigación básica sociocultural sobre salud mental. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 14, 1968, 193-210.

Verón, E., Kornblit, A., Malfé, R. y Sluzki, C.E. (1963). Estructuras de conducta y sistemas de comunicación social. Un modelo conceptual para el estudio sociológico de la psiconeurosis. *Acta Psiquiátrica y Psicológica Argentina*, 9, 1963, 297-304.

Vezzetti, H. (1985). La locura en la Argentina. Buenos Aires, Paidós.

– (1988). Estudio preliminar. En C.O.e.a. Bunge. *El nacimiento de la psicología en la Argentina. Pensamiento psicológico y positivismo*. (pp. 11-40). Buenos Aires, Puntosur.

– (1989). Estudio preliminar. En J.R. Beltrán y otros. *Freud en Buenos Aires. 1910-1939*. (pp. 11-85). Buenos Aires, Puntosur.

Vidal, G. (1961). ¿Por qué cura un grupo? *Acta Psiquiátrica Argentina*, 7, 1961, 215-216.

– (1967). El socratismo de Pichon. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 13, 1967, 341-346.

– (1977). Enrique Pichon-Rivière. *Acta Psiquiátrica y Psicológica de América Latina*, 23, 1977, 3, 162-164.

- Viet, J. (1967). Los métodos estructuralistas en las ciencias sociales. Buenos Aires, Amorrortu, 1979.
- Volnovich, J.C. y Werthein, S. (1989). Marie Langer. Mujer, psicoanálisis y marxismo. Buenos Aires, Contrapunto.
- Watzlawick, P., Bavelas Beavin, J. y Jackson, D.D. (1967). Teoría de la comunicación humana. Barcelona, Herder, 1987.
- Weber, M. (1922). Economía y sociedad. México, Fondo de cultura económica, 1969.
- Wender, L. (1959). Relaciones del analista con el medio ambiente. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 4, Buenos Aires, APA, 346-349.
- Whitting D'Andurain, C. (1961). Psicopatología de una denominación: análisis didáctico. *Revista de Psicoanálisis*, XVIII, n° extraordinario, Buenos Aires, APA, 138-145.
- Winkler, J. (1994). Pichon-Rivière au Mexique. Les concepts opératifs dans l'identité du psychologue clinicien. *Revue de Psychotérapie Psychoanalytique de Groupe*, n° 23, 107-113.
- Winnicott, D.W. (1959). La capacidad para estar solo. *Revista de Psicoanálisis*, XVI, 2, Buenos Aires, APA, 139-146.
- (1971). Realidad y juego. Barcelona, Gedisa, 1992.
- Wright Mills, C., Foucault, M., Marcuse, H. y Habermas, J. (1986). Materiales de sociología crítica. Madrid, La Piqueta.
- Zamosc, L. (1987). Campesinos y sociólogos: reflexiones sobre dos experiencias de investigación activa. En M.C. Salazar. *La investigación-acción participativa*. (pp. 85-133). Madrid, Editorial Popular, 1992.
- Zito Lema, V. (1976). Conversaciones con Enrique Pichon-Rivière: sobre el arte y la locura. Buenos Aires, Timerman.
- Ziziemsky, D. (ed.). (1980). Métodos de investigación en psicología y psicopatología. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Zuretti, M. (1995). El hombre en los grupos. Sociopsicodrama. Buenos Aires, Lumen.